

MARY GABRIEL

AMOR
Y CAPITAL



KARL Y JENNY MARX

y el nacimiento de una Revolución

EL VIEJO TOPO

MARY GABRIEL

Amor y Capital

Karl y Jenny Marx
y el nacimiento de una Revolución

Traducción de Josep Sarret

EL VIEJO TOPO

Título original: *Love and Capital. Karl and Jenny Marx and the birth of a Revolution*

© 2011 by Mary Gabriel

This edition published by arrangement with Little, Brown, and Company, New York,
New York, USA. All rights reserved

Edición propiedad de Ediciones de Intervención Cultural/Biblioteca Buridán

Diseño colección: M. R. Cabot

ISBN: 978-84-942638-7-3

Depósito legal: B: 24409-2014

Imprime: Trajecte

Impreso en España

*Para John,
y en memoria de mi abuelo*

SUMARIO

<i>Mapas</i>	11
<i>Lista de personajes</i>	15
<i>Cronología política</i>	41
<i>Prefacio</i>	51

PRIMERA PARTE Marx y la hija del barón

Prólogo: Londres, 1851	61
1. Tréveris, Alemania, 1835	67
2. Berlín, 1838	79
3. Colonia, 1842	90
4. Kreuznach, 1843	104

SEGUNDA PARTE La familia fugitiva

5. París, 1843	111
6. París, 1844	121
7. París, 1845	132
8. Bruselas, primavera de 1845	141
9. Londres, 1845	150
10. Bruselas, 1846	158
11. Bruselas, 1847	172
12. Bruselas, 1848	182
13. París, 1848	189
14. París, primavera de 1848	200
15. Colonia, 1848	209
16. París, junio de 1848	218
17. Colonia, 1849	229
18. París, 1849	240

TERCERA PARTE Exilio en la Inglaterra victoriana

19. Londres, 1849	251
20. Zaltbommel, Holanda, agosto de 1850	269
21. Londres, invierno de 1851	280
22. Londres, 1852	297
23. Londres, 1853	314
24. Londres, 1855	327

CUARTA PARTE

El fin de la vida bohemiafinal de *la vie bohème*

25. Londres, otoño de 1855	333
26. Londres, 1857	347
27. Londres, 1859	359
28. Londres, 1861	378
29. Londres, 1862	387

QUINTA PARTE

De *El Capital* a la Comuna

30. Londres, 1864	405
31. Londres, 1866	424
32. Londres, 1867	438
33. Londres, 1868	456
34. Londres, 1869	470
35. París, otoño de 1870	490
36. París, 1871	504
37. Bagnères-de-Luchon, Francia, verano de 1871	520

SEXTA PARTE

El doctor rojo y terrorista

38. Londres, 1871	529
39. La Haya, otoño de 1872	544
40. Londres, 1875	567
41. Londres, 1880	579
42. Londres, 1881	592
43. Londres, 1882	604
44. Londres, 1883	616

SÉPTIMA PARTE

Después de Marx

45. Londres, primavera de 1883	623
46. Londres, 1885	638
47. Londres, 1887	652
48. Londres, 1889	665
49. Londres, 1891	675
50. Londres, 1892	684
51. Londres, 1895	695
52. Londres, 1897	704
53. Draveil, Francia, 1910	714

<i>Agradecimientos</i>	723
<i>Reconocimiento de derechos</i>	727
<i>Notas</i>	729
<i>Bibliografía</i>	817
<i>Índice</i>	825

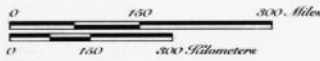
MAP OF THE
GERMAN CONFEDERATION
 1848



MAP OF
EUROPE

• 1848 •

MONARCHIES:		■ GRAND DUCHY
■ ABSOLUTE	□ PAPAL STATES	★ FREE CITY
□ CONSTITUTIONAL	★ REBELLION	— GERMAN CONFEDERATION
■ ESTATES		
■ ABSOLUTE & CONSTITUTIONAL		



G. W. Ward



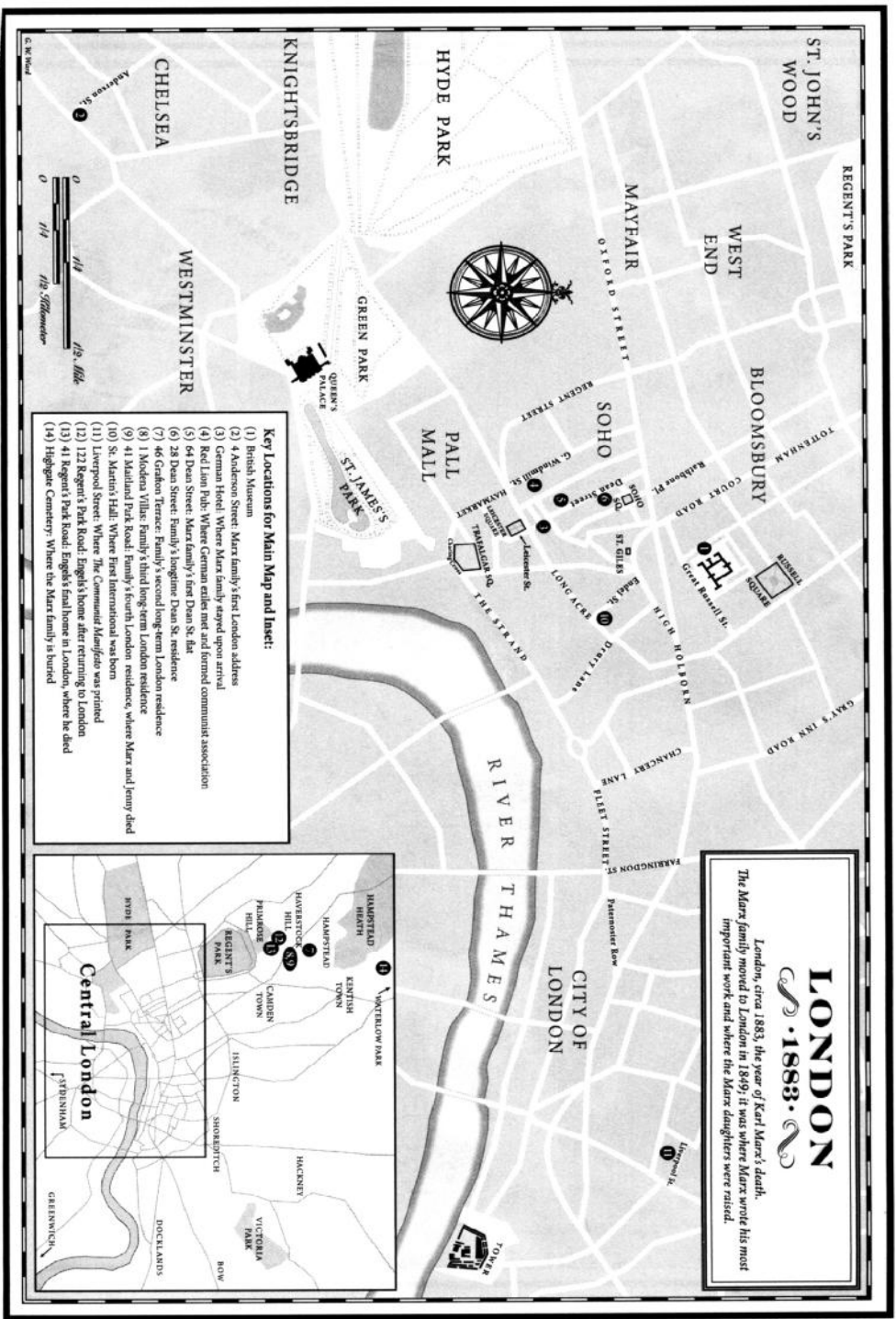
Atlantic
Ocean



Mediterranean

The boundaries of 1848 Europe were largely those imposed by the 1815 Congress of Vienna after the defeat of Napoleon, and despite calls for democratic freedoms, the territories within those boundaries were administered by monarchs. In 1848 rebellions swept Europe, marking the first and still the only such continent-wide revolt.

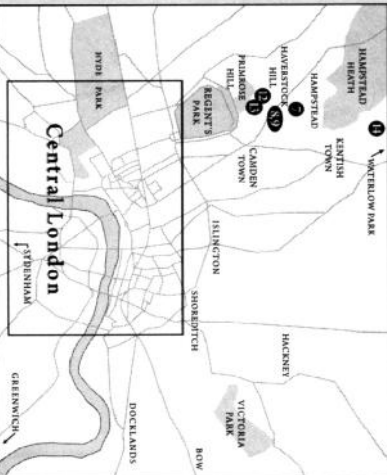




LONDON
S · 1883 · *S*

London, circa 1883, the year of Karl Marx's death. The Marx family moved to London in 1849; it was where Marx wrote his most important work and where the Marx daughters were raised.

- Key Locations for Main Map and Inset:**
- (1) British Museum
 - (2) 4 Anderson Street: Marx family's first London address
 - (3) German Hotel: Where Marx family stayed upon arrival
 - (4) Red Lion Pub: Where German allies met and formed communist association
 - (5) 64 Dean Street: Marx family's first Dean St. flat
 - (6) 28 Dean Street: Family's long-term Dean St. residence
 - (7) 46 Gordon Terrace: Family's second long-term London residence
 - (8) 1 Madona Villa: Family's third long-term London residence
 - (9) 41 Madona Park Road: Family's fourth London residence, where Marx and Jenny died
 - (10) St. Martin's Hall: Where *The Communist Manifesto* was printed
 - (11) Liverpool Street: Where *The Communist Manifesto* was printed
 - (12) 122 Regent's Park Road: Engels's home after returning to London
 - (13) 41 Regent's Park Road: Engels's final home in London, where he died
 - (14) Highgate Cemetery: Where the Marx family is buried



Lista de personajes

Adams, Charles Francis – abogado, embajador norteamericano en Gran Bretaña durante la administración de Abraham Lincoln, hijo del sexto presidente norteamericano, John Quincy Adams.

Adler, Victor – periodista austríaco, líder de los socialdemócratas austríacos y estrecho colaborador de Engels.

Alberto (nacido Alberto Francisco Carlos Augusto Emanuel de Sajonia-Coburgo-Gotha) – se casó con la reina Victoria en 1840 y se convirtió en el príncipe Alberto. Desempeñó un papel fundamental en el desarrollo de las instituciones culturales y científicas en Inglaterra.

Alejandro II (nacido Aleksandr Nikolayevitch) – zar de Rusia desde 1855 a 1881. Puso fin a la servidumbre en 1861 y permitió cierta modernización de la economía y de la vida política en Rusia, pero su gobierno fue represivo y acusado de desatender a la inmensa mayoría de los ciudadanos. Fue asesinado en 1881.

Anneke, Fritze – antiguo militar prusiano, periodista, uno de los primeros agitadores comunistas en Colonia y más tarde demócrata. Estuvo seis meses en la cárcel en 1848 acusado de organizar a los trabajadores; participó en la revuelta de 1849 en Baden, y emigró a los Estados Unidos, donde se alistó en el ejército de la Unión durante la Guerra Civil.

Annenkov, Pavel – adinerado periodista liberal ruso amigo de Marx.

Apiano – historiador nacido en Alejandría, capital del Egipto romano, aproximadamente en el año 95 de nuestra era. Escribió *Historia romana* en algún momento anterior al año 165.

Aveling, Edward – zoólogo británico, periodista, secularista, crítico teatral, dramaturgo, socialista, agitador obrero y pareja de hecho de Eleanor, la hija menor de Marx. Firmaba con el seudónimo Alec Nelson.

Aveling, Isabel (nacida Frank) – primera esposa de Edward Aveling, hija de un acaudalado criador de pollos en el mercado de Leadenhall de Londres. Conocido como Bell.

Bakunin, Antonia (nacida Kwiatkowski) – hija de un comerciante polaco, esposa de Mijaíl Bakunin.

Bakunin, Mijaíl – aristócrata, escritor y anarquista ruso del siglo XIX; tuvo seguidores fieles en Italia, Francia, Polonia, España, Suiza y Rusia, y fue el rival político de Marx durante toda su vida.

- Balzac, Honoré de** – novelista francés que combinó el romanticismo con el realismo para describir de una manera íntima y detallada la vida social, política y económica de Francia a comienzos del siglo XIX.
- Bangya, Janos** – periodista húngaro y espía de la policía prusiana que consiguió infiltrarse en el círculo íntimo de Marx en Londres. Más tarde trabajó en París para la policía secreta de Napoleón III.
- Barbes, Armand** – revolucionario veterano francés y miembro de la Sociedad de las Estaciones, que dirigió una revuelta fallida en 1839. Encarcelado por Luis-Felipe y puesto en libertad después de la revuelta de 1848, fue durante un tiempo miembro de la Asamblea Nacional.
- Barrett, Michael** – irlandés colgado en 1868 a las puertas de la cárcel de Newgate en Londres por su participación en un atentado en la cárcel de Clerkenwell que acabó con la vida de doce personas. Barrett fue el último hombre ahorcado en público en Inglaterra.
- Barthélemy, Emmanuel** – seguidor francés de Auguste Blanqui; participó en la revuelta de los ‘días de junio’ de 1848 en París; apareció por Londres aproximadamente en el mismo momento en que llegó Marx allí en 1849 y frecuentó algunas de las mismas asociaciones políticas que él. Consideraba que Marx era demasiado conservador y planeó asesinarlo. Más tarde, Barthélemy fue ejecutado en Londres acusado de dos asesinatos.
- Baudelaire, Charles** – uno de los poetas franceses más influyentes; examinó la oscuridad mística así como la crueldad del hombre con el hombre, que describió como algo evidente en la sociedad del siglo XIX en la que le tocó vivir. Fue amigo del futuro yerno de Marx, Charles Longuet, en el París de la década de 1860.
- Bauer, Bruno** – uno de los jóvenes hegelianos, filósofo y teólogo radical alemán, y uno de los primeros colegas de Marx en Berlín.
- Bauer, Edgar** – filósofo, escritor y joven hegeliano alemán; fue atacado por Marx y Engels en *La Sagrada Familia* junto con su hermano Bruno, pero mantuvo la amistad con Marx en Londres.
- Bauer, Heinrich** – zapatero alemán y fundador de la Liga de los Justos en Londres, se convirtió más tarde en miembro de la Liga Comunista, y viajó de Londres a Alemania para hacer propaganda. Acabó emigrando a Australia.
- Bauer, Ludwig** – médico alemán que atendió a la familia Marx a su llegada a Londres y que persiguió a Marx para que saldase sus deudas.
- Bax, Ernest Belfort** – periodista británico y autor de la primera reseña inglesa independiente que elogió *El Capital* de Marx. Posteriormente muy activo en el floreciente movimiento socialista inglés junto con Eleanor Marx, fue después uno de los líderes del Partido Socialista Británico.
- Bazalgette, Joseph** – ingeniero del siglo XIX que se encargó de la construcción de una red de alcantarillado en Londres para proteger a sus ciudadanos de los ataques de cólera que habían causado miles de víctimas.
- Bebel, August** – una de las principales figuras del movimiento obrero alemán y de la Internacional a finales del siglo XIX y comienzos del siglo XX, cofundador del

- Partido Obrero Socialdemócrata y miembro del Reichstag; fue uno de los líderes más destacados del movimiento obrero después de las muertes de Marx y Engels.
- Becker, Hermann** – abogado y periodista alemán que había empezado a publicar una serie de obras escogidas de Marx antes de ser arrestado en la primavera de 1851 como uno de los acusados en el Juicio a los Comunistas de Colonia. Fue condenado a cinco años de cárcel por intento de alta traición. Posteriormente fue alcalde de Dortmund y de Colonia, y miembro del Reichstag.
- Becker, Johann** – veterano revolucionario alemán residente en Suiza; participó en los levantamientos de 1848 y en la Primera Internacional, y fue un miembro muy activo del movimiento obrero suizo. Fue amigo durante toda su vida de Marx, Engels y Jenny.
- Berlin, Isaiah** – filósofo liberal británico del siglo XX nacido en Rusia, historiador de las ideas conocido sobre todo por su obra sobre la libertad política *Dos conceptos de libertad*.
- Bernays, Karl Ludwig** (nacido Lazarus Ferdinand Coelestin) – editor bávaro expulsado por sus opiniones liberales; colaboró con Marx en dos periódicos en París y fue encarcelado a causa de la presión ejercida por Prusia por la publicación de un artículo antimonárquico. Emigró finalmente a Estados Unidos. Conocido como F. C. Bernays.
- Bernstein, Eduard** – editor alemán establecido en Suiza y miembro del Partido Socialdemócrata Alemán considerado por Marx y Engels como uno de los hombres más capaces de la nueva generación de miembros del partido. Acusado de revisionismo después de la muerte de Engels, fue uno de los mejores amigos de Eleanor Marx tras trasladarse a Inglaterra. Conocido como Ede.
- Besant, Annie** (nacida Wood) – secularista y escritora británica; fue una de las primeras defensoras del control de natalidad y fue acusada de obscenidad por promoverlo. Ex amante de Edward Aveling, se convirtió en uno de sus críticos más vehementes cuando Aveling inició su relación con Eleanor Marx. Más tarde se convirtió en teósofa y defendió la independencia de la India.
- Biskamp, Elard** – participó en los levantamientos de 1848 y 1849 en Alemania. Fundador del periódico de los emigrados alemanes con base en Londres, *Das Volk*. Colaboró con Marx en esta publicación en 1859.
- Bismarck, Otto Eduard Leopold von** – embajador de Prusia en Rusia y en Francia y primer ministro prusiano; canciller del nuevo Reich alemán creado en 1871. Fue seguramente la figura más importante en la unificación de la Confederación Alemana bajo un Imperio Alemán, y ejerció un poder enorme en su país y en toda Europa. Instituyó leyes antisocialistas y adoptó medidas muy enérgicas contra los obreros.
- Black, Clementina** – escritora y retratista británica, activista obrera, presidenta del Women's Industrial Council, y amiga de Eleanor Marx.
- Blanc, Jean Joseph Louis** – escritor y activista socialista francés, ministro en el gobierno provisional de Francia en 1848, supervisó un polémico programa laboral cuya disolución desencadenó la revuelta de los días de junio. Conocido como Louis.

- Blank, Marie** (nacida Engels) – la hermana preferida de Friedrich Engels, casada con el socialista Emil Blank.
- Blanqui, Louis Auguste** – veterano revolucionario francés, anarquista, comunista, propagandista y participante en todas las grandes revueltas del siglo XIX en Francia, las de 1830, 1848 y 1871. Conocido como Auguste.
- Blind, Karl** – escritor alemán que colaboró con Marx en Londres en cuestiones relativas a los refugiados, y que alternó con la familia Marx durante la primera mitad de la década de 1850 en Londres.
- Blos, Wilhelm** – periodista, miembro del Partido Obrero Socialdemócrata, futuro diputado del Reichstag y ministro-presidente del Gobierno de Württemberg en Alemania de 1918 a 1920.
- Bonaparte, Pierre Napoleon** – primo de Napoleón III y miembro de las asambleas Constituyente y Legislativa de Francia.
- Born, Stephan** (nacido Simon Buttermilch) – tipógrafo alemán y miembro de la Liga Comunista, introducido en el círculo íntimo de Marx en Bruselas a través de Engels; más tarde líder del movimiento obrero alemán en Berlín.
- Bornstedt, Adalbert von** – periodista alemán que trabajó como espía austríaco y agente provocador, fue asistente editorial en el periódico parisino *Vowarts!* y editor de la *Deutsche-Brüsseler-Zeitung* en Bruselas.
- Börnstein, Heinrich** – periodista y empresario alemán fundador del periódico *Vowarts!*; más tarde emigró a Estados Unidos y editó un periódico en St. Louis.
- Brandenburg, Friedrich Wilhelm von** – hijo ilegítimo del rey de Prusia Federico Guillermo II, comandante militar, primer ministro del gobierno prusiano contrarrevolucionario formado en noviembre de 1849, cargo en el que permaneció hasta su muerte en noviembre de 1850.
- Bühning, Karl Johann** – carpintero y miembro de la Liga Comunista; Marx utilizó su pasaporte para viajar a Holanda y a Berlín en 1861.
- Bürgers, Heinrich** – periodista alemán radical y futuro miembro del Reichstag que colaboró con Marx en París, Bruselas y Colonia. Pasó seis años en la cárcel tras ser declarado culpable en el juicio de Colonia a los miembros de la Liga Comunista.
- Burns, John** – líder obrero y sindicalista británico, miembro de la Federación Socialdemócrata, organizador de la huelga de los muelles de Londres, miembro del Parlamento Británico, y ministro en los gobiernos del Partido Liberal.
- Burns, Lydia** – obrera irlandesa y hermana pequeña de Mary Burns; vivió como pareja de hecho de Engels después de la muerte de su hermana en 1863. Conocida como Lizzy.
- Burns, Mary** – obrera irlandesa en Manchester que vivió como pareja de hecho de Engels hasta su muerte en 1863.
- Burns, Mary Ellen** – sobrina de Mary y Lizzy Burns, criada por Lizzy y Engels como su hija. Conocida como Pumps.
- Camphausen, Ludolf** – banquero prusiano, magnate ferroviario y futuro primer ministro de Prusia; contribuyó a financiar la *Rheinische Zeitung*, el periódico que Marx editó en Colonia.

- Carlos X** (nacido Charles-Philippe de France) – monarca francés de la dinastía borbónica derrocado en la revuelta de julio de 1830 por su intento de deshacer las reformas, como la de una constitución limitada, promulgadas por su predecesor.
- Cavaignac, Louis Eugène** – general francés y ministro de la Guerra en el gobierno de 1848; la Asamblea Nacional le confió el poder ejecutivo en Francia durante el levantamiento de los ‘días de junio’ en París y hasta las elecciones presidenciales de diciembre de 1848.
- Cervantes, Miguel de** – novelista español que vivió una vida de aventuras antes de caer en la pobreza, hasta que a los 58 años escribió *Don Quijote*, uno de los libros favoritos de la familia Marx.
- Champion, Henry Hyde** – socialista inglés, periodista y oficial de artillería retirado que contribuyó a organizar la gran huelga de los muelles de Londres; fue uno de los promotores del Partido Laborista Independiente de Gran Bretaña y participó en la redacción de sus estatutos.
- Chernysevsky, Nikolai** – periodista ruso y líder de la *intelligentsia* radical en Rusia en las décadas de 1850 y 1860; estuvo desterrado en Siberia durante diecinueve años por sus escritos, que fueron interpretados como una promoción del populismo revolucionario.
- Clemenceau, Georges Eugène Benjamin** – republicano francés, periodista, miembro de la Asamblea Nacional, ministro del interior y dos veces primer ministro de Francia (1906-1909 y 1917-1920). Uno de los colaboradores más estrechos de Charles Longuet en París, fue decisivo en el retorno de este a Francia desde su exilio en Londres.
- Cluss, Adolf** – ingeniero alemán, escritor, miembro de la Liga Comunista e importante colaborador de Marx en Washington, D.C., donde hizo propaganda a favor del socialismo marxiano.
- Cohen, Ferdinand** – hijastro de Karl Blind; se suicidó en la cárcel tras un intento frustrado de asesinar a Bismarck en Berlín en 1866.
- Collison, William** – hijo de un policía londinense, agitador a favor de la jornada laboral de ocho horas y fundador de la Free Labour Association, que proporcionaba trabajadores no sindicados para romper huelgas, entre otras cosas.
- Conde de Angus** – descendiente de uno de los linajes familiares más antiguos de Escocia, que se remonta al siglo X; el primer conde de Angus recibió el título nobiliario en 1389. Murió en la cárcel tras ser capturado por los ingleses.
- Conde de Argyll** – descendiente de una de las familias más poderosas y controvertidas de Escocia, Archibald Campbell, séptimo conde de Argyll, fue ejecutado en Edimburgo en 1661 por oponerse al rey británico Carlos II.
- Condesa d’Agoult** (nacida Marie-Catherine-Sophie de Flavigny) – ex amante de Franz Liszt, con quien tuvo tres hijos, y de Georg Herweg cuando Karl y Jenny Marx vivían en París; presidió un salón de pensadores radicales. Utilizó el seudónimo Daniel Stern.
- Cooper, James Fenimore** – escritor norteamericano del siglo XIX cuyos relatos, ambientados en bosques y zonas de frontera, presentan un emocionante retrato del

- continente a unas amplias audiencias europeas.
- Crosse, Arthur Wilson** – abogado londinense; fue el albacea testamentario de Engels, y redactó los testamentos de Eleanor Marx Aveling y Edward Aveling.
- Culine, Hippolyte** – líder del Partido Obrero francés en la región de Lille durante los tumultos del primero de mayo en Fourmies.
- Cuno, Theodor** – socialista alemán y miembro de la Internacional; trabajó para la Asociación Internacional de los Trabajadores en Italia, y más tarde emigró a Estados Unidos, donde prosiguió la agitación obrerista y socialista.
- Dale, George Edgar** – farmacéutico de Sydenham que proporcionó ácido prúsico a Eleanor Marx.
- Dana, Charles** – periodista norteamericano y editor del *New York Daily Tribune* desde 1849 a 1862; empleó a Marx como corresponsal extranjero.
- Daniels, Amalie** – esposa de Roland Daniels.
- Daniels, Roland** – doctor en Colonia, estrecho colaborador de Marx y miembro de la Liga Comunista. Juzgado y absuelto en el Juicio de los Comunistas de Colonia, murió poco después a consecuencia de unas dolencias relacionadas con su largo encarcelamiento previo al juicio.
- Danielson, Nikolai** – confidente ruso de Marx y Engels, escritor y economista. Junto con Hermann Lopatin y Nikolai Luybavin, tradujo el primer volumen de *El Capital* al ruso.
- Dante Alighieri** – poeta italiano del siglo XIII, conocido sobre todo por ser el autor de *La Divina Comedia*; es considerado como uno de los más importantes poetas del mundo.
- Darwin, Charles** – naturalista británico del siglo XIX cuyo libro de 1859 *Sobre el origen de las especies por selección natural* provocó el debate popular sobre la evolución y le hizo instantáneamente famoso como científico fundador de la polémica teoría.
- Deasy, capitán Michael** – veterano de la Guerra Civil norteamericana detenido en Manchester en 1867 como líder feniano en un caso que se convirtió en legendario en el movimiento independentista irlandés cuando tres irlandeses fueron colgados por ayudarlo a escapar.
- Defoe, Daniel** (nacido Daniel Foe) – novelista y periodista inglés, autor de *Robinson Crusoe* y de *Moll Flanders*, entre otros libros, se le conoce por su descripción realista de la sociedad inglesa a finales del siglo XVII y comienzos del XVIII.
- Demuth, Helene** – empleada doméstica de los Westphalen en Tréveris, que desde los veinticinco años vivió con Karl y Jenny Marx como un miembro más de la familia. Conocida como Lenchen, dio a luz a un hijo de Marx.
- Demuth, Henry Frederick Lewis** – hijo ilegítimo de Karl Marx y de Helene Demuth; vivió con una familia de adopción en el este de Londres y fue maquinista, miembro de un sindicato y un activista admirador de Marx y Engels, pero murió sin saber con certeza cuál de estos dos hombres era su padre, si es que alguno lo era. Conocido como Freddy.
- De Paepe, César** – periodista y médico belga, miembro desde muy joven de la Asociación Internacional de los Trabajadores; rompió brevemente con Marx en 1872 y

- apoyó a Bakunin en la batalla por el control de la Internacional. Fue uno de los fundadores del Partido de los Trabajadores de Bélgica.
- Dickens, Charles** – el más popular de los novelistas británicos, cuya descripción realista de la Inglaterra del siglo XIX llegó a definir la difícil vida de las clases sociales subalternas y la explotación de las masas ciudadanas en una sociedad industrial floreciente.
- Dmitrieff Tomanovskaya, Elizabeth** (nacida Kusheleva) – revolucionaria rusa que se presentó en casa de Marx en Londres en 1870 a los diecinueve años y se ganó la confianza de Marx y sus hijas; hizo varios recados para Marx en París durante la Comuna de 1871 y finalmente se quedó en París y contribuyó a organizar a las mujeres en las barricadas.
- Donelson, Andrew Jackson** – ministro norteamericano en Prusia durante el levantamiento de 1848; más tarde enviado especial y ministro plenipotenciario ante el gobierno federal de Alemania antes de regresar a Estados Unidos en 1849.
- Doucet, Ernest** – jardinero de Paul y Laura Lafargue en Draveil, Francia.
- Doucet, Roger** – hijo de Ernest Doucet.
- Dourlen, Gustave** – médico francés que ayudó a Charles Longuet a escapar de Francia después de la Comuna y que más tarde fue el médico de cabecera de la familia Longuet en Argenteuil.
- Dronke, Ernest** – escritor que había escapado de la cárcel en Alemania y que se convirtió en miembro de la Liga Comunista y en editor de la *Neue Rheinische Zeitung* en Colonia a las órdenes de Marx. Más tarde emigró a Inglaterra y colaboró estrechamente con Marx y Engels.
- Duff, Sir Mountstuart Elphinstone Grant** – miembro liberal del Parlamento Británico durante la segunda mitad del siglo XIX.
- Dühring, Eugen** – socialista alemán ciego, filósofo, economista y profesor en la Universidad de Berlín; provocó a Engels amenazándolo con inyectar ideas utópicas en el floreciente movimiento obrero alemán. El polémico libro de Engels *Anti-Dühring* se convertiría en una de las obras más importantes de la literatura marxista.
- Duncker, Franz Gustav** – editor berlinés que a instancias de Ferdinand Lassalle aceptó hacerse cargo de la publicación de varias obras de Marx. En 1859 publicó *Una contribución a la crítica de la Economía Política*.
- Dupont, Eugène** – activista obrero francés, participó en el levantamiento de París en 1848 y fue miembro del Consejo General de la Internacional.
- Eccarius, Georg** – sastre alemán exiliado en Londres, miembro de la Liga de los Justos, de la Liga Comunista y de la Asociación Internacional de los Trabajadores; secretario general de esta última organización desde 1863 a 1872.
- Eichmann, Franz August** – ministro del interior prusiano en 1848 y presidente de Renania.
- Ellis, Henry Havelock** – psicólogo británico y amigo íntimo de Eleanor Marx. Impotente hasta los sesenta años, hizo carrera estudiando las relaciones sexuales. Se le atribuye haber acuñado términos como “homosexual”, “autoerotismo”, y “narcisismo”.
- Engels, Friedrich** – hijo de un fabricante textil prusiano, colega de Marx y coautor,

- entre otros textos, del *Manifiesto Comunista*. Engels completó los volúmenes II y III de *El Capital* y redactó muchas obras propias. Conocido como ‘el General’, durante una etapa temprana de su carrera utilizó el seudónimo Friedrich Oswald.
- Engels Senior, Friedrich Senior** – piadoso empresario de Barmen y padre del más estrecho colaborador de Marx.
- Epicuro** – filósofo griego que promovió la base material de la vida tal como se experimenta a través de los sentidos, y no la superstición, y que buscó la serenidad que se alcanza mediante una vida sencilla y virtuosa.
- Ermen, Gottfried** – socio de Engels en la empresa de Manchester Ermen & Engels.
- Ewerbeck, August Hermann** – médico alemán exiliado en París y futuro miembro de la Liga Comunista; líder de la parisina Liga de los Justos, en la que introdujo a Marx.
- Favre, Jules Gabriël Claude** – ministro de asuntos exteriores francés en el gobierno de la Defensa Nacional; aceptó una tentativa de armisticio con Bismarck en 1871 para terminar formalmente con las hostilidades iniciadas en la guerra franco-prusiana de 1840. Conservó su cargo en el gobierno electo de 1871 y combatió la Comuna de París y la Internacional.
- Federico Guillermo III** – rey de Prusia desde 1797 a 1840; sus políticas reaccionarias iban en contra de los deseos de una clase emergente de personas cuya riqueza y estatus eran ganados, no heredados.
- Federico Guillermo IV** – rey de Prusia desde 1840 a 1861; reinó durante los levantamientos europeos de 1848 y supervisó el triunfo contrarrevolucionario de las fuerzas reaccionarias en Prusia.
- Fernando I** – emperador austríaco desde 1835 a 1848, del que se decía que era un débil mental y que estaba bajo el control del canciller Clemens von Metternich.
- Fernando II** – rey de las Dos Sicilias, una región del sur de Italia que va desde Apulia a Sicilia, que se sublevó en 1848 exigiendo comida y un gobierno representativo; recuperó el control tras una sanguinaria campaña que le valió el apodo de “el Rey Bomba”; gobernó hasta 1859.
- Feuerbach, Ludwig** – filósofo alemán del siglo XIX, joven hegeliano y amigo de Marx cuyos escritos, especialmente los de temática religiosa, contribuyeron a alejar a Marx de Hegel.
- Fichte, Johann Gottlieb** – filósofo romántico alemán de finales del siglo XVIII que contempló el mundo subjetivamente, desde el punto de vista del Yo.’
- Flaubert, Gustave** – novelista francés del siglo XIX y autor de *Madame Bovary*, más tarde traducida al inglés por Eleanor Marx.
- Fleckles, Ferdinand** – médico alemán que atendió a Marx en Karlsbad.
- Fleury, Charles** (nacido Carl Friedrich August Krause) – espía y agente de la policía prusiana, fingió ser periodista para introducirse en el círculo de Marx en Londres. Conocido también como Schmidt.
- Flocon, Ferdinand** – demócrata francés, editor del periódico *La Reforme*, y miembro del gobierno provisional francés en 1848.
- Floquet, Charles** – presidente de la Cámara de Diputados de Francia en 1891, cuando Paul Lafargue entró en la cámara en representación de Lille.

- Florencourt, Wilhelm von** – cuñado de Ferdinand von Westphalen y amigo de Jenny Marx.
- Flourens, Gustave** – científico francés, académico, militar aventurero y revolucionario; luchó a favor de la Comuna de París y fue asesinado por las tropas nacionales francesas en 1871; visitó con frecuencia el hogar de los Marx mientras estuvo exiliado en Londres; al parecer fue el primer amor de Jennychen Marx.
- Fox, Peter** (nacido Peter Fox André) – demócrata y periodista británico, miembro del Consejo General de la Internacional desde 1864 a 1869, y editor del periódico *The Commonwealth*.
- France, Anatole** (nacido Jacques Anatole François Thibault) – poeta, novelista y crítico francés del siglo XIX que dominó el mundo literario francés durante los últimos años del siglo; amigo de Charles Longuet.
- Freiligrath, Ferdinand** – hombre de negocios y poeta inmensamente popular prohibido por Federico Guillermo IV por el tono político de sus escritos. Él y su familia estuvieron muy próximos a los Marx desde 1845 en Bruselas hasta una pelea que tuvieron en Londres en 1860.
- Freyberger, Ludwig** – médico austríaco y segundo esposo de Louise Kautsky, atendió a Engels como médico residente en Londres desde 1894 hasta la muerte de Engels en 1895.
- Fröbel, Julius** – profesor y editor de literatura radical establecido en Zurich que prometió financiar una empresa periodística en París en la que iban a colaborar Karl Marx y Arnold Ruge.
- Frye, Eva** – actriz londinense y segunda esposa de Edward Aveling. También conocida como Lillian Richardson.
- Furnivall, Frederick James** – socialista cristiano y fervoroso feminista británico, fundador de numerosas sociedades literarias, incluidas la Browning Society, la Chaucer Society, y muy especialmente la New Shakespeare Society; fue uno de los primeros editores del *Oxford English Dictionary*.
- Gambetta, Léon** – estadista y agitador republicano francés en el gobierno provisional de 1870.
- Garibaldi, Giuseppe** – nacionalista y héroe revolucionario italiano del siglo XIX que participó en los levantamientos de 1848-1849 en Italia; desempeñó un papel decisivo como estrategia militar y luchador en la unificación de Italia durante las dos siguientes décadas; también apoyó la Comuna de París.
- Gentry, Gertrude** – empleada doméstica de Eleanor Marx y Edward Aveling en su casa de Sydenham, en las afueras de Londres.
- George, Henry** – candidato del partido United Labor que quedó en segundo lugar en las elecciones a la alcaldía de Nueva York de 1866, un indicio del creciente poder político que estaban adquiriendo los obreros en Estados Unidos.
- Gigot, Charles Philippe** – bibliotecario y radical belga que colaboró con Marx y Engels en el Comité Comunista de Correspondencia en Bruselas e ingresó en la Liga Comunista. Conocido como Philippe.
- Gladstone, William** – cuatro veces primer ministro británico (la primera *tory*; la segun-

- da, brevemente por la facción disidente del Partido Conservador liderada por Robert Peel y finalmente como líder del Partido Liberal) durante el siglo XIX en diversos períodos, desde 1868 a 1894.
- Goethe, Johann Wolfgang von** – uno de los grandes poetas, dramaturgos y novelistas alemanes; su obra incorporó la ciencia, la política, las relaciones sociales, el romanticismo y el clasicismo, y fue absorbida por Marx y sus colegas en parte debido a que Goethe creía en el desarrollo dinámico de la humanidad.
- Gottschalk, Andreas** – médico de Colonia que se hizo famoso por atender a los pobres; fue un activista obrerista y comunista; en 1848 era presidente de la Asociación de Trabajadores de Colonia, pero discrepó de la táctica de Marx.
- Grévy, François Jules Paul** – republicano francés y presidente de Francia desde 1879 a 1887; durante su gobierno se ofreció una amnistía a los *communards* exiliados.
- Guesde, Jules** (nacido Mathieu Jules Bazile) – socialista revolucionario, amigo de Paul Lafargue en Francia y cofundador del primer partido marxista, el Partido de los Trabajadores Franceses.
- Guillermo I** (nacido Wilhelm Friedrich Ludwig) – príncipe heredero de Prusia; se convirtió en regente en 1858 cuando su hermano Federico Guillermo IV se quedó incapacitado, y en rey en enero de 1861. En 1871 fue coronado emperador en Versalles tras derrotar a Napoleón III y al ejército francés en la guerra franco-prusiana de 1870.
- Guillermo II** (nacido Friedrich Wilhelm Victor Albert) – emperador de Alemania desde 1888 a 1918. Inicialmente más liberal que su viejo canciller Bismarck, que fue obligado a dimitir, con el tiempo se fue volviendo más conservador. Fue el comandante en jefe de las tropas alemanas en la Primera Guerra Mundial; abdicó en 1918 y huyó con su familia a Holanda.
- Guizot, François Pierre Guillaume** – primer ministro francés bajo Luis Felipe. Considerado como uno de los personajes más poderosos detrás del trono, se vio obligado a dejar su cargo al comienzo del levantamiento de 1848 en París.
- Gumpert, Eduard** – viejo médico alemán establecido en Manchester, que trató a Lopus, a Engels, a Marx y a Jenny. Era el único médico en el que confiaba Marx.
- Hansemann, David Justus** – empresario prusiano y futuro ministro de finanzas, que patrocinó la *Rheinische Zeitung*, el periódico de Marx en Colonia.
- Hardie, James Keir** – minero escocés, organizador sindical y líder del Partido Laborista Independiente; en 1842 se convirtió en uno de los tres primeros trabajadores que obtuvo un escaño en el Parlamento Británico. Conocido como Keir.
- Harney, George Julian** – periodista británico, activista reformista y líder del movimiento *cartista*; su periódico *The Red Republican* fue el primero en publicar el *Manifiesto Comunista* en inglés y en identificar a Karl Marx y a Friedrich Engels como sus autores.
- Hartmann, Leo** (nacido Lev Nikolayevitch Hartmann) – revolucionario ruso y miembro de la organización *Narodnaya Volya* (la Voluntad del Pueblo) que huyó de San Petersburgo en 1879 después de intentar asesinar al zar Alejandro II; visitó con frecuencia a Marx y a Engels en Londres y acabó emigrando a Estados Unidos.

- Hatzfeldt, Sophie von** – condesa alemana y personaje social del siglo XIX que se vio implicada en un notorio caso de divorcio, que ganó con la ayuda de Ferdinand Lassalle. Mostró simpatías por el socialismo, principalmente financiando el trabajo de Lassalle.
- Hausmann, Georges-Eugène** – con la aprobación de Napoleón III y como parte de su trabajo como Prefecto del Sena, rediseñó París entre 1850 y 1870, ampliando sus avenidas, derribando sus barrios de viviendas pobres y erigiendo templos a la cultura, las finanzas y el gobierno. Sus diseños también tuvieron el objetivo de convertir en ineficaz la lucha en las barricadas.
- Hecker** (nombre de pila desconocido) – fiscal público en Colonia en 1848.
- Hegel, George Wilhelm Friedrich** – filósofo alemán, considerado uno de los pensadores más importantes del mundo debido en parte a su obra sobre la naturaleza cambiante de la vida, a la que llamó la dialéctica. Fue uno de los pensadores que más influyó en Karl Marx.
- Heine, Heinrich** (nacido Chaim Harry Heine) – uno de los grandes poetas alemanes; se le prohibió publicar a causa de sus ideas políticas y emigró a París en 1831, donde residió el resto de su vida. Fue el amigo más íntimo de Karl y Jenny Marx en París.
- Heinzen, Karl** – periodista radical alemán que colaboró con Marx en la *Rheinische Zeitung* en Colonia y formó parte de su círculo en Bruselas; se peleó con Marx mientras estaba exiliado y acabó emigrando a Estados Unidos.
- Herwegh, Emma** (nacida Siegmund) – hija de un comerciante de seda berlinés y esposa del poeta alemán Georg Herwegh.
- Herwegh, Georg** – poeta alemán expulsado por Federico Guillermo IV por haberse declarado republicano. Colaboró con Marx en París pero rompió con él a causa del intento de Herwegh de introducir a un grupo de combatientes armados en Alemania en 1848.
- Herzen, Alexander** – periodista ruso exiliado que publicó la primera revista en ruso para los emigrados, *Kolokol* [*La campana*], que tuvo una gran influencia en el interior de Rusia; paladín del populismo y amigo de Mijaíl Bakunin.
- Hess, Moses** – periodista y futuro sionista socialista; fue el primero de los amigos alemanes de Marx que se declaró comunista; colaboró con Marx en Colonia en la *Rheinische Zeitung* y en la *Neue Rheinische Zeitung*, y en trabajos periodísticos y de propaganda en Bruselas.
- Hess, Sybille** (nacida Pesch) – obrera alemana que vivió con Moses Hess en Bruselas y en París; se casaron en 1852.
- Hirsch, Wilhelm** – agente prusiano nacido en Hamburgo que tenía la misión de infiltrarse en el grupo de Marx en Londres y pasar informes a la policía.
- Hugo, Victor** – poeta y novelista francés del siglo XIX, elegido funcionario del estado en dos gobiernos franceses. Su obra fue una de las primeras en ser considerada de carácter internacional por su combinación del romanticismo y el realismo en el aspecto lingüístico, en los personajes y en los hechos narrados.
- Humboldt, Alexander von** – barón alemán, científico, naturalista, explorador, escritor y uno de los fundadores de la Universidad de Berlín en 1810; actuó de mensajero

- y de portador de regalos de parte de Federico Guillermo IV en su intento de hacer que los colaboradores del periódico radical en lengua alemana *Vowarts!* fuesen expulsados de París.
- Hume, David** – filósofo y economista escocés del siglo XVIII que creía que solo podemos conocer aquello que percibimos por la experiencia (empirismo), idea que Marx incorporó en sus propias teorías.
- Hyndman, Henry** – socialista británico del siglo XIX y uno de los primeros acólitos de Marx; más tarde fundador de la Federación Socialdemócrata de Gran Bretaña; pese a haberse peleado con Marx, colaboró estrechamente con Eleanor Marx en temas relativos al socialismo y al obrerismo.
- Ibsen, Henryk** – dramaturgo noruego que puso patas arriba el teatro del siglo XIX violando muchas convenciones formales, centrándose en problemas de la vida cotidiana y haciendo más hincapié en los personajes que en el argumento; sus obras sobre la represión de las mujeres en la sociedad, especialmente *Casa de muñecas*, hizo públicas discusiones que las mujeres ya hacía tiempo que tenían en privado.
- Imandt, Peter** – maestro de escuela alemán que colaboró con Marx en Colonia durante las revueltas de 1848-1849; fue miembro de la Liga Comunista en Londres.
- Imbert, Jacques** – socialista y periodista francés, miembro de la Alianza Democrática en Bruselas, gobernador de París durante los primeros días posteriores al levantamiento de 1848 en esta ciudad.
- Isabel II** – reina de España, derrocada en una revuelta en 1868; la disputa sobre la ocupación de su trono fue uno de los factores que llevó a la guerra franco-prusiana de 1870.
- Jaurès, Jean** – periodista francés, delegado en la Segunda Internacional, líder socialista y miembro de la Cámara de Diputados francesa; fue asesinado en 1914 por propugnar la paz en vísperas de la Primera Guerra Mundial.
- Johnson, Samuel** – poeta, ensayista moral y erudito británico del siglo XVIII, famoso entre otras muchas cosas por su *Preface to Shakespeare*.
- Jones, Ernest** – abogado, periodista, defensor de la clase obrera y líder cartista británico; abogado defensor durante el juicio de los Mártires de Manchester en 1867, y un viejo amigo de Marx y Engels.
- Jottrand, Lucien** – periodista y abogado belga, presidente de la Asociación Democrática de Bruselas, de la que Marx era vicepresidente.
- Jung, Georg** – periodista alemán y director de la *Rheinische Zeitung* en Colonia; recaudó dinero para ayudar a Karl y Jenny Marx durante sus años de escasez en París y Bruselas.
- Kant, Immanuel** – filósofo alemán del siglo XVIII cuyo trabajo sobre el papel de la razón en el pensamiento y en el desarrollo mundial influyó en Schiller, Fichte, Hegel, y por extensión en Marx.
- Kautsky, Karl** – periodista, economista, historiador y destacado teórico marxiano alemán. Engels le pidió que tras su muerte fuese él quien, junto con Ede Bernstein, se ocupase de editar la obra de Marx. La obra de Kautsky *Teorías de la plusvalía* se basa en su edición del material para el volumen IV de *El Capital*.

- Kautsky, Louise** (nacida Strasser) – socialista austríaca y estrecha colaboradora de los dirigentes del Partido Socialdemócrata en Alemania y Austria; fue ama de llaves de Engels en 1890 tras divorciarse de Karl Kautsky; más tarde se casó con el médico austríaco Ludwig Freyberger en Londres.
- Kelly, coronel Thomas** – veterano de la Guerra Civil norteamericana y líder del movimiento feniano irlandés, cuya detención en Manchester en 1867 y posterior huída se convirtió en un acontecimiento legendario en el movimiento independentista irlandés. Tres irlandeses fueron ahorcados por ayudarlo a escapar.
- Kératry, Emile de** – conde francés y agente de la policía provincial en 1870 y 1871; prefecto del departamento de la Haute-Garonne. Detuvo e interrogó a las hijas de Marx Jenny y Eleanor como parte de la batida contra los *communards* en Francia.
- Kickham, Charles** – editor de *The Irish People*; los malos tratos a los que le sometieron los carceleros ingleses fueron denunciados por Marx.
- Kinkel, Gottfried** – periodista alemán detenido en Prusia durante el levantamiento de Baden en 1849, pero liberado por su *protégé* Carl Schurz de la fortaleza en la que estaba encerrado; más tarde apareció en Londres y estuvo muy activo entre los refugiados que admiraban su historia. Fue vilipendiado por Marx y Engels.
- Kossuth, Lajos** – héroe de la independencia húngara que luchó contra el Imperio Austríaco en 1848 exigiendo la separación del reino de Hungría. Fue durante un tiempo breve jefe del gobierno revolucionario húngaro.
- Kovalevsky, Maxim** – intelectual liberal ruso que entabló amistad con Marx en Karlsbad y con toda la familia Marx en Londres.
- Kreuz, Marianne** – hermana pequeña de Helene Demuth; fue a vivir con los Marx en Londres a la muerte de su patrona Carolina von Westphalen en Tréveris en 1856.
- Kriege, Hermann** – periodista y socialista utópico alemán.
- Krupskaya, Nadia** – esposa de Vladimir Lenin.
- Kugelmann, Franzisca** – hija de Ludwig y Gertruda Kugelmann, cuyos recuerdos escritos de la familia Marx han aportado muchos detalles personales acerca de sus vidas en Londres y en el extranjero.
- Kugelmann, Gertruda** – esposa de Ludwig Kugelmann y una de las amigas favoritas de Marx, que apreciaba mucho su inteligencia.
- Kugelmann, Ludwig** – ginecólogo de Hanover que participó en la revuelta de 1848-1849; fue uno de los primeros lectores de las obras de Marx y Engels y sintió una admiración por Marx rayana en el fanatismo; ingresó en la Internacional y asistió a sus congresos, pero Marx acabó despreciándole, en parte por la forma en que trataba a su mujer.
- Lachâtre, Maurice** – *communard* y editor francés del primer volumen de *El Capital*.
- Charles Etienne Lafargue** – primer hijo de Laura y Paul Lafargue, muerto a los cuatro años. Conocido como Schnapps y Fouchtra.
- Lafargue, François** – acaudalado y conservador padre de Paul Lafargue; propietario de viñedos en Burdeos y de diversas propiedades en Cuba y Nueva Orleans.
- Lafargue, Jenny** – hija de Laura y Paul Lafargue; vivió solamente un mes.
- Lafargue, Jenny Laura** (nacida Marx) – segunda hija de Karl y Jenny Marx, y esposa

- de Paul Lafargue. Vivió la mayor parte de su vida adulta en Francia y trabajó como traductora de las obras de su padre y de Engels. Conocida como Laura.
- Lafargue, Marc-Laurent** – tercer hijo de Laura y Paul Lafargue; vivió menos de un año.
- Lafargue, Paul** – activista y propagandista socialista francés nacido en Cuba, esposo de la hija de Marx Laura, introductor del marxismo en Francia y España. Conocido como Tooley.
- Lamartine, Alphonse Marie Louis de** – poeta romántico francés, político republicano y enérgico orador; fue el líder incuestionado del gobierno provisional en Francia tras el levantamiento de 1848.
- Lancaster, Edith** – miembro británico de la Federación Socialdemócrata, feminista y amiga de Eleanor Marx Aveling; fue encerrada en un manicomio por su familia por tener una relación extramarital.
- Lassalle, Ferdinand** (nacido Ferdinand Leslauer) – abogado y activista socialista alemán, fundador del primer partido obrero de Alemania, la Unión General de Trabajadores Alemanes; su intervención fue decisiva en la publicación de la obra de Marx *Crítica de la Economía Política*, aunque Marx no le consideraba como un amigo.
- Latour, Theodor** – ministro de la guerra austríaco asesinado en Viena en 1848 por un grupo de obreros enfurecidos.
- Lavrov, Pyotr** – periodista, profesor de matemáticas y filósofo nacido en Rusia y exiliado en París; estrecho colaborador de Marx, simpatizante de la Comuna y miembro de la Internacional.
- Lecomte, general Claude** – condujo a una brigada a Montmartre para recuperar los cañones que habían capturado los insurgentes parisinos en 1871, pero perdió el control de sus hombres y fue capturado y ejecutado por los enfurecidos parisinos; su muerte se utilizó como excusa para desencadenar una brutal represión contra los *communards*.
- Ledru-Rollin, Alexandre** – republicano francés y miembro del gobierno provisional de 1848; participó en la ‘campana de los banquetes’ que precipitó el levantamiento de 1848 en París.
- Lee, H. W.** – periodista socialista británico aliado con la Federación Socialdemócrata de Hyndman; colaboró con Edward Aveling y Eleanor Marx Aveling.
- Lees, Edith** – feminista británica, escritora y esposa lesbiana de Havelock Ellis; fue amiga de Eleanor Marx Aveling.
- Lelewel, Joachim** – historiador y veterano revolucionario polaco; participó en el fallido levantamiento de 1830 en Polonia y se relacionó con Karl y Jenny Marx en Bruselas.
- Le Lubez, Victor** – exiliado francés en Londres que invitó a Marx a asistir al mitin en el que se lanzó en Londres la Primera Asociación Internacional de los Trabajadores; fue miembro del Consejo General de la AIT y secretario de correspondencia de Francia.
- Le Moussu, Benjamin** – grabador francés y miembro de la Comuna de París y del Consejo General de la Internacional; hizo negocios durante un tiempo con Paul Lafargue.

- Lenin, Vladimir** (nacido Ulianov) – líder de la Revolución de Octubre de 1917 que derrocó al gobierno provisional de Rusia y que finalmente le permitiría establecer el primer estado comunista basado –aunque no exclusivamente– en algunos principios marxistas. Se reunió con Paul Lafargue dos veces y pronunció un panegírico en el funeral de este en París en 1911.
- Léo, Andrée** (nacida Leónide Béra) – escritora francesa que enviudó a los treinta y un años; crió a sus hijos escribiendo novelas y se convirtió en una defensora de los derechos de las mujeres; defendió a la Comuna durante su lucha contra las tropas nacionales francesas y, tras la derrota, desde el exilio en Suiza.
- Leopoldo I** (nacido Leopold George Christian Frederick) – príncipe de Sajonia-Coburgo y Gotha; rey relativamente liberal de Bélgica desde 1831 a 1865.
- Leske, Karl Friedrich Julius** – editor liberal de Darmstadt que firmó un contrato con Marx en 1845 para publicar su libro sobre economía política.
- Lessner, Friedrich** – sastre alemán y miembro de la Liga Comunista en Londres; colaboró con Marx en Colonia durante la revuelta de 1848-1849, y más tarde viajó como propagandista de la Liga y fue uno de los acusados en el Juicio de los Comunistas de Colonia, siendo condenado a tres años de cárcel. Ingresó en la Primera Internacional y fue uno de los colaboradores más estrechos de Marx y Engels.
- Lichnowsky, Felix** – príncipe prusiano y miembro del ala derecha de la Asamblea Nacional de Frankfurt; en 1848 fue linchado por la multitud durante una insurrección popular.
- Liebknecht, Ernestine** – primera esposa de Wilhelm Liebknecht, amiga de Jenny Marx en Londres, y más tarde corresponsal íntima suya cuando los Liebknecht regresaron a Alemania.
- Liebknecht, Natalie** – segunda esposa de Wilhelm Liebknecht, corresponsal desde su casa en Alemania con las mujeres Marx en Londres; al final de su vida se hizo muy amiga de Eleanor Marx.
- Liebknecht, Wilhelm** – estrecho colaborador de Marx durante toda su vida, miembro de la Liga Comunista en Londres y más tarde del Reichstag alemán. Contribuyó a fundar uno de los más importantes partidos de la clase obrera, el Partido Socialdemócrata de Alemania. Conocido por la familia Marx como ‘Library’ [Biblioteca].
- Lincoln, Abraham** – presidente norteamericano desde 1861 a 1865, estuvo en el cargo durante la Guerra Civil y firmó la Proclamación de Emancipación que liberaba a los esclavos del Sur y que situaba a la nación en el camino que llevaría al fin de la esclavitud en 1865.
- Linnell, Alfred** – secretario judicial muerto durante la represión policial de Londres de noviembre de 1887 que siguió a los tumultos del Bloody Sunday [Domingo Sangriento].
- Lissagaray, Hyppolite-Prosper-Olivier** – aristócrata, periodista y militar francés cuya historia de la Comuna de París de 1871 fue considerada por Marx como la mejor descripción de la insurgencia. Era el prometido de Eleanor Marx a los treinta y cuatro años, cuando ella tenía solo diecisiete, pero, debido en parte a la fuerte oposición de Marx, nunca llegaron a casarse. Conocido como Lissa.

- Longuet, Charles** – periodista y socialista francés casado con Jenny, la hija mayor de Marx.
- Longuet, Charles Félicien Marx** – primer hijo de Charles y Jenny Longuet, muerto poco antes de cumplir un año. Conocido como Caro.
- Longuet, Edgar** – hijo de Charles y Jenny Longuet; médico activo entre los obreros franceses y miembro del Partido Socialista. Conocido como “Wolf” [Lobo].
- Longuet, Félicitas** – madre de Charles Longuet.
- Longuet, Henry** – hijo de Charles y Jenny Longuet, muerto antes de cumplir cinco años. Conocido como Harry.
- Longuet, Jean Laurent Frédéric** – segundo hijo de Charles y Jenny Longuet; abogado y futuro líder de los socialistas franceses, fue criado en parte por Eleanor Marx. Conocido como Johnny.
- Longuet, Jenny** – hija de Charles y Jenny Longuet; sería cantante de ópera y fue criada en parte por Laura Lafargue. Conocida como Mémé.
- Longuet, Jenny Caroline** (nacida Marx) – hija mayor de Karl y Jenny Marx y esposa de Charles Longuet; trabajó con su padre como secretaria de correspondencia y brevemente como periodista, y en este último trabajo su máximo logro fue una serie de artículos que a la larga contribuiría a la liberación de un grupo de presos políticos irlandeses de las cárceles inglesas. Conocida como Jennychen; utilizó el seudónimo J. Williams.
- Longuet, Marcel** – hijo de Charles y Jenny Longuet. Conocido como Par o Parnell.
- Lorenzo, Anselmo** – impresor español, activista sindical y miembro de la sección española de la Internacional.
- Luis-Felipe** – monarca francés desde 1830 a 1848, conocido como el Rey Ciudadano porque ascendió al trono a consecuencia de un levantamiento popular. Durante su reinado prosperaron los intereses de los más adinerados.
- Loustalot, Elisée** – periodista francés del siglo XVIII y jacobino durante la Revolución Francesa.
- Lyubavin, Nikolai** – uno de los tres traductores rusos del primer volumen de *El Capital*; fue amenazado por Sergei Nechayev por implicar a Bakunin en el proyecto.
- MacMahon, mariscal Marie Edme Patrice** – dictador militar en Argelia, jefe de las tropas de Versalles en la lucha contra la Comuna de París en 1871; fue durante un tiempo breve dictador militar de Francia en este período y presidente de la Tercera República desde 1873 a 1879.
- Maitland, Dollie** – actriz inglesa amiga de Eleanor Marx, miembro del Dogberry Club y futura esposa de Ernest Radford.
- Mann, Thomas** – mecánico británico, líder político de la clase obrera y organizador sindical; miembro del Partido Laborista Independiente y futuro miembro del Parlamento Británico. Conocido como Tom.
- Manning, Charles** – amigo de la familia Marx y pretendiente rechazado de Laura Marx.
- Manteuffel, Otto von** – barón prusiano, reaccionario ministro del interior desde noviembre de 1848 a noviembre de 1850, y primer ministro prusiano desde 1850 a 1858.

- Martin, Alexandre** – obrero francés que llegó a ser ministro del gobierno provisional después del levantamiento de 1848. Conocido como Albert.
- Marx Aveling, Jenny Julia Eleanor** (nacida Marx) – activista socialista y agitadora obrerista nacido en Gran Bretaña, traductora de Flaubert y de Ibsen, periodista, hija menor de Karl y Jenny Marx, y pareja de hecho de Edward Aveling. Conocida como Eleanor y como Tussy.
- Marx, Charles Louis Henri Edgar** – primer hijo de Karl y Jenny Marx. Conocido como Edgar y como Musch.
- Marx, Franzisca** – quinto hijo de Karl y Jenny Marx, vivió solo un año.
- Marx, Heinrich** (nacido Heschel Marx) – primer abogado judío de Tréveris y padre de Karl Marx; se convirtió al luteranismo en 1817 para poder continuar ejerciendo como abogado en la Renania prusiana.
- Marx, Heinrich Guido** – segundo hijo de Karl y Jenny Marx, muerto al poco de cumplir su primer año. Conocido como Fawksy.
- Marx, Henrietta** (nacida Presburg) – madre de Karl Marx.
- Marx, Jenny** (nacida Johanna Bertha Julie Jenny von Westphalen) – hija de un barón prusiano y esposa de Karl Marx; apoyó la obra de Marx y trabajó en pro de los socialistas y de los obreros.
- Marx, Karl** – economista prusiano, filósofo, periodista y padre del socialismo internacional. Conocido como Mohr (el Moro); utilizó el seudónimo A. Williams.
- Maürer, Germain** – escritor socialista alemán exiliado, miembro del grupo clandestino de obreros parisinos conocido como la Liga de los Proscritos, más tarde Liga de los Justos. Vivió cerca de Marx en París y le invitó a asistir a las reuniones del grupo.
- Mazzini, Giuseppe** – nacionalista italiano y fundador, después de las revueltas de 1830, de la sociedad Joven Italia, cuyo objetivo era unir a los diversos estados, reinos y ducados de la península italiana en un solo país. Vivió en el exilio en Londres y fue durante mucho tiempo un enemigo de Marx.
- Meissner, Otto** – editor de Hamburgo que firmó un contrato con Marx en 1865 para publicar dos volúmenes de *El Capital, Una Crítica de la Economía Política*.
- Metternich, Clemens von** – príncipe austríaco y ministro de asuntos exteriores desde 1809 a 1848, y uno de los reaccionarios más poderosos de la Europa del siglo XIX; fue una de las primeras víctimas del levantamiento de 1848 y tuvo que dimitir de su cargo.
- Mevissen, Gustav** – banquero renano patrocinador del periódico de Marx *Rheinische Zeitung*.
- Meyerbeer, Giacomo** (nacido Jacob Liebmann Beer) – compositor de óperas prusiano que financió la revista radical en lengua alemana *Vowarts!* en París, aparentemente a instancias de Federico Guillermo IV, que quería desenmascarar y perseguir a la oposición.
- Michel, Louise** – maestra de escuela francesa nacida en provincias que se hizo revolucionaria durante los preparativos de la Comuna de 1871, en la que participó. Fue juzgada, entre otras cosas, por conspirar para asesinar a funcionarios gubernamentales y por participar en la detención y ejecución de los generales Lecomte y Thomas.

- Mill, John Stuart** – filósofo y economista inglés del siglo XIX, miembro del Parlamento, defensor de los derechos de las mujeres y pacifista.
- Millerand, Etienne** – político, abogado y periodista francés, miembro de la Cámara de Diputados, líder de los socialistas independientes; defendió a Paul Lafargue de la acusación de incitación al asesinato en el juicio de Fourmies de 1891, y más tarde derrotó a Lafargue en las elecciones parisinas.
- Millière, Jean-Baptiste** – abogado y periodista francés; participó en la revuelta del 31 de octubre de 1870 en el Hôtel de Ville de París, y fue ejecutado en mayo de 1871.
- Mincke, Paule** (nacida Paulina Mekarska) – periodista y maestra que luchó por los derechos de las mujeres en los años anteriores a la Comuna de París, y participó activamente en la batalla de 1871.
- Miskowsky, Henryk** – refugiado polaco en Londres que acompañó a Conrad Schramm como padrino en su duelo con August Willich.
- Moll, Joseph** – relojero de Colonia y miembro fundador de la Liga de los Justos en Londres y de la Asociación Pedagógica de los Obreros Alemanes. Invitó a Marx y a Engels a entrar en la Liga. Murió en 1849 luchando en el ejército insurreccional en Baden.
- Moore, George** – socialista británico que durante un tiempo breve tuvo tratos con Paul Lafargue en Londres.
- Moore, Samuel** – abogado británico, traductor al inglés del primer volumen de *El Capital* y del *Manifiesto Comunista*; fue oficial colonial en África Occidental y amigo de toda la vida de Marx y Engels.
- Morris, May** – hija de William Morris, escritora y defensora de la clase obrera.
- Morris, William** – arquitecto, artista, poeta, novelista y reformador social inglés; miembro fundador de la Liga Socialista con Eleanor Marx y Edward Aveling, y defensor de la clase obrera.
- Mulcahy, Dennis Dowling** – médico y redactor del periódico de Dublín *The Irish People*; los malos tratos a los que le sometieron los carceleros ingleses fueron denunciados por Marx.
- Napoleón I** (nacido Napoleon François Charles Joseph Bonaparte) – emperador francés desde 1805 a 1815. Incluso tras la derrota siguió obsesionando a los gobernantes europeos, temerosos de las libertades concedidas a los ciudadanos franceses bajo el Código Napoleónico, protectoras de las fronteras creadas tras su derrota de 1815 en Waterloo.
- Napoleón III** (nacido Charles Louis Napoleon Bonaparte) – sobrino de Napoleón Bonaparte e hijo del rey de Holanda, Luis Bonaparte. Nació en París, creció en Suiza y fue elegido presidente de Francia desde 1848 a 1851. Se convirtió en emperador con el nombre de Napoleón III en 1852 y permaneció en el trono hasta 1870.
- Nechayev, Sergei** – anarquista y conspirador ruso, colaborador estrecho de Bakunin; afirmaba controlar una gran organización clandestina en Rusia. Mató a un estudiante por cuestionar la existencia del grupo y más tarde fue capturado por los suizos y encarcelado en Rusia, donde murió en 1882.
- Nicolás I** (nacido Nikolai Pavlovitch) – zar ruso desde 1825 a 1855, presidió el perío-

- do reaccionario conocido como el Siglo Cruel y estaba en el trono cuando comenzó la Guerra de Crimea.
- Noir, Victor** – periodista francés del periódico republicano *La Marseillaise* asesinado por el primo de Napoleón III en enero de 1870.
- Nothjung, Peter** – sastre alemán y miembro de la Liga Comunista en Colonia. Detenido en Leipzig en 1851; fue el primero de los acusados en el Juicio de los Comunistas de Colonia en ser apresado; fue sentenciado a seis años de cárcel por intento de alta traición.
- O’Brien, James Bronterre** – reformador radical, propagandista y socialista nacido en Dublín; trabajó en contra de la dominación inglesa de Irlanda y a favor de la reforma laboral. Fue conocido como el “maestro de escuela” del cartismo por sus populares escritos en los que declaraba la guerra a la propiedad privada.
- O’Donovan Rossa, Jeremiah** – editor del periódico de Dublín *The Irish People*, detenido en 1865 en una batida de la policía contra su periódico, y acusado de fomentar la revuelta y de promover el socialismo. Los malos tratos a que fue sometido por los ingleses mientras estuvo en la cárcel fueron denunciados en una serie de artículos periodísticos escritos por Jenny, la hija de Marx. Finalmente fue liberado y emigró a Estados Unidos.
- O’Donovan Rossa, Mary** – esposa de Jeremiah O’Donovan Rossa.
- O’Leary** – prisionero político irlandés de sesenta o setenta años, cuyo verdadero nombre era Murphy (y su nombre de pila desconocido). Su sufrimiento en manos de sus carceleros ingleses fue denunciado por Marx.
- Orsini, Cesare** – hermano de Felice Orsini; viajó a Londres con Paul Lafargue y colaboró con Marx para reducir la influencia de Mazzini en la Internacional.
- Orsini, Felice** – republicano y nacionalista italiano ejecutado en 1858 por intentar asesinar a Napoleón III en un atentado con bomba en París que acabó con la vida de seis personas inocentes.
- Owen, Robert** – primer socialista y empresario británico de New Lanark, Escocia, donde a comienzos del siglo XIX dirigió con éxito una fábrica basada en principios socialistas. Sus posteriores intentos en comunidades similares en Estados Unidos fueron un fracaso.
- Panizzi, Anthony** (nacido Antonio Genesio Maria Panizzi) – bibliotecario nacido en Italia encargado del Salón de Lectura del Museo Británico que Marx empezó a frecuentar en 1850.
- Pannewitz, Karl von** – primer novio de Jenny von Westphalen.
- Parnell, Charles Stuart** – famoso nacionalista irlandés del siglo XIX y miembro del Parlamento Británico en representación del condado de Wicklow, fue un franco defensor del autogobierno.
- Perovskaya, Sofía** – revolucionaria rusa y miembro de Narodnaya Volya implicada junto con Leo Hartmann en un complot fallido para asesinar al zar Alejandro II. Un intento posterior tuvo éxito y ella fue ejecutada por su papel en el asesinato.
- Petty, Sir William** – filósofo, científico y economista político inglés; abogó por un enfoque de *laissez-faire* en su examen del papel del estado en la economía.

- Philips, Antoinette** – prima de Marx en Holanda e hija de Lion Philips. Marx mantuvo con ella una relación romántica a distancia durante varios años a comienzos de la década de 1860. Conocida como Nanette y como Netchen.
- Philips, Jacques** – primo de Marx en Holanda e hijo de Lion Philips; abogado en Rotterdam.
- Philips, Lion Benjamin** – empresario holandés y cuñado de la madre de Karl Marx; se encargó de administrar las finanzas familiares tras la muerte de Heinrich Marx.
- Pieper, Wilhelm** – refugiado alemán en Londres, miembro de la Liga Comunista y periodista a tiempo parcial; tutor de los hijos de Marx y con frecuencia secretario del propio Marx.
- Pío IX** (nacido Giovanni Maria Mastai-Ferretti) – cabeza de la Iglesia Católica Romana (1846-1878) y de los Estados Pontificios de la Italia central, que contribuyó a incitar la revuelta de 1848 en el sur de Italia instituyendo reformas sociales.
- Plater, Vladislav** – conde polaco que participó en la revuelta de 1830 en Polonia; residente en Karlsbad durante la estancia de Marx en el balneario en 1874, y erróneamente identificado como el “líder de los nihilistas”.
- Plejanov, Georgy** – escritor y filósofo ruso que emigró a Europa occidental y fundó la primera organización marxista rusa, la Emancipación del Trabajo, en 1883. Colaboró estrechamente con Engels y con Eleanor Marx, y fue un marxista estricto que se opuso al revisionismo en los años posteriores a la muerte de Engels y durante la Revolución Rusa.
- Plutarco** – biógrafo griego que vivió aproximadamente del 46 al 120 de nuestra era; famoso por describir la vida de los antiguos griegos y romanos de una forma casi novelística.
- Proudhon, Pierre-Joseph** – filósofo, economista y escritor francés autodidacta, cuya obra criticando la propiedad privada fue considerada por Marx como un “hito histórico”. Abandonó el socialismo para convertirse en uno de los fundadores del anarquismo.
- Puttkamer, Elisabeth von** – sobrina de Otto von Bismarck; pasó un día con Marx en Londres en 1867 tras coincidir con él en un viaje en barco desde Hamburgo.
- Quinet, Edgar** – historiador y veterano de la revuelta de 1848 en París, participó en el gobierno francés como diputado en la Asamblea Nacional en 1871.
- Radford, Ernest** – abogado inglés, actor aficionado, miembro del Dogberry Club y amigo de Eleanor Marx.
- Raspail, François** – escritor, científico, político, veterano socialista de los levantamientos de 1830 y 1848 en Francia, y abogado del proletariado.
- Ricardo, David** – economista político inglés que creía en la libertad de comercio, entre otras cosas. Marx lo estudió durante su exploración de los economistas clásicos o “burgueses”.
- Rings, L.W.** – refugiado alemán en Londres acusado, pese a ser casi analfabeto, de ser coautor de las actas de una reunión del círculo de Marx utilizadas como prueba de la acusación en el Juicio de los Comunistas de Colonia.
- Rocheftort, Henri de** – editor del periódico republicano *La Marseillaise*; participó en el

- gobierno provisional francés tras la derrota de Napoleón III en 1870.
- Roy, Joseph** – traductor francés del primer volumen de *El Capital*.
- Ruge, Arnold** – periodista y editor alemán encarcelado seis años por sus ideas liberales. Colaboró con Marx en un periódico franco-alemán que no llegó a buen puerto, lo que produjo un distanciamiento permanente entre ellos.
- Rutenberg, Adolf** – maestro expulsado de la profesión por el gobierno prusiano, probablemente por la publicación de diversos artículos polémicos; fue colega de Marx en Berlín y durante un tiempo breve editor de la *Rheinische Zeitung* en Colonia.
- Saint-Simon, Claude Henri de** – conde y filósofo francés de finales del siglo XVIII, principios del siglo XIX, fundador del socialismo francés.
- Salt, Henry** – profesor adjunto en la prestigiosa escuela pública británica de Eton, activista socialista, periodista y miembro de la Sociedad Fabiana; colaboró con Edward Aveling y Eleanor Marx Aveling.
- Salt, Kate** – esposa de Henry Salt.
- Sand, George** (nacida Amandine Lucie Aurore Dupin, baronesa de Dudevant) – famosa y polémica escritora francesa del siglo XIX; en 1848 colaboró con el gobierno revolucionario en París como propagandista.
- Santi, Madame** – pariente de la madre de Paul Lafargue que ayudó a Laura Lafargue en París tras el nacimiento de su primer hijo.
- Schapper, Karl** – silvicultor alemán, tipógrafo y líder de la Liga de los Justos en París. Fue deportado por su participación en el levantamiento francés, colaboró en la reconstitución del grupo en Londres y fue miembro del Comité Central londinense de la Liga de los Comunistas. Colaboró con Marx en la *Neue Rheinische Zeitung* en Colonia y fue miembro del Consejo General de la Primera Internacional.
- Schiller, Johann Christoph Friedrich von** – escritor romántico alemán, historiador y figura emblemática de muchos miembros de la Confederación Germánica que querían convertir a este poco compacto grupo de estados en una nación.
- Schmalhausen, Sophie** (nacida Marx) – hermana mayor de Marx y la más cercana a él.
- Schneider, Karl II** – abogado y presidente de la Sociedad Democrática de Colonia. Fue procesado con Marx y absuelto del cargo de incitación a la rebelión. Más tarde defendió a Marx y a Engels en un juicio relacionado con la *Neue Rheinische Zeitung* y con los miembros de la Liga Comunista juzgados en Colonia en 1852.
- Schöler, Lina** – amiga alemana de Jenny Marx y ex novia del hermano de Jenny, Edgar von Westphalen.
- Schorlemmer, Carl** – uno de los fundadores de la química orgánica; emigrante alemán en Inglaterra, vivió en Manchester, fue miembro de la Internacional y del Partido Obrero Socialdemócrata, y amigo de toda la vida de Marx y Engels. Conocido por la familia Marx como Jollymeier.
- Schramm, Conrad** – emigrante alemán en Londres y miembro de la Liga Comunista; colaboró con Marx en la *Neue Rheinische Zeitung*, *Politisch-ökonomische Revue* y libró un duelo en su lugar.
- Schreiner, Olive** – escritora, feminista y una de las mejores amigas de Eleanor Marx en

- Londres antes de trasladarse a Sudáfrica, donde escribió el libro *Historia de una granja africana* con el seudónimo Ralph Iron.
- Schurz, Carl** – demócrata alemán y detractor de Marx que más tarde se alistó en el ejército insurreccional en Baden. Huyó a Suiza y a Londres y acabó emigrando a Estados Unidos, donde combatió en la Guerra Civil y llegó a ser ministro del interior.
- Scott, Sir Walter** – novelista histórico romántico escocés, uno de los escritores más populares de comienzos del siglo XIX y uno de los favoritos de la familia Marx.
- Shakespeare, William** – el más importante dramaturgo en lengua inglesa, cuyas obras empezaron a publicarse en Inglaterra a finales del siglo XVI. Los Marx eran devotos lectores de Shakespeare; Marx aprendió inglés leyendo a Shakespeare.
- Shaw, George Bernard** – dramaturgo, crítico, escritor y reformador socialista irlandés; fue uno de los primeros en convertirse al marxismo tras leer el primer volumen de *El Capital* en francés, pero gradualmente fue adoptando su propio tipo de reformismo. Fue uno de los primeros amigos que hizo Eleanor Marx a su llegada a Londres; colaboró con ella en periódicos y organizaciones socialistas y en algunas obras teatrales de poca importancia. Sus obras fueron consideradas demasiado polémicas para ser representadas en Inglaterra antes del siglo XX.
- Shelley, Percy Bysshe** – poeta romántico británico y propagandista radical que inspiró al círculo de Marx.
- Skinner, Marian** – actriz inglesa que visitó con frecuencia la casa de los Marx como miembro del Dogberry Club y como amiga de Eleanor Marx. Más tarde escribió sus memorias con su nombre de casada, Marian Comyn.
- Smith, Adam** – economista político escocés del siglo XVIII, cuyo libro *La riqueza de las naciones* se convirtió en la base de la economía clásica y cuya fe en los beneficios del libre mercado dio lugar al capitalismo del “laissez-faire”.
- Staël, Madame de** (nacida Anne Louise Germaine Necker) – escritora franco-suiza del siglo XVIII que algunos expertos consideran como autora de las primeras novelas feministas modernas: *Delphine* (1802) y *Corinne, o Italia* (1807).
- Stanton, Edward** – hijo de la pionera sufragista norteamericana Elizabeth Cady Stanton.
- Stanton, Elizabeth Cady** – una de las fundadoras del movimiento sufragista norteamericano en 1848 y coautora de *Una historia del sufragio femenino*.
- Stead, W. T.** – entusiasta editor reformista del periódico londinense *Pall Mall Gazette* y autor de un polémico estudio sobre el comercio sexual en Londres. Murió en el *Titanic* en 1912.
- Stepniak** (nacido Sergei Mijailovich Kravchinsky) – revolucionario ruso del siglo XIX y miembro de los Narodniks, huyó a Europa occidental tras asesinar a un militar en San Petersburgo en 1878. Fue un apologista de la táctica terrorista y visitó frecuentemente a Engels en su casa; murió tras ser atropellado por un tren en Londres en 1895.
- Stieber, Wilhelm** – espía de la policía prusiana, principal testigo de la acusación en el Juicio de los Comunistas de Colonia, y más tarde jefe de la policía política prusiana.
- Sue, Eugène** – médico francés del siglo XIX y escritor conocido por sus novelas román-

- ticas, muy populares en su momento.
- Swinton, John** – reportero liberal nacido en Escocia y editor del periódico neoyorquino *The Sun*.
- Techow, Gustav** – ex oficial del ejército prusiano y demócrata, líder de la insurrección de 1849 en Baden.
- Tedesco, Victor** – abogado y socialista belga, miembro de la Liga Comunista y de la Asociación Democrática en Bruselas.
- Tenge, Therese** (nacida Bolongaro-Crevenna) – italiana casada con un acaudalado terrateniente alemán. Marx tuvo un breve romance con ella en Hanover mientras esperaba las pruebas de imprenta del primer volumen de *El Capital*.
- Thomas, general Clément** – asesinado junto con el general Lecomte por un grupo de enfurecidos parisinos cuando intentaba recuperar los cañones de los que se habían apoderado los insurgentes en 1871. Fue también muy detestado por su papel en la represión de la revuelta de 1848 en París y por la masacre de Buzenval en enero de 1871.
- Thorne, William James** – ladrillero nacido en Birmingham, líder obrero, sindicalista y miembro de la Federación Socialdemócrata; fue uno de los organizadores de la huelga de los muelles de Londres y más tarde miembro del Parlamento Británico. Eleanor Marx le enseñó a leer. Conocido como Will.
- Tillett, Ben** – zapatero, marinero, estibador británico, organizador obrero y sindicalista; participó activamente en la huelga de los muelles de Londres y más tarde se convirtió en miembro del Parlamento.
- Tocqueville, Alexis Charles Henri Maurice Clérel de** – conde francés del siglo XIX, escritor, historiador y crítico social; fue elegido miembro de la Asamblea Nacional Francesa después de la revuelta de 1848 y estuvo en el gobierno del presidente Luis Napoleón hasta el golpe de estado de Napoleón en diciembre de 1851.
- Trochu, general Louis Jules** – gobernador militar de París nombrado por Napoleón III, y tras la captura de este por las tropas prusianas en 1870, jefe del Gobierno provisional francés de la Defensa Nacional.
- Turgueniev, Iván** – novelista ruso del siglo XIX que acuñó el término “nihilista”, amigo de Bakunin. Consiguió molestar tanto a los radicales como a los conservadores rusos con sus escritos, y encontró pronto audiencia en Occidente.
- Ulianov, Alexander** – hermano de Vladimir Lenin ejecutado en 1887 por intentar asesinar al zar Alejandro III.
- Verlaine, Paul** – poeta simbolista francés del siglo XIX; luchó en la Guerra franco-prusiana y más tarde participó en la Comuna parisina trabajando en la oficina de prensa. Fue encarcelado en 1873 tras disparar contra su amante, el también poeta Arthur Rimbaud, y puesto en libertad en 1875.
- Victoria (nacida Adelaide Mary Louise)** – hija de la reina Victoria, princesa heredera de Gran Bretaña y futura emperatriz de Alemania tras casarse con Federico, hijo de Guillermo I, que solo fue emperador durante nueve días.
- Reina Victoria** (nacida Alexandrina Victoria) – reina de Gran Bretaña e Irlanda desde 1837 a 1901. Los primeros años de su reinado se caracterizaron por un fuerte cre-

- cimiento industrial y económico y por una gran superioridad militar, pero las luchas de clases y una sociedad cambiante que nunca llegó a entender empañaron sus últimos años.
- Vinoy, general Joseph** – jefe del Gobierno Francés de la Defensa Nacional durante un breve tiempo desde enero de 1871.
- Vogler, Carl** – librero alemán en Bruselas que aceptó publicar *La miseria de la filosofía*, el ataque de Marx a Proudhon.
- Vogt, Carl** – demócrata alemán, profesor de geografía y ex miembro de la Asamblea Nacional de Frankfurt en 1848; mientras estaba en el exilio en Suiza aceptó dinero de Napoleón III para escribir y encargar artículos favorables a Francia. Se enzarzó en una batalla pública con Marx cuando se hicieron públicos los detalles de este acuerdo.
- Wagner, Richard** – compositor, director de orquesta y nacionalista alemán cuya influencia se extendió, mucho más allá del ámbito musical, en el campo literario y político.
- Washburne, Elihu Benjamin** – embajador norteamericano en Francia durante la Guerra Franco-Prusiana y el asedio de París en 1870-1871; ocupó este cargo hasta 1877.
- Webb, Beatrice** (nacida Martha Beatrice Potter) – socióloga y economista británica que, junto con su esposo Sidney, propugnó un enfoque gradualista al cambio social; autora de obras sobre el socialismo y el sindicalismo, ella y su esposo fundaron la London School of Economics en 1895.
- Webb, Sidney James** – socialista británico y uno de los primeros miembros de la Fabian Society, agitador en nombre del movimiento obrero británico; junto con su esposa Beatrice escribió una historia del socialismo y del sindicalismo en Gran Bretaña. Ambos fundaron la London School of Economics en 1895.
- Weerth, George** – poeta alemán, periodista y miembro de la Liga Comunista; colaboró con Marx en París, Bruselas y Colonia, e introdujo a Jenny Marx en los círculos del exilio en Londres.
- Weitling, Wilhelm** – sastre alemán, escritor y figura destacada entre los obreros socialistas y comunistas de la primera mitad del siglo XIX; defendió un socialismo utópico basado en el culto a su personalidad.
- Westphalen, Carolina von** (nacida Heubel) – segunda esposa de Ludwig von Westphalen y madre de Jenny Marx.
- Westphalen, Edgar von** – único hermano completo de Jenny Marx; fue uno de los primeros seguidores de Karl Marx, luchó en el bando confederal en la Guerra Civil norteamericana antes de regresar a Prusia.
- Westphalen, Ferdinand von** – reaccionario ministro del interior de Prusia desde 1850 a 1858 y hermanastro mayor de Jenny, la esposa de Marx; durante su ministerio desbarató buena parte del trabajo de Marx.
- Westphalen, Louise von** – esposa de Ferdinand von Westphalen.
- Westphalen, Ludwig von** – barón prusiano, funcionario de alto rango del gobierno en Tréveris y padre de Jenny, la esposa de Marx. Fue uno de los primeros defensores de

la idea del socialismo e introdujo en ella al propio Marx.

Weydemeyer, Joseph – ex teniente del ejército prusiano y futuro miembro del ejército de la Unión en la Guerra Civil norteamericana; fue uno de los colaboradores más estrechos de Marx en Alemania y más tarde colaboró con él en diversos proyectos editoriales desde su base en Nueva York. Conocido como Weywey.

Wilde, Lady (nacida Jane Francesca Agnes Elgee) – poetisa, escritora y nacionalista irlandesa, madre del escritor Oscar Wilde.

Wilde, Oscar Fingal O’Flahertie Wills – dramaturgo y novelista nacido en Irlanda que desafió a la sociedad británica de finales del siglo XIX con su obra, su apariencia y su estilo de vida. Cumplió dos años de trabajos forzados en la cárcel por prácticas homosexuales.

Willich, August – ex oficial del ejército prusiano, agitador comunista en Colonia, miembro de la Liga Comunista y líder del ejército insurreccional en Baden en 1849. Emigró a Londres y colaboró con Marx en 1849-1850, pero se distanciaron por cuestiones personales y políticas. Emigró después a Estados Unidos y combatió con el ejército de la Unión en la Guerra Civil norteamericana.

Wishart, George – reformador religioso escocés del siglo XVI quemado en la hoguera por predicar ideas anticatólicas. Su muerte espoleó a los reformadores protestantes y a la larga la victoria del protestantismo en la Escocia católica de 1560.

Wolff, Ferdinand – periodista alemán y estrecho colaborador de Marx en Bruselas, Colonia, París, Londres y Manchester. Conocido como Red Wolff [Lobo Rojo].

Wolff, Wilhelm – periodista y maestro alemán que escapó para no ser encarcelado en Silesia por infringir la ley de prensa. Miembro del Comité Central de la Liga Comunista, fue uno de los más estrechos colaboradores de Marx en Bruselas, Colonia, Londres y Manchester, y Marx le dedicó el primer volumen de *El Capital*. Conocido como Lupus.

Zetkin, Clara – miembro del Partido Socialdemócrata de Alemania y activista a favor del socialismo internacional y de los obreros alemanes; muy apreciado por Engels.

Zola, Emile – escritor francés del siglo XIX cuyas novelas naturalistas describen perfectamente la sociedad francesa bajo Napoleón III, y que propugnó reformas sociales mediante una detallada descripción del sufrimiento de sus ciudadanos.

Cronología política

1837 – Marx se une al grupo de los Jóvenes Hegelianos en Berlín. Tras la muerte del filósofo alemán Georg Wilhelm Friedrich Hegel en 1831, algunos discípulos jóvenes se basaron en su teoría dialéctica sobre la inevitabilidad del cambio y empezaron a propugnar reformas políticas y sociales. Los Jóvenes Hegelianos tenían su sede en Berlín.

Mayo de 1842 – Marx empieza a escribir para la *Rheinische Zeitung* en Colonia. Este periódico de la oposición se fundó en la ciudad económica e intelectualmente más avanzada de Renania, financiado por un espectro de figuras de la oposición, desde empresarios de clase media que buscaban avances económicos hasta socialistas. Marx fue nombrado editor en octubre de 1842.

Febrero de 1844 – Marx edita el primer y único número de la *Deutsche-Französische Jahrbücher* en París. Marx y Jenny se habían trasladado a París para trabajar en la redacción del periódico de Arnold Ruge, que tenía que dar voz a los escritores de la oposición francesa y alemana. El periódico no consiguió atraer a los escritores franceses, fue prohibido en Alemania y tuvo como consecuencia en Prusia la emisión de órdenes de arresto por alta traición contra Marx y otros tres colaboradores del periódico.

Primavera de 1844 – Marx es introducido en la Liga de los Justos en París. Esta sociedad secreta de conspiración y propaganda la fundó allí en 1836 un grupo de artesanos refugiados, sobre todo alemanes, que adoptaron los principios del comunismo obrero francés propugnado por Auguste Blanqui y Armand Barbès en su secreta Société des Saisons [Sociedad de las Estaciones].

Agosto de 1844 – Marx empieza a escribir para *Vowarts!* en París. Este semanario era conocido como el único periódico de oposición en lengua alemana no censurado de toda Europa. Era considerado tan radical que su editor fue encarcelado y los miembros de la redacción, incluido Marx, fueron expulsados de Francia.

Verano de 1845 – Marx y Engels viajan a Inglaterra y contactan con algunos miembros de la Liga de los Justos y con cartistas. Algunos miembros alemanes de la Liga habían huido de París en 1839 tras el fracaso de una revuelta organizada por sus colegas franceses, y fundaron una sucursal de la organización secreta en Londres,

junto con una herramienta de reclutamiento llamada Asociación Pedagógica de los Obreros Alemanes. Marx y Engels también se relacionaron con veteranos del carlismo, el movimiento reformista inglés, que buscaban apoyo en el continente.

Enero de 1846 – Marx, Engels y Philippe Gigot forman el Comité de Correspondencia Comunista en Bruselas. El objetivo del comité era poner al corriente a obreros y socialistas de toda Europa de los acontecimientos de interés mutuo para preparar y coordinar una futura revolución. Fue la primera organización internacional que trató de formar Marx.

Febrero de 1847 – Marx acepta una invitación para entrar en la Liga de los Justos de Londres e inaugura una sucursal de la misma en Bruselas. Marx y Engels aceptaron entrar en la Liga después de que los líderes londinenses admitiesen que necesitaban la ayuda de los dos jóvenes para atraer a los trabajadores. Fue la primera organización del proletariado en la que ingresó Marx.

Junio de 1847 – La Liga de los Justos cambia de nombre y pasa a llamarse Liga de los Comunistas. Sus miembros se reúnen en Londres para establecer una nueva hoja de ruta. Bajo la dirección de Marx y Engels la liga se convierte en la primera organización comunista internacional de la historia.

Julio de 1847 – Marx y Engels abren una delegación de la Liga Comunista en Bruselas de carácter secreto y una Asociación de los Trabajadores Alemanes de carácter público. Tras la reunión de la Liga Comunista en Londres, Marx y Engels empezaron a reclutar miembros para la delegación de Bruselas pero se encontraron con una falta de participación de los obreros. Lanzaron una sociedad cultural y pedagógica para atraer obreros a su grupo clandestino.

Noviembre de 1847 – Marx se convierte en vicepresidente de la Asociación Democrática Internacional en Bruselas. La asociación la habían formado un grupo de profesionales para contrarrestar la influencia de Marx y Engels entre los refugiados alemanes y los radicales belgas, pero Engels consiguió que Marx fuera elegido vicepresidente del grupo y lo convirtió de hecho en otra de sus herramientas organizativas.

Febrero de 1848 – El *Manifiesto del Partido Comunista* de Marx y Engels se publica en Londres. La Liga Comunista les había pedido que redactaran un documento con la intención de utilizarlo para reclutar miembros. Engels y otros varios miembros de la Liga redactaron versiones del manifiesto, pero la de Marx fue la que se imprimió en Londres en 1848. Uno de sus colegas lo calificó del documento más revolucionario jamás escrito.

Marzo de 1848 – La Autoridad Central de la Liga Comunista se traslada a París. En 1848 estalla la revuelta en Europa desde Berlín a Sicilia, pero su epicentro estaba en París. Marx se traslada allí con su familia tras ser expulsado de Bélgica entre fuertes tensiones provocadas por la presencia de radicales extranjeros en Bruselas.

Marx crea en París la Unión de Trabajadores Alemanes. París estaba lleno de grupos de refugiados organizados para provocar revueltas en sus países de origen. La

Unión de Marx pretendía ser un ejército de propagandistas, no de soldados, que regresarían secretamente a Alemania para reforzar la oposición interior.

Junio de 1848 – Se publica en Colonia la *Neue Rheinische Zeitung*. Marx y sus colegas refundaron el anterior periódico de Colonia como un órgano democrático para informar de las actividades gubernamentales anteriormente secretas en todo el Bund alemán y sobre los levantamientos en toda Europa.

Marx disuelve la Liga Comunista. Tras la brutalidad de los Días de Junio en París, en los que las fuerzas contrarrevolucionarias se enfrentaron a la población civil, Marx decidió que una sociedad secreta como la Liga ya no era necesaria, porque podía lucharse abiertamente y en las páginas de su periódico. Los líderes de la Liga, casi todos en Colonia con Marx, votaron a favor de la disolución.

Setiembre de 1848 – Marx y Engels contribuyen al establecimiento de un Comité de Salud Pública en Colonia. La tensión crece en la Colonia católica ocupada por tropas prusianas mayoritariamente protestantes. Los ciudadanos, convencidos de que las tropas eran enemigas, deciden formar una milicia para protegerse sin la aprobación del gobierno.

Abril de 1849 – Marx rompe lazos con sus colegas demócratas de la Unión Democrática de Renania. Durante la contrarrevolución de 1849, Marx pensó que los demócratas de clase media habían traicionado a la clase obrera para proteger sus intereses. Después de 1849 Marx ya no volvería a colaborar nunca políticamente con la burguesía.

Mayo de 1849 – La *Neue Rheinische Zeitung* deja de publicarse. El tono cada vez más radical del periódico de Marx le valió una orden de expulsión de Prusia. La última edición del periódico se imprimió con tinta roja.

Setiembre de 1849 – Se reconstituye en Londres la Liga Comunista junto con la Sociedad Pedagógica de los Trabajadores Alemanes. Una vez que los levantamientos de 1848 en Europa fueron sofocados, los refugiados políticos de todo el continente se trasladaron a Londres. Entre ellos estaban Marx y los miembros de la Liga, que reactivaron el grupo y su herramienta de reclutamiento.

Se forma el Comité de Ayuda a los Refugiados Políticos Alemanes. Marx es elegido miembro de un comité cuyo objetivo es ayudar a los cientos de refugiados alemanes que llegan a Londres sin comida ni dinero. El comité era una filial de la Sociedad Pedagógica de los Trabajadores Alemanes y como tal también se utilizó para captar miembros para la Liga Comunista.

Comienzos de 1850 – Marx y Engels ingresan en la Sociedad Universal de los Comunistas Revolucionarios en Londres. Este grupo de radicales extremistas sobre todo franceses estaba compuesto principalmente por seguidores de Auguste Blanqui, encarcelado en Francia por su papel en el levantamiento de 1848.

Marzo de 1850 – Se publica en Hamburgo la *Neue Rheinische Zeitung, Politisch-ökonomische Revue* de Marx. Este periódico de la oposición en lengua alemana lo redactaban en Londres Marx y sus colaboradores en un intento de mantener viva la revuelta de 1848, por lo menos en la prensa. Debido a la falta de dinero y a lo

que Marx calificaba de “hostigamiento oficial” en Alemania, solo se publicaron seis números de la revista.

Setiembre de 1850 – La Autoridad Central de la Liga Comunista se traslada a Colonia. Surge la división entre los refugiados alemanes en Londres acerca de si deben apoyar la revolución de forma inmediata o, como sugiere Marx, si hay que educar primero a los trabajadores para un cambio de estado en el futuro. Marx se impone a sus rivales trasladando la Autoridad Central fuera de Londres y posteriormente hace que sean expulsados de la Liga.

Marx y Engels rompen con la Sociedad Universal de los Comunistas Revolucionarios. Si bien Marx apoyaba a Blanqui, consideraba imprudentes a sus seguidores y temía que pudiesen provocar una revuelta que acabase con la derrota de los trabajadores. Él, Engels y George Julian Harney abandonan el grupo.

Agosto de 1851 – Marx empieza a escribir para el *New York Daily Tribune*. El editor Charles Dana había invitado a Marx a ser el corresponsal en Europa del periódico liberal norteamericano y a enviar no solo artículos sino también editoriales. Marx no supo suficiente inglés hasta 1852, por lo que los primeros artículos los escribió Engels.

Diciembre de 1851 – Marx y sus seguidores, que se autodenominaban “la sinagoga”, empiezan a reunirse en Londres. Los más cercanos a Marx se distancian del resto de los refugiados alemanes y pasan la mayor parte del tiempo en la Biblioteca del Museo Británico y en reuniones de la “sinagoga”, bebiendo y discutiendo de economía política y de teoría social.

Noviembre de 1852 – Marx disuelve la Liga Comunista. La detención y juicio de once miembros de la Liga en Colonia y el encarcelamiento de siete de ellos, además del clima contrarrevolucionario imperante en Europa, llevaron a Marx a la conclusión de que ya no era productivo tener una sociedad secreta, y se concentraron en su trabajo teórico y periodístico.

Mayo de 1859 – Marx empieza a colaborar en *Das Volk*, el periódico londinense de la Sociedad Pedagógica de los Trabajadores Alemanes. Consideraba esta publicación de los inmigrantes como un periodichucho, pero lo utilizó para dar rienda suelta a su ira contra sus rivales durante el decepcionante período que rodeó a la publicación de su obra sobre economía política.

Junio de 1859 – Se publica en Berlín la obra de Marx *Contribución a la crítica de la Economía Política*. Sus amigos y seguidores habían anticipado que el libro sería su principal trabajo de política económica, pero les desconcertó y les decepcionó y no tuvo eco en la prensa.

Marzo de 1860 – La *Contribución a la crítica de la Economía Política* empieza a venderse en Rusia, y un profesor de la Universidad de Moscú lo usa en sus clases. Si bien la *Crítica* fue prácticamente ignorada por la audiencia que buscaba Marx en Alemania, la traducción encontró una audiencia receptiva en Rusia, que estaba experimentando una rara explosión de liberalismo bajo el zar Alejandro II.

Marzo de 1862 – El *New York Daily Tribune* pone fin a su relación con Marx, alegan-

do que ya no precisa de sus servicios como corresponsal en Londres. Las noticias sobre la elección de Abraham Lincoln como presidente y la subsiguiente Guerra Civil dominaban en los periódicos norteamericanos, y el *Tribune* fue eliminando gradualmente la cobertura del extranjero para centrarse en los problemas nacionales.

Mayo de 1863 – Ferdinand Lassalle funda la Unión General de Trabajadores Alemanes. A comienzos de la década de 1860 los trabajadores de toda Europa estaban empezando a ser conscientes de su fuerza. En Alemania, Lassalle trató de organizarlos publicando un panfleto titulado *El programa de los trabajadores*, considerado por muchos como el primer paso hacia un movimiento obrero alemán moderno. A continuación creó un partido político obrero.

Julio de 1863 – Muchos trabajadores europeos se reúnen en Londres para apoyar un levantamiento en Polonia. Con el fin de la servidumbre en Rusia en 1861, los polacos protestaron exigiendo más derechos, y cuando sus demandas no fueron atendidas, se sublevaron. Los gobiernos europeos no acudieron en su ayuda, pero los trabajadores sí expresaron su solidaridad. También decidieron formar una sociedad internacional de trabajadores para afrontar futuros retos.

Setiembre de 1864 – Se celebra en Londres la reunión inaugural de la Asociación Internacional de los Trabajadores. La Primera Internacional se constituye en el 88. Martin's Hall cuando personajes de la oposición ingleses, italianos, franceses, irlandeses, polacos y alemanes se unen para crear una organización para contrarrestar el poder combinado y creciente de gobiernos y empresarios. Marx escribió el “Discurso a las clases trabajadoras” del grupo, y aunque su papel oficial no era más que el de secretario de correspondencia para Alemania, se convirtió en el líder de la AIT.

Setiembre de 1867 – Se publica el primer volumen de la gran obra de Marx, *El Capital*. El texto de economía política en el que había empezado a trabajar Marx en 1851 (si no en 1844) finalmente había aparecido. Aunque Marx y Jenny esperaban que el libro cayese como una “bomba” sobre el público y les compensase de todos los sacrificios que habían tenido que hacer, este libro, como las otras obras económicas de Marx, fue acogido al principio con frialdad.

Setiembre de 1868 – Marx recibe una petición para que autorice la traducción al ruso del primer volumen de *El Capital*. El economista y escritor Nikolai Danielson puso sobre aviso a Marx de que el editor de San Petersburgo N. Polyakov quería publicar una traducción de *El Capital*. Sería la primera traducción del libro del alemán.

Agosto de 1869 – Se funda el Partido Socialdemócrata de los Trabajadores. El amigo de Marx Wilhelm Liebknecht y su colega August Bebel habían constituido el partido obrero durante un congreso en Eisenach, Alemania; representaba a 150.000 trabajadores y adoptó como propias las normas de la Internacional.

Noviembre de 1869 – Marx empieza a presionar al Consejo General de la Internacional para que exija la liberación de los presos políticos irlandeses y para que dé su apoyo a la independencia de Irlanda. Aducía que para acelerar el cambio social en Europa había que empezar por Inglaterra, y que la clave del cambio allí estaba

en Irlanda. Los delegados ingleses de la Internacional se opusieron a esta posición y el desafío político al gobierno inglés aumentó la preocupación que provocaba la AIT en las autoridades y provocó un incremento de la represión contra sus miembros en Francia.

Setiembre de 1870 – Napoleón III es capturado por los prusianos durante la guerra franco-prusiana y Francia declara la República. Los miembros franceses de la AIT estaban implicados en las maniobras políticas para establecer un Gobierno provisional para la Defensa Nacional en Francia y prosiguen la lucha contra los prusianos como ejército republicano. Los miembros de la Internacional, de todos modos, creían que el nuevo gobierno estaba formado por la misma burguesía que había abandonado a la clase obrera en el pasado y que volvería a hacerlo.

Marzo de 1871 – Los parisinos votan para elegir a su propio gobierno, una comuna. Las elecciones nacionales de febrero habían dado como resultado la formación de un gobierno dominado por los conservadores que había aprobado un costoso armisticio con Prusia. Los parisinos, que habían estado asediados desde agosto, se sintieron traicionados y eligieron su propio gobierno de izquierdistas –que incluía a miembros de la Internacional– para preparar la lucha contra las fuerzas francesas.

En diversos informes de prensa Marx es acusado de orquestar a la Internacional de París y por extensión a la Comuna. Cuando los soldados franceses manifiestan su reluctancia a luchar contra sus compatriotas franceses, el gobierno trata de presentar la Comuna como obra de extranjeros. En primer lugar de la lista de malas influencias se encuentra Marx, que es identificado en la prensa como el titiritero rojo que mueve los hilos de la revuelta de París.

Mayo de 1871 – Marx entrega al Consejo General de la AIT un panfleto titulado *La guerra civil en Francia*. Antes de la Comuna de París, Marx era prácticamente un desconocido, pero después, y debido en parte a este panfleto en el que elogia a los parisinos, empieza a ser conocido como el “doctor rojo terrorista”, el malvado arquitecto de la revuelta, y es vilipendiado en la prensa, de Chicago a Viena.

Julio de 1871 – Se funda en España la Nueva Federación de Madrid, la primera organización marxista del país. El trabajo de Lafargue allí no ha producido muchos resultados, aparte de la fundación de un grupo marxista en Madrid, que sería el germen del todavía existente Partido Socialista español.

Marzo de 1872 – Se publica la edición rusa del primer volumen de *El Capital*. Los censores rusos permiten la circulación del libro porque consideran que es tan difícil de entender que apenas encontrará quien lo compre. Los tres mil ejemplares de la primera edición se agotan en menos de dos meses.

Setiembre de 1872 – Se reúne en La Haya el quinto Congreso Anual de la Internacional. Marx nunca había asistido antes a un congreso de la Internacional fuera de Londres, pero utilizó este acontecimiento para facilitar su retiro maniobrando para que el Consejo General se traslade a Nueva York, poniendo fin de este modo, esencialmente, a su liderazgo en la organización.

Marx hace su última intervención pública en una reunión local de la AIT en Amster-

dam. Esta intervención será más tarde considerada como una de las más polémicas porque alimentó el debate sobre si Marx era sinceramente pacifista o si propugnaba una revolución violenta.

Marzo de 1875 – Se forma en Gotha el Partido Socialista Obrero Alemán (SAPD). Los trabajadores y los socialistas deciden que tendrán más influencia combinando los dos principales partidos obreros –la Unión General de los Trabajadores Alemanes de Lassalle y el partido Socialdemócrata de los Trabajadores de Liebknecht – en una sola organización. En 1890 se convertirá en el aún existente Partido Socialdemócrata de Alemania.

Noviembre de 1873 – Se publica la traducción francesa del primer volumen de *El Capital*. Esta primera edición de unos diez mil ejemplares se agota rápidamente; la versión en francés no solo era más accesible que la alemana a una audiencia más amplia, sino que Marx ha revisado a fondo el libro debido a la dificultad de la primera edición alemana.

Julio de 1876 – Se disuelve en Filadelfia la Primera Internacional. Desde su traslado a América, la influencia de la Internacional ha ido disminuyendo y han empezado a producirse escisiones en la organización. Los diez miembros restantes deciden disolver la AIT y formar sus propios grupos, uno de los cuales se convertirá en el Partido Laborista Socialista norteamericano.

Octubre de 1878 – Se aprueba en Alemania un conjunto de leyes antisocialistas. Dos intentos de asesinato del emperador Guillermo dan al canciller Bismarck la excusa que necesitaba para promulgar unas leyes que pongan freno al creciente poder político del SAPD en Alemania. A consecuencia de estas leyes, Marx y otros socialistas no podrán publicar sus obras en Alemania.

Octubre de 1879 – Jules Guesde funda un partido obrero en Francia. Los líderes de la izquierda francesa están divididos desde la Comuna, en parte debido a que muchos de ellos se han exiliado. En Marsella, el socialista Guesde trata de formar un partido que englobe a trabajadores de todas las filiaciones políticas. En 1880 se convierte en el Partido de los Trabajadores Franceses, el primer partido marxista de Francia.

Junio de 1881 – Henry Hyndman funda la Federación Democrática en Londres y publica *England for All*. Hyndman es uno de los primeros “marxistas” británicos. Su grupo era vagamente socialista y decía estar formado por y para los trabajadores. Su libro utiliza muchas ideas de *El Capital* en un momento en que esta obra no estaba a la venta en inglés, y Marx estuvo a punto de acusar públicamente a Hyndman de plagio.

14 de marzo de 1883 – Marx muere en su casa de Londres y deja sin completar su obra más importante, *El Capital*. En el momento de su muerte muy pocas personas conocen y comprenden sus teorías. Solo once personas asisten a su funeral.

Enero de 1884 – Un grupo de intelectuales socialistas de clase media forman la Sociedad Fabiana. El grupo procede de la Federación Democrática de Hyndman y de una organización anterior conocida como la Fraternidad de la Nueva Vida. Su

forma de abordar la reforma social era gradualista. Su lema: “Hay que tener paciencia, como la tuvo Fabio, para esperar el momento oportuno”.

Marzo de 1884 – Se conmemora en Londres el primer aniversario de la muerte de Marx. Unas seis mil personas se reúnen en Londres y se dirigen al cementerio de Highgate para conmemorar el primer aniversario de la muerte de Marx y el decimotercer aniversario de la Comuna de París.

Agosto de 1884 – Hyndman cambia el nombre de su organización, que pasa a llamarse Federación Socialdemócrata (FSD). El nuevo nombre indica un cambio de énfasis: el grupo deja de ser una organización estrictamente obrera y pasa a ser una asociación socialista de inspiración marxista. Es el primer grupo socialista británico importante desde la década de 1820.

Diciembre de 1884 – Eleanor Marx y otros abandonan la FSD para formar la Liga Socialista. Alegando que la FSD era, entre otras cosas, excesivamente autocrática, algunos de sus miembros forman una organización socialista rival para educar y organizarse de acuerdo con los principios marxistas.

Enero de 1885 – El volumen II de *El Capital* entra en prensa dieciocho años después de que Marx prometiese entregarlo a su editor. En el período posterior a la muerte de Marx, Engels editó cientos de páginas del manuscrito para producir el segundo volumen de la economía política de Marx, esta vez sobre la circulación del capital. Dedicó el libro a Jenny Marx.

Julio de 1886 – Líderes socialistas de Francia, Alemania e Inglaterra empiezan a discutir la creación de una Segunda Internacional. El ritmo de la expansión capitalista se había acelerado en la década de 1880, igual que las empresas estatales en las colonias. Algunos socialistas creían que se necesitaba una organización internacional para proteger a los trabajadores en este nuevo y más amenazador entorno.

Setiembre de 1886 – Eleanor Marx Aveling, Edward Aveling y Wilhelm Liebknecht recorren Estados Unidos para promover el socialismo. El grupo viajó durante doce semanas, visitando treinta y cinco ciudades diferentes, algunas tan al oeste como Kansas City, y organizando mítines en casi todas ellas, a veces hasta cuatro en una sola ciudad.

Enero de 1887 – Se publica la edición inglesa del primer volumen de *El Capital*. El abogado británico Samuel Moore y el compañero sentimental de Eleanor Marx, Edward Aveling, son los traductores de la obra de Marx, una traducción que la hace más accesible en un momento en que se intensifican las tensiones laborales.

Julio de 1889 – Se inaugura en París la Segunda Asociación Internacional de los Trabajadores. Los socialistas franceses han sido los anfitriones de un congreso que ha reunido a 391 socialistas y sindicalistas internacionales, fundando de hecho la organización que iba a suceder a la Primera Internacional de Marx. El congreso, también conocido como la Internacional Socialista, hizo un llamamiento para la celebración al año siguiente de la primera manifestación global del Primero de Mayo en apoyo de la clase obrera.

Agosto de 1889 – Los estibadores del muelle de Londres se declaran en huelga en una

acción sin precedentes por parte de socialistas y obreros organizados. Sesenta mil trabajadores, entre los más oprimidos y menos poderosos de Inglaterra, consiguen paralizar el puerto de Londres por primera vez en un siglo. La huelga dura hasta mediados de setiembre y los huelguistas vuelven al trabajo habiendo conseguido la mayor parte de sus reivindicaciones.

Mayo de 1890 – Primera manifestación global del Primero de Mayo como día de los trabajadores. Se celebran manifestaciones en toda Europa y en América del Norte y del Sur pidiendo la jornada de ocho horas y derechos laborales. La mayor de estas demostraciones tiene lugar en Londres, donde trescientas mil personas llenan Hyde Park en una exhibición de fuerza de obreros, sindicalistas y socialistas.

Julio de 1892 – Tres trabajadores ocupan sus escaños en el Parlamento Británico. John Burns, J. Havelock Wilson y Keir Hardie son los tres primeros trabajadores elegidos para el Parlamento que se convierten en miembros de la Cámara de los Comunes.

Enero de 1893 – Se forma el Partido Laborista Independiente de Gran Bretaña. Edward Aveling está en el comité fundacional del grupo y tiene la aprobación de Engels. El programa del nuevo partido parece redactado por el propio Marx: “propiedad colectiva y control de los medios de producción, distribución y cambio” y jornada laboral de ocho horas. El minero británico Keir Hardie es nombrado presidente de lo que en su día sería el Partido Laborista británico.

Mayo de 1894 – Se envía a la imprenta el tercer volumen de *El Capital*. Durante diez años Engels ha estado editando los manuscritos de Marx para este tercer volumen, para producir una obra sobre el capital monopolista y sobre la creación –y, lo que es más importante, el derrumbe– del mercado mundial.

1894 – Vladimir Lenin entra en una organización marxista en San Petersburgo y viaja a Europa occidental. Lenin se dispone a reunirse con Georgy Plejanov, que está la mayor parte del tiempo en Zurich y en Londres. Plejanov ha fundado la primera organización marxista en Rusia, la Emancipación del Trabajo. Lenin también se reúne con Lafargue en París, donde el joven ruso sorprende al yerno de Marx por sus profundos conocimientos de teoría marxista.

5 de agosto de 1895 – Engels muere en su casa y, como Marx, deja mucha obra inacabada; aunque había seleccionado a Karl Kautsky y a Eduard Bernstein (además de a las hijas de Marx) como sus sucesores en la edición de las obras de Marx, las batallas sobre el mito y la teoría empiezan casi inmediatamente entre los seguidores de Marx y Engels.

Enero de 1905 – Estalla la revuelta en Rusia cuando el ejército abre fuego contra una manifestación de obreros en San Petersburgo matando a unas cien personas. Igual que en Europa occidental en 1848, un inquietante levantamiento de la clase obrera hace que las autoridades prometan concesiones, incluida una Dumka legislativa, pero como en 1848, son ofertas vacías que solo pretenden calmar la situación, no hacer reformas sociales.

Verano de 1910 – Lenin visita a Paul y Laura Lafargue en Draveil. Tras participar en

la revuelta de 1905 en Rusia, Lenin, su esposa y su suegra vivían en Europa occidental. En París pasa el tiempo estudiando y escribiendo, y viaja para ver a la hija y al yerno de Marx y para discutir con ellos la obra de Marx.

Diciembre de 1911 – Socialistas y líderes de los partidos obreros de Francia, Alemania, Inglaterra, España y Rusia presentan sus últimos respetos a Paul y Laura Lafargue. Un auténtico “quién es quién” de líderes socialistas y comunistas del siglo XX asisten al funeral en París de Paul y Laura Lafargue, muertos aparentemente en un pacto de suicidio en noviembre. Entre los miembros del cortejo fúnebre se encuentra Lenin, que predice que el triunfo del proletariado está próximo.

Noviembre de 1917 – Lenin y sus seguidores bolcheviques se hacen con el poder en Rusia. Lenin había regresado del exilio en abril de 1917 después de la abdicación en marzo del zar Nicolás II y de la formación de un gobierno provisional. Él y sus seguidores bolcheviques deciden no apoyarlo, ocupan edificios públicos en noviembre y detienen a los líderes del gobierno provisional que no consiguen escapar. En enero Lenin declara una “dictadura revolucionaria”.

Prefacio

ME ENCONTRÉ POR VEZ PRIMERA con la historia de la familia Marx en las últimas páginas de una revista en Londres. El artículo trataba de diversas celebridades londinenses y una frase me llamó la atención. Decía que, de las tres hijas supervivientes de Marx, dos se habían suicidado. Hice una pausa en la lectura a mitad del artículo pensando que no sabía prácticamente nada de la vida familiar y personal de Marx. Para mí era una gran cabeza en lo alto de un enorme pedestal de granito en el cementerio de Highgate, y un corpus de textos teórico de centenares de libros. Nunca había dedicado ni un minuto a las mujeres que le cuidaron día a día mientras él dedicaba sus esfuerzos a crear una teoría que iba a revolucionar al mundo, ni a la vida privada del hombre cuyas ideas contribuyeron a producir el socialismo europeo y a propagar el comunismo desde Rusia a África, desde Asia al Caribe.

Empecé a leer en busca de su historia, y lo que encontré fue que todos los aspectos de la filosofía de Marx, todos y cada uno de los matices de sus palabras, habían sido diseccionados, y que se habían escrito docenas de biografías desde todas las perspectivas políticas posibles, pero en inglés no había ni un solo libro que contase la historia de la familia Marx.¹ Ni un solo texto entre los muchos volúmenes sobre Marx se centraba totalmente en las vidas de su esposa Jenny y de sus hijos y de los otros dos miembros de la ‘familia’, Friedrich Engels y Helene Demuth. Encontré varias biografías de Jenny Marx y de la hija menor de Marx, Eleanor, pero ni un solo texto contaba el agri dulce drama que había sido la historia de su vida ni contextualizaba el impacto que sus luchas habían tenido en la obra de Marx. Decidí intentarlo yo.

1. No puedo hablar por todos los libros en lengua no inglesa, pero no he encontrado ninguno que cubriese toda la historia desde la niñez de Marx hasta la muerte de la última de sus hijas.

Empecé reuniendo las miles de páginas de cartas que los miembros de la familia Marx se habían escrito unos a otros y con sus amigos y colaboradores durante más de seis décadas. Muchas de ellas estaban en archivos de Moscú y nunca habían sido publicadas en inglés. También utilicé cartas escritas por parientes y amigos más lejanos en las que hablaban de los Marx. Leyendo esta multitud de documentos cronológicamente, contemporáneamente, empecé a oír a los diversos personajes hablando unos con otros mientras se sucedían los acontecimientos a su alrededor. Pude escuchar sus diálogos cotidianos: durante veinte años Marx y Engels se comunicaron por carta casi a diario, y las mujeres Marx fueron igualmente prolíficas. El cuadro que fue emergiendo gradualmente era el de una familia que lo había sacrificado todo en nombre de una idea que sería conocida como ‘el marxismo’, pero que durante sus vidas existía solamente en la mente de Marx. La exteriorización de sus ideas se vio continuamente frustrada.

La historia que descubrí era la historia de amor entre un hombre y una mujer que no dejó de ser apasionada y absorbente pese a las muertes de cuatro hijos, a la pobreza, la enfermedad, el ostracismo social y la traición final, cuando Marx engendró al hijo de otra mujer. Era la historia de tres mujeres jóvenes que adoraban a su padre y que se dedicaron a su gran idea, incluso a costa de sus propios sueños, incluso a costa de sus propios hijos. Era la historia de un grupo de personajes brillantes, combativos, exasperantes, divertidos, apasionados y en última instancia trágicos atrapados en las revoluciones que arrasaron la Europa del siglo XIX. Era, por encima de todo, la historia de unas esperanzas truncadas por el encuentro con el baluarte de una realidad amarga, personal y política.

En las palabras de los propios Marx encontré también que muchos de los detalles que han aflorado en las biografías escritas durante los últimos 125 años habían sido a menudo cambiados o malinterpretados, a veces por razones políticas, a veces por razones personales. Esto es lo que pasa siempre con las figuras polémicas, pero me atrevo a decir que nunca más que en el caso de Marx. Algunos de los ejemplos son bien conocidos: inmediatamente después de su muerte en 1883, sus seguidores trataron de esterilizar su historial, eliminando las referencias a su pobreza, a sus borracheras, incluso al hecho de que tuviese un seudónimo –el Moro– con el que era conocido desde sus días universitarios. Más tarde, durante la Guerra Fría y de nuevo después de la caída del muro de Berlín, su biografía se convirtió en un episodio más de la batalla ideológica entre el Este y el Oeste. Los detalles de su vida, y por extensión los de las vidas de sus familiares, iban cambiando en función de si quien los contaba estaba

describiendo a un santo comunista o a un iluso pecador. A menos que uno supiera desde qué capital estaba escribiendo un autor, no resultaba inmediatamente aparente qué versión de la vida de Marx le estaban ofreciendo.

Los detractores de Marx a menudo le menosprecian como un burgués que vivió rodeado de lujos mientras pretendía luchar por la clase obrera. Estas acusaciones surgieron muy pronto —en vida del propio Marx— y le siguieron hasta el siglo XX con los esfuerzos que se hicieron para desacreditarle a él y a su obra. Por otro lado, quienes querían mantener a Marx encaramado en lo alto de un pedestal socialista se esforzaron durante años negando que él fuese el padre de Freddy, el hijo de Helene Demuth. En los archivos de Moscú había cartas en las que miembros del partido discutían sobre el nacimiento de Freddy, pero cuando Stalin supo de su existencia por David Ryazanov, el director del Instituto Marx-Engels, lo consideró como un asunto insignificante y ordenó a Ryazanov que “ocultase [aquellas cartas] en lo más profundo de los archivos”.¹ Las cartas no serían publicadas hasta cincuenta años más tarde.

A lo largo de los años han aparecido otros muchos ejemplos de errores y de falsedades, y muchos de ellos, como los ya citados, han sido descubiertos por los estudiosos y en gran parte corregidos. Pero otros, desgraciadamente, siguen repitiéndolos como si fuesen hechos, no solo los biógrafos de Marx sino también los de sus colaboradores. Yendo a las fuentes, las palabras de los propios actores principales —especialmente de las mujeres Marx, cuyas cartas parecen haber sido pasadas por alto por muchos investigadores— he tratado de clarificar algunos de los misterios que quedaban por resolver. (Por supuesto, sabemos que el propio Marx fue muy flexible con los hechos cuando lo creyó necesario, lo que significa que cuando reconoce que una cosa es verdad no tiene por qué serlo necesariamente. En estos casos he tratado de dejar claro que su versión de los hechos no era del todo fiable.)

Por rica que sea la historia de la familia Marx, descubrí que también proyectaba luz sobre el desarrollo de las ideas de Marx, ya que se desarrolló en el marco del nacimiento del capitalismo moderno. El sistema capitalista del siglo XIX maduró al mismo tiempo que lo hacían las hijas de Marx. A finales de siglo, las batallas que ellas libraron a favor de la clase obrera no se parecían en nada a las que había librado su padre a mediados de siglo. Las de Marx fueron relativamente insulsas, las de sus hijas se habían vuelto despiadadas. De hecho, este aspecto de la historia se fue haciendo más evidente a medida que avanzaba la historia.

Cuando inicié este proyecto el mundo era muy diferente. Eran pocos quienes cuestionaban el sistema capitalista dominante, que se encontraba en medio

de uno de sus periódicos ciclos de expansión. Pero a medida que iba pasando del trabajo de investigación al de redacción, la creencia en la infalibilidad del sistema empezó a tambalearse, hasta que, a consecuencia de la crisis financiera que alcanzó su punto culminante en otoño de 2008, académicos y economistas empezaron a cuestionar abiertamente los méritos del capitalismo de libre mercado y a considerar en voz alta cuál podría ser la alternativa. En estas circunstancias, los escritos de Marx parecían aún más clarividentes y más convincentes. En los albores del capitalismo moderno, en 1851, Marx ya había empezado a anticipar precisamente este resultado. Sus predicciones de una revolución inminente eran inevitablemente erróneas, la visión que tenía de una futura sociedad sin clases era probablemente más que utópica (por mucho que él sostuviese lo contrario), pero sus análisis de la debilidad del capitalismo se estaban cumpliendo inquietantemente. En consecuencia, fui más allá de mi propósito inicial —contar simplemente la historia de la familia Marx— incluyendo también muchos aspectos de la teoría de Marx y una descripción más completa del desarrollo del movimiento obrero de lo que había planeado inicialmente. Pero, a fin de cuentas, no creo que la historia de la familia Marx hubiese sido completa sin estos elementos. Esta fue la vida que vivieron; comieron, soñaron y respiraron la revolución política, social y económica. Esto, y un absorbente amor por Marx, fue la malla de acero que los unió.

Plutarco, al escribir poco antes de morir en el año 120 de nuestra era las biografías de los grandes hombres de Roma y Atenas, decía que la clave para entenderlos no había que buscarla en sus conquistas militares o en sus triunfos públicos, sino en su vida personal y en su carácter, hasta el menor de sus gestos o de sus palabras. Yo creo que leyendo la historia de la familia Marx los lectores llegarán a entender mucho mejor a Marx de la forma en que sugiere Plutarco. También confío en que al hacerlo podrán valorar mejor a las mujeres en la vida de Marx, a las que, debido a la sociedad en la que crecieron, se les asignó sobre todo papeles secundarios. Creo que su coraje, su fuerza y su inteligencia han sido relegadas a un segundo plano durante demasiado tiempo. Sin ellas, no habría existido Karl Marx, y sin Karl Marx el mundo no sería como lo conocemos.

Al escribir este libro he tomado un par de decisiones de las que me gustaría advertir a los lectores.

Los miembros de la familia Marx se comunicaron por escrito en muchos idiomas. Su correspondencia podía ser en inglés, francés o alemán —a menudo en estos tres idiomas— con alguna que otra frase en italiano, latín o griego. He optado por aliviar al lector de la carga de tener que consultar constantemente

las notas y las he traducido todas al inglés, excepto en aquellos casos en los que el idioma empleado era esencial para entender el contenido de la carta o cuando su significado era obvio.

Algunas de las cartas contenían observaciones racistas que no he incluido en este libro porque, en primer lugar, no tienen relación alguna con la historia que se cuenta, y en segundo lugar, porque son perfectamente coherentes con lo que era normal en aquella época (en Estados Unidos todavía existía la esclavitud). Además, habrían llamado excesivamente la atención al lector contemporáneo. Creo que la inclusión de estos comentarios racistas (que en cualquier caso no aparecen más que un puñado de veces en miles de páginas) habría distraído excesivamente al lector. Es evidente que Marx y Jenny no eran racistas, porque no pusieron ninguna objeción a que una de sus hijas se casase con un mestizo, y porque la postura de Marx en contra de la esclavitud fue muy clara. Si hubiese considerado necesario incluir estas frases para que se entendiera a la familia, lo habría hecho, pero creo sinceramente que no reflejaban su forma de pensar sino la de la sociedad en la que vivieron. Del mismo modo, Marx, Jenny y Engels utilizaron en alguna ocasión frases antisemitas, normalmente al referirse a Ferdinand Lassalle. Hay muchos estudios acerca del posible antisemitismo de Marx. Yo decidí dejar este debate a otros y no utilicé estas referencias. El propio Marx era judío y creo que el uso de un lenguaje antisemita por parte de Marx, Jenny y Engels es, de nuevo, más un reflejo de la cultura del siglo XIX que un prejuicio muy arraigado en ellos.

AMOR Y CAPITAL

El genio solo es responsable ante sí mismo; solo él sabía qué fines tenía que alcanzar y solo él podía justificar los medios para hacerlo.

Honoré de Balzac

Prólogo

Londres, 1851

*Tiene que haber algo muy podrido en el corazón de un sistema social
que aumenta su riqueza sin disminuir su sufrimiento.*

Karl Marx¹

EN MEDIO DE AQUELLA NIEBLA impenetrable parecían fantasmas llamando a las puertas y rondando por los callejones del Soho; eran decenas de miles y habían llegado al Londres de la reina Victoria, la ciudad más rica del mundo. Generosa y liberal, la ciudad los había atraído como un faro en las negras y turbulentas aguas del mar del Norte, ofreciendo un santuario a los desventurados y a los que no tenían amigos. Los primeros en llegar habían sido los irlandeses que huían de la pobreza y del hambre, pero después de las revueltas que habían barrido todo el continente, montones de alemanes, franceses, húngaros e italianos vestidos con sus estrafalarios trajes regionales fueron vomitados directamente desde los barcos que los habían llevado a las calles de Londres. Eran refugiados políticos que huían tras un intento fallido de derrocar a un monarca y de conquistar las libertades más básicas. Ahora, bajo el azote de la fría lluvia, la idea misma de luchar por sus derechos parecía simplemente absurda. El faro que era Londres había demostrado ser un espejismo: la ciudad les había abierto sus puertas pero no les ofrecía nada. Estaban hambrientos.

Día y noche, una algarabía de voces angustiadas se esforzaba por hacerse oír en medio del bullicio de la capital. Para sobrevivir, los recién llegados vendían lo que podían: retales, botones, cordones de zapato. Más a menudo, sin embargo, se vendían ellos mismos, por horas o por días, trabajando o prostituyéndose. Aquellos hombres y mujeres llevaban su desesperación como una capa rugosa, y el sufrimiento impelía a los más diligentes a convertirse en delincuentes. Las carretas que transportaban humeantes carcasas de carne y montones de olorosos quesos destinados a los distritos más ricos aceleraban cuando atravesaban los

barrios del Soho y de St. Giles para evitar a sus famosos ladrones y asesinos.² Pero en realidad la mayor parte de los refugiados estaban demasiado débiles para luchar o para robar. Habían hecho el largo viaje que los había llevado a Inglaterra llenos de esperanza; lo que quedaba de aquellos sueños era lo único que tenían para resistir.

En un ático de dos piezas de un tercer piso de Dean Street, un oscuro exiliado prusiano de treinta y tres años estaba declarando afanosamente la guerra al mismo sistema que condenaba a todos aquellos hombres y mujeres que poblaban la calle a una existencia desdichada. No se molestaba en ocultar su propósito. Encorvado sobre la única mesa que había en el piso familiar, llena a rebosar de ropa por coser, juguetes, tazas rotas y otros desechos, garabateaba su proyecto de revolución. Era totalmente ajeno al barullo doméstico que le rodeaba y a los niños que, convirtiendo su corpulenta figura en parte del juego, se encaramaban a sus espaldas.

En otras habitaciones como esta de toda Inglaterra, otros hombres estaban igualmente enfrascados en su trabajo: Darwin estaba escribiendo su libro sobre los percebes; Dickens acababa de dar a luz a su hijo favorito, *David Copperfield*, y Bazalgette estaba diseñando la red de alcantarillado que tenía que dar salida a los mortíferos desperdicios londinenses. Y en aquella habitación del Soho, sosteniendo un cigarro con los dientes, Karl Marx tramaba el derrocamiento de reyes y capitalistas.

La revolución de Marx no sería la clase de revolución de la que él se burlaba calificándola de bravuconada tabernaria y que propugnaban los emigrados reunidos en sociedades secretas en las que se repartían el botín de una guerra ganada solo en su imaginación. Tampoco sería el levantamiento utópico del que hablaban los socialistas franceses que soñaban con una sociedad modelo sin tener la menor idea de los pasos concretos que había que dar para construirla. No, su revolución estaría enraizada en la premisa básica de que ningún hombre tenía el derecho de explotar a otro, y de que la historia avanzaba de tal forma que un día las masas explotadas triunfarían.

Pero Marx sabía perfectamente que aquellas masas ni siquiera eran conscientes de que tenían voz, y mucho menos poder político. Tampoco tenían ni idea de cómo funcionaba el sistema político y económico. Marx estaba convencido de que si conseguía describir el camino histórico que había llevado a las condiciones imperantes en la sociedad de mediados del siglo XIX y revelar de este modo los misterios del capitalismo, proporcionaría los fundamentos teóricos sobre los que construir una nueva sociedad sin clases. Sin ese tipo de funda-

mento, el resultado sería el caos. Mientras tanto, su propia familia tendría que sacrificarse; hasta que terminase su libro, *El Capital*, tendrían que prescindir de muchas cosas.

De hecho, la joven familia de Marx ya estaba familiarizada con la indigencia. La distancia que separaba a los Marx de los que pasaban por la calle era mucho menor que los tres pisos que los separaban de ellos. En 1851, cuando Marx empezó a escribir su libro, una enfermedad derivada de las privaciones había acabado con la vida de dos de sus hijos; sus pequeños cuerpos habían estado expuestos en la misma habitación en la que los demás niños comían y jugaban. Su esposa, Jenny, la hija de un barón prusiano famosa por su belleza, se veía reducida a empeñar las pertenencias familiares, desde la cubertería de plata a los zapatos, para pagar a los acreedores que aporreaban implacablemente su puerta. Y el hijo varón de Marx, el pilluelo Edgar, absorbía fácilmente las lecciones de la calle que impartían los niños irlandeses, que primero le enseñaron a cantar y luego a robar.

Pero lo que más preocupaba a Marx y a Jenny eran sus hijas. Los hombres que visitaban a su padre día y noche eran casi todos fugitivos. Los niños raramente tenían un lugar donde jugar que no estuviese abarrotado de exiliados que empañaban la habitación con el humo de sus pipas y cigarros, y que llenaban su cabeza de palabrotas y de ideas revolucionarias. Edgar se sentía a sus anchas en aquel ambiente. Le encantaban las historias de borracheras y, para alegría de Marx, cantaba a voz en cuello las canciones revolucionarias que los amigos de su padre le enseñaban. Pero tanto Marx como Jenny sabían que la única esperanza que tenían las niñas de escapar de una vida de pobreza era recibir una educación burguesa en compañía de otras jóvenes refinadas. Por muy comprometidos que estuviesen con la causa, ni Marx ni Jenny querían ver a sus hijas condenadas a una vida con el tipo de hombres que subían las estrechas escaleras de la casa de Dean Street y que llegaban a su puerta con el estómago vacío y la cabeza llena de sueños radicales.

Jenny maldecía el destino que condenaba a sus hijos a una vida de indigencia en un apartamento miserable lleno de muebles rotos que ni siquiera eran suyos. Pero también le aterraba la posibilidad de que un recibo más sin pagar hiciese que el casero les echase a la calle. Apenas tenían ingresos, y no tenían ahorros; su supervivencia dependía de la amabilidad de un amigo o de la clemencia de un tendero.

Marx aseguraba a Jenny que ella y sus hijos no tendrían que aguantar siempre aquella situación. Una vez publicado su libro, andarían bien de dinero y el mundo les daría las gracias por su desinterés. En un ataque de optimismo, en

abril de 1851 Marx le dijo a su amigo y colaborador Friedrich Engels que había avanzado tanto en su trabajo que “habré terminado esta mierda económica en unas cinco semanas”.³ De hecho, *El Capital* no sería terminado hasta dieciséis años después, y cuando finalmente fue publicado, lejos de desencadenar la revuelta de los trabajadores, apenas provocó ninguna reacción.

La familia Marx lo sacrificó todo por esta obra maestra ignorada. Jenny enterró a cuatro de sus siete hijos, vio cómo a las tres hijas que sobrevivieron les arrebataban la niñez y la juventud, cómo la enfermedad hacía estragos en su rostro, otrora tan bello, y sufrió la traición definitiva cuando Karl Marx engendró al hijo de otra mujer. No vivió para ver el triste capítulo final de la vida de sus hijas: dos de ellas se suicidaron.

Al final, todo lo que la familia poseía –todo lo que nunca iba a poseer– eran las ideas de Marx, que durante la mayor parte de sus vidas existieron solamente como una tormenta que se fraguaba en el interior de su turbulento cerebro, y que casi nadie supo ver o siquiera entender. Y sin embargo, pese a lo improbable que parecía durante aquellos años de penurias, Marx hizo lo que se había propuesto hacer: cambió el mundo.

Primera Parte

Marx y la hija del barón

Tréveris, Alemania, 1835

Necesitaba una auténtica pasión para experimentar, y por encima de todo, una debilidad interesante a la que proteger y sostener.

Honoré de Balzac¹

JENNY VON WESTPHALEN era la joven más deseable de Tréveris.

Había otras, por supuesto, pertenecientes a familias mucho más adineradas y cuyos padres habían alcanzado un rango superior entre la nobleza. Y sin duda había otras que eran consideradas más físicamente atractivas. Pero todo el mundo admitía que ninguna combinaba tan bien una belleza poco común con un ingenio y un intelecto tan brillantes, así como una elevada posición social muy respetable entre la aristocracia local, tanto la de nacimiento como la formada por la nueva clase de hombres que se la habían ganado con su esfuerzo. Su padre, el barón Ludwig von Westphalen, era consejero del gobierno en Tréveris, lo que le convertía en la más destacada autoridad prusiana y en el funcionario mejor pagado² de aquella ciudad de doce mil habitantes acurrucada, como un pueblo de cuento de hadas, a orillas del Mosela. El padre de Ludwig había recibido su título nobiliario por sus servicios en la Guerra de los Siete Años, y se había casado con la hija de un ministro del gobierno escocés que descendía de los condes de Argyll y de Angus.³ Era a su abuela escocesa a quien Jenny debía su nombre de pila, sus ojos verdes y su pelo color caoba, y también la veta rebelde que daba fulgor a sus rasgos: Archibald Argyll fue un luchador por la libertad decapitado en Edimburgo, y otro de sus parientes, el reformador George Wishart, fue quemado en la hoguera en la misma ciudad.⁴

En 1831, sin embargo, lejos de ser una rebelde política, a los diecisiete años Jenny era una presencia indiscutible en los sofisticados bailes que se celebraban en Tréveris y alrededores, donde las mujeres encandilaban a todos con sus vestidos y sus elegantes tocados, mientras los hombres intentaban seducirlas con

sus chaquetas finamente talladas y sus exquisitos modales, pero sobre todo con su virtud más valorada: su riqueza. Era un mercado donde, a la luz de las velas, las jóvenes damas eran compradas y vendidas, y Jenny cambiaba de pareja de baile plenamente consciente del valor de su aspecto físico. Los límites y las expectativas sociales eran inequívocamente claros: un cordón de terciopelo separaba a aristócratas como Jenny de otros elementos en la pista de baile.⁵

En una carta a sus padres escrita en abril, su hermanastro Ferdinand se refería a los muchos hombres que la cortejaban, pero decía que Jenny mostraba la reserva apropiada.⁶ Las cosas cambiaron, sin embargo, en una fiesta que se celebró en verano. En ella Jenny conoció al joven teniente Karl von Pannewitz, que concluyó una velada de intimidades con una fogosa pasión y pidiéndola en matrimonio. Jenny sorprendió a su familia, especialmente a su padre y a su protector hermanastro Ferdinand, contestando afirmativamente. Fue una decisión precipitada que pronto lamentaría; a los pocos meses violaba el protocolo social y rompía el compromiso.⁷

La noticia del escándalo se propagó por Tréveris. La esposa de Ferdinand, Louise, describía a Jenny en diciembre como aislada del mundo, fría, reservada y retraída mientras su padre negociaba la ruptura del compromiso.⁸ En vísperas de Navidad, Jenny había recuperado el buen humor y toda la familia parecía feliz de haber dejado atrás el fallido noviazgo. En una carta a sus padres, Louise expresaba sorpresa y desaprobación ante lo que calificaba de celebraciones extrañamente fastuosas en casa de los Westphalen. “No tiene que haber sentimientos en el corazón de Jenny, de lo contrario se habría negado a celebrar una fiesa tan inadecuada, aunque solo fuese por consideración a su desgraciado (ex) novio... ¿Cuánto tiempo pasará hasta que el primer sucesor que aparezca reemplace al señor von Pannewitz? Los posibles candidatos se habrán quedado un poco asustados ante el tratamiento recibido por von Pannewitz”.⁹

Aceptando primero y luego rompiendo el compromiso, sin embargo, Jenny había de hecho exorcizado temporalmente el demonio del matrimonio que poseía a sus coetáneos. Regresó al circuito social, pero ahora no había ningún hombre especial que atrajese los chismorreos o el interés de su familia. En cambio, y bajo la tutela de su padre, empezó un programa de estudios, una estimulante mezcla de Romanticismo y de una nueva filosofía utópica procedente de Francia llamada socialismo. Jenny se sumergió especialmente en el primero, dominado como estaba por escritores, músicos y filósofos alemanes.¹⁰ Para ellos, el bien mayor era vivir los propios ideales, rechazar todo aquello que limitaba la propia libertad y, lo más importante de todo, *crear*, tanto si esta creación era una nueva filosofía como si era una obra de arte o una forma mejor de

interrelación entre los hombres. Ni siquiera era necesario tener éxito; lo fundamental era perseguir un sueño hasta el final, costase lo que costase.¹¹ La luz, previamente vista como emanando de una deidad distante, se había vuelto interior; la búsqueda personal del hombre era ahora de carácter divino.¹²

Para Jenny, que intentaba recuperarse de su aparentemente pequeña rebelión contra su compromiso (que en aquella época y en aquella sociedad habría sido una importante revuelta), el Romanticismo era heroico y estimulante. Y más allá de sus circunstancias inmediatas, tenía otro motivo para abrazar el movimiento: algunos de los románticos propugnaban la igualdad de derechos para las mujeres. El filósofo alemán Immanuel Kant había declarado: “El hombre que depende de otro hombre no es un hombre en absoluto; ha perdido su posición, no es más que la posesión de otro hombre”.¹³ Aplicando la afirmación de Kant a las mujeres, esta posesión se multiplicaba por cien. Los románticos, por consiguiente, ofrecían ni más ni menos que la posibilidad de la verdadera libertad para hombres y mujeres, la libertad no solo de romper los lazos sociales rígidos, sino la de desafiar a fin de cuentas a los monarcas que habían gobernado prácticamente incontrolados durante siglos porque afirmaban ser los emisarios de Dios en la Tierra.

Al cumplir los dieciocho años, en febrero de 1832, Jenny había empezado a asimilar estas lecciones en el mismo momento en que a su alrededor el mundo parecía dividirse en dos campos, el de quienes querían obligar a los reyes y a sus ministros a servir mejor a una sociedad cambiante, y el de quienes querían proteger el *statu quo*. Esta división era evidente incluso dentro de su propia familia: aunque era un oficial prusiano, el padre de Jenny admiraba al conde Claude Henri de Saint-Simon, el fundador del socialismo francés.¹⁴ Las pasiones del padre inspirarían a la hija, aunque nunca habría podido prever hasta qué punto lo harían.

Ludwig von Westphalen había sido introducido mucho tiempo antes en el credo francés de la igualdad y la fraternidad. Tenía ocho años cuando Napoleón se hizo con el control de Prusia occidental, donde Ludwig vivía. Con aquella conquista, las lecciones de la Revolución Francesa de 1789 y del Código Napoleónico fueron consagradas en la región, incluidos la igualdad ante la ley, los derechos individuales, la tolerancia religiosa, la abolición de la servidumbre y un sistema tributario estandarizado.¹⁵ Pero la influencia francesa en Prusia occidental iba mucho más allá de la forma en que funcionaba la sociedad del momento; apuntaba a un futuro distinto. Los revolucionarios franceses y los filósofos de la Ilustración creían en la bondad inherente de los hombres y soste-

nían que podían crear una sociedad mejor si se desembarazaban de los líderes que les mantenían en la ignorancia para mantener el control.¹⁶ En ese nuevo orden, el éxito se basaría en el mérito, no en el nacimiento, una doctrina que tenía un atractivo enorme para la clase empresarial emergente.¹⁷

Pero como pasa siempre con la imposición de una ley extranjera, los ciudadanos de la región ocupada se sentían cada vez más ofendidos, y muchos trabajaban para derrotar a los franceses. En 1813 Ludwig, que era uno de los agitadores, fue declarado culpable de traición y sentenciado a dos años de cárcel en una fortaleza sajona. Sin embargo, fue liberado poco después, cuando Napoleón fue derrotado en Leipzig, y aunque Ludwig se había vuelto aparentemente contra los franceses, él, como muchos de sus compatriotas prusianos occidentales, siguió pensando de la misma manera.¹⁸

En 1830 los problemas vinieron nuevamente de Francia. En julio un levantamiento derrocó al rey Carlos X por haber ignorado las demandas de la nueva gran burguesía —banqueros, burócratas y empresarios cuyo poder derivaba del dinero y no necesariamente de los títulos o de la tierra— y por haber tratado de deshacer el camino emprendido por su predecesor para garantizar al pueblo una constitución limitada.¹⁹ Carlos fue reemplazado por el “rey ciudadano” Luis Felipe, de quien el historiador francés Alexis de Tocqueville decía que trató de “ahogar la pasión revolucionaria con el amor de los placeres materiales”.²⁰ La burguesía y las clases instruidas de toda Europa se inspiraron en este monarca francés, que descubrió que era ventajoso conceder algunas libertades al pueblo para incrementar el flujo de dinero en la economía francesa. Estos admiradores pronto salieron a la calle para reivindicar reformas en sus propios países.

Las revueltas subsiguientes que tuvieron lugar ese mismo año fueron por lo general reprimidas rápida y salvajemente, particularmente en Polonia. Pero hubo algunas victorias duraderas: Bélgica consiguió la independencia de Holanda y se produjeron cambios importantes por debajo del nivel estatal, con la emergencia de nuevos actores importantes. Encabezó la ofensiva la gran burguesía, cuyos miembros consideraban inevitable una sociedad industrial liberal.²¹ También estaba surgiendo un ejército de trabajadores hasta entonces no identificado —el proletariado— cuyas manos eran las que iban a construir el nuevo mundo industrial. Y la revuelta francesa fue la primera librada por los socialistas, entonces un movimiento de clase media que identificaba al hombre como miembro de una sociedad más amplia, con todas las responsabilidades por sus congéneres que esto comportaba.²²

En esta su primera manifestación el socialismo era una filosofía benévola, tranquilizadamente cristiana para los franceses católicos. Fuera de Francia,

sin embargo, el socialismo y el coro de voces cada vez más fuerte que exigía cambios provocaba inquietud. Los líderes alemanes, asustados, respondieron a los acontecimientos que estaban teniendo lugar en su frontera occidental con una represión brutal. En los treinta y nueve estados, dominados por Prusia y Austria, que formaban parte de la Confederación Alemana (o “Bund”), se cerraron irrevocablemente todas las puertas a un aumento de las libertades, el desarrollo y las oportunidades; la nobleza no estaba en absoluto dispuesta a renunciar ni a una pequeñísima parte de sus privilegios.

Sin embargo, un grupo que se hacía llamar la Joven Alemania hacía campaña para conseguir más derechos, explotando el resentimiento de una población que se sentía traicionada por el rey de Prusia Federico Guillermo III, que quince años antes había incumplido la promesa de dar una constitución al pueblo si le ayudaba a derrotar a Napoleón.²³ El pueblo había respondido a su llamada a las armas; la clase empresarial ascendiente había contribuido a financiar la batalla en nombre de unos aristócratas siempre cortos de dinero, y Napoleón había sido derrotado. Pero el Bundestag surgido en 1815 era una asamblea federal de reyes y príncipes, o como apuntaba un observador, “una sociedad de seguros mutuos de unos gobernantes despóticos”.²⁴ Erigieron estatuas a los caídos por la libertad, pero no recompensaron a los supervivientes con ninguna reforma.²⁵ En realidad, los gobernantes utilizaron su poder para reprimir aún más a los disidentes, desencadenando una auténtica ofensiva contra las ya limitadas libertades existentes.²⁶ Se produjeron disturbios y hubo estallidos esporádicos de violencia que duraron casi un año, mientras los agitadores eran perseguidos y arrestados.²⁷

El hermanastro de Jenny, Ferdinand, era quince años mayor que ella y era hijo de Lisette, la difunta primera esposa de Ludwig. Era tan conservador como liberal era su padre. En 1832 Ferdinand estaba haciendo carrera como funcionario del gobierno prusiano y como orgulloso servidor del rey. Su padre, en cambio, estaba estudiando a los mismos socialistas a los que el gobierno pretendía retirar de la circulación. En ellos Ludwig von Westphalen creía oír la familiar llamada a la *fraternité* y *égalité* de su juventud. En la coherencia del ideal socialista encontraba no sólo mérito, sino también la justificación para su puesta en práctica en la calle: el número de pobres había crecido espectacularmente en Tréveris, en parte como consecuencia de las reformas comerciales y arancelarias. En 1830, uno de cada cuatro residentes en la ciudad dependía de la caridad, y todos los males sociales asociados con la pobreza extrema habían salido a la superficie: crimen, mendicidad, prostitución y enfermedades contagiosas.²⁸ Ludwig creía que no era posible simplemente dejar morir a la gente de

hambre; era preciso aliviar sus sufrimientos. Empezó a hacer proselitismo de sus ideas ante cualquiera que estuviera dispuesto a escucharle. Además de Jenny, su discípulo más aplicado era el joven hijo de un colega. El nombre del muchacho era Karl Marx.²⁹

En 1832 Marx tenía catorce años y asistía al Friedrich Wilhelm Gymnasium, el instituto estatal, junto con el hijo menor de Ludwig, Edgar. Aunque Marx tenía aptitudes para el griego, el latín y el alemán, no iba muy bien en matemáticas ni en historia, y no destacaba especialmente entre sus compañeros de clase.³⁰ Ceceaba ligeramente, defecto que trataba de superar y que seguramente le hacía sentirse inseguro.³¹ Bajo la influencia de Ludwig, sin embargo, desarrolló una pasión por la literatura, especialmente por Shakespeare y los románticos alemanes Schiller y Goethe. También empezó a asimilar las primeras ideas del socialismo utópico, que en aquellos días eran tan extravagantes como las obras de teatro y las poesías que devoraba. A Ludwig, de sesenta y dos años, y a su joven discípulo, les gustaba pasear por los bosques de pinos a los pies de las colinas que se elevan sobre el lánguido y ancho Mosela, discutiendo las últimas ideas. Marx recordaba estos momentos como algunos de los más felices de su vida. Era tratado como un hombre y como un intelectual por un aristócrata culto y distinguido.³² Aparentemente, a Ludwig también le encantaban estas conversaciones, porque siguieron teniéndolas durante años. Teniendo en cuenta el rendimiento académico no excesivamente brillante de Marx, Ludwig probablemente se sorprendió de lo rápidamente que el chico absorbía sus lecciones, pero no tenía por qué sorprenderse: durante siglos, desde la Italia del siglo XIV, el árbol familiar de Marx incluía, tanto por parte de padre como por parte de madre, algunos de los rabinos más importantes de Europa. Si los Westphalen descendían de unos hombres de acción prusianos y escoceses, Marx descendía de una línea de pensadores judíos cuya autoridad religiosa se extendía al ámbito de la política.

En Tréveris, en la familia Marx había habido rabinos desde 1693.³³ Uno de ellos, por parte del padre de Karl, había sido Joshua Heschel Lvov, que en 1765, varios años antes de la Guerra de Independencia americana y más de dos décadas antes de la Revolución Francesa, escribió *Responsa: The Face of the Moon*, un libro que propugnaba principios democráticos. Tan grande era su reputación que, según se decía, en el mundo judío de aquella época no se tomaba ninguna decisión importante sin escuchar antes la opinión de Lvov. El abuelo de Karl, Meyer Halevi, fallecido en 1804, era conocido en Tréveris como Marx Levi, y acabó adoptando el apellido Marx cuando llegó a rabino de la ciu-

dad. La tradición rabínica de la familia Marx continuó hasta la niñez del propio Karl: su tío Samuel fue el rabino mayor de Tréveris hasta 1827, y el abuelo materno de Karl era el rabino de Nijmegen, en Holanda.³⁴ Los deberes de aquellos hombres combinaban lo espiritual y lo práctico: como balsas entre las olas del cambio social, ellos eran efectivamente las autoridades civiles de los judíos.³⁵

Antes y después de la ocupación francesa de Prusia occidental, los judíos eran a menudo mirados con suspicacia, si no con franca hostilidad, como intrusos en un mundo cristiano. Pero durante el período comprendido entre 1806 y 1813, cuando la región estuvo bajo control francés, los judíos pudieron gozar de un mínimo de igualdad. Heschel Marx, el padre de Karl, aprovechó la oportunidad para estudiar leyes y se convirtió en el primer abogado judío de Tréveris, ocupando un lugar en la sociedad civil e incluso llegando a presidente del gremio de abogados local.³⁶ Como Ludwig von Westphalen, era tal vez más francés que prusiano en su forma de pensar. Se sabía de memoria a Voltaire y a Rousseau,³⁷ y sin duda veía su futuro a través de los lentes racionales de estos dos ilustrados, confiando que estaría libre de los temores y prejuicios que habían impedido a los judíos entrar en la profesión o al servicio del gobierno. Pero con la derrota de Napoleón el gobierno prusiano revocó los derechos que había dado a los judíos, y en 1815 les excluyó oficialmente de los cargos públicos. Un año más tarde el gobierno prohibió a los judíos el ejercicio de la abogacía. Solo tres personas en la provincia más occidental de Prusia, Renania, se vieron afectados por esta prohibición. Heschel Marx era uno de ellos, y tuvo que decidir si convertirse al cristianismo y poder seguir ejerciendo de abogado, o seguir siendo judío.³⁸ Eligió la profesión. En 1817, a los treinta y cinco años, Heschel se convirtió en un luterano llamado Heinrich Marx.³⁹

En aquel entonces Heinrich llevaba tres años casado con Henrietta Presburg, una mujer no instruida ni culta pero que procedía de una familia judía acaudalada de Holanda. La pareja ya tenía dos hijos, y un año más tarde, en 1818, tuvieron otro chico, al que pusieron de nombre Karl.⁴⁰ Por respeto a sus padres, Henrietta no se convirtió mientras estos estuvieron vivos, y sus hijos tampoco lo hicieron hasta 1824.⁴¹ Una vez más, la conversión no fue una decisión religiosa sino práctica: Karl, que entonces tenía seis años, no podía asistir a la escuela pública como judío.⁴²

Así, el joven Karl creció en una encrucijada de culturas en conflicto. Era luterano en una familia judía en una ciudad mayoritariamente católica, criado por un padre y educado por un mentor que exteriormente servían a la corona prusiana y acataban sus leyes represivas mientras que secretamente admiraban

a los filósofos franceses que defendían la libertad individual y, de un modo más alevoso en el caso de Westphalen, su descendencia radical, los socialistas.⁴³

Muchos biógrafos sostienen que la familia Marx y los Westphalen eran vecinos. La familia de Heinrich vivió durante un tiempo a pocas cuadras de la casa de los Westphalen, el año en que nació Karl. Pero luego, en 1819, los Marx compraron una casa más pequeña en la Simeonstrasse, justo frente a la bulliciosa plaza del mercado y a unos metros del masivo edificio romano de la Porta Nigra, una pétrea mole que parece quejarse bajo el peso de sus dieciséis siglos de existencia. Los Westphalen vivían más al sur, al otro lado de la ciudad, cerca del río, en la Neustrasse, en una casa alta con unos amplios y elegantes ventanales a través de los cuales los transeúntes podían atisbar la riqueza de su interior.

Las dos casas estaban divididas por la distancia y la cultura. El hogar de los Westphalen era un centelleante torbellino de actividad social, con Dante, Shakespeare y Homero frecuentemente introducidos en las fiestas familiares por Ludwig (que podía recitar a Homero de memoria, y a Shakespeare en inglés), y el latín y el francés se colaban en la conversación con tanta naturalidad como si fuesen meras extensiones del alemán nativo familiar. Los invitados eran agasajados por los anfitriones con breves piezas dramáticas y composiciones poéticas mientras los sirvientes preparaban la mesa para celebrar unos suntuosos banquetes que se alargaban hasta altas horas de la noche y que culminaban ruidosamente en la calle cuando los invitados se marchaban en sus carruajes conducidos por lacayos de librea.⁴⁴

En cambio, el hogar de los Marx, que en 1832 se había ampliado hasta incluir a ocho hijos, era más tranquilo. El padre de Karl era un intelectual cauteloso que pasaba más tiempo leyendo que recitando, y su madre hablaba mal el alemán y lo hacía con un fuerte acento holandés. No formaba parte de la sociedad de Tréveris y parecía no tener la menor inclinación de ampliar su mundo más allá de las necesidades inmediatas de su familia. El suyo era un hogar afectuoso pero no especialmente feliz, y moderadamente próspero —la laboriosidad de Heinrich y la contención en los gastos de la familia les habían permitido comprar dos pequeños viñedos— pero sin ninguna sensación de abundancia. Marx respetaba a su padre, aunque a menudo no seguía sus consejos. Pero desde muy joven las relaciones con su madre, que lo adoraba, fueron tensas. Parecía culparla de la melancolía que impregnaba el hogar.⁴⁸

Pese a las diferencias entre las dos familias, sin embargo, Ludwig von Westphalen y Heinrich Marx eran dos de los apenas doscientos protestantes que había en la ciudad y pertenecían al mismo selecto grupo de clubs sociales

y profesionales. Karl Marx y Edgar von Westphalen eran compañeros de clase; de hecho, Edgar fue el único amigo perdurable de los que hizo Karl en la escuela. Y Sophie Marx, la hermana mayor de Karl y aquella con la que mejor se entendía, era amiga de Jenny von Westphalen.⁴⁶ Los chicos deambulaban de una casa a otra, y es posible que fuese la amistad de Karl con Edgar, más que su relación con el padre de Jenny, lo que primero hizo que se fijase en él. Edgar, que era cinco años más joven que Jenny, era su único hermano completo, y muchos años más tarde le confesó a una amiga que Edgar había sido “el ídolo de mi niñez... mi único y querido compañero”.⁴⁷

Edgar era un chico de rasgos finos y bastante guapo, con un pelo rebelde que le daba aspecto de poeta, pero no era un intelectual; tenía la imprudencia propia de la juventud y estaba protegido (y mimado) por sus padres y su hermana mayor. El relativamente estudioso Marx fue probablemente considerado como una buena influencia para Edgar. En cualquier caso, Karl fue pronto aceptado como un miembro más de la familia: por Edgar, que se convertiría en el primer discípulo de Marx; por Ludwig, que estaba encantado de las cualidades intelectuales del joven; y por Jenny, que no podía permanecer indiferente ante aquel adolescente que tanto impresionaba a los dos hombres a los que más quería.

En 1833 y 1834, la actitud represiva del gobierno contra la disidencia golpeó de cerca a las dos familias. Hasta ese momento, las escuelas de Prusia habían estado bastante libres de interferencias oficiales en la medida en que los debates que tenían lugar en ellas se limitaban a discutir aspectos de la filosofía alemana. (El gobierno confiaba en contrarrestar la influencia corruptora de las ideas francesas con las más saludables ideas alemanas.)⁴⁸ Pero después de la muerte en 1831 del mayor erudito de Alemania, George Wilhelm Friedrich Hegel, algunos de sus discípulos se adentraron en un territorio más peligroso, centrándose en la teoría hegeliana de la inevitabilidad del cambio. Los funcionarios prusianos empezaron a observar más de cerca las universidades y escuelas para erradicar de ellas a los radicales que podían interpretar ese “cambio” inevitable como un “cambio político”.⁴⁹ Un informe sobre Tréveris de un espía del gobierno identificaba a algunos de los profesores de la escuela de Marx como excesivamente liberales, y denunciaba que sus estudiantes leían libros prohibidos y escribían poesía política. Finalmente, uno de los alumnos fue arrestado y el director de un colegio, muy popular, fue destituido.⁵⁰

En medio de todo esto, el padre de Marx tuvo un roce con el gobierno a causa de una charla que dio en un club del que él y Ludwig von Westphalen

eran socios. El Casino Club, la asociación privada más exclusiva de profesionales, militares y hombres de negocios de Tréveris, se reunió en enero de 1834 para homenajear a los miembros liberales de la dieta renana (la asamblea provincial). Heinrich Marx había contribuido a organizar la reunión y pronunció unas palabras, agradeciendo al rey por permitir la existencia de la dieta como órgano representativo del pueblo, y aplaudiéndole por saber escuchar los deseos de sus súbditos. Pero aunque su intención era sincera, sus palabras fueron interpretadas como irónicas y provocaron alarma entre los funcionarios gubernamentales. Semanas más tarde, el club se volvió a reunir, y esta vez los discursos (algunos de ellos en homenaje al levantamiento francés de 1830) dieron paso a la interpretación de algunas “canciones de la libertad” que estaban prohibidas, entre ellas la “Marsellesa”, el himno nacional francés, que las monarquías europeas consideraban como una incitación a la revuelta equivalente a hacer ondear una bandera roja. Lo que alarmó a los funcionarios no fue solamente que fuesen algunos de los pilares de la comunidad de Tréveris los que cantaban las canciones, sino el hecho de que se sabían las letras *de memoria*. El “arrebato de espíritu revolucionario” (como describió el acto un funcionario militar) no podía considerarse como una anomalía. El club fue sometido a vigilancia y Heinrich Marx empezó a ser visto con suspicacia por el gobierno.⁵¹

Karl era un impresionable adolescente de dieciséis años cuando el director de su escuela fue degradado, y su padre injustificablemente examinado por las autoridades pese a ser muy respetuoso con la ley. Es fácil imaginar el impacto que la represión del estado tuvo que tener en él. Nociones como libertad de expresión e igualdad ante la ley, que previamente eran nociones abstractas para él, dejaron de serlo para siempre. Marx experimentó ahora de primera mano el poder terrible y aparentemente arbitrario del gobierno de Berlín, y la ira y la indignación de un hombre al sentirse impotente para hacerle frente.

El estudioso marxiano Hal Draper ha dicho que el duro control ejercido por el gobierno de Prusia tuvo el efecto indeseado de convertir “en revolucionarios a unos reformadores moderados”. Efectivamente, los esfuerzos del gobierno por impedir que se hablase de democracia y de socialismo solo sirvieron para hacer que estos conceptos se discutiesen —si bien a veces en voz baja— en la escuela y en la sobremesa en todo el espectro social. Y cuanto más se discutían menos se veían como ideas importadas de Francia, y más como ideas que tenían relevancia y representantes en Alemania.⁵²

En 1835 apareció en Tréveris un panfleto del padre del socialismo alemán, Ludwig Gall. Describía una sociedad dividida entre los trabajadores, que producían toda la riqueza, y la clase dirigente, que cosechaba todos los beneficios.⁵³

Heinrich Heine se había convertido en el poeta más popular de Alemania pese a la prohibición que pesaba sobre su obra. Se había trasladado a París después de que el gobierno emitiese una orden de arresto contra él (un ministro había pedido su ejecución),⁵⁴ y sus lamentaciones por su exilio forzoso eran entusiásticamente copiadas y leídas en escuelas y universidades donde los estudiantes estaban tomando conciencia del potencial que tenía la disidencia organizada.

De manera nada sorprendente, la atmósfera en el hogar de los Westphalen estaba muy cargada. Jenny, Edgar y Karl habían sido instruidos no solo en los románticos, que les pedían a gritos reconocer y hacer frente a la injusticia, sino también en los socialistas, que atribuían los males de la sociedad en parte a un nuevo sistema económico explotador que expulsaba a los agricultores de sus tierras y empujaba a los artesanos a las fábricas. Alemania aún estaba rezagada respecto a Gran Bretaña en lo relativo a su desarrollo industrial, pero Renania era la región más industrializada del país, y los efectos de ello podían observarse en la nueva riqueza de que se hacía gala en Tréveris, y en la nueva pobreza. Marx solo necesitaba mirar a su alrededor para ver las formas que proyectaban aquellas sombras.

En 1835, Karl, que ahora tenía diecisiete años, se estaba preparando para dejar Tréveris e ir a la universidad. En un ensayo escolar sobre la elección de carrera examinó meticulosamente el atractivo de la ambición, la insuficiencia de su propia experiencia y lo que calificaba de “relaciones en sociedad”, que ya habían limitado hasta cierto punto sus aspiraciones debido a la posición social de su padre. Concluyendo, escribía:

El objetivo principal que debe guiarnos en la elección de una profesión es el bienestar de la humanidad y nuestra propia perfección... la naturaleza del hombre es tal que solo puede alcanzar su perfección trabajando para la perfección y el bienestar de los demás... Si trabaja pensando solo en sí mismo, puede que llegue a ser un famoso hombre de ciencia, un gran sabio, un excelente poeta, pero nunca llegará a ser un hombre perfecto y verdaderamente grande...

Si elegimos la posición en la vida en la que podemos trabajar sobre todo por la humanidad, ninguna carga podrá doblegarnos, porque nuestros sacrificios serán por el beneficio de todos; no experimentaremos entonces una satisfacción mezquina, limitada y egoísta, sino que nuestra felicidad será la de millones de personas, nuestros actos perdurarán tranquila y perpetuamente, y sobre nuestras cenizas caerán

las lágrimas cálidas de las personas más nobles.⁵⁵

Este era el rebelde romántico del que se enamoró Jenny von Westphalen. Este hombre-niño provinciano que se atrevía a considerarse a sí mismo como un instrumento para la mejora de toda la humanidad, personificaba a sus ojos a los héroes que le daba a leer su padre: era el Wilhelm Meister de Goethe, el Karl von Moor de Schiller, y sería el Prometeo de Shelley, encadenado a un precipicio por atreverse a desafiar a un dios tiránico. En el joven cuatro años menor que ella que manifestaba tanta confianza en sí mismo y tanto coraje y que estaba absolutamente convencido de los poderes de su intelecto (aunque no estaba nada seguro de adónde iban a llevarle tales poderes), Jenny reconoció a su ídolo.

Pese a unas cuantas llamadas aisladas a la igualdad de género, lo máximo a que podía aspirar una mujer del siglo XIX con anhelos románticos era a tener la valentía, y la abnegación, de proporcionar apoyo emocional y doméstico al hombre que eligiese perseguir sus sueños. Este fue el compromiso que Jenny tomó respecto a sí misma y respecto a Karl. No sabemos si se declararon su amor ese mismo verano, antes de que Karl dejase Tréveris para ir a la universidad en Bonn, pero un año más tarde sí lo habían hecho: en 1836 Jenny von Westphalen se había comprometido en secreto a casarse con Karl Marx.

Berlín, 1838

Ponedme al frente de un ejército de tipos como yo, y en Alemania nacerá una república comparada con la cual Roma y Esparta no serán sino conventos.

Friedrich von Schiller¹

EL PRIMER AÑO DE MARX en la universidad estuvo regado de alcohol. El muchacho de diecisiete años que marchó de Tréveris declarándose dispuesto a sacrificarlo todo por el bien de la humanidad alquiló el apartamento de estudiantes más caro de Bonn, ingresó en el Club de Poesía de la universidad y se convirtió en el presidente del burgués Club de la Taberna. Se dejó crecer un poco la barba, llevaba su negro y rizado pelo largo y despeinado, y en una ocasión pasó una noche en la cárcel por armar escándalo estando borracho. Estuvo a punto de ser arrestado por posesión ilícita de armas y se enfrentó en duelo con miembros de un club aristocrático rival. Gastaba alegremente el dinero con sus compañeros de estudios, muy aficionados al champán. Las pocas cartas que envió a casa eran generalmente peticiones de dinero, pues iba incurriendo en deudas cada vez mayores.

Este no era el comienzo de carrera que el padre de Marx había previsto para su hijo. Karl era el primer miembro de la familia que iba a la universidad, y el día de su partida, el 15 de octubre de 1835, todo el clan acudió al puerto a las cuatro de la madrugada para despedirle. Como hijo mayor de la familia, representaba el futuro de los Marx: sería el sostén —moral y financiero— de sus cinco hermanas y de su madre, y la roca sobre la que se levantaría el legado de Heinrich Marx. También sería el primer varón de la familia en construir una vida completamente fuera de los confines de la tradición judía, y su padre veía avenidas de oportunidad, desde el derecho a la literatura o la política, aguardándole.² Este orgulloso padre le dijo a Marx poco después de la llegada del joven a Bonn: “Me gustaría ver en ti aquel que yo podía haber sido si hubiese venido al mundo con unas perspectivas igual de favorables. Puedes hacer realidad mis mejores esperanzas o desbaratarlas”.³

Es poco probable, sin embargo, que Marx le escuchase mientras se sumergía en su nueva vida de estudiante. Se inscribió en la Facultad de Derecho, matriculándose en diez asignaturas el primer año. Le atraían la filosofía y la literatura y había descubierto su voz como poeta. Su padre se preocupaba de que, además de llevar una vida social excesivamente activa, estaba diversificando demasiado sus tareas académicas, y le advirtió: “No hay nada más lamentable que un estudiante anémico”.⁴ También reconocía francamente que no entendía la poesía de Marx: “En resumen, dame la clave; admito que esto me trasciende”.⁵ Y se preguntaba incrédulamente: “¿Hay, pues, una relación estrecha entre batirse en duelo y la filosofía?”⁶

Heinrich se sentía a veces horrorizado por el egotismo desenfrenado de que hacía gala su hijo. Se esforzaba en comprender a Karl mientras le veía lanzarse en direcciones intelectuales muy dispares: quería ser abogado, dramaturgo, poeta, crítico teatral. Tanto él como Henrietta imploraban a su hijo que se contuviese, que mirase por su salud, por su reputación y la de su familia, y que tuviese en cuenta la economía familiar.

En la primavera de 1836 Karl libró un duelo con sable y sufrió un corte encima del ojo. Fue más una insignia de honor que una herida grave, pero bastó para que sus padres insistiesen en que abandonase Bonn y se matriculase en la Universidad de Berlín, más seria y respetable.⁷ Las autoridades académicas de Bonn le despidieron el 22 de agosto de 1836 con una carta en la que hacían constar su excelente o muy diligente atención a los estudios, aunque añadían, refiriéndose a cuestiones de carácter: “Se ganó un castigo por haber sido detenido en una ocasión por armar escándalo una noche estando borracho... Posteriormente fue acusado de llevar armas prohibidas en Colonia”. En el haber de Marx, sin embargo, hacían constar que no se había metido en ninguna asociación prohibida de carácter político con sus compañeros de estudios.⁸

Jenny von Westphalen había sido sin duda mantenida al corriente de las trastadas de Karl por su amiga Sophie Marx, cuyos epílogos a las cartas de su padre la dejaban sin aliento a la espera de la próxima fechoría de su amado hermano. Las aventuras de Karl eran terriblemente cosmopolitas y audaces comparadas con la vida en Tréveris. Si con ello estaba despilfarrando la modesta fortuna familiar, pues muy bien: vivir a través de otro no es nada barato.

Habían pasado solo diez meses desde su salida de Tréveris, pero el chico que había marchado regresó convertido en un hombre joven de dieciocho años: más fuerte física e intelectualmente, y más exótico. Jenny también había cambiado. Tenía veintidós años y estaba en la cúspide de su belleza.⁹ Ambos, que se habían

conocido muy bien como amigos de la familia, y de un modo más íntimo como discípulos del padre de Jenny, se mostraron algo tímidos en su reencuentro. En una carta a Karl en la que recordaba este reencuentro, Jenny escribió: “Oh, querido, cómo me miraste la primera vez antes de apartar rápidamente la mirada, y luego me miraste de nuevo, y yo hice lo mismo, hasta que finalmente nos miramos profundamente a los ojos el uno al otro durante un buen rato, y ya no pudimos apartar la mirada”.¹⁰

En algún momento entre agosto y octubre, cuando Karl partió hacia Berlín, se prometieron. Informaron a la familia de Marx pero no a los Westphalen; había demasiadas objeciones posibles por parte de estos, desde la diferencia de edad entre Karl y Jenny, hasta el hecho de que Karl no tenía dinero ni perspectivas claras de futuro. La objeción no expresada, sin embargo, era de carácter social. En la rígida jerarquía de la sociedad prusiana era permisible asociarse más allá de la estratosfera de las clases superiores, pero acceder a un matrimonio fuera de la aristocracia era un sacrificio que pocos padres querían que hiciesen sus hijas. Estaba también la cuestión religiosa. Años más tarde Karl reaccionó furiosamente ante la sugerencia de que el hecho de haber nacido judío había dificultado su matrimonio. Pero durante toda su vida Marx fue considerado judío por amigos y enemigos, y es poco probable que la conversión de su padre hubiese podido borrar esta herencia de las mentes de la sociedad de Tréveris. (En Renania, incluso un matrimonio entre católicos y protestantes era polémico.)¹¹ Heinrich Heine, un judío que no cambió de religión, se refería a la conversión como “una tarjeta de entrada a la cultura europea”. Pero era una tarjeta que no garantizaba la aceptación.¹²

Karl y Jenny, con la connivencia de la familia Marx (Heinrich Marx decía sentirse como el personaje de una novela romántica¹³) aceptó mantener el compromiso en secreto y no mantener correspondencia directamente hasta encontrar la forma de hacer aceptable el matrimonio a los padres de Jenny. Alimentado por una pasión que según él le consumía, Marx partió en un viaje de cinco días en carruaje hasta Berlín dispuesto a estudiar diligentemente, iniciar una carrera y establecerse como profesional independiente y como buen esposo.¹⁴ Por su parte, Jenny empezó su espera. Ya no era la joven de diecisiete años que había aceptado impetuosamente casarse con un militar solo para darse cuenta de que no tenía ningún interés en él más allá de su aspecto físico y de sus habilidades en la pista de baile. Se había prometido a Marx. Verse obligada a luchar contra la sociedad para poder casarse con él solo hacía que su amor fuese más delicioso.

Aun así, habría contribuido considerablemente a convencer a sus padres a

aceptar el enlace si Marx hubiese destacado en la universidad, demostrando con ello que estaba destinado a la brillante carrera que Jenny sabía que le esperaba. No cabe duda de que Karl era consciente de ello. Pero, como sucedería a lo largo de toda su vida, cuando Marx se sentía presionado para producir o actuar, era paralizado por las distracciones. Siempre había un libro más que estudiar, nuevos datos que digerir, o un idioma que aprender para acceder a unos textos clave en versión original. Y en Berlín Karl encontraba distracciones que hubieran podido entretenerle durante toda una vida.

* * *

Durante el primer trimestre Marx sucumbió a lo que un escritor calificaba de “culto romántico al genio aislado”. Tal vez era una respuesta al tamaño de la facultad —con dos mil estudiantes la universidad era casi tres veces mayor que la de Bonn. O tal vez era Berlín: la ciudad tenía unos trescientos mil habitantes y era la segunda ciudad más poblada del Bund después de Viena.¹⁵ O es posible que Marx simplemente hubiese absorbido la cultura académica en la que estaba inmerso: la de Berlín era una de las universidades más distinguidas de Europa y ponía el acento en el estudio individual y en la investigación original.¹⁶ Probablemente todos estos factores, así como la añoranza que sentía Marx por Jenny, le convirtieron en el angustiado personaje que describía su padre en un ataque de resentimiento: “Desorden, mohosas incursiones en todos los campos del conocimiento, empollar de noche bajo una lúgubre lámpara de aceite, ir de parranda vestido de estudiante y con el cabello alborotado, corriendo salvajemente con una jarra de cerveza en la mano; retraimiento asocial con abandono del decoro... en este taller de erudición inconveniente y absurda”.¹⁷ Heinrich imploraba a su hijo que se enmendase. Trataba de convencer a Karl de la poesía inherente en el cumplimiento del deber. Pero para entonces su hijo estaba mucho más allá del alcance de los consejos paternos.

Marx explicó lo que él calificaba de “momentos de transición” en una larga carta a Heinrich escrita al final de su primer año en Berlín, la única carta a su padre que se conserva de sus días universitarios.

Querido padre,

Cuando partí, un nuevo mundo se había abierto para mí, el del amor, que de hecho al principio fue un amor apasionadamente anhelante y desesperado. Incluso el viaje a Berlín, que de otro modo me habría complacido en alto grado... me dejó frío. En realidad, me puso extrañamente de mal humor,

pues las montañas que veía en mi camino no eran más escabrosas ni más indómitas que las emociones de mi corazón; las grandes ciudades no más bulliciosas que la sangre que corría por mis venas; las comidas en las posadas no más extravagantes ni más indigestas que la colección de fantasías que llevaba conmigo; y finalmente, ninguna obra de arte era tan hermosa como Jenny.

Explicaba que había roto con todas las relaciones personales en Berlín para enfrascarse en el estudio y en la experimentación creadora. Su primera inclinación era escribir poesía, y escribió tres volúmenes para Jenny, pero él mismo reconocía que eran inadecuados para expresar “las dimensiones de un anhelo que no conoce límites”. Luego devoró los manuales de derecho y los clásicos. Estudió derecho civil, criminal y canónico, tradujo al alemán los dos primeros libros del antiguo derecho civil romano, el *Digesto*, y escribió unas trescientas páginas de su propia filosofía del derecho. Tradujo parte de la *Retórica* de Aristóteles del original griego, y la *Germania* del historiador Tácito y los *Cantos tristes* o *Tristia* de Ovidio, del latín. También empezó a estudiar por su cuenta inglés e italiano, y escribió una novela humorística, *Skorpion und Felix*, y una obra de teatro –*Oulamén*– inspirada en Fausto. Y sin embargo, según él mismo, pese a estas innumerables tareas, “al final no me sentía mucho más enriquecido”.¹⁸

El verdadero resultado de todo ello fue una crisis física y mental. Un médico le aconsejó a Marx que dejara la ciudad y que pasara una temporada en el campo. Siguiendo su consejo, Karl se desplazó a pie por el sudeste unos cinco kilómetros desde la universidad hasta Stralau, una aldea de pescadores a orillas del río Spree.¹⁹ Cuando encontró alojamiento, salió a menudo a cazar con su casero y, según le dijo a su padre: “Mientras estuve enfermo tuve ocasión de leer de cabo a rabo la obra de Hegel y la de todos sus discípulos”.²⁰ El filósofo alemán había muerto seis años antes, y aunque su estrella había declinado ligeramente entre los profesores más jóvenes y los estudiantes de la Universidad de Berlín (donde había sido profesor), si Marx quería avanzar en su búsqueda intelectual, tenía que pasar por Hegel.

La premisa más básica de la filosofía de Hegel era que la historia de la humanidad era resultado del conflicto. Dos ideas chocan y el resultado es una tercera idea, que a su vez entra en conflicto con otra y da lugar a algo nuevo. La naturaleza de la vida es, por consiguiente, dinámica: el cambio es un aspecto esencial de la misma. Hegel consideraba este cambio como inevitable y lo llamó la dia-

lética. Aunque la raíz del proceso dialéctico se basaba en la tensión, esto era en realidad tranquilizador, porque, efectivamente, según Hegel, este conflicto no era arbitrario sino necesario para el progreso histórico. La dialéctica de Hegel daba sentido al conflicto, o como diría Engels, “la humanidad ya no parecía un torbellino desenfrenado de violencia sin sentido”.²¹ Hegel también introdujo la noción del *Geist*, o Espíritu, que según él impregnaba a un pueblo agrupado por las circunstancias históricas, y la noción alternativa de alienación, que se daba cuando un hombre no se reconocía a sí mismo en el mundo más amplio de su contribución productiva.

La elocuente filosofía de Hegel dominó la era romántica en Alemania y generó docenas de “hegelianos” que discutieron sus teorías hasta —como él habría esperado— producir algo nuevo. Es fácil ver lo emocionante que habría sido la esperanza inherente en su dialéctica para las generaciones que estudiaron en Berlín, donde el movimiento tenía su cuartel general. Habían sido testigos de cómo las llamadas iniciales a la reforma eran reprimidas y de cómo las libertades básicas habían sido revertidas a favor del inmovilismo. Y sin embargo también pudieron ver, más allá de sus fronteras, por occidente, en Francia, Bélgica e Inglaterra, que se estaban produciendo avances políticos, artísticos y económicos allí donde los reyes no tenían miedo de dejar que el pueblo hablase, escribiese y, en algunos casos, hasta votase. Vieron cómo el acero se convertía en raíles por los que unos trenes se adentraban silbando en territorio virgen a la velocidad hasta entonces inaudita de ochenta kilómetros por hora, y oyeron el chisporroteo de la corriente eléctrica, que había producido la primera batería y estimulado la invención de una nueva forma de comunicación aparentemente mágica llamada telégrafo. Aplicando las enseñanzas de Hegel a este nuevo mundo, los jóvenes hegelianos vieron en esta teoría del conflicto el potencial no solo del cambio, sino también de la revolución social.²²

Hegel había convertido a Berlín en un imán para las almas inquietas de Alemania y también de los países más al este, y muy especialmente de Rusia, donde el pueblo se debatía bajo el yugo feudal de un sistema aún más represivo. Cuando Marx recuperó la salud y regresó a Berlín desde Stralau, su aislamiento romántico había terminado. Se unió a un grupo de Jóvenes Hegelianos en el bohemio Club de los Doctores, donde tuvo ocasión de combinar dos de sus actividades favoritas: el debate filosófico y la bebida.²³

Los difíciles primeros meses de Marx en Berlín tuvieron su equivalente en Tréveris en el caso de Jenny. Debido a que, por consideración hacia sus padres, habían decidido no escribirse, Jenny cayó víctima de los celos y se sentía abando-

nada. Imaginando que, en el lejano Berlín, Karl la habría olvidado, enfermó y mostraba una apatía que sus padres creyeron que era física, pero que Heinrich Marx identificó como una depresión. (Karl utilizó la noticia de la enfermedad de Jenny como excusa parcial para su propia crisis nerviosa.) Heinrich, que hacía de intermediario epistolar entre los dos jóvenes enamorados, estaba casi tan atormentado como ella. En las cartas que escribía a su hijo le hablaba del sagrado deber que había contraído con Jenny y de cómo solamente sus esfuerzos para ganarse la buena voluntad y el favor de la gente garantizarían que ella pudiera “sentirse exaltada ante sus propios ojos y ante el mundo”. Le hablaba del “inesestimable sacrificio” que había hecho Jenny al aceptar que se convertiría en su esposa, y añadía: “¡Ay de ti si alguna vez en la vida te olvidas de ello!”²⁴

La respuesta de Karl fueron los tres libros de poesía que había escrito para Jenny y que le envió por mediación de su familia la Navidad de 1836. Los dos primeros llevaban por título “El Libro del Amor”, y el tercero “El Libro de los Cantos”. Estaban dedicados “a mi querida y eternamente amada Jenny von Westphalen”.²⁵ Años más tarde, Jenny, que conservó los tres volúmenes, se reiría de esta expresión adolescente de pasión, pero aquel diciembre, al recibir los versos, que eran el primer mensaje que recibía de Karl después de varios meses de silencio, rompió a llorar de pena y alegría. Sophie, la hermana de Karl, le confirmó a Marx el amor que sentía Jenny por él y le dijo que Jenny iría preparando poco a poco a sus padres para darles la noticia de su compromiso.²⁶

Estos preparativos, sin embargo, fueron una nueva fuente de tormento. No conservamos ninguna carta de Jenny de este período, por lo que solo tenemos conocimiento de sus cuitas a través de Heinrich, cuya correspondencia con su hijo fue incluyendo cada vez más no solo comentarios admonitorios pidiéndole que se centrara en su carrera, sino también consejos sobre cómo cortejar y consolar a la atribulada Jenny. Por un lado, era un padre sumamente cariñoso tratando de rescatar y orientar a quien veía como un hijo intelectual y moralmente disoluto. Por otro lado, el propio Heinrich actuaba como un pretendiente desilusionado, y necesariamente distante, que veía cómo el objeto de su amor ofrecía su juventud y belleza a un rival indigno de ellas. En una carta a Karl particularmente conmovedora (y clarividente) de marzo de 1837, Heinrich escribió:

A veces mi corazón se alegra pensando en ti y en tu futuro. Y sin embargo, otras veces no puedo evitar determinadas ideas que provocan en mí fuertes aprensiones y temores cuando me asalta como un relámpago este pensamiento: ¿está tu corazón de acuerdo con tu inteligencia y tus talentos? ¿Hay lugar en él para aquellos sentimientos terrenales

y más tiernos que en este valle de lágrimas son tan esencialmente reconfortantes para un hombre sensible? Y dado que este corazón está obviamente animado y gobernado por un demonio que no les ha sido dado a todos los hombres... ¿es ese demonio divino o fáustico? ¿Serás alguna vez de una felicidad doméstica, verdaderamente humana? ¿Serás alguna vez capaz —y esta duda no ha dejado de torturarme recientemente, pues he llegado a amar a cierta persona como a mi propia hija— de transmitir felicidad a los que tengas inmediatamente a tu alrededor?...

He observado algo sorprendente en Jenny. Ella, que está tan unida a ti con una actitud pura e infantil, deja entrever a veces, involuntariamente, una especie de temor, un temor cargado de aprensión, que no se me escapa, que no sé cómo explicar, y cuyo rastro ella trató de borrar de mi corazón en cuanto le comenté su presencia. ¿Qué significa eso, qué puede ser? No puedo explicármelo a mí mismo, pero desgraciadamente mi experiencia no me permite ser fácilmente desbarriado.

Heinrich le dijo a Marx que había confiado durante mucho tiempo ver el nombre de su hijo tenido en gran estima (y aunque nunca lo mencionó, es posible que considerase que la alianza con Jenny elevaría la posición social de toda la familia), pero ahora solo quería saber si su hijo era capaz de amar. “Solo entonces podré tener la felicidad que durante muchos años he soñado encontrar a través de ti; de lo contrario, vería derrumbarse el objetivo más selecto de mi vida”. En cuanto a Jenny, decía, “solamente toda una vida llena de amor y ternura puede compensarla por lo que ya ha sufrido... Es principalmente la consideración que tengo por ella lo que me hace desear tanto que pronto puedas dar un paso adelante en el mundo, porque esto le daría la tranquilidad de espíritu... ya lo ves, esa embriagadora muchacha también me ha trastornado a mí, y deseo por encima de todo verla feliz y serena. Solo tú puedes conseguirlo y creo que este objetivo merece toda tu atención”.²⁷

Pero la atención de Marx *estaba* dividida, entre este romance —que, según contaría a sus hijos años más tarde, le hacía sentir como un Roland en su desesperación por ver y abrazar a su Jenny²⁸— y su nuevo círculo de amigos entre los Jóvenes Hegelianos. Puede que fuese la proximidad de aquellos amigos, o la ciega (podríamos también decir: obsesiva) dedicación a las cuestiones intelectuales de la que haría gala durante toda su vida, pero Marx parecía haber elegido, al menos temporalmente, su vida en Berlín por encima de su amor en Tréveris.

Marx había sido acogido bajo la tutela de Adolf Rutenberg, un profesor de geo-

grafía supuestamente expulsado por haber sido encontrado borracho en los bajos fondos, pero es más probable que fuera relevado de su cargo por escribir artículos provocadores en los periódicos.²⁹ Karl también cayó bajo la influencia del teólogo radical Bruno Bauer. Bauer había iniciado su reflexión allí donde un seguidor anterior de Hegel, David Friedrich Strauss, la había dejado en su libro de 1835, *La vida de Jesús*, que sostenía que el cristianismo tenía como base un mito histórico. Hegel había dicho que Dios, una fuerza racional, dirigía la dialéctica de la historia. Los Jóvenes Hegelianos discrepaban. Remontándose a los románticos, sostenían que el hombre era el autor de su propio destino, que este no le era impuesto por un ser invisible, aunque benevolente. Y si uno proseguía esta línea de razonamiento, la conclusión, lógica pero peligrosa, era que si Dios no era el titiritero, el rey no era activado por su mano. En realidad el rey era meramente un hombre cuya autoridad podía ser –tenía que ser– cuestionada por otros hombres.³⁰

Esto era dinamita política, y el joven de diecinueve años que era Marx estaba en el centro del debate. Había sido rápidamente aceptado como un líder entre sus pares, aunque muchos de ellos no eran en absoluto pares, sino profesores y escritores establecidos, diez años mayores que él. (Uno de ellos dijo sin faltar mucho a la verdad que el joven Marx era una combinación de Rousseau, Voltaire, Heine y Hegel en una sola persona.)³¹ En estas fervientes y subversivas discusiones Marx estaba desarrollando el estilo intransigente que le valdría tantos enemigos, al tiempo que empezaba a formular, fragmento a fragmento, la filosofía que décadas más tarde sería conocida como marxismo. Karl debió de sentirse realmente inspirado. Las lecturas de los socialistas utópicos que hacía Ludwig von Westphalen mientras él y Marx paseaban por las colinas de Renania le habrían parecido como cuentos de hadas comparadas con el debate que retumbaba como una tormenta en las cafeterías y cervecerías de Berlín.

El Karl Marx que estaba saliendo del cascarón en aquel ambiente enaltecedor era conocido como el Moro. Eso era una alusión a su pelo de color negro azabache y a su tez oscura, y también una referencia a Karl von Moor, el carismático pero asesino personaje de *Los ladrones*, de Schiller, una especie de Robin Hood que dirige a un grupo de bandoleros que luchan contra una aristocracia corrupta. Durante el resto de su vida todos los amigos de Marx se referirían a él por este sobrenombre.

Heinrich Marx, sin embargo, no reconocía a este hijo, a este Moro, y solo percibía la distancia cada vez mayor que había entre Karl, su familia y, eso temía Heinrich, Jenny. En agosto de 1837, Heinrich acusó cansinamente a Karl de desatender a su hogar, donde su hermano de once años, Eduard, estaba gravemen-

te enfermo (moriría cuatro meses más tarde), su madre desesperantemente preocupada, y el propio Heinrich llevaba siete u ocho meses encontrándose mal. Le dijo que no podía quitarse totalmente de la cabeza “la idea de que eres un poco más egoísta de lo que es necesario para sobrevivir”.³² En diciembre, tratando todavía de hacerse comprender por su distraído hijo, expuso las obligaciones de Karl en una serie de puntos. Bajo la categoría número 1, “Tareas de un joven”, decía respecto a Jenny: “procúrale un futuro digno de ella, en el mundo real, no en una habitación llena de humo con una maloliente lámpara de aceite junto a un estudioso montaraz”. Heinrich le recordaba a Karl que tenía una gran deuda con el padre de Jenny, que aquella primavera había dado su consentimiento al matrimonio, pese a la oposición del resto de la familia. “La verdad es que muchos padres se habrían negado a dar su consentimiento. Y en momentos de melancolía tu propio padre casi desea que lo hubiese hecho, pues el bienestar de esta angélica muchacha me preocupa de verdad”.

Con enfado, Heinrich declaraba que él y Karl “nunca habían tenido el placer de una correspondencia racional” y culpaba de ello a su hijo, a quien describía como obsesionado por sí mismo hasta la irreverencia. Le devolvió una carta que contenía unas cuantas líneas y un extracto de un diario titulado “La visita”, calificándolo de “chapuza descabellada que solo pone de manifiesto que derrochas tu talento y que te pasas las noches pariendo monstruos”. Y le acusaba de gastar más dinero en un año que el más rico de los hombres, preguntándole burlescamente cómo “puede un hombre que cada una o dos semanas descubre un nuevo sistema y tiene que romper unas obras que le han costado tanto trabajo, cómo puede, pregunto, preocuparse por tales nimiedades”.³³

La furia de Heinrich estaba exacerbada porque sabía que se estaba muriendo. Había puesto las esperanzas de su vida en su hijo, pero no viviría para verlas realizadas, y aún peor, no podía imaginarse que alguna vez llegarían a serlo. En su última carta completa a Karl, fechada en febrero de 1838, Heinrich no se disculpaba por su irritación y decía que deponía las armas porque estaba demasiado cansado para seguir luchando. Pero quería que Karl supiera que la fuente de su enojo era el amor: “Créeme si te digo, y no lo dudes nunca, que tú ocupas el lugar más recóndito de mi corazón y que eres una de las palancas más poderosas de mi vida... Estoy exhausto, querido Karl, y tengo que terminar. Lamento no haber sido capaz de escribir lo que quería. Me habría gustado poder abrazarte con todo mi corazón”.³⁴

Marx no tenía planeado visitar Tréveris por Pascua. Ya había gastado más dinero en Berlín del que ganaba su padre en un año, y sus padres acordaron que el viaje de cinco días en carruaje sería demasiado caro. Pero el deterioro de la

salud de su padre, de la que le habían informado por carta en invierno su madre y su hermana, convenció a Karl de que debía regresar a casa. Lo hizo a finales de abril y se quedó en Tréveris hasta el 7 de mayo, poco después de su vigésimo aniversario.³⁵ Heinrich murió de tuberculosis y de inflamación del hígado tres días más tarde y fue enterrado el 13 de mayo.³⁶

Algunos biógrafos han acusado a Marx de una insensibilidad imperdonable respecto a su padre y han afirmado que no asistió al funeral alegando que tenía cosas mejores que hacer. Esto es una tergiversación de los hechos. Marx acababa de abandonar Tréveris y no regresó para el funeral porque le habría sido imposible llegar a tiempo, y en cualquier caso ya se había despedido de su padre. Y si bien no tenemos cartas de este período en las que Marx describa su pérdida, no cabe duda de que fue profunda. Durante el resto de su vida Marx llevó un daguerrotipo de su padre en el bolsillo de su chaqueta, y a la muerte del propio Marx cuarenta y cinco años más tarde, Engels colocó aquella gastada foto en la tumba de Marx.³⁷

Muerto Heinrich, ya no hubo más llamadas de la familia Marx para que su talentoso pero díscolo hijo mayor dejase de jugar con la peligrosa filosofía y se convirtiese en un hombre capaz de ganarse el respeto de la sociedad. Pero entonces surgió una nueva voz crítica, esta vez en el hogar de los Westphalen, una voz que no aconsejaba, sino que amenazaba.

Colonia, 1842

*Ay, amor mío, ¿ahora te metes también en política?
Esto es algo realmente arriesgado.*

Jenny von Westphalen¹

DURANTE LOS TRES PRIMEROS AÑOS posteriores a la muerte de su padre, el círculo de los Jóvenes Hegelianos de Berlín se convirtió en la verdadera familia de Marx. Abandonó los cursos y las clases en los que se había matriculado para proseguir sus estudios en compañía de los jóvenes hegelianos o por su cuenta. Desde el verano de 1838 y hasta el final de su carrera universitaria en 1841, Marx se matriculó solo en dos cursos, y uno de ellos lo impartía su amigo Bruno Bauer.² Pero no fue un camino fácil. Su situación financiera era precaria, porque su madre no estaba tan dispuesta como lo había estado su padre a permitir que superase el presupuesto; ella tenía menos ingresos y otros seis hijos que mantener, aparte de Karl. También estaba bajo el escrutinio de Ferdinand, el hermano de Jenny, que había encabezado la oposición al compromiso de Karl y Jenny. Tras ser desautorizado por la autoridad final, la de Ludwig von Westphalen, Ferdinand había utilizado su influencia en Berlín para que las actividades de su futuro cuñado fuesen investigadas. Descubrió de este modo que Marx se estaba codeando con ateos, liberales, demócratas y socialistas —radicales extremistas de todo tipo— y que no estaba dando pasos visibles para asegurar una carrera con la que sostener a su esposa e hijos; sus aulas favoritas parecían ser las cervecerías y cafeterías que rodeaban la plaza más espléndida de Berlín, la Gendarmenmarkt.³ Karl profanaba todo aquello que Ferdinand creía que era bueno y correcto —iglesia, estado y familia—, pero mientras Karl tuviese la protección del barón, el compromiso con Jenny no peligraba. Lo único que podía hacer Ferdinand era acumular información comprometedora esperando la llegada de una oportunidad para rescatar a su hermana de lo que él consideraba un terrible error.

Mientras, Jenny y Karl proseguían su romance a larga distancia atormentados

tándose mutuamente con cartas en las que describían sus inseguridades y sus celos, y que contenían relatos melodramáticos sobre su mala salud pensados para despertar la simpatía del otro. Su correspondencia estaba llena a rebosar de las ansiedades que provoca la pasión no consumada, y con el estilo de los grandes trágicos ambos parecían complacerse en cada nueva herida; si no podían vivir su amor de primera mano, al menos podían sentir el dolor que ello comportaba. En una de las cartas, Jenny abordaba el temor que había manifestado Marx de que estuviese flirteando con otro. Su respuesta pretendía tranquilizarle, pero en el mismo momento en que retiraba la daga que Karl tenía clavada en su corazón, no pudo resistir retorcerla un poco, y escribió: “Es curioso que te hayan hablado precisamente de alguien que apenas ha sido visto en Tréveris y que no es nada conocido, mientras que he sido vista muy a menudo en sociedad conversando animadamente con todo tipo de hombres. Es mi forma de ser. Soy alegre y me gusta bromear”.

Pero para que Karl no la considerase demasiado alegre, continuó:

Me ha torturado la idea de que por mi culpa puedas llegar a verte envuelto en una pelea que acabe en un duelo. Día y noche te imaginaba herido, sangrando y enfermo, y Karl, si he de decirte toda la verdad, este pensamiento no me hacía sentir completamente desgraciada, porque imaginaba que habías perdido tu mano derecha y que a causa de ello me encontraba en un estado de arrobamiento y casi de felicidad porque así podía encargarme de escribir todas tus maravillosas ideas y serte realmente útil. Todo esto me lo imaginaba de una forma tan natural y gráfica que en mi imaginación oía continuamente tu querida voz, tus queridas palabras, y yo las escuchaba con suma atención y las transcribía para que pudieran leerlas los demás.⁴

Lo mismo que su hermano, Jenny era muy consciente de las actividades de Karl en Berlín, pero a diferencia de Ferdinand, ella las aprobaba. Su romance había desvelado la posibilidad de una vida profunda y emocionante que nunca podría tener en Tréveris, donde los hombres eran prácticos y tomaban decisiones prácticas, y donde las mujeres criaban a sus hijos y atendían a sus familias para perpetuar la sociedad que siempre habían conocido. Por medio de su padre y de su novio Jenny había sido introducida en la posibilidad de un mundo mejor, y se veía a sí misma en el centro de la lucha para alcanzarlo. Ella no hacía las cosas a medias, y por eso esa nueva Jenny, mucho más seria, le pedía libros a Karl: “que sean algo especiales, un poco eruditos... que no todo el mundo pueda leerlos; y sobre todo que no sean cuentos de hadas ni poesías; no puedo soportarlos”.⁵

En 1840, tras la muerte del padre de Marx, Federico Guillermo IV subió al trono como rey de Prusia. El difunto rey había sido un producto de las antiguas batallas contra los franceses, tanto contra las ideas de la Revolución como contra el propio Napoleón. Su hijo, sin embargo, representaba a una nueva generación. Tenía cuarenta y cinco años y era considerado inteligente, avanzado y libre de las restricciones impuestas por los fantasmas de la época anterior. La burguesía ascendente esperaba de él reformas democráticas equiparables a los avances industriales y económicos que ya se habían hecho, especialmente después de la finalización de la *Zollverein*, la unión aduanera que había liberalizado el comercio entre muchos estados de la Confederación Alemana. Esta incipiente oposición liberal creía que Federico Guillermo IV se daría cuenta de que Prusia y la gran Alemania corrían el riesgo de quedar rezagadas respecto del resto de Europa a menos que los hombres de negocios pudiesen expresar sus ideas a la corona como miembros de un gobierno constitucional.⁶ Para los amigos de Marx y sus colegas más cínicos, todos los tronos eran mirados con desprecio, pero confiaban que el nuevo rey levantase las restricciones que pesaban sobre la prensa y los editores y que permitiese el libre intercambio de ideas.

Aunque las llamadas a la reforma llegaron a oídos del rey, este eligió ignorarlas. La nobleza dominaba en los altos cargos y en los cuerpos de oficiales del ejército, igual que lo había hecho durante el reinado de su padre. Hizo gestos simbólicos a favor de la burguesía convocando asambleas provinciales, pero no les dio la autoridad necesaria para que tuvieran un significado real. En cuanto a las masas, el nuevo rey las consideraba inmorales, en particular porque algunos habían empezado a cuestionar su derecho divino a gobernarlas como considerase más oportuno. No habría constitución y, lejos de ampliar las libertades básicas, silenciaría a las voces disidentes, que eran cada vez más, imponiendo nuevas restricciones a las libertades de prensa, expresión y reunión.⁷ Al mismo tiempo, el canciller austríaco, el príncipe Clemens von Metternich, trataba de reprimir las ideas que consideraba peligrosas en toda la Confederación Alemana.⁸ Las universidades fueron meticulosamente vigiladas; un escritor diría más tarde que “la universidad se convirtió en un anexo de los barracones”.⁹ Los Jóvenes Hegelianos recogieron el guante, pero no podían competir con el gobierno. Temiendo que la Universidad de Berlín se hubiese vuelto demasiado reaccionaria para darle un título, Marx presentó su tesis doctoral “Diferencia entre la filosofía de la naturaleza de Demócrito y la de Epicuro” en la Universidad de Jena. Ubicada en el más liberal de los pequeños estados alemanes, esta universidad era una especie de fábrica de expedir títulos y otorgaba docto-

rados por correo. Marx entregó su tesis el 6 de abril de 1841 y recibió su doctorado en Filosofía una semana después, el 15 de abril.¹⁰ Dedicó su disertación a Ludwig von Westphalen, “como muestra de amor filial... Has sido siempre para mí la prueba visible de que el idealismo no es un producto de la imaginación sino una gran verdad”.¹¹

Bruno Bauer se había trasladado a Bonn para enseñar y le dijo a Marx que también podría encontrar una plaza de profesor allí. Pero la posición del propio Bauer estaba cada vez más en peligro debido a sus vehementes ataques a la religión y al papel de esta en el estado. El verano de 1841 el ministro prusiano de religión y educación inició una campaña contra Bauer que condenaba a Marx por asociación. El resultado fue que a Marx le quedaron muy pocas esperanzas de encontrar un puesto docente en ningún lugar de Prusia.¹²

Karl tenía veintitrés años y Jenny veintisiete. Jenny llevaba ya casi cinco años esperando casarse con él, pero hasta que Marx encontrase un empleo estable su unión era imposible. Marx había entrado en la universidad con la idea de llegar a ser juez o abogado, pero se había alejado mucho de esta senda legal en sus estudios, y en cualquier caso era un campo que estaba lleno de aspirantes. Alemania en general estaba llena de graduados universitarios de clase media que se disputaban los pocos puestos de trabajo existentes; la matriculación en las universidades se había doblado en las dos últimas décadas.¹³ El último recurso para los parados cultos era el periodismo.¹⁴ En la escala profesional, el periodismo estaba clasificado en los últimos lugares y era considerado como un refugio para los que un historiador definía como “los que tienen mala reputación, los chapuceros, los inestables”.¹⁵ Tampoco era una profesión conocida por estar bien pagada, cuando lo estaba. De todos modos, Marx tenía poco donde elegir, y además sostenía que un periodista no escribe para ganar dinero: los periódicos eran el medio principal que tenían las clases instruidas para manifestar su rebeldía. Marx no había publicado todavía nada excepto unos cuantos poemas en una revista relacionada con el movimiento de los románticos,¹⁶ pero tenía rebeldía de sobras. E ideas.

A lo largo de 1841 Marx viajó entre Tréveris, Bonn y Colonia rastreando posibles oportunidades para escribir. Durante este tiempo pasó seis semanas en Tréveris, su estancia más larga desde que había dejado la ciudad en 1836 para ir a Berlín, cuando su compromiso con Jenny todavía era secreto. ¹⁷Ahora que podían ser vistos en público como una pareja reconocida, daban mucho que hablar a los chismosos de Tréveris. Nadie, con la probable excepción de Jenny, acusó nunca a Marx de ser guapo. Un biógrafo de Marx cita a un habitante de

Tréveris diciendo que Marx era “seguramente el tipo menos atractivo que había caminado jamás bajo la capa del sol”. Era fornido como un boxeador, de rasgos ordinarios, sin afeitar, desaliñado. Vestía una levita oscura de relativamente buena calidad, pero a menudo la llevaba mal abotonada.¹⁸ Su negra barba había crecido más allá del límite de la respetabilidad, y según el código social de la Prusia de mediados del siglo XIX, denunciaba a su portador como un extremista radical, lo mismo que los puros que fumaba en público. (Los caballeros fumaban pipas en la privacidad de sus casas.)¹⁹ La persona misma de Marx se enfrentaba a la sociedad conservadora que le rodeaba sin tener que pronunciar una sola palabra. Pero a su lado, paseando por Tréveris, estaba su antítesis física. Jenny era alta, ágil y elegante. Coronada por una flamígera cabellera de color castaño rojizo, con un simple collar de perlas resaltando su largo cuello, era tan naturalmente hermosa que importaba muy poco cómo vistiese —su figura no necesitaba vestidos de la mejor calidad para ser admirada, pero iba siempre a la moda. La posición del padre de Jenny y el buen gusto de su madre le aseguraban ser vestida por la mejor costurera que podía ofrecer Tréveris. Para quienes la miraban desde el otro lado del escaparate, Jenny era tan seductora como repelente (y sospechoso) era su novio.

Jenny era inmune a las observaciones relativas a la extraña pareja que formaban, pero sí le molestaban los comentarios acerca de su diferencia de edad y acerca de la posición poco estable de Karl. Pero no daba a sus críticos la satisfacción de que la vieran incómoda. Karl, por otro lado, hacía caso omiso a este tipo de comentarios; no tenía muchas perspectivas pero estaba lleno de esperanza. Las personas liberales con dinero y aspiraciones democráticas estaban cada vez más hartas de ser tratadas como niños por un rey paternalista. Marx veía en “la incapacidad de la nobleza y en el aletargamiento de los súbditos que dejaban que las cosas fueran como era voluntad de Dios” el indicio del final catastrófico que aguardaba al viejo sistema.²⁰

Para soslayar las restricciones sobre el debate político público y sobre los partidos políticos, los escritores a menudo enmascaraban las discusiones en términos teológicos y filosóficos, y se reunían en grupos a los que calificaban de sociedades literarias o filosóficas.²¹ Para Marx y sus colegas estos ataques contra la religión eran ataques contra el papel de esta en la estructura del estado: sostenían que un mito sobre un hombre bueno llamado Cristo era utilizado para apuntalar un sistema corrupto y a unos gobernantes tiránicos. Por consiguiente la religión, como el estado al que daba su apoyo, era inmoral. Marx y Bruno Bauer tenían la intención de editar una revista, a la que pensaban llamar *Archivos ateos*, que sirviese de plataforma para la divulgación de estas ideas, pero

necesitaban inversores que la financiaran.²² Aparentemente, Marx contactó en este sentido con algunos liberales acaudalados de Tréveris. Jenny describió indirectamente la respuesta de uno de ellos, un médico local llamado Robert Schleichder, añadiendo un cauteloso comentario propio:

Schleichder acababa de explicarme que ha recibido una carta de un joven revolucionario, pero que este se equivoca mucho en el juicio que hace de sus compatriotas. No cree poder aportar ninguna clase de participación. Ay, amor mío, ¿ahora te metes también en política? Esto es algo realmente arriesgado. Querido Karl, recuerda siempre que aquí en casa tienes a una persona que te quiere y que sufre y que está siempre pendiente de tu suerte.²³

Jenny se refería con socarronería a su proveedor viajero de ideas peligrosas como “mi querido hombrecito del ferrocarril”²⁴ y “mi querido jabalí”, mientras se preparaba intelectualmente para su vida en común como marido y mujer. Le reprendía por no comentar los progresos que estaba haciendo con el griego, que según ella era una prueba de su erudición, y decía haberse levantado pronto para leer tres artículos hegelianos en un periódico y una reseña del libro de Bauer *Crítica de los Evangelios sinópticos*.²⁵ Las actividades de Jenny tenían una nueva sensación de urgencia, lo que no era nada extraño. Había dado uno de los pasos más socialmente peligrosos –y seguramente más imprudentes– que podía dar una mujer de su clase: tras años de frustrante contención sexual, Marx y Jenny habían consumado finalmente su relación en julio en Bonn.²⁶ Durante su visita, Carolina von Westphalen había designado al hermano menor de Jenny, Edgar, como carabina para preservar la “decencia exterior e interior” de su hija.²⁷ Pero había elegido mal el guardián: Edgar era un librepensador, el amigo de Marx, y simpatizaba enteramente con los deseos de la pareja. Así que les dejó solos. Poco después, Jenny escribía a Karl:

No me arrepiento en absoluto. Cuando cierro muy fuerte los ojos, veo una sonrisa en tus ojos... y luego yo misma me siento feliz sabiendo que lo he sido todo para ti y que no puedo ser nada para otros. Oh, Karl, sé muy bien lo que he hecho y sé que el mundo me declararía proscrita. Lo sé muy bien, y sin embargo me siento feliz y rebosante de alegría, y no cambiaría el recuerdo de aquellas horas felices ni por todo el oro del mundo. Es mi tesoro y lo será para siempre... He revivido cada una de estas felices horas una y otra vez, y una vez más me siento muy cerca de tu corazón, embriagada de amor y de

felicidad...Soy tu mujer, Karl, ¡qué pensamiento más maravilloso!
¡Dios mío, solo de pensarlo experimento una sensación de vértigo!

Según la costumbre social de la época, Marx podía salir de aquel encuentro sexual con una reprimenda algo mayor que la de ser considerado un sinvergüenza (a menos que Ferdinand quisiera convertir en público el insulto y desafiar a Marx a un duelo). Pero si Marx y Jenny no se casaban, su reputación estaría en ruinas. Anticipándose a la reacción en Tréveris si sus relaciones llegaban a ser conocidas, Jenny dijo: “Mis padres viven aquí, mis viejos padres que tanto te aprecian; oh, Karl, soy mala, soy muy mala; no hay en mí nada bueno excepto el amor que siento por ti”.²⁸ Más que ninguna otra cosa en su relación, el futuro de Jenny dependía ahora de su matrimonio con Marx. Pero en el mismo momento en que más lo necesitaba, no podía contar con que su padre protegiese su relación.

Ludwig von Westphalen llevaba tiempo combatiendo una enfermedad que se volvió grave en diciembre de 1841. Marx regresó a Tréveris y se instaló en casa de los Westphalen para ayudar a cuidarle, lo que también le permitió estar cerca de Jenny.²⁹ Mientras estaba allí, un grupo de ministros prusianos promulgó un provocador decreto sobre la censura. Aparentemente resultado del deseo del rey de liberar a los escritores de excesivas restricciones, lo que hacía en realidad era recuperar restricciones que se habían aplicado por vez primera en 1819.³⁰ Bajo la nueva ley, cualquier escrito considerado “frívolo u hostil” con la religión cristiana; cualquier intento manifiesto de confundir religión y política; cualquier cosa considerada ofensiva para el gobierno o difamatoria para con individuos o clases enteras —de hecho, cualquier “tendencia” que se considerase perniciosas— tenía que ser censurada. De este modo el gobierno prusiano se atribuía, por medio de su ejército de censores, un control arbitrario y definitivo sobre la palabra escrita.

Marx utilizó los meses que pasó en casa de Jenny para formular una respuesta. El resultado fue un ataque frontal a todos y cada uno de los aspectos de la ley sobre la censura. No se esforzaba nada en disimular su política detrás de la religión o de la filosofía; al contrario, su primer artículo periodístico, en un estado que no toleraba la menor discrepancia, era una declaración de guerra a la nueva ley del gobierno. La rabia controlada de Marx se ponía de manifiesto en aquel artículo de veintidós páginas. “Una ley contra un estado de ánimo *no es una ley del estado* promulgada para sus *ciudadanos*; es la *ley de un partido contra otro partido*... Es una ley que divide, no una ley que une, y todas las leyes

que dividen son reaccionarias. No es una ley, es un *privilegio*... El verdadero y *más radical remedio contra la censura* sería su *abolición*".³¹

Marx envió el artículo, firmado por "Un renano", a Arnold Ruge, editor del *Deutsche Jahrbücher*, o "Anuario alemán", de Dresde. Ruge, que era dieciséis años mayor que Marx, había pasado seis años en la cárcel por sus ideas liberales. Otro académico exiliado al que le habían negado la posibilidad de hacer carrera universitaria debido a sus ideas, Ruge había empezado a publicar un periódico en Prusia, pero se había visto obligado a trasladarse porque lo habían prohibido por su tono político. Ahora publicaba en un lugar más favorable, pero incluso allí, el artículo de Marx no consiguió el visto bueno de la censura.³² Tampoco consiguió eludir la supervisión del siempre alerta hermano de Jenny, Ferdinand, a quien le habían asignado un importante cargo gubernamental en Tréveris en 1838. Era evidente que aquel subversivo artículo había sido escrito en casa de su padre.

Ludwig murió un mes más tarde de que Marx entregase su artículo a Ruge, y con su muerte Marx perdió a su más firme aliado en el hogar de los Westphalen. Ferdinand, que ahora era el cabeza de familia, se puso inmediatamente a maniobrar para tratar de romper el compromiso, reclutando para ello al conservador tío de Jenny, Heinrich George von Westphalen, para que la presionase. Aunque no está nada claro si la madre de Jenny tenía conocimiento del nivel que habían alcanzado las relaciones de su hija con Marx, Carolina se puso del lado de su hija y la alejó de la influencia de Ferdinand trasladándose con ella a una casa que poseía en la ciudad-balneario de Kreuznach, unos ochenta kilómetros al este de Tréveris.³³ Y allí se quedaron las dos mujeres esperando capear el temporal.

Marx también abandonó Tréveris, esta vez para dirigirse finalmente a Colonia. Había entrado a formar parte de un club en el que también estaban algunos de sus viejos colegas del Club de los Doctores de Berlín, y también varios hombres de negocios de Colonia que se consideraban miembros de la oposición en Prusia.³⁴ El amigo berlinés de Marx Georg Jung y un nuevo conocido, Moses Hess, habían convencido a un grupo de empresarios para que financiaran un periódico, la *Rheinische Zeitung* (Gaceta Renana), que se declaraba "a favor de la política, el comercio y la industria", una frase que los lectores interpretaron como un manifiesto a favor de los intereses de la clase media.³⁵

La composición de las personas implicadas en la *Rheinische Zeitung* mostraba lo extraordinariamente heterogénea que era la oposición en Prusia, lo cual constituía al mismo tiempo su fuerza y su debilidad. Además de la multitud berlinesa de Jóvenes Hegelianos, socialistas, nacionalistas, demócratas e intelectuales

tuales radicales de toda laya, entre los patrocinadores de la publicación había abogados liberales, médicos y empresarios. Los más destacados de este segundo grupo eran el banquero y magnate del ferrocarril Ludolf Camphausen, un futuro primer ministro prusiano, y el empresario David Justus Hansemann, futuro ministro de finanzas prusiano.³⁶

Lo que mantenía unidos a estos hombres era la oposición a un gobierno que en su opinión no estaba a la altura de las circunstancias. Los empresarios de clase media se habían vuelto más fuertes a consecuencia de la unión aduanera de 1834, que les había puesto en contacto con colegas de otros estados alemanes que tenían el mismo objetivo: impulsar el desarrollo y el comercio lo más rápido y lo más extensamente posible. Consideraban la poco cohesionada Confederación Alemana de estados, con sus leyes, sus normas y sus monedas separadas, como impedimentos a un crecimiento industrial potencialmente ilimitado. Querían que el Bund se convirtiese en una nación, una unidad política y una fuerza económica. La coordinación, sin embargo, era solo uno de los aspectos de ello. Como muchos intelectuales que se sentían coartados por un gobierno que dictaminaba lo que podían escribir y decir, las clases medias de Prusia creían que un mayor desarrollo era imposible sin un profundo cambio social. ¿Cómo podía avanzar la nación sin unas estructuras meritocráticas, sin libertad de expresión y de reunión, sin igualdad ante la ley y sin un sistema fiscal justo? (Este último punto era especialmente irritante para la clase media, fuertemente gravada por un gobierno poblado de aristócratas que no pagaban impuestos.)

Las voces renanas que pedían reformas eran particularmente poderosas porque la región era la más avanzada económicamente de Prusia. El centro de su actividad intelectual era Colonia.³⁷ Al llegar a esa ciudad, Marx tenía veintitrés años y un solo artículo publicado en su haber. En menos de un año iba a convertirse en editor de uno de los periódicos de la oposición más influyentes en Prusia.

El primer número de la *Rheinische Zeitung* se publicó el 1 de enero de 1842, con cuatrocientos suscriptores. Marx empezó a escribir en ella cuatro meses después. En su primer artículo retomó el tema de la libertad de prensa, provocado por un debate sobre la cuestión que tenía lugar en la dieta renana.³⁸ El tema no solo era polémico, sino que escribir acerca de los debates que tenían lugar en las dietas provinciales estaba prohibido por unos dirigentes prusianos temerosos de que la gente pudiese erróneamente pensar que tenían algo que decir en el gobierno. Para los absolutistas, los diputados de las dietas eran “abo-

gados del diablo”, y propagar sus palabras amenazaba con volver a sus lectores “aún más tontos” de lo que ya eran.³⁹

Contra todo pronóstico, el artículo de Marx consiguió pasar la censura; su argumento era lo bastante complejo como para confundir a los guardianes de la pureza política encargados por el gobierno para analizarlo. El artículo también era divertido, literariamente bien escrito y lo bastante elocuente como para ilustrar a su audiencia no oficial. Su premisa era simple: la libertad es la esencia del hombre, y las leyes están pensadas para consagrarla y protegerla.

Nadie combate la libertad; a lo sumo, combate la libertad de los demás. De ahí que todos los tipos de libertad hayan existido siempre, solo que unas veces como privilegios especiales, y otras veces como un derecho universal...

Las leyes no son de ningún modo medidas represivas contra la libertad, del mismo modo que la ley de la gravedad no es una medida represiva contra el movimiento... Las leyes son más bien las normas positivas, claras, universales en las que la libertad ha adquirido una existencia teórica, impersonal e independiente de la arbitrariedad de los individuos. Un libro de leyes es la biblia de la libertad de un pueblo. Por consiguiente, la *ley de prensa* es un *reconocimiento legal de la libertad de la prensa*.⁴⁰

Este artículo de Marx, el primero de tipo político que publicaba, apareció el 5 de mayo de 1842, el día de su vigésimo cuarto aniversario, pero no apareció firmado con su nombre. Marx se había mantenido en un prudente anonimato, aunque sus amigos sabían que él era el autor del artículo y no le escatimaron los elogios. Moses Hess, el subeditor del periódico, declaró que Marx era “el mayor y tal vez el único filósofo genuino de la generación actual”.⁴¹ Ruge dijo que era el mejor artículo sobre el tema que se había escrito jamás. Jung lo calificó de espléndido.⁴²

Marx regresó triunfante a Tréveris. La recepción que tuvo allí, sin embargo, no tuvo nada que ver con la adulación de que había sido objeto en Colonia. Se vio rápidamente envuelto en una importante pelea con su madre por motivos de dinero y acerca de su futuro. Ella se quejó de que Marx pasaba de la familia y de que los Westphalen le hacían el vacío. La pelea fue tan dura que Marx se instaló en una casa de huéspedes durante el resto de su visita, y se quedó solo el tiempo suficiente para asistir a la boda de su hermana Sophie. Pero no se sintió demasiado afectado por todo aquel histrionismo; su atención estaba centrada en Colonia. “Es realmente una suerte que los escándalos de

carácter público hagan imposible que un hombre de carácter se moleste por los de carácter privado”, le dijo Marx a Ruge.⁴³

El perfil de la *Rheinische Zeitung* crecía constantemente, pero su departamento editorial tenía cada vez más problemas. Tras una serie de editores, el verano de 1842 el viejo amigo de Marx Adolf Rutenberg fue nombrado editor en jefe. Pero pronto se hizo evidente que su tiempo en el cargo también iba a ser breve. Rutenberg bebía mucho y no tenía buena relación con los censores prusianos.⁴⁴

Para entonces, Marx había propuesto para su publicación varios artículos caracterizados por su brillantez y por su habilidad para ocultar suficientemente su significado para poder superar el escrutinio del gobierno. También supo tranquilizar a los inversores, temerosos de que el periódico cayese en manos de los radicales berlineses que querían convertirlo en una revista de debates teóricos. Marx les daba la razón y sostenía que la *Rheinische Zeitung* no tenía que dedicarse a la teoría abstracta sino ocuparse solamente de “cuestiones prácticas”. También sostenía que el periódico tenía que dirigir a sus colaboradores, no ser dirigido por ellos, una postura sorprendente viniendo de un mero colaborador que solo pretendía seguir siéndolo.

Pero Marx no tenía intención de seguir siendo meramente un corresponsal. Sus observaciones fueron comprendidas y aplaudidas por los patrocinadores financieros del periódico, y el 15 de octubre fue nombrado editor en jefe.⁴⁵ El primer día publicó una refutación de la acusación de un periódico rival según la cual la *Rheinische Zeitung* propugnaba el comunismo, por entonces una filosofía prácticamente intercambiable con el socialismo, con la salvedad de que sus partidarios propugnaban la abolición de la propiedad privada (anatemata para los empresarios fundadores de la *Rheinische Zeitung*). Marx escribió que su periódico “no admite que las ideas comunistas, en su forma actual, posean siquiera *realidad teórica*, y por consiguiente no podemos tampoco desear su *realización práctica*, ni siquiera considerarla posible”.⁴⁶

Gustav Mevissen, un empresario renano y patrocinador financiero del periódico, describía a Marx como un intelectual y una tempestad física, “un hombre poderoso, cuyo espeso pelo negro brotaba de sus mejillas, brazos, nariz y orejas. Era dominante, impetuoso, apasionado, lleno de una confianza infinita en sí mismo, y al mismo tiempo era serio y erudito”.⁴⁷ Este entusiasta editor se dejaba ver por todo Colonia, esquivando carretas y carruajes por sus adoquinadas calles, con los bolsillos llenos de periódicos,⁴⁸ o recorriendo cafeterías, restaurantes y cervecerías en busca de periódicos difíciles de encontrar de otros

estados alemanes y de países extranjeros. Marx lo asimilaba todo, y utilizando consejos y documentos procedentes de una serie de fuentes bien situadas que había cultivado en Prusia y en otras partes, conseguía derrotar a sus rivales periodísticos y eludir a quienes, desde el gobierno, trataban de silenciarlo. Bajo la dirección de Marx, la *Rheinische Zeitung* se convirtió en la voz liberal de Prusia.

Con su éxito y el impresionante liderazgo de Marx, el periódico pronto atrajo a escritores de talento de toda Alemania; uno de los colaboradores decía que “todo el talento joven, nuevo, librepensador y revolucionario de Prusia y de Alemania encontró refugio aquí”.⁴⁹ Y sin embargo, aunque el periódico atraía a muchos librepensadores, su editor sujetaba bien las riendas. Su anterior posición como colaborador había sido algo más que una mera estratagema. De hecho, la reputación de Marx como dictador procedía de esta época. Bruno Bauer decía que Marx estaba poseído por una “furia de basilisco” cuando era contrariado, y en su silla de editor era contrariado con frecuencia.⁵⁰ No se publicaba nada en la revista sin su aprobación, y eso significaba que los Jóvenes Hegelianos de Berlín, que ahora se denominaban a sí mismos “los libres”, eran vetados a menos que se abstuviesen de “razonamientos imprecisos, frases grandilocuentes y muestras de excesiva autoestima” y que “prestasen más atención al estado actual de las cosas y más conocimientos expertos”.⁵¹ Los libres pronto le acusaron de haberse vuelto conservador, pero Marx decía estar dispuesto a sufrir las iras de unos cuantos “fanfarrones berlineses” antes que sacrificar su periódico.⁵²

Su hermano Hermann había muerto a los veintitrés años el 14 de octubre, un día antes de que Marx fuese nombrado editor, y no hay indicios de que regresase a casa para asistir al funeral.⁵³ En vez de ello, permaneció en Colonia enfrascado en la investigación de uno de los dos artículos de los que más tarde diría a Engels que “le habían llevado de la política pura y simple a las condiciones económicas y de ellas al socialismo”. Su investigación le abrió los ojos a la idea de que las relaciones entre los hombres eran fundamentalmente de carácter material, es decir, económico.⁵⁴

El primer artículo trataba de la recogida de leña por parte de los campesinos en bosques privados, práctica que el gobierno prusiano había empezado a caracterizar de robo. Los pobres habían sido tradicionalmente autorizados a recoger ramas secas para usarlas como combustible, y esta práctica siguió en vigor incluso después de la abolición de la servidumbre en 1807. Pero durante la década de 1840, los hornos de la industria solicitaban la madera y la pagaban muy bien a los terratenientes. El gobierno se puso de parte de ellos (de mane-

ra nada sorprendente, ya que los terratenientes eran los mismos aristócratas que poblaban el gobierno) y convirtió en delito la recogida no autorizada de leña en los bosques. En la época en que Marx escribió sobre ello, debido al crecimiento de la pobreza y al gran aumento de la población, el “robo” de leña había alcanzado proporciones epidémicas y equivalía a las cinco sextas partes de todos los procesos judiciales en Prusia.⁵⁵ Marx utilizó el lenguaje de la propia ley para socavarla, denunciando el carácter absurdo y la hipocresía de un sistema que permitía a los terratenientes reclamar lo que Marx denominaba “las limosnas de la naturaleza”. Declaraba que la ley era tan parcial a favor de los terratenientes que “nos sorprende que los propietarios de bosques no estén autorizados a alimentar sus estufas con los ladrones de leña”.⁵⁶

El segundo artículo trataba de la pobreza de los vinateros del valle del Mosela a consecuencia de las cargas fiscales y del libre comercio entre estados alemanes.⁵⁷ Los empresarios que financiaban la *Rheinische Zeitung* creían en las virtudes del libre comercio –aumentaba sus beneficios expandiendo sus mercados– pero Marx había empezado a ver que sus beneficios lo eran siempre a expensas del pequeño terrateniente y del cultivador local, que no tenía medios para competir en un mercado más amplio dominado por los productores a gran escala.

En su investigación de las “cuestiones prácticas” Marx parecía indiferente al hecho de que sus artículos criticasen el sistema mismo que muchos de sus lectores defendían y que esto podía costarle el apoyo de los accionistas. De hecho, a medida que Marx maduraba rápidamente como periodista, la revista se iba volviendo más radical. La *Rheinische Zeitung* era implacable en su cobertura de la dieta renana y del gobierno de Berlín, meticulosa en su presentación de los hechos (tal como los veían los editores), perspicaz en sus análisis y socarrón en el tono. Hablaba a las clases cultas de Prusia con una voz nueva y audaz, y las suscripciones pasaron de cuatrocientas a tres mil quinientas el primer año. Marx conseguía eludir hábilmente a las autoridades alarmadas por sus reportajes a base de agotarlos: un censor exhausto dijo que “Marx moriría por sus ideas, y está absolutamente convencido de su verdad”.⁵⁸ Este combate también era agotador para Marx, como lo eran las peleas que tenía con los redactores sobre lo que constituía un artículo de periódico por contraposición a un tratado filosófico o a la simple propaganda.

En diciembre viajó en carruaje a Kreuznach para pasar la Navidad con Jenny y su madre. Ahora ocupaba una posición relativamente respetable entre liberales poderosos, tenía unos buenos ingresos anuales, y se había establecido en un lugar. Finalmente estaba en condiciones de casarse, y él y Jenny decidie-

ron que lo harían en junio.⁵⁹ Pero cuando Marx regresó a Colonia, se encontró con que el gobierno había prohibido la *Rheinische Zeitung*, condenando a la empresa por ilegal y retirándole el permiso para operar y exponer tendencias prohibidas.⁶⁰

El periódico de Marx había sido un incordio para los gobiernos en Renania y en Berlín casi desde su inicio, y la idea de prohibirlo había estado en el aire desde noviembre. Pero algunos han sugerido que la gota que colmó el vaso fue un artículo del 4 de enero de 1843 en el que se atacaba al zar Nicolás I. El alboroto provocado por este ataque dio lugar a una reunión cara a cara entre el zar y el embajador prusiano en San Petersburgo durante la cual el monarca ruso exigió a Prusia poner freno a su prensa liberal.⁶¹ El 21 de enero el propio Federico Guillermo convocó una reunión ministerial que decidió prohibir el periódico. El gobierno permitió que la *Rheinische Zeitung* siguiese saliendo hasta finales de marzo de 1843, y ordenó que hasta entonces fuese inspeccionada por dos censores.⁶²

Marx presentó la dimisión de su cargo el 17 de marzo. Confiaba en que su partida salvase a la revista (no lo hizo: las prensas de la *Rheinische Zeitung* se quedaron calladas el 31 de marzo), pero en cualquier caso estaba decidido a cortar la conexión. Le dijo a Ruge: “He empezado a sentirme ahogado en esta atmósfera. Es muy desagradable tener que realizar tareas no cualificadas aunque sea por amor de la libertad; pelear con agujas y no con garrotes. Estoy harto de hipocresías, estupideces, arbitrariedades, y de tener que doblegarme, arrastrarme, apartarme y de tener que discutir nimiedades y sutilezas lingüísticas... El gobierno me ha devuelto la libertad”.⁶³

Kreuznach, 1843

*Así, en todo lugar y en todas partes,
Mi alma permanece aún en tu corazón;
Sueña sus locos sueños allí mismo,
Salta y da volteretas en el aire.*

Heinrich Heine¹

UNA VEZ MÁS MARX SE ENCONTRABA sin trabajo y sin ingresos. Este sería uno de los temas de la siguiente década; Marx se pasaría la vida subrayando la primacía de la economía pero fue un auténtico irresponsable a la hora de gestionar sus propias finanzas. (Su reputación era seguramente bien conocida porque, a instancias de la familia de Jenny, firmó un acuerdo aceptando que su futura esposa no fuese responsable de las deudas en que él pudiese incurrir antes del matrimonio.)² Incapaz de arrancarle dinero a su madre,³ viajó a Holanda en marzo para visitar a su tío Lion Philips para discutir su herencia. Y aunque en este caso no tenemos documentos que lo atestigüen, al parecer Philips le dio un anticipo, porque después de hablar con su tío Marx dispuso de dinero para el resto del año, y es imposible pensar que hubiese conseguido ahorrar nada de lo ganado con su trabajo en Colonia.

Durante este período, Marx también intercambió cartas con Ruge, que estaba formulando planes para trasladarse, posiblemente a Francia, para lanzar un periódico llamado *Deutsch-Französische Jahrbücher*, o “Anuario Franco-Alemania”, que podía combinar las voces de la oposición de ambos países. Marx estaba entusiasmado con el proyecto, pero Jenny tenía reservas. Temía que una vez que Marx abandonase Alemania para irse a Francia, fuese considerado como un traidor a su país y no se le permitiese regresar.⁴

Más o menos por esta época, Marx recibió de hecho dos ofertas para quedarse en Prusia. Una de ellas de un pariente llamado Esser, que era consejero privado del Tribunal de Apelación del Rin en Berlín. Las autoridades prusianas le habían encargado a Esser que ofreciese a Marx un puesto gubernamental, posiblemente como forma de captar a un crítico joven antes de que tuviese más seguidores. Otra oportunidad de ocupar un cargo gubernamental pudo haber-

sela proporcionado Ferdinand, que, no habiendo conseguido que Jenny rompiera el compromiso, habría tratado al menos de mantener a su hermana más cerca de la familia y a su políticamente descarriado esposo bajo control.⁵ Los puestos de funcionario eran codiciados por los graduados universitarios porque aportaban seguridad y prestigio, pero Karl rechazó ambas ofertas.

Marx estaba cada vez más convencido de que salir de Alemania era necesario para, como decía Ruge, publicar un periódico que pudiese operar sin trabas y “con una despiadada honestidad”.⁶ En mayo, Marx fue a Dresde para reunirse con Ruge y con Julius Fröbel, un profesor que tenía su base en Zürich y que dirigía una importante editorial. Ruge y Fröbel acordaron poner el dinero para editar el periódico, del que Marx sería coeditor con un salario comparable al que ganaba en Colonia, más unos derechos que podían llegar al cincuenta por ciento de dicha cantidad. Marx aceptó el trato y dijo que empezaría a preparar artículos en Kreuznach para disponer de un fondo.⁷ Curiosamente, en una carta a Ruge acerca de este acuerdo, Marx insertaba una nota personal que no venía nada a cuento.

Puedo asegurarte, sin el menor romanticismo, que estoy perdidamente enamorado y de la forma más seria. Hace más de siete años que estoy comprometido, y por mi culpa mi prometida se ha visto enzarzada en las más violentas batallas, que casi han malogrado su salud, en parte en contra de sus parientes aristócratas y pietistas, para quienes el “Señor del cielo” y el “señor de Berlín” son objetos de culto religioso, y en parte en contra de mi propia familia, en la que se han instalado unos cuantos curas y otros enemigos míos.⁸

Marx citaba la existencia de “unos conflictos innecesarios y agotadores” con ambas familias y daba a entender que él y Jenny habían tratado activamente de casarse desde que se habían comprometido en 1836. Pero la verdad es que sus planes los había dificultado una sola persona: el propio Marx. Aparentemente había considerado necesario hacer su viaje intelectual por Bonn, Berlín y Alemania él solo, por mucho que le costase emocionalmente a Jenny este aplazamiento, o por mucho que pusiese su compromiso en peligro. Sorprendentemente, ella nunca pareció perder la paciencia con él. Si bien sus cartas estaban llenas de expresiones de ansiedad, también rebosaban de amor por su *Karlchen*. En vísperas de su enlace, manifestó estar preparada para acompañarle a todas partes. “Te precedo y te sigo. Ojalá pudiese nivelar y aplanar todos tus caminos, y eliminar de ellos todo lo que pueda constituir un obstáculo para ti”.⁹ El filósofo romántico alemán Johann Gottlieb Fichte decía que una persona

solo reconocía a su verdadero yo cuando este yo –el “Yo”– hacía impacto en algo o en alguien. Marx y Jenny descubrieron su verdadero yo a través del yo del otro.¹⁰ Su compromiso concluyó el 19 de junio de 1843 cuando se casaron en la iglesia protestante de Kreuznach. Ningún miembro de la familia de Marx acudió a la boda. Los únicos miembros de la familia por parte de Jenny fueron su madre y su hermano Edgar. Marx tenía veinticinco años y Jenny veintinueve.¹¹

Como regalo de boda Carolina von Westphalen le dio a su hija una mantelería de lino y una vajilla con cubertería de plata centenaria y sumamente valiosa, todo ello con el emblema de la familia Argyll, y proporcionó también a la joven pareja el dinero para una luna de miel en Suiza.¹² Antes de la boda Jenny había sido la viva imagen del ahorro, y había instruido a Marx que no comprase nada, ni siquiera flores para su vestido de novia, para no gastar dinero.¹³ Pero después, en la euforia de los primeros días como marido y mujer, adoptó la actitud de Marx y vio sin lamentarse cómo se evaporaba el poco dinero que les quedaba. A su regreso de un balneario suizo en Rheinphalz, muy popular entre los recién casados, Jenny y Karl hicieron el viaje en carruaje parando en varias posadas y permitiendo que los amigos pediguños que les visitaban en ellas se sirviesen libremente de su dinero, dinero que guardaban en una caja de caudales sin cerrar que dejaban encima de una mesa. Cuando llegaron a Kreuznach la caja estaba vacía.¹⁴ Fue un acto de liberación contraproducente que parecía sacado directamente de un manual de estrategia romántico. El propio Percy Bysshe Shelley les hubiese dado su aprobación.

Para la altruista pareja aquella pérdida monetaria fue absolutamente irrelevante. Los baúles de Marx contenían algo mucho más valioso a su modo de ver: cuarenta y cinco volúmenes que pensaban estudiar durante su luna de miel, entre ellos obras de Hegel, Rousseau, Maquiavelo y Chateaubriand.¹⁵ Con la sosegada tranquilidad que le daba el amor de Jenny, Marx pensaba examinar no solo aquellos textos, sino también las lecciones prácticas, políticas y económicas que había aprendido en Colonia. El Karl Marx que alcanzaría la excelencia histórica apareció con su durante tanto tiempo esperado matrimonio con Jenny. Sus votos habían sido una afirmación mutua de fe; su matrimonio sería el cultivo mutuo de la llama de su amor. El amor de Jenny lo capacitó. Los estudios y reflexiones que hizo durante su luna de miel produjeron dos de sus más famosas declaraciones: la religión es el opio del pueblo y el corazón de la emancipación de la humanidad es el proletariado.¹⁶

La pareja permaneció en Kreuznach hasta octubre, haciendo el amor rodeados

de libros, en una ciudad en la que no tenían más obligaciones que las mutuas. En julio Jenny estaba embarazada y Marx estaba abordando algunos de los problemas más difíciles que había encontrado nunca.¹⁷

Hasta ese momento, Hegel había sido la influencia individual más importante en la forma de pensar de Marx, y en cierto modo continuó siéndolo incluso después de que Marx le rechazase por centrarse en las ideas y no (según él lo veía) en el mundo real. Sin embargo, el andamiaje permaneció en pie: la dialéctica de Hegel se convirtió en la dialéctica de Marx cuando este transformó las palabras de Hegel de argumentos intelectuales en acciones políticas. El enfoque revisionista de Marx se debió en una medida importante a la influencia de Ludwig Feuerbach.¹⁸ Feuerbach era amigo de Marx y Bruno Bauer, y en 1841 publicó un libro llamado *La esencia del cristianismo*, en el que afirmaba que Dios era una creación del hombre, que había reunido todas las virtudes de la humanidad y las había proyectado en la imagen de una deidad para venerarla. Feuerbach sostenía que de este modo el hombre se había alienado de lo mejor que había en su naturaleza, cediendo esencialmente sus buenas cualidades a algo o alguien diferente y quedándose él mismo como un ser débil e indigno. Más tarde, en 1843, Feuerbach publicó una serie de ensayos en los que sostenía que los pensadores anteriores, particularmente Hegel, se equivocaban al describir el pensamiento –y la religión– como algo que se origina en algún lugar fuera del hombre y que cae sobre él como un rayo, cuando en realidad es el hombre el que genera el pensamiento, y el que, a través de su pensamiento, ha creado a Dios y a la filosofía.¹⁹

Marx aplicó esta forma de pensar a la idea que tenía Hegel del estado y descubrió que Hegel había descrito un sistema en el que el estado funcionaba separado del hombre imponiéndole a este su sentido del orden. Pero Marx sostenía que el estado *era* el hombre –la sociedad de los hombres– y que el hombre tenía que ser el autor de sus propias leyes –una constitución– que sería el contrato bajo el cual operase el estado.²⁰

A continuación Marx analizó la religión. Feuerbach había dicho que la religión era el vehículo que había construido el hombre para transportar sus buenas cualidades. Pero Marx observó a la religión y vio en ella el reflejo del sufrimiento humano. Dijo que la religión había sido creada por el hombre y que la utilizaba como una droga para mitigar su dolor en un mundo que se sentía impotente para cambiar. “La religión es el suspiro de la criatura oprimida, el sentimiento de un mundo sin corazón y el alma de unas circunstancias desalmadas”, escribió. “Es el opio del pueblo”.²¹

Intentando resituar al hombre en su verdadero lugar en el centro de su uni-

verso, Marx inició lo que calificaba de “crítica audaz de todo lo que existe, audaz en el sentido de una crítica que no teme ni sus propias consecuencias ni entrar en conflicto con los poderes existentes”. Le dijo a Ruge que esto era lo que tenían que hacer en su periódico. Y Ruge y Fröbel le dijeron que un periódico como el que Marx tenía en mente solo podía publicarse en una ciudad.

En París.²²

Segunda Parte

La familia fugitiva

París, 1843

No estamos, pues, presentando al mundo, de una manera doctrinaria, una nueva serie de principios y diciendo: esta es la verdad, ¡arrojados ante ella! Estamos desarrollando una serie de principios para el mundo a partir de los viejos principios del mundo.

Karl Marx¹

A LO LARGO DE LA HISTORIA ha habido momentos en los que París era el centro del universo creativo, y 1843 fue uno de estos momentos. Todo el mundo con una importancia real o imaginada estaba allí, y todo el mundo estaba politizado. Reformadores franceses, alemanes, rusos, polacos, húngaros e italianos se mezclaban con pintores, poetas, novelistas, compositores y filósofos que habían empezado a celebrar lo real en vez de lo ideal en sus trabajos.² Aristócratas de apellido rimbombante se codeaban con revolucionarios de pasado accidentado en lujosos salones o en sociedades secretas donde se tramaban complots para convertir reinos en naciones. Refugiados políticos se dejaban ver en los aterciopelados taburetes de las cafeterías de la *rive droite*, donde eran agasajados como príncipes. Soldados condecorados que cambiaban la vida militar por la vida civil entre la oposición eran felicitados por su audacia, aunque el abandono de sus uniformes de gala era muy lamentado por las mujeres. Este era el París de Luis Felipe, una ciudad que atraía como un imán a radicales de todas las capas sociales de Europa.

Durante la Revolución Francesa, un Luis Felipe de tan solo dieciocho años había intentado derrocar al rey y luego había viajado mucho por Inglaterra y por la igualitaria frontera que eran los Estados Unidos. Se vio expuesto de este modo a las ideas políticas más avanzadas, y a los cincuenta y cuatro años no se sentía totalmente desconcertado por una bulliciosa oposición, en la medida en que esta no interfiriese en su pasión por los negocios. Había aprendido de los errores de su derrocado predecesor y sabía que un cierto grado de liberalidad era necesario no solo para su propia supervivencia en el trono, sino para que los nego-

cios prosperasen y pudiesen rellenar las arcas del estado. En consecuencia, París era una ciudad famosa por su riqueza y su exuberancia. Un vestido de moda que hacía furor había sido confeccionado con 200 metros de encaje de Chantilly y de cachemir de la India, y costaba 10.000 francos, diez veces los ingresos anuales de una familia trabajadora.³ Pero París también era el hogar de muchos profetas radicales de izquierdas (algunos de los cuales iban acompañados por mujeres que se vestían en esos mismos centros de la alta costura), que trataban de acabar con tales excesos. En palabras de Friedrich Engels, París era simplemente el lugar donde “la civilización europea había alcanzado su máximo esplendor”.⁴

Jenny y Marx llegaron a la ciudad tras un largo viaje en un coche de caballos y se encontraron en medio de ese carnaval. Habían ido a París porque era una ciudad libre –porque en ella los escritores podían decir lo que querían sin temor a ser censurados– pero se quedaron sorprendidos del aspecto que tenía la libertad. En Prusia había sido un mero concepto para ellos, un artículo de fe y no una experiencia real. Ahora podían verla en el ajetreo de la burguesía que recogía el reto del gobierno a “hacerse ricos”, y oírla en el voluble, público e indisimulado debate de ismos –liberalismo, socialismo, comunismo, nacionalismo–, una exclamatoria ventisca que soplabla en la misma ciudad en la que estos movimientos habían nacido.⁵ Ni Karl ni Jenny habían estado nunca tan lejos de casa, en un lugar tan radicalmente extranjero. Y sin embargo ambos estuvieron de acuerdo en una cosa: París era la ciudad a la que pertenecían.

Casi inmediatamente se sumergieron en la vida parisina. Jenny era muy aficionada al teatro y, como su madre, adoraba a las multitudes y le encantaba la ópera bufa que se interpretaba en las arboladas avenidas de la capital francesa, donde los hombres iban vestidos con pantalones ajustados y chaquetas tan texturadas y coloristas como las más suntuosas galas femeninas, y donde las mujeres, ataviadas de la cabeza a los pies con los vestidos más extravagantes, diseñados para captar la atención, fingían ignorarla tan pronto como lo lograban. En las calles tenía lugar un constante –y para un observador como Jenny, cómico– cortejo ritual; era como si las clases superiores no tuviesen nada mejor en que pensar que en el amor. Y sin embargo, en las calles por las que pasaban, e incluso sirviéndoles en sus propias casas, estaban los hombres y mujeres que un día provocarían su caída. Aquellas gentes eran muy pobres y estaban cargadas de odio, pero la amenaza que representaban pasaba inadvertida a las clases altas, tan seguras estaban estas en su falsa idea de que la sociedad estaría siempre bajo su control.

Tras observar cómo su juventud se evaporaba año tras año de manera deprimente esperando a Karl en casa de sus padres en Tréveris, Jenny estaba finalmen-

te viviendo la vida que había soñado vivir, y con la promesa de unos ingresos procedentes del periódico en el que iba a trabajar Marx, el futuro parecía aún más esplendoroso. Karl tenía ideas para libros que quería escribir, y ella se encargaría de transcribirlas; estaba esperando un hijo e iban a tenerlo juntos en París, donde la revolución era algo romántico y donde incluso sus soldados de a pie tenían estilo. La hija de Renania inhalaba el aire cargado de posibilidades de la gran metrópolis y se sentía embriagada.

Poco después de la llegada de la pareja a París, Ruge había entrado en la ciudad en un carruaje especialmente preparado para ello con su esposa, sus hijos y una gran pierna de ternera. Era rico gracias a su matrimonio, pero muy agarrado con su dinero, y propuso a los Marx que ahorrasen viviendo de manera comunitaria con otra pareja, la formada por el poeta Georg Herwegh y su esposa Emma. Ruge era un tipo algo recatado y moralmente conservador, había alquilado dos pisos en un modesto edificio de apartamentos en la *rue Vaneau*, entre el Sena y el *boulevard Saint Germain*. Los tres hombres iban a trabajar en la *Deutsche-Französische Jahrbücher*, que tenía las oficinas al otro lado de la calle, y Ruge propuso que las mujeres compartiesen las tareas domésticas.⁶

La idea les pareció inicialmente bien a Jenny y a Marx, porque de ese modo podrían vivir con otros alemanes en un entorno familiar en una ciudad nueva y para ellos extraña. Pero el plan pronto se vino abajo. Años más tarde, Marcel, el hijo de los Herwegh, diría que su madre se había hecho inmediatamente cargo de la situación y que había previsto los problemas que tendrían: ¿cómo podía Frau Ruge, “una hermosa mujercita sajona, entenderse con la muy inteligente y aún más ambiciosa Frau Marx, cuyos conocimientos eran muy superiores a los suyos?” Los Herwegh, intuyendo la posibilidad de que se produjesen conflictos domésticos, declinaron inmediatamente la propuesta de Ruge,⁷ mientras que Karl y Jenny vivieron con los Ruge durante solo dos semanas, antes de trasladarse un poco más arriba, en la misma calle, a un edificio más elegante en el que pudieron empezar solos su vida de casados.

El Dr. Karl Marx y su esposa se mezclaron rápidamente con los círculos de parisinos radicales y demócratas en los que, por primera vez, eran presentados en sociedad como una pareja casada. Marx estaba orgulloso de Jenny; orgulloso de su belleza, que destacaba incluso entre las mujeres parisinas, famosas en este sentido, pero también de su inteligencia. Desde los primeros días de su matrimonio, consideró a Jenny como su igual intelectual, y no por razones sentimentales: Marx era implacable en lo relativo a los asuntos intelectuales y no se hubiese fiado del juicio de Jenny de no creer que ella era efectivamente una mujer bri-

llante.⁸ De hecho, durante toda su vida Marx solo tuvo a otra persona en una posición similar de estima y confianza, y esta persona fue su *alter ego* y colaborador Friedrich Engels. Pero si Engels entendía y apoyaba a Marx intelectualmente, Jenny también le humanizaba.

En privado Marx era cálido, afectuoso y amable, y era generalmente descrito como un compañero excelente cuando no estaba acosado por las noches de insomnio o aquejado de alguna enfermedad, en ambos casos debido a la angustia que le provocaba su trabajo. En público, sin embargo, se mostraba con frecuencia duramente discutiendo, intelectualmente arrogante, y muy impaciente con cualquiera que le llevase la contraria. Sus frecuentes borracheras en compañía de colegas durante los años que pasó en Bonn, Berlín y Colonia a menudo desembocaron en peleas verbales, si no físicas. No tenía tiempo para las formalidades sociales: pese a estar tan conceptualmente fascinado por la alienación del hombre, Marx se indisponía rutinariamente con casi todo el mundo. Y si las discusiones en cierto modo le tonificaban, también le distraían. Cuando era más feliz era cuando estaba enfrascado en sus libros (a los que llamaba “mis esclavos”). Marx era un hombre introvertido que, pese a sus esfuerzos por evitarlo, atraía seguidores debido a que emanaba confianza en sí mismo y capacidad de liderazgo. El acaudalado liberal ruso Pavel Annenkov decía de Marx que era “la personificación misma del dictador democrático” que infundía respeto pese a su torpeza social y a su cochambroso aspecto exterior.

Jenny, en cambio, era una experta en la vida social. A su manera tranquila y refinada, se ganaba a los que podían haberse sentido intimidados por aquel esposo algo extraño que tenía. Cogido de su brazo, y solo allí, el Marx público se parecía mucho al Marx privado: relajado, gracioso, en ocasiones hasta frívolo. Aquel hombre cerebralmente salvaje parecía positivamente dócil cuando su esposa estaba cerca.

Jenny tenía veintinueve años y Marx veinticinco cuando llegaron a París. La reputación de Marx como escritor desde su época en Colonia era conocida entre los emigrantes alemanes, pero era una lumbrera relativamente menor dentro de este grupo; París era un refugio para los hijos de algunos de los más famosos exiliados políticos y literarios. Herwegh era uno de los más famosos. Meses antes, el rey Federico Guillermo IV le había llamado para tener una entrevista personal con él después de que su último libro fuese prohibido por razones políticas. El rey trató de convencer a Herwegh de que colaborase con él en la creación de un renacimiento cultural en Prusia. Pero el poeta le dijo que había nacido republicano y que no podía servir a la corona. Herwegh fue entonces expulsado de Prusia, Sajonia y Suiza, y finalmente se dirigió a París.¹⁰ Como era de esperar, su

fama se incrementó con cada expulsión. Por el camino se casó con la hija de un acaudalado comerciante de seda de Berlín (el padrino en su boda fue el futuro anarquista Mijaíl Bakunin) y soñaba con convertirse en la voz poética de la nueva Alemania.¹¹

Igual que Marx, Herwegh fue contratado para escribir en el periódico de Ruge. Los dos se hicieron buenos amigos y las dos parejas, ambas relativamente recién casadas, empezaron a alternar. Pero pronto llegó a conocimiento de los Marx que su talentoso y extraordinariamente guapo amigo era famoso en toda la ciudad por ser un manirroto y por sus aventuras amorosas. La amante actual de Herwegh era la condesa de Agoult, que escribía con el seudónimo de Daniel Stern y que había tenido tres hijos con su anterior amante, el compositor húngaro Franz Liszt. La condesa mantenía uno de los mejores salones de París. Entre sus amigos íntimos estaban George Sand, Chopin, Ingres y Victor Hugo.¹²

En el siglo XIX, la línea que separaba a artistas como estos de los políticos radicales como Marx era muy tenue. Los artistas habían perdido en gran parte el favor de los ricos patronos que previamente les habían pagado por sus poemas y canciones.¹³ Ahora, los “trabajadores intelectuales”, como les llamaba Marx, podían morir de hambre igual que los trabajadores manuales. Enfrentados al enorme abismo de la penuria, muchos de aquellos genios románticos alienados se politizaron. Un escritor decía que los artistas eran casi en su totalidad partidistas y que se consideraban a sí mismos y a sus obras fundamentalmente como instrumentos políticos.¹⁴ Atrapados en aquel universo mundano de creatividad, Marx y Jenny parecían haberse tomado con normalidad las indiscreciones de Herwegh, algo que especialmente Jenny no habría estado dispuesta a hacer en la intolerante Alemania. En cualquier caso, durante toda su vida, Marx siempre consideró que los poetas pertenecían a un nivel social diferente. Su hermana Eleanor decía que Marx calificaba a los poetas de “tipos raros a los que hay que dejar que sigan su camino; no hay que medirlos con el mismo rasero que a los hombres ordinarios o incluso que a los extraordinarios”.¹⁵

Más o menos por la época en que Marx conoció a Herwegh, un médico alemán le presentó a Heinrich Heine. Heine vivía exiliado en París desde que Marx era un muchacho, pero siempre había sido una presencia en la vida de Marx, no solo como ídolo poético sino como pariente lejano por parte de madre. Aunque Heine era veinte años mayor que Marx y, como él, tenía más tendencia a hacer enemigos que amigos, los dos establecieron inmediatamente un vínculo afectivo. Heine decía que necesitaban “muy pocos signos para entenderse el uno al otro”.¹⁶

Heine había sido un joven muy guapo —la impresión general que producía

era de tersura, desde sus hermosos ojos a su pelo largo y levemente ondulado—, pero cuando Marx y Jenny lo conocieron era un personaje trágico. Le habían diagnosticado un tipo de parálisis que en 1843 le afectaba el lado izquierdo de la cara y tenía miedo de volverse ciego. Acababa de casarse con su amada Mathilde (una francesa analfabeta quince años más joven que él y que no sabía que era famoso), en vísperas de un duelo que esperaba perder. (No lo perdió.)¹⁷

Pero el hecho de que Heine pareciese estar al borde de la muerte no hacía más que alimentar sus dotes poéticas. Descrito por uno de sus críticos como “un monstruoso egotista”, de hecho era tan inseguro que lloraba en presencia de Marx cuando leía una reseña negativa. (En tales casos Marx lo encomendaba a Jenny, que echaba mano de su ingenio y de su amabilidad para tranquilizar al atribulado escritor y restablecer su confianza.) Heine pasó a formar parte de la familia Marx y unos y otros se visitaban casi a diario en sus respectivos apartamentos.¹⁸ La relación de Marx con Heine fue una de las más importantes que tuvo en París; la relación politizó al poeta y ayudó a Marx a madurar como artista y como hombre. Marx, sin embargo, odiaba a Mathilde y a sus amigos, y sospechaba que eran chulos y prostitutas que se aprovechaban de un Heine debilitado.¹⁹

* * *

Estaba previsto que el periódico de Ruge, que tenía que ser una revista mensual escrita en francés y en alemán, empezase a publicarse en noviembre de 1843, pero tuvo problemas de financiación y también con los colaboradores: Ruge no había sido capaz de atraer ni a un solo francés. De hecho, el único no alemán que pudo vincular a su empresa fue al ruso Bakunin, que entonces estaba también en París. Ruge encomendó a Marx que tratase de encontrar escritores franceses y se preguntó si también tenían que “seducir” a las autoras femeninas George Sand y Flora Tristán. Marx conocía a ambas, pero no sabemos si les propuso escribir para el *Jahrbücher*. Finalmente, ni ellas ni ningún otro escritor francés aparecieron en el periódico. Aunque los alemanes consumían ávidamente filosofía francesa, los franceses parecían reticentes a ser relacionados con las ideas alemanas; los alemanes, según los franceses, estaban lidiando con unos problemas que ellos mismos habían superado en 1789.²⁰

A consecuencia de toda esta tensión, Ruge enfermó y se volvió irritable, y la publicación del periódico se postergó hasta febrero de 1844. Cuando finalmente apareció, bajo la dirección editorial de Marx, era gruesa como un libro y contenía poemas de Herwegh y de Heine; un intercambio de cartas críticas con

Alemania entre Ruge, Marx, Feuerbach y Bakunin; ensayos de Bakunin, de Moses Hess y de un antiguo editor expulsado de Baviera llamado F.C. Bernays; y dos artículos escritos conjuntamente por Marx y un joven alemán de Inglaterra llamado Engels. Se imprimieron mil ejemplares.

A Ruge, que por naturaleza era un demócrata moderado, no le gustó la dirección radical que Marx había dado al *Jahrbücher* y lo que él consideraba el estilo poco pulido de Marx como redactor.²¹ (Ruge fue solo el primero de los muchos que criticarían el uso que hacía Marx de los párrafos de varias páginas de longitud, las alusiones literarias oscuras, los argumentos intrincados, y la aparente falta de consideración por si el lector entendía lo que él estaba tratando de decir.) Jenny recordaba que la revista con la que contaban para asegurar su futuro, “se fue al traste después del primer número”.²²

La revista no encontró lectores en París y fue bloqueada en la frontera alemana. Ruge y Fröbel dejaron de financiarla y los temores de Jenny de que no permitiesen a su esposo regresar a casa se hicieron realidad; los gobernadores prusianos recibieron instrucciones para detener a Marx, Ruge, Heine y Bernay en cuanto tratasen de poner pie en suelo prusiano; la acusación contra ellos era por alta traición.²³

Entre los artículos que los prusianos encontraron ofensivos había dos que Marx había empezado a escribir durante su luna de miel. Uno era una crítica de Hegel y el otro se titulaba “Sobre la cuestión judía”. Ambos incorporaban las lecciones aprendidas durante sus años en Berlín y Colonia, y también ponían de manifiesto una nueva influencia francesa, especialmente su discusión del hasta entonces apenas reconocido proletariado. Derivado de la palabra latina *proletarius*, cuyo significado era ‘la clase inferior’ o ‘los que carecen de propiedad,’ el término lo utilizaba Marx para referirse a las víctimas del cambio social. No eran personas que hubiesen sido históricamente pobres; los proletarios del siglo XIX habían sido capaces de sostenerse a sí mismos, pero se habían convertido en las víctimas de los denominados avances económicos e industriales que, entre otras cosas, habían sustituido a los hombres por las máquinas o por el trabajo más barato de mujeres y niños, y que habían rebajado sus salarios reduciéndoles las horas de trabajo o incrementándolas sin aumentarles la paga.²⁴ En su crítica de Hegel, Marx postulaba que la teoría por sí sola no puede crear una revolución, pero el proletariado, habilitado por la fuerza bruta nacida de la injusticia y armada con el arma intelectual de la filosofía, sí que podía hacerlo.²⁵ “La cabeza de esta emancipación es la *filosofía*”, decía, “y su *corazón* es el *proletariado*”.²⁶

Al abordar la “cuestión judía”, Marx contemplaba la religión no como una cuestión teológica sino como una cuestión política y social. En la Alemania de

comienzos del siglo XIX los judíos se dedicaban básicamente al comercio mercantil y financiero, las áreas no explicitadas pero autorizadas por el estado que habían contribuido a determinar cómo eran vistos los judíos por la sociedad y cómo se veían a sí mismos. Desde 1816, cuando el propio padre de Marx se había visto obligado a elegir entre seguir siendo judío o entrar en la sociedad como cristiano, los judíos de Prusia ya no gozaban de los mismos derechos que los no judíos. Pero a comienzos de la década de 1840, los derechos y el papel de los judíos en la sociedad estaban siendo examinados de nuevo.

En su tratado Marx consideraba cómo era utilizada la religión en los asuntos del día a día en Alemania, tanto la presencia del cristianismo en el ámbito político como la preponderancia judía en el mercado, y qué significado tenía la libertad religiosa en términos no teológicos. Sostenía que, en el caso de los judíos, su principal actividad, las finanzas, se habían vuelto una parte esencial en la existencia misma del estado, y concluía que liberar a los judíos de los límites de esta actividad comercial (que según él se había convertido en la esencia del judaísmo), privando por ello al estado de este beneficio, precipitaría la revolución social alemana que buscaba. El estado no podía sostenerse si uno de sus pilares —en este caso las finanzas— se derrumbaba; el gobierno despreciado por Marx y sus amigos se hundiría.²⁷

Los dos artículos de Marx en el *Jahrbücher* abordaban temas enteramente diferentes, pero ambos relativos al futuro de la Confederación Alemana, y ambos terminaban con su disolución. Con ellos, Marx había ido mucho más allá de lo que nunca había escrito cuando competía discretamente con los censores en Colonia. En París, las restricciones sobre sus escritos habían sido levantadas, y a través de su prisma francés la tendencia de su escritura se inclinó hacia la revolución.

Cuando el *Jahrbücher* dejó de publicarse, Jenny estaba embarazada de siete meses y la situación financiera de la pareja era precaria. La relación entre Marx y Ruge se había deteriorado a causa del tono político de la revista, y también discutieron por culpa de Herwegh. Ruge estaba indignado por el comportamiento de Herwegh. Le consideraba un *lump*, un granuja, y decía de él que “había sucumbido a los placeres de París, las tiendas, los carruajes, las hermosas casas de la gente rica, los puestos de flores, las chicas”. Decía sentirse horrorizado por la relación de Herwegh con la condesa d’Agoult, y le acusaba de ser licencioso y holgazán. Marx le escuchó durante una de sus diatribas y se fue sin decir nada, pero una vez en casa escribió una carta en la que defendía furiosamente el carácter de Herwegh y en la que calificaba a Ruge de filisteo estrecho de miras.²⁸ El

verdadero motivo de su acritud, sin embargo, puede que fuese el dinero. Ruge se negaba a pagar a Marx el salario que le había prometido y en lugar de dinero le ofrecía ejemplares de la revista, que aparentemente no valían nada. La negativa de Ruge era irritante no solo porque Marx no tenía ninguna otra fuente de ingresos, sino también porque sabía que Ruge acababa de ganar mucho dinero con unas acciones del ferrocarril.²⁹

De todos modos, antes de que la situación de Jenny y Karl se volviese apurada, Georg Jung y los ex accionistas de la *Rheinische Zeitung* en Colonia le mandaron el doble de la cantidad que Marx hubiera ganado como coeditor del *Jahrbücher*, una muestra de afecto, decían, por el trabajo que Marx había hecho por ellos.³⁰ Este regalo caído del cielo irritó a Ruge e hizo que se quejara a Fröbel de que Marx y Jenny se habían vuelto unos despilfarradores. “Su mujer le regaló por su cumpleaños una clase de equitación que cuesta 100 francos, y el pobre diablo ni tiene caballo ni sabe montar. Todo lo que ve lo quiere ‘tener’: un carruaje, ropas caras... la luna”.³¹ Una carta posterior de Ruge quejándose de otra de las manías de su colega parecía acercarse más a la diana. Describía a Marx como cínico y groseramente arrogante: “una personalidad peculiar, perfecto como estudioso y escritor, pero completamente ruinoso como periodista. Lee mucho; trabaja con una intensidad poco habitual... pero no acaba nada, deja lo que estaba haciendo para sumergirse una y otra vez en un océano infinito de libros”.³² La ruptura que se produjo entonces entre los dos hombres fue amarga y definitiva. Después de esto, Marx ya no escatimaría insultos al hablar de Ruge. “Es un ignorante huraño e intratable”, fue uno de los más breves y menos ofensivos que utilizó.³³

El primer hijo de Karl y Jenny nació el primero de mayo de 1844. Le pusieron de nombre Jennychen [la pequeña Jenny], por su madre, pero tenía los ojos y el cabello negro de su padre.³⁴ Ni Jenny ni Marx tenían la menor experiencia sobre cómo tratar a los niños. Jenny había crecido en una casa llena de criados en la que los niños eran puestos en manos de una niñera en cuanto nacían. Y Marx estaban tan desconectado de su familia que durante mucho tiempo se había comportado como si fuera hijo único, pese a tener siete hermanos. Sus amigos bohemios parisinos, que se levantaban a las 5 de la tarde y se quedaban hasta las 5 de la madrugada en las cafeterías, salones y restaurantes, tampoco eran de ninguna ayuda en este sentido, de modo que Jenny y Marx hicieron lo que pudieron con Jennychen hasta que, en un momento dado, el bebé pareció estar gravemente enfermo.

En este caso la ayuda llegó de una fuente improbable: Heinrich Heine. El

poeta, que entonces tenía cuarenta y seis años y estaba todavía aquejado de parálisis parcial, y que nunca había tenido hijos, subió las escaleras del apartamento de los Marx y se encontró a los jóvenes padres muy nerviosos porque la niña estaba teniendo convulsiones. Heine se hizo cargo de la situación, pidió que le trajeran agua caliente y le dio un buen baño a la niña.³⁵ Jennychen se recuperó, pero sus traumatizados padres no: decidieron que Jenny llevase a la niña a Tréveris, donde su madre podía ayudar a Jennychen a superar sus peligrosos primeros meses de vida.

A primeros de junio, vistiendo un abrigo de terciopelo y un sombrero de plumas, y con la niña en brazos, Jenny tomó un carruaje a regañadientes y se dirigió a Renania, dejando a Karl solo en París. Durante el viaje de madre e hija hacia el este, Jenny dio vueltas, preocupada, a su situación. No llevaban casados ni un año y temía que Karl cayese víctima de “la amenaza real de la infidelidad, y de las seducciones y los atractivos de una gran capital”.³⁶ Jenny sabía que París era un lugar en donde los deseos, una vez expresados, eran fácilmente satisfechos.

No tenía por qué preocuparse. Durante su ausencia, Marx estuvo efectivamente muy ocupado, pero no con otras mujeres. Mientras Jenny estuvo fuera, Karl descendió al mundo subterráneo de las sociedades secretas, y empezó su primera exploración de la economía.

París, 1844

Cinco hombres escuchaban y no entendían nada, y otros cinco no entendían nada y no dejaban de hablar.

Alexander Herzen¹

QUEDARSE SIN TRABAJO tuvo un efecto liberador para Marx; significaba que podía volver a la escuela. Sus aulas fueron las cafeterías y las bodegas, y los pequeños despachos abarrotados de hombres que apenas podían verse entre sí a causa del espeso humo de sus cigarros. No se daba clase en ellas, solo se discutía. Eran reuniones bulliciosas que atraían la curiosidad de los transeúntes, que observaban a unos hombres de muchas nacionalidades diferentes hablando a gritos en idiomas que no entendían y clamando a voz en cuello los méritos relativos del socialismo, el comunismo, el nacionalismo, el liberalismo y la democracia, y discutiendo si había que tomar el gobierno por la fuerza y reconstruirlo sobre sus ruinas, o si había que hacer un llamamiento a las clases dirigentes para advertirles de que un cambio social fundamental era inminente —¡eso podía verlo cualquiera!— y que las monarquías tendrían que adaptarse a las nuevas circunstancias. Unos exponían sus argumentos a favor de incrementar el poder político de la burguesía y de los empresarios, que consideraban esperanzadores para toda la humanidad los progresos que habían acelerado la producción, reducido el coste de los productos básicos y abierto nuevos mercados. Otras voces, sin embargo, pedían cautela, afirmando que estos mismos progresos representaban una amenaza para las masas potencialmente mayor que los reyes a los que la burguesía quería reducir a la impotencia. Sostenían que a los empresarios solo les movía la codicia y que estarían dispuestos a sacrificar a toda una generación de trabajadores en su búsqueda de una mayor riqueza.

Todos los lados del debate veían la necesidad de nuevas formas de gobierno en Europa; la naturaleza de la sociedad había cambiado. Los monarcas absolutos, con sus obsequiosos cortesanos, y los déspotas, con sus sanguinarios secua-

ces, parecían personajes imaginarios de otra época, y sin embargo aún tenían el poder de impedir el progreso económico y social. Sí, en esto estaban de acuerdo todos los miembros del círculo de Marx: los monarcas tenían que desaparecer. No podían estar de acuerdo, sin embargo, con qué —y cómo— había que reemplazarlos.²

En marzo, antes de que Jenny partiese hacia Tréveris, Marx había asistido a un banquete donde se discutieron estos temas. En torno a la mesa se sentaban varios hombres que participarían en casi todos los dramas revolucionarios que iban a tener lugar en Europa en los próximos treinta años. Sus ideas eran distintas y representaban diversos grados de sofisticación, pero sus personalidades estaban ya bien formadas y eran singulares.³ Dos de ellos serían particularmente importantes para Marx: Mijaíl Bakunin y Louis Blanc.

Bakunin era el hijo de un conde ruso con una gran propiedad que incluía quinientos siervos. Su madre pertenecía a una de las familias más famosas del país, los Muraviev, algunos de cuyos miembros habían sido colgados en 1825 por su participación en un levantamiento contra el zar. Bakunin se había alistado en el ejército, pero había desertado a los veintiún años, y finalmente había aterrizado en Berlín en 1840, donde se unió al círculo ruso de Jóvenes Hegelianos en el que también estaba su buen amigo el novelista Iván Turgueniev⁴ (que acuñó el término ‘nihilismo’). Alto y desgarbado, Bakunin llevaba una sucia gorra de estudiante sobre una espesa mata de pelo de color negro igual de sucia. Era un hombre de acción con una impresionante presencia física, violento en sus apetitos y ansioso por meterse en cualquier pelea para defender sus ideas o a sus amigos. Se mostraba curiosamente distante, sin embargo, respecto a las mujeres (se decía incluso que era impotente), pero eso no parecía reducir su atractivo: de un país al siguiente, las mujeres de todas las clases quedaban boquiabiertas en su presencia.⁶

Cuando Bakunin llegó a París había adquirido ya fama de revolucionario; creía que serlo era más una cuestión de instinto que de pensamiento.⁷ Era cuatro años mayor que Marx, pero según propia confesión menos intelectualmente preparado que él cuando finalmente se conocieron. Desde el primer momento sus relaciones fueron tirantes. En palabras de un escritor: “Entre el aristócrata ruso y el hijo del abogado judío había no solo un choque de temperamentos, sino una falta absoluta de cualquier base común de tradición y de ideas”.⁸ Décadas más tarde, refiriéndose al tiempo en que ambos estaban en París, Bakunin escribió: “Nos veíamos bastante a menudo, pues yo le respetaba mucho por su erudición y su apasionada y seria dedicación —aunque esta era inseparable de la vanidad personal— a la causa del proletariado, y buscaba afanosamente su con-

versación, que siempre era instructiva e ingeniosa, cuando no estaba inspirada por un odio mezquino, lo que, por desgracia, era a menudo el caso. Sin embargo, nunca hubo verdadera intimidad entre ambos; nuestros temperamentos no lo permitían. Él me consideraba un idealista sentimental, y estaba en lo cierto; yo le consideraba vanidoso, pérfido y taimado, y también estaba en lo cierto”.⁹

Louis Blanc, que en 1844 tenía treinta y tres años, era uno de los socialistas más famosos de Francia, especialmente entre los trabajadores más ilustrados del país. Física e intelectualmente, era lo contrario de Bakunin. Del tamaño de un niño de ocho años, Blanc era físicamente insignificante, pero tenía una veta autoritaria y un intelecto que le propulsaron al liderazgo del movimiento.¹⁰ En 1840 publicó dos libros, *La organización del trabajo*, que propugnaba el control obrero de un estado democrático, e *Historia de diez años*, una crítica del reinado de Luis Felipe. En 1843 fue uno de los fundadores de un importante periódico de la oposición, *La Reforme*, que propugnaba la abolición de la monarquía a favor de una república, el sufragio universal, el empleo garantizado y la protección del trabajador.¹¹ Blanc, como Bakunin, se cruzaría muchas veces en el camino de Marx a lo largo de los años, y, como en el caso de Bakunin, la mayor parte de sus encuentros serían de confrontación.

En el momento en que aquellos hombres asistieron al banquete no existía ninguna organización internacional bajo cuyos auspicios pudieran reunirse, en parte debido a que los problemas a los que se enfrentaban eran propios de cada país, y en parte porque los grupos de oposición como tales apenas existían fuera de la mente de sus autodeclarados líderes. Gradualmente, sin embargo, en el crisol de ideas que era París, aquellos que estaban a la vanguardia de las nuevas ideologías empezaron a trascender las barreras de idiomas y costumbres para hablar de problemas y preocupaciones comunes. Varias de las corrientes dominantes —el liberalismo, el radicalismo, el nacionalismo y el socialismo— eran representadas por aquellos reformadores europeos de clase media.

Los liberales querían un gobierno ampliamente democrático basado en el mérito y no en el nacimiento, con el voto ampliado a todos los que tuviesen patrimonio y estudios. Los liberales también querían libertad de expresión, de prensa y de reunión, y protección de los derechos de propiedad. No se oponían a la monarquía siempre que fuese constitucional. Los radicales eran liberales que no querían ningún rey —querían una república— con un sufragio más amplio y reformas sociales. Los nacionalistas eran por lo general liberales (concretamente alemanes e italianos) que querían un país unido y una cultura nacional que incluyese un idioma, una historia y unas artes comunes. Los socialistas diferían

más de sus compañeros en la oposición. El socialismo surgió en Francia en respuesta directa al creciente poder de los patronos. Sus partidarios no estaban de acuerdo con la desigualdad en los derechos de propiedad, que según ellos se utilizaban como coacción social y política para enriquecer más a los ya ricos y para lograr que aquellos que tenían solo habilidad manual o fuerza física fuesen excluidos del sistema político. Los socialistas apoyaban por regla general la democracia como una forma de repulsa a los monarcas y al feudalismo, pero creían que no protegía adecuadamente a los trabajadores de las injusticias de la industrialización.¹²

Todos estos ismos, sin embargo, se manifestaban básicamente en un plano teórico; eran temas de discusión que no podían aplicarse en la práctica porque no tenían el apoyo de las masas; ni ejército. La explicación era relativamente sencilla: la clase trabajadora, que según Marx tenía que ser la base de este ejército, no se fiaba de los reformadores de la clase media ni, por consiguiente, de sus ideologías. También Marx desconfiaba de estas ideas. Si bien las necesidades de la humanidad dominaban las discusiones de los intelectuales de la oposición, las necesidades materiales de los individuos estaban curiosamente ausentes de ellas. Asimismo, en muchos casos, la revolución de los intelectuales representaba meramente la sustitución de una élite dominante (la nobleza) por otra (la gran burguesía), lo que significaba que la tiranía de la riqueza sobre el trabajo continuaría. Finalmente, Marx no reconocía en ninguno de estos ismos concebidos para remediar los males de la sociedad una *comprensión* real de la enfermedad que se estaba propagando por el naciente sistema económico industrial europeo (la de las monarquías y sus problemas era obvia), y sin este conocimiento no era posible ningún cambio social significativo. Admitiendo que tampoco él entendía completamente la situación, Marx se dispuso a buscar respuestas.¹³

Encontró algunas con la ayuda de dos alemanes de la *rue Vaneau*. August Hermann Ewerebeck y Germain Maürer eran miembros de la secreta Liga de los Justos, formada en 1836 en París por refugiados alemanes extremistas, proletarios en su mayoría.¹⁴ La Liga, en parte instrumento de propaganda, en parte sociedad conspiratoria, había adoptado las ideas del comunismo francés, que propugnaba la abolición de la propiedad privada como forma segura de cambiar la sociedad desde sus mismos fundamentos.¹⁵ Marx asistió a las reuniones de estos trabajadores alemanes y a las de sus homólogos franceses, y quedó impresionado por su apasionado compromiso con la lucha por una sociedad comunista, en contraposición al socialismo de salón de los intelectuales. Escribió: “La hermandad del hombre no es una mera frase para ellos, sino un hecho vital, y la nobleza del hombre resplandece sobre nosotros desde

sus cuerpos curtidos por el trabajo”. También veía en algunas de sus caras la alienación de los hombres cuyo trabajo –cuya vida, en realidad– había sido canjeado por un salario inadecuado, y que ni siquiera tenían, a modo de compensación adicional, el orgullo de su producción: lo que producían pertenecía al patrón.¹⁶

Inspirado, Marx regresó a los libros que había estado leyendo aquel año, concretamente textos de economistas franceses e ingleses, y llenó cuadernos de notas con anotaciones cifradas. Estas anotaciones se convirtieron en los “Manuscritos económicos y filosóficos” o “Manuscritos de 1844”, que Marx dejó sin terminar pero que constituyen la base de la obra de su vida.

El estudio de lo que Marx calificaba de “economistas burgueses” le llevó a la conclusión de que aquellos hombres creían que los sistemas económicos funcionaban de acuerdo con unas leyes frías e inmutables que arrastraban a los hombres y que estaban más allá de su control. Aquellos economistas también creían que los empresarios, si se los dejaba crecer sin interferencias gubernamentales, producirían finalmente un beneficio general para toda la humanidad. Pero Marx tenía pruebas de lo contrario y se dispuso a desmitificar la economía, a describir cómo funcionaba realmente en el mundo real y, de un modo aún más convincente, cuáles eran sus consecuencias.¹⁷

En los manuscritos, Marx analizó conceptos como salario, renta, crédito, beneficio, propiedad privada *versus* comunismo, y las relaciones entre el capital y el trabajo, y dio una nueva mirada a Hegel. Y lo que descubrió fue que la adquisición del rutilante premio del nuevo sistema económico, el dinero (y por extensión todo aquello que el capital podía comprar), se había convertido en *la* fuerza motriz en la existencia del hombre moderno, pervirtiendo todos los aspectos de sus relaciones con otras personas, incluso la forma en que se veía a sí mismo. De una forma mágica hacía posible que el hombre rico se convirtiese en cualquier cosa que quisiera ser:

*Soy feo, pero puedo comprar si quiero a las mujeres más hermosas. Por lo tanto, no soy feo, dado que las consecuencias de la fealdad –su poder de disuasión– son anuladas por el dinero... Soy malvado, deshonesto, estúpido y carezco de escrúpulos; pero el dinero es honrado, y con él lo es su poseedor... Soy un descerebrado, pero el dinero es el auténtico cerebro de todas las cosas; ¿cómo puede, pues, su poseedor, ser un descerebrado? Además, el dinero, por sí solo, puede comprar a las personas más inteligentes... Así pues, ¿no transforma mi dinero todas mis incapacidades en su contrario?*¹⁸

Mientras, el trabajo que ha producido la riqueza del hombre rico ha despojado al trabajador de su sabia vital: “Produce palacios; para el trabajador, tugurios. Produce belleza; para el trabajador, deformidad. Sustituye el trabajo por las máquinas, pero devuelve a una parte de los trabajadores a un tipo de trabajo brutal, y convierte a la otra parte en máquinas. Produce inteligencia; para el trabajador, cretinismo y estupidez”.¹⁹

Marx quería explicar cómo se había desarrollado esa corrosiva relación. Empezó situando al hombre en un sistema en el que la gran burguesía, que controlaba todo el dinero y todos los medios de producción, deshumanizaba al trabajador reduciéndolo a vender su trabajo por un salario determinado por el patrón o el empresario. Era como si el hombre tuviese un saco de trigo para vender, pero en vez de establecer él mismo el precio basándose en lo que sabía que era su valor, aceptase cualquier cosa que el comprador quisiera pagarle. Del mismo modo que el vendedor perdía el control del valor de su cosecha, el trabajador de la nueva relación industrial perdía el control de su valía. Se alienaba, se convertía en un objeto, trabajaba para una clase de hombres que se quedaban con todos los beneficios y a cambio le daban a él solo los medios que le permitían sobrevivir.

Las teorías de Marx se convirtieron en una especie de anteojos; las pruebas eran visibles en todas partes. De manera más inmediata, podían verse en las calles llenas de gentes atraídas a la ciudad en busca de trabajo en las nuevas fábricas y que, una vez allí, eran incapaces de encontrar un trabajo que les ofreciese un salario para vivir dignamente. (Los franceses habían incluso inventado una nueva palabra para describir este fenómeno: pauperismo.) Los salarios habían estado cayendo durante casi veinte años mientras que el coste de la vida en el mismo tiempo había subido un 17 por ciento. En 1844 empezaron las escaseces de comida a gran escala, mientras los ricos colmaban sus mesas con platos cada vez más espléndidos.²⁰ Una serie de escándalos pusieron de manifiesto que los funcionarios franceses habían contribuido a crear el desequilibrio económico concentrando una riqueza extrema en manos de unos pocos escogidos.²¹ De lo que Marx fue testigo, por consiguiente, no fue del mercado libre que los economistas describían tan elogiosamente en sus tratados, sino de un mercado controlado por los ricos para beneficio de los ricos.

Aunque había descartado el comunismo por irrealizable solo dos años antes en Colonia, Marx lo veía ahora como un instrumento para recalibrar la sociedad. Los hombres crearían riqueza, pero esa riqueza no sería de propiedad privada, sino compartida. Los hombres trabajarían, pero ese trabajo les beneficiaría a ellos y al bien común, no al patrón. Describía el comunismo como “la verdade-

ra resolución del antagonismo entre el hombre y la naturaleza, entre el hombre y el hombre; es la verdadera resolución de la lucha entre existencia y esencia, entre cosificación y autoafirmación, entre libertad y necesidad”.²² Su amigo Heine decía temer que el comunismo pudiese acabar con el arte y la belleza, pero afirmaba: “Si no puedo refutar la premisa de que todos los hombres tienen derecho a comer, debo aceptar todo lo que se sigue de ella”.²³

Los trabajadores franceses y alemanes de París que se identificaban con el comunismo creían que la única forma de destruir el nuevo orden económico corrupto era la revolución; simplemente no era posible negociar el final de la explotación en la medida en que sus beneficiarios tuviesen tanto que perder. El feudalismo industrial (como lo llamaban algunos de ellos) seguiría el mismo camino de su predecesor agrario solo por medio de unos actos de violencia. Marx estaba de acuerdo, y escribió: “Para abolir la *idea* de propiedad privada, basta con la *idea* de comunismo. Pero se requiere una acción comunista *real* para abolir la propiedad privada *real*”.²⁴ Y en medio de las reflexiones de Marx, y como siguiendo la línea marcada por ellas, se produjo realmente esta acción violenta. Corrió la voz de que se había producido un levantamiento en la región prusiana de Silesia. Para los iguales de Marx y para los trabajadores de París, esto resultó electrizante y se vio como un presagio de lo que iba a suceder también allí.

El 4 de junio de 1844, desquiciados por el sufrimiento, un grupo de tejedores se dirigió a la casa de sus patronos, dos hermanos prusianos, exigiendo que les subieran el suelo y cantando: “¡Sois unos villanos y unos zánganos / unos truhanes vestidos de diablos! / ¡Os zampáis todo lo que posee el pobre, / nuestra maldición será vuestra paga!” Los manifestantes estaban más que desesperados, más que furiosos. Hombres, mujeres y niños habían sido sometidos a unos salarios tan bajos que algunos de los trabajadores se habían muerto de hambre. Al ver rechazadas sus demandas, los enfurecidos tejedores asaltaron la casa y la destruyeron, aunque los dos hermanos lograron escapar ilesos. Al día siguiente, unos cinco mil tejedores y sus familias organizaron una revuelta más amplia. Irrumpieron en las casas y en las fábricas, destrozando las máquinas y registrando y saqueando las confortables residencias y los despachos de los hombres que les negaban el pan. Los patronos llamaron al ejército prusiano, que disparó contra la multitud, matando a treinta y cinco personas. Armados con piedras y hachas, los manifestantes ahuyentaron a los soldados, pero a la mañana siguiente llegaron refuerzos militares y los tejedores fueron reducidos. Los que pudieron hacerlo huyeron; los que no, fueron arrestados.

La revuelta de los tejedores fue la primera de su clase en la que participaron

trabajadores industriales en Alemania, y aunque fracasó, Marx reconoció en ella la conexión que buscaba entre un proletariado vehemente, la economía y el estado. La fuerza impulsora de la aquella rebelión no había sido una abstracción como la religión, la identidad étnica o el trono, como lo habían sido muchas en el pasado, sino algo mucho más tangible: el pan. Marx se sintió también particularmente exaltado por el objetivo de la revuelta de los tejedores —el enemigo del futuro, la burguesía—, que, debido a que controlaba el dinero, acabaría controlando al gobierno, e incluso al rey, como ya lo hacía en Francia.²⁵

Espoleados por lo ocurrido en su país, unos doscientos alemanes, entre los que se contaban Marx, Herwegh y Heine (los dos últimos habían escrito poemas dedicados a los tejedores silesios) empezaron a reunirse los domingos en la tienda de un comerciante de vinos cerca de la barrera del Trône en la Avenue de Vincennes. Los espías de la policía de París informaron de que en esas reuniones se discutía sobre el asesinato de reyes, el carácter opresor de los ricos y los religiosos, y otros “horrores”.²⁶ Marx también se reunía frecuentemente con Bakunin y otros aristócratas liberales rusos que pasaban parte del año en París y que podían ser convencidos de poner parte de sus fortunas al servicio de la causa.²⁷ Y en julio de 1844 le presentaron a Marx al anarquista más famoso de Francia, Pierre-Joseph Proudhon, un trabajador autodidacta que en su libro de 1840 se preguntó *¿Qué es la propiedad?*, y contestó: “la propiedad es un robo”.²⁸ Proudhon decía que no estaba proponiendo un nuevo sistema; estaba simplemente exigiendo el fin de los privilegios; la justicia, decía, era lo único que perseguía. Pero Marx calificó la obra de Proudhon de “hito histórico”. Decía que Proudhon había sido el primero en ilustrar los males sociales inherentes a un sistema basado en la propiedad privada. Aunque los dos hombres hablaron con frecuencia, en ocasiones durante toda la noche, sobre el comunismo, Marx decía que sobre todo le enseñaba filosofía a Proudhon, materia que el francés no era capaz de estudiar adecuadamente porque no sabía leer en alemán.²⁹

El Marx que había escrito para el *Deutsche-Französische Jahrbücher* de Ruge a comienzos de aquel año y que había sido acusado de alta traición por sus artículos era un novato comparado con el Marx que en el verano de 1844 empezó a escribir para la revista *Vowarts!* (¡Adelante!). El semanario con sede en París era famoso por ser el único periódico de oposición en lengua alemana no censurado de toda Europa.³⁰ De hecho, la revista la financiaba un compositor de óperas prusiano llamado Giacomo Meyerbeer, que había sido introducido en los círculos de socialistas, comunistas y de sus hermanos más moderados, los liberales, por la condesa d’Agoult, y que al parecer recibió el encargo del rey de Prusia,

Federico Guillermo, de hacer salir de París a los alemanes díscolos allí refugiados dándoles un espacio editorial para que se colgaran ellos mismos.

Bernays, el amigo de Marx, fue nombrado editor en jefe, pero uno de sus ayudantes, Adalbert von Bornstedt, era un espía austríaco y un *agent provocateur*, un agitador a sueldo del rey de Prusia. Es posible que Marx y los demás redactores de la revista supieran para quién trabajaban Meyerbeer y Bornstedt, pero decidieron correr el riesgo de todos modos y aprovecharon la oportunidad para ver publicadas sus ideas. En cualquier caso, los espías eran tan habituales en su círculo como el alcohol y los puros, y a veces, debido a que eran un buen tema de conversación, una diversión igual de agradable.³¹

Heinrich Börnstein, que había fundado el periódico pero no lo financiaba, recordaba que doce de los catorce hombres se reunían cada semana en su apartamento de la *rive droite*, en la *rue* des Moulins, al norte de las Tullerías, para celebrar consejos de redacción. “Algunos se sentaban en la cama o sobre los baúles, otros se quedaban de pie o paseando de un lado a otro. Todos fumaban muchísimo, y discutían apasionadamente y con gran excitación. Era imposible abrir las ventanas porque inmediatamente se habría congregado una multitud en la calle para averiguar la causa de aquella barahúnda, y por ello, al cabo de un rato la habitación estaba llena de una nube tan espesa de tabaco que a un recién llegado le habría resultado imposible reconocer a ninguno de los presentes”. Entre los asistentes a aquellas reuniones estaban Marx, Heine, Herwegh, Ruge, Bakunin, el poeta Georg Weerth, y el comunista Ewerbeck. Ninguno de los redactores cobraba por hacer su trabajo.³²

Las cartas que desde París envió Marx a Jenny en Tréveris durante este período ya no existen, pero las de Jenny ponen de manifiesto una ansiedad creciente acerca de su futuro en común, posiblemente el tipo de temor que el padre de Marx había detectado en ella tantos años antes. En una carta fechada el 21 de junio, Jenny parecía encantada de recibir visitas de la mañana a la noche, y de engañar a los residentes en la ciudad con su aparente riqueza. “Me comporto con todo el mundo de una manera señorial, y mi aspecto externo lo confirma plenamente. Por una vez soy más elegante que cualquiera de ellos y jamás he tenido un aspecto mejor y más radiante que ahora. Todo el mundo lo reconoce de forma unánime”. Tras describir sus encuentros inesperadamente cálidos con la madre y las hermanas de Marx, escribió: “¡Qué diferentes son las cosas cuando tienes éxito, o, en nuestro caso, cuando *parece* que tienes éxito”. Pero la cuestión en boca de todos seguía siendo si Marx conseguiría un trabajo estable, y cuándo lo haría, y ella reconocía claramente que la idea le había pasado por la cabeza: “Amor mío, a menudo siento una gran preocupación por nues-

tro futuro, tanto el más inmediato como el más lejano, y pienso que seré castigada por mi exuberancia y mi petulancia. Si puedes hacerlo, te ruego que me tranquilices en este sentido. Son muchas las voces que hablan de unos ingresos estables”.

Jenny estaba evidentemente tratando de ser fuerte viendo cómo su esposo se adentraba por un camino cada vez más peligroso. El motivo, sin duda, era su hija. Por primera vez sus lealtades estaban divididas entre su esposo y la hija que tan a punto había estado de perder en París. Se refería a Jennychen como “el vínculo más íntimo de nuestro amor” y se lamentaba, preocupada sobre su inseguridad. “Ojalá pudiéramos aguantar durante un tiempo, hasta que nuestra pequeña haya crecido”.

Párrafo a párrafo Jenny alternaba entre noticias y temores, pero en última instancia parecía resignada a que el camino que Marx había elegido era inevitable y correcto, y que todo se arreglaría si él se dedicaba simplemente a escribir, aunque le sugería que lo hiciese sin tanto rencor o irritación. “Ya sabes el efecto que han tenido tus otros artículos. Escribe con naturalidad y de un modo sutil o con un tono humorístico más ligero”. Y a quienes dudaban del camino que había emprendido Marx, entre quienes tal vez se incluía ella misma, les decía: “¡No seáis burros! ¿Creéis estar pisando terreno firme? ¿Dónde hay algún terreno firme hoy? ¿Acaso no podemos ver en todas partes los indicios de un terremoto que hará vacilar los fundamentos sobre los que la sociedad ha erigido sus templos y sus tiendas?”³³

Aproximadamente un mes después de que Jenny escribiese estas palabras, se produjo efectivamente un terremoto en tierras prusianas. Después del estallido violento de julio en Silesia, un intento de asesinato de Federico Guillermo IV provocó la alarma en todo el reino. También en esta ocasión, el autor no tenía motivaciones políticas, según Jenny; le movía el hambre. En una carta a Marx describía al potencial presunto asesino: “Durante tres días ha estado pidiendo limosna en vano en Berlín en un constante peligro de morir de inanición; ¡eso sí que fue un intento social de asesinato! Si algo se rompe, empezará por ahí... las semillas de una revolución social están presentes”. Y sin embargo, añadía, los prusianos eran ajenos al peligro. “Todas las campanas estaban repicando, todos los cañones disparando, y las piadosas multitudes se dirigían en tropel a los templos para cantar sus aleluyas al Señor del cielo por haber salvado tan milagrosamente a su señor en la tierra”.³⁴

Marx publicó la carta de Jenny en *Vowarts!* el 10 de agosto de 1844, bajo la firma “Una dama alemana”. Su primer escrito publicado aparecía tres días después de la contribución inicial del propio Marx al más radical de los periódicos

en lengua alemana.³⁵ Pronto *Vowarts!* llamó la atención de las autoridades prusianas, que estaban sobre alerta después del intento de asesinato. Si bien sus espías habían tenido bajo vigilancia a todos los relacionados con el periódico, las autoridades no emprendieron ninguna acción contra ellos hasta que *Vowarts!* publicó un artículo declarando que el regicidio era la única forma de convencer al pueblo prusiano de que el monarca no era divino, sino un simple mortal humano. El gobierno prusiano presionó a sus homólogos franceses, que no querían ser vistos como protectores que daban refugio a unos exiliados que propugnaban el asesinato de reyes.³⁶ Se presentaron cargos falsos relativos a la licencia del periódico contra el editor en jefe Bernays, que fue sentenciado a dos meses de cárcel. El resto de los redactores se prepararon para nuevos cargos y para una posible expulsión.³⁷

En estas circunstancias, Jenny se preparaba para regresar a París. Escribió a Karl entre el 11 y el 18 de agosto diciéndole que pronto estaría a su lado, donde “se iba a producir un auténtico pandemónium”. Su nota desbordaba amor por “el querido padre de mi muñequita” y por su “dulce y bondadoso jabalí”, y le preguntaba: “Karl, querido, ¿durante cuánto tiempo tendrá que seguir tocando como solista nuestra muñequita? Mucho me temo que cuando su papá y su mamá estén de nuevo juntos, y vivan en compañía, la interpretación se convertirá pronto en un dúo”.³⁸ Como hizo siempre que lo vio amenazado, Jenny corrió al lado de su esposo: si le criticaban, ella le defendía; si estaba en peligro, ella le protegía. Los temores que podía tener respecto a su inseguridad financiera fueron inmediatamente postergados hasta casi desaparecer. A los pocos días de recibir su carta, Marx conoció al hombre que sería su otro protector durante el resto de su vida: Friedrich Engels.

París, 1845

*Simplemente no puedo entender que alguien pueda tener envidia de un genio;
la genialidad es algo tan especial que quienes no la tenemos sabemos
inmediatamente que es una cosa inalcanzable;
para sentir envidia de una cosa así hay que
ser tremendamente estrecho de miras.*

Friedrich Engels¹

ENGELS ESTABA VIAJANDO DE VUELTA a Alemania desde Inglaterra cuando decidió dar un pequeño rodeo y pasar por París. Marx sabía que era el autor de lo que consideraba un brillante artículo de economía política escrito para la revista de Ruge a comienzos de aquel mismo año. Engels sabía de Marx que era el tirano que dirigía la *Rheinische Zeitung* en Colonia pero cuyos escritos respetaba enormemente. Los dos se encontraron por vez primera el 28 de agosto de 1844 en el Café de la Régence y estuvieron hablando durante diez días y diez noches seguidos.² El café, situado cerca del Louvre, era un lugar adecuado para su primer encuentro sustancial; era famoso en toda Europa por el salón donde se enfrentaban los maestros de ajedrez.

A los veintitrés años, Engels era un joven alto, esbelto, rubio, meticuloso en su forma de vestir, y atlético. Le gustaban mucho las mujeres –tantas como fuera posible– y los caballos. Ante la insistencia de su padre, propietario de una fábrica, había abandonado la escuela a los diecisiete años para aprender el negocio familiar. Considerándose a sí mismo un hombre de negocios y un artillero real prusiano,³ Engels era superficialmente muy distinto del cerebral, rechoncho, moreno y desaliñado padre de familia que era Marx, excepto por lo que un colega calificaba de “su inclinación a la bebida” y por su humor cáustico.⁴ Si Marx era simplemente el que parecía ser, Engels era un caso más complejo. Por un lado, era el hombre que la sociedad reconocía y aceptaba, el impenitente soltero que iba de caza con jauría y que tenía un talento prodigioso para distinguir

un buen vino. Pero también era un revolucionario vehemente que vivía amanecido con una joven trabajadora irlandesa, y que cuando era todavía un adolescente había escrito una serie de incisivos artículos de periódico sobre los males sociales resultantes de la industrialización no regulada en su nativa Barmen. Fue el Engels revolucionario el que se presentó a Marx aquel mes de agosto en París, pero Marx acogió igual de bien los dos aspectos de aquel extraordinario personaje.

Engels era una rara combinación, un hombre de ideas y un reformador que podía escribir artículos de gran elocuencia e inmediatez, pero también un hombre de negocios que conocía los entresijos de la industria desde el despacho del propietario hasta las naves de la fábrica. Conocía muy bien las ramificaciones sociales, políticas y económicas del nuevo sistema industrial porque las había vivido. Era un enviado del mundo material que había llegado a la puerta de Marx para colmar los vacíos de sus estudios teóricos.

Por su parte, Engels reconoció en el Marx de veintiséis años una personalidad poderosa y un intelecto diferente a todos los que había conocido anteriormente. El buen soldado había estado buscando una causa o alguien a quien servir, y encontró a esta persona en Karl Marx. Engels describió más tarde su histórico encuentro en París de una forma mesurada y comedida: “Nuestro completo acuerdo en todos los campos teóricos se hizo inmediatamente evidente, y nuestro trabajo conjunto data de aquella época”.⁵ Engels sería, simplemente, el salvador de la familia Marx. No solo proporcionó el contexto material que necesitaba el trabajo de Marx, sino que también se convirtió en el sostén material de la existencia misma de la familia.

Engels era el mayor de ocho hijos y el heredero de una próspera empresa textil fundada en el siglo XVIII en el valle prusiano de Wuppertal por su bisabuelo. Cuando Engels era un adolescente en Barmen, aquella parte de Renania era una de las más industrializadas de Alemania, y el río Wupper que la atravesaba estaba completamente contaminado por los residuos industriales. Su familia practicaba el pietismo, una de las versiones más fundamentalistas e intolerantes del cristianismo: cualquier forma de diversión pública estaba condenada; las escrituras y el juicio de su pequeña comunidad eran considerados como las autoridades fundamentales. Casi tan pronto como tuvo una personalidad perceptible, Friedrich alarmó a sus padres rebelándose.⁶ En una carta a su esposa, Friedrich Engels padre manifestaba estar preocupado de que su hijo de quince años no le obedeciese ni siquiera después de ser severamente castigado. El padre también había encontrado en el escritorio de Friedrich un “libro obs-

ceno que había pedido prestado en la biblioteca pública, una historia de caballeros del siglo XIII... Quiera Dios velar por su manera de ser... A menudo temo por este muchacho, por lo demás excelente”.⁷

Durante sus años en el instituto de Elberfeld, Engels desarrolló un verdadero interés y también –a diferencia de Marx– un cierto talento por la poesía. Sus primeros poemas fueron publicados cuando solo tenía diecisiete años, y pensaba convertirse en escritor.⁸ Pero su padre quería que se dedicase al negocio familiar y le obligó a abandonar los estudios. Engels fue enviado a la ciudad industrial de Bremen para hacer de aprendiz y fue allí donde el hijo del propietario de una fábrica empezó su vida como revolucionario. Algunas de sus primeras muestras de rebeldía fueron bien conocidas en toda la ciudad.⁹ Desafió a sus iguales a dejarse bigote, algo considerado indecente en la buena sociedad. Una docena de ellos lo hicieron y se reunieron en una “fiesta del bigote”.¹⁰ También alardeaba ante su hermana de insultar a los “filisteos” no solo haciendo ostentación de su bigote en un concierto, sino vistiendo una chaqueta ordinaria y yendo a puño limpio, mientras que los jóvenes que tenía a su alrededor vestían frac y llevaban guantes de seda. “A las mujeres, por cierto, les gustaba mucho... Lo mejor de todo es que hace tres meses no me conocía nadie, y ahora me conoce todo el mundo”.¹¹ Pero su verdadera protesta tenía forma escrita. Las “Cartas desde Wuppertal”, firmadas por el alias “Friedrich Oswald”, que se describía a sí mismo como un viajante comercial filosófico, causaron auténtica sensación. Publicadas en un periódico de Hamburgo en 1839, cuando Engels tenía dieciocho años, aparecieron posteriormente en periódicos de tendencia liberal de diversos lugares de Alemania.¹² Las cartas describían a unos trabajadores fabriles que, desde una edad tan temprana como los seis años, trabajaban duramente en lugares insalubres, respirando más gases de carbón y polvo que oxígeno. Aquellas condiciones les condenaban a “verse privados de fuerza y de alegría de por vida”, escribía, y decía que “aquellos que no caían presa del misticismo eran destruidos por el alcohol”.¹³

Una terrible pobreza prevalece entre las clases inferiores, particularmente entre los trabajadores fabriles de Wuppertal: la sífilis y las enfermedades pulmonares están tan extendidas que apenas resulta creíble; solo en Elberfeld, de dos mil quinientos niños en edad escolar, mil doscientos están privados de educación y crecen en las fábricas, meramente para que el fabricante no tenga que pagar a los adultos, cuyo lugar ocupan los niños, el doble del salario que paga a estos. Pero los acaudalados fabricantes tienen una conciencia flexible, y provocar la

muerte de un niño más o menos no condena al infierno a un alma pietista, especialmente si acude a la iglesia dos veces cada domingo. Es un hecho que los pietistas propietarios de fábricas son los que tratan peor a sus obreros; utilizan todos los medios a su alcance para reducir la cuantía de los salarios, con la excusa de privarles de la oportunidad de emborracharse.¹⁴

“Oswald” también se pronunció a favor de la liberación de las mujeres, de la que decía que constituía un paso básico en el camino hacia la libertad de todo el pueblo.¹⁵ (Aunque es posible que en este caso Engels tuviese motivos ligeramente menos altruistas: tenía claras las posibilidades sexuales derivadas del hecho de liberar a las mujeres de las restricciones sociales.)

En cuanto a la política, Engels declaraba en una carta a un amigo que odiaba al rey, que en aquel entonces era Federico Guillermo III. “Si no le despreciase tanto, a ese mierda, le odiaría aún más. Napoleón era un ángel comparado con él... Lo único que espero de este príncipe es que su pueblo le llene la cara a derecha e izquierda de sopapos, y que las ventanas de su palacio las hagan añicos las piedras volantes de la revolución”.¹⁶ Consideraba a la nobleza meramente como el resultado de “sesenta y cuatro enlaces matrimoniales”.¹⁷

Engels regresó a Barmen en 1841 y luego fue a Berlín para hacer un año de servicio militar. Extraoficialmente, también fue a Berlín para estar cerca de la universidad y de los Jóvenes Hegelianos, cuyas obras había leído en Bremen. Engels se unió a la nueva generación de jóvenes hegelianos conocida como “los libres”, que lo acogieron calurosamente; ya había publicado al menos treinta y siete artículos, y todos los de su círculo eran conocedores de los legendarios ataques de “Friedrich Oswald”.¹⁸

Una de las principales influencias de Engels en aquella época era el amigo de Marx Moses Hess, el primero entre ellos que abrazó la causa del comunismo. Hess creía que la revolución era inevitable y que estallaría al mismo tiempo en Francia, Alemania e Inglaterra; en Francia como la tierra de la revuelta política, en Alemania como el centro de la filosofía, y en Inglaterra como sede de las finanzas mundiales.¹⁹ Quiso la suerte que, después de Berlín, el último de estos tres países fuese la siguiente parada del viaje de autodescubrimiento de Engels.

En 1837 la familia Engels se había asociado con los hermanos Ermen en Inglaterra para abrir una fábrica de tejidos de algodón en Manchester, y el padre de Engels envió allí a su hijo mayor para la siguiente etapa en su formación. Trabajaría en las oficinas de Victoria Mills de Ermen & Engels, en la ciudad que

era considerada como el corazón industrial del mundo. Era el mejor lugar para que aprendiera el oficio, y para que el otro Engels, el revolucionario, aprendiera cómo derrocar al sistema.²⁰ De camino a Inglaterra pasó por Colonia para encontrarse con el editor de la *Rheinische Zeitung*, Karl Marx. Pero Marx le rechazó de plano por considerarle miembro del grupo de “los libres”, al que desdénaba, y la reunión concluyó casi antes de empezar²¹ (hasta el punto de que cuando Marx y Engels reconectaron en París fue efectivamente la primera vez que se reunieron).

Cuando Engels llegó a Manchester en Noviembre de 1842, en vísperas de su vigésimo segundo aniversario, la ciudad se estaba recuperando de una gran huelga obrera contra los recortes salariales. El ambiente era electrizante. Los trabajadores eran de los más reprimidos del mundo, y sin embargo la ley inglesa les reconocía el derecho de reunión, lo que les daba un atisbo de esperanza de que podrían mejorar su suerte.²² Pero no sería fácil. Un observador de la época dijo, refiriéndose a Manchester: “No hay ciudad en el mundo donde la distancia entre ricos y pobres sea tan grande, y las barreras entre unos y otros tan difícil de cruzar”.²³ Engels lo hizo pronto, sin embargo, con ayuda de una irlandesa de diecinueve años llamada Mary Burns.²⁴

Mary trabajaba en la fábrica de Engels con su padre y con su hermana de quince años Lydia (o Lizzy). No está claro cómo conoció Engels a Mary, si fue en la fábrica o si, como sugieren algunos biógrafos, fue después de verla vendiendo naranjas en el Hall of Science, un centro cultural socialista de Manchester. Pero fuese donde fuese que la conociera, Engels se sintió indudablemente atraído por lo que sus amigos describían como la belleza salvaje de Mary, su ingenio y su inteligencia natural. La alianza fue crucial para Engels. Mary le introdujo en la “Pequeña Irlanda” y en otros barrios obreros en Manchester en los que los burgueses como él nunca se aventuraban, ni siquiera para cobrar alquileres.²⁵ Lo que encontró allí fue una ausencia total de salubridad, pozos sépticos que apesataban a orines en los que se pudrían los cadáveres de animales, pocilgas cada veinte pasos y “unos charcos de barro tan profundos que resultaba imposible caminar por ellos sin hundirse hasta los tobillos”. Las casas, de solo una o dos habitaciones, tenían el suelo de barro. Engels decía que la suciedad y el hedor eran tan horribles que “ningún ser mínimamente civilizado podría vivir en aquel barrio”.²⁶

Y sin embargo, aquellas eran las casas donde vivían los trabajadores de la fábrica de su padre y de otras fábricas como la suya. Y aquellos eran los hombres cuyo trabajo crearía el brillante futuro de sus patronos. Engels llegó a la conclusión de que la única diferencia entre los esclavos y los trabajadores de las fábricas

cas era que los esclavos eran vendidos de por vida, mientras que los trabajadores de las fábricas se vendían a sí mismos día a día.²⁷ Pero, igual que los trabajadores, también él veía una promesa latente en las profundidades de tanto sufrimiento. Engels pensaba que aquella situación les “hacía darse cuenta de la necesidad de una reforma social mediante la cual las máquinas ya no trabajasen contra ellos sino para ellos”.²⁸

Mary también le presentó a Engels a muchos radicales irlandeses y británicos.²⁹ Uno de ellos, el británico George Julian Harney dijo sentirse maravillado por “aquel esbelto joven con aspecto casi de muchacho inmaduro y que hablaba un inglés notablemente puro”.³⁰ A las pocas semanas de estar en Manchester, el rebelde que latía en el interior de aquel joven prusiano aparentemente inofensivo estaba ardiendo de indignación. Mientras trabajaba en el despacho de la fábrica de su padre, Engels empezó a escribir artículos para periódicos reformistas británicos acerca de las condiciones en Alemania, y enviando cartas a Alemania sobre sus descubrimientos entre los trabajadores en Inglaterra. Marx publicó cinco de ellas en la *Rheinische Zeitung* en 1842 identificando a su autor solamente como “X”. Los artículos publicados en Gran Bretaña iban generalmente firmados por “F. Engels”.³¹

En 1843, la educación recibida por Engels en las calles la había complementado con la lectura de libros sobre la historia, la política y la economía inglesas. El resultado fue un folleto de veinticinco páginas titulado “Esbozo de una crítica de la economía política”, que fue editado por Marx y publicado en el periódico de Ruge en París a comienzos de 1844. Aquel artículo fue tal vez el primer informe crítico “marxista” del aún incipiente sistema capitalista. En él Engels escribía que aquellos que poseían las máquinas creaban el caos económico y social embarcándose en un ciclo de sobreproducción seguido de recortes que reducía los salarios, provocaba la crisis social y exacerbaba el conflicto de clases. Los progresos técnicos no facilitaban la vida del trabajador, y solo eran empleados para incrementar los beneficios del patrono. Los hombres eran despedidos por culpa de las máquinas y de los que conservaban el trabajo se esperaba que trabajasen igual de duro –si no más– para compensar la pérdida de mano de obra. En aquel sistema, los beneficios de los capitalistas dependían de las pérdidas de los obreros.³²

Cuando se encontraron en agosto de 1844, Marx y Engels habían llegado ya a las mismas conclusiones, pero lo habían hecho por caminos diferentes. En aquel momento estuvieron de acuerdo en que la mejor forma de avanzar era mediante la propaganda. Engels planeaba regresar a Alemania para escribir un libro sobre el tiempo pasado en Inglaterra (que se convertiría en un clásico: *La situa-*

ción de la clase obrera en Inglaterra), mientras que Marx empezaría a trabajar en un libro de economía política basado en sus estudios de aquel año. Antes de que Engels abandonase París en setiembre escribió quince páginas de un polémico panfleto que él y Marx pensaban firmar conjuntamente, un documento que atacaba las posturas de algunos de sus antiguos asociados. En su introducción, Marx y Engels describían el panfleto como una especie de catarsis, tras lo cual emprenderían obras positivas de carácter filosófico y social. Esta sería su primera publicación conjunta. Marx la tituló *La Sagrada Familia, o Crítica de la crítica crítica*.³³

Jenny regresó a París para encontrarse a Marx activamente ocupado escribiendo su parte del panfleto. Todavía no conocía al nuevo amigo que tanto vigorizaba a su esposo, pero Marx desbordaba entusiasmo por las historias que escribía Engels sobre las fábricas de Manchester y por su descripción desde dentro de cómo operaba el sistema industrial. Marx estaba más convencido que nunca de que la teoría social no podía existir aparte de la experiencia real. Bruno Bauer se convirtió en un blanco fácil en este preciso momento, porque en una publicación reciente había argumentado que la historia era una fuerza que dirigía a los hombres y no al revés. Bauer también había escrito que la intervención de las masas en la Revolución Francesa había contaminado las ideas intelectuales en las cuales se basaba y había contribuido a su fracaso. Finalmente, se había dignado criticar a Proudhon.³⁴

Marx confiaba poder publicar el panfleto rápidamente, rebatir a Bauer y también ganar algo de dinero. Con ello, además de algunos fondos enviados en junio por Georg Jung desde Colonia, él y Jenny tendrían suficiente para pasar el otoño.³⁵ Lo necesitaban. En cualquier momento, Marx podía ser arrestado o expulsado si el gobierno prusiano conseguía persuadir al gobierno francés para que extendiese el castigo a los redactores del *Vowarts!* más allá de Bernays. Marx estaba sometido a una intensa presión para terminar su trabajo, aunque todo parecía conspirar para que no pudiese hacerlo. Necesitó hasta setiembre para acabar el primer borrador de su adición a las quince páginas escritas por Engels.³⁶ Una vez que lo hubo hecho su manuscrito había crecido casi hasta las trescientas páginas, muchas de ellas observaciones divagatorias sobre una novela gótica del autor francés Eugène Sue.³⁷

Marx se había desviado mucho del rumbo trazado. Esto pudo haberlo causado el entusiasmo que le despertaba su asociación con Engels, a quien instó a regresar a París en noviembre. (Engels dijo que no podía: estaba enfrascado en su libro sobre la clase obrera inglesa, corría el riesgo de pelearse con su familia si

se iba, y tenía un asunto de faldas por resolver.)³⁸ O también podía ser un simple acto de desahogo. Durante el último año la cabeza de Marx había bullido de ideas. *La Sagrada Familia* puede leerse en cierto modo como una explosión.

En enero Marx todavía no había terminado el borrador definitivo, ni había avanzado lo más mínimo en su obra económica. En una carta que le escribió Engels, su amigo hacía algo parecido a lo que solía hacer Jenny intentando convencerle de que acabara el trabajo: “Trata de terminar tu libro de economía política, aunque haya todavía en él muchas cosas de las que no estés satisfecho, no importa; las ideas están maduras y hay que batir en hierro caliente... haz como yo, márcate una fecha en la que tengas que haber terminado definitivamente, y asegúrate de que impriman tu libro rápidamente”.³⁹

Esta carta está fechada el 20 de enero de 1845. Aparentemente, Engels no estaba informado de los cambios que se habían producido en París. Nueve días antes, el ministro francés del interior había emitido una orden dando a una serie de destacados miembros de la redacción del *Vowarts!* –Marx, Heine, Ruge, Bernays y Bakunin entre ellos– veinticuatro horas para abandonar la ciudad y pocas más para salir de Francia. Luis Felipe había sido convencido para que expulsase a los “ateos” por el famoso científico prusiano Alexander von Humboldt, que le ofreció como tributo un raro jarrón de porcelana de Federico Guillermo. El rey francés –que deseaba la paz para que su gobierno pudiese salir adelante– aceptó el jarrón con mucho gusto y echó a los problemáticos escritores.⁴⁰ Según Jenny, un inspector de policía se presentó un domingo en su apartamento armado con una orden de expulsión.⁴¹

La posibilidad de ser obligados a salir de Francia había prendido sobre sus cabezas durante meses, pero nada podía haberles preparado –especialmente a Jenny– para aquel hecho. Se había convertido en una parisina. Su mundo era el comprendido entre la place Saint-Germain y el Barrio Latino. París era el lugar donde ella y Karl habían empezado su vida en común como marido y mujer, allí había nacido su hija, y allí vivían sus amigos. Quería quedarse y la orden de expulsión dejaba abierta esta posibilidad, a condición de que los mencionados en ella aceptasen firmar una declaración prometiendo no participar en ningún tipo de actividades políticas. Todos menos Marx y Bakunin aceptaron esta condición. Un colega de Marx dijo que Marx se había negado a hacerlo porque “su orgullo no podía aceptar tener que colocarse voluntariamente bajo la supervisión de la policía”.⁴² Habiendo saboreado cómo era vivir fuera de la represiva Prusia, Marx no estaba dispuesto a renunciar a su libertad de escribir y hablar.

Sí trató, en cambio, de negociar unas condiciones que les permitiesen, a él y a su familia, quedarse en París unos días más, y durante este tiempo las vein-

ticuatro horas de la orden de expulsión se convirtieron en casi un mes. Pero el gobierno se mostró inflexible, como el propio Marx, y el 2 de febrero él y el joven periodista Heinrich Bürgers abandonaban París en una pequeña diligencia para emprender un viaje lleno de baches, bajo la nieve, en dirección a Bélgica. Bürgers describiría más tarde su animada conversación y sus intentos no del todo fructíferos de animar a su compañero de viaje cantando. Llegaron a Bruselas el 5 de febrero de 1845.⁴³

Jenny, su hija de ocho meses de edad, y una nodriza que había vuelto con Jenny desde Tréveris para cuidar de Jennychen, se quedaron en París con los Herwegh. Muchos visitantes acudieron a discutir las expulsiones y sus esfuerzos para detenerlas, y en general para ofrecer ayuda.⁴⁴ Jenny escribió a Marx para contarle que Bakunin, que seguía tratando de convencer al gobierno para que le dejara quedarse en París, “ha venido y me ha dado una lección de retórica teatral para desahogarse”, y que el periodista alemán Alexander Weill se había convertido en su “protector especial”. La ayuda que necesitaba, sin embargo, era sobre todo financiera. Jenny trataba de recoger dinero para cubrir deudas y pagar el viaje a Bruselas. Karl le había dado 200 francos, pero solo los recibos pendientes de pago del alquiler ascendían a 380. El 10 de febrero le escribió diciéndole: “No sé lo que vamos a hacer. Esta mañana me he pateado todo París. La casa de la moneda estaba cerrada y tendré que ir de nuevo. Luego he ido a la empresa de transportes y a un agente rematador de muebles. No he conseguido nada”. Enviando “mil besos de mamá a papá, y un besito de la Munsterschen”, se despedía con un “Adieu, amigo mío. Te echo mucho de menos... Saludos a nuestra nueva patria”.⁴⁵

A los pocos días había vendido los muebles por lo que describía como una suma ridículamente pequeña, y abandonaba París. “Enferma y con un tiempo terriblemente frío, seguí a Karl hacia Bruselas”, recordaría más tarde.⁴⁶ No sabía que este solo sería el primero de muchos traslados. La vida de fugitivos de la familia Marx había comenzado.

Bruselas, primavera de 1845

*Pocas veces he conocido a un matrimonio tan feliz
en el que la alegría y el sufrimiento...
fueran tan compartidos y las penas superadas con
la conciencia de una mutua y total dependencia.*

Stephan Born¹

LA DIMINUTA BÉLGICA ERA UNA ISLA de benevolencia principesca en un océano de monarquías represivas. Era un país independiente solo desde que se había separado de Holanda quince años antes, y aunque tenía un rey, también tenía una constitución, que era considerada como la más liberal de la Europa continental. Lo que le faltaba en entusiasmo (Bruselas, comparada con París, parecía más un pueblo que una ciudad) lo compensaba con libertad. Lo único que pedía el rey Leopoldo I a los refugiados que se establecían dentro de sus fronteras era que se abstuviesen de llevar a cabo actividades políticas directas y de propaganda que pudiesen molestar a sus vecinos, mayores y más poderosos.² Condiciones similares no habían sido aceptables para Marx en París, pero por razones personales y profesionales decidió aceptarlas en Bélgica. No solo había otro niño en camino, sino que el mismo día que abandonó París había firmado un contrato para escribir un libro sobre economía política.³

Marx escribió a Leopoldo dos cartas pidiéndole, “como el más humilde y obediente servidor”, que le permitiese vivir con su mujer y su hija en Bélgica, comprometiéndose “bajo palabra de honor, a no publicar en Bélgica ninguna obra sobre la política actual”.⁴ Leopoldo aceptó, y los Marx fueron autorizados a establecer su residencia en el reino belga.⁵ Esto no significaba, sin embargo, que fuesen a dejarlos totalmente sin vigilar; las autoridades belgas habían sido alertadas por las francesas acerca del agitador prusiano llegado a su país. Una nota del jefe de policía al alcalde de Bruselas decía: “Si llega a su conocimiento que ha roto su promesa y que está llevando a cabo cualquier acción perjudicial para el gobierno prusiano, nuestro vecino y aliado, le pido que me informe de ello inmediatamente”.⁶ La desconfianza se vio pronto confirmada. En el país en el

que Marx había jurado no escribir nada de tipo político, iba a producir el que posiblemente es el tratado más revolucionario del siglo XIX, el *Manifiesto Comunista*. Pero esta era todavía una empresa futura. Cuando llegó a Bélgica, Marx tenía intención de mantener su promesa.

Por su parte Jenny parecía haber anticipado una existencia más tranquila y estable en Bruselas que la que ella y Marx habían tenido hasta entonces. Antes de que él abandonase Francia, ella le había dado una lista detallada de los requisitos que consideraba necesarios para los alojamientos que él tendría que buscar. Resulta divertido imaginar a Marx, expulsado de Francia por propugnar el asesinato de los reyes, viajando por el campo en diligencia con una lista de instrucciones en el bolsillo para que tuviese muy en cuenta los armarios –“desempeñan un papel muy importante en la vida de un ama de casa”–, o para que no se preocupase excesivamente por los utensilios de cocina. Tenía que buscar una casa con “cuatro habitaciones y cocina, más una habitación adicional para guardar todos los objetos y bolsos de viaje. Tres de las habitaciones han de tener calefacción... No hace falta que la nuestra sea elegante. Sería conveniente que esta habitación, y también la que utilices para trabajar, esté amueblada, aunque sea de forma modesta”. Dejaba a su “noble protector” la decisión de resolver cómo guardar los libros.⁷ Al imaginarse su hogar en Bruselas, Jenny estaba seguramente reaccionando al trauma de la expulsión. Tal vez plantando unas raíces profundas de tipo doméstico –si no burgués– estaba tratando de proteger a la familia de otra llamada a la puerta por parte de otro agente de policía con otra orden de expulsión. O es posible que, teniendo en cuenta que estaba esperando a su segundo hijo, simplemente pensaba que su vida bohemia estaba llegando a su fin.

Pero cuando llegó a Bruselas a finales de febrero, Jenny descubrió que su vida de desarraigados distaba mucho de haber terminado: Karl todavía no había encontrado un lugar permanente para vivir. Ella, Jennychen y la nodriza se reunieron con Marx en la casa de huéspedes *Le Bois Sauvage*, en la plaza St. Gudule, en el centro de la ciudad. Empequeñecida por la catedral de St. Michel, que descollaba sobre ella como un constante recordatorio del tremendo poder que tenía uno de los enemigos de Marx –la Iglesia–, la pensión *Le Bois Sauvage* no era precisamente el hogar que Jenny había soñado, aunque sí era el punto de reunión favorito de los refugiados alemanes, que no eran tan numerosos en Bruselas como en París –solo varios centenares, comparados con los ochenta mil que se calculaba que había en la capital francesa.⁸ En una comunidad más pequeña como aquella se establecían vínculos con más facilidad y los compañeros de viaje se volvían rápidamente buenos amigos.

En París la vida social de los Marx había sido más dramática, tanto desde un

punto de vista político como personal, como correspondía a aquel gran escenario. Los primeros días en Bruselas fueron mucho más tranquilos, pero también mucho más densos. Con los años, el círculo de Marx fue a menudo menospreciado por sus enemigos como el “partido de Marx”, una etiqueta que sugería la existencia de una organización con un número importante de miembros. Pero aquel “partido” no existía, e incluso quienes utilizaban la expresión sabían que en realidad solo se estaban refiriendo al grupo de amigos y familiares de Marx. Es verdad que ese círculo íntimo compartía una misma ideología, pero los hombres y mujeres que rodeaban a Marx y a Jenny también estaban unidos por lazos de afecto. La mayoría de esos supuestos miembros del partido de Marx se reunieron por primera vez en la Bruselas de mediados de la década de 1840.

Un día después de llegar a la ciudad Marx empezó a buscar al poeta Ferdinand Freiligrath para disculparse por la forma en que había sido tratado por la *Rheinische Zeitung* cuando Marx era el editor de la revista tres años antes. Por aquel entonces Freiligrath (que también era un hombre de negocios y que había sido un modelo para el joven Engels) era uno de los poetas más populares de Alemania. Sus primeros admiradores no lo eran por razones políticas —como en el caso de Herwegh— sino simplemente por la belleza de su obra. Freiligrath opinaba que los poetas no han de implicarse en cuestiones sociales y tuvo una discusión pública con Herwegh al respecto. En 1842 el rey de Prusia le concedió una pensión anual, y posteriormente fue denunciado por la *Rheinische Zeitung* como un enemigo de la libertad a sueldo de la monarquía.⁹

En los dos años siguientes, sin embargo, a medida que el gobierno prusiano se volvía más reaccionario, los poemas de Freiligrath se fueron politizando. En 1844 su libro *Fantías patrióticas* fue prohibido. Le cambió el título por el de *Confesión de fe* y en el prefacio renunció a su pensión real. El rey se enfureció, el libro fue declarado ilegal, y Freiligrath se exilió a Bélgica. Él y su esposa Ida vivían tranquilamente en Bruselas pensando cuál sería su próximo movimiento cuando llegaron los Marx. Inmediatamente, las dos familias establecieron unas relaciones muy cordiales.¹⁰ Freiligrath, que era ocho años mayor que Marx, decía de su nuevo amigo que era “un tipo simpático, interesante, nada pretencioso y muy decidido”.¹¹

Los Freiligrath, sin embargo, pronto se fueron a Suiza, y los Marx abandonaron *Le Bois Sauvage* y se instalaron en la casa que sus amigos habían dejado libre. En mayo los Marx se trasladaron de nuevo, esta vez a un barrio de la parte este de Bruselas, cerca de la Porte de Louvain.¹² Con los casi 1.000 francos que les habían mandado Engels, Jung y otros partidarios en Renania, pudieron pagar un año de alquiler y establecerse en una casa (propiedad de un demócrata belga)

en la *rue* de l'Alliance, una barriada de clase obrera en la que también había una biblioteca.¹³ La casa era deprimente comparada con la residencia parisina de la *rue* Vaneau. Era un edificio de tres plantas manchado de hollín en una calle llena de mercadillos y de talleres de pequeños artesanos. Pero Jenny no pareció desanimarse por lo humilde del lugar porque pronto empezó a formarse una colonia de amigos a su alrededor. Bürgers, el periodista que había viajado a Bruselas con Marx, se instaló muy cerca¹⁴ y lo mismo hizo otro periodista alemán, Karl Heinzen, que Marx había conocido en Colonia (y a quien había acogido en su casa durante una borrachera).¹⁵ Moses Hess y su amante Sibylle Pesch, una trabajadora inculta a la que había conocido en Colonia, alquilaron una casa dos puertas más abajo que la de los Marx,¹⁶ y el ex teniente prusiano y simpatizante socialista Joseph Weydemeyer (a quien Marx llamaba Weywey) se instaló durante un tiempo en casa de Jenny y Karl.¹⁷ Pero los dos amigos más importantes—que de hecho serían como familiares—llegaron en abril. Uno era Helene Demuth y el otro Friedrich Engels.

Helene, conocida por la familia Marx por muchos nombres, pero sobre todo por Lenchen, era seis años más joven que Jenny y dos años más joven que Marx. Era de un pueblo cercano a Tréveris, uno de los siete hijos de un panadero y su esposa. Lenchen había trabajado de criada para la familia Westphalen desde que era una niña de once años, y creció junto a Jenny, su hermano Edgar y Karl, si bien como criada encargada de cuidar de los hijos del amo, entre otras obligaciones.¹⁸ En abril de 1845, la madre de Jenny envió a Lenchen, que entonces tenía veintisiete años, a Bruselas, para que ayudase a Jenny porque dudaba de la capacidad de su hija para cuidar de un bebé, habiendo otro en camino. Le dijo a Jenny que le mandaba lo mejor que tenía, exceptuando ella misma.¹⁹ Lenchen, que era rubia y tenía los ojos azules se hizo cargo de la administración de la casa, dejando a Jenny más tiempo para ayudar a Karl con su obra y para prepararse para el niño que esperaba. No sabemos cuáles eran las ideas políticas de Lenchen cuando llegó a Bruselas, si es que alguna vez las había expresado, pero pronto se integró en el círculo de comunistas y socialistas de Marx y Jenny y participó plenamente en su vida social. Desde la primavera de 1845 Lenchen fue aceptada como un miembro más de la familia Marx. A cambio ofreció una devoción incondicional. Un colega dijo que pese a recibir muchas ofertas de matrimonio, Lenchen prefirió siempre a los Marx antes que a sus pretendientes.²⁰

La llegada de Lenchen se produjo en el momento oportuno: ella era la garantía del perfecto funcionamiento de la casa justo cuando apareció Engels para ponerlo todo patas arriba. Engels había alquilado la casa de al lado, pero, a decir

de todos, pasaba la mayor parte de las horas en casa de los Marx.²¹ Desde que había dejado París ocho meses antes, Engels había estado con su familia en Barmen terminando su libro *La condición de la clase obrera en Inglaterra* (en la que, como le dijo a Marx, acusaba a la burguesía inglesa de asesinato, robo y otros crímenes a gran escala en sus fábricas) y peleándose con su padre. Todo aquello en que su hijo se había convertido le parecía censurable a su padre, y para aplacar a este, el joven aceptó volver al trabajo mientras estuviera en casa.²² Pero, según le escribió a Marx, “estaba harto de todo incluso antes de ponerme a trabajar; hacer de mercachifle es asqueroso, Barmen es asqueroso, perder el tiempo es asqueroso, y lo más asqueroso de todo es el hecho de ser no solo un burgués, sino en realidad un fabricante, un burgués que toma activamente partido en contra del proletariado. Unos cuantos días en la fábrica de mi viejo me bastaron para ponerme de nuevo cara a cara con toda esta asquerosidad, que casi había pasado por alto”.²³

Dejó el trabajo, le dijo a su padre que no quería saber nada de la fábrica, y en compañía de Moses Hess empezó a hacer campaña por toda Renania a favor del comunismo.²⁴ Las actividades de Engels, sin embargo, pronto atrajeron la atención de la policía, que le describió en un informe como “un furibundo comunista que se las da de hombre de letras”.²⁵ Su padre temía que se dictase una orden de arresto que sería la vergüenza de toda la familia, por lo que en vez de resignarse a esta suerte, dio a su renegado hijo dinero suficiente para huir a Bruselas, cosa que a Engels le pareció estupendamente bien porque eso era exactamente lo que quería hacer.²⁶

Antes de su llegada, Engels declaró en una carta a Marx que estaba ansioso por dejar las “bobadas teóricas” a un lado y centrarse en las cosas reales y en los hombres de verdad.²⁷ Su libro sobre la clase obrera inglesa iba a ser publicado en Alemania en mayo, y le dijo a Marx que le encantaría cederle a él los derechos para aliviar la carga económica de la familia; con el dinero que le había dado su padre tenía suficiente para vivir.²⁸ Mientras, estaba preparado para trabajar y hacer agitación política en la misma medida. Se había portado tan bien en Barmen, decía Engels, que “me temo que el Todopoderoso pueda pasar por alto mis escritos y admitirme en el cielo”.²⁹

Marx estaba encantado de tener a su animoso amigo a su lado, y Jenny estaba contenta de haber finalmente conocido a aquel hombre seis años más joven que ella. (Hasta entonces, para Engels ella había sido solo “Madame Marx”, lo que sonaba más bien intimidatorio.) Si Engels planeaba colaborar con Marx también tendría que colaborar con Jenny. Ella era realmente la mano derecha que le había dicho que quería ser cuando fantaseaba que Marx había sido heri-

do en un duelo y había perdido la capacidad de escribir. Y todo esto era más fácil ahora que su hogar se había convertido en el centro de la actividad de sus amigos, lo que significaba que Marx ya no iba a tantas reuniones como cuando estaba en París; las reuniones se hacían ahora en su casa y en la de ella. Stephan Born, un cajista alemán de veintitrés años al que habían conocido en Bruselas, decía: “Pocas veces he conocido a un matrimonio tan feliz en el que la alegría y el sufrimiento fueran tan compartidos, y las penas superadas con la conciencia de una mutua y total dependencia. Pocas veces, además, he conocido a una mujer que tanto en su aspecto exterior como en su espíritu fuese tan equilibrada y tan inmediatamente encantadora como la señora Marx”.³⁰

La pequeña colonia que formaban vivía en perfecta armonía, recordaba Jenny, compartiendo sus escasos recursos. El éxito de uno de ellos, decía, era el éxito de todos. Comían juntos, bailaban juntos y bebían juntos bajo las arañas de luces que caían en cascada en las magníficas cafeterías de Bruselas.³¹ Allí, los alemanes se reunían con los refugiados políticos de otras nacionalidades, que contaban las mismas historias de carencia y desesperación de sus países de origen.

En 1845 parecía haber caído una maldición sobre Europa. Las malas cosechas de grano y la plaga de la patata que había empezado en Irlanda se propagaron por todo el continente europeo, con unas consecuencias devastadoras en el abastecimiento de alimentos. Las poblaciones rurales se vieron enfrentadas a la desgarradora decisión de quedarse en una tierra que ya no podía alimentarles, o de abandonar aquello que conocían para ir a buscarse la vida en un lugar que les resultaba extraño y entre gentes igualmente extrañas. Ambas decisiones podían llevar a la inanición. Decenas de miles de europeos que podían permitirse pagar el pasaje escogieron emigrar. Más de cien mil europeos se trasladaron a Estados Unidos solo en 1845; fue el primero de una serie de años en los que se rompería varias veces el récord de este tipo de inmigración. Pero la mayor parte de los que abandonaban el campo no viajaban tan lejos; bajaban en tropel a los centros urbanos cada vez más superpoblados de Europa.³² Las carreteras que conectaban el campo con las ciudades estaban siempre llenas de carretas con familias cargadas con todas sus pertenencias, o de personas rezagadas que llevaban a hombros todo lo que tenían. La escasez de alimentos se fue agravando a medida que el número de estos pequeños agricultores se reducía.³³ Había muchas enfermedades. La delincuencia, la prostitución y el tráfico de niños se convirtieron en industrias florecientes, y la amenaza de disturbios fue en aumento a medida que la depresión agrícola se profundizaba y se extendía.³⁴

En el mismo momento en que la agricultura estaba empezando a sufrir, los engranajes del comercio empezaban a trabajar a toda marcha. La población de Europa había crecido casi un 40 por ciento desde 1800 y los industriales trabajaban tan rápido como podían para abastecer a aquel enorme mercado. En el pasado, se producían las mercancías para responder a la demanda, pero ahora el proceso de producción era mucho más barato y más rápido, y los fabricantes, ávidos de beneficios, ya no esperaban a que los clientes solicitasen sus productos, sino que creaban sus propios mercados, y si no había suficientes clientes locales para comprar lo que ellos tenían para vender, utilizaban los nuevos ferrocarriles y barcos de vapor para enviar sus productos a todo el mundo. Estaban convencidos de que el potencial del comercio no tenía límites. Esta mentalidad estaba especialmente extendida en Inglaterra, el país más industrializado del mundo. Así, la pregunta que se hacían quienes podían permitírselo ya no era “¿Qué es lo que necesito?”, sino más bien “¿Qué es lo que quiero?”, y la brecha que separaba a los que se hacían esta pregunta del resto de la población había crecido de una forma alarmante.³⁵

El comercio acelerado creó puestos de trabajo, pero las nuevas fábricas y las minas ampliadas no producían los suficientes para satisfacer la demanda en este sentido de una población creciente, y además no daban empleo necesariamente a los hombres que se habían visto forzados por la mecanización o la competencia a abandonar sus oficios tradicionales. Las mujeres y los niños eran a menudo los primeros en ser contratados, porque trabajaban por una fracción de lo que costaba el trabajo de los hombres. Además, el trabajo creado por las fábricas y las minas no proporcionaba el tipo de seguridad y de estabilidad que siempre habían conocido las familias. Estas familias habían trabajado para el mismo amo, en el mismo oficio o en la misma tierra durante generaciones. Sus vidas habían sido duras, pero ellos mismos habían sido una parte importante del tejido de su comunidad, una parte de la tierra. Ahora los trabajos los daba o se los quedaba a su capricho una nueva criatura llamada el capataz, a menudo una persona de fuera que solo era leal a su patrón. Las condiciones en las fábricas también tenían que tenerse en cuenta: los trabajadores vivían obsesionados por la posibilidad, muy real, de resultar heridos o muertos. Con jornadas de doce a dieciocho horas diarias, seis días y medio a la semana, las familias de los obreros de las fábricas vivían para trabajar y trabajaban para sobrevivir.

Aquellos desventurados, y los millones como ellos que aún no se habían incorporado al sistema industrial, eran mucho más numerosos que el pueblo que disfrutaba de sus riquezas. Pero eran aún más fácilmente ignorados: eran total y absolutamente invisibles, una masa sin voz, sin poder, sin líderes y analfabeta.

Había algunos en la periferia, sin embargo, en su mayor parte artesanos como sastres, ebanistas e impresores, que eran testigos del sufrimiento de estas gentes cuyas vidas, cuya sociedad, habían sido puestas patas arriba. Había también intelectuales que no conocían a estos trabajadores —a estos proletarios—, pero sí conocían su difícil situación económica. En cafeterías, tabernas y salones de toda Europa, artesanos e intelectuales debatían una miríada de cambios sociales destinados a paliarla.

De hecho, la misma facilidad del transporte que había contribuido a expandir la actividad comercial, también había contribuido a propagar ideas reformistas. Los niveles de alfabetismo todavía estaban por debajo del 50 por ciento en la mayor parte de Europa, pero había hambre de conocimiento. Los libros se habían vuelto internacionales, y autores como Balzac, Victor Hugo y Dickens, que describían la sociedad —desde las casas solariegas a los bajos fondos— con un nuevo estilo realista, eran reconocidos como escritores universales. Sus obras se discutían con entusiasmo en salones y clubs que previamente solo habían conocido a los autores locales.³⁶ También los periódicos se trasladaban más rápidamente de una capital a otra, eludiendo a los censores locales, ocupados en garantizar que nada que un rey en particular quisiera mantener fuera del conocimiento de la opinión pública llegase a la imprenta. Incluso en Rusia, donde el gobernante más represivo de Europa, el zar Nicolás I, había creado doce departamentos de censura, los periódicos extranjeros llegaban a las manos del ciudadano medio.³⁷ El amigo de Marx Pavel Annenkov dijo, refiriéndose a este fenómeno: “Lo que previamente había sido un privilegio de las altas esferas aristocráticas y gubernamentales se había convertido ahora en una práctica común”.³⁸

Pero seguramente lo más peligroso de todo eran los hombres y mujeres viajeros que, cual caballos de Troya, transportaban ideas revolucionarias en sus cabezas y en sus corazones. A diferencia de los emigrantes que se habían desarraigado para empezar una nueva vida en el extranjero, otros muchos, miembros de las clases cultas de Europa, se desplazaban en viajes de negocios o para proseguir sus estudios. Dejaban sus hogares para hacer breves estancias en otras partes, y durante ellas entraban en contacto con nuevas ideas y con una visión del mundo más amplia. Empezó una especie de polinización cruzada en la que unas lecciones francesas y americanas de democracia eran transportadas hasta San Petersburgo, y en la que las complejidades de los negocios ingleses se debatían en Milán. En toda Europa, un murmullo de entusiasmo saludó a los nuevos conceptos de socialismo y comunismo, cuyos defensores afirmaban que corregirían los males sociales y rescatarían a los que no tenían comida, alojamiento o

trabajo debido a desastres naturales o provocados por el hombre. Y cuando los líderes de grupos exiliados por sus gobiernos se encontraban en capitales extranjeras, era posible detectar en el tono de sus conversaciones un viraje perceptible desde las preocupaciones nacionales a las internacionales.³⁹

Las manifestaciones de descontento eran raras en Europa en aquella época: los trabajadores parecían no tener ni idea de cómo lidiar con esa fuerza insidiosa y colosal llamada industria. Pero había tenido lugar la revuelta de los trabajadores de Silesia el año anterior (que según Engels marcó el comienzo de la actividad del movimiento obrero), y a finales de marzo de 1845 unas cien personas fueron asesinadas en Lucerna, Suiza, cuando una disputa que se estaba cocinando a fuego lento provocó un estallido de violencia.⁴⁰ A quienes proponían reformas sociales dichos incidentes les parecían cada vez más emblemáticos.

Las testas coronadas de Europa también tomaron nota. La sociedad también estaba cambiando para ellos. Anteriormente, las amenazas procedían de otros monarcas, de guerras libradas por disputas territoriales o en nombre del honor o de la religión. Pero desde las revoluciones del siglo XVIII en Francia y América, y de sus más recientes réplicas en 1830, el peligro era menos previsible y el objetivo era a menudo una molesta noción relacionada con los derechos humanos. La amenaza para un gobernante todavía podía venir de un trono rival, pero también podía proceder de una nobleza ilustrada, de un intelectual burgués, o de un tendero vestido con una blusa y una faja roja.

Europa se había adentrado en territorio desconocido. La estructura social relativamente simple que había prevalecido durante siglos, y en la que las decisiones de reyes y príncipes eran incontestadas y en la que todos los miembros de una sociedad estaban ligados a (si no es que eran propiedad de) sus superiores, parecía estar cada vez más maltrecha. Pero ¿qué iba a reemplazarla? De hecho, *era posible* visitar el futuro de la Europa continental. Bastaba con cruzar el Canal de la Mancha. Engels lo había hecho, y en el verano de 1845 lo volvió a hacer, esta vez con un compañero de viaje llamado Karl Marx.

Londres, 1845

*No podemos decir cuál es la suerte del mundo.
Yo estoy obligado a esforzarme mucho, realmente mucho, señor,
para ganarme la vida; y no siempre me la gano;
a veces, más bien a menudo, paso hambre.*

Un actor callejero¹

LA PRIMAVERA ANTERIOR A LA SALIDA de Marx y Engels hacia Inglaterra, Marx empezó a esbozar ideas para un libro que iban a escribir juntos y que les llevaría a superar las “paparruchas teóricas” y a ilustrar de una vez por todas que, para significar algo, las ideas —religiosas, políticas o económicas— han de estar enraizadas en el mundo real.² Los intelectuales alemanes en particular habían estado confinados en los reinos más elevados de la filosofía por pura necesidad, ya que el gobierno les tenía prohibido discutir o publicar nada que pudiese ser reconocible como pertinente para la vida diaria. Incluso los socialistas utilizaban palabras imprecisas como “humanidad” y “sufrimiento” para oscurecer sus verdaderos significados: hombres y hambre. Pero Marx y Engels afirmaron que las circunstancias exigían que el velo teórico fuese apartado para que la verdad material resplandeciese. En el undécimo punto de las *Tesis sobre Feurbach*, escritas en aquella época, Marx resume, como es bien sabido, este problema: “Los filósofos se han limitado a *interpretar* el mundo de varias formas; pero de lo que se trata es de *cambiarlo*”.³ Con esta llamada a la acción y un anticipo de mil quinientos francos que Marx había recibido por su libro sobre economía política (que todavía estaba por empezar), él y Engels se dispusieron a salir hacia Inglaterra.⁴

Jenny decidió regresar a Tréveris con Lenchen y el bebé mientras Karl estuviese fuera. Estaba embarazada de seis meses, lo que le dificultaba viajar, pero su madre había tenido un fuerte disgusto por culpa del hermano de Jenny. Tras años de titubeos, Edgar había finalmente aprobado sus exámenes de Derecho,

pero no parecía estar más cerca de establecerse o de encontrar un trabajo. Mientras estudiaba en Colonia se había visto implicado en círculos radicales y había drenado alegremente el bolso de su madre para contribuir a lo que según él era la causa de la revolución y los sufrimientos de la sociedad, pero lo que hacía en realidad era pagarse una vida social muy activa y frecuentar muchas noches los teatros de ópera. Jenny, que había querido mucho a su hermano cuando era un muchacho, le confesó a Marx que ahora le resultaba difícil manifestar ternura hacia él. Edgar estaba considerando hacer una larga visita a Bruselas, que Jenny confiaba que aliviaría en parte la carga que tenía que soportar su madre haciéndose ella responsable de aquel “cabeza de chorlito”.⁵ Se dirigió en diligencia hacia Tréveris tras despedirse de Karl y Engels, que en julio partieron en dirección contraria.

Durante la mayor parte de las seis semanas que pasaron en Inglaterra, Marx y Engels estuvieron en Manchester. Casi quinientas mil personas trabajaban en la industria textil en Inglaterra, y la ciudad de Manchester era su epicentro. Para un científico social era simplemente el laboratorio del mundo industrial. Cuando Marx y Engels llegaron a la ciudad ya había tenido lugar la transformación desde una industria textil de base artesanal a un sistema fabril a gran escala. El pequeño maestro artesano, que por tradición social se hacía cargo de sus aprendices con diversos grados de benevolencia, hasta que dichos aprendices se convertían en maestros, había sido casi totalmente sustituido por una compañía despersonalizada sin otra obligación para con sus empleados que la de pagarles un sueldo, que se establecía lo más bajo posible para asegurar el máximo beneficio. El hombre ya no era un hombre, sino un apéndice de la máquina. En realidad, ni siquiera era ya el cabeza de su propia familia; también esta pertenecía a la fábrica.⁶

Los estudios de Marx y Engels implicaban pasar días enteros en la Chetham Library, la biblioteca pública más antigua de Gran Bretaña, donde escapaban a la lluvia de hollín del exterior sentados en una especie de hornacina revestida con paneles de madera y rodeados de vidrieras de colores, revisando las obras de economistas británicos como David Ricardo, Adam Smith, David Hume y Sir William Petty, todos los cuales aparecerían posteriormente en los escritos de Marx y Engels. Por la noche recorrían los *pubs* donde alternaban los hombres de negocios de clase media, o se reunían con Mary Burns y visitaban los abarrotados distritos obreros, que bullían de actividad a todas horas, especialmente los sábados por la noche, cuando los trabajadores hacían cola para recibir sus salarios. Se producía una especie de locura entonces, cuando el duro trabajo de

toda una semana se convertía milagrosamente en unas cuantas monedas de plata y cobre. Por un momento, la mano que sostenía las monedas también albergaba la promesa de la libertad, pero a veces las fábricas pagaban a los obreros en un *pub*, y sus ganancias semanales nunca llegaban a cruzar la puerta de salida. Aquellos hombres y mujeres sucumbían a la ilusión de que su trabajo les había ganado la felicidad. Otros llevaban sus preciosos peniques directamente a la plaza del mercado, que estaba abierto desde las diez a las doce de la noche, para comprar provisiones. Pero incluso desde lejos, la plaza tenía un aspecto caótico y desagradable, y despedía un hedor horrible: hileras e hileras de tenderetes iluminados por la humeante llama roja de las lámparas de aceite, y lo único que se ofrecía en ellos era la fruta podrida y los despojos y asaduras que habían sido rechazados por compradores más prósperos unas horas antes. Cubierta por una espesa capa de barro y bazofia, la plaza era un horrible recordatorio de las profundidades en las que se habían hundido los que vivían en aquel barrio.⁸

En el área residencial de los trabajadores, unas casas bajas de solo dos habitaciones, una bodega y una buhardilla alojaban a unas veinte personas de promedio, con un excusado exterior para cada 120 personas. El hedor de excrementos humanos y animales era omnipresente; las casas estaban tan abarrotadas que el viento no podía ni llegar a los patios para ahuyentar el mal olor.⁹ Quienes trabajaban en las fábricas de tejidos de algodón vestían prendas de algodón en todas las estaciones, porque la lana era demasiado cara. Las prendas que todavía conservaban un indicio de color eran consideradas como signos externos de riqueza: la ropa de los trabajadores había sido lavada tantas veces que apenas permitía adivinar cuál había sido su color original. Los trabajadores no podían permitirse sombreros para protegerse de la perpetua lluvia fría, de modo que se cubrían con una especie de gorras hechas de papel empapado. Guantes, calcetines, medias: los nombres de tales prendas ni siquiera constaban en el vocabulario de los distritos obreros. También los zapatos eran una extravagancia: hombres, mujeres y niños iban descalzos todo el año.¹⁰

En aquel mundo sin esperanza, la vida familiar se desintegraba. Las madres que tenían que trabajar pero no tenían a nadie que cuidase de sus hijos más pequeños les daban opio para mantenerlos sedados hasta que regresaban a casa. Niñas de tan solo doce años eran entregadas en “matrimonio” para aliviar la carga financiera que representaban para la familia, y niños de apenas seis años empezaban a vivir en la calle por la misma razón. Unos padres que habían conocido la dignidad de poder alimentar a sus seres queridos, tenían ahora que competir con sus hijos adolescentes por un puesto de trabajo que solo les permitía ganar una miseria. Caer enfermos era otro lujo que los pobres no se podían per-

mitir; la muerte era considerada preferible y más misericordiosa que una lesión o una enfermedad, ya que un trabajador herido o enfermo representaba otra carga para la familia.¹¹ De hecho, los funerales de los pobres, especialmente de los irlandeses pobres, eran acontecimientos ruidosos en honor del afortunado que había pasado a mejor vida. El sonido de los violines y la aglomeración de cuerpos bailando gigas y otras danzas populares de ritmo frenético en el interior de la casa del duelo ayudaba a los que seguían vivos a olvidar momentáneamente la desdicha que era para ellos la existencia.

Si lo que buscaba Marx era la realidad, la encontró ciertamente en Manchester. Antes de aquel viaje nunca había sido testigo de cómo vivían realmente los proletarios, y es poco probable que nada de lo que había experimentado hasta entonces le hubiese preparado para el envilecimiento de la humanidad con que se encontró allí. Había conocido obreros en París, pero solo le habían contado su historia. Ahora estaba hundido hasta las rodillas en un montón de desechos industriales, tanto físicos como espirituales. Las vistas, olores y angustiosos sonidos de aquel lugar le causaron probablemente una profunda impresión. Al fin y al cabo Marx era un intelectual de clase media casado con una aristócrata y que se movía en ambientes culturalmente refinados. Aunque siempre había criticado a los que se dejaban llevar por la teoría, lo cierto es que hasta entonces él había hecho lo mismo. Ya no.¹²

Un mes y medio más tarde los dos amigos abandonaron Manchester y viajaron a Londres para conocer otra de las caras de la nueva sociedad industrial. Encontraron una capital tan llena de gente que resultaba difícil moverse por la calle, y sin embargo, según Engels, uno tenía la sensación de estar solo y rodeado por la indiferencia.¹³ En Manchester, los ricos se esforzaban para no ver a los pobres; la ciudad estaba planificada de tal modo que las clases acaudaladas podían vivir sin apenas tener contacto con la pobreza.¹⁴ En Londres no habían hecho el mismo esfuerzo. Ricos y pobres compartían las mismas calles, pero eran como miembros de dos especies diferentes separadas por un abismo social tan amplio que, para los ricos, los pobres no existían sino como objetos de explotación. Los pobres robaban cuanto podían a los ricos, y los ricos explotaban cuanto podían a los trabajadores pobres; lo primero se llamaba delito, lo segundo industria.

Los barrios bajos de Londres, ya de por sí abarrotados, se habían llenado aún más aquel año a causa de la hambruna irlandesa, y muchos de los disminuidos recién llegados apenas parecían seres humanos. Las viejas sentadas en el húmedo suelo de los callejones londinenses más bien parecían montones de andrajos; solo el humo de pipa que salía de debajo de sus capuchas indicaba que allí había

una persona. Los niños, cubiertos de harapos, iban tan mugrientos que a menudo era imposible adivinar su edad o su sexo.¹⁵ Los inmigrantes irlandeses más prósperos habían vivido en casas de piedra, pero la mayoría solo conocían las chozas de barro, tenían la piel curtida y agrietada por el áspero clima de su tierra natal, y de color marrón de tanto bañarse en las aguas teñidas de tanino que bajaban por las colinas de Irlanda. Eran mal vistos incluso por aquellos de sus compatriotas que ya se habían hecho un hueco en Londres, porque trabajaban por unos salarios que ni los más desesperados de ellos querrían ni considerar, y porque ocupaban un espacio que era muy valioso.¹⁶

En Manchester los barrios de los trabajadores crecían como malas hierbas a lo largo del río, pero en Londres eran verticales, y los pobres abarrotaban las casas de cuatro pisos desde la bodega a la buhardilla. Cada centímetro cuadrado de ellas, incluidas las escaleras, estaba ocupado.¹⁷ Algunas personas alquilaban solo un lugar en la cama, ni siquiera la cama entera. Otros alquilaban espacio sobre una cuerda colgada de la pared, donde podían sentarse para dormir. Chicos y chicas, hombres y mujeres, extraños hacinados cada noche en una masa de humanidad, buscando el calor y el descanso que las clases altas daban por descontados.¹⁸ Debido a aquel hacinamiento, y a que cada vez más personas competían por cada vez menos puestos de trabajo, el nivel de deprecación en Londres era infinitamente peor que en Manchester. La industria del sexo en las zonas del Soho, en St. Giles y en el Strand, donde se congregaban los pobres, era legendaria. Niños y niñas imitando a los adultos hacían proposiciones repugnantes a cualquier transeúnte que pudiera darles un penique.¹⁹ Aquellos niños, cuyas familias se habían visto obligadas a dejar sus granjas o sus aldeas por falta de comida y de trabajo, habían aprendido cómo sobrevivir en la calle. Eran el proletariado resistente de los barrios bajos. La sociedad les preguntaba qué tenían para vender, y ellos contestaban lo mismo que los trabajadores de Manchester, que solo podían vender lo único que les pertenecía: sus cuerpos.

Marx y Engels recorrieron la ciudad y se encontraron con alemanes y británicos que trabajaban a favor de aquellos pobres. Algunos eran miembros de la secreta Liga de los Justos, con la que Marx había entrado en contacto por primera vez en París y que en Londres se reunía en el pub Red Lion del Soho con el inocuo nombre de Asociación Pedagógica de los Obreros Alemanes.²⁰ Sus líderes eran Karl Schapper, Heinrich Bauer y Joseph Moll. Engels, que los había conocido originalmente en 1843, decía que “eran los primeros proletarios revolucionarios que había encontrado... Nunca olvidaré la profunda impresión que me causa-

ron aquellos tres hombres de verdad cuando yo era solo un joven que quería convertirse en un hombre”.²¹

La Liga utilizaba la Asociación Pedagógica como tapadera para reclutar miembros. Tenía ramificaciones en Suiza y también en Alemania, y cuando las autoridades empezaron a sospechar de la Asociación Pedagógica, los alemanes fundaron corales, clubs deportivos y cualquier otra cosa capaz de atraer nuevos miembros a su liga clandestina.²² En 1845 solo tenía unos trescientos miembros. Pero poco a poco la organización había empezado a incorporar no alemanes, de modo que el grupo en conjunto empezó a llamarse Asociación Pedagógica de los Obreros Comunistas. En el carnet de la Asociación, impreso en veinte idiomas, podía leerse la frase “Todos los hombres son hermanos”. Sin embargo, según observó Engels, la mayoría de aquellas asociaciones estaban formadas casi exclusivamente por artesanos —la aristocracia de la mano de obra—, muchos de cuyos miembros aspiraban a convertirse en maestros artesanos ellos mismos.²³

El movimiento radical o reformista inglés, en cambio, había incluido una saludable mezcla de trabajadores y artesanos desde 1792, cuando un zapatero fundó la London Corresponding Society para pedir el derecho a votar. (Thomas Hardy fue acusado por ello de alta traición, destripado aún en vida y finalmente colgado.) Debido a que Inglaterra se había industrializado antes que otras naciones, el estudio de este nuevo sistema estaba más maduro allí.²⁴ En 1820 Robert Owen, el primer socialista británico, había afirmado que los trabajadores poseían una forma de moneda —el trabajo— que estaba deplorablemente devaluada, y desde entonces los radicales ingleses habían concebido el trabajo tanto en términos cualitativos como cuantificables.²⁵ Consideraban a los fabricantes directamente responsables del sistema explotador, pero luego dirigían la mirada hacia la fuente de su capital y encontraban a los mismos terratenientes acaudalados y a los mercaderes provinciales que habían controlado el Parlamento durante mucho tiempo. Aquellos hombres estaban financiando a la nueva industria con miras a obtener un beneficio lucrativo y tratando al mismo tiempo de garantizar el mantenimiento de su poder. Hasta entonces habían conseguido ambos objetivos, pero no sin problemas.²⁶

En 1830, cuando Europa estaba asistiendo a levantamientos en Francia y en Polonia, los obreros de Manchester intentaron reunir a todos los trabajadores bajo el paraguas de un único gremio para hacer presión a favor de la reforma política —incluido el sufragio masculino universal— para acabar con el monopolio del poder de la clase alta. Pero dos años después, una vez aprobada la Ley de la Reforma, el Parlamento los esquivó, ampliando el sufragio solamente a los miembros selectos de la clase media. Los trabajadores fueron efectivamente des-

cartados del acuerdo político.²⁷ En vez de augurar una derrota, sin embargo, el revés sufrido por los trabajadores aceleró la formación de un movimiento sindical. En 1833, una organización tenía al menos medio millón de miembros.²⁸ Los trabajadores también habían tomado conciencia del hecho de que, como grupo, tenían un lugar definido en la sociedad, que constituían una clase de hombres, la *clase obrera*. Bronterre O'Brien, un propagandista radical, emitió su desafío: "Con las leyes de unos pocos han surgido las desigualdades existentes; con las leyes de los muchos serán destruidas".²⁹

En 1837 los agitadores obreros presentaron seis demandas a la Cámara de los Comunes que al año siguiente serían conocidas como la Carta del Pueblo, exigiendo una reforma política de arriba abajo cuyo objetivo final era hacer accesible el Parlamento a todos los ciudadanos británicos varones.³⁰ Pero en menos de cinco años el movimiento cartista había perdido impulso y los seis puntos de sus reivindicaciones habían sido repetidamente rechazados. En 1845, los cartistas buscaban una mayor cooperación de los trabajadores en Francia y Alemania para poder sobrevivir.³¹

Fue en ese momento cuando Marx y Engels se reunieron en Londres con los líderes del movimiento obrero inglés, concretamente con George Julian Harney, un líder cartista y editor del periódico londinense *Northern Star*, y con Ernest Jones, otro cartista, que sería amigo de Marx y Engels durante toda su vida.³² Engels, que hizo de intérprete para Marx, comentó que todos los que habían participado en aquellas conversaciones marcharon convencidos de que los diversos movimientos en ellas representados —el cartismo, el socialismo y el comunismo— eran manifestaciones de la misma lucha histórica del proletariado contra la burguesía.³³

Marx y Engels aprendieron mucho de aquellos veteranos revolucionarios alemanes e ingleses, que instruyeron a los dos jóvenes no solo sobre la historia de su movimiento sino sobre los aspectos prácticos de la organización. Los dos regresaron a Bélgica llenos de entusiasmo y de ideas para radicalizar a los trabajadores de Bruselas y de más allá.

Tras una fachada severa y desdeñosa, Marx sentía un afecto profundo por sus congéneres que sus detractores tal vez no supieron reconocer. Muchos de sus contemporáneos comentarían que Marx albergaba más odio que amor en su corazón. Fijándonos en su vida, sin embargo, es evidente que tenía una saludable dosis de cada uno de estos sentimientos, y es imposible imaginar que alguno de los dos no fuera poderosamente estimulado por lo que vio en Inglaterra. Cuando Marx regresó de su viaje era un hombre nuevo. Las palabras que cono-

cía tan bien por los textos que había leído, palabras que él mismo había repetido, tenían ahora un nuevo significado. Las palabras tenían rostro.

Otro aspecto importante del viaje que vale la pena mencionar es que consolidó la amistad entre Marx y Engels. Habían pasado diez días juntos en París un año antes, pero desde entonces se habían comunicado básicamente por carta y se habían visto formando parte de un grupo más amplio. Viajando juntos por Inglaterra descubrieron que se entendían muy bien, no solo intelectualmente sino también personalmente. Muchos de aquellos con los que Marx había trabajado y se había relacionado socialmente eran mayores que él. Exceptuando los casos de Herwegh y de Bakunin había estado casi siempre rodeado de hombres de otra generación. Pero él y Engels hablaban el mismo idioma, sus puntos de partida históricos eran similares y sus puntos de vista se basaban en unas experiencias comunes, aunque en absoluto idénticas.

Como intelectuales, ambos eran brillantes, incisivos, clarividentes y creativos (pero también elitistas, cascarrabias, impacientes y maquinadores). Como amigos eran salaces, malhablados y adolescentes. Les encantaba el tabaco (Engels fumaba en pipa, Marx cigarros), beber hasta altas horas (Engels vino y cerveza, Marx cualquier cosa), el cotilleo (especialmente acerca de las tendencias sexuales de sus conocidos), y reírse a carcajadas (normalmente a expensas de sus enemigos, y en el caso de Marx hasta que se le saltaban las lágrimas).

Ahora que eran un par de buenos amigos, regresaron a Bruselas con una nueva energía y nuevos objetivos. Marx traía consigo la feroz claridad que suele acompañar a la revelación. Y Engels traía algo mucho más terrenal: una “esposa”, Mary Burns.

Bruselas, 1846

*La vida implica antes que nada comer y beber,
tener donde alojarse, con qué vestirse y otras muchas cosas.
El primer acto histórico es pues la producción de los medios para satisfacer
estas necesidades, la producción de la vida material misma.*

Karl Marx¹

JENNY REGRESÓ A LO QUE ELLA calificaba como su “colonia de indigentes” en Bruselas a finales de setiembre, justo a tiempo para dar a luz a su segundo hijo. Había postergado su viaje de regreso desde Tréveris hasta el último minuto porque no quería dejar sola a su madre. Edgar se había trasladado finalmente a Bruselas, donde planeaba quedarse varios meses antes de irse a Estados Unidos para dedicarse a los negocios, y Carolina von Westphalen estaba ahora mucho más sola.² Jenny descubrió que aquella mujer que tanto amaba la compañía se había ido reclusando cada vez más en su casa y en sus recuerdos. Sus finanzas se habían ido reduciendo progresivamente y ahora casi nunca participaba en actos sociales. Carente de riqueza y de un marido de alto rango se veía relegada a los márgenes de lo que en otro tiempo había sido su mundo. Era una viuda de sesenta años, dejada de lado como tantas otras.

Jenny sentía una gran devoción por su madre y temía que también ella la estaría dejando de lado si marchaba de Tréveris. Enojada, escribió una carta a Karl sobre la situación de las mujeres en la sociedad, defendiéndolas frente a los hombres, incluso frente a su propia ideología radical y la de su esposo. En su círculo se hablaba constantemente de derechos, pero eran sobre todo los derechos de los hombres. La igualdad de derechos para las mujeres por la que habían abogado los Románticos era aparentemente una lucha para más adelante. En su extensa acusación también manifestaba la frustración que le había provocado la expulsión de Francia y su insegura situación en Bruselas. Y ya puestos, Jenny también defendía la patria que ambos habían vilipendiado.

¡Me siento muy cómoda aquí en la pequeña Alemania! Aunque para

decir esto frente a unos archi-antialemanes como vosotros se necesita mucho coraje, ¿no? Es posible vivir bastante bien en esta vieja tierra de pecadores. En todo caso fue en la gloriosa Francia y en Bélgica donde tuve por vez primera conocimiento de la más mezquina y miserable de las condiciones. Las personas son mezquinas aquí, infinitamente mezquinas, y la vida en su conjunto es una especie de edición de bolsillo de la verdadera vida, pero aquí los héroes tampoco son gigantes, ni los individuos están ni un ápice mejor que en otras partes. En el caso de los hombres puede que sea diferente, pero para una mujer, cuyo destino es tener hijos, coser, cocinar y ocuparse del hogar, recomiendo la miserable Alemania.³

Nunca estuvo en duda que Jenny regresaría a Bruselas, ni hubo prueba alguna de que realmente pensase que Alemania era el lugar donde más podía realizarse como mujer, como madre y como esposa. Al contrario, cuando años más tarde surgió la posibilidad de que los Marx regresasen a Berlín, Jenny se opuso categóricamente a la idea. Su carta, en todo caso, mostraba la frustración que le producía tener que elegir entre su deber como hija y sus obligaciones como esposa. Pero las circunstancias cortaron en seco todo debate interno. Cuando escribió a Karl en agosto, estaba de ocho meses, y si quería dar a luz a su hijo en Bruselas tenía que abandonar Tréveris rápidamente.

Los amigos socialistas de Karl en Alemania ofrecieron acompañarla en su viaje, entregándola como un delicado paquete a la siguiente escolta en diversas posadas y en varias paradas de su viaje en diligencia por los campos y los bosques de Prusia occidental. Su primera preocupación, decía, era hacer tantas paradas como fuera posible, “porque el traqueteo podía tener consecuencias muy desagradables”. Pidió a Karl que fuese a recibirlas, a ella, a Lenchen y a Jenni-chen, en Lieja, unos ochenta kilómetros dentro de territorio belga, y que viajase con ellas hasta Bruselas.⁴ De este modo los viajeros llegaron a la *rue* de l’Alliance dos semanas antes de que Jenny diese a luz, el 26 de setiembre, a su segunda hija. Le pusieron de nombre Laura, por la hermana de Jenny, que había muerto a los dos años.⁵

Antes del parto, a Jenny le había preocupado que la conmoción afectase al trabajo de Karl. Escribió: “Ojalá la gran catástrofe no hubiese tenido lugar en el mismo momento en que estabas a punto de terminar tu libro, cuya publicación espero ansiosamente”. Dispuso que el bebé naciese en el piso superior de la casa, y las niñas fueron finalmente alojadas en la planta alta, para que Karl pudiese escribir sin ser molestado en el piso de en medio, en su estudio y en lo que ella llamaba en broma su inmenso salón sin calefacción.⁶ Eran muchos los motivos

que tenía Jenny para querer ver publicado el libro de Karl (conocido entre ellos simplemente como su “economía política”), desde los elogios que según ella recibiría su esposo y que se le debían desde hacía tiempo hasta la posibilidad de que intensificase el debate y la velocidad en la que se producirían las reformas políticas. Pero de un modo más inmediato era su situación económica la que dependía de la publicación del libro: ella y Karl no tenían otra fuente de ingresos, y si hasta entonces sus amigos habían sido generosos con ellos, no podían ni querían tener que depender en el futuro de su generosidad.

Durante toda su vida Marx fue un gran ocultador a la hora de describir el progreso de su obra. En respuesta a preguntas acerca de escritos que ya tenía que tener completados, a menudo decía que le faltaban un par de semanas para acabarlos o que estaba dando los últimos toques al manuscrito, o que había tenido un contratiempo financiero o personal que le había demorado y que ya estaba de nuevo en marcha. La mitad de las veces no estaba ni mucho menos finalizando. Las nuevas ideas entraban en conflicto con las existentes para producir algo que según él sería maravillosamente inesperado e importante. En estas circunstancias ¿cómo decirle a su mente que simplemente se estuviese quieta para que él pudiera sentarse a escribir? ¡Imagínese lo que podría perderse si lo hiciese! Al parecer, en esta ocasión Marx no le había contado a Jenny que su libro no iba a publicarse pronto porque todavía se encontraba en la fase conceptual, es decir, en su cabeza. Con los años, Jenny aprendería que para su marido, el tan apreciado y buscado contrato para escribir un libro tenía un efecto debilitante. Jenny podía ver literalmente cómo el tormento mental de Karl se concretaba en los dolorosos forúnculos que le salían por todo el cuerpo a consecuencia de la presión. Pero estos descubrimientos los haría mucho más tarde. En 1845 Jenny todavía creía que un plazo de entrega significaba que la obra estaría terminada a tiempo y que podrían contar con los ingresos que se derivarían de ello.

Marx estaba de hecho escribiendo, pero no su economía política. Más o menos en la época en que nació Laura, con los lloros de la recién nacida llenando la casa, él y Engels empezaron a trabajar en un libro al que se referían como *La ideología alemana*.

Marx había empezado a considerar *La ideología alemana* en primavera, en sus *Tesis sobre Feuerbach*. Pero en otoño, recién llegados de su viaje a Inglaterra, los dos amigos estaban finalmente preparados para enviar toda la filosofía alemana al cubo de la basura, y con ella al socialismo alemán tal como era propagado por aquel entonces. Karl le dijo a su preocupado editor, Karl Leske, que estaba esperando el libro de economía cuyo plazo de entrega ya había vencido, que le sería

imposible producir aquel texto sin antes demoler todo lo que lo había precedido, especialmente los Jóvenes Hegelianos.⁷ Podía parecer que Marx había dado muerte a aquel dragón innumerables veces, pero él no lo veía así, y con la colaboración de Engels se dispuso a hacerlo de nuevo.

La ideología alemana exponía por vez primera en unos términos básicos y empezando con la aparición del hombre, la noción marxista de las bases materiales de la historia humana. Marx y Engels sostenían que, contrariamente a lo que creían Hegel y sus discípulos, la historia no era algo guiado por una fuerza separada del hombre; *era* el hombre, la historia del hombre, una crónica de sus acciones. Creer otra cosa, hacer del hombre un mero actor en un drama dirigido por un poder superior (ya fuese el movimiento, Dios o el rey) equivalía a volverle impotente y oscurecía su posibilidad de verse a sí mismo como un actor capaz en la sociedad de sus congéneres. Sostenían que toda vida, toda muerte, todo cambio –político, económico y social– surgía de unas circunstancias muy tangibles. No había ningún misterio, la humanidad no tenía necesidad de mirar hacia otro lado buscando respuestas.⁸

Abordando el problema “científicamente”, es decir, evaluando las pruebas descubiertas en la vida social, determinaron que la existencia del hombre hundía sus raíces en el proceso de *producción*, que, efectivamente, el hombre se había distinguido de otros animales en cuanto había empezado a producir sus medios de subsistencia.⁹ También proclamaban, teniendo en mente seguramente los lloros procedentes del piso situado sobre el estudio de Marx, que la primera división del trabajo productivo era la que se establecía entre hombres y mujeres para el cuidado de los hijos.¹⁰ Posteriormente, escribieron, cada generación se encarama a hombros de la anterior utilizando mejoras en los métodos de producción para desarrollarse y modificar la sociedad de acuerdo con sus necesidades cambiantes.¹¹ Pero en un determinado momento se introducen unas “fuerzas destructivas”, cuando la maquinaria y el dinero se consolidan, bajo el control de unos pocos, como propiedad privada. Esta élite, a su vez, da lugar a su contrario, una clase “que tiene que soportar todas las cargas de la sociedad sin disfrutar de sus ventajas... una clase que constituye la mayoría de los miembros de la sociedad, y de la que emana la conciencia de la necesidad de una revolución fundamental, la conciencia comunista”.¹²

Marx y Engels concluían que todo cambio histórico revolucionario era el resultado de un choque entre quienes controlaban la producción en cualquier momento y la masa del pueblo sometida a su control.¹³ Presagiando el futuro énfasis que pondría Marx en la educación y en la conciencia como precursores necesarios de la revolución, sugerían que el cambio real, duradero, no podía ser

un resultado exclusivamente de la violencia; simplemente eliminando por la fuerza a la élite gobernante no se borrarían las “verdades universales” que sus miembros habían consagrado: sus leyes, su arte, sus instituciones más sagradas.

Las ideas de la clase dominante son en cada época las ideas dominantes, es decir, la clase que es la fuerza *material* dominante de la sociedad, es al mismo tiempo su fuerza *intelectual* dominante. La clase que tiene a su disposición los medios materiales de producción, también controla, por consiguiente, los medios de producción mentales, de modo que las ideas de quienes carecen de los medios de producción mentales están en general sometidas a ella.¹⁴

Por consiguiente, para alcanzar el punto de la revolución, las masas tenían que reconocer primero que el sistema bajo el que vivían –por consolidado que estuviese o por supuestamente divino que fuese– era enteramente la creación de una clase dominante cuyo objetivo era mantener el poder. En segundo lugar, tenían que haber desarrollado un fundamento intelectual sobre el cual erigir una nueva sociedad a partir de la que confiaban reemplazar.

Marx y Engels trabajaron en *La ideología alemana* desde finales de setiembre de 1845 hasta agosto de 1846. Acabaría teniendo dos volúmenes y más de quinientas páginas. Igual que su primer trabajo conjunto, *La Sagrada Familia*, el grueso del libro ridiculizaba a varios personajes de los círculos radicales de Alemania. Años más tarde, Lenchen recordaba a Marx y a Engels riéndose a carcajadas y despertando a toda la casa mientras escribían. Aquellas noches de hilaridad fueron de hecho la única recompensa que la familia obtuvo nunca del libro.¹⁵ Ellos y sus amigos en Alemania trataron de interesar a ocho editores sin tener éxito. Finalmente, según Marx, entregaron el manuscrito “a las ratas encantadas, porque ya habíamos conseguido nuestro principal propósito, la auto-clarificación”.¹⁶

El otoño de 1845, poco después del nacimiento de Laura, la familia Marx tuvo un ataque de pánico al tener conocimiento de que Prusia estaba tratando de hacer que Marx fuese expulsado de Bélgica. La población de refugiados alemanes en Bruselas era cada vez mayor, y sin duda algunos de ellos estaban a sueldo del gobierno de Berlín para vigilar a los alborotadores que había entre ellos. No hubo ninguna provocación particular por parte de Marx que determinase la nueva presión diplomática; seguramente lo que la puso en marcha fue el hecho de que los espías le señalasen como líder de los refugiados radicales, y que Prusia lo quería más lejos de sus fronteras.

Marx trató de salir de aquella situación difícil. Escribió al magistrado jefe de Tréveris para solicitar los documentos que le permitirían emigrar a América, lo que, de serle concedidos, significaría efectivamente que dejaba de ser un ciudadano prusiano y que ya no inquietaría tanto a sus autoridades. No hay nada que sugiera que Marx tuviese intención de trasladarse a Estados Unidos, y sí muchos indicios de que utilizó esta solicitud como pretexto para desviar la atención prusiana. En cualquier caso, su estrategia fracasó: le concedieron permiso para emigrar, pero la presión de Berlín continuó. En diciembre de 1845, para protegerse de nuevas interferencias oficiales, Marx renunció a su ciudadanía prusiana.¹⁷

Aunque esto le convirtió oficialmente en un apátrida, representó un cambio meramente administrativo en su situación, ya que de todos modos no podía regresar a Prusia sin ser arrestado. Pero la idea de no estar ya ligado a un estado al que consideraba ilegítimo fue seguramente liberadora. A comienzos de 1846, Marx, Engels y Philippe Gigot, un joven bibliotecario belga, empezaron a organizar un Comité de Correspondencia Comunista. El objetivo era eliminar las barreras nacionales entre trabajadores y socialistas, y estar preparados para cuando llegase “el momento de actuar”.¹⁸ Era posible escribir boletines informativos sin preocuparse por la censura: la única amenaza era la procedente de los menos sistemáticos *cabinets noirs* establecidos por las monarquías europeas para inspeccionar el correo en busca de dinamita política.¹⁹

El número de miembros del comité era minúsculo y tampoco su correspondencia era muy grande, pero fue la primera organización internacional que Marx trató de formar, y en este sentido puede considerarse como la semilla de todo su movimiento político. Jenny asumió funciones de secretaria, copiando los manuscritos indescifrables de Marx (durante la vida de Marx, solamente Jenny, Engels y las hijas de Marx podían entender bien su letra). Engels siguió colaborando con Marx escribiendo textos juntos, y ellos dos y Jenny participaron en las reuniones del Comité de Correspondencia Comunista. Pronto la casa del número 5 de la *rue* de l'Alliance bullía de actividad las veinticuatro horas del día, aunque sus residentes trataban de trabajar en silencio para no atraer la atención de las autoridades belgas. Marx decía que durante esta época solo dormía unas cuatro horas, normalmente por la mañana temprano.²⁰ La mujer de George Julian Harney, escribiendo desde Inglaterra, sugirió a Jenny constituir una “Asociación contra las 3 o las 4 de la madrugada” prohibiendo las actividades revolucionarias a altas horas de la madrugada para que la familia pudiera descansar.²¹ Habría sido una buena idea: los nervios habían empezado a exaltarse en el hogar de los Marx y en el de Engels, y la situación se vio exacerbada cuando Jenny regresó a Tréveris en marzo para cuidar de su madre, que había caído

enferma. Marx estaba “trabajando” en dos libros, tenía una nueva organización política y un número creciente de refugiados orbitando a su alrededor, y era responsable de dos niñas de menos de tres años. Lenchen se hizo sin duda cargo de las niñas, pero no había nadie que se hiciese cargo de Marx.

En ausencia de Jenny, el comité programó una reunión para el 30 de marzo e invitó a hablar en ella a un sastre llamado Wilhelm Weitling. Hijo ilegítimo de una lavandera alemana y de un militar francés, Weitling era una figura legendaria entre socialistas y comunistas, y tenía muchos seguidores entre los trabajadores que desconfiaban de los intelectuales de clase media. Había contribuido a fundar la Liga de los Justos en París y era autor de un libro muy popular publicado clandestinamente y titulado *La humanidad tal como es y tal como debería ser*. En un primer momento Marx le había comparado favorablemente con Proudhon, pero a medida que la carrera de Weitling como agitador fue avanzando, pareció cada vez más desquiciado, y sus ideas, en el mejor de los casos, muy utópicas. Muchos lo atribuyeron al tiempo que había pasado en la cárcel en Prusia y en Suiza. Weitling había sido encarcelado en Suiza por su libro *El Evangelio de un pobre pecador*, en el que Cristo, como él mismo, era descrito como un comunista y como hijo ilegítimo de una pobre chica. Algunos decían que Weitling creía realmente ser un mesías.²² Según Engels, “llevaba preparada en el bolsillo una receta para la realización del cielo en la tierra... y estaba obsesionado con la idea de que todo el mundo trataba de quitársela”.²³ Entre sus propuestas máspreciadas estaba la creación de un ejército de cuarenta mil criminales para librar una guerra de guerrillas contra la clase dominante.²⁴

Los Marx dieron una calurosa bienvenida a Weitling cuando llegó a Bruselas en febrero (Engels describió su recepción como un acto de “paciencia casi sobrehumana”²⁵). Joseph Weydemeyer recordaba una partida de cartas en casa de Marx que duró toda la noche y en la que participaron Marx, Weitling, Edgar von Westphalen y él mismo, seguida de un día de vagabundeo con Jenny. Esto se produjo “de la manera más agradable imaginable. A primera hora de la mañana estuvimos en un café, luego fuimos en tren a Villeworde, un aldea cercana, donde comimos. Nos lo pasamos muy bien, y regresamos en el último tren”.²⁶

Pero cuando Jenny se fue a Tréveris y el comité se reunió, se acabó la cordialidad. Sentados en torno a una mesita verde en el salón de Marx, la conversación derivó hacia la política. El ruso Annenkov, que sentía fascinación por el drama de la política pero que no estaba comprometido con ninguna causa en particular estaba en Bruselas por aquella época y describió vívidamente la reunión durante la cual el líder del comunismo alemán del pasado se encontró cara a cara con el líder del comunismo alemán del futuro. Según Annenkov, Weitling

no parecía un revolucionario enloquecido. A los treinta y ocho años era diez años mayor que Marx, rubio, bien parecido, elegantemente vestido y “con una pequeña barba coquetamente recortada”. Tenía aspecto de hombre de negocios refinado. Marx, en cambio, tenía un aspecto agreste y era poco elegante, pero tenía una confianza en sí mismo total. “Parecía un hombre con el derecho y el poder de exigir respeto, independientemente de cómo se presentase ante ti y de lo que hiciese... Sus modales desafiaban las convenciones habituales en las relaciones humanas, pero estaban cargados de dignidad y eran algo desdeñosos”. Annenkov describía la voz de Marx como aguda y metálica, y decía que hablaba en un tono imperativo, como para disuadir cualquier muestra de discrepancia (si es que alguien se atrevía a llevarle la contraria).

Engels abrió la reunión, a la que asistían un puñado de colegas, diciendo que aquellos que querían transformar el trabajo tenían que ponerse de acuerdo sobre de qué forma había que hacerlo. En sus memorias, Annenkov describe la cabeza leonina de Marx inclinada sobre una hoja de papel, con un lápiz en la mano, mientras Engels hablaba. Pero Marx no podía estarse mucho rato callado y le pidió a Weitling, a quien acusó de “hacer mucho ruido en Alemania con sus sermones”, que explicase sus actividades. Weitling expuso unas ideas más bien vagas acerca de la necesidad de concienciar a los trabajadores de su situación y ganarlos para el comunismo y la democracia, pero Marx le interrumpió con malos modos, diciéndole que suscitar vanas esperanzas en los trabajadores era una forma de sermoneo deshonesto que supone que “a un lado está un profeta inspirado y al otro un montón de imbéciles”. No basta con que los hombres sepan que son unos desgraciados, le dijo, tienen que entender por qué lo son, y enardecer a los trabajadores sin ofrecerles un plan concreto y una doctrina clara solo podía llevarles al fracaso. Weitling trató de defenderse, pero Marx golpeó tan fuerte la mesa con el puño que hizo temblar la lámpara, y gritó: “¡La ignorancia jamás ha ayudado a nadie!” Todos los presentes se largaron y Marx se quedó solo paseando enfurruñado de un lado a otro de la habitación.²⁷

Marx estaba solo empezando a dar rienda suelta a su furia. (Un colega le describió como “la clase de hombre que despliega artillería pesada para hacer añicos el cristal de una ventana”).²⁸ Pocos días después atacó a otro miembro de su grupo, un periodista alemán llamado Hermann Kriege, a quien ridiculizó como un utópico sentimental que había utilizado la palabra “amor” treinta y cinco veces en un artículo.²⁹ A continuación pasó a imprimir panfletos atacando a otros “socialistas aborregados” franceses y alemanes a los que consideraba insuficientemente científicos, por no ser capaces o no estar dispuestos a discutir formas de mitigar las necesidades reales y las injusticias reales en el mundo real.³⁰

Con las imágenes que había visto en la Inglaterra industrial grabadas en la mente, Marx perdía fácilmente la paciencia con aquellos que daban la espalda a la evidencia de la existencia a favor de las teorías abstractas. No había tiempo para la confusión; la revolución, creía, era inminente.

Para Marx, Polonia —donde los campesinos de Galitzia se habían rebelado en febrero y habían matado a cientos de nobles— era la prueba más reciente de la oleada que se avecinaba. El levantamiento se había extendido a Cracovia, donde se declaró una revolución polaca y el fin de la servidumbre, pero a los diez días el esfuerzo fracasó, en parte debido a que los insurgentes carecían de un plan y de organización. Y esto era exactamente lo que sostenía Marx: una revolución sostenida y exitosa era imposible sin un conocimiento claro de la historia que había llevado al hombre a esta coyuntura y sin tener un programa para el futuro una vez destruido el viejo sistema.³¹

La revuelta de Galitzia fue un recordatorio de la condición cancerosa de Europa, y sus repercusiones se hicieron sentir en todas las capitales en las que los gobernantes estaban siendo presionados por la escasez de alimentos y la crisis financiera que dejaba a muchos trabajadores en paro y a muchos gobiernos sin fondos. Convencido de que unos hombres de mentalidad similar deberían ser conscientes al menos de lo sucedido en otros países en esos momentos críticos, Marx estaba tratando sin mucho éxito de atraer escritores a su Comité de Correspondencia. Hasta entonces solo un puñado de hombres en Alemania, y el círculo de Harney en Inglaterra habían contestado sus cartas; una vez más estaba teniendo dificultades para implicar a los franceses. En mayo, Marx, Engels y Gigot escribieron a Proudhon, y Marx le pidió humildemente que fuese el corresponsal del comité en Francia porque le consideraba el más indicado para aquella tarea.³² Pero Proudhon había oído hablar de los recientes arrebatos de Marx contra otros compañeros socialistas, especialmente por boca de los amigos de Weitling en París; Proudhon replicó expresando su temor de que Marx podía convertirse en el líder de “una nueva intolerancia”. “No hemos de pretender ser los apóstoles de una nueva religión”, explicaba Proudhon, “aunque sea la religión de la lógica, la religión de la razón”. Si Marx podía garantizar que se produciría un intercambio libre de ideas en la Correspondencia, decía Proudhon, aceptaría su oferta, “en otro caso, mi respuesta es ¡no!”³³

Marx no tuvo más que problemas con su comité mientras Jenny estuvo fuera, y también tuvo problemas en casa de Engels. Mary Burns llevaba seis meses viviendo con Engels y si bien las dos familias se relacionaban mucho —de hecho vivían prácticamente juntas— Marx y Jenny nunca parecieron preocuparse mu-

cho por la compañera de Engels. Algunos biógrafos han sugerido que Jenny no aprobaba el hecho de que Engels y Mary no estuviesen casados, pero esto es poco probable: Moses Hess tampoco estaba casado con su pareja (aunque muchos cronistas se han referido a Sybille en aquella época como si fuera la esposa de Hess), y Marx y Jenny conocieron a muchas parejas de hecho en París y no tuvieron ningún reparo en relacionarse con ellas. Otros biógrafos insinúan que Jenny se sentía socialmente superior a Mary y que por este motivo no podía intimar con ella, pero los amigos de Jenny opinaban que jamás en la vida había dado muestras de tener prejuicios de clase de ningún tipo. Lo más probable es que a ella y a Marx simplemente no les gustase la amante de Engels, o que no la entendieran. El abismo cultural entre Mary, la hija de veintitrés años de un obrero irlandés, y Jenny, una aristócrata prusiana de treinta y dos, era enorme. En una carta escrita desde Tréveris en marzo de 1846 en la que se habla de una “ruptura radical” en casa de los Engels relativa a Mary, Jenny le dijo a Marx que se sentía feliz de haber estado ausente de Bruselas porque ella, como una “ambiciosa Lady Macbeth” que había criticado la relación de Engels, habría sido considerada responsable. Sugería que Engels podía encontrar otra compañera. “Hay un montón de mujeres guapas, encantadoras y competentes”, decía, “...esperando que un hombre las libere y las redima”. Fuera lo que fuese lo que pasó aquella primavera, el hecho es que Mary regresó a Inglaterra poco después.³⁴

Otras trifulcas personales estaban estallando en la pequeña comunidad de refugiados en Bruselas: la cordialidad del primer año se estaba evaporando. Hess le dijo a Marx que no quería saber nada más de su “partido” debido a la forma en que había tratado a Weitling (más tarde acusó a Marx de exigir la sumisión personal de quienes le rodeaban).³⁵ Y todos los miembros de su círculo estaban arruinados, Marx el primero. En marzo, el editor de su libro de economía, cansado de esperar, le había sugerido que se buscara a otro que lo publicase y que le devolviera los 1.500 francos de anticipo que le había dado.³⁶ (Al parecer, una vez más, Karl no le había dicho nada de ello a Jenny, pues más o menos en el mismo momento ella le decía que en Alemania estaban esperando ansiosos la inminente publicación de su libro.)³⁷ Incluso Engels, cosa rara en él, iba corto de dinero; escribió a su nuevo cuñado diciéndole que tenía varias cosas empeñadas por un valor de 150 francos y que necesitaba que le mandase dicha cantidad a vuelta de correo.³⁸

Marx le dijo a Weydemeyer, que había regresado a Alemania y que estaba buscando editor para de *La ideología alemana*, que se encontraba en un apuro. “Para poder llegar a fin de mes de momento, recientemente he tenido que empeñar lo que me quedaba de la cubertería y parte de la mantelería”. Pero lo peor

de todo era que la familia tenía que abandonar la *rue* de l'Alliance; su año de arrendamiento había llegado a su fin y no tenían dinero para renovar el contrato. Se vieron obligados a regresar al Bois Sauvage, donde también Engels tenía alquiladas unas habitaciones. Marx describía el desastroso estado financiero en que se encontraban todos sus amigos diciendo: “Como puedes ver, *misère* por todas partes. En ese momento no tengo ni idea de lo que voy a hacer”.³⁹

Ninguno de estos contratiempos, sin embargo, hicieron desviar a Marx de la senda radical que había tomado. Ni lo harían nunca. Y en todo caso, la situación de Marx y Jenny era mala, pero no desesperada. Había fuentes de dinero de las que todavía podían echar mano en caso necesario entre los hombres de negocios de Colonia (aunque por razones políticas Marx prefería no hacerlo). Y en cuanto a los amigos, aunque algunos, como Hess, se habían quedado por el camino, aparecieron otros para ocupar su lugar. En abril de 1846 apareció uno de ellos cuando menos lo esperaban. Un hombre bajo y fornido de treinta y siete años de edad del que Engels decía que parecía un campesino alemán vestido con ropas de burgués, llamó a la puerta de Marx. Su nombre era Wilhelm Wolff. Había sido condenado a ir a la cárcel por infringir la ley de prensa, pero consiguió escapar antes de ser enviado a una fortaleza silesia. Conocido en el círculo de Marx como “Lupus”, Wolff fue tráficamente seguido por otro Wolff, el periodista alemán Ferdinand Wolff (el “lobo rojo”), por el poeta alemán Georg Weerth, el abogado y periodista belga Lucien Jottrand, el abogado belga Victor Tedesco,⁴⁰ y el veterano historiador y revolucionario polaco Joachim Lelewel (Jenny le recordaba cariñosamente vistiendo la blusa azul de los peones durante sus salidas nocturnas por las cafeterías de Bruselas).⁴¹ Al mismo tiempo que la actitud de Marx estaba distanciando a muchos de sus antiguos conocidos socialistas, la reputación cada vez mayor de su círculo atraía a otros nuevos.

En agosto, Engels se ofreció voluntariamente para ir a París a montar allí un comité de correspondencia, confiando en poder reclutar allí a los corresponsales franceses que no habían podido reclutar por carta desde Bruselas.⁴² Pero no tuvo más éxito en París del que Marx había tenido desde Bélgica, y en noviembre había sido denunciado a la policía por unos confidentes que le habían oído declarar en reuniones de obreros que los objetivos del comunismo no podían conseguirse sin “una revolución democrática por la fuerza”.⁴³ Engels le dijo a Marx que ya que estaba siendo perseguido por la policía y que sobre su cabeza pendía una orden de expulsión, planeaba dar un descanso a la agitación política y dedicar en cambio su tiempo a divertirse un poco. Posteriormente diría que tenía que agradecerle al celo de la policía parisina algunos “deliciosos encuentros” con varias mujeres jóvenes y “una gran cantidad de placer”.⁴⁴

El tío de Marx Lion Philips y la madre de Jenny les dieron a Karl y a Jenny dinero suficiente para dejar el Bois Sauvage en diciembre y trasladarse a una casa pequeña en otro barrio de Bruselas, Ixelles. Jenny estaba embarazada de siete meses. No quería tener a su tercer hijo en una casa de huéspedes, pero no tenían dinero para pagarse ellos mismos el traslado, y no había ingresos en el horizonte procedentes de los escritos de Marx.⁴⁵ Marx decía haber terminado un borrador de su libro de economía, pero que lo había dejado de lado tanto tiempo que tendría que reescribirlo.⁴⁶ El editor Leske se había esencialmente lavado las manos respecto al proyecto, y Marx no podía encontrar a nadie que se hiciese cargo de la publicación del libro y también de *La ideología alemana*. Finalmente, decidió escribir a Annenkov.

Con esta carta me hubiera gustado mandarte mi libro de economía política, pero hasta ahora no he conseguido publicar ni esta obra ni la crítica de los socialistas y los filósofos alemanes de la que te hablé en Bruselas. No te creerías las dificultades que encuentra en Alemania la publicación de una obra de este tipo; por un lado por la policía, y por otro lado por los librereros, que son los representantes interesados de todas las tendencias a las que ataco. Y por lo que respecta a nuestro propio partido, no solo es pobre, sino que hay una gran facción del partido comunista alemán que no me perdona que me oponga a sus utopías y a sus discursos pomposos.⁴⁷

Sin embargo, en esta misma carta Marx demostraba que no tenía miedo de ser condenado al ostracismo por los alemanes (o por quien fuera). Sin duda le guardaba rencor a Proudhon desde la carta que le había mandado el francés poniendo condiciones para su participación en el Comité de Correspondencia Comunista; a Marx le había molestado mucho el tono de aquella carta que le reprendía con condescendencia como si fuera un colegial. Pero su revuelta de diciembre contra el hombre cuya obra había calificado una vez de “hito histórico” era algo más que un pique. Durante aquellos años, especialmente en 1846, Marx había demolido sistemáticamente a todos los teóricos que había estudiado mientras se esforzaba en construir su propio sistema. Proudhon era el último de los grandes hombres que aún quedaban en pie, y le dio a Marx la oportunidad de atacarle con la publicación de su nuevo libro en dos volúmenes *La filosofía de la miseria*. Marx lo recibió en diciembre de 1846 y le dijo a Annenkov que su primera impresión después de leerlo había sido “muy pobre” y que era la

prueba de que Proudhon no entendía los desarrollos económicos o históricos relevantes. Según Proudhon, dijo, el hombre no había construido sobre las actividades del pasado o sobre los logros productivos de quienes habían venido antes que él, porque la historia existía “en el reino nebuloso de la imaginación y vuela muy por encima del tiempo y del espacio... Las evoluciones de las que habla Proudhon son evoluciones que tienen lugar supuestamente en el místico seno de la idea absoluta”.⁴⁸ Como Marx expresó a menudo, tales abstracciones eran inútiles y peligrosas.

También criticó la falta de comprensión que tenía Proudhon de lo que el escritor francés llamaba fríamente “categorías económicas” como la esclavitud. Escribió Marx: “La esclavitud directa es el eje en torno al cual gira el industrialismo actual tanto como lo son la maquinaria, el crédito, etc. Sin la esclavitud no habría algodón, y sin algodón no existiría la industria moderna. Es la esclavitud lo que ha dado valor a las colonias, y son las colonias lo que ha creado el comercio mundial; y el comercio mundial es la condición necesaria de la industria mecánica a gran escala”.⁴⁹

Pero Marx aún no había terminado. Rápidamente escribió su propio libro, *La miseria de la filosofía*. Con apenas cien densas páginas, era una obra de peso y cargada de pasión; en ella utilizaba a Proudhon como vehículo para exponer en detalle sus propias teorías sobre la historia, la economía y la revolución. En este libro, el primero que había escrito solo y el primero en que se calificaba a sí mismo de economista,⁵⁰ Marx concluía:

Día a día se hace más evidente que las relaciones de producción en las que se mueve la burguesía no tienen un carácter simple, uniforme, sino un carácter dual; que en las mismísimas relaciones en las que se produce la riqueza, también se produce la pobreza; que en la mismísima relación en la que hay un desarrollo de las fuerzas productivas, hay también una fuerza que produce represión; que estas relaciones producen *riqueza burguesa*, es decir, la riqueza de la clase burguesa, aniquilando continuamente la riqueza de los miembros individuales de dicha clase y produciendo un proletariado cada vez mayor.⁵¹

El libro de Proudhon fue acogido con entusiasmo en Francia y traducido al alemán.⁵² Marx, sin embargo, no pudo encontrar editor para su réplica. Pagó él mismo la edición de ochocientos ejemplares en París y en Bruselas con sus propios fondos, extraordinariamente limitados.⁵³ El libro no fue un éxito, pero fue un hito importante para Marx. Había derribado al último de los gigantes intelectuales. Su larga batalla con el viejo socialismo, comunismo, hegelianismo,

cristianismo y judaísmo había terminado, y había producido algo nuevo, el punto de partida de un sistema social, político y económico que requería no solo teoría sino acción y que cambiaría la sociedad hasta el meollo.

Marx decidió que había llegado el momento de convertirse en parte del proceso revolucionario histórico, y con esta idea en mente él, Jenny y sus acólitos de Bruselas entraron en la Liga de los Justos.⁵⁴

Bruselas, 1847

*Piensa un poco en la Confesión de Fe.
Creo que haríamos mejor abandonando la forma catequística
y titulándolo sencillamente Manifiesto Comunista.*

Friedrich Engels¹

LA LIGA DE LOS JUSTOS HABÍA TENIDO su cuartel general en París, pero en otoño de 1846 el hostigamiento de la policía se había intensificado y la mayoría de sus más importantes miembros salieron de Francia. En Londres, la liga podía operar sin temor a interferencias oficiales, en parte porque era considerada insignificante. Así pues, la organización trasladó su comité central a la capital británica, estructurándose en torno a los comunistas alemanes y a los artistas ingleses con los que se habían reunido Marx y Engels un año antes.

Marx había contactado a aquellos hombres a comienzos de 1846 para pedirles que se unieran a su Comité de Correspondencia, pero lo hizo en el momento culminante del ataque a sus compañeros socialistas y comunistas, y es posible que se mostrasen reticentes a pasar a engrosar las filas de un personaje tan imprevisible como Marx. La Liga rechazó su oferta. Pero en otoño las cartas de Marx les habían convencido de que las circunstancias exigían abandonar el objetivo impreciso y utópico de una sociedad ideal futura a favor del comunismo “científico”, que trataba de entender y de apoyar materialmente a la moderna clase oprimida, el proletariado, que ya estaba metido en una lucha revolucionaria aunque no la reconociesen como tal.² En febrero de 1847, un relojero de Colonia llamado Joseph Moll se presentó en casa de Marx en Bélgica y le pidió que entrase en la Liga. Moll fue luego a París a hablar con Engels. Les dijo que varios miembros del grupo querían que ellos contribuyesen a dar un nuevo ímpetu al grupo. Marx y Engels aceptaron el reto.³

Las pruebas a favor del argumento de Marx según el cual la Liga necesitaba evolucionar más allá de sus raíces utópicas podían encontrarse en la crisis eco-

nómica y agrícola que entonces afectaba a todo el continente y que había provocado un fuerte malestar entre aquellas personas para ayudar a las cuales existía la Liga pero a las que no había logrado atraer. Las malas cosechas de patata y grano que habían empezado en 1845 habían continuado, y esto, combinado con las nuevas políticas comerciales que habían obligado a los pequeños agricultores a dejar el negocio y que permitían a los grandes productores exportar comida a mercados extranjeros más lucrativos que el mercado local hizo que el precio de muchos alimentos básicos se duplicase entre 1845 y 1847.⁴ El número de bancarrotas que se produjeron durante este período fue inaudito, pues el alto coste de la comida redujo la cantidad de dinero que la gente podía gastar en otros productos. Muchas empresas cerraron y el hambre hizo su aparición también en las ciudades.⁵ Aquel invierno, una tercera parte del millón de habitantes que tenía París vivió de la caridad administrada por los funcionarios locales, la Iglesia católica o las sociedades benéficas. Pronto se produjeron alborotos por falta de comida, seguidos de huelgas obreras, y las portentosas barricadas hicieron de nuevo su aparición. Algunos gobiernos provinciales trataron de apaciguar a las agitadas ciudades importando grano de pueblos y aldeas, pero esto no hizo más que exacerbar las dificultades en el campo.⁶

Un escritor dijo que aquel fue el momento de la historia que marcó el fin del viejo orden agrícola, durante el cual la suerte mejoraba o empeoraba en función de las cosechas y las estaciones. El nuevo orden estaría ligado, para bien o para mal, al comercio y a la producción. Pero en 1847 Europa y sus habitantes eran las desventuradas víctimas de lo peor de ambos mundos.⁷

La Liga de los Justos fue la primera asociación proletaria de la que Marx aceptó formar parte. En general no le gustaban las organizaciones y las políticas públicas. Él era un escritor y un pensador y carecía totalmente de las habilidades diplomáticas o de la paciencia necesarias para las labores de grupo (aunque durante toda su vida no solo se sintió atraído hacia ellos, sino que en casi todos los casos se convirtió en su líder). No sabemos si Marx dudó antes de ingresar en la Liga (su primera idea había sido aliarse con ellos, no fusionarse), pero Moll le había cogido en un momento en el que se sentía excepcionalmente cálido con sus congéneres: llegó a Bélgica inmediatamente después del nacimiento del primer hijo varón de Marx y Jenny. El niño nació el 3 de febrero y le pusieron de nombre Edgar, por el hermano de Jenny,⁸ y por la correspondencia de Marx y Jenny quedó claro que desde su infancia fue su favorito. Jenny decía que aquel niño con la cabeza tan grande nunca sería un Adonis, pero que le encantaba su forma de ser y lo describía con orgullo como su “pequeño monstruo”.⁹

Pero aquella alegría también iba acompañada de una mayor presión financiera. Ahora había tres niños y cinco adultos en casa de los Marx, contando a Lenchen, la nodriza del pequeño, y a Edgar von Westphalen. Estaba también el nada despreciable franqueo de una correspondencia cada vez mayor (enviar un paquete a París podía costar hasta seis francos¹⁰), y las comidas de pechuga y patatas para los hombres que no tenían familia y que comían a menudo en casa de los Marx. Jenny y Marx nunca se quejaron de estos gastos al describir sus apuros financieros, aunque uno de los hombres que comía con ellos diariamente era el mismísimo Weitling *después* de su pelea pública con Marx. Marx siempre decía que el movimiento era más importante que los individuos y que los sacrificios eran inevitables. A través de Engels, Marx trató de recuperar un dinero que le debían unos amigos de París, pero incluso si llegaba aquel dinero, siempre quedaba la cuestión de los siguientes francos.¹¹ No vendrían de su libro sobre economía política: en febrero el editor canceló formalmente el contrato que le unía a Marx. Esta fuente de ingresos se convirtió así en otra deuda.¹²

El sacrificio era inevitable, pero en sus cartas Engels parecía ajeno a los apuros personales y profesionales de Marx, y mostraba aún menos sensibilidad respecto a Jenny. Engels todavía estaba en París tratando de establecer contacto con socialistas y obreros politizados. Durante su estancia, se vio con varios viejos amigos. Moses Hess había contraído la sífilis.¹³ Bernays, que había estado en la cárcel por publicar *Vowarts!*, salió de ella traumatizado y vivía medio escondido en la Francia rural, subiendo a París solo de vez en cuando.¹⁴ Y Heine vivía en un diminuto apartamento que daba a un sombrío patio, con uno de sus ojos permanentemente cerrado debido a un ataque de apoplejía.¹⁵ Incluso el mujeriego Herwegh, ahora padre de tres hijos, había sentado cabeza, temporalmente al menos.¹⁶ Engels se relacionó con estos y con un puñado de miembros de la Liga, pero hizo muy pocas amistades nuevas (excepto entre las damas francesas).

En una carta que Engels le escribió a Marx el mes de marzo le decía que la situación política se estaba poniendo tensa. “Aquí la policía está de muy mal humor ahora mismo. Parece como si estuviesen decididos a aprovechar de un modo u otro la escasez de alimentos para provocar disturbios o una conspiración de las masas”. Varios comunistas habían sido arrestados y esperaban ser juzgados. Engels trataba de persuadir a Marx para que abandonase la “aburrida” Bruselas y fuese a París a animarle. Sus motivos para pedírselo tenían muy poco que ver con la subversión revolucionaria; si Engels pensaba en algún tipo de subversión, era más bien del tipo que suele arruinar matrimonios. Le decía a Karl que en abril tendría dinero. “Así que durante un tiempo podremos divertirnos mucho y malgastarlo todo en tabernas... Por mi parte tengo muchas ganas de

salir de juerga contigo... Si ahora mismo tuviese 5.000 francos a mi disposición, no haría sino trabajar y divertirme en buena compañía femenina hasta caer reventado. Si no existieran las francesas no valdría la pena vivir. Pero mientras haya *grisettes*, ¡que sea lo que Dios quiera!” Tal vez dándose cuenta de que Marx no iba a tragarse el cuento, añadía: “De todos modos, esto no le impide a uno tener de vez en cuando una buena conversación sobre un tema interesante, o disfrutar de la vida con un poco de refinamiento, y ninguna de estas dos cosas puedo hacerla con ninguno de mis conocidos. Tienes que venir tú”.¹⁷

Pero esta vez Marx no fue a París. No tenía tiempo ni dinero para hacerlo. La situación política en Bélgica también era tensa. El gobierno prusiano había alertado a las autoridades belgas de que los refugiados, contrariamente a sus promesas, estaban metidos en actividades políticas. El librero alemán Carl Vogler, que formaba parte del círculo de Bruselas y a quien Marx había pedido que publicase su *Miseria de la filosofía*, fue detenido en abril.¹⁸ Marx había empezado a escribir para el periódico de los inmigrantes alemanes en Bruselas, el *Deutsche-Brüsseler-Zeitung*, y si bien sus artículos no eran necesariamente políticos, estaban atrayendo la atención hacia él, cosa que no podía permitirse. Escribió a Herwegh para decirle que la embajada prusiana estaba pisando los talones al editor del periódico, y que ello le daba motivos para pensar que también él estaba siendo vigilado.¹⁹

En junio, los miembros de la Liga tenían pensado reunirse en Londres para celebrar un primer congreso donde discutirían la reorganización del grupo. Marx le dijo a Engels que aunque le hubiera encantado asistir a dicho congreso no se lo podía permitir²⁰ (tenía que pagar la edición de *La miseria de la filosofía*, que saldría aquel mismo mes). Estaba además la cuestión del pasaporte: aunque Marx podía correr el riesgo de cruzar la frontera sin tener la documentación adecuada, seguramente pensaba que era imprudente hacerlo teniendo en cuenta la vigilancia a la que seguramente le sometía la policía. Le dijo a Engels que Lupus asistiría al congreso en representación del grupo en Bruselas. Engels sería el delegado francés. La presencia de aquellos dos hombres garantizaba que las ideas de Marx para transformar la Liga estarían bien representadas.

Docenas de miembros de la Liga se reunieron en un reservado de un pub de Londres durante la semana del 2 de junio y acordaron una serie de importantes cambios para agudizar el perfil del grupo, empezando por su nombre: la Liga de los Justos se convirtió en la Liga Comunista, y su lema pasó del impreciso pero tranquilizador “Todos los hombres son hermanos”, al más musculoso “Trabajadores de todos los países, ¡uníos!”. En esta su nueva encarnación, la Liga se

convirtió en la primera organización comunista internacional de la historia. Se encargó a Engels, a Moses Hess y a Karl Schapper que redactasen un Credo Comunista que sería utilizado para reclutar a nuevos miembros.²¹ Un primer borrador se escribió en Londres en forma de preguntas y respuestas, explicando quiénes eran los comunistas, cuál era su objetivo, la historia del proletariado y el camino que llevaba a la revolución.²² El grupo también emitió una circular cargada de retórica grandilocuente para distribuirla entre los miembros de la Liga que no habían asistido al congreso de junio.

¡Hermanos! Somos los representantes de una causa grande y maravillosa. Proclamamos la mayor revolución jamás proclamada en el mundo, una revolución que por su rigor y sus muchas consecuencias no tiene igual en la historia mundial. No sabemos en qué medida podremos compartir los frutos de esta revolución. Pero sí sabemos que esta revolución está cada vez más cerca con todo su poder; sí sabemos que, en todas partes, tanto en Francia como en Alemania, tanto en Inglaterra como en América, la masa del proletariado se ha puesto en marcha y está exigiendo su liberación de los grilletes del gobierno del dinero, de los grilletes de la burguesía, con una voz que a menudo todavía está confusa pero que cada vez es más fuerte y más clara. Sí sabemos que la clase burguesa se está enriqueciendo cada vez más, que las clases medias están cada vez más arruinadas, y que este desarrollo histórico tiende inexorablemente hacia una gran revolución, que un día estallará entre la penuria del pueblo y la indecencia de los ricos.²³

Los miembros de la Liga Comunista salieron de Londres dispuestos a cumplir su misión histórica de cambiar el mundo. Pero era una empresa gigantesca para un grupo tan pequeño. Un agente de policía berlinés que había sido enviado a Londres a vigilar al grupo estimó que eran unos ochenta y cuatro.²⁴ La delegación de la liga creada por Marx en Bruselas aquel verano constaba de dieciocho miembros. La primera de la lista era Jenny, y dado que el grupo también incluía a su hermano Edgar y a Engels, esto significaba que eran solo catorce personas, aparte del círculo íntimo de Marx.²⁵ Estas eran las tropas de asalto de la revolución comunista en 1847.

La Liga de Bruselas, con pocas excepciones, estaba formada por alemanes y belgas que vivían cerca de los Marx. Era un grupo compacto, casi familiar, y probablemente era en ello donde residía su fuerza. Había muy pocas disensiones y todo el mundo seguía las directrices de Marx, que naturalmente fue elegido presidente de la delegación.

El tipógrafo alemán Stephan Born recordaba la casa de Marx y Jenny en Ixelles como sumamente modesta y humildemente amueblada, pero de todos modos la consideraba como “el centro espiritual del comunismo”. Marx y Jenny le habían acogido amablemente cuando Engels les presentó, pero Born pareció quedar particularmente impresionado por el afecto que le mostró Jenny, a la que describió como una comunista comprometida. “Durante toda su vida se mostró muy interesada por todo aquello que ocupaba y preocupaba a su esposo... Marx amaba a su mujer y ella compartía su pasión”.²⁶ Cada uno de ellos tenía una mano cerrada en forma de puño y la otra agarrada a la de su pareja.

Las cosas se estaban acelerando en Bruselas. El editor de la *Deutsche-Brüsseler-Zeitung* había cedido prácticamente el control de la publicación a Marx,²⁷ y Marx y Engels habían igualmente fundado una Unión de Obreros Alemanes para atraer y educar a los trabajadores, que estaban subrepresentados en la liga. Los miércoles se reunían en el inapropiadamente opulento Café au Cygne, en la famosa Grand Place de Bruselas. Marx les daba clases de materialismo histórico y les sermoneaba sobre la explotación del capital, y otros daban clases de idiomas, ciencia y cultura. Los domingos eran jornadas familiares, con recitado de poemas (a veces por parte de Jenny), representaciones teatrales y danzas.²⁸ De manera inverosímil, Marx fue también nombrado vicepresidente de la Asociación Democrática Internacional, una pequeña organización de profesionales de diversos países que había sido fundada por los rivales de Marx para contrarrestar su influencia entre los obreros. Marx estaba fuera de la ciudad cuando se formó la Asociación, por lo que se dejó inteligentemente que Engels optase al cargo para convertir al grupo en un vehículo de Marx.²⁹ Fue uno de los primeros ejemplos de una vida llena de batallas de este tipo, en la que Marx y Engels, con prontitud y a menudo despiadadamente, destruyeron a sus enemigos con argumentos intelectuales muy agudos respaldados por una serie de tejemanejes políticos. Les encantaban esa clase de peleas, y salieron casi siempre triunfantes de ellas. Uno se quedaba con la sensación de que sus oponentes no entendían del todo qué era lo que les había pasado.

Este torbellino de actividad y la revista llamaron la atención de la policía, que, en un informe confidencial, escribió lo siguiente:

Este pernicioso periódico ejerce indiscutiblemente la influencia más corruptora entre el público poco culto al que va destinado. La seductora teoría del reparto de la riqueza es impartida a trabajadores y peones como un derecho innato, al tiempo que se les inculca un odio profun-

do a las autoridades gobernantes y al resto de la comunidad... La circunstancia de que el número de miembros [de la Unión de Trabajadores] haya pasado de treinta y siete a setenta en pocos días es digna de mención.³⁰

Marx le dijo a Herwegh que el número de afiliados pronto alcanzaría el centenar y que seguía creciendo.³¹

En setiembre, Marx se vio obligado a ir a casa de su tío en Holanda para discutir sobre su herencia.³² Él y Jenny habían conseguido vivir prácticamente sin ingresos desde el anticipo que les había hecho Leske en el verano de 1845 (anticipo que Leske, naturalmente, exigía ahora que le fuera devuelto). El año antes, su tío Lion y la madre de Jenny les habían dado dinero para que se mudasen, pero aparte de las cantidades insignificantes que Marx consiguió que le prestasen sus amigos, estaban sin un céntimo y cada vez más endeudados. En diciembre deberían un año de alquiler, y Marx quería viajar a Londres para asistir a la siguiente reunión de la Liga, que tenía que celebrarse en noviembre; Engels opinaba que su asistencia era esencial para consolidar lo conseguido y hacer frente a nuevas amenazas.³³

Bakunin había llegado a Bruselas aquel otoño y había empezado inmediatamente a causar problemas. Sus relaciones con Karl eran tirantes desde hacía tiempo, pero en 1847 traía nuevas cuentas que saldar con él a causa de la forma en que había tratado a Weitling y a Proudhon. Bakunin atribuía a Weitling su transformación desde estudiante de filosofía a revolucionario, y a Proudhon el haberle hecho dar un paso más: de revolucionario a anarquista.³⁴ Si bien Bakunin se unió a la Asociación Democrática a instancias de Marx, esta era demasiado organizada para su gusto. Según le dijo a Herwegh, “en dicha compañía es imposible respirar libremente”.³⁵ Y añadió que Marx estaba llevando a cabo su “maléfica labor” habitual y echando a perder a los trabajadores con sus teorías.³⁶ Y vilipendiaba a Karl y a sus seguidores calificándolos de rebeldes de salón: “Vanidad, mala intención, chismorreos y arrogancia teórica... se pasan el día teorizando sobre la vida, la acción y la sencillez, y tienen una carencia completa de vida, de acción y de sencillez... Repiten *ad nauseam* la palabra ‘burgués’ como lema, pero ellos mismos son, de la cabeza a los pies, unos pequeños burgueses”.³⁷

Marx regresó de Holanda con la promesa de que le darían dinero, pero con las manos vacías. Pero era tanta la importancia de la reunión de la Liga debido a los desafíos cada vez mayores que se hacían a sus ideas y a su liderazgo, que decidió viajar a Londres de todos modos, aunque esto significase dejar que Jenny

hiciese frente sola a sus dificultades financieras. Escribió a Pavel Annenkov, que estaba en París, pidiéndole ayuda.

En estos momentos mi situación económica es tan crítica que mi esposa está siendo verdaderamente hostigada por los acreedores y está pasando auténticos apuros financieros... En estas circunstancias, que no me avergüenza francamente confesarte, me salvarías de lo peor si pudieses prestarle a mi mujer entre 100 y 200 francos. Naturalmente, no podré devolvértelos hasta que haya solucionado un problema de dinero que tengo con mi familia.

Si Annenkov estaba de acuerdo, tenía que enviar el dinero a Ixelles: “De todos modos, mi mujer no ha de deducir por tu carta que el dinero te lo he pedido yo... Espero que en otra ocasión podré darte noticias más alentadoras”.³⁸ Aparte de esta petición, Marx dejó que Jenny se las arreglara por su cuenta.

El 27 de noviembre, Marx, Engels, Georg Weerth y Victor Tedesco se encontraron en Ostende, la ciudad portuaria belga del Mar del Norte, y cogieron un vapor que salía para Dover al día siguiente. La marea de radicales que acudieron a la capital inglesa fue impresionante, pues varias organizaciones habían programado diversos actos para finales de noviembre. El primero de ellos era la conmemoración de la revuelta polaca brutalmente aplastada de 1830, de la que aquel dividido país todavía no se había recuperado. Polonia se había convertido en una causa unificadora para la oposición en toda Europa, y simpatizantes franceses, belgas, italianos, polacos, daneses e ingleses se reunieron en un pub de Windmill Street, en el Soho, para recordar a sus mártires.³⁹

Marx, que no era conocido como orador público, hizo una intervención en alemán sobre las lecciones del conflicto polaco, que fue luego traducida al inglés por Schapper. Describió en ella al mundo como un lugar donde la burguesía de todas las naciones estaba unida contra el proletariado de todas las naciones, la “hermandad de los opresores contra los oprimidos, de los explotadores contra los explotados”. Y prosiguió diciendo que si bien hasta entonces el proletariado no formaba un frente unido, sí tenía una experiencia compartida sobre la cual construir un nuevo mundo.

La vieja Polonia se ha perdido en todo caso y nosotros somos los últimos en desear su restauración. Pero no es solo la vieja Polonia lo que se ha perdido. La vieja Alemania, la vieja Francia, la vieja Inglaterra, toda la vieja sociedad se ha perdido. Pero la pérdida de la vieja socie-

dad no es ninguna pérdida para aquellos que no tenían nada que perder en ella, y este es el caso de la gran mayoría en todos los países en el momento actual. Tienen más bien algo que ganar con la caída de la vieja sociedad, que es la condición para el establecimiento de una nueva sociedad, una sociedad que ya no esté basada en los antagonismos de clase.⁴⁰

Uno tras otro todos los oradores reafirmaron su solidaridad con Polonia y con los trabajadores, y la velada terminó con todos los presentes puestos en pie, sombrero en mano y cantando la “Marsellesa”.

Al día siguiente comenzó el congreso de la Liga Comunista en el mismo lugar, y a él asistieron muchos de los que habían estado en la conmemoración de la revuelta polaca. Para la mayoría de ellos, estos actos eran la primera vez que tenían la ocasión de ver a Marx, que era famoso en su pequeño círculo por sus vitriólicos escritos contra los gobiernos y contra sus camaradas socialistas. Del mismo modo que él dividía al mundo en blanco y negro, tampoco había aparentemente término medio en las opiniones que tenían los demás de él. Inspiraba temor y aversión tan a menudo como amor y adoración. Los miembros de la Liga que habían acordado darle el liderazgo ideológico sentían curiosidad viendo a aquella especie de pararrayos humano.

El sastre alemán Friedrich Lessner, que vivía en Londres, describió a Engels como esbelto y ágil, “más parecido a un joven teniente de la guardia que a un erudito”.⁴¹ Pero se quedó impresionado por la fuerza que transmitía la presencia de Marx, tanto física como mental. “Marx era un hombre todavía joven, de unos veintiocho años, pero nos causó una gran impresión a todos. No muy alto, ancho de hombros, de complexión robusta y porte enérgico. De frente amplia y elegante, cabello de color negro azabache, y mirada penetrante. En su boca se dibujaba ya la sarcástica raya que tanto atemorizaba a sus oponentes”. Decía también que Marx nunca pronunciaba una palabra superflua y que no tenía nada de soñador. Lessner salió de su primer encuentro con Marx pensando de él que era un líder nato que “representaba la madurez del pensamiento socialista”.⁴²

Durante diez días los miembros de la Liga se reunieron en una gran habitación en el piso superior de un pub. Sentados en unos bancos frente a unas mesas llenas de jarras de cerveza, debatieron en alemán, francés, italiano e inglés los principios discutidos por vez primera en junio. Sus ropas proclamaban su posición social, desde el gastado uniforme de algodón del obrero a la raída dignidad de la levita negra del intelectual de clase media pasando por los trajes tradicionales y los extraños sombreros de los visitantes procedentes de las distantes provincias de unas tierras aún más distantes. Marx, Engels y sus seguidores trataron

de alejar a aquel grupo de hombres de procedencias tan diversas de las ideas utópicas, y confiaban poder eliminar tales fantasías del programa de la Liga. La Liga tenía que hacerse relevante para los trabajadores si quería crecer, y eso significaba que tenía que abordar agresivamente las necesidades y deseos de los trabajadores.

Al final de la reunión, las Normas de la Liga Comunista estipulaban los requisitos para ser miembro de la misma y establecían una estructura organizativa de varios niveles para el grupo.⁴⁴ También se acordó una revisión del objetivo central. Previamente, el objetivo de la Liga era una mera sugerencia: “La emancipación de la humanidad mediante la difusión de la teoría de la comunidad de la propiedad y su introducción práctica lo más rápidamente posible”.⁴⁵ El nuevo objetivo era puro Marx: “El derrocamiento de la burguesía, el gobierno del proletariado, la abolición de la vieja sociedad burguesa basada en el antagonismo de clase, y la fundación de una nueva sociedad sin clases y sin propiedad privada”.⁴⁶ Las normas especificaban que el grupo permanecería secreto, porque si bien podía operar libremente en lugares como Londres, sus miembros en Prusia corrían el riesgo de ser arrestados si eran descubiertos. Pero la Liga necesitaba un documento que explicase su programa a quienes quisiesen unirse a ella. Al final de la reunión de diciembre, pidieron a Marx y Engels que lo redactasen rápidamente.

Engels ya tenía redactada una nueva versión del “catecismo” comunista que había empezado en junio, pero estaba reconsiderando su formato incluso antes de llegar a Londres. En una carta a Marx había dicho: Piensa un poco en la Confesión de Fe. Creo que haríamos mejor abandonando la forma catequística y titulándolo sencillamente *Manifiesto Comunista*”.⁴⁷

Bruselas, 1848

*Me dicen que no hay ningún peligro porque no hay disturbios;
me dicen que debido a que no hay desórdenes en la superficie de la sociedad,
no hay ninguna revolución a la vista. Caballeros,
permitanme decirles que creo que están equivocados.*

Alexis de Tocqueville¹

JENNY Y MARX ENTRARON EN EL 1848 BAILANDO. La Unión de Trabajadores Alemanes organizó la fiesta de Nochebuena en el Café au Cygne, y Jenny colaboró en la organización. El *Deutsche-Brüsseler-Zeitung* calificó el acto de paso hacia el fortalecimiento de la democracia en diversos países,² pero para Jenny fue sobre todo un paso hacia el fortalecimiento de su estado de ánimo. El año anterior había sido difícil. Según le dijo a una amiga, “divido mi tiempo entre las penas grandes y pequeñas y los problemas de la vida diaria, [y] la preocupación por los asuntos de mi querido esposo”. Además de esto, dijo, mientras Karl estaba en Londres, “todos, grandes y pequeños, hombres y ratones, caímos enfermos, y yo tuve que guardar cama durante dos semanas”.³ Pero en el día de Año Nuevo parecían estar girando página respecto al sufrimiento doméstico. Los niños estaban bien y el pequeño Edgar había “perdido parte de su mal aspecto”. Incluso su situación financiera estaba mejorando: la madre de Karl había dicho finalmente que le adelantaría parte de su herencia.⁴

Así, festejaron el 31 de diciembre dejando la revolución a un lado por una noche. Era el primer baile al que asistía Jenny en años. Para la ocasión, ella y las demás mujeres de clase alta de su círculo iban vestidas de gala, con collares y guantes de seda. Un verdadero arco iris de vestidos de seda de color azul, amarillo, verde y rojo atravesó aquella noche la Grand Place en dirección al Cygne, iluminado por los destellos de las lámparas de gas reflejándose en los miles de cristales en forma de rombo de las ventanas del Hôtel de Ville y de los gremios que rodeaban la plaza. Un día cualquiera la plaza bullía de actividad, llena de

mercaderes con sus sobretodos y sus delantales oscuros, pero aquella noche la Grand Place tenía un aire mágico.

El periódico informaba que en el interior de la cafetería un “montón de mujeres elegantes” aplaudieron ardorosamente los discursos pronunciados durante la fiesta,⁵ incluido uno de Marx que curiosamente se hacía eco del pronunciado por su padre en Tréveris en 1835 en el que su elogio del rey fue malinterpretado como una crítica maliciosa. (En el caso del hijo lo más probable es que lo fuera.) Marx hizo un elogio de la constitución liberal belga, que, según dijo, permitía que floreciese “una semilla humanitaria” que favorecía a toda Europa.⁶ Por su parte, Jenny participó en una representación teatral, que según el *Deutsche-Brüsseler*, de manera nada sorprendente, ponía de manifiesto su “talento para la recitación. Es impresionante ver cómo esas damas excepcionalmente superdotadas tratan de mejorar las facultades intelectuales del proletariado”.⁷ Una vez concluidos estos preámbulos, la orquesta empezó a tocar música de baile y la pista se llenó de parejas. Horas después, ya de madrugada, todavía se oía la música desde la calle.

Pese a la proverbial torpeza física de Marx, lo cierto es que le encantaba bailar y que lo hacía pasablemente bien. Él y Jenny bailaron varios valsos y algunas cuadrillas, un tipo de baile más formal que requiere una buena coordinación entre los bailarines. El tipo de gente que participaba en aquellos bailes era muy diferente del que frecuentaba los salones en Renania. Ya no había cuerdas separando a la aristocracia de las clases inferiores, y no todos los hombres y mujeres llevaban vestidos de noche; de hecho, algunos de los hombres llevaban la gorra embutida en el bolsillo de la americana, una infracción de la etiqueta que habría causado la expulsión en ambientes más formales. Pero la mujer que bailaba en brazos de Marx, que ahora tenía trece años más, no había cambiado tanto; en muchos aspectos seguía siendo la muchacha de dieciocho años que había deslumbrado a Tréveris.

Desde que se había casado Jenny había sufrido la inseguridad financiera y los inconvenientes de un exilio forzoso. Había vivido la angustia causada por una grave enfermedad de su pequeña hija y por la persecución política a que estaba sometido su esposo, y sin embargo no parecía haberse visto especialmente afectada por todo ello. Era como si se sintiese protegida por el escudo de un privilegio aristocrático. Puede que los miembros de su clase tuviesen deudas y disgustos, pero la red social del siglo XIX –al menos para los prusianos– estaba diseñada para proteger a sus miembros del fracaso. Los que pertenecían a la clase dominante no fracasaban si no querían hacerlo. Jenny bromeaba considerándose la reina de una corte de “un esplendor venido a menos”,⁸ pero seguía

viéndola como una corte, una especie de asamblea heráldica obsesionada con un mundo sin bufones. Da la sensación de que en aquel momento se veía a sí misma como parte de una bohemia socialmente consciente y políticamente activa, una bohemia joven que estaba experimentando, y que tenía un futuro incierto pero indudablemente brillante. Era un entorno emocionante para una mujer como ella, inteligente y con convicciones. No cabe duda de que estaba comprometida con las ideas de su esposo, pero sus cartas no son tan claras respecto a si se daba cuenta de que se estaba alejando inexorablemente del mundo protector en el que había sido criada para meterse en una especie de vorágine política y social.

Aquella noche en Bruselas ninguno de los miembros de su grupo parecía pensar que el futuro pudiese contener nada que no fuese una promesa. Todos sus amigos se habían unido al festejo. Engels se había traído a Mary Burns de Inglaterra, y ahora estaba entre ellos bailando en el *Cygne*. Pero su presencia proyectaba una de las escasas sombras de aquella velada por lo demás espléndida. La tensión existente entre ella y los Marx seguía siendo evidente. Según Stephan Born, Marx había dejado claro que Jenny no quería hablar con Mary, y lo consideraba una prueba del carácter aristocrático de Jenny.⁹ Pero no es que Jenny fuese demasiado arrogante para dignarse hablar con Mary; estaba enfadada con Engels por tener tan poco tacto con los obreros y obreras que asistían al baile. “Trayendo a su amante a este grupo de personas mayoritariamente de clase obrera”, explicaba Born, “Engels corría el riesgo de ser objeto de un reproche que a menudo se hacía a los hijos de los empresarios ricos: que utilizaban a las mujeres jóvenes de clase obrera solo para procurarse placer”.¹⁰

Engels tendría que hacer pronto frente a una acusación todavía más grave en este sentido: en una reunión de la Unión de Trabajadores en Bruselas, Moses Hess le acusó de haber violado a su pareja, Sibylle. Red Wolff fue el encargado de redactar las actas de la reunión, pero astutamente evitó consignar las acusaciones de Hess, una delicada maniobra que hizo que Engels (que no estaba presente) le contase a Marx que se había partido de risa. “Moses blandiendo sus pistolas, exhibiendo sus cuernos ante todo Bruselas... tuvo que ser exquisito... Por cierto, si el muy zopenco persiste en ir contando esta absurda mentira de la violación, puedo proporcionarle muchos detalles anteriores, concurrentes y posteriores que le dejarían patidifuso”. Hess, que tenía ocho años más que Sibylle, la había dejado a cargo de Engels, que tenía su misma edad, pidiéndole que la ayudase a cruzar la frontera para entrar en Bélgica. Engels le dijo a Marx que Sibylle le había confesado estar enamorada de él, y que, al no corresponderla, ella le había dicho a Hess que Engels la había emborrachado y la había

violado. “La rabia que siente por mí es pura y simplemente amor no correspondido... La supuesta *borrachera* de que me acusa no fue más que un par de copas de burdeos”. Engels le dijo también que Hess “tiene mi permiso para vengarse, por cierto, con todas mis amantes pasadas, presentes o futuras”.¹¹

A comienzos de enero Engels dejó solo a Marx en Bruselas para acabar el *Manifiesto*. Para entonces existían ya tres borradores, dos de Engels y uno de Hess. Marx empezó de cero, aunque utilizó el último borrador de Engels como inspiración y esquema de trabajo. Jenny actuó de secretaria para ayudarlo a acelerar el proyecto. Su letra se entrelaza en el manuscrito: Marx garabateaba sus pensamientos en un papel y luego ella, con su letra elegante y femenina, los copiaba y volvía legibles las virulentas críticas que hacía su esposo a la burguesía y su convicción de que la revolución era justa, inevitable e inminente. Puede que fuera inminente, pero, como era habitual en él, Marx estaba enfrascado en otros asuntos. Estaba escribiendo para el *Deutsche-Brüsseler* y preparando una serie de conferencias para la Unión de Trabajadores Alemanes que tenía intención de reunir en un panfleto. También tenía que ocuparse de tareas relacionadas con la Asociación Democrática Internacional, entre las que se contaba la inauguración de una nueva delegación en el centro textil industrial de Gante, la Manchester de Bélgica. Y en enero pronunció un discurso en la asociación sobre un tema relativo al libre comercio que había empezado a preparar en septiembre.¹²

Los partidarios del libre comercio decían que era como los monarcas que gobiernan por derecho divino, es decir, por voluntad de Dios. El comercio hace que la gente se comuniquen, promueve el progreso espiritual y el bienestar social y, como decía un historiador, multiplica las bendiciones de la civilización. (Este argumento había sido incluso utilizado para levantar las restricciones sobre el comercio en Inglaterra.)¹³ Pero Marx decía que el libre comercio simplemente significaba la “libertad del Capital para aplastar al obrero”. De todos modos, se pronunciaba a favor del libre comercio porque solo entonces, decía, podría florecer la industria, lo que a su vez precipitaría el cambio social, incluida la división del mundo en dos clases distintas: la burguesía adinerada y los trabajadores asalariados.¹⁴ (Más tarde Engels las describiría como “la riqueza hereditaria por un lado y la pobreza hereditaria por otro.”)¹⁵ Marx predecía que el sistema se desarrollaría hasta perder el control y producir un colapso económico y una revolución social.

Hay quien podría acusar a Marx de cinismo por aceptar en vez de combatir un sistema de comercio que él mismo predecía que causaría sufrimiento

entre los trabajadores. Pero una de las revelaciones de Marx era que, por difícil que fuera contenerse, los intentos prematuros de hacer la revolución estaban condenados al fracaso. Hasta que las condiciones fuesen tales que una gran mayoría del pueblo reconociese la necesidad de rebelarse (y él contaba con que el libre comercio contribuiría a crear estas condiciones) los intentos de mejorar su suerte por medio de la acción violenta no serían más que la toma del poder por un pequeño grupo de elitistas.

Marx había pensado presentar su teoría sobre el libre comercio en una reunión de economistas que iba a celebrarse en Bruselas en setiembre, pero le prohibieron hacerlo. De todos modos sus ideas al respecto no se desperdiciaron: porciones de su argumentación aparecerían finalmente en el *Manifiesto Comunista*.

Engels, que estaba en París, le dijo a Marx que se sentía frustrado por la falta de acción entre los miembros de la Liga en Francia. Parte del problema, decía, era que todavía no habían visto nada desde el congreso de Londres y naturalmente “se estaban volviendo completamente abúlicos”, aunque la temperatura política en el Continente iba en aumento.¹⁶ Si bien el comentario de Engels pudo haber sido un leve acicate para hacer que Marx se pusiese a trabajar en el *Manifiesto*, el 26 de enero un dirigente aún más frustrado de la Liga envió a Marx una carta inequívocamente franca diciéndole que si el *Manifiesto* no estaba en Londres antes del 2 de febrero, “se vería obligado a tomar medidas contra él”.¹⁷

De hecho Marx casi había terminado. A finales de enero envió el documento de veintitrés páginas a Londres.¹⁸ El sastre Lessner llevó el manuscrito a un impresor alemán llamado J. E. Burghard, que tenía un taller en Liverpool Street, en la City. Burghard puso una cubierta de color verde oscuro al panfleto, titulado *Manifiesto del Partido Comunista*, pese a que no existía ningún partido con ese nombre. No constaba el nombre del autor en ninguno de los ochocientos ejemplares que salieron de la imprenta a finales de febrero de 1848.¹⁹ El cartista inglés George Julian Harney describió el panfleto, escrito por Marx en su pequeña casa suburbana y copiado por su esposa en la mesa del comedor, como “el documento más revolucionario jamás publicado”.²⁰

Tal como lo había redactado Marx, el *Manifiesto* era menos dramático que el credo de preguntas y respuestas de Engels, pero, en su tranquilo control, era mucho más poderoso. El panfleto de Marx se leía como la exposición inicial en un juicio legal (indicio, tal vez, del abogado que podía haber sido). Empezaba con el melodramático “Un fantasma recorre Europa: el fantasma del comunis-

mo”, y luego se disponía a poner a fin a aquel “cuento infantil” describiendo el comunismo y el sistema corrupto al que este iba a reemplazar.²¹

Sintetizando ideas de otros intelectuales y economistas hasta hacérselas propias, Marx describía los crímenes cometidos por la burguesía, que, según él, “no dejaba en pie otro nexo entre hombre y hombre que el mero interés egoísta, el cruel ‘pago al contado.’” Decía que el sistema había reducido las ocupaciones tradicionales más respetadas —médicos, abogados, sacerdotes, poetas, científicos— en asalariados, y que había convertido “las relaciones familiares en una mera relación monetaria”. Marx describía un estado de confusión sin parangón en la historia en un mundo dominado por el capital, debido a su necesidad de revolucionar constantemente la producción y obtener beneficios, lo que a su vez requería abrir nuevos mercados en todo el globo: “Tiene que meterse en todas partes, instalarse en todas partes, establecer conexiones en todas partes”. Su sistema de comercio llevaba materias primas desde lugares lejanos hasta los productores situados al otro lado del océano para poder vender sus productos a los consumidores situados a un puerto o a una estación de ferrocarril de distancia. Las viejas industrias nacionales estaban siendo destruidas; y las viejas civilizaciones también, a medida que eran arrastradas hacia la nueva red. De este sistema decía Marx que “en una palabra, está creando un mundo a su propia imagen”.²²

Pero también explicaba que aquella sociedad también estaba sembrando las semillas de su propia destrucción y que “era como el aprendiz de brujo que ya no es capaz de controlar a los poderes del más allá a los que ha convocado con sus hechizos”.²³ Las crisis comerciales se acelerarían con la sobreproducción, y el ejército de trabajadores necesario para hacer funcionar las máquinas de la sociedad industrial —la clase obrera o el proletariado revolucionario— se convertiría en la fuerza que acarrearía su destrucción. “Lo que la burguesía produce, por consiguiente, es, por encima de todo, a sus propios sepultureros. Su caída y la victoria del proletariado son igualmente inevitables”.²⁴ Para Marx, este conflicto de clase era un hecho que formaba parte del progreso histórico en la misma medida en que el producto o el descubrimiento de una generación constituía la base de una mejora en la siguiente.

Marx declaraba que en el núcleo mismo del comunismo estaba la abolición de la propiedad privada. Y replicaba posibles críticas alarmistas observando que las nueve décimas partes de la población no tenían propiedad alguna, de modo que los únicos que tenían algo que perder eran los miembros de la minoría que había obtenido lo que poseía mediante la explotación: “El comunismo no priva a ningún hombre del poder de apropiarse de los productos de la sociedad; lo



Portada de la primera edición del *Manifiesto del Partido Comunista*, impresa en Londres en febrero de 1848, justo cuando en Europa estallaba una revuelta sin precedentes. (IISG, Amsterdam)

único que hace es privarle del poder de subyugar el trabajo de otros por medio de dicha apropiación”.²⁵ ¿Por qué una industria cuyo funcionamiento depende del trabajo de cien personas, o tal vez de mil, había de enriquecer solo a unos cuantos? ¿Por qué los bienes de la Tierra –minerales, océanos, campos– habían de estar bajo el control exclusivo de ningún hombre para su propio beneficio?

Marx replicaba a los críticos que afirmaban que el comunismo amenazaba la estructura de la familia acusándolos de hipócritas. Señalaba que bajo el sistema industrial burgués, a los niños ya se les había arrebatado la infancia. No eran educados, sino tratados como meros “artículos de comercio y como instrumentos de trabajo”. En cuanto a las relaciones maritales, también habían sido destruidas por la clase adinerada, que explotaba

sexualmente a sus esposas y a sus hijas –mediante la intimidación o la prostitución– y que había convertido en un deporte la seducción de la esposa de otro.²⁶

“En lugar de la vieja sociedad burguesa, con sus clases y sus antagonismos de clase, tendremos una asociación en la que el libre desarrollo de cada uno será la condición del libre desarrollo de todos”.²⁷ Pero decía que esto solo podría conseguirse mediante “el derrocamiento por la fuerza de las condiciones sociales existentes. Que tiemblen las clases dominantes ante la revolución comunista. El proletariado no tiene otra cosa que perder que sus cadenas. Y tienen todo un mundo por ganar”.

“Trabajadores de todos los países, ¡uníos!”²⁸

París, 1848

*No desesperaban de sí mismos ni de su destino;
no desesperaban de su rey ni de su Dios.
Y finalmente lo que provocó en ellos la desesperación fue el hambre..*

Príncipe Felix Lichnowsky¹

EL *MANIFIESTO COMUNISTA* SERÍA FINALMENTE traducido a más de doscientas lenguas, pero cuando fue publicado pasó prácticamente inadvertido. Europa estaba ya en llamas. La tercera semana de febrero de 1848 circuló por Bruselas el rumor de que se había producido un terremoto en París, un rumor demasiado fantástico para ser creíble: *Luis Felipe ha abdicado y ha huido al exilio. Se ha formado un gobierno provisional en Francia. ¡Francia es una república!* El jueves veinticuatro, la estación del ferrocarril de Bruselas estaba llena de gente esperando la llegada del tren procedente de París que venía con retraso y que traía las últimas noticias. Incluso el embajador francés estaba allí para saber a qué gobierno servía, si es que todavía servía a alguno. Pasada la medianoche, ya en viernes, llegó finalmente el tren. Stephen Born, que estaba entre la multitud, recordaba que el maquinista saltó del tren cuando este todavía no se había parado completamente, gritando: “La bandera roja ondea sobre las torres de Valenciennes. ¡Han declarado la República!” La multitud acogió sus palabras con un estruendoso “¡Viva la República!” El embajador francés y su esposa salieron disparados del andén mientras cientos de voces, mayoritariamente alemanas, daban vítores a la República.² En pocas semanas, estos vítores se oyeron en capitales de toda Europa, mientras, uno tras otro, unos líderes que habían parecido invencibles caían como fichas de dominó. Y lo que era aún más notable, no caían ante ningún ejército: caían ante unos hombres y mujeres normales y corrientes cuya única arma era su abundancia numérica.

Un historiador ha escrito: “La historia no elimina los agravios; los utiliza como quien siembra minas”.³ Este fue ciertamente el caso en 1848. Los agravios que estallaron aquel año podían remontarse directamente al Congreso de Viena de 1815, que desmembró a Europa con el objetivo de borrar cualquier rastro de

las conquistas de Napoleón. Las fronteras impuestas por los líderes que prepararon el Congreso nunca llegaron, sin embargo, a corresponderse exactamente con las poblaciones que supuestamente tenían que contener. Y los monarcas que emergieron de las reuniones del Congreso creyéndose investidos de un nuevo manto de fortaleza se vieron realmente debilitados como resultado de las guerras napoleónicas. Sus pueblos se habían sacrificado y habían dado su sangre en las batallas, pero no recibieron nada a cambio tras la firma de la paz. Los impuestos no sirvieron para financiar mejoras, sino para llenar las arcas con las que se financiaba el despilfarro de la vida cortesana. Los derechos que se habían prometido como recompensa para expulsar a los franceses no se materializaron; fueron aún más enérgicamente negados por las fuerzas de policía investidas con nuevos poderes. Se malograban las cosechas sin que los gobiernos proporcionasen ayuda alguna; creció el desempleo y no hubo ningún intento de crear puestos de trabajo. Entre 1815 y 1848, sin embargo, los descontentos habían encontrado su voz, y en 1848 se habían finalmente levantado. La revuelta de aquel año fue calificada de Primavera de los Pueblos. Fue la primera —y sigue siendo la única— rebelión del pueblo contra sus gobernantes de ámbito europeo.⁴

En febrero París era el centro y la cúspide del estallido de las revueltas de 1848, aunque estas habían empezado realmente en el otoño de 1847. La primera se produjo en Suiza cuando un gobierno recién instalado fue a la guerra contra siete regiones católicas que habían elegido separarse y no acatar una nueva constitución liberal. En la vecina Austria, el poderoso canciller Metternich veía en la guerra una amenaza a los monarcas conservadores de Europa y trató de congrega apoyos contra los “ateos radicales”. Pero después de veintiséis días de enfrentamientos, se impusieron los liberales y Suiza fue unificada. La noticia de su triunfo se propagó por toda Europa.⁵ Un radical envió un mensaje a los suizos: “En el reloj de los pueblos ha sonado la medianoche; el pueblo suizo ha adelantado las manecillas varias horas y se acerca al alba”.⁶

La revuelta suiza fue rápidamente seguida por otra revuelta en Palermo. Italia no existía de hecho en aquel momento, estaba fragmentada en dos principados, tres reinos, tres ducados soberanos y los Estados Pontificios controlados por el papa. En el Piamonte la clase gobernante hablaba en francés; en Lombardía y Venecia hablaba alemán; y en toda la península el pueblo se comunicaba en unos dialectos incomprensibles para sus vecinos situados a escasos kilómetros de distancia.⁷ En la década de 1830 el nacionalista Giuseppe Mazzini había creado el movimiento de la Joven Italia para unificar a su país, pero la región parecía estar totalmente dividida, y carecía del beneficio del ferrocarril o de las otras

vías de comunicación que habían ayudado a organizarse a los insurgentes del resto de Europa.⁸

A comienzos de enero de 1848, sin embargo, se produjo una rebelión desencadenada por una crisis alimentaria que había estallado en Sicilia, la parte más pobre de lo que después sería Italia. Ayudados por unos criminales que querían expandir su autoridad y por unos liberales inspirados por las reformas instituidas por el papa Pío X en los Estados Pontificios, los residentes de Palermo pillaron desprevenido al rey Fernando y en dos semanas establecieron un gobierno provisional. A finales de enero el rey, conocido por su poder absoluto, había perdido el control de todos sus territorios desde Sicilia hasta Apulia. En febrero, en un último intento de conservar el trono, Fernando propuso una constitución,⁹ y este contagio constitucional se extendió rápidamente hacia el norte. Mazzini, que estaba en Londres, convocó a sus seguidores para que volvieran rápidamente a casa: el sueño de una nación parecía estar a su alcance.¹⁰

Los acontecimientos en Suiza e Italia, pese a su carácter dramático, fueron meros ejercicios de precalentamiento en la batalla contra la regla monárquica. El combate principal tendría lugar en Francia, donde se habían iniciado tradicionalmente las revoluciones europeas. Igual que el rey Fernando, Luis Felipe se vio sorprendido por los hechos de 1848, aunque de todos los que ocupaban un trono, él era el que menos tenía que haberse sorprendido. Luis Felipe habría tenido suficientes señales de advertencia si solo hubiese mirado a su alrededor, pero desde el aislamiento de su palacio soltó ese altanero mensaje: “Los parisinos no empezarán una revolución en invierno. Estas cosas las hacen cuando hace buen tiempo”.¹¹ ¡Qué poco conocía a su pueblo!

Durante casi un año, los parlamentarios franceses de la oposición habían estado promoviendo reformas electorales y políticas, en parte en respuesta a las leyes electorales de 1847, que consideraban como una mofa del derecho al voto.¹² Se estableció un impuesto para poder votar de 200 francos en un país en el que incluso los aristócratas de la clase obrera –los artesanos– ganaban de promedio unos 600 francos al año. Esto significaba que de los nueve millones de votantes potenciales varones solo un cuarto de millón podrían permitirse votar.¹³

Para burlar las estrictas reglas sobre la asociación política, que no autorizaban la reunión de más de seis personas para discutir de política sin un permiso especial, se organizó una serie de grandes banquetes.¹⁴ El primero tuvo lugar en julio en París en una pista de baile en una carpa al aire libre, con una orquesta de setenta músicos. El banquete del Châteu Rouge atrajo a más de mil doscientas personas, y aquella reunión de optimistas moderados fue seguida por otros

veintidós festejos parecidos en todo el país, algunos de los cuales con unos seis mil asistentes. A medida que se iban sucediendo, el tono de los festejos se fue haciendo más y más radical, hasta que en un banquete celebrado en Lille en noviembre, un líder republicano, Alexandre Ledru-Rollin, brindó por los sagrados pero no reconocidos derechos de la mayoría de los franceses: “Dicen que conceder derechos políticos al pueblo es una locura. ¿Cómo confiarles derechos en su estado de incapacidad, de ignorancia, de depravación moral?” Y declaró: “Pues yo digo que quienes pagan un tributo con su sangre, su sudor y su dinero tienen derecho a participar en el gobierno que les arrebató todas estas riquezas”.¹⁵ Por aquella misma época, Engels escribió en un artículo publicado en la revista de Londres *Northern Star*, que la mayoría de pequeños burgueses franceses estaban preparados para unirse a las filas de la oposición; habían llegado a la conclusión de que el rey y los monárquicos del gobierno eran los “siervos obedientes de un puñado de banqueros, corredores de bolsa, especuladores, grandes empresarios, terratenientes y propietarios de minas”.¹⁶

El 22 de febrero se programó un banquete multitudinario en el *douzième arrondissement* de París, precedido por una marcha hacia el lugar donde se celebraba para los que no podían permitirse el precio de entrada. Hasta entonces, el rey no se había preocupado abiertamente por los banquetes, pero el primer ministro François Guizot, despreciado por ser el malvado artífice que estaba detrás de Luis Felipe, temiendo que este podía traer problemas lo prohibió. La orden de Guizot convenció a ochenta de los noventa y nueve organizadores de que abandonasen el acto, pero la multitud que había sido convocada para la marcha no estaba dispuesta a capitular.¹⁷ Pese a la fría y persistente lluvia que cayó la mañana del 22 de febrero, los manifestantes se reunieron en la Place de la Madeleine gritando “¡Abajo Guizot!”¹⁸

Al día siguiente, el tiempo empeoró —la lluvia y la nieve golpeaban las manos y las cabezas descubiertas como agujas heladas—, pero la manifestación era aún mayor. Un numeroso contingente de la Guardia Nacional fue enviado a controlar a la muchedumbre, pero también ellos estaban hartos de la monarquía, y, poniendo sus fusiles culata en alto, se unieron a la protesta. Un grito de júbilo salió de la multitud, que volvió a exigir la destitución de Guizot.

Por la tarde, Luis Felipe, que era demasiado viejo y que seguramente estaba demasiado cansado para luchar, cedió y destituyó a su poderoso ministro. Tal vez calculó que su sacrificio contentaría a la multitud, pero por la tarde las calles estaban llenas de manifestantes que exigían más. Mientras avanzaban ruidosamente por el Boulevard des Capucines, hombres y mujeres cogidos del brazo se encontraron con una barrera de policías que abrió fuego, matando a cincuenta

personas (algunos testigos elevaron el número a ochenta). Los manifestantes cargaron en carretas a dieciséis de los muertos y desfilaron en una procesión solemne por la ciudad a oscuras a la luz de las antorchas.¹⁹ El traqueteo de las ruedas de metal sobre los adoquines y el ruido sordo de cientos de pies sobre el suelo resonaban por las calles vacías. Ya no hubo más gritos ni canciones. La indignada multitud era terrorífica en su silencio.

Pocas personas durmieron en París aquella noche, por lo menos no lo hicieron ni los manifestantes ni el rey. Durante toda la noche se levantaron barricadas. Se arrancaron más de un millón de adoquines y se cortaron más de cuatro mil árboles para construir mil quinientas estructuras para contener los ataques de la policía y el ejército. Por la mañana también el ejército había empezado a pasarse a la oposición.²⁰ El 24 de febrero, sin duda angustiado por las visiones de la Revolución Francesa y de la guillotina que había acabado con Luis XVI, Luis Felipe abdicó y, oculto bajo un disfraz, huyó a Inglaterra, declarando que no quería derramar la sangre del pueblo francés. Antes de huir cedió la corona a su nieto de nueve años. Quería convertirlo en soberano de Francia, con su madre como regente hasta la mayoría de edad, pero la situación había cambiado y la cosa ya no estaba para farsas. El niño y su madre también escaparon y se formó un gobierno provisional.²¹

Alexis de Tocqueville, un aristócrata no demasiado comprensivo con la oposición, fue sin embargo uno de los observadores más elocuentes de la revuelta parisina. En un discurso ante la cámara baja del parlamento francés, la Cámara de los Diputados, casi un mes antes de que estallase la tensión, había suplicado a los líderes políticos que abriesen los ojos y viesen que se estaba fraguando una rebelión alimentada por la miseria del pueblo. “¿No veis que sus pasiones han dejado de ser políticas y ahora son sociales? ¿No veis que están formando gradualmente opiniones e ideas destinadas no solo a cambiar esta o aquella ley, este o aquel ministro o incluso esta o aquella forma de gobierno, sino a la propia sociedad? ... Creedme, la verdadera razón, el motivo efectivo que hace que los hombres pierdan el poder político, es que se han vuelto indignos de conservarlo”.²²

Estados Unidos reconoció rápidamente al nuevo gobierno francés.²³ En Europa la respuesta fue más aprensiva. Los monarcas absolutistas vieron una cierta justicia poética en la caída de Luis Felipe. Había ascendido al trono a consecuencia de la revuelta de 1830 y era ahora derrocado por otra revuelta. Pero no tendrían mucho tiempo para saborear el momento.²⁴

Aproximadamente una semana antes de que las noticias de lo ocurrido en París llegasen a Bruselas, Marx había recibido el aviso de que estaba a punto de suce-

der algo. El socialista francés Jacques Imbert, miembro de la Asociación Democrática y refugiado en Bruselas, le había dicho que estuviese preparado. Pero en vez de huir en busca de seguridad por si la violencia llegaba a Bélgica, Marx y Jenny trasladaron de nuevo a la familia desde la seguridad de la suburbana Ixelles al Bois Sauvage, en el centro de Bruselas.²⁵ Engels ya estaba allí: el 29 de enero la policía francesa había irrumpido en su apartamento parisino y le había dado 24 horas para abandonar Francia o ser extraditado a Prusia. Había dos explicaciones conflictivas para esta expulsión.²⁶ Una era que los franceses estaban alarmados por un discurso hostil al gobierno que había dado a los emigrantes alemanes.²⁷ La otra era que lo expulsaban a causa de un asunto de faldas. Stephan Born dijo que Engels había amenazado con denunciar al “conde X”, que había repudiado a su amante dejándola sin medios de subsistencia, lo que equivalía a condenarla de por vida a hacer de concubina para varios hombres, o incluso a prostituirse. Esta versión implicaba un duelo. La historia real sigue siendo un misterio.²⁸ La Asociación Democrática publicó simplemente una nota en el *DeutscheDeutsche-Brüsseler* diciendo que estaba totalmente de acuerdo con la explicación que le había dado Engels de los hechos que motivaron su abrupta partida de Francia.²⁹

Después de las buenas noticias iniciales de la revuelta parisina, la familia Marx y Engels esperaban expectantes nuevas informaciones. Pero la cosa estaba extrañamente tranquila. Era como si todos los bandos estuviesen evaluando la situación y calculando el siguiente movimiento. Las autoridades belgas tenían conocimiento desde hacía tiempo de los diversos clubs y asociaciones que los refugiados radicales habían formado en Bruselas, pero no los consideraban como una amenaza real. Ahora las cosas eran diferentes. El desempleo en las fábricas textiles belgas estaba aumentando, y en todo el pequeño país había bolsas de hambre. Un historiador del movimiento obrero belga comentó que no pasaba ni un solo día “sin que un obrero hambriento rompiera un escaparate para paliar su hambre en la cárcel”.³⁰ Las autoridades temían que elementos extranjeros utilizaran sus contactos con los rebeldes de París para fomentar la violencia en Bruselas, y cabía la posibilidad de que los trabajadores belgas viesan su situación reflejada en la cara de las multitudes parisinas y decidiesen que también Bélgica estaría mejor sin un rey.³¹

El sábado 26 de febrero, el gobierno belga había redactado una lista de extranjeros a vigilar y, en caso necesario, expulsar.³² Mientras tanto, Marx y otros líderes de la Asociación Democrática habían empezado a alertar a miembros y simpatizantes de la Asociación que se había programado una gran manifestación para la noche del día siguiente “para obtener del modo propio a las institucio-

nes políticas belgas las ventajas que ha obtenido el pueblo francés”.³³ Victor Tesesco fue de café en café, subiéndose a las mesas y convocando al pueblo a la protesta.³⁴ El domingo por la tarde, la Grand Place frente al Hôtel de Ville y las cafeterías y tabernas circundantes estaban llenas de manifestantes y de curiosos.

Los ciudadanos habían acudido a una manifestación pacífica, pero a medida que su número crecía se fueron poniendo cada vez más nerviosos y la situación se fue volviendo caótica. La *Marsellesa* resonó compitiendo con gritos de “*Vive la République!*” La guardia civil (formada básicamente por voluntarios de clase media), la policía y unidades de infantería del ejército reforzados por tropas de reserva procedentes de las provincias, rodearon la enorme plaza a pie y a caballo, visiblemente nerviosos a medida que la multitud se iba volviendo más escandalosa y física. Engels, Stephan Born y Lupus estaban entre otros alemanes observando desde un café cómo los manifestantes llenaban las calles adyacentes a la plaza coreando “*Li-ber-té, é-ga-li-té!*” De pronto, los gendarmes de la plaza avanzaron hacia la multitud. Los manifestantes fueron atropellados y apaleados, y la policía se abrió en abanico en la periferia de la plaza, atrapando a los que trataban de huir.³⁵ Lupus fue interceptado y cuando se le encontró un cuchillo fue detenido junto con treinta y cuatro belgas y otros cuatro extranjeros. Fue interrogado, trasladado a un centro de detención y posteriormente enviado a la cárcel.³⁶ Más tarde Marx explicó que Lupus había sido apaleado por unos policías borrachos que “le quitaron las gafas, le escupieron en la cara, le dieron patadas y puñetazos, le insultaron... y le torturaron”. (El ojo derecho de Lupus quedó tan dañado que estuvo a punto de perder la vista, aunque al final no le quedaron lesiones permanentes.)³⁷

El gobierno de Leopoldo fue en cierto modo más hábil que otros gobiernos de Europa. Las autoridades de Bruselas pensaron que si podían identificar a los malhechores responsables del tumulto en la Grand Place como alemanes, podrían engañar a la población belga haciéndole creer que no eran compatriotas suyos quienes estaban incitando a la subversión contra el gobierno. Como mínimo esto podía hacerles ganar tiempo para tratar de atajar la revuelta. Además, se hizo circular el rumor de que el rey podía abdicar si el pueblo así lo deseaba, porque en el fondo era un republicano. Esta inteligente campaña de rumores reforzó el apoyo popular de Leopoldo sin que este tuviese que hacer realmente nada.³⁸

El lunes circuló el rumor por Bruselas de que un grupo de deshonorados alemanes que habían sido expulsados de su propio país eran los responsables de la manifestación violenta de la noche del domingo. En un artículo para el *Northern*

Star Engels escribió: “En menos de veinticuatro horas, la totalidad de la tenderocracia... expresó de manera unánime su protesta contra los rebeldes alemanes... Los alemanes habían acordado reunirse en una cafetería, a la que cada uno de ellos llevaría las últimas noticias de París. Pero la protesta de los tenderócratas fue tan grande, y tantos los rumores sobre las medidas que iba a tomar el gobierno contra los alemanes que se vieron obligados a renunciar incluso a este inocente medio de comunicación entre ellos”.³⁹ Jenny comentó que la policía, el ejército y la guardia civil habían sido enviados contra los alemanes, por lo que estos decidieron que había llegado el momento de armarse. “Se procuraron dagas, revólveres, etc... Karl proporcionó de buen grado el dinero, pues acababa de recibir una herencia”, recordaría con naturalidad años más tarde en su autobiografía.⁴⁰

Efectivamente, a comienzos de febrero Marx había recibido los 6.000 francos que le había prometido su madre.⁴¹ Necesitaban desesperadamente aquel dinero para pagar deudas y para vivir los próximos meses, porque no había ninguna otra fuente de ingresos a la vista en el futuro inmediato. Pero Marx raramente pensaba en el futuro respecto a sus propias finanzas. En sus manos el dinero no duraba ni un minuto; en la mayoría de los casos ya lo había gastado varias veces antes de transcurrido el minuto. Jenny sabía muy bien lo que gastar prematuramente la herencia significaba: acreedores, inseguridad, engaño. Y sin embargo no puso aparentemente objeciones a que Marx la destinase a comprar armas de fuego para los insurgentes en vez de comida para su familia. De hecho, pareció ingenuamente sorprendida por la alarma que había provocado en el gobierno belga la decisión de su esposo. “En todo este asunto”, proclamó, “el gobierno belga solo ha visto conspiración y planes criminales: Marx recibe dinero y compra armas; por lo tanto hay que librarse de él”.⁴²

Lo que quería decir Jenny, como han sugerido algunos biógrafos de Marx, era que el gobierno belga no tenía nada que temer de él ni de sus compatriotas alemanes, porque lo que estos querían era llevar la lucha a su país, al otro lado de la frontera con Prusia. Pero aunque esto fuera verdad, Bélgica habría igualmente considerado que tenía derecho —como mínimo— a expulsar de su territorio a unos rebeldes armados que estaban dispuestos a derrocar a un aliado. La respuesta algo extravagante de Jenny puede interpretarse como un indicio de que todavía no había comprendido realmente que las teorías revolucionarias que tanto admiraba en los escritos de su marido tenían otro tipo de realidad material concreta en forma de pistolas.

El primero de marzo, Lupus y los otros extranjeros detenidos en la manifestación de aquel domingo fueron trasladados a la estación de tren en los negros

carruajes de la policía y expulsados a Francia. El tiempo se le estaba acabando también a Marx. El lunes 28 de febrero un espía de la policía le había visto entregando 2.100 francos en billetes de banco a dos hombres.⁴³ Si se demostraba que Marx estaba armando a los rebeldes en Bélgica podía ser colgado. Le dijo a Jenny que se fuera con los niños a Tréveris, pero ella se negó. Como esposa de Marx, también ella sufría el acoso de la policía.⁴⁴ (Incluso la anciana madre de Marx fue interrogada por las autoridades de Tréveris acerca del dinero que había enviado a su hijo, y fue obligada a firmar una declaración jurada de que el dinero era para ayudar a su familia.)⁴⁵

Mientras, la Liga Comunista había trasladado su Autoridad Central desde Londres a Bruselas para estar más cerca de la revuelta de París. Pero el 3 de marzo Marx había decidido que la autoridad tenía que trasladarse de nuevo, esta vez al propio París.⁴⁶ Es posible que también él ya hubiera decidido ir allí: Ferdinand Flocon, el editor del periódico francés de oposición *La Reforme*, era ahora miembro del gobierno provisional de Francia, y en su calidad de tal invitó “al bueno y leal Marx” a regresar a Francia. En una carta fechada el primero de marzo, pero recibida por Marx seguramente uno o dos días más tarde, Flocon le decía: “La tiranía te mandó al exilio y ahora Francia te abre sus puertas, a ti y a todos aquellos que luchan por la sagrada causa, la causa fraternal de todos los pueblos”.⁴⁷ La carta de Flocon no podía ser más oportuna. El 2 de marzo, el rey Leopoldo I firmaba una orden de expulsión de Marx de Bélgica y prohibiéndole volver a entrar jamás en el país.⁴⁸

Para evitar ser arrestados, Marx, Engels y Born habían pasado la noche en casa de un amigo que vivía fuera de Bruselas, pero el 3 de marzo a las cinco de la madrugada, cuando le entregaron la orden de expulsión, Marx estaba en el Bois Sauvage. La orden incluía el plazo ya familiar de veinticuatro horas para la partida.⁴⁹ Mientras Jenny y Lenchen empezaban a recoger las pertenencias de la familia —una tarea nada sencilla porque ya hacía más de tres años que vivían en Bryuselas—, Marx convocó en sus habitaciones del segundo piso a cinco miembros de la Liga Comunista, incluidos Engels y Gigot. Acordaron formalmente trasladar la Autoridad Central de la Liga a París y darle a Marx el poder de constituir allí una nueva autoridad.⁵⁰

Los policías habían estado vigilando la pensión y habían informado a sus superiores de que varias personas habían visitado a Marx entre las nueve y las once de la noche. A la una de la madrugada entraron sin llamar en el Bois Sauvage, que estaba a oscuras, y pasando junto al vigilante, que estaba dormido, subieron al primer piso, donde estaban las habitaciones de los Marx.⁵¹ Según el

informe, un agente de policía, seguido de cuatro funcionarios y una camarera entraron primero en la habitación donde Jenny y Lenchen estaban durmiendo. Registraron la habitación durante media hora antes de subir al segundo piso, donde encontraron a Marx en bata haciendo las maletas. Encima de una mesa había varios vasos con restos de vino y cerveza, que la policía consideró como prueba de que poco antes se había celebrado una reunión allí. Los policías registraron la habitación y encontraron documentación de la Liga, incluido el escrito que transfería su autoridad a París. Luego le pidieron la documentación a Marx, que les entregó su orden original de expulsión de Francia y su nueva orden de expulsión de Bélgica. Los policías se burlaron de Marx alegando que ninguno de aquellos documentos constituía una auténtica identificación o pasaporte, y fue inmediatamente arrestado. Le permitieron vestirse y luego, rodeado de agentes uniformados, fue conducido a un vehículo de la policía que estaba esperando en la calle.⁵²

Muerta de miedo, Jenny salió de la casa y se encontró con su amigo, el abogado belga Lucien Jottrand. Era conocedora de las consecuencias que podía tener la detención de un alemán en Bruselas. Si demostraban que había dado dinero para comprar armas, podían presentar cargos de traición contra su esposo, y probablemente lo harían. Jenny pidió a Jottrand que tomase las medidas necesarias para encontrar a Karl y liberarlo. Desesperada, corrió de casa en casa por las calles a oscuras del centro de Bruselas, arrastrando por el suelo su abrigo de terciopelo, tratando de despertar a varios amigos para que la ayudasen. Por el camino se encontró a Philippe Gigot, que le ofreció su brazo para tranquilizarla mental y físicamente. Juntos regresaron al Bois Sauvage, donde un sargento de policía se ofreció cortésmente a llevar a Jenny a ver a su esposo.⁵³

Gigot y Jenny le siguieron hasta la comisaría solo para comprobar que Marx no estaba allí. Luego fue interrogada acerca de por qué había ido a ver a Jottrand y sobre si tenía los papeles en regla. Gigot protestó manifestando que aquellas preguntas eran absurdas e insolentes y como respuesta lo encerraron en el calabozo. (Un informe policial posterior se refería a él como una víctima de la galantería.)⁵⁴ Por su parte, Jenny fue arrestada por no llevar encima documentos identificativos, acusada de vagabundeo y encerrada en una celda oscura con tres prostitutas.⁵⁵ “Cuando entré en la celda entre sollozos, una desventurada compañera de infortunio me ofreció compartir su cama. Era un simple tablón de madera. Me tendí en él”.⁵⁶ Los policías dijeron que dejaban a Jenny allí solo por un tiempo, antes de trasladarla a una celda con dos camas, una de ellas ocupada por una mujer detenida por agresión. En su relato, Jenny recuerda haberse sentido tan agradecida por el cambio que le dio medio franco al carcelero.⁵⁷

La mañana siguiente fue gris y fría. Jenny dijo que miró por la ventana de su celda y vio entre los barrotes de la celda que tenía enfrente “un rostro cadavérico y acongojado”. Era Gigot.. “Cuando me vio empezó a hacer señas, apuntando hacia abajo. Siguiendo sus indicaciones, miré en aquella dirección y vi como se llevaban a Karl escoltado”. No sabiendo si aquella escolta llevaba a Marx al paredón, permaneció en su celda en un estado de absoluta ansiedad durante más de una hora, hasta que fue llevada ante un magistrado que la interrogó. Durante dos horas la acribilló a preguntas acerca de sus actividades y las de su esposo, pero según ella no le proporcionó ninguna información relevante.⁵⁸ “El interrogatorio fue naturalmente una farsa”, escribió Marx más tarde. “El único crimen cometido por mi esposa era el hecho de que, pese a pertenecer a la aristocracia prusiana, comparte las opiniones democráticas de su esposo”.⁵⁹

Finalmente no se presentaron cargos contra Marx (que dijo haber pasado la noche en una celda con un loco⁶⁰) ni contra Jenny, y fueron dejados en libertad a las tres de la tarde, horas antes de que terminase el plazo para su expulsión. Marx había solicitado que Jenny pudiera quedarse tres días más en Bruselas para serenarse y preparar a los niños para el viaje, pero Jenny se negó a quedarse sin él.⁶¹ Ella y Lenchen empaquetaron rápidamente sus cosas y Jenny vendió todo lo que pudo. Confió su valiosa cubertería de plata y toda su ropa blanca con el bordado de la casa de Argyll en casa del librero Vogler.⁶²

Muchos de los amigos de la pareja acudieron al Bois Sauvage a despedirse. Stephan Born, que trata a Jenny con tanta ternura en sus recuerdos escritos que da la impresión de que estaba ligeramente enamorado de ella, dice: “Una profunda tristeza cubría claramente sus bellas facciones. Nos dimos la mano y nos despedimos cuando llegamos a su hogar provisional. Todo había sido provisional para ella; nunca había conocido un hogar de verdad para ella y para sus hijos”.⁶³

El 4 de marzo, Marx, Jenny, Lenchen y los tres niños, acompañados de Red Wolff, salieron de Bruselas en dirección a París. A la luz de la temblorosa vela que iluminaba el interior de su vagón pudieron ver que el tren estaba lleno de soldados belgas que se dirigían al sur para reforzar la frontera con Francia.⁶⁴ Marx y su familia iban algo más lejos, hasta el epicentro mismo de la revuelta, pero en vez de estar alarmados por la perspectiva estaban llenos de entusiasmo. Jenny recordó haber pensado: “¿Dónde podíamos sentirnos más a gusto que bajo el sol naciente de la nueva revolución? Teníamos que ir allí. ¡Teníamos que hacerlo!”⁶⁵

París, primavera de 1848

*El grande parece grande a nuestros ojos
solo porque estamos arrodillados.*

¡Levantémonos!

Eliséé Loustalot¹

KARL Y JENNY NO LLEGARON A PARÍS hasta el día siguiente. El viaje fue frío, y era difícil mantener el calor para los niños pese a que habían cubierto el piso del vagón con un montón de heno a modo de aislamiento.² Jenny sostenía al pequeño Edgar, de un año, y las niñas se acurrucaban dentro de los gruesos abrigos de los hombres para evitar que sus pequeños cuerpos se congelasen. El viaje fue más largo de lo habitual porque algunas de las vías habían sido arrancadas en protesta contra las compañías de ferrocarril, de las que se consideraba que hacían la vida fácil al demonio industrial. En plena noche los pasajeros eran obligados a cambiar a unos ómnibus tirados por caballos hasta encontrar una línea intacta. Pero al alba recuperaron el entusiasmo: junto a las vías podían ver que las estaciones estaban engalanadas con banderas rojas y con la tricolor francesa. Desde el campo parecía que el gobierno había sido derrocado en un gran festival, pero a medida que se iban acercando a la capital, las cicatrices de la batalla se fueron haciendo más evidentes: locomotoras, vagones, borriquetes quemados, destrozados, inutilizados. La última estación antes de llegar a París, en la ciudad fabril de St. Denis, estaba completamente quemada.³ En París, la devastación era omnipresente. Los adoquines que habían servido para levantar las barricadas estaban esparcidos por unas calles que en su día habían estado perfectamente pavimentadas. Las calles estaban bloqueadas con carretas quemadas, montones de muebles rotos altos como casas, y carruajes volcados. Los cristales de las ventanas del Palais Royal estaban rotos, y el cuartel de enfrente era una ruina carbonizada, y en su interior yacían calcinados los guardas.⁴ En los majestuosos salones de las Tullerías, andrajosos heridos estaban desparramados sobre las gruesas alfombras del palacio, bajo los retratos, ahora hechos trizas, de sus antiguos ocu-

pantes reales. Y desde las ventanas del palacio podían verse ondear las cortinas blancas como harapientas banderas de rendición.⁶

Este ya no era el París que habían dejado Jenny y Marx en 1845. La gloriosa ciudad estaba rota, pero era libre, al menos para los hombres: el sufragio universal masculino se instituyó en Francia el mismo día de su llegada. En París estaban también muchos de los amigos y colaboradores de Marx, y la pareja ya no tenía que vivir con la amenaza constante del arresto. Jacques Imbert, que había advertido a Marx de la inminente revuelta, era ahora gobernador, y su despacho estaba en las Tullerías.⁶ Otro amigo íntimo, Marc Caussidière, era prefecto de policía en París, y estaba formando una guardia civil con ex presos políticos recién liberados.⁷ Engels se refería a este período como “una luna de miel republicana”. De día, los ciudadanos, que solo tenían pan y patatas para comer, plantaban lo que ellos calificaban de “árboles de la libertad” en los bulevares, para sustituir a los que habían cortado para hacer barricadas. Y al atardecer, de las estrechas calles llegaba el eco del jolgorio y las canciones.⁸

La noche de su llegada Karl y Jenny tuvieron dificultades para encontrar alojamiento porque París estaba llena de gente que había ido a la ciudad para participar en las celebraciones. Finalmente lo encontraron en una pequeña pensión de la *Rive Droite* cerca de la Bastilla, en la calle Neuve-Ménilmontant, administrada por una mujer que tenía entre sus clientes a muchos socialistas alemanes.⁹ Una vez instalado, Marx dejó casi inmediatamente a la familia para asistir a una reunión encabezada por el veterano revolucionario francés Armand Barbes (recién liberado de la cárcel, donde había estado encerrado acusado de conspirar contra el rey), visitar a los miembros del nuevo gobierno provisional, y restablecer contacto con los emigrados¹⁰ que se habían quedado en París y con los muchos que se habían apresurado a regresar después del 24 de febrero. Bakunin era uno de ellos. Había vuelto el 28 de febrero y se había emocionado al comprobar que los jóvenes dandis en carruaje y los paseantes de bastón ya no eran la principal atracción de los *boulevards*.¹¹ Las calles estaban llenas de revolucionarios –los “*quarante-huitards*” o los del 48– con sus barbas, sus *foulards* y sus sombreros de ala ancha.¹² Eran combatientes avezados, pero en aquel momento se tambaleaban como románticos borrachos de sol.

Aquel era un París no visto desde la revuelta de 1830, tal vez incluso desde los primeros emocionantes días de la Revolución de 1789. Gustave Flaubert dejó su casa en Rouen y viajó a París para observar el “aspecto artístico” de este último levantamiento.¹³ George Sand se puso a escribir boletines para el Ministerio del Interior, y a Víctor Hugo le ofrecieron el cargo de ministro de educación (no lo aceptó).¹⁴ Aparentemente se formó un club político en cada lugar en

el que hubiese una mesa y un número suficiente de sillas. Aparecieron grupos de mujeres que reivindicaban el divorcio, el final de la discriminación laboral y la creación de guarderías para que las mujeres pudieran trabajar. Las paredes de la ciudad se llenaron de carteles amarillos, en una exuberante declaración a favor de los derechos de las mujeres. Los defensores de esta ofensiva política eran mayoritariamente mujeres intelectuales que tenían muy poco apoyo de los hombres más allá de los límites más amplios de la revuelta.¹⁵ (Los socialistas franceses eran notoriamente antifeministas.)¹⁶ Hubo también una auténtica explosión de publicaciones: solo en París aparecieron en un mes 171 periódicos.¹⁷ De hecho, el mismo día de su llegada Flocon le ofreció dinero a Marx para empezar un diario, pero Marx rechazó la oferta explicándole que quería permanecer independiente de todo gobierno, aunque fuese el de una república.¹⁸ En cualquier caso, estaba enteramente centrado en organizar a sus camaradas alemanes para llevar la lucha a su país. Los líderes londinenses de la Liga estaban ya en París y los colegas de Bruselas estaban en camino. En palabras de Engels: “El maremoto de la revolución dejó en un segundo plano todas las actividades científicas; lo que importaba ahora era implicarse en el movimiento”.¹⁹

Lejos de terminar en París, la “Primavera del Pueblo” seguía extendiéndose, y uno de los lugares por los que se extendió más rápidamente fue la Confederación Alemana. Las treinta y nueve regiones del Bund habían sufrido los mismos calamitosos contratiempos agrícolas y empresariales que sus vecinos de Europa. El precio de los alimentos se había incrementado más del cincuenta por ciento desde 1844, y hubo disturbios motivados por el hambre en casi todos los estados. Alemania seguía siendo en gran parte una nación agrícola, pero las industrias que se habían desarrollado habían perjudicado gravemente a los artesanos. Estos estaban aún más amargados porque se veían obligados a trabajar en fábricas junto a hombres, mujeres y niños menos cualificados que ellos, si es que encontraban trabajo.

Los problemas más acuciantes se daban en Prusia, el estado más grande del Bund y, con dieciséis millones de habitantes, el más populoso.²⁰ La crisis inmediata había empezado allí el año antes, cuando Federico Guillermo IV necesitó un favor de la Dieta Unida, el cuerpo de representantes de las dietas provinciales compuestas mayoritariamente por la nobleza y la alta burguesía prusianas. La Dieta Unida administraba el presupuesto del gobierno, y Federico Guillermo, que había malgastado el superávit heredado de su padre en actividades cortesanas, quería un préstamo para construir una vía férrea. De manera seguramente sorprendente para él, la Dieta (con cuya lealtad se suponía que podía haber con-

tado) no estaba dispuesta a sellar su petición. Los miembros de la Dieta temían ser acusados de consentir los caprichos de un rey despilfarrador y en aquellos momentos muy impopular.²¹ Decenas de miles de personas habían muerto de hambre o por causas relacionadas con la desnutrición en el este de Prusia y en la Alta Silesia en los doce meses anteriores, y el campo, normalmente pasivo, era presa de una gran agitación; casi una tercera parte de todas las protestas contra el gobierno y la nobleza tenían lugar allí. Solo durante aquella sesión de la Dieta en abril de 1847 hubo 150 disturbios.

La Dieta declaró que no concedería el préstamo al rey si este no aprobaba la constitución prometida por su padre más de treinta años antes.²² Federico Guillermo se negó, jurando que no permitiría que un trozo de papel se interpusiera entre él y el pueblo que le amaba. A continuación el rey disolvió la Dieta, pero no sin que antes el debate sobre el préstamo (que fue subiendo de tono) hubiese aparecido en todos los periódicos prusianos. Según comentó un observador, “había una sensación en el ambiente de que la Dieta Unida... no era en absoluto diferente de la Asamblea Francesa del año 1789”.²³ De todos modos pasaría casi un año para que se diese en Prusia algo parecido a una revuelta, y solo después del levantamiento parisino y, de manera más dramática, después de la caída del poderoso príncipe Clemens Wenzel von Metternich de Austria.

A sus setenta y cuatro años, Metternich encarnaba, para los reformadores de todo tipo, todo aquello que era erróneo en los gobiernos europeos en general y en las monarquías en particular. Había sido el arquitecto del Congreso de Viena y de la Santa Alianza de las reaccionarias Prusia, Austria y Rusia, que existía fundamentalmente para conservar su propia posición de poder y para mantener a Polonia dividida y subyugada. Aunque no era un rey, solo un canciller austríaco, Metternich hablaba en nombre de toda Alemania y era considerado por muchos como el diplomático más importante de la Europa occidental.²⁴

Después de la revuelta en Francia, la noticia de la cual llegó a Viena durante un carnaval el 29 de febrero, todas las clases de Austria se miraron unas a otras con desconfianza y expectación. Era seguro que se produciría una rebelión, pero ¿de dónde saldría? Poco antes, un grupo de estudiantes de medicina vieneses habían hecho una petición al emperador Fernando de Austria. Describiéndose a sí mismos como liberales no radicales pidieron las reformas habituales: libertad de prensa y de expresión, una constitución y libertad académica. Cuando la petición fue ignorada, varios miles de estudiantes organizaron una manifestación, en la que también participaron muchos trabajadores, coincidiendo con una sesión del 13 de marzo de la Dieta austríaca. Pero cuando los manifestantes desfilaban, los soldados abrieron fuego, matando a quince personas. Las protes-

tas se extendieron y también el apoyo a los manifestantes. Incluso la guardia nacional dio la espalda al gobierno y se unió a las filas de la oposición.²⁵ Tan grande fue el tumulto que finalmente, después de cuarenta años en el poder, Metternich dimitió. (Igual que Luis Felipe, huyó a Inglaterra disfrazado.)²⁶ Dos días más tarde, Fernando prometió una constitución, y la autoproclamada Legión Académica de estudiantes victoriosos tomó el control de Viena. El carnaval que había saludado las noticias de la revuelta de París estaba una vez más en pleno apogeo. En todo el imperio –Budapest, Praga, Venecia...– las regiones iban rompiendo sus ataduras.²⁷ Durante cinco días estalló una gloriosa revuelta en Milán contra el gobierno austríaco. Artesanos y trabajadores montaron mil quinientas barricadas levantadas en cuestión de horas con sofás, pianos, mesas de caoba y reclinatorios aportados por las mejores casas e iglesias de Milán. Los milaneses disponían solo de seiscientos mosquetes, pero se armaron de manera improvisada con garrotes, picas y lanzas sacadas de los museos y del teatro de La Scala, y antes de una semana la ciudad era suya.²⁸

* * *

La noticia de lo sucedido en Viena llegó a Berlín el 16 de marzo. La ciudad había sido ya escenario de disturbios y tumultos callejeros desde el inicio de la revuelta en París, pero las primeras protestas no fueron organizadas; fueron manifestaciones espontáneas de frustración por parte de una población en la que solo una persona de cada diez tenía un trabajo regular, y la mitad de estas eran aprendices que ganaban una miseria. El 85 por ciento de los cuatrocientos mil habitantes de Berlín pertenecían a las clases bajas, y más de la mitad de estas dependían de la caridad para sobrevivir. Estas masas se alzaron contra las autoridades, saqueaban cuanto podían y luchaban contra cualquiera que tratara de detenerles. Cuando estalló la revuelta en Viena, activistas de clase media, estudiantes e intelectuales radicales se habían unido a la protesta, que empezó a tener un carácter más coordinado y amenazador. Se hizo otra llamada al rey de Prusia para que diera su aprobación a las libertades liberales tradicionales. Y esta vez escuchó.²⁹

El 18 de marzo, a las diez de la mañana, Federico Guillermo hizo una proclamación aboliendo la censura y anunciando reformas. El gobierno dimitiría, el rey había convocado a la disuelta Dieta, y juntos trabajarían por una Alemania unida. El rey salió al balcón a saludar a una multitud alborozada que se reunió para agradecerle sus concesiones. La plaza estaba sobre todo llena de estudiantes y de berlineses de clase media, y en la periferia de la misma estaban estaciona-

dos soldados a caballo. La voz del rey era ahogada por los gritos de la multitud, y oyeron lo que querían oír; creían haber conseguido todo lo que habían pedido. En estas se oyó un redoble de tambores, y parecía como si los soldados fueran a retirarse, pero en vez de ello se lanzaron con sus caballos contra la multitud para dispersarla. En medio de la confusión se produjeron dos disparos y la alegría que había prevalecido un momento antes se tornó en terror y luego en rabia. El pueblo pensó que el rey había ordenado a la tropa disparar contra la multitud.³⁰ Según un testigo presencial, esta empezó a gritar: “¡Nos han traicionado! ¡A las armas!”³¹

“En todas direcciones”, continuó el testigo, “las calles fueron bloqueadas con barricadas. Los adoquines parecían saltar solos del suelo y formar baluartes coronados por banderas negras, rojas y doradas, y por ciudadanos, universitarios, comerciantes, artistas, trabajadores y profesionales armados precipitadamente con todo tipo de armas, desde fusiles y pistolas hasta picas, hachas y martillos”.³² Desde el palacio se desplegó una gran bandera blanca con una sola palabra escrita en ella: “Malentendido”, pero ya era demasiado tarde.³³ A las cuatro de la tarde las campanas de las iglesias empezaron a tocar como si anunciaran el inicio de la terrible batalla que iba a seguir. Durante toda la noche los cañones del gobierno machacaron sus objetivos, mientras los luchadores civiles clamaban venganza. Probablemente lo más terrible de todo era el sonido de un disparo aislado seguido de un grito agudo: era el sonido inconfundible de una ejecución.

A la mañana siguiente, domingo, las campanas de la iglesia tocaron de nuevo. El rey ordenó que se dejase de disparar.³⁴ Después de aquella aterradora noche, cuyo revuelo no fue posible ignorar ni siquiera desde el interior del palacio, Federico Guillermo había determinado que la única forma de salvar su trono era ponerse a merced de su pueblo y confiar en su lealtad. Ordenó que el ejército abandonase Berlín y abrió las puertas de su arsenal al pueblo para que defendiese la capital.³⁵ A las tres en punto las tropas empezaron a retirarse y las barricadas fueron desmanteladas.³⁶ El lunes a mediodía se había restablecido la paz.³⁷

Al caer la tarde casi todas las luces de Berlín estaban encendidas, y prácticamente cada calle estaba llena de gente observando cómo los soldados desfilaban, regimiento a regimiento, abandonando la ciudad.³⁸ Luego, de todas partes, se formaron procesiones silenciosas que se dirigieron a palacio. Durante los enfrentamientos cientos de personas habían caído bajo los cien mil cartuchos que se calcula que dispararon los militares. Las camillas con los muertos eran llevadas en alto por grupos de hombres aún cubiertos de sangre y de pólvora, y colocadas en varias hileras en el patio del palacio. La multitud pidió que saliera el rey,

que al poco rato apareció en el balcón con su esposa.³¹ Una voz gritó: “¡Fuera el sombrero!”, y el rey, que previamente no se había inclinado ante ningún hombre, se quitó el sombrero como homenaje a los muertos que yacían a sus pies.⁴⁰

La lucha por la libertad en Berlín fue mucho más mortífera que en ningún otro lugar de Europa en aquel momento, pero solamente tres días después de empezar, el rey podía pasear a caballo sin problemas entre el pueblo, que ahora, totalmente armado, controlaba la ciudad. Federico Guillermo ordenó una amnistía general para los presos políticos y para los enemigos del estado, permitiendo a los exiliados prusianos regresar a casa. También dijo que su reino tendría una constitución. De manera improbable, siglos de poder absoluto parecían haber llegado a su fin; los prusianos ya no eran súbditos, sino ciudadanos. En todo Berlín se grabaron con trazos vigorosos las palabras “Propiedad del Pueblo” en los edificios públicos.⁴¹

El ministro americano en Berlín, Andrew Jackson Donelson, había mantenido un diario hora a hora de la batalla. El 30 de marzo, antes de enviar su informe a Washington, escribió:

Mientras, el rey es impotente. Desarmado como por arte de magia de sus guardias y de las ceremonias que dieron un esplendor y una dignidad aparentes a su corte, ve desvanecerse como un sueño toda la herencia mística recibida de sus padres y por la cual había creído que su autoridad era de origen divino... Ha sido incapaz de comprender la fuerza de la gran verdad moral de que todos los hombres han nacido libres e iguales, y que no pueden aceptar ninguna distinción o poder político de carácter divino... No puede comprender que tales virtudes... han sido concebidas por la providencia para ilustrar el advenimiento de una reforma que ha de dar a Europa un mejor gobierno y un mejor pueblo, una era en la que el absolutismo cae, no porque los reyes sean malas personas, sino porque el sistema ya no puede responder a las necesidades de la sociedad.⁴²

En París, los socialistas y los comunistas alemanes tuvieron conocimiento de lo ocurrido en Berlín y empezaron a preparar su regreso para asegurarse de que los derechos concedidos a las clases medias también fuesen aplicables a los obreros. Herwegh (que estaba celebrando la euforia de la revolución teniendo una aventura con la esposa del escritor ruso Alexander Herzen⁴³) estaba organizando una denominada Legión Alemana para que marchase al sur de Alemania a luchar allí por la república. La esposa de Herwegh, Emma, respaldaba el plan como forma de sacar brillo a sus credenciales revolucionarias y para renovar el inte-

rés en él como poeta.⁴⁴ Miles de reclutas se apuntaron con entusiasmo a la aventura, que el nuevo gobierno francés contribuyó a financiar.

Marx creía que la ayuda francesa era realmente un cínico intento de vaciar París de trabajadores alemanes para hacer lugar a los franceses en un mercado de trabajo muy ajustado.⁴⁵ Si bien esto era cierto, la ayuda era también parcialmente una respuesta a la absoluta obsesión entre los revolucionarios de todas las nacionalidades de acudir en tropel a París. Enfrentados a aquel inquieto grupo, los franceses alentaron a los emigrantes a marchar, a todos excepto a los polacos y a los irlandeses, que habían sido adoptados por Francia como víctimas de un gobierno extranjero.⁴⁶ Sin embargo, Flocon pensaba que Polonia necesitaba un poco de agitación, así que envió allí a Bakunin, dándole 2.000 francos y dos pasaportes para que se dirigiese a Posen y viese qué clase de estragos podía provocar allí.⁴⁷

Marx y Engels se opusieron frontalmente a la legión de Herwegh, que, según preveían, sería rápidamente derrotada, resucitaría el temor a los invasores franceses y fortalecería a los conservadores en los gobiernos. Cuando Marx expresó estas preocupaciones en una asamblea de la Asociación Democrática, que estaba ayudando a Herwegh, fue interrumpido y acusado de cobarde y de traidor, incluso por algunos miembros de su reconstituida Liga Comunista. Marx respondió expulsando a los disidentes y estableciendo una organización separada, la Unión de Trabajadores Alemanes, que se reunía en un café de la *rue St. Denis*. Dicho grupo incluía a los líderes londinenses de la Liga —Schapper, Moll y Bauer—, así como al círculo de Bruselas.⁴⁸ Marx propuso que los miembros de la Unión llevasen como distintivo una cinta roja. Schapper sugirió que fuese de color rojo sangre. Este inusitado colofón fue aceptado por todos.⁴⁹

A continuación Marx organizó su propia infiltración en Alemania. En vez de una legión de combatientes, sus hombres serían propagandistas. Regresarían sin fanfarrias, en pequeños grupos o individualmente, y plantarían sin hacer ruido las semillas del comunismo en toda la Confederación.

De hecho, la propaganda ya había empezado. El 17 de marzo Jenny escribió a Weydemeyer, que estaba en Alemania, pidiéndole que publicase una noticia acerca de las diferencias entre la Unión de Obreros Alemanes de Marx y el grupo de Herwegh, del que decía que utilizaba oficiales prusianos retirados para dirigir la instrucción militar. Engels había dicho que uno de los defectos de la legión de Herwegh era que sería traicionada antes de llegar a Alemania. La carta de Jenny parecía hacer exactamente esto. Escribía también Jenny:

Trata de hacer circular esta noticia tanto como sea posible en la pren-

sa alemana. Me gustaría escribirte mucho más por extenso acerca del interesante movimiento que se está organizando aquí y que crece de minuto a minuto (cuatrocientos mil trabajadores se manifestaron ayer por la noche ante el Hôtel de Ville). Los manifestantes son cada vez más. Pero yo estoy tan sobrecargada de trabajo cuidando de mis tres pequeños que solo me ha quedado tiempo para enviarte a ti y a tu querida esposa mis mejores deseos desde la distancia.

Y firmaba su carta con estas palabras: “*Salut et fraternité, Citoyenne et Vagabonde Jenny Marx*”.⁵⁰

La legión de Herwegh salió hacia Alemania el primero de abril, una pintoresca formación de unos mil orgullosos insurgentes, con sus flamantes sables y bayonetas, y docenas de elocuentes homenajes propios de la tropa de un guerrero poeta.⁵¹

La Unión de Marx tenía cuatrocientos miembros (sobre el total estimado de los ocho mil exiliados alemanes que había en París), y con una subvención del gobierno francés empezaron a abandonar París a comienzos de abril. Engels se dirigió a su zona de reclutamiento favorita, Wuppertal; Lupus fue a Breslau, Schapper a Wiesbaden, Born a Berlín, y Marx a Colonia.⁵²

Regresaron inadvertidos,⁵³ armados con el *Manifiesto Comunista* y un folleto escrito por Marx y Engels titulado “Las reivindicaciones del Partido Comunista en Alemania”. Estipulaba una Alemania unida, sufragio masculino universal, legisladores pagados (para que pudiesen serlo también los no muy ricos), armar a todos los ciudadanos, abolición de todas las deudas y cargas feudales, nacionalización de todos los principados y estados feudales, la creación de un banco central y de papel moneda, la separación de la Iglesia y el estado, la limitación del derecho a la herencia, el derecho al trabajo y a la educación gratuita para todos.⁵⁴ Ese documento, aunque poco radical hoy, habría sido herético para todos los tronos de Europa a mediados del siglo XIX.

Marx, Jenny y sus tres hijos, Lenchen, Engels y Ernst Dronke (un escritor que en su día había escapado de la cárcel en Alemania) salieron de París el 6 de abril. La familia tenía un visado de un año para ir a Mainz, pero se quedaron allí solo dos días antes de separarse. Engels y Dronke fueron a las ciudades que tenían asignadas, mientras que Jenny, Lenchen y los niños fueron a Tréveris, y Marx se dirigió a Colonia.⁵⁵

Engels se refirió a este momento como el segundo acto de la batalla.

Colonia, 1848

La revolución radical, la emancipación humana universal, no es un sueño utópico para Alemania. Lo que es utópico es la revolución parcial, meramente política, la revolución que dejaría en pie los pilares del edificio.

Karl Marx¹

MARX NO HABÍA ESTADO EN COLONIA desde hacía cinco años, pero la encontró poco cambiada. Los empresarios que se habían sentido frustrados con el gobierno en 1843 seguían estando frustrados. El trabajador que se sentía doblemente victimizado –por el estado y por la burguesía– seguía siendo una víctima. Los únicos cambios reales habían tenido lugar durante el último mes. Se había eliminado la censura desde el levantamiento del 18 de marzo en Berlín, y los escritores tenían libertad para decir lo que quisieran. Tres de los colegas de Marx, Moses Hess, Georg Weerth y Heinrich Bürgers, habían tratado de poner en marcha un periódico como el que había editado en su día Marx en Colonia, que se titularía *Neue Rheinische Zeitung*, o “Nueva Gaceta Renana”.² Como el arma favorita de Marx era un periódico, estaba muy animado de que el intento de crear una nueva publicación estuviese ya muy avanzado. También se sintió muy animado cuando descubrió que el mes antes de su llegada, se habían plantado las semillas de una organización comunista en Colonia.

El 3 de marzo Andreas Gottschalk, un doctor que se había hecho famoso tratando a los pobres, y dos antiguos tenientes prusianos, August Willich y Fritze Anneke, habían organizado un levantamiento comunista que llevó a cinco mil personas ante el ayuntamiento de Colonia a plantear sus reivindicaciones. El intento concluyó prematuramente con la detención de los organizadores, pero la red ya estaba montada y cuando los tres detenidos fueron puestos en libertad durante la amnistía general concedida por Federico Guillermo, regresaron a Colonia para organizar allí un nuevo grupo de la clase obrera. En abril tenía

ocho mil miembros.³ Casi inmediatamente, Marx discrepó de su líder Gottschalk por cuestiones tácticas. Gottschalk prefería una retórica explosiva acerca de los derechos de los trabajadores y organizar una milicia popular armada, nociones comunistas que aterrizarían a las clases medias alemanas, que temían que los derechos recién conquistados se perdiesen por culpa de una revuelta de las clases más bajas, mucho más numerosas. Marx, sin embargo, creía que aunque el ritmo del cambio era frustrante, el desarrollo histórico era lento, y antes de que pudiera existir un gobierno proletario tenía que existir un gobierno de la clase media. En cualquier caso, la “clase” proletaria apenas existía en Alemania. El número de personas que trabajaban con las manos era grande, pero estaban desorganizadas y todavía no eran conscientes de la fuerza que tenían. Para contribuir al triunfo final de dicho grupo, Marx creía que había que trabajar por una democracia de la clase media. Viendo la inminencia de unas elecciones como la oportunidad que esperaba, alentó a la participación para garantizar la victoria de los candidatos democráticos sobre los reaccionarios que pretendían rebajar las reformas. Marx también creía que cualquier periódico que él y sus colaboradores publicasen en Colonia tenía que ser democrático, no comunista, porque en Alemania la democracia era la ideología con un mayor potencial inmediato.⁴ Si hubiesen elegido publicar un periódico ultra-radical, decía Engels, “solo nos quedaría predicar el comunismo en una pequeña publicación provincial y fundar una secta diminuta en vez de un gran partido de acción”.⁵

Este enfoque pragmático no difería mucho del que Marx había adoptado cuando era el editor de la anterior *Rheinische Zeitung* y se negó a publicar las ideas comunistas de los “Libres” porque creía que eran poco prácticas —demasiado teóricas— para el lector de clase media del periódico. Había regresado a Prusia dispuesto a trabajar sin hacer mucho ruido y de una forma ambiciosa, para dirigir al reino, y en última instancia a todo el Bund alemán, por el camino de la reforma. Era consciente de la fragilidad del momento: un exceso de cambios podía provocar el repliegue de la clase media a la seguridad del viejo orden, un orden malo pero tranquilizadamente familiar.

Algunos antiguos colegas creyeron que Marx estaba adoptando una actitud excesivamente moderada. Otros, incluido el gobierno, le consideraban un peligroso radical, y esta percepción complicó sus intentos de recuperar la ciudadanía prusiana, cosa que trató de hacer tan pronto como llegó a Colonia en abril.⁶ Sin ella, liberalización o no, estaría constantemente en peligro de ser expulsado. Jenny tenía planeado quedarse en Tréveris hasta que la solicitud de Karl fuese presentada y aprobada. Pero en vistas de que esta no era inminente, decidió hacer las maletas, y en junio se dirigió a Colonia con sus hijos Jennychen, de cua-

tro años; Laura, de dos, y Edgar, de un año.⁷ Para entonces, Marx ya había ganado una batalla de voluntades con Hess por el control de la *Neue Rheinische Zeitung* (en parte compensando un déficit de financiación del periódico con su propio dinero) y había incorporado a la redacción a varios miembros de la Liga Comunista de Bruselas y París. Fue nombrado editor del periódico.⁸ Roland Daniels, un médico de Colonia, ayudó a Marx y a Jenny a encontrar un apartamento en el número 7 de la Cecilienstrasse, cerca de la sede oficial del periódico.⁹ La ubicación era muy práctica: estaba a pocas manzanas del Rin, en el centro del distrito comercial de Colonia. También era muy agradable; una plaza cercana –la Heumarkt– estaba rodeada por los seudopalacios de la clase mercantil. No era, sin embargo, un lugar totalmente seguro o tranquilizador: tanto el apartamento como la redacción de la editorial se encontraban a la sombra de una guarnición prusiana de ocho mil soldados. Desde el amanecer hasta la noche, entraban en el cuartel carretas y más carretas cargadas con cajas de municiones y fusiles con bayonetas que eran luego distribuidos entre los artilleros.¹⁰ En todo el cuartel, los soldados ampliaban y reforzaban afanosamente sus posiciones estratégicas. Era evidente que la guarnición se estaba preparando para la guerra; la cuestión era: ¿contra quién? El gobierno afirmaba que se estaban reforzando por si se producía un ataque desde el exterior, pero Engels estaba convencido de que los soldados se estaban preparando para combatir el nuevo orden del interior.¹¹ En un intento algo patético de contrarrestar la amenaza, los redactores del periódico tenían ocho fusiles con bayoneta y 250 cartuchos a mano. Engels describía la redacción como una fortaleza. Pero si la potencia de fuego de los redactores del periódico era eclipsada por la de los soldados circundantes, su coraje no era inferior. Marx empezó a llevar pistola.¹²

Tal era el estado de la prensa libre en Prusia cuando, el primero de junio de 1848, la *Neue Rheinische Zeitung* publicó su primer número, autoproclamándose “Órgano de la democracia”.¹³ Habría sido más adecuado llamarlo el “órgano de los dolores de parto de la democracia”. Utilizando a menudo informes de colegas desde los escenarios de la batalla, el diario ofrecía descripciones detalladas del rostro cambiante de la sociedad europea a medida que iban cayendo los gobiernos y que los partidos de oposición se esforzaban en instalar sustitutos adecuados. Marx creía que una de las funciones del periódico era educar a los menos progresistas alemanes acerca de la situación existente en los países donde más había avanzado la búsqueda de la democracia, para prepararlos para la siguiente fase de su propio desarrollo político y social. Pero las noticias que llegaban del resto de Europa eran desalentadoras. Eran la historia de una retirada más que la de un avance.

Entre febrero y junio, la euforia de los primeros días de la revolución se había desvanecido, y en su lugar habían surgido antagonismos en gran parte basados en la desconfianza entre las clases. Las clases medias consideraban las revueltas como victorias propias, pero temían las consecuencias que podían producirse si a las clases inferiores, que habían sido la fuerza de choque en la batalla, se les negaba una parte del botín. La nobleza temía una pérdida de poder político y de privilegios económicos bajo unos gobiernos de clase media que fomentaban el derecho al voto. Y los campesinos temían que la clase media los machacase a impuestos para obtener dinero para paliar el hambre de las masas, que estaban a punto de rebelarse en la ciudad. Resultó que el derrocamiento de los gobiernos había sido la parte fácil. Restablecer el orden estaba resultando extraordinariamente difícil, y en muchos lugares imposible.

En Francia la presidencia del gobierno provisional había recaído, en un gesto simbólico, en un veterano octogenario de la Revolución. Pero el poeta aristocrático Alphonse Marie Louis de Lamartine era en realidad la voz y el guía espiritual del nuevo régimen. Lamartine era un republicano cuya oratoria era tan impresionante que era considerada por muchos un arma tan efectiva como un fusil. Le correspondió a él tratar de controlar a los exuberantes personajes que formaban el gobierno provisional.¹⁴ Entre sus socios en el intento estaban el socialista Louis Blanc, el periodista Flocon, Ledru-Rollin (el que había radicalizado los banquetes previos al 24 de febrero), y un trabajador conocido simplemente como Albert (alias Alexandre Martin).¹⁵ El resultado fue caótico. Ninguno de aquellos hombres había gobernado antes y cada uno de ellos tenía una visión diferente de cómo tenía que ser el nuevo gobierno.¹⁶

La lista de los logros del gobierno provisional entre el 24 de febrero y las elecciones generales del 25 de abril era, sin embargo, impresionante: abolición de la esclavitud en las colonias, sufragio masculino universal, libertad de reunión y de prensa, establecimiento de talleres nacionales para garantizar el empleo, reducción de la jornada de trabajo y abolición de la pena de muerte por motivos políticos, por nombrar solo unos cuantos.¹⁷ Pero por larga que fuese la lista de decretos, siempre había alguien descontento. Las tensiones y el resentimiento iban en aumento.

En el campo, por ejemplo, donde la gente desconfiaba de París, los campesinos estaban decepcionados de que el gobierno provisional no revocase decisiones que databan de 1827 y que les privaban a ellos de algunos derechos comunales, incluida la vieja cuestión de la leña muerta. La decepción se tornó en indignación cuando aquel mismo gobierno impuso una sobretasa de un 45 por

ciento sobre la tierra para aliviar la tensión de la crisis económica provocada por la revuelta. Cuando Ledru-Rollin, en calidad de ministro del interior, envió funcionarios al campo para hacer campaña a favor de los republicanos y garantizar de este modo la formación en las elecciones de lo que él llamaba una Asamblea Nacional revolucionaria, la gente del campo se quedó horrorizada: los temidos liberales y socialistas de la capital no se contentaban con vaciarles los bolsillos, también querían imponer su voluntad en las provincias. Campesinos, terratenientes y por supuesto la nobleza acudieron en tromba a los candidatos conservadores.¹⁸ El proceso en París fue no menos divisivo y mucho menos disciplinado. Francia no tenía una estructura real a punto para celebrar una consulta en la que cada uno de sus más de nueve millones de hombres pudiese votar.¹⁹

La participación en las elecciones fue masiva; el 84 por ciento de los que podían votar lo hicieron. Cuando se contabilizaron los resultados, de los 876 diputados elegidos, menos de 100 eran radicales o socialistas. La inmensa mayoría eran conservadores o moderados, y muchos de ellos eran los mismos que habían gobernado bajo Luis Felipe. Los trabajadores parisinos no se sintieron representados por el nuevo gobierno; veían en él a la clase adinerada a la que creían haber derrocado.²⁰

Tocqueville, que fue elegido para la Asamblea Nacional por las provincias, explicó que al regresar a París después de la votación se quedó horrorizado.

Me encontré en la capital cien mil trabajadores armados formados en regimientos, fuera del trabajo, muriendo de hambre, pero con la cabeza llena de vanas teorías... Vi a una sociedad dividida: los que no poseían nada, unidos en una codicia común. Los que poseían algo, unidos por un mismo terror. No había vínculos ni simpatía entre aquellos dos grandes grupos; por todas partes la idea de una batalla inevitable parecía inminente.²¹

El 15 de mayo, los obreros descontentos dirigidos por veteranos extremistas asaltaron la recién elegida Asamblea Nacional. Habían acudido a la sesión aparentemente para seguir un debate sobre Polonia, cuya última declaración de independencia acababa de ser suprimida. Pero pronto la multitud pasó a ser inmensa y amenazadora, y se hicieron reivindicaciones, incluidas varias por parte del anarquista Auguste Blanqui, cuya mera presencia aterrorizaba a los miembros más moderados de la Asamblea. Blanqui se había pasado la mayor parte de la vida en la cárcel por delitos políticos, enviando periódicamente venenosas proclamas dirigidas a la clase dominante.²² Cuando apareció en la asamblea, llevaba

dos meses en libertad pero ostentaba todavía su palidez de presidiario: estaba flaco y demacrado, y llevaba su gastada levita muy ajustada sobre unos brazos atrofiados. Tocqueville dijo que parecía un cadáver.²³ Encarnaba todo aquello que asustaba a las clases medias, el futuro que más temían: un segundo reinado del terror.

El ministro del anterior gobierno Louis Blanc entró en la sala y fue literalmente llevado en volandas por los seguidores de Blanqui. “Le cogieron por las piernas y lo levantaron por encima de sus cabezas; le vi esforzarse en vano por liberarse; se retorció y giraba a uno y otro lado sin conseguir escapar de las manos de sus captores, y hablando al mismo tiempo con una voz entrecortada y estridente”, recordaría más tarde Tocqueville. Los enfurecidos insurgentes declararon nacida muerta la Asamblea Nacional, colocaron una gorra roja en la silla vacía del presidente, e instituyeron un nuevo gobierno provisional. Su reino duró solo unas cuantas horas antes de que Blanqui y sus seguidores fuesen arrestados.²⁴

El gobierno francés había resuelto con éxito su primer reto. Y aunque hoy podríamos calificar de teatro político un hecho como aquel, en aquella época era un ejemplo alarmante de la amenaza que representaba la extrema izquierda para el nuevo orden. Igual que había sucedido con los votantes del campo francés, aquel arrebato llevó a los simpatizantes liberales de la capital a los brazos de los líderes moderados y conservadores. Muchos empezaron a pensar que el mayor enemigo no estaba entre los situados más arriba de la escala social, sino entre los situados más abajo.

También en Prusia se estaban girando las tornas en contra de los trabajadores en la medida en que el temor al desorden de las clases medias y altas eclipsase su deseo de reformas verdaderamente democráticas. Inmediatamente después del levantamiento del 18 de marzo en Berlín, Federico Guillermo IV hizo efectiva su promesa de elegir un gabinete más liberal. El primer ministro era el antiguo patrocinador de Marx en la *Rheinische Zeitung* Ludolf Camphausen, y el ministro de finanzas era otro asociado de Marx en Colonia, David Hansemann. A continuación se convocaron elecciones para elegir una nueva asamblea que guiase los grandes cambios que se vislumbraban en el horizonte en Prusia, y una votación separada a nivel de la Confederación para elegir a los hombres que se encargarían de crear una nueva nación llamada Alemania. Pero, igual que en Francia, el electorado alemán no tenía experiencia en política al por mayor. Diversas facciones se pusieron a trabajar para influir en los votantes novatos: conservadores que querían restablecer la vieja estabilidad, constitucionalistas que querían progresar pero no a riesgo de caer en el desorden, y demócratas que

creían en las promesas liberales de la revuelta de marzo. Comunistas como Gottschalk ordenaban a sus seguidores que no votasen, y muchos campesinos y trabajadores querían actuar antes de las elecciones; sus necesidades eran demasiado grandes para esperar hasta que se hubiesen contado los votos.²⁵

A finales de marzo hubo levantamientos, esta vez por parte de artesanos que querían un retorno inmediato a los gremios para que controlasen la competencia y de este modo garantizar su empleo. En unas escenas que evocaban la huelga de los tejedores de Silesia, atacaron las casas de los ricos y las fábricas. Mientras, los campesinos también se amotinaron. Su objetivo eran los grandes terratenientes, que habían comprado y consolidado todas las parcelas pequeñas, dejando a los campesinos con las manos vacías.²⁶

Las reformas políticas son difíciles cuando las cosas van bien, pero infinitamente más complicadas cuando hay una crisis económica desencadenada por el malestar social. Ahora que tenía poder, la nueva burguesía liberal evaluó pragmáticamente las alternativas y, como dijo con acierto un escritor, descubrió que “la revolución era peligrosa y que algunas de sus reivindicaciones (especialmente las de tipo económico) podían concretarse sin ella. La burguesía dejó de ser una fuerza revolucionaria”.²⁷ Podía ser liberal respecto a todas las cuestiones financieras sin tener que serlo política o socialmente.²⁸

El nuevo gobierno estabilizó la economía, utilizando sus poderes para asegurar la liberalización del crédito y dar los pasos necesarios para estimular de nuevo la actividad económica. (Finalmente aprobó también el préstamo al rey para el ferrocarril que este quería construir.) Una vez orientado el problema económico, lo siguiente que hizo el gobierno fue tratar de calmar a los artesanos y a los campesinos asegurándoles que sus problemas serían abordados en el momento oportuno. Pero esa promesa no fue suficiente; desde el punto de vista de los artesanos, el gobierno de Camphausen no era mejor que el anterior.

La herida se agravó cuando una formulación ambigua en una ley electoral anunciada a bombo y platillo tuvo como consecuencia privar del voto a muchas personas de las clases bajas.²⁹ La ley electoral estipulaba que cualquier varón que hubiese alcanzado la edad legal *cumplía los requisitos* para votar; no garantizaba que tuviese el derecho de hacerlo. En algunos casos, a los hombres que cobraban un salario no se les permitía votar porque no eran “independientes”. Quienes no tenían residencia fija porque viajaban como trabajadores estacionales o jornaleros no fueron autorizados a votar en las ciudades. En una región fueron excluidos los solteros y los judíos.³⁰ En el momento del recuento, menos de la mitad de los electores potenciales había podido votar, y en algunas regiones no pasaban del 30 por ciento. La mayoría de los que *no* votaron eran trabajadores

o miembros de las clases inferiores. No fue ninguna sorpresa, por tanto, que los vencedores fueran vistos por muchos como títeres de la clase media y de la clase dominante que habían dado la espalda a los hombres y mujeres de las barricadas berlinesas.³¹ Indignada, la *Neue Rheinische Zeitung* declaró incompetentes a las recién elegidas asambleas alemana y prusiana.³²

La Asamblea Nacional Alemana, reunida en Frankfurt, resultó especialmente decepcionante. No había existido antes y en sus sesiones se limitaba a tratar cuestiones estructurales. Era supuestamente la principal autoridad legislativa de una Alemania unida, pero debido a que Alemania todavía no existía como nación, no estaba claro si podía promulgar leyes. Engels se refería a ella como “el parlamento de un país imaginario [que] discutía [...] medidas imaginarias de un gobierno imaginario de su propia creación, y [que] aprobaba resoluciones imaginarias que no importaban a nadie”.³³

Con pocos redactores fijos e insuficientemente financiada, la *Neue Rheinische Zeitung* trataba de explicar las complicadas circunstancias del país. Se colgaron vistosos carteles anunciando el periódico en las paredes de las estrechas calles de Colonia. Se repartieron boletines de suscripción en cervecerías y tabernas.³⁴ Pero aparte de esto, lo que más atrajo a los lectores fue la cobertura periodística de la publicación y la audacia de sus reportajes en un país que tenía poca experiencia con una prensa libre. Utilizando una red de corresponsales presente en toda Europa y recortes de periódicos extranjeros obtenidos mediante un sistema informal de intercambio, Marx publicó más noticias del extranjero que ningún otro periódico de Alemania. La tirada de la *Neue Rheinische Zeitung* creció rápidamente hasta los cinco mil suscriptores (y sin duda tenía muchos más lectores, pues pasaba rápidamente de mano en mano en muchas cafeterías y tabernas), y se convirtió en uno de los periódicos más leídos de los treinta y nueve estados alemanes.³⁵ Su fama empezó a atraer a sus oficinas a muchos visitantes, algunos procedentes de lugares tan alejados como América.

Muchos de aquellos viajeros estaban ansiosos por ver cómo funcionaba el audaz órgano, y también para conocer al hombre descrito por la policía como el alma del periódico, y por Engels como su dictador.³⁶ Albert Brisbane, un socialista norteamericano, estaba en Renania haciendo un reportaje para el *New York Daily Tribune*. Dijo que Marx le había parecido a la vez moderado y reservado, pero también en posesión de “la llama apasionada de un espíritu audaz”.³⁷ Otros no fueron tan generosos. Carl Schurz, un alemán que un día sería secretario del interior de Estados Unidos, era un joven de diecinueve años que cataba por vez primera el sabor de la rebelión. Estaba en Berlín durante el momento álgido de la batalla del 18 de marzo y viajó a Colonia más tarde buscando otra

cara de la revuelta. Acudió a un mitin y escuchó hablar a Marx. “No tendría mucho más de treinta años en aquella época, pero ya era el líder reconocido de la escuela socialista más avanzada. Aquel hombre más bien fornido, con su ancha frente, su barba y su cabello negros, y sus ojos oscuros y chispeantes, captaron inmediatamente la atención general”. Pero Schurz también dijo que la forma de hablar de Marx era intolerable. “Trataba con un desprecio abyecto a cualquiera que le llevase la contraria; si un argumento no le gustaba replicaba con un desdén cáustico por la incomprendible ignorancia de quien lo formulaba, o bien poniendo ignominiosamente en entredicho los motivos que le llevaban a formularlo”. Schurz llegaba a la conclusión de que Marx ahuyentaba a muchos que de otro modo habrían sido seguidores suyos.³⁸

Los más próximos a Marx, especialmente Jenny y Engels, veían en su ira solamente la frustración de un hombre que creía hasta la médula tener razón. Marx no tenía absolutamente ninguna duda respecto a sus ideas políticas, y a quienes no le conocían les resultaba difícil ver la diferencia entre aquella completa seguridad en sí mismo y la mera arrogancia. No contribuía a su propia causa. Era periodista, filósofo y economista, y aunque todas estas ocupaciones estaban relacionadas en última instancia con la política, Marx no era un político. Manifestaba poco interés en ser querido, o incluso en agradar. Si le apreciaban, pues muy bien, y correspondía a este aprecio con su propio sentimiento de lealtad. Si no, pues muy bien también; no tenía tiempo para cavilar sobre futilidades como el orgullo herido o la susceptibilidad de un individuo.

La lista de detractores de Marx creció durante el tiempo que estuvo en Colonia. Lamentablemente para el periódico, algunos de ellos eran los mismos hombres de negocios que necesitaba para sobrevivir. Considerando que Marx se estaba desplazando demasiado hacia la izquierda cuando el 5 de junio atacó al primer ministro Camphausen por sugerir que la revuelta del 18 de marzo fuese oficialmente degradada a simple disturbio, los accionistas del periódico pronto abandonaron completamente a Marx. Y esta vez el catalizador no fue una crisis local, sino una batalla sangrienta en las calles de París.³⁹

París, junio de 1848

*Cuando abrí los ojos, oí un fuerte sonido metálico, que hizo temblar
los cristales de las ventanas y que de se desvaneció
inmediatamente en el silencio de París.*

*“¿Qué ha sido eso”, pregunté.
Y mi esposa respondió: “Ha sido un cañón”.*

Alexis de Tocqueville¹

SE HA DICHO QUE EN JUNIO de 1848 todos los hombres y mujeres de París iban armados. El abismo que separaba a las clases se había vuelto insalvable. El gobierno era incapaz. El pueblo pasaba hambre. La gente salía a la calle cada noche, ociosa, agitada, explosiva.² A finales de mayo empezó a circular el rumor de que las clases obreras estaban planeando organizar su propio banquete en junio. No hacía falta mucha imaginación para ver que la fiesta, si llegaba a celebrarse, sería el inicio de una rebelión de los obreros. Al final, sin embargo, no fue un banquete lo que precipitó la revuelta, sino la acción del gobierno.³ El 21 de junio llegó un decreto ante un comité de la Asamblea Nacional exigiendo la revocación del compromiso del trabajo garantizado aprobado por los ministros de Lamartine. Victor Hugo, que ahora era miembro de la asamblea, advirtió que hacer esto crearía “un ejército de pobres” y una futura “guardia pretoriana de un nuevo dictador”. Pero el gobierno se estaba quedando sin dinero, y miraba de hacer recortes en un costoso programa de empleo que muchos temían que se hubiese convertido en un refugio para los radicales antigubernamentales.⁴

Se habían establecido unos talleres nacionales para dar empleo a los hombres en proyectos estatales y municipales, y, en caso de que no hubiese ningún empleo disponible, proporcionarles un mínimo de dinero para sobrevivir. Teniendo en cuenta lo débil que era la economía de Francia, el programa era lo único que había entre el hambre y cien mil hombres y sus familias. Cuando corrió la voz de que podía ser corregido o suprimido, estallaron las protestas. Reapa-

recieron las barricadas en la ciudad y se oyeron gritos como “¡Balas o pan! ¡Balas o trabajo!”⁵ El 23 de junio, una parte de París estaba bajo el control de los trabajadores.⁶ El 24 de junio, el general Louis Eugène Cavaignac, ministro de la guerra y antiguo dictador militar de Argelia, y los cincuenta mil soldados que estaban a sus órdenes, empezaron una contraofensiva.⁷

Aquel día se desencadenó una terrible tormenta eléctrica, que inundó París pero que no apagó los enfrentamientos. Desde las seis en adelante, los cañones estuvieron disparando contra edificios y barricadas. Hombres y mujeres fueron cayendo allí donde estaban. Se formaron regueros de sangre entre los húmedos adoquines. Las fachadas de los edificios explotaban y se convertían en montones de escombros. Los escaparates de las tiendas saltaban hechos añicos, y las mercancías del interior quedaban al alcance de cualquiera que se atreviera a aventurarse en aquella noche infernal.⁸ Al final del primer día la recién elegida Asamblea Nacional había votado ceder todos sus poderes ejecutivos a Cavaignac. Los líderes democráticos de Francia consideraron que la perspectiva de un dictador era menos aterradora que una clase obrera armada y desesperada dispuesta a hacer una revolución aún mayor.⁹ Pero lejos de asustar a los trabajadores ampliando los poderes de Cavaignac, la cobardía del legislativo no hizo sino aumentar su ira. Día a día, la batalla se fue volviendo más cruenta.

Decenas de miles de hombres y mujeres luchaban en las calles. Tocqueville no simpatizaba mucho con ellos, pero dijo que luchaban “con una maravillosa armonía y una experiencia militar que provocaba el asombro de los oficiales más veteranos”. Las mujeres preparaban la munición y los hombres la disparaban, y cuando los hombres se cansaban o caían heridos o muertos, las mujeres levantaban las barricadas y los niños cargaban las armas. En el Faubourg St. Antoine, en el Panthéon, en la Place de la Madeleine, en el Hôtel de Ville y en toda la ciudad, la revuelta se encarnizó durante cuatro días, mientras los parisinos trataban de contener al ejército y a sus armas.¹⁰

La lucha terminó el 26 de junio. El número de víctimas fue impresionante: se calcula que murieron unas mil quinientas personas. Pero la cosa no terminó con la caída de la última barricada. Los insurgentes fueron perseguidos y ejecutados, unos tres mil en total. Unas mil quinientas personas más fueron arrestadas y 4.500 deportadas a Argelia en unos abarrotados convoys.¹¹ Para muchos, el viaje equivalía a una sentencia de muerte. La pérdida de tantas vidas, sin embargo, no pareció perturbar demasiado a la trémula asamblea.

Tras derrotar a los trabajadores como se le había pedido que hiciera, Cavaignac declaró la ley marcial y apostó cincuenta mil soldados a lo largo de los Champs Elysées, donde sus caballos se comieron la hierba que en su día había

sido el orgullo de París. Los clubs radicales fueron clausurados y las libertades de prensa revisadas; solo podrían publicarse aquellos periódicos que pagasen una fianza de buena conducta por la enorme suma de 24.000 francos. Pronto Cavaignac castigó a todos los trabajadores por las acciones de los combatientes de junio, eliminando los recién aprobados límites a la duración de la jornada laboral.¹² El experimento democrático había terminado. Louis Blanc huyó a Inglaterra para escapar al destino de sus colegas reformistas, encarcelados por haber predicado la política de los derechos, el trabajo y la representación igual.¹³

Marx informó de los Días de Junio, como fueron llamados, actualizando la información constantemente a partir del día 24. Gracias a su red de colaboradores, nadie en Alemania podía informar con tanta rapidez de lo que sucedía, y esto causó preocupación en las más altas esferas. Se habían necesitado días para que las noticias de la revuelta de febrero llegasen a Berlín; ahora bastaban unas horas para que hiciesen lo propio los relatos de los mucho más sangrientos enfrentamientos de junio. El gobierno temía que la violencia que había en París desencadenase una nueva rebelión: en Berlín se daban los mismos antagonismos de clase que en París, y era fácil que también allí estallasen las tensiones.

El 26 de junio Marx dedicó todo el periódico a lo que sucedía en París. Sus reportajes cortaban la respiración: *“París bañado en sangre; la insurrección se está convirtiendo en la mayor revolución que ha existido jamás, una revolución del proletariado contra la burguesía.”*¹⁴ Y añadía Engels: “Lo que distingue a la revolución de junio de todas las revoluciones anteriores es *la ausencia de ilusiones y de entusiasmo*. La gente no está en las barricadas como en febrero cantando *‘moriremos por el partido’*... Los trabajadores del 23 de junio están luchando por su existencia, y la idea de patria ha perdido para ellos todo su significado”.¹⁵

Marx decía que el conflicto había puesto de manifiesto la realidad social en Francia que la burguesía había tratado de ocultar y que los trabajadores no habían acabado de entender: Francia eran dos naciones, una nación de propietarios y una nación de obreros.¹⁶ Decía que la *fraternité* declarada en febrero y grabada en las paredes de todas las cárceles y cuarteles de Francia era un fraude.¹⁷ La de febrero, decía, había sido una “revolución *bonita*”, porque había despertado la simpatía universal y porque la lucha social solo había aparecido en frases poéticas. La de junio era la “revolución *fea*, la revolución desagradable, porque las frases habían dejado paso a la realidad”.¹⁸ La revolución de junio era una guerra civil entre el capital y el trabajo. Engels se refirió a sus víctimas como “los mártires de la primera batalla decisiva del proletariado”.¹⁹

Igual que esto, todo había cambiado. La revolución de Febrero había muer-

to, y la contrarrevolución –la batalla librada por las fuerzas reaccionarias tratando de deshacer las reformas que se habían visto obligados a hacer a comienzos de aquel mismo año– había empezado, no solo en París sino en toda Europa. Engels informó de que después de que Marx escribiese un artículo homenajean-do a los insurgentes franceses caídos, los últimos accionistas de clase media que le quedaban a la *Neue Rheinische Zeitung* desertaron y el periódico se encontró con problemas de financiación.²⁰ “Pero tuvimos la satisfacción de ser el único periódico de Alemania y casi de Europa que había mantenido en alto la bandera del proletariado aplastado en el momento en que la burguesía y la pequeña bur-guesía de todos los países estaban difamando a los vencidos con un montón de infamias”.²¹

A finales de junio, los dirigentes de la Liga Comunista de Londres y Bruselas estaban en Colonia preparados para la acción, pero Marx quería disolver la orga-nización. Para Marx, la Liga se había convertido en una carga anticuada, una so-ciedad secreta en una época en que los hombres estaban en la calle emitiendo a gritos sus quejas con las armas en la mano. De la forma aparentemente paradój-ica que le era propia, Marx veía en cada derrota revolucionaria la semilla de una victoria revolucionaria, pero estaba seguro de que las sociedades conspirativas no iban a tener ninguna participación en dicha victoria. Ya no servía de nada la acción en la sombra: la lucha tenía que tener lugar a plena luz del día. La liga votó su futuro, y aunque no sin discrepancias, decidió disolverse. Sus miembros se dedicaron ahora a trabajar para la *Neue Rheinische Zeitung* –un instrumento de propaganda mucho mejor que cualquiera de los panfletos que podía publi-car la Liga– y a organizarse contra las fuerzas conservadoras que una vez más se habían reforzado en Alemania.²²

El 2 de julio Prusia tenía un nuevo gobierno, tras la caída del que había encabezado Camphausen, el antiguo colega de Marx. Aunque seguía siendo li-beral, su sucesor declaraba que la mejor manera de contrarrestar la pobreza era “restablecer la confianza en la preservación de la ley y el orden y establecer pron-to una sólida monarquía constitucional”.²³ La constitución siguió siendo un objetivo lejano, pero la imposición de la ley y el orden empezó inmediatamen-te. El 3 de julio la *Neue Rheinische Zeitung* dio a conocer la detención de Gottschalk y de Fritze Anneke, la de este último por un discurso que había hecho sobre la necesidad de unificar a los diversos grupos obreros. La policía le acusó de incitar a la guerra civil. El periódico de Marx informó que seis o siete poli-cías habían irrumpido en casa de Anneke al amanecer y cuatro de ellos habían entrado en el dormitorio donde Anneke y su mujer, que estaba embarazada,

estaban durmiendo. No llevaban ninguna orden judicial pero exigieron que Anneke les acompañase. El reportaje explicaba que uno de los policías, que había empujado a Anneke escaleras abajo y que había roto una puerta de cristal, estaba borracho, y mencionaba que un acusador público identificado solo como Hecker había llegado al lugar de los hechos más tarde.²⁴ Dos días después, la *Neue Rheinische Zeitung* publicaba la objeción de Hecker a la información y lo que calificaba de “difamaciones e insultos” contra la policía. Y amenazaba con emprender acciones legales contra el periódico.²⁵

El 6 de julio Marx fue interrogado por las autoridades acerca del artículo, que no llevaba firma.²⁶ El 10 de julio, once cajistas del periódico fueron llamados a testificar en relación con la identidad del autor.²⁷ Un mes más tarde la policía de Colonia empezó a centrar sus pesquisas en el consejo de redacción de la *Neue Rheinische Zeitung*. Karl Schapper, que tenía esposa y tres hijos, recibió la orden de abandonar Prusia porque el gobierno le declaró extranjero —aunque de hecho era ciudadano alemán— y Marx tuvo conocimiento de que, dado que su solicitud de ciudadanía todavía no había sido aprobada, las autoridades le consideraban también extranjero.²⁸

Colonia se convirtió en un lugar peligroso para el círculo de Marx. Las casas eran allanadas. Las familias corrían el riesgo de ser hostigadas o expulsadas. Las detenciones eran cada vez más arbitrarias y quienes las hacían no se molestaban en respetar los procedimientos legales. Esas sutilezas ya no parecían tener importancia. La asamblea prusiana estaba activamente anulando los derechos que habían preparado el camino hacia su propia existencia. Pero no pudieron hacerlo con la celeridad suficiente para contentar al rey. Tras una nueva crisis política, se formó un nuevo gobierno —esta vez en setiembre y por orden del rey—, y Marx se refirió a lo sucedido como un triunfo contrarrevolucionario dirigido por “unos zopencos chiflados”.²⁹

Mirase donde mirase, Marx solo veía un caos político y social. Mientras las recién elegidas asambleas estaban paralizadas, las denominadas fuerzas del orden estaban luchando contra las fuerzas de la democracia en las calles de París, Berlín y Viena, y el hambre y las privaciones que habían desencadenado la agitación social no habían hecho más que empeorar. Antes de febrero, las clases inferiores habían sido simplemente ignoradas; después de los Días de Junio, se reconocía su existencia con desconfianza y temor, y eran rehuidas por las clases superiores, que ahora no mostraban la menor simpatía por sus sufrimientos. Los trabajadores también habían cambiado. Habían aprendido que no podían contar con nadie más para defender sus derechos. También habían podido comprobar la

fuerza que tenían en la batalla, y aunque habían salido derrotados de casi todas las contiendas, ahora eran conscientes de su propio potencial violento.

El 11 de setiembre de 1848, en Colonia, un grupo de soldados borrachos que habían hecho insinuaciones no deseadas a una joven se las vieron con un grupo de enojados miembros de la guardia cívica local. Algunos civiles resultaron con heridas de sable en las escaramuzas, que solo terminaron cuando los comandantes ordenaron a los soldados regresar al cuartel.³⁰ La violencia era la culminación de las tensiones cada vez mayores entre la mayoría de católicos entre los habitantes del lugar y la mayoría de protestantes entre los soldados del ejército prusiano, considerados como ocupantes por los residentes en la ciudad (los soldados estaban tan convencidos de que la población les odiaba que se negaban a comer en los restaurantes por temor a ser envenenados).³¹ En el momento en que se produjo el incidente de setiembre había un soldado por cada catorce ciudadanos, y un número incalculable de armas a disposición de los militares.³² El episodio convenció a muchos ciudadanos de Colonia de la necesidad de formar una milicia protectora.

Dos días más tarde, unas seis mil personas como mínimo –algunas fuentes decían que diez mil– se reunieron en la Frankenplatz, a la sombra de la catedral de Colonia, para crear un Comité de Seguridad Pública.³³ En cierto modo el tamaño de la multitud era consecuencia de una acción de Marx: aquella misma mañana, los redactores de la *Neue Rheinische Zeitung* habían recorrido el laberinto de calles adoquinadas de Colonia haciendo sonar una campana para convocar a los ciudadanos a la reunión que iba a celebrarse por la tarde.³⁴ Una riada de gente con antorchas y esforzándose por oír a los oradores que gritaban desde lo alto de un carro expresaron un respaldo abrumador al comité. Una vez formado este, entre sus miembros estaban Marx, Engels y otros cinco redactores de la *Neue Rheinische Zeitung*. Entre el resto de los treinta miembros del comité se contaban también un farmacéutico, un comerciante, un zapatero, un carnicero, un techador y un tendero, prueba de lo extendida que estaba la preocupación entre la ciudadanía de Colonia por la presencia de los militares prusianos.³⁵ Pero el predominio de redactores del periódico en el comité y el nombre de la organización, que traía a la memoria los fantasmas de los dictadores jacobinos de la Revolución Francesa, provocaron inquietud.³⁶ Aparecieron carteles en las paredes de Colonia advirtiendo de una futura república roja. Aunque tales advertencias asustaban a la clase media, los trabajadores y los campesinos no se mostraron demasiado preocupados.³⁷ Estaban deseosos de entrar en acción y la única acción a su favor era la procedente de la extrema izquierda del espectro político.

El domingo siguiente, el tipo de violencia que tanto temían las clases medias y altas hizo su aparición en Frankfurt, donde la incipiente Asamblea Nacional Alemana tenía su sede. La chispa que la desencadenó fue una humillación infligida a Alemania cuando Prusia firmó un armisticio para terminar una guerra con Dinamarca por dos ducados que tanto Dinamarca como Alemania reclamaban. El trato cedía los estados de Schleswig y Holstein a Dinamarca.³⁸ Los ciudadanos alemanes consideraron el armisticio como un golpe terrible, que, si no era rectificado, socavaría las esperanzas de una Alemania fuerte y unificada. El 5 de setiembre, la Asamblea de Frankfurt se negó a refrendar el armisticio, un gesto sin sentido, dado que no podía obligar a Prusia a reanudar una guerra que había asumido en nombre de toda Alemania. Enfrentado con una tarea imposible, el gobierno nacional admitió efectivamente su impotencia y dimitió.³⁹

El 16 de setiembre, sin que hubiera todavía un nuevo gobierno, la Asamblea revocó su anterior decisión y votó la aprobación del armisticio. Al día siguiente, en las calles de Frankfurt que circundan la iglesia de San Pablo, donde se reunía la Asamblea, se escucharon los decepcionados gritos de una multitud enojada.⁴⁰ El príncipe y asambleario derechista Felix Lichnowsky y un amigo suyo fueron aprehendidos por un grupo de manifestantes mientras paseaban a caballo y linchados. Se llamó al ejército para reprimir la manifestación, y los enfrentamientos duraron cuarenta y ocho horas antes de que fueran derrotados los que luchaban desde las barricadas.⁴¹

La *Neue Rheinische Zeitung* expresó simpatía por los insurgentes y acogió a una serie de ellos con sus familias. El 19 y el 20 de setiembre Engels escribió que aunque los manifestantes habían sido derrotados, no depondrían las armas hasta ganar la libertad y advertía que los próximos objetivos podían ser “las pequeñas residencias principescas” y las “mansiones señoriales”.⁴²

No cabe duda de que esta llamada a las armas disfrazada de reportaje provocó alarma desde Frankfurt a Colonia y desde Colonia a Berlín. Cuatro días después de que fueran publicadas las observaciones de Engels, las autoridades de Colonia respondieron con lo que Marx calificó de “unas ansias tremendas de hacer detenciones”. Antes del alba la policía arrestó a dos miembros de la redacción del periódico y se cursaron órdenes de detención para otros.⁴³ Escribió Marx: “Si estos caballeros siguen adelante con sus planes, pronto será un misterio cómo llevar a cabo el trabajo editorial en nuestro periódico... Se trata simplemente de saber quién perderá primero el sentido del humor: si los caballeros de la Fiscalía o los editores de la *Neue Rheinische Zeitung*”.⁴⁴

Cuando corrió la voz de los arrestos practicados el lunes por la mañana volvió a estallar la violencia: saqueos, choques con la policía y rotura de farolas y

cortes de las líneas de suministro del gas en diversas partes de Colonia.⁴⁵ La mayoría de los trabajadores estaban parados los lunes, y Marx temió que las detenciones hubiesen sido planificadas para poder provocar y hacer participar en los disturbios a un gran número de trabajadores, en cuyo caso el gobierno tendría una buena excusa para reprimirlos. Aquel día fue de grupo en grupo tratando de instar a los trabajadores a que no picaran en el anzuelo de la provocación policial, explicándoles que hacerlo sería ir a una derrota segura debido a los miles de soldados estacionados en Colonia. Por la tarde, sin embargo, los ánimos, recién alimentados en las tabernas, habían llegado a un punto álgido, y una vez más los hombres se lanzaron a la calle. Se levantaron unas cuarenta barricadas y las tiendas de armas y las ferreterías fueron saqueadas de guadañas, hachas y de cualquier otra cosa que pudiese utilizarse como arma.⁴⁶

Pero al día siguiente al mediodía se declaró el estado de sitio en Colonia: los trabajadores no tuvieron ocasión de luchar. Las autoridades oficiales desmantelaron las milicias cívicas, ordenaron que las tabernas cerrasen a las diez de la noche y prohibieron todas las reuniones públicas y la publicación de la *Neue Rheinische Zeitung* y de otros tres periódicos de Colonia.⁴⁷ Marx publicó un folleto destinado a los suscriptores que decía: “La pluma ha de someterse al sable”, pero no creía que la interrupción durase mucho.⁴⁸

Efectivamente, la interrupción no duró mucho, solo lo suficiente para poner en peligro la existencia del periódico. Siempre había tenido deudas, pero ahora que se habían interrumpido las suscripciones, no había dinero para publicarlo. Para colmo, el fiscal Hecker emitió órdenes de detención contra Lupus, Engels y Bürgers. La acusación: conspiración para derrocar al gobierno.⁴⁹

Lupus huyó hacia el sudoeste, a la provincia bávara del Palatinado, pero regresó pronto a Colonia y pasó a un estado de semiclandestinidad.⁵⁰ Engels y Bürgers abandonaron la ciudad y permanecieron ocultos, porque la policía había publicado sus descripciones. La madre de Engels le escribió desde Barmen: “Esta vez has ido demasiado lejos. Cuando cogí el periódico y vi que habían emitido una orden de detención contra mi hijo me puse a temblar... Querido Friedrich, si las palabras de una pobre y desconsolada madre aún significan algo para ti, sigue el consejo de tu padre, vete a América y abandona el camino que has seguido hasta ahora”.⁵¹

Engels no se fue a América; se fue a Bruselas. Pero el día 4 de octubre, cuando estaba a punto de sentarse a comer con Dronke en un hotel, los dos fueron arrestados por los policías que estaban buscando a Engels. Estuvieron retenidos durante varias horas antes de ser deportados a Francia.⁵² Engels también corría el riesgo de ser arrestado allí, por lo que no se atrevió a quedarse. Además, dijo,

lo que se encontró allí le rompió el corazón.

Los obuses de Cavaignac habían hecho volar por los aires la irreprimible alegría de París, Los ecos de la “Marsellesa” y del “Chant du Départ” habían cesado [...] Los trabajadores, que no tenían ni pan ni armas, hacían rechinar los dientes conteniendo la rabia [...] París estaba muerto, ya no era París. En los bulevares solo había burgueses y espías de la policía; los salones de baile y los teatros estaban vacíos [...] En suma, volvía a ser el París de 1847, pero sin su espíritu, sin vida [...] Tenía que irme de allí, no importaba donde. Así que primero me dirigí a Suiza. No tenía mucho dinero, lo que significaba que tendría que ir a pie. Tampoco elegí el camino más corto; a uno no le resulta nada fácil irse de Francia.⁵³

Engels se embarcó en una forzosa pausa de la actividad revolucionaria. Tenía veintiocho años, y el joven de aspecto aniñado que había conocido Harney en Londres había desaparecido y en su lugar había un hombre curtido y endurecido por la vida en primera línea de la revuelta intelectual y por años de vivir con menos de lo necesario. Pero su entusiasmo y su *joie de vivre* no habían disminuido ni un ápice. Sus ojos azules resplandecían ante la posibilidad de la aventura, ya fuera revolucionaria o, aún mejor, de carácter sexual. Se había metido hasta el cuello en la primera, y mientras recorrió a pie el país satisfizo cuanto pudo la segunda, proclamando “*la belle France!*”⁵⁴

“¡Y qué vino más bueno!” declaró Engels en su diario, titulado “De París a Berna”, donde registró (con un número más bien excesivo de signos de exclamación) sus viajes, junto con un mapa trazado a mano de su ruta. En la “república roja” de Borgoña, así bautizada por Engels no debido a su política, sino a sus calles y a sus gentes de color vino, dijo que le hubierna gustado tener los bolsillos llenos de dinero. “La cosecha de 1848 fue tan buena que no hubo barriles suficientes para contener todo el vino que se produjo. Y es más, de tal calidad que fue mejor que la del 46, ¡y tal vez incluso más que la del 34! [...] A cada paso me encontraba con la más alegre compañía, con las más dulces uvas y con las mujeres más hermosas [...] Me creerían fácilmente, pues, si dijese que pasé más tiempo tumbado en la hierba con los viñateros y sus mujeres, comiendo uvas, bebiendo vino, charlando y riendo y luego marchando colina arriba”.⁵⁵ Hizo amistad con las gentes del lugar dibujando caricaturas de Cavaignac y de Ledru-Rollin, y por el camino conoció a otros trotamundos como él mismo que habían abandonado la agitación de París en busca de la bucólica paz del campo. La política tuvo un papel muy pequeño, si es que tuvo alguno, en sus viajes

mientras se dirigía hacia Ginebra, donde llegó bronceado y descansado, y desde donde escribió a Marx para decirle que necesitaba dinero.⁵⁶

Pero dinero era una de las cosas que menos tenía Marx, además de tiempo, ayuda y tranquilidad. Estaba tratando frenéticamente de mantener en funcionamiento la *Neue Rheinische Zeitung*. Había empezado de nuevo a publicarla el 12 de octubre, más de una semana después del levantamiento del estado de sitio en Colonia. No pudo hacerlo antes porque muchos de los accionistas –los pocos que aún consideraban que valía la pena invertir en ella– eran reticentes a financiar una publicación que tenía tantos fugitivos entre la plantilla de redactores.⁵⁷ Para colmo de males, las suscripciones de otoño habían caducado mientras la publicación había estado suspendida, y sin garantías de que el periódico fuese a reaparecer, los suscriptores existentes no habían pagado la renovación.⁵⁸

George Weerth y Ferdinand Freiligrath (que acababan de ser absueltos en Düsseldorf de la acusación de haber publicado un poema revolucionario⁵⁹), habían ingresado en la redacción para tratar de compensar la escasez de escritores y periodistas.⁶⁰ Mientras, Jenny había trasladado su base desde el confortable apartamento de la pareja hasta las roñosas dependencias de la editorial, que apestaban a tinta, a lámparas de aceite y a cigarro, para ocuparse de las diversas tareas que implica la publicación de un periódico y de las peticiones personales de algunos refugiados del partido como Engels y los otros que estaban en la cárcel, buscando ayuda para sus familias.⁶¹

De manera en cierto modo curiosa, en ningún momento durante estos tiempos de tensión en Colonia, ni Marx ni Engels consideraron al parecer prudente que Jenny abandonase la ciudad y se fuera con los niños a Tréveris. La detención de Marx parecía inminente, y había signos de que los miles de soldados de la guarnición y los civiles armados de Colonia estaban buscando una excusa para entrar en combate. Pero ni Marx ni Jenny manifestaban la menor ansiedad por su seguridad. Puede que el motivo fuese el hermano de Jenny, Ferdinand, que tan bien la había protegido en los salones de baile de Tréveris cuando era una joven, y que ahora estaba ascendiendo rápidamente en el gobierno prusiano. Stephan Born percibió una extraña falta de armonía entre Marx y Jenny respecto a Ferdinand. Había oído a Marx decirle en broma a Jenny: “Tu hermano es tan estúpido que pronto será un ministro prusiano”. La observación, según Born, hizo ruborizarse a Jenny,⁶² pues mientras Marx expresaba abiertamente el desdén que sentía por Ferdinand, Jenny sentía afecto familiar por él. Sus cartas eran cálidas y el buen concepto mutuo que tenían uno del otro era evidente. La suya era una relación de amor complicada por culpa de la polí-

tica.⁶³ Ferdinand había sido invitado a la corte del rey en Potsdam,⁶⁴ y estaba en muy buenas relaciones con algunos miembros del gobierno, especialmente con el ministro del Interior Franz August Eichmann, que también era presidente de la provincia de Renania, y con el que pronto sería ministro del interior, barón Otto von Manteuffel.⁶⁵ Parecía, pues, que su hermana, aunque fuese la esposa de un conocido agitador, podía contar con la protección de su posición. Otros no tenían tanta suerte.

Colonia, 1849

¡La revolución ha muerto! ¡Larga vida a la revolución!

Karl Marx¹

LA HISTORIA QUE CONTÓ la *Neue Rheinische Zeitung* cuando se reanudó la publicación era la de una contrarrevolución europea muy cerca de la victoria. Un feo episodio que tuvo lugar el 6 de octubre de 1848 había girado las tornas. Trabajadores, estudiantes y la guardia nacional vienesa, irritados por los reveses sufridos durante meses y dándose cuenta de que no podían mantener su triunfo de marzo, se indignaron cuando el ministro de la guerra austríaco, Theodor Latour, trató de enrolar a la guardia nacional en las fuerzas imperiales para que las ayudasen a sofocar un movimiento independentista en Hungría. Los trabajadores cogieron a Latour, lo aporrearon con martillos y tubos de hierro, lo apuñalaron con encarnizamiento y finalmente colgaron su mutilado cuerpo de una farola. El emperador abandonó inmediatamente Viena, haciendo promesas para facilitar su huida. Pero la mayor parte de la burguesía no tenía otra opción que quedarse. Se encerraron en sus casas temiendo que Viena cayese en la anarquía y que la romántica revolución de unos meses antes encabezada por los estudiantes se estuviese convirtiendo en un reino del terror de los obreros. Pidieron el regreso de Hungría de las fuerzas imperiales, y miles de soldados se dirigieron a Viena para recuperarla en nombre del rey y de las clases pudientes.

Unos cincuenta mil obreros, estudiantes y miembros de la guardia nacional se prepararon en la ciudad para el conflicto, distribuyendo armas y levantando barricadas.² Unos setenta mil soldados austríacos estaban estacionados fuera de la ciudad esperando la orden para entrar. La orden llegó el 28 de octubre. El ejército atacó con sus armas pesadas y la batalla concluyó en cuatro días. La cólera no pudo con los cañones. Tres mil vieneses y mil trescientos soldados murieron en la batalla. Se produjeron dos mil cuatrocientas detenciones y veinticinco ejecuciones. La batalla acabó con la revuelta austriaca, y la noticia de su derrota

corrió por toda Europa, que se quedó tan atónita como se había quedado siete meses antes por la caída de Metternich en aquella misma ciudad.³

Marx estaba furioso por la crueldad con que los gobiernos europeos respondieron a las revueltas de aquel año y también por la silenciosa y cobarde aquiescencia de la clase media ante tanta brutalidad. Con un lenguaje incendiario que no era propio de él escribió en su periódico: “Las masacres sin sentido perpetradas desde los acontecimientos de junio y octubre, la tediosa ofrenda de sacrificios desde febrero y marzo, y el canibalismo mismo de la contrarrevolución convencerá a las naciones de que solo hay un medio para que los mortíferos estertores de la vieja sociedad y los sangrientos dolores de parto de la nueva sociedad puedan ser *abreviados*, simplificados y concentrados, y *este medio* es el *terror revolucionario*”⁴

Pese a utilizar estas provocadoras palabras, Marx tenía cada vez más claro que la violencia *no* era la respuesta. Si había aprendido algo durante los meses anteriores era que un hombre y una barricada no podían hacer nada frente a un rey y su ejército. Quienes trabajaban y luchaban con sus manos no podían derrotar en la batalla a unos militares bien equipados, bien entrenados y apoyados por el dinero del estado y de los propietarios acaudalados. Así, pues, retórica aparte, a finales de octubre, Marx el realista empezó a buscar una nueva arma. Y la encontró en los impuestos. Examinando la relación que mantenía el pueblo con su gobierno, descubrió sus dependencias mutuas. Pero discrepó de la forma convencional de interpretarlas. Los reyes habían promulgado la noción de que los ciudadanos eran totalmente dependientes de su gobierno, pero al parecer de Marx era al revés. Los gobernantes necesitaban al pueblo para que las granjas siguieran funcionando, las fábricas produciendo, las tiendas abasteciendo, y los barcos y ferrocarriles transportando. Necesitaban que el pueblo trabajase. Pero además de esto, los reyes también necesitaban a su pueblo para que les diese el dinero que habían ganado. Los impuestos financiaban los palacios, los parlamentos, el ejército, en suma, financiaban la existencia misma del reino. Así, en un reino con un gobierno represivo, el pueblo pagaba a su carcelero para que le mantuviese encadenado.

Marx afirmaba que los monarcas se volvían milagrosamente partidarios del gobierno constitucional cuando su pueblo descubría el “secreto económico” de que si cerraban el grifo de los impuestos podían hacer caer al reino. Defendió esta idea en un artículo del 20 de octubre en la *Neue Rheinische Zeitung*,⁵ y curiosamente este tema fue debatido en la asamblea prusiana, que había sido totalmente emasculado por el rey después de la caída del tercer gobierno formado después del 18 de marzo.

El nuevo primer ministro, el conde de Brandemburgo, era conservador e

hijo ilegítimo de Federico Guillermo II. El 9 de noviembre trasladó a la Asamblea Nacional Prusiana, contra la voluntad de esta, a la ciudad de Brandemburgo, unos cincuenta kilómetros al oeste de la capital. Y para asegurarse de que el apoyo a la Asamblea no se desbordaba por las calles, se estacionaron cuarenta mil soldados en Berlín y se declaró el estado de sitio.⁶ Aparentemente incapaces de valerse por sí mismos, los miembros de la Asamblea apelaron a sus electores, pidiéndoles que no pagasen los impuestos hasta que se permitiese a la Asamblea volver a Berlín.⁷

Desde el 17 de noviembre en adelante, Marx repitió entusiásticamente la frase “¡No más impuestos!” en un titular a tres columnas en su periódico. También la utilizó en un llamamiento que hizo desde el Comité de Demócratas de Renania.⁸ A los pocos días, los tres hombres que habían firmado aquel documento –Marx, Schapper y Karl Schneider II, abogado y presidente de la Sociedad Democrática de Colonia– fueron citados a declarar ante un juez acusados de incitar públicamente a la rebelión.⁹ Había pruebas a favor de la acusación: desde Bonn a Düsseldorf, los insurgentes habían adoptado el mantra anti-impuestos, atacando y quemando cualquier cosa parecida a un centro de recaudación de impuestos (aunque este esfuerzo nunca obtuvo el impulso suficiente para amenazar seriamente al gobierno).¹⁰

La presión legal contra Marx se intensificó en todos los frentes. A comienzos de noviembre, la redacción de la *Neue Rheinische Zeitung* fue asaltada, y Marx acusado de traición por una carta que había publicado su periódico.¹¹ A comienzos de diciembre fue convocado de nuevo a comparecer ante el juez, y esta vez los cargos los había presentado el ministerio imperial acusando al periódico (al que se refería como uno de los peores periódicos de la “mala prensa”¹²) de difamación. Corrió el rumor de que Marx sería arrestado. Sin embargo, le dijo a Engels, que se encontraba todavía en Suiza, que no pensaba dejar de publicar artículos ofensivos para el gobierno. “Este *fortín* tenía que defenderse, y la posición política no podía rendirse”.¹³

Mientras Marx estaba librando activamente sus numerosas batallas judiciales, Federico Guillermo IV acabó efectivamente con el gobierno nacido nueve meses antes disolviendo la Asamblea Nacional Prusiana el 5 de diciembre e imponiendo una “constitución” que le otorgaba poderes para suspender todos los derechos y para declarar la guerra. Ordenó magnánimamente la celebración de nuevas elecciones (no es que tuviese que acatar las normas de una asamblea elegida, pero debió de parecerle un gesto de buena voluntad después de lo que había tenido que pasar su pueblo). Marx se refirió a estas acciones como un verdadero golpe de estado.¹⁵

Curiosamente, el “golpe” pareció tener un efecto saludable en Prusia, aunque de breve duración. El rey fue devuelto al lugar que consideraba que le correspondía. Ahora solo era cuestión de atar unos cuantos cabos sueltos, es decir, había que acabar de una vez por todas con lo que quedaba de la oposición.

* * *

A mediados de enero de 1849, las condiciones eran lo bastante seguras como para que Engels regresase a Colonia para ayudar a Marx en lo que este último calificaba de “una racha atrozmente mala”.¹⁶ La mayoría de sus colegas que habían abandonado Prusia bajo amenaza de arresto en los meses anteriores habían regresado y estaban de nuevo en la redacción de la *Neue Rheinische Zeitung*. En algunos casos, se habían retirado los cargos; otros habían sido absueltos mientras estaban en el exilio. Engels eligió arriesgarse en los tribunales junto a Marx.

El 7 de febrero Marx, Engels y el editor del periódico fueron juzgados de la acusación de difamar a la policía en el artículo sobre la detención de Anneke el año antes, y de insultar al fiscal Zweifel en el mismo artículo. Tanto Marx como Engels se dirigieron a la atestada sala del tribunal. Marx se defendió de la acusación de calumniar a Zweifel alegando que el periódico sería culpable si hubiese informado acerca de lo que *era* Zweifel —un traidor al pueblo—, pero de hecho se había limitado a citar lo que Zweifel había dicho —que prometía retirar libertades ganadas en marzo— y que por consiguiente no se había producido ningún insulto ni difamación.¹⁷ Marx se basaba para su argumentación en el Código Napoleónico, y también en el deber de la prensa libre. “Esta es la profesión del perro guardián”, declaró, “el infatigable denunciador de los poderosos, el ojo omnipresente, el portavoz omnipresente del espíritu del pueblo que guarda celosamente su libertad”. Señalaba que el artículo en cuestión mostraba que el periódico se limitaba a cumplir con su deber de denuncia, y concluía su declaración con una revisión de los últimos y tumultuosos meses, contextualizando de este modo el juicio para argumentar que el caso que se estaba juzgando no podía considerarse al margen del marco histórico en que se daba.¹⁸ “¿Qué fue lo que provocó la derrota de la *revolución de marzo*? Que solo reformó la cumbre política superior, dejando intactos los fundamentos de esta cumbre: la vieja burocracia, el viejo ejército, las viejas juntas de jueces y fiscales, el viejo poder judicial que se había creado, se había desarrollado y había envejecido al servicio del absolutismo. El primer deber de la prensa es ahora *socavar todos los fundamentos de la situación política existente*”. La sala estalló en una salva de aplausos. Marx se sentó.¹⁹

Luego le llegó el turno a Engels de discutir la acusación de que la policía

había sido difamada por la información de que uno de sus agentes estaba borracho durante la detención de Anneke. Ningún policía había sido difamado, dijo, porque no se citaba ningún nombre. Además, testigos presenciales avalaban el reportaje.

Si piensan prohibir a la prensa informar de lo que ocurre ante sus ojos; si en cada caso complejo hay que esperar a que se emita un veredicto judicial antes de decir nada; si antes hay que preguntar a todos los funcionarios, desde el ministro al último policía, si considera que su honor ha sido mancillado por los hechos del caso que se menciona, independientemente de que estos hechos sean verdaderos o no; si la prensa se ve ante la alternativa de falsificar los hechos o de quedarse completamente callada, entonces, caballeros, ¡la libertad de prensa está acabada, y si esto es lo que quieren, declárennos culpables!

El jurado no lo hizo; los tres acusados fueron absueltos de todos los cargos.²⁰

Al día siguiente, Marx estaba de nuevo en el tribunal para defenderse de la acusación de traición por el caso de los impuestos. A su lado estaban Schapper y el abogado Schneider. Marx se dirigió de nuevo al tribunal, y esta vez su intervención duró casi una hora. Argumentando que él y los otros acusados tenían derecho a utilizar la cuestión de los impuestos como arma contra el gobierno, Marx recordó a aquel segundo jurado la historia de los últimos meses. La monarquía absoluta, los privilegios aristocráticos, los gremios, los campesinos esclavizados: todo este sistema había tratado de abolirlo la Asamblea Nacional elegida para dejar paso al progreso económico y a las libertades básicas de una sociedad moderna.²¹ El rey, el ejército y los poderes de la vieja sociedad, amenazados por la Asamblea, habían organizado un golpe de estado. “Si la corona hace una contrarrevolución”, dijo Marx, “el pueblo tiene derecho a replicar con una revolución”. Y citaba precedentes históricos del uso de los impuestos como instrumento revolucionario, destacando que la Declaración de Independencia norteamericana había surgido de una revuelta por los impuestos contra Inglaterra. “La Asamblea Nacional como tal no tiene derechos; el pueblo simplemente le ha confiado la defensa de los suyos. Si la Asamblea no actúa de acuerdo con el mandato que ha recibido, este mandato deja de estar en vigor. El pueblo sale entonces a escena y actúa de acuerdo con su propia autoridad”.²² El jurado consideró que los acusados habían actuado de acuerdo con sus derechos y los tres fueron absueltos; el presidente del jurado agradeció personalmente a Marx el carácter informativo de su declaración.²³

Pese a sus esfuerzos por sacar a Marx y a sus colegas de la circulación

mediante los tribunales, el gobierno se había visto repetidamente desmentido por unos jurados renanos hostiles que solo habían dictado sentencias retirando los cargos o absolviendo a los acusados. Pero tenía otra carta en la baraja. El comandante de Colonia mandó una carta al presidente provincial renano Eichmann afirmando que Marx se estaba volviendo “cada vez más audaz ahora que ha sido absuelto por un jurado, y creo que ha llegado el momento de deportarlo”. Acusaba a Marx de “ensuciarlo todo con su venenosa lengua”. Una solicitud formal de deportación fue enviada al superintendente de la policía la mañana del 17 de febrero afirmando que, desde que Marx había llegado a Colonia el abril anterior, su conducta se había vuelto peligrosa e intolerable: “Se toma la libertad de insultar de cualquier manera que considera apropiada a nuestra Constitución, a nuestro rey y a los altos funcionarios del gobierno en su periódico, que cada vez es más popular, buscando constantemente promover un sentimiento cada vez mayor de descontento y llamando indirectamente al pueblo a la revuelta”.²⁴

Varios días más tarde un informe sobre Marx llegaba al mismísimo despacho de Manteuffel, el ministro prusiano del interior. En él se decía que Marx había efectivamente ridiculizado “todo aquello que los hombres normalmente respetan y consideran sagrado”, aunque advertía que deportarlo podía provocar disturbios. Manteuffel aprobó en principio la expulsión de Marx, pero dejó su promulgación a la discreción de las autoridades locales, que decidieron esperar hasta que Marx les diera un “motivo directo” para expulsarle.²⁵

Comparado con otros que habían sido expulsados de Prusia, Marx parecía haber desempeñado incluso un papel mayor fomentando los sentimientos antigubernamentales. Pero una vez más Marx era tratado con una extraña deferencia, que tal vez era debida a la influencia que tenía su esposa sobre su hermano Ferdinand, que ahora era jefe del gobierno regional en la ciudad silesia de Liegnitz y que era escuchado por aquellas personas que podían decidir la suerte de su cuñado y, por extensión, la de su hermana. Durante los últimos meses había colaborado y se había codeado con el rey, con el conde de Brandemburgo, con el príncipe heredero Guillermo, con Eichmann y con Manteuffel.²⁶ Pero fuese cual fuese la razón de que se permitiese a Marx seguir en Colonia, su vida allí era una vida de constante hostigamiento. En el periódico se recibían a menudo cartas insultantes, y también amenazas personales.²⁷ Dos suboficiales armados se presentaron en el apartamento de Marx y Jenny exigiendo reparación por un artículo acerca de un oficial condenado por vender material del ejército. Los suboficiales dijeron a Marx que los soldados prusianos en Colonia se habían sentido calumniados por el reportaje. Exigieron conocer el nombre del autor y le advirtieron de que si no se lo entregaban “no podrían contener a sus hombres”.

Marx respondió fríamente, explicándoles qué recursos legales tenían los oficiales y diciéndoles que con amenazas no conseguirían nada. Mientras hablaba les dejó ver la culata de la pistola que llevaba en un bolsillo de su bata. La reunión terminó con un empate, sin que ninguno de los dos bandos se mostrase dispuesto a ser el primero en adoptar una actitud violenta.²⁸

Marx había aprendido a disparar de joven en Tréveris, donde la caza era una práctica habitual, pero no sabemos si llegó jamás a disparar contra otra persona. Años más tarde, la frustración y los problemas personales le llevarían a retar en duelo a algunos de sus enemigos, pero no está claro si contempló con agrado la posibilidad de hacer efectivo el reto. Valoraba demasiado su vida (es decir, su trabajo) para perderlo en un neblinoso campo a veinte pasos de distancia de un rival. Aunque propugnaba la revolución, consideraba más bien contraproducente la violencia individual. Cuando la tensión en Colonia se calmó un poco y Marx ya no temía por su familia, presentó una queja oficial, describiendo a los dos suboficiales como “un par de atracadores” y preguntándose si la jurisdicción de la nueva autoridad legal llegaba hasta la misma puerta de la casa de los miembros de la población civil.²⁹

Tras varios meses de debate, a finales de marzo de 1849 la Asamblea Nacional de Frankfurt había finalmente presentado una propuesta de constitución que convertiría la Confederación Alemana en una nación. A comienzos de abril el rey de Prusia la rechazó, no porque fuese demasiado liberal, según dijo, sino porque no estaba seguro de que otros príncipes alemanes aceptarían la estipulación de que él se convirtiese en el emperador de todos los alemanes. La traición final del rey a las promesas hechas el año anterior en Berlín fue recibida con desdén por los estados más liberales de Alemania, y una vez más provocó incluso a los miembros de la clase media a considerar la posibilidad de la revuelta.³⁰ El 15 de abril, con esta posibilidad resonando en todo el Bund, Marx salió de Colonia para iniciar una gira por Alemania para valorar la situación, recaudar dinero para su periódico, y establecer contacto con diversos grupos de trabajadores.³¹ Confió la seguridad de su familia a Engels.³²

El día antes de partir Marx dio un paso importante en la historia del movimiento comunista, cortando formalmente los lazos que le unían con sus asociados de la burguesía democrática. Anteriormente, había sido criticado por alinearse pragmáticamente con los demócratas, pero después de un año durante el cual aquellos liberales, que habían propugnado apoyar a los trabajadores, les habían dado repetidamente la espalda para asegurar sus propios beneficios políticos y económicos, Marx se había cansado y había decidido abandonar la

Unión Democrática de Renania.³³ Los biógrafos de Marx Boris Nicolaievsky y Otto Maenchen-Helfen identifican este como el momento en que Marx se alineó completamente con el proletariado. Nunca más trataría de establecer compromisos políticos con la burguesía.³⁴

Marx estuvo tres semanas fuera de Colonia. Durante su viaje, aquel defensor de la clase obrera que acababa de romper de forma permanente con la clase media, levantó algunas suspicacias por alojarse durante dos semanas en un hotel de primera clase en Hamburgo.³⁵ Cuando viajaba, a menudo se tomaba unas vacaciones de su pobreza y se permitía algunos lujos (casi siempre pagando otro) en los mejores hoteles y balnearios. Era una flaqueza curiosa –al parecer le encantaba estar rodeado de lujo– que proporcionó munición a sus enemigos, que durante toda su vida (e incluso después de su muerte) le acusaron de ocultar su elitismo al tiempo que públicamente defendía a los oprimidos. Esos críticos malinterpretaban a Marx: él no envidiaba la comodidad de nadie, solo insistía en que hay que ganársela sin explotar a otros para conseguirla. A juzgar por sus cartas, Marx también parecía disfrutar maliciosamente mezclándose con miembros de las clases superiores para provocarles y observar sus reacciones cuando, poco a poco, se encontraban a gusto en su compañía, cosa que sucedía invariablemente. En Hamburgo, sin embargo, puede que tuviese otro motivo para su falta de moderación. Conocía la psicología del dar y el pedir: cuando uno quiere un poco de dinero, extender la mano puede ser suficiente; pero si uno quiere mucho dinero, más vale que parezca que no lo necesita. Y él quería pedir dinero. Marx y Jenny habían gastado casi todo lo que tenían, la mayor parte para pagar los gastos del periódico. Además, Marx tenía muy poco éxito como pedigrüño, El 9 de mayo regresó a Colonia más pobre que cuando había marchado y tuvo que pedir dinero para pagar la cuenta del hotel.³⁶

También le esperaba una mala noticia: su orden de expulsión de Prusia había sido finalmente escrita. Llevaba la fecha del 11 de mayo pero no le fue entregada hasta el día 16. La información publicada en la *Neuen Rheinische Zeitung* sobre las últimas boqueadas de la revolución en Alemania habían dado aparentemente a las autoridades la excusa que estaban buscando para expulsarlo.³⁷

Tras el rechazo por parte del rey de Prusia de una Alemania unida, se produjeron diversas escaramuzas en el Bund. Al sur de Berlín, en la capital sajona de Dresde, las refriegas callejeras duraron casi una semana. Bakunin, que había llegado en abril para ver cómo su amigo Richard Wagner dirigía la Novena de Beethoven en el teatro de la ópera de Dresde, se quedó y estuvo en compañía de Wagner en las barricadas que se levantaron en una parte de la ciudad mientras

que en otra el teatro de la ópera era presa del fuego. Bakunin propuso que él y sus camaradas insurgentes utilizaran todos los explosivos que tenían para hacer volar por los aires el ayuntamiento, con ellos dentro.³⁸ (Finalmente abandonó aquel plan y huyó de la ciudad. Fue detenido tres días más tarde, y entre los objetos que le requisaron había una novela erótica que había escrito durante su huida a través de Prusia.)³⁹

En cuanto Marx regresó de su viaje para recaudar fondos, Engels, que había estado haciendo planes para un levantamiento en el valle del Rin mientras contemplaba la lucha desde los despachos de la redacción del periódico en Colonia, cogió dos arcones de municiones confiscados por los trabajadores que habían asaltado un arsenal en la cercana población de Solingen, y se dirigió a Elberfeld para unirse a la insurgencia.⁴⁰ Engels colaboró en la erección de las barricadas y luego se dirigió a inspeccionar los levantamientos que se producían en la zona. En el puente entre Elberfeld y Barmen, mientras Engels dirigía a los artilleros, su padre le reconoció. Engels llevaba un fajín de color rojo y era evidente que estaba allí fomentando la revuelta. Engels y su padre discutieron amargamente.⁴¹ Mientras, algunos de los organizadores de clase media del levantamiento de Elberfeld empezaron a manifestar su preocupación por si el conocido “rojo” de Colonia daba a su revuelta un aspecto más radical del que le correspondía. Le pidieron que marchara.⁴² Engels estuvo de acuerdo, pero no sin antes llevar a cabo una vez más lo que él mismo calificó de misión “de reconocimiento”. Armados con sables y pistolas, Engels y dos de sus colegas se dirigieron, montados a caballo, a un arsenal militar que había cerca de Elberfeld y lo asaltaron, escapando con armas y equipo que entregaron a los combatientes de la calle.⁴³ Esta hazaña le valió a Engels otra orden de arresto.⁴⁴

Pese a todos los contratiempos, Engels dejó Elberfeld con más entusiasmo del que tenía al llegar. Confiaba en que las distintas luchas que estallaron en Renania bajo la bandera negra, roja y oro de la unidad alemana se fusionasen en una batalla final contra la corona, y se preguntaba en la *Neue Rheinische Zeitung* “si esta vez el pueblo se conformaría con un ¡Fuera sombreros!”⁴⁵ Engels lamentaba que los berlineses no se hubiesen sublevado contra el rey, aunque esto significase una derrota segura, porque al menos habrían “dejado tras de sí, en la mente de los supervivientes, un deseo de venganza, que en tiempos revolucionarios es uno de los mayores incentivos para una acción enérgica y apasionada”.⁴⁶

Los redactores del periódico hicieron horas extras para publicar varias ediciones especiales sobre los levantamientos. En sus atestadas oficinas, con las máquinas escupiendo ruidosamente páginas impresas a doble cara, los redactores escribían frenéticamente sus últimas crónicas antes de entregarlas a los cajis-

tas, que las montaban minuciosamente letra por letra. Trabajando hasta altas horas de la noche junto a la débil luz de una lámpara de aceite, Marx abandonó finalmente toda precaución e instó abiertamente al pueblo a levantarse contra el rey,⁴⁷ que después de un año de supuestas reformas había revelado sus verdaderos sentimientos manifestando que el único remedio para los demócratas eran los soldados.⁴⁸ Ahora, en sus artículos en el periódico, Marx se refería a Federico Guillermo como Herr von Hohenzollern, privándole públicamente del título que según él le había otorgado el mismo Dios.⁴⁹ Dos días más tarde llegó la orden de expulsión de Marx.

Ante la inminencia de la expulsión, el periódico sacó precipitadamente un último número. Apareció el 19 de mayo de 1849 y era desafiante de principio a fin. Marx escribió: “*No tenemos compasión ni os la vamos a pedir a vosotros. Cuando nos llegue el turno, no buscaremos excusas para el terror*”. En su editorial de despedida, la *Neue Rheinische Zeitung* aconsejaba a los residentes en Colonia que no se sublevasen porque seguramente serían derrotados. Daba las gracias a sus lectores y proclamaba que su “su última palabra, siempre y en todas partes, sería: ¡*emancipación de la clase obrera!*”⁵⁰ El periódico se imprimió de la primera a la última página con tinta roja y se convirtió inmediatamente en un clásico. Se vendieron veinte mil ejemplares —más del triple que el número de suscriptores— y por algunos de los ejemplares se pagó hasta diez veces el precio de portada.⁵¹ Engels recordaba con orgullo que “tuvimos que entregar nuestra fortaleza, pero nos retiramos con... la banda tocando y ondeando la bandera, la bandera del último número, la bandera roja”.⁵² Un periodista que no simpatizaba con el periódico admitió más tarde que aquel último número se había convertido en un ejemplar de coleccionista: “Constantemente me llegan noticias de personas que lo han enmarcado”.⁵³

Ninguna de estas alabanzas ayudó a Marx, sin embargo. Una vez más, él y Jenny se apresuraron a recoger a la familia y a salir de la ciudad antes de ser escoltados a la fuerza y obligados a cruzar la frontera. Jenny recogió todas sus pertenencias y lo único de valor que les quedaba, la vajilla de plata, que guardó en una maleta prestada. Confió trescientos libros que pertenecían a Marx a Roland Daniels, el médico que les había ayudado a buscar apartamento, y vendió algunos muebles para poder financiar su huida.⁵⁴ Mientras, Marx zanjó unos cuantos asuntos en la redacción del periódico. Era el propietario de todo el equipo, y vendió parte del mismo para pagar a los accionistas, a los impresores y a los empleados. El resto lo regaló a otro periódico democrático de la ciudad, la *Neue Kölnische Zeitung* (la Nueva Gaceta de Colonia), que se publicó con un borde negro en honor del desaparecido periódico hermano.⁵⁵

La mayor parte de los redactores de la *Neue Rheinische Zeitung* se dispersaron rápidamente. Según Engels, todavía había veintitrés casos legales pendientes contra él, por lo que tenía motivos suficientes para largarse mientras pudiese.⁵⁶ En cuanto el último número del periódico salió a la calle, Marx, Jenny, Lenchen, los tres niños y Engels salieron de Colonia por el Rin en una barcaza, primero hacia Bingen y luego en dirección a Frankfurt.⁵⁷ Jenny se quedó allí un tiempo —el suficiente para empeñar sus objetos de plata o, para decirlo como lo decía ella, “para convertir en dinero en efectivo la vajilla de plata que acababa de rescatar de una casa de empeños en Bruselas”⁵⁸— antes de separarse de Marx y llevarse a los niños a Tréveris. Aunque estaban huyendo una vez más, Jenny le contó a una amiga que “todas las presiones que tenemos ahora solo son la señal de una victoria inminente y mucho más completa de nuestros puntos de vista”.⁵⁹ Estaba simplemente repitiendo como un loro el optimismo de Marx. Pese a los muchos contratiempos que habían sufrido, Marx seguía convencido, al menos aparentemente, de que el gobierno sería finalmente derrocado.

Marx y Engels se quedaron en Frankfurt e hicieron un llamamiento a los insurgentes de toda Alemania para que se uniesen bajo el paraguas de la Asamblea Nacional para concentrar fuerzas y coordinar la planificación de la revuelta contra Berlín. Como el llamamiento no obtuvo inmediatamente respuesta, viajaron a Baden para tratar de convencer a los hombres que estaban luchando allí que moviesen sus operaciones a Frankfurt. Pero nadie parecía interesado en salvar a la desventurada Asamblea, y por eso Marx y Engels se dirigieron a Bingen.

En el mismo momento en que Marx se daba por vencido en Alemania y decidía marcharse, fue arrestado. Al llegar a Bingen, Marx y Engels fueron apresados por los soldados y trasladados a Frankfurt, donde los retuvieron durante varios días antes de ser liberados. Entonces decidieron separarse. Marx viajaría con Red Wolff para esperar a Jenny en París,⁶⁰ donde las delegaciones de varios estados alemanes rebeldes estaban activamente ocupadas buscando ayuda y reconocimiento. Engels fue a Baden para entrar en combate: el artillero que había en él estaba nuevamente deseoso de entrar en acción. Por encima de todo, consideraba necesario que los insurgentes siguieran siendo vistos como los agresores. “Ponerse a la defensiva”, comentó “equivale a la muerte de todo levantamiento armado”.⁶¹

Pero en realidad la lucha ya había terminado. Las fuerzas gubernamentales estaban simplemente sofocando unas cuantas bolsas dispersas de resistencia. Los reyes y los príncipes de Europa estaban una vez más cómodamente instalados en sus tronos; es decir, lo estaban en todas partes excepto en Francia.

París, 1849

Hegel dice en alguna parte que todos los hechos y los personajes importantes de la historia mundial ocurren, como quien dice, dos veces. Se olvidó de añadir que la primera vez lo hacen como tragedia, y la segunda como farsa.

Karl Marx¹

A VECES LOS PERSONAJES SURGIDOS de las cenizas de acontecimientos graves son tan singulares que casi parecen accidentes. Uno de estos personajes emergió en Francia en medio del caos de la primavera de 1848. Fue anunciado simplemente como “Lui” –“Él”– en las medallas y litografías distribuidas gratuitamente en una campaña de publicidad asombrosamente moderna que sugería que, finalmente, aparecía alguien que podía enderezar las cosas. En un momento en que los parisinos se estaban matando unos a otros a sangre fría, y que el campo se encogía horrorizado, temiendo legítimamente que los crímenes de aquella revolucionaria ciudad se desbordasen por todos los pueblos y aldeas, el aspirante a salvador se encontraba en Londres esperando el momento oportuno para regresar. Pero su presencia estaba ya en todas partes, pues todas las paredes de París estaban cubiertas de carteles con la cara de aquel desconocido de nombre tranquilizadoramente familiar.

“Él” era Carlos Luis Napoleón Bonaparte, sobrino de Napoleón Bonaparte y destinado también, según creía él mismo, a ser un día emperador de Francia. Por si el pueblo no estaba convencido de ello, un compatriota contrató organizadores y cantantes callejeros que recorrieron los bulevares predicando el inminente retorno de otro Napoleón. Para muchos franceses, aquel nombre, sin importar quién lo llevase, significaba estabilidad, trabajo, comida, incluso riqueza; en suma, todo aquello de que carecían.²

Aunque nacido en París, Luis Napoleón había sido criado en Suiza y no tenía otros vínculos con Francia que los históricos; dos veces antes había intentado participar en la política francesa,³ y las dos incursiones habían sido un fracaso, la segunda de ellas un fracaso espectacular. En este caso, llegó a Francia en

agosto de 1840 vestido de emperador. Un águila planeaba majestuosamente en torno a su cabeza (inspirada menos por el hombre que tenía debajo que por el trozo de tocino que Luis Napoleón llevaba oculto debajo del sombrero). Declaró que había venido a liderar Francia y que había plantado una bandera imperial en Boulogne. La guardia nacional le arrestó inmediatamente por tratar de organizar un golpe de estado.⁴ Condenado a cadena perpetua en el norte de Francia, permaneció allí durante seis años —el período más largo que estuvo en el país— antes de escapar a Inglaterra disfrazado de trabajador. Desde allí siguió conspirando para tratar de reconquistar el trono de su tío.⁵

En mayo de 1848 creyó llegado el momento oportuno. Prácticamente desconocido en Francia, el nombre de Luis Napoleón provocó un gran revuelo cuando apareció en las papeletas de las elecciones para la Asamblea Nacional; obtuvo escaños en representación de cuatro distritos.⁶ El gobierno se sintió horrorizado ante la perspectiva de que aquel fugitivo de nombre famoso pudiese ocupar un escaño en la Asamblea e impugnó oficialmente su elección. Luis Napoleón tuvo la deferencia de renunciar a su escaño y regresó a Inglaterra a esperar que los políticos franceses se dieran cuenta de que un Napoleón débil —que es como se definía él mismo— podía ser un símbolo poderoso pero maleable en torno al cual iniciar la recuperación. No tenía ninguna base de poder propia y tendría que basarse en los líderes actuales del gobierno. Tal como esperaba que sucediese, los políticos vieron finalmente la luz y él regresó a Francia en setiembre para ocupar su escaño en la Asamblea Nacional.⁷

Luis Napoleón no tenía un porte precisamente elegante —tenía una cabeza y un torso enormes sobre unas piernas diminutas— y tenía las plácidas facciones de un tarado mental. Además, hablaba muy mal el francés y con un fuerte acento extranjero. Sin embargo, los mismos estrategas que habían aceptado su retorno a la Asamblea empezaron a maniobrar para colocarlo en situación de hacer cosas más importantes. Era el instrumento perfecto para dar al pueblo una falsa sensación de seguridad dejando en realidad el control de Francia en manos de los mismos hombres que habían manejado las palancas del poder durante décadas.⁸ Cuando se celebraron en diciembre las elecciones presidenciales, Luis Napoleón obtuvo más de cinco millones de votos, cuatro más que el rival que más se le aproximó, Cavaignac.⁹

Pero este nuevo Napoleón no era el tarado mental que había fingido ser. Inicialmente no tuvo inconveniente en aparecer como la pizarra en blanco en la que los franceses podían escribir sus esperanzas y sus sueños —su futuro—, y aunque tenía sus propias ideas se las reservó casi en exclusiva para él durante todo un año. De hecho, su tarea inmediata era dar a conocer al país que había sido

elegido para dirigirlo. El país estaba atormentado por los celos políticos, la desconfianza y el odio. Las heridas del último año distaban mucho de haber cicatrizado, y aunque la extrema izquierda y los trabajadores habían sido derrotados, no estaban ni mucho menos muertos. Luis Napoleón necesitaba consolidar el gobierno para evitar el reto aparentemente inevitable de aquellos. No sería un reto inminente: si el gobierno estaba dividido, la oposición lo estaba todavía más; los trabajadores aún no se habían recuperado de los Días de Junio del año anterior.

Marx llegó a París el 9 de junio en plena epidemia de cólera asiática y bajo una ola de calor preveraniega. Había viajado con el seudónimo de Monsieur Rambos porque ya no tenía amigos en el gobierno que pudiesen garantizar su seguridad.¹⁰ Las diferencias entre febrero de 1848 y junio de 1849 no podían haber sido más grandes, pero el arco de la revolución y la contrarrevolución en Francia era un arco muy familiar que reflejaba los dramas que tenían lugar en toda Europa, donde la euforia inicial de la revuelta había dado lugar a una incertidumbre política, a la violencia y a un reajuste de lealtades que había dejado de nuevo a la clase obrera librando sola sus batallas, y finalmente a la instalación de un gobierno reaccionario formado por una clase dominante en la que estaban ya los industriales y sus financieros.

Marx estaba indignado, pero no sorprendido, de que la clase media, la burguesía y los propietarios más acaudalados hubiesen abandonado al proletariado cuando se vieron confrontados a elegir entre la defensa de sus intereses privados y el bienestar de una clase a la que ni conocían ni entendían. Se sintió frustrado, aunque tampoco sorprendido, de que aquel proletariado masivo no fuese capaz de unirse para hacer frente con éxito a los poderosos que les oprimían. De todos modos, Marx confiaba en que la clase obrera francesa –los “cuatro millones de hombres que no tienen un salario seguro”¹¹– se levantaría, y en una carta a Engels escribió: “París es deprimente. El cólera está haciendo estragos. Pese a todo, nunca la colosal erupción del volcán revolucionario ha sido tan inminente como en este París... Tengo tratos con todo el partido revolucionario”.¹²

Esta expectativa de una revolución inmediata se concretó de manera lamentable el 13 de junio. Ledru-Rollin, que ahora formaba parte de la minoría liberal de la Asamblea Nacional, dirigió la oposición a la invasión de Roma de Luis Napoleón para restaurar al papa como jefe de los Estados Pontificios.¹³ El papa, cuyas inclinaciones democráticas habían contribuido a precipitar el levantamiento de 1848 en Sicilia, había huido de Roma en medio de un caos político y después del asesinato de uno de sus colaboradores más cercanos, y en su ausen-

cia se declaró una República Romana.¹⁴ Luis Napoleón creyó que acudiendo en ayuda del papa se ganaría el favor de los católicos franceses, estaría en una posición más favorable para negociar una parte del territorio, y mostraría que la tradición napoleónica de intervención europea había regresado, aunque no en forma de ejército de agresión.¹⁵

Cuando la Asamblea rechazó la moción encabezada por Ledru-Rollin de impugnar al presidente por la invasión de Roma, sus seguidores se echaron a la calle y trataron de implicar en su lucha a los ciudadanos.¹⁶ Pese al optimismo de Marx, sin embargo, la temperatura política y social había bajado mucho desde el punto álgido alcanzado en junio de 1848. Los rebeldes ocuparon una escuela e hicieron un llamamiento a erigir barricadas, pero, según informó Marx, lo único que pudieron hacer fue recoger unas cuantas sillas que habían tirado a la calle.¹⁷ La protesta solo consiguió poner de manifiesto la impotencia de los denominados revolucionarios y reforzar a Luis Napoleón para reprimirlos de manera más enérgica: se amplió el estado de sitio y se impusieron nuevas restricciones a los refugiados. Por encima de todo el gobierno quería evitar que París se convirtiera una vez más en un santuario para los agitadores extranjeros.¹⁸ La policía prestó especial atención a los alemanes, de quienes temía que fuesen los líderes de un comité revolucionario internacional. Uno de los primeros biógrafos de Marx escribió que esta siniestra célula solo existía en la fértil imaginación de las fuerzas de seguridad,¹⁹ y seguramente también, podríamos añadir, en la del propio Marx. Su retórica no influyó absolutamente nada para conseguir que los gobiernos revisaran sus puntos de vista catastrofistas.

Jenny Lenchen y los niños llegaron a París el 7 de julio. Normalmente a Jenny le costaba mucho dejar a su madre en Tréveris, pero aquel verano estaba ansiosa por hacerlo. Le contó a su amiga Lina Schöler, que había estado comprometida con Edgar, el hermano de Jenny, antes de que se fuese a América, que los problemas financieros y la edad habían convertido a su madre en una mujer dura y egoísta. “No estoy nada cómoda allí. Todo ha cambiado demasiado y por supuesto, tampoco yo puedo ser la misma”. En cualquier caso, dijo, sentía una profunda nostalgia de París.²⁰

Jenny, que estaba nuevamente embarazada, y su grupo de pequeños viajeros habían transportado todas las maletas que habían acumulado durante su año en Colonia por todo Bruselas en carruaje, y luego en tren hasta París. Al llegar dijo encontrarse perfectamente bien, lo que puede que fuera menos un reflejo de la facilidad del viaje que del éxtasis que sentía al estar de nuevo en París. Tras un año a la sombra de una guarnición militar bajo la pesada mano de Federico

Guillermo, la vida en el París reaccionario de Luis Napoleón le pareció maravillosamente liberadora. “En este momento París es espléndido y lujoso... La aristocracia y la burguesía se sentían seguras desde el malhadado 13 de junio... El mismo día 14 todos los grandes del reino, junto con sus carruajes y sus criados de librea, empezaron a salir de las madrigueras en las que habían estado ocultos, con lo que las maravillosas calles parisinas están ahora llenas de magnificencia y esplendor... Los niños apenas pueden abrir los ojos lo suficiente para absorber todas estas maravillas”.

Aquella era la ciudad que Jenny amaba y la que quería que fuese su hogar. París era la ciudad en la que había vivido como recién casada y de la que había sido alejada contra su voluntad. Ahora describía para su amiga Lina una casita de entre seis y diez habitaciones en Passy que le habían ofrecido por un alquiler razonable. Estaba cerca de la nueva casa de Heine, estaba elegantemente amueblada, y tenía un jardín.²¹ Mientras, decía, vivirían en un buen barrio cerca de Les Invalides, en un pequeño y acogedor apartamento. Red Wolff vivía con ellos, también, y Jenny invitó a Lina (que se sentía atraída por aquel caballero al que Marx apodaba el “Orlando furioso rojo”) a que los visitase en su hermosa y cómoda ciudad.²³

Pero en el mismo momento en que Jenny estaba felizmente detallando su situación, Marx estaba desesperadamente escribiendo cartas tratando de encontrar dinero para mantener a su familia. Evidentemente mantuvo a Jenny al margen de la auténtica magnitud del problema. Jenny parecía no ser consciente de que su situación financiera, normalmente mala, era ya casi imposible. Antes de abandonar Colonia, Marx había gastado lo que le quedaba del avance de la herencia para mantener el periódico a flote. Le dijo a Joseph Weydemeyer que no tenía ni un duro y le pidió que tratara de conseguirle algo de dinero hasta que empezase a recibir ingresos por la redistribución y la venta de su antiguo ataque a Proudhon, cosa que, con un exceso de optimismo (si no de ingenuidad), consideraba inminente: “En la medida de lo posible, mira de hacerlo sin mencionar a nadie que te lo he pedido yo. La verdad es que, a menos que llegue ayuda de algún lugar, estoy perdido, porque mi familia también está aquí y la última joya del ajuar de mi esposa está ya de camino a la casa de empeños”.²³ También recurrió a Engels, que en aquel momento estaba luchando con los insurgentes en Baden: “*Consígueme dinero donde sea...* En las presentes *circunstancias*, no puedo llevar una vida de jubilado y mucho menos meterme en problemas financieros”.²⁴

El dinero, de todos modos, no era el peor de sus problemas. Cinco días después de que Jenny escribiese a su amiga Lina acerca de su futuro en la ciudad de

las ciudades, alguien llamó a su puerta. La imagen que se había hecho Jenny de una vida segura y feliz en París saltó hecha pedazos. “El consabido sargento de policía vino una vez más y nos informó de que Karl Marx y su esposa tenían que abandonar París en veinticuatro horas”, recordaría más tarde Jenny en sus memorias inconclusas.²⁵ Marx había sido clasificado como un extranjero indeseable que ya no era bienvenido en la capital francesa. Él trató de convencer a las autoridades de que era una presencia benigna y que solo pretendía trabajar en un libro de economía,²⁶ pero la línea por la que había conseguido entrar en Bruselas en 1845 ya no funcionaba en el París de 1849. Previamente Marx había advertido a sus corresponsales de que la policía francesa le abría el correo, y que si este era el caso no tenía forma creíble de hacerse pasar por nada que no fuera un rebelde a punto de experimentar lo que él mismo calificaba de “resurrección revolucionaria”.²⁷

La orden de expulsión decía que la familia podía trasladarse a Morbihan, en Bretaña, cuatrocientos cincuenta kilómetros al oeste de París, pero Marx consideró aquella alternativa como el equivalente de una sentencia de muerte, porque sus marismas eran un auténtico semillero de todo tipo de enfermedades. Presentó un recurso y gracias a la lentitud de la burocracia obtuvo un mes de aplazamiento, aunque no fue un período fácil.²⁸ Decía sentirse como si tuviera una “espada de Damocles” colgando encima de su cabeza.²⁹ Además, Jenny y los niños estaban enfermos, lo que obligaba a Marx a hacer de “enfermero”.³⁰ En algunas cartas atribuye la enfermedad de Jenny a su embarazo, pero es probable que estuviese deprimida por verse forzada a cambiar de país de residencia por cuarta vez en cuatro años. Durante toda su vida Jenny se refugió en la enfermedad cuando el peso de sus problemas personales se hacía demasiado grande. En esas ocasiones, Lenchen hacía de ama de casa, y Karl (que no era en absoluto ajeno a las enfermedades provocadas por el estrés) mantenía públicamente la fachada de que las dolencias de su esposa eran meramente físicas.

Marx, por su parte, utilizaba sus actividades intelectuales y políticas como escudo contra las catástrofes personales. Tenía una notable facilidad para separar el trabajo de la vida personal. (Un escritor decía que Marx consideraba el hecho de rendirse ante el sufrimiento una muestra de autocompasión burguesa, algo imperdonable en tiempos de guerra.)³¹ En una carta a Freiligrath en julio, describiendo una controversia relacionada con su situación financiera, le sugería que hablasen de política para distraerse de este modo de sus problemas privados.³² E incluso en medio de la desesperación de aquel julio, sin dinero ni la menor idea de lo que le deparaba el futuro, escribió a Weydemeyer: “Por difícil que pueda ser la situación actual por lo que respecta a mis circunstancias perso-

nales, me cuento de todos modos entre los *satisfechos*. Las cosas marchan muy bien”. Creía que los intereses conflictivos de quienes habían derrotado a los obreros de Europa durante el año anterior habían salido a la superficie, y que ahora se estaban enfrentando brutalmente unos contra otros.³³

Durante el verano, en un intento de mantener a su familia financieramente a flote, Marx consideró diversas formas de ganar algo de dinero, desde escribir panfletos sobre temas económicos a editar un nuevo periódico en Berlín. Incluso recurrió a su antiguo editor Leske, al que todavía no le había devuelto el anticipo que le había dado por el libro de economía que no había llegado a escribir, para ver si podía estar interesado en publicar su obra. Pero todos estos planes se quedaron en esto, en planes, y a mediados de agosto, cuando Francia rechazó finalmente su recurso y le exigió que se instalara en Bretaña o que abandonara inmediatamente el país, sus perspectivas eran más sombrías que al salir de Colonia.³⁴

Desesperado, Marx escribió a un joven abogado alemán y socialista, Ferdinand Lassalle, pidiéndole ayuda financiera para sacar a su familia de Francia. Le pidió a Lassalle que no divulgase su petición, pero al parecer Lassalle discutió su situación financiera en público, lo que enfureció a Marx. Marx no toleraba ser visto como un hombre débil o vulnerable, y detestaba que sus enemigos conocieran los detalles de sus tribulaciones personales.³⁵ Le comentó a Freiligrath que consideraba la situación “insoportablemente enojosa” y que “prefería estar en aprietos que tener que pedir dinero públicamente”.³⁶ Pese a este arranque de orgullo, sin embargo, aceptó el dinero de Lassalle. No podía hacer otra cosa.

Marx había solicitado a las autoridades francesas un pasaporte para trasladarse a Suiza, pero el gobierno se lo negó; el único lugar para el que estaban dispuestos a darle un pasaporte era Inglaterra.³⁷ El 23 de agosto Marx escribió a Engels, que estaba en Suiza, diciéndole que salía de Francia en dirección a Inglaterra, pero que a Jenny le permitían quedarse por un tiempo para poner sus asuntos en orden.³⁸ En una carta anterior a Engels, Marx había declarado que era esencial que pusieran en marcha una operación literaria o comercial.³⁹ Ante la inminencia de su partida, le suplicó a Engels que le acompañase, diciéndole que le habían prometido el dinero necesario para publicar un periódico en alemán allí. “Confío en ello *absolutamente*. *No puedes* quedarte en Suiza. Tenemos trabajo en Londres... Estoy seguro de que no me dejarás en la estacada”.⁴⁰

Marx salió de París al día siguiente y cruzó el Canal de la Mancha el 26 de agosto.⁴¹ Jenny, Lenchen y los niños se quedaron en París durante dos semanas más, aunque fueron hostigados por la policía, que solo a regañadientes les había permitido quedarse.⁴² Si Jenny había experimentado la emoción del drama polí-

tico la primera vez que ella y Marx fueron perseguidos hasta ser expulsados de París en compañía de otros muchos amigos atrapados en la misma red gubernamental, esta vez solo sintió pavor. Estaba embarazada de siete meses, y el calor que hacía en París le dificultaba moverse de un lado a otro. Tenía pocos amigos que pudiesen ayudarla. Heine, que era lo más parecido a un familiar que Jenny tenía en París, todavía estaba en la ciudad, pero solo podía hacer un uso limitado de sus extremidades y pesaba menos de cuarenta quilos. Tomaba tres clases diferentes de morfina para mitigar el dolor y no salía nunca de su habitación, aunque seguía escribiendo poesía dictando los versos en una especie de susurro que emitía a través de su semiparalizada mandíbula.⁴³ Aquel hombre que en su día había salvado a Jennychen ya no podía ayudarla.

En poco más de un mes, el brillante futuro que Jenny había previsto para ella y su familia en París se había evaporado. Y ahora se encaminaba a Inglaterra, un país frío y húmedo que no conocía. Con una generosa subvención de 100 francos de Freiligrath, Jenny, Lenchen y los niños (que ahora tenían cinco, tres y dos años) viajaron a Calais el 15 de setiembre y luego tomaron el vapor que les llevó a Inglaterra.⁴⁴ Muchos conocidos habían tomado la misma ruta, y Jenny trató de encontrar fuerzas recordando sus viajes. Decía que los hombres “que luchaban con la pluma y la espada para los pobres y oprimidos se alegraban de poder ganarse el pan en el extranjero”. Ella, sin embargo, se dirigía a Inglaterra con un solo objetivo inmediato después de seis años de incertidumbre: quería un lugar para descansar.⁴⁵

Tercera Parte

Exilio en la Inglaterra victoriana

Londres, 1849

*El infierno se parece mucho a Londres...
Hay poca justicia en ella. Y aún menos piedad.*

Percy Bysshe Shelley¹

EN 1849, EL VIAJE DE DOS DÍAS de duración para cruzar el Canal de la Mancha desde Francia a Inglaterra era difícil incluso para los tipos más duros, y Jenny tuvo que concentrar todas sus fuerzas para poder sobrevivir al mismo. Tenía treinta y cinco años, estaba embarazada de más de siete meses, y no paraba de moverse desde mayo, cuando la familia había sido obligada a salir de Colonia. Empapada, tiritando de frío, mareada y exhausta por cuidar de los niños (que estaban igualmente empapados, helados y mareados), subió finalmente con el vapor por el Támesis esperando reunirse pronto con su esposo. Pero Marx no estaba en el muelle cuando llegaron. Estaba en cama aquejado de lo que describió como una especie de cólera, y había enviado a su amigo el poeta Georg Weerth a recoger a su familia. Fue, por consiguiente, Weerth quien introdujo a Jenny, Lenchen y a los niños en su nueva casa, extrañamente intimidatoria, llevándolos en un coche de caballos a través de la niebla hasta una casa de huéspedes dirigida por un sastre alemán en Leicester Square, en el corazón del West End de Londres. Le dieron instrucciones de quedarse allí hasta que su esposo se encontrara lo bastante bien para encontrar un alojamiento conveniente. Marx, mientras, estaba en la elegante Grosvenor Square con Karl Blind, un amigo alemán que se había casado con una mujer rica.²

No es difícil imaginar la absoluta desolación de Jenny, sentada en una silla en su pequeña habitación, con un inadecuado fuego de carbón, cavilando sobre el futuro. Una vez más había sido sacada a la fuerza de París —una ciudad luminosa, opulenta y alegre— y dejada en una ciudad que no conocía y cuyo idioma apenas entendía. Pero esta transición era más difícil que otras, porque ahora su familia era más numerosa, porque tenían menos dinero y menos perspectivas, y porque Londres era la estación terminal al filo de Europa para miles de desespe-

rados viajeros como ellos. La Inglaterra de la reina Victoria se había convertido en un depósito virtual para monarcas desterrados, bribones y rebeldes, que ofrecía la ilusión de libertad a las víctimas de la revuelta o de la represión. Un visitante italiano escribió alegremente: “Desde el despótico gobernante de cincuenta millones de personas hasta el organillero hambriento o la barrendera, esta tierra de refugio está igual de abierta a todos”.³ Pero el reformador inglés George Julian Harney describió mejor lo que significaba esta libertad para una mayoría de exiliados: eran “libres de desembarcar en nuestras costas y libres de morir de hambre bajo nuestros inclementes cielos”.⁴

Igual que con el viaje de Marx a Manchester, nada en la experiencia de Jenny podía haberla preparado para la mugre, el ruido y el sufrimiento que encontró en aquella ciudad, que entonces era la mayor y la más rica de la nación más industrializada del mundo. Había partes de Londres en las que podría haberse sentido como en casa, y Grosvenor Square era una de ellas. Allí, el calor de una estufa en cada habitación y la envolvente comodidad de los vestidos de seda y los acolchados sofás exudaban la misma seguridad que Jenny había conocido en la casa familiar de Tréveris. Había incluso partes de la ciudad en las que uno podía instalarse en una pobreza digna, conservando los signos externos de la respetabilidad aunque careciendo de la riqueza que normalmente los acompañaba. Pero no había el menor rastro de refinamiento en Leicester Square y pocas cosas que pudiesen confundirse con la respetabilidad. Jenny, cuyos baúles todavía contenían exquisitos vestidos de sus primeros días en París, y cuyas tarjetas de visita todavía la identificaban como baronesa von Westphalen, era una extraña en el mundo duro y gris que la rodeaba. La desesperación parecía impregnar el aire mismo que respiraba.

De hecho, los Marx llegaron a Londres al comienzo de la estación en la que la niebla de la ciudad era tan impenetrable que el sol parecía no salir. Incluso de día era casi imposible que un extraño pudiera orientarse por unas calles iluminadas por el resplandor amarillento de los chorros de gas o por las bamboleantes farolas sostenidas por unos chicos contratados para iluminar a los peatones. Un extranjero comentó que la niebla era tan densa que uno podía estrechar la mano a alguien sin verle la cara en el momento de hacerlo.⁵ Añadiendo a esta opresiva atmósfera el hedor que lo impregnaba todo, la impresión general era de asfixia.

Miles de caballos recorrían las enlodadas calles de Londres, arrastrando carretas, carruajes y ómnibus, y depositando en el barro cientos de toneladas de estiércol cada día. Este olor animal se mezclaba con el asfixiante olor de los residuos humanos que rebotaban de los pozos negros en los sótanos en los que los londinenses se deshacían de los “abonos” que producían por la noche.⁶ En las

zonas superpobladas como el West End o el Soho, algunos de estos pozos negros podían llegar a tener hasta un metro de profundidad de excrementos.⁷ El año de la llegada de Jenny, todos estos residuos estaban empezando a ser desviados hacia el Támesis, pero esto, en vez de eliminar el problema simplemente le daba una mayor movilidad. Con la marea, aquellos fétidos lodos residuales se movían de un lado a otro por el rudimentario sistema de alcantarillado de Londres. Aquel río que podía haber limpiado la ciudad, era en realidad una gran cloaca al aire libre que la atravesaba completamente, expandiendo no solo su hedor, sino toda clase de enfermedades.⁸ En 1849 Londres estaba saliendo de una de sus periódicas epidemias de cólera. El Soho y el área circundante a Leicester Square se habían visto particularmente afectadas por el brote, en parte debido a que los pobres se introducían como sabandijas en todas las grietas disponibles.⁹

En el mundo posterior a 1845, cuando la peste de la patata y el empeoramiento de la crisis económica provocaron una emigración masiva, el West End y el Soho se convirtieron en el punto de destino de miles de refugiados que llegaban del continente europeo por el este o de Irlanda por el oeste. Se dirigían a estos barrios porque los emigrantes que habían llegado anteriormente habían creado pequeños territorios de franceses, alemanes, italianos o irlandeses, en los que no hacía falta hablar ni una palabra de inglés o adoptar las costumbres inglesas. Demasiado a menudo, los ya instalados explotaban a los recién llegados, exigiéndoles unos alquileres desorbitados o robándoles las pequeñas cantidades de dinero que tenían en reserva. Esto, a su vez, obligaba a los desventurados que no tenían amigos a lanzarse a la calle, donde competían por el espacio con unas multitudes tan notoriamente enfrascadas en sus cosas que tan pronto les atropellaban como les cerraban el paso. Desolados y muertos de frío, los refugiados se veían obligados a buscar cobijo en la red de callejuelas del barrio, que se iban llenando tanto con la llegada de nuevos refugiados que acabaron convirtiéndose prácticamente en ciudades dentro de la ciudad. Tenían sus propias leyes y, según algunos, su propio idioma.¹⁰

De manera tal vez nada sorprendente, en los bloques de casas en torno a Leicester Square había más de cien bares y tabernas, locales deslumbrantes, tenebrosos, seductores en los que aquellos afortunados que tenían un chelín en el bolsillo podían comprarse una copa de consuelo líquido.¹¹ De hecho, en la zona había una atmósfera grotesca, oscura, de carnaval: los vendedores bordeaban las calles vendiendo patatas, café, anguilas, sopa de guisantes, tartas y frutos secos. Muchos charlatanes pregonaban a voz en cuello los detalles más escabrosos de los panfletos violentos u obscenos que tenían a la venta (aunque tanto la violencia como la obscenidad eran a menudo exageradas). En las esquinas, poetas y

dramaturgos recitaban sus obras con gran patetismo. Pero eran los italianos los que dominaban la calle. Unos ochocientos chicos italianos, muchos de ellos importados por traficantes de niños, trabajaban en la calle como organilleros. Acompañados por un mono o por un ratón domesticado, interpretaban tonadas difícilmente discernibles como fragmentos de óperas de Rossini o de Bellini para ganar el dinero suficiente para contentar al *padrone* que los tenía a su cargo en unas casas cerca de Clerkenwell o de Saffron Hill.¹²

Había un cierto aspecto de baile de San Vito en todo aquel barullo, en toda aquella vida. No era la alegría lo que inspiraba aquella frenética actividad, sino el miedo. A su alrededor, Jenny solo veía refugiados como ella arrastrados a la locura en su desesperada lucha por la supervivencia. Aquel era, pues, su nuevo hogar.

Como otros muchos exiliados del 48, Marx había llegado a Londres aún cargado de adrenalina del último año, y dispuesto a dar un nuevo ímpetu a las fuerzas revolucionarias que casi habían cambiado la faz de Europa. En cualquier caso, su pasión no había hecho sino incrementarse como resultado del colapso de la revuelta en manos de las monarquías y de los ricos. La clase media había conquistado unos cuantos derechos políticos, las empresas gozaban de mayor libertad para operar, pero los trabajadores estaban en muchos sentidos peor de como habían estado. Seguían siendo los peones explotados que producían las mercancías que salían de las fábricas. Seguían siendo en gran parte invisibles porque no tenían poder político. Y cuando eran reconocidos, lo eran con alarma y suspicacia, porque el recuerdo de las barricadas en París, Viena, Milán y Berlín era todavía reciente.

Marx suspiraba por volver a la lucha que según él había concluido prematuramente, y esperaba con expectación el siguiente levantamiento. Predijo que sería dirigido por la pequeña burguesía —los pequeños tenderos, comerciantes y burócratas— cuyos medios de subsistencia se veían amenazados por la gran burguesía avariciosa, y que habían vuelto a casa con las manos vacías una vez distribuidos los dividendos de la reciente revuelta. Estos pequeños burgueses tratarían de seducir a los trabajadores para que se uniesen a ellos en su batalla contra las clases dominantes. Marx consideraba a regañadientes que la unión era inevitable pero que sería breve: “Para nosotros, la cuestión no puede ser la simple modificación de la propiedad privada, sino su aniquilación; no la atenuación de los antagonismos de clase sino la abolición de las clases; no la mejora de la sociedad existente, sino la fundamentación de una nueva sociedad”.¹³

Pero ¿cómo llegar a los trabajadores del continente para prepararlos para este terremoto social, especialmente desde tan lejos como Inglaterra? Se requería una

organización, un periódico, y un programa para ganar su confianza, de modo que Marx se metió de lleno una vez más en política. Estableció de nuevo lazos con sus viejos asociados de la Liga Comunista para resucitar la organización en Londres y crear un comité de ayuda al refugiado. Pero la verdadera obsesión de Marx era poner en marcha una nueva publicación. Su objetivo era una revista mensual en lengua alemana de unas ochenta páginas que finalmente pudiera convertirse en una revista semanal o en un periódico diario. Se distribuiría entre las comunidades de exiliados de toda Europa, pero, y esto era lo más importante de todo, sería leído en territorio enemigo, en la propia Alemania. Como órgano público de la Liga, mientras el grupo revitalizado trataba de expandirse, la publicación también ejercería presión sobre los regímenes reaccionarios haciendo oír su voz libremente desde Londres para todos aquellos que no podían hacer lo mismo en el continente.¹⁴

Marx no tenía dinero para el periódico, ni tampoco lo tenían los demás miembros de la Liga, muchos de los cuales eran refugiados como él, pero era optimista respecto a la posibilidad de encontrar financiación. Le dijo a Freiligrath que esperaba que las primeras semanas fueran las más difíciles. Mientras, empezó a preparar una serie de conferencias de temas económicos como “¿Qué es la propiedad burguesa?” para la Sociedad Pedagógica de los Trabajadores Alemanes,¹⁵ que daba en una habitación situada encima del Red Lion Pub. Si las conferencias tenían éxito, pensó, podría publicarlas en su periódico.

A los 32 años, Marx tenía todo el aspecto de un profesor universitario. Llevaba una levita que le llegaba a la rodilla, raída, de color negro, y una pechera rígida, pero por encima de este tradicional atuendo de caballero se ceñía un amplio pañuelo de artista en torno al cuello. Su despeinada cabellera de color negro azulado dejaba entrever unas cuantas canas, pero su barba conservaba su uniforme color negro azabache. No utilizaba anteojos, solo un monóculo en su ojo derecho, que se ponía para llamar la atención y para amplificar su penetrante mirada.¹⁶ Con ayuda de una pizarra, explicaba pacientemente las fórmulas y teorías que, en años venideros, serían reconocibles como los bloques de construcción de *El Capital*. La mayoría de discípulos de Marx eran colegas suyos más jóvenes; aunque admiraban sobremanera a aquel brillante maestro que tenía un marcado acento renano, eran artesanos e intelectuales, no los trabajadores que la Liga necesitaba reclutar. Estos últimos podían encontrarse, naturalmente, entre los refugiados recién llegados, y de día Marx recorría la ciudad de un extremo a otro tratando de recaudar dinero para ayudarles y ganarse de este modo su confianza.¹⁷

Sorprendentemente, la competencia para obtener estas muestras de filantropía era muy dura. En aquella época había docenas de facciones de emigrados en

Londres cuyos líderes habían alcanzado una posición de cierto poder en 1848 solo para ser enviados a Inglaterra para garantizar su seguridad. Una vez allí crearon un pequeño grupo de ‘recaudadores’ que competían para obtener financiación, atención y apoyo político. Los alemanes eran los más escandalosos –entre ellos mismos y en su relación con los otros grupos de refugiados– y en muchos sentidos los más pintorescos.¹⁸ Los comparativamente más monocromos ingleses consideraban a aquellos artesanos y trabajadores como criaturas fantásticas, con sus pantalones de cuero, sus abrigos con capucha, ribeteados y con borlas, y sus sombreros con visera rematados por una mata de cabellos humanos, y los dedos, pulgar incluido, llenos de anillos que significaban *status* o profesión.¹⁹ Los patronos de las tabernas contemplaban sobrecogidos cómo aquellos hombres se sentaban a beber noches enteras, aparentemente capaces de absorber cantidades ilimitadas de cerveza. Los alemanes eran serios y fuertes, y como estaban convencidos de que su estancia en Inglaterra sería breve, no consideraban necesario adaptarse.

Los líderes de las diversas facciones de emigrados se consideraban como los jefes del nuevo movimiento que completaría con éxito la revolución por ellos iniciada. Formaban comités, elaboraban estrategias, e incluso constituían gobiernos provisionales solo reconocidos por ellos mismos y por su normalmente minúsculo grupo de seguidores. Iban pisando fuerte con bravuconería, alardeando de su poder y estatura, y a veces se peleaban entre ellos para mantener vivo el espíritu combativo de sus seguidores. Pero las oportunidades de ampliar lo que ellos consideraban como su electorado eran realmente muy limitadas, y la única fuente disponible de reclutas eran las desventuradas hordas que se desbordaban por los muelles de Londres. En consecuencia, las facciones alemanas competían para ayudar a los recién llegados, aunque su solicitud estaba en parte inspirada por la preocupación, pero también por un deseo interesado de enrollar soldados para la siguiente ronda de la gran batalla revolucionaria.

Marx no se consideraba a sí mismo como uno de estos líderes de facción, y se burlaba de ellos calificándolos de aspirantes a “dictadores democráticos” que cada noche elegían a sus nuevos ministros entre los hombres que se sentaban en torno a ellos en su *pub* favorito. Pese a ser acusado durante toda su vida de ambiciones despóticas, Marx afirmaba no querer ser el jefe de ningún país, real o imaginario, y no buscaba el elogio de las masas, a las que en aquel momento, según uno de sus colegas, Marx consideraba como “multitudes descerebradas cuyos pensamientos y sentimientos se los proporciona la clase gobernante”.²⁰ No, no quería liderarlas, quería *instruirlas*, porque si sus teorías sobre el progreso de la historia eran correctas, aquellas masas representaban el futuro.²¹ Creía que solo

ellas, armadas con el conocimiento y reforzadas por la potencia de los números, podían derrotar a las clases dominantes. Si el sistema que él consideraba justo –un sistema comunista– tenía que nacer, tendría que ser hijo de la revolución proletaria librada por aquella clase de hombres que se habían visto llevados a los muelles de Londres. Marx sabía que el modo más rápido de crear una base entre ellos era proporcionarles lo que más necesitaban en aquel momento, que no era una teoría, sino ayuda material (el hombre necesita comer para poder soñar). Marx y sus colegas distribuyeron un llamamiento entre los reformadores de Alemania para que ayudasen a los miles de personas que llegaban desesperadas a Inglaterra.

Por la mañana no saben dónde podrán reclinar la cabeza por la noche, y por la noche no saben de dónde vendrá la comida que tal vez podrán ingerir mañana... Liberales, demócratas, republicanos o socialistas, partidarios de las más variadas doctrinas e intereses políticos: todos ellos están unidos en el mismo exilio y en el mismo sufrimiento. Cubierta de harapos, media nación está mendigando a la puerta de los extranjeros. Nuestros compatriotas fugitivos también están vagando por el frío pavimento de la resplandeciente metrópolis, Londres... En todas las calles de la ciudad se puede oír la voz de un exiliado quejándose en nuestra lengua.²²

El llamamiento tranquilizaba a los potenciales donantes respecto a que a ningún miembro del comité se le permitiría retirar ayuda del fondo, y prometía publicar mensualmente estados de cuentas del dinero gastado. A mediados de noviembre, el fondo tenía suficiente dinero para ayudar a catorce familias. Pronto sesenta familias dependían de la ayuda del comité, y este número crecería hasta las quinientas familias.²³ El grupo también creó un centro de alojamiento y un comedor comunal en el Soho, así como un taller en el que los emigrados podían practicar su oficio.²⁴

Para ayudar en el trabajo con los refugiados se formó una pequeña camarilla en toporno a Marx que incluía a Weerth, a Red Wolff, a Karl Blind, al miembro de la Liga Comunista Heinrich Bauer y al antiguo oficial prusiano y aristócrata convertido en comunista August Willich. Jenny, como siempre, trabajaba como una especie de secretaria, y pronto también llegó Engels para echar una mano. Engels había estado en contacto con Marx y Jenny solo esporádicamente desde que en mayo juntos habían abandonado Colonia. Engels, como decía él mismo, se “había ceñido la espada al cinto” y se había encaminado directamente a Baden para participar en la lucha, y allí se había convertido en asistente de una fuerza

de voluntarios de unos ochocientos hombres a las órdenes de Willich. Baden sería el último gran enfrentamiento de la revuelta alemana, y Engels estaba entusiasmado con la experiencia.²⁵ En medio del calor de junio las blusas sustituyeron a los uniformes, y en el gran ejército insurgente desaparecieron las distinciones sociales.²⁶ Engels le dijo a Jenny: “He estado en cuatro combates... y he descubierto que el tan cacareado coraje bajo el fuego es seguramente la cualidad más ordinaria que uno puede poseer. El silbido de las balas es realmente una cuestión trivial... No vi ni a una docena de hombres cuya conducta pueda calificarse de cobarde *en batalla*”.²⁷

En Baden los insurgentes eran entre 6.000 y 13.000, pero se enfrentaron a 60.000 soldados prusianos y bávaros.²⁸ Entre los muchos rebeldes caídos estaba Moll, el gigante de la Liga Comunista que había persuadido a Marx y Engels a unirse al grupo en 1847.²⁹ Poco después de la muerte de Moll y ante la inminencia de una derrota segura, la unidad de Engels cruzó la frontera con Suiza, donde unos 10.000 hombres ya habían buscado refugio. Engels quería reunirse con Marx en Inglaterra pero no podía viajar del modo más directo, atravesando Francia, porque las fronteras estaban cerradas. Por ello, a comienzos de octubre se fue a Génova, Italia, y desde allí, mediante un largo (y según todos los testimonios, muy agradable) viaje por mar a través del estrecho de Gibraltar, se dirigió a Inglaterra.³⁰

Los Marx solo habían vivido un tiempo en Leicester Square desde la llegada de Jenny. Con ayuda de unos amigos anglófonos encontraron un apartamento de dos habitaciones frente a King's Road en Chelsea. Entonces no era la zona de moda que es hoy (la mayor parte de los habitantes de Chelsea estaban tan desesperados como los Marx), pero representaba una mejora respecto al Soho, y el traslado les permitió escapar a unos apartamentos privados a tiempo para que Jenny diera a luz otro hijo.³¹

Mientras Jenny gritaba de dolor al parir, el 5 de noviembre de 1849, toda la ciudad parecía rugir en respuesta a sus gritos. Una escandalosa multitud se había reunido en la calle. Desde la ventana de su domicilio, la familia Marx podía ver el destello de los petardos y oír unos gritos que no entendía: “¡Guy Fawkes por siempre!” y “¡Recordad el cinco de noviembre!” Era el Día de Guy Fawkes, y los ingleses conmemoraban la “conspiración de la pólvora”, cuando un grupo de católicos, encabezados por Guy Fawkes, intentaron volar el Parlamento inglés, con el rey dentro. Muchachos enmascarados montaban asnos de madera por las calles, y “guys” (muñecos de trapo representando a Guy Fawkes) vestidos con harapos sostenían, desde la parte posterior de una carreta, unas largas escobas coronadas por unas enormes máscaras, y las elevaban hasta una altura

de dos pisos para asustar a la gente. Bandas de música hacían sonar sus instrumentos y la gente bailaba, cantaba y bebía en honor de una lejana victoria sobre las fuerzas del desorden.³²

Marx y Jenny consideraron de buen augurio que su cuarto hijo, Heinrich Guido Marx, hubiese nacido en el aniversario de una conspiración antigubernamental, y en honor del gran conspirador pusieron al niño el mote cariñoso de *Fawkeschen* o *Fawksy*.³³ Desde el primer día, sin embargo, Fawksy fue un niño enfermizo. Marx y Jenny no podían permitirse contratar un ama de leche, por lo que Jenny trató de amamantarlo ella misma, pero el niño sentía un dolor permanente y lloraba noche y día; Jenny lo atribuía a las “muchas preocupaciones y a los dolores inexpresados” que el niño absorbía con la leche con que lo alimentaba su madre.³⁴ Según el comentario de un amigo, “el joven comunista que se ha instalado en casa de los Marx... está sacando de quicio a todo el mundo con sus constantes berridos; de todos modos, estoy seguro de que el niño se volverá razonable a su debido tiempo”.³⁵ No lo hizo, y los primeros meses de Jenny en Londres fueron unos meses de constante inquietud, porque, incapaz de hacer nada para ayudarle, solo podía contemplar cómo el niño se iba debilitando cada vez más.

Engels llegó a Londres el 12 de noviembre, una semana después del nacimiento de Fawksy y se instaló en una habitación del Soho. Su influencia fue inmediatamente perceptible; su presencia parecía envalentonar a Marx. Pocos días después de su llegada, el comité de los refugiados fue reorganizado para excluir a los denominados miembros pequeño-burgueses.³⁶ Aunque Marx consideraba que la unión con ellos en una futura batalla sería inevitable, no quería colaborar de manera voluntaria. Marx no había olvidado –nunca la olvidaría– la traición de la revuelta de 1848, y ciertamente, en el caso de Engels, aquella traición había sido aún más dolorosa porque había costado la vida a muchos de los amigos a cuyo lado había luchado. Pese a lo graves que eran las necesidades inmediatas de los refugiados, ni Marx ni Engels quisieron trabajar más en su favor con los burgueses más prósperos.

Marx, sin embargo, no tenía tantos escrúpulos respecto a su propia emprendeduría. Estaba dispuesto a aceptar financiación para su periódico de empresarios o de cualquiera que pudiese contribuir a reunir las quinientas libras necesarias para ponerlo en marcha.³⁷ En cierta ocasión, Marx escribió: “En política un hombre puede aliarse con el propio diablo, solo ha de asegurarse de que sea él quien engañe al diablo y no el diablo quien le engañe a él”.³⁸ Confiaba, igual que había hecho en el caso de la *Neue Rheinische Zeitung*, que independientemente de quien pusiese el dinero, él escribiría lo que quisiese en su periódico.

A mediados de diciembre Marx hizo saber a Weydemeyer que había encontrado un editor y distribuidor en Hamburgo para la *Neue Rheinische Zeitung, Politisch-ökonomische Revue* [Nueva Gaceta Renana, Revista político-económica]. Un anuncio publicado por el consejo editorial de la *Revue* (cuya dirección era el apartamento de Marx en Chelsea) decía que el periódico aparecería en enero.

El *timing* era esencial: Marx era febrilmente optimista respecto al futuro, y le dijo a Weydemeyer, que estaba todavía en Alemania; “No me cabe duda de que cuando hayan aparecido dos o tres números de nuestra revista se habrá producido una conflagración mundial”.³⁹ Pero la publicación efectiva de la *Revue* —como era previsible— tuvo que aplazarse por falta de dinero. Desesperado, Marx pensó en enviar a alguien a Estados Unidos a buscar “manzanas de oro”, como habían hecho anteriormente con éxito otros socialistas y demócratas.⁴⁰ Los pueblos y ciudades norteamericanos, algunos de los cuales habían sido rebautizados en honor de “los del 48” (Lamartine, en Pennsylvania, por ejemplo⁴¹) eran terreno abonado para los radicales antimonárquicos, pero Marx y sus amigos no pudieron siquiera encontrar el dinero para financiar el viaje, y el plan fue abandonado.

Enero pasó sin que apareciera la *Revue*, y también febrero, y luego, como era su costumbre cuando estaba financieramente apurado, Marx cayó enfermo. No solo no podía salir la revista por problemas de dinero, sino que él mismo estaba siendo acosado en su propia casa por los acreedores. Particularmente irritante fue la actitud del médico alemán Ludwig Bauer, que había asistido a Jenny durante el nacimiento de Fawksy. Marx le acusó de pretender “desplumarle” y de amenazarle con entablar una demanda contra él prematuramente.⁴² La disputa tuvo serias ramificaciones para Jenny y Marx. Significaba que ya no podían solicitar los servicios médicos de Bauer pese a que Fawksy estaba continuamente enfermo, y también que sus problemas financieros personales iban a convertirse en pasto de las habladurías en los círculos de refugiados de Londres. Era una situación insoportable para Marx, especialmente porque no tenía forma de contrarrestarla. Eran unos indigentes; las únicas armas de que disponía Karl eran sus ataques cada vez más acerbos a sus compatriotas alemanes y sus escritos.

En marzo apareció finalmente la *Revue*; Marx había hecho un trato con el editor cediéndole una elevada participación en las futuras ganancias para compensar el hecho de que él no podía aportar dinero en efectivo. La revista contenía el primer artículo de una importante serie escrita por Marx y titulada “La lucha de clases en Francia”.⁴³ Analizando la reciente revuelta francesa, Marx utilizó por

vez primera la expresión “dictadura del proletariado” (que más tarde sería radicalmente reinterpretada, entre otros, por Lenin), que él describía como una estación en el turbulento camino hacia un estado comunista puro.

Este socialismo es la *declaración de permanencia de la revolución*, la *dictadura de clase* del proletariado como transición necesaria hacia la *abolición de las diferencias de clase en general*, hacia la abolición de todas las relaciones de producción en que se basan, hacia la abolición de todas las relaciones sociales que corresponden a estas relaciones de producción, hacia el cambio radical que resulta de todas estas relaciones sociales.⁴⁴

En la primera edición de la *Revue Marx* también relacionaba la calma relativa en el continente en 1849 con el descubrimiento de oro en California el año anterior, descubrimiento que según él había creado una revolución propia que había contribuido a desencadenar una recuperación económica en Europa. Pero con oro o sin oro, afirmaba, otra crisis económica era inevitable —al fin y al cabo, era una consecuencia de la naturaleza imperfecta del nuevo sistema económico— y la siguiente crisis desencadenaría un levantamiento general.⁴⁵

En su lenguaje no había moderación que pudiese consolar a un patrocinador o a un lector burgués. El Marx que escribía en la *Revue* era un comunista inequívoco. Hablaba por y para el proletariado, que, según decía, había lanzado en junio de 1848 en París la primera gran batalla de clase de la sociedad moderna. Si de momento no había nadie dispuesto a proseguir aquella lucha en la calle, Marx y sus colegas en Londres lo harían con su revista.

La *Revue* era una valiosa válvula de escape para Marx como plataforma intelectual, pero desde el primer momento se hizo evidente que no iba a ser la próspera empresa que él había imaginado. La revista se redactaba y se editaba en Londres, pero debido a que se publicaba en Hamburgo, donde la ley de prensa era más restrictiva, el corrector y editor (que era el responsable si alguno de los artículos contravenía la ley del gobierno) quería que pasase por los censores. Pero esto habría significado cierta inhibición. Los de Hamburgo fueron esquivados y la revista se publicó,⁴⁶ pero su aparición provocó más alarma que apoyo: las autoridades alemanas fueron advertidas de la reconstruida Liga Comunista y de los intentos de esta de hacer agitación en Alemania. La revista, además, era tan subversiva que encontrar inversores era prácticamente imposible. También había problemas de distribución, y aunque se vendieron unas cuantas suscripciones, los ingresos obtenidos con ellas no eran suficientes para sufragar los gastos.⁴⁷

Marx, Engels y Jenny buscaron frenéticamente fondos y recortaron gastos para tratar de mantener viva la empresa. Pero el denominado partido de Marx

estaba en una posición extraordinariamente difícil: necesitaban dinero para la revista al mismo tiempo que solicitaban ayuda para los refugiados. Añádase a esto los problemas financieros personales de Marx, que eran más conocidos de lo que a él le gustaba, y no tiene nada de extraño que sus rivales en Londres empezasen a difundir rumores de que él y sus seguidores se estaban apropiando indebidamente del dinero de los refugiados para su propio uso. También insinuaban que el dinero que Marx recaudaba lo destinaba exclusivamente a los comunistas, dejando a los demás (literalmente) sin recursos.⁴⁸ Estos rumores eran particularmente perjudiciales porque no solo eran difundidos en Londres, sino también por cartas enviadas a los periódicos de Alemania. La cólera que estos rumores provocaron en Marx, Engels e incluso en Jenny solo era igualada por su frustración, pues en aquel momento el único activo de que disponían era su reputación.

En una carta confidencial a Weydemeyer escrita en mayo, Jenny se mostraba dolorida y enojada por su situación:

Tè ruego que *nos mandes tan pronto como sea posible el dinero* que haya llegado o que vaya a llegar de la *Revue*. Lo necesitamos *desesperadamente*. Nadie, estoy segura, puede reprocharnos que hayamos hecho mucho ruido acerca de aquello a lo que hemos tenido que renunciar y sobre lo que hemos tenido que aguantar durante años; nunca, o casi nunca, hemos importunado a nadie con nuestros problemas privados, pues mi esposo es muy susceptible respecto de estos asuntos y sacrificaría todo lo que le queda antes que degradarse pasando el plato de las limosnas democrático... Pero lo que sí tenía derecho a esperar de sus amigos, especialmente en Colonia, era una implicación activa y enérgica con su *Revue*...Y en cambio, la empresa se vio totalmente arruinada por la forma negligente e indolente con que se gestionó; tampoco puede nadie decir qué fue lo que más daño hizo, si la falta de decisión del librero, o la de los conocidos y los que gestionaban el negocio en Colonia, o, en fin, la actitud de los demócratas en general. Por aquí, mi esposo ha sido casi aplastado por las más triviales preocupaciones de la existencia burguesa, y estas han adquirido una forma tan exasperante que ha necesitado toda la energía, toda la tranquila, lúcida y silenciosa confianza en sí mismo que ha sido capaz de reunir para seguir activo durante estas cuitas diarias, constantes.⁴⁹

Por si Weydemeyer necesitaba una ilustración de aquellas cuitas, Jenny le detallaba cómo era un día cualquiera de su vida: Fawksy, que ahora tenía seis

meses y que no había dormido nunca más de dos horas seguidas desde que había nacido, estaba teniendo convulsiones. Se debatía entre la vida y la muerte. “En su dolor, chupaba tan fuerte que me hizo una llaga en el pecho, una llaga abierta, y a menudo su pequeña y temblorosa boca se llenaba de sangre”. Explicaba que un día, mientras le estaba dando el pecho a su hijo, entró la casera, exigiéndole las cinco libras que decía que le debía, y al no recibirlas inmediatamente, dio la voz de alarma para obligar a Jenny a pagar. “Entraron dos alguaciles y me embargaron lo poco que poseía: las camas, las sábanas, la ropa, todo, incluso hasta la cuna de mi pobre hijo, e incluso el mejor de los juguetes de mis hijas, que rompieron a llorar. Amenazaron con llevárselo todo en menos de dos horas, y me dejaron sentada en las frías tablas del piso con mi bebé temblando y mi llaga en el pecho”. Jenny llamó a un amigo, Conrad Schramm, que hizo un intento de obtener ayuda, pero los caballos que tiraban de su coche se asustaron por algo y se vio obligado a saltar. Fue llevado de vuelta sangrando al apartamento de los Marx, otra criatura indefensa necesitada de atención.

Al día siguiente, según Jenny, Marx trató de encontrar otro alojamiento, pero cuando mencionaba que tenía cuatro hijos, nadie quería acoger a la familia. Finalmente, un amigo les ayudó a alquilar dos habitaciones en un hotel de Leicester Square, pero cuando empezaban a trasladar sus cosas desde el apartamento de Chelsea se les impidió continuar, porque la ley inglesa prohibía los traslados después del crepúsculo. “El casero nos abronca en presencia de dos agentes de policía, declara que podemos haber incluido cosas de su propiedad entre nuestras pertenencias, y que estamos largándonos a la francesa antes de huir al extranjero. En menos de cinco minutos, una multitud de dos o trescientas personas, toda la chusma de Chelsea, está figoneando frente a nuestra puerta”. Marx y Jenny habían estado en apuros antes pero nunca habían sufrido este nivel de humillación. Todas sus pertenencias estaban ahora en la calle y tenían que meterlas de nuevo dentro hasta el alba.⁵⁰

Los Marx consiguieron finalmente regresar a Leicester Square, pero estuvieron allí solo una semana antes de que el casero también los echara. Una vez más fue sin duda un problema con la falta de pago, posiblemente combinado con las quejas de los otros residentes del hotel por los incesantes llores de Fawksy. Finalmente, la madre de Jenny acudió al rescate, dándoles el dinero suficiente para alquilar dos habitaciones (una de las cuales no era en realidad mucho mayor que un armario grande) en el número 64 de Dean Street.

Por lo que respecta a la *Revue* de Marx, se publicaron solo seis números antes de que cerrase. Marx atribuyó su fracaso a la falta de dinero y al hostigamiento de las autoridades. Jenny acusó al gobierno prusiano de dificultar las ventas

de la *Revue* sobornando al librero contratado para distribuirla.⁵¹

La casa de Dean Street, en el barrio francés del Soho, era propiedad de un comerciante que anteriormente había alquilado una habitación al miembro de la Liga Heinrich Bauer. Este, zapatero de profesión, había sido enviado a Alemania aquella primavera para reconstruir la Liga allí. En una declaración que llevaba de la Autoridad Central se decía: “En la Alemania de hoy igual que en la Francia de 1793”. Describía el siguiente capítulo de la revolución y la necesidad de preparar al proletariado asegurándose de que todo el mundo estuviese armado. En el futuro, advertía, los trabajadores no se rebajarían “a servir de coro de los aplausos de los demócratas burgueses” y prometía que una vez derrocado el gobierno de Alemania, la Autoridad Central de la Liga regresaría.⁵² De acuerdo con Engels, el trabajo de Bauer estaba empezando a dar frutos, pero un incidente desafortunado ocurrido un mes después de su llegada hizo inútiles sus esfuerzos.⁵³ En mayo, un desequilibrado había tratado de asesinar a Federico Guillermo.⁵⁴ La labor de agitación de Bauer, unida al discurso radical de la Autoridad Central y a los incendiarios artículos de la *Revue*, hicieron que el dedo de la acusación apuntase directamente a la Liga. Los periódicos conservadores de Prusia dijeron que el atentado había sido preparado en Londres por el círculo de Marx, y un periódico monárquico sostenía que el propio Marx había sido visto recientemente en Berlín.⁵⁵

Igual que habían hecho en Francia y en Bélgica, las autoridades prusianas empezaron a presionar a los ingleses para que deportasen a los extremistas peligrosos. El embajador británico en Berlín recibió un informe confidencial del ministerio del Interior prusiano en el que se decía que el grupo de Marx no solo estaba conspirando contra Alemania, sino también contra la reina de Inglaterra, posiblemente en connivencia con soldados británicos. En el documento se afirmaba que en el grupo de Marx “se había discutido formalmente” el asesinato de príncipes y que tenían unos veinte hombres entrenados en reserva para llevar a cabo dichas acciones. Las pruebas de que la reina Victoria estaba en peligro eran muy claras, decía el informe, y se basaban en una frase supuestamente oída por un espía en una reunión de exiliados alemanes en Londres: “La zopenca inglesa tampoco escapará a su destino. El acero inglés es de primerísima calidad, las hachas cortan particularmente bien aquí, y la guillotina espera a todas las testas coronadas”.⁵⁶

Para evitar el acoso de la policía que Marx y Jenny habían conocido tan bien, consideraron trasladarse a la campiña inglesa, donde podrían pasar más desapercibidos, pero no pudieron permitírselo.⁵⁷ La única alternativa era respon-

der a todos los informes de prensa y a todas las calumnias una por una. Para ello, se dirigieron a los principales periódicos de Londres. En cartas al director publicadas en el *Sun*, el *Spectator* y el *Globe* (con solo algunos cambios en cada periódico), Marx, Engels y Willich (que se identificaba con orgullo como un coronel del ejército insurreccional en Baden) describían lo absurdo que era relacionarlos a ellos con el potencial asesino de Federico Guillermo, que era un ultramonárquico.⁵⁸ También se dirigían indirectamente a la opinión pública británica declarándose víctimas de una estrecha –e injustificada– vigilancia por parte de agentes de la policía inglesa:

Realmente, señor director, nunca hubiéramos pensado que hubiese en este país tantos espías de la policía como los que hemos tenido la fortuna de conocer en el corto espacio de una semana. Y no es solo que las puertas de las casas donde vivimos estén estrechamente vigiladas por unos individuos de aspecto más que dudoso, que toman notas descaradamente cada vez que alguien entra o sale de la casa; no podemos ni dar un paso sin ser seguidos vayamos donde vayamos. No podemos subir a un ómnibus ni entrar en una cafetería sin disfrutar de la compañía de al menos uno de esos desconocidos amigos... Ahora bien, ¿qué utilidad puede tener para nadie la escasa información así reunida en la puerta de nuestra casa por un puñado de miserables espías, chaperos de la más baja estofa, que parecen haber sido reclutados entre los informadores comunes y puestos a sueldo para hacer este trabajo?⁵⁹

A los ingleses no les encantaba precisamente tener refugiados en el país, especialmente los pobres y barbudos a los que identificaban con el ateísmo y la inmoralidad. Pero tenían más tendencia a ignorarlos que a expulsarlos. Los ingleses estaban convencidos de que su sistema político y social era tan sólido que no tenían nada que temer de los radicales extranjeros, y era un motivo de orgullo para muchos de ellos que su país, a diferencia de las monarquías continentales, no privasen a la gente de sus derechos simplemente porque no estaban de acuerdo con sus ideas políticas.⁶⁰

No sabemos si este llamamiento público influyó en el gobierno inglés, pero el hecho es que no se emprendió ninguna acción contra Marx y sus colegas, y que no hubo respuesta oficial a la petición del gobierno prusiano de que fuesen deportados.

¿Quién era Marx para atraer tanto la atención? En el orden general imperante en 1850 la respuesta era muy clara: nadie. Su nombre no habría sido en absolu-

to familiar fuera de los círculos de la oposición europeos y probablemente no muy conocido dentro de ellos. Era un filósofo y periodista más bien poco conocido. Como filósofo no tuvo prácticamente ninguna influencia en la opinión pública ni siquiera cuando estuvo vinculado a la universidad, y ahora no tenía ninguna en absoluto. Como periodista, era fácilmente pasado por alto como practicante ocasional de un oficio de reputación particularmente dudosa.

Naturalmente, las autoridades prusianas le conocían de sus años de agitador, y era un auténtico incordio para su cuñado, que estaba a punto de ser nombrado ministro del interior. Pero no constituía una amenaza inmediata; incluso él lo habría admitido fácilmente en aquel momento. Más que nada, Marx era una especie de práctico ‘hombre del saco’ para el gobierno prusiano. Después de 1848, los gobiernos de toda Europa habían tratado de echar la culpa de los levantamientos a la prensa, que según ellos exageraba el descontento social y despertaba las bajas pasiones de unos ciudadanos que por lo demás eran respetuosos con la ley. Marx fue señalado como objetivo por los prusianos que buscaban culpables de la agitación social —o de cualquier forma de violencia subsiguiente— en parte porque su nombre lo tenían asociado, mediante su revista, a los comunistas, considerados como los actores más radicales de los disturbios, y en parte porque era tan poco conocido que pocas personas saldrían en su defensa.

Para sus rivales políticos en el competitivo y belicoso mundo de los emigrados en Londres, Marx era también un blanco cómodo para las acusaciones y los chismorreos, no tanto por sus ideas como por su agrio temperamento. En una época en que algunos rebeldes eran vistos como héroes románticos —especialmente el italiano Giuseppe Mazzini y el húngaro Lajos Kossuth— Marx era, comparado con ellos, un personaje antipático.⁶¹ Daba la impresión de ser una persona aislada, despectiva, agresiva y arrogante. Algunos de los críticos más furibundos de Marx fueron antiguos seguidores suyos. (Uno de ellos lo calificó en cierta ocasión de “el omnisciente y joven sabelotodo Dalai Lama Marx”).⁶² El filósofo Isaiah Berlin ha sugerido que las miserables condiciones de vida y las frustradas ambiciones de Marx durante sus primeros años en Inglaterra no hicieron sino exacerbar sus características más negativas. “Las mezquinas humillaciones e insultos a los que le exponía su condición, la frustración de su deseo de ocupar la posición prominente a la que creía tener derecho, la represión de su colosal vitalidad natural, le llevaron a encerrarse en sí mismo en un paroxismo de odio y rabia... Veía complots, persecución y conspiraciones por todas partes”.⁶³ Todo eso hacía que criticar a Marx fuera muy fácil. Lo que hacía que criticarlo fuese una necesidad era su obvio potencial.

Gustav Techow era un antiguo oficial prusiano que había luchado en el

bando de los insurgentes en la revuelta de 1848. Consideró unirse a la Liga Comunista en Londres en 1850 y se reunió con Marx y Engels para discutirlo. Techow decía que Marx no solo producía una impresión de superioridad intelectual, sino también de genuina importancia. “Si hubiese tenido tanto corazón como inteligencia, tanto amor como odio, yo habría hecho lo indecible por él, incluso aunque él no hubiese dado a entender solo ocasionalmente que sentía un gran desprecio por mí, sentimiento que finalmente expresó abiertamente. Él es el primero y el último entre todos nosotros a quien yo confiaría la capacidad de liderar a nuestro grupo, por no perderse nunca en asuntos insignificantes a la hora de abordar temas importantes”.⁶⁴

Techow describió perfectamente el núcleo de la fuerza intelectual de Marx y su debilidad personal. Interiormente, Marx siempre estaba ocupado con grandes temas, lo que hacía casi imposible para él encontrar tiempo para los asuntos triviales que absorbían a los meros mortales que le rodeaban o para comprender las consecuencias de sus acciones en las personas a las que más quería.

Un inquietante ejemplo de ello se produjo al día siguiente de la llegada de Jenny a Londres el 17 de setiembre. Una organización de refugiados incluyó a Marx en la lista de cinco miembros del consejo elegido el 18 de setiembre,⁶⁵ y esto nos lleva a suponer que Marx asistió a la reunión. Es posible que fuese elegido *in absentia*, pero si no Marx sería culpable de insensibilidad respecto a su familia: había estado demasiado enfermo para ir a recogerlos al muelle cuando llegaron, angustiados y desorientados, desde Francia, pero aparentemente recuperado para reunirse al día siguiente en un *pub* con sus colegas para ser elegido como miembro de un comité de ayuda a los refugiados. Si Marx estuvo disponible para ser votado aquella noche, fue tan solo una ocasión de las muchas a lo largo de su vida en que puso en segundo plano el bienestar de su familia para centrarse en las necesidades del partido o en su trabajo teórico.

No cabe duda de que Marx quería a su familia, pero prefería mantenerse en un plano por encima de los asuntos cotidianos que hacían que la vida de Jenny y de sus hijos fuera tan difícil. Estaba preparado para hacer todos los sacrificios personales necesarios para avanzar hacia el objetivo último de crear una sociedad más justa, pero aquella incesante batalla contra la crueldad institucional tuvo como consecuencia la crueldad del propio Marx en el plano personal. Diez años antes, su padre se había mostrado preocupado por el excesivo “egoísmo” de su hijo cuando Marx estaba en Berlín debatiendo con los Jóvenes Hegelianos y llevando despreocupadamente a la quiebra a su familia.⁶⁶ Como un artista exclusivamente dedicado a su obra, Marx esperaba que su familia estuviese siempre a su lado porque también ellos eran conscientes de la importancia de dicha obra.

Puede que esta certeza respecto a lo correcto de su visión no le dejase ver con claridad las necesidades de su familia.

¿Y qué hay de las de Jenny? ¿Dio ella algún indicio de estar menos comprometida con los objetivos y con la filosofía de Marx debido al peaje que ello representaba para ella y para sus hijos? Lo único que tenemos para deducirlo son sus cartas, su inconclusa autobiografía y el testimonio de sus amigos, pero no parece, al menos durante los primeros meses de su vida en Londres, que se produjese ninguna vacilación en su lealtad. Naturalmente, como cualquier esposa del siglo XIX procedente de una tradición aristocrática no tenía otra opción que estar al lado de su marido, y sin duda nunca quiso, quejándose de algo, dar a sus enemigos —o a su familia— munición con la que pudiesen atacar a Marx. Pero incluso teniendo en cuenta estas salvedades, parece que Jenny *estuvo* totalmente comprometida con la obra de Marx y que comprendió perfectamente las necesidades de aquel extraño genio al que había elegido como esposo. Pese a todos los defectos de Marx, Jenny lo amó profundamente y confió en él completamente, y como la joven romántica que había desafiado a la sociedad y a su familia casándose con él, consideró la obra de la vida de Marx como la suya propia. En una carta a Weydemeyer en la que detallaba explicaba sus sufrimientos domésticos con un detalle escalofriante, añadía: “No pienses por ello que me dejo abatir por estos insignificantes problemas, pues sé muy bien que la nuestra no es una lucha solitaria y que, además, me cuento entre las pocas personas felices y afortunadas, en el sentido en que mi amado esposo, el pilar de mi vida, sigue estando a mi lado”.⁶⁷ Cualquier ira que albergase la dirigía a aquellos que en su opinión habían traicionado a Marx. Todas sus quejas las concentraba en las clases dominantes a las que desafiaba su marido. La vida de Jenny era difícil, muy difícil. Pero ella no echaba la culpa a Marx de sus tribulaciones. Lo único que le exigía era fidelidad.

Al comienzo de su estancia en Londres, Jenny estaba exteriormente agitada, pero interiormente firme. Incluso si se hubiese atrevido a mirar hacia el futuro, no habría podido imaginar las diversas formas en que su fortaleza y el compromiso con su marido serían puestos a prueba mientras él avanzaba a toda velocidad de un fracaso financiero o político a otro. La tragedia real, sin embargo, se produciría en el plano personal.

Zaltbommel, Holanda, agosto de 1850

Me gustaría realmente comportarme como una auténtica pirómana y recorrer el país con una antorcha en la mano cuando contemplo este idilio, que se basa simplemente en unas cuantas bolsas de café, cajas de té, latas de arenques y botellas de aceite.

Jenny Marx¹

EN EL SECO CALOR DE JUNIO de 1850, cuando el lodo y el estiércol se habían convertido en una nube de polvo pisoteada por una multitud de pezuñas de caballo, Marx descubrió una vía de escape, un portal a su idea de cielo. Tras convencer al personal encargado de que su investigación era importante y después de conseguir una recomendación para ser admitido, Marx obtuvo un abono para la Sala de Lectura del Museo Británico.² Si puede decirse que Marx estuvo alguna vez en una iglesia, la Sala de Lectura fue ese santuario. Desde aquel mes de junio y durante el resto de su vida, aquel edificio fue su refugio.

En 1850, la Sala de Lectura no era la majestuosa biblioteca circular de techo abovedado que sería más tarde, sino más bien una especie de club de caballeros con las paredes forradas de madera y con hileras y más hileras de mesas alargadas rodeadas de libros desde el suelo al techo. El encargado de la sala también era un emigrante, un italiano llamado Antonio Panizzy, que había llegado a Inglaterra en 1823 como otro conspirador sin un céntimo y que no hablaba inglés. Cuando Marx entabló conocimiento con él en 1850, Panizzi había progresado hasta convertirse en el Conservador de Libros Impresos de la Sala de Lectura del Museo Británico.³

Resulta difícil no llegar a la conclusión de que el hecho de entrar en aquella biblioteca viniendo de la calle tenía un efecto saludable en Marx. Se protegía de este modo del ruido y del polvo (que había tanto dentro como fuera de su apartamento) y se alejaba de las discusiones políticas que tanto abundaban en la Sociedad Pedagógica de los Obreros Alemanes, en la Liga y en el comité de ayuda a los refugiados. Desde el primer momento de su trabajo en el museo, su ali-

vio fue evidente. Marx siempre se había sentido más a gusto estudiando en silencio. En realidad, su fuente de frustración más inmediata era el hecho de que no podía permitirse dedicar todo su tiempo a la biblioteca. El motivo era familiar: las deudas. Marx había firmado un pagaré de veinte libras a un comerciante de Londres y tenía que hacerlo efectivo a finales de julio, pero no tenía el dinero. Recurrió a Karl Blind, con quien había vivido al llegar a Londres, pero que ahora estaba en París, tratando de encontrar a alguien que pudiera ayudarlo, y le dijo: “Si no puedo pagar esta deuda, me expondré a un escándalo público que, teniendo en cuenta la situación presente de los partidos aquí, y mis relaciones con la embajada prusiana y con el ministerio inglés, podrían tener las más desagradables consecuencias”. Aunque consiguiese obtener un nuevo préstamo para pagar el anterior, solo sería un parche, no una solución a su problema. No había perspectivas de publicación en el horizonte, ni trabajo pagado a la vista, ni nadie a quien pedir dinero, excepto posiblemente su tío de Holanda. Pero, según le dijo Marx a Blind, complicaciones personales hacían esto imposible en un futuro previsible.⁴ Mientras, Engels había sido presionado por su familia para que abandonase a sus peligrosos y bohemios amigos, especialmente a Marx, que según ellos había envenenado la mente del joven Friedrich. Su hermana Marie, con quien Friedrich tenía muy buena relación, y que se había casado con un socialista, le sugirió que volviera al trabajo hasta que su partido tuviese una oportunidad razonable de triunfar.⁵ El padre de Engels le hizo una sugerencia más drástica: quería que fuese a Calcuta, donde la Compañía Británica de las Indias Orientales estaba exportando grandes cantidades de algodón.⁶ Engels estaba considerando irse a Nueva York, y pensaba que podría tentar a Marx para que le acompañase, pero al final no hizo ninguna de las dos cosas. Sabía que la situación en Londres era insostenible. Las calles estaban llenas de refugiados buscando un modo de ganarse la vida, y muchos de ellos eran escritores que también trataban de poner en marcha una revista o de vender artículos a publicaciones extranjeras. Engels decidió que la única opción sensata era trabajar en la fábrica de su padre, para sostenerse no solo él mismo, sino también a la familia Marx. Engels creía que si Marx tenía la oportunidad de hacerlo, podía producir una obra pionera de política económica que haría mucho por educar al proletariado y prepararlo para la revuelta. También Marx se sentía preparado para hacerlo; lo único que necesitaba era tiempo, lo que significaba que lo único que necesitaba era dinero. De los dos, Engels era el que había tenido una carrera de escritor más exitosa hasta aquel momento, sobre todo como poeta y como periodista, pero tenía en tan alta consideración a Marx que aceptó voluntariamente dejar sus propias aspiraciones de lado para que su amigo pudiera dedicarse a escribir.⁷

Naturalmente, el padre de Engels no sabía cuál era el verdadero motivo de la decisión de su hijo, pero estaba encantado de que Friedrich la hubiese tomado. Había mucha competencia en el negocio del algodón, y quería que un miembro de la familia estuviera en Manchester para vigilar a sus socios ingleses.⁸ Engels, que ahora tenía treinta años, iba a empezar en noviembre y en un año iba a cobrar un cuantioso salario anual de 200 libras más los gastos de representación. (En comparación, un empleado de banco cobraba unas 70 libras al año, y una familia de clase media-baja con tres hijos podía vivir con unas 150 libras al año.)⁹ Pero mientras tanto, las deudas de Marx estaban creciendo y no podía esperar a que Engels cobrase su primera paga.

Tal vez inspirada por el sacrificio de Engels, Jenny tomó la decisión de hacer también algo para aliviar su carga, y optó por dirigirse a Zaltbommel, Holanda, a hablar con el tío de Karl. Le dijo que estaba muy preocupada por su futuro, y que ahora tenía un nuevo motivo de preocupación. Marx tenía mucha razón cuando decía de él mismo que era “un padre de familia con una buena entrepier-na” y que “su matrimonio era más productivo que su trabajo”.¹⁰ Efectivamente, Jenny había descubierto que estaba esperando otro hijo.

En una carta escrita en agosto a Marx desde Holanda, Jenny describía su viaje: “quince horas de balanceo en el mar y quince horas de un mareo espantoso”, seguidas de una fría recepción y de un “repulsivo abrazo” cuando Lion Philips finalmente reconoció a la empapada mujer que había llamado a su puerta. Perturbada por el hecho de que ninguna de las mujeres de la casa iba a estar allí durante su estancia, Jenny dijo que no había querido perder tiempo y que fue directamente al grano sugiriendo que la única alternativa que tenían, si no podían disponer de parte de la herencia de Karl, era la de trasladarse a América. Para su consternación, Philips opinó que era una buena idea, es decir, hasta que Jenny le explicó que también esta opción requería dinero. Entonces, el “hom-brecito” se puso intensamente negativo, dijo Jenny, y empezó a atacar todo aquello en lo que ellos creían. Philips estuvo particularmente amargo porque él y sus hijos habían perdido dinero por culpa de las revueltas de 1848. Recordaba Jenny:

No pude convencerle, por mucho que lo intenté. Todo fue en vano... ayer por la noche me desplomé en la cama; el corazón me pesaba como un trozo de plomo; respiraba pesadamente y me saltaban las lágrimas... ¡Ay, mi amado y querido Karl! Me temo que he hecho este gran esfuerzo en vano, y ni siquiera podré cubrir los costos de producción

de mi viaje de vuelta a casa. Lo que he sufrido aquí desde ayer en términos de dolor interior y de ira no es posible expresarlo en unas cuantas líneas.

Echando fuego por los ojos escribió que lo que realmente tenía ganas de hacer era “comportarme como una auténtica pirómana y recorrer el país con una antorcha en la mano, cuando contemplo este idilio que se basa simplemente en unas cuantas bolsas de café, cajas de té, latas de arenques y botellas de aceite”. La degradación de Jenny era completa: era como un mendigo que hubiese sido rechazado por su familia, pero pese a todo no culpaba de nada a su esposo:

Creo, querido Karl, que volveré a casa y a tu lado sin resultados, totalmente decepcionada, herida, torturada por un miedo mortal. Si supieras cuánto te añoro a ti y a mis pequeños. No puedo escribir de los niños sin que mis ojos empiecen a humedecerse, y tengo que ser valiente. Bésalos, pues, besa a mis angelitos mil veces de mi parte. Sé muy bien que tú y Lenchen os haréis cargo de ellos. Sin Lenchen no tendría ni un mínimo de tranquilidad aquí... Adiós, Karl de mi corazón.¹¹

Mientras Jenny estaba en Holanda humillándose, Marx estaba en Londres traicionándola; mientras Jenny pedía ayuda a la familia de Karl, él estaba haciendo el amor con Lenchen en Dean Street.

Sería muy fácil culpar solo a Marx por una traición tan imperdonable, pero esto sería atribuir a Lenchen una timidez y una vulnerabilidad que no eran propias de ella. A los treinta años, Lenchen tenía fama de ser la dictadora de la casa; era la única de la familia que se atrevía a enfrentarse a Marx cuando este se ponía iracundo y había que pararle los pies.¹² Es improbable que Marx pudiera obligar a Lenchen a hacer algo en contra de su voluntad. Tal vez Marx y Lenchen estuvieron bebiendo (era uno de los pasatiempos favoritos de ambos), o tal vez él necesitara consuelo porque Jenny estaba lejos y Engels se disponía a marchar, así que Marx recurrió a Lenchen. Una explicación menos probable es la de que Marx, el dueño de la casa, se aprovechase de Lenchen, la criada. Este tipo de relaciones no eran raras; se consideraban simplemente como una travesura aristocrática. Pero Marx no era un aristócrata, y Lenchen era considerada como un miembro más de la familia. Era lo más parecido a una hermana que tenía Jenny, y ella y Karl eran las dos personas en las que más confiaba Jenny aparte de su madre. No sabemos si esta fue la primera o la última vez que mantuvieron rela-

ciones sexuales, pero fue la única vez que ello tuvo consecuencias desastrosas: Lenchen se quedó embarazada, lo que significaba que ella y Jenny darían a luz en la primavera de 1851.

Puede que Marx no estuviese enterado del estado de Lenchen; felizmente, tampoco lo estaba Jenny. Al regresar de Holanda sin nada más de Lion Philips que un juguete para uno de sus hijos, experimentó una inmensa alegría al reunirse con los suyos. “Mi pobre Edgar vino saltando hacia mí, y Fawkeschen me echó los bracitos al cuello”. En sus memorias Jenny escribió que había estado ansiosa por regresar a su vida, por pequeña y difícil que fuese.¹³

Entre los personajes que se relacionaron con Marx durante su primer año en Londres, uno de los más extravagantes era August Willich. Su apellido real era von Willich, pero prescindió de este signo de alta cuna cuando se hizo comunista. Pertenecía a una de las familias más antiguas y distinguidas de Prusia y se rumoreaba que descendía de la estirpe de los Hohenzollern que tantos reyes de Prusia había dado. Engels, que luchó en Baden a las órdenes de Willich, le dijo a Jenny que era “un hombre valiente, de cabeza fría y muy eficaz” en la batalla, pero también un ideólogo tedioso y un socialista soñador.¹⁴

Willich (haciendo honor a su augusto nombre) daba la talla del gallardo héroe guerrero. Era pulcro y elegante; tenía unos ojos azules de mirada penetrante, pómulos finamente cincelados, y una barba rubia y ensortijada. Había colaborado con el doctor Andreas Gottschalk en Colonia y era uno de los autores del primer intento de revuelta comunista que tuvo lugar allí a comienzos de 1848. Pero Marx no había tenido apenas tratos con él hasta que se presentó en Londres con una recomendación de Engels.¹⁵ Desde aquel momento, Willich no se apartó de Marx, implicándose en todos los asuntos del partido, clandestinos y públicos, en Inglaterra y en Prusia. Cuando los Marx todavía vivían en Chelsea, Jenny describió su exuberante aparición en el dormitorio familiar una mañana temprano, diciendo que entró “como un Don Quijote, vestido con un jubón de lana gris y con un trozo de tela roja a modo de cinturón, soltando una risotada a la manera prusiana y dispuesto a explayarse a gusto en una larga discusión teórica acerca de lo ‘natural’ que era el comunismo”.¹⁶ Marx le paró en seco, pero este no fue ni mucho menos el último de sus encuentros íntimos en el hogar de los Marx. Al parecer, el apuesto Willich había puesto los ojos en Jenny.

¿Cómo podía no sentirse atraído por ella? Era una aristócrata como él, reducida a unas circunstancias penosas por sus creencias y su matrimonio, que había conseguido mantener la cabeza alta, conservar su encanto sensual e inspirar respeto y devoción entre sus conocidos. Puede que Willich considerase que era su

deber como un auténtico romántico alemán acudir a su rescate. Sus intenciones eran bastante claras; según Jenny, “venía a visitarme porque quería encontrar el gusano que habita en el interior de cada matrimonio y hacerlo salir al exterior”.¹⁷ No tuvo éxito en esta empresa, pero consiguió poner muy celoso a Marx.

Marx, Engels y Willich colaboraron en cuestiones relacionadas con la Liga y los refugiados durante todo el verano de 1850, pero poco a poco se fue produciendo una fisura por razones estratégicas que seguramente se vieron agudizadas por lo que Marx calificó oblicuamente de “asuntos personales”. Aunque Marx había dejado a un lado todo trabajo teórico a partir de 1848 para centrarse en la agitación política y en el periodismo de oposición, tenía cada vez más claro que la revolución *no* era inminente. Pero Willich era un hombre de acción que disfrutaba con las sociedades secretas. Creía que la Liga, pese a los pocos miembros que la formaban, podía, gracias simplemente a la fuerza de voluntad, provocar un levantamiento, y discrepaba de la opinión de Marx según la cual era más que probable que en unos pocos años iba a producirse un masivo cambio social. Por su parte, Marx sostenía que ciertas cosas son necesarias para que una revolución tenga éxito, pero que la doctrina de Willich de la violencia impetuosa no era una de ellas.

La disputa era reveladora. En muchos sentidos Marx era más un evolucionista social que un revolucionario: sus ideas eran revolucionarias, pero su método era evolucionario. Una revolución, según Marx, solo podía producirse como resultado de un proceso histórico definido y no podía desencadenarse prematuramente por la fuerza. Un experto explicaba que para Marx se necesitaban dos cosas para que la vieja sociedad pudiera ser reemplazada por la nueva. En primer lugar tenía que existir una mayor conciencia de clase entre las masas y una mayor participación de estas en el proceso sociopolítico a través de la acción de los sindicatos y la puesta en práctica de las libertades de expresión, reunión y prensa. En segundo lugar, antes de que el proletariado pudiera producir una sociedad sin clases —una sociedad comunista— tenía que haber un período de gobierno pequeñoburgués.¹⁸ Willich consideraba herético este tipo de discurso. Acusaba a Marx de abandonar el campo de batalla de la revuelta por el terreno seguro de la teoría.

Willich era un hombre a quien no le gustaba viajar sin ejército, de modo que empezó a buscar aliados contra el intelectualismo de Marx. Aunque era un aristócrata de nacimiento, la mayoría de los apoyos que se ganó Willich eran refugiados alemanes de clase obrera. Vivía con ellos, comía con ellos, y cuando hablaba con ellos utilizaba el tuteo, normalmente reservado para el trato con los amigos. Era por ello mucho más popular que Marx, que vivía con su familia en

unas condiciones de las que se decía entre cuchicheos que eran burguesas y que eran pagadas desviando fondos que pertenecían de hecho a los trabajadores.¹⁹

A comienzos de aquel mismo año, Marx, Engels y sus colegas habían ingresado en una organización londinense llamada la Sociedad Universal de los Comunistas Revolucionarios. Los franceses que la dominaban eran seguidores de Auguste Blanqui (el de la palidez carcelaria y los labios reseco que había causado terror entre los miembros de la Asamblea Nacional Francesa en 1848).²⁰ Marx apreciaba a Blanqui, que seguía en la cárcel en Francia, pero su relación con sus compañeros de la Sociedad Universal de los Comunistas Revolucionarios pronto se agriaron, porque Marx los consideraba unos meros “alquimistas de la revolución”. Estaba convencido de que podían provocar tontamente un conflicto que indudablemente tendría como consecuencia una nueva derrota.²¹

Willich, sin embargo, empezó a colaborar más estrechamente con aquel grupo, en el que había un criminal llamado Emmanuel Barthélemy que acababa de escapar de la cárcel en Francia tras ser condenado al exilio por su participación en los Días de Junio.²³ Barthélemy frecuentaba un salón de esgrima que había en Rathbone Place, cerca de Oxford Street, muy popular entre los emigrantes franceses y entre Marx y sus amigos. (Un colega comentó que Marx combatía “enérgicamente” a los franceses: “Lo que le faltaba de ciencia trataba de compensarlo con agresividad”).²³ Barthélemy, a su vez, empezó a visitar el apartamento de Marx. Pero a Jenny no le gustaba nada. Barthélemy tenía entonces unos treinta años, un bigote y una perilla negros que hacían que pareciera más pálido de lo que probablemente era, pero Jenny lo encontraba extraño y sus enormes ojos negros —los ojos del vacío— le causaban repulsión.²⁴ Los Marx desconocían que Barthélemy era un hombre violento que utilizaba la política como excusa para cometer crímenes, incluido el asesinato. La revolución que más le interesaba era la que se producía al retorcer un cuchillo tras clavarlo en la espalda de alguien.

Según Wilhelm Liebknecht, un converso al comunismo de veinticuatro años que también se había presentado en casa de Marx aquel verano, Willich y Barthélemy empezaron a conspirar contra Marx. “Decían que Marx era un traidor y que los traidores han de ser liquidados”.²⁵ Al mismo tiempo que Willich buscaba apoyos entre los extremistas, también intentó acercamientos con los demócratas pequeñoburgueses a los que Marx y Engels habían expulsado el año anterior de su comité de ayuda a los refugiados. Willich trató de presionar al comité para que se uniese de nuevo con los demócratas, aduciendo que una posición unificada daría más solidez a sus acciones. Cuando su idea fue rechazada, dimitió enfurruñado de su cargo en la Autoridad Central de la Liga Comunista.

Varios años más tarde, sin embargo, al parecer con intención de provocar un enfrentamiento, Willich asistió a una reunión de la Liga en la que procedió a insultar a Marx y en la que finalmente le retó a un duelo.²⁶ Puede que la raíz del problema fuese efectivamente política, pero seguramente se sobreponía a las pretensiones que pudo haber albergado Willich respecto a Jenny y a la ponzoñosa influencia de Barthélemy.

Aunque Marx descartaba la idea misma de batirse en duelo con nadie, cosa que además era ilegal en Inglaterra, Conrad Schramm, el impetuoso y gallardo joven siempre dispuesto a acudir en ayuda de Marx y de su familia, terció en la disputa insultando a Willich. El duelo se convirtió de este modo en un enfrentamiento entre Schramm, de veintiocho años, y Willich, de cuarenta y uno.²⁷ Schramm hizo caso omiso de la petición que le hizo Marx para que desistiera de batirse en duelo, y se dirigió en barco a Bélgica acompañado de su padrino, un oficial del ejército polaco llamado Henryk Miskowsky, además de con Willich y Barthélemy.²⁸ Según Liebkecht, acordaron batirse en duelo con pistolas, pese a que “Schramm nunca había disparado y a que Willich nunca había errado un tiro”.

Al día siguiente, 12 de setiembre, Liebkecht estaba en el apartamento de Marx contando los minutos con Jenny y Lenchen. Jenny no era la causa del duelo, pero sin duda se consideraba en parte responsable del mismo debido a su historia con Willich. Según Liebkecht estuvieron todo el día esperando en vano noticias, y a la caída de la tarde, cuando Liebkecht y Marx ya se habían ido, se abrió la puerta y apareció Barthélemy. El francés hizo una reverencia y, en respuesta a la pregunta de Jenny y Lenchen “¿Qué noticias hay de Schramm?”, contestó: “Schramm tiene una bala en la cabeza”. Y tras hacer otra reverencia, Barthélemy se marchó, dejando a las dos mujeres llorando la muerte de su amigo. “Es fácil imaginar”, comentó Liebkecht, “la impresión que le causó la noticia a Jenny; ahora sabía que la aversión que le provocaba Barthélemy estaba motivada”.

Una hora más tarde, una consternada Jenny daba la mala noticia a Karl y a Liebkecht, que ya habían regresado. Liebkecht comentó que todos daban por muerto a Schramm. Pero al día siguiente, mientras hablaban de él, “se abrió la puerta y por ella entró el supuesto fallecido con la cabeza vendada y una sonrisa en los labios, y les contó que la bala le había dado de refilón y le había causado un desvanecimiento. Cuando recuperó la conciencia, estaba solo en la playa con su padrino y el médico”.²⁹ Schramm sobrevivió, pero la relación de Marx con Willich no. Cuatro días después del duelo se produjo la ruptura formal en una reunión de la Autoridad Central.

Las actas de la reunión no reflejan el drama que la había precedido. Marx, cuya mente era dura y brillante como un diamante, sabía que saldría vencedor de cualquier batalla de ingenio. Si bien podía ser absolutamente volcánico en un contexto más privado, en aquel tipo de reuniones parecía disfrutar frustrando a sus oponentes mostrándose lo más tranquilo y racional posible. Esta era la situación cuando la Autoridad Central se reunió para discutir y votar su propuesta de que el cuerpo ejecutivo de la Liga Comunista fuese trasladado de Londres a Colonia, que los estatutos de la Liga fuesen declarados nulos y redactados de nuevo, y que la liga de Londres se escindiese en dos grupos, o “distritos”, que pasarían informes a Londres pero que no tendrían ninguna relación entre ellos.³⁰ Estas medidas eran necesarias, según Marx, para evitar el escándalo de una ruptura pública y para asegurarse de que la Liga sobrevivía a cualquier desacuerdo que pudiese surgir entre sus miembros. Explicó que el grupo de Londres estaba dividido no solo por cuestiones personales sino por las respectivas posturas respecto a la siguiente revolución. “Mientras nosotros les decimos a los trabajadores que tendrán quince o veinte años de guerra civil para poder cambiar la situación y prepararse para el ejercicio del poder, [la otra facción de la Liga les dice] que hemos de tomar el poder *inmediatamente* o que más vale que nos vayamos a la cama”. Marx dijo que no quería más de doce personas en su “distrito”; el otro grupo de la Liga en Londres podía quedarse con los restantes miembros.³¹

Karl Schapper era uno de los miembros originales de la Liga y un buen amigo de Marx, pero en este tema estaba en el otro bando. No estaba de acuerdo con el enfoque de ritmo lento de Marx, y aunque esperaba ser “guillotinado”, estaba decidido a ir a luchar a Alermania de todos modos. Si Marx quería dividir la Liga de Londres, podía hacerlo, pero “en ese caso habrá dos ligas, la de los que luchan con la pluma y la de los que luchan de otros modos”.³²

Willich permanecía en silencio. Marx había incluso tratado de tirarle de la lengua en un momento dado, pero él y otro de los miembros mostraron su desdén por las medidas propuestas abandonando la reunión. A continuación se procedió a votar, y solo el grupo de Marx emitió las papeletas. De manera nada sorprendente, la propuesta de escisión obtuvo un apoyo unánime.³³ Dos días más tarde, Marx y sus colegas también dimitieron de la Sociedad Pedagógica de los Obreros Alemanes, y poco después rompieron con los *blanquistas* de la Sociedad Universal de los Comunistas Revolucionarios. Engels, Marx y George Julian Harney escribieron una carta al grupo invitándolos a ir al apartamento de Engels en Dean Street para asistir a la quema del contrato de la sociedad.³⁴ Hubo aún un último acto en el plan de Marx para acabar con Willich y sus asociados: pidió a la nueva Autoridad Central en Colonia que expulsase a los disidentes de

Londres, alegando que estaban en un estado de rebelión y que violaban todos los acuerdos y las normas de la Liga. Colonia aprobó su petición.³⁵

La dulce victoria de Marx sobre sus enemigos se produjo justo cuando Harney publicaba el *Manifiesto Comunista* en su periódico *The Red Republican*. Era la primera traducción al inglés de la obra y la primera que identificaba a sus autores: “Ciudadanos Charles Marx y Frederic Engels”.³⁶ Pero Marx no tuvo tiempo de saborear ninguno de aquellos dos triunfos. Destrozando a sus rivales en la Liga había creado un enorme ejército de enemigos (que calificaban de reaccionario el *Manifiesto*) cuando Engels estaba preparándose para ir a Manchester. Con la partida de su amigo, Marx se quedaba en Londres con un puñado de jóvenes seguidores con poca experiencia. Aparte de Jenny, no tendría ningún auténtico compañero intelectual ni a nadie que le ayudase a esquivar la inevitable reacción del golpe dado en la Liga Comunista. También estaban sus persistentes problemas financieros. A finales de octubre Marx había escrito a Weydemeyer, que desde mayo había realizado religiosamente los pagos para mantener empeñada en Frankfurt la vajilla de plata de Jenny, para que procediese a venderla y les enviase el dinero; la familia no podría sobrevivir sin ese dinero. Los únicos objetos que explícitamente no quiso vender fueron una pequeña jarra de plata, una bandeja, un cuchillo y un tenedor pertenecientes a su hija de cinco años y medio, Jennychen.³⁷

Los niños eran una de las pocas alegrías en la vida de los Marx. Pese a los traumas del traslado, de la falta de dinero y de la política, el frío y el hambre –por no hablar del terror que les causaba el hecho de estar rodeados de gente que no hablaba su idioma–, Jenny describía a sus hijas como “bonitas, radiantes, alegres y muy animadas”. Decía también que su “gordito” Edgar, de tres años, era “un dechado de humor y un niño muy ocurrente y gracioso. El pequeño diablillo se pasa todo el día cantando con gran sentimiento y a voz en cuello, y cuando recita el verso de la Marsellesa de Freiligrath, (“¡Ven, oh Junio, y tráenos hazañas / las nuevas hazañas que anhelan nuestros corazones!”) con una voz atronadora, toda la casa retumba”.³⁸

El único de sus hijos que sufrió de verdad durante su primer año en Londres fue el que había nacido allí, pero no sufrió durante mucho tiempo. Heinrich Guido murió a consecuencia de la pulmonía que contrajo el 19 de noviembre, poco después de su primer aniversario. Marx escribió a Engels, que estaba en Manchester, para hacerle saber que “el pequeño conspirador de la pólvora” había muerto aquella mañana después de sufrir un ataque convulsivo. “Unos minutos antes todavía estaba riendo... Ya puedes imaginarte cómo estamos aquí. Tu au-

sencia en este momento hace que nos sintamos muy solos”.³⁹ Cuatro días más tarde, Marx le decía a Engels que Jenny estaba “en un peligroso estado de excitación y terriblemente agotada. Había amamantado a nuestro hijo ella misma y había luchado por su existencia en las más difíciles circunstancias y con el mayor de los sacrificios”.⁴⁰

Fawksy, a quien Jenny llamaba “mi pobre hijito del dolor”, fue enterrado en un cementerio cuáquero frente a Tottenham Court Road.⁴¹ Su pequeño ataúd no tuvo que viajar mucho cuando la familia lo llevó en un cortejo fúnebre. En las abarrotadas callejuelas del Soho, los funerales eran un espectáculo habitual, y es probable que el del pequeño Marx atrajese poca atención, lo que habría hecho que su pena fuese aún mayor. La suya era una más de las muchas atribuladas familias atrapadas en las fauces de la miseria mientras unas calles más allá otros más afortunados vivían en medio de una riqueza incalculable.

Londres, invierno de 1851

Con esta prosperidad general en la que las fuerzas productivas de la sociedad burguesa se desarrollan de la manera más exuberante posible en el marco de la relación burguesa, no puede hablarse de una verdadera revolución.

Karl Marx y Friedrich Engels¹

EN 1851 LA REINA VICTORIA DECLARÓ con orgullo que su amado esposo, el príncipe Alberto, había unificado con éxito el mundo bajo la bandera de la paz y la prosperidad. Alberto era el presidente del comité de notables que había creado la primera Gran Exposición internacional, un triunfo del comercio, la industria y la inventiva. El día de la inauguración, el primero de mayo, una cuarta parte de la población de Londres acudió a Hyde Park para asistir al acontecimiento. La reina, que entonces tenía treinta y dos años, estaba entre ellos, admirada de tantas maravillas. En el interior del Crystal Palace, que había sido construido para albergar la exposición y cuya bóveda era mayor que la de la Basílica de San Pedro en Roma, los cien mil objetos expuestos mostraban las maravillas de la época, desde el péndulo de Foucault al retrete con cisterna, desde la máquina de hilar algodón a un daguerrotipo de la luna. La exposición marcó el nacimiento del centro comercial, con las tiendas de varias plantas que hacían circular las mercancías con una facilidad extraordinaria. También incluía el invernadero cubierto más grande del mundo, una demostración del dominio que ejercía el hombre sobre la naturaleza. Sobre el fondo del “Aleluya” de Handel cantado por un coro de mil voces, la reina dijo sentirse “embargada por una gran emoción, mayor que la de cualquier otro servicio al que haya asistido jamás”.² De este modo, la jefa de la Iglesia de Inglaterra declaraba que la industria era la nueva religión. Nacía de este modo la época dorada del capitalismo en la Gran Bretaña: una palabra que justo empezaba a utilizarse entre los entendidos junto con su glorioso equivalente, el imperialismo.³

De hecho, en toda Europa, el Rey Capital había subido al trono. Un boom

económico había empezado poco después de 1849, cuando la última revuelta fue aplastada y los poderes reaccionarios reinstaurados. Los gobiernos habían aprendido la lección intrínseca en la prédica de Marx según la cual el paro, el hambre y las enfermedades con ellos relacionadas eran mucho más amenazadoras para su estabilidad que cualquier ideología o incluso que un ejército enemigo, porque si la capa más baja de la sociedad –su fundamento– se levantaba, todo el castillo de naipes se hundiría. Para evitarlo, se habían creado programas de trabajo para construir ferrocarriles, viviendas, fábricas, cualquier cosa que pudiese dar trabajo a muchos hombres y, de manera más crucial, producir pingües beneficios.⁴ En 1851, y solo en Londres, la construcción empleó a más de sesenta y seis mil personas, convirtiéndose en la mayor industria de la capital. Huelga decir que no eran viviendas para los que vivían hacinados en los barrios bajos las que se construían. La prisa por construir se produjo en Belgravia, Kensington, y en los nuevos barrios del norte de Londres, donde se erigieron villas para una clase media que se estaba enriqueciendo rápidamente.⁵

Toda esta industria tenía el beneplácito de los monarcas europeos y de sus aquiescentes parlamentos, infiltrados por hombres de negocios que poseían ferrocarriles y que jugaban en esa excitante cancha en expansión llamada mercado de valores. Estos hombres argumentaban que el éxito y la prosperidad continuarían si se aplicaba una fórmula muy sencilla: las empresas tenían que ser de propiedad privada y competitivas; tenían que poder comprar materias primas (incluida la mano de obra) lo más barato posible, y vender sus productos en un mercado libre lo más caros posible. Esta fórmula era el capitalismo.⁶

Los ferrocarriles, los barcos de vapor y el telégrafo habían acelerado el ritmo de los negocios, haciendo añicos las restricciones antaño establecidas por el tiempo y la distancia, pero fue el oro lo que inspiró un nuevo atrevimiento, y en algunos casos la temeridad, en el mercado. Los hombres de negocios europeos observaban a sus homólogos californianos amasar montañas de dinero en el entorno despreocupado y no regulado de la frontera americana. Los gobiernos europeos contemplaban sus propias arcas, comparativamente vacías, y admitían que los empresarios continentales estaban perdiendo la partida porque estaban maniatados por unas reglas anticuadas.⁷ Posteriormente se liberalizó la minería y el comercio, se crearon bancos para financiarlos y se reescribieron las leyes para estimular el crecimiento de los negocios.⁸

La Gran Exposición de Londres reflejó esta aurora mercantil, y del mismo modo que el obrero medio no tenía manera de evitar el nuevo imperativo económico, el londinense medio tampoco tuvo manera de evitar el gran espectáculo. Varias partes de la ciudad fueron transformadas para los muchos jefes de esta-

do y otros altos dignatarios que se esperaba que la visitasen: los excrementos se recogían casi inmediatamente después de depositados; se embellecieron los edificios con toques de color verde, rojo burdeos, azul celeste y amarillo; los propietarios de las tiendas quitaron las manchas de hollín de sus escaparates hasta hacerlos brillar; y lo más importante de todo: los cientos de sin techo que dormían en Hyde Park cada noche fueron enviados a infestar unos pastos más remotos. La matrona que era Londres se puso colorete en las mejillas y se dispuso a recibir visitas.

No parecía haber fin para la autocongratulación inglesa, no solo respecto a la exposición, sino también respecto a la singular posición del país en el mundo. En 1851, Gran Bretaña poseía la mitad de los transatlánticos del mundo y la mitad de las vías de ferrocarril.⁹ Su éxito era un triunfo del racionalismo filosófico, del pragmatismo político y del ingenio comercial, para todo lo cual la Exposición era un gran escaparate.

El acontecimiento sería también un homenaje global al poder de la riqueza privada, que a Marx le resultaba particularmente mortificante. Si antes había tenido que lidiar con las fantasías de unos aspirantes a revolucionarios que erigían imaginarios monumentos en su propio honor sin dar un solo paso para ganárselos, ahora Marx estaba rodeado de soñadores capitalistas para quienes los buques mercantes eran enviados de paz que atravesaban un mundo que se había vuelto armonioso porque los productos manufacturados podían venderse desde China al Brasil, desde Canadá a las Repúblicas Bóers. Para Marx y Engels, la Gran Exposición no era más que el panteón de la Roma moderna, un templo a “la megalomaonía burguesa... cosmopolita, filantrópica y comercial”.¹⁰ Lo que los capitalistas consideraban como beneficios del libre comercio –la ruptura del carácter y de las fronteras nacionales, la difuminación de los métodos de producción y de las relaciones sociales locales, Marx y Engels lo veían como una contribución a la siguiente gran crisis financiera, que según predecían ellos tendría lugar al año siguiente.¹¹

De una forma que ni Jenny ni Engels podían conseguir, la gran exposición pareció agujinear a Marx para hacerle volver al trabajo. A su juicio no había nada de malo en los avances tecnológicos e industriales que se exhibían allí; la historia se había construido sobre ellos. De hecho, estaba tan entusiasmado como un niño por un modelo de motor eléctrico que se mostraba en un escaparate de Regent Street y en el que un rótulo declaraba que la chispa eléctrica era un catalizador mucho más revolucionario que el vapor, y que las consecuencias que de ella se derivarían eran indefinibles.¹² Pero Marx se proponía explicar cómo aquellos maravillosos avances de la humanidad habían caído bajo el control de

un pequeño número de capitalistas, y por qué era un error que aquellos estu-
pendos pasos adelante, aunque beneficiaban a muchos, solo enriquecieran a
unos pocos. Aquella primavera de 1851, antes de que la mayoría de la gente hu-
biese oído hablar de capitalismo, Marx empezó a luchar contra aquel masivo sis-
tema económico, político y social en evolución, que algún día se extendería por
todo el globo, influyendo en todos los aspectos de la existencia humana. En la
infancia del capitalismo, Marx se dispuso a escribir la crónica de su ascenso y a
predecir su caída.¹³ Durante los siguientes dieciséis años escribiría miles de pá-
ginas antes de dar a la imprenta el primer volumen de su *opus magnum*, *El Ca-
pital*. Sus jóvenes seguidores verían en ella el programa de una alternativa al
capitalismo, que ellos llamaban marxismo.

* * *

Marx no hacía nada a medias, y por ello su inmersión en la economía fue com-
pleta. Un joven colega llamado Wilhelm Pieper, que cuando no estaba exploran-
do los sanctasanctorums de un burdel actuaba ocasionalmente como secretario
de Marx, se quejó en broma a Engels: “Cada vez que voy a verle, en vez de salu-
dos me da unas cuantas categorías económicas”.¹⁴ Para Engels no fue ninguna
sorpresa; las cartas de Marx también estaban llenas de teorías económicas que
quería poner a prueba con su inteligente amigo. Fue en esta época cuando Marx
y Engels empezaron una animada correspondencia casi diaria que se prolonga-
ría durante casi dos décadas, hasta 1870, cuando Engels se trasladó de nuevo a
Londres. Una de las hijas de Marx recordaba que uno de los momentos impor-
tantes del día en su hogar era la llegada del cartero vestido con una levita roja de
estilo militar y un sombrero de copa con una cinta dorada. Dando dos golpes
en la puerta con su bastón hacía que alguno de los hijos de Marx bajase volan-
do las escaleras porque sabían lo contento que se ponía su padre cuando recibía
una carta “del tío Angels”.¹⁵ La carta no solo representaba la última entrada de
su conversación epistolar, sino que solía contener un dinero que la familia nece-
sitaba mucho.

Tras mudarse a Manchester en diciembre, el “ángel” de los hijos de Marx se
instaló en dos lugares diferentes. Uno era un respetable apartamento donde,
como el hombre de negocios que era, podía vivir y recibir a sus colegas y asocia-
dos; el otro era una casa en las afueras de la ciudad en cuyo buzón decía “Mr.
and Mrs. Boardman” y en la que vivía con Mary Burns y la hermana pequeña
de esta, Lizzy. Algunos de sus asociados eran radicales irlandeses. La hambruna
que había diezmado a Irlanda había terminado, pero el debilitado estado irlan-

dés militaba contra toda esperanza inmediata de obtener la independencia; en aquel momento el país carecía simplemente de energía para librar aquel combate. Pero los irlandeses de Manchester estaban furiosos no solo porque Irlanda estaba sometida al gobierno de Westminster, sino por la forma en que este trataba a los obreros —hombres, mujeres y niños— irlandeses que vivían en Inglaterra.

Es posible que Engels quisiese mitigar su mala conciencia de “buhonero” capitalista utilizando generosamente los beneficios así obtenidos para financiar a su rebelde amigo. Desde el comienzo de su carrera como comerciante textil había financiado a la familia Marx —aunque para ello tuviese que meter mano en la caja de la fábrica— y mantenido a la familia Burns en Manchester. Engels hacía ciertamente un buen papel como hijo del dueño de una fábrica. Frecuentaba todos los clubs apropiados y era considerado un compañero genial en ellos, pero sus verdaderos amigos eran aquellos a los que los socios de aquellos clubs habrían enviado gustosamente al patíbulo. Nadaba, practicaba esgrima, cazaba con jauría, y si bien disfrutaba del ejercicio por el ejercicio mismo, también tenía el objetivo de endurecer su cuerpo por si era llamado de nuevo a las armas.¹⁶ Jenny le llamaba en broma un “gran señor del algodón”. Lo era, pero también era un rebelde de corazón. Jenny decía estar muy contenta de que Engels no hubiese dejado de ser el viejo Fritze.¹⁷

Engels no sabía durante cuánto tiempo querría su padre mantenerlo en Manchester, pero mientras estuvo allí alivió considerablemente las preocupaciones de Marx y Jenny. Sus cartas a menudo contenían una o dos libras para cubrir sus necesidades básicas. De hecho, por primera vez desde su llegada a Londres, las cosas estaban mejorando. Marx estaba trabajando en sus estudios económicos y planeaba tratar de vender sus escritos desde Colonia en forma de panfleto.¹⁸ Incluso consideró la posibilidad de volver a publicar la *Revue* en Suiza.¹⁹ También sus hijos parecían haberse recuperado después de la muerte de Fawksy. Seguramente, no todo iba sobre ruedas; todavía había muchas disputas entre los emigrantes: en diciembre, a Red Wolff le habían dado una paliza los seguidores de Willich, y Conrad Schramm y Pieper habían sido brutalmente maltratados cuando se presentaron en un banquete celebrado en honor de la revuelta de París.²⁰ Pero en vez de implicarse en este tipo de reyertas, Marx trataba ahora de aislarse de sus rivales, descalificando el trabajo de estos como obra de unos “simios” que “bombardeaban a sus enemigos con sus propios excrementos”. Y añadía: “De cada uno según sus aptitudes.”²¹ (La frase, utilizada aquí en sentido sarcástico, sería ampliada posteriormente y se convertiría en una de las piedras angulares de la teoría comunista de Marx.)

A finales de enero, bien porque Fawksy había muerto en el 64 de Dean

Street o porque les habían pedido que se marchasen por falta de pago (aquel mismo mes Marx había pedido dinero a Engels porque estaba retrasado en el pago del alquiler²²), la familia se mudó de nuevo. La nueva dirección era el 28 de Dean Street, en el Soho, y aunque estaba a solo unas cuantas puertas de la anterior, representaba una ligera mejora respecto a su anterior alojamiento. Los tres adultos y los tres menores disponían ahora de dos habitaciones completas para ellos en el piso superior de un estrecho y centenario edificio georgiano de cuatro plantas que tenía una tienda en la planta baja. El edificio albergaba a otras tres familias, dos italianas —una de ellas era la del casero— y un profesor de idiomas de Irlanda, que subarrendó parte de su espacio a Marx.²³

El apartamento de la buhardilla distaba mucho de ser espacioso. La habitación de la parte frontal, con tres ventanas que daban a la calle, medía como mucho 3 por 5 metros: servía de recibidor, comedor, sala de estar y estudio. La habitación de la parte trasera, que tenía un hogar en un rincón y un techo inclinado, era incluso menor, pero era allí donde la familia y Lenchen cocinaban, dormían y se bañaban.²⁴ El agua corriente solo llegaba a unos 3 metros por encima del nivel de la calle, de modo que los Marx tenían que ir a buscarla a la planta baja. Tampoco había ningún retrete conectado a la red de suministro de agua; las alternativas eran un retrete común (las deposiciones iban a parar a un pozo negro en el sótano) o un orinal en el apartamento.²⁵ De todos modos, desde el piso más alto del edificio tal vez se consideraban afortunados porque, mirando por la ventana, más allá de los tejados y de las chimeneas de otros edificios igual de deteriorados, podían pensar que estaban más cerca del cielo que de la calle. Liebknecht se refería al apartamento de los Marx como “un palomar en el que un montón de bohemios, fugitivos y refugiados entraban y salían”, y durante los siguientes cinco años sería “la casa del Moro”, el lugar de reunión de todos los hombres que le rodeaban. Para sus amigos refugiados, decía Liebknecht, aquel apartamento era la residencia más estable que tendrían jamás en Londres, con excepción de una tumba en el cementerio.²⁶

En el nuevo apartamento, la familia Marx se instaló en una tranquilizadora rutina. Las niñas iban a la escuela. Jenny dividía su tiempo entre los asuntos de su esposo y los de sus hijos, y Lenchen llevaba la administración del hogar, es decir, trataba de estirar el dinero que les enviaba Engels (o que Marx pedía prestado) lo suficiente para que todos pudieran comer. Cuando esto no bastaba, recurrían a la casa de empeños, donde las niñas creían tener otro “tío” como Engels, que les daba dinero a cambio de cualquier objeto o prenda de ropa de los que pudiesen prescindir temporalmente.

Por su parte, Marx se pasaba todo el día en la biblioteca del Museo Británico, arrastrando con él a sus jóvenes colegas.²⁷ Liebknecht recordaba que mientras otros refugiados en Londres preparaban afanosamente el derrocamiento del mundo, “nosotros, la escoria de la humanidad, estábamos sentados en el Museo Británico tratando de instruirnos y preparándonos con armas y municiones para las batallas del futuro. A veces no habíamos comido nada, pero ello no nos impedía ir al Museo... Allí había por lo menos unas sillas muy cómodas, y en invierno un agradable calorcillo que no teníamos en casa, si es que teníamos algo a lo que poder llamar casa”.²⁸

Por la noche celebraban reuniones políticas, casi todas ellas en habitaciones privadas en un *pub*. Allí se servían unas magníficas jarras de peltre llenas de cerveza negra y se ofrecía una larga pipa de arcilla a los que fumaban.²⁹ Si nadie llevaba dinero –cosa que sucedía la mayor parte de las veces– los jóvenes exiliados que habían estado todo el día con Marx volvían a su casa de Dean Street para disfrutar de un ambiente familiar, pobre pero acogedor, que echaban mucho de menos. Lo poco que tenían los Marx, se lo ofrecían a aquellos hombres que consideraban a Marx su líder, por mucho que este rechazase esta denominación.

Friedrich Lessner, el sastre, decía que Jenny los acogía con tanta naturalidad que tenían la sensación de estar en presencia de su madre o de su hermana. La describía como una mujer alta, hermosa y distinguida, pero totalmente carente del orgullo o la rigidez que podía haberse esperado de una aristócrata en presencia de gente tan humilde como ellos. Todo lo contrario, decía, era adorable e ingeniosa.³⁰ Liebknecht admitía que Jenny tal vez ejercía una influencia sobre ellos mayor que la que ejercía el propio Marx. “Aquella dignidad, aquella nobleza que mantenía a distancia no la familiaridad, sino todo lo que fuese impropio, tenía un efecto mágico en nosotros, seres montaraces e incluso un poco rudos”.³¹ Años más tarde, Liebknecht escribió que Jenny era “la primera mujer que me hizo reconocer el poder pedagógico de las mujeres... Madre, amiga, confidente, consejera, para mí era la mujer ideal y lo sigue siendo incluso ahora”.³² Consiguió incluso cautivar a un espía prusiano que se había infiltrado en el círculo de Marx y que en uno de sus informes decía que Jenny “se había habituado a esa vida de gitana por amor a su esposo y parece sentirse a gusto en una situación tan amarga”.³³

Y en medio de toda aquella actividad estaban los tres hijos de los Marx. No eran nunca excluidos de la compañía de sus mayores, no porque Marx pensase que podían aprender algo de los adultos, sino porque creía que los adultos podían aprender algo de los niños. (A Marx le gustaba decir que que “los hijos tienen que educar a los padres”.)³⁴ La autoridad sobre ellos no la ejercía Marx dán-

doles órdenes, sino haciéndoles sugerencias, que ellos invariablemente aceptaban. Según Liebknecht, en presencia de su esposa e hijos, Marx desplegaba una ternura que “hubiera sido la envidia de una institutriz inglesa”.³⁸

En la primera oleada de refugiados llegados a Londres después de 1848 se contaban muchos continentales no muy brillantes, pero en 1851 habían empezado a aparecer los veteranos de la revolución, y su llegada había desencadenado una competencia casi cómica entre los radicales menos distinguidos que miraban de demostrar su valía.³⁶ Marx y Engels describían a aquellos hombres como “una mutual de seguros para candidatos a héroe”.³⁷

Marx había conocido a todos los protagonistas importantes del 1848 parisino, y ahora que el gobierno de Luis Napoleón había hecho casi imposible la discrepancia, aquellos hombres habían huido a Londres y empezaron a hacer visitas de cortesía al 28 de Dean Street. Uno de los primeros fue Louis Blanc, que se presentó una mañana temprano. Lenchen lo acompañó a la habitación de la parte frontal mientras Marx, que todavía estaba en cama, se vestía en la otra. Liebknecht describió más tarde la escena tal como se la había relatado Marx, que, junto con Jenny, había espiado a Blanc por una puerta entreabierta. Marx dijo que Blanc había examinado la poco amueblada habitación hasta descubrir un “espejo muy rudimentario, ante el cual se colocó, haciendo una pose y estirando al máximo su cuerpo de enano para parecer más alto —llevaba las botas con los tacones más altos que yo había visto nunca— y haciendo luego una reverencia exagerada”. Jenny apenas pudo reprimir una carcajada. Cuando Marx acabó de vestirse y asearse, anunció su entrada carraspeando, lo que permitió al tribuno del pueblo separarse un poco del espejo y recibir a su anfitrión con una leve inclinación de cabeza”.³⁸

En realidad, Marx no tenía interés en formar alianzas con Blanc ni con ningún otro de los hombres cuyos nombres estaban asociados con los movimientos revolucionarios de los últimos veinte años. Opinaba que los veteranos de 1830, incluido el formidable Mazzini, muy querido por los ingleses, que le consideraban incorruptible, eran unos “expertos estafadores” que se aprovechaban de la generación más joven permitiéndoles hacer todo el trabajo mientras ellos se quedaban con el dinero y la gloria.³⁹ Aquellos hombres y otros menos radicales formaban nuevas alianzas, se escindían, se transformaban en nuevos grupos y volvían a escindirse a una velocidad de vértigo, y la intriga apenas dejaba tiempo para el trabajo de verdad. El interés de aquellos refugiados estaba totalmente centrado en ellos mismos y en sus cuitas. Lo único que necesitaba Marx, según creía, era su pequeño grupo de asociados, aunque hubiese preferido que Engels

estuviese con ellos en Londres. A primeros de febrero le dijo a Engels: “Me satisface enormemente el aislamiento público en el que nos encontramos tú y yo actualmente. Pienso que está totalmente de acuerdo con nuestra actitud y nuestros principios. El sistema de concesiones mutuas, de medias tintas toleradas por mor de la decencia, la obligación de compartir la cuota de ridículo público en el partido con todos estos zopencos... todo esto se ha acabado”.⁴⁰

Engels le dio la razón, replicando: “Uno llega a darse cuenta cada vez más de que la emigración es una institución que inevitablemente convierte a los hombres en idiotas, en imbéciles y en granujas a menos que uno se emancipe completamente de ella y que se conforme con ser un escritor independiente a quien le importe un bledo el llamado partido revolucionario. Es una auténtica escuela de chismorreos y mezquindad en la que el más burro pasa por ser el más importante salvador de su país”. De hecho sugería que su posición les otorgaba una nueva libertad. “De ahora en adelante solo somos responsables ante nosotros mismos y si llega el momento en que estos caballeros nos necesitan, podremos dictar nuestras condiciones. Hasta entonces tendremos por lo menos un poco de calma y tranquilidad. Y un poco de soledad también, naturalmente. ¡*Por Dios!* Ya tuve unos tres meses de esto en Manchester”. Lo más importante era publicar algo. “¿Qué coste pueden tener todos los chismes que la multitud de emigrantes reúnan contra ti cuando les respondas con tu economía política?”⁴¹

Marx estaba ansioso por terminar su libro. La política se había convertido en una farsa, y la teoría era la única área que merecía su atención. Pero una serie de crisis personales desbarató sus planes. Marx tenía una deuda tan grande que ni siquiera Engels podía satisfacer. Debía más de cuarenta libras a diversas personas, y la situación era tan grave que estaba provocando habladurías en Londres, en Bruselas y en Tréveris. Desesperado, Marx llegó incluso a amenazar a su madre diciéndole que si no le daba el dinero que necesitaba para cubrir sus obligaciones, volvería a Prusia y haría que lo metieran en la cárcel. Al parecer, no tuvo reparos en ver a su hijo entre rejas y no le ofreció nada. Marx le dijo a Engels que no tenía ni un cuarto de penique en casa, “de modo que las facturas de los proveedores –del carnicero, del panadero, etcétera– no paran de crecer... Reconocerás que es un desastre y que estoy hasta el cuello de porquería pequeño-burguesa. ¡Y encima tengo que oír que me dedico a explotar a los trabajadores y que aspiro a formar una dictadura! ¡Qué horror!”

En medio de toda aquella confusión, el 28 de marzo de 1851 Jenny dio a luz a una niña. Le pusieron de nombre Franzisca. Aunque Marx dijo que el parto había sido fácil, Jenny permaneció en cama, “por razones más domésticas que físicas”. Por aquel entonces Lenchen estaba embarazada de seis meses y puede

que Jenny ya estuviese al corriente de su estado, aunque no de la identidad del padre; aquello era algo que Marx quería discutir con Engels. En una carta le decía: “Y finalmente, para dar al asunto un matiz tragicómico, tengo que contactarte un *mystère* que te explicaré en cuatro palabras”. En este punto le interrumpió Jenny y Marx prometió continuar, pero al parecer nunca lo hizo.⁴² (No ha sobrevivido ninguna carta –si es que existió alguna vez– en la que Marx reconocía ser el padre del hijo de Lenchen.) En su siguiente carta a Engels, del 2 de abril, Marx le juró que, por mucho que le costase, iría a Manchester a explicárselo. “Tengo que irme de aquí durante una semana. Lo peor de todo es que de repente he visto obstaculizado mi trabajo en la biblioteca. Voy tan adelantado que creo que habré concluido toda esa mierda económica en unas cinco semanas”.⁴³

Era el peor momento para que Marx se viera envuelto en un escándalo personal, especialmente uno de tal magnitud. Toda la oposición europea había acudido a Londres para la Gran Exposición. Las comunidades de refugiados estaban muy excitadas porque los visitantes llegaban con los bolsillos llenos de dinero para gastar, a cambio del cual querían noticias sobre las diversas revueltas que se estaban maquinando en Londres. “La emigración nunca ha bebido más y más barato que durante el período en que las solventes masas de filisteos alemanes estuvieron en Londres”, escribieron Marx y Engels acerca de lo que calificaron de la “política de taberna” de aquel año.⁴⁴ Viéndose finalmente bajo los focos, los que estaban exiliados en Londres no querían decepcionar a sus compatriotas. Se tramaron muchas conspiraciones, se fijaron fechas para hacer la revolución, se emitieron bonos para financiar la lucha (reembolsables una vez estuviesen instalados los gobiernos insurreccionales).⁴⁵ Y, por supuesto, lo más delicioso de todo era el cotilleo que se propagaba de taberna en taberna y que era adornado en cada achispada coyuntura. La posibilidad de que Marx estuviese viviendo con dos mujeres que eran, las dos, las madres de sus hijos, tenía que ser irresistible para aquella gente, no solo como un cuento que compensaba con creces el precio del billete a Londres, sino como forma de desacreditar a aquel arrogante tirano que tan ansioso estaba por criticar (si no por destrozar) a sus enemigos, aquel paladín del comunismo que afirmaba que su ideología no tenía nada que ver con el amor libre y que no representaba ninguna amenaza a la santidad del matrimonio.

Durante los meses precedentes a la inauguración en mayo de la Gran Exposición, había circulado el rumor de que Louis Blanc y Ledru-Rollin (que entonces eran adversarios) estaban organizando una rebelión mundial desde un *pub* de Haymarket. Implicaría a noventa mil refugiados extranjeros, que pren-

derían simultáneamente fuego a las casas en las que vivían, ayudados por doscientos mil irlandeses y por sus temidos sacerdotes católicos disfrazados de vendedores de cerillas.⁴⁶ Los rumores eran absurdos, pero eso no impidió a las autoridades del continente presionar a la policía londinense para que detuviese a los subversivos e investigase a los supuestos conspiradores. Los gobiernos que más afectados se habían visto por la violencia de 1848 consideraban que los ingleses estaban cometiendo una gran imprudencia al organizar la Gran Exposición tan poco tiempo después de los levantamientos. El embajador británico en Viena escribió: “Inglaterra es considerada no solo como el foco desde el cual se propagan los movimientos revolucionarios a los demás países, sino también como un lugar donde se fomentan y alientan el asesinato y la rebelión”.⁴⁷

El hermano de Jenny, Ferdinand von Westphalen, era uno de los que más claramente hablaba de la amenaza planteada por los extremistas en Londres. Había sido nombrado ministro prusiano del Interior el diciembre del año anterior y tenía por consiguiente a su cargo la seguridad interior del reino. En una proclamación hecha pública el primero de enero, anunció una serie de severas medidas represivas: no podía celebrarse ninguna reunión política sin la supervisión de la policía; la industria del libro se colocaba bajo control del estado, y los periódicos eran obligados a pagar una fuerte suma para ser depositados en la policía y poder ser publicados.⁴⁸ Engels le comentó a Marx: “Tu cuñado está confiscando libros con un celo digno de mejor causa. Mi único temor es que, como un *Bruto prusiano-burocrático*, ponga muy pronto sus violentas manos en tu trabajo y que esto ponga fin al pago de las cuotas”.⁴⁹ Justo cuando Inglaterra estaba iniciando la Edad de Oro del Capitalismo, en Prusia empezaba lo que sería conocido como la Década de la Reacción.⁵⁰

Entre los objetivos de Westphalen estaba mantener el material revolucionario fuera de Prusia. Colocó guardias en las estaciones de tren, incrementó la vigilancia y tendió trampas para atrapar a quienes trataban de introducir escritos prohibidos en el reino. Y no se contentó con extender estas acciones a Prusia o incluso a todo el territorio alemán. Ferdinand estaba convencido de que el corazón de la revolución latía en Londres, así que en la primavera de 1851 envió espías y agentes a Inglaterra para identificar a los conspiradores, a uno de los cuales estaba seguro que conocía muy bien.⁵¹ (Por su parte, Marx calificó públicamente a Ferdinand de “reaccionario fanático y retrasado mental”).⁵² Westphalen creía que la reina solo accedería a expulsar a los agitadores si los pillaban *in fraganti*, directamente implicados en actividades calificables de traición. El material incriminatorio tenía que ser convincente, pero no necesariamente auténtico.⁵³

En ese momento, un espía prusiano llamado Wilhelm Stieber centró su

atención en el círculo de Marx. Contrató a un hombre llamado Charles Fleury que fingía ser un editor de periódicos llamado Schmidt que había ido a Londres a visitar la exposición. El verdadero trabajo de Fleury era informar sobre la actuación de los radicales alemanes en la capital británica y sobre el hogar de los Marx en particular. El destinatario final de sus informes sería el hermano de Jenny.⁵⁴

Todo esto significaba que en el preciso momento en que el embarazo de Lenchen se volvía innegable, sería sometido a un intenso escrutinio: por parte de sus rivales en la oposición, por parte del gobierno prusiano y, de manera más inmediata y más peligrosa, por parte de su esposa y de la familia de esta. Tenía que hacer todo lo posible para asegurarse de que no era puesto al descubierto como padre de la criatura. La noticia de su infidelidad causaría su ruina política y le convertiría en el hazmerreír de sus oponentes. Personalmente, las consecuencias no podían ser más graves. Su acto de deslealtad aplastaría a Jenny, que ya había sufrido mucho por su culpa. Y lo peor de todo es que Marx se arriesgaba a perder del todo a su familia. La extrema aflicción de Jenny podría llevar a Ferdinand (que se refería a su hermana como “mi queridísima Jenny”) a convencerla de que regresase a casa de su madre en Prusia, donde podría educar a sus hijos de una manera cómoda y segura. Es probable que Marx no dedicase ni un momento a pensar en el niño que estaba a punto de dar a luz Lenchen; este era un problema para más adelante, y ahora tenía otros problemas mucho más inmediatos.

A finales de abril, Marx se fue en tren a Manchester para visitar a Engels. Resulta fácil imaginar la discusión entre los dos. Engels habría simpatizado totalmente con el aprieto de su amigo. Pero ¿cuál pudo haber sido la situación de las dos mujeres que se habían quedado solas en Dean Street? Jenny y Lenchen habían sido muy amigas desde que eran niñas. Ahora se habrían distanciado completamente y estarían dominadas por la sospecha y profundamente entristecidas. Para Lenchen las dos únicas alternativas habrían sido tener al niño y dejar a los Marx, o abandonar al niño y tener que dejar también el hogar de los Marx. No parecía haber ninguna circunstancia en la que le fuese permitido quedarse o sentirse cómoda haciéndolo. Por parte de Jenny, si creía que Marx era el padre del hijo de Lenchen, su vida en común habría terminado. Ella solo le había pedido amor y lealtad y a cambio se lo había dado todo.

Jenny se quedó en cama, tomando cucharadas de brandy y de oporto casi cada hora para calmarse. Confió a Franzisca a un ama de leche, probablemente por miedo a que la niña sufriese la misma suerte que Fawksky si ella misma la

amamantaba en aquellas angustiosas circunstancias.⁵⁶ Lenchen se ocupaba de sus otros hijos. Laura y Edgar eran demasiado pequeños para detectar signos de tensión en su pequeño hogar, pero Jennychen iba a cumplir seis años en mayo, y ya era lo bastante mayor como para darse cuenta de que pasaba algo, pero no podía saber qué era. Ya en las primeras fotos que se conservan de ella, tiene el aspecto preocupado de una niña abrumada por los problemas de los adultos circundantes. Era delgada y pálida, con unos ojos oscuros que parecían captar más de lo que veía. Años más tarde le confesaría a Laura que desde que era una niña “siempre me había guardado para mí las cosas que me resultaban desagradables. Soy incapaz de hablar de aquello que me produce dolor”.⁵⁷

Marx estuvo de regreso en Londres el día del aniversario de Jennychen, el primero de mayo. No se dice ni una palabra en ninguna de las cartas existentes de esta época acerca de una solución a la cuestión del embarazo de Lenchen, pero generalmente se da por descontado que durante el viaje de Marx a Manchester, Engels aceptó reconocer la paternidad del hijo de Lenchen.⁵⁸ Tanto él como Marx debieron considerar que esta era la opción más lógica. A Engels le importaba un bledo su reputación, especialmente en lo relativo a su relación con las mujeres. Y dada su reputación, la historia del embarazo de Lenchen habría parecido perfectamente posible a la comunidad de emigrantes. Incluso evitaría la vergüenza a Lenchen; como tantas otras mujeres, decían los rumores, habría sido meramente seducida por un experto. Era una ficción que ella parecía estar dispuesta a aceptar.

¿Se lo creyó Jenny? Es imposible decirlo. Pero ¿es lógico pensar que en la intimidad de su vida junto a Lenchen, pudo desconocer la verdad? El suyo era un matrimonio de duración sustancial. En unas habitaciones pequeñas y abarrotadas, Jenny y Karl habían estado muy cerca el uno del otro. Las infracciones cometidas cuando uno de los dos estaba ausente podían disimularse momentáneamente, pero la mirada huidiza, la cabeza gacha eran confesiones implícitas que Jenny no podía dejar de reconocer. Habría visto la verdad en cada uno de los movimientos en falso de Marx. En esas circunstancias, una mujer sabe si su esposo está mintiendo, por mucho que desea pensar que dice la verdad. La única referencia que hizo Jenny al embarazo de Lenchen fue enigmática. En sus memorias escribió: “A comienzos del verano de 1851 ocurrió algo que no deseo explicar aquí en detalle, aunque contribuyó en gran medida a incrementar nuestras preocupaciones, tanto personales como de otro tipo”.⁵⁹

Marx se enorgullecía de ser capaz de dejar a un lado las tribulaciones personales y centrarse exclusivamente en el gran objetivo, pero aquel mayo habría tenido que estar hecho de acero para no verse zarandeado hasta la médula. En

el mismo momento en que su drama doméstico alcanzaba un crescendo, supo que sus compañeros de la Liga Comunista en Prusia estaban siendo arrestados. La ofensiva desencadenada por el hermano de Jenny estaba cazando uno tras otro a sus amigos. El primero en ser detenido fue el sastre de Elberfeld Peter Nothjung, el 10 de mayo. La policía utilizó unos documentos hallados en su poder para realizar nuevas detenciones ocho días más tarde. Entre los detenidos estaban Lessner, que bajo un nombre falso había ido de Londres a Mainz en un viaje de propaganda; Herman Becker, que había empezado a publicar una serie de obras escogidas de Marx en abril; Roland Daniels, el médico de Colonia que había ayudado a Marx y a Jenny a encontrar un apartamento en 1848; y Heinrich Bürgers, que había viajado con Marx cuando este escapó de París para ir a Bruselas muchos años antes. En total, doce antiguos asociados de Marx fueron acusados de alta traición y de subversión contra el estado. Once de ellos fueron arrestados.⁶⁰ El único que consiguió abandonar Prusia antes de ser detenido fue Freiligrath, que llegó a Londres la tercera semana de mayo.⁶¹ Pronto otros, temiendo ser arrestados, también escaparon. A finales de junio, la mayoría de miembros del denominado partido de Marx estaban o bien en la cárcel en Prusia o bien en el exilio en Londres.

En una carta a Engels, Marx echaba la culpa de las detenciones a los hombres que rodeaban a Willich. Decía que su forma frívola de jugar a revolucionarios y a intrigar respecto a la Gran Exposición había alertado a las autoridades de Prusia. “Estos cotorras saben que no están ni conspirando ni persiguiendo un objetivo real... Lo único que quieren es *parecer* peligrosos. ¿Ha existido alguna vez otro partido como este, cuyo objetivo confesado es simplemente el de fanfarronear?”⁶²

Antes de ser arrestado por la policía, Daniels había conseguido enviar una carta sin firmar a Marx aconsejándole que se desprendiera de todo el material incriminatorio, porque las casas en Inglaterra también iban a ser registradas. Marx le dijo a Engels que quemara todo lo que no necesitasen y que le diera a Mary todos los documentos importantes para que los guardase. Engels así lo hizo y luego salió hacia Londres para estar con Marx y con los colegas recién llegados.⁶³ Estuvo en Londres desde el 31 de mayo hasta el 15 de junio, y aunque indudablemente el interés de Marx y de Engels fue político, la presencia de este contribuyó a serenar los ánimos en el hogar de los Marx los días anteriores a que Lenchen diera a luz. También pudo haber reforzado la idea de que Engels era el padre del niño, porque estaba en casa de los Marx cuando se esperaba el nacimiento del mismo. Pero no se quedó el tiempo suficiente para verlo nacer. Para cuando se oyeron los berridos de un nuevo bebé en el ático de Dean Street,

Engels ya había regresado a Manchester.⁶⁴ Lenchen dio a luz a un niño el 23 de junio de 1851. Le puso de nombre Henry Frederick, Freddy para abreviar.⁶⁵

Marx trató de escapar a la biblioteca del Museo Británico para trabajar en su obra de economía —aquel año llenaría catorce cuadernos de notas con sus estudios⁶⁶— pero, según le confesó a Engels, aquella agitación doméstica y sus graves apuros financieros le hacían casi imposible progresar en su trabajo.

En casa todo está patas arriba. Durante noches enteras he estado con los nervios de punta y bañado por un mar de lágrimas. No es mucho lo que puedo hacer, por supuesto, y lo siento por mi mujer. La carga más pesada la soporta ella, y fundamentalmente tiene razón. La industria ha de ser más productiva que el matrimonio. Pese a todo esto, recordarás que por naturaleza tengo muy poca paciencia y que a veces me tomo las cosas mal y pierdo la ecuanimidad.⁶⁷

Lenchen no registró a Freddy hasta el mes de agosto, seis semanas después del parto. Y al hacerlo se identificó como la madre pero no dio el nombre del padre. No sabemos con certeza si vivió en Dean Street con su bebé aquel verano.⁶⁸ Jenny escribió a Stephan Born diciéndole que Lenchen se había mudado, pero al parecer lo hizo solo por un tiempo breve.⁶⁹ En cualquier caso, aquel tiempo debió de ser una auténtica tortura para todos los implicados. Tanto si se hubiera quedado en el apartamento con su hijo como si hubiera marchado abruptamente después de dar a luz, habría despertado sospechas. La comunidad de emigrantes, a la que Marx había atacado de forma inmisericorde a causa de las detenciones de miembros de la Liga, ya estaba bullendo con los rumores. Y además estaba la cuestión de la tragedia personal de Lenchen y Jenny. Si Lenchen dejaba a los Marx, abandonaría a la única familia que había conocido e iría a la deriva en un país cuyo idioma no hablaba, o se vería forzada a regresar a Renania avergonzada. Para Jenny, Lenchen era irremplazable como amiga y como asistenta. Además, ¿quién sino Lenchen podía compartir aquella vida de sufrimientos sin emitir una sola queja?

En una carta a Weydemeyer del 2 de agosto, un día después del registro del nacimiento de Freddy, Marx se lamentaba de las circunstancias, proyectando todas las culpas hacia el exterior:

Como puedes imaginarte, mis circunstancias son muy deprimentes. Mi esposa se hundirá si las cosas continúan igual durante mucho tiempo. Las constantes preocupaciones, el más leve problema cotidiano, la dejan exhausta; y para colmo tengo que soportar las infamias de mis

oponentes, que *nunca* han intentado siquiera atacarme por cosas importantes, que tratan de vengarse por su impotencia haciendo insinuaciones sobre mi persona y propagando las más incalificables infamias sobre mí... Yo, por supuesto, me río de toda esta porquería y ni por un momento dejo que interfiera en mi trabajo, pero, como comprenderás, mi mujer, que se encuentra mal y está atrapada de la mañana a la noche en las más desagradables tareas domésticas... no se restablece precisamente con las exhalaciones de la pestilente cloaca democrática que le administran diariamente estos estúpidos acusados. La falta de tacto de algunos individuos en este sentido puede llegar a ser colosal.⁷⁰

El triste capítulo del embarazo de Lenchen concluyó de una forma tan poco clara como había empezado. En agosto dejó a Freddy a cargo de una familia llamada Levy que vivía en el East End de Londres, un área conocida por su pobreza, incluso en comparación con el Soho.⁷¹ La familia Levy pidió como es normal una compensación económica, y se cree que fue Engels quien la aportó.⁷² Freddy fue criado lejos de su madre y de la familia Marx, y Lenchen se quedó en Dean Street. Lenchen, Jenny y Marx habían llegado a un acuerdo tácito: su interdependencia era demasiado grande para que la destrozara un simple embarazo. El acuerdo hizo que sus vidas fuesen más tolerables, pero no cicatrizó las heridas ni acabó con los rumores que, contrariamente a lo que le había dicho Marx a Weydemeyer, *estaban realmente afectando* a su trabajo.

A mediados de agosto se publicó una nueva calumnia. Un semanario londinense en lengua alemana sugería que Marx colaboraba en un periódico reaccionario en Prusia y era un espía de su cuñado Ferdinand.⁷³ Marx envió una carta a un periodista alemán con la intención de que fuese publicada, explicándole que aquellas acusaciones contra él eran absurdas y que la única conexión profesional que Ferdinand von Westphalen había tenido con Marx era el hecho de haber encarcelado a su editor y bloquear la venta de su *Revue*. Pero ni siquiera esto fue un alivio para Marx, porque el periodista que recibió su carta era un espía austríaco, y los únicos que la leyeron fueron los policías. La versión de la historia de Marx se quedó inédita.⁷⁴

Furioso por el incidente, Marx, acompañado de Freiligrath y de Lupus, se personó en la redacción del semanario londinense para retar a su editor a un duelo. Presumiblemente, el editor no quiso colaborar en el intento de aquel enfurecido extranjero de restaurar su honor, porque el duelo no llegó a celebrarse.⁷⁵

Justo cuando parecía que sus vidas no podían ser más desdichadas, se produjo un rayo de esperanza. Marx recibió una carta del *New York Daily Tribune*

pidiéndole si quería ser uno de los dieciocho corresponsales extranjeros a sueldo del periódico norteamericano. Su cometido serían los asuntos europeos. Marx había conocido al editor del *Tribune*, Charles Dana, en la *Neue Rheinische Zeitung* en 1849, cuando el norteamericano estuvo en Europa para seguir la contrarrevolución. Es probable que el recuerdo que tenía Dana de su primer encuentro con Marx hubiese sido mantenido por las cartas que Marx había enviado a comienzos de aquel mismo año a varios periódicos norteamericanos preguntándoles si necesitaban un corresponsal con base en Londres. La tirada del *Tribune* era de unos quinientos mil ejemplares, la mayor del mundo en aquel momento,⁷⁶ y si bien Marx lo consideraba un perioducito, aceptó enseguida el ofrecimiento de trabajar como corresponsal del periódico.⁷⁷ Pero había un problema: Marx todavía no podía hablar ni escribir en inglés (aunque estaba tratando de aprender a hacerlo memorizando a Shakespeare).⁷⁸ Una vez más recurrió a Engels, explicándole que estaba tan ocupado con su libro de economía que se preguntaba “si tú podrías tener listo un artículo en inglés en condiciones en *Alemania* para el *viernes por la mañana* (dentro de siete días)”.⁷⁹ Marx aconsejó a su amigo que se tomara la libertad de ser “ocurrente y desenfadado” en su nombre.⁸⁰ En ese momento él era todo lo contrario.

Londres, 1852

*Los hombres crean su propia historia, pero no lo hacen a su antojo;
no lo hacen en unas circunstancias elegidas por ellos mismos,
sino en unas circunstancias que les vienen dadas
directamente desde el pasado.*

Karl Marx¹

ENGELS SE MOSTRÓ MUY CUMPLIDOR con el *Tribune*, pero los honorarios de una libra por artículo no eran suficiente para vestir y alimentar a la familia Marx, ni siquiera con los frecuentes suplementos procedentes de la caja registradora de Ermen & Engels. Marx trataba desesperadamente de encontrar a alguien que quisiese publicar antologías de sus textos antiguos o que comprase ejemplares de la *Revue*; en suma, cualquier cosa que le permitiese ganar dinero de una manera rápida y fácil. Joseph Weydemeyer se había establecido en Nueva York y estaba buscando trabajo como periodista, pero Marx le animó, “tras sopesar la cuestión detenidamente con Lupus”, a convertirse en editor de textos políticos.² La lista de propuestas del propio Marx habría podido mantener en activo a la futura editorial Weydemeyer durante un año o más.

Engels sugirió que sería mucho mejor que Marx se pusiese a trabajar inmediatamente en un libro de historia económica —el primero de una serie de varios volúmenes— para ponerlo a la venta en Alemania.

Lo importante es que una vez más hagas un debut público con un libro de peso, y preferiblemente con el tema más inofensivo, la historia... Es absolutamente esencial romper el hechizo creado por tu prolongada ausencia del mercado alemán del libro, primero, y por el miedo de los librereros, después. Pero una vez que hayan aparecido un par de libros tuyos instructivos, eruditos, bien fundamentados y a pesar de todo interesantes, *las cosas serán muy diferentes* y podrás rechazar a los librereros que te ofrezcan poco dinero.

Y añadía, a modo de rara reprimenda. “*Piensa un poco egoístamente por una vez*”.³

Pero Marx estaba aislado y se sentía impotente. No podía escribir lo que quería porque necesitaba ganar dinero, sus compañeros se estaban pudriendo en la cárcel en Colonia sin juicio, y su movimiento estaba en suspenso, si no muerto, y él era objeto de burla por parte de sus críticos, no solo en Londres y Alemania, sino también entre los rivales de la oposición que recorrían América. Se hizo correr el rumor de que “el partido de Marx da premios al vicio para no convertirse en héroes morales”.⁴ Lo que hacía que las calumnias fuesen especialmente irritantes era el hecho de que se producían al mismo tiempo que otros muchos exiliados de 1848 —a los que Marx ahora consideraba unos farsantes— estaban siendo recompensados espléndidamente por su heroísmo. Habían amasado un montón de dinero vendiendo bonos de sus futuros gobiernos, solicitando préstamos para organizar sus revoluciones y dando charlas tras las que pasaban el cepillo. En una gira de charlas por América podían recaudar unos veinte mil dólares.⁵

Lajos Kossuth, el héroe de Hungría que se había enfrentado a la monarquía de los Habsburgo y que había estado muy cerca de la victoria, llegó a Londres aquel mes de octubre como si fuera uno de los guerreros de la reina regresando de una batalla. Fue el invitado del alcalde de Londres en la clausura de la Gran Exposición, que al cerrar el último día había sido visitada por seis millones de personas. Las multitudes se amontonaban en las calles para verle, y él no las decepcionaba. Vestido a la manera tradicional húngara, con un sable al cinto, Kossuth viajaba de pie en su carruaje para recibir los elogios de la multitud. Pese a lo que decían algunos de sus críticos, Marx nunca manifestó el menor interés por esta clase de adulación. Desdeñaba aquellas exhibiciones de vanidad, pero las diferencias entre su situación y la de Kossuth no se le escapaban. Le dijo a Engels: “Como el apóstol Pablo, Kossuth lo es todo para todos los hombres. En Marsella grita *Vive la République!*, y en Southampton, *God save the queen*”. Marx seguía atentamente los esfuerzos recaudadores de Kossuth y se regodeaba de que no fueran tan exitosos como se esperaba.⁷ Pero todo esto no era más que una distracción para Marx. A su familia le importaba poco si Kossuth se iba de Londres con los bolsillos llenos. Ellos los tenían vacíos.

El 2 de diciembre de 1851 tuvo lugar un acontecimiento más importante que los infortunios personales y financieros aparentemente ineludibles que aquejaban a los Marx, un acontecimiento que atrajo la atención de toda la familia, desde Marx hasta su hijo Edgar. Luis Napoleón dio un golpe de estado y puso

oficialmente punto final a los levantamientos de 1848. Apoyado por el ejército, aquel pretendiente, que había sido un extraño para los franceses solo tres años antes, rompió efectivamente la constitución de la Segunda República de Francia, disolvió la Asamblea Nacional, y se autoproclamó presidente vitalicio. El golpe, calculado para que coincidiese con el aniversario de la coronación de su tío en 1804, se produjo después de una prolongada disputa con la Asamblea sobre el próximo final en 1852 de su mandato de cuatro años.⁸ “En una sola noche”, dijo Victor Hugo, “la libertad fue asesinada por quien había jurado defenderla; la inviolabilidad de la ley, los derechos del ciudadano, la dignidad de los magistrados, el honor de los soldados... todo esto desapareció, y surgió el despotismo de un gobierno personal basado en el sable, el perjurio y el asesinato”.⁹

Republicanos, socialistas y demócratas se echaron a las calles para protestar, no solo en París, sino también en el sur y en el centro de Francia. Pero sus filas se desmoronaron ante los militares, que cayeron sobre ellos con una fuerza abrumadora. En solo dos días de enfrentamientos, el 3 y el 4 de diciembre, unas quinientas personas fueron asesinadas y más de veintiséis mil detenidas.¹⁰ Carl Schurz, que había hecho la crónica del levantamiento de 1848 en Berlín, se encontraba en Londres en el momento en que se produjo el golpe de Luis Napoleón. Según su relato, la noticia produjo una gran conmoción entre los exiliados. Todos acudieron a los clubs franceses, donde los ánimos estaban “bordeando la locura”.¹¹ Pese a la pasión que se desató en Londres, la lucha en el continente había terminado.

Marx dijo que el golpe había minado completamente a los *émigrés*, que habían vivido con el sueño de un glorioso retorno a la batalla.¹² Un beneficio inmediato para Marx fue que ahora estaban —al menos temporalmente— demasiado desmoralizados para demonizarle a él. Y hasta cierto punto tuvo la satisfacción de comprobar que su predicción de que los levantamientos armados no servirían de nada se había confirmado.

Weydemeyer estaba planeando publicar un semanario comunista en alemán, *Die Revolution*, en Nueva York, que tenía que salir en enero, y Marx se puso a trabajar en un artículo sobre el golpe de estado en Francia para publicarlo en el primer número.¹³ Cuando Marx se sentó a escribir el artículo, el pueblo francés había dado muestras de que, lejos de oponerse al audaz gesto de Luis Napoleón, estaban entusiasmado con él. Un plebiscito sobre el gobierno obtuvo el respaldo de un asombroso 92 por ciento de los votantes.¹⁴ También lo respaldaron los financieros franceses, que consideraban el éxito de Luis Napoleón como propio, una postura descrita de un modo muy gráfico por Marx: “Los crí-

menes son suyos”, fue su alborozada valoración, “pero los frutos son nuestros”.¹⁵

La urgencia de las noticias procedentes de Francia parecía ser exactamente lo que la familia Marx necesitaba para deshacerse de los efectos del terrible año transcurrido. Los artículos que escribía Marx para el periódico de Weydemeyer no le aportaban nada de dinero, pero lo consumían intelectualmente y le acercaron de nuevo a Jenny. Igual que había hecho con el *Manifiesto*, Jenny copiaba lo que escribía Marx a medida que este iba produciendo páginas y más páginas. El 17 de diciembre Jenny escribió a Engels diciéndole que Karl “se estaba quemando las cejas con el tema de Francia” y tendría el artículo listo a finales de aquella semana, cuando Engels iba a visitarlos aprovechando las vacaciones navideñas. El entusiasmo y la laboriosidad de Marx eran contagiosos. Jenny decía que incluso Edgar, que ahora tenía cuatro años y al que llamaban “coronel Musch”, escribía tres cartas al día a Engels, “utilizando sellos usados en ellas con la más absoluta escrupulosidad”.¹⁶ Años después, Jenny recordaría aquellos días pasados copiando los “artículos garabateados” por Marx como unos de los más felices de su vida.¹⁷ Igual que en el caso de Marx, trabajar para la revolución anesthesiaba hasta la más profunda de sus penas personales.

De manera previsible, a finales de semana Marx no había terminado aún el artículo, y su trabajo se vio aún más perturbado por la llegada de Engels. La Navidad en el hogar de los Marx era necesariamente un asunto modesto teniendo en cuenta su situación financiera, pero la llegada de Engels garantizaba que al menos tendrían lo suficiente para comer y beber, gracias a su dinero y a los conocimientos de cocina de Lenchen.

La mayor parte del círculo de Marx se reunía ahora fuera del Soho, en una bodega de Farringdon Street, cerca del corazón del distrito periodístico de Londres, Fleet Street. Marx se refería a su club como “la sinagoga”.¹⁸ Es probable que los jóvenes solteros que seguían lealmente a Marx a la biblioteca y a la sinagoga también participasen en las fiestas de Navidad y Año Nuevo con la familia, porque el 1 de enero Marx envió a Weydemeyer una carta explicándole que ni él, ni Lupus, ni Red Wolff tenían nada preparado para su periódico. Atribuía el retraso a asuntos privados, en su caso; a la enfermedad, en el de Lupus; y a la necesidad de reescribir el artículo de Red Wolff,¹⁹ pero el verdadero motivo puede que fuera lo que Engels llamaba “una tremenda borrachera”.²⁰ Engels le pidió perdón a Jenny por la juerga, que dejó a Marx “en el lecho del dolor y de la penitencia” durante dos semanas.²¹ Jenny le contestó: “¿Cómo puedes pensar que voy a enfadarme *contigo* porque hayáis salido a tomar unas copas?... Además, estos paréntesis a menudo tienen efectos muy saludables, aunque esta vez papá Marx ha contraído un resfriado durante su filosófica excursión nocturna

con ‘el sobrino del arzobispo’”, (expresión con la que Jenny se refería al propio Engels).²²

Marx se recuperó finalmente lo suficiente para volver a su trabajo el 20 de enero, pero solo pudo hacerlo desde la comodidad de su apartamento. Su problema ya no eran los efectos secundarios de un exceso de alcohol, sino las hemorroides. Marx le dijo a Engels que de momento no podía volver a la Sala de Lectura porque sus almorranas le habían “afectado más gravemente que la propia Revolución Francesa”.²³ Mientras, Jenny mantenía viva su correspondencia de manera entusiasta, disculpándose en nombre de su enfermo esposo y ofreciendo, en cartas a los asociados de Marx, entre los cuales estaban también Engels y Weydemeyer, noticias periodísticas y opiniones políticas, tal como habría hecho el propio Marx.

Lo más destacado de aquellas misivas eran las noticias que daba sobre los arrestados en las campañas represivas organizadas por su hermano. Marx y Jenny habían sabido que nueve meses después de su detención, sus amigos de Colonia no serían procesados por traición en enero, como se esperaba, porque las autoridades habían declarado que la investigación era tan compleja que había sido necesario empezarla de nuevo. Poco se había informado en la prensa acerca de los once detenidos, y menos aún acerca de las maquinaciones de los acusadores, que daban la impresión de estar demorando el proceso porque no disponían de pruebas suficientes para condenarlos.²⁴ Jenny escribió a Weydemeyer que sus camaradas tendrían que permanecer “entre rejas” durante tres meses más, horrorosamente tratados por las autoridades e ignorados fuera del círculo de Marx.²⁵

Con Jenny actuando como su secretaria de correspondencia, Marx empezó a trabajar casi veinticuatro horas al día para organizar una campaña de propaganda pensada para mantener viva en los periódicos la suerte de sus compañeros de la Liga. Marx decía que la prensa liberal y democrática de Prusia se mantenía al margen de aquel asunto porque los partidos que representaban veían la acusación como una forma de eliminar a unos rivales políticos.²⁶ En consecuencia, Marx se dirigió a los periódicos ingleses tratando de atraer su atención sobre el caso. También se apresuró a terminar su reportaje sobre el golpe de estado de Luis Napoleón, que tituló como *El dieciocho Brumario de Luis Bonaparte*, una referencia a la fecha de 1799 en el calendario de la Revolución Francesa en la que Napoleón I inició su dictadura con un golpe de estado.²⁷

Marx trabajaba en la única mesa de la familia, rodeado por un alboroto doméstico mayor de lo habitual. Los niños habían inventado un nuevo juego que consistía en enjaezar a Marx a unas sillas que colocaban a sus espaldas forman-

do una especie de diligencia. El sedente Marx era el caballo, y tenía que pretender que tiraba de sus exuberantes pasajeros o era azotado con una fusta. Su hija escribiría años más tarde que “varios capítulos del *Dieciocho Brumario* los escribió realmente mientras participaba en esa carrera de obstáculos a la que le sometíamos sus tres hijos pequeños”.²⁸ Cuando necesitaba concentrarse de verdad, Marx buscaba refugio en el sosiego nocturno. Se quedaba hasta el alba en el frío salón frontal del apartamento, fumando uno de los únicos cigarros que podía permitirse, los conocidos como “baratos y apestosos”. Por la mañana se quedaba dormido en el sofá mientras a su alrededor continuaba la vida familiar. Esta costumbre se hizo sentir sobre su salud y en particular sobre sus ojos.²⁹ Para leer se utilizaban normalmente lámparas de aceite o velas pero la luz que emitían era muy tenue. Las lámparas de parafina eran las que producían una luz más brillante, pero en un espacio tan limitado despedían un fuerte olor.³⁰ Ninguna de las soluciones era buena, y sin embargo —a falta de otras— Marx recurría a ellas noche tras noche, e incluso de día, porque el sol raramente despejaba la penumbra que cubría a Londres en invierno.

Pese al interés de Marx, los artículos iniciales del *Brumario* no aparecieron en el periódico de Weydemeyer: antes de que Marx pudiera terminarlos, el periódico cerró. El problema era en parte que el “artículo” había crecido³¹ (según dijo Marx motu proprio³²) hasta convertirse en un pequeño libro. Marx parecía disfrutar de verdad —y encontrarse en su elemento— con ese tipo de reportajes en los que combinaba el peso de su erudición con la interpretación de los acontecimientos actuales para situar lo que parecían sucesos anecdóticos en un contexto histórico más general. Allí donde otros veían olas, Marx veía mareas. Del improbable ascenso de Luis Napoleón escribió:

La tradición de todas las generaciones muertas pesa como una pesadilla en el cerebro de los vivos. Y justo cuando parecen empeñados en cambiar ellos mismos y revolucionarlo todo, en crear algo que nunca ha existido todavía, precisamente en estos períodos de crisis revolucionaria invocan ansiosamente a los espíritus del pasado a su servicio y les piden prestados sus nombres, sus gritos de guerra y sus vestidos para presentar la nueva escena de la historia mundial con ese disfraz consagrado por la tradición y ese lenguaje prestado...

La revolución social del siglo XIX no puede sacar su poesía del pasado sino solo del futuro... Para poder llegar a su propio contenido, la revolución del siglo XIX tiene que dejar que los muertos entierren a los muertos.³³

Resulta difícil imaginar que el autor del *Dieciocho Brumario* fuese un caballo de tiro enjaezado a una silla mientras lo escribía, o que sus ojos estuviesen tan inflamados que apenas pudiese leer. En realidad, el libro sorprende por su preciosa claridad. Es un libro sucinto y elocuente, superior en sus análisis así como en su estilo. Nada de ello, sin embargo, aseguraba a Marx que encontraría un editor, pero él necesitaba uno para ganar *algo* de dinero. Había sacado a flote una vez más la idea de reciclar su ataque contra Proudhon y también la de tratar de interesar a un editor en su libro de economía, que estaba todavía en una fase puramente conceptual. Ninguna de ellas produjo una respuesta positiva.³⁴ A finales de febrero le dijo a Engels: “Hace una semana que llegué al punto en que ya no puedo salir de casa porque tengo todas las levitas en la casa de empeños, ni puedo comer carne por falta de crédito”. El único detalle positivo en su horizonte era la mala salud de uno de los reaccionarios tíos de Jenny. “Si el bellaco la palma pronto, podré salir de este berenjenal”. Pero el bellaco no la palmó, y el hecho de que Marx no tuviese levita ni dinero determinó que no pudiese asistir a un banquete para celebrar el aniversario de 1848. Envio en su lugar a Jenny, que no tuvo que pagar entrada porque fue acompañada de un francés.³⁵

Los espías parecían tener un sexto sentido cuando se trataba de invadir el hogar de los Marx en el momento más vulnerable, y Marx recibió un soplo anónimo avisándole de que él y sus amigos estaban siendo vigilados por un infiltrado.³⁶ Marx creía saber quién era. Wilhelm Hirsch había aparecido de repente entre el grupo de Marx en diciembre, al comienzo de su reunión de los jueves por la noche en Farringdon Street. El presentimiento de Marx resultó ser correcto: Hirsch había sido contratado por la policía prusiana para encontrar las pruebas que necesitaban los fiscales para poder condenar finalmente a los miembros de la Liga encarcelados en Colonia.³⁷ Durante su primer año en Londres, Marx y sus asociados parecían realmente la diabólica pandilla de que les acusaban ser: en sus reuniones se discutía sobre la revolución, sobre asesinatos, y sobre toda clase de actividades gubernamentales. Pero cuando Hirsch asistió a aquellas reuniones, sus preocupaciones inmediatas habían pasado a ser las de la propaganda y la supervivencia. Desde el primer momento, el grupo sospechó de Hirsch, y sin decírselo trasladó la “sinagoga” al miércoles por la noche en la Rose and Crown Tavern del Soho.³⁸ Pero esto distaba mucho de ser una solución. Hirsch cobraba por piezas —si aportaba pruebas, se ganaba unos honorarios—, así que en vez de presentarse con las manos vacías, empezó a redactar actas de reuniones ficticias. En ese momento Marx no tenía conocimiento de las invenciones de Hirsch, ni tampoco sabía que otro espía, Stieber, había conseguido un montón de documentos sobre otras reuniones de emigrantes rivales, que preten-

día utilizar contra los amigos de Marx. Y lo más peligroso de todo era que otro agente de policía se estaba introduciendo en su pequeño círculo, un hombre cuya traición le costaría muy cara a Marx.

En Pascua Engels estaba en Londres, pero esta vez su visita no fue el alegre divertimento que había sido su viaje navideño. La hija menor de Marx y Jenny, Franzisca, sufrió un grave ataque de bronquitis y murió poco después de su primer aniversario, el 14 de abril.³⁹ La muerte de un hijo de esta edad era algo habitual el siglo XIX; se calcula que un 15 por ciento de los niños morían antes del primer año.⁴⁰ Pero esta dura estadística no era ningún consuelo para unos padres angustiados, y ciertamente no lo fue para Jenny, cuyo pesar se veía agravado por su pobreza. La familia no tenía siquiera el dinero necesario para comprarle un ataúd a Franzisca.

No pudiendo enterrar adecuadamente a su hija, Jenny colocó el cuerpo de la pequeña en la habitación trasera del apartamento y trasladó todas las camas a la habitación de la parte delantera, donde dormiría la familia hasta que pudieran encontrar el dinero necesario. En sus memorias escribió: “Nuestros tres hijos vivos se tendieron a nuestro lado y todos lloramos al pequeño ángel cuyo cuerpo lívido y sin vida yacía en la otra habitación”. Jenny y Marx trataron sin éxito de pedir dinero prestado a sus amigos ingleses y alemanes (incluso Engels estaba mal de dinero). Finalmente, Jenny se dirigió a un emigrante francés que vivía cerca y este le dio dos libras para comprar un ataúd. “No tenía cuna cuando vino al mundo y durante mucho tiempo se le negó incluso un lugar para su último descanso”, recordó Jenny. “¡Con qué profunda pena vimos cómo la trasladaban a la tumba!” Franzisca se unió a Fawksy en el cementerio situado a unas cuerdas del hogar de los Marx.⁴¹

Marx y Jenny apenas tuvieron tiempo de llorar a su hijita y ya fueron asaltados por otra mala noticia. Weydemeyer había tratado de gestionar la publicación del *Dieciocho Brumario* de Marx, pero el mismo día del funeral de Franzisca llegó una carta suya en la que les comunicaba que era poco probable que pudiera conseguirlo.⁴² Marx le contó a un amigo que la carta tuvo un efecto devastador. “Desde hace dos años [Jenny] ha visto como todas mis iniciativas se iban regularmente al traste”.⁴³: “No puedes ni imaginarte”, le confió Marx a Engels, “lo mal que lo he pasado esta última semana. El día del funeral, el dinero que me habían prometido que llegaría no llegó, de modo que me vi obligado a recurrir a un vecino francés para pagar a los buitres ingleses. Y para colmo, ¡ay!, me llegó una carta de Weydemeyer dándome motivos para suponer que también en América todas nuestras esperanzas se iban a ver frustradas... Aunque soy muy

resistente por naturaleza, en esta ocasión me afectó mucho la mala noticia”.⁴⁴ Más tarde admitió: “Te aseguro que cuando pienso en el sufrimiento de mi mujer y en mi propia impotencia tengo ganas de mandarlo todo al diablo”.⁴⁵

Y en cierto modo esto es lo que hizo Marx. Un periodista húngaro llamado Janos Bangya había conocido a Marx y aquella primavera se había convertido en una figura central en su vida. Bangya era el espía que Marx no había detectado, y su traición sería no solo política sino personal. A juzgar por las cartas de Marx a Engels y a sus colegas norteamericanos, parecía confiar totalmente en Bangya, y a finales de abril había caído en una trampa que le había tendido su nuevo amigo. Para su propia diversión, Marx había escrito breves textos satíricos describiendo a diversos exiliados de la oposición alemana en Londres, representando sus asociaciones, entusiasmos y objetivos. Bangya le dijo a Marx que un editor de Berlín llamado Eisenmann estaba dispuesto a pagarle veinticinco libras por un libro de piezas como aquellas, que Marx podría escribir anónimamente.⁴⁶

Engels, a quien Marx quería como coautor del libro, tenía reparos. Se preguntaba si lo que iban a pagarles compensaría el escándalo que se produciría cuando los atacados descubriesen quién era el responsable. También le preocupaba la posibilidad de que, si el libro se publicaba durante la investigación de sus amigos de Colonia, podría ser considerado como desleal para la oposición alemana en general, si no como un libro reaccionario.⁴⁷ Pero Marx se sentía irresistiblemente atraído por el proyecto a causa del dinero que ofrecía Bangya. El húngaro le dijo que le haría entrega del dinero en cuanto recibiera el manuscrito. A finales de mayo, Marx fue a Manchester para trabajar con Engels en el proyecto.

Cada vez que Marx salía de Londres, dejaba que Jenny se enfrentase sola a sus enojados acreedores. En ese caso había al menos la posibilidad de unos futuros ingresos: mientras Marx estaba fuera, Bangya le dio a Jenny un contrato supuestamente de parte del editor berlinés, en el que se estipulaba que se aceptaban las condiciones de Marx.⁴⁸ Pero con eso no se podía comprar el pan, la leche, las patatas y el carbón que la familia necesitaba inmediatamente para sobrevivir. El momento que eligió Marx para hacer el viaje fue particularmente difícil porque solo había transcurrido un mes desde la muerte de Franzisca y Jenny estaba sufriendo todavía el dolor de su pérdida y el sentimiento de culpa que le producía pensar que podían haber salvado a Franzisca y a Fawksy si hubiesen dado a sus hijos las comodidades básicas que se merecían.

Aquel mismo mes, Marx y Jenny habían enviado a Jennychen, a Laura y a Musch a pasar unos días en Manchester. La visita coincidió con la del padre de

Engels, por lo que es probable que los niños estuviesen en casa de Mary y Lizzy Burns. Cada uno de ellos adjuntó una nota para Marx en una carta de Engels, en la que describían la alegría que les había producido haber comido un filete de ternera con guisantes y patatas. Laura escribió en nombre de Musch y dijo: “Después de una buena comida disfrutamos de una espléndida cena. Pan y mantequilla, que tanto te gusta, queso y cerveza. Beberemos a tu salud y a la del señor Fred, y si nos achispamos un poco será a tu salud. Adiós, querido papá”.⁴⁹ Aquellos niños necesitaban muy poca cosa para ser felices, pero Marx y Jenny no podían proporcionárselo.

Cuando los niños hubieron regresado y Marx les hubo reemplazado en Manchester, Jenny le escribió una carta angustiada: “Estoy aquí sentada y me siento destrozada. Karl, esto se está haciendo insoportable... Estoy aquí sentada y tengo ganas de llorar a lágrima viva sin que nadie pueda ayudarme. Mi cabeza está a punto de estallar. Llevo una semana resistiendo y ya no puedo más”.⁵⁰ La respuesta de Marx consistió en un 90 por ciento de asuntos prácticos y un 10 por ciento de comprensión y simpatía. Es posible que se lo estuviese pasando tan bien con Engels (decía que se reían a más no poder escribiendo las piezas satíricas sobre los exiliados) que no fuese capaz de ponerse en el lugar de Jenny. O puede que fuese consciente de que la mejor forma de ayudar a su esposa, aparte de enviarle algo de dinero, fuese haciéndola centrarse en el trabajo. Marx describió varias veces a Jenny como una persona resistente, capaz de recuperarse con el más leve aliento, y tal vez con esa idea le escribió el 11 de junio: “Cariño... no tengas nunca reparos en contarme lo que te pasa. Si tú, mi queridísima Jenny, tienes que soportar una realidad tan amarga, es justo que yo comparta tu tormento, al menos en mis pensamientos”. Y a continuación le dio una auténtica lista de tareas relacionadas con el partido y la felicitó enérgicamente por su forma de gestionar otros asuntos políticos.⁵¹

A los hijos de Marx, la actividad política en su hogar, la colección de personajes que pasaban por allí cada noche, y los continuos dramas con los acreedores les parecían indudablemente normales. En cualquier caso no tenían nada con qué compararlo, porque sus amigos eran hijos de hombres y mujeres como sus padres, en su mayor parte refugiados alemanes pobres implicados en la política de oposición. Pero Marx y Jenny no podían alegar inocencia o ignorancia acerca de lo diferentes que habrían podido ser sus vidas si ellos hubiesen decidido criar a su familia dentro de la esfera normalmente aceptable de su clase. Cuando llegaron a Londres eran muy conscientes de las dificultades provocadas por su elección, y cada año dichas dificultades eran mayores. Pero el período en el que estaban entrando ahora sería uno de los

más sombríos. Realmente, nada parecía irles de cara.

Jenny y Ernst Dronke se alternaron copiando las cien páginas del texto satírico sobre los emigrantes –*Los grandes hombres del exilio*– escrito por Marx y Engels, mientras Marx permanecía de pie dictándoselas. Cuando hubo terminado, Bangya le entregó inmediatamente la cantidad prometida, menos siete libras (seguramente por un préstamo que le había hecho a Marx), lo que le dejó a él con dieciocho.⁵² Después de pagar a Dronke no le quedaba suficiente dinero para cubrir sus gastos, y Bangya no pudo asegurarle cuándo iba a publicarse el panfleto, pese a que Marx confiaba mucho en las ventas que tendría.⁵³ También Engels andaba corto de dinero, y en agosto le dijo a Marx que no sabía si podría enviarle algo para pasar las seis próximas semanas.⁵⁴ El *Brumario* de Marx había sido finalmente impreso en Nueva York, en una reedición del periódico de Weydemeyer hecha posible gracias a los cuarenta dólares que le había prestado un emigrante alemán, pero aquella financiación no fue suficiente para pagar la distribución del periódico, cuyos ejemplares permanecieron amontonados en el almacén sin que nadie los leyese.⁵⁵ Además, la traducción inglesa que hizo Wilhelm Pieper era una chapuza, lo que postergaba una posible venta en Londres, y todavía no había ningún editor en Alemania que hubiese manifestado interés en publicar la obra.⁵⁶ Los aplazamientos fueron críticos, porque con cada día que pasaba la relevancia de los artículos disminuía y había otros que podían publicar su propia versión del golpe de estado presidencial en Francia. A Marx le dio rabia saber que con la crítica de Luis Napoleón que había escrito su rival, Proudhon había ganado más de cien mil francos.⁵⁷

La ansiedad de Marx por el dinero es totalmente evidente en las afligidas cartas de aquel período, que se ocupan de un modo obsesivo de las finanzas de sus rivales. También estuvo centrado, de una forma nada propia de en él, en los ataques contra Engels y contra él mismo. Uno que le irritó especialmente fue el de un exiliado alemán que estaba de visita en Cincinnati y que dijo: “Marx y Engels no son unos revolucionarios; son un par de canallas que han sido echados de muchas tabernas por los trabajadores de Londres”.⁵⁸ Marx se declaró a menudo personalmente inmune a los chismorreos, pero su apurada situación financiera durante la segunda mitad de 1852 y la completa falta de reconocimiento de su obra hacían más hiriente la picadura, por distante que fuese.

En el caso de la injuria de Cincinnati, cuando su autor, Gottfried Kinkel (a quien Marx llamaba “Jesucristo Kinkel” debido a sus mesiánicas fantasías políticas), regresó a Londres, Marx le increpó por correo, pero Kinkel no respondió. Pensando que Kinkel no abriría una carta con matasellos del Soho por miedo a

que fuera suya, Marx hizo que Lupus le enviase una nota desde Windsor con el tipo de papel utilizado normalmente para las cartas de amor. Si Kinkel realmente la abrió, se encontraría, entre las rosas perfumadas y los nomeolvides, una intrincada acusación del Dr. Karl Marx.⁵⁹

Marx ya no podía más. Le dijo a Engels que toda su familia estaba enferma pero que no podía permitirse un médico. “Durante los últimos ocho o diez días he estado alimentando a mi familia exclusivamente con pan y patatas, pero ni siquiera sé si podré seguir haciéndolo hoy mismo... La tormenta está a punto de estallar por todas partes”, con el panadero, el verdulero y el carnicero exigiendo a gritos ser pagados. “Habrás visto por mis cartas que, como de costumbre, cuando yo mismo estoy en medio de la mierda y no teniendo conocimiento de ella de oídas, sigo mi camino con completa indiferencia. Pero ¿qué puedo hacer? Mi casa es un hospital y la crisis es tan preocupante que me obliga a dedicarle toda mi atención. ¿Qué puedo hacer?”⁶⁰

La última opción era la casa de empeños, donde los artículos se empeñaban como mucho por una tercera parte de su valor, y en última instancia por menos, debido a los elevados intereses que aplicaban. Marx trató de empeñar algunos de los objetos de plata de Jenny con el emblema de la casa de Argyll, pero el encargado de la casa de empeños, alarmado al ver aquellos objetos tan valiosos en manos de un extranjero tan montaraz y obviamente pobre, pensó que eran producto de un robo y llamó a la policía para que detuvieran a Marx. Probablemente debido a la vergüenza que pasó, Marx nunca registró el incidente. Una versión que nos ha llegado del caso es que Marx consiguió convencer al encargado de que, por improbable que pareciera, estaba casado con la descendiente de una de las familias más históricas de Bretaña. Según otra versión, Marx fue arrestado como sospechoso de robo y retenido toda la noche por la policía, hasta que Jenny pudo aportar pruebas de su relación con la casa de Argyll.⁶¹ Fuera cual fuese la verdad, el resultado fue el mismo: una situación muy humillante para Marx. Había caído tan bajo como para ser considerado sospechoso incluso a los ojos del encargado de una casa de empeños en uno de los más fétidos distritos de Londres.

En otoño de 1852, el poco espacioso apartamento de Marx se había convertido en un centro de mando de exiliados activamente ocupados buscando espías y tratando de exonerar a sus colegas de Colonia. Jenny le contó al amigo de Marx Adolf Clauss en Washington que su apartamento de Dean Street se había convertido en una verdadera oficina. “Hay dos o tres personas escribiendo, otras haciendo recados, otras tratando de reunir cuatro peniques para que los redac-

tores pudieran seguir escribiendo para demostrar que la burocracia del viejo mundo era culpable del más vergonzoso escándalo. Y entre una cosa y otra mis tres alegres hijos cantando y silbando, a menudo para ser duramente regañados por su papá. ¡Qué ajeteo!⁶²

Al cabo de diecisiete meses, el caso contra los miembros de la Liga Comunista en Prusia había llegado finalmente a juicio. Las pruebas contra ellos eran ridículas, pero esto no garantizaba su absolución; su condena era una cuestión de orgullo para el gobierno. Marx y sus amigos llegaron a la conclusión de que el jurado era claramente desfavorable a los acusados. Incluía a tres miembros de la clase media-alta, dos patricios urbanos, dos terratenientes, dos consejeros del gobierno y un profesor prusiano.⁶³ En el lado positivo de la defensa, sin embargo, estaba la desaparición de dos de los principales testigos de la acusación —uno de los cuales había huido a Brasil— y la prueba escandalosa de mala práctica policial.⁶⁴

La acusación se basaba en un escrito de setenta páginas que pintaba un cuadro alarmante de la oposición radical alemana reunida en Londres, de la que se afirmaba que estaba a las órdenes de Marx. Y si bien el largo camino que iba desde el primer arresto en mayo de 1851 hasta el juicio de octubre de 1852 ya era realmente sinuoso, los abogados del gobierno se remontaban aún más atrás, aportando pruebas del año 1831 y de los inicios de la Liga.⁶⁵ Algunos de los materiales de la acusación se habían obtenido en los interrogatorios hechos a los acusados durante su largo y solitario confinamiento y después de marchas forzadas —una de las cuales de once días— que, de manera nada sorprendente, les había afectado mucho.⁶⁶ Uno de los más maltrechos era el editor Becker, que se estaba quedando ciego, y el doctor Daniels, que mostraba síntomas de padecer tuberculosis.⁶⁷

Marx afirmó categóricamente que si bien las pruebas obtenidas directamente de los acusados demostraban realmente que estos tenían sentimientos antigubernamentales, no demostraban, en cambio, como afirmaba el alegato de la acusación, que hubiesen participado en ningún *complot* antigubernamental. Las supuestas pruebas en que se basaba este cargo, dijo, procedían de los espías de Londres y habían sido concebidas para convencer a la opinión pública de que no eran unas opiniones políticas lo que se estaba juzgando, sino que se juzgaba a unos hombres peligrosos que actuaban a instancias de un líder más peligroso. Aunque Marx no estaba en el banquillo junto con los otros once acusados, era evidente que él era el blanco principal de la acusación.⁶⁸

Un alijo de documentos presentado a los acusadores por Stieber se basaba en realidad en la vigilancia del grupo de Willich, que *sí* conspiraba violentamen-

te contra el gobierno. Un informe policial consignaba que el grupo de Marx se había escindido de aquel otro grupo, pero, obsesionados como estaban por Marx los funcionarios del gobierno, prefirieron ignorar este detalle.⁶⁹ “El Partido de Marx le da cien vueltas a todos los emigrantes, agitadores y comités centrales... El propio Marx es personalmente conocido y es evidente que hay más inteligencia en su dedo meñique que en las cabezas de todos los demás”.⁷⁰ En consecuencia, el gobierno utilizó arteramente aquellos documentos como pruebas, apostando a que había suficientes áreas en las que el grupo de Marx y el de Willich se solapaban como para que los jurados no percibiesen las diferencias.

Pero si bien este juego de manos funcionó en el expediente de Stieber, no lo hizo en el caso de las pruebas aportadas por el espía Hirsch, que eran tan obviamente falsas que le desacreditaron inmediatamente. El comité de defensa de Dean Street demostró que las actas que según Hirsch provenían de las reuniones de la sinagoga de Marx —a las cuales Hirsch juró haber asistido, y durante las cuales se habían discutido conspiraciones— eran falsificaciones de aficionado. El comité reunió muestras de escritura para demostrar que, contrariamente a lo que afirmaba Hirsch, las actas no habían sido redactadas por Liebknecht y otro miembro llamado L.W. Rings (que, desgraciadamente para Hirsch, era casi analfabeto y habría sido un improbable secretario en cualquier caso). El comité también obtuvo testimonios de los parroquianos según los cuales el grupo se reunía los miércoles, no los jueves, y en un lugar diferente del que decía Hirsch. Enfrentado con aquellas abrumadoras y bien publicitadas pruebas de fraude, al tribunal no le quedó otra alternativa que rechazar las actas de Hirsch.⁷¹

La pérdida de aquella prueba, sin embargo, hizo que la acusación intensificara su resolución de mantener su tono más incendiario contra los acusados. (El alto funcionario policial de Berlín había escrito a la embajada prusiana de Londres diciéndoles que “¡la existencia misma de la policía política depende del resultado de este juicio!”)⁷² Se descubrió que una carta sin firmar que según testificó un experto había sido escrita por Marx había acompañado a un lote de cincuenta “Catecismos Rojos” en los que se declaraba que “la revolución está más cerca de lo que mucha gente piensa. ¡Larga vida a la revolución!” y daba instrucciones al destinatario de los catecismos, fuese quien fuese, para que los echase por debajo de la puerta de los simpatizantes de la revolución antes de la medianoche del 5 de junio de 1852. Aunque la carta había sido al parecer escrita cuando los acusados ya estaban encarcelados, se utilizó igualmente contra ellos.

Esta prueba fue acogida con gritos de incredulidad en Londres, donde cualquiera que conociera a Marx sabía que era falsa: no solo nunca se implicaría en

un melodrama como el de introducir un documento por debajo de la puerta de los partidarios de la revolución precisamente a las doce de la noche, sino que su contenido contradecía sus creencias. Marx se había ganado la ira de algunos de los exiliados declarando que la revolución *no* era inminente.⁷³ Se presentó ante un magistrado británico y declaró bajo juramento que no tenía nada que ver ni con la carta ni con el Catecismo, y su declaración fue remitida a la defensa en Colonia, y fue publicada en los periódicos británicos. Sin embargo, la acusación permaneció impasible y no permitió la comparación de la escritura de Marx con la de la carta incriminatoria.⁷⁴

En el estrado Stieber había descrito la existencia de una sofisticada red en Londres en la que cada “agente secreto” era vigilado por otro espía; uno presumiblemente contratado localmente para hacer el trabajo, y el otro un profesional que lo vigilaba a él.⁷⁵ En octubre, Marx le dijo a Engels que unos tipos sospechosos estaban apostados una vez más frente a su casa mientras el comité de defensa trabajaba arriba. Tanto Engels como Marx pensaban también que su correo estaba siendo leído.⁷⁶ Pero no dejaron que la vigilancia impidiera su trabajo: durante cinco semanas muchos exiliados estuvieron subiendo y bajando con actitud desafiante las escaleras del piso de Dean Street reuniendo pruebas para minar los argumentos del estado en contra de sus amigos. Los visitantes llegaban pronto y se marchaban tarde, llenando el apartamento de humo de cigarro y alternando las risas con la indignación a medida que iban llegando noticias del caso. Los hijos de Marx estaban tan acostumbrados a que el piso estuviese lleno de hombres que comían y bebían cerveza allí que los consideraban como parte de la familia. Una mañana un miembro del comité llegó antes de que Jenny se hubiera vestido, lo que hizo que ella corriese a buscar su ropa. Pero el coronel Musch le dijo que no se preocupara: “¡No pasa nada! ¡Solo es Freiligrath”.⁷⁷

Durante este período Jenny representaba a su esposo en funciones públicas no relacionadas con el juicio, incluido un homenaje a un colega ejecutado en Vierna en 1848, porque Marx estaba absorto en aquel caso con exclusión de todo lo demás.⁷⁸ Escribió un artículo sobre ello que alcanzó las cincuenta páginas, y lo pensaba publicar rápidamente para llamar la atención sobre el juicio. “Huelga decir que yo mismo soy incapaz de contribuir ni con un céntimo a ello”, le dijo a Engels. “Ayer empecé un abrigo que tenía desde que estaba en Liverpool para comprar papel para escribir”.⁷⁹ En aquel preciso momento su casero le amenazó con echar a su familia por no pagar el alquiler. Marx dijo que el hombre le había montado una escena terrible, pero que él le respondió con tanta ferocidad que el casero se echó para atrás acobardado.⁸⁰

El juicio a la Liga terminó el 7 de noviembre, e incluso los periódicos de Berlín predijeron que los acusados serían absueltos porque no había pruebas contra ellos.⁸¹ Pero el jurado emitió un veredicto desigual: cuatro de los acusados fueron absueltos, incluido Daniels, mientras que los otros siete eran declarados culpables. Tres fueron sentenciados a seis años de cárcel, incluido el periodista Bürgers; tres a cinco años, incluido el editor Becker; y el sastre Lessner fue sentenciado a tres años de cárcel.⁸² Jenny dijo que el veredicto demostraba que el jurado estaba dividido entre “el odio a unos terribles incendiarios” y “el horror que les inspiraba la vileza de la policía”.⁸³

Menos de dos semanas después Marx disolvió oficialmente la Liga. El resultado del juicio, los extremos a los que las autoridades prusianas estaban dispuestas a llegar para acallar al grupo, el espíritu reaccionario que se estaba imponiendo en Europa, y la convicción de Marx de que era momento para la reflexión y el estudio, pero no para la organización, le llevaron a la conclusión de que, de momento, la Liga ya no era útil.⁸⁴ Dos acontecimientos ilustraron la presciencia del razonamiento de Marx. El 2 de diciembre, el bastión del republicanismo que era Francia se convirtió una vez más en un imperio. El presidente vitalicio Luis Napoleón fue nombrado emperador Napoleón III. El hombrecito que en cierta ocasión había utilizado un trozo de tocino para hacer que un águila volase por encima de su cabeza había sido más hábil que los ministros más listos del gobierno y había conseguido engañar a las masas haciéndoles creer que podría restablecer la gloria y la estabilidad de Francia. Era como si todo lo que se había conseguido entre 1815 y 1848 hubiese sido borrado con un solo gesto de un brazo cubierto por una capa de armiño.

En otro orden de cosas, Marx y Engels supieron finalmente cuál había sido el destino real de su panfleto, en el que revelaban detalles íntimos de las vidas de *Los grandes hombres del exilio*. Nunca había habido un editor interesado; la policía había requisado el manuscrito y a cambio Bangya recibía pagos de Berlín dos veces al mes (y es por ello que había podido pagar a Marx con tanta prontitud). Marx y Engels habían planeado que el documento fuese publicado, con lo que habría llegado finalmente a manos de la policía, pero el doble juego de Bangya hizo que *solo* fuera accesible a la policía, que de este modo podía tener un conocimiento más completo de la comunidad del exilio en el mismo momento en que estaban interponiendo acciones judiciales en el caso Colonia.⁸⁵ El hermano de Ronald Daniels culpó a Marx de la detención de Roland, afirmando que no se habría producido si Marx no lo hubiese relacionado con Bangya.⁸⁶ (Esta acusación era injusta; Daniels fue arrestado un año antes de que Marx conociese a Bangya.) Bangya, mientras, huyó al París de Napoleón para convertirse allí

en un agente especial del ministerio francés del interior.⁸⁷

Sorprendentemente, Marx se tomó ambas cosas con mucha filosofía, tal vez porque justo en aquel momento un editor suizo había elogiado con entusiasmo su panfleto sobre el juicio de Colonia y había prometido publicarlo inmediatamente. A Marx le hacía mucha ilusión que sus *Revelaciones sobre el juicio de los comunistas en Colonia* fuesen publicadas.⁸⁸ Basándose en los datos del editor, Jenny calculó que solo con las ventas iniciales podrían contar con unas treinta libras.⁸⁹ Marx envió una copia del panfleto a Adolf Cluss, que estaba en Washington, sugiriéndole que tratase de publicarlo en América:

Para que puedas valorar al máximo la ironía del asunto, has de saber que su autor, por falta de algo más decente con que taparse el culo, estaría mejor internado... El juicio me arrastró aún más profundamente en el fango, ya que durante cinco semanas, en vez de trabajar para ganarme la vida, tuve que hacerlo para defender al partido de las maquinaciones del gobierno. Y para colmo ha distanciado completamente a los libreros alemanes con los que había esperado concluir un contrato para mi Economía.⁹⁰

La oportunidad suiza, sin embargo, acabaría en otra decepción. El editor había introducido clandestinamente casi toda la remesa de dos mil ejemplares de las *Revelaciones* de Marx en Baden, desde donde tenían que ser distribuidos por todo Prusia. No lo fueron: todos los ejemplares fueron confiscados en la misma ciudad en la que habían sido depositados y quemados por orden del gobierno prusiano.⁹¹ Marx perdió los estribos y declaró exasperado: “Es para dejar de escribir completamente. Ya estoy harto de tantos esfuerzos *por culpa del rey de Prusia*”.⁹²

Y esta no fue la ofensa final. A los pocos meses el socio del editor exigía a Marx que pagase los 424 francos que había costado la impresión del panfleto. Otra iniciativa pensada para ganar dinero que acababa convirtiéndose en una deuda.

Londres, 1853

Teníamos motivos suficientes para sentirnos melancólicos, pero estábamos encantados con nuestro macabro humor. A cualquiera que empezara a quejarse le recordaban inmediatamente los deberes que tenía para con la sociedad.

Wilhelm Liebknecht¹

EL GOBIERNO PRUSIANO HABÍA GANADO aquel asalto, y Marx decidió declarar públicamente que no quería tener nada más que ver con la política de partido. Se sentía maltratado por sus oponentes y de un modo que le producía más amargura, por aquellos a los que consideraba sus amigos: “Ya no me siento inclinado a dejarme insultar por cualquier zopenco del partido con la excusa de que lo hace por el bien del partido”.² El comité de defensa de la Liga Comunista tenía una última tarea que cumplir. Envío una solicitud de fondos para las familias de los encarcelados en Prusia.³ Hecho esto, los miembros de la Liga hicieron las maletas y salieron del apartamento de Marx para ir en busca de lo que Engels confiaba que serían unos trabajos bien pagados. A Engels le preocupaba que los hombres que rodeaban a Marx se estuviesen convirtiendo en unos haraganes y que pudiesen fácilmente convertirse en unos borrachos.⁴ Había contribuido a financiar la actuación del comité, y entre esto y sus propios gastos, decía que se había “zampado la mitad del patrimonio de mi viejo”. Él y sus colegas tendrían que ahorrar, y no es que le importase comerse el patrimonio de su padre, pero le daba miedo ser descubierto.

Así pues, Engels decidió dar ejemplo: se mudó a un apartamento más barato y empezó a consumir licores no tan caros.⁵ Por su parte, Marx empezó el año nuevo enviando su primer artículo en lengua inglesa al *Tribune*. Ahora le prometieron pagarle dos libras por artículo y él pensaba escribir al menos dos por semana.⁶ Jenny esperaba que estos ingresos serían suficientes para cubrir los gastos diarios, aunque no lo suficiente para financiar el traslado a un lugar diferente de lo que ella calificaba de su “diminuto apartamento en Dean Street”.

Dicho esto, tampoco parecía tener mucha prisa por mudarse. En 1853 los Marx llevaban casi tres años viviendo en el Soho y su horrorizada primera impresión se había atenuado un poco. Incluso Jenny se había acostumbrado a la pobreza, la suciedad y el caos. Había descubierto unos cuantos *pubs* y cafeterías que le gustaban y en los que podía encontrarse con sus amigos y acurrucarse cerca del fuego, o si tenía la suerte de conseguir una entrada gratis, ir al teatro. También le gustaba dar largos paseos por el barrio.⁷ Aquella mujer a la que le encantaban los escenarios había aprendido a apreciar el espectáculo que tenía lugar a su alrededor, el pintoresco despliegue de lo mejor y lo peor de la vida londinense.

Oxford Street, con sus escaparates con toldo y sus tiendas de confección, estaba lleno a rebosar de ómnibus, coches de caballos conducidos por lacayos con librea y mujeres bien vestidas que habían salido de compras. También Haymarket bullía de actividad, con muchachas y mujeres de la clase obrera que llenaban cestos que transportaban sobre sus cabezas o colgados del cuello e iban por las calles vendiendo fruta, flores o hierbas. Y luego estaba el barrio irlandés, donde una comida a menudo significaba una simple taza de café. Mujeres rubicundas, con la cabeza cubierta por una capucha y con los pies y las rodillas metidos debajo de las faldas formaban una especie de bola con su cuerpo para mantener el calor, sacando solo una mano cuando un raro comprador se agachaba hacia ellas para comprarles lo que fuera que ofreciesen.⁸ Cada una de ellas tenía una frase o canción característica para atraer a los clientes, y aquellos gritos comerciales, combinados con la cháchara de muchas voces en muchas lenguas, creaba una especie de ópera callejera espontánea sobre la vida en el Soho. Trágica y revoltosa en igual medida, para un transeúnte no paraba nunca de cambiar, y debido a ello resultaba siempre divertida, a condición de no observarla demasiado de cerca.

Durante sus paseos Jenny se deslizaba entre la multitud, con la cara tapada por un velo oscuro. Tenía todo el aspecto de mujer elegante para el que había sido educada, y lo más probable es que la tomaran por una turista de visita por el barrio y no por una residente. Un día que había salido a pasear, Jenny llamó la atención de Red Wolff, que era notablemente corto de vista además de enamorado. Sin reconocerla, se le acercó sigilosamente y con el estilo de un *boulevardier* parisino trató de seducirla. Jenny tenía fama de ser capaz de dejar helado a un hombre con solo mirarlo si mostraba el menor signo de descaro. Pero en el caso de Red Wolff se rió con ganas de su error, tal vez complacida de que, pese a todo lo que había pasado en su vida, todavía fuese capaz de inspirar pasión con su mera presencia.⁹

Para los hijos de Marx, el Soho era sencillamente su hogar, la vida más esta-

ble que habían conocido. Las chicas no tenían permitido salir a última hora de la tarde o por la noche sin escolta, debido a los muchos espectáculos que ofrecía el barrio y que atraía a los tipos más desagradables. El Soho Theater en Dean Street, por ejemplo, era un local destartalado conocido como uno de los lugares favoritos de ladrones y prostitutas.¹⁰ Igual de peligrosa era la sala de baile Caldwell's, también en Dean Street, muy frecuentada por jóvenes oficinistas y aprendices de la clase media alemana que buscaban novia, o por lo menos una amiga para pasar el rato.¹¹

Jennychen y Laura eran todavía muy jóvenes –Jenny tenía casi nueve años y Laura siete– pero las dos eran muy sociables. Jennychen era la viva imagen de su padre: cabellos negros, ojos negros, cutis criollo, y tenía su misma intensidad, mientras que Laura era grácil y rubia como su madre. Liebknecht decía que Laura tenía una mirada pícara incluso de niña.¹² Mientras que las niñas estaban relativamente recluidas en Dean Street, el indomable Musch campaba por sus respetos por la calle. Conocía a muchos de los niños irlandeses pobres de la calle, que le enseñaban canciones a cambio de su mísera asignación semanal de dinero de bolsillo.¹³ La familia Marx hablaba alemán en casa, pero los niños habían aprendido inglés fácilmente, y Musch lo hablaba como un auténtico golfillo del Soho. Jenny describió un incidente una vez que el panadero les amenazó con cortarles el suministro de pan. El hombre se presentó ante la puerta en la que estaba Musch, con solo seis años, y le preguntó: “¿Está el Sr. Marx en casa?” Musch replicó: “No, no está”, y metiéndose tres barras de pan bajo el brazo salió corriendo a avisar a su padre.¹⁴ Sin duda había aprendido estos útiles trucos en la calle: un observador decía que los niños del Soho aprendían a robar cuando apenas habían aprendido a andar.¹⁵

Existía un riesgo muy real, sin embargo, de que las niñas o Musch se sumiesen demasiado profundamente en la vida del Soho. Igual que la de sus padres, su vida social giraba en torno de otros refugiados alemanes; incluso asistían a picnics en el denominado Campamento Pedagógico de los Trabajadores Comunistas en las afueras de Londres, una reunión arcádica informal para las familias de los miembros del Campamento Pedagógico de los Trabajadores Comunistas.¹⁶ Musch era muy amigo de Ferdinand Cohen, el hijastro de Karl Blind.¹⁷ Pero el mejor compañero de juegos de los hijos de Marx –su compañero de juegos preferido– era su padre. A veces le llamaban papá, pero más a menudo le llamaban Moro o Challey. Los niños le dejaban trabajar cada día, pero el domingo reclamaban toda su atención, y según todos los testimonios se la daba gusto (aunque siempre llevaba un bloc en el bolsillo y de vez en cuando tomaba notas subrepticamente).¹⁸

Cuando hacía buen tiempo, la familia y los asociados que estaban aquel día en Dean Street caminaban hora y media desde el Soho a Hampstead Heath para hacer un picnic. Lenchen cogía una cesta que se había traído de Alemania y la llenaba de cosas para comer; la cerveza la compraban en el parque. Después del almuerzo, los adultos echaban una siesta o leían el periódico, y Marx jugaba con los niños.¹⁹ Liebknecht recordaba que en cierta ocasión Marx había intentado coger castañas de un árbol durante tanto tiempo que tuvo el brazo dolorido durante una semana.²⁰ En otras ocasiones se organizaban juegos en los que los amigos de Marx eran enjaezados con una cuerda como caballos, y cada hombre hacía de montura a un niño que, sentado sobre su espalda, batallaba con los demás hasta que los bípedos corceles decían que ya era suficiente. Había también carreras de burros, y Marx insistía en participar en ellas, sin ser aparentemente conscientes de lo cómico que era su aspecto montado en una de aquellas desgarbadas bestias.²¹ Durante el largo camino de regreso al Soho alguien cantaba o Marx recitaba pasajes de la *Divina Comedia* o interpretaba el papel de Mefistófeles en el *Fausto* de Goethe (en el que según Liebknecht no brillaba demasiado porque exageraba considerablemente). Y luego estaban las historias originales que contaba el propio Marx. Se las inventaba sobre la marcha, y si se le ocurría parar, los niños le gritaban: ¡No pares! ¡Cuéntanos otra!”²²

Marx había empezado a inculcar a sus hijos desde una tierna edad el amor por la literatura y el lenguaje, y, como el padre de Jenny, hizo de Shakespeare, uno de los invitados más preciados de su hogar.²³ Él y Jenny transformaban el abarrotado salón de su ático en un suntuoso *palazzo* de Verona, un campo de batalla en Francia, o la escalofriante Torre de Londres recitando fragmentos de las obras de Shakespeare hasta que los pequeños habían memorizado lo suficiente los versos como para acompañar a los adultos. Marx también leía a los niños fragmentos de Dante, Cervantes, Sir Walter Scott, James Fenimore Cooper y Balzac, y siempre que era posible, en su idioma original. Las cartas de los niños ponían de manifiesto que estaban tan familiarizados con los personajes de aquellos libros como con los amigos de la familia, y los jóvenes eruditos a menudo hacían precoces referencias literarias y juegos de palabras. La familia Marx era de una gran riqueza intelectual, lo que probablemente contribuía a hacer soportable la completa falta de comodidades materiales que tenían.

Irónicamente, las mejores descripciones de la vida de la familia Marx en Dean Street proceden de los informes de un espía prusiano. Había sido invitado al apartamento y allí había conocido a un hombre cuyo genio y energía causaban una gran impresión pero cuya vida personal era un completo caos. “Lleva una existencia de intelectual bohemio. Lavarse, arreglarse y cambiar las sábanas

no son cosas que haga muy a menudo, y le gusta emborracharse... No tiene horas fijas para irse a dormir o para levantarse”. El informe decía que los tres hijos de Marx eran realmente guapos, y a pesar de tener un carácter indómito e inquieto, como padre y esposo era “el más dulce y afable de los hombres”. Pero la casa en que vivían hacía estremecerse al autor del informe:

Marx vive en uno de los peores –y por lo tanto, más baratos– barrios de Londres. Ocupa ndos habitaciones... En todo el apartamento no hay ni un solo mueble sólido y en condiciones. Todo está roto y andrajoso, con un dedo de polvo en todas partes y el mayor de los desórdenes. En medio de la sala de estar hay una mesa grande y pasada de moda, cubierta con un pedazo de hule, sobre la cual están sus manuscritos, sus libros y periódicos, y también los juguetes de los niños, y retales del costurero de su esposa, varias tazas con los bordes mellados, cuchillos, tenedores, lámparas, un tintero, vasos de whisky, pipas de cerámica, ceniza de puro, etc. En una palabra, todo patas arriba y en la misma mesa... Sentarse se convierte en una cosa peligrosa. Una de las sillas solo tiene tres patas, en otra los niños juegan a cocinas; esta última parece tener cuatro patas y es la que suele ofrecerse a las visitas, pero los restos del juego de los niños no se han retirado y si uno se sienta en ella puede echar a perder sus pantalones.

Curiosamente, nada de esto parecía incomodar a Marx y a Jenny: “de vez en cuando se produce una animada y agradable conversación que hace olvidar las carencias domésticas y hace tolerables las incomodidades. Finalmente, uno se acostumbra a aquella compañía y la acaba encontrando interesante y original. Este es un auténtico retrato de la vida familiar del líder comunista Marx”.²⁴

A partir de 1853, después de las escaramuzas de los *émigrés*, después del proceso de Colonia, después de las muertes de dos de sus hijos y del nacimiento de uno al que no pudo reconocer como suyo, Marx dejó temporalmente a un lado sus escritos económicos y su vida política y se convirtió en un observador. Trabajaba como periodista para un periódico de Nueva York haciendo lo que se esperaba que hiciese un esposo del siglo XIX: mantener a su familia. Y si bien no hay ningún indicio de que hiciese esto muy bien (la familia estaba crónicamente endeudada), tampoco hay nada que indique que le contrariase hacerlo. Marx el revolucionario se había tomado una especie de descanso sabático y se dedicaba a observar y a documentar la vida que le rodeaba en vez de trabajar para cambiarla.

La firma de Marx aparecía frecuentemente en la primera página de las noticias del periódico más popular en América en aquella época. Podían censurarlo y perseguirlo cuando escribía en su idioma en su propio país, pero en la prensa libre y en el tempestuoso diálogo político de Estados Unidos de mediados de siglo, Marx había encontrado una audiencia entusiasta. Muchos lectores del *New York Daily Tribune* estaban de acuerdo con las críticas de Marx a las desigualdades políticas y sociales en Europa y con sus artículos en contra de la esclavitud y la pena capital. A menudo los editores utilizaban los artículos de Marx como editoriales que marcaban la pauta del *Tribune* en un día determinado. Algunos de los artículos de Marx provocaron mucha controversia, especialmente cuando atacó cínicamente a héroes de la independencia como Kossuth o Mazzini, y en alguna ocasión se quejó de que sus artículos eran editados para suavizar un poco su tono. Pero después de uno de sus reportajes más polémicos, el *Tribune* incluyó una nota de respaldo para su corresponsal en Londres: “El Sr. Marx tiene opiniones propias muy claras, con algunas de las cuales no estamos totalmente de acuerdo, pero quienes no lean sus cartas se perderán una de las fuentes más instructivas de información sobre las grandes cuestiones de la política europea actual”.²⁵

Tanto Marx como Engels entendieron que este período eran unas meras vacaciones de su participación activa en política. Engels incluso imaginó que en el futuro volverían a Alemania a trabajar, a reclutar nuevos miembros del partido y —ese deseo constante— a publicar un periódico.²⁶ Creía que la próxima vez que el partido de Marx fuese llamado a la escena mundial, estaría en una posición mucho mejor para actuar, en parte porque muchos parásitos habían marchado de Europa en dirección a América, y en parte porque toda una nueva generación habría sido introducida en el partido a causa de las injusticias del juicio de Colonia. Finalmente, decía que habían madurado en el exilio. En una carta a Weydemeyer fechada el 12 de abril de 1853 Engels consideraba el futuro y describía la situación que se imaginaba.

Tengo la sensación de que un buen día, gracias a la indefensión y a la poca vertebración de los demás, nuestro partido será llevado por la fuerza al poder, con lo que tendrá que hacer cosas que no están inmediatamente en nuestro interés, sino más bien en el interés general revolucionario, y específicamente pequeño-burgués; en cuyo caso, alentados por el *populus* proletario y obligados por nuestras propias declaraciones y planes publicados —más o menos erróneamente interpretados y más o menos impulsivamente introducidos en medio de las luchas par-

tidistas—, nos veremos obligados a hacer experimentos y saltos comunistas que nadie sabe mejor que nosotros mismos que serán prematuros. Luego uno procede a perder la cabeza —solo *físicamente hablando*, espero—, se produce una reacción y, hasta que llega el momento en que el mundo es capaz de formular un juicio *histórico* sobre este tipo de cosas, uno es considerado no solo como un bruto, lo que no tendría ninguna importancia, sino también como un *estúpido*, lo que sería mucho peor. No veo cómo podría ser de otra manera... Lo principal es que, si esto es lo que sucede, la rehabilitación de nuestro partido en la historia habrá sido confirmada por adelantado en su *literatura*.²⁷

La carta de Engels podría ser vista como una descripción profética de las vicisitudes, si no de los excesos mayúsculos, del comunismo del siglo XX. Pero cuando la escribió, sus cofundadores todavía no habían producido las obras que, según confiaban, confirmarían sus teorías y proporcionarían orientación a otra era. Marx y Engels estaban decididos a hacerlo, pero ninguno de los dos pudo ponerse manos a la obra a causa de las necesidades inmediatas de la familia Marx.

Desde su llegada en 1849 los Marx, igual que decenas de miles de londinenses pobres, se habían visto forzados a contemplar los fastos anuales navideños con asombro y pesar. En toda la ciudad, los mugrientos escaparates eran intensamente pulidos, y el cálido resplandor que emitían atravesaba hasta tal punto la niebla que los transeúntes podían contemplar los juguetes, los vestidos y las joyas del interior. En ellos se exponían vestidos de baile, guantes de seda y botines de satén, unos lujos indescritibles en una ciudad cubierta de barro. Emporios de comida y mercados en cada esquina estaban llenos a rebosar de carnes, aves y pescados. Montañas de verduras y hortalizas de color verde, rojo y blanco, acompañadas de bayas y frutas frescas y de un deslumbrante surtido de dulces y caramelos. El bullicio empezaba temprano y continuaba hasta la noche, con las carretas y las camionetas yendo de un lado a otro traqueteando, distribuyendo provisiones en las tiendas y repartiendo paquetes por las casas. Por la noche, el rítmico cloc-cloc de los cascos de los caballos sobre los adoquines proporcionaba el compás de fondo a los violinistas y a los cantantes de villancicos que a aquella hora desplazaban a otros cantantes y músicos callejeros.²⁸ Era imposible ignorar los festejos, y sin embargo, los Marx, por falta de dinero, tenían que hacerlo. Pero aquel año, 1853, la familia decidió permitirse al menos algunas de sus fantasías.

Para los Marx, la Navidad era un acontecimiento enteramente secular. En

respuesta a las preguntas de sus hijos respecto a sus orígenes, Marx explicaba la historia de Cristo como la de un carpintero pobre asesinado por los ricos. En general, no apreciaba mucho la religión, pero decía que uno podía perdonarle al cristianismo “que predicase la adoración al niño”.²⁹

Los niños de los Marx tenían prohibida la entrada a la habitación de la parte delantera del apartamento durante la semana anterior al día de Navidad mientras los adultos la decoraban y preparaban los regalos. Muchos años más tarde, en una carta a Laura, Jennychen recordaba la Navidad en Dean Street: “Veo, como si estuviese sucediendo ahora mismo, como tú, Edgar y yo aguzábamos el oído impacientes por oír el repique de la campana que nos invitaba a entrar en la habitación donde estaba el árbol de Navidad. Y cuando aquel tan esperado repique por fin sonaba casi nos sobresaltábamos... Tímidamente, tú te quedabas detrás mientras yo me lanzaba a correr con una extraordinaria osadía, para ocultar mi propia medrosidad. ¡Qué espléndida nos parecía entonces la sala de estar, qué elegantes y nuevos parecían aquellos viejos y polvorientos muebles!”³⁰

Engels y otros amigos habían llegado para ayudar a decorar el árbol y para traer regalos a los niños: muñecas, pistolas, utensilios de cocina, un tambor. Jenny lo recordaba como la primera Navidad realmente alegre de la familia en Londres.³¹ Y como en otras ocasiones relacionadas con la visita de Engels y las cajas de vino con las que contribuía a la fiesta, Marx acabó enfermo. De hecho, toda la familia acabó enferma, especialmente Musch, que según Marx estaba desvariando y retorciéndose presa de un ataque de fiebre. “Espero que el hombrequito se recupere pronto”, le dijo Marx a Engels.³²

Pese a los buenos deseos de Marx respecto a la salud de los suyos, el año 1854 hubo muchos enfermos en la familia. Las enfermedades pasaban de uno a otro pero, según Marx, afortunadamente nunca los atacaba a todos al mismo tiempo. Las enfermedades de los niños eran simples casos de sarampión o catarros, pero tanto Jenny como Marx sufrieron ataques más largos de varias dolencias.³³ En un momento dado Marx estuvo incapacitado durante casi tres semanas por el reumatismo y por un forúnculo que le salió entre la nariz y la boca y que se hizo tan grande que casi no le permitía hablar o reír. También siguió padeciendo una afección hepática, una especie de hepatitis, que había contraído la primavera de 1853 (y que le atormentaría el resto de su vida).³⁴ Según Jenny, su esposo era incapaz de dormir hasta que recurría al opio o a la cantaridina, un ungüento extraído de un insecto (la cantárida o “mosca de España”), del que se decía que si se ingería tenía efectos afrodisíacos. En aquellas circunstancias,

Marx no podía escribir y la caja donde guardaban el dinero se quedaba rápidamente vacía. Como le contó Jenny a una amiga de confianza en Manchester: “Karl estuvo tremendamente complacido cuando oyó el solemne doble golpe de los nudillos del cartero en nuestra puerta, y exclamó: ‘*Voilà!* Es Frederik [sic], 2 libras, ¡estamos salvados!’”³⁵

La enfermedad de Jenny empezó poco después de que Marx se recuperase, y probablemente se vio empeorada a causa de la tensión psicológica. Ahora, ya cumplidos los cuarenta, descubrió que estaba otra vez embarazada. Habían transcurrido casi cuatro años desde que había estado embarazada de Franzisca, el período más largo de su matrimonio sin estar encinta. Es posible que, después de las muertes de Franzisca y de Fawksy, hubiese tomado medidas para evitar quedarse embarazada, o que no se hubiese recuperado lo bastante emocionalmente para tener relaciones íntimas con Marx después de la traición de este con Lenchen. Fuese cual fuese el motivo, la perspectiva de pasar otro embarazo debió de parecerle una maldición. Justo cuando estaban empezando a aprender a organizarse para vivir pobremente pero con una mínima esperanza de supervivencia, habría más facturas del médico, más nodrizas a las que pagar y —eso era lo peor de todo— la preocupación de que otro niño nacido en la pobreza en Londres tendría una existencia breve y desdichada.

Marx trató desesperadamente de encontrar otra colaboración como la del *Tribune* para complementar sus ingresos. En virtud de un trato concertado por el esposo de su hermana aceptó escribir para un periódico sudafricano publicado en inglés y holandés, pero esto se fue al garete en marzo, cuando el editor dijo que Marx exigía más dinero del que su periódico podía pagar.³⁶ Marx también negoció con un periódico suizo para escribir artículos que él mismo calificaba de “estercoleros en miniatura”. No estaba de acuerdo con la política del periódico pero le dijo a Engels que aceptaría el trabajo para que Jenny estuviese más tranquila.³⁷

Marx describía su casa como un verdadero hospital, y se quejaba de que la miseria que ganaba no le permitía comprar el tipo de comida que necesitaba su familia para mantenerse sana. Estaba especialmente preocupado porque había estallado una nueva epidemia de cólera en Londres, y esta vez el epicentro estaba en el Soho.³⁸ Solamente en Broad Street, a un minuto a pie de Dean Street, 115 personas habían muerto a causa del cólera (casi once mil personas morirían en Londres víctimas de la enfermedad aquel año).³⁹ Como otros muchos, Marx creía que la causa eran las nuevas alcantarillas que se habían construido justo donde estaban enterradas las víctimas de la peste de 1665.⁴⁰ La verdadera causa, descubierta por el médico del Soho John Snow, eran las filtraciones de las aguas

residuales en los pozos que utilizaban los londinenses para beber. Uno de estos pozos estaba en Broad Street.⁴¹

Aunque solo estaba embarazada de tres meses, en junio Jenny tuvo que guardar cama. El médico insistió en que tenía que abandonar Londres para recuperar la salud, y Marx dispuso que ella, Lenchen y los niños se instalasen en casa de un amigo que vivía en el campo. Más tarde Jenny iría a Tréveris.⁴² Pero todo esto requería un dinero que Marx no tenía: el médico le había enviado una factura de veintiséis libras por los servicios prestados durante el invierno y exigía ser pagado regularmente para no dejar de atender a la familia; además, estaban también las facturas del boticario y los gastos regulares de la casa. Si Marx hubiese estado sano y hubiese podido trabajar durante el invierno, podría haber mantenido a raya a los acreedores más agresivos. Le dijo a Engels que estaba en un aprieto y que sus *misères* le habían convertido en “un tipo muy aburrido. ¡Bienaventurado el que no tiene familia!” Le preguntó a Engels si podía recurrir a alguno de sus amigos para pedirle un préstamo, pero todos ellos estaban sin un céntimo.⁴³ El drama inmediato de la vida del refugiado había terminado, y ahora tenían que ganarse la vida como pudiesen en los miserables barrios en los que vivían. La perspectiva de que un levantamiento político diese nuevamente relevancia a sus vidas era remota, y ahora se pasaban más tiempo preocupados por ganarse el pan que pensando en derrocar a un monarca.

Incluso Engels, que tenía la suerte de poseer un temperamento que le permitía sobrevolar la mayor parte de las crisis, estaba deprimido y enojado. En el continente se estaban exacerbando las tensiones causadas por una disputa territorial entre Turquía y la Rusia expansionista, y parecía que iba a estallar una guerra que podría arrastrar a Francia y a Inglaterra. La perspectiva de cubrir los movimientos de los grandes ejércitos como periodista, por no mencionar el hecho de que estaba harto del negocio de su padre, llevó a Engels a escribir al *Daily News* de Londres y ofrecerles sus servicios como corresponsal de guerra.⁴⁴ La respuesta inicial fue positiva: el editor elogió la obra de Engels y le pidió un artículo de prueba.

“Si todo sale bien”, le dijo Engels ansiosamente a Marx, “en verano, cuando venga mi viejo, daré plantón al comercio y me iré a Londres”.⁴⁵ Pero dos semanas más tarde, el periódico rechazó cortésmente la colaboración de Engels aduciendo que sus artículos eran “demasiado profesionales”. Engels le dijo a Marx que sospechaba que alguno de sus enemigos que tenía conexión con el periódico podía haberse enterado de su oferta y haber informado al editor de que Engels no era más que “un antiguo voluntario, un comunista y un oficinista de profesión, con lo que lo paró todo... Estoy realmente cabreado”.⁴⁶ Otro proble-

ma irritante fue que los amigos de Engels habían descubierto que estaba viviendo con Mary (había dejado temporalmente sus otros alojamientos para ahorrar algo de dinero) y las potenciales complicaciones sociales y políticas requerían que tomase otro apartamento, cosa que no podía permitirse.⁴⁷ Escribió a Marx para decirle: “De todo el grupo, no hay nadie de quien podamos fiarnos, excepto el uno del otro”.⁴⁸

Efectivamente, por culpa de la pobreza, el alcohol y las mujeres, el resto de sus amigos se estaba yendo al garete. El polaco que había sido el padrino de Schramm en el duelo con Willich había muerto cuando la casucha de Whitechapel en la que vivía con otros seis refugiados quedó reducida a cenizas.⁴⁹ Pieper, que había vivido brevemente con la familia Marx cuando contrajo la sífilis, se presentó en casa de los Marx otras dos veces. La primera vez después de ser echado de su alojamiento al quedarse sin dinero para pagar el alquiler. Recuperó de nuevo la solvencia dando clases de alemán, pero pronto volvió a pedirle asilo a Marx después de gastarse todos sus ahorros viviendo dos semanas con una prostituta a la que describía como “una alhaja”.⁵⁰ Mientras, Weerth se había ido a California buscando esposa.⁵¹ Liebnecht había estado considerando dos posibles esposas entre las mujeres de su círculo en Londres, una inglesa y otra alemana, y finalmente se decidió por la alemana. Pero una vez casado se quedó sin trabajo.⁵² Y en cuanto a Lupus, fue una víctima del alcohol. Una noche, tras salir de copas con Engels en Manchester, se fue, tambaleándose, a otra taberna, donde conoció a seis chulos y a dos prostitutas. Explicó que los chulos le habían seguido al salir del *pub*, que le habían dado una paliza y le habían robado todo el dinero. Pero Engels dijo que en su historia había gato encerrado, porque, en vez de irse a su casa, Lupus había pasado la noche en casa de un misterioso inglés que le había cobrado un chelín por dejarle dormir en su habitación, que se encontraba a menos de sesenta metros del apartamento de Lupus.⁵³

La estrafalaria historia de Lupus despertó la imaginación de los hijos de Marx, que estaban al corriente de todos los detalles sórdidos de las vidas de los amigos de su padre. Laura, que estaba enferma en casa cuando Marx recibió la noticia, escribió a Jennychen y a Edgar, que estaban en la escuela, para explicarles que Lupus había sido atacado por unos salteadores de caminos.⁵⁴ Musch escribió luego a Marx, describiendo el caso como si no hubiese sido su padre el que les había explicado la historia: “Mi querido Diablo, espero que estés bien, porque he venido a verte y he olvidado contarte que Lupus salió de copas como hace habitualmente y que se emborrachó, y que cuando iba por la calle aparecieron unos ladrones y le robaron su [*ilegible*] y sus gafas, y cinco libras... y le dieron una gran paliza... Tu amigo, el coronel Musch”.⁵⁵

Entre todas estas turbulencias personales, el 8 de julio Marx envió a Jenny sola a Tréveris. Esto tuvo como consecuencia aumentar aún más sus deudas, porque, como le dijo a Engels, por orgullo tenía que mantener lo que ella llamaba “una apariencia de opulencia” y no podía llegar a Tréveris como una persona venida a menos. “Estos gastos extraordinarios me han causado un nuevo conflicto con mis acreedores más permanentes y ‘decentes’, etcétera. Es la vieja historia de siempre”, decía con resignación citando a Heine.⁵⁶ Pero había aún más aspectos en aquella historia de los que él citaba. El *Tribune* quería reducir el salario de Marx, en parte debido a la crisis económica que sufría América en aquel momento y en parte por las disputas que tenía con los editores del *Tribune* a causa de la costumbre de estos de utilizar fragmentos de sus artículos en otros textos sin pagarle ningún suplemento.⁵⁷

Ahora, solo con sus hijos y con Lenchen, Marx trató de levantar el ánimo permitiéndose lo que Liebknecht calificaba de “juerga loca”.⁵⁸ En el episodio más tristemente célebre estuvieron involucrados Liebknecht y Edgar Bauer, quien, pese a los ataques de Marx contra él y contra su hermano Bruno en *La Sagrada Familia*, seguía siendo su amigo. Una noche se propusieron tomar una copa en cada pub que pudiesen encontrar entre Oxford Street y Hampstead Road, una distancia de unos dos kilómetros y medio. “Nos pusimos a la obra impertérritos”, recordó Liebknecht, “y conseguimos llegar al final de Tottenham Court Road sin incidentes”. Allí, sin embargo, una escaramuza verbal con intercambio de frases tipo “malditos extranjeros” y “estos ingleses son unos esnobs” amenazaba con convertirse en pelea física, por lo que Marx y sus amigos decidieron batirse en retirada. De camino a casa Bauer encontró un montón de adoquines y empezó a tirarlos contra las farolas. Marx y Liebknecht se le unieron y entre todos rompieron cuatro o cinco farolas. Pero eran las dos de la madrugada y el ruido que hacían provocó la alarma. Según Liebknecht, tres o cuatro policías acudieron y empezaron a perseguirles y él, Marx y Bauer se metieron por unas callejuelas laterales y consiguieron escapar. Liebknecht recordó que durante su huida “Marx mostró una actividad que yo nunca le habría atribuido”.⁵⁹

Esta no fue la última juerga en la que participó Marx mientras Jenny estuvo fuera, y aunque las borracheras le levantaban el ánimo agravaban aún más el estado de sus finanzas domésticas. Laura escribió a su “Momchen” para decirle que su padre había estado en cama todo un domingo “porque el día antes había bebido mucha ginebra”.⁶⁰ Pero no todo fueron juergas y borracheras. Mientras Jenny estuvo fuera, Marx y sus amigos entretuvieron a los niños con múltiples aventuras por Londres, y en cierta ocasión, Marx, Lenchen y los niños fueron a Camberwell, un refugio de verano muy apreciado por los londinenses, a visitar

a un amigo de Colonia, Peter Imandt.⁶¹ Al hermano de Imandt, que estaba en Alemania, le habían dado una carta para que la hiciese llegar a Jenny, pero les dijo que no había podido entregársela. “Esto nos asustó un poco”, le dijo Jennychen a su madre. “Pensábamos que estabas en la cárcel”.⁶²

Pero no estaba en la cárcel. Regresó a Londres a finales de agosto, descansada pero con el embarazo muy avanzado. Iba a necesitar la reserva de energía que había acumulado para sobrevivir a la devastadora oscuridad que tenía por delante.

Londres, 1855

Bacon dice que las personas realmente importantes tienen tantas relaciones con la naturaleza y con el mundo, tantos objetos de interés, que se recuperan fácilmente de cualquier pérdida. Es obvio que yo no soy una de esas personas importantes.

Karl Marx¹

EL 17 DE ENERO SE OYÓ DE NUEVO el lloro de un bebé en el apartamento del ático de Dean Street. Jenny dio a luz entre las seis y las siete de la mañana. Marx, que creía que los años que se avecinaban serían años de lucha política que requerirían un ejército de hombres inteligentes, solo estaba bromeando a medias cuando comunicó a Engels la llegada de su nuevo hijo diciendo que el niño “desafortunadamente era del ‘sexo’ *par excellence*. Si hubiese sido un niño varón, todo sería perfecto”.² A la recién nacida le pusieron de nombre Eleanor, y desde el momento mismo de su llegada al mundo estuvo gravemente enferma. Jenny estaba fuera de sí ante la idea de un tercer hijo debatiéndose entre la vida y la muerte. Como si pretendiera hacer la lucha aún más difícil, aquel invierno fue excepcionalmente duro. En casa de los Marx había muchas corrientes de aire, y un fuerte viento atravesaba de lado a lado el apartamento, convirtiendo en una burla el hecho de referirse al mismo como un refugio.

Fue un período funesto. El francés Barthélemy, que decía tener una bala en reserva para matar a Marx por haber traicionado a la causa, murió en la horca aquel mismo mes.³ Desde que había albergado a los refugiados del Soho y había dejado de visitar el apartamento de los Marx, Barthélemy había estado viajando con un distinguido *émigré* que se había establecido en el barrio de St. John’s Wood, en el noroeste de Londres, y su engreimiento había crecido en consecuencia.⁴ En 1853 fue juzgado y condenado a solo dos meses por haber matado a otro emigrante en un duelo. (Logró convencer al juez de que no sabía que en Inglaterra era ilegal arreglar las cuentas a tiros.)⁵ Pero en diciembre de 1854 se vio implicado en dos asesinatos y esta vez no pudo convencer al juez. Los asesinatos estaban en relación con un complot para asesinar a Napoleón duran-

te un baile en las Tullerías. Barthélemy había conseguido una entrada para asistir al baile y una pistola, pero como necesitaba dinero para hacer el viaje, fue a ver a su antiguo patrón. Al parecer el hombre no le quiso dar el dinero que necesitaba y Barthélemy lo mató. Luego, durante su huida, mató a un policía. El 5 de enero de 1855 un jurado lo declaró culpable de homicidio, y diecisiete días más tarde fue ejecutado en la prisión de Newgate,⁷ donde en su día la ley penal había sido escrita literalmente con sangre.⁸

Ni Marx ni Jenny lamentaron la muerte de Barthélemy, pero su ahorcamiento fue una especie de horrible nota a pie de página a un desafortunado capítulo anterior de su vida en Londres, y un recordatorio de hasta qué punto se habían desviado algunos de ellos de los ideales por los que habían luchado y por los que tanto se habían sacrificado.⁹

En marzo Eleanor estaba peor, y como Fawksy, sus estridentes chillidos molestaban tanto a los de casa que contrataron a una nodriza irlandesa con la esperanza de que el cambio tranquilizase a la criatura.¹⁰ Marx, que padecía una grave inflamación ocular que según creía él se la había causado la lectura de sus propios manuscritos, también estaba tragando frascos de medicina tratando de curarse de una fuerte tos. Pero el más enfermo de todos, según le dijo Marx a Engels, era Musch, su querido hijo de ocho años. Marx se hizo cargo del cuidado del niño, que padecía una severa fiebre gástrica que no podía quitarse de encima, y estuvo a su lado día y noche mientras duró su enfermedad.¹¹ El 8 de marzo, según le dijo a Engels, el médico estaba contento porque el muchacho parecía haber hecho grandes avances hacia su recuperación, tantos, de hecho, que Marx ya estaba considerando ir a visitar a Engels en cuanto pudiese hacerlo con la conciencia tranquila.¹²

A lo largo de marzo, la enfermedad de Musch fluctuó: el médico se mostró primero satisfecho con sus progresos, y luego preocupado cuando desarrolló nuevos síntomas y reaparecieron otros que parecían superados. El 16 de marzo Marx le dijo a Engels que temía que Musch no se recuperase,¹³ pero once días más tarde dijo que había mejorado visiblemente, y el médico dijo que había motivos para la esperanza. Lo importante era que Musch estaba muy débil y no estaba nada claro que pudiese resistir el tratamiento necesario para fortalecerle lo suficiente como para viajar al campo —lejos del viciado aire de Londres— donde, según el médico, podría recuperarse totalmente.¹⁴

Marx siguió velando a su hijo, estando a su lado y acompañándole cada vez que se levantaba de la cama. Lenchen también estaba continuamente con el muchacho. Jenny, sin embargo, estaba tan consternada ante la perspectiva de per-

der a su hijo, al que se refería como su orgullo, su alegría, su ángel, el hijo de su corazón, que procuraba quedarse en la habitación delantera, lejos de su hijo, que estaba en cama en la trasera, cerca del único hogar del apartamento. Temía que sus lágrimas asustasen al chico. Pero Musch, aquel muchacho de mirada expresiva y cabeza grande, era muy listo, y decía a sus hermanas: “Cuando mamá viene a hacerme compañía, siempre me tapa las manos y los brazos para no ver lo delgados que están”.¹⁵ Sabía lo que su madre temía.

Mientras Edgar estaba enfermo, las niñas cuidaban de Eleanor y no perdían de vista a la nodriza irlandesa, que era alegre y de natural bondadosa, pero que tenía predilección por el brandy y la ginebra. Jenny decía que las niñas “la vigilaban como un halcón”, y finalmente Eleanor se hizo más fuerte.¹⁶ Engels se hizo cargo de escribir los artículos de Marx para el *Tribune*, y de este modo entraba al menos un poco de dinero en la casa.

El 30 de marzo Marx le dijo a Engels que la salud de Musch cambiaba de hora en hora. Pero las fluctuaciones implicaban más pasos atrás que adelante. La enfermedad del muchacho parecía haberse convertido en una especie de consunción abdominal, una forma de tuberculosis, y aunque no lo decía abiertamente, el médico parecía haber perdido la esperanza. Marx escribió: “Durante la pasada semana la tensión emocional ha hecho que mi mujer esté peor que nunca. En cuanto a mí, aunque me sangra el corazón y me arde la cabeza, tengo, naturalmente, que mantener la compostura. Ni un solo momento durante su enfermedad mi hijo ha sido infiel a su carácter bondadoso y al mismo tiempo independiente”.¹⁷

El 6 de abril Marx escribió a Engels: “El pobre Musch nos ha dejado. Hoy, entre las cinco y las seis se ha quedado dormido (literalmente) en mis brazos... Comprenderás cómo lamento su muerte”.¹⁸ Su hijo, el maravilloso granujita, el coronel, cuya imaginación, vitalidad y buen humor habían sido la auténtica savia vital de la familia, ya no estaba; su carita macilenta, su carne fría al tacto. Tras él, en las pequeñas habitaciones bajo el alero de un desvencijado edificio, en un barrio que era una cochambrosa colmena, en la ciudad más grande del mundo, quedó una angustiada soledad.

Liebkecht describió la escena en la casa de Marx inmediatamente después de que Musch fuese declarado muerto. Jenny y Lenchen lloraban sobre su cuerpo, una a cada lado, junto con las niñas, a las que Jenny agarraba con tanta fuerza que parecía que quería defenderlas de la muerte que le había arrebatado a su hijo. Marx rechazó enojado todo consuelo;¹⁹ la muerte de su hijo no había sido una pérdida, había sido un robo.

Pero ¿quién era el ladrón? Musch había muerto de tuberculosis intestinal,

una enfermedad nada infrecuente, pero en su caso exacerbada por una mala nutrición y unas condiciones de vida poco saludables.²⁰ Ningún padre en circunstancias similares podría dejar de preguntarse qué podía haber hecho para evitar aquel trágico resultado, y no cabe duda de que Marx y Jenny también se lo preguntaron. Tampoco cabe duda de que aquel descenso al rincón más oscuro de sus almas solo podía haberles llevado a una conclusión: el camino revolucionario que habían elegido era lo que lo había matado. Era el tercer hijo que perdían Marx y Jenny, pero su muerte era mucho más dolorosa. Jenny confesó que el día del fallecimiento de Musch fue el más terrible de su vida, peor que todos sus anteriores sufrimientos combinados.²¹ Un amigo de la familia dijo que la muerte de Musch hizo que el cabello moteado de canas de Marx se volviese blanco de la noche a la mañana.²²

* * *

Musch fue enterrado dos días más tarde en el mismo cementerio cuáquero de Tottenham Court Road donde estaban enterrados Fawksy y Franzisca.²³ Marx iba sentado en silencio en su carruaje, la cabeza entre las manos, mientras la carroza fúnebre con los laterales de cristal transportaba el cuerpo de Musch al cementerio. Liebknecht posó suavemente una mano en la cabeza de Marx y trató de tranquilizarle recordándole lo mucho que lo amaban su familia y sus amigos. Pero Marx le respondió con un grito y gimiendo de dolor: “¡No puedes devolverme a mi chico!” El resto del breve viaje hasta el cementerio se hizo en el más absoluto silencio. Liebknecht dijo que cuando el pequeño féretro fue finalmente bajado a su tumba temió que Marx tratase de seguirle y se puso a su lado para impedirselo.²⁴

Si el funeral había sido triste, la vida en Dean Street los días inmediatamente posteriores fue infinitamente peor. Marx le dijo a Engels que la casa era un lugar lúgubre. “No puedo decirte hasta qué punto echamos de menos al niño a cada momento”, escribió el acongojado padre. “Ya había tenido mi parte de mala suerte, pero solo ahora he sabido en qué consiste la infelicidad. Estoy destrozado. Desde el funeral he tenido la fortuna de sufrir unos dolores de cabeza tan lacerantes que no he podido pensar en nada y apenas oír o ver algo. En medio de los terribles tormentos que he tenido que soportar recientemente, el pensamiento de que te tengo como amigo me ha ayudado a resistir, así como la esperanza de que todavía hay algo razonable que podemos hacer juntos en el mundo”.²⁵

Cuarta Parte

El final de *la vie bohème*

Londres, otoño de 1855

*Si vuestras dulces almas vuelan por el aire
y no están sujetas a perpetua condenación,
¡revolotead en torno a mí con vuestras aéreas alas,
y escuchad el lamento de vuestra madre!*

William Shakespeare¹

MENOS DE DOS SEMANAS DESPUÉS de la muerte de Musch, Marx y Jenny tomaron el tren más barato disponible y se dirigieron al norte, atravesando la arcillosa campiña inglesa camino de Manchester y de Engels.² Sabían que podían contar con él para que les ayudase a levantar el ánimo. Ambos estaban física y mentalmente destrozados porque pensaban que si hubiesen podido sacar a Musch de Londres a tiempo, su hijo podría haber sobrevivido. Y ahora buscaban un refugio parecido para ellos mismos. Marx repartió sus obligaciones como redactor del *Tribune* y de un periódico alemán de Breslau entre sus amigos³ y se centró enteramente en cuidar a Jenny, a quien su hija de once años Jennychen describía conmovedoramente como “tan delgada como una candela pequeña, de las de medio penique, y tan seca como un arenque”.⁴ Marx temía que su esposa pudiese no sobrevivir a su reciente tragedia. La propia Jenny decía que el dolor había hecho nido en el rincón más profundo y silencioso de su corazón, y que era un ocupante despiadado que nunca iba a envejecer ni a dejar de sangrar.⁵

Jenny y Marx se quedaron en Manchester durante casi tres semanas, pero si bien Jenny se había tranquilizado un poco mientras estuvo fuera, el bálsamo dejó de surtir efecto una vez de regreso a Dean Street. Durante la primera semana de mayo cayó en una profunda depresión y no se movió de la cama. Las niñas y Lenchen todavía estaban traumatizadas por la muerte de Musch.⁶ Marx calificó su situación de agónica, observando que un clima “espantoso y que no daba tregua” parecía querer identificarse con el dolor abrumador de la familia.⁷ Pero en el horizonte brillaba un rayo de esperanza. Había llegado a su conocimiento que el tío de Jenny, el “canalla” cuya muerte Marx confiaba que se produciría

pronto, finalmente se había muerto. Con su fallecimiento, recibirían una herencia de por lo menos cien libras, suficiente para resistir hasta final de año si se ceñían al presupuesto que se habían marcado.⁸ Pero la herencia tenía un sabor agrídulce. De haber llegado antes, ¿quién sabe si habría podido servir para salvarle la vida a Musch?

A comienzos de julio Marx le dijo a Engels que cuando llegase el dinero sacaría a su familia de Londres. “El recuerdo de nuestro pobre y querido hijito nos atormenta e incluso se interpone en el juego de sus hermanas. Estos golpes solo pueden mitigarse lentamente, con el paso del tiempo. En mi caso, esta pérdida sigue siendo tan lacerante como el primer día”.⁹ De hecho, no tuvieron que esperar hasta recibir la herencia para abandonar la ciudad. Peter Imandt, el maestro de escuela de Colonia amigo suyo iba a estar en Escocia durante un mes y ofreció a los Marx la casa que tenía en Camberwell.¹⁰ La familia cogió al vuelo esa oportunidad de escapar de su aflicción y de la legión de furiosos acreedores que había crecido en tamaño y en vehemencia mientras la familia lloraba la pérdida de Musch.¹¹ Algunos biógrafos de Marx han atribuido la huida de la familia enteramente a los esfuerzos de Marx por quitarse de encima a los cobradores, pero de sus cartas se sigue claramente que el motivo principal de su partida fue el dolor por la muerte de Musch.

Poco después de su llegada a Camberwell, Jenny escribió a un familiar de Prusia describiendo la sensación de pérdida de Jennychen y Laura: “Todos sus maravillosos juegos han quedado interrumpidos, y han dejado de cantar. La tercera persona de su círculo ha desaparecido, su fiel e inseparable camarada las ha dejado y con él se han ido sus bromas y sus juegos, y su maravillosa y sonora voz, con la que solía cantarnos canciones folklóricas irlandesas y escocesas”. Según su madre, Jennychen era la más afectada de las dos hermanas mayores.¹² Pero gradualmente ella y Laura centraron su atención en la pequeña Eleanor, que tras unos difíciles primeros meses ahora estaba creciendo bien. “Es como si hubiesen transferido todo el amor que sentían por su querido hermano a esta criaturita que ha sido como un regalo del cielo para ellas... cuando esta casa estaba sumida en el dolor”.¹³ En setiembre, Marx pudo declarar que el saludable aire del campo, lejos del Soho¹⁴ (que una década más tarde todavía le producía temor a Marx), sentaba bien a su familia. Incluso el ánimo de Jenny había mejorado algo. Y quiso la suerte que Imandt decidiese convertir en semipermanente su estancia en Escocia. Ello significaba que la familia podría quedarse en Camberwell hasta que llegase la herencia de Jenny, y que podrían buscar alojamiento lejos de Dean Street.¹⁶ Jenny decía que buscarían un lugar para vivir más cerca del Museo Británico, de modo que Marx pudiese proseguir con su trabajo allí.

Mientras, conservaron el apartamento de Dean Street ante la temible posibilidad de tener que regresar al mismo.¹⁷

Si el interés de Marx en los asuntos mundanos era un indicio de su estado de ánimo, cuando la familia salió hacia Camberwell, él parecía haber recuperado parcialmente el equilibrio (al menos lo suficiente como para ser capaz de refugiarse en la política para olvidar su dolor). El peso de la información en sus cartas a Engels se inclinaba desde lo personal a lo profesional, y en este último campo el foco estaba casi enteramente en el Mar Negro y en la Península de Crimea, al sur de Rusia, que en el verano de 1855 se había convertido en un teatro de conflicto en el que estaban implicados Turquía, Rusia, Francia e Inglaterra. Era el primer choque memorable entre potencias europeas desde 1815, y la primera guerra moderna en la que las tropas eran transportadas en barcos de vapor, había cámaras registrando los enfrentamientos, y periodistas que enviaban por telégrafo sus crónicas desde el campo de batalla.¹⁸ Aquellos reportajes describían los horrores de la guerra de una forma que los lectores no habían conocido hasta entonces, y descubrían las cortinas para dejar al descubierto las insensatas decisiones que habían costado la vida a sus seres queridos.¹⁹

Igual que casi todos los conflictos internacionales, la Guerra de Crimea tenía su origen en un conflicto anterior. Un siglo antes, los soberanos otomanos habían agradecido a Francia la ayuda que les había prestado en sus guerras contra Rusia y Austria dándoles la autoridad sobre los cristianos de Tierra Santa, la mayoría de los cuales no eran católicos romanos, como en Francia, sino ortodoxos, como en Rusia y en Grecia. Este acto produjo décadas de tensión, pues la “donación” fue revocada a favor de las naciones cristianas ortodoxas. En 1852, para reforzar su posición entre los católicos franceses, y respaldado por la fuerza militar, Napoleón III pidió a la debilitada autoridad otomana que hiciera honor de una vez por todas a su promesa de dar a los católicos romanos el control de los lugares santos cristianos. El sultán turco aceptó su petición, pero Rusia no. Rusia invocó otro tratado que, según ella, le otorgaba el dominio sobre los cristianos ortodoxos de todo el Imperio Otomano, incluida Tierra Santa.

Turquía se vio atrapada en la disputa entre dos poderosos rivales que todavía estaban enemistados desde las Guerras Napoleónicas, una enemistad acentuada por el temor de los europeos occidentales a la expansión rusa. Turquía calibró la situación y decidió ponerse al lado de Francia. Una serie de movimientos y contramovimientos militares entre el gigante infeliz ruso y la comparativamente débil Turquía llamó la atención de Gran Bretaña y Francia, que mandaron sus flotas al Mar Negro para tratar de prevenir un gran conflicto. Pero también ellos se vieron involucrados, y en marzo de 1854 Gran Bretaña y Francia declaraban

la guerra a Rusia. Pocas semanas después las fuerzas británicas desembarcaban en Gallipoli, Turquía.²⁰

Engels escribiría más tarde que él y Marx celebraban el resultado de cualquier guerra que acelerase la revolución mundial.²¹ En el caso de Crimea confiaban en la derrota de Rusia. Durante mucho tiempo habían considerado al estado zarista como la mayor amenaza a la reforma en Europa porque era el gobierno reaccionario más poderoso del continente. Rusia había salido de las Guerras Napoleónicas con un aura de invencibilidad militar y era como un enorme aguafiestas situado en el borde de la Europa occidental. En 1848 había ayudado a Austria a aplastar el levantamiento independentista en Hungría, y cuando sus servicios ya no fueron necesarios en ninguna otra parte durante aquel turbulento período, dirigió su celo reaccionario contra sus propios ciudadanos, lanzando lo que sería conocido como el Siglo Cruel.²² Muchos intelectuales rusos, que en su día habían salido exclusivamente de la nobleza, pero entre los que ahora estaban los hijos de los mercaderes y los profesionales, habían estado expuestos a ideas consideradas peligrosas por el zar Nicolás I, que estaba determinado a erradicarlas.²³ (Incluso exigió que la palabra “progreso” fuese borrada del vocabulario ruso oficial.)²⁴

Durante el transcurso de la Guerra de Crimea, en la primavera de 1855, Nicolás murió de repente y fue sucedido por su hijo, Alejandro II. Poco después, empezaron las conversaciones de paz en Viena y Napoleón III hizo una visita triunfal a Inglaterra. (Marx vio personalmente cómo Napoleón –al que describió como “un mono uniformado”– cruzaba el puente de Westminster.)²⁵ Pero las negociaciones no llegaron a buen puerto y siguieron produciéndose víctimas en todos los bandos. Los informes que llegaban a Londres desde el frente de batalla describían una vergonzosa ineptitud. El ejército británico estaba dirigido por unos aristócratas viejos o inexpertos y formado en gran parte por jóvenes escoceses o irlandeses a quienes la pobreza les había llevado a alistarse.²⁶ Las pioneras crónicas del *Times* de Londres describían lo inadecuado que era el abastecimiento de las tropas (incluida ropa de verano durante la campaña de invierno), las muertes de miles de soldados a causa del cólera y las innecesarias matanzas, todo ello aderezado con vívidas descripciones del nauseabundo olor a muerte que salía de unos campos de batalla resbaladizos por la sangre derramada de tantos soldados. Cuando se firmó la paz en 1856 habían muerto seiscientos mil hombres, la mayoría a causa de alguna enfermedad.²⁷

Con tantos muertos era difícil imaginar que alguien pudiese reclamar la victoria, pero Francia e Inglaterra fueron considerados como los vencedores. La derrota de Rusia redujo mucho la amenaza que representaba y abrió el camino a

la liberalización bajo Alejandro II. La guerra también popularizó un concepto acuñado en 1853, el de *realpolitik*.²⁸ En un nuevo mundo de mercados interconectados y alimentados por lazos diplomáticos y guardados por el poder militar, aquellos ideales que eran vistos como impedimentos a los beneficios materiales eran fácilmente ignorados y discretamente abandonados. Para Marx y Engels, la Guerra de Crimea puso de manifiesto lo que ellos calificaban de alianzas interesadas de los líderes en Londres y París, que en el frente comercial consiguieron unas condiciones favorables para sus nuevos intereses comerciales en Turquía, y en el plano diplomático reajustaron el equilibrio de poder en Europa en beneficio de Francia.²⁹

Marx y Jenny pasaron el otoño de 1855 en Camberwell esperando la herencia de Jenny. Pero Marx estaba ansioso por volver a Londres y a trabajar, acicateado en parte por la guerra y en parte por la ira que le produjo la muerte a los treinta y cuatro años de uno de los acusados en el juicio de Colonia, Roland Daniels. Daniels había sido absuelto de todos los cargos, pero las duras condiciones en que lo habían tenido durante los diecisiete meses previos al juicio fueron como una sentencia de muerte anticipada. Marx le dijo a la viuda de Daniels, Amalie, que se sentía inconsolable por la pérdida de su buen amigo y que escribiría un obituario en su honor en el *Tribune*. “Cabe esperar que las circunstancias nos permitirán algún día descargar nuestra venganza contra quienes han truncado su carrera en la vida de una forma más dura que con un simple obituario”.³⁰

Pero primero Marx tuvo que esconderse, y no por razones políticas, sino financieras: el médico que había tratado a Musch y que estaba persiguiendo a Marx para que le pagase sus servicios lo había localizado en Camberwell. Marx escribió a Engels una carta más propia de una novela de capa y espada explicándole que la familia permanecería en casa de Imandt, pero que él se trasladaría de incógnito a Manchester.³¹

Marx estuvo con Engels hasta diciembre antes de regresar subrepticamente a Dean Street, donde se encerró en su apartamento, temiendo encontrarse con el médico o con sus secuaces cobradores de facturas.³² Esta autoimpuesta encarcelación terminó cuando Jenny recibió las 150 libras que le correspondían de su parte de la fortuna de su difunto tío. Marx no había podido encontrar otro alojamiento, así que cuando Imandt regresó a Camberwell, Jenny y los niños se mudaron de nuevo a regañadientes a Dean Street³³ y Marx saldó su deuda con las “fuerzas hostiles” que le asediaron en cuanto corrió la noticia de la llegada de la familia.³⁴

Además de los acreedores también les estaba esperando Pieper. Mientras

estaban fuera, el desventurado enamorado había descubierto la música de Wagner, que había estado en Londres aquel mismo año,³⁵ y tal vez pensó que podía levantar el ánimo de la familia interpretando algunas de las piezas del compositor. Marx le dijo a Engels que le horrorizaba aquella “música del futuro”.³⁶ Pero si bien el intento de Pieper de reconfortar a la familia con la música no tuvo éxito, su presencia fue el tónico perfecto. Aquellas semanas iniciales después de su vuelta a Londres, durante su primera Navidad sin el coronel Musch, podían haber sido mucho más deprimentes de no ser por las aventuras de Pieper.

Un día, mientras estaba dando clase a las niñas, llegó una nota anónima a su nombre. La persona desconocida que le proponía una cita era obviamente una mujer, y Pieper se mostró exultante ante la perspectiva de una nueva aventura. Le mostró la nota a Jenny y esta reconoció inmediatamente la letra de la nodriza irlandesa a la que habían contratado después del nacimiento de Eleanor. No era precisamente la mujer que Pieper se había imaginado, y la familia se rio a carcajadas a su costa. De todos modos Pieper, que se consideraba un caballero, acudió a la cita. Aparentemente era incapaz de decepcionar a una dama.³⁷

Efectivamente, Pieper se había vuelto más realista durante el año de reflexión anterior. El hombre al que Jenny llamaba “el Byron del Soho”³⁸ había llegado a la conclusión de que solo podría ser realmente feliz si encontraba una esposa con dinero suficiente para sacarle de apuros cuando estuviese pasando un mal momento. Con esta idea en mente se dispuso a seducir a la hija de un verdulero a quien Marx describía como “una vela de sebo con anteojos verdes... sin nada de carne por ningún lado”. La chica había estado enamorada de Pieper durante mucho tiempo, así que este se dirigió a su padre y le hizo saber que estaba enamorado de su hija y algo aún más importante: que necesitaba un préstamo para garantizarle el futuro que sin duda en algún momento le ofrecería. Le pidió a su aspirante a suegro entre veinte y cuarenta libras, y le dijo que se casaría con su hija en el momento propicio.³⁹

La respuesta del verdulero le llegó en forma de una carta dirigida al 28 de Dean Street; le prohibía terminantemente poner de nuevo los pies en su casa. La consternada joven se presentó entonces en el apartamento de Marx y le propuso a Pieper fugarse juntos. Pero Pieper no tenía tanto interés por la enamorada *fräulein* ahora que era pobre, y el asunto se quedó ahí.⁴⁰ Durante todo aquel tiempo, sin embargo, Jennychen y Laura se habían divertido enormemente con aquella comedia romántica que se había representado en su propio salón. Jennychen describió a Pieper como un “Benedick”, el personaje del esposo en la comedia de Shakespeare *Mucho ruido y pocas nueces*, mientras que Laura, que entonces tenía diez años, la matizó apuntando que Benedick era un hombre

ingenioso pero que Pieper era un pobre payaso, y además sin un centavo.⁴¹

La herencia del tío de Jenny había dejado a los Marx relativamente libres de deudas durante todo el invierno. Ahora el dinero tenía menos protagonismo en las cartas de Marx a Engels, y cuando lo tenía era sobre todo en relación a cuestiones financieras y comerciales, no a sus problemas personales.

Con la ayuda de Ferdinand von Westphalen, Jenny recibió un pasaporte para viajar a Tréveris con sus hijos y con Lenchen durante la primavera de 1856.⁴² El motivo del viaje de Jenny era doble. Su madre estaba enferma y Jenny y las niñas querían irse de Dean Street. Partieron el 22 de mayo planeando estar fuera durante tres o cuatro meses.⁴³ Podría pensarse que, quedándose solo con Pieper, Marx habría celebrado la posibilidad de trabajar sin ser molestado por Jenny y las niñas, pero solo habían transcurrido veinticuatro horas de la partida de estas cuando decidió que tampoco él quería quedarse allí, y empezó a preparar su salida. Le dijo a Engels que el médico le había recomendado un cambio de aires para combatir el retorno de su recurrente afección hepática.⁴⁴ Sus cartas indican que también su salud mental necesitaba un cambio de ubicación. De hecho, una carta del 23 de mayo a Engels puso de manifiesto lo rápidamente que Marx perdía el control si no tenía el ajetreo de la familia a su alrededor para distraerle. Estaba enfrascado en la lectura de Shakespeare y le dijo a Engels que estaba perplejo por el uso que hacía el bardo de la palabra “hiren” en *Enrique IV*. Se preguntaba si Samuel Johnson estaba en lo cierto o no al interpretar “hiren” como “siren”. Marx le preguntaba si no podría ser un juego de palabras que hacía el poeta con “hure” (o “whore”, *puta*) y “siren” (*sirena*). O tal vez con “heoren”, una referencia a “hearing” (*oído*). Y concluía diciendo: “Como ves, es posible deducir lo profundamente deprimido que me encuentro hoy a juzgar por el gran interés que presto a estas minucias”.⁴⁵

Para poder trabajar (o lo que es lo mismo, para poder vivir), Marx necesitaba el sostén que le proporcionaban Jenny y los niños. Solo podía poner en orden sus ideas en medio del desorden doméstico. Durante toda su vida, la suya era la compañía que había ansiado. Aquel hombre que desde los diecisiete años se había comprometido a trabajar por el bien de la humanidad, aparentemente no era capaz de ponerse manos a la obra en ausencia de las mujeres que constituían su pequeño hogar. Añoraba particularmente a Jenny, que era no solo su amiga y su amante, sino que también había sido su más leal caja de resonancia intelectual desde su luna de miel, trece años antes. Ni su corazón ni su cabeza funcionaban bien sin ella.

A comienzos de junio ya no pudo soportar más su soledad y viajó con Pie-

per a Hull, y luego fue él solo a Manchester para ver a Engels, que acababa de regresar de su viaje por Irlanda con Mary.⁴⁶ Desde Dublín a Galway Engels se había encontrado con una tierra desolada derrotada por el hambre y ocupada por Inglaterra; por todas partes había agentes de policía armados. Describió a la población como desmoralizada, “aplastada, política e industrialmente”, desde el campesino al terrateniente burgués. Echando la culpa de ello a Westminster, declaró: “La denominada libertad del ciudadano inglés se basa en la opresión de las colonias”. En una muestra de solidaridad, Engels se dejó crecer un bigote enorme, algo muy popular entre los aristócratas irlandeses venidos a menos. Además del bigote, y a modo de desafío a sus colegas comerciales ingleses, relativamente bien afeitados y rasurados, se dejó también una barba tan larga y espesa que le cubría completamente el cuello.⁴⁷ (Por aquel entonces la barba de Marx era corta y no muy espesa.)

Pero ni siquiera la compañía de su querido amigo podía compensar la nostalgia de Marx. Puede que fuera la herida todavía sin cicatrizar de la muerte de Musch o simplemente que Marx no había estado lejos de toda su familia durante tanto tiempo desde su llegada a Londres seis años antes. Fuesen cuales fuesen los motivos, sentía su ausencia profundamente. El día 21 de junio de 1856, dos días después del decimotercer aniversario de su matrimonio, Marx escribió a su esposa: “La mera separación espacial entre nosotros basta para hacerme ver instantáneamente que el tiempo ha hecho con mi amor lo que mismo que el sol y la lluvia hacen con las plantas: hacerlo crecer. Mi amor por ti, tan pronto como te alejas de mí, se me aparece como lo que es, un ser gigantesco en cuyo interior están comprimidos todo el vigor de mi mente y todo el ardor de mi corazón... Querido amor mío, te escribo de nuevo porque me siento solo y porque me resulta irritante conversar contigo todo el rato en mi cabeza sin que tu lo sepas ni me oigas ni puedas contestarme”. Su ojos, le decía, estaban estropeados por la poca luz de las lámparas y por el humo del tabaco, pero podía imaginarse perfectamente a Jenny con la mente.

Estás aquí, frente a mí, en carne y hueso, y te cojo en mis brazos y te beso desde la cabeza hasta los pies, y luego caigo de rodillas ante ti y te digo: “Madame, te quiero”. Y es verdad que te quiero... Tu sonríes, cariño mío, y me preguntas: “¿A qué viene de repente toda esta retórica?” Pero si pudiera apretar tu dulce y blanco pecho contra el mío, me quedaría en silencio y no diría ni una palabra...

Hay, en verdad, muchas mujeres en el mundo, y algunas de ellas son hermosas. Pero ¿dónde iba a encontrar yo una cara que en cada una

de sus facciones, incluso en cada uno de sus rasgos, evocase los mayores y más dulces recuerdos de mi vida? En tu dulce semblante puedo incluso leer mis más infinitas penas, mis irremplazables pérdidas, y cuando beso tu dulce rostro digo adiós a todas mis penas. “Enterrado en sus brazos, revivido por sus besos”: es decir, en tus brazos y por tus besos.⁴⁸

Desgraciadamente, la respuesta de Jenny a la carta de Marx parece no existir, pero también ella describió su dolorosa separación en una carta a la esposa de Liebknecht, Ernestine, a mediados de julio. Jenny destacaba la alegría que le producían sus hijas,⁴⁹ la pequeña Eleanor (a la que ahora llamaban Tussy, por el verbo francés *tousser*, toser, debido a una tosecita persistente⁵⁰) y las dos niñas mayores, que despertaban la admiración de la gente cuando salían a pasear por Tréveris. Pero añadía: “siempre, en todas partes, echo algo en falta... La separación de *Moro* me resulta muy difícil; las niñas también lo echan mucho de menos; ni siquiera Tussychen ha olvidado a su papáito y lo menciona constantemente”. Jenny también admitía que no podía controlar la tristeza que le producía el recuerdo de Musch. “Cuanto más tiempo llevo sin mi querido hijito, más pienso en él y más penoso me resulta su recuerdo”.⁵¹

El viaje de Jenny a Tréveris se vio interrumpido por otra muerte, esta vez la de su madre, el 23 de julio. Carolina von Westphalen llevaba un tiempo enferma, y Jenny estuvo a su lado durante los últimos once días de su vida. Su pérdida le habría afectado mucho en cualquier otro momento de su vida, pero al producirse tan poco después de la muerte de Musch la dejó terriblemente tocada. Jenny escribió a Marx que planeaba abandonar Tréveris en cuanto resolviese los asuntos de su madre con Ferdinand. Luego le propuso irse con las niñas a París, que siempre había sido un consuelo y una alegría para ella, y desde allí a la isla de Jersey, frente a la costa de Normandía, en parte para recuperarse, en parte porque Jersey era más barato y más agradable que Londres, y en parte porque de este modo las niñas podrían aprender francés. Jenny también le comunicaba que Marianne, la hermana de Lenchen, que había trabajado para la madre de Jenny, se iría a vivir con ellos en Londres.⁵²

Marx se apresuró a contestar a su mujer. Se suponía que, en ausencia de Jenny, habría encontrado una casa o un apartamento lejos de Dean Street y, naturalmente, que habría conseguido algo de dinero. Pero no había hecho ninguna de las dos cosas. Además, ya no quedaba casi nada de la herencia del año anterior. Marx le dijo a Engels que teniendo en cuenta la frágil condición mental de Jenny, tenía que reconocer que su plan era espléndido, pero en realidad no veía

de qué modo podría financiarlo.⁵³ Le decía que Jenny no tenía ni idea de lo que había estado sucediendo en Londres mientras ella estaba fuera. “Como puedes imaginar, estoy como un gato sobre ascuas; tengo que hacer algo acerca del alojamiento para cuando llegue mi familia, pero no tengo ni idea de cómo dejar el viejo apartamento y encontrar uno nuevo, pues no tengo ni los medios ni la menor perspectiva inmediata de tenerlos”.⁵⁴

Marx hizo lo más sensato: tratar de demorar lo inevitable. Escribió a Jenny diciéndole: “Por mucho que anhelo verte a ti y a las niñas –y esto es algo *realmente indescriptible*– debo pedirte que os quedéis en Tréveris *otra semana*. Os sentaría muy bien a ti y a las niñas”. Para pintarle un cuadro lo más sombrío posible, añadió: “Estoy durmiendo con Pieper en tu lugar. Es *horrible*. En la misma habitación, en cualquier caso... Durante tres semanas he sido un perfecto hipocondríaco”.⁵⁵

Había de hecho un buen motivo para que Jenny permaneciese en Tréveris: el calor en Inglaterra aquel mes de agosto era insoportable. Engels decía que “lavaba y enjuagaba” su exterior con agua, y su interior “con una variedad de otros fluidos”.⁵⁶ Con aquel clima Marx se puso a buscar frenéticamente un nuevo hogar para su familia.⁵⁷ Finalmente, el 22 de setiembre, le dijo a Engels que había encontrado uno en una zona llamada Haverstock Hill, cerca de Hamstead Heath, en el norte de Londres.⁵⁸ Era el destino favorito de corredores de bolsa, mercaderes y comerciantes que querían sacar a sus familias de la ciudad.⁵⁹ La zona estaba en construcción –ni las calles ni la red de alcantarillado estaban completados, y no había farolas de gas para penetrar la niebla y la oscuridad de la noche. Marx describió la zona como “más o menos inacabada”, pero se sintió tremendamente aliviado de haber encontrado algo.⁶⁰

El número nueve de Grafton Terrace era una casa de tres pisos de unos siete años de antigüedad situada en una hilera de casas adosadas casi idénticas. Con ocho habitaciones, era cuatro veces más grande que el apartamento de Dean Street, y el alquiler era casi el doble de caro.⁶¹ Es posible que Marx no hubiese elegido una casa tan cara si no hubiese estado tan ansioso por salir del Soho, pero también puede que no diese mucha importancia al precio por la expectativa de que Jenny podía heredar de su madre. Ponderando los gastos, es posible que Marx hubiese calculado, autoengañándose una vez más, que con el dinero de Jenny y con sus propios ingresos bastaría para pagar el alquiler de aquel domicilio más bien caro.

Edgar, el hermano pequeño de Jenny, estaba en Estados Unidos, trabajando de mozo de labranza en Nueva York cuando le llegó la noticia de la muerte de su madre. Aunque tampoco tenía dinero propio (aquel mismo mes de mayo

había pedido un préstamo utilizando como garantía el nombre de su hermano Ferdinand) Edgar le dijo a su hermano en una carta que le escribió en agosto: “Cedo mis derechos a los muebles y a otros posibles activos de mi madre a mi hermana Jenny”.⁶² Se sabía que Carolina von Westphalen tenía relativamente poco dinero y algunas acciones cuando murió, pero Jenny y Marx calcularon que fuera lo que fuese lo que heredaran sería mucho comparado con lo que tenían —unas cincuenta libras— y que con ello podrían saldar unas cuantas deudas y hacer un pago inicial por el alquiler de su nueva casa.⁶³ Incluso Jennychen era consciente de lo apurado de la situación, y escribió una nota a su padre diciéndole que su madre había pagado el alquiler del apartamento: “Creo que mañana mismo estaremos de nuevo en nuestra vieja casa”. Marx le pidió ayuda a Engels, que por supuesto se la dio.⁶⁴

Parte de los problemas económicos de la familia Marx en aquel momento venían de las turbulencias del mercado. Los primeros síntomas de un terremoto financiero en América se estaban haciendo sentir al otro lado del Atlántico y estaban empezando a afectar a los bancos y a las bolsas europeas. Los valores en los que había invertido Carolina von Westphalen habían sufrido una fuerte caída y Ferdinand no quería venderlos con pérdidas.⁶⁵ Muchas personas habían sido víctimas de aquella caída en picado. El boom económico que había empezado en 1849 y que había continuado durante la década de 1850 se había basado en la especulación. Numerosos inversores se habían apuntado a la locura de la bolsa y habían adquirido acciones de empresas que apenas existían y de ferrocarriles que no iban a ninguna parte. La antiguamente fiable y segura industria bancaria se había unido al circo adoptando nuevas políticas de riesgo: los bancos empezaron a aceptar pagos en forma de cheques personales y a aprobar préstamos basados en el crédito personal, en vez de sobre facturas garantizadas por individuos de solvencia financiera. En muchos casos la economía se había convertido en el equivalente de un juego de azar.⁶⁶ Fue un momento embriagador para aquellos que querían aumentar su fortuna y que estaban dispuestos a forzar las reglas para conseguirlo.

En 1856 algunos expertos empezaron a reconocer que aquel sistema de capitalismo desbocado estaba asentado sobre unos fundamentos débiles —en algunos casos, en el aire— y pronosticaron un crac financiero de dimensiones globales. Aquellos adivinos estaban en lo cierto: lo que estaban viendo que iba a suceder era el comienzo de la primera crisis económica moderna que afectaría al mundo capitalista. Empezó con el colapso de un banco en Nueva York, y debido a que todas las economías estaban ya interconectadas, una crisis en una de ellas se convirtió en una crisis general en todas.⁶⁷ El gobierno británico declaró

que las finanzas del reino eran sólidas,⁶⁸ pero Marx y Engels estaban excitados porque veían con certeza que no solo no era verdad que la situación de Inglaterra fuese sólida, sino que también Francia y el resto de Europa lo estaban pasando mal. Engels declaró que en algún momento del siguiente año se produciría un “día de ira sin precedentes; que toda la industria europea acabaría en ruinas... todas las clases propietarias en un brete, la bancarrota completa de la burguesía, la guerra y el despilfarro al enésimo grado”.⁶⁹ También Marx creía divisar nubes de tormenta social y esperaba que él y Engels se verían de nuevo arrastrados a la acción revolucionaria. “No creo que podamos seguir mucho tiempo así, como simples espectadores”, le dijo a Engels, y añadió en broma: “el mero hecho de que yo haya conseguido por fin encontrar un nuevo hogar y hacer que manden allí mis libros es una prueba de que la ‘movilización’ de nuestras personas está cerca”.⁷⁰

A comienzos de octubre Jenny recibió noventa y siete libras y seis chelines de su herencia, y la familia se mudó a Grafton Terrace. De la ejecución del testamento y la distribución de los fondos se encargó el cuñado de Ferdinand, Wilhelm von Florencourt,⁷¹ que aunque no era un pariente consanguíneo era tratado por Jenny como si lo fuese. Le dio las gracias por su ayuda y también le dijo que “expresase una vez más a Ferdinand su más profundo agradecimiento por su amor y lealtad”.⁷² Jenny había tenido disputas con su hermano respecto a otras partes del legado familiar, pero para cuando estuvieron instalados en Grafton Terrace parecía dispuesta a dejar atrás los rencores por cuestiones personales y también —aparentemente— ideológicas. Sin duda su cortesía respecto a Ferdinand estaba motivada en parte por la necesidad; él era el que manejaba el dinero de la familia. Pero también valoraba más a su clan familiar después de las pérdidas sufridas en Londres y después de la muerte de su madre en Tréveris. Se había comunicado con él durante su reciente estancia en Prusia, y es posible que durante aquel período de duelo se hubiesen dado cuenta de que los lazos personales que los unían eran más fuertes que las ideas políticas que los distanciaban.

En una carta a Florencourt en la que Jenny parece estar describiendo un paisaje pictórico romántico alemán más que su nueva residencia en Londres, Jenny comparaba el domicilio de Grafton Terrace con el apartamento de Dean Street y lo describía como un palacio. Su nueva casa era “espaciosa, soleada, seca y construida sobre un terreno pedregoso. Está rodeada de prados verdes y húmedos donde vacas, caballos, ovejas, cabras y gallinas pacen en íntima y agradable armonía. Frente a nosotros, la enorme ciudad de Londres se extiende en forma de neblinosa silueta, pero cuando el día es claro podemos distinguir perfecta-

mente la cúpula de la catedral de San Pablo”. Las habitaciones de la parte de atrás, le decía, daban a Hampstead Heath y a Highgate.⁷³ En realidad, la zona circundante a Grafton Terrace no era tan majestuosa. Jane le explicó a otro corresponsal que “tenías que abrirte camino entre montones de basura, y cuando llovía, la pegajosa tierra roja se aferraba a las suelas de tus botas, de modo que llegabas a casa cansada del esfuerzo de caminar y con los pies doloridos”.⁷⁴ Y aunque la casa era realmente espaciosa, en aquella época habría sido normalmente descrita como una residencia más bien modesta de clase media.⁷⁵ Las áreas de trabajo —la cocina y el lavadero— estaban situadas en el sótano. El primer piso tenía dos salas de estar, un dormitorio y un pequeño guardarropa; en el segundo piso había otras tres habitaciones, y encima estaba el ático donde dormían Lenchen y Marianne.⁷⁶ La casa disponía de dos inodoros,⁷⁷ y como le gustaba decir a Jenny, de espacio en el jardín para las gallinas.⁷⁸

El principal problema era que la casa no estaba amueblada y que los Marx no tenían nada propio con qué llenarla. No podían permitirse nada nuevo, de modo que según Jenny recorrieron más de cincuenta sitios de rebajas en busca de objetos de segunda mano para llenarla.⁷⁹ De todos modos, le dijo a Florencourt, incluso aquello era un motivo de alegría: “Todos mis viejos sufrimientos y cargas caen víctimas de este maravilloso palacio... Las niñas son muy felices con tantas habitaciones nuevas y la pequeña Eleanor está encantada besando las bonitas alfombras y el ‘guau-guau’ que se acurruca en la alfombrilla de fieltro de la chimenea”,⁸⁰

La familia pasó una primera temporada tranquila en el nuevo domicilio. Pero la tranquilidad no trajo la paz. Mientras Jenny vivió en Dean Street, anhelaba alejarse de los recuerdos que le traía la casa. Y ahora que vivía recluida en Grafton Terrace se seguía sintiendo agobiada por ellos sin tener ninguna de las distracciones que previamente la habían ayudado a olvidarlos. Añoraba sus largos paseos por el West End, las charlas en los *pubs* del Soho y de St. Giles: el *Red Lion* de Great Windmill Street, el *White Hart Inn* de Drury Lane. Y añoraba a los amigos que entraban y salían de su apartamento a todas horas como si también fuera su casa.⁸¹ Para la mayoría de aquellos amigos, el viaje a Grafton Terrace era demasiado largo y difícil para una visita informal. Freiligrath, por ejemplo, ya no podía dejarse caer por allí como hacía cuando estaban en el Soho; ahora era el director de la sucursal londinense de un banco suizo, y sus deberes le tenían demasiado ocupado para hacer la caminata hasta el norte de Londres.⁸² Ni siquiera Pieper, que se había presentado en la puerta de su casa en el Soho con la misma regularidad que un gato callejero, los visitaba. Y otros habían abandonado completamente la ciudad. Lupus pasaba la mayor parte del tiempo

en Manchester con Engels, y Red Wolff había encontrado trabajo como maestro de escuela en Lancashire.⁸³ Finalmente, algunos de sus compañeros más queridos habían muerto. George Weerth, que había introducido a Jenny en Londres, había muerto en La Habana mientras estaba allí haciendo negocios. Tenía treinta y cuatro años cuando contrajo una enfermedad en alguno de los exóticos locales que frecuentaba.⁸⁴ También había muerto su viejo amigo Heine. Este, por supuesto, había estado a las puertas de la muerte durante casi todo el tiempo que le habían conocido, pero sus últimos años fueron muy difíciles. En palabras de su hermano, “Siete años de sufrimiento corporal le han alienado del mundo exterior y parece absolutamente ajeno a las rutinas de la vida diaria en este planeta”.⁸⁵ Tanto Jenny como Marx habían querido mucho a Heine. Su fallecimiento fue un triste colofón a una época maravillosa, una profanación de sus preciados recuerdos parisinos.

Jenny pasó los primeros meses en Grafton Terrace deprimida y rodeada de frascos de medicinas, incluido el opio. “Pasó mucho tiempo”, confesó, “hasta que pude acostumbrarme a la completa soledad”.⁸⁶ Además, y pese a los cálculos financieros de Marx, estaban una vez más sin blanca. Toda la herencia de Jenny se había esfumado con los gastos de la instalación en su nuevo hogar.⁸⁷ Al mismo tiempo, el *Tribune* dejó de publicar dos artículos de Marx a la semana como habían acordado, y *Putnam's*, otra publicación americana que había solicitado su colaboración a comienzos de año, todavía no le había pagado nada, aunque él ya les había mandado los artículos que le habían pedido. Antes de la Navidad de 1856, Marx escribió a Engels pidiéndole dinero una vez más; ya había perdido la cuenta de las veces que lo había hecho. “Si me retraso en el primer pago a mi casero, quedaré *absolutamente desacreditado*”.⁸⁸

Aunque la familia había abandonado Dean Street, los problemas más insolubles les habían seguido a su nuevo hogar. Estaban enfermos y sin un céntimo, y ahora, además, estaban solos. “*La vie bohème* había llegado a su final, y en vez de proseguir abiertamente la lucha contra la pobreza en el exilio, ahora tenían que mantener al menos una *apariencia* de respetabilidad”, escribió Jenny años más tarde. “Navegábamos a toda vela por el océano de la vida burguesa. Y sin embargo teníamos las mismas presiones mezquinas, las mismas luchas, la misma vieja miseria, la misma íntima relación con las tres bolas de la casa de empeños; lo único que no teníamos era el buen humor”.⁸⁹

Londres, 1857

*En estos tiempos difíciles,
hay que ser valeroso y mantener la cabeza bien alta.
El mundo es de los valientes.*

Jenny Marx¹

A FINALES DE ENERO LA SITUACIÓN financiera de la familia era aún peor. El *Tribune* había rechazado todos los artículos de Marx, salvo uno, y Marx sospechaba que el periódico estaba tratando de echarle a base de hacerle pasar hambre. “Así que aquí estoy”, le dijo a Engels, “sin ninguna perspectiva... completamente abandonado en una casa en la que he puesto el poco dinero que tenía y donde es imposible apañárselas de día en día como hacíamos en Dean Street. No tengo ni idea de qué tengo que hacer. Y de hecho me encuentro en una situación aún más desesperada que hace cinco años. Pensaba haber probado ya los posos más amargos de la vida. *¡Pero no!* Y lo peor de todo es que no se trata de una mera crisis pasajera. No se me ocurre de qué forma puedo salir de esta”.²

Marx y Engels, política e intelectualmente, eran tan amigos como siempre; Marx se refería a Engels como su *alter ego*.³ Pero en 1857 las diferencias entre la vida personal de uno y otro eran extremas. Engels había empezado a recibir una parte de los beneficios de Ermen & Engels,⁴ y su padre había llegado a considerarle como un hombre de negocios competente, incluso brillante. Ya no mostraba preocupación abiertamente por las ideas comunistas de su hijo; mientras lo hiciese tan bien como capitalista, podía pensar lo que le diese la gana en privado. Desde este cómodo punto de vista, Engels escribió:

Tu carta ha llegado de forma inesperada. Yo creía que todo iba estupidamente bien por fin, que estabas en una casa decente y que el *asunto* estaba solucionado, y ahora me dices que todo es dudoso... Ojalá me lo hubieras explicado hace quince días. Como regalo de Navidad mi viejo me dio el dinero para comprar una casa, y como había una buena a tiro, la compré la semana pasada. Si hubiera sabido que

tenías problemas habría esperado un par de meses y me habría ahorrado el coste de su manutención... Me irrita profundamente estar manteniendo un caballo aquí mientras tú y tu familia estáis de mala racha en Londres.

Engels le dijo a Marx que le mandaría cinco libras cada mes, pero que no tuviese reparos en pedirle más si lo necesitaba. El mayor sentido de responsabilidad de Engels puede que se debiera a su decisión de “pasar página”. Le dijo a Marx que “había estado llevando una existencia demasiado frívola últimamente”.⁵

Mientras, Marx cayó víctima una vez más de sus problemas hepáticos, que según él le dejaron incapaz de hacer otra cosa que estarse en cama estudiando danés de forma autodidacta⁶ (esta era la forma que tenía de distraerse cuando estaba enfermo). Jenny también estaba enferma, pero su problema era el de siempre: volvía a estar embarazada. Su situación financiera, sin embargo, era tan mala que ninguno de los dos podía permitirse rendirse a su estado.⁷ Marx siguió escribiendo para el *Tribune* y Jenny le hacía de secretaria hasta que finalmente también ella tuvo que guardar cama, momento en que Jennychen, que entonces tenía trece años, y Laura, once, empezaron su larga carrera como ayudantes de su padre. Jenny le dijo a Engels que las dos niñas la habían desbancado “completamente como secretarias del jefe de la familia”, mientras su madre, a los cuarenta y tres años, esperaba la llegada al mundo de su último hijo.⁸

En la primavera de 1857, y tal vez debido a que cada vez utilizaba menos los artículos de Marx en el *Tribune*, el editor Dana le ofreció a Marx un trabajo como colaborador de la *New American Encyclopedia*, un diccionario de cultura general en varios volúmenes redactado por estudiosos europeos y norteamericanos. Los editores de la Enciclopedia advirtieron a Marx que no dejara que sus puntos de vista “partidistas” se colaran en las entradas que redactase. Pese a estas restricciones, Marx se sintió entusiasmado con el proyecto, que le prometía unos ingresos regulares y generosos y que exigían menos trabajo que los artículos que él y Engels escribían para el *Tribune*.⁹ Engels incluso sugirió que Marx le dijese a Dana que él podía encargarse solo de redactar toda la Enciclopedia, aunque en realidad podría contar con la ayuda de Engels, Lupus y Pieper. “Podemos aportar fácilmente esta cantidad de erudición pura”, fanfarroneó, “siempre que nos la paguen con un oro de California igual de puro”. Con un optimismo inusitado, Engels consideró aquel proyecto como la salvación financiera de Marx. “Ahora todo irá bien de nuevo y aunque no haya perspectivas inmediatas de

pago, la colaboración en la Enciclopedia es un buen amarradero”.¹⁰ Marx se olvidó rápidamente de su hígado y volvió al Museo Británico para empezar la investigación previa a la redacción de las entradas de la Enciclopedia.¹¹

La Sala de Lectura a la que volvió Marx aquella primavera había sido transformada. Las paredes seguían cubiertas de libros desde el suelo al techo, pero ahora veinte ventanas de arco se elevaban hacia una enorme ventana redonda en el ápice de una cúpula. (No había luz artificial en la biblioteca. Los lectores dependían de la luz del sol, que no era muy fiable, y a menudo la biblioteca estaba cerrada a causa de la niebla.) Las largas mesas habían sido reemplazadas por unos escritorios colindantes en forma de círculos concéntricos. El efecto era una mayor privacidad para el investigador, que podía abstraerse en sus pensamientos desde la comodidad de una silla ahora tapizada. El recorrido de Marx hasta el museo era al menos el doble de largo desde Grafton Terrace que desde el Soho, pero él iba allí casi a diario, cuando la salud se lo permitía. Engels había sugerido que Marx alquilase un despacho para trabajar en la Enciclopedia, pero Marx ya tenía uno: un escritorio entre las filas K y P en la Sala de Lectura. Durante un cuarto de siglo, Marx formó casi parte del mobiliario.¹²

La oferta de Dana había llegado justo a tiempo para distraer a Marx de su última tragedia familiar. El 6 de julio Jenny dio a luz a un niño que murió casi inmediatamente.¹³ “En sí mismo esto no ha sido un desastre”, dijo, aludiendo a las circunstancias que rodearon el nacimiento y que “se me han quedado grabadas en la mente” y hacen que me resulte “muy doloroso mirar hacia atrás”, hasta el punto de que no quería discutir las por escrito.¹⁴ Jenny guardó cama durante varias semanas y, según Marx, estuvo “de muy mal humor”. No la culpó por ello, pero le dijo a Engels que le resultaba muy pesado.¹⁵ En su correspondencia, sin embargo, lejos de mostrarse resentida, Jenny daba muestras de optimismo. Le dijo a Louise, la mujer de Ferdinand, que el niño recién nacido (cuyo nombre no mencionaba, si es que ya le había puesto un nombre) había sobrevivido poco más de una hora antes de morir: “Una vez más, una silenciosa esperanza del corazón había sido enterrada en la tumba”.¹⁶ Los hijos muertos de Jenny ya eran más que los que seguían vivos.

Durante más de un año Marx y Engels habían seguido muy atentamente los chirridos y crujidos procedentes de los mercados financieros, especialmente en Francia y América. Engels había pronosticado que antes de que terminase el año 1857 se produciría un masivo fracaso económico que precipitaría una revolución social. En octubre, Marx declaró que ya estaba en marcha: “La crisis norteamericana... es *estupenda* y ha tenido repercusiones *inmediatas* en la industria francesa, ya que los artículos de seda se venden ahora en Nueva York más bara-

tos que los producidos en Lyon”.¹⁷ Engels estaba de acuerdo y se refirió al crac económico calificándolo de “magnífico” y diciendo que “no había terminado ni mucho menos... durante los próximos tres o cuatro años, el comercio volverá a estar fatal. *Estamos de suerte*”.¹⁸

A consecuencia de la crisis económica, el *Tribune* despidió a todos sus corresponsales europeos excepto a Marx y a otro colaborador, pero les redujo los honorarios un cincuenta por ciento. Sin embargo, y pese a este martillazo a sus finanzas, la alegría que le produjo a Marx la crisis económica no mermó en absoluto.¹⁹ Marx le dijo a Engels: “Desde 1849 no me había sentido tan *bien* como me siento con este *estallido*”.²⁰ Y Jenny le dijo a un colega: “Aunque la crisis americana ha afectado a nuestra economía de una forma claramente perceptible... no puedes ni imaginarte lo contento que está Moro. Ha recuperado su habitual facilidad y capacidad de trabajo, así como la vivacidad y el optimismo de un espíritu durante mucho tiempo malogrado por una gran pena, la causada por la pérdida de nuestro querido hijo [Edgar]... De día Karl trabaja para ganarse la vida, y por la noche lo hace para completar su economía política”.²¹

En el mismo momento en que la Gran Exposición y el triunfalismo capitalista que esta había suscitado empujaban de nuevo a Marx a reemprender sus estudios de economía, también lo hacía la posible caída de la dinerocracia. No se había centrado en su obra económica desde hacía años; estaba demasiado ocupado tratando de ganar dinero como para escribir sobre él. Pero una vez más la crisis le había inculcado la sensación de que era urgente finalizar su libro. Viendo los fracasos de los bancos, las calamidades del mercado de materias primas y de la bolsa, el contagio de las bancarrotas, el número de personas en paro y sin vivienda, y el hambre, Marx llegó a temer que el sistema se desmoronase a su alrededor antes de tener la oportunidad de explicarlo y de proporcionar orientaciones para un mundo postcapitalista. Marx le dijo a uno de sus colaboradores en Alemania que “dilapidaba” su tiempo escribiendo para el *Tribune* y para la Enciclopedia y que vivía como un ermitaño, y que por la noche trabajaba en el proyecto de su “economía política”, generalmente hasta las cuatro de la madrugada y consumiendo grandes cantidades de gaseosa y de tabaco. Era esencial, dijo, “librarse de esta pesadilla”,²² y más tarde añadió: “aunque la casa se viniese completamente abajo, esta vez tendría que acabar el libro”.²³

Engels, que desde Manchester mantenía a Marx al corriente de los rumores del mercado, comentó con regocijo que sus colegas comerciales estaban furiosos por la animación que mostraba él ante el colapso. Decía que su desesperación era perceptible en los clubs, donde el consumo de licor se había disparado.²⁴ Respecto a él mismo, Engels le dijo a Marx: “Es indudable que la mugre burguesa

de los últimos siete años se me ha pegado de algún modo; ahora podré quitármela de encima y seré un hombre nuevo. Físicamente, la crisis me sentará tan bien como un baño de mar. De hecho, ya puedo notarlos. En 1848 decíamos: nuestro momento ha llegado, y en cierto modo lo había hecho, pero esta vez lo está haciendo de verdad; esta vez sí: ahora o nunca”. El nuevo Engels planeaba confinar sus actividades extracurriculares a la caza del zorro.²⁵ (Describiendo una cacería que había durado siete horas, dijo: “Esta clase de cosas me mantiene siempre en un estado de excitación durante varios días; es la actividad física más placentera que conozco”).²⁶

A medida que el colapso económico se difundía por el continente —afectando incluso al funcionamiento del ferrocarril en Rusia— Marx y Engels seguían la pista a sus progresos. Marx se reía de que las mismas empresas que normalmente estaban en contra de los programas para fomentar la creación de puestos de trabajo para los parados, exigían ahora el apoyo financiero del gobierno e invocaban su “derecho al beneficio” a costa del erario público.²⁷ Marx y Engels buscaban signos de que la crisis hubiese llegado a la agricultura, en cuyo momento, creían, se volvería “espectacular”.²⁸

Marx había mantenido correspondencia durante años con un socialista de Düsseldorf llamado Ferdinand Lassalle, que en 1848 se había hecho famoso como reformista, pero que en aquel momento era más conocido por representar a la condesa Sophie von Hatzfeldt en un pleito de divorcio que duró doce años. Lassalle presentó el caso como una lucha por la emancipación de las mujeres, pero cautivó a la opinión pública (y también al rey de Prusia) revelando los detalles más obscenos de las vidas privadas de los miembros de las altas esferas de la sociedad alemana. Tras la exitosa resolución del caso, que dejó a la condesa y a Lassalle ricos de por vida, Lassalle se fue a vivir con su cliente, veinte años mayor que él.²⁹ Marx le acusó de ser un mantenido que coqueteaba con la aristocracia al tiempo que se declaraba un paladín de los obreros.³⁰

Pese a la desconfianza que les provocaba Lassalle, Marx y Engels lo consideraban un contacto muy útil con los miembros del partido en Düsseldorf y en Berlín. También tenía conexiones con los editores. En 1857 Marx había estado ausente del mercado del libro alemán por cuanto era difícil encontrar un editor sin que alguien del lugar te representase. Marx le dijo a Lassalle que estaba en la fase final de la redacción de lo que describió como “una exposición crítica del sistema de la economía burguesa”. El libro tenía un enfoque totalmente científico, le dijo Marx, y no plantearía problemas con los censores. “Me harías un favor muy grande si pudieses encontrar a alguien en Berlín preparado para encar-

garse de la edición de mi libro”. Marx sugirió que el libro podía publicarse por entregas y sin unos plazos demasiado rígidos, y también dejó claro que el autor tenía que estar bien remunerado.³¹

Era demasiado orgulloso para confiarle sus tribulaciones financieras a Lassalle, pero le dijo a Engels que dado que sus honorarios en el *Tribune* se habían reducido a la mitad, su situación era insostenible y que “preferiría estar cuatro metros bajo tierra antes que seguir pasando tantos apuros. Ser siempre una carga para los demás y estarse atormentando constantemente por estúpidas nimiedades”.³² Era el final de un enero muy frío y Jenny había empeñado su chal a cambio de unos cuantos peniques para comprar comida.³³ “Afortunadamente”, caviló Marx, “los acontecimientos en el mundo exterior ofrecen un buen consuelo ahora mismo. Por lo demás, en privado, creo que llevo la vida más ajetreteada que es posible imaginarse. ¡No importa!” Y luego, casi como una ocurrencia de último momento, añadió: “¿Qué puede hacer una persona con aspiraciones que sea más necio que casarse, y verse de este modo atrapado en las *pequeñas miserias de la vida doméstica y privada?*”.³⁴

En Dean Street, los niños eran demasiado pequeños para entender la pobreza de la familia, pero en Grafton Terrace ya eran lo bastante mayores como para reconocer la diferencia entre su posición y la de las familias de clase media que les rodeaban. Los vecinos de Marx eran mayoritariamente hombres de negocios ingleses pulcros, previsibles, practicantes y con familias jóvenes y florecientes. Él, por otro lado, era un estudioso inmigrante desaliñado y ateo que tenía problemas para llegar a fin de mes. Los vecinos no podían dejar de ver a los acreedores haciendo cola ante la puerta de la casa de los Marx, y seguramente oírían a los tenderos del barrio comentar que no solían pagar ni las facturas más básicas.

Jennychen era especialmente sensible a la apurada situación de la familia, y un ejemplo visible de ella. A los trece años crecía tan rápidamente que Jenny y Lenchen no podían modificar sus vestidos lo bastante rápido como para no tener problemas de vestuario.³⁵ La disparidad entre su situación y la de sus compañeras de escuela era imposible de ocultar y profundamente bochornosa. Pero ella no daba muestras de estar enfadada. Todo lo contrario. Jennychen se consideraba una carga más para sus atribulados padres. En las familias de clase trabajadora, las hijas de la edad de Jennychen ya empezaban a buscar trabajo fuera de casa.³⁶ Como sus padres no le permitían hacer esto, ella trató de contribuir colaborando en las tareas de la casa. Pese a todos sus esfuerzos, sin embargo, no era una empleada doméstica convincente. La ropa que cosía para Tussy era demasiado chillona (uno de los conjuntos que hizo era de color plata y rojo), y sirvien-

do la mesa era, en palabras de su madre, “torpe”. “Cuando se encarga de servir el café”, escribió Jenny, “todas las tazas están constantemente en peligro mortal; aunque luego uno siempre se resarce tomándose una buena taza de té, pese a la pedante disposición de los objetos de porcelana y a que la pequeña derrochadora no puede evitar excederse de la cantidad prescrita de té con un par de cucharadas”.³⁷ Mientras que Laura –mejillas rosadas, rubia, delicada, musical– parecía la encarnación de una chica victoriana, Jennychen era morena, fuerte, intelectual.³⁸ En su decimotercer aniversario, Laura le había regalado un diario, pero en vez de llenarlo con observaciones y ensoñaciones de niña, lo utilizó para escribir un largo ensayo sobre historia griega.³⁹

Jenny, pese a su pobreza y a sus ideas políticas, confiaba en poder convertir a sus hijas en unas auténticas –aunque no burguesas– damiselas, y estaba decidida a educarlas de forma que pudiesen encontrar un esposo culto y refinado (preferiblemente inglés o alemán) y criar a sus propias familias libres de preocupaciones financieras y políticas. Confió a una amiga que a veces deseaba ser una “aficionada” y alejarse de la política (algo imposible para ella y para Karl, ya que “desgraciadamente la política es siempre una cuestión vital”). Fuese cual fuese el precio a pagar, no quería que la revolución fuese la fuerza motriz en la vida de sus hijas.⁴⁰ Su futuro, sin embargo, como el de la mayoría de mujeres jóvenes a mediados del siglo XIX, dependía de la fortuna de su padre. Y desgraciadamente para las hijas de Marx, a su padre le salía casi todo mal.

* * *

En la primavera de 1858 Lassalle encontró un editor para el libro de Marx.⁴¹ El berlinés Franz Gustav Duncker (cuya esposa era una de las amantes de Lassalle⁴²) aceptó la propuesta de Marx de publicarlo por entregas y planificó que la primera entrega se publicase a finales de mayo. Pese a haber especificado que necesitaba ser pagado, Marx se mostró tan entusiasmado por el interés de Duncker que manifestó estar preparado para escribir la primera entrega sin remuneración,⁴³ pero Duncker le ofreció más de lo que recibía un profesor berlinés por un trabajo similar. El editor le pidió que le hiciera llegar nuevas entregas cada tres o cuatro meses y le dijo que estaba preparado para comprometerse a publicar una serie económica escrita por el Dr. Karl Marx.⁴⁴

Finalmente, el libro que Marx llevaba en la cabeza desde hacía tanto tiempo iba a convertirse en realidad. Pero desde el mismo momento en que se firmó el contrato, la mente y el cuerpo de Marx se rebelaron: sus problemas de hígado se intensificaron hasta el punto de que se sentía “incapaz de pensar, leer, y es-

cribir nada salvo los artículos para el *Tribune*". "Mi indisposición es desastrosa", le dijo a Engels "porque no puedo ni empezar a trabajar en el encargo de Ducker hasta que esté mejor y mis dedos recuperen su vigor y su agarre".⁴⁵

Finalmente, Marx envió a su amigo en Manchester un resumen de la primera entrega, pero Engels consideró que era "realmente muy, muy abstracto". Se disculpó por no ser capaz de entenderlo, sugiriendo que su trabajo en la fábrica había secado la parte teórica de su cerebro.⁴⁶ Marx, sin embargo, era tan frágil que la más leve crítica de Engels le hacía tambalearse: ni siquiera pudo escribir una carta de respuesta, dejó que fuera Jenny quien lo hiciera:

Durante la última semana Karl ha estado tan mal que era casi incapaz de escribir. Cree que ya habrás deducido por el fatigoso estilo de su carta más reciente que su biliar y su hígado están una vez más en estado de rebelión... El empeoramiento de su condición es atribuible en gran parte al malestar mental y a la agitación que ahora, por supuesto, después de la conclusión del contrato con el editor, son mayores que nunca y cada vez más diarias, ya que le resulta totalmente imposible acabar el trabajo.⁴⁷

Jenny y Engels habían sabido que el contrato sería una tortura para Marx. Durante los quince años anteriores, un período que se extendía hasta sus días en París, Marx nunca había cumplido un plazo, ni se había ceñido a la longitud acordada, ni había cumplido un encargo de la manera que se lo habían pedido (la única excepción a este último punto había sido el *Manifiesto Comunista*). El problema no era la falta de iniciativa, sino su mente inquisitiva. Marx simplemente no podía dejar de lado la investigación y empezar a escribir; le fascinaba lo desconocido y sentía que no podía consignar por escrito sus teorías hasta entender todos y cada uno de los aspectos siempre cambiantes del tema. Pero esto, por supuesto, era imposible. Las salas del conocimiento son infinitas y mutables, y aunque le hubiese encantado deambular por ellas durante el resto de sus días, un contrato le obligaba a detenerse. Y ahí es donde empezaba el tormento, viajando rápidamente de su mente a su cuerpo. Marx reconocía la importancia del trabajo que tenía entre manos y le dijo a Weydemeyer: "Tengo que perseguir mi objeto tanto a las duras como a las maduras y no dejar que la sociedad burguesa me convierta en una máquina de hacer dinero".⁴⁸ El peligro de que sucediera esto no era muy grande: Marx simplemente necesitaba algo o alguien a quien echar las culpas.

El 29 de abril, veintisiete días después de enviar el resumen a Engels, Marx le escribió finalmente de nuevo. "Mi largo silencio puede explicarse de una for-

ma muy sencilla: incapacidad de escribir. Esto se daba (y en cierto modo todavía se da) no solo en el sentido literario, sino en el sentido literal de la expresión. Los pocos artículos obligatorios para el *Tribune* se los dictaba a mi mujer, pero incluso esto solo era posible aplicando fuertes estímulos. Nunca antes había tenido un ataque tan violento de problemas hepáticos y durante algún tiempo se temió que pudiera ser esclerosis del hígado”. Decía que su médico quería que viajase, que dejase de trabajar y que “callejearse”.⁴⁹

Engels le pidió a Marx que fuese a Manchester inmediatamente. Tenía que comprar un billete de tren de primera clase, que Engels pagaría, y Engels mandaría también dinero a Jenny para cubrir los gastos asociados con la ausencia de Marx.⁵⁰ Al día siguiente Marx escribió para decirle que llegaría en cinco días. Y añadía cándidamente: “Desde ayer me siento mucho mejor”.⁵¹

También Jenny parecía aliviada por la intervención de Engels. De hecho, la familia estaba maravillada de la transformación que había experimentado Marx bajo el cuidado de Engels. No tenían por qué estarlo: Engels ofreció a Marx una huida completa de sí mismo y de sus responsabilidades –tanto de las deudas como de los plazos de entrega– dándole buena comida, buen vino y buenos cigarrillos con la esperanza de que la relajación forzosa liberaría al genio que llevaba dentro. Engels le dijo a Jenny que había llevado a Marx a montar a caballo durante dos horas y que Moro “estaba entusiasmado con aquella actividad”.⁵²

Marx se quedó con Engels hasta finales de mayo, cuando la primera entrega del libro tenía que estar en manos del editor. En vez de ello, escribió una carta a Lassalle llena de medias verdades y de excusas casi ridículas. Le explicó que había estado enfermo, que se había atiborrado de medicinas y que el médico le había ordenado “dejar toda actividad intelectual durante un tiempo y finalmente montar a caballo como forma principal de tratamiento... Con la más absoluta renuencia cedí finalmente a la insistencia del médico y de mi familia, y me fui a Manchester a ver a Engels”. Le pidió a Lassalle que tuviera la amabilidad de explicarle su situación a Duncker. Y se olvidó de mencionar cuándo pensaba entregar el manuscrito.⁵³

* * *

De vuelta en Londres, Marx declaró encontrarse bien y con ganas de trabajar. “Lo malo es que mi manuscrito... es un auténtico batiburrillo, buena parte del cual estaba pensado para formar parte de secciones posteriores”, le dijo a Engels. “Así que tendré que elaborar un índice indicando brevemente en qué cuaderno y en qué página encontrar el material que quiero trabajar primero”. Dicho de

otro modo, el mismo día que se suponía que Marx tenía que haber terminado el trabajo, solo estaba empezando a organizar sus notas. Y no era una empresa baladí: Marx había acumulado ochocientas páginas.⁵⁴

A mediados de julio todavía no había manuscrito, y la situación financiera de Marx, que había empeorado mientras estaba en Manchester, le obligaba a dedicar todo el tiempo a tratar de conseguir algo de dinero. Londres estaba sufriendo una fuerte ola de calor, y Marx recorría la ciudad a pie o en ómnibus tratando de pedir dinero prestado a algún conocido con la promesa de que otro garantizaría su devolución. El calor era tan intenso y la sequía tan severa que la mayor parte del líquido que circulaba por el Támesis eran aguas residuales, y el hedor hacía casi imposible respirar.⁵⁵ Marx le dijo a Engels que la situación era insoportable. Y Jenny le preocupaba particularmente: “Esta situación tan desagradable ha destrozado los nervios de mi mujer, y el Dr. Allen, que, naturalmente, sospecha dónde aprieta el zapato, pero que no conoce el verdadero estado de la cuestión, me ha dicho y repetido que no puede descartar una fiebre cerebral o algo por el estilo a menos que pueda enviar a Jenny a un balneario a orillas del mar para una larga estancia”. Marx describía el problema de Jenny como un problema doble: las presiones diarias y “el fantasma de una catástrofe final e inevitable”.⁵⁶

Desesperado, Marx acudió a un prestamista, que ofrecía préstamos de entre cinco y doscientas libras sin garantías, solo aportando referencias. Freiligrath y un tendero aceptaron aportarlas y Marx destinó dos de las pocas libras que le quedaban a formalizar la solicitud, pero finalmente le negaron el préstamo. Una vez más, recurrió a Engels. Compuso tres largas listas de gastos y deudas y le preguntó a su amigo si veía alguna forma de sacarlo del apuro financiero en que se encontraba. Los mayores gastos de Marx, según aquellas listas, eran la casa de empeños, los impuestos, la escuela de las niñas, el médico y los recibos del vendedor de periódicos. Marx calculaba que incluso si trataba de reducir gastos drásticamente sacando a las niñas de la escuela, mudándose a una casa de alquiler para obreros, enviando a Lenchen y a su hermana a algún lugar lejos de la familia, y comiendo solo patatas, todavía le faltaría dinero para pagar a sus acreedores.

La apariencia de respetabilidad que hemos mantenido hasta ahora ha sido la única forma de evitar el colapso. Por mi parte no tendría inconveniente en vivir en Whitechapel siempre que pudiese disponer de una hora de tranquilidad para dedicarla a mi trabajo. Pero teniendo en cuenta el estado de mi mujer ahora mismo una metamorfosis de este

tipo traería peligrosas consecuencias y no sería nada apropiada para la educación de las niñas...

No desearía ni a mi peor enemigo que se encontrase atrapado en el *lodazal* en el que he estado atrapado estos dos últimos meses, echando chispas a causa del sinnúmero de vejaciones que están echando a perder mi intelecto y destruyendo mi capacidad de trabajo.⁵⁷

Engels calculó que Marx necesitaba de cincuenta a sesenta libras urgentemente, y dijo que él podía encargarse de conseguirle unas cuarenta. Pero también le dijo que ya era hora de que Marx “hiciese un intento” con su madre o con su tío.⁵⁸ Marx intentó un acercamiento a su madre utilizando un retrato de Eleanor como excusa para reanudar el contacto que había descuidado durante años. Aunque la respuesta inicial de su madre fue positiva, pronto se mostró reacia a ayudarlo.⁵⁹ Finalmente, fue una vez más el dinero de Engels el que salvó a Marx, con la intervención de Freiligrath, que se encargó de la complicada transacción.⁶⁰

Marx pagó todas las deudas que pudo pagar y luego envió a Jenny a la ciudad costera de Ramsgate, uno de los lugares favoritos de la alta burguesía inglesa, conocido como el “pulmón” de Londres por su aire saludable.⁶¹ Jenny se adaptó muy pronto a la compañía de lo que Marx calificó burlescamente de inglesas refinadas e inteligentes: “Después de muchos años en los que no ha tenido más compañía, cuando la ha tenido, que la de personas inferiores a ella, la relación con personas de su propia clase parece haberle sentado bien”. A los pocos días Jenny mandó traer a Lenchen y a las niñas.⁶² El trimestre en la Escuela para Señoritas de South Hampstead había terminado triunfalmente: Jennychen ganó el primer premio de su clase y sacó la mejor nota en francés, y Laura quedó la segunda de su clase.⁶³

Mientras, Marx enviaba sus artículos para el *Tribune* a Jenny en Ramsgate para que ella los copiase y los remitiese a Nueva York, y Marianne, la hermana de Lenchen, se quedó en Londres para ocuparse de la casa. Todo esto estaba pensado para garantizar que Marx tuviese el tiempo y el espacio que necesitaba para acabar su manuscrito, la finalización del cual él mismo reconocía que era urgente.⁶⁴ Pero en vez de trabajar, Marx volvió a caer enfermo. El 21 de setiembre, después de varias semanas de no escribir a Engels, le dijo que el motivo de ello era su hígado. Tenía que hacer un esfuerzo tremendo para poder escribir, y a causa de ello calculó que no podría enviar el manuscrito a Duncker antes de dos semanas.⁶⁵ Un mes más tarde, el 22 de octubre, decía que todavía pasarían varias semanas hasta que estuviera en condiciones de enviarlo a Berlín.⁶⁶

En noviembre, Lassalle también se interesó por el manuscrito. Un amigo suyo había visitado a Marx y a Freiligrath y le había explicado que, contrariamente a la situación que describía Marx en sus cartas, estaba viviendo en unas “circunstancias espléndidas” en compañía de una hermosa mujer. Marx se apresuró a explicarle que él y Freiligrath habían pintado un cuadro brillante de su situación al visitante porque Marx no quería que “aquel típico burgués alemán” tuviese la “maliciosa satisfacción” de conocer la verdad. Luego trató de darle una explicación verosímil para justificar haber hecho esperar tanto a Duncker. Era verdad que tenía problemas domésticos y de salud, dijo, pero el verdadero motivo del retraso era su preocupación por una cuestión formal: “Me daba la impresión de que el estilo de todo lo que escribía se veía afectado por mis problemas hepáticos. Y tengo un doble motivo para no dejar que esta obra se eche a perder por motivos médicos”. El primero era que la obra era el resultado de quince años de trabajo, a los que Marx se refería como los mejores años de su vida intelectual, y también que su trabajo contenía un punto de vista importante sobre las relaciones sociales que se describía científicamente por vez primera. “Le debo al partido que el libro no esté desfigurado por el tipo de estilo pesado y acartonado propio de una dolencia hepática”. Una vez más apelaba a Lassalle para que le explicase su posición a Duncker. “Habré terminado en unas cuatro semanas, aunque hace poco que he empezado realmente a escribir”.⁶⁷

Durante semanas, las cartas de Marx a Engels estuvieron llenas de mentiras y excusas, mientras Marx se esforzaba por terminar su libro:

29 de noviembre: Jenny estaba copiando el manuscrito.⁶⁸

22 de diciembre: El manuscrito estará en manos del editor a finales de año. “No hay tiempo que perder, literalmente”.⁶⁹

Mediados de enero: Todavía no había enviado por correo el manuscrito, y aunque comprendía tres entregas con un total de 192 páginas, y aunque se titulaba *El capital en general*, todavía no contenía nada sobre el capital.⁷⁰

21 de enero: El “infortunado manuscrito” estaba listo para ser enviado, pero Marx no tenía dinero para el franqueo y el seguro.⁷¹

Finalmente, el 26 de enero de 1859 Marx escribió una carta de tres líneas a Engels comunicándole que el manuscrito, *Una contribución a la crítica de la economía política*, había sido enviado a Duncker.⁷²

Marx se preguntó si, en caso de que el libro fuese un éxito en Berlín, tenía que buscar un editor en Londres para que publicase la traducción al inglés.⁷³

Londres, 1859

*¡Ay! ¡Qué terrible es ser inteligente cuando
la inteligencia no te aporta ninguna recompensa!*

Sófocles¹

MIENTRAS MARX TRABAJABA EN SU MANUSCRITO, la crisis financiera global que él y Engels habían confiado que precipitaría la revolución terminó sin destruir el sistema capitalista, sin provocar ningún levantamiento social y sin derrocar a ningún gobierno. Prusia tenía un nuevo soberano, pero la causa había sido completamente natural. El rey Federico Guillermo se había vuelto loco en 1858, y su hermano Guillermo había asumido el poder como regente. Guillermo había sido una especie de pararrayos, porque se creía que había ordenado a los soldados en Berlín abrir fuego contra la multitud en marzo de 1848, desencadenando con ello una revuelta mortal en la ciudad.² Pero el regente Guillermo pronto se ganó a quienes se habrían opuesto a su regencia purgando al gobierno de los responsables de la represión durante la década anterior.³ Entre ellos estaba el hermano de Jenny, Ferdinand.⁴

Fue como si finalmente hubiese amanecido en la reaccionaria Prusia. Guillermo miró hacia Inglaterra y hacia Occidente en busca de aliados, en vez de hacia Rusia, y nombró a varios liberales moderados en su gabinete ministerial.⁵ Se permitieron hasta cierto punto las agrupaciones políticas, culturales y profesionales, y corrió el rumor de que habría una amnistía para los exiliados políticos. Reforzando la sensación de celebración que acompañaba a aquellas nuevas libertades, el año estuvo marcado por el primer centenario del nacimiento del gran poeta, dramaturgo, historiador y filósofo alemán Johann Christoph Friedrich von Schiller. En todo el Bund y en todas las comunidades alemanas de Europa y América, se organizaron festivales para conmemorar el nacimiento del hombre que era considerado como la encarnación de la identidad cultural alemana.⁶

Aunque Marx y Engels no habían visto concretarse la revolución que tanto habían esperado, lo que había sucedido, en cambio, resultaba alentador: el nue-

vo clima que se respiraba en su tierra natal hacía cada vez más posible su objetivo de que hubiese partidos políticos y organizaciones de la clase obrera. Tras años de reuniones clandestinas, aquellos grupos podían ahora trabajar a la luz del día y preparar el camino para el fin del gobierno monárquico-capitalista-burgués, la llegada del reino del proletariado y, en última instancia, la abolición de las clases. También era un entorno en el que las obras de Marx podían publicarse, entre otras razones porque su rival, Ferdinand von Westphalen, ya no estaba en condiciones de evitarlo.

Durante los primeros meses de 1859 Marx esperó ansiosamente signos de que su libro estuviese a punto de entrar en máquinas. También Jenny lo esperaba, y presumía ante su familia en Prusia de la inminente publicación de una gran obra escrita por su esposo, que había arruinado su salud el año anterior debido a tanto estudiar.⁷ No solo consideraban ambos que el libro era importante para el “partido” y para la reputación de Marx, sino que también confiaban en que fuese una buena fuente de ingresos: una vez publicado en Alemania podría traducirse y publicarse en Inglaterra, un mercado mucho más lucrativo.⁸

Aunque Marx se había retrasado ocho meses en la entrega del libro al editor, esperaba que no hubiese demoras por parte de este. Mientras esperaba noticias de Berlín, su ansiedad era evidente en cada una de las cartas que escribía a Engels. Uno puede casi sentir la agitación que le embargaba mientras recorría su estudio de un lado a otro esperando que el cartero llamase a la puerta. Trascurrieron dos semanas, y luego otras dos. Seis semanas después de recibir el manuscrito, Duncker solo le envió a Marx un pliego de galeradas para corregir. Marx estaba fuera de sí de la frustración.⁹ Sentía que su obra tenía que ser publicada inmediatamente para tener relevancia, y desde un punto de vista más práctico, quería cobrar. Sí, su contribución se había demorado mucho, pero era una *creación*; lo único que Duncker tenía que hacer, afirmaba el exasperado autor, era componer tipográficamente el texto.

Marx consideraba que Lassalle era el problema. Estaba seguro de que Duncker había dejado a un lado su libro de economía a favor de una obra de ficción de Lassalle.¹⁰ Mientras tanto, Duncker también había publicado un panfleto anónimo de Engels titulado *Po y Rin*, sobre las tensiones militares entre Austria, Francia y Prusia.¹¹ Después de nueve semanas, Marx solo había recibido tres pliegos de galeradas, unas 48 páginas, de las 192 que tenía en total el libro. Marx escribió a Lassalle para decirle que tenía la impresión de que Duncker estaba lamentando haber aceptado el libro y que este era el motivo de que estuviese gestionando su publicación de una forma tan dilatoria.¹²

Sin publicación a la vista, Marx le explicó finalmente a Lassalle su situación

financiera y le pidió que le avalase la solicitud de un préstamo a corto plazo.¹³ Lassalle le puso reparos, y en vez de avalarle le puso en contacto con un primo suyo que ofreció dar un empleo a Marx en una agencia de noticias, donde tenía que telegrafiar crónicas desde Londres.¹⁴ Pese a la compleja y costosa logística del trabajo y al hecho de que Marx no estaba de acuerdo con la tendencia política de la agencia, Marx no dejó escapar la oportunidad y describió con excitación a Engels los ingresos que pensaba obtener. Pero a las pocas semanas aquel plan, como tantos otros, se fue al traste. Marx, una vez más, le echó la culpa a Lassalle.¹⁵ Dijo que Lassalle había criticado a su primo por el cariz conservador de su agencia de noticias y había dado a entender que también hablaba en nombre de Marx. “Este burro ha frustrado las mejores perspectivas que tenía para este verano”.¹⁶

Hiciese lo que hiciese y mirase donde mirase, Marx se sentía frustrado. A mediados de mayo tenía que haberse publicado la primera entrega de su libro de economía, pero pasó la fecha y no se publicó. Duncker, en cambio, había publicado un panfleto de Lassalle sobre temas militares del tipo del publicado por Engels.¹⁷ La sospecha de Marx de que el texto de Lassalle estaba teniendo un tratamiento preferencial se vio reforzada cuando supo que Lassalle había dejado de vivir con la condesa von Hatzfeldy y que estaba viviendo en casa de Duncker.¹⁸

El 21 de mayo de 1859, pocos días después de devolver a Berlín las últimas galeradas, Marx utilizó un ardid transparente, diciéndole que tenía unos cien pedidos del libro de América y necesitaba saber el precio.¹⁹ Pero aquel intento, aparentemente, no tuvo respuesta, y mandó una virulenta carta a Duncker acusándole de demorar deliberadamente la publicación de su libro. “Por la presente le exijo categóricamente que desista de tales maquinaciones, el propósito de las cuales me parece sumamente sospechoso. Todos mis conocidos en Inglaterra [es decir, Engels, Lupus y Jenny] son de la misma opinión”.²⁰

En el mismo momento en que Marx estaba a punto de explotar, la Sociedad Pedagógica de los Obreros Alemanes en Londres empezó a publicar un periódico, *Das Volk*.²¹ Marx no tenía nada que ver con la Sociedad Pedagógica ni con la política de los exiliados desde 1851. Se relacionaba regularmente con poco más de una docena de personas aparte de su familia y si bien en las cartas que se intercambiaba con Engels ridiculizaban a los exiliados no pertenecientes a su pequeño círculo, no lo hacían públicamente y por lo tanto no despertaban las mismas pasiones que durante sus primeros años en Londres. Pero Marx parecía estar buscando brega. Estaba enojado y frustrado, y veía el potencial alborotador que tenía la prensa. (Escribió: “La vida aquí en Londres es demasiado dura para que uno no se permita distracciones de este tipo cada ocho años más o

menos”).²² Le dijo a Engels que *Das Volk* era un “periodicucho diletante” pero que podía utilizarse para martirizar a su viejo rival Gottfried “Jesucristo” Kinkel, que tenía su propio periódico.²³

Liebknecht y el fundador de *Das Volk*, Elard Biskamp, habían pedido de hecho a Marx que colaborase con ellos en el periódico. Aunque inicialmente había declinado hacerlo, no parecía capaz de rechazar la tentación de tener un periódico a su disposición, y pronto empezó a ofrecerles lo que él llamaba “‘indicadores’ sobre esto o aquello”.²⁴ Su influencia crecía; a instancias de Marx, *Das Volk* empezó a publicar ataques a Kinkel y a sus aliados, y a críticos del continente. Esto, a su vez, despertó de nuevo toda la animosidad contra el “partido de Marx” que permanecía latente en los círculos de los exiliados.

Marx fue a Manchester en junio para ver a Engels y a Lupus. En vez de tratar de apartarle del imprudente camino que estaba siguiendo, alentaron su rabia, convencidos de que su pionera obra económica estaba siendo ocultada al mundo por un editor demasiado ignorante como para reconocer su valor. El 22 de junio, Marx escribió otra carta a Duncker regañándole por no cumplir su promesa de publicar el libro y pagarle a comienzos de junio. Marx le amenazó con sacar una nota en los periódicos explicando por qué la publicación del libro se estaba demorando. Sin duda exagerando una vez más, decía que era un paso necesario porque había recibido muchas preguntas al respecto y no podía contestarlas todas individualmente.²⁵ Las cartas de Marx a Duncker resultaron doblemente embarazosas. Sin que Marx lo supiera, mil ejemplares de su *Contribución a la Crítica de la Economía Política* habían salido de la imprenta once días antes, y él había insultado gravemente al hombre del que confiaba que publicaría su próxima obra.²⁶

La aparición del libro aumentó la ansiedad de Marx respecto a la reacción que iba a provocar su obra. Engels dijo que le gustaba,²⁷ lo cual era una respuesta contenida comparada con las alabanzas que prodigaba habitualmente a los escritos de Marx. Otros miembros de su círculo se quedaron francamente perplejos. Liebknecht dijo que nunca un libro le había decepcionado tanto, y Biskamp, el fundador de *Das Volk*, le dijo a Marx que no entendía la intención del libro.²⁸ No fue ninguna sorpresa que la obra desconcertase a los asociados de Marx: la *Contribución* se leía como la teorización de unas ideas a mitad de camino, en algún lugar entre sus “Manuscritos de 1844” y el futuro *Capital*. El prefacio exponía los argumentos de Marx sobre la base material de la historia, pero las secciones subsiguientes se leían como fragmentos que planteaban cuestiones sin ofrecer respuestas.²⁹

En la prensa en general no hubo ninguna reacción aparte de la reseña que escribió Engels para el *Das Volk* y que fue también publicada en algunos periódicos de lengua alemana, especialmente en América.³⁰ Jenny y Marx calificaron aquella falta de respuesta de “conspiración de silencio”,³¹ que casi enloqueció a Marx. “Te equivocas”, le dijo a Lassalle, “si piensas que yo esperaba elogios encendidos de la prensa alemana, o críticas calumniosas. Yo esperaba ser atacado o criticado, pero no ignorado, lo que, además, tendrá graves consecuencias en las ventas. Teniendo en cuenta la vehemencia con que en diferentes ocasiones se han expresado en contra de mi comunismo, era de esperar que ahora expusiesen sus ideas en contra del argumento teórico a favor del mismo”.³² Echando chispas, Marx escribió a Engels para decirle que sus rivales de la emigración se alegraban mucho de su aparente fracaso.³³

En julio Marx contrajo una enfermedad que él atribuyó al calor.³⁴ En agosto todavía tenía vómitos.³⁵ Además de decepcionada, la familia de Marx estaba en pleno colapso financiero. Habían empeñado todo lo empeñable y Jenny se vio obligada a presentarse ante un juzgado comarcal para defender a la familia contra las demandas de los acreedores, pero llegó demasiado tarde para hacer valer sus argumentos a favor de un programa de repago menos rígido. Las deudas siguieron siendo urgentes.³⁶ En medio de estas calamidades personales, Marx había asumido el control editorial de *Das Volk*, lo que significaba que también era financieramente responsable de la revista. Las finanzas de esta eran incluso peores que las de su familia, pero él era optimista y le dijo a Engels: “Estoy convencido de que, en seis semanas, la situación financiera de la revista será sólida”.³⁷ El 26 de agosto anunció: “*Das Volk* ya no existe... El hecho es que aunque la revista mejoraba, las pérdidas se incrementaban y el número de lectores se reducía”.³⁸ Poco después, el editor de la revista entabló una demanda contra Marx reclamándole doce libras.³⁹

El pozo en el que se encontraba Marx era profundo. Y lo peor de todo era que sus enemigos lo consideraban derrotado, y eso a él le parecía intolerable. Aislado y desolado, en setiembre le dijo a Engels: “No hay absolutamente nadie con quien pueda desahogarme libremente”.⁴⁰ Pero Engels tenía sus propios problemas. Había sido insultado por un inglés en una taberna y Engels le golpeó con un paraguas. Desgraciadamente le dio al hombre en el ojo y si bien no sufrió daños irreparables, el inglés exigió una compensación económica que Engels temía que podía ascender a doscientas libras. “Y encima habrá un escándalo público y una pelea con mi viejo, que tendrá que poner el dinero”, dijo Engels. “Lo peor de todo es que estoy completamente en manos de ese cerdo y de su abogado... Huelga decir que estos malditos ingleses no quieren privarse del placer de

fastidiar a un puto extranjero”.⁴¹ Lo que esto significaba para Marx era que no podía esperar nada de Engels hasta que el caso se hubiera resuelto.

Pensando en su amistad y también en el dinero, Marx le sugirió a Engels que se largara de la ciudad y se fuera al continente,⁴² pero teniendo en cuenta su posición social y profesional en Manchester, Engels descartó de plano aquella posibilidad.⁴³ Sin otro lugar donde conseguir dinero en el horizonte, Jenny adoptó la medida drástica de pedirle a su hermano Ferdinand un préstamo a espaldas de su esposo. Marx nunca lo habría consentido, no solo por orgullo, sino porque si sus enemigos averiguaban de dónde procedía el dinero, habrían reavivado los viejos rumores sobre la supuesta colaboración de Marx con su cuñado. Afortunadamente tal vez para Jenny, Ferdinand alegó ser pobre desde que estaba sin trabajo, y gracias a ello no comprometió a Marx con la transacción. Jenny, sin embargo, se sintió mancillada por el “desagradable paso” que se había visto obligada a dar.⁴⁴

Marx había hecho aparentemente todo lo posible para distanciarse de Duncker y hacer que la empresa de este decidiese no publicar la siguiente entrega de su obra económica, pero en octubre Marx pareció darse cuenta de que Duncker todavía representaba la mejor oportunidad que tenía de dar su obra a la imprenta en Alemania. Confiando que podría interceder de nuevo por él ante Duncker, Marx le dijo a Lassalle que había estado considerando la posibilidad de dar su libro a otro editor (aunque no hay ningún indicio de que esto fuera cierto) pero había decidido que era preferible que las dos primeras entregas apareciesen bajo el mismo sello editorial. “Ahora me veré obligado a revisar el texto completamente, porque el manuscrito de la segunda entrega ya tiene un año”. Creía poder tener lista la revisión en diciembre como mucho. También informó a Lassalle de que estaba traduciendo la primera entrega al inglés (aunque tampoco hay pruebas de que esto fuera verdad). “En cualquier caso tengo la certeza de que el libro tendrá una mejor recepción en Inglaterra que en Alemania, donde, que yo sepa, a nadie le importa un rábano. Lo único que quiero es poner toda esta *primera* parte, al menos, al alcance del público lector alemán. Y si este último sigue sin prestar atención a la obra, pienso publicar todas las secciones subsiguientes directamente en inglés”.⁴⁵

Marx le dijo a Engels que confiaba en que la segunda entrega no tendría ningún problema, pero un mes más tarde admitía que había avanzado muy poco.⁴⁶ “Según cómo te envidio por el hecho de que puedas vivir en Manchester y mantenerte al margen de la guerra entre los sapos y las ratas. Aquí tengo que vadear toda esta inmundicia y hacerlo en unas circunstancias que consumen una

porción excesiva del tiempo que tendría que dedicar a mis estudios teóricos”.⁴⁷

En diciembre, Marx estaba con el agua al cuello. Le dijo a Engels que había sido citado en el juzgado por falta de pago a unos acreedores, que le había costado cinco libras cerrar la demanda que había presentado contra él el impresor de *Das Volk*, y que había estado manteniendo a Biskamp durante tres meses porque estaba enfermo y no tenía ingresos.⁴⁸ Marx quería que Engels fuese a Londres por Navidad. Además de por su propia tranquilidad mental y la de su mujer, le dijo, “es absolutamente esencial que mis niñas tengan a ‘un ser humano’ en la casa una vez más. Las pobres niñas han sido atormentadas demasiado pronto por el sufrimiento doméstico”.⁴⁹

De hecho es difícil imaginar cómo Jennychen y Laura, que ahora tenían quince y catorce años respectivamente, se las arreglaban en su tumultuosa casa. Eran testigos del tormento creativo de su padre, le oían protestar furiosamente contra la conspiración de sus enemigos, y experimentaban la humillación producida por los acreedores aporreando la puerta. En una carta a la esposa de Ferdinand, Jenny describió un cuadro de color de rosa de la vida de sus hijas: “Nuestras dos hijas son muy altas, y continúan haciéndonos felices con su encantadora, simpática y modesta manera de ser. Emplean todo el tiempo libre que les deja la escuela y las muchas lecciones privadas que reciben para cuidar de su hermanita a más no poder. A cambio, la pequeña y graciosa niña morena del pelo rizado siempre corre hacia ellas con los brazos abiertos, y cuando las niñas llegan a casa por los frescos y verdes prados cargadas con sus carteras y sus carpetas de dibujo, se produce siempre una ceremoniosa reunión, como si las niñas acabasen de regresar de dar la vuelta al mundo”.⁵⁰ Ese era el mismo lugar que Jenny había descrito en una ocasión anterior como tan enlodado que cuando volvían a casa llevaban el peso de todo un pueblo en los zapatos.⁵¹ La verdad, inevitablemente, tenía que encontrarse en algún lugar entre estas dos descripciones extremas.

Lo que estaba claro es que las niñas prosperaban intelectualmente. En 1859 Jennychen volvió a ganar el primer premio de su escuela, y Laura obtuvo dos segundos premios.⁵² Las dos sabían hablar inglés, alemán y francés; leer y escribir en inglés, alemán, francés e italiano; y tenían nociones de español (al menos para conocer partes del *Quijote*).⁵³ Tocaban el piano, cantaban duetos y pintaban retratos. Tenían la educación que se suponía que en la Inglaterra de entonces tenía que tener cualquier chica de clase media, pero además, y gracias a su padre, ellas tenían una educación intensiva en política.

A finales de diciembre, Jenny comentó que su hija mayor la había dejado casi sin trabajo como copista de Marx para el *Tribune*. En una carta navideña a

Engels (que pese a los ruegos de Marx no fue a Londres para las vacaciones) Jenny se mostraba filosóficamente resignada acerca de aquel cambio en su papel (decía en broma que lo que la dejaba más consternada era no poder cobrar una pensión por haber ejercido durante tanto tiempo como secretaria de Marx) y acerca de las privaciones que habían pasado aquel último año. “Si hubiésemos estado mejor el pasado año”, escribió, “podría ver la parte divertida de toda esta situación, pero el humor se deja a un lado cuando uno tiene que luchar constantemente con la más insignificante *misère*; nunca me ha parecido tan opresiva como ahora que nuestras hijas, que están creciendo de una manera tan maravillosa, también tienen que aguantarla. Y para colmo, las esperanzas que durante mucho tiempo habíamos albergado respecto al libro de Karl se están malogrando totalmente por la *conspiración de silencio* de los alemanes”.⁵⁴

Jenny a menudo observaba que independientemente de lo deprimente que fuese su situación, Marx conseguía mantener el optimismo: tal era su confianza en el triunfo final de sus ideas. A veces, y casi disculpándose, se representaba a sí misma como la más realista de los dos, como si el hecho de ver sus vidas con lucidez fuese una traición. En ningún momento expresó Jenny dudas acerca de la brillantez intelectual de Marx, pero sí dudó de la recepción que iba a tener su obra. No confiaba en la habilidad de la gente para comprender sus ideas. Como la empedernida revolucionaria que era, creía que la única forma de captar la atención de esta era una bomba aún más grande, y Jenny estaba convencida de que la *siguiente* obra de Marx iba a ser esta explosión. “La segunda entrega”, le dijo a Engels, “puede sacar a los dormilones de su letargo, y hacer que luego ataquen su forma de pensar aún más ferozmente por haber mantenido en secreto la naturaleza científica de la obra. *Veremos*”.⁵⁵

Es posible que Jenny estuviese esperanzada porque el mes anterior una difícil obra científica de otro escritor en Inglaterra había convertido a su oscuro autor en un personaje instantáneamente famoso. Charles Darwin había irrumpido en la escena el 22 de noviembre con su libro *Sobre el origen de las especies por medio de la selección natural*.⁵⁶ Engels fue el primero de los miembros del círculo de Marx en leerlo y declaró que era “absolutamente espléndido... Nunca antes se había hecho un intento tan grandioso de demostrar la evolución histórica en la naturaleza, y ciertamente nunca con tan buenos resultados”.⁵⁷ Marx dijo que era “el libro que, en el campo de la historia natural, proporciona la base de nuestros puntos de vista”.⁵⁸ Marx y sus amigos hablaron durante meses de Darwin y del poder revolucionario de la ciencia. Liebknecht llegó a la conclusión de que Darwin, desde su casa en la campiña inglesa, estaba “preparando una revolución similar a la que estaba iniciando el propio Marx en el turbulen-

to centro del mundo, solo que él había insertado la palanca en un lugar diferente”.⁵⁹

El libro de Darwin se había agotado en veinticuatro horas, y es posible que Jenny se consolase pensando que un avance de estas proporciones era el que aguardaba a su marido, y se aferró a esta creencia como a una balsa salvavidas.

Pero en vez de trabajar en la segunda entrega de su libro, Marx se pasó todo un año enzarzado en una guerra verbal con un antiguo miembro de la ya fenecida Asamblea Nacional de Frankfurt que ahora trabajaba como profesor de geografía, periodista y político provincial en Suiza. Marx creía que libraba aquella guerra por el futuro del partido, pero sus amigos observaban consternados cómo perdía su tiempo y una asombrosa cantidad de dinero en batallas legales y literarias por un insulto que tenía que haber ignorado.

El episodio había empezado con un chismorreó oído en un acto celebrado en mayo de 1859. En aquel momento Francia y Austria estaban en guerra por el control que ejercía Austria sobre el norte de Italia. El viejo amigo de Marx Karl Blind le dijo que el demócrata alemán Carl Vogt había recibido dinero de Napoleón a cambio de hacer propaganda a favor de Francia, tanto hecha por él mismo como por aquellos escritores a los que lograrse sobornar. Vogt y sus amigos habían empezado a publicar un periódico en Suiza y lo utilizaban para promover la postura de que había que estar al lado de Francia en su conflicto con Austria.⁶⁰

A Marx le encantaban los chismorreos y este se lo comunicó a Engels en una carta fechada el 18 de mayo en la que decía que Vogt se había vendido a Bonaparte.⁶¹ También comentó ese rumor con Biskamp, el editor de *Das Volk*, que publicó aquella acusación sin citar la fuente y envió un ejemplar a Vogt para que pudiera defenderse.⁶² El mundo cerrado e inseguro de los exiliados alemanes era una malla de conexiones y afinidades más parecida a una tela de araña que a una red de seguridad. Marx estaba muy implicado en *Das Volk*, de modo que Vogt, que tenía una vieja rencilla con Marx desde los tiempos de la *Neue Rheinische Zeitung*, hizo correr el rumor de que Marx era la fuente de lo que Vogt calificaba de mentiras escandalosas.⁶³

Aquel asunto fue la típica tempestad en un vaso de agua y quedó confinado a los periódicos de escasa circulación que leían los exiliados alemanes. Pero la cosa empeoró cuando llegó a manos de Liebknecht un panfleto titulado *Advertencia*, que contenía las mismas acusaciones contra Vogt, pero con mucho más detalle.⁶⁴ Liebknecht mandó un reportaje sobre el escándalo al *Augsburger*

Allgemeine Zeitung, el periódico en lengua alemana de mayor circulación durante la primera mitad del siglo XIX.⁶⁵ Vogt presentó una demanda contra el periódico, que no prosperó por motivos técnicos. Pero Vogt salió vindicado, porque el *Allgemeine Zeitung* no había sido capaz de demostrar que era un agente de Napoleón ni pudo identificar la fuente del rumor. Marx salió perdedor.⁶⁶ Casi todos los miembros de su círculo inmediato creían que él era el autor del rumor, incluso después de que un amigo de Blind no tuvo inconveniente en reconocer que él había escrito el panfleto contra Vogt.⁶⁷

¿Acaso no había batallas más importantes que librar? Por supuesto. Pero el drama llegó a su punto culminante a finales de 1859, entre la desilusión de Marx por culpa de la mala recepción de su libro de economía y durante una fase aguda de su crónica crisis financiera personal. Debido probablemente a que no era capaz de poner en orden ningún otro aspecto de su vida personal, Marx se centró en el caso Vogt con una obsesión que rozaba lo maníaco. Dirigió toda la fuerza de su furia contra Vogt y contra sus asociados, y de paso tensó las relaciones con algunos de sus mejores amigos, como Freiligrath y Liebkecht, a quienes acusó de una serie de crímenes que podían resumirse en una sola transgresión: Marx les acusaba de haber tomado partido contra él.

Freiligrath se sintió especialmente herido por los ataques de Marx y anunció que a causa de ello se retiraba de todas las actividades del partido.⁶⁸ La pérdida para Marx fue sobre todo personal, porque Freiligrath había sido uno de sus compañeros más próximos desde 1844, pero también financiera: a menudo había utilizado la posición de Freiligrath como banquero para negociar diversos tratos que mantuvieron a flote a la familia Marx. Teniendo esto en cuenta, Marx envió a Freiligrath una larga carta pidiéndole disculpas, aunque en privado se negó a perdonarle.⁶⁹ Jenny llegó al punto de romper toda relación con la familia Freiligrath, diciendo simplemente: “No soy nada partidaria de las medias tintas”.⁷⁰

De este modo, 1860, que supuestamente tenía que ser el año en que se produjese el reconocimiento de la erudición de Marx, se convirtió en un año ignominioso. En enero supo que Vogt había publicado un libro titulado *Mi demanda contra el Allgemeine Zeitung*, que citaba a Marx como la fuente de las difamaciones vertidas contra él.⁷¹ Vogt se explayaba con todo lujo de detalles sobre la supuesta historia de Marx como jefe de una banda de rufianes dedicados a hacer chantajes, a extorsionar y a la falsificación además de conspirar para llevar a cabo actos de violencia, y todo ello en nombre del proletariado. La única lealtad de Marx, afirmaba Vogt, era la que le unía a su aristocrático cuñado, Ferdinand von Westphalen.⁷²

El libro agotó la primera tirada de tres mil ejemplares y se ordenó inme-

diatamente hacer una segunda edición.⁷³ También se publicaron pasajes seleccionados del mismo en el popular periódico berlinés *National-Zeitung*, que identificó a Marx como líder de un grupo de chantajistas llamado la “banda del azufre” que amenazaba con denunciar a personas de Alemania como enemigos del estado a menos que aceptasen pagar una determinada cantidad de dinero. También decía que Marx y sus adláteres colaboraban con la policía secreta de Alemania y de Francia. Marx era presentado como un sinvergüenza y un matón que engañaba a los trabajadores y que manejaba a su banda “con mano de hierro”.⁷⁴

Marx hizo todo lo posible por mantener a Jenny al margen de las noticias sobre el panfleto de Vogt y el *National-Zeitung*, pero discutió la cuestión varias veces con Engels mientras esperaban tener en sus manos un ejemplar del panfleto para ver exactamente qué calumnias contenía.⁷⁵ Engels conocía a su amigo lo suficientemente bien como para saber que el antagonismo con Vogt le consumía, y trató de recordarle a Marx que la única manera real de desactivar a Vogt y a todos sus críticos era completar la siguiente entrega de su propio libro. “Confío que no dejes que el asunto Vogt te impida ponerte a trabajar en serio”, le suplicó Engels. “Trata por una vez de ser un poco menos concienzudo respecto a tu obra; en cualquier caso, es demasiado buena para según qué clase de gente. Lo *importante* es que tienes que escribirla y publicarla; los defectos que tú le ves no resultarán, por supuesto, visibles para esa panda de zopencos”.⁷⁶ Marx le aseguró a Engels que estaba trabajando en la siguiente entrega y que calculaba tenerla lista en seis semanas, pero que mientras había decidido demandar al *National-Zeitung*. “Este pleito será el gancho del que podremos colgar toda nuestra réplica al *público en general* en los tribunales. Más tarde podremos centrar nuestra atención en ese bastardo de Vogt”.⁷⁷

Marx empezó a escribir cartas a antiguos colegas suyos pidiéndoles referencias relativas a su obra, tanto teórica como política, pero los destinatarios de las mismas habrían sido incapaces de leerlas a menos que Jenny las transcribiese con su escritura, más legible. A comienzos de febrero, por consiguiente, fue necesario informarla del caso Vogt para que pudiera transcribir las cartas de Marx y diversos documentos legales.⁷⁸ Más tarde Jenny describiría aquello como el comienzo de un año de noches en blanco. Estaba preocupada no solo por su esposo, sino también por sus hijas, que se verían expuestas a las calumnias lanzadas contra él.⁷⁹ Agravando el tormento de la familia, los reportajes sobre el caso no aparecieron solo en Alemania, sino también en Nueva York y, lo que era peor, en Londres, donde podrían leerlos las amigas de las niñas.⁸⁰ El *Daily Telegraph* se hizo eco del caso y publicó lo que Engels calificó de “la mierda de Vogt a dos columnas”.⁸¹

Marx declaró públicamente que pensaba emprender acciones legales contra el *National-Zeitung*,⁸² y en privado le dijo a Engels que había amenazado a los “perros” del *Daily Telegraph* con una demanda por calumnias.⁸³ En una carta al *Telegraph* Marx exigía a los editores que se disculpasen por “vilipendiar a un hombre de cuyo carácter personal, pasado político, producción literaria y posición social no pueden ustedes sino confesar la más profunda ignorancia”.⁸⁴ El *Telegraph* respondió imprimiendo un artículo de su corresponsal en Berlín que, lejos de pedir perdón, acusaba a Marx de atacar a un periódico británico simplemente porque no podía refutar las acusaciones que circulaban contra él en Alemania.⁸⁵

Aunque Marx creía que la prensa tenía derecho a insultar a escritores, políticos, actores y otros personajes públicos, en este caso, afirmó, el *National-Zeitung* había cogido todas las calumnias del libro de Vogt y las había ensartado como las “cuentas” de un collar. Marx estaba convencido de que los periódicos halagaban a un público cuyos prejuicios políticos les llevaban a creer lo peor. Y debido a su larga ausencia de la vida política, proseguía, ese público no tenía ninguna base desde la que juzgar la verdad o la falsedad de las afirmaciones de Vogt. “Independientemente de cualquier tipo de consideraciones políticas”, escribió Marx, “debo a mi familia, a mi mujer y a mis hijas” llevar el caso ante los tribunales.⁸⁶

Durante su primer arranque de actividad preparando munición para un abogado de Berlín que aceptó representarle en un caso por difamación, Marx envió más de cincuenta cartas. Contactó a todos sus asociados de los primeros días en Berlín, Bruselas, Colonia y Londres, que ahora estaban repartidos por todo el globo. Su objetivo era describir su carrera tal como era y contrarrestar las acusaciones de la Banda del Azufre.⁸⁷ Si fuera necesario, estaba incluso preparado para que convocaran a Ferdinand como testigo, aunque Jenny quería evitar el escándalo familiar que podría producirse.⁸⁸

Explicando que su propia casa estaba en un estado de caos total, Marx fue a Manchester para organizar, con la ayuda de Engels y de Lupus, una versión reducida del comité de defensa formado durante el juicio a los miembros de la Liga Comunista en Colonia.⁸⁹ El abogado de Marx le envió señales alentadoras acerca del caso, y llegaron testimonios de viejos amigos corroborando la versión de Marx del caso. Marx le dijo a un ex camarada: “Tengo que considerar el ataque de Vogt como una bendición, aunque solo sea porque ha hecho que estrechara el contacto con el decano de nuestra revolución y nuestra emigración”.⁹⁰ En una reunión de trabajadores en Londres se había procedido a una votación

en la que se censuró a Vogt y se respaldó a Marx.⁹¹ Como mínimo, dijo Jenny, el caso estaba ayudando a Marx a distinguir “a los verdaderos y leales amigos de los farsantes. ¡Qué diferencia entre algunos de los tipos y los más grandes!”⁹²

Algunos de esos amigos, aunque todavía desconocidos para Marx, podían encontrarse en Rusia, que seguía beneficiándose de las políticas relativamente liberales de Alejandro II. La *Contribución a la crítica de la Economía Política* de Marx estaba empezando a venderse allí, y un profesor de la Universidad de Moscú había impartido un seminario sobre el libro.⁹³ “Rusia siempre ha sido terreno abonado para ti”, Jenny escribió a Marx alborozadamente.

La estancia de Marx en Manchester parece haber sido beneficiosa para ambos. Con la partida de Marx también partió la rugiente tormenta que emanaba de la habitación del primer piso donde trabajaba, fumando, maldiciendo, yendo de un lado para otro por la habitación y haciendo comentarios en voz alta al leer las cartas que recibía. Cuando Marx estaba en casa, todos estaban totalmente implicados en sus necesidades y actividades: su trabajo era el trabajo de ellos, sus estados de ánimo les afectaban a todos. En este sentido la de Marx era una familia típicamente victoriana: el hombre era el astro en torno al cual estaban obligadas a girar todas las mujeres de la casa. Eso no significa que las mujeres de Marx y Lenchen lo hicieran en contra de su voluntad: su misión en la vida era proteger a Marx y a sus ideas. Pero el trabajo era agotador, y por ello las visitas que hacía Marx a Engels eran a menudo como unas vacaciones para las mujeres a las que dejaba atrás. Esta vez aprovecharon su ausencia para redecorar la casa. Jenny había recibido inesperadamente dinero de un antiguo fondo de inversión familiar y decidió utilizarlo frívolamente.⁹⁵ Lenchen, Marianne, Jenny y las niñas —excepto Tussy, que ahora tenía cuatro años y que era sobre todo una fuente de entretenimiento— pintaron paredes, retiraron alfombras raídas y cambiaron varios muebles de una habitación a otra para dar a la casa un nuevo aspecto. Incluso consiguieron “comprar” algún objeto nuevo, cambiando alguno de los suyos por otros de la casa de empeños (Jenny se refería al propietario de la casa de empeños como su “mano derecha”), entre los que había una alfombra de lana de Bruselas de vibrantes colores tejida a máquina, y sillas de mimbre para sustituir a otras de piel a las que les faltaba una pata.⁹⁶ Durante el año anterior Jennychen había hecho unas copias al pastel de cuadros de varios pintores clásicos, y las colgaron de las paredes con marcos dorados.⁹⁷

La renovación de la casa estuvo a punto justo antes de que Jennychen cumpliera los dieciséis, el primero de mayo. No hay ninguna carta describiendo el evento, pero seguramente lo celebraron, pese al embrollo del caso Vogt. La familia Marx era un mundo en miniatura, cerrado en sí mismo, y cada uno de sus

hitos estaba marcado como una fiesta nacional. Marx en especial habría querido honrar a Jennychen y no habría dejado que sus problemas, por graves que fuesen, lo impidiesen. Tenía un vínculo especial con su hija mayor, que incluso cuando era una adolescente tenía un profundo conocimiento de la obra de su padre. Marx también observaba complacido cómo se ocupaba de sus hermanas pequeñas cuando él y Jenny estaban incapacitados por sus problemas personales y financieros o por la enfermedad. Sin quejarse, había hecho voluntariamente sacrificios impropios de una niña, y estos sacrificios podían verse en su rostro y en su figura. Era una muchacha cordial y bonita, era risueña y tenía un ingenio en consonancia con el de sus padres, pero nunca pareció particularmente joven. Las preocupaciones ensombrecían sus ojos y trazaban arrugas en su frente. Instintivamente asumió parte del escozor que sentían sus padres para poder liberar a sus hermanas pequeñas y hacer que fueran más encantadoras y alegres. Sus esfuerzos eran nobles pero costosos. Desde adolescente tuvo problemas respiratorios que la dejaron físicamente delicada.

Marx decía que Jennychen era la más parecida a él de todos sus hijos.⁹⁸ A los dieciséis años era una chica seria y cerebral, en absoluto preocupada por los romances. Quería tener una ocupación. Y aunque valoraba la que tenía, la de trabajar con su padre, Jennychen también quería tener una propia y creyó haberla encontrado en el teatro. A la familia Marx le encantaba el teatro y siempre que podían asistían a las obras de Shakespeare que se representaban en el cercano Sadler's Wells Theatre o en Shoreditch, en el este de Londres (asistían a las representaciones de pie porque no podían costearse un asiento⁹⁹). Las conversaciones familiares se animaban con citas de obras, pero ni Jenny ni Marx querían que su hija fuese actriz. Para una joven de clase media en la Inglaterra victoriana, en que incluso las patas de las mesas se cubrían pudorosamente por una cuestión de decencia, una vida de exposición en el escenario era una aspiración poco honorable. De todos modos, su madre era consciente del talento de Jennychen, de su hermosa voz (que describía como grave y melodiosa), y su excelente dicción. Jenny le comentó a una amiga que ni ella ni Marx habrían impedido que Jennychen se dedicase al teatro si esta hubiese sido realmente su vocación, excepto ateniéndose a cuestiones de salud. Discretamente, Jennychen inició una campaña para hacerles cambiar de opinión.

El viaje de Marx a Manchester terminó bruscamente cuando Engels supo que su padre había muerto de fiebres tifoideas. Engels recibió permiso del gobierno prusiano para regresar a casa.¹⁰⁰ Fue su primera visita allí desde que había sido expulsado de Colonia en 1849, y se quedó varias semanas antes de regresar a

Manchester para iniciar las negociaciones sobre la reestructuración de la empresa de su padre.¹⁰¹ Pero incluso antes de concretarse los detalles, Engels tuvo acceso al dinero y dejó atónito a Marx enviándole cien libras. Marx se refirió a aquel regalo llovido del cielo como “una gloriosa sorpresa... Toda la familia se puso muy contenta”.¹⁰²

Puede que aquel dinero contribuyese a amortiguar el impacto de un aluvión de malas noticias. El fiscal de Berlín rechazó la demanda criminal de Marx contra el editor del *National-Zeitung*, declarando que “esta cuestión no plantea ningún problema de importancia pública”.¹⁰³ Luego, el 26 de junio Marx supo que su demanda contra el propio periódico también había sido desestimada porque la supuesta ofensa no era constitutiva de delito,¹⁰⁴ y a finales de julio su apelación fue desestimada por el alto tribunal de Berlín.¹⁰⁵ Tanto Marx como Engels sabían que era inútil, pero Marx ordenó a su abogado que llevase el caso al Tribunal Supremo para ver si era posible entablar una demanda civil,¹⁰⁶ más dinero de Engels tirado por la borda. Mientras, Marx se puso a escribir un panfleto polémico contra Vogt.

Jenny y Engels habían visto cómo avanzaba el año sin que se produjese ningún progreso en la importante obra de Marx —la obra de su vida— sobre economía. También fue dejando casi todas sus colaboraciones para el *Tribune* en manos de Engels, que las iba escribiendo para que Marx pudiese seguir sacando dinero del periódico. Jenny y Engels expresaron el uno al otro su ansiedad y su frustración. Jenny escribió a Engels a mediados de agosto para decirle que confiaba poder empezar a transcribir el panfleto contra Vogt aquella misma semana. “La cosa se está eternizando y me temo que Marx la está convirtiendo en un trabajo demasiado *minucioso*”. También decía que Marx no había hecho nada para encontrar editor.¹⁰⁷

Engels raramente perdía la paciencia con Marx, pero esta vez lo hizo. Había visto esa misma actitud desde los primeros días de su colaboración, cuando escribían juntos *La Sagrada Familia*, que se suponía que era un panfleto pero que acabó convirtiéndose en un libro de trescientas páginas. Engels había asumido las obligaciones periodísticas de Marx y había tratado de encontrar un editor para la polémica sobre Vogt, pero Marx estaba aparentemente tan enfrascado en su redacción que ignoró las cartas y el consejo de Engels. Enojado, Engels escribió a Jenny que al ritmo que iba Marx, su panfleto no aparecería hasta 1861, “y entonces ya no habrá nadie a quien echarle la culpa salvo al propio Moro... Siempre estamos creando cosas espléndidas pero procurando que nunca aparezcan a tiempo, y por ello no son más que fracasos... Dile por lo que más quieras que hay que hacer algo, y hacerlo *inmediatamente*, respecto a encontrar

un editor, y acerca de que ha de poner punto final de una vez al panfleto. De lo contrario echaremos a perder todas nuestras opciones y nos encontraremos sin *ningún* editor”.¹⁰⁸

Transcurrió otro mes y Marx aún no había terminado, pero estaba ya tratando de cerrar un acuerdo para publicar su libro contra Vogt en Londres. La editorial no había publicado todavía ningún libro y quería que Marx pagase cincuenta o sesenta libras por adelantado, un dinero que Marx confiaba reunir pidiéndolo a sus amigos.¹⁰⁹ Engels se oponía con vehemencia al acuerdo y decía no tener ninguna confianza en un editor que quería cobrar por adelantado. También sostenía que publicar el panfleto en Londres era una forma de asegurarse de que nadie iba a leerlo nunca: “En el ámbito de la literatura de los emigrantes hemos pasado cientos de veces por esta experiencia. Siempre la misma ineficacia, siempre dinero y trabajo lanzados por la borda”.¹¹⁰ Pero Marx no escuchaba. Escribió a Lassalle y le dijo: “He llegado a la conclusión de que *imprimir en Londres* es la única posibilidad”.

Marx le dijo a Lassalle que el panfleto contra Vogt podía pagarse fácilmente e imprimirse rápidamente. Parecía haber perdido completamente el contacto con la realidad y estaba concibiendo grandes planes para el futuro: “Está llegando el momento de que nuestro ‘pequeño’ y hasta cierto punto ‘poderoso partido’ (en la medida en que otros no saben lo que quieren, o no quieren lo que saben) conciba su plan de campaña”. Predijo que la segunda entrega de su obra sobre economía saldría antes de Pascua, “en un formato algo diferente, más popular en cierto modo. No, por supuesto, a consecuencia de ningún impulso procedente de mi propio interior, sino, primero, porque la II Parte tiene una función expresamente revolucionaria, y segundo, porque las condiciones que describo son más concretas”.¹¹¹

Más o menos por entonces Marx envió a Jenny y a las niñas a pasar una semana en la costa.¹¹² No es difícil imaginar lo mucho que necesitaban un descanso después de la locura del caso Vogt, pero no encontraron mucho alivio en Hastings porque estuvo lloviendo toda la semana. Jenny describió al grupo de mujeres que formaban como cubierto de barro y con aspecto de algas.¹¹³

El 25 de setiembre estaban de regreso en Londres, y Marx estaba pensando en un título para lo que ahora ya era un libro de doscientas páginas. Sugirió *Da-Da-Vogt*, una oscura referencia a un escritor árabe que había sido utilizado por Napoleón en Argel igual que Vogt había sido usado en Ginebra. Marx decía que el significado quedaría claro más o menos hacia la mitad del libro,¹¹⁴ y en una carta a Engels defendía aquel título diciendo que “intrigará a los filisteos, porque me gusta y porque encaja con mi sistema de burla y desprecio”. Decía

que lo iba a discutir con Jenny, que era su “conciencia crítica”.¹¹⁵ Es fácil imaginar a Engels mesándose la voluminosa barba con exasperación. Si Marx tenía que ponerle un apodo a Vogt, decía, tenía que ser un apodo comprensible para los lectores sin tener que leer la mitad del libro. “Es probable que tu sistema de burla y desprecio no produzca más que un título afectado y artificioso”.¹¹⁶ Marx cedió, tal vez porque hasta entonces había ignorado todos los deseos de Engels y necesitaba que su amigo le financiase el libro. Pero Marx no dio fácilmente su brazo a torcer. Dijo que pese a la erudita observación de Jenny de que incluso la tragedia griega utilizaba títulos desconcertantes, haría caso a Engels y simplemente llamaría a su libro *Herr Vogt*.¹¹⁷

En octubre, Marx supo que su última esperanza legal en el pleito contra el *National-Zeitung* había quedado en nada. Su caso fue rechazado por el Tribunal Supremo de Berlín, que decretó que carecía de fundamento.¹¹⁸ La decisión obligó a Marx a revisar su libro sobre Vogt para incluir lo que él calificaba de “arrebato con la justicia prusiana”.¹¹⁹ Jenny había copiado una y otra vez concienzudamente el manuscrito mientras Marx lo escribía y reescribía constantemente. Pronto Jenny enfermó. A finales de noviembre contrajo fiebre y desarrolló otros síntomas, pero se negó a ver a un médico. Marx dejó pasar varios días, pero su estado empeoró y decidió llamar a un médico, que inmediatamente ordenó que las niñas abandonaran la casa; aunque no había identificado la enfermedad, temía que fuera contagiosa.¹²⁰ Las niñas hicieron las maletas aquella misma tarde y se fueron al exilio en casa de Liebknecht en la cercana ciudad de Kentish Town. (Marx había propuesto enviarlas a un internado, pero le dijo a Engels que ellas no querían ir a causa de los ritos religiosos.)¹²¹

Dos días después el médico diagnosticó que Jenny tenía la viruela.¹²² Meses más tarde, escribió a una amiga: “Ya puedes imaginarte el horror y la angustia que invadió a la familia al oír este veredicto”.¹²³ No había una epidemia de viruela importante en Inglaterra desde 1830, y desde 1853 las vacunas a los recién nacidos se habían hecho obligatorias, por lo que el número de víctimas mortales se había ido reduciendo cada año. De todos modos, aquellos desgraciados que tenían la mala suerte de verse expuestos a un brote del virus no encontraban consuelo en aquellas estadísticas; en el mejor de los casos, la viruela podía significar la desfiguración a causa de las pústulas que cubrían a sus víctimas; en el peor de los casos, significaba la muerte. La enfermedad era un asesino tan eficaz, de hecho, que había sido utilizada como arma por los colonizadores que invadieron América. En la época en que Jenny fue diagnosticada, miles de personas morían todavía cada año en Inglaterra a causa de la enfermedad.¹²⁴

Igual que había hecho cuando Musch estaba enfermo, Marx interrumpió

todo trabajo y se concentró en su esposa. “Es una enfermedad terrible”, le escribió a Engels, “Si Lenchen la contrae la mandaré de inmediato al hospital. Hasta ahora yo me he encargado de hacer (la mayor parte) del trabajo de enfermero... Durante semanas mi mujer ha estado extraordinariamente nerviosa debido a los muchos problemas que arrastramos, y lo más probable es que haya contraído la enfermedad en el ómnibus o en una tienda”. Por su parte, escribir quedaba descartado: “La única ocupación que me ayuda a mantener la necesaria tranquilidad de espíritu son las matemáticas... La última noche fue espantosa... de hecho, ahora mismo yo también estoy enfermo. Solo el diablo sabe las desgracias que nos afligen”. Pronto Marx se sintió agotado y contrató a una enfermera para que le ayudara.¹²⁵

Cada día hacía enviar comida a casa de los Liebkecht y él mismo iba allí a cenar con la familia y las niñas, pero sus visitas eran breves. El peligro que representaba la enfermedad de Jenny no había disminuido. Aunque estaba consciente había perdido el control de sus extremidades y de sus funciones fisiológicas. Sufría dolores atroces, tenía mucha fiebre y apenas podía dormir. “Todo el rato”, recordaría más tarde, “estaba tendida en la cama junto a una ventana abierta para que me diera el frío aire de noviembre. Y mientras, un fuego como el del infierno en el hogar y hielo en mis ardientes labios, entre los cuales echaban de vez en cuando unas gotas de clarete que apenas podía tragar. Oía cada vez peor y finalmente mis ojos se cerraron y no supe si permanecería ya para siempre en aquella perpetua oscuridad”.¹²⁶

La fase aguda de la enfermedad duró siete días, pero el médico advirtió que Jenny estaría enferma por un período más largo y que no era todavía seguro traer a las niñas a casa. El curso de la enfermedad hacía que el peligro de infección fuese mayor que nunca. Marx se había vacunado contra el virus, igual que Lenchen, pero tenían que permanecer en cuarentena en la casa durante un período de diez días. Marx escribió a Engels el 28 de noviembre para decirle que las niñas estaban muy asustadas. Solo habían podido ver a su madre desde la calle, mirando por la ventana abierta la espectral visión de su madre tendida en su lecho de enferma. Marx, mientras, encontró paradójicamente consuelo en un fuerte dolor de muelas, que según él le ayudó a distraerse de la inquietud que le producía el estado de su mujer.¹²⁷

En medio de este caos familiar, *Herr Vogt* fue finalmente publicado. Engels recibió un ejemplar el 5 de diciembre y para satisfacción de Marx declaró que era la mejor obra polémica que Karl había escrito en su vida.¹²⁸ Efectivamente, *Herr Vogt* era una refutación, por momentos cáustica y divertida de las afirmaciones

hechas contra Marx por un Vogt presentado como el falstaffiano proveedor de “cuentos chinos”, además de como un cerdo, un granuja gordo, un payaso y un canalla.¹²⁹ También era una especie de ameno documental sobre la oposición radical durante la primera mitad del siglo XIX, menos una autobiografía de Marx –aunque contenía anécdotas muy reveladoras– que la biografía de un movimiento repleta de cartas escritas por los hombres más conocidos del mismo.

Tal vez si Marx hubiese publicado su libro en Alemania inmediatamente después de que se agotase la versión de Vogt, puede que su libro hubiese tenido una mejor recepción. Trató de presentar el ritmo de las ventas de una forma positiva: cuarenta y un ejemplares vendidos en Londres, y luego ochenta. Incluso hizo cavilaciones como: “las cosas están yendo tan bien que Pesch [el editor] está ‘considerando’ una segunda edición”.¹³⁰ Pero no habría segunda edición. El editor fue a la bancarrota, y además de los costes de la primera edición y de los honorarios legales, que ascendieron a cien libras, el impresor presentó una demanda contra Marx exigiéndole el pago de 20 libras.¹³¹

Jenny culpó a “una prensa abyecta, cobarde y venal” por condenar *Herr Vogt* a la misma tumba en la que estaban enterradas y casi olvidadas otras obras recientes de Marx. Es posible que Marx previese este resultado cuando escribió *Herr Vogt*. En su prefacio comentó: “Sé por anticipado que los mismos individuos astutos que negaron sabiamente con la cabeza la supuesta importancia de las ‘revelaciones’ de Vogt cuando apareció por vez primera el mejunje de su invención, serán ahora incapaces de comprender por qué pierdo el tiempo refutando sus infantiles acusaciones; mientras que los cagatintas ‘liberales’ que acogieron con regodeo las banalidades y las despreciables mentiras de Vogt y se apresuraron a pregonarlas por toda la prensa alemana, suiza, francesa y americana considerarán ahora mi forma de tratarlos a ellos y a su héroe escandalosamente ofensiva. ¡Pero no importa!”¹³²

La historia de Vogt reapareció brevemente en el círculo de Marx en 1870, cuando unos documentos descubiertos en los archivos del gobierno francés demostraron que el rumor que estaba en el centro del caso era verdad. Vogt había recibido dinero de Napoleón, 40.000 francos exactamente, en 1859, el mismo año que Marx comentó el rumor con Engels.¹³³ Pero aquella vindicación de Marx no se produciría hasta una década más tarde, y cuando lo hizo no pasó de ser una mera nota a pie de página. Para Marx y Jenny fue simplemente el recordatorio de una lucha distante y costosa, y mientras habría otras derrotas personales y profesionales mucho más dolorosas.

Londres, 1861

Hasta ahora siempre he encontrado que, una vez que inician un curso revolucionario, todos los hombres de un carácter realmente fiable... extraen constantemente nuevas fuerzas de los reveses que sufren y se vuelven tanto más decididos cuanto más se dejan llevar por la corriente de la historia.

Karl Marx¹

JENNY FUE RECUPERANDO LAS FUERZAS gradualmente, pero emergió de su enfermedad desfigurada; su bello rostro quedó cubierto por una máscara de carne áspera de color morado.² Las niñas pudieron finalmente regresar a casa la víspera de Navidad,³ un día seco y soleado de diciembre tan desacostumbrado en Londres⁴ que parecía hecho de encargo para una ocasión feliz. Entraron corriendo en la casa que les había estado vedada durante semanas y subieron las escaleras para ver a su madre. Pero la alegría se trocó en horror cuando la vieron. Las tres rompieron a llorar. La mujer que estaba sentada en la habitación de su madre les resultaba irreconocible. Jenny confió a una amiga que el cambio en su aspecto era realmente dramático: “Hace cinco semanas mi aspecto no era muy malo comparado con el de mis radiantes hijas. Dado que por una especie de milagro todavía no tenía ni una sola cana y conservaba todos mis dientes y mi figura, era habitualmente considerada como una mujer bien conservada pero ¡cómo ha cambiado todo esto ahora! A mis ojos soy más una especie de rinoceronte, de hipopótamo, un ser que sería más lógico que estuviera en un zoológico que entre los miembros de la raza caucásica”.⁵ Jenny y Marx habían estado orgullosos de su belleza, y ahora, como todo aquello que valoraban, estaba amenazada. Marx le dijo a Engels que el médico creía que Jenny acabaría curándose, pero también le dijo entre paréntesis —casi como un susurro por escrito— que “el cutis de mi esposa dista mucho todavía de ser terso y probablemente no lo será por algún tiempo”.⁶ Jenny no era una mujer superficial, pero daba mucha importancia a su aspecto. Su estado de debilidad más la preocupación que le producía el hecho de sentirse repulsiva, la convirtieron en una persona impaciente y emocionalmente inestable. El regreso a casa de sus hijas se vio ensom-

brecido por las tensiones mentales y físicas provocadas por la enfermedad.⁷

Finalmente, Marx sucumbió al estrés, que atribuyó a semanas de noches en blanco y preocupaciones. Las deudas de la familia habían crecido inconmensurablemente durante el año anterior por culpa del asunto Vogt y de la viruela de Jenny (que, según dijo, había generado “una factura del médico espeluznante”⁹). Luego llegó una nota del *Tribune* especificando que Marx había cobrado diecinueve artículos más de los que había escrito y ordenándole que no enviase ninguno más durante seis semanas.¹⁰ El proyecto de la enciclopedia, además, se había suspendido. Engels y Marx iban solo por la letra C.¹¹

Esas decisiones no eran —al menos, no totalmente— tanto acusaciones contra Marx como un reflejo del hecho de que en aquel momento los periódicos norteamericanos estaban casi exclusivamente interesados en las noticias del país. Abraham Lincoln acababa de ser elegido presidente y los estados del Sur habían empezado a escindirse de la Unión. Marx y Engels se alegraron de la elección de Lincoln y también de la agitación en el Sur. Políticamente, veían las ventajas de ambos hechos, pero personalmente para Marx, los acontecimientos americanos ponían en peligro la única fuente regular de ingresos que tenía, por muy inadecuada que fuese. “Como puedes ver”, le dijo a Engels, “estoy igual de atormentado que Job, aunque no soy tan temeroso de Dios como él”.¹²

El 12 de enero de 1861, después de la muerte de Federico Guillermo, el regente de Prusia, Guillermo, se convirtió en el rey Guillermo I y emitió un decreto concediendo la amnistía a algunos refugiados.¹³ Los términos en que estaba redactado el decreto eran vagos. Algunos exiliados alemanes en Londres serían autorizados a regresar, aunque la puerta seguiría cerrada para otros bajo amenaza de enjuiciamiento. Marx pensó que él entraba en esta última categoría, pero Lassalle, en Berlín, creía que Marx sería bienvenido y sugirió que podrían volver a sacar la *Neue Rheinische Zeitung*, esta vez con fondos aportados por la condesa von Hatzfeldt.¹⁴ Marx descartó inicialmente la idea, pero a medida que sus dificultades financieras aumentaban, se fue entusiasmando con la idea de publicar una revista bien financiada en la capital prusiana. El principal impedimento, tanto para Marx como para Engels, era la implicación de Lassalle, y también la cuestión de si Marx podría o no regresar a Prusia para trabajar en la revista.¹⁵ Reservas aparte, la propuesta de Lassalle era la única en el horizonte que ofrecía a Marx los medios para ganarse la vida, y en aquel momento Marx estaba desesperado. Se atribuía un “auténtico ingenio” para evitar la desintegración de su hogar renegociando las deudas que tenía con su legión de acreedores. Pero esto fue todo lo que pudo hacer: mover las deudas, no pagarlas.

Como hacía a menudo cuando una situación escapaba a su control, Marx se refugió en el estudio. Le dijo a Engels que estaba leyendo por diversión *Las guerras civiles en Roma*, de Apiano, en el original griego, y le comentó que Espartaco era “un tipo estupendo”, Pompeyo un “auténtico gilipollas”, y que César había cometido errores militares “deliberadamente garrafales” para confundir a sus enemigos.¹⁶ La compañera de Marx durante estas evasiones literarias nocturnas era su hija Tussy. Aquel mes había cumplido seis años y por su aniversario Marx le había regalado la primera novela, un relato de tema náutico titulado *Peter Simple*.¹⁷ La niña del pelo moreno rizado y la memoria espectacular ya estaba en realidad inmersa en la literatura. Conocía de memoria muchas escenas de Shakespeare¹⁸ (su favorita era un soliloquio de *Ricardo III* porque podía recitarlo sosteniendo un cuchillo¹⁹), había aprendido alemán en parte leyendo los *Cuentos de los Hermanos Grimm*,²⁰ y en general se comportaba intelectualmente como si fuera una contemporánea no solo de sus hermanas, que eran diez años mayores que ella, sino también de su padre, que tenía cuarenta y tres años. Ella y Marx leían los mismos libros y luego se sentaban en el estudio de Marx y discutían sobre ellos. Mientras comentaban *Peter Simple*, por ejemplo, Tussy le confió a su padre que estaba planeando disfrazarse de chico y huir al mar en un barco de guerra. Marx le dijo que le parecía una buena idea pero le sugirió que no debía decírselo a nadie hasta que sus planes estuviesen “bien maduros”. Tussy también escribía cartas a Lincoln ofreciéndole consejos sobre la guerra y las entregaba a su padre (Marx le prometía que las enviaría a la Casa Blanca, pero de hecho las guardaba como un tesoro).²¹ Jenny decía que Tussy ayudaba a Marx a liberarse de sus preocupaciones haciéndole reír a carcajadas.²²

Pese a esas agradables diversiones, Marx finalmente concluyó que no podía esconderse más de sus problemas. Tras varios años de evitar dar el paso, decidió que su única opción era tomar un barco de vapor e ir a Holanda a pedirle a su tío un adelanto de su herencia.²³ Como no podía viajar con su propio nombre, utilizó un pasaporte que iba a nombre de un carpintero llamado Karl Johann Bühring. Mientras se preparaba para partir, Marx puso las necesidades de Jenny y de su familia en manos de Engels. Su plan de viaje era ir primero a Holanda y luego posiblemente a Berlín a encontrarse con Lassalle y discutir la propuesta de publicar la revista. Mientras, Jenny tenía que pagar cada semana a los tenderos, a los panaderos y a los carniceros.²⁴ (Marx también confiaba en Engels para que proporcionase vino a la familia. Decía que a Jenny le gustaba mucho, igual que a las niñas, que, “parecen haber heredado la afición de su padre a empinar el codo”).²⁵ Prometió escribir a Engels desde Holanda y concluyó su carta con un comentario de una franqueza inusitada: “No hace falta que te diga lo agra-

decido que estoy por las extraordinarias pruebas de amistad que me has dado”.²⁶

Lion Philips tenía sesenta y siete años y era muy testarudo. Era un comerciante que había levantado una buena empresa con sus hijos²⁷ (que treinta años más tarde se convertiría en la famosa empresa de electrónica Philips), y no era muy propenso a hacer obras de beneficencia. Además, la relación con su sobrino Karl había sido tensa por culpa de la política. Pero cuando el joven Marx llegó a Holanda mostró todo su encanto. Se transformó del comunista que su tío creía que era en un escritor bohemio, pero burgués. Consiguió que Lassalle le ayudase a montar una artimaña y le pidió que le mandase una carta mencionando el “éxito” de su panfleto contra Vogt y sus planes de publicar juntos una revista. Marx quería que aquella carta “confidencial” estuviese escrita de tal modo que pudiese mostrarla a su tío sin que este sospechase que se trataba de un fraude.²⁸ También, y sin duda con un mayor deleite, consiguió la colaboración de su prima Antoinette para ablandar a su padre. Antoinette, conocida como Nanette, tenía veinticuatro años y se enamoró rápidamente de Marx, que la cortejó sin moderación durante su visita.²⁹ La describió como encantadora, ingeniosa y con “unos ojos peligrosamente negros”.³⁰ Y fue realmente un peligro: Nanette le dedicó toda su atención, y tras el angustioso año que había pasado con el asunto Vogt y con la enfermedad de Jenny, Marx no pudo resistirse completamente.

Permaneció en Zaltbommel más de dos semanas antes de viajar a Berlín. Durante su estancia en Holanda Marx envió solo una carta a Jenny y ninguna a Engels. En algunos momentos Jenny no sabía donde estaba o si estaba a salvo. Sus documentos de viaje eran falsos, su posición respecto al gobierno prusiano incierta en el mejor de los casos. Y además de su inquietud por Marx, Lenchen había caído enferma: deliraba, desvariaba, cantaba y lloraba. Su pierna se había inflamado y se temía que tuviese una hemorragia interna y que se estuviese cangrenando. Incapaz de localizar a Marx, Jenny pidió ayuda a la única otra persona con la que podía contar. Engels le proporcionó mucho más de lo que le había pedido, incluido dinero para pagar al médico y el carbón, la comida y el vino necesarios para su recuperación.³¹

Algunos biógrafos de Marx han sugerido que Jenny y Engels nunca fueron amigos íntimos, porque en sus cartas se trataban respectivamente de “Sra. Marx” y “Sr. Engels”. Pero Jenny también trataba a sus amigas más íntimas con idéntica formalidad, “Sra Liebknecht” o “Sra Weydemeyer”, por ejemplo. No había absolutamente ninguna correlación entre el encabezamiento que Jenny utilizaba en las cartas a Engels y la profundidad de su agradecimiento. Algunos han sugerido también que Jenny estaba celosa de la relación que tenía Marx con

Engels. También esto es infundado. Jenny y Engels jugaban cada uno su propio papel en la vida de Marx, papeles separados y diferentes. Está bastante claro que ninguno de los dos hubiera querido asumir la exclusiva responsabilidad de aquella fuerza de la naturaleza que era Karl Marx sin la ayuda del otro. Finalmente, otros han escrito que a Jenny la contrariaba depender tanto de Engels. Sin duda esto es cierto, pero no culpaba de ello a Engels: Jenny hubiera preferido que su esposo fuera capaz de mantener a su familia sin la constante intervención de su amigo. No, el hombre de Manchester había sido su salvación, y Jenny era perfectamente consciente del desinterés con el que Engels protegía a Marx de sus desastres personales y financieros, casi desde el momento mismo en que se conocieron. Aquel momento no era diferente. Jenny escribió a Engels el 16 de marzo: “¿Cómo puedo darle las gracias por todo el amor y devoción que nos ha dado estando a nuestro lado durante años, acompañándonos en nuestras penas y aflicciones? Estuve tan contenta cuando vi que había cinco veces más de lo esperado que sería hipócrita no admitirlo, y sin embargo mi alegría no fue nada comparada con la de Lenchen. ¡Con qué júbilo brillaron sus ojos, casi sin vida, cuando subí corriendo las escaleras y le dije: ‘Engels nos ha mandado cinco libras para ayudarte en tu recuperación!’”³²

A finales de marzo Marx le envió a Jenny una breve nota diciéndole que estaba en Berlín con Lassalle. No daba detalles excepto para decir que las perspectivas eran buenas y que no volvería a casa con las manos vacías. También le mandó unas siete libras.³³ Marx aún no había escrito ni una sola línea a Engels, pero a su llegada a Berlín envió a Nanette Philips una carta de varias páginas describiendo sus actividades de manera muy vistosa y detallada. Puede que la hubiese escrito en parte en beneficio del padre de Nanette, pero su carta parecía básicamente pensada para mantener vivo el flirteo que había iniciado en Holanda con una joven a la que casi le doblaba la edad.

Marx le dijo a Nanette que Lassalle vivía en Bellevuestrasse, una de las calles más elegantes de Berlín, y que se reunía allí cada noche con la condesa von Hatzfeldt. A los cincuenta y seis años era todavía hermosa, con unos penetrantes ojos azules y una cabellera rubia peinada hacia atrás en mechones largos y sueltos, aunque su seductora apariencia requería la ayuda de una cosmética generosamente aplicada. Marx la describió como una buena compañía: llena de vida, en absoluto estirada y sobre todo interesada en la revolución.³⁴ Durante sus primeros días en Berlín, que había sido transformada por la luz de gas³⁵ y parecía una ciudad diferente de aquella en la que había vivido cuando era un estudiante, Lassalle y la condesa agasajaron a Marx como si fuese un dignatario de visita. Celebraron unas magníficas cenas en su honor a las que asistieron impor-

tantes personajes de la sociedad, y le llevaron al teatro y al ballet, donde se sentaron cerca del palco de la realeza. Lassalle incluso intervino directamente en las gestiones con el jefe de la policía para que Marx pudiese recuperar la ciudadanía prusiana. Marx aceptó satisfecho prolongar su estancia hasta que el tema estuviese resuelto. Mientras, se acostumbró a una vida de lujo, sin preocuparse por el rey, conocido en Prusia como el Bello Guillermo, ni por sus fuerzas de seguridad.³⁶

Tras pasar más de dos semanas en Berlín, Marx dijo en una carta a un amigo de Barmen que le parecía tedioso ser una celebridad social y reunirse con tantas personas ingeniosas.³⁷ Pero no parecía tener prisa en marchar. Marx escribió a Jenny solo cartas superficiales con los “hechos más escuetos”, le dijo a Engels. En abril todavía no había escrito a su amigo en Manchester, lo que alarmó a Engels porque había leído en un periódico alemán que Marx y su familia podrían mudarse a Berlín. A Jenny le pareció incomprendible que Marx no le hubiese escrito y quería asegurarle a Engels que no había nada de cierto en el reportaje del periódico. Ni siquiera sabía si Marx deseaba tener la ciudadanía prusiana; no tenía ningún deseo especial de regresar a Alemania, y a sus hijas les daba pavor la idea: “La posibilidad de abandonar el país de su querido Shakespeare las horroriza; se han vuelto inglesas hasta la médula y se aferran como lapas al suelo de Inglaterra”.³⁸ Y en cualquier caso, Jenny no quería que sus hijas cayesen bajo la influencia de la condesa y de su círculo.³⁹

Las cartas de Marx a Nanette, mientras, eran abundantes y cada vez más íntimas. La llamaba “mi dulce primita”, “mi encanto” y “mi cruel brujita” (porque ella no le había escrito). En una larga carta le hacía la transcripción de una provocadora conversación que decía haber mantenido con la condesa von Hatzfeldt, que había confiado retenerle en Berlín:

Ella. “¿Así que esta es la forma de darme las gracias por la amistad que le he demostrado, que piensa abandonar Berlín tan pronto como sus negocios se lo permitan?”

Yo. “Todo lo contrario. He prolongado mi estancia en este lugar más allá de lo que debía debido a que su amabilidad me ha encadenado a este Sahara”.

Ella. “O sea que tengo que ser todavía más amable”.

Yo. “En ese caso no tendré más remedio que salir huyendo. De lo contrario nunca seré capaz de regresar a Londres, que es donde el deber me llama.”

Ella. “Bonito cumplido para decirle a una dama, que su amabilidad le hace salir huyendo”.

Yo. “Usted no es Berlín. Si quiere demostrarme de verdad que su amabilidad ha sido sincera, huya conmigo”.

Marx firmó esta carta a su prima como “Tu caballero andante”.⁴⁰ En su respuesta, Nanette llama a Marx “Pachá” y admite que el cariño que siente por él no es enteramente filosófico.⁴¹

El contraste entre la vida de Marx en Berlín (por no mencionar sus fantasías) y la vida de Jenny en Londres no podía ser más extremo. Se estaba esforzando en mantener en marcha una casa con dinero de los amigos y con préstamos de la casa de empeños. Se describía a sí misma como un miembro del “partido progresista de la liga de las botas”, lo que significaba que se pasaba horas cada tarde en la ciudad, recorriéndola de un lado a otro tratando de mantener en orden la vida y las finanzas de la familia.

Jenny detestaba a Lassalle, pero le escribió una carta mientras Marx estaba en Berlín dándole las gracias por la amistad que había mostrado a su “señor y dueño”, aunque le rogaba que no retuviese a Marx demasiado tiempo: “Ahí es donde me vuelvo posesiva y egoísta y envidiosa”. Respecto a la posibilidad de viajar a Berlín, permanentemente o para hacer una visita, decía que no. Políticamente, Jenny explicaba que había buscado por todos los rincones de su corazón y había descubierto que ya no tenía una patria. Personalmente, decía que no podía regresar porque no quería que sus amigos viesen las cicatrices de la viruela en su rostro. “En ese momento todavía luzco el color magenta más de moda, por lo que los asustaría a todos. Así de fea me he vuelto”.⁴²

Marx tuvo que darse cuenta del sufrimiento que expresaban las cartas de Jenny, por mucho que ella tratase de disimularlo con buen humor. También tuvo que darse cuenta de que mientras él estaba rodeado de mujeres hermosas —o al menos de mujeres lo suficientemente afortunadas como para sentirse bellas— su mujer pasaba lo que ella llamaba “horas tristes” imaginando su cara como un “campo de batalla” que a él no le gustaría.⁴³ Pero Marx no parecía mostrar mucha simpatía por su posición. Estuvo casi un mes en Berlín, comunicándose pocas veces con su familia. Es posible que su correspondencia le recordase los problemas familiares que le aguardaban a su regreso y quería mantener su cabeza en las nubes el máximo tiempo posible. Sin embargo, a medida que transcurrían los días sin noticias de su ciudadanía y sin adoptar ninguna resolución respecto al periódico, Marx empezó a impacientarse. Parecía haberle cogido manía a Berlín; le dijo a Nanette que nunca dejaría Inglaterra para irse a Alemania, y mucho menos a Prusia, donde el aburrimiento era el rey.⁴⁴ De hecho, durante un breve viaje a Elberfeld, Marx consideró que la compañía era tan sosa que

hizo mentir a un amigo para que dijese que se había quedado sin voz y que no podía hablar.⁴⁵

La madre de Marx le había invitado a pasar por Tréveris, así que dejó Berlín el 12 de abril para visitar a lo que quedaba de su familia en Renania. No había visto a su madre desde hacía trece años. Ahora tenía setenta y cuatro y estaba enferma. Es improbable que se produjese una descongelación profunda en sus relaciones, pero a su modo la madre mostró un cierto afecto por su hijo pródigo rompiendo unos pagarés que Marx le había dado años antes, liberándole de este modo de aquella deuda que hubiera reducido su herencia.⁴⁶ La siguiente parada importante de Marx fue en Holanda para cerrar un trato con su tío y, como le explicaría más tarde a Lassalle, hacer la corte a Nanette.⁴⁷ Le fue bien en ambos frentes. Recibió 160 libras de Lion Philips⁴⁸ tras convencerle de que era un escritor con iniciativa y posibilidades desde Berlín a Viena y Nueva York. Y respecto a Nanette, la llama siguió viva incluso después de que Marx marchase de Holanda para regresar a casa.

Marx tomó un vapor en Rotterdam el 28 de abril y llegó a Londres el 29.⁴⁹ Había estado fuera desde el 28 de febrero. Al parecer no había advertido a su familia de su regreso, porque Jenny dijo que tuvieron un ataque de alegría —con gritos, abrazos y besos— cuando él abrió la puerta de Grafton Terrace y las pilló por sorpresa. Todos se quedaron despiertos hasta muy tarde escuchando sus historias y abriendo los regalos de Lassalle. Cada una de las mujeres de la casa recibió una elegante capa, y todas se las probaron en el salón, las niñas tapándose la cara con ellas y riendo divertidas, y Jenny desfilando por el salón luciendo la suya en todo su esplendor, hasta el punto de que Tussy exclamó: “¡Pareces un pavo real!” Al darle las gracias a Lassalle, Jenny dijo que estaba impaciente por “sacar a pasear su capa” para impresionar a los filisteos locales.⁵⁰

El día siguiente del regreso de Marx, el hijo de Lion Philips, Jacques, llegó a Londres para pasar unos días con la familia.⁵¹ Jacques era un joven abogado de Rotterdam que había venido aparentemente para hablar de política con Marx, pero del que Marx pensó que lo que de verdad le interesaba era estar con sus hijas.⁵² El momento escogido fue el más indicado: el miércoles, primero de mayo, Jennychen cumplía diecisiete años, y la fiesta que organizaron las llenó de felicidad. Su padre estaba en casa, tenían dinero en el bolsillo, lucían una hermosa capa sobre los hombros y había entre ellas un hombre joven con el que podían bailar y cantar.⁵³ Por una vez, las nubes de tormenta que ensombrecían todos los momentos de su vida se habían retirado.

La tregua no duraría mucho. En junio el joven Jacques ya se había ido, y a

Marx apenas le quedaba algo del dinero que le había dado su tío. La llamada a la puerta de los acreedores volvió a ser habitual y cada vez más apremiante. En otoño Marx estaba de nuevo pidiendo dinero a un amigo y prometiéndole que otro se lo devolvería, pero sus maquinaciones eran tan rápidas e improvisadas que se encontró que había prometido lo que no podía prometer. Entonando un *mea culpa* a Engels respecto a algunas de las vagas transacciones que había realizado en nombre de este, acababa diciéndole: “Te deseo por anticipado toda la felicidad del mundo para el próximo año. Por mi parte, si se parece en algo al que está acabando de pasar, lo mandaré pronto al diablo”.⁵⁴

Londres, 1862

*¡Ojalá supiera cómo empezar alguna clase de negocio!
Todas las teorías, querido amigo, son grises, y solo los negocios son verdes.
Desgraciadamente me he dado cuenta de ello demasiado tarde.*

Karl Marx¹

EL PESIMISMO DE FINALES DE 1861 no estuvo confinado al hogar de los Marx. Negros crespones ribeteaban todas las tiendas y cubrían las placas de bronce de todas las puertas de Regent Street y Oxford Street, de todos los centros comerciales de Londres y de todos los pueblos de la campiña inglesa. En diciembre había muerto el príncipe Alberto e Inglaterra estaba de luto.² En Londres, la Navidad pasó sin celebraciones; un escritor victoriano explicó que celebrar las fiestas habría sido como un acto de traición.³ De la misma intensidad que el dolor por la pérdida fue el temor por la reina Victoria. La muerte del príncipe Alberto había hecho que la reina se retirase de la vida pública. El trono inglés, en su día vibrante e ilustrado, parecía estar vacante.⁴

Al mismo tiempo, un sentimiento de aprensión lo dominaba todo: se temía que el país entrase en guerra con América. Dos representantes de la Confederación en una misión cuyo objetivo era conseguir el reconocimiento del Sur por parte de los gobiernos europeos habían sido detenidos por soldados de la Unión cuando viajaban a bordo del buque correo *Trent*, alegando que las leyes marítimas británicas prohibían que barcos neutrales transportasen a personas de los bandos beligerantes en tiempos de guerra.⁵ Los repartidores de periódicos anunciaron a voz en cuello los titulares: “¡Hemos de bombardear Nueva York!”⁶, mientras los miembros del gobierno británico discutían si había que responder a lo que muchos consideraban como una violación de un barco británico soberano por fuerzas norteamericanas.

Pese a la actitud claramente antiesclavista de Inglaterra, los empresarios textiles ingleses, políticamente muy poderosos, temían que la provisión de algodón barato se viese amenazada por la abolición del sistema esclavista norteamericano⁷. Los críticos acusaron a los ministros del gobierno de utilizar el episodio del

Trent como excusa para intervenir en el conflicto norteamericano contra el Norte y ayudar de este modo a la oligarquía del algodón en el Sur.⁸ La clase trabajadora inglesa estaba al lado del Norte (consideraban una victoria de la Unión como un triunfo de la democracia por obra de trabajadores como ellos), y había el temor de que la entrada de Gran Bretaña en la guerra dividiría a la sociedad inglesa, dado que los que serían llamados a filas serían personas procedentes de los grupos más contrarios a la guerra.⁹

El caso *Trent* llegó a su fin pasada la Navidad. Estados Unidos dio marcha atrás y acordó liberar a los dos sudistas, no porque su detención fuese ilegal, sino porque el capitán que los había detenido no había seguido los trámites adecuados.¹⁰ La noticia no llegó a las calles de Londres hasta el 8 de enero, y cuando lo hizo se propagó rápidamente. Los periódicos hicieron horas extras imprimiendo tres ediciones vespertinas. Bajo el intenso frío reinante, la gente se aglomeraba delante de las oficinas para ver cómo salían los paquetes de periódicos con los titulares de la noticia tan frescos que la tinta estaba casi húmeda.¹¹

Marx y Engels seguían los acontecimientos en los campos de batalla americanos y los discutían como si estuvieran en Washington oyendo disparar a los cañones desde el otro lado del Potomac. Muchos de los emigrantes alemanes que se habían trasladado a Estados Unidos se habían unido a la lucha. Weydemeyer estaba en el ejército de la Unión, igual que su viejo enemigo Willich, mientras que el hermano pequeño de Jenny, Edgar, se había unido a los Confederados.¹² Marx consideraba la esclavitud como la forma más vil de explotación capitalista, y tanto él como Engels consideraban que su abolición era un paso importantísimo en la marcha global hacia la revolución.¹³ Pero mientras la guerra estaba teniendo un impacto inmediato en sus vidas. El precio del algodón se disparó, haciendo que los beneficios de la empresa de Engels cayesen siguiendo una trayectoria inversa. Los ingresos que tenía Marx del *Tribune* se redujeron primero a la mitad y luego a las dos terceras partes a causa de la guerra.¹⁴ Finalmente, en marzo, el *Tribune* le escribió para comunicarle que no quería más artículos de su corresponsal en Londres.¹⁵

Los apuros de la familia Marx habían sido tantos durante tanto tiempo que ya no había crisis más largas: para ellos la caída libre financiera era una forma de vida. Marx había conseguido ganar dinero, pedirlo prestado o mover de un lado a otro las deudas de forma que la familia había podido simplemente mantenerse a flote año tras año. Sus doce años de pedir dinero a Engels podrían ser vistos por un cínico como una especie de mendicidad profesional. Pero no era así como los veía Engels. Este consideraba el dinero que ganaba con un espíritu

comunista, es decir, era tan suyo como de Marx o de cualquier otro miembro del “partido” que lo necesitase. En opinión de Engels, Marx se ganaba el dinero porque estaba escribiendo su libro de economía para favorecer los objetivos del partido. El hecho de que el proyecto se fuese demorando una y otra vez y que la producción de Marx fuese tan decepcionante, era una fuente de frustración para Engels pero no un motivo para poner fin al flujo de dinero. La guerra americana, sin embargo, amenazaba con hacer lo que Engels no había hecho. La coincidencia no podía ser peor. Marx había echado mano de su último recurso, su tío, y no podía volver a utilizarlo hasta pasado un tiempo. Había convencido a aquel pragmático hombre de negocios de que él era un escritor de éxito temporalmente corto de dinero.

En 1862 la fábrica de tejidos de algodón de Engels había reducido sus horas de funcionamiento en un cincuenta por ciento. Engels calculó que si la guerra americana continuaba, sus ingresos anuales quedarían reducidos a unas cien libras, menos de lo que habitualmente enviaba a la familia Marx. Aquella primavera Engels le dijo a Marx que no podía adelantarle nada hasta el mes de julio.¹⁶ Le resumió su situación a Marx de una forma sucintamente grosera: “A menos que descubramos la manera de cagar oro, no se me ocurre que haya ninguna alternativa para que consigas sacar algo de tus conocidos por uno u otro medio. Piensa en ello”.¹⁷

Jennychen cumplió los dieciocho aquel año, pero no estaba precisamente lozana; durante el pasado año había adelgazado mucho. Parte del motivo era simplemente la pobreza, pero había también frustración. Se consideraba a sí misma un adulto que no tenía que depender de sus padres. Para sus contemporáneos, esto significaba encontrar un esposo, pero ella no tenía ninguna prisa en hacerlo. En vez de ello, y a espaldas de sus padres, contactó con una actriz americana convertida en profesora de teatro con la intención de iniciar una carrera en los escenarios.¹⁸ Pero antes de que aquella iniciativa prosperase, cayó gravemente enferma.¹⁹ Marx, que se había enterado de su intento de conseguir un trabajo como actriz, echó la culpa de su mala salud y de su precipitada decisión a la “tensión... y al estigma” provocados por sus apuros financieros. “En definitiva”, le dijo a Engels, “para llevar esa vida de perros no sé si vale la pena vivir”.²⁰

En lugar de dinero, Engels envió a la familia ocho botellas de clarete, cuatro botellas de vino del Rin de la cosecha de 1846, y dos botellas de jerez. Luego los dos se pusieron manos a la obra dispuestos a reducir gastos y a buscar nuevas fuentes de dinero. Engels se mudó a casa de Mary y Lizzy para consolidar gastos, aunque se vio obligado a conservar su apartamento en la ciudad por mor de las apariencias.²¹ Marx envió a Jenny a la casa de empeños para ver si tenía

más suerte que él, y empeñaron todo lo que pudieron, incluido todo lo que tenían de valor las niñas, Lenchen y Marianne, incluso los zapatos y los botines.²²

Hasta que su horizonte financiero se despejase un poco, Marx “desapareció” para no tener que vérselas con la compañía del gas (que les había amenazado con cortar el suministro), con el profesor de piano (“un bruto sin modales”), con el cobrador de los recibos de la escuela (“Hago todo lo posible por evitarles a las niñas la humillación directa”), y con otros varios “hijos de Satanás”.²³ Jenny decía a los acreedores que pretendían cobrar que su marido estaba fuera y que no sabía cuándo regresaría. Cuando tenía que salir de casa, le dijo a Engels, lo hacía de incógnito²⁴ (aunque, lamentablemente, no le explicó de qué modo se disfrazaba para evitar ser detectado).

* * *

Desgraciadamente para Marx, en mayo de 1862 su ciudad fue la sede de la Gran Exposición de Londres, que, igual que la feria de 1851, atrajo a visitantes de toda Europa.²⁵ Lassalle anunció que estaría en Londres en julio y esperaba quedarse en Grafton Terrace, aparentemente buscando reciprocidad por la generosidad que había tenido con Marx en Berlín el año anterior.²⁶ Marx no tenía dinero suficiente para alimentar a su familia y mucho menos a Lassalle, que solía comer venado y montañas de helado.²⁷ Pero aunque Marx no había ganado ni un penique en las últimas siete semanas, no podía negarse. Recitó su habitual letanía de quejas a Engels: “Cada día mi mujer dice que desearía que ella y las niñas estuvieran tranquilamente en sus tumbas, y la verdad es que no puedo culparla por ello, porque las humillaciones, los tormentos y las alarmas por las que uno tiene que pasar en una situación así son realmente indescriptibles... Siento aún más pena por las desafortunadas niñas, porque todo esto pasa durante la temporada de exposición, cuando sus amigas más se divierten, mientras que ellas viven angustiadas por el temor de que venga alguien y se dé cuenta de en qué situación viven”.²⁸

Lassalle llegó a Londres el 9 de julio y dijo que se quedaría varias semanas.²⁹ Desde el primer momento la familia se quedó horrorizada de la pomposidad de aquel abogado de treinta y siete años, que creía estar en el centro de unos acontecimientos históricos. Melodramático en sus ademanes, hablaba con una aguda voz de falsete haciendo proclamas como un oráculo,³⁰ y armando tanto jaleo, según Jenny, que alarmaba a los vecinos. Jenny recordaba una pregunta típica de Lassalle que solía hacer a su desconcertada audiencia: “¿Debo asombrar al mundo como egiptólogo o mostrarle mi versatilidad como hombre de acción, como

político, como luchador o como soldado?” Por si los delirios de grandeza de Lassalle no fuesen suficientes, también se imaginaba a sí mismo como un Don Juan.³² Las mujeres Marx estaban horrorizadas. Lo veían como un libidinoso insaciable, como un Príapo disfrazado de idealista.³³

Durante su visita Lassalle gastó dinero en sí mismo con esplendor y anunció, sin parecer muy arrepentido, que había perdido 750 libras en una compra especulativa que había salido mal. Pero no parecía dispuesto a prestarle a Marx ni un penique.³⁴ En cambio, preguntó a Marx y a Jenny si estarían dispuestos a enviar a una de sus hijas a Berlín para hacer de señorita de compañía de la condesa von Hatzfeldt. Indignado, Marx le dijo a Engels: “De no haber estado en esta horrible situación y enojado por la forma en que este advenedizo hacía ostentación de su dinero, me habría divertido enormemente. Desde la última vez que le vi hace un año, se ha vuelto completamente loco”.³⁵

Tras escuchar a Lassalle pontificar durante semanas, Marx y Jenny ya no pudieron aguantar más y decidieron divertirse burlándose de sus planes, lo que, según Marx, hizo enfurecer a Lassalle: “Gritó, bramó y gesticuló y finalmente se le quedó fija en la mente la idea de que yo era demasiado ‘abstracto’ para entender de política”.³⁶ Jenny explicó que Lassalle se largó a toda prisa al descubrir que sentían muy poca simpatía por un hombre tan importante como él.³⁷ Pero su despedida no careció de dramatismo. Marx había tratado de mantener oculta la verdad de su empobrecimiento a aquel inoportuno huésped. Pero el último día de la visita de Lassalle se presentó el casero diciendo que no aceptaría más demoras y que enviaría a un agente de seguros a la casa de Marx para que vendiese todos los objetos de valor que hubiera en ella a menos que le pagaran inmediatamente. Aquel mismo día Marx también recibió el último aviso de pago de los impuestos y cartas de varios comerciantes amenazándole con cortar el suministro y demandarle a menos que pagase sus deudas. Supuso que todos ellos sabían que el casero iba a hacer el último intento de cobrar y habían decidido unírsele. Como su situación ya no era un secreto, Marx la expuso finalmente en humillante detalle. Lassalle le manifestó su simpatía pero le dijo que él también estaba algo apurado de dinero y que lo único que podía ofrecerle a Marx eran quince libras en enero. Mientras, Marx podía utilizar su nombre como garantía para obtener dinero de otros.³⁸

Engels se identificó con su amigo cuando este le contó la historia; su propia situación era cada día peor, aunque un simple vistazo a sus gastos del último trimestre dejaba ver que él no estaba precisamente obligado a empeñar sus botas. Engels se quejaba de tener que pagar 15 libras por el alquiler de la cuadra de su caballo, y otras 25 por su sastre, su zapatero, sus camisas y sus cigarrillos. Pero su ma-

yor gasto seguía siendo Marx: entre facturas pagadas y dinero dado directamente le había dado a Marx un total de 60 libras,³⁹ y le dijo a Marx que no pensaba dejarlo en la estacada ahora. “Creo que seguiremos dándonos toda la ayuda mutua que necesitemos, sin que tenga demasiada importancia, en función de las circunstancias, quién es el ‘exprimidor’ y quién el ‘exprimido’, papeles que, al fin y al cabo, son intercambiables”.⁴⁰

De todos modos, Engels pidió a Marx que diese una especie de “golpe financiero”, bien sacando algo de dinero a su familia o bien terminando el libro, lo que según Engels podía reportarle unas 70 libras.⁴¹ Mientras, Engels tuvo que meterse en problemas para disponer el pago a Marx de 60 libras más de las que ya le había dado el trimestre anterior, utilizando el nombre de Lassalle como garantía de pago.⁴² Aquella transacción enfureció a Lassalle; o bien había olvidado el ofrecimiento que le había hecho a Marx al despedirse, o Marx le había malinterpretado intencionadamente a su favor. En cualquier caso, la transacción se llevó a cabo y ni a Marx ni a Engels les importó un comino cómo se sintió Lassalle.⁴³

Con aquel dinero Marx pagó a sus acreedores más insistentes y, a finales de agosto, envió a su familia a la costa, en Ramsgate. Marx estaba alarmado por la continua mala salud de Jennychen. Además de perder peso tenía una tos persistente que era indicio de una enfermedad más grave que un simple catarro.⁴⁴ “Es la niña más perfecta y talentosa del mundo”, le dijo a Engels, “pero aquí ha tenido que sufrir el doble. Primero por causas físicas. Y después se ha visto aquejada por nuestros problemas pecuniarios”.⁴⁵ Mientras estaban fuera Marx fue de nuevo a Holanda a tratar de sacarle más dinero a su tío, pero resultó que este también estaba de viaje. Luego fue a Tréveris a ver a su madre. Como de costumbre, esta se negó a ayudarle y Marx regresó de su viaje más pobre que cuando lo inició, aunque sintiéndose como nuevo después de otro encuentro con Nanette.⁴⁶ Viéndose con los ojos de ella podía imaginarse que era lo que no era: un filósofo y escritor elegante, en vez de lo que en el fondo sabía que era: un indigente acorralado con unas obligaciones familiares que era incapaz de cumplir.

Marx se describía a sí mismo como “un hombre sobre un barril de pólvora”, y cuando regresó a Londres en setiembre dio un paso que aparentemente antes nunca había considerado: solicitó un trabajo. Marx le dijo a Engels que era posible que empezase a trabajar en una oficina de los ferrocarriles ingleses a comienzos de 1863.⁴⁷ Ahora, la ‘presión’ les afectaba a los dos. Su esperada rápida resolución de la guerra norteamericana no parecía inminente. Los enfrentamientos que habían cubierto los campos americanos de muertos y heridos habían casi acabado con la industria del algodón en Inglaterra. Engels dijo que en otoño de

1862 el precio del algodón se había quintuplicado. No estando dispuestos a pagar unos precios tan desorbitados por un producto al que se habían acostumbrado a considerar barato y abundante, los clientes fueron desapareciendo.⁴⁸ En noviembre Engels declaró estar “muy arruinado”.⁴⁹

Ahora acompañado de Laura,⁵⁰ Marx seguía el curso de la guerra leyendo periódicos y documentos del gobierno en el Museo Británico. También leía periódicos norteamericanos (tanto de los estados sureños como de la prensa abolicionista del Norte) en una cafetería americana, porque decía que la prensa inglesa ocultaba algunos detalles del conflicto.⁵¹ A medida que avanzaba la guerra, la admiración de Marx por Lincoln –a quien consideraba “una figura singular en los anales de la historia”– crecía. Marx declaró que, pese a estar formulada en una jerga propia de abogados, la Proclamación de la Emancipación de Lincoln (a la que Marx se refería como su “manifiesto a favor de la abolición de la esclavitud”) era “el documento más importante de la historia americana desde el establecimiento de la Unión”, y si bien el estilo de Lincoln carecía de dramatismo era un cambio que resultaba refrescante comparado con la ceremonia que los líderes europeos organizaban en torno a auténticas nimiedades: “El nuevo mundo nunca ha conseguido un triunfo mayor que el que representa esta demostración de que, dada su organización política y social, personas normales y corrientes de buena voluntad pueden llevar a cabo hazañas que solo los héroes pueden realizar en el viejo mundo”.⁵² Refiriéndose a Estados Unidos, Marx decía que “lo que sucede allí está transformando el mundo”.⁵³

Marx no consiguió el trabajo en la oficina del ferrocarril porque su letra era ininteligible. Las sesenta libras que Engels le había ayudado a conseguir en verano se habían terminado, y la cercanía del año nuevo significaba nuevas necesidades de dinero, la más inmediata de las cuales la correspondiente al alquiler, que tenía que pagarse en enero.⁵⁴ Sin otras opciones que explorar, en diciembre Marx envió a Jenny a París para hablar de su obra con unos “caballeros literarios”, y para encontrarse con un amigo banquero al que habían prestado dinero cuando era pobre. Desde el primer momento, su viaje estuvo plagado de contratiempos que, según Marx, habrían resultado cómicos de no ser tan trágicos.

El barco que tomó Jenny para ir a Francia se vio atrapado en una tormenta tan fuerte que otro barco que navegaba cerca del suyo se hundió. En París tenía que tomar un tren para ir a casa del banquero, pero la máquina tuvo un problema y su salida se retrasó dos horas. Y luego, el ómnibus en el que viajaba volcó.⁵⁵ Y cuando finalmente llegó a casa del banquero, descubrió que este había sufrido un derrame cerebral el día antes de su llegada. Jenny abandonó París con

poco más que la promesa por parte de un periodista amigo de que tan pronto como apareciese la siguiente entrega del libro de economía de Marx, sería publicada en francés.

Esto no fue el final de sus desventuras. En Londres, el coche de caballos en el que iba chocó con otro y quedó encallado, lo que la obligó a ir a pie hasta su casa pisando la nieve y el lodo, y con dos muchachos llevando su equipaje y los regalos de Navidad que había comprado durante su viaje. Jenny esperaba el calor de un recibimiento familiar a su regreso de un viaje tan duro, pero, en cambio, encontró la casa ostensiblemente silenciosa. Solo dos horas antes, Marianne, la hermana de Lenchen, había muerto a causa de unas fiebres reumáticas. “Jenny y Laurachen”, escribió a una amiga, “vinieron a mi encuentro, pálidas y perturbadas, y Tussychen estaba bañada en lágrimas... También puedes imaginarte el sufrimiento de Helene, pues quería mucho a su hermana”.⁵⁶

El cuerpo de Marianne fue colocado en un ataúd en casa de los Marx la víspera de Navidad, y fue enterrado tres días más tarde. No hubo árbol de Navidad, ni pastel de ciruelas, ni muérdago. En su lugar, el ataúd negro estuvo en la sala de estar de la familia durante las fiestas. “Toda la casa estuvo triste y en silencio”, dijo Jenny.⁵⁸

Hubo muchos momentos en la vida de Marx en los que dio muestras de ser un hombre profundamente egocéntrico. Incluso con respecto a los que más amaba era a veces exasperantemente ciego a sus sentimientos y necesidades. Enero de 1863 fue uno de esos momentos. El séptimo día de aquel mes, Engels escribió a Marx para decirle que Mary Burns, su compañera durante dos décadas y la mujer a la que se refería como su esposa, había muerto. “Anoche se fue a la cama muy pronto, y cuando Lizzy quiso irse a dormir poco antes de medianoche, ya la encontró muerta. Fue todo muy repentino. Un ataque al corazón o una apoplejía... Simplemente no puedo expresar cómo me siento. La pobre me amaba con todo su corazón”.⁵⁹ Marx le escribió al día siguiente. Las dos primeras líneas de su carta expresaban su sorpresa y su consternación por la muerte de Mary, y luego dedicaba las siguientes treinta y una líneas a sus propios problemas financieros, a menos que consideremos como un tributo a la amada compañera de Engels la esperanza de Marx de que desahogándose él estaba ofreciendo un “remedio homeopático” a su amigo, porque “una calamidad nos distrae de otra”. O es posible que pensase que Engels podía encontrar consuelo en otra frase igual de compasiva de Marx en la que decía: “En vez de Mary, ¿no podría haber sido mi madre, que de todos modos es víctima de toda clase de achaques y que ya ha vivido bastante?”⁶⁰

Engels dejó pasar una semana antes de responder, y cuando lo hizo, lo hizo

con aquel tono imperioso prusiano que tanto aterrorizaba a sus adversarios. “Espero que comprendas que esta vez mi propia desgracia y el glacial punto de vista que has adoptado respecto a ella me hayan hecho verdaderamente imposible contestarte antes. Todos mis amigos, incluidos los más filisteos, me han dado en esta ocasión, que te digo con sinceridad que me ha afectado profundamente, mayores pruebas de simpatía y amistad de lo que podía esperar. Tú consideraste que era un buen momento para reafirmar la superioridad de tu ‘ecuánime forma de pensar.’ ¡Así sea, pues!”⁶¹

Marx esperó aún más tiempo para contestar a Engels. Dejó pasar once días antes de escribir una carta llena de contrición, un intento de redimirse a los ojos del hombre al que más respetaba y al que más necesitaba. Lo que hizo, en esencia, para explicar su frialdad, fue echarle la culpa a Jenny. El día que recibió la noticia de la muerte de Mary, explicaba, habían enviado finalmente un agente de seguros a su casa. Marx tampoco había enviado a las niñas a la escuela porque no podía pagar la factura y en cualquier caso tampoco tenían ningún vestido presentable que ponerse. Jenny le había pedido que explicase su desesperada situación a Engels, y Marx lamentó haberlo hecho en cuanto hubo echado la carta al correo. La segunda carta de Engels le había hecho abrir los ojos, admitía, y ahora había decidido actuar de acuerdo con una conclusión a la que había llegado meses antes. La única forma de que la familia pudiese sobrevivir era que Marx presentase una solicitud de declaración de quiebra y enviase a sus dos hijas a hacer de institutrices, mandar a Lenchen a servir a otra casa y trasladarse con Jenny y con Tussy a un albergue municipal en el que había vivido Red Wolff cuando estaba de mala racha.⁶²

Engels perdonó a Marx. Como Jenny, Lenchen y tantos otros, era consciente de los defectos personales de Marx, pero también él, como ellos, le quería demasiado para dejar que esos defectos ensombreciesen sus brillantes cualidades: su inteligencia, su ingenio, incluso su capacidad para el amor y la lealtad (por difícil que resultase recordarlas en esos momentos). Como los otros, también Engels sentía que su obligación era proteger a aquel hombre de quien esperaba grandes cosas. Le dijo a Marx que aunque le obsesionaba su reacción ante la muerte de Mary, quería dejar aquel asunto atrás: “Uno no puede vivir con una mujer durante años sin verse terriblemente afectado por su muerte. Siento que con ella estoy enterrando los últimos vestigios de mi juventud. Me alegro de que, después de perder a Mary, no haya perdido también a mi mejor y más antiguo amigo”. A continuación describía una transacción que equivalía a una especie de chanchullo (había cogido una factura a nombre de Ermen & Engels y había ordenado que se la pagasen a Marx) y le enviaba cien libras para que la fami-

lia pudiera quedarse en su casa y las niñas volver a la escuela. Respecto a él, decía que estaba tratando de aliviar su pena estudiando lenguas eslavas, “pero la soledad me resulta insoportable”.⁶³

El invierno de 1863 también afectó mucho a la familia Marx. En abril, Jennychen estaba nuevamente enferma, Jenny postrada en cama y casi sorda (probablemente un efecto residual de la viruela),⁶⁴ y Marx estaba sufriendo el peor ataque de problemas hepáticos que había tenido. Pero él siguió avanzando con muchas dificultades en la redacción del manuscrito de su libro de economía, y en mayo le dijo a Engels que esperaba hacer una copia en limpio del “maldito libro” y llevarla a Alemania para ver si encontraba un editor.⁶⁵ Dijo que confiaba en que la segunda entrega fuese “mucho más comprensible” que la primera.⁶⁶ Marx explicó que no trabajaba en casa de día y que arrastraba su dolorido cuerpo hasta el Museo Británico para escapar de la casa donde el “fastidio” provocado por las facturas, cada vez mayores, estaba alcanzando un crescendo.⁶⁷ Probablemente interpretando la descripción de su amigo como una llamada de socorro, Engels encontró dinero suficiente para que Marx pagase a sus acreedores y, con la ayuda adicional de una amiga de Jenny en Alemania, enviase a las mujeres Marx a pasar las vacaciones en la costa.⁶⁸

Ellas habían estado ajetreadas llevando la casa mientras Lenchen estaba en Alemania cuidando a una hermana que estaba enferma. Laura había dado pruebas de ser una excelente cocinera confeccionando exquisitas tartas, pasteles y salsas. Jennychen se calificaba a sí misma de “limpiabotas” porque estaba encargada de barrer y limpiar. Jenny se ocupaba de lavar la ropa y los platos porque no quería que sus hijas se estropearan las manos. Incluso centraron su atención en lo que Jenny llamaba el “departamento de corte y confección”, y donde teñían, cosían y remendaban prendas de ropa para darles apariencia de nuevas.⁶⁹ (Esta labor de regeneración no siempre tenía éxito. El año anterior, la pequeña Tussy había sido objeto de burla por unos niños de la vecindad debido al estrafalario sombrero que llevaba y que le habían confeccionado en casa.)⁷⁰

Las niñas tenían ahora una vida social y tenían que tener un aspecto respetable. (Jenny le dijo a una amiga que estaba secretamente sorprendida de que no fuesen nada vanidosas, y más “teniendo en cuenta que no podría decirse lo mismo de su madre cuando era joven”).⁷¹ Entre los amigos que visitaban la casa pronto empezó a haber algunos jóvenes y era especialmente importante, pensaba Jenny, que la familia causase una buena impresión en ellos, aunque de momento las niñas no parecían en absoluto interesadas en encontrar novio.

Laura se había convertido en una hermosa joven, con el mismo pelo de co-

lor castaño rojizo y los mismos ojos verdes de su madre, que habían causado la envidia de muchas jóvenes en Tréveris. También tenía una reserva y una nobleza que no dejaba traslucir la pobreza en la que había sido criada. Tenía orgullo y dignidad sin ser altiva, y era una escritora y lingüista de talento cuyos ojos brillaban con una alegría fogosa. Se sentía tan a gusto en la cocina como en la Sala de Lectura del Museo Británico, y mostraba el mismo aplomo y elegancia en la pista de baile que nadando en el mar. De las tres chicas, Laura era la más encariñada con las “cosas”.⁷² Uno de sus apodos era Kakadou, en referencia a un sastre de una vieja novela, y se lo había ganado porque era la más elegante y la que mejor vestía de las mujeres Marx.⁷³ Jennychen, por su parte, era más complicada, a la vez más fuerte y más frágil que su hermana. La mayor de las hijas de los Marx moría en deseos de dejar atrás su papel de hija y hermana. Intelectualmente, había sido educada como un chico de clase media, y estaba ansiosa por plantearse retos y ponerse a trabajar por su cuenta. Jennychen era encantadora, pero no era una belleza clásica como Laura. Era alta y bien proporcionada, pero sus rasgos no eran tan regulares como los de su hermana, y su madre decía que su nariz era demasiado respingona.⁷⁴

Pese a sus diferencias físicas, Jennychen y Laura eran bastante parecidas y muy buenas amigas. De niñas habían compartido la visión de la familia tal como ellas la entendían, y ahora que eran unas jóvenes conscientes de que dicha visión las había distanciado un tanto de la sociedad a la que pertenecían sus amigas, se apoyaban mutuamente de una forma sutil que tal vez pasaba inadvertida a sus padres. (En cierta ocasión en la que Jennychen estaba enferma, por ejemplo, mientras Lenchen, Jenny y Marx se preocupaban sobre todo de conseguirle comida y medicinas, Laura le escribía un poema cada día para animarla.⁷⁵ Comprendía que los síntomas que presentaba su hermana eran físicos pero que tenían su base en un malestar espiritual.) Las dos jóvenes habían generado una dependencia mutua durante los innumerables malos momentos por los que había pasado la familia, y seguían dependiendo una de otra.

Tras el regreso de Lenchen, las mujeres Marx pasaron cuatro semanas en Hastings, donde alquilaron un apartamento con tres grandes ventanas y un jardín. Pero su principal atractivo era el mar. Jenny llevaba a las niñas a remar; se bañaban, comían ostras, miraban los fuegos artificiales en el jardín de un miembro del Parlamento y daban largos paseos por la montaña, hasta el punto de que Jennychen volvió a lucir unas mejillas rosadas.⁷⁶ Y una vez de regreso en Londres comprobaron que en su ausencia Marx había hecho grandes progresos en su libro. Tenía ya más de setecientas páginas, y Jenny advirtió a sus amigas que cuando se publicase “caería como una bomba” en territorio alemán.⁷⁷

Todo parecía finalmente marchar bien cuando el trabajo de Marx se vio interrumpido por una nueva dolencia. Le habían salido dos forúnculos, uno en la mejilla y otro en la espalda, y este último fue creciendo hasta adquirir una dimensión aterradora convirtiéndose en un carbunco grande como un puño.⁷⁸ Los médicos atribuyeron el carbunco a la falta de higiene y a la mala salud general, pero Jenny consideró que la verdadera causa eran los duros hábitos de trabajo de Marx durante los últimos meses, en los que “había fumado el doble de lo habitual y había ingerido el triple de pastillas de varias clases”. Manifestó su frustración en una carta a Engels: “Es como si el condenado libro no fuera a terminarse nunca. Se cierne sobre todos nosotros como una pesadilla. ¡Ojalá se lance de una vez al agua ese Leviatán!”⁷⁹ Mientras, Marx, con un dolor intenso, guardaba cama.

El médico aconsejó a la familia que aplicase cataplasmas calientes a la espalda de Marx cada dos horas y que le obligasen a comer y a beber todo lo posible. Marx nunca había tenido mucho interés en la comida, pero beber le ayudaba a mitigar el dolor, y durante las dos semanas siguientes su dieta diaria incluyó un litro y medio de cerveza negra, tres o cuatro copas de vino de Oporto y media botella de Burdeos. Jenny pasaba toda la noche sentada al lado de su cama o dormía en el suelo. Milagrosamente, no enfermó, pero Lenchen, que también contribuía haciendo de enfermera, cayó enferma debido al agotamiento y a las preocupaciones.⁸⁰

Marx se había recuperado apenas para poder caminar media hora al día cuando a finales de noviembre recibió una carta de Alemania comunicándole que su madre había muerto.⁸¹ (Ella misma había predicho correctamente la fecha y la hora de su fallecimiento: las cuatro de la tarde del 30 de noviembre, el mismo día y hora de su boda.)⁸² Pese a estar todavía débil y aturdido, Marx tuvo que ir a Tréveris. Armado con dos enormes frascos de medicina, contó con que por el camino encontraría algunas “buenas samaritanas” que le lavasen la todavía supurante herida.⁸³

Marx llegó a Tréveris sin dificultad y descubrió que las gestiones relativas a los asuntos de su madre tenían que llevarse a cabo en Holanda. El testamento era, según Marx, bastante complicado y su tío Lion era uno de los dos albaceas nombrados por su madre. Pero mientras estaba en Tréveris, quizás debido a la muerte de su madre o a su reciente enfermedad, envió a Jenny otra emotiva carta en la que trataba de borrar todos los tormentos de los últimos años, como si sus muchas tribulaciones no hubieran tenido lugar y estuviesen de nuevo juntos en la Renania de su juventud. El 15 de diciembre de 1863 escribió:

Mi querida Jenny...

Si he tardado tanto en escribirte no ha sido ciertamente por descuido. Todo lo contrario. He hecho una peregrinación diaria al viejo hogar de los Westphalen (en la Neustrasse), que me interesaba más que las más antiguas ruinas romanas porque me recuerda los días más felices de mi juventud y porque era el hogar que albergaba mi mayor tesoro. Además, cada día y por todas partes me preguntan por “la muchacha más bonita de Tréveris” y por “la reina del baile”. Es muy agradable para un hombre comprobar que su esposa vive después de tanto tiempo como una “princesa encantada” en la imaginación de todo un pueblo.⁸⁴

Una semana después, Marx salió de Tréveris en dirección a Holanda. Pero mientras estaba allí, le salió un carbunco —o como él dijo, un “segundo Frankenstein”— en la espalda exactamente debajo de donde había estado el primero. Una vez más estaba debilitado por el dolor y pensó que no estaría en condiciones de regresar a Londres hasta enero. Le dijo a Engels que su propio tío se ocupaba personalmente de ponerle los emplastos, y que su encantadora e ingeniosa prima Nanette, de veintisiete años, “me cuida y me mimaba de una manera ejemplar”.⁸⁵

Aunque Marx estaba dolorido, estuvo caliente y bien alimentado durante la temporada de vacaciones, mientras que Jenny y las niñas estaban en Londres y dependiendo una vez más de Engels. En las ventanas se formaban carámbanos de hielo, y la familia necesitaba montañas de carbón para mantener calientes las habitaciones de Grafton Terrace.⁸⁶ En invierno no era raro que en el sótano de una casa victoriana se acumulase hasta una tonelada de carbón para calentarla durante un mes. El carro de caballos que hacía el necesario reparto representaba una factura más en un momento en el que la familia estaba al límite.

Marx no escribió a Jenny en Navidad, así que después de Año Nuevo ella le envió lo que calificó de “una iniciativa de color de rosa” en forma de carta para tratar de poner fin a ocho días de sequía en su correspondencia. De manera un tanto insincera, ella le decía que se habría sentido “muy, muy abandonada” durante las fiestas navideñas si no hubiese sabido que él se encontraba bien y que estaba bien cuidado en Holanda. Luego pasaba a describir la celebración más bien gris que habían tenido en Londres, que Marx no pudo dejar de interpretar como una señal de que ella se había sentido efectivamente muy abandonada. Sin árbol de Navidad ni ninguna otra decoración navideña, decía, Jennychen y Laura trataron de animar a Tussy vistiendo a más de veinte muñecas con varios trajes, incluido uno que convirtió a una de ellas en

un viejo chino a base de pegar un mechón de cabello de Tussy en el mentón de la muñeca. El casero no se presentó exigiendo dinero porque sabía que Marx no estaba, y tanto él como los vecinos “más implicados” sabían que Marx estaba enfermo. Pero tan pronto como terminaron las Navidades, el casero se presentó de nuevo.

Había habido cosas positivas. La familia pasó la Nochevieja con una familia francesa, los Lorimer. Escucharon las doce campanadas bailando y cantando, y sus invitados se quedaron hasta las dos de la madrugada. Lo más destacado de las fiestas, sin embargo, fue cortesía de Lupus, que regaló tres libras a las niñas, con las que ellas invitaron a toda la familia al teatro. Jenny dijo que la velada había sido muy placentera para su “actriz dramática” Jennychen y que fue coronada por un viaje de regreso a casa en coche de caballos. Todo el mundo se quedó muy satisfecho, dijo. Pero su tono indicaba que no era verdad. En vez de despedirse como de costumbre con un “Mil besos”, terminaba su carta con un “Adiós, muchacho. Escribe pronto”.⁸⁷ Y cuando enero dejó paso a febrero y Marx no estaba todavía de vuelta en Londres, su desesperación aumentó. En una carta a una amiga describió crudamente sus sentimientos: “Lejos de él, torturadas por el temor y las preocupaciones, casi aplastadas por el peso de una deuda desmedida causada por unas largas y costosas enfermedades... estábamos aquí, tristes, solas, sin esperanza”.⁸⁸ Jenny se sentía totalmente abandonada mientras celebraba su cincuenta aniversario con sus hijas, con unas temperaturas muy bajas y una fuerte helada⁸⁹ en consonancia con su estado de ánimo.

Jenny recordaría más tarde este período como uno de los peores de su vida. Marx, por otro lado —pese a verse asediado por una nueva erupción de forúnculos grandes como guisantes y carbuncos supurantes del tamaño de pelotas de golf, con el dolor asociado a ambos— le dijo a su tío que los dos meses que había pasado en Holanda habían sido de los más felices de su vida.⁹⁰ Regresó a Londres el 19 de febrero,⁹¹ más gordo que cuando había salido y mucho más sano en cuerpo y alma que las mujeres que le dieron la bienvenida al hogar.

Marx heredó unas mil libras (aunque no todas ellas eran inmediatamente accesibles, y unas trescientas las destinó a saldar deudas),⁹² y utilizó una parte de aquella herencia, como había hecho Jenny en 1856, para trasladar a la familia a una morada mejor. Grafton Terrace no estaba habitada por el fantasma de la muerte, como Dean Street, pero había sido el escenario de un sufrimiento doméstico casi constante. Desde el momento en que se habían mudado allí, su experiencia había estado teñida por una soledad extrema, por la enfermedad y por unas carencias que incluso habían producido tensiones en el matrimonio entre Marx y Jenny.

Los Marx no fueron muy lejos para buscar una nueva residencia; se quedaron cerca de Hampstead Heath. Pero la casa del número 1 de Modena Villas, en Maitland Park —soleada, espaciosa y curiosamente situada cerca de una iglesia— era mucho más espléndida.⁹³ Aquella casa suburbana de tres plantas tenía una chimenea en cada habitación, un jardín en la parte de atrás, un parque enfrente y un invernadero delante del salón principal. Cada chica tendría su propia habitación,⁹⁴ y había mucho espacio para los animales que Tussy había recogido: dos perros, tres gatos y dos pájaros.⁹⁵ Marx escogió como estudio la habitación del primer piso que daba al parque, y las mujeres tenían el control del resto de la casa. Jenny pensó que allí podían iniciar una nueva vida. Era una casa que sus hijas podrían enseñar con orgullo y que su madre podría presidir tal como la habían educado que debía hacer: una respetabilidad convincente, solo parcialmente de fachada.

Olvidándose aparentemente de la lección que le había ofrecido Grafton Terrace en el sentido de que tener inicialmente el dinero suficiente para alquilar un lugar no significaba disponer de los medios necesarios para hacer los pagos, Marx firmó un contrato de arrendamiento de tres años por la enorme suma de sesenta y cinco libras al año.⁹⁶ Como siempre, la familia le siguió alegremente en aquella extravagante nueva aventura.

A finales de abril, Engels alertó a Marx de que estaba cada vez más preocupado por la salud de Lupus. Tenía cincuenta y cinco años y padecía unos debilitantes dolores de cabeza, pero su médico se limitaba a tratarle por una inflamación articular en el dedo gordo del pie. Aunque Engels le buscó un segundo médico, el estado de salud de Lupus siguió deteriorándose. Su problema parecía ser una hemorragia cerebral o una fiebre cerebral.⁹⁷ También Marx estaba alarmado, y fue a Manchester el 3 de mayo. Seis días más tarde escribió a Jenny para decirle que Lupus había muerto. Le habían conocido en Bruselas en 1844 un día que se presentó de pronto en su casa sin conocerles, y desde entonces había sido un miembro leal del partido, tan leal como de la familia. “Con él hemos perdido a uno de nuestros pocos amigos y compañeros de lucha”, dijo Marx. “Era un hombre en todo el sentido de la expresión”.⁹⁸

Al día siguiente Marx supo hasta qué punto Lupus había sido un buen amigo. Había trabajado como tutor en Manchester durante años, y siendo soltero tenía muy pocos gastos, aparte de la bebida. Su testamento revelaba que había ahorrado unas mil libras, y dejaba cien a Engels, cien a su médico y cien al Instituto Schiller (un club social y cultural alemán de Manchester). El resto, además de sus libros y otros efectos personales, lo dejaba a Marx y a Jenny.⁹⁹

Atónito por el regalo de Lupus, Marx pronunció unas palabras en el funeral y le falló la voz recordando a su amigo.¹⁰⁰ Para Engels, la muerte de Lupus fue particularmente dura, porque, igual que Mary, Lupus había sido su amigo de juventud y un recordatorio constante de la gran lucha que por momentos había perdido entre lo que Engels llamaba la “porquería burguesa” de Manchester. Había visto a Lupus casi a diario y con una gran tristeza reconoció que “con su muerte, Marx y yo hemos perdido a un amigo fiel, y la revolución alemana a un hombre de un valor irremplazable”.¹⁰¹

Engels estaba tan afectado que no pudo soportar quedarse en Manchester, así que Marx le invitó a ir a Londres. Por primera vez en veinte años, desde una rara posición de comodidad y riqueza, la familia Marx cuidaría a Engels en vez de que Engels los cuidase a ellos.

Quinta Parte

Del *Capital* a la Comuna

Londres, 1864

Los señores de la tierra y los señores del capital utilizarán siempre sus privilegios políticos para la defensa y perpetuación de sus monopolios económicos... Conquistar el poder político, en consecuencia, es el gran deber de las clases trabajadoras... Ellas poseen uno de los elementos del éxito: el número, pero el número solo cuenta en la balanza si está unido por la combinación y dirigido por el conocimiento.

Karl Marx¹

EL AÑO 1984 FUE UN AÑO DE CAMBIO no solo para la familia Marx, sino para la clase obrera europea. “El estado moderno”, escribió Engels, “sea cual sea su forma, es esencialmente una máquina capitalista, el estado de los capitalistas”.² A comienzos de la década de 1960 esto se estaba volviendo claro para los trabajadores, que veían cómo los intereses industriales y financieros tomaban el control del sistema político en toda la Europa occidental y extendían el alcance del capitalismo por la vasta red colonial de Europa. Solo en Inglaterra, a mediados de la década de 1860, había 148 directivos de compañías de ferrocarril en la Cámara de los Comunes, casi una cuarta parte del total de miembros de la Cámara.³ Tras no conseguir abrir las puertas con razonamientos políticos y argumentos sociales, lo único que necesitó finalmente la burguesía para convencer a la aristocracia gobernante (y en muchos casos decadente) fue el dinero. Esto fue especialmente evidente en Inglaterra y en Francia, y cada vez más en Alemania.

Pero la pérdida del poder por parte de la aristocracia terrateniente se produjo de forma más espectacular fuera de Europa occidental, en Rusia y en Estados Unidos. En 1861 el zar Alejandro II había dado el tiro de gracia al feudalismo en Europa aboliendo la servidumbre. El año siguiente Abraham Lincoln había firmado la Proclamación de la Emancipación, que iniciaba el fin de la esclavitud en Estados Unidos.⁴ El resultado práctico de estas dos acciones significaba que desde mediados de la década de 1860 todos los hombres en Europa y en América trabajaban por alguna forma de salario; ya no existía la estructura social

que permitía que un hombre obligase a otro a trabajar en contra de su voluntad sin remuneración alguna.

Muchos industriales y liberales se felicitaron por haber puesto las bases de una nueva era de libertad de trabajo y por haber contribuido a poner fin a las bárbaras prácticas del pasado. Pero los intelectuales y los líderes de la clase obrera sostenían que la nueva libertad tenía poco valor para el hombre que no tenía comida, ni dinero, ni educación, y poca salud, y que veía cómo su familia era triturada en la máquina industrial para la que él había “elegido libremente” trabajar. El ruso Nikolai Chernysevsky, que fue arrestado en 1862 por actividades revolucionarias, decía que la libertad y los derechos legales solamente tenían valor cuando los hombres disponían de los medios materiales para aprovecharlos. Temía que el liberalismo del *laissez-faire* en Rusia produciría un sistema aún peor que el feudalismo al que había sustituido, porque se basaba enteramente en el interés personal sin redes sociales de seguridad –como la tierra y la forma de vida comunal– que protegiesen a los que eran demasiado pobres, demasiado viejos o demasiado débiles para valerse por sí mismos.⁵ Algunos trabajadores europeos y americanos sentían esa misma inseguridad. En Rusia la nueva realidad produciría generaciones de revolucionarios. En Europa occidental y en América crearía los sindicatos y las organizaciones políticas de los trabajadores.

Durante los anteriores períodos de revuelta en Europa, en 1830 y 1848, los movimientos de oposición eran dirigidos principalmente por miembros ilustrados de las clases altas y por intelectuales. Pero a comienzos de la década de 1860 la clase trabajadora había crecido en tamaño, en fuerza y en cohesión. Y lo que era tal vez más importante, sus miembros eran más cultos y estaban mejor preparados, lo que significaba que había muchos más líderes con muchas más ideas acerca de cómo luchar por los derechos de los trabajadores. La alternativa ya no era revolución o capitulación; el menú activista incluía ahora huelgas, manifestaciones pacíficas y organizaciones políticas e industriales a gran escala.⁶ La actitud era serena pero decidida; la solidaridad era la clave.

En Inglaterra se formó una gran organización de trabajadores bajo el estandarte del Consejo Sindical de Londres. Fue el primer intento real de montar una organización tan amplia desde la desaparición del cartismo en la década de 1840. En Alemania Lassalle publicó un panfleto titulado *El programa de los trabajadores*. Marx lo desestimó como un pobre sucedáneo del *Manifiesto Comunista*,⁷ pero fue considerado por sus contemporáneos en Alemania como el primer paso hacia un movimiento obrero moderno. Con su programa como trampolín, Lassalle fundó la Unión General de los Trabajadores Alemanes en 1863. En Francia el movimiento también estaba creciendo, aunque no estaba tan bien

organizado, en parte debido al retraso que llevaba el desarrollo industrial allí. Y debido a que no estaba tan bien organizado era también más inflamable.

Sobre este telón de fondo, en julio de 1863 los trabajadores europeos se reunieron en Londres para dar su apoyo a un levantamiento en Polonia, uno de los raros acontecimientos revolucionarios del período posterior a 1848. El final de la servidumbre en Rusia había sido malinterpretado en la Polonia controlada por Rusia como el inicio de una tendencia hacia la concesión de mayores libertades. Durante dos años se organizaron manifestaciones pacíficas en Varsovia tratando de presionar a Rusia para que permitiese una constitución en Polonia, pero en enero de 1863 la frustración por la falta de respuesta se desbordó y produjo un estallido de violencia. Los gobiernos de Europa occidental –incluidos los que se consideraban defensores de los derechos básicos– no ofrecieron ayuda a los polacos,⁸ pero los trabajadores reunidos en Londres sí lo hicieron. Los delegados también acordaron crear una asociación internacional de trabajadores. Su reunión inaugural tendría lugar en Londres en setiembre de 1864.⁹

Marx y Engels tuvieron conocimiento de estas reuniones y Marx solicitó fondos para los polacos en nombre de la Sociedad Pedagógica de los Trabajadores Alemanes. Pero durante el verano de 1864 Marx evitó la politiquería. Las herencias recibidas le habían dado un margen de libertad y decidió utilizar su tiempo para trabajar en su libro, estudiar anatomía y fisiología (influido, según dijo, por el conocimiento que tenía Engels de estos temas), y para jugar a la bolsa (también siguiendo en esto el ejemplo de Engels).¹⁰ Marx le dijo a su tío que había ganado cuatrocientas libras en un movimiento especulativo y declaró que le encantaba la bolsa, porque “exige poco tiempo y porque vale la pena correr algún riesgo para liberar al enemigo de parte de su dinero”.¹¹ (También esto era una estrategia de Engels, que había pasado más de una década en Manchester desviando fondos del sistema fabril que detestaba, para ayudar al hombre que confiaba que podría destruirlo.)

De hecho, el verano de 1864 se caracterizó por una poco habitual armonía y facilidades para la familia Marx.¹² Jenny visitó casas de subastas buscando muebles para su casa, y sus hijas se dedicaron a la ocupación burguesa de decorar sus dormitorios.¹³ Jennychen convirtió la suya en una galería shakesperiana, decorándola con imágenes del Bardo y de famosos actores shakespearianos y dedicando una estantería-santuario a sus obras favoritas.¹⁴ También se apoderó del invernadero, que se convirtió en un refugio floral para aquella joven cuya salud había sido arruinada por la pobreza y que nunca antes había vivido rodeada de tanta belleza.¹⁵ Luego, una vez instalados en Modena Villas, a mediados de julio

Marx envió a sus tres hijas a pasar las vacaciones a orillas del mar. Un año antes se había inaugurado una nueva línea de tren entre Londres y Ramsgate, llevando a los pasajeros al sudeste de Inglaterra, lejos de la atmósfera cubierta de hollín de la capital, y depositándolos varias horas más tarde en la playa, muy cerca del mar. De manera nada sorprendente, pronto la playa de Ramsgate a mediados de verano acabó tan abarrotada de londinenses como Oxford Street en Navidad. Mujeres con vestidos holgados se sentaban en sillas en la arena; hombres elegantemente vestidos paseaban por la playa fumando cigarros, y toda clase de espectáculos entretenían a los turistas: acróbatas, compañías de danza, juglares, cantantes. Por primera vez las hijas de Marx participaban de la vida social sin preocuparse por el coste. Marx aprovechó la ocasión para recuperarse de otro carbunco, que le obligaba a estar mucho tiempo en cama.

Mientras, en Londres, Jenny se deleitaba llevando una vida que probablemente había pensado que no volvería a conocer. En una carta a su familia cuando estaban de vacaciones les decía que en su nueva casa no pasaba calor porque podía escapar del sol pasando de una habitación a otra. Preparó ochenta tarros de jaleas y mermeladas, organizó suntuosas cenas para sus amigos coronadas con abundante cerveza, y acudió ella misma a algunas veladas vistiendo lo que describía como “su mejor atuendo”: diamantes de imitación y una capa blanca.¹⁶ Cuando Marx y sus hijas regresaron de Ramsgate, Jenny se fue sola a Brighton a pasar dos semanas de vacaciones como “inquilina de salón” en casa de una familia.¹⁷ Aquel fue el verano más libre de preocupaciones que vivió desde que se había casado con Marx veinte años antes. La única sombra fue la advertencia de Marx de que no recurriese demasiado a menudo a la tarjeta de presentación que la identificaba como “Mme Jenny Marx, *née* baronesa von Westphalen”, porque algunos de los enemigos de Marx estaban en Brighton y podían utilizarla en su contra.¹⁸ Pero esto era una nimiedad comparado con los traumas que habían sufrido y las humillaciones que habían tenido que soportar. Aquel verano Jenny se hizo un retrato en Brighton.¹⁹ En su cara ya no se ven las marcas de la viruela. Se la ve relajada y elegante: es la imagen de una mujer que parece haber vivido siempre de forma desahogada. La suerte de la familia ha cambiado drásticamente en tan solo unos meses.

La suerte de Engels también había cambiado. A los cuarenta y cuatro años había sido nombrado socio de la empresa Ernen & Engels, con toda la riqueza que comportaba esta posición pese a las turbulencias experimentadas por el mercado del algodón.²⁰ Él y Lizzy Burns lo celebraron mudándose a una casa más grande. Lizzy, que ahora tenía treinta y siete años, había vivido con Engels y con su hermana mayor Mary desde que era una niña. Durante aquel tiempo Lizzy

había madurado y se había convertido en una enérgica nacionalista irlandesa cuya casa era una especie de piso franco para la nueva raza de nacionalistas radicales irlandeses anti-británicos conocidos como *fenianos*.²¹ Su casa era una tapadera perfecta. Estaba fuera del gueto irlandés de Manchester, y desde la muerte de su hermana, Lizzy se había convertido en la “esposa” de uno de los hombres de negocios más importantes de la ciudad.

En setiembre, Marx recibió de Freiligrath la terrible noticia de que Lassalle había muerto de un tiro en Ginebra. Los amigos de Lassalle explicaron que se había enamorado de una chica de diecinueve años que estaba comprometida con un aristócrata rumano, y que este había desafiado a Lassalle a un duelo. Lassalle no tenía nada que hacer frente a un individuo que era descrito como un “seudo príncipe” o como un “estafador”,²² y recibió un tiro en el bajo vientre, cerca de los genitales.²³ Tuvo una muerte lenta y dolorosa.

Marx y Engels habían ridiculizado sin compasión a Lassalle durante años, pero las circunstancias de su muerte les afectaron profundamente, especialmente a Marx. Lassalle estaba en el momento culminante de su carrera, y por improbable que fuese, se había convertido en el líder de los movimientos socialista y obrero alemanes. Y pese a que también se rumoreaba que había negociado entre bastidores una alianza con el primer ministro prusiano Otto von Bismarck, había hecho avanzar la causa de los obreros en Alemania mucho más que nadie.²⁴ Marx comunicó la escabrosa muerte de Lassalle a Jenny en una carta a Brighton en la que decía: “Pese a todo lo que pueda decirse, L. era demasiado bueno para acabar de este modo”.²⁵ Varios días más tarde le dijo a Engels que había estado “terriblemente preocupado pensando en la desgracia de Lassalle. Al fin y al cabo, fuese lo que fuese además, era uno de los veteranos y un enemigo de nuestros enemigos. Y su muerte se produjo de un modo tan inesperado que resulta difícil creer que una persona tan vehemente, bulliciosa y dinámica esté muerta y tenga que morderse la lengua *para siempre*. ... Sabe Dios que nuestras filas se han visto reducidas constantemente y que no hay sustitutos a la vista”.²⁶

Pero como ya había sucedido en otras ocasiones, cuando las filas en torno a Marx parecían reducirse, aparecieron refuerzos. Dos semanas después de escribir a Engels sobre Lassalle, Victor Le Lubez, un exiliado francés, le preguntó a Marx si quería representar a Alemania en una reunión internacional de los trabajadores que se iba a celebrar en Londres el 28 de setiembre. Marx no había asistido a la reunión anterior, que había tenido lugar en 1863 y en la que los delegados habían decidido convocarla, pero Marx tuvo la sensación de que los hombres que se habían reunido en St. Martin’s Hall estaban metidos en algo

importante. Dejó de lado sus habituales objeciones y aceptó la propuesta de asistir al congreso.²⁷

En toda Europa los trabajadores habían montado hasta entonces solamente organizaciones locales o nacionales para luchar por sus derechos laborales, pero aquellos esfuerzos parroquiales ya no eran suficientes. Los gobiernos habían eliminado casi todas las barreras internacionales al comercio haciendo que los intercambios comerciales se incrementasen un 260 por ciento entre 1850 y finales de la década de 1860.²⁸ También la industria ignoraba los límites territoriales cuando contrataba esquiroleros para romper huelgas, y las fuerzas de seguridad ya no consideraban las fronteras nacionales como una barrera en sus esfuerzos por combatir los movimientos antigubernamentales. Teniendo en cuenta estas circunstancias, los obreros que viajaron a Londres acordaron que les correspondía expandirse internacionalmente para hacer frente a los nuevos retos.

El congreso fue un éxito mucho mayor de lo que podían imaginar sus organizadores; el gran recinto en que se reunieron registró un lleno total. El acto atrajo a Inglaterra trabajadores ingleses del Consejo Sindical de Londres, nacionalistas italianos aliados de Giuseppe Mazzini, proudhonistas y blanquistas de Francia, nacionalistas irlandeses, patriotas polacos, y naturalmente Marx y su amigo sastre Georg Eccarius representando a Alemania.²⁹ (Un escritor describió la reunión como unas Naciones Unidas de ciudadanos radicales.)³⁰ Los asistentes acordaron crear una Asociación Internacional de Trabajadores con base en Londres para establecer lazos y organizar grupos de trabajadores en Europa y Estados Unidos. Se eligió una comisión para que redactase las normas de la Internacional y una declaración de principios, y a Marx le pidieron que formase parte de ella.

Mientras, en Alemania, los miembros de la Unión General de Trabajadores Alemanes andaban a la rebatiña buscando un nuevo presidente después de la muerte de Lassalle. Liebknecht le preguntó a Marx si quería convertirse en el líder del partido, y otros miembros del partido le pidieron consejo a Marx sobre posibles candidatos.³¹ No dejaba de ser curioso que aquellos hombres, en Alemania, se dirigiesen a Marx, en Londres, buscando orientación. Marx no había estado involucrado en ningún movimiento político allí desde hacía quince años y no había publicado más que su *Contribución a la Crítica de la Economía Política*, que no se había vendido lo suficiente como para tener un impacto real. En cierto modo Marx tenía que agradecer a la polémica organizada por Carl Vogt contra él, ampliamente leída y reproducida, su continua presencia y popularidad en Alemania en aquel momento crucial.

Marx le dijo a Liebknecht que no podía aceptar la presidencia porque no

podía residir en Prusia. (Su solicitud de ciudadanía acababa de ser rechazada.) Desde su estudio en Modena Villas, sin embargo, Marx se sintió intrigado por la posibilidad de aquella maniobra, y una vez más abrió su tablero de ajedrez político y le dijo a otro miembro del partido que sería una buena idea que le eligieran presidente, porque de este modo podría explicar públicamente por qué no podía aceptar, y su no aceptación sería un respaldo a la Internacional.³² Finalmente Marx no fue elegido, pero había salido, como si dijéramos, de su aislamiento y se había postulado nuevamente como líder y como principal teórico de los socialistas y trabajadores alemanes justo cuando empezó a reclutar gente para la Internacional.

A finales de octubre le dieron a Marx los borradores de las reglas y principios redactados durante reuniones de la Internacional a las que él no había asistido, y rápidamente los rechazó de plano, como la obra de su viejo rival Mazzini: llenos de tópicos y tan vagos como impracticables. En vez de luchar abiertamente para imponer cambios, sin embargo, desenterró una técnica que había utilizado con los censores en Colonia: vencer por agotamiento a los otros miembros del comité. En una reunión celebrada en su casa Marx mantuvo al grupo discutiendo asuntos poco importantes hasta la una de la madrugada, momento en que la exhausta delegación decidió dejarlo para otro día, confiando los borradores a Marx hasta la siguiente reunión. Y mientras todos descansaban, Marx siguió trabajando. En la soledad de su enorme estudio, redactó unilateralmente un “Llamamiento a las clases trabajadoras”, eliminando la declaración de principios de inspiración mazziniana y reduciendo las cuarenta reglas de la propuesta inicial a solo diez. Cuando el comité se reunió de nuevo, sus miembros aceptaron por unanimidad (y con alivio) los cambios introducidos por Marx y solo le pidieron que añadiera dos breves frases.⁴³

El llamamiento de diez páginas de Marx era una obra maestra de moderación. Hacía la crónica de lo que él llamaba las “aventuras” de la clase obrera y describía sus improbables progresos. Desde 1848, los países europeos habían experimentado un crecimiento y un desarrollo económico sin precedentes. “En todos ellos, el aumento de la riqueza y el poder confinado a las clases poseedoras ha sido realmente ‘embriagador’”, decía, y al mismo tiempo, durante aquella época de progreso comercial, “la muerte por inanición se ha convertido casi en una institución”. Pero desde esta posición de derrota, decía Marx a continuación, las clases trabajadoras han resurgido con una nueva fuerza. Alababa a los obreros ingleses que habían conseguido imponer la jornada laboral de diez horas, y comentaba: “Ha sido la primera vez que, a plena luz del día, la economía

política de la clase media sucumbía ante la economía política de la clase trabajadora”.

Sin embargo, continuaba Marx, solo cuando los trabajadores de diferentes países se unan en una lucha común por la emancipación —que solo ellos pueden conseguir— responderán a las clases dominantes y conquistarán el derecho a beneficiarse de su propio trabajo. Decía que esta convicción había impulsado la creación de la Asociación Internacional de los Trabajadores, que haría campaña no solo por los derechos de los trabajadores, sino también por una política exterior justa. Los trabajadores de un país no han de enfrentarse a los trabajadores de otro país para luchar y morir en unas guerras cuyo único resultado es el avance de los intereses capitalistas. Y acababa con el famoso estribillo: “Proletarios de todos los países, ¡uníos!”³⁴

Resulta difícil exagerar el impacto de la Internacional y de aquel breve llamamiento, aunque el número de personas conocedoras de la existencia de la nueva organización en aquel momento era muy pequeño. Las palabras de Marx se convirtieron en la base de un nuevo movimiento de la clase obrera. En unas semanas su llamamiento fue reproducido en los periódicos de la oposición en toda Europa y en lugares tan alejados como en St. Louis, Missouri, donde Weydemayer y sus camaradas del ejército de la Unión tuvieron ocasión de leerlo mientras esperaban para lanzarse contra las tropas confederadas.³⁵

Después de la creación de la Internacional, la casa de Marx se convirtió, en palabras de Engels, en “la Medina de la emigración”.³⁶ Entre los primeros que visitaron a Marx estaba Mijaíl Bakunin, a quien Marx no había visto desde hacía dieciséis años. Por aquel entonces, aquel ruso con aspecto de oso era una figura casi mítica para varias generaciones de revolucionarios anarquistas y para sus retoños más extremistas, los nihilistas.³⁷

Tras ser arrestado en 1849 en las afueras de Dresde, donde pretendía organizar un ataque suicida contra el ayuntamiento, Bakunin había sido condenado a muerte acusado de traición. Pero al cabo de seis meses la sentencia le había sido conmutada por la cadena perpetua y había sido entregado a Austria. Allí fue encadenado a la pared de su celda hasta que, en mayo de 1851, un tribunal militar le encontró culpable de traición y le sentenció a ser ahorcado. Pero aquel mismo día la sentencia de muerte fue de nuevo conmutada y Bakunin fue entregado a Rusia, donde fue encerrado en la tristemente célebre fortaleza de Pedro y Pablo en San Petersburgo.³⁸ Años de encarcelamiento en condiciones terribles, especialmente durante su confinamiento en Rusia, hicieron que le cayeran todos los dientes y que su musculoso cuerpo se convirtiera en un montón de carne flá-

cida. Era un gigante grotesco comparado con el hombre que en su día había hecho desmayarse a las mujeres y jurarle lealtad a los hombres.³⁹ Su fuerza había desaparecido, y también sus convicciones. En 1858, y gracias a la intervención de su madre, el zar le dio a elegir entre seguir en la cárcel o pasar el resto de su vida en Siberia, y le puso como condición que firmase una humillante petición para su liberación. Bakunin firmó la petición e inició bajo escolta un largo viaje al este.⁴⁰ En Siberia, Bakunin, que ahora tenía unos cuarenta y tantos años, se casó con la hija de dieciocho de un comerciante polaco. Fue un matrimonio extraño a decir de todos: Bakunin era incapaz, al parecer, de realizar el acto sexual y tenía unos celos rayanos en la obsesión respecto a su joven esposa, Antonia.⁴¹ Tres años más tarde, en 1861, se escapó de Siberia, dejando a su esposa y tomando varios barcos entre la costa rusa y Japón. Desde allí viajó a San Francisco, a Nueva York y finalmente a Inglaterra, llegando a Liverpool el 27 de diciembre, y desde allí se dirigió a Londres y se instaló en casa del escritor ruso Alexander Herzen.⁴²

Bakunin había estado fuera de circulación desde 1849 y sus ideas políticas se habían quedado congeladas. No había experimentado el proceso de maduración que había calmado a sus antiguos compañeros de armas, y por ello, una vez recuperadas las fuerzas, se lanzó de nuevo a la lucha con el mismo ardor que había exhibido en las barricadas en Dresde. No conocía más ley que la acción. “A los cincuenta años”, según Herzen, “seguía siendo el mismo estudiante errante, el mismo bohemio sin hogar [de sus días en París], que no se preocupaba en absoluto por el día de mañana, que no tenía ningún respeto por el dinero, que repartía por todos lados cuando lo tenía y que pedía prestado a derecha e izquierda cuando no lo tenía”.⁴³ Marx le describió como “un monstruo, una enorme masa de carne y grasa” apenas capaz de caminar bajo el peso de sus 125 kilos.⁴⁴

Bakunin había estado entrando y saliendo de Londres desde su llegada allí en 1861, pero Marx no tuvo conocimiento de que estuviese en la ciudad hasta que Bakunin le pidió al sastre Lessner que le repusiera su guardarropa porque tenía que hacer un viaje a Italia.⁴⁵ Marx pensó que Bakunin podía ser un aliado efectivo allí contra Mazzini, así que le invitó a visitarle.⁴⁶ El enorme corpachón de Bakunin, coronado por un sombrero garbosamente inclinado a un lado de su cabeza, tapó la entrada de la casa de los Marx la noche anterior al día en que él y Antonia (que se había reunido con él en Londres) pensaban ir a Florencia.⁴⁷

Durante la década de 1840 las relaciones entre Marx y Bakunin en París y Bruselas habían sido tensas. Pero cuando se encontraron de nuevo en Londres,

Marx le dijo a Engels: “Tengo que decir que me ha causado una impresión mejor que la que tenía de él desde hace años... En general es una de las pocas personas que a mi modo de ver en dieciséis años ha avanzado algo en vez de retroceder”. Con su característica pasión de todo o nada, Bakunin le prometió dedicarse enteramente al socialismo y a la Internacional.⁴⁸

Marx podía haberse ahorrado muchos problemas si hubiese visto que la lealtad de Bakunin era más una amenaza que una ayuda. Como escribe un biógrafo de Marx, este soñaba con construir una sociedad mejor partiendo de la vieja. Bakunin era un maestro de la aniquilación. Él soñaba con destruir la sociedad y erigir otra sobre las cenizas humeantes de la vieja.⁴⁹

Por aquel entonces los largos años de soledad de la familia Marx habían terminado. Marx estaba participando de nuevo activamente en política. También estaba terminando su obra de economía, que ya no sería una entrega más de la serie cuya publicación había iniciado Duncker. Sería un libro llamado *El Capital*. Incluso las hijas de Marx se habían librado de su autoimpuesto aislamiento. En octubre de 1864 dieron su primer baile⁵⁰, o así lo describió Jenny, aunque según los criterios ingleses un baile era un acto social al que asistían cientos de personas, y la lista de invitados de los Marx no pasaba de cincuenta. El acontecimiento también se celebró mucho después de terminada la “temporada” de moda,⁵¹ pero esto no desalentó a la familia ni hizo menos complejos los preparativos. La tarjeta de invitación decía:

*El Dr. Marx y Frau Jenny Marx, de soltera von Westphalen tienen el placer de invitarle a un baile que tendrá lugar en su residencia del número 1 de Modena Villas, Maitland Park, Haverstock Hill, London NW, el 12 de octubre de 1864.*⁵²

Jenny le dijo a Ernestine Liebknecht que las niñas habían sido a menudo invitadas a este tipo de reuniones pero que nunca habían podido devolver la invitación, debido a lo cual habían dejado de aceptarlas. Aquel baile tenía que ser lo suficientemente magnífico y lo suficientemente espléndido para compensar todos los años que las niñas habían tenido que aislarse de la sociedad por temor a que sus amigos descubriesen que su “doctor” padre era un revolucionario y que sus vidas transcurrían en medio de una miserable pobreza. Los salones del piso de arriba fueron despejados para hacer sitio para los músicos y la pista de baile, y en el piso de abajo se dispuso una mesa llena a rebosar de bandejas de comida. A través de los enormes ventanales de Modena Villas, los transeúntes podían

ver a cincuenta hombres y mujeres jóvenes vestidos de gala bailando a la luz de las velas y las lámparas de gas hasta las cuatro de la madrugada, con un padre y una madre orgullosos y Lenchen participando en la fiesta. A Marx le encantaba bailar y las amigas de sus hijas eran sus parejas de baile favoritas. Jenny, que era una experta juzgando este tipo de actos, declaró que aquel había sido “maravilloso” y “un auténtico éxito”. Sobró tanta comida que al día siguiente la familia pudo organizar una fiesta infantil para los amigos de Tussy.⁵³

El acto final de aquel año trascendental tuvo lugar cuando Abraham Lincoln ganó la reelección a la presidencia. Entusiasmado, Marx le escribió una carta de felicitación en nombre de la AIT.

Desde el comienzo mismo de la titánica lucha americana los trabajadores de Europa supieron instintivamente que el estandarte de las barras y las estrellas era portador del destino de su clase... Los trabajadores de Europa tienen la seguridad de que, del mismo modo que la Guerra de la Independencia americana inició una nueva era de supremacía para la clase media, la Guerra Americana contra la Esclavitud iniciará una nueva era para las clases trabajadoras. Y consideran una garantía que en esta nueva era que ha de venir corresponda a Abraham Lincoln, el hijo más decidido de la clase obrera, dirigir a su país durante el sin igual combate por el rescate de una raza encadenada y por la reconstrucción de un mundo social.⁵⁴

Marx estuvo encantado (lo comentó en sus cartas hasta muchos meses después) de que Lincoln le contestara a través del embajador norteamericano en Inglaterra, Charles Francis Adams.⁵⁵ Adams dijo que Lincoln había expresado “un sincero y profundo deseo de ser capaz de demostrar que era merecedor de la confianza” depositada en él por sus conciudadanos y por los ciudadanos de todo el mundo.

Las naciones no existen solo para pensar en sí mismas, sino para promover el bienestar y la felicidad de la humanidad mediante la relación benevolente con ella y mediante el ejemplo. Es en este sentido que Estados Unidos considera su causa en el presente conflicto con los insurgentes partidarios de la esclavitud como una causa de la naturaleza humana, y encuentran nuevos alientos para perseverar en el hecho de que la declaración de los trabajadores de Europa da su ilustrada aprobación y expresa su simpatía por la forma de proceder de nuestra nación.⁵⁶

Laura se había convertido en la ayudante a tiempo completo de su padre en el Museo Británico,⁵⁷ y trabajaba con él cuando Marx se encontraba lo suficientemente bien para caminar hasta Great Russell Street, o sola cuando él no se encontraba bien. De hecho, aquella joven de diecinueve años de cabello castaño rojizo y vestida con un elegante traje que ponía de relieve su escultural figura iba a la Sala de Lectura cada día. Resulta divertido imaginar el revuelo que causaría en aquel reducto formal de caballeros académicos. Lo causaba, en realidad, en todas partes. Un admirador perdidamente enamorado de ella pidió a un amigo de la familia Marx que hiciese llegar un mensaje a Laura: “Dile que dispongo de trescientas cincuenta libras al año y que también poseo cuarenta acres de tierra y que pasaré a visitarla uno de estos días. Ayer pasé por delante de su casa pero no entré porque me dio miedo ver a su padre”.⁵⁸ En Berlín, Ernestine Liebknecht dijo que un joven que solo había visto a Laura en un retrato se había enamorado de ella.⁵⁹ Aunque era más joven que Jennychen, Laura había florecido antes, y el regreso de Marx a la política de partido coincidió de manera propicia con su maduración. Las hijas de Marx estaban acostumbradas a los canosos amigos de su padre, pero ahora una generación de franceses más jóvenes empezó a aparecer en escena.

La tradición revolucionaria francesa no había muerto ni mucho menos, ni siquiera después de la derrota de 1848 y del retorno del imperio. Los hombres que habían luchado entonces en las barricadas eran considerados como unos héroes por muchos de los veinteañeros de mediados de la década de 1860. Aquellos jóvenes habían sido criados con historias de rebeldía del mismo modo que a los niños ingleses les habían enseñado a soñar con caballeros andantes; de hecho, estaban orgullosamente convencidos de que llevaban la revuelta en la sangre. Las dos lumbreras más admiradas por aquella joven generación eran los contemporáneos de Marx, Proudhon y Blanqui. Sus ideas se discutían hasta la saciedad en el Barrio Latino, donde todos los jóvenes radicales —estudiantes, periodistas, artistas, abogados, médicos— se reunían, bebían, fumaban y, cuando recordaban que tenían que hacerlo, comían.

Charles Longuet era uno de los que no se preocupaban demasiado por la comida. Alto y delgado y con una barba rala y desaliñada, fue descrito por un contemporáneo como “el ejemplo más perfecto de bohemio que conozco”.⁶⁰ Longuet había nacido en el seno de una antigua familia burguesa de Normandía y había estudiado literatura clásica y derecho con la intención de obtener un doctorado en leyes en París. Pero una vez en la capital francesa se sintió atraído por el periodismo radical, por la política y por Proudhon. El café favorito de Longuet era la Brasserie Glaser, en el Barrio Latino, donde se reunía con sus amigos

Anatole France, Charles Baudelaire y Georges Clemenceau.⁶¹ Fue con Clemenceau con quien inició su primera aventura periodística, que le valió una pena de prisión de cuatro meses.⁶² Sin inmutarse demasiado, una vez liberado Longuet fundó el periódico *La Rive Gauche*, que pronto se convirtió en la publicación socialista más influyente del país.⁶³ Era la primera revista francesa que reimprimía el Llamamiento Inaugural de Marx en la AIT; desde 1847 no había aparecido en Francia ningún escrito de Marx.⁶⁴ Poco después de su publicación, Longuet visitó Londres. Corría el mes de febrero de 1865; acababa de cumplir veintiséis años.

Otro joven potencial camarada también llegó aquel mes (según sus propios recuerdos, aunque la coincidencia ha sido cuestionada por algunos expertos). Era un francés de veintitrés años nacido en Cuba llamado Paul Lafargue, cuya familia tenía plantaciones en el Caribe.⁶⁵ La identidad étnica de Lafargue reflejaba la cultura ecléctica de la isla: era negro, blanco, judío, cubano y francés, y le gustaba decir que por sus venas corría la sangre de todos los pueblos oprimidos. Cuando los Lafargue regresaron a Francia, se establecieron en Burdeos, donde la familia poseía unos viñedos. Paul se trasladó a París en 1861 para estudiar medicina, pero se vio rápidamente arrastrado por el creciente movimiento estudiantil. Lafargue y Longuet se conocieron por medio de *La Rive Gauche* y la Internacional en París,⁶⁶ y aunque los dos eran muy serios, sus temperamentos eran bastante diferentes. Esto significaba que nunca llegarían a ser buenos amigos, pese a que, años más tarde, los dos se convertirían en yernos de Marx.

Longuet no registró sus primeras impresiones de Marx, pero Lafargue sí lo hizo. Recordó que Marx estaba trabajando en *El Capital* cuando él llegó a Modena Villas para entregar un mensaje de la AIT de París. Aunque estaba enfermo⁶⁷ (Marx le dijo a Engels que había sufrido un nuevo ataque de carbuncos en febrero⁶⁸), Marx recibió calurosamente al recién llegado, como hacía siempre con los jóvenes. (Lafargue le citó diciendo: “Tengo que formar a los jóvenes para que continúen la propaganda comunista después de mí”).⁶⁹ No fue Marx, el agitador político, el que le recibió, escribió Lafargue, sino Marx, el teórico, solo en su estudio:

Estaba en el primer piso, bañado por la luz que entraba por una amplia ventana que daba a un parque. Frente a la ventana, a ambos lados de la chimenea, las paredes estaban llenas de estanterías con libros coronadas por montones de periódicos y manuscritos que llegaban hasta el techo. Frente a la chimenea, a un lado de la ventana, había dos mesas llenas de

papeles, libros y periódicos, y en medio de la habitación, bien iluminada, había una pequeña mesa de trabajo y una butaca de madera.⁷⁰

La mesa pequeña era donde Marx escribía. Había también un sofá de piel donde Marx hacía la siesta cada tarde, y sobre la repisa había libros, cigarros, cajas de cerillas, paquetes de tabaco, pisapapeles y fotografías de Jenny, Engels, Lupus y de sus tres hijas.

Lafargue se quedó “encandilado” por su encuentro con Marx.⁷¹ Pero tanto su visita como la de Longuet en 1865 fueron cortas. Longuet regresó a Francia para continuar su trabajo en *La Rive Gauche*, y Lafargue para intensificar su implicación en la política radical.

En febrero las hijas de Marx organizaron una fiesta para su madre. Su 51 aniversario fue un día divertidísimo comparado con el del año anterior, cuando Jenny estuvo sola contemplando medio siglo de sufrimientos mientras Marx era cuidado por Nanette en Holanda. Tussy, con diez años, escribió al “querido Frederick” el 13 de febrero de 1865 para pedirle si podría enviarles unas cuantas botellas de clarete y de vino del Rin: “Vamos a montar la fiesta nosotras mismas sin ayuda de mamá y queremos hacerlo a lo grande”.⁷² Engels contestó al día siguiente, y le envió una caja de vino.⁷³

Pero si las mujeres Marx vivían ahora libres de preocupaciones, el hombre de la casa se describía a sí mismo como “infernamente abrumado” por sus problemas de salud y por las demandas de la Internacional, que requería su atención cada noche y hasta bien entrada la madrugada.⁷⁴ Técnicamente, Marx era solo un miembro del Consejo Central de la AIT, pero de facto era el jefe de la organización, que estaba creciendo mucho en un momento en que se incorporaban sindicatos completos.⁷⁵ En abril, Marx le dijo a uno de sus corresponsales que solo en Inglaterra la AIT tenía doce mil miembros.⁷⁶

En coherencia con la mala suerte de Marx, sus responsabilidades en la Internacional iban aumentando justo en el momento en que firmó un contrato para publicar dos volúmenes de *El Capital, una crítica de la economía política*. En enero, Marx había autorizado a un amigo a negociar con Otto Meissner, un editor de Hamburgo.⁷⁷ El libro no estaba listo, pero desde 1861 Marx había afinado sus teorías hasta el punto de que creía que era meramente cuestión de retocar un poco el estilo para que el libro con el que había estado bregando desde 1851 —si no desde 1844— estuviese finalmente acabado.⁷⁸ Engels estaba exultante. “Acaba rápidamente el trabajo”, le dijo. “Ahora es un buen momento para publicar el libro, y nuestros nombres se han ganado de nuevo el respeto del pú-

blico... No dejes escapar este momento; sacándolo ahora puede tener un impacto mucho mayor”.⁷⁹

Meissner quería el libro a finales de mayo y prometió publicarlo en octubre.⁸⁰ Pero Marx estaba desbordado por el activismo. Utilizaba a Jennychen como su secretaria en la AIT porque hablaba con fluidez diversos idiomas.⁸¹ Laura era su investigadora, y Jenny y Lenchen se ocupaban de la casa. Pero ni siquiera de este modo conseguía Marx estar al día. En mayo, cuando se suponía que tenía que haber entregado el libro al editor, le dijo a Engels: “Espero poder dar los toques finales a mi libro el primero de setiembre (pese a numerosas interrupciones)”.⁸²

Dichas interrupciones fueron muchas y variadas. Marx quedó conmocionado por la noticia que dio el *Times* de Londres el 27 de abril de que Abraham Lincoln había sido asesinado. El reportaje se publicó doce días después de la muerte del presidente norteamericano.⁸³ Marx calificó el asesinato de “la peor estupidez” que podía haber cometido el Sur.⁸⁴ Igual que había hecho con la victoria de Lincoln en las elecciones, despejó su mesa de otras tareas y redactó una carta en nombre de la AIT, esta vez dirigida al sucesor de Lincoln, Andrew Johnson. Era una remembranza hermosa y apasionada de un hombre al que Marx admiraba mucho. “El corazón de dos mundos”, escribió, “palpita emocionado” por la muerte de un hombre que con humildad y sin hacer demasiado ruido seguía adelante con su difícil trabajo, “atenuando acciones duras con los reflejos de un buen corazón, iluminando escenas sombrías con pasión y una sonrisa irónica... en pocas palabras, uno de esos hombres poco comunes que consiguen ser grandes sin dejar de ser buenos”.⁸⁵

Mientras Marx terminaba su carta a Johnson (a quien pronto vilipendiaría como “un vergonzoso instrumento de los esclavistas”⁸⁶), empezaban los preparativos para celebrar el 21 aniversario de Jennychen. Marx aprovechó la oportunidad para hacer política: invitó a cenar a cinco miembros de la Internacional y le dijo a Engels que sería “una fiesta de cumpleaños política”.⁸⁷ No fue posiblemente la compañía con la que hubiera preferido estar Jennychen en aquella importante celebración. Marx sabía que Jennychen tenía ganas de independizarse, pero no parecía tener prisa en ayudarla a cortar lazos con él, con su trabajo y con la familia. Laura, por otro lado, estaba dando grandes pasos en la misma dirección. El día del aniversario de Jennychen, un joven llamado Charles Manning pidió a Laura en matrimonio. Marx le explicó el caso a Engels diciendo: “Es rico y parece un buen tipo, pero Laura no tiene el menor interés por él”. Marx manifestó cierta simpatía por el muchacho, porque la situación era un tanto desagradable dado que Laura era amiga

de su familia y porque el joven Charles estaba “terriblemente enamorado”.⁸⁸

Luego, de un modo totalmente inesperado, a mediados de mayo Engels envió un telegrama a Marx para decirle que Edgar von Westphalen había llegado a Manchester y que estaría en Londres al día siguiente.⁸⁹ El hermano pequeño de Jenny tenía ahora cuarenta y seis años y no se habían visto desde que tenía treinta, cuando en 1849 había roto su compromiso con una de las amigas de Jenny, había dejado su carrera de abogado y había abandonado a su familia para irse a América a buscar fortuna. El hombre que se había ido era guapo, lleno de energía y absolutamente seguro de sí mismo y de sus posibilidades. Cuando llamó a la puerta de Modena Villas en mayo de 1865, según Jenny, la alegría que sentía ante la perspectiva de reencontrarse con su hermano se trocó en horror: no le reconoció. El hombre que había llamado a la puerta era un hombre derrotado, viejo, canoso y encorvado. Jenny necesitó días para encontrar algún rastro de su hermano en aquella cara extraña y en aquellos ojos que miraban sin ver.⁹⁰

Antes de aparecer en Londres, Edgar había luchado durante tres años en el bando de los Confederados en la Guerra Civil americana y había sufrido la suerte de muchos soldados cuando el Sur ya no pudo reabastecer a sus tropas. No tenía provisiones ni ropa, y cuando llegó a un punto de agotamiento en el que ya no tenía fuerzas ni para sostener un arma, fue licenciado del ejército. Tras regresar a Texas, donde había comprado unos terrenos, supo que había perdido sus derechos por no haber pagado las deudas.⁹¹ Luego perdió también su trabajo como profesor privado y finalmente se vio obligado a recurrir a la ayuda de unos amigos en San Antonio.⁹² Pero durante el último año de la guerra eran muchos los hombres sin familia que pedían ayuda. Un hombre soltero solo tenía una alternativa real: luchar o marcharse. Antes de la guerra Edgar había escrito a Ferdinand pidiéndole su parte de la herencia de su padre, pero su hermano le había dicho que solamente se la daría si volvía a Alemania.⁹³ La aparición de Edgar en Londres fue un paso en aquella dirección, pero en aquel momento no estaba en condiciones físicas ni mentales para viajar a Berlín.

Jenny se dispuso inmediatamente a cuidar a su hermano con ayuda de sus hijas, que habían oído historias acerca de su tío pero que no eran lo suficientemente mayores cuando dejó Bruselas para recordarle. Le llamaban “Robinson”, porque para ellas aquel hombre que había surgido de la nada con las cicatrices de la guerra en el rostro y en el alma era tan exótico y misterioso como el *Robinson Crusoe* de Defoe.⁹⁴ También Marx se quedó intrigado con la aparición de Edgar. Este había sido uno de sus primeros discípulos políticos y uno de los primeros miembros de la Liga Comunista en Bruselas, pero había luchado en el bando de los oligarcas del Sur. “Es una extraña ironía del destino”, le dijo Marx

a Engels, “que este Edgar que nunca explotó a nadie más que a sí mismo y que había sido siempre un trabajador en el sentido más estricto de la palabra, haya participado en una guerra hasta pasar hambre para luchar a favor de los propietarios de esclavos”.⁹⁵

Con toda esta actividad, Marx volvió a tener una erupción de carbuncos. Le dijo a Engels que estaba “trabajando como un burro” para completar su libro, y estudiando cálculo diferencial para divertirse⁹⁶, pero Jenny le explicó a Engels que su esposo estaba sufriendo lo indecible y que en mayo había pasado dos semanas seguidas sin poder dormir a causa del dolor. Sospechaba que aquella vez el ataque tenía diversas causas: la escritura, la situación en América y, una vez más, los apuros financieros.⁹⁷ En julio de 1865 Marx le confesó a Engels que todo el dinero que había heredado el año anterior de su madre y de Lupus se había volatilizado.

“Durante dos meses he estado viviendo exclusivamente gracias a la casa de empeños, lo que significa que tengo una cola de acreedores aporreándome la puerta, y la situación se hace cada día más insoportable”. La noticia de que había heredado había hecho reaparecer a algunos acreedores de la época de Colonia, y las deudas locales y el dinero gastado en amueblar la casa habían costado la friolera de quinientas libras.

Te aseguro que preferiría cortarme el dedo pulgar antes que escribirte esta carta. Es realmente desmoralizador depender de otro durante media vida. La única idea que me consuela en todo esto es que nosotros dos formamos una sociedad en la que yo apporto al negocio el tiempo que empleo en el trabajo teórico y en el partido. Es cierto que mi casa está por encima de mis posibilidades y que, además, este año hemos vivido mejor que anteriormente. Pero es la única forma de que las niñas se establezcan socialmente con vistas a asegurarse un futuro, sin contar todo lo que han sufrido y que de este modo han podido ser brevemente compensadas. Creo que tú mismo serás de la opinión de que, desde un punto de vista meramente comercial, administrar una casa puramente proletaria no sería apropiado en las actuales circunstancias, aunque no sería un problema si Jenny y yo estuviéramos solos o si las niñas fueran chicos.

Marx parecía estar en plan de hacer revelaciones, porque en la misma carta le contaba a Engels el verdadero estado de *El Capital*. “Tengo que escribir tres capítulos más para completar la parte teórica (los tres primeros libros). Luego está

por escribir el cuarto libro, el histórico-literario”. Y una vez más, aplazamiento. “No puedo hacerme a la idea de enviar nada al editor hasta que tenga la obra completa frente a mí. Sean cuales sean los inconvenientes que puedan tener, la ventaja de mis escritos es que constituyen un todo artístico, y esto solo puede conseguirse gracias a mi costumbre de no dar nada a la imprenta hasta que lo tengo frente a mí *en toda su integridad*”.⁹⁸

Para que le dejaran trabajar tranquilo, Marx dijo que había mentido a los miembros de la AIT diciéndoles que estaría fuera de Londres. Aquel verano en la ciudad hacía un calor horroroso; Marx le dijo a Engels que había estado vomitando casi cada día durante los últimos tres meses, y que debido al calor había estado trabajando con la ventana abierta y ahora tenía reuma en el brazo y en el hombro derechos.⁹⁹ De todos modos le prometía no ahorrar esfuerzos para completar *El Capital*: “Se está convirtiendo en una pesadilla”.¹⁰⁰

Engels estuvo de acuerdo. “El día que envíes el manuscrito, beberé hasta caer redondo”.¹⁰¹ Pero el libro ya estaba fuera de plazo, y las perspectivas de que pudiera completarlo pronto estaban cada vez peor a medida que iban pasando los meses. En agosto, las “náuseas” que padecía y el calor le impedían pensar con claridad.¹⁰² Una semana más tarde anunció que tenía la gripe y que se veía obligado a entretenerse “con irrelevancias, incluida la astronomía”.¹⁰³ Mientras, Laura cayó enferma, Tussy contrajo el sarampión, a Jenny le cayeron dos dientes y finalmente el dentista tuvo que reemplazarle cuatro, Jennychen contrajo difteria, y Edgar había empezado a recuperarse y les estaba dejando la despensa vacía de tanto comer. Marx se quejaba de que Edgar solo pensaba en las necesidades de su estómago y en su ropa; incluso la libido parecía tenerla en la barriga.¹⁰⁴ Y para colmo de males, los colegas de la AIT habían descubierto que Marx no había abandonado Londres sino que trataba de evitarlos. La organización insistió una vez más en reclamar su atención.¹⁰⁵

A mediados de enero de 1866 Marx tenía escritas mil doscientas páginas y dijo que estaba trabajando doce horas al día preparando una copia en limpio del libro porque Meissner estaba refunfuñando por el retraso; Marx confiaba que podría entregarle el manuscrito en marzo.¹⁰⁶ Londres estaba cubierta por un manto de nieve de veinte centímetros¹⁰⁷ mientras Marx estaba sentado junto al hogar copiando el libro y retocando el estilo, o como él decía “lamiendo al bebé para dejarlo totalmente limpio después de los dolores del parto”.¹⁰⁸ Pero de nuevo le salió un carbunco, seguido poco después de “toda una cepa de pequeños forúnculos”. Debido al lugar en que se encontraban no podía sentarse a escribir, y debido al dolor y a la medicación no podía pensar para teorizar. Los médicos atribuyeron la erupción al hecho de trabajar demasiado de noche, lo que

según Marx era inevitable debido a las demandas a las que tenía que enfrentarse durante el día.¹⁰⁹

A mediados de febrero Marx sintió que había perdido tanto terreno que el libro ya no estaba en condiciones de ser publicado. Le dijo a Engels que se habían producido nuevos desarrollos en química agrícola en Alemania y en Francia que tenía que tomar en consideración, así como nueva información sobre cuotas hereditarias aplicadas a las tierras de arriendo desde la última vez que había estudiado el tema, y finalmente, nueva información sobre el Japón que se veía obligado a estudiar en libros de viajes. Dijo que no podría enviar el manuscrito a Meissner hasta que hubiese incluido todo este material.¹¹⁰

Con la tutela de un médico alemán, Marx empezó una cura de arsénico, ingiriendo pequeñas cantidades del veneno tres veces al día. Jenny le contó a una amiga que Marx raramente dormía y que cuando lo hacía no dejaba de delirar “hablando incesantemente de los diversos capítulos del libro que no dejaban de dar vueltas en su cabeza”.¹¹¹ Jenny y Engels habían sido testigos durante años de estas crisis físicas de Marx, las más severas de las cuales coincidían siempre con los plazos de entrega de sus obras. Durante los primeros meses de 1866, sin embargo, su estado era más preocupante que nunca. Engels era normalmente el primero en pinchar a Marx para que no dejara de trabajar en el libro, pero esta vez le dijo a su amigo que tenía que interrumpir todo trabajo intelectual y centrarse en su salud, aunque ello demorase tres meses más la entrega de *El Capital*.¹¹² Aconsejó a Marx que fuese a la costa a recuperarse. “Hazme el favor, a mí y a tu familia, de *curarte de una vez*. ¿Qué será del movimiento si te pasa algo? Y de la forma que actúas es *inevitable* que te pase algo”.¹¹³

Marx aceptó irse a la costa en marzo. Pero antes de marchar tuvo que serenarse lo suficiente como para celebrar un “consejo de guerra” en su hogar.¹¹⁴ La sección francesa de la Internacional estaba sumida en el caos y se había puesto en marcha una campaña para “rebelarse contra el ‘tirano’ ausente” Marx.¹¹⁵

Londres, 1866

*Las mujeres. ¡Dios mío, las mujeres!
¡Qué triste destino el suyo!*

Madame de Staël¹

EL DESCUIDO POR PARTE DE MARX de las actividades de la AIT durante su enfermedad, y sus esfuerzos por ocultarse para poder completar su libro dieron a sus oponentes una oportunidad para criticarle. De nuevo fue Mazzini quien le causó problemas, esta vez con la excusa de tratar de minimizar la influencia “alemana” en una organización supuestamente “internacional”. Pero Marx tenía seguidores leales dispuestos a luchar de su parte. Cinco de ellos llegaron a Maitland Park a primeros de marzo. Tres de ellos eran viejos amigos de la familia; los otros dos, sin embargo, eran jóvenes recién llegados de Francia y ninguno de ellos hablaba inglés.² Tras sus visitas iniciales el año anterior, Charles Longuet y Paul Lafargue estaban de regreso en Londres y fueron aceptados por Marx como parte de su círculo de allegados. Ambos habían pulido sus credenciales revolucionarias en Francia entre el creciente malestar por el gobierno de Napoleón.

Los cambios introducidos en Francia por Napoleón III se hicieron evidentes sobre todo en París, donde él mismo y Georges-Eugène Haussmann habían lanzado un proyecto de renovación que transformó la ciudad. Las calles con tiendas pequeñas fueron despejadas para dejar sitio a los grandes almacenes, como Printemps, Samaritaine y Bon Marché; los distritos obreros de calles estrechas y sinuosas fueron destruidos y reemplazados por elegantes bulevares bordeados de apartamentos para los ricos o de templos a la cultura y al gobierno. Otros barrios pobres fueron también derribados para dejar sitio a los ferrocarriles y a sus sofisticadas estaciones. El plan había sido parcialmente diseñado para permitir a Napoleón imprimir una huella arquitectónica permanente en la ciudad, pero también para arrebatarse a los ciudadanos rebeldes el terreno que necesitaban para levantar barricadas. Los bulevares anchos y rectos de Haussmann daban ventaja a las fuerzas gubernamentales para luchar contra un levantamien-

to, porque podían enfrentarse a los insurgentes levantando una auténtica muralla de policías dispuestos hombro con hombro y armados con acero refulgente. Sus cañones también podían ahora disparar directamente hacia los bulevares y contra la multitud.

Pero en cada descarga se produce un retroceso. La transformación de la ciudad había disparado los alquileres fuera del alcance de los trabajadores y trabajadoras, que ya tenían problemas con la subida de los precios de los alimentos. Y aunque los nuevos sistemas de transporte hacían posible vivir en las afueras de París, el precio del viaje era demasiado elevado para hacer generalmente factible el viaje de ida y vuelta cada día.³ El descontento se fue extendiendo entre las clases inferiores, y en la década de 1860 los estudiantes adoptaron su causa y empezaron a manifestarse contra el gobierno. Lafargue y Longuet estaban entre ellos.

En octubre de 1865 se celebró en Lieja, Bélgica, un congreso internacional de estudiantes para discutir la reforma educativa. Lafargue y un grupo de estudiantes franceses decidieron aprovechar la ocasión para protestar contra el gobierno francés.⁴ Su llegada equivalió a la entrada de una *troupe* de actores circenses en una pequeña ciudad: desfilaron por el centro de la ciudad, gritando consignas contra Napoleón y vestidos con atuendos bohemios: barbas, sombreros de ala ancha, mochilas. En vez de la bandera francesa, Lafargue y algunos de los estudiantes llevaban un gran crespón negro que representaba el duelo de una nación porque el emperador pisoteaba sus libertades.⁵

Lafargue era inmaduro, vanidoso e incapaz de resistirse a un ademán grandioso si surgía la oportunidad. A veces parecía actuar irreflexivamente, ignorando el significado de sus acciones y de sus consecuencias. Trató de congregar a los estudiantes que observaban cautelosamente desde la barrera, diciéndoles: “¡Venga! ¿Acaso no es mejor moverse en una dirección o en otra antes que permanecer indiferentes?”, y convenció a algunos de que reemplazasen la bandera tricolor que lucían en su chaleco por la cinta roja de la revuelta.⁶ Envalentonado, subió luego a la tribuna de oradores y declaró la guerra no a Napoleón, sino a Dios, proclamando que la ciencia había vuelto a Dios inútil, que Dios era el diablo y que la propiedad era un robo.⁷

El apuesto joven de pelo oscuro, bigote largo y exóticos ojos almendrados pasó de ser un desconocido el 27 de octubre a ser reconocido como un temerario radical el 28 de octubre. De repente pasó a estar bajo el escrutinio del gobierno francés. Desde aquella posición más elevada (por lo menos a sus ojos) fue al encuentro de su ídolo Blanqui, que también estaba en Lieja. Durante más años que los que tenía Lafargue, Blanqui había tenido fama de ser un peligroso e im-

penitente revolucionario de verbo incendiario. A sus sesenta años a Lafargue le pareció un hombrecito con el pelo y la barba blancos, y los ojos muy hundidos; sus manos parecían pajarillos porque no paraban de moverse, y su voz era suave y cordial. Blanqui hablaba de la revolución y amonestaba a un grupo de unos veinte estudiantes que se esforzaban por escucharle para que no hicieran caso a sus mayores –tampoco a él mismo– si les sugerían hacer cosas en contra de sus creencias. Lafargue se quedó fascinado, y más tarde atribuyó a la influencia de Blanqui haberse convertido a la revolución.⁸

Cuando Lafargue regresó a París a comienzos de noviembre sus estudios de medicina tocaron a su fin, aunque no necesariamente por haberlo elegido él mismo. El Consejo Académico de París se reunió en diciembre y votó la expulsión de siete estudiantes, incluido Lafargue, por profanar la bandera nacional y por atacar los principios del orden social en la reunión de Lieja. La oposición estudiantil en París se sintió ultrajada por la decisión de castigar a unos franceses por unas palabras pronunciadas más allá de las fronteras de Francia, argumentando que no existía ninguna ley que condenase tales acciones como un delito. Se produjeron disturbios. Los estudiantes perturbaron el desarrollo de las clases y se enfrentaron con la policía en el Barrio Latino. Finalmente fueron arrestadas ochocientas personas. Dos semanas más tarde, pese a las manifestaciones de descontento, la orden de expulsión fue ratificada. Lafargue fue expulsado de la Universidad de París de por vida y de todas las otras universidades francesas durante dos años.⁹

El padre de Lafargue no quiso que su hijo interrumpiera sus estudios y le envió a trabajar con un médico francés al St. Bartholomew's Hospital de Londres. Lafargue partió para Inglaterra a mediados de febrero en compañía de Cesare Orsini, hermano del italiano Felice Orsini, ejecutado en 1858 por uno de los más notorios crímenes de la década, el intento de asesinato de Napoleón III con el lanzamiento de una bomba que no alcanzó al emperador pero mató a ocho personas inocentes.¹⁰ Es poco probable que Orsini fuese el compañero de viaje que el padre de Lafargue hubiese querido para su hijo, e igualmente improbable que Lafargue padre quisiese que Paul continuase sus asociaciones radicales en Londres. Pero a los pocos días de su llegada, Lafargue y Orsini se reunieron con miembros de la Internacional, y Lafargue fue propuesto como nuevo miembro. La propuesta fue aceptada el 6 de marzo,¹¹ y cuatro días más tarde asistió al consejo de guerra en casa de Marx.

La crónica de la historia revolucionaria de Longuet entre febrero de 1865 y la primavera de 1866 es más corta. Tras la salida de Longuet de Londres el año anterior, *La Rive Gauche* publicó solo diecisiete números antes de ser censurada.

Longuet fue de nuevo condenado a ir a la cárcel —esta vez durante ocho meses—, pero logró huir de Francia antes de ser arrestado. Sus viajes no fueron muy diferentes de los del joven Marx. Estuvo en Bélgica, donde intentó reconstituir su periódico, pero fue expulsado. Aterrizó en Frankfurt y también fue expulsado de allí. Finalmente, como muchos fugitivos antes que él, recaló en Londres a finales de 1865. Una vez allí se convirtió en miembro del Consejo Central de la Internacional el 16 de enero de 1866.¹³

* * *

Los miembros de la AIT que se reunieron en casa de Marx el 10 de marzo diseñaron una estrategia para reforzar en la mente de sus camaradas ingleses y de cualquier otro miembro del consejo que tuviese dudas al respecto, que Marx era el jefe indiscutible de la sección continental de la Internacional.¹⁴ El grupo reclutó a Orsini para describir a su compatriota italiano Mazzini como inútil para los trabajadores, absolutamente reaccionario respecto a la “ciencia”, e incapaz de entender el “nuevo movimiento”.¹⁵ No hubo la menor simpatía entre ambos: Mazzini calificó a Marx de “espíritu destructivo”, de “tipo extraordinariamente ladino”, “vengativo”, e “implacable”.¹⁶ Con el plan acordado, tres días más tarde Marx arrastró su cuerpo asolado por los carbuncos hasta una reunión del Consejo Central de la AIT. Como hacía siempre que estaba presente para defenderse, se impuso. Cuando se enfrentaba con aquellos que le desafiaban políticamente, Marx luchaba con la misma precisión que cuando iba armado con un sable. Él y sus asociados fueron ayudados por el hecho de que pocos de sus principales oponentes acudieron a la reunión, y las filas de los ingleses se vieron disminuidas porque en otro lugar se celebraba una reunión acerca del sufragio universal masculino. Pero el resultado fue igual de importante: los partidarios de Mazzini fueron aplastados.¹⁷

Con una tranquilidad relativa en el frente de la Internacional, Marx se dirigió solo a la ciudad de la costa inglesa de Margate el 15 de marzo para tratar de recuperarse físicamente. Se registró en una pequeña posada, pero la abandonó tras pasar una sola noche allí, porque, de manera estafalaria, le molestó la presencia de un hombre inmóvil en el comedor que Marx pensó que era ciego pero que resultó que era sordo.¹⁸ Marx se trasladó a un alojamiento privado que daba al mar y comenzó una cura vigorosa, diseñada por él mismo, consistente en dar largos paseos y en tomar baños de mar. Se describió a sí mismo como un “bastón, yendo arriba y abajo todo el día y manteniendo la mente en ese estado de vacío que el budismo considera el *súmmum* de la felicidad humana”.¹⁹ Una

de sus excursiones fue una larga caminata de 25 kilómetros hasta Canterbury, una ciudad que le pareció tristemente carente de toda traza de poesía.²⁰

El retiro de Marx en Margate significaba que su casa estaba libre de su gruñona presencia (su hija Tussy había empezado a llamarle “el Dr. Karl Marx, el de la mala filosofía”²¹), lo que tuvo como consecuencia la separación de los jóvenes franceses y las hijas de Marx. No es que los continentales ignorasen al padre –Marx llevaba solo cinco días fuera cuando le dijo a Laura que “ese maldito muchacho de Lafargue” le había escrito varias molestas cartas.²² De hecho Marx pensaba que él era el motivo que atraía a aquellos jóvenes a su casa. Sin duda él había sido el atractivo inicial. Pero la atención de los jóvenes se había desviado rápidamente hacia otro lado. Longuet se sintió inmediatamente atraído por Jennychen, quien, aunque era cinco años más joven que él, era igual de seria y de discreta. Pero su carácter reservado y su primer amor –la política– le impidieron expresar ningún tipo de interés en ella en aquel momento.²³ El efusivo Lafargue, por su parte, no tenía tantos escrúpulos. Estaba desesperadamente enamorado de Laura y se aseguró de que todo el mundo conociera sus sentimientos. El estudiante de medicina convertido en revolucionario se trocaba, en presencia de Laura, en un poeta: “Su abundante pelo rizado emitía un resplandor dorado, como si hubiese atrapado los rayos del sol crepuscular...”²⁴ Y estaba siempre a mano y disponible en casa de los Marx, por lo que se ganó el apodo de Tooley.²⁵

El 22 de marzo las Marx organizaron una fiesta. Lion Philips les había enviado cinco libras por Navidad, pero Jenny y Marx las habían pedido prestadas a ellas para pagar algunos gastos de la casa y solo habían podido devolvérselas aquella primavera. Las tres chicas se encargaron de la planificación. El acto no era un baile, como el que había organizado su madre en 1864, sino una “fiesta anual”, como la describió Marx a Engels. Insistieron en que Marx regresara de Margate para la velada, cosa que hizo.²⁶

Karl y Jenny consideraban que sus tres hijas eran muy íntegras y formales, mucho menos bohemias de lo que ellos habían sido, y que tal vez todavía eran. Así pues, Jenny acogió con alivio que sus hijas empezaran a mantener relaciones sociales con unos jóvenes de ideas políticas comparables, aunque se rebelaba ante la idea de que sus hijas se casasen con unos revolucionarios. Le confió a Ernestine Liebkecht que llevaba tiempo preocupada de que la “peculiar dirección” que habían impartido a la educación de sus hijas provocase enfrentamientos con sus iguales, y escribió proféticamente: “Las niñas han sido educadas con ideas y puntos de vista que constituyen una completa partición de la sociedad

en que se mueven... Si fuesen ricas, se las arreglarían sin ‘bautismo, iglesia y religión,’ pero de este modo las dos tendrán que superar muchas dificultades, y a menudo pienso que cuando uno no puede ofrecer a sus hijos bienes y una completa independencia de los demás, no hace bien educándolos en una oposición tan violenta al mundo”. Su difícil situación la preocupaba y la deprimía: “Las niñas creen que yo estoy a menudo de mal humor o irritada, pero no es más que la conciencia de que no pueden reclamar tanta felicidad como tendrían derecho a hacerlo debido a sus dotes interiores y exteriores”.²⁷ En una carta a Ferdinand se mostraba aún más franca. Decía temer que ella y Marx hubiesen sacrificado el futuro de sus hijas al movimiento. “Todo lo que hacemos por otros se lo quitamos a nuestras hijas”.²⁸

Pero la casa de Maitland Park y la afluencia de hombres jóvenes con quienes las chicas podían discutir libremente de política y actuar tan audazmente como quisieran animaba a Jenny. Estaba especialmente satisfecha con Lafargue, porque dejaba escapar comentarios que llevaban a Jenny a creer que su familia representaba una riqueza antigua y abundante. Pero Laura no correspondía al amor de Lafargue, ni siquiera parecía darse cuenta de él. Es posible que Laura no supiera qué pensar de su pretendiente, que parecía dispuesto a entregarse en cuerpo y alma solo un mes después de haberla conocido. En realidad, y pese a toda su sofisticación política, las hijas de Marx eran bastante ingenuas en su relación con el sexo opuesto.

Jennychen y Tussy, que ahora tenían veintidós y once años respectivamente, siguieron a su padre a Margate inmediatamente después de la fiesta, pero Laura se quedó con su madre. Escribió a Jennychen contándole que un tal Mr. Faraday había ido a visitarla para tener un *tête-à-tête* con ella una tarde. “Nos comportamos los dos tan agradablemente como pudimos y yo estuve tan contenta con él como me atrevería a decir que él lo estuvo conmigo”. Sin embargo, mientras conversaban (conversación que no tuvo nada de flirteo, insistía ella), su madre entró en la habitación semidesnuda. Jenny iba descalza y, según Laura, “llevaba solo la ropa necesaria para liberarla de la carga de fiarlo todo enteramente a la naturaleza para producir un efecto, y dispuesta de manera que mostraba más que ocultaba”. El joven se ruborizó y Laura consiguió mantener la calma solo a base de cerrar los ojos “para evitar la visión de aquello que no podía mirar”. Al día siguiente, estando sola en casa, Laura recibió otra visita, la del amigo de su padre Peter Fox.

¡Estaba muy asustada! El hombre que había reconocido a simple vista que a mí me faltaba esa chispa que nada puede compensar, y que nun-

ca había intercambiado ni media docena de palabras conmigo... tenía un montón de agravios en su corazón y en su cabeza tan irresistibles que no podía ocultarlos. Fue sacando sus esqueletos: Polonia, Irlanda, Liga de la Reforma, “aristocracia feudal”, ministro británico, no de uno en uno sino de golpe, hasta que la habitación realmente se oscureció con lo que supongo que eran encarnaciones vivas de cosas muertas invocadas por sus salvajes palabras, y hasta que su tartamudeo fue aumentando hasta el punto de hacer imposible toda *exposición* posterior.

El intercambio unilateral se prolongó una hora y media, y durante aquel rato, dijo Laura, “apenas pude contener la risa”.²⁹

Jenny sospechaba sin duda que la inmersión de Laura en el juego del amor llevaría pronto al matrimonio, pero seguramente pensaba que su hija mayor necesitaba un empujoncito en este aspecto. Jennychen seguía planeando hacer carrera en el teatro pero también estaba muy implicada en la Internacional, y mantenía correspondencia con los amigos de su padre y con los muchos nuevos asociados que le escribían pidiéndole consejo. Mientras Jennychen estaba en Margate, Jenny le envió un ejemplar de la novela de Madame de Staël *Delphine*.³⁰ Era la novela epistolar de la tormentosa vida de una mujer que apela constantemente a la virtud y al compromiso familiar considerándolos más importantes que el amor. Pero el esfuerzo parecía vano en el caso de Jennychen; no había nadie en su horizonte. Incluso Longuet, a quien consideraba solamente como un protegido de su padre, había regresado a París a cumplir su condena de cárcel.

En cuanto a Marx y a sus hijas, el viaje a Margate no fue la divertida aventura que esperaban que fuera. El tiempo fue horrible (“Parecía especialmente pensado para los *cockney* que habían invadido este lugar para pasar las vacaciones de Pascua”,³¹ escribió con una cierta condescendencia el defensor de los trabajadores, refiriéndose a los londinenses del East End). Y Marx, que en aquel momento llevaba casi un mes en la costa, estaba cada vez más preocupado por la situación en la Internacional. En su ausencia se habían producido nuevas discrepancias, pese a que como grupo habían participado con éxito en varias huelgas, ganándose el elogio de los obreros y consiguiendo nuevas afiliaciones. También *El Capital* era un cargo de conciencia para él. “Es como para volverse loco”, le dijo a un amigo.³²

Padre e hijas regresaron a Londres a mediados de abril, y Marx enseguida sufrió un fuerte dolor de muelas, vómitos y reuma, dolencias que resistieron varias dosis de opio y un tratamiento con éter.³³ Marx estaba de vuelta a casa, pero no de vuelta al trabajo.

Marx y Engels habían estado observando muy de cerca la situación en Alemania. Bismarck, el primer ministro que desde el verano de 1863 había restablecido el gobierno reaccionario en Prusia –silenciando a los críticos con la prohibición de las discusiones políticas, censurando la prensa, refrenando a los políticos liberales con amenazas de represalias– parecía ahora querer provocar una guerra con Austria. Bismarck quería una Alemania unida dominada por Prusia y consideraba a Austria como el principal impedimento a este objetivo.³⁴

Igual que en París contra Napoleón, había descontento entre los estudiantes de Berlín contra Bismarck. En mayo de 1866 un estudiante de veinticuatro años trató de matar al primer ministro cuando este paseaba por la avenida Unter den Linden, disparando cinco tiros pero sin dar en el blanco. El estudiante era Ferdinand Cohen, hijastro de Karl Blind, y había sido compañero de juegos de Musch cuando los Marx vivían en el Soho. Cohen fue arrestado inmediatamente y supuestamente se suicidó en la cárcel el día siguiente.³⁵

Engels se burló del intento de asesinato diciendo que Cohen le había hecho un favor a Bismarck con su impetuosa acción. Pero Marx lo consideró con más simpatía.³⁶ “Cohen era un buen chico (aunque no especialmente inteligente), y yo le tenía aprecio porque era un viejo amigo de mi Musch”.³⁷ La muerte de Cohen le hizo seguramente considerar a Marx qué habría hecho con su vida un Musch de veinticuatro años, y preguntarse si también él habría intentado cometer una acción igual de temeraria después de toda una vida absorbiendo las ideas radicales de su padre. De hecho, en la misma carta a Engels, Marx culpaba airado a Blind de que su “estúpido parloteo regicida” había causado que aquel muchacho sacrificase su vida “en el altar de la libertad”.³⁸

En junio, como quería Bismarck, Prusia entró en guerra con Austria. Marx decidió utilizar el conflicto como una oportunidad para que la Internacional subrayase la importancia de la neutralidad entre los trabajadores de todos los países en casos como aquel de una guerra entre gobiernos para conquistar territorios y aumentar su poder: no quería ver cómo los obreros eran sacrificados en el altar del capitalismo. A mediados de junio se convocó una reunión del Consejo Central de la AIT para discutir una respuesta oficial al conflicto. La política de la organización había sido aprobada tiempo atrás: los obreros no tenían que luchar contra otros obreros. Pero ahora que había estallado una guerra de verdad, los prejuicios nacionalistas de los delegados salieron a la superficie. Lafargue subió al estrado y declaró que hablar de nacionalidades y de naciones era reaccionario, y que los estados no tendrían que existir, sino más bien fragmentarse en forma de comunas o municipalidades locales con autogobierno. En un larguísimo discurso dio a entender que el mundo estaba esperando que Francia

fuese la punta de lanza de aquella revolución, que luego sería adoptada universalmente. Marx soltó una sonora carcajada y le reprendió por abolir las nacionalidades con un discurso pronunciado en *francés*, un idioma que era incomprendible para las nueve décimas partes de los asistentes. Luego dijo sarcásticamente que la negación que hacía Lafargue de las nacionalidades contenía la implicación de que la única forma de constituirse en nación era someterse al “modelo de nación que tiene Francia”.³⁹ Finalmente, el Consejo Central aconsejó a los trabajadores que se mantuviesen neutrales respecto a la guerra entre Austria y Prusia,⁴⁰ que concluyó rápidamente, el 3 de julio, después de una decisiva batalla de ocho horas de la que Prusia y Bismarck salieron victoriosos.

La burla de Marx a costa de Lafargue puede que fuera de hecho una muestra de afecto. Valoraba el compromiso de Lafargue con la Internacional (aunque considerase que tenía una cierta confusión en el plano de las ideas) y le encantaba tener cerca a un médico (aunque Lafargue todavía solo era un estudiante). Y en agosto Lafargue parecía haber conquistado la atención de Laura y roto su resistencia. En una carta fechada el 7 de agosto Marx le decía a Engels: “Desde ayer Laura está medio prometida con Monsieur Lafargue, mi médico criollo. Le trata igual que a los demás, pero los arrebatos de sentimiento a que están sujetos estos criollos, un leve temor de que el joven (tiene veinticinco años) pueda suicidarse, etc., así como cierto cariño por él, no exteriorizado como siempre en el caso de Laura (es un joven apuesto, inteligente, enérgico y de compleción atlética) han llevado más o menos a una especie de semi-compromiso”.⁴¹

También Jenny pareció complacida, aunque un poco sorprendida, por aquel semi-compromiso, dado el previo desinterés de Laura por Lafargue.⁴² Engels no sabía si tenía que felicitarles, dadas las circunstancias, pero de todos modos lo hizo.⁴³ En realidad, el único implicado en el asunto que parecía aceptarlo con fervor era el propio Lafargue. Mostraba tal falta de contención respecto a Laura que se ganó una segunda reprimenda por parte de Marx, mucho menos en broma que la primera.

Si desea continuar sus relaciones con mi hija, tendrá que abandonar su forma actual de “cortejo”. Usted sabe muy bien que no se ha formalizado aún un compromiso, que de momento todo está por decidir. Y aunque ella fuera ya su prometida, no debe usted olvidar que esta es una cuestión de larga duración. La práctica de una intimidad excesiva es especialmente inapropiada cuando los dos enamorados tienen que vivir en un mismo lugar durante un período prolongado de pruebas rigurosas y de purgatorio. He observado con alarma cómo su forma de

comportarse ha cambiado de un día para otro en el período geológico de una sola semana. A mi modo de ver, el amor verdadero se expresa mediante la reticencia, la modestia e incluso la timidez del amante respecto al objeto de su veneración, y ciertamente no dando rienda suelta a su pasión ni con una demostración prematura de familiaridad. Y si usted alega en su defensa su temperamento criollo, es mi deber interponer mi sólida razón entre su temperamento y mi hija. Si en su presencia es usted incapaz de expresar su amor de una forma en consonancia con la latitud de Londres, tendrá que resignarse a expresarlo desde la distancia. Estoy seguro de que entenderá usted mi indirecta.⁴⁴

La amonestación de Marx incluía lo que puede muy bien considerarse como una descripción de su propio largo cortejo a Jenny, y ello pudo hacerle reflexionar, porque la continuó con un curioso reconocimiento de fracaso personal. Tras decirle a Lafargue que necesitaba tener clara su situación financiera antes de acceder a ningún compromiso, Marx continuó: “Usted sabe que yo he sacrificado toda mi fortuna a la lucha revolucionaria. Y no lo lamento. Todo lo contrario. Si tuviese que empezar mi vida de nuevo, haría lo mismo. Pero no me casaría. En la medida en que ello esté en mi poder, deseo apartar a mi hija de los arrecifes en los que naufragó la vida de su madre”.⁴⁵

Marx le dijo a Lafargue que no tenía confianza en su laboriosidad, y que su posición como estudiante expulsado de un país y tratando de comenzar de nuevo su carrera en otro no era nada prometedora. Le dijo que tampoco sabía si contaba con el respaldo de su familia, cómo se sentía respecto a su posible matrimonio, o si Lafargue podía de algún modo prometerle a Laura una vida segura. Y añadió:

De no haber sido por mi directa intervención (una debilidad por mi parte) y por la influencia que la amistad que le tengo pueda haber ejercido en el comportamiento de mi hija, este asunto nunca habría progresado hasta llegar al punto en el que está actualmente; por este motivo tengo una gran responsabilidad personal en el mismo.

Para descartar cualquier interpretación errónea de esta carta, quiero decirle que aunque usted estuviese en condiciones de casarse hoy mismo, ello no cambiaría las cosas. Mi hija le rechazaría y yo mismo me opondría. Tiene usted que haber conseguido algo en la vida antes de pensar en el matrimonio, y es necesario que usted y Laura se sometan a un largo período de prueba.⁴⁶

A los pocos días Lafargue hizo que un famoso médico le mandase referencias a Marx, y su padre también le escribió a Marx prometiéndole un importante acuerdo financiero cuando la joven pareja se casase. También le pedía que permitiese a su hijo considerarse el novio de Laura.⁴⁷ Marx escribió confidencialmente a Engels que Lafargue “tenía un corazón de oro, pero es un niño mimado y tiene un carácter muy infantil”. En una muestra del profundo respeto que sentía por su amigo, añadió que Laura no aceptaría la oferta de matrimonio de Lafargue sin la aprobación de Engels.⁴⁸ Finalmente, por si acaso Lafargue no era capaz de contenerse estando cerca de Laura, Marx envió temporalmente a esta y a Tussy a un internado en la ciudad costera de Hastings.⁴⁹ No era muy distinto del colegio para señoritas de South Hampstead en el que Jennychen y Laura habían asistido a clases en Londres, pero tenía la ventaja adicional de la distancia. Respecto a Lafargue, Marx informó a Laura después de su partida con estas palabras: “*El caballero de la triste figura* me dejó en la esquina de su casa. Dado que su corazón había sufrido una considerable sacudida poco antes, pareció tomarse su separación *de mí* con una indiferencia más bien heroica”.⁵⁰

Una vez alejada Laura, Marx integró a Lafargue en los asuntos familiares, y mantuvo activo al joven encargándole preparar las instrucciones para los delegados del primer Congreso de la Internacional, que tenía que celebrarse el mes de setiembre en Ginebra. Jennychen recordó a Lafargue trabajando un día desde las diez de la mañana a las diez de la noche traduciendo las directrices de Marx al francés. “El desventurado muchacho parecía terriblemente angustiado... No se había afeitado ni *peinado*”, le dijo a su madre, que estaba en Dover.⁵¹ (Además del mucho trabajo que ya tenía, Lafargue, seguramente tratando de ganarse a Tussy como aliada en su persecución de Laura, le construyó un columpio en el jardín.)⁵² Aunque Lafargue hacía todo lo que estaba en su poder para congraciarse con la familia, no había conseguido al parecer ganarse totalmente el corazón de Laura. Mientras estaba en Hastings, Laura le escribió una carta a Jennychen en tono soñador acerca de una visita anterior durante la cual había estado conversando y paseando con un profesor de música llamado Banner, y había bebido leche del mismo vaso que él. “Espero no ser una sentimental, pero olvidar es un arte que yo no he aprendido, y para mí el recuerdo de lo que ya no es, es una forma de lamento”.⁵³

Fuesen cuales fuesen las dudas que pudiese tener, sin embargo, la rueda del matrimonio ya estaba en marcha. Laura y Lafargue se comprometieron oficialmente el 26 de setiembre, el día que Laura cumplía veintiún años. No tenemos ninguna descripción de la reacción de Laura, pero su madre pareció feliz y aliviada en muchos sentidos. Le dijo a Ernestine Liebknecht que Paul era amable y

generoso y que sentía devoción por Laura, y también que, afortunadamente, los dos jóvenes pensaban igual en cuestiones religiosas y políticas. “Laura se ahorrará de este modo las inevitables discusiones y el tormento a que se ven expuestas muchas chicas a causa de sus ideas y opiniones. Porque es realmente excepcional encontrar un hombre que comparta estos puntos de vista y que tenga al mismo tiempo educación, posición social, etc”. La boda no estaba prevista hasta un par de años después, para cuando Lafargue terminase sus estudios de medicina en Inglaterra. Mientras, alquiló una habitación cerca de allí, pero prácticamente residía en casa de Marx, lo que, desgraciadamente para este, representaba un gasto diario más.⁵⁴

Todo en la vida de Marx llegó a un punto crítico aquel otoño. Había trabajado diligentemente preparando el primer congreso de la Internacional, al que no asistiría pero cuya suerte estaba en sus manos hasta el momento en que los delegados partiesen para Ginebra. De hecho, esto hacía que las cosas fuesen más difíciles para Marx, debido a que no podría controlar a los actores una vez los perdiese de vista, por muy bien que hubiese preparado el terreno. Además, estaba finalmente a punto para enviar el manuscrito de *El Capital* a Hamburgo. Había decidido que no podía esperar hasta estar satisfecho con todos los volúmenes proyectados, ni siquiera con los dos volúmenes que le había prometido a Meissner en su contrato. Planeaba, en cambio, enviar al editor solamente el primer volumen de lo que esperaba que sería una obra en cuatro volúmenes.⁵⁵ Finalmente, en medio de todo aquel trabajo y de toda su actividad creativa, Marx estaba una vez más sin un penique, y era de nuevo perseguido por el casero y los tenderos que hacían cola ante la puerta de su casa tratando de cobrar sus facturas. En cierta ocasión se presentó un acreedor cuando Marx no tenía dinero suficiente para pagarle, y para que ni Lafargue ni el acreedor se dieran cuenta de ello, les dijo que esperasen un momento mientras iba a buscar cambio. Luego se escabulló por la puerta de atrás y salió disparado hacia la panadería para pedirle al panadero el dinero que necesitaba antes de que se dieran cuenta de que había salido.⁵⁶ Creía que la felicidad inmediata de su hija estaba en peligro si Lafargue —o aún peor, su familia— descubría que el aura de respetabilidad que se respiraba en Modena Villas era una farsa. Y era un peligro muy real: un francés sin escrúpulos a quien Marx debía dinero amenazó con contárselo al padre de Lafargue si no le pagaba lo que le debía.⁵⁷ Si esto llegaba a suceder, Laura podría encontrarse en la desafortunada tesitura de muchas jóvenes del siglo XIX, que descubrían a su pesar que la falta de dinero podía más que una abundancia de amor en las negociaciones relativas a la institución llamada matrimonio.

Marx escribió a Engels para decirle que había pedido dinero a su familia en

Holanda y en Alemania, pero que había sido inútil. Jenny había empeñado tantas de sus pertenencias que apenas podía salir de casa, y Marx había ido de un lado a otro de la ciudad “pidiendo pequeños préstamos a diestra y siniestra, como en los peores días de los refugiados... Por otro lado, estoy siendo amenazado por los tenderos, algunos de los cuales me han retirado el crédito y me amenazan con llevarme a los tribunales. La situación era tanto más crítica en cuanto que Lafargue (hasta que partió hacia Burdeos hace unos días) estaba constantemente en casa y nos esforzábamos ansiosamente por ocultar la verdadera situación en que nos encontramos”. Sin mostrar vergüenza alguna por tener que pedir o por sus intentos de despertar simpatía por el hecho de ir corto de dinero, añadió: “Y no solo mi trabajo se ha visto frecuentemente interrumpido a causa de todo ello, sino que por tratar de recuperar de noche el tiempo perdido de día me ha salido un magnífico carbunco en el pene”.⁵⁸

Engels escuchó el familiar grito pidiendo ayuda y respondió inmediatamente. Y dada la habitual letanía de quejas de Marx, seguramente también esperaba que le dijese que su manuscrito iba a retrasarse una vez más. Pero esta vez le sorprendió enviando una parte de su libro, *El Capital. Volumen I*, a Hamburgo la segunda semana de noviembre de 1866.⁵⁹ El suspiro de alivio que soltó Engels en Manchester casi pudo oírse en Londres. “La noticia de que el manuscrito de tu libro ya ha salido”, escribió Engels, “me quita un peso de encima... Con este motivo brindaré de un modo especial por tu salud. Este libro ha contribuido enormemente a arruinarte la salud; una vez que te lo hayas quitado de encima serás un hombre nuevo”.⁶⁰

También Jenny expresó alivio, pero aquella mujer que con Marx había conocido una vida de esperanzas truncadas y de sueños hechos añicos, también expresó cierta aprensión. En una carta navideña a Marx decía:

Si el editor de Hamburgo puede imprimir el libro tan rápidamente como dice, es seguro que por Pascua ya habrá salido, en cualquier caso. Es un placer ver el manuscrito copiado y formando un montón tan alto. Es un peso enorme que me quito de la cabeza; ya teníamos bastantes problemas y preocupaciones sin este peso... Me gustaría verlo todo de color de rosa como hacen otros, pero tantos años de angustias y ansiedades me han afectado los nervios, y el futuro a menudo me parece negro cuando a un espíritu más alegre le parece de color de rosa. Esto que quede entre nosotros.⁶¹

Pronto, una serie de contratiempos pareció confirmar los temores de Jenny

cuando fueron pasando los meses y surgieron demoras e indecisiones. Meissner se negaba a imprimir solamente el *Volumen I*, y quería esperar hasta que Marx le enviase también el *Volumen II*. Luego Marx se sintió debilitado por un persistente ataque de insomnio y la erupción de varios carbuncos en las nalgas, que, según admitió, estaban directamente relacionados con su estado de ánimo.⁶² (Más tarde le dijo maliciosamente a Engels: “Espero que la burguesía recordará mis carbuncos hasta el fin de sus días”).⁶³ Finalmente, estaba el viejo coco, el dinero. En abril de 1867 Marx le dijo a Engels que no podía entregar el resto de su manuscrito a Hamburgo tal como había planeado porque su traje y su reloj estaban en la casa de empeños.⁶⁴ Engels, a quien Jennychen describió como “loco de alegría” por la finalización del libro,⁶⁵ aportó el dinero para desempeñarlos.

Años antes, Engels le había dicho a su hermana que él nunca se atrevía a formular deseos, porque si cedía a la debilidad de hacerlo, la cosa deseada siempre acababa fuera de su alcance.⁶⁶ Pero aquel abril, con *El Capital* con dos años de retraso, pero avanzando hacia la publicación, se permitió desear y soñar, y como le dijo a Marx, imaginar por fin un futuro más propicio.

Londres, 1867

“¿Ves algo?”, le dijo Poussin a Porbus en un susurro.

“No. ¿Y tú?” “Tampoco”.

“El viejo farsante nos está tomando el pelo”.

Honoré de Balzac¹

CUANDO MARX LLEGÓ FINALMENTE a Hanover, donde esperaba las galeradas de Hamburgo, recibió una larga carta de Engels en la que le expresaba lo que tal vez se había quedado sin decir durante las casi dos décadas que había ayudado a la familia Marx mientras esperaba que Marx produjese su gran obra.

Siempre he tenido la sensación de que ese condenado libro que has estado arrastrando durante tanto tiempo estaba en el fondo de tus desgracias, y que nunca podrías escaparte de ellas hasta que te lo hubieras quitado de encima. Resistiéndose siempre a su finalización, te ha afectado física, mental y financieramente, y puedo entender muy bien que habiéndote liberado de esa pesadilla te sientas ahora como nuevo... Estoy sumamente satisfecho del giro que han tomado las cosas, en primer lugar por el giro mismo, en segundo lugar por tu bien y el de tu esposa, y en tercer lugar porque realmente ha llegado el momento de que las cosas mejoren.

Engels le decía que en un plazo de dos años culminaría su contrato con Ermen & Engels y que entonces abandonaría su actividad empresarial. “No hay nada que anhele más que liberarme de ese vil comercio, que me está desmoralizando completamente por todo el tiempo que me hace perder. Mientras esté en ello no serviré para nada más”. Ello significaría, por supuesto, una drástica reducción en sus ingresos, pero Engels pensaba que “si las cosas van como están empezando a ir, también podremos arreglárnoslas, aunque no se produzca ninguna revolución que ponga fin a todos los planes financieros. Si esto no pasa, tengo un as en la manga que ha de contribuir a mi liberación: pienso escribir

un libro desenfadado que se titulará *Penas y alegrías de la burguesía inglesa*”.²

Marx también se permitía soñar. En Hamburgo, Meissner le recibió de manera entusiasta y le confirmó el compromiso de publicar sus obras.³ Rebosante de expectativas, Marx le dijo a un amigo de Ginebra que “*El Capital* es indudablemente el misil más terrible que se ha lanzado nunca contra la cabeza de la burguesía”.⁴ Y a otro amigo de Nueva York le escribió diciéndole que, aunque solo había finalizado un volumen, esperaba que se publicasen tres volúmenes en un año, y que estaba aprovechando todos los momentos que tenía para completar la obra “a la que he sacrificado mi salud, mi felicidad y la de mi familia... Me río de los llamados hombres ‘prácticos’ y de su sabiduría. Si uno quisiera ser un buey, podría evidentemente dar la espalda a los sufrimientos de la humanidad y cuidar de su propio pellejo”.⁵ Finalmente, escribió a Engels: “Espero y confío que en el plazo de un año estará todo arreglado, en el sentido de que seré capaz de rectificar fundamentalmente mis asuntos financieros y podré sostenerme de nuevo sobre mis propios pies”.⁶

Marx recibió las primeras galeradas de *El Capital* el día de su cuarenta y nueve aniversario, y el editor empezó inmediatamente a poner anuncios en los periódicos acerca de la inminente aparición del libro. Las cosas parecían moverse en la dirección correcta y Marx estaba lleno de confianza.⁷ Difícilmente habría podido estar de otra manera. Mientras estuvo en Hannover vivió en casa de un auténtico fan. El Dr. Ludwig Kugelmann era un ginecólogo que había descubierto a Marx y a Engels desde el primer libro que habían escrito juntos, *La Sangrada Familia*, y tenía todas sus obras. No está claro qué es lo que veía Kugelmann en el socialismo y en el comunismo, o en Marx, sin ir más lejos, porque era un burgués hasta la médula. Fuese cual fuese el motivo, Marx se quedó impresionado cuando vio en la biblioteca de Kugelmann una colección más completa de sus obras que la que ellos mismos poseían.⁸ Con el peso de *El Capital* fuera de sus espaldas y con todas sus necesidades cubiertas por Kugelmann, Marx declaró que su salud había mejorado extraordinariamente.

También contribuyeron a mejorar el estado de ánimo de Marx las atenciones que le brindó una mujer de treinta y tres años llamada Madame Tenge, de soltera Bolongaro-Crevenna, que estaba casada con un rico terrateniente alemán y que se alojaba en casa de los Kugelmann durante la visita de Marx.⁹ Marx se la describió a su hija Jennychen como “una persona de una naturaleza realmente noble, de una peculiar suavidad, franqueza y sencillez de carácter. Nada de una falsa educación. Habla inglés, francés e italiano (es de origen italiano)... Es atea y simpatiza con el socialismo, aunque no parece estar muy informada en es-

te sentido. Lo que la caracteriza por encima de todo es una amabilidad espontánea y la ausencia de toda pretensión”. Marx le envió a Jennychen una fotografía de Madame Tenge oculta detrás de la suya, pero al parecer Jennychen no la compartió con su madre ni con sus hermanas.¹⁰ (En una carta a Laura, Marx se extrañaba de que le preguntase qué aspecto tenía Madame Tenge; Laura no había visto la fotografía.)¹¹ Es posible que Jennychen no les hubiese enseñado la fotografía porque sabía el efecto que la relación de Marx con otras mujeres jóvenes en viajes anteriores había tenido sobre su madre. Marx, sin embargo, no parecía tener ningún reparo en hablar en sus cartas de su “admiración” por Madame Tenge, admiración que él creía recíproca. Hablaba a sus hijas de aquella “mujer superior” como si fueran sus confidentes en asuntos del corazón.¹²

Esta profusión de información se produjo solo cuando Madame Tenge ya se había ido de Hannover. Mientras residía allí, las mujeres Marx se quejaron de que apenas habían tenido noticias suyas durante casi un mes. Jennychen dijo tener miedo de que hubiese sido detenido por Bismarck.¹³ Laura le dijo a su padre que “empezamos a pensar que te habías despedido a la francesa y que te habías escabullido de nuestra compañía para siempre”. Laura fue seguramente la que mejor entendió su silencio.

Estoy segura de que tiene que haber algo delicioso en esta “despedida” meramente temporal de la “familia”... por no decir nada de la sociedad en la que estás. He observado que hay una cierta dama que ocupa una buena porción de tus cartas. ¿Es joven? ¿Es ingeniosa? ¿Es hermosa? ¿Flirteas con ella o dejas que ella coquette contigo? Pareces admirarla mucho, y sería *muy tonto* suponer que toda la admiración estaba de tu lado. Si yo fuera *Möhme*, estaría celosa.¹⁴

En cada carta a Marx la familia le preguntaba cuándo pensaba volver a casa. Finalmente lo hizo poco después de que Madame Tenge se fuera de Hannover. Sin ella como distracción, Marx pronto se cansó de Kugelman. Poco antes le había dicho a Engels que se quedaría en Hannover hasta que hubiese corregido todas las galeradas, pero después de la partida de Madame Tenge le dijo que le era imposible esperar hasta que el libro estuviera completo, y en cualquier caso tenía que volver a casa para trabajar en el segundo volumen. Se había resignado a volver a casa pese a lo que le esperaba: “el tormento de la vida familiar, los conflictos domésticos, el acoso constante en vez de la posibilidad de ponerte a trabajar sintiéndote como nuevo y libre de preocupaciones”.¹⁵

Marx había marchado de Londres el 10 de abril y había regresado a Ingla-

terra el 19 de mayo, tras pasar una vez más brevemente por Hamburgo para ver a Meissner y recoger partes de su libro. Si bien es posible que estuviera ansioso por volver al trabajo, no parecía tener prisa por regresar a Modena Villas. En el vapor que le llevó de Hamburgo a Londres conoció a una joven alemana cuyo porte militar le llamó la atención. Era su primer viaje a Londres y pensaba seguir viaje en tren para ir a visitar a unos amigos que vivían en el campo. Marx se ofreció galantemente a escoltarla hasta la estación. Llegaron a Londres a las dos de la tarde pero el tren no salía hasta las ocho de la noche, de modo que en vez de irse a casa donde le esperaba su familia, Marx pasó seis horas con aquella desconocida paseando por Hyde Park, sentándose en una heladería y matando el tiempo con otras diversiones. Describió aquella mujer a Kugelmann como culta pero aristocrática y prusiana hasta la médula. Resultó que aquella mujer, Elisabeth von Puttkamer, era la sobrina de Bismarck, y Marx dijo que no se sintió en absoluto alarmada al descubrir que había caído en manos “de un rojo”.¹⁶ (De hecho, Bismarck había enviado un emisario a hablar con Marx mientras estaba en Hannover para decirle que deseaba utilizar sus talentos en beneficio del pueblo alemán. Marx no le contó a nadie, salvo a Engels, aquella absurda proposición.)¹⁷ Respecto a Marx y a la sobrina de Bismarck, se despidieron en la estación del tren como amigos. Sin ninguna otra mujer joven que le distrajera, Marx regresó finalmente junto a su mujer y a sus hijas, y junto al que posiblemente estaba más ansioso de todos por su ausencia: Lafargue.

Permaneció en Londres solo tres días antes de irse a Manchester a llevarle algunas pruebas del libro a Engels. Este todavía no había leído nada del libro y Marx estaba nervioso por su reacción. Consideraba a Engels su crítico más importante y también uno de los más exigentes, si no por otros motivos, porque Engels conocía el tema del libro tan bien como el propio Marx. Marx le había hecho una recomendación muy reveladora a Engels antes de salir para Hamburgo; le había sugerido leer la novela corta de Balzac, *La obra maestra desconocida*, de la que decía que estaba “llena de una deliciosa ironía”.¹⁸ El libro trata de un pintor que, tras años de trabajo y en medio de una gran expectación, produce una obra maestra que solo él puede ver y entender.

La primera respuesta de Engels a la obra de Marx fue ambivalente. Había recibido el libro en pliegos de dieciséis páginas y dijo, a modo de leve crítica, que el difícil segundo lote “en particular lleva las marcas de tus carbuncos claramente estampadas en él”. También decía que la “dialéctica” se había refinado desde la anterior *Contribución a la crítica de la Economía Política*, pero que había algunas cosas que le gustaban más en aquella obra que en *El Capital*. Por lo demás, declaraba que le había encantado lo que había leído.¹⁹ Marx aparentemente eli-

gió ignorar los recelos parciales de su amigo y expresó un gran alivio por la aprobación de Engels, y prometió regalarle a Lizzy Burns un vestido de Londres si encontraba un editor inglés generoso para *El Capital*, una posibilidad que consideraba inminente.²⁰

Desde el compromiso de Laura y Lafargue, una buena parte de la atención de la familia Marx se había centrado en ellos. La primavera de 1867 la joven pareja había causado sensación en Haverstock Hill mientras tomaban lecciones de equitación en el Heath. Laura tenía un aspecto excelente y estaba cómodamente sentada en su silla de montar, pero Paul parecía menos seguro de sí mismo y se agarraba a la crin del caballo en vez de a las riendas. (Tussy le hizo un cojín para aliviar sus magulladuras después de la monta.)²¹ La atención de Marx, sin embargo, se centró en Jennychen, que se encontraba en la incómoda posición social de ver cómo su hermana pequeña se preparaba para el matrimonio mientras ella no tenía ningún pretendiente a la vista. Marx había incluso tratado de persuadirla de que fuera a Alemania mientras él estaba allí para un cambio de ambiente que le parecía muy necesario. Pero ella había declinado la sugerencia con estas palabras: “Al contrario, puedo asegurarte que estoy muy a gusto donde estoy... Realmente no hay la menor demanda de fantásticas sonrisas de lástima... aunque hay una abundante oferta de ellas”.²²

Jenny había estado mucho menos interesada en las cosas del corazón que en las del intelecto, especialmente durante aquel período. Con sus perspectivas de dedicarse al teatro más limitadas –en parte debido a su mala salud, pero también porque como hija de Marx era una carrera poco apropiada– probó fortuna como dramaturga. Una obra de teatro que escribió durante este período era en parte tragedia personal y en parte tragedia política, y estaba tan inspirada en Shakespeare como en su propia familia. (Uno de sus versos decía: “Querido papá, tus palabras me han desgarrado el corazón, tu pueblo llora; si tú renuncias, ¿quién protegerá su causa?”)²³ También se dedicaba a transcribir páginas y más páginas de poesía inglesa, francesa y alemana, y ensayos en francés sobre las revueltas de 1848, supervisando al mismo tiempo las huelgas en Inglaterra y Francia apoyadas por la AIT.²⁴ A su manera callada y discreta, fue interesándose cada vez más por la política y por la literatura.

El verano de 1867 la familia de Lafargue invitó a las tres hermanas Marx a acompañar a Paul a Burdeos para una visita. Jenny y Marx no quisieron ahorrar gastos preparando a sus hijas para el viaje. Lafargue se había ofrecido a pagarlo, pero Marx no quiso aceptar tanta generosidad; tenía que parecer que era un hombre con los recursos suficientes para hacerse cargo de su propia familia. Uti-

lizó un dinero que tenía separado para pagar el alquiler para comprar los pasajes del barco para sus hijas, y luego recurrió a Engels para que le reabasteciera de fondos con los que poder evitar un desastroso deshauccio.²⁵

Jenny y Karl sabían que el padre de Lafargue estaba involucrado en el comercio de vinos (creían que a gran escala) y que poseía tierras y casas en Cuba, Nueva Orleans y Francia. La promesa de Lafargue padre de darle a su hijo 100.000 francos²⁶ —unas 4.000 libras— como regalo de bodas era considerada por Jenny como un anticipo de una vida de riqueza y comodidades para su segunda hija, y como una ayuda para que también sus otras hijas encontrasen parejas similares. Ni le pasaba por la cabeza que las hijas de Marx, pese a que eran obviamente muy inteligentes, pudiesen abrirse camino por su cuenta sin la ayuda de un esposo. Jenny y Marx eran demasiado convencionales en su forma de pensar para imaginar que sus hijas podían dar aquella especie de salto.

Vestidas con sus mejores ropas, las tres jóvenes partieron hacia Francia escoltadas por Paul, pero pronto quedó claro que estarían mucho más cómodas con la ropa que solían llevar en casa. Diversos cambios de tren y viajes en coche de caballos con un tiempo inclemente, por no hablar del voluminoso equipaje que llevaban, significaba que el viaje sería largo y difícil. Al final del viaje, su atuendo burgués estaba arrugado, su pelo mustio, sus caras sucias. El viaje en barco, sin embargo, fue maravilloso. Jennychen dijo que todos estuvieron eufóricos y encontraron que los padres de Lafargue eran “unos personajes nobles y espléndidos”. En una carta a su madre, Jennychen decía que se los había ganado refutando la confesión de ateísmo de Paul con el comentario de que ella consideraba absurdo convertir en culto cualquier ismo. Le impresionó, sin embargo, la aversión de los Lafargue a ser descritos como mestizos. En una rara referencia a las raíces judías de Marx, Jennychen escribió: “El pueblo elegido avergonzado de su origen puede simpatizar con ellos en este sentido”.

Las Marx estuvieron unos días en Bruselas y luego acompañaron a los Lafargue en una larga visita a la parcialmente soleada costa francesa del golfo de Vizcaya. Jennychen tenía veintitrés años, Laura casi veintidós y Tussy doce. Era la primera vez que las tres estaban juntas en el extranjero. Jennychen, que era la menos vanidosa de las tres y en consecuencia más fiable en este sentido, dijo que sus vestidos y sus peinados produjeron “sensación” en Francia. Juntas eran una presencia poderosa —física e intelectualmente— y también traviesa. Paul era a menudo víctima de sus travesuras, y pronto Jennychen y Tussy le consideraron como un hermano.²⁷

Las Marx estuvieron en la playa durante todo el mes de agosto y no regresaron a Londres hasta el 10 de setiembre. Aunque su aventura francesa había

parecido una vida aparte de sus preocupaciones habituales, durante el viaje habían seguido el progreso del libro de su padre, que tanto Marx como Jenny describían de forma optimista. En vísperas de su regreso a casa, Jennychen escribió: “Al fin estos cabezotas alemanes van a hacer *un poco* de justicia a nuestro Moro; nunca podrán *pagarle* todo lo que él ha hecho por ellos”.²⁸

Las galeradas del libro iban arriba y abajo entre Londres y Manchester. Aquel agosto, el *toc-toc* del cartero en la puerta presagiaba casi siempre una carta de Engels criticando *El Capital*, y el hombre de la levita roja y el sombrero de copa casi siempre partía con más material con destino a Manchester. Marx hablaba con frecuencia con las cartas de Engels, dirigiéndose literalmente a sus páginas. (Tussy recordaba oírle hablar en su estudio como si Engels estuviera allí, diciendo: “No, no es así”, o “En esto tienes razón”, o riéndose a carcajadas del ingenio mordaz de su amigo.)²⁹ Tener a las niñas y a Lafargue fuera de casa durante un mes pareció ayudar a Marx a acelerar su ritmo de trabajo. El 14 de agosto corrigió su cuadragésima octava galerada y predijo que completaría aquel “asqueroso trabajo” aquella misma semana.³⁰ Por una vez iba realmente adelantado: dos días más tarde, a las dos de la madrugada, Marx acababa la corrección de la cuadragésimo novena y última galerada del volumen I de *El Capital*.

Exhausto, aliviado, profundamente agradecido, escribió a Engels una breve nota: “Ya está, *he terminado este primer volumen*. ¡Solo ha sido posible gracias a ti! Si tu no te hubieras sacrificado por mí, posiblemente no habría podido llevar a cabo el inmenso trabajo exigido por los tres volúmenes del libro. Te abrazo y te doy las gracias. ¡*Salud*, mi querido y apreciado amigo!” Marx dedicó *El Capital* a otro compañero que había sido leal y generoso hasta el final: Lupus.³¹

En general, Engels se quedó asombrado de que Marx hubiese sido capaz de explicar la teoría económica de manera fácil y con un lenguaje sencillo. Dijo que por primera vez la relación entre trabajo y capital había sido expuesta de manera completa y en su contexto real.³² “Marx descubrió que los capitalistas, igual que el sistema feudal y el propietario de esclavos, progresaban explotando a una inmensa mayoría del pueblo”, explicaría Engels más tarde.³³ Pero Engels no carecía de sentido crítico, y sus críticas presagiaban los problemas que encontraría el libro cuando llegase a las manos de los lectores no especializados:

¡Pero cómo puedes dejar la estructura *exterior* del libro en su forma actual! El cuarto capítulo tiene casi doscientas páginas y solo cuatro apartados... Además, el hilo de las ideas se ve constantemente interrumpido por los ejemplos, y el punto a ilustrar *nunca* se resume después del

ejemplo, de modo que el lector pasa directamente de la ilustración de *un* punto a la exposición de otro. Es terriblemente agotador, y también confuso, si uno no está muy atento.³⁴

Pero cuando Engels hizo estos comentarios ya era demasiado tarde para la primera edición alemana; las galeradas ya estaban en manos de Meissner y los impresores ya habían compuesto los tipos. Marx y Lafargue habían hecho una breve visita a Engels a mediados de setiembre para que este pudiera conocer al joven, y cuando regresaron a Londres, *El Capital* les estaba esperando: se habían impreso mil ejemplares.³⁵

El círculo de Marx mantuvo deliberadamente breves las celebraciones. Por amarga experiencia Marx, Jenny y Engels sabían que si el libro no recibía rápidamente la atención de la prensa, sería un fracaso. Se pusieron manos a la obra para asegurarse de que aquello no volvía a suceder. Laura y Lafargue empezaron a traducir el prefacio de *El Capital* para que fuese publicado en un periódico francés.³⁶ Marx, Jenny y Jennychen escribieron a todos sus conocidos en Alemania, Suiza, Bélgica y América anunciándoles la salida de *El Capital* y solicitándoles ventas y reseñas. Engels escribió al menos siete reseñas anónimas del libro para revistas alemanas e inglesas de Europa y América, escribiendo desde diversos puntos de vista –unos favorables, otros críticos; unos centrados en el tema económico y otros en las cuestiones sociales que abordaba el libro– y asumiendo diferentes estilos y personalidades.³⁷ (Como un hecho estrictamente dramático, Jennychen aplaudió su habilidad para asumir tantos “puntos de vista con unas voces tan diferentes”).³⁸

Engels instó a sus colegas a que hiciesen lo mismo para asegurar el éxito de *El Capital*. Le dijo a Kugelmann que se necesitaban tanto reseñas largas como notas breves, y que tenían que actuar “rápidamente. Hemos de hacer imposible que estos caballeros lleven a cabo su política de silencio total, que es lo que les encantaría hacer”. Engels sugirió que lo mejor que podían hacer era presentar una denuncia contra el libro: “Lo importante es que se hable del libro y que se discuta una y otra vez... Y como Marx no puede actuar de forma totalmente independiente, y como además es tan tímido como una damisela, nos corresponde al resto de nosotros hacerlo... Para decirlo con las palabras de nuestro viejo amigo Jesucristo, hemos de ser inocentes como palomas y astutos como serpientes”.³⁹

Marx, mientras, se sentía fatal. Algunos colegas que habían recibido *El Capital* estaban desconcertados por el libro. A la esposa de Kugelmann, Gertruda, que reconocía que no sabía qué pensar del libro, le dijo que le enviaría una “receta” para leerlo.⁴⁰ Más tarde sugirió que algunos capítulos eran más legibles que

otros y le pidió a Kugelmann que le explicase a su esposa el significado de los conceptos más complicados.⁴¹ Peter Fox, el delegado inglés de la Internacional que había dejado paralizada a Laura con sus divagaciones, dijo tras recibir un ejemplar que “se sentía como un hombre al que le han dado un elefante y no sabe qué hacer con él”.⁴² Un joven fabricante alemán que había leído el libro comentó que seguramente Marx había trabajado en la industria de las máquinas de coser.⁴³

Más o menos un mes después de la publicación de *El Capital*, Marx no podía dormir y estaba sufriendo un nuevo ataque de carbuncos, algunos de los cuales habían hecho erupción de tal manera que solo podía tumbarse de lado. Dijo que no podía trabajar en el segundo volumen en parte debido a su mala salud, y en parte a que estaba agobiado de problemas financieros ahora que Lafargue vivía prácticamente con ellos.⁴⁴ Por supuesto, el verdadero motivo de aquella parálisis creativa era sin lugar a dudas la ansiedad que sentía mientras esperaba las reacciones ante el *Volumen I*. Buscando un lugar donde ocultarse durante aquel angustioso período, Marx encontró refugio en la poesía pornográfica francesa del siglo XVI, que copiaba diligentemente para enviársela a Engels.⁴⁵

En noviembre no se tenían noticias de cómo había sido acogido *El Capital*. Lejos de ser una bomba explotando sobre las cabezas de la burguesía, no había causado ninguna impresión en absoluto. “El silencio acerca de mi libro me inquieta”, le dijo Marx a Engels. “Mientras, hemos de hacer lo que hacen los rusos: esperar. La paciencia es el meollo de la diplomacia rusa y la razón de sus éxitos. Pero aquellos que son como nosotros, y que solo viven una vez, tal vez no lleguen a vivir para verlo”.⁴⁶ Noviembre dio paso a diciembre y el silencio continuó. Marx se describió

Tras al menos dieciséis años de trabajo y sacrificios de su familia, la gran obra de Marx *El Capital* se publicó en Hamburgo en 1867 sin grandes elogios. (IISG, Amsterdam)



a sí mismo como postrado. En su felicitación de Año Nuevo a Engels le decía que llevaba solo tres días ‘enderezado’ tras haber estado tanto tiempo encorvado. Ha sido un ataque asqueroso. Puedes juzgarlo por el hecho de que he estado tres semanas sin fumar. ¡La cabeza todavía me da vueltas!’⁴⁷

Aunque Marx hablaba de paciencia rusa, él no era un hombre paciente, y se equivocaba mucho a la hora de predecir la disposición para el cambio de la gente, tanto en lo relativo a su habilidad para aceptar nuevas ideas como en su voluntad de rebelarse. Repetía constantemente que se necesitarían años, si no décadas, para educar y preparar a los trabajadores para que tomaran las riendas del poder, y no obstante esperaba que estos mismos trabajadores no solo absorbieran y entendieran *El Capital*, sino que lo hicieran rápidamente. Sin embargo, el mero peso físico del libro, por no mencionar sus fórmulas matemáticas, sus múltiples lenguajes, sus eruditas referencias literarias y filosóficas, y su teorización abstracta, lo hacían casi inaccesible. Los conceptos que Marx presentaba les parecían claros como la luz del día a él y a Engels porque los habían discutido desde 1844. Los dos amigos parecían haber olvidado que las ideas de Marx (aunque no todas eran nuevas u originales⁴⁸) se combinaban para crear un terremoto teórico, una revolución en el pensamiento que sacudiría los fundamentos de la joven sociedad capitalista, que en 1867 había alcanzado su punto más alto hasta la fecha.⁴⁹ En su libro Marx ponía un espejo ante la cara de aquella sociedad, desafiando a explotadores y explotados por igual a mirar de cara la terrible verdad de sus relaciones tal como las veía él.

Daba también la sensación de que *El Capital* era en realidad dos libros. El extenso uso que hacía Marx de las notas a pie de página –algunas de una página entera– hacían que el lector se sintiera como si le estuvieran pidiendo que absorbiera un texto y un comentario sobre el texto al mismo tiempo. Era como si un pianista estuviese tocando dos series de teclas simultáneamente, dificultando que un oyente pudiera prestar plena atención a cualquiera de las dos. En cierto modo, el estilo del libro era como un retorno a las profundas raíces rabínicas de la familia Marx; no era muy distinto de la tradición judía homilética del *Aggadab*, que explicaba las verdades de los textos clásicos utilizando un enfoque de dos niveles, abierto y encubierto, gritos y susurros.

El libro de Marx era difícil de digerir incluso para los intelectuales, que podían captar su sustancia sin dejarse distraer por su forma. Algunos lo consideraron como un acto de agresión de ochocientas páginas. El socialista británico Henry Hyndman describió la reacción inicial al *Capital* entre sus contemporáneos del siglo XIX: “Acostumbrados como estamos actualmente, especialmente

en Inglaterra, a practicar la esgrima con unos grandes botones de goma en la punta de nuestros floretes, la terrible arremetida de Marx contra sus adversarios con el acero desnudo les ha parecido tan indecorosa a nuestros caballerosos esgrimistas y practicantes de la gimnasia mental que les ha resultado imposible ver que ese implacable polemista y furioso atacante del capital y del capitalismo era en realidad el pensador más profundo de nuestra época”.⁵⁰

En su libro Marx se propuso describir el origen, el funcionamiento y el derrocamiento final del sistema capitalista. Los lectores familiarizados con el *Manifiesto Comunista* puede que leyesen *El Capital* esperando encontrar en él otra llamada rápida y emotiva a la revuelta. Pero *El Capital* era a menudo un libro lento y pesado, la obra de un profesor, no de un luchador. La revolución que describía Marx era el resultado de un proceso largo y lento. Era al mismo tiempo tan modesta como la conquista de una reducción de la jornada laboral, y tan atrevida como la destrucción de un sistema económico y social nacido en el siglo XVI y que se había convertido en un monstruo industrial y militar que devoraba a los hombres y al medio ambiente para satisfacer una insaciable sed de ganancias.

El descubrimiento de oro y plata en América, la extirpación, esclavización y enterramiento en las minas de la población aborigen, el comienzo de la conquista y el pillaje de las Indias Orientales, la conversión de África en una madriguera para la caza comercial de negros, marcó el halagüeño amanecer de la era de la producción capitalista.⁵¹... El capital supura de la cabeza a los pies, por cada uno de sus poros, sangre y suciedad.⁵²

Para llegar a la revolución Marx introduce primero al lector en las entrañas del sistema capitalista, que es en parte lo que pudo haber confundido y desilusionado a su audiencia inmediata. En las primeras 250 páginas del *Capital*, analiza las relaciones económicas, y en consecuencia sociales, al nivel celular. El libro empezaba con un examen tan pormenorizado de la mercancía, por ejemplo, que al lector le resultó difícil ver el cuadro dramático más amplio.

Tomemos dos materias primas, por ejemplo el maíz y el hierro. La proporción en la que son intercambiables, sea cual sea dicha proporción, puede representarse siempre por una ecuación en la que una cantidad dada de maíz corresponde a una cantidad dada de hierro; por ejemplo, 1 cuarto de maíz = 1 peso de hierro. ¿Qué nos indica esta ecuación?

Nos indica que en dos cosas diferentes –un cuarto de maíz y un peso de hierro– existe la misma cantidad de una tercera cosa común a ambas. Las dos cosas tienen que ser, por consiguiente, iguales a una tercera, que en sí misma no es ni la una ni la otra.⁵³

Pero en cuanto Marx explicaba que este algo “común a ambas” era de hecho esa mercancía que es el trabajo humano, *El Capital* se volvía convincente. Marx, el materialista dialéctico, reiteraba lo que ya decía en sus primeras obras, que la economía no existe en el reino muerto de las fórmulas que solo son comprensibles a un selecto grupo de los que entienden sus leyes. Creer lo contrario sería cubrir el mercado con un velo de misterio, oscurecer su funcionamiento y condenar a las masas a seguir ciegamente a esos chamanes de las finanzas que afirman tener la clave de sus secretos. La humanidad se quedaría así temblando asustada ante tales maravillas, y perdería el poder de liberarse por sí misma de esas cadenas. Marx estaba preparado para demostrar que *no había* ningún misterio, aunque los capitalistas (como los reyes antes que ellos) confiaban en que el proletariado no descubriese que su poder no era precisamente divino.

Utilizando como modelo el lugar de trabajo industrial de la Gran Bretaña del siglo XIX, Marx describió un sistema en el que el hombre continuaba siendo comprado, aunque ahora no como esclavo. El trabajador era el propietario de una mercancía: él mismo. Y vendía su trabajo a un comprador o patrono durante un determinado período de tiempo. A cambio, el patrono le cedía el uso de su equipo (los medios de producción) y un salario⁵⁴ (lo que Marx más tarde llamó la “forma exterior irracional de una relación oculta”⁵⁵). Pero se planteaba la cuestión: ¿cómo se determinaba este salario? En el mercado que Marx describía, el valor del trabajo venía determinado por el denominado salario mínimo, que era simplemente la cantidad de dinero necesario para mantener al trabajador vivo y capaz de trabajar. Marx añadía luego otro elemento al cálculo de este salario. Consideraba fríamente al hombre como una máquina –tal como el nuevo patrono capitalista lo veía– y determinaba que el trabajador no podría trabajar siempre. Igual que el equipo, estaba sujeto a un desgaste y finalmente moría. Tenía, por consiguiente, que cobrar un salario suficiente no solo para comer y encontrar refugio, sino también para reproducirse, para tener hijos que pudiesen convertirse en la siguiente generación de mano de obra, las nuevas máquinas.

Marx postulaba que había dos características particulares de la relación laboral en el sistema capitalista. Primero, el trabajador trabajaba bajo el control del capitalista, que compraba su trabajo por un período de tiempo acordado, y se

gundo, el producto de este trabajo era propiedad del patrono, que luego procedía a venderlo quedándose con el dinero así obtenido.⁵⁶

Supongamos que un capitalista paga por su valor la fuerza de un día de trabajo; luego el derecho a utilizar esta fuerza durante un día le pertenece a él, igual que el derecho a utilizar cualquier otra mercancía, como el caballo que ha alquilado para ese día... El proceso de trabajo es un proceso entre cosas que el capitalista ha comprado, cosas que se han vuelto de su propiedad. El producto de este proceso le pertenece, por consiguiente, a él, igual que le pertenece el vino que es el producto de un proceso de fermentación completado en su bodega.⁵⁷

Para obtener un beneficio, sin embargo, el patrono tiene que encontrar la forma de extraer más valor de las mercancías que utiliza. Y el lugar donde es más fácil encontrar este valor extra, explicaba Marx, era en esa mercancía fluida llamada trabajo. Era en este punto donde Marx introducía lo que él llamaba “la base general del sistema capitalista”,⁵⁸ el trabajo excedente y la plusvalía.

Al alquilar a un trabajador, un patrono acordaba un salario determinado por el coste de mantener a esta persona viva, y por el nivel de su capacitación. A cambio, el trabajador aceptaba trabajar un número determinado de horas al día o a la semana. Pero si en el transcurso de una jornada laboral de doce horas, por ejemplo, el trabajador producía lo suficiente en las seis primeras horas para compensar a su patrono por el salario que recibía, no paraba de trabajar ni tenía que hacerlo; estaba obligado a seguir trabajando otras seis horas. El valor de su producción durante este período no iba a su bolsillo, sino enteramente al del patrono o capitalista. De este modo el trabajador trabajaba seis horas no pagadas, y esta diferencia era el beneficio o las ganancias del capitalista cuando finalmente vendía su producto. El capitalista podía aumentar aún más su beneficio alargando la jornada laboral, reduciendo personal, empleando mujeres o niños que ganaban menos, o introduciendo máquinas que aceleraban la producción, lo que significaba que un trabajador podía ganarse el salario en cuatro horas, con lo que el patrono se quedaba con ocho horas de trabajo gratis: “La acción de la fuerza de trabajo, por consiguiente, no solo reproduce su propio valor, sino que produce valor más allá y por encima del mismo. Esta plusvalía es la diferencia entre el valor del producto y el valor de los elementos consumidos en la formación de dicho producto, o dicho de otro modo: de los medios de producción y de la mano de obra”.⁵⁹ Según Marx, el ingrediente secreto del éxito capitalista era la habilidad para explotar no solo el trabajo, sino el trabajo *no pagado*.

En el sistema precapitalista, el artesano, el propietario de un taller o el agricultor cambiaban sus mercancías por dinero para poder comprar otras mercancías (lo que Marx describía como M-D-M), pero Marx decía que el capitalismo empezaba comprando mercancías para luego venderlas y ganar dinero (D-M-D).⁶⁰

La simple circulación de las mercancías –vender para luego comprar– es una forma de realizar un propósito no relacionado con la circulación, a saber, la apropiación de valores de uso, la satisfacción de las necesidades. La circulación del dinero como capital es, al contrario, un fin en sí mismo, pues la expansión del valor tiene lugar solamente dentro de este movimiento constantemente renovado. La circulación del capital, por consiguiente, no tiene límites.

Como representante consciente de este movimiento, el poseedor de dinero se convierte en un capitalista. Su persona, o más bien, su bolsillo, es el punto donde empieza el dinero y el punto al que regresa... es solamente en la medida en que la apropiación de cada vez más y más riqueza en abstracto se convierte en el único motivo de sus operaciones, que él maneja como un capitalista... El proceso interminable de obtención de beneficios exclusivamente es su objetivo.⁶¹

Con cada transacción, el dinero del capitalista se aleja cada vez más de su fuente, el obrero, pero esta distancia, según Marx, no debilita el vínculo. Tanto si la plusvalía apropiada por el capitalista la utilizaba para rodearse de lujos, para invertirla en forma de propiedades o acciones, o para compartirla entre capitalistas (efectivamente, *solo* entre capitalistas; Marx decía que raramente beneficiaba a los pobres) en forma de mecanismos de financiación como créditos e intereses, todo ese papel y todas esas cosas eran esencialmente “la materialización del trabajo no pagado”.⁶²

Por un lado, el proceso de producción convierte incesantemente la riqueza material en capital, en medios para crear más riqueza y en medios de disfrute para el capitalista. Por otro lado, el trabajador, al salir del proceso es lo que era al entrar en él, una fuente de riqueza, pero desprovisto de toda posibilidad de convertir esta riqueza en propia... El trabajador, por consiguiente, produce constantemente riqueza material, objetiva, pero en forma de capital, de un poder extraño que le domina y le explota.⁶³

Marx lo describía también de este modo: “En la sociedad capitalista el tiem-

po libre es adquirido por una clase convirtiendo todo el tiempo vital de las masas en tiempo laboral”.⁶⁴

Marx reconocía el derecho del patrono a una compensación, en la medida en que proporcionaba la fábrica y el equipo con el que el trabajador podía producir. En *El Capital*, el propietario imaginario de una fábrica, exclamaba: “Dado que la mayor parte de la sociedad está formada por inútiles, ¿acaso no he hecho yo un servicio incalculable a la sociedad con mis instrumentos de producción, mi algodón y mi huso?... ¿Acaso no me merezco nada a cambio de todo este servicio?”⁶⁵ Marx no le niega a un hombre compensación por su trabajo o sus inversiones, ni tal vez incluso la preocupación por el éxito de una empresa, pero sostiene que no tiene que ser en detrimento de otro. Y sin embargo, esta misma injusticia, tal como lo veía él, era algo intrínseco al sistema capitalista, basado como estaba en la propiedad privada y guiado por la codicia. El premio del beneficio no era compartido con el trabajador que lo producía; todo lo contrario, el capitalista trataba continuamente de reducir costes para ganar aún más dinero, y los recortes que producían los mayores beneficios eran los que se hacían en la mano de obra.

Bajo el capitalismo las innovaciones técnicas, o los mercados fluctuantes, que prosperan un día y se hunden al siguiente, o la competencia entre capitalistas que hacía que las empresas pequeñas fuesen devoradas por las grandes, producían un mismo resultado: dejaban a la gente sin trabajar, y los capitalistas que quedaban veían aumentar sus beneficios y tenían a su disposición un nuevo y mayor ejército de desempleados. Y esas personas, a las que Marx se refería como “el ejército industrial de reserva”, constituían una promesa y una amenaza. La promesa era que los patronos tenían una provisión constante de mano de obra para ocupar el lugar de los trabajadores agotados por el trabajo o para llenar las filas durante los períodos de crecimiento. La amenaza era implícita pero bien conocida por los trabajadores y trabajadoras, que temían que los parados les sustituyesen porque, en su desesperación, aceptarían unos salarios más bajos. En suma, el ejército industrial de reserva era utilizado por los patronos para contener los costos laborales.⁶⁶

Isaiah Berlin decía que aunque los trabajadores que leían *El Capital* no hubiesen entendido nada más, sí habrían entendido el mensaje de Marx de que “solo hay una clase social, la suya, que produce más riqueza de la que consume, y que este resto se lo apropian otros hombres simplemente en virtud de su posición estratégica como únicos poseedores de los medios de producción, es decir, de los recursos naturales, de la maquinaria, de los medios de transporte, del crédito financiero, etcétera, sin los cuales los trabajadores no pueden producir,

mientras que el control sobre dichos medios proporciona a quienes lo tienen el poder de hacer pasar hambre al resto de la humanidad para que capitule y acepte las condiciones por ellos impuestas”.⁶⁷

Marx ilustró su tratado económico con unos cuantos ejemplos brutalmente claros de explotación en el sistema fabril británico, describiendo no solo el trato inadecuado de trabajadores adultos, sino de decenas de miles de niños, algunos de solo dos años. También utilizó referencias literarias para remachar sus argumentos: representó a Robinson Crusoe, aunque fuese un náufrago solitario, comportándose “como un auténtico británico” y utilizando un reloj, un libro de contabilidad y una pluma para administrar la riqueza de su isla. Con una floritura dickensiana, Marx se refirió al capitalista de a pie por él creado como “ricachón”.⁶⁸ Y su libro estaba cargado de referencias literarias góticas: “El capital”, escribía, “es trabajo muerto, trabajo que, como un vampiro, solo vive chupando trabajo vivo, y vive tanto más cuanto más trabajo chupa”.⁶⁹

En su ciega y desenfrenada pasión, su hambre de hombre-lobo por el trabajo excedente, el capital sobrepasa no solo los límites morales, sino los límites meramente físicos de la jornada laboral. Usurpa tiempo al crecimiento, el desarrollo y el mantenimiento del cuerpo. Roba el tiempo necesario para el consumo de aire fresco y luz solar... Reduce las horas de sueño necesarias para la restauración, reparación y refresco de los poderes corporales a solo las horas de letargo esenciales para el restablecimiento de un organismo absolutamente exhausto.⁷⁰

El Capital de Marx, que era en todos los sentidos una epopeya de conquistadores y conquistados, explicaba que si bien el trabajador podía ser objeto de abusos y quedar exhausto, no carecía de poder. La naturaleza misma de la producción capitalista, propicia a la reunión de los trabajadores en un gran cuerpo comunal, era un auténtico caldo de cultivo para la resistencia; los trabajadores reconocían su propia fuerza colectiva y su relación antagónica con el capital.⁷¹ En un momento dado, los trabajadores podían hacer demandas: una jornada laboral más corta y una compensación que reflejase el auténtico valor de su trabajo. “En lugar del pomposo catálogo de los ‘derechos inalienables del hombre’, estaba la modesta Carta Magna de una jornada laboral limitada por ley, que tenía que dejar claro ‘cuándo termina el tiempo que el trabajador vende y cuándo empieza su propio tiempo’”.⁷² Los trabajadores, por supuesto, harían esta demanda como vendedores a unos compradores que no tenían el menor interés en su humanidad, pero dicha confrontación provocaría inevitablemente una gran

batalla entre la clase capitalista y la clase trabajadora.

Marx también predijo antagonismos entre los capitalistas, que se destruirían los unos a los otros en su búsqueda de riqueza, absorbiendo codiciosamente a sus competidores para crear monopolios e imperios empresariales que se extenderían más allá de países y continentes. Pero también esto, según Marx, ayudaría en última instancia al trabajador: menos magnates en la cima de la pirámide del dinero expandía la base, y en esa gran base residía más sufrimiento y, al mismo tiempo, una mayor unión entre aquellos degradados desventurados. Formarían su propia sociedad, una sociedad que entendería verdaderamente los medios de producción porque ellos *serían* los medios de producción. Esta clase se volvería a su vez demasiado poderosa para seguir bajo el yugo capitalista.⁷³ El resultado serían unas empresas cooperativas y una propiedad común de los recursos naturales, así como de las instalaciones y el equipo necesarios para hacer que las ruedas del comercio siguieran girando. Marx predijo que esta revolución social y económica se produciría con un derramamiento de sangre infinitamente menor que el provocado por el nacimiento del capitalismo.

La transformación de la propiedad privada ocasional, surgida del trabajo individual, en propiedad privada capitalista es, naturalmente, un proceso incomparablemente más prolongado, violento y difícil que la transformación de la propiedad privada capitalista, que prácticamente se basa ya en la producción socializada, en propiedad socializada. En el primer caso, teníamos la expropiación de la masa del pueblo por unos pocos usurpadores; en el segundo caso, tenemos la expropiación de unos pocos usurpadores por la masa del pueblo.⁷⁴

En aquella singular obra Marx había incorporado vidas enteras de trabajo y pensamiento: la suya propia y la de los economistas y filósofos que le precedieron. La había escrito, por un lado, con un estilo académico muy técnico, y por otro –a veces en dos párrafos contiguos– con el estilo desenfadado y socarrón de sus más excéntricas polémicas. Si Engels detectó en ella indicios de los carbuncos de Marx, igualmente aparentes eran los padecimientos que había sufrido su familia, y la miseria que había visto en Londres y Manchester. El hombre que escribió *El Capital* era un filósofo, un economista, un clasicista y un científico social extraordinario, pero era también alguien íntimamente familiarizado con la muerte lenta del espíritu experimentada por aquellos que habían sido condenados a la pobreza estando rodeados de un mundo de riqueza. Mientras en casa de los Marx esperaban que alguien se apercibiese de la obra de

Karl, el 23 de diciembre Kugelmann le rindió un singular homenaje al hombre al que idolatraba. Jenny describió la escena:

Ayer por la tarde estábamos todos en casa sentados en el piso de abajo, que en las casas inglesas es la zona de la cocina desde donde todas las “comodidades” se abren camino hacia las regiones superiores, y estábamos ocupados preparando el pudding navideño con todo el esmero del mundo. Estábamos quitando las pepitas a las uvas (una tarea desagradable y pegajosa), picando almendras y cortando pieles de naranja y de limón, preparando minuciosamente tiras de sebo, batiendo huevos y mezclándolos con harina para hacer un popurrí con todos aquellos ingredientes, cuando de repente escuchamos un timbre en la puerta; un coche había parado delante de casa, oímos unos misteriosos pasos subiendo y bajando, la casa se llenó de susurros, y finalmente oímos una voz que gritaba desde arriba: “¡Ha llegado una gran estatua!”

Tanta era la olímpica consideración que tenía Kugelmann por el autor de *El Capital* que le había enviado a Marx un enorme busto de Zeus.

Jenny le agradeció sus esfuerzos porque se publicaran reseñas y pasajes del libro en periódicos y revistas alemanes: “Parece como si la forma preferida de aplauso de los alemanes es el más total y completo silencio... Querido Sr. Kugelmann, créame si le digo que hay pocos libros que hayan sido escritos en circunstancias más difíciles, y estoy segura de que podría escribir una historia secreta contando los muchos problemas, preocupaciones y tormentos que han acompañado su redacción. Si los trabajadores tuviesen una idea de los sacrificios que han sido necesarios para escribir esta obra, que ha sido escrita solo para ellos y por su bien, tal vez mostrarían un poco más de interés”. Y terminaba su larga misiva diciendo que también tenía una cuenta que ajustar con Kugelmann. “¿Por qué me trata usted con tanta formalidad, utilizando incluso los títulos de graciosa y gentil’ para referirse a mí, que soy una veterana combatiente, una de las más antiguas piezas del movimiento y una honesta compañera de viaje?”

Y firmaba su carta con un “Suya, Jenny Marx, ni graciosa ni por la gracia de Dios”.⁷⁵

Londres, 1868

Los derechos de El Capital no llegan ni para pagar los cigarros que me fumé mientras lo escribía.

Karl Marx¹

“TE ESCRIBO DESNUDO Y CON EL CUERPO cubierto con compresas de alcohol. Salí por vez primera *antes de ayer*, y fui al Museo Británico, por supuesto, porque aún no puedo escribir. Y ayer tuve una nueva erupción bajo el pecho izquierdo”.² Esto es lo que escribía Marx a Engels en una de sus primeras cartas de 1868. Llevaba cuatro meses enfermo, más o menos desde que recibió la versión publicada del *Capital*. Decía que le habían salido carbuncos en el bajo vientre, “yemas marchitas” bajo el brazo,³ y un “monstruo” en el omóplato izquierdo: “Al parecer esta mierda no va a terminar nunca”. A este problema de los forúnculos, Marx añadía dos nuevas quejas: un terrible dolor de cabeza y una “comezón profunda en todo el cuerpo, es decir, en la sangre”. Su conclusión era que para estar sano uno tiene que tener dinero, “en vez de ser un pobre diablo como yo, que soy más pobre que una rata”.⁵ Y más adelante comentaba: “¡Cuánta razón tenía mi madre cuando decía: ‘¡Ojalá *Karell* se hubiese dedicado a acumular capital en vez de... etcétera!’”⁶

Si el cuerpo de Marx parecía haberse rebelado a consecuencia de la falta de interés público por su libro, Jenny parecía totalmente derrotada. Había vivido por la promesa que representaba *El Capital*, creyendo incluso que tal vez produciría el efecto deseado, que cambiaría Alemania, que cambiaría el mundo, que cambiaría sus vidas para siempre. Ahora que ya había sido publicado y que había pasado prácticamente inadvertido, tuvo que haberse preguntado si los sacrificios que había hecho a lo largo de su vida habían valido la pena. La pérdida de su hijo Musch; años de pobreza, sufrimiento y enfermedad; la perspectiva de que el futuro de sus hijas estuviese en peligro por culpa del pasado de sus padres. Nada de lo que escribió indica que Jenny hubiese abandonado las ideas que giraban en la cabeza de su esposo, pero ante la persistencia del silencio con que había

sido recibido *El Capital*, le dijo a Kugelmann que “últimamente he perdido buena parte de mi ‘fe’, mi coraje para enfrentarme a la vida”.⁷ Estaba a punto de cumplir cincuenta y cuatro años. Tras vivir la mitad de su vida como esposa de Marx, estaba cansada. Incluso comparó favorablemente la situación de Ernestine Liebknecht respecto a la propia cuando se enteró de que su esposo Wilhelm había sido arrestado en Prusia. “Si he de ser franca, creo que hay sufrimientos y cuitas más angustiosos en la vida de cada día que en estos hechos de naturaleza más extraordinaria”, le escribió a Ernestine. “Además, yo misma he experimentado que en esas crisis extremas los amigos y los camaradas del partido acuden a ayudar a la esposa y a los hijos más que si tu esposo está en activo”.⁸

Con su estado de ánimo sombrío y a menudo depresivo, Jenny estaba constantemente de mal humor con sus hijas y su esposo. Seguía desempeñando el papel de anfitriona con los amigos de Marx en la Internacional, pero se había vuelto más independiente, viajaba más por su cuenta, se relacionaba más libremente con amigos “filisteos”. Jenny amaba a su esposo y, como le había dicho a Kugelmann, se consideraba una veterana luchadora del partido, pero finalmente pareció buscar libertad para desarrollarse fuera de la pesada sombra de su esposo.

En función de lo acordado con Meissner, Marx estaba supuestamente trabajando en el *Volumen II* de *El Capital*, pero entre sus enfermedades y la ansiedad que le había producido el *Volumen I* era incapaz de progresar. Se dedicaba, en cambio, a examinar la prensa mundial buscando menciones de su libro, y a mediados de enero se animó un poco al leer un artículo en el *Saturday Review* de Londres que decía: “Las opiniones del autor pueden ser tan perniciosas como creemos que son, pero no nos cabe duda de la verosimilitud de su lógica, del vigor de su retórica y del encanto con el que aborda los problemas más áridos de la economía política”.⁹ De todos modos, eso no era suficiente para compensarle del poco interés suscitado por *El Capital*. Afortunadamente para Marx y su familia, una serie de acontecimientos personales y políticos conspiraron para desviar su atención de la desilusión provocada por lo que ellos llamaban “*das buch*”.¹⁰ Uno de estos acontecimientos era la cuestión irlandesa, que absorbería la atención de la familia Marx, especialmente la de sus hijas, durante años.

La tragedia de Irlanda tenía varios siglos de antigüedad, pero uno de sus momentos más sombríos se produjo en 1801 cuando Irlanda, derrotada en una guerra de rebelión inspirada por las revoluciones en América y en Francia, se vio obligada a unirse al vencedor, Inglaterra. Se abolió el parlamento irlandés, que tenía quinientos años de antigüedad, y un reducido número de sus miembros se

incorporó al parlamento de Westminster. Incluso la Iglesia de Irlanda fue absorbida por la Iglesia de Inglaterra; a partir de la unión política tenía que producirse también la unión religiosa. El otro momento decisivo se produjo a consecuencia de la hambruna de la patata durante la década de 1840, cuando millones de irlandeses murieron o emigraron. Aquella crisis se atribuyó en parte a las reformas agrarias instituidas por los terratenientes ingleses, que recluyeron a los campesinos en pequeñas parcelas de tierra en las que solo cultivaban patatas, y en parte a las políticas del gobierno inglés. Una vez comenzada la hambruna, aquellas políticas dejaron la suerte de los campesinos hambrientos totalmente en manos de los terratenientes que, ignorando las muchas muertes que se producían a su alrededor, siguieron exportando carne y grano desde las granjas irlandesas a los lucrativos mercados extranjeros. Aquel crimen quedó marcado en el recuerdo de los irlandeses, amargamente conscientes de que muchos parlamentarios británicos con intereses económicos en Irlanda se habían beneficiado de su desgracia.

La hambruna cambió a Irlanda para siempre. Fincas de tamaño medio se extendían cerca de aldeas de campesinos que parecían vivir de la hierba y sobre el fango. Pero muchas de las comunidades más vibrantes habían desaparecido, y en el campo grandes franjas de tierra rica se dejaron en barbecho. El gobierno inglés, viendo aquellos verdes pastos y necesitado de tierra para el ganado con el que alimentar a su creciente población, promulgó una ley en 1849 que permitía requisar y consolidar una finca si sus propietarios estaban en bancarrota y no podían mantenerla. Esto obligó a muchos irlandeses más a abandonar sus tierras y otros muchos se quedaron sin trabajo cuando unas tierras que en su día habían sido de labranza se dedicaban ahora al pastoreo.¹¹ Marx observó que entre 1855 y 1866 más de un millón de irlandeses fueron desplazados por más de diez millones de vacas, cerdos y ovejas. Creía que el objetivo de Inglaterra era vaciar Irlanda de irlandeses y convertirla en un distrito agrícola inglés.¹²

Durante la década de 1850 los inmigrantes irlandeses en América habían formado un grupo llamado la Hermandad Republicana Irlandesa, más conocido como los fenianos, que planeaban organizar un levantamiento armado para echar a los ingleses de Irlanda. Muchos de aquellos hombres adquirieron experiencia militar durante la década de 1860 luchando en la Guerra Civil norteamericana. Cuando fueron regresando a Irlanda lo tuvieron relativamente fácil para radicalizar a la ciudadanía local, que solo necesitaba armas y organización para convertirse en un ejército de insurgentes; en pocos años, los fenianos tenían unos cien mil fieles seguidores en Irlanda.¹³ En Manchester y sus alrededores, con su numerosa población irlandesa, se calculaba que una de cada seis perso-

nas era un feniano o un simpatizante de los fenianos.¹⁴

En setiembre de 1867 dos veteranos irlandeses de la Guerra Civil norteamericana fueron detenidos en Manchester por merodeo. Justo cuando aquellos dos hombres aparentemente insignificantes iban a ser puestos en libertad, se descubrió que eran dos importantes fenianos. Uno era el coronel Thomas Kelly, uno de los líderes de un intento de levantamiento irlandés que había tenido lugar aquel mismo año y que estaba dispuesto a tomar el control de los fenianos en Inglaterra. El otro era su edecán, el capitán Michael Deasy. Su detención causó sensación entre las fuerzas de seguridad inglesas, que estaban muy satisfechas por la captura de aquellos dos importantes personajes. También causó una gran sensación entre los irlandeses de Manchester, que inmediatamente empezaron a idear planes para liberarlos.¹⁵

Lizzy, la “esposa” de Engels, estaba involucrada en el complot¹⁶ que culminó el 18 de setiembre cuando un furgón de la policía en el que transportaban a Kelly y a Deasy fue atacado cuando pasaba por un paso a nivel del ferrocarril en Manchester. Siete policías se enfrentaron aquella mañana contra treinta o cuarenta irlandeses la mayoría de los cuales esgrimían toda clase de herramientas y solo unos cuantos iban armados con revólveres. Un disparo procedente del bando irlandés abatió a uno de los caballos que arrastraba el furgón policial, y los irlandeses se lanzaron sobre el maltrecho vehículo tratando de liberar a los prisioneros que transportaba. En medio de aquel caos se oyeron más disparos, y un policía y un transeúnte murieron. Pronto llegó un verdadero enjambre de refuerzos policiales y más de veinticuatro irlandeses que estaban cerca del lugar de los hechos fueron arrestados, pero Deasy y Kelly pudieron escapar con ayuda de una red clandestina de seguidores.¹⁷ Lizzy Burns, que había ofrecido hospitalidad a muchos fenianos huidos, ocultó al parecer a algunos de ellos en la casa que compartía con Engels.¹⁸ Dejando un enorme caos social detrás, los fugitivos acabaron huyendo finalmente a América.¹⁹

Marx y Engels rechazaban el uso de la violencia y la conspiración que hacían los fenianos, pero estaban a favor de los irlandeses en su lucha contra los ingleses.²⁰ Posiblemente inquieto por si se descubría la implicación de Lizzy si en aquel momento Marx hacía algún tipo de declaración a favor de los irlandeses, Engels le advirtió que en ninguna circunstancia tenían que ser considerados como responsables de actos cometidos por los fenianos, que según ellos estaban dirigidos por unos “burros” y unos “explotadores”.²¹ Pero en privado Engels elogió el rescate e incluso cuatro días después llevó a Lafargue al paso a nivel del ferrocarril donde se había producido el ataque.²² De un modo un tanto imprudente Engels escribió a Kugelmann: “Habrà oído comentar el pequeño ataque

por sorpresa feniano que hemos tenido por aquí. La cosa estuvo espléndidamente organizada y ejecutada, aunque desgraciadamente sus cabecillas fueron capturados”.²³

El amigo de Marx Ernest Jones actuó de abogado defensor en el juicio contra los atacantes del furgón policial. De los veintiséis acusados, cinco fueron considerados los autores principales y se presentaron cargos de asesinato contra ellos. El resultado del caso no sorprendió a nadie: cinco veredictos de culpabilidad y cinco sentencias de muerte, cada una de las cuales acompañada de gritos desde el banco de los acusados: “¡Dios tenga piedad de sus almas!” y “¡Dios salve a Irlanda!”²⁴ Pronto, sin embargo, uno de los cinco condenados fue perdonado por falsificación de pruebas, y el caso de los cuatro restantes –que, según se dijo, habían sido víctimas de la misma chapuza de investigación– se convirtió en un caso célebre entre los irlandeses, los grupos de la oposición e incluso en partes de la prensa oficial.²⁵ Marx trató de incitar a los miembros ingleses de la Internacional a unirse a la protesta a favor de los fenianos, diciendo: “Aparte de la justicia internacional, es una *precondición de la emancipación de la clase obrera inglesa* transformar la actual *Unión forzada*, es decir, la esclavización de Irlanda, en una *confederación igual y libre*, si es posible, o en una *separación completa*, si fuera necesario”.²⁶

Veinticinco mil personas se reunieron en Londres el 21 de noviembre para pedir clemencia a la reina. Pero dos días más tarde, tres de los fenianos fueron colgados.²⁷ Esto tampoco sorprendió a nadie. A la hora de la ejecución las calles de los distritos irlandeses de Manchester estaban vacías, pero las iglesias estaban llenas: las parroquias católicas irlandesas celebraban funerales por los hombres de la horca.²⁸

Charles Stewart Parnell, un miembro del Parlamento Británico que representaba al condado irlandés de Wicklow, provocó un gran revuelo en la Cámara de los Comunes al declarar que nunca creería que los ejecutados fuesen unos asesinos. Para los parlamentarios ingleses aquella afirmación era una herejía, pero fue aclamada entre los irlandeses desde el Soho hasta Boston por su atrevimiento en la Cámara del enemigo.²⁹ Engels dijo que los ingleses habían dado a los irlandeses la única cosa que les faltaba para encender su ira –mártires– y que los acontecimientos de Manchester “serán cantados desde hoy en las cunas de todos los niños irlandeses de Irlanda, Inglaterra y América. Las mujeres irlandesas se encargarán de ello”.³⁰ La canción sería a la vez un lamento y un grito de guerra.

En diciembre la violencia feniana llegó a Londres, cuando se hizo otro intento de liberar a unos presos irlandeses, esta vez colocando unos explosivos en

la pared exterior del Centro de Detención de Clerkenwell. La explosión no causó daños en la cárcel, pero destruyó unas casas cercanas, matando a doce personas e hiriendo a más de cien. El ataque provocó pánico en Londres, y más de 150.000 personas se presentaron voluntarias para hacer de ciudadanos-policía y proteger la ciudad. La simpatía que se habían ganado los irlandeses en Manchester se perdió ahora en la capital.³¹ Engels denunció el atentado como la obra de cuatro fanáticos que creían que podrían liberar a Irlanda pegando fuego a las tiendas de Londres.³²

Jennychen, sin embargo, estaba de acuerdo con la causa y con los métodos. Se vistió de luto en honor de los Mártires de Manchester y se colgó en torno al cuello con una cinta verde una cruz polaca que había ganado en una lotería el año anterior.³³ Elogió el uso de la violencia diciendo: “El fuego griego y unos cuantos tiros son muy útiles si se utilizan en el momento adecuado”.³⁴ La inmersión de Jennychen en la causa irlandesa era completa y empezó a centrarse en la liberación de irlandeses encarcelados por los ingleses. Pese a ser presos políticos, los críticos decían que tenían menos derechos que los asesinos y los ladrones. Engels envió a Jennychen un artículo acerca del juicio a una mujer condenada a cinco años de trabajos forzados por disparar contra un policía que custodiaba a un testigo en el juicio de los fenianos.³⁵ No estaba claro si le enviaba el artículo porque sabía que le interesaría o porque temía lo que podía hacer Jennychen.

En medio de toda la actividad política y de la inactividad literaria en casa de los Marx, Laura y Lafargue decidieron poner una fecha para su boda. No parecía haber motivos para esperar los dos años que Marx había prescrito inicialmente para su noviazgo: Lafargue ya era considerado parte de la familia y estaba al corriente de todos sus secretos, excepto, naturalmente, de sus finanzas. La pareja, por consiguiente, decidió casarse en abril de 1868, y si bien la decisión para ellos había sido fácil, presentaba un montón de problemas para Marx y Jenny. Marx se dirigió a Ernest Jones, recién salido de su defensa de los fenianos, para pedirle consejo acerca de cómo podían Laura y Lafargue obtener un matrimonio civil en Londres. La boda tenía que celebrarse en París, pero Marx explicó que tendría que demostrar su identidad allí y “con ello, podría parecerle demasiado familiar a la policía”. (Su última orden de expulsión de Francia no había prescrito, y el gobierno francés había empezado una ofensiva contra los miembros de la Internacional, en parte por su apoyo a los fenianos.) Por su parte, Jenny quería asegurarse de que una boda en Londres fuese un asunto tranquilo, porque no quería que sus amigos ingleses chismorreasen sobre porqué no se celebraba en una iglesia.³⁶

Jones se sintió seguramente aliviado de que Marx le hiciese una pregunta tan deliciosamente mundana, y en dos días Marx tuvo la respuesta: la boda podía celebrarse en un juzgado, con dos o más testigos y un anuncio público, las llamadas amonestaciones, hecho con catorce días de antelación. Respecto a lo que preocupaba a Jenny, Engels sugirió que “dijese a sus filisteos vecinos que habían elegido aquella forma de casarse porque Laura era protestante y Paul católico”.³⁷

En Francia, el padre de Paul, François, dio los pasos necesarios para poner el anuncio de las amonestaciones diciendo que la boda se celebraría el primero de abril. El plan, tal como lo entendía el padre de Lafargue, era que la pareja pasase la luna de miel en París; regresase a Londres, donde su hijo tenía el examen final de sus estudios de medicina; fuese luego a Francia para examinarse también allí; y luego que la joven pareja se trasladase a la casa que tenía Lafargue en Nueva Orleans.³⁸ Pero Marx y Jenny se abstuvieron de hacer el anuncio formal. Era, como en tantas otras ocasiones, una cuestión de dinero: no tenían suficiente para prepararle un ajuar a Laura, que normalmente costaba unas veinte libras,³⁹ ni para pagar la tarifa correspondiente a la ceremonia. “No podemos lanzarla al mundo como si fuera una pedigüeña”, le dijo Marx a Engels.⁴⁰ Desesperado, escribió a su familia de Holanda pidiéndoles ayuda, pero su tío había muerto y sus primos no estaban tan dispuestos a desprenderse de su dinero como lo había estado su padre; respondieron a la petición de Marx con el silencio.⁴¹

Con los bolsillos vacíos, Marx convenció a Laura y a Lafargue para que postergaran su boda hasta el 8 de abril, mientras él se esforzaba para conseguir el dinero necesario para pagarla. Le dijo a Kugelmann que durante los cuatro meses anteriores se había gastado tanto dinero en médicos, documentos gubernamentales e informes de Estados Unidos relativos a su investigación para el *Volumen II* que no le había quedado nada de dinero para Laura. Kugelmann atendió la petición no muy sutil de Marx y le mandó quince libras.⁴² Engels aportó otras cuarenta, lo que significaba que ahora Marx tenía suficiente dinero para lanzar a su hija adecuadamente en su nuevo papel como esposa. Pero había otro pequeño problema: Engels dijo que no podía asistir a la boda si esta se celebraba el día 8 de abril, que era un día laborable.⁴³ Su ausencia era inaceptable para todos los implicados. Lafargue quería que Engels y Marx fuesen los testigos de su boda. “Para darle al acto todo su valor social, parece indispensable, no sé por qué razón, que haya dos testigos”, le dijo Lafargue a Engels, restándole importancia a la unión en la que estaba a punto de entrar. “Aunque usted está lejos de tener todas las cualidades morales necesarias para el cumplimiento de esta res-

petable función burguesa de una manera respetable, no hay ningún otro hombre que me gustaría tener a mi lado más que usted durante una ceremonia tan formidable”.⁴⁴ Laura también le rogó que asistiera a la boda, diciéndole que “estaría sobre ascuas”.⁴⁵ Finalmente, Marx insistió en que se cambiase el día para adaptarse a Engels. Laura se casaría con Lafargue el 2 de abril.

Puede que fuese la cercanía de la boda (Marx había dicho en cierta ocasión que estaba un poco celoso de que Lafargue se marchase con su hija),⁴⁶ la presión de producir *El Capital. Volumen II*, o sus finanzas —o probablemente las tres cosas—, pero a finales de marzo Marx estaba aquejado de múltiples dolencias: un herpes sangrante, carbuncos en el muslo que tenían como consecuencia “hacerle andar de un modo extraño”, y en una ocasión, “una especie de velo negro ante los ojos... un dolor de cabeza terrible y una opresión en el pecho”.⁴⁷ Sin embargo, el día señalado Marx se vendó sus carbuncos, se tomó una dosis de arsénico, y metió su maltrecho cuerpo en una levita negra. Acompañado por Engels, se dirigió al juzgado de paz de St. Pancras para hacer de testigo de la boda de su hija Laura con Paul Lafargue.⁴⁸ Estuvo dolorido todo el rato, pero Engels estaba en plena forma participando en ese rito llamado matrimonio que él nunca se había dignado contraer. (Sus chistes y bromas durante el banquete posterior a la ceremonia le parecieron un poco excesivamente mordaces a la joven novia, que rompió a llorar y abandonó la mesa.)⁴⁹

Durante la luna de miel de los recién casados en París, Laura absorbió todas las maravillas de aquella ciudad, que solo había visitado brevemente siendo una niña. Pese a estar rodeada de cosas tan hermosas, añoraba a su familia y cada día enviaba varias cartas a Londres,⁵⁰ donde la familia la echaba mucho de menos también. Jennychen admitió que el día que Laura y Paul salieron para Francia

fue uno de los días más largos y deprimentes que había pasado nunca... Papá sugirió que diésemos un paseo por el Heath para tomar té en los valles. Seguimos su consejo, pero el té no sabía a nada; no había nadie con quien comer el pan con mantequilla y disfrutarlo... A nuestro regreso del Heath, nos instalamos en la sala de estar y tras muchos intentos de fingir alegría, tan taciturnos y poco naturales como los de un payaso en una pantomima, mamá y Helen no pudieron aguantar más y echaron una buena siestecita. Papá y Engels se tomaron una hora para ellos solos y yo mantuve la apariencia de una conversación haciéndole muchas preguntas a Lina [Schöler] sin escuchar las respuestas.⁵¹

El 11 de abril, menos de una semana después de que la pareja hubiese llegado a París, Marx mostró lo mucho que echaba de menos a su investigadora interrumpiendo la luna de miel de Laura para pedirle que visitase al menos a cinco personas o bibliotecas de París para recoger catálogos para él o para hablar de *El Capital*. A modo de disculpa, le dijo: “Es posible que pienses, querida hija, que le tengo mucho cariño a los libros, porque te molesto con ellos en un momento tan inoportuno. Pero te equivocarías. Soy una máquina, estoy condenado a devorarlos y luego a tirarlos, habiéndolos cambiado de forma, al estercolero de la historia”.⁵²

Laura y Paul regresaron a Londres a finales de abril “perdidamente enamorados” –según Marx– y se instalaron en un apartamento de Primrose Hill, a poca distancia a pie de Modena Villas.⁵³ Llegaron a tiempo de participar en los festejos organizados para celebrar el 50 aniversario de Marx, el 5 de mayo. Engels, que seguía en Manchester, envió a su amigo un brindis a distancia. “Te felicito de todos modos por este medio siglo, del que, por cierto, yo estoy a muy poca distancia. De hecho, ¡qué entusiasmo juvenil teníamos hace veinticinco años cuando presumíamos que a estas alturas ya haría tiempo que nos habrían decapitado”.⁵⁴

La boda de Laura quedó atrás, y también ese importante hito en la vida de Marx, pero él seguía estando demasiado alterado para sentarse a trabajar en el *Volumen II*, y por ello a finales de mayo se fue a Manchester con su hija de trece años en busca de distracción. La exuberante compañía de Tussy habría sido el tónico perfecto para el genio intelectualmente frustrado que llevaba a su lado. Desde pequeña Tussy había sido notablemente ingeniosa. Sus áreas de experiencia –y podían calificarse perfectamente así pese a su corta edad– eran la literatura, el teatro y la política. Su cuaderno de notas de la escuela llevaba escrito a mano en la portada el título “Tutti Frutti”, pero pegados con cinta adhesiva en su interior había recortes de periódico sobre trabajo agrícola, y tratamiento de aguas residuales, y notas sobre historia de Francia, además de dibujos de mujeres con vestido de novia.⁵⁵ A los ocho años se consideraba amiga del radical Blanqui, que hacía temblar al gobierno francés, y estuvo firmemente al lado de los polacos en su guerra contra Rusia en 1863. Había escrito al tío de su padre Lion Philips, “¿Cómo crees que le va a Polonia? Yo siempre estaré al lado de los polacos. Son unos tipos muy valientes”.⁵⁶

Aunque inmersa en la lucha de la familia a favor de los oprimidos, Tussy también disfrutaba de una rica vida imaginaria. En el hogar de los Marx había un imperio de fantasía en el que Jennychen era el emperador de China y Tussy

su sucesor, lo que la llevó a inventar un idioma que utilizaba en las cartas que escribía (aunque el destinatario se quedaba *in albis* respecto a su significado). Otra personalidad que a veces asumía era la de “Alberich”, un enano a veces fuerte y a veces adusto.⁵⁷ De hecho, al parecer, la familia alentaba activamente ese fantasioso juego de roles. Normalmente se referían a Tussy como “ella”, aunque a veces también se referían en broma a ella como “él”, en parte debido a los papeles masculinos que inevitablemente elegía en las obras de teatro que interpretaba la familia, y en parte debido a su carácter audaz.⁵⁸ Sus padres no podían dejar de ver la personalidad extravagante de Musch en aquella niña nacida solo unos meses antes de la muerte de este; la denominación de “él” referida a Tussy puede haber representado un error o un anhelo. Pero aquella encantadora niña con una cabellera rizada que le llegaba a la cintura no era un “él”; era un tunante, un bribón con enaguas.

Viajar con su padre para ir a ver a Engels fue algo parecido a un rito iniciático para Tussy. Se alojaron en casa de Engels, Lizzy y Mary Ellen, la sobrina de siete años de Lizzy, y Tussy se convirtió inmediatamente en una devota de Manchester y en una autoproclamada feniana. Las pasiones irlandesas se agitaron una vez más aquel mismo mes cuando un irlandés llamado Michael Barrett fue colgado en el exterior de la prisión de Newgate por el atentado de Clerkenwell (Barrett sería el último hombre ahorcado públicamente en Inglaterra.)⁵⁹ Los irlandeses se indignaron con la ejecución de Barrett, y Tussy reescribió el himno nacional inglés: “God Bless the Queen” cambiándolo por “God save our flag of green / God save the green”. También empezó a leer el periódico *The Irishman*, cuyo agente de ventas la bendijo, proclamando a Tussy “*thru* to the ould counthrey”.⁶⁰ Rebosante de orgullo, Tussy informó de sus actividades a Jennychen, que la reprendió en broma por haber visitado el lugar del atentado al furgón de la policía y por merodear por los *pubs* fenianos: “Pequeña rebelde. La policía te identificará uno de estos días y le hará una visita a Engels”.⁶¹

Marx y Tussy pasaron dos semanas en Manchester, y cuando regresaron Marx le dijo a Engels: “Tussychen ha generado algo parecido al resentimiento aquí en la casa con sus ditirámicos elogios del hogar de Manchester y su declarado deseo de regresar allí tan pronto como pueda”.⁶² Cuando Jennychen la acusó de haberse pasado al bando de los irlandeses y de haber dejado de guardarle respeto como emperador de China, la joven Tussy replicó: “Antes me adhería a un hombre; ahora me adhiero a una nación”.⁶³ Pero no habían sido solo los irlandeses los que habían atraído a Tussy. Engels le había caído muy bien; había conectado con él intelectual y personalmente, igual que había hecho su padre cuando le había conocido muchos años antes. Engels le había

escrito seis cartas a Tussy y Marx le dijo que se las sabía todas de memoria.⁶⁴

El deseo infantil de Tussy de irse de Modena Villas tenía algo de conmovedor para Marx y Jenny que ella probablemente no entendía. Las hijas iban abandonando el redil. Paul acababa de aprobar su examen de medicina y ahora era miembro del Real Colegio de Cirujanos (título que Marx consideraba como “una patente para matar personas y animales”⁶⁵), y él y Laura se mudarían a París. También Jennychen había anunciado que se marchaba. Sin que lo supieran sus padres, aunque sí se lo había dicho a Laura y a Lenchen, había aceptado un puesto de institutriz con una familia escocesa en Londres.⁶⁶ Jennychen seguramente consideró que ya no podía seguir viviendo en casa dependiendo de sus padres después del matrimonio de Laura; la ausencia de su hermana sería un recordatorio constante de que ella no había conseguido nada, pese a sus ambiciones de obtenerlo *todo*. Marx había introducido a sus hijas en los mundos de la literatura, la política, la historia y la ciencia, y sin embargo al parecer esperaba de ellas que esperasen sentadas en casa a que apareciese un marido que las llevase a otra casa, para más de lo mismo. De manera sorprendente, no reconoció —o tal vez no podía hacerlo— los anhelos de sus hijas de hacer algo en la vida por sí mismas.

En el caso de Jennychen culpó de su decisión de buscar un trabajo a la indisposición de su esposa, e hizo todo lo posible para limitar los daños asegurándose de que el contrato no fuese vinculante. Exhibiendo el orgullo herido de un burgués consternado por la decisión de su hija de ensuciarse las manos trabajando, escribió a Engels: “Aunque la cuestión me resultaba extraordinariamente embarazosa (tendrá que dar clases a unos niños durante todo el día), no hace falta que lo subraye, acepté con esta condición, ya que consideré positivo que Jennychen pudiera distraerse con algún tipo de ocupación, y en particular, que pueda salir de entre estas cuatro paredes. Desde hace años mi esposa parece haber perdido la paciencia —es comprensible teniendo en cuenta las circunstancias, pero esto no hace que la situación sea más agradable— y tortura a las niñas mortalmente con sus quejas, su irritabilidad y su mal humor, aunque no hay niñas que puedan tomárselo de un modo tan alegre como ellas. Pero, *al fin y al cabo, todo tiene un límite*”.⁶⁷

Jennychen se fue en enero. La pérdida de la que era su hija favorita poco después de la partida de Laura fue un golpe muy duro para Marx. Aún tenía a Tussy y a su colección de mascotas rondado por todas las habitaciones de la casa, lo que hacía que siempre tuviera la impresión de tener un perro o un gato bajo sus pies, pero el bullicio se había reducido mucho sin las dos mujeres a las que

aún consideraba sus pequeñas. Había considerado a sus hijas como fieles camaradas mientras huían con él de un país a otro. Tenerlas a su lado aumentaba la sensación de aventura. Rodeado de sus hijas, Marx era tan juguetón como un niño (a menudo decía que eran sus compañeras preferidas), y en ausencia de ellas se sentía triste. Y el clima parecía reflejar su estado de ánimo. Londres estaba sumido en una densa niebla, y Marx se sentía atrapado en su casa, sucumbiendo a la gripe y a sus recuerdos.⁶⁸ Qué magnífica sorpresa fue, por consiguiente, recibir el primero de enero una carta de Lafargue desde París comunicándole que Laura acababa de dar a luz a un niño. Marx corrió a escribir a Engels: “¡Feliz Año Nuevo! Por la carta que te adjunto verás que he recibido un regalo de Año Nuevo muy especial: la dignidad de ser abuelo”.⁶⁹

Todo el hogar de los Marx era un revuelo causado por el pequeño nieto con un gran nombre: Charles Étienne Lafargue. Tussy vistió a su gato y lo llevaba de un lado a otro fingiendo que llevaba al “hombrecito”, y dejó a un lado sus complots fenianos para centrarse en las maquinaciones para separar al niño de sus padres. Jennychen advirtió en broma a Laura del plan de Tussy, diciéndole lo que había dicho esta: “Ojalá pueda llevarme al Señor Lafargue lejos de sus padres [Paul y Laura] y quedármelo para mí...”⁷⁰ Jenny estaba algo resentida por no haber sido llamada a París para cuidar de su primer nieto, y más teniendo en cuenta que sus amigas no dejaban de preguntarle cómo era que no estaba ya allí (por no mencionar el tema del bautismo del niño).⁷¹

Los jubilosos padres habían puesto al recién nacido el apodo de Fouchtra (que, en el dialecto de la región francesa de Aubernia, podía significar o bien “tontito” o bien una nada correcta exclamación de frustración). Laura dijo que se parecía a Marx, pero que no estaba claro si su forma de pensar haría de él un “Fichte, un Kant o un Hegel”. Marx estaba fuera de sí de alegría a causa del nacimiento de un nuevo miembro de la familia, sobre todo porque era un varón.

Era cierto que la casa estaba mucho más vacía en enero de 1869 de lo que lo había estado nunca. Pero el nacimiento de Fouchtra era el último signo de que el nuevo año parecía prometedor para la familia. El otoño anterior Marx había recibido una carta que decía: “La relevancia de su última obra –*El Capital. Crítica de la Economía Política*– ha hecho que uno de nuestros editores locales (N. Polyakov) proyecte su traducción al ruso”. El libro había llegado a San Petersburgo, donde un economista y escritor llamado Nikolai Danielson, junto con dos colegas suyos, había decidido traducirlo.⁷² “Es una ironía del destino que los rusos, contra quienes he luchado insistentemente durante veinticinco años, no solo en alemán, sino también en francés y en inglés, hayan sido siempre mis

‘patronos’”, le dijo Marx a Kugelmann. “En 1843-1844 en París, los aristócratas rusos me trataron estupendamente bien. Mi libro contra Proudhon (1847), lo mismo que el publicado por Duncker (1859), no tuvo en ninguna parte unas ventas tan buenas como en Rusia. Y el primer país extranjero que quiere traducir *El Capital* es Rusia”. Y añadía: “Pero no hay que darle demasiada importancia. La aristocracia rusa se educó, en su juventud, en las universidades alemanas y en París, y siempre quiere tener lo más extremo que puede ofrecerle Occidente... Pero esto no impide a los rusos convertirse en unos sinvergüenzas en cuanto entran al servicio del gobierno”.⁷³

Junto con esta buena noticia llegó un bombazo de Engels. Este esperaba que su socio, Gottfried Ermen, le comprase su parte de la empresa en 1869, y Engels quería estar seguro de que le sacaría dinero suficiente para mantenerse él mismo y a Marx durante el máximo de tiempo posible. Sin advertirle previamente, escribió a Marx en noviembre de 1868: “Querido Moro, considera *con mucha precisión* las respuestas a las preguntas que te incluyo, y contéstalas a vuelta de correo, para que yo pueda tenerlas el martes por la mañana. 1. ¿Cuánto dinero necesitas para pagar *todas* tus deudas y poder empezar de cero? ¿Te las arreglarías con 350 libras para cubrir tus necesidades habituales durante un año (excluyo de esto los gastos extra causados por enfermedades y otros imprevistos)? Si no, dime qué cantidad necesitarías”. Engels le explicaba que estaba tratando de calcular cuánto necesitaría Marx para vivir, porque creía poder negociar una suma con Ermen que le permitiría proporcionarle todo lo que necesitaría la familia durante cinco o seis años. “Qué pasará después de los cinco o seis años mencionados, tampoco yo lo tengo nada claro... Pero creo que para entonces habrán cambiado muchas cosas, y es probable que tu obra literaria pueda aportarte algunos recursos”.⁷⁴ (Sin embargo, un año y medio después de la publicación de *El Capital* todavía no había vendido suficientes ejemplares para cubrir los gastos de producción.)⁷⁵

En 1867 unos ingresos de 350 libras al año se consideraban en la parte baja de la escala para una familia inglesa de clase media,⁷⁶ pero Marx se tomó la oferta por lo que era. Una oferta fantásticamente generosa; de hecho, manifestó haberse quedado “boquiabierto” por ella. Marx y Jenny calcularon su deuda y descubrieron que había alcanzado las 210 libras, excluyendo las facturas del médico. Y en cuanto a sus necesidades anuales, Marx dijo: “Durante los últimos años hemos gastado más de 350 libras cada año, pero esta suma es absolutamente suficiente si tenemos en cuenta que: 1) durante los últimos años Lafargue vivía con nosotros, y nuestros gastos eran mucho más elevados debido a su presencia en la casa; y 2) dado el sistema de endeudamiento, todo es mucho más caro.

Con una completa *liquidación* de la deuda, podré por vez primera llevar una *administración estricta*”.⁷⁷ Es probable que Engels considerase risible la promesa de llevar una administración financiera estricta por parte de su despilfarrador amigo, que reconocía la economía solo cuando escribía de ella. Pero representaba un compromiso por parte de Marx de que lo intentaría.

Londres, 1869

*Los hombres son pequeños, los partidos son ciegos,
sus métodos son violentos o torpes, pero por debajo de estas miserias políticas,
la revolución política y la revolución social prosiguen su inevitable avance.*

Charles Prolès¹

EN 1869 LA INTERNACIONAL tenía más de cuatro años de existencia, y desde sus comienzos había crecido considerablemente en fuerza y en afiliados. Tenía delegaciones en nueve países y varios periódicos a su disposición, y había celebrado cuatro congresos anuales. Pero el Consejo General de la AIT en Londres había tenido conflictos desde el primer momento. Cada delegación estaba envuelta en sus propias disputas internas, y las acusaciones basadas en prejuicios nacionales afectaban a varios miembros de la Internacional: los alemanes tenían demasiado poder; los italianos estaban intrigando para hacerse con el control de la organización; los franceses parecían inclinados al fratricidio y eran adictos al drama; los ingleses parecían dispuestos a sacrificar a los trabajadores en beneficio de la política convencional y de las victorias electorales. Oficialmente Marx constaba solo como secretario de correspondencia para Alemania, pero era considerado como el cerebro, el corazón y el espíritu orientador de la AIT. Arbitraba todas las rencillas pequeñas, trabajando entre bastidores para resolverlas siempre que era posible, o lanzando una invectiva pública cuando la diplomacia no funcionaba. Su intención era siempre resolver los conflictos del partido de forma que se mantuviese la integridad de la Internacional y se garantizase la supervivencia de la organización, aunque esto significase que había que hacer algún sacrificio individual.

El dominio que ejercía Marx en la AIT era calificado de dictadura por sus críticos, y algunos de ellos formaron organizaciones rivales. Prominentes demócratas, entre los cuales se contaban Victor Hugo, Louis Blanc, John Stuart Mill y Giuseppe Garibaldi constituyeron la Liga de la Paz y la Libertad en 1867. Era una organización pacifista burguesa de notables altruistas que confiaban atraer al proletariado pero que no ofrecían ningún programa real a los trabajadores.²

En la periferia del grupo estaba Bakunin. En la sesión inaugural pronunció un discurso que, pese a no tener demasiado sentido y mucho menos sustancia, emocionó tanto a los asistentes que, según dijo un observador: “Si hubiese pedido a sus oyentes que se degollasen unos a otros le habrían obedecido ciegamente”.³ Pero Bakunin consideró que la Liga era demasiado sumisa, así que decidió unirse a la AIT en Ginebra con el objetivo de apoderarse de la organización.⁴ Igual que Marx, Bakunin no parecía capaz de ser meramente un miembro más de un grupo; tenía que ser su líder, incluso aunque insistiese en que no quería ese cargo. Bakunin pretendía ser leal a la AIT al tiempo que organizaba una facción clandestina que trabajaba en vistas de su objetivo de arrebatarse el control de la organización a Marx.

Era un premio muy buscado. El número de afiliados había crecido mucho gracias a que la intervención de la AIT en una serie de huelgas había sido un éxito. Aquellas huelgas habían tenido lugar después de una crisis económica en 1866 que había afectado a los ferrocarriles, a la industria manufacturera y a la minería, intervenciones en el corazón mismo de la Europa industrial. Se habían reducido los salarios, había disminuido la producción, se habían perdido muchas horas de trabajo, dejando a muchos hombres y mujeres sin apoyo e incapaces de valerse por sí mismos.⁵ En respuesta a ello, la Internacional recaudó dinero para financiar las huelgas, hizo propaganda y, lo que seguramente era más importante, organizó a los trabajadores para garantizar que los empresarios no recurrirían al viejo método de emplear a hombres de una nación como esquirolles para romper una huelga en otra nación. En realidad, los fondos de la AIT eran limitados (en 1869 sus ingresos fueron de unas cincuenta libras⁶) y el número de personas encargadas de coordinar sus acciones eran muy pocas. Pero Marx alardeaba, no sin motivos, de que la simple insinuación de que la AIT se estaba movilizandando para intervenir en una huelga era suficiente para que los empresarios se sentasen a la mesa de negociación.⁷

Los gobiernos de Europa habían tolerado a regañadientes la existencia de la Internacional como una organización laboral de confrontación hasta que desplegaron sus colores políticos condenando las ejecuciones de los fenianos de Manchester y organizando manifestaciones a favor de la causa irlandesa, acciones que, de manera nada sorprendente, le valieron la condena del gobierno británico.⁸ Cuando los miembros de la AIT de París se manifestaron a favor de los fenianos, las fuerzas de seguridad francesas asaltaron sus casas y sus oficinas y encontraron suficientes supuestas pruebas para condenar a dos docenas de ellos por pertenecer a una sociedad ilícita.⁹ En una carta a Engels Marx insinuó que a Napoleón le preocupaba muy poco el apoyo de la AIT a los irlandeses, pero

que trataba de ganarse el favor de Inglaterra (o, como él mismo decía, de un modo mucho más expresivo, “arrastrándose plañideramente para lamerle el culo al gobierno británico”¹⁰). La preocupación francesa, sin embargo, aumentó en el verano de 1868 cuando una delegación de la AIT francesa en Bruselas, que Marx describió como formada por “chulos” y “chusma”, condenó a Napoleón a muerte en un juicio bufo. Marx denunció públicamente en nombre del consejo de Londres las acciones de la delegación de Bruselas, pero la afrenta no fue olvidada y la desconfianza respecto de la AIT se incrementó.¹¹

Esta era, naturalmente, la Francia a la que se habían trasladado Laura y Paul. En otoño de 1868 se habían mudado a un apartamento en un edificio estrecho de una abarrotada callejuela de Saint-Germain, a una manzana de la escuela de medicina. Aparentemente Lafargue estaba en París para examinarse de medicina, pero parecía más interesado en la política que en los estudios: se integró inmediatamente en la AIT local y reanudó el contacto con los blanquistas, a los que había conocido dos años antes. Desde el momento de su regreso a París estuvo bajo vigilancia policial. (Un agente de policía le describió como un hombre que parecía cuatro o cinco años mayor que los veintiséis que tenía, más alto que la media, de tez oscura y cabello castaño claro. El agente también comentó que Lafargue era un tipo elegante.)¹²

Las autoridades académicas francesas, posiblemente por razones políticas, no reconocieron el título médico de Lafargue emitido en Inglaterra y le exigieron realizar cinco exámenes, en vez de los dos o tres que esperaba que le exigiesen, para poder practicar la medicina en Francia.¹³ Dado que Lafargue quería examinarse en París necesitaba el permiso del ministro de educación así como del consejo académico estatal debido a su anterior expulsión de la universidad de París. Pero aquel organismo no se reunía hasta diciembre,¹⁴ lo que le daba mucho tiempo a Lafargue para perder interés en la medicina y centrarse totalmente en los asuntos de la Internacional. En noviembre, Longuet fue puesto en libertad y volvió a frecuentar sus locales favoritos del Barrio Latino, fumando y jugando al dominó, según Laura.¹⁵ Laura y Lafargue también fueron visitados por amigos de Marx del 1848 y por miembros de la AIT, que subían al apartamento amueblado del quinto piso quejándose amargamente de la dificultad de la escalada.¹⁶

A finales de diciembre, como si con ello quisieran manifestar el completo desinterés de Paul por sus exámenes, se mudaron a un lugar muy alejado de la escuela de medicina, un apartamento en la *rue du Cherche-Midi*, en la *Rive Gauche*. La calle latía con las palpitaciones de la bulliciosa vida parisina (tiendas rebosantes de pan, verduras y quesos; una lavandería que olía a lejía y que esta-

ba siempre llena de mujeres parlanchinas; una humeante cafetería que despedía el aroma del café fuerte) y el pequeño apartamento no era nada lujoso, pero a Laura le gustaba por su estilo bohemio y se preparó para adaptarse a la rutina de la vida doméstica allí.¹⁷ En plena mudanza, sin embargo, los Lafargue hicieron el desconcertante descubrimiento de que estaban siendo vigilados. Hasta que pudieran determinar el alcance del interés que tenía la policía por ellos, Laura le pidió a Jennychen que dirigiesen sus cartas a Madame Santi, una pariente de Paul que ayudaba a Laura, y ella a su vez dirigiría todas las cartas que le escribiese a Jennychen a nombre de Lenchen.¹⁸ Su preocupación se vio pronto justificada.

Marx había mantenido correspondencia con miembros de la Internacional que decían haber estado en casa de Lafargue pero que no habían visto a Laura. Sospechando que tal vez Laura no se encontraba bien, decidió ir a París él mismo.¹⁹ (Lo que Marx no sabía era que Laura había sufrido una caída semanas antes de dar a luz y que todavía estaba postrada en cama.)²⁰ Marx estaba inquieto por si era peor recibido en Francia de lo que lo había sido habitualmente —su libro *El dieciocho Brumario de Luis Bonaparte*, la historia del golpe de estado de Napoleón III, acababa de ser publicada en una segunda edición—, de modo que instruyó a los Lafargue: “No digáis nada en vuestras cartas de mis planes secretos”.²¹ Una semana después, sin embargo, un desconocido se presentó en su apartamento y preguntó si Marx ya había llegado, porque tenía algo que decirle. Marx y los Lafargue supusieron que el hombre era un agente de policía y que su correo había sido interceptado y leído.²² Marx canceló su viaje, pero su preocupación respecto a Laura persistía y empezó a idear planes para enviar a Jennychen y a Tussy a París en su lugar.²³

En febrero de 1869 Lafargue llevaba en París cuatro meses pero no había hecho ningún esfuerzo para completar sus exámenes médicos. En un alarde de generosidad, las autoridades académicas francesas aceptaron darle la licencia para practicar si pasaba dos exámenes, aunque estipularon que tenía que hacerlos en Estrasburgo.²⁴ Paul apenas había mostrado interés en hacer los exámenes en París, y ahora que tenía que viajar casi hasta Alemania para hacerlo, su rechazo del proceso se hizo inevitable. Además, ahora estaba metido en una operación que le hacía imposible abandonar París. Él y algunos amigos blanquistas anunciaron que aquel mismo mes iban a empezar la publicación de un periódico llamado *La Renaissance*. Pero no disponían de las 250 libras de “garantía” que exigía el gobierno para autorizar la publicación, y carecían de fondos para tirar adelante el proyecto. Lo único que tenían, de hecho, era su entusiasmo y el respaldo del propio Blanqui.²⁵ Lafargue trató de convencer a Marx para que contribuyese con

sus artículos o para que apareciese en la cabecera de la revista como editor,²⁶ pero su suegro alegó que no tenía tiempo, y en cualquier caso él y Engels eran de la opinión de que Lafargue tenía que dejar a un lado la política hasta que se hubiese establecido como médico.

Marx pensaba en el futuro de Laura y en la seguridad de Lafargue, pero también en el padre de Lafargue, y creía que no había que dejar que se distanciase de su hijo. Marx le escribió a Paul:

La revista que tenéis intención de sacar os meterá probablemente en conflictos judiciales con el gobierno, y tu padre se daría cuenta tarde o temprano de que mi nombre figura entre los editores de la misma, y probablemente sacaría la conclusión de que yo te he empujado a una acción política prematura, y he impedido que dases los pasos necesarios (que te estoy exhortando continuamente a dar) para que pases tus exámenes médicos y te establezcas profesionalmente.²⁷

Marx escribió separadamente a Jennychen que le gustaría hacer un favor a Blanqui colaborando en la revista, pero que no podía hacerlo por consideración a François Lafargue: “Tal como están las cosas no tiene muchos motivos para estar satisfecho de su conexión con la familia Marx”.²⁸

En los meses siguientes se fue preocupando cada vez más por la peligrosa e ingenua actitud de Paul. Blanqui había regresado clandestinamente a París, y nunca dormía dos noches seguidas en el mismo lugar. Empezó a organizar células de diez personas que no conocían a los miembros de las otras células, para frustrar de este modo a los infiltrados de la policía. Paul estaba entre los que se reunían cada semana en una casa frecuentada por Blanqui en una calle de l'Île St. Louis llamada La Femme sans Tête (La mujer sin cabeza).²⁹ Blanqui se había pasado la mitad de su vida en la cárcel y cualquiera que estuviese estrechamente relacionado con él corría el riesgo de seguir tarde o temprano el mismo camino. Marx quería ir a París a aconsejar a su yerno y a inspeccionar la situación de primera mano. Le dijo a Engels que trataría de nacionalizarse inglés para poder viajar legalmente por Francia. Mientras, Jennychen y Tussy irían a París.³⁰ Las dos hermanas estaban ansiosas por ir, pero no estaban tan preocupadas por el politiquero de Lafargue como por el bienestar de Laura; sus cartas a Jennychen ponían de manifiesto un innegable estado de melancolía por su parte.

Laura llevaba tres meses postrada en cama, sin otra compañía que la de Madame Santi, mientras su esposo pasaba las noches en las cafeterías y encerrado horas y horas en habitaciones abarrotadas conspirando contra el emperador.³¹ A diferencia de los de 1848, entre los nuevos insurgentes había mujeres como

Louise Michel, que llevaba una daga oculta entre su ropa y que cuando la situación lo requería se vestía como un hombre,³² y como Paule Mincke, una periodista que visitaba a Laura y a Paul, y a quien Paul devolvía las visitas.³³ “Ya sabes, antes”, le decía Laura a Jennychen, “Tooley no quería saber nada de mujeres fuera de la cocina y de la pista de baile; ahora prefiere verlas en la biblioteca”.³⁴ Aquellas francesas ganaban su propio dinero, ocupaban su propio lugar en la sociedad y se consideraban iguales a los hombres que tenían a su alrededor. Como decía una de ellas, “la inferioridad de las mujeres no es un hecho natural; es una invención humana y una ficción social”.³⁵ Aquellas eran las mujeres que Jennychen se esforzaba en imitar. Pero Laura, que había optado por el papel tradicional de esposa y madre, se sentía atrapada entre dos épocas. También se estaba habituando a las diferencias entre la vida en Inglaterra en el redil familiar y la vida en Francia con un esposo ausente la mayor parte del tiempo. En una carta a Jennychen le decía que las mujeres francesas no creían que sus esposos tuviesen el derecho exclusivo de prestarles atención: “Al contrario, sus esposos eran a veces los únicos hombres en el mundo que no les prestaban ninguna atención. Un francés se avergüenza a menudo de confesar que ama a su mujer; una francesa nunca teme confesar que es amada por un montón de hombres, exceptuando de hecho a su esposo”.³⁶

Jennychen y Tussy tomaron un vapor el 23 de marzo y se dirigieron a París. Una vez allí, las hermanas Marx conocieron a su sobrino, que les pareció muy hermoso y que había sido bendecido con una frente tan grande como la de su abuelo; encontraron que el apartamento de Laura era pequeño pero bonito, y que Madame Santi era amable pero que estaba “un poco chiflada”.³⁷ Jennychen, que estaba de permiso de sus deberes como institutriz, se quedó solo hasta el 14 de abril,³⁸ pero Tussy estuvo en París dos meses. No podía separarse del bebé, que se había ganado un nuevo apodo —Schnapps—, porque bebía mucho (como su abuelo).³⁹

El ambiente en casa de los Marx en Londres había cambiado considerablemente. Engels había empezado a hacer pagos trimestrales a Marx a modo de anticipos sobre su jubilación de Ermen & Engels. Y la atención literaria de Marx estaba centrada sobre todo en las traducciones o segundas ediciones de obras anteriores, desde un *Manifiesto Comunista* al francés hasta un *El Capital* al ruso. Después de la débil recepción que había tenido el *Volumen I* (una reseña inglesa de junio de 1868 concluía “No creemos que Marx tenga muchas cosas que enseñarnos”⁴⁰), un espeso silencio emanaba de Modena Villas con respecto al *Volumen II* (y ello pese a que se esperaba que Marx hubiese podido entregar los

Volúmenes II y III al editor el año anterior). Tampoco la familia se sentía demasiado inclinada a presionarle para que los finalizase. Jennychen le dijo a Kugelmann: “Nuestro exilio, los años de aislamiento, etc., fueron sacrificios a la noble causa del proletariado y no lo lamento. Pero de todos modos tengo que admitir una cierta fragilidad humana y creo que la salud de mi padre es más valiosa para mí que la finalización del segundo volumen de *El Capital*, y le diré de paso que la gran nación alemana aún no se ha dignado leer el primer volumen”.⁴¹ Marx cortó esencialmente las preguntas de Engels sobre el tema cuando le dijo que había decidido que tenía que aprender ruso para poder leer los nuevos libros sobre relaciones sociales y economía que habían aparecido en aquel país y que quería incluir en su próximo volumen.⁴²

Aunque Marx seguía plenamente comprometido con la revolución mediante sus escritos y su actividad en la AIT, el ambiente en Modena Villas era de una casi absoluta normalidad burguesa. Los dolorosos dramas que habían acosado a la familia desde el momento de su llegada a Londres se habían desvanecido; el hogar de los Marx era un hogar aburrido y confortable, algo que en su día había parecido imposible. En una careta a Lafargue escrita aquella primavera, Jennychen le contaba que su actividad más rebelde aquel día había sido la propuesta de Marx de que tomasen una pierna de cordero para cenar.⁴³ Efectivamente, una carta que Marx escribió a Tussy cuando esta estaba en París es un buen ejemplo de lo tranquilo y domesticado que estaba. Tras darle un detallado informe sobre sus mascotas, describía el vínculo musical especial que había desarrollado con su pájaro Dicky.⁴⁴ A comienzos de mayo Jenny dejó a Marx con los animales y viajó a París para conocer a su nieto y para recoger a Tussy. Engels invitó a Marx a visitarle en Manchester, pero Marx declinó el ofrecimiento diciéndole que ya tenía un compromiso: “Jennychen estaba esperando la corta ausencia de mi mujer debida a su viaje a París para tenerme a su entera disposición”.⁴⁵

Aquella primavera el Dr. Marx y su hija mayor se dejaron ver juntos por los círculos sociales de Londres. Asistieron a reuniones del Consejo General de la AIT, donde ella oyó cómo su padre era ruidosamente aclamado por el virulento discurso que pronunció protestando por la masacre de unos huelguistas desarmados que había tenido lugar en abril en la Fundación Cockerill en Bélgica.⁴⁶ El equipo que formaban padre e hija apareció luego entre “la flor y nata” de la sociedad vestidos de gala para la velada anual de la Royal Society of Arts and Trades celebrada en el Kensington Museum. En reconocimiento por su erudición y sus escritos, Marx había sido elegido miembro de la Royal Society. (Le dijo a Engels que pensaba utilizar la biblioteca de la sociedad.) El resultado fue una invitación muy solicitada para asistir a una *conversazione* en la sociedad a la que

asistirían “miembros de la realeza y otras distinguidas personas”.⁴⁷ Marx y Jennychen se rieron a gusto al leer la invitación, que pedía a los asistentes que evitaran “la aglomeración y el acoso” a los invitados más distinguidos.⁴⁸ El acto en sí, según Jennychen, fue agobiante: “Una extravagante multitud de siete mil mudos vestidos de etiqueta y tan apretados que resultaba imposible moverse o sentarse porque las sillas, que eran pocas y contadas, habían sido tomadas al asalto por unas imperturbables matronas”.⁴⁹

Meses más tarde Marx y Jennychen viajaron a Alemania para visitar a unos viejos amigos y para conocer a nuevos camaradas del movimiento político obrero, que estaba creciendo mucho allí.⁵⁰ Pero poco antes de embarcar, Marx entregó su hija menor a Engels. Recién regresada de su estancia en París, Tussy iba a permanecer en Manchester durante cuatro meses. Aquel verano alcanzaría la mayoría de edad. Una chica de catorce años viajaba en tren hacia el norte con su padre. En otoño regresaría a su casa una mujer joven.

Bajo la tutela de Lizzy Burns, Tussy recibió un curso acelerado de injusticia inglesa —no por medio de libros, pues Lizzy era analfabeta, sino por medio de las pintorescas historias que le contó mientras recorrían las calles de la ciudad. Lizzy llevó a Tussy a conocer los lugares de Manchester que se habían convertido en centros de peregrinación para los irlandeses: el paso a nivel (que ahora era conocido localmente como el Arco Feniano), el mercado donde el ahora fugitivo Thomas Kelly había vendido ollas, la casa donde había vivido, los lugares en los que Lizzy se había encontrado con el otro fugitivo, Michael Deasy. “Fue realmente muy divertido, y la Sra. B. me ha estado contando muchas cosas divertidas acerca de ‘Kelly y *Daisy*,’ a quien la Sra. B. conocía muy bien, porque había estado en su casa y lo veía tres o cuatro veces por semana”.⁵¹ Engels introdujo a Tussy en la literatura alemana. En junio le hizo leer a Goethe, epopeyas y relatos folclóricos, todo en el original alemán y ella sola. Juntos leyeron cuentos en danés.⁵²

Pero la lección de la visita a Manchester que Tussy recordaría más vívidamente fue la de la alegría de Engels el día que escapó de lo que Marx llamaba “la esclavitud egipcia”.⁵³ El 1 de julio de 1869 Engels concluyó su carrera de empresario. Años más tarde, Tussy escribió: “Nunca olvidaré el triunfal grito de ‘¡Es la última vez!’ que lanzó por la mañana cuando se ponía las botas para hacer su último viaje a la fábrica. Unas horas más tarde, mientras le estábamos esperando en la puerta, le vimos venir atravesando el pequeño campo que había enfrente de la casa en la que vivía. Hacía girar un bastón en el aire y cantaba, sonriendo abiertamente. Luego pusimos la mesa para celebrarlo y bebimos champán y

fuimos felices”.⁵⁴ “¡Hurra!”, escribió Engels a Marx, “Hoy se acaba la dulce empresa y yo soy un hombre libre... Tussy y yo hemos celebrado mi primer día libre esta mañana con un largo paseo por el campo”.⁵⁵

Engels abandonó Ermen & Engels con unas 12.500 libras en el bolsillo (al cambio actual, unos 2 millones de dólares).⁵⁶ Le dijo a su madre que era un hombre nuevo:

Esta mañana, en vez de dirigirme a la lúgubre ciudad, he estado paseando por el campo durante varias horas con un tiempo magnífico; y en mi despacho, en una habitación confortablemente amueblada en la que se puede abrir la ventana sin que el humo deje manchas negras por todas partes, con flores en la repisa y árboles frente a la casa, puedo trabajar de un modo muy diferente que en el lúgubre despacho del almacén, que daba al patio de una taberna.⁵⁷

La celebración duró semanas. Engels era el único en su casa que había tenido un trabajo, y sin embargo todos los miembros de su pequeño círculo actuaron como si también se hubiesen liberado. Invitó a las mujeres de su casa –Lizzy, Tussy, la sobrina de Lizzy Mary Ellen, y a su perro Dido– a dar un paseo de diez kilómetros que terminó en una taberna, donde Lizzy y Tussy bebieron tanta cerveza que tuvieron que regresar en tren.⁵⁸ Tussy describió al Engels de otra salida nocturna como “borracho como una cuba” tras brindar con unos amigos de la fábrica. Semanas después del retiro de Engels seguían en ello. Un día de julio especialmente caluroso, según Tussy, mientras Engels asistía a un picnic social con unas “damas de la prensa” y unos “Señores de la Creación”, ella, Lizzy y su doncella, Sarah, se pasaron la tarde y la noche bebiendo cerveza y clarete. Cuando Engels llegó a casa las encontró “tiradas por el suelo, sin corsé, sin botas, en enaguas y con un vestido de algodón, y eso fue todo”. Al día siguiente vieron al príncipe y a la princesa de Gales viajando por Manchester. Tussy le había dicho a Jennychen poco antes: “¡Qué divertido sería que muchos niños cantasen: ‘El príncipe de Gales en la cárcel de Belle Vue / por robarle a un hombre una pinta de cerveza!’”⁵⁹ Esa fue la educación que recibió Eleanor Marx aquel verano.

La instrucción, de todos modos, no acabó en Manchester. En otoño Engels tuvo la idea de llevar a Lizzy y a Tussy a Irlanda. Tussy era partidaria de todo lo irlandés –leía las novelas, conocía las canciones, podía recitar los versos– y ahora tuvo ocasión de ver las colinas despobladas, las aldeas abandonadas, los montones de barro de los que salía un hilo de humo que indicaba que aquello era un hogar y que dentro había personas, los niños mugrientos, descalzos y sin abrigo

en medio del huracanado viento, la humedad y el frío de Dublín, Killarney y Cork. Vio también a los soldados machacando las calles con los cascos de sus caballos, vestidos con sus impecables uniformes y sus botas altas, con las armas a punto. Engels describió Irlanda como un país “en estado de guerra”: “Los pelotones del Royal Irish están por todas partes, con cuchillos de monte y a veces revólveres en el cinto, y con porras de policía en la mano; en Dublín, una batería arrastrada por caballos pasó por el centro de la ciudad, algo que nunca he visto en Inglaterra”. La clase dominante irlandesa, aliada de los ingleses, tenía pánico al pueblo, que pese a ser inculto y estar desorganizado superaba en número a los terratenientes que los despreciaban.

De vuelta en Manchester, Engels bromeó que Tussy se había vuelto más irlandesa que nunca,⁶⁰ pero aquel viaje dejó realmente una marca indeleble en ella, del mismo modo que la visita de Marx a Manchester en compañía de Engels veinticuatro años antes se la había dejado a él. Tussy había crecido oyendo toda clase de historias sobre aquel sufrimiento. En su mundo era una evidencia que los gobiernos eran opresivos y que al pueblo se le negaban sus derechos. Sin embargo, después de ver cara a cara los ojos del hambre y el terrible poder de un hombre armado y autorizado por el estado a matar, sufrió una transformación. Seguía siendo una muchacha cándida y alegre, pero su compromiso de colegiala con las causas políticas había madurado. Sus cartas eran más reflexivas. En sus palabras había atisbos de la mujer que iba a ser, la que se pasaría toda la vida trabajando hasta la extenuación a favor de los pobres. Marx dijo en cierta ocasión que de todas sus hijas Jennychen era la que más se parecía a él, pero concluyó la cita declarando que Eleanor *era* él.

El motivo del recrudecimiento de las medidas de seguridad en Irlanda durante el viaje de Tussy fue la ira creciente por el tratamiento que los carceleros ingleses daban a los presos políticos irlandeses. Los arrestos se remontaban a 1865, así como una campaña contra la prensa que acabó con la detención del personal de *The Irish People*, incluido su director Jeremiah O'Donovan Rossa. La acusación alegaba que el periódico promovía la redistribución de la propiedad a los pobres y el asesinato de los miembros de la clase dominante, incluidos los sacerdotes católicos. Treinta personas habían sido detenidas en aquella ocasión,⁶¹ y algunas de ellas condenadas a veinte años de trabajos forzados por delitos que normalmente eran castigados con no más de seis meses de cárcel.⁶² Durante los años siguientes, muchos más irlandeses fueron arrestados por delitos supuestamente políticos y recibieron sentencias igualmente severas.

El 24 de octubre de 1869 se convocó una manifestación en Hyde Park para

solicitar la amnistía para los presos políticos irlandeses. Por insistencia de Tussy, Marx, Jenny y Jennychen la acompañaron al acto.⁶³ El gran parque cercano al centro de Londres estaba ennegrecido por las ropas de luto de las decenas de miles de manifestantes que se habían concentrado allí, pero sobre sus cabezas revoloteaban las banderas. Junto a las banderas verdes, blancas y rojas, unas pancartas que proclamaban que “la desobediencia a los tiranos es un deber para con Dios” y que había que tener “preparada la pólvora”, eran paseadas de un lado a otro del parque, mientras la multitud agitaba gorros jacobinos elevándolos con palos por encima de sus cabezas. El parque estaba lleno y muchos niños se habían subido a las ramas de los árboles para ver mejor cómo sus mayores cantaban baladas irlandesas y también la “Marsellesa” en una bulliciosa muestra de desafío a la corona.⁶⁴ Los periódicos, que tenían fama de quitar importancia al número de asistentes a esa clase de manifestaciones, calcularon que la manifestación había reunido a unas setenta mil personas, pero que había sido un “fracaso”.⁶⁵ Marx la calificó de éxito rotundo.⁶⁶

Para calmar la tensión, durante los meses anteriores, el primer ministro William Gladstone había tomado medidas para apaciguar a Irlanda, pero sus gestos fueron vistos como deplorablemente inadecuados por quienes querían no solo justicia, sino independencia.⁶⁷ Menos de un mes después de la manifestación en Hyde Park, los votantes irlandeses utilizaron las elecciones inglesas para ridiculizar al sistema político y judicial del país ‘eligiendo’ a O’Donovan Rossa para representar a Tipperary en la Cámara de los Comunes británica.⁶⁸ En aquel momento, O’Donovan se estaba pudriendo en una cárcel inglesa. Marx y Engels aclamaron su elección. Engels lo celebró como un signo de que los fenianos estaban abandonando las conspiraciones a favor de un método más efectivo y revolucionario —el voto— que tenía la ventaja adicional de ser legal.⁶⁹ Jennychen le dijo a Kugelman: “El día que recibimos la noticia de la elección de O’Donovan todos nos pusimos a bailar de alegría; Tussy estaba como loca”. Y añadía que en aquel momento Inglaterra era un “país de horrores. En el East End de Londres ha estallado la fiebre del hambre”.⁷⁰

Marx y Engels estaban convencidos de que el camino hacia la emancipación de la clase obrera empezaba en Irlanda. “Para acelerar el desarrollo social de Europa”, escribió Marx, “hay que seguir con la catástrofe de la Inglaterra oficial. Para ello, hay que atacarla en Irlanda, que es su punto más débil. Una vez perdida Irlanda, el ‘Imperio’ británico habrá llegado a su fin, y la guerra de clases en Inglaterra, hasta ahora crónica y soñolienta, asumirá formas más agudas”. Si los trabajadores de la nación más industrializada del mundo se liberaban, Marx estaba seguro de que el resto de Europa seguiría pronto su ejemplo.⁷¹

En el mismo momento en que Marx y Engels se centraban en Irlanda, sin embargo, se producían en el continente unas muestras de descontento que afectarían a los trabajadores hasta la entrada del nuevo siglo. El país en el que habían empezado todas las grandes revueltas europeas desde 1789 estaba a punto de explotar de nuevo, y su epicentro, como siempre, era la ciudad de París.

El 10 de enero de 1870 el primo de Napoleón III, el príncipe Pierre Napoleón Bonaparte mató de un tiro a un periodista del popular periódico republicano *La Marseillaise*, que estaba en casa de Bonaparte para actuar como padrino de un blanquista que había retado al príncipe a un duelo. La bala que mató a Victor Noir fue vista por muchos como un disparo al corazón de los cada vez más poderosos izquierdistas franceses.⁷² En unas elecciones celebradas el mayo anterior, la oposición había obtenido el 45 por ciento de los votos emitidos, y treinta candidatos “rojos” fueron elegidos para el Corps Législatif. El cambio había obligado a Napoleón a hacer una serie de reformas liberales que provocaron inquietud entre sus más ardientes seguidores, los mismos que le habían sido fieles durante su improbablemente largo gobierno de casi dos décadas, pero que ahora se preguntaban si el envejecido soberano era capaz de hacer frente a una nueva amenaza de la izquierda y de su ejército de trabajadores.⁷³

Desde sus aposentos en la Tullerías Napoleón podía consolarse con los gritos de *Vive l'Empereur!* que le dirigían sus cortesanos y otros aduladores dependientes de su beneficencia, y gozaba del apoyo del nuevo poder en Francia —el de los capitalistas— a los que había permitido erigir sus propios imperios a cambio de que financiaran su trono. París era indiscutiblemente espléndido gracias a las políticas instituidas durante el gobierno de Napoleón III, y Francia era considerablemente más rica. Pero los problemas sociales que ya existían antes de su reinado persistían, y en algunos casos habían empeorado mucho. Fuera del círculo interior bien protegido del emperador, el descontento era cada vez mayor.⁷⁴ Durante el Segundo Imperio los salarios habían aumentado hasta un 30 por ciento, pero el coste de la vida se había disparado hasta un 50 por ciento.⁷⁵ Los trabajadores, bien organizados y envalentonados se declaraban en huelga por una paga que no les llegaba para cubrir las necesidades más básicas de su familia, y por las largas jornadas que arrebataban a hombres, mujeres y niños la salud, y a veces la vida. Las huelgas no se limitaban a París, pero la población de la capital era mucho mayor y por ello fue una vez más el centro de la revuelta. En 1869 habían empezado a producirse protestas espontáneas (*attroupements*) en toda la ciudad. Hombres y mujeres se iban concentrando hasta que eran los suficientes para bloquear una plaza o un bulevar. La policía cargaba luego con-

tra los manifestantes y practicaba unas cuantas detenciones, pero a la noche siguiente aparecían más hombres y mujeres para iniciar una nueva manifestación de resistencia.⁷⁶

El 12 de enero, el funeral de Victor Noir proporcionó una oportunidad para organizar una manifestación menos espontánea y más masiva contra el gobierno. Se calcula que unas doscientas mil personas se concentraron en los Champs Elysées para dar el último adiós a Noir pero también para arrojar el guante a Napoleón.⁷⁷ Louise Michel, la revolucionaria que había entablado amistad con Lafargue al regreso de este a París, comentó: “Casi todos los que asistieron al funeral esperaban volver a casa como ciudadanos de una república, o no volver a casa en absoluto”. El gobierno también esperaba problemas: sesenta mil soldados estaban apostados para controlar a la multitud.⁷⁸ Pero por mucho que la dease la multitud no hubo ninguna revuelta. Sus líderes, con la cabeza más fría, sabían que el resultado habría sido una masacre. La nueva generación de radicales en Francia había aprendido las lecciones de 1848.

No está claro si Lafargue asistió al funeral de Noir; en aquel momento estaba centrado en asuntos personales. El 1 de enero Laura había dado a luz prematuramente a una niña llamada Jenny. Lenchen estaba tan preocupada por la salud de la niña después de leer las cartas de Laura que envió dinero a los Lafargue para pagar los cuidados médicos del bebé, pero Paul estaba convencido de que la niña estaba sana y rechazó los servicios de una nodriza, explicando que si la pequeña Jenny no respondía a la leche de vaca (que por entonces se promocionaba como alternativa a la leche materna), contrataría a una nodriza en Londres.⁷⁹

Marx se sintió probablemente aliviado de que en aquel momento delicado los deberes familiares de Lafargue le distrajeran de la política. El verano anterior Marx había estado varios días de incógnito en París tras recibir una preocupante carta del padre de Lafargue en la que expresaba su temor de que su hijo hubiese abandonado los estudios. Paul le aseguró a Marx que no era la política lo que le mantenía alejado de sus estudios, sino la salud de Laura, y le prometió hacer los exámenes aquel mismo otoño.⁸⁰ En febrero todavía no los había hecho, pero podía seguir echando la culpa de la demora a la preocupación por Laura. No cabe duda de que Lafargue estaba preocupado por Laura, pero también era indudable, pese a lo que le había dicho a Marx, que la política se había convertido en su amante.

Varias semanas después del funeral de Noir, Henri de Rochefort, editor de *La Marseillaise*, fue arrestado en París tras hacer un llamamiento a sublevarse contra el imperio en un artículo acerca del asesinato del periodista.⁸¹ Uno de los

defensores de Rochefort era un republicano muy conocido llamado Gustave Flourens. Flourens era un apasionado –algunos dirían temerario– abogado de aquellos a quienes consideraba agraviados, y respondió inmediatamente al arresto declarando una revolución. Estaba reunido con Rochefort cuando este fue detenido, y en respuesta había detenido inmediatamente al inspector de policía que estaba presente y reunió a un grupo de unas sesenta personas para que actuase como una milicia improvisada. Se dirigieron al barrio obrero de Belleville, un semillero del radicalismo parisino, donde planeaba confiscar armas del gobierno y organizar su revuelta. La insurrección, sin embargo, fue un estrepitoso fracaso: por la mañana, la llamada de Flourens a las armas encontró solamente la respuesta de un entusiasta pero desconocido joven.⁸² Flourens eludió ser apresado en París durante más de un mes y finalmente huyó a Holanda y luego a Londres. Una vez allí, en marzo, se unió a la AIT y se dirigió a casa de Marx.⁸³ (Mientras, un jurado de Tours, había absuelto a Bonaparte de la muerte de Noir.)

Rochefort era amigo de Longuet; ambos habían estado años antes en la prisión de Sainte-Pélagie, una de cuyas alas estaba destinada a los presos políticos, y Longuet también había colaborado en *La Marseillaise*. Lafargue, por otro lado, no tenía ninguna relación personal o profesional con el ahora encarcelado editor. Sin embargo, decidió tratar de hacerse cargo de la revista mientras Rochefort estaba en la cárcel. Lafargue no era muy diferente del joven Marx en el sentido de que creía que lo único que necesitaba era un periódico para lanzar sus ideas. Pero los intentos de Paul debieron de parecerles absurdos a los redactores; para empezar, él ni siquiera era un periodista practicante, y si bien sus tentativas fueron recibidas cortésmente, fueron generalmente ignoradas. Finalmente no pudo publicar un solo artículo en *La Marseillaise*.⁸⁴ Otro miembro de la familia, en cambio, tuvo más suerte en este sentido.

A finales de febrero, Marx había decidido que los periódicos ingleses eran incapaces de informar con imparcialidad sobre los presos políticos irlandeses encerrados en cárceles británicas, de modo que escribió a un joven colega de la Internacional en Bruselas, César De Paepe, sugiriéndole temas para un artículo que su periódico tenía que publicar sobre los detenidos.⁸⁵ De Paepe publicó la carta de Marx al pie de la letra, en dos entregas.⁸⁶ En ella Marx acusaba de tortura a la “tierra de la libertad burguesa”. Tal vez debido a que no esperaba que su carta se publicase, la había escrito en un estilo sucinto, sin sus habituales arabescos literarios. Esto hizo que sus palabras fuesen mucho más efectivas. Detallaba los abusos que estaban sufriendo los prisioneros irlandeses: Dennis Dowling Mulcahy, médico y subeditor del periódico *The Irish People*, “enganchado a

una carreta cargada de piedras con un collar de hierro en torno al cuello”; O’Donovan Rossa, propietario de *The Irish People*, “encerrado durante 35 días en un calabozo a oscuras con las manos encadenadas a la espalda noche y día”; Charles Kickham, editor de *The Irish People*, que no podía utilizar su mano derecha a causa de un absceso, obligado a romper piedras y ladrillos con la mano izquierda y al que solo le daban seis onzas de pan y agua caliente para comer; O’Leary, un viejo de sesenta o setenta años cuyo verdadero nombre era Murphy (y su nombre de pila desconocido), castigado a pan y agua durante tres semanas porque, como ateo declarado, no quiso, ni siquiera bajo amenazas, adoptar una religión. La letanía de malos tratos era larga e incluía la muerte por tortura de un interno irlandés. Marx también decía que había habido investigaciones sobre el trato dado a los presos, pero que las peticiones de visitar sus celdas como parte de las mismas habían sido denegadas.⁸⁷

En aquel llamamiento escrito se le unió también otro Marx: Jennychen se indignó cuando *La Marseillaise* respaldó a un periódico inglés que advertía contra el hecho de considerar a los presos irlandeses como mártires políticos, y redactó inmediatamente una respuesta (firmándola como “J. Williams”) el 27 de febrero que fue publicada en el periódico francés el 1 de marzo.⁸⁸ A cambio recibió una invitación de *La Marseillaise* para escribir más sobre el tema.⁸⁹ Así empezó la doble vida de Jennychen como institutriz de día y defensora de los presos irlandeses de noche. Estaba extasiada no solo de ver publicados sus artículos, sino de poder utilizar la pluma para denunciar la injusticia. Se había pasado media vida anticipando el efecto que producirían las palabras de su padre, y ahora tenía la posibilidad de comprobar el poder que tenían las suyas.

El primer artículo de Jennychen terminaba con la provocativa frase: “*Veinte fenianos han muerto o enloquecido en las cárceles de la humanitaria Inglaterra*”,⁹⁰ y su siguiente artículo era aún más audaz. En él acusaba al primer ministro Gladstone de mentir para encubrir los crímenes de su gobierno, y como prueba utilizaba una carta de O’Donovan Rossa escrita con fragmentos de lápiz en un trozo de papel higiénico y sacada de contrabando de la cárcel.⁹¹ (Flourens, que ahora era un habitual en casa de Marx, tradujo la carta al francés, y Jennychen la utilizó íntegramente en su artículo.)⁹² El irlandés describía cómo había sido obligado a comer como un animal, sobre sus rodillas y codos, y haber sido enganchado a una carreta con una soga al cuello. Apaleado y privado de comida, contaba haber visto a presos compañeros suyos morir a consecuencia de las condiciones en que eran mantenidos. “No me estoy quejando de los castigos que mis amos me infligen –mi trabajo es sufrir– pero insisto en que tengo el derecho de informar al mundo del tratamiento al que estoy siendo sometido Si mue-

ro en la cárcel, suplico a mi familia y a mis amigos que no se crean ni una palabra de lo que les diga esa gente”. Firmaba la carta “O’Donovan Rossa, preso político condenado a trabajos forzados”.⁹³

La carta causó sensación. Era casi shakespeariana; era como si O’Donovan Rossa estuviese hablando desde la tumba para denunciar a sus asesinos. *La Marseillaise* se apresuró a sacar una edición especial solamente con artículos de presos políticos, y el informe de Jennychen se propagó como un reguero de pólvora por Bruselas, Berlín y Dublín, hasta saltar a América. En pocos días muchos periódicos ingleses desde Manchester a Londres —el *Times*, el *Daily Telegraph*, el *Standard*— reimprimieron el artículo.⁹⁴ El 16 de marzo el *Daily News* de Londres publicó una respuesta del ministro del interior británico negando las afirmaciones de O’Donovan Rossa pero admitiendo que le habían puesto grilletes.⁹⁵ Esto dio material para otro artículo de “J. Williams” para *La Marseillaise*, que escribieron a cuatro manos Jennychen y Marx.⁹⁶

Marx estaba muy orgulloso de los logros de su hija. Sus artículos habían dado lugar a una petición en el Parlamento de una investigación pública sobre el tratamiento dado a los presos irlandeses, que Gladstone se vio obligado a aceptar. Jennychen no solo trabajaba para conseguir eventualmente la libertad de los presos, sino que mientras tanto trataba de mejorar sus condiciones manteniendo vivo el tema en una serie de artículos. Marx opinaba que también había contribuido a destruir la ilusión de que los gobiernos liberales estaban más preocupados por los derechos que los regímenes reaccionarios.⁹⁷ Mencionó los artículos de Jennychen en todas las cartas que escribió durante aquel período, por poco que le interesase el tema al destinatario. También Engels estaba eufórico. “Jenny puede gritar: ¡hemos conseguido una gran victoria!” le escribió a Marx. “Si no fuera por ella, el honorable Gladstone nunca habría aprobado la investigación”.⁹⁸

El mundo de Jennychen se expandió brillantemente aquella primavera. Aunque sus artículos se publicaban anónimamente, en el círculo de su padre se sabía por lo general que ella era la autora (sin embargo, la esposa de O’Donovan Rossa, Mary, pensaba que J. Williams era un hombre; se mostró amistosa hasta que descubrió que la J. significaba Jenny, momento en que los celos demostraron ser un sentimiento más fuerte que la gratitud⁹⁹). Jennychen empezó a recibir invitaciones no como la hija de Marx, sino como la escritora Jenny Marx. La esposa de un comerciante italiano la invitó a finales de marzo a una velada en Londres llena de ingleses distinguidos, y Jennychen recitó unos versos de Shakespeare con un “éxito enorme”, según su nada objetivo padre. Había empezado incluso a tomar de nuevo clases de canto, pensando una

vez más en la posibilidad de dedicarse al teatro.¹⁰⁰

Jennychen también tenía la atención de Flourens. Ancho de espaldas, rubio, con barba, ojos azul claro, a los treinta y dos años era en muchos sentidos una vuelta a los hombres de 1848: un romántico impetuoso, un renegado de la clase dirigente. Hijo de un aristócrata francés y miembro de la Academia de las Ciencias de París, Flourens tenía también una educación científica y había escrito un libro de etnografía, pero —llamado a grandes aventuras— se convirtió en un soldado mercenario que ofrecía sus considerables habilidades a cualquier país o a cualquier causa que considerase que valía la pena. Irradiaba potencia física, aunque en la sala de estar de los Marx era amable, meticuloso en sus modales y, en fin, divertido.¹⁰¹ Las mujeres Marx, una tras otra, se fueron enamorando localmente de él. Jennychen se quedó especialmente prendada y se refería a Flourens como “una extraordinaria mezcla de erudito y hombre de acción”.¹⁰² Los dos trabajaban juntos a favor de los presos irlandeses sin perder de vista a Francia, donde cada vez era más probable que los esfuerzos de Napoleón por recuperar su autoridad estuviesen produciendo el resultado contrario.

El 8 de mayo de 1870 se había programado un plebiscito en el que se preguntaría a los votantes franceses si aprobaban una enmienda constitucional que permitiese a Napoleón III pasar por encima de la asamblea legislativa y dirigirse directamente al pueblo para cambiar la ley. Desde el punto de vista de Napoleón, la pregunta del plebiscito estaba brillantemente redactada; su formulación era tan imprecisa que fuese cual fuese el sentido del voto podría reclamar la victoria. Pero lo que Napoleón consideraba un movimiento inteligente era visto por sus críticos como un acto de desesperación por parte de un líder cuyo poder se había erosionado tanto que se veía obligado a engañar a su pueblo para asegurarse su apoyo.¹⁰³ Los miembros de la Internacional denunciaron la maniobra del emperador en un mitin celebrado a finales de abril al que acudieron mil doscientas personas y exhortaron a los votantes a abstenerse en aquella parodia de plebiscito. En respuesta a ello, las fuerzas de seguridad asaltaron las oficinas de la AIT en París, Lyon, Rouen, Marsella y Brest.¹⁰⁴ Sostenían que la Internacional era una organización secreta ilegal y que sus miembros estaban planeando asesinar a Napoleón. De hecho, ese complot estaba en el aire, pero no era cosa de la AIT: la policía había urdido una falsa conspiración contra el emperador para justificar una ofensiva represiva contra la oposición.¹⁰⁵

En medio de aquel drama, Lafargue y Laura, que normalmente informaban regularmente a Marx de lo que sucedía en Francia, habían permanecido callados. A finales de febrero, su hija Jenny, la que Lafargue había insistido en que

estaba sana, había muerto.¹⁰⁶ Laura se describió como demasiado abatida por el dolor para pensar en escribir.¹⁰⁷ Cuando Marx supo finalmente lo que le había sucedido, trató de consolarla, pero reconoció que sus palabras carecían de sentido en aquellas circunstancias: “Yo mismo he sufrido demasiadas pérdidas de este tipo como para no compadecerlos profundamente. Pero por esa misma experiencia personal también sé que todos los bienintencionados tópicos y todas las tonterías supuestamente consoladoras que se dicen en estas ocasiones no hacen sino agravar el dolor en vez de aliviarlo”.¹⁰⁸

La pérdida de Laura se produjo en el mismo momento en que la familia estaba celebrando el éxito de Jennychen, lo que fue sin duda doblemente doloroso para los Lafargue porque los artículos de Jennychen aparecían en el mismo periódico que no le había ofrecido a Paul la cortesía de una primera oportunidad. A primera vista, Lafargue no pareció especialmente molesto por ello y empezó a trabajar en una serie de artículos contra Victor Hugo, a quien él y Marx habían llegado a considerar como un demócrata utópico y un burgués ávido de publicidad.¹⁰⁹ Para entonces Marx ya había comprendido que Lafargue no tenía ninguna intención de acabar sus estudios de medicina, por motivos que no tenían nada que ver con la salud de Laura. Abordó con delicadeza a su yerno por carta, y sin juzgarlo, insistió en que Paul le debía una explicación a su padre.¹¹⁰ Lafargue, retrocediendo ante un intercambio con su padre que sería explosivo, le dijo que prefería que de la revelación se encargase el propio Marx.¹¹¹

No hubo seguramente mucho júbilo en Modena Villas respecto a la decisión de Paul de abandonar la medicina. Una buena parte de su atractivo para Jenny y Marx cuando consintieron en el matrimonio era el hecho de que Lafargue sería financieramente independiente, con una carrera buena y noble. Ahora parecía que había tirado aquello por la borda para jugar a ser político y escritor, cuando no había dado muestras de tener aptitudes para ninguna de aquellas dos ocupaciones. También Laura sentía el peso de su situación. Sabía lo que significaba ser la esposa de un brillante pensador revolucionario —había sido testigo del sufrimiento de su madre— y no podía dejar de temer un futuro ligado a uno bien intencionado pero mucho menos inteligente. En una carta a Jennychen confesó que se sentía “encerrada en una nueva prisión”.¹¹²

Jennychen celebró su veintiséis aniversario el 1 de mayo, rematando el más exitoso y gratificante año de su vida dando una fiesta. Entre los invitados estaba Flourens. Tras haberse ganado fácilmente a las mujeres Marx, por entonces también se había ganado la confianza del cabeza de familia: “Lleno de ilusiones y de impaciencia revolucionaria, pero un tipo muy alegre pese a todo, y no uno

de estos hombres ‘condenadamente serios,’” le explicó Marx a Engels. La característica más destacada de Flourens, tal como lo veía Marx, era la audacia, pero también era muy culto, había dado clases en la Universidad de París y había viajado a los cuatro rincones del mundo. Marx propuso que Flourens entrase en el Consejo General de la Internacional y dijo que confiaba que pudiera quedarse en Londres un poco más de tiempo,¹¹³ probablemente pensando no solamente en la política sino también en Jennychen.

Fue mientras asistía a la fiesta que Flourens recibió la noticia de que había sido imputado en el denominado complot contra Napoleón. Existía el temor de que los franceses pidiesen su extradición, y el ambiente en la fiesta cambió en un instante, de la alegría a la aprensión. Jennychen escribió que aunque no había pruebas contra él, “entonces no sabíamos que el Sr. Flourens podía ser arrestado inmediatamente”. Con unas palabras que evocaban las que había pronunciado su madre en 1848 al expresar su inquietud de que el gobierno belga pensase que Marx estaba comprando armas para los trabajadores, Jennychen dijo que aunque era cierto que Flourens había “enviado dinero a París con objeto de armar al pueblo con bombas... eso no implicaba que tuviese nada que ver con el intento de asesinato del emperador”. Su cumpleaños casi olvidado, Jennychen, Flourens y otros asistentes a la fiesta salieron de la casa de los Marx para dar un paseo por el ventoso Heath y discutir aquel dramático giro de los acontecimientos.¹¹⁴

A medida que la noticia se propagaba, empezaron a circular rumores por los círculos de la AIT de que Flourens podía ser detenido junto con varios miembros de la Internacional en una de sus próximas reuniones. Marx empezó a rebuscar entre casos legales anteriores relacionados con extranjeros buscados por crímenes supuestamente cometidos fuera del país y determinó que Flourens no tenía nada que temer de las autoridades inglesas en circunstancias normales. Pero las circunstancias no eran normales, y el gobierno inglés estaba todavía resentido por los insultos que le había dirigido la oposición francesa por el tratamiento de los presos irlandeses. Puede que se sintiera tentado de enviar a algún sinvergüenza republicano de vuelta a París para que se las viera con la justicia. Tan insistentes eran los rumores de arresto que un grupo de periodistas se presentó para documentar la redada de la policía en la reunión de la AIT. Se marcharon decepcionados porque no hubo ninguna redada.¹¹⁵

No iba con la manera de ser de Flourens retroceder ante un desafío, así que tres días después de ser oficialmente imputado como sospechoso en el complot, regresó a París y desapareció entre los círculos de la clandestinidad.¹¹⁶ De manera tal vez nada sorprendente, Jennychen abandonó rápidamente su devoradora

pasión por Irlanda. A partir de aquel momento su madre la describió como “totalmente ‘francesa’”.¹¹⁷

Con la entrada de sangre joven en el movimiento (incluida la de las hijas de Marx), Marx y Engels empezaron a hablar entre ellos en el lenguaje de los veteranos del partido. Marx había empezado incluso a referirse a sí mismo como “Old Nick” [Pedro Botero] porque su barba había encanecido completamente. Su generación estaba agonizante, la lista de camaradas fallecidos era cada vez mayor: Weerth, Weydemeyer, Lassalle, Lupus. Más recientemente, había sido Schaper, el de los días de la Liga Comunista, el que había roto con Marx por la cuestión de la inmediatez de la revolución (que a él le parecía bien y a Marx no). Cuando Marx le visitó en su lecho de enfermo, conversaron sobre los muchos personajes que habían conocido y sobre las muchas sentencias de las que habían escapado, aunque la última era inevitable. Schapper le dijo a Marx en francés para que no le entendiera su esposa que su hora ya había sonado. Murió al día siguiente.¹¹⁸

Marx y Engels eran amigos íntimos desde 1844, pero a partir de 1850 su relación había sido básicamente epistolar. En 1870 Engels anunció que pensaba mudarse de nuevo a Londres.¹¹⁹ Marx no fue el único que se alegró de la noticia: durante años Jenny le había dicho a menudo que lamentaba que viviera tan lejos de ellos porque sola era incapaz de controlar a Marx. También parecía haber cambiado de actitud respecto a “la Sra. Engels”. Jenny nunca había mencionado a Mary Burns en sus cartas a Engels (al menos en ninguna que hayamos conservado), pero al parecer adoptó una actitud completamente diferente respecto a Lizzy. En julio, Jenny le dijo que les había encontrado una casa en el número 122 de Regent’s Park Road, a unos diez minutos de Modena Villas. Y añadía: “Sabes que estaremos complacidos de tener a Lizzy con nosotros”.¹²⁰

París, otoño de 1870

La historia está hecha de tal manera que el resultado final lo produce invariablemente el choque de muchas voluntades individuales...

Porque lo que cada individuo quiere se ve obstruido por lo que quieren los demás y el resultado es algo que nadie quería.

Friedrich Engels¹

LAS TENSIONES ENTRE FRANCIA Y PRUSIA habían estado creciendo inexorablemente desde 1815 y se habían acelerado durante la década de 1860 mientras ambas buscaban alianzas para reforzar su posición por si volvía a estallar la guerra en Europa. Cuando los dos ejércitos se enfrentaron en julio de 1870 no parecía haber alternativa a la batalla. Napoleón III, enfermo y debilitado en el interior, necesitaba demostrar su fuerza con una gran victoria militar, mientras que Bismarck veía a su alcance los dos objetivos largamente perseguidos: la ascendencia prusiana en el continente y una Alemania unida cuyo centro de poder era Berlín.

Curiosamente, la disputa que llevó a la guerra empezó en España. En 1868 la reina Isabel II fue derrocada por el ejército y huyó a Francia, dejando un vacío real. Los nuevos jefes militares pro-prusianos de Madrid escribieron a Bismarck para decirle que querían a un miembro de la dinastía de los Hohenzollern del rey Guillermo en el trono de España. Horrorizada por una posibilidad que esencialmente representaba quedar atrapada entre dos potencias prusianas, Francia declaró la guerra.

Fue una decisión arriesgada por parte de Napoleón, que necesitaba que su pueblo estuviese dispuesto a luchar, un pueblo con el que ni siquiera podía contar para que votase como él quería. Pero en este caso jugó bien sus cartas: los franceses se congregaron junto a su emperador. La multitud salió a los bulevares parisinos iluminados con lámparas de gas gritando: “¡A Berlín en ocho días!” y cantando la Marsellesa.² También hubo júbilo en la corte de Napoleón. El palacio había caído en la monotonía después de más de una década de relativa paz, y los cortesanos pensaban que una guerra era precisamente lo que necesita-

ban para sentirse de nuevo vivos.³ Y esto fue exactamente lo que hizo, a sus sesenta y dos años, en el caso del emperador. Poniéndose al frente del ejército, Napoleón proclamó: “¡Franceses! En la vida de los pueblos hay momentos solemnes en los que el honor nacional, violentamente excitado, se impone como una fuerza irresistible, domina todos los intereses y toma en sus manos la dirección de los destinos del país. Una de estas horas decisivas acaba de sonar en Francia”. Dicho esto, Napoleón III dejó su palacio en St. Cloud y, rodeado de un enorme séquito (casi una ciudad móvil), cabalgó hacia el este dispuesto a plantear batalla a Prusia.⁴

El hogar de los Marx quedó anonadado por el giro de los acontecimientos. “No es fácil aceptar la idea de que en vez de luchar por la destrucción del imperio, el pueblo francés se esté sacrificando por su engrandecimiento, que en vez de colgar a Bonaparte están dispuestos a enrolarse bajo su bandera”, escribió Jennychen a Kugelmann. “¿Quién podía haber pensado esto hace unos meses cuando la revolución en París parecía un hecho?”⁵

Cuando estalló la guerra, la oposición francesa estaba desorganizada; había demasiadas facciones con agendas demasiado diferentes. Todavía peor: cada grupo estaba encabezado por un líder egocéntrico que se declaraba dispuesto a darlo todo por el bien del país, pero que en realidad solo estaba dispuesto a dar lo suficiente para satisfacer sus ambiciones de dirigir una nueva república si Napoleón fracasaba. La izquierda, desde los liberales a la AIT, también se había visto debilitada por el acoso del gobierno. Aquel verano los hombres acusados de intentar matar a Napoleón fueron juzgados. De los setenta y dos acusados en aquella farsa de caso basado en un complot ficticio, la mayoría fueron sentenciados a entre cinco y veinte años de trabajos forzados o al exilio. Entre ellos estaba Flourens.⁶

Desde Londres, Marx consideró el estado del movimiento obrero continental a la luz del conflicto franco-prusiano y concluyó que una victoria prusiana sería beneficiosa. Había dos partidos obreros importantes en Alemania, la lassalleana Unión General de los Trabajadores Alemanes y el Partido Obrero Socialdemócrata. Este último, cuyos líderes eran August Bebel y el amigo de Marx Wilhelm Liebknecht, tenía unos 150.000 miembros y había adoptado como propias las normas de la AIT.⁷ “Solo hay que comparar”, escribió Marx, “los desarrollos en los dos países desde 1866 hasta el presente para darse cuenta de que la clase obrera alemana es superior a la francesa tanto en teoría como en organización”.⁸ Sin embargo, esto no era una valoración puramente política. Marx esperaba que una victoria prusiana tendría como resultado un predomi-

nio de su versión del socialismo sobre el proudhonismo, todavía muy extendido en Francia.

Mientras, e independientemente del resultado que privadamente preferían, Marx y la Internacional insistieron en que los miembros de la AIT se abstuviesen de alistarse en ninguno de los dos bandos. Era un principio básico de la AIT que los trabajadores no tenían por qué librar las batallas de sus reyes. Los trabajadores franceses fueron los primeros en tender la mano por la paz. El 12 de julio, cuando la guerra parecía inevitable, escribieron en el semanario republicano independiente *Le Réveil*: “La guerra por una cuestión de preponderancia o por motivos dinásticos puede, a los ojos de los trabajadores, ser simplemente una absurdidad criminal... ¡Hermanos de Alemania! Nuestra división solo tendría como resultado el completo triunfo del despotismo a ambos lados del Rin. Nosotros, los miembros de la Asociación Internacional de los Trabajadores, que no conocemos fronteras, os enviamos como prenda de nuestra indisoluble solidaridad los buenos deseos y los saludos de los trabajadores de Francia”.⁹ Los trabajadores alemanes respondieron rápidamente a los franceses con tres mensajes publicados, uno en un periódico alemán y dos en periódicos franceses de la oposición. La filial de la AIT en Berlín escribió: “Prometemos solemnemente que ni el sonido de las trompetas, ni el rugido de los cañones, ni la victoria ni la derrota nos desviarán de nuestro objetivo común, que es la unión de los hijos del trabajo de todos los países”.¹⁰

El mismo día que estalló el conflicto, Marx escribió, por encargo de la AIT de Londres su “Primer discurso sobre la guerra franco-prusiana”, declarando que “la alianza de las clases trabajadoras de todos los países acabará finalmente con la guerra”.¹¹ Publicado por la Internacional como un panfleto, fue reproducido por la prensa británica y por su postura pacifista se ganó el aplauso del filósofo y economista inglés John Stuart Mill y de la Quaker Peace Society, con sede en Londres, que dio dinero para que el panfleto tuviese una distribución más amplia. Ese dinero sirvió para imprimir treinta mil ejemplares en francés y alemán,¹² lo que hizo que aquella proclama de Marx contra la guerra fuese su obra con mayor circulación hasta la fecha.

Mientras, Engels estaba disfrutando absolutamente del conflicto, desde la comodidad de su despacho y desde una perspectiva puramente analítica. Había empezado a escribir una serie de artículos sobre el curso de la campaña militar para un periódico londinense muy leído, la *Pall Mall Gazette*. El acuerdo inicial había sido por dos artículos a la semana, pero sus “Notas sobre la guerra” aportaban tanta información y sus predicciones eran tan clarividentes que el editor le dijo que mandase tantos artículos como quisiera. Engels escribiría un total de

cincuenta y nueve artículos, los tres primeros firmados por “Z” y los demás sin firmar.¹³ Protestó (no sin un cierto orgullo) de que sus artículos fuesen plagiados por todos los demás periódicos de Inglaterra.¹⁴

Engels era por conocimientos y por experiencia un artillero, pero su éxito en la *Gazette* llevó a Jennychen a elevarle varios grados. Empezó a llamarle “el General”, y desde entonces toda la familia Marx y su círculo más inmediato ya no se refirió a Engels de otra manera.¹⁵

El ejército francés derramó la primera sangre el 2 de agosto durante una escaramuza en la ciudad de la frontera alemana de Saarbrücken, al este de París. Dos días más tarde, en la ciudad alsaciana de Wissembourg (Weissenburg en alemán), Francia sufrió una seria derrota y perdió a uno de sus mejores generales.¹⁶ Cínicamente, sin embargo, se enviaron reportajes falsos a París diciendo que el ejército francés había salido victorioso de la batalla y que habían capturado a un príncipe prusiano. La bolsa subió 4 puntos y muchos inversores ganaron dinero con aquella mentira. Pero el 9 de agosto se supo que Francia había sufrido tres derrotas en seis días, y el pueblo francés había empezado a considerar seriamente el futuro político del país si el emperador acababa derrotado.¹⁷

Marx temió que la oposición creyese que era el momento oportuno para declarar una revolución. En el mejor de los casos, un movimiento como aquel podía ser peligroso, pero sin una oposición unificada y en medio de la guerra, podía ser desastroso.¹⁸ De hecho el 9 de agosto hubo una reunión en la Place de la Concorde; la multitud esperaba ansiosa que se declarase la república, pero era tal la desunión entre la izquierda que la proclamación no llegó a producirse. El pueblo regresó a casa pensando que París podía ser invadido por las tropas prusianas sin que hubiese ningún gobierno para defenderlos.¹⁹

El 11 de agosto se declaró el estado de sitio en la capital: los prusianos se estaban concentrando en suelo francés.²⁰ En junio, Laura y Lafargue se habían mudado a la ciudad de Levallois-Perret, en los alrededores de París. Llevaban solo unas semanas allí cuando les dijeron que tenían que marchar: su casa estaba cerca de unas fortificaciones militares y sería derribada para incrementar la capacidad defensiva francesa. Habían prometido a la familia de Londres que se marcharían pronto para instalarse en casa de los padres de Paul en Burdeos, lejos del campo de batalla, pero a finales de agosto todavía no se habían trasladado. De hecho, Lafargue estaba considerando regresar a París.²¹ Los frecuentes viajes que había hecho a la ciudad le habían hecho ver lo caótica que era la situación, pero estaba dispuesto a resistir allí con Laura y Schnapps todo lo posible. Marx estaba furioso por la indecisión de Lafargue, y lo expresó enfurecido en una carta

a Engels:: “La parsimonia con que el idiota se toma su retirada a Burdeos es imperdonable”.²² Finalmente, sin embargo, el 2 de setiembre abandonaron Levallois para unirse a una migración creciente que se dirigía hacia el sur, huyendo del frente y de París. Cuando decidieron marcharse todavía no sabían la suerte que habían tenido al elegir el momento de hacerlo. Aquel mismo día el ejército fue derrotado. Más de cien mil soldados franceses fueron tomados prisioneros, el emperador entre ellos. Napoleón se había rendido.²³

La noticia no llegó a París hasta poco antes de la medianoche del 3 de setiembre. Cuando corrió la noticia, la gente salió a la calle y abarrotó los bulevares gritando de miedo y desesperación.²⁴ Al día siguiente, domingo, los líderes políticos se reunieron para decidir si ponían fin formalmente al gobierno de Napoleón III, proseguían la guerra contra Prusia y declaraban un Gobierno provisional para la Defensa Nacional. La cuestión crucial era si los militares respaldarían la iniciativa. La respuesta se supo rápidamente y de una manera muy simbólica. Soldados armados de la Guardia Nacional y de la Guardia Móvil marcharon en formación hacia el Palais Bourbon, en la orilla izquierda del Sena, cerca del Pont de la Concorde, donde se reunía la asamblea legislativa. Mientras las tropas se acercaban al edificio, la gente pudo ver que llevaban los rifles con la culata hacia arriba, y algunos habían colocado ramitas con hojas en los mosquetes: no iban a oponerse a un nuevo gobierno. Desde el interior del edificio alguien gritó, evocando la exultación de 1848: “¡Al Hôtel de Ville!”²⁵ La multitud corrió hacia el ayuntamiento, donde el veterano agitador Léon Gambetta subió al alféizar de una ventana y declaró una república francesa. Las trescientas mil personas que se calcula que estaban abajo rugieron su aprobación. La siguiente parada fue la base de Napoleón en las Tullerías, donde unas sesenta mil personas fueron al palacio para arriar la bandera imperial.²⁶ La emperatriz Eugénie ya había escapado y estaba en un velero de camino a Inglaterra.²⁷ Decenas de miles de alemanes que vivían en París también habían huido o estaban tratando de hacerlo; la Gare du Nord estaba llena de gente ansiosa por coger un tren antes de ser tildados de hostiles.²⁸

Pero, pese a que los temores tenían su fundamento, no hubo violencia en París. En la ciudad había trescientos mil soldados franceses, pero básicamente estaban aprovechando la ocasión para ir a las cafeterías o para atraer la atención de las mujeres; en vez de apuntar con sus rifles, los uniformados podían ser vistos holgazaneando por los bulevares, bebiendo vino y fumando cigarrillos.²⁹ “En un período de pocas horas de un sábado”, dijo E. B. Washburne, el embajador norteamericano en Francia, “había visto caer una dinastía y proclamar una república, y todo sin el derramamiento de una sola gota de sangre”.³⁰

El domingo se publicó como siempre el *Journal Officiel de l'Empire Français*. El lunes reapareció como *Journal Officiel de la République Française*.³¹ Este fue seguramente el último momento de una transición ordenada y pacífica. Había calma y de repente estalló la tormenta.

Marx se enteró de la proclamación de la República francesa a las cuatro de la madrugada del 5 de setiembre, al recibir un telegrama de Longuet: “*Se ha proclamado la República. Avisa al movimiento republicano de Alemania*”³² Marx así lo hizo y empezó a organizar a los miembros ingleses de la Internacional para que presionasen a los británicos para que reconocieran a la república. El 6 de setiembre, los miembros franceses de la AIT londinense estaban de camino a París para tratar de debilitar al recién instalado Gobierno de Defensa Nacional intentando colocar a su propia gente en posiciones clave. Marx calificó aquella acción de locura y expresó su alivio por el hecho de que Lafargue estuviese en Burdeos, de lo contrario seguramente estaría implicado en aquella acción.³³ De hecho Lafargue estaba ardiendo en deseos de volver a París. Todos sus amigos estaban allí, y él deseaba desesperadamente entrar en acción. Pero dos cosas lo retenían: una, el hecho de que Laura estaba embarazada y no quería dejarla sola; y dos, su padre estaba indignado al ver la decisión de su hijo de abandonar la medicina para dedicarse a la política radical y al periodismo. Laura informó a Jennychen de que su situación era sumamente desagradable: “Paul es intimidado por su padre a cada intento que hace de prestar algún servicio a la Internacional; mientras que, al mismo tiempo, sus amigos parisinos le están indudablemente culpando por no estar con ellos en París”. Paul trató de sacar un periódico, *La Défense Nationale*, en Burdeos, pero no lo logró. “Yo estaba muy preocupada por el hecho de que Paul se involucrase en aquel asunto”, dijo Laura, “pues lo único que podía sacar de aquella empresa era el enojo de su padre”. Y sin embargo le dijo a su hermana: “comprenderás que no puede permanecer cruzado de brazos en un momento como este”³⁴

Aunque Napoleón III se había rendido, sus antiguos súbditos no lo habían hecho. El 19 de setiembre de 1870 marcó la primera batalla entre las fuerzas republicanas francesas y las tropas prusianas ante las murallas de París. La cosa acabó mal para los franceses, y muchos de ellos se replegaron y se refugiaron en la ciudad. Sin motivos para tentar a la suerte, los parisinos cerraron rápidamente las puertas de la ciudad tras ellos, sellando los puntos de entrada por los que podían haber penetrado fácilmente los prusianos si sus comandantes les hubiesen ordenado hacerlo.

Había una extraña calma en París que procedía de la comprensión de que la capital estaba rodeada por tropas extranjeras e incomunicada con el resto de Francia. Dentro de las murallas de la ciudad había dos millones de civiles y miles de soldados, pero la sensación reinante era de aislamiento. “Todos los carruajes de ocio han desaparecido, las calles ya no son regadas ni barridas, y antes de la reciente lluvia la nube de polvo que había en los Champs Elysées era tan densa que uno apenas podía ver a dos palmos de sus narices”, comentó el embajador Washburne. “La ciudad es un enorme campamento... Hay soldados por todas partes, de todas las armas, uniformes, matices y colores... El jardín de las Tullerías está lleno de artillería”.³⁵ Washburne dijo que nadie esperaba que el asedio durase mucho. “Si alguien hubiera predicho que las puertas de la asediada ciudad no serían abiertas hasta el último día de febrero le habrían tomado por loco”.³⁶

La declaración de una república significaba que aquellos líderes de la oposición que habían sido encarcelados por Napoleón ahora estaban en libertad. Flourens —o, como le llamaba Jenny Marx, “*cher Gustave*”³⁷— estaba entre ellos. Organizó inmediatamente una unidad de milicianos para luchar contra los prusianos en caso de que abriesen una brecha en las murallas de la ciudad. De hecho, en los veinte *arrondissements* de la ciudad, todo el mundo preparó las armas, algunos para luchar contra los prusianos, mientras otros hacían acopio de municiones para un posible enfrentamiento con el gobierno provisional. Izquierdistas y trabajadores desconfiaban de aquel gobierno, que estaba encabezado por el general Louis Jules Trochu, el antiguo gobernador militar de París nombrado por Napoleón.³⁸

El 31 de octubre, unas noticias demoledoras llegadas por telégrafo corrieron por todo París y hasta las provincias francesas más distantes: la última de las unidades del ejército del país que permanecía intacta había sido derrotada cerca de la frontera, en Metz; los franceses que defendían la ciudad de Le Bourget, en las afueras de París, habían sido aplastados y —lo más escandaloso de todo— el Gobierno de Defensa Nacional estaba tratando de negociar un armisticio con Prusia.³⁹ Desde París a Marsella el escándalo por la posibilidad de rendirse era palpable.⁴⁰ En la capital la multitud, empapada por un incesante temporal de lluvias, se concentró ante el Hôtel de Ville gritando: “¡Armisticio no!” y luego penetró en el salón de actos del ayuntamiento, que estaba iluminado solo por dos lámparas de aceite, exigiendo que Trochu fuese destituido y que se declarase una comuna de París. Instruyeron a Louis Blanc, Ledru-Rollin, Victor Hugo, Blanqui y François Raspall, entre otros, para que organizaran unas elecciones a celebrar en un plazo de cuarenta y ocho horas.⁴¹

Apenas un minuto después Flourens y un grupo de hombres armados irrumpió en el escasamente iluminado salón. Flourens se subió a una mesa, pidió la formación de un comité de seguridad pública y ordenó que los miembros del gobierno provisional fuesen detenidos. Prometió mantenerlos a salvo pese a los gritos de la multitud, que quería matarlos. Pronto el salón del ayuntamiento fue un auténtico caos, lleno como estaba de diversos grupos exigiendo cosas.⁴² Pero aquella explosión de pasión civil frente a la derrota militar duró muy poco. Las tropas gubernamentales utilizaron un túnel secreto para entrar en el edificio y detener a los hombres de Flourens (pero no a Flourens, que logró escapar). El gobierno de Trochu fue restaurado.⁴³

En realidad, los bulliciosos hombres que habían tratado de derrocar al gobierno en el Hôtel de Ville eran el menor de los problemas de Trochu. La verdadera amenaza estaba en las calles, donde los ciudadanos estaban enojados y desesperados. Como no llegaban provisiones a París, la carne se había convertido en un bien escaso. La carne de caballo se convirtió en el alimento básico, y luego la gente empezó también a comerse los mulos. La escasez de comida se vio acompañada por la escasez de madera –las calles parisinas fueron sistemáticamente despojadas de árboles.⁴⁴ Los cambios eran graduales pero alarmantes y –igual que una enfermedad terminal– destinados a empeorar con el tiempo. A finales de octubre los gobiernos extranjeros se habían dado cuenta de la gravedad de la situación en la capital francesa y llegaron a un trato con Bismarck para que organizase un corredor para que sus ciudadanos pudieran salir. Los desesperados parisinos contemplaron, en medio de un silencio sepulcral, cómo veintiséis carruajes con escolta militar llevaban a aquellos pocos afortunados a un lugar seguro.⁴⁵

El hogar de los Marx en Londres se había convertido efectivamente en un centro de refugiados para personas que huían de Francia. En noviembre, las puertas de Modena Villas se abrieron para un goteo de exiliados que, a través de sus conexiones con miembros de la Internacional, eran enviados al padre de la organización. Pronto el goteo se convirtió en una auténtica riada. Tussy comentó que la casa a ratos parecía más un hotel que una casa particular.⁴⁶ Los primeros exiliados eran prusianos, pero poco después llegaron los rusos que habían huido a Francia para escapar de la represión en su propio país antes de seguir viaje a Inglaterra.⁴⁷ Marx, que creía que el lenguaje era “un arma en la batalla de la vida”,⁴⁸ había estado estudiando ruso para poder leerlo y ahora se atrevía incluso a hablarlo. Le dijo a un amigo que el esfuerzo valía la pena, incluso para un hombre de cincuenta y dos años: “El movimiento intelectual que está teniendo

lugar actualmente en Rusia es una prueba de que están bullendo cosas debajo de la superficie. Las mentes están siempre conectadas por unos hilos invisibles con el *cuerpo* del pueblo”.⁴⁹

La riada de correo y de publicaciones que entraba y salía del hogar de los Marx era enorme; en un momento dado Jennychen dijo que estaba leyendo unos cien periódicos –ingleses, franceses, alemanes, suizos, americanos– para mantener a su padre informado de lo que pasaba en Francia y de cómo eran interpretados los acontecimientos en el extranjero.⁵⁰ Marx decía que nunca se iba a la cama antes de las tres de la mañana, y aunque su salud era pésima, no podía “dedicar ni un minuto a esas trivialidades en un momento en que estaban sucediendo cosas trascendentales desde el punto de vista histórico”.⁵¹ Los miembros de la Internacional que permanecían en Londres iban al estudio de Marx para conferenciar de manera casi constante sobre lo que sucedía en Francia. El temor compartido era que los radicales más extremistas estuviesen tan ávidos de revolución como lo habían estado los cortesanos de Napoleón por ir a la guerra. Aquellos hombres habían estado en los márgenes de la historia desde 1849, y era poco probable que pudiesen resistir durante mucho tiempo la tentación de estar de nuevo en el centro de ella.

Engels se había trasladado a Londres justo a tiempo para participar en la acción. Visitaba a Marx cada tarde para dar un paseo juntos, bien en el estudio de Marx –en el que los dos hombres a base de pasear nerviosos desde una esquina del cuarto a otra habían dejado una marca en forma de X en la alfombra– bien en el Heath. Por las noches, él y Lizzy iban a casa de Marx.⁵² Teniendo a Engels cerca, según Jennychen, Marx gozaba de mejor salud de la que había tenido en años, y el estado de ánimo en Modena Villas era a menudo festivo. “La otra noche”, le escribió a Kugelmann, “se organizó una gran representación patriótica en casa”. Entre las interpretaciones destacó un dúo cantado por Marx y Engels.⁵³

En comparación, Laura se sentía sola y deprimida en Burdeos. El padre de Paul había estado muchos meses enfermo, y les había atormentado a todos con sus ataques de ira desde los confines de su habitación. Pero su muerte el 18 de noviembre tampoco trajo la paz.⁵⁴ Madame Lafargue culpó a Paul y a Laura de la muerte de su esposo, y lanzó una campaña vengativa contra ellos. Laura le dijo a Jennychen que algunos de los detalles eran demasiado dolorosos para ponerlos por escrito, pero los resumió diciendo: “Nunca en la vida he sido tan insultada como lo he sido por mi venerable suegra desde la muerte de Monsieur Lafargue”. Le confió que en una ocasión en que había tratado de defender a Paul de los ataques de su madre, Madame Lafargue le dijo, de “la manera menos cortés posible”, que se callara. Desde aquel momento la situación empeoró.

Laura se vio atrapada en medio de una batalla de voluntades entre su esposo y su suegra.

Fue algo más que una guerra de palabras. Pese al frío invernal, Madame Lafargue no permitía a Laura, que ahora estaba embarazada de siete meses, ni a su hijo Schnapps, tener el hogar encendido en la habitación en la que estaban o dormían. La madre de Paul tampoco permitía a su criada preparar la cama de Laura y de Schnapps para que pudieran irse a dormir, y Paul se negaba obstinadamente a que la preparase la propia Laura, de modo que ella y su hijo tenían que esperar pasando frío hasta que finalmente la criada entraba en la habitación y hacía su trabajo. Laura decía que su suegra les escatimaba la comida que comían, el vino que bebían, el aceite que quemaban. Finalmente, en diciembre, Madame Lafargue se fue de la casa, llevándose consigo casi todos los muebles, toda la ropa blanca y todos los utensilios de cocina. Laura se quedó con la casa vacía, pero al menos se quedaron tranquilos.⁵⁵ Al parecer Paul apreció especialmente esa nueva libertad; ya no tendría que ocultar su implicación política a sus furiosos padres. Desde su punto de vista, el momento no podía haber sido más oportuno.

Debido al asedio de la capital, el gobierno provisional francés había trasladado su sede de París a Tours y después a Burdeos. Lafargue estaba ahora en contacto regular con los republicanos del gobierno, como Gambetta, que había huido espectacularmente de París en un globo aerostático para unirse a sus colegas e informar sobre lo que pasaba en la capital.⁵⁶ Lafargue pasaba el tiempo yendo de reunión en reunión, buscando patrocinadores potenciales para el periódico que soñaba editar o conversando con miembros de la Internacional y con funcionarios del gobierno. Según Laura, era optimista respecto a la posibilidad de que Francia derrotase a los prusianos y salvase París.⁵⁷

Solo Lafargue, que tenía a su favor el hecho de ser optimista incluso cuando todo parecía perdido, podía estar tan seguro de la victoria. El hielo en París tenía media pulgada de espesor y todo el día podían oírse los disparos de los cañones en las puertas de la ciudad. Corrió el rumor de que el pan sería pronto racionado. Los ómnibus habían dejado de circular porque los caballos que tiraban de ellos habían sido sacrificados para comérselos, y quedaba muy poco combustible en la ciudad. Muchos de los soldados acampados en el interior de la ciudad habían muerto congelados. En los mercados, normalmente bien abastecidos, de París colgaron letreros como estos: “Gato común, 8 francos; rata, 2 francos; ratón de cola larga, 2 francos y medio”. Y no había escasez de compradores.⁵⁸

Las noticias procedentes del exterior de la ciudad también eran desalentadoras. El ejército estaba cayendo rápidamente. A comienzos de diciembre corrió

por París el rumor de que en una sola batalla habían muerto veintitrés mil hombres.⁵⁹ El embajador Washburne aportó una réplica sensata al pronóstico de color de rosa de Lafargue: “Sin comida, sin carruajes, sin calles iluminadas, las perspectivas no son muy halagüeñas”. Escribía estas palabras el 23 de diciembre; hacía noventa y seis días que París estaba sitiado”.⁶⁰

En Francia y Alemania, los miembros de la Internacional y los trabajadores estaban sometidos a un mayor escrutinio, en parte debido a sus muy publicitadas declaraciones de solidaridad. En algunos casos, la promesa de no luchar contra sus homólogos franceses o alemanes fue considerada como una traición. De hecho, después del tumulto en el Hôtel de Ville el 31 de octubre, Marx dijo que el gobierno provisional parecía más propenso a ir en contra de los “rojos” que en contra de los prusianos.⁶¹ Una vez más, entre los detenidos en París estaba Flourens.⁶² Mientras, en Alemania, Liebknecht y Bebel habían sido detenidos. En julio se habían abstenido abiertamente en la votación del Reichstag sobre la financiación de la guerra de Bismarck contra Francia. Cuando surgió de nuevo en noviembre el tema de la financiación, se pronunciaron de nuevo en contra y a favor de la paz. A mediados de diciembre, cuando terminaron las sesiones del Reichstag de la temporada, fueron arrestados acusados de alta traición.⁶³

Marx escribió a la esposa de Liebknecht para asegurarle que el partido se haría cargo financieramente de ella y de todos los patriotas alemanes “perseguidos”.⁶⁴ Engels también le dirigió unas palabras de apoyo, añadiendo que la noticia de la detención de sus camaradas había sido particularmente dolorosa por el momento en que se había producido. Aquel mismo día, Marx y Engels habían estado de celebración: habían sabido que después de ocho meses de sesiones y deliberaciones, la investigación parlamentaria sobre el trato a los presos irlandeses que se había puesto en marcha gracias a los artículos de Jennychen había tenido como resultado la amnistía para los presos.⁶⁵ Gladstone declaró que los irlandeses podían abandonar la cárcel si se comprometían a no regresar a Inglaterra. O’Donovan Rossa estaba entre los liberados.⁶⁶

Los esfuerzos de Jennychen habían conseguido más de lo que ella misma había esperado en sus más descabellados sueños. Sus palabras habían servido para liberar a unos hombres. Desgraciadamente, O’Donovan Rossa no reconoció explícitamente la defensa de Jennychen, y la contribución de esta ha desaparecido en gran parte de los relatos históricos de la lucha de los presos irlandeses. En su autobiografía O’Donovan Rossa escribió: “Mientras estaba en la cárcel en Inglaterra, la publicidad del trato que recibía era lo único que me protegía la vida. Había un exiliado francés en Londres llamado Gustave Flourens, que se inte-

resó por mi situación, mucho más que cualquier irlandés. Tradujo un informe sobre el trato que me daban en la cárcel al francés y al alemán y lo hizo publicar en varios periódicos europeos. Esto desconcertó a Inglaterra, que aceptó que se formase una comisión de investigación”.⁶⁷ Si Jennychen tenía que ceder el mérito de su intervención en el caso a otro que no fuera su padre, este otro sin duda habría sido Flourens. Ahora era él el que estaba preso y ninguna campaña de prensa podría liberarle. Efectivamente, nadie habría tomado nota de los apuros individuales de nadie en París, porque toda la ciudad estaba en apuros.

* * *

El 5 de enero de 1871, los obuses prusianos alcanzaron el Barrio Latino.⁶⁸ El 7 de enero más de cuatrocientas personas morían cada día en el interior de París.⁶⁹ En los muros de la capital, cubierta de nieve, aparecieron carteles proclamando: “Dejad paso al pueblo. Dejad paso a la Comuna”. Trochu replicó con su propia declaración: “El gobierno de París nunca capitulará”.⁷⁰

Pese a las palabras de Trochu, la capitulación era exactamente lo que tenían en mente los funcionarios del gobierno francés. El Gobierno de Defensa Nacional veía claramente que una Francia débil y agotada no podría resistir mucho tiempo frente a Prusia y mucho menos confiar en la posibilidad de una victoria. El 18 de enero tuvieron lugar dos hechos dramáticos que hicieron pensar a los dirigentes del gobierno provisional de Francia que sería más fácil vender al pueblo la idea de la rendición. En el Salón de los Espejos de Versalles, el rey de Prusia Guillermo fue proclamado emperador de Alemania (y pronto Bismarck sería nombrado canciller del Segundo Reich).⁷¹ Ningún francés podía engañarse respecto al significado de aquella ceremonia. Alemania ya había derrotado a Francia.

El otro acontecimiento que tuvo lugar aquel aciago día tuvo por escenario un campo a las afueras de París. Trochu había sido presionado para que actuara de manera agresiva contra las tropas prusianas que rodeaban la ciudad, en parte para acallar la ira cada vez mayor de la hambrienta población atrapada en su interior. Ante la necesidad de que le vieran haciendo algo para acabar con el asedio, ordenó un asalto de la guardia nacional en una zona cerca de Versalles llamada Buzenval que estaba muy bien fortificada por los curtidos soldados prusianos.⁷² Ancianos, muchachos jóvenes y mujeres llevando mochilas o rifles para sus hombres se unieron al avance de la guardia nacional hacia la línea prusiana, compensando con entusiasmo y en número de personas lo que les faltaba en experiencia. Los franceses sufrieron un elevado número de bajas –posiblemente

más de diez mil— pero, de manera sorprendente, consiguieron hacer retroceder a los prusianos y ganar algo de terreno. Estaban llenos de júbilo por aquella pequeña victoria después de semanas de esperar con impotencia la oportunidad de defenderse. Pero al día siguiente Trochu ordenó la retirada, obligando a la guardia a abandonar el terreno ganado sin motivo aparente.⁷³

El periodista Prosper Lissagaray (un testigo generalmente imparcial que despreciaba por igual a todos los líderes) informó de que los batallones franceses regresaron a París llorando de rabia. Corrió el rumor de que el gobierno había querido que se produjese una matanza para poder declarar la derrota total y luego rendirse. Esta sospecha se vio pronto confirmada cuando Trochu proclamó que todo estaba perdido.⁷⁴ “Así, cuando aquellas fatídicas palabras fueron pronunciadas, la ciudad pareció primero maravillada ante la visión de un crimen monstruoso, antinatural”, escribió Lissagaray. “Las heridas de cuatro meses se abrieron de nuevo, clamando venganza. Frío, hambre, bombardeos, las largas noches en las trincheras, los más pequeños muriendo a millares, cuerpos sin vida esparcidos por todas partes, y todo acababa en una rendición vergonzosa”.⁷⁵

La multitud se concentró ante el Hôtel de Ville exigiendo gobernarse ellos mismos: querían una comuna. El pueblo culpaba a Trochu del descalabro en Buzenval y del hecho de que hubiese esperado tanto para defender a París, pero Trochu ya había sido sustituido al frente del gobierno provisional por un radical, el general Joseph Vinoy. Los líderes de la oposición en París se apresuraron a discutir cuál era el siguiente paso a dar. Pero los acontecimientos ya estaban fuera de su control.⁷⁶ El batallón de Belleville, el que había estado a las órdenes de Flourens, se puso en marcha, y la multitud se fue incorporando a medida que avanzaba hacia el centro de la ciudad. El 23 de enero a las tres de la mañana, la multitud atacó la cárcel de Mazas y liberó a Flourens y a otros presos republicanos y radicales detenidos allí.⁷⁷ La respuesta de Vinoy fue rápida: el gobierno ordenó cerrar todos los clubs de la oposición, suprimió todos sus periódicos y dictó nuevas órdenes de arresto.⁷⁸ Cuando los hambrientos parisinos se concentraron frente al Hôtel de Ville —hacía ya 127 días que la ciudad estaba sitiada— gritando: “¡Queremos pan!”, las fuerzas de Vinoy abrieron fuego desde todas las ventanas que daban a la plaza. Cinco personas resultaron muertas y otras dieciocho heridas.⁷⁹

Aquel mismo día, el ministro de Asuntos Exteriores Jules Favre empezó las conversaciones para un armisticio con Prusia para poner fin a aquella costosa guerra y tratar de contener la creciente crisis social. Tras cuatro días de conversaciones se llegó a un acuerdo, y el 27 de enero los cañones prusianos dejaron de disparar. El sitio de París había terminado. Favre y Bismarck habían llegado

a un acuerdo de armisticio preliminar que tenía que ser ratificado por el próximo gobierno nacional francés que saliese de las urnas.⁸⁰ El silencio en París respecto al acuerdo fue ensordecedor. El armisticio no significaba la paz; significaba la rendición. Si alguien tenía alguna duda, solo tenía que observar las plazas fuertes de la ciudad: en todas ellas ondeaba la bandera alemana.⁸¹

Las elecciones nacionales se celebraron el 8 de febrero, y la división entre los parisinos y el resto de Francia quedó pronto clara. Las zonas rurales no habían sufrido el asedio y lo que querían sobre todo era estabilidad, una opción que habían apoyado en las urnas innumerables veces anteriormente. De los 750 miembros elegidos para la Asamblea Nacional, 450 eran monárquicos y unos 150 republicanos. Los miembros considerados de extrema izquierda –unos veinte– eran casi todos parisinos. “París se convirtió en un país en sí mismo”, dijo Lissagaray, “separado de las provincias hostiles y de un gobierno hostil”.⁸²

La nueva Asamblea Nacional aprobó por una gran mayoría los odiosos términos del armisticio: la región de Alsacia y la mayor parte de la región de Lorena fueron anexionadas por Alemania, y Francia se comprometió a pagar a Alemania cinco mil millones de francos –unos mil millones de dólares– en cuatro años. Hasta que aquella indemnización fuese pagada, el ejército alemán permanecería en las provincias orientales de Francia. Una vez resuelta la cuestión de la guerra, lo siguiente que hicieron los gobiernos de Francia y Alemania fue ponerse manos a la obra para pacificar París.

París, 1871

*El soldado de la revolución actual es del pueblo.
Ayer mismo estaba en su pequeño taller, doblado sobre las rodillas,
manejando un punzón o una aguja, o batiendo hierro.
¿Cuántas personas pasaban por allí sin saber, sin creer, que allí había un hombre?*

André Léo¹

LAS FUERZAS PRUSIANAS ENTRARON en París por los Campos Elíseos el 1 de marzo y encontraron que la Ciudad de la Luz estaba a oscuras. Banderas y crepones negros en la fachada de los edificios, tiendas cerradas, lámparas de gas apagadas, y las prostitutas que confiaban hacer unos cuantos *sous* prestando sus servicios a los prusianos eran públicamente azotadas si las descubrían. Las cafeterías que se habían atrevido a servir a los invasores fueron saqueadas. Los periódicos provinciales hablaban de una delincuencia galopante y de muchos incendios provocados en la capital, pero en realidad no había delincuencia. No había vida visible. París se había adentrado en la clandestinidad y se estaba preparando para el combate.² Las unidades de la guardia nacional, todavía indignadas por la masacre de Buzenval en enero, habían reunido furtivamente todas las armas que habían podido encontrar, incluidos 250 cañones que colocaron alrededor de la ciudad.³ Los ciudadanos también se armaron, haciendo acopio de municiones y levantando barricadas tan altas como edificios. Hombres, mujeres y niños trabajaban rápida y silenciosamente, preparándose para la defensa.⁴

El gobierno se había quedado en Burdeos, al sudoeste de París, porque era demasiado peligroso regresar, y desde la distancia emitió una serie de decretos que fueron tal vez más incendiarios que la tregua que había permitido a las tropas prusianas entrar en la capital. El 13 de marzo el gobierno declaró que todas las deudas acumuladas desde noviembre, cuyo cobro había sido postergado a causa de los acontecimientos, tenían que ser pagadas. Ello significaba que los parisinos que no habían podido trabajar durante el asedio, que se habían gastado sus últimas monedas comprando carne de gato o de rata, tenían que encontrar dinero para pagar meses de atraso de alquileres, impuestos y otras facturas. Tam-

bién corrió el rumor de que la guardia nacional tendría que dejar de cobrar su salario.⁵ El mismo día que se publicó el decreto sobre la huelga, el gobierno ordenó el cierre de otros seis periódicos y condenó a muerte a los involucrados en la toma del Hôtel de Ville en octubre, incluidos Flourens y Blanqui.⁶

A modo de desafiante respuesta, París se llenó de color. Prohibidos los periódicos, la gente colgó carteles de todos los colores por las paredes de la ciudad, que eran ávidamente leídos por los ciudadanos, que formaban grupos en torno a cada uno de los nuevos carteles para comentarlos.⁷ Entre ellos había uno de Flourens en respuesta a su sentencia de muerte:

En vistas de la sentencia emitida contra mí, tengo derecho a protestar de la forma más enérgica por la violación de todos los derechos reconocidos por la constitución... Por otro lado, hace tiempo que sé que la libertad se ve reforzada gracias a la sangre de los mártires, de modo que si la mía puede servir para lavar esta mancha de Francia y para consolidar la unión del pueblo y la libertad, la ofrezco voluntariamente a los asesinos del país y a los asesinos de enero.⁸

París estaba lleno de hombres igual de voluntariosos, unos 300.000 encuadrados en las milicias y muchos más en los 250 batallones de la guardia nacional.⁹ Y luego estaban los ciudadanos armados con cuchillos, palos y porras, que esperaban a las puertas de sus casas como centinelas guardando un palacio. Jugarían un papel decisivo cuando la defensa de París fuese puesta a prueba.

El 18 de marzo a las tres de la mañana, el gobierno francés envió 25.000 hombres a París. Alrededor de la ciudad, mientras sus habitantes dormían, los soldados se apoderaron de la artillería pesada de la guardia nacional. A las seis el gobierno se había hecho con el control de los cañones de los rebeldes, pero quiso la suerte o el destino o la incompetencia que los soldados no hubiesen traído caballos para poner a salvo las armas. Mientras esperaban que llegasen los caballos, las mujeres de París se despertaron. Corrió la voz de casa en casa a través de las ordeñadoras que cada mañana hacían el reparto de leche por la ciudad, de que los soldados estaban tratando de llevarse los cañones. Pronto sonaron los tambores de alarma desde los tejados.¹⁰

En Montmartre, el general Claude Lecomte fue atacado por un grupo de mujeres y niños que le recriminaron lo que sus hombres estaban tratando de hacer. En una muestra de desprecio por los allí congregados, ordenó a sus tropas disparar contra la multitud,¹¹ pero las mujeres desafiaron a los jóvenes soldados poniéndose frente a ellos y gritando: “¿Os vais a atrever a disparar contra

nosotras?”. No lo hicieron. Aquellos soldados no tenían el coraje necesario para enfrentarse a sus compatriotas franceses, y mucho menos para disparar contra las francesas. Algunos de ellos habían estado en la guerra desde el mes de julio; algunos estaban tan indignados con el gobierno como los parisinos. El general perdió el control de sus soldados, que empezaron a confraternizar con las mujeres. Lecomte fue luego tomado prisionero por la guardia nacional y obligado a firmar una orden diciendo a sus hombres que evacuasen dejando los cañones en su lugar.¹²

Al mediodía todos los cañones menos diez estaban de nuevo bajo el control de los parisinos.¹³ Trágicamente, la multitud, que hasta aquel momento se había contenido, dio rienda suelta a su furia. Lecomte y otro general, Clément Thomas, fueron ejecutados a instancias de la multitud.¹⁴ Fue un grave error: el asesinato era lo que necesitaba el gobierno para justificar un ataque con toda su fuerza y sin piedad.

En la pausa anterior a la inevitable represalia, el 26 de marzo, los parisinos votaron para elegir su propio gobierno. Unas doscientas mil personas se reunieron al día siguiente ante el Hôtel de Ville para saludar a sus nuevos líderes. La exaltada multitud guardó silencio mientras los elegidos subían a una plataforma, con los hombros dramáticamente cubiertos por un pañuelo rojo, a medida que sus nombres iban siendo solemnemente leídos. Finalmente, una vez reunido el gobierno parisino, uno de sus miembros gritó: “¡En nombre del pueblo proclamamos la Comuna!” y la jubilosa multitud, lanzando sus gorras al aire, respondió como un solo hombre: “*Vive la Commune!*” Los cañones dispararon salvas, ondearon banderas desde los balcones y tejados y miles de manos agitaron pañuelos.¹⁵

Mientras, el gobierno nacional francés, cuyos líderes se habían acercado un poco más a la ciudad y estaban en Versalles, habían decidido tomar la ciudad por la fuerza el 1 de abril. Los comandantes del gobierno trataron de preparar a las renuentes tropas describiendo la resistencia parisina como la obra de agitadores extranjeros. No iban a luchar contra sus compatriotas franceses, les explicaron, sino contra unos extranjeros infiltrados.¹⁶ Uno de aquellos extranjeros fue identificado como un cabecilla: desde marzo empezaron a aparecer informes en la prensa francesa, inglesa y alemana acusando a Marx de dirigir las actividades de la Internacional en París, y por extensión en las calles de París. Uno de aquellos artículos, titulado “*Le Grand Chef de l’Internationale*”, decía: “Es, como todo el mundo sabe, un alemán, y lo que es aún peor: un prusiano”. El artículo (que decía que Marx estaba viviendo en Berlín) sostenía que la policía había intercep-

tado una carta de Marx a un miembro de la AIT sobre cómo había que proceder en París.¹⁷

Marx no estaba particularmente preocupado por aquellos informes siempre que no empeorasen la situación en París o que dividiesen a los trabajadores franceses y alemanes, que hasta entonces habían mantenido su solidaridad. Con aquellas preocupaciones en mente, declaró públicamente que la carta que le atribuían había sido falsificada por la policía con la evidente intención de implicar a la Internacional en cualquier acto violento que se produjese.¹⁸ Pese a su declaración, la prensa siguió publicando informes similares. En abril, Laura envió a su padre un recorte de un periódico francés en el que podía leerse: “Acaba de llegarnos una información de Alemania que está causando sensación allí. Existen pruebas irrefutables de que Karl Marx, uno de los más influyentes líderes de la *Internacional*, fue *el secretario privado del conde Bismarck* en 1857, y nunca ha dejado de estar en contacto con su antiguo *patrón*”.¹⁹ De este modo Marx era a la vez un importante comunista y un confidente de uno de los reaccionarios más poderosos de Europa occidental; en otras palabras, una amenaza, fuese cual fuese el bando con el que uno simpatizase.

A la una de la madrugada del día 2 de abril, las fuerzas del gobierno francés abrieron fuego en París, despertando a sus habitantes, que dormían plácidamente, con el sonido de los cañones. Las milicias defensivas, los llamados *fédérés*, corrieron a sus puestos, los civiles se dirigieron a las barricadas y el redoble de los tambores llamó al pueblo a las armas. A las ocho de la mañana, 20.000 hombres en la Orilla Derecha y 17.000 en la Orilla Izquierda estaban preparados para rechazar el ataque y marchar contra las tropas nacionales francesas. La resistencia estaba armada y movilizada pero carecía de dirección; los oficiales parisinos de quienes se esperaba que hubiesen ideado un plan no lo habían hecho.²⁰

Impertérrito, Flourens se puso a la cabeza de un grupo de unos mil hombres y el día 3 de abril se lanzó contra las fuerzas gubernamentales, pero fueron fácilmente rechazados; en cuanto los *fédérés* fueron atacados rompieron la formación y huyeron. Flourens estaba exhausto por la batalla y deprimido por la cobardía de sus soldados.²¹ Su edecán le convenció de que parasen en un hotel a descansar, pero el hotelero les traicionó y alertó al gobierno de la presencia de un líder rebelde en su hotel. Policías y soldados del gobierno irrumpieron en el hotel y mataron directamente al edecán. Luego tomaron bajo custodia a Flourens, y tras encontrarle una carta de su madre en el bolsillo descubrieron su identidad. “¡Es Flourens!” gritó uno de los policías, según un turista inglés que fue testigo

del incidente. “¡Detenedlo, esta vez que no escape!” Y efectivamente, Flourens no pudo escapar. Según el testigo, su aparente calma frente a veinte hombres armados irritó tanto al oficial que le interrogaba que este levantó su sable y lo dejó caer con fuerza sobre su cabeza. Mientras su cuerpo yacía en el suelo, otro oficial puso el cañón de su pistola en el ojo de Flourens y apretó el gatillo.²²

La muerte de Flourens fue uno de los primeros trofeos en la lucha del gobierno francés contra París. Junto con el cadáver de su edecán, el cuerpo de Flourens fue cargado en una carreta y llevado a Versalles, donde unas damas y caballeros muy refinados —ahora cortesanos del gobierno como poco antes habían sido cortesanos del emperador— vitorearon al ver los cuerpos expuestos de aquella manera. En París, las pancartas no anunciaron su muerte; simplemente decían que Flourens había llegado a Versalles. Todo el mundo interpretó que esto significaba una victoria y trescientas mujeres recorrieron los Campos Elíseos jurando que también ellas querían ir a Versalles. Al día siguiente se supo la verdadera naturaleza de aquella supuesta victoria. Flourens estaba muerto y otros nueve soldados habían sido capturados y ejecutados.²⁴

Lissagaray concluyó que la lucha por la defensa de París sufrió un cambio aquel 3 de abril. Los parisinos ya no esperaron a que sus generales dirigiesen la carga y tomaron la defensa en sus propias manos.²⁵ El 5 de abril apareció una pancarta que decía: “Si estáis hartos de vegetar en la ignorancia y de revolcaros en la miseria; si queréis que vuestros hijos sean hombres que disfruten del fruto de su trabajo y no meros animales entrenados para el taller y el campo de batalla; si no queréis que vuestras hijas, a quienes no podéis educar y cuidar como desearíais hacerlo, se conviertan en instrumentos de placer en los brazos de la aristocracia del dinero; si queréis que finalmente venga el reino de la justicia, trabajadores, sed inteligentes, ¡levantaos!”²⁶

Al día siguiente se celebró un funeral como si el objetivo fuese no solo enterrar a los caídos en la batalla sino también las esperanzas aplastadas de los parisinos. Lissagaray describió los tres carruajes fúnebres adornados con banderas rojas y transportando treinta y cinco ataúdes cada uno mientras avanzaban hacia el cementerio del Père-Lachaise: “Las viudas de hoy confortadas por las viudas de mañana” caminaban codo con codo hacia la enorme tumba preparada para los caídos. “En los grandes bulevares observábamos el cortejo unas doscientas mil personas, y desde las ventanas nos observaban otras cien mil caras pálidas”.²⁷

Flourens fue enterrado un día más tarde en el cementerio del Père-Lachaise.

La noticia de la muerte de Flourens llegó a Londres el 5 de abril. El *Daily Telegraph* informó: “Los acontecimientos del lunes fueron coronados, según dicen,

por la muerte de M. Flourens, uno de los líderes insurgentes más inflexibles y temerarios. El cuerpo de M. Flourens está en Versalles”.²⁹ El dolor en casa de los Marx fue palpable, especialmente entre las mujeres, que le consideraban “el más valiente entre los valientes”.³⁰ Jennychen dijo sentir rabia de que un hombre como Flourens pudiese ser traicionado por un hotelero pequeño burgués y masacrado por sus propios compatriotas.³¹

Al día siguiente Marx le dijo a Liebknecht que Tussy y Jennychen habían decidido ir a Francia.³² La noticia de la muerte de Flourens, que había llegado tras semanas de informes sobre el deterioro de la situación en París, sin duda les empujó a la acción. Igual que Karl y Jenny en su juventud, las hijas de Marx eran incapaces de quedarse sentadas viendo pasar la revuelta; aunque no participasen en la lucha necesitaban estar cerca del lugar de la acción. También tenían un motivo personal urgente: Laura había tenido otro hijo y este no estaba bien. Paul escribió animado diciéndoles que Laura trataba de amamantar al niño,³³ pero la familia recibió aquella noticia con preocupación. Sabían que Laura estaba enferma, y Jenny especialmente no podía evitar recordar sus inútiles intentos de amamantar a Fawksy para que recuperase la salud.

Tras la muerte de François Lafargue, Paul había heredado los cien mil francos que tenía que haber recibido al casarse, pero la mayor parte de ese dinero estaba en propiedades, acciones o bonos del estado.³⁴ Como consecuencia, la familia se preocupó de que Laura no tuviese los medios materiales y la ayuda personal que necesitaba para superar esta última crisis. Las cartas de Paul estaban llenas de comentarios y proclamas políticas, y era obvio que estaba ansioso por dejar Burdeos ahora que el gobierno se había trasladado a Versalles y que se había instaurado una comuna en París. Laura había dicho claramente: “Estoy acostumbrada a estar sola. Hace muchos meses que Paul apenas pasa por casa, y yo apenas he salido de ella durante los últimos siete u ocho meses”.³⁵

Si había alguna duda por parte de Jenny y de Marx respecto al viaje que pensaban hacer Jennychen y Tussy, esta duda se evaporó cuando Jennychen recibió la noticia de que Paul estaba en París. Había decidido volver justo en el momento en que Bismarck había liberado a sesenta mil prisioneros franceses para contribuir a pacificar la capital. Laura escribió a primeros de abril que no había tenido noticias suyas desde que se había marchado, y “para empeorar las cosas mi pobre hijo ha estado tan enfermo que durante ocho o diez días esperaba que en cualquier momento se iba a morir. Está mucho mejor desde hace un par de días y creo que seguirá mejorando. Durante la última semana le he llevado en brazos arriba y abajo casi todo el día y lo he mecido por la noche... Respecto a Paul, no sé qué pensar. Ciertamente no se fue con la intención de estar

tanto tiempo fuera. Pero tal vez no puede regresar aunque quiera hacerlo, o tal vez la visión de las barricadas le ha tentado a involucrarse en la lucha; no me extraña y no me importaría haber estado con él, porque yo también me habría involucrado en la lucha”.³⁶

Jennychen decidió salir para Francia inmediatamente, y le confesó a Kugelmann que si sus padres no hubiesen estado de acuerdo, se habría marchado igualmente a hurtadillas.³⁷

Mientras trataban de organizar su partida, Jennychen y Tussy encontraron frustración por todos lados. El vapor de Londres estaba cargado de mercancías con destino a Francia y el capitán se negó a tomar pasajeros. Su única opción era un barco que salía de Liverpool el 29 de abril, y en aquellas circunstancias Jennychen consideró que la espera sería desesperante. Luego averiguó que habría problemas en Francia: las líneas del tren desde el puerto estaban cortadas o monopolizadas por los soldados. Además, ella y Tussy necesitarían un pasaporte, pues nadie podía entrar en Francia sin pasaporte.³⁸ Pero no se atrevían a viajar como Jenny y Eleanor Marx; necesitarían documentación falsa si querían rescatar a Laura de su espantosa soledad.

No está claro por qué Lafargue fue a París. Se dijo que necesitaba investigar porque pensaba escribir un libro, o que buscaba la aprobación de los *communards* (como empezaron a ser llamados) para organizar una insurrección en Burdeos.³⁹ Fuese cual fuese el motivo, el hecho es que hacia el 18 de abril estaba de vuelta en Burdeos, cuando, casualmente, se produjeron allí varios disturbios: varios agentes de policía fueron detenidos, los barracones de la infantería apedreados, y se oyeron gritos de “*Vive Paris!*”⁴⁰ ¿Era aquella insurrección obra de Paul? Al parecer, eso pensaba la policía local, que culpó de la agitación a agentes de la Internacional. Sin intentar ocultar sus actividades políticas, Lafargue colgó carteles a favor de la Comuna e incluso se presentó (aunque perdió) a las elecciones municipales como miembro de la AIT. De manera nada sorprendente la policía abrió una investigación para averiguar si aquel hombre al que consideraban un fanático tenía que ser arrestado inmediatamente. Entre los que aportaron información en contra de él había una fuente que decía que Lafargue se encargaba de reclutar miembros para la Internacional y que acudía a sus reuniones cada noche. Dudando de si estos eran motivos suficientes para detenerlo, la policía de Burdeos consultó a Émile de Kératry, un superior de una región vecina, acerca del caso.⁴¹

Sobre este telón de fondo, Jennychen y Tussy, que viajaban con el nombre falso de Williams, llegaron a Burdeos el 1 de mayo de 1871, tras un viaje de cua-

tro días con mar gruesa. Jennychen se encontró mal durante casi todo el trayecto, pero Tussy, que ahora tenía dieciséis años, disfrutó de la aventura y del hecho de que viajaban de incógnito. Jennychen les dijo a sus padres que Tussy se pasaba todo el día en cubierta, hablando con los marineros y fumando cigarrillos con el capitán. Engels había sugerido que durante el viaje se hicieran pasar por burguesas inglesas, cosa que hicieron sensacionalmente bien. “En el barco nos trataban como princesas”, dijo Jennychen. “Oficiales y auxiliares se desvivían para traernos mantas, taburetes y almohadones; el capitán nos dejaba sus prismáticos cada vez que había algo interesante a la vista, e hizo traer su enorme sillón a cubierta para que yo estuviera cómoda”. Una vez en Francia, fueron tomadas por parisinas y ni siquiera tuvieron que enseñar sus pasaportes o su fachada burguesa.⁴²

La Burdeos a la que llegaron era una ciudad que no llamaba nada la atención por su tranquilidad —las cafeterías estaban llenas, sus habitantes no paraban de jugar al dominó o al billar, y los restaurantes servían comidas sin cesar—, pero era al mismo tiempo una ciudad aterradora. Como en todas las provincias en las que actuaban los agitadores, los que tenían inclinaciones rebeldes eran vigilados y sus nombres pasaban a engrosar las listas de sospechosos.⁴³ Las administraciones provinciales seguían el ejemplo de Versalles, que estaba enfrascada en identificar a los líderes de la rebelión para arrestarlos o ejecutarlos después del asalto final para aplastar el levantamiento.

Al comenzar el sitio de París, Marx y Engels se habían pronunciado en contra de la conveniencia de la revuelta, por considerarla totalmente inútil. Pero en abril vieron en la Comuna un auténtico heroísmo y alentaron a los parisinos aunque pronosticaban que iban a perder. “¡Qué resistencia, qué iniciativa histórica, qué capacidad de sacrificio tienen estos parisinos!” declaró Marx. “Tras seis meses de hambre y de calamidades causadas más por traiciones internas que por el enemigo exterior, se levantan, bajo las bayonetas prusianas, como si nunca hubiese estallado una guerra entre Francia y Alemania, y como si el enemigo no estuviera aún a las puertas de París. La historia no conoce ejemplos de una grandeza igual”.⁴⁴

A comienzos de mayo el tiempo en París fue tan bueno que contribuyó a que en la ciudad hubiese un ambiente de carnaval. El sonido de los cañones y el ruido que hacían los obuses al caer eran un recordatorio constante de que la ciudad estaba siendo atacada, pero un festival que se celebró en la Place de la Bastille tuvo tanto éxito que se prolongó durante una semana. Los niños se divertían balanceándose en los columpios; hombres y mujeres se olvidaban por un momen-

to de su incierto futuro y hacían girar la ruleta de la fortuna; y los comerciantes hacían un buen negocio vendiendo utensilios domésticos baratos a las amas de casa que habían dado sus ollas para que las fundiesen y fabricar balas con ellas.⁴⁵ El 16 de mayo el artista Gustave Courbet, que formaba parte del departamento de asuntos culturales de la Comuna, organizó otra alegre distracción en la Place Vendôme, al norte de las Tullerías, en la *Rive Droite*: al son de una banda musical, la multitud se congregó en la plaza mientras un grupo de hombres serraba durante horas la masiva base de la columna erigida allí por el primer Napoleón en honor a la victoria francesa de 1805 en Austerlitz. Finalmente cayó, y la cabeza de Bonaparte salió rodando por el suelo lo mismo que si la hubiese segado una guillotina. La multitud, contentísima, dio su aprobación a aquella “ejecución” riendo a carcajadas.⁴⁶

Finalmente, el domingo 21 de mayo, se celebró un gran concierto vespertino en los jardines de las Tullerías. Las mujeres estaban deslumbrantes con sus vestidos primaverales; Lissagaray dijo que de hecho iluminaban los verdes senderos de los jardines del palacio mientras, cerca de allí, en la Place de la Concorde, los obuses disparados por el gobierno proporcionaban una inesperada (y no deseada) percusión. De todos modos, la multitud, de varios miles de personas, no se dispersó.⁴⁷ Es posible que los parisinos tuviesen la sensación de que aquella era la última fiesta a la que podrían asistir durante algún tiempo. De hecho, y sin que lo supieran los asistentes al concierto, las tropas de Versalles estaban avanzando para entrar en París en un importante asalto. A las tres en punto de aquella soleada tarde habían penetrado por cinco puertas; setenta mil soldados del gobierno empezaron a revolotear por la ciudad, mientras unas lanchas cargadas con cañones llegaban por el Sena y se posicionaban para abrir fuego.⁴⁸

Paul Verlaine trabajaba en la oficina de prensa de la Comuna y dijo que se enteró de lo que pasaba gracias a su mujer, que había soñado que las tropas estaban en el interior de París. (Verlaine era, al fin y al cabo, un poeta.)⁴⁹ Cuando empezó a circular la noticia de una forma más convencional, hombres, mujeres y niños corrieron a sus puestos en las barricadas y en los cañones a esperar la llegada de las fuerzas de Versalles por los grandes bulevares de Haussmann. Así empezó lo que sería conocido como la *Semana sangrienta*.

Durante cinco días no hubo más actividades en París que las relativas a la guerra. No había frente ni retaguardia; la batalla se libraba en todas partes. Desnudos hasta la cintura, sudando a chorros y tiznados de pólvora, los hombres aguantaban cerillas en las dos manos mientras sus camaradas cargaban las armas que tenían que encender.⁵⁰ En un punto había mil quinientas mujeres cosiendo

sacos de arena para reforzar las brechas; otras, con las manos tiznadas de pólvora y los hombros magullados por los rifles, montaban barricadas. Los hijos cogían el arma de sus padres cuando estos caían, y seguían disparando.⁵¹ Nadie estaba exento del servicio, nadie podía eludir la lucha.

En Montmartre, las tropas de Versalles ejecutaron a cuarenta y dos hombres, tres mujeres y cuatro niños como represalia por los asesinatos en marzo de los generales Lecomte y Thomas; aquel lugar de la *rue des Rosiers* se convirtió en el lugar preferido para los asesinatos consentidos por el estado. Cada día, los *communards* capturados eran llevados a una colina desde la que se veía París, colocados frente a un muro lleno de marcas de bala, fusilados y luego arrojados por la pendiente que daba a la *rue St. Denis*.⁵² Los *communards* también cometieron atrocidades. El 25 de mayo, el arzobispo de París y cinco sacerdotes fueron ejecutados por unas unidades de la guardia nacional tan ineptas que necesitaron disparar cinco veces antes de matar al arzobispo. Luego descuartizaron su cuerpo a golpes de bayoneta.⁵³ (La AIT fue acusada de ordenar aquellos asesinatos desde Londres.)⁵⁴

A mediados de semana París estaba en llamas: las Tullerías, el Palais Royal, el Palacio de Justicia, parte del Louvre. La ciudad no tenía lámparas de gas, pero la noche era tan clara como el día, espectral en aquel resplandor anaranjado de las llamas que devoraban el grandioso plan de Haussmann.⁵⁵ (Corrió el rumor de que ocho mil mujeres habían utilizado cualquier cosa, desde botellas de explosivo hasta huevos llenos de gasolina para provocar los incendios. Aquella fábula de las mujeres incendiarias fue solo una de las muchas que pasaron de boca a oreja durante aquel frenético día.)⁵⁶ Los incendios habían sido favorecidos por una sequía de varias semanas, pero entonces, el quinto día de la batalla, el cielo reventó con un rugido y empezó a llover. Casi al mismo tiempo cesaron las hostilidades. La batalla había terminado. Habían muerto demasiadas personas; París estaba demasiado destruido.⁵⁷ El 28 de mayo, el jefe de las tropas de Versalles, el comandante en jefe mariscal MacMahon, proclamó: “Habitantes de París, París ha sido liberado”.⁵⁸

Mientras tanto, Marx se había sumido en trabajos relacionados con la Comuna. Kugelmann escribió a Engels para decirle que temía por la salud de Marx, pero Engels le aseguró que “la vida de Marx no es en absoluto tan descabellada como la gente se imagina. Mientras persista la excitación que empezó con la guerra, ha dejado el trabajo pesado relativo a asuntos teóricos y lleva una vida bastante racional”.⁵⁹ De hecho, la proximidad de Engels significaba que Marx tenía finalmente a alguien con quien compartir la carga. Ambos mantenían corresponden-

cia con miembros de la AIT de toda Europa y América, y eran consultados sobre asuntos de la Internacional en Londres. Lo que había sido un grupo dominado por Marx se convirtió ahora en una empresa de Marx y Engels.

Los dos se mantenían informados de los acontecimientos en París a través de un mercader alemán que viajaba con frecuencia entre Londres y Francia,⁶⁰ y también a través de una seductora joven rusa llamada Elizabeth Dmitrieff Tomanovskaya, a quien Marx había enviado a París en diversas misiones y que finalmente se quedó allí para participar en la lucha.⁶¹ Marx también tenía una fuente cerca de Bismarck, un viejo camarada de la Liga Comunista que le mantenía informado de los movimientos que se producían en el lado alemán.⁶² Y Jennychen podía enviar cartas desde Burdeos a Londres dirigidas a A. Williams de parte de su hija J. Williams. (Marx le dijo a un amigo con el que se escribía que A. Williams era un conocido que vivía en su casa.)⁶³ Jennychen le dijo a su padre que estaba ansiosa por salir de Burdeos y que temía que si se quedaban Paul podría ser arrestado. Un vecino había declarado que unas personas sospechosas estaban haciendo preguntas sobre él: “De haber sabido que era el yerno de Marx hace tiempo que le habrían metido entre rejas. Tú, querido Moro, eres el coco de la burguesía de Francia”⁶⁴ Aunque Marx —y muchas cosas hechas en nombre de Marx— se relacionaban con sacudidas revolucionarias y con espasmos violentos, él era consecuente en su creencia de que tales acciones eran insensatas y contraproducentes. Jennychen lo sabía, y escribió: “Tienes que estar sufriendo mucho. Haber sido testigo de los días de junio [de 1848] y ahora, después de más de veinte años... ¿No crees que esta masacre aplastará la vida de muchos revolucionarios durante años y años?”⁶⁵ Cuando Jenny escribió a su padre hablaba como si lo peor hubiese pasado. En realidad, acababa de empezar.

La declaración de MacMahon del 28 de mayo anunciando el fin de la Comuna no detuvo ni mucho menos los asesinatos. Aquel mismo día el cuerpo del arzobispo asesinado fue descubierto en el cementerio del Père Lachaise. La respuesta de Versalles fue rápida y brutal: se hicieron unos cinco mil presos en los alrededores del cementerio y los dividieron entre los que iban a morir y los que podrían seguir vivos. Entre el domingo y el lunes miles de detenidos fueron asesinados en la cárcel de La Roquette, l'École Militaire y otros lugares de París: los testigos describieron el sonido de una descarga de fusilería aparentemente ininterrumpida.⁶⁶ Jean-Baptiste Millière, que había sido arrestado durante la revuelta en el Hôtel de Ville, fue finalmente llevado al Panthéon para ser ejecutado. Cuando el pelotón de fusilamiento estaba a punto de abrir fuego, gritó: “¡Viva el pueblo! ¡Viva la humanidad!” El soldado que dirigía el pelotón replicó: “¡A

la mierda tu humanidad!” Millière cayó bajo una lluvia de balas.⁶⁷

Enloquecidos por la guerra y el miedo, muchos parisinos eligieron suicidarse antes de ser detenidos. Mujeres jóvenes con vestidos de seda dispararon sus revólveres al azar en la calle, gritando a los soldados que serían sus verdugos: “¡Disparad de una vez!”⁶⁸ Un periodista del *Evening Standard* de Londres dijo: “El sol de la Comuna se ha puesto literalmente en un mar de sangre. No sabemos cuál es el número real de víctimas y probablemente nunca lo sabremos. Baste decir que es atroz”.⁶⁹ El periódico citaba a un oficial conecedor de las fuerzas gubernamentales afirmando que tan solo dos consejos de guerra estaban ejecutando a quinientas personas cada día; cargaban los cadáveres en unos furgones y los depositaban en las plazas cercanas para recordar a los residentes la amplitud de su derrota.⁷⁰ Lissagaray escribió: “Finalmente el hedor de aquella carnicería empezó a asfixiar hasta a los más fanáticos... Miles de moscardones revoloteaban sobre los putrefactos cuerpos... Estaban amontonados por todas partes medio cubiertos con cloruro de cal. En la Escuela Politécnica ocupaban un espacio de unos cien metros de largo por tres de ancho... Brazos y manos sobresalían de las tumbas colectivas poco profundas en el Trocadero”.⁷¹ Finalmente, incluso aquellos periódicos que estaban claramente en contra de los *communards* expresaron su indignación ante los excesos del gobierno. El *Standard* de Londres, que se había pasado semanas arremetiendo contra los rebeldes, publicó el 2 de junio una crónica de su corresponsal en París:

Con algunos disparos aislados resonando todavía en la distancia, y montones de desdichados heridos abandonados entre las tumbas del cementerio del Père Lachaise; con seis mil aterrorizados insurgentes vagando desesperados por el laberinto de las catacumbas, y otros desdichados corriendo por las calles hasta ser abatidos por la *mitrailleuse*, es repugnante ver las cafeterías llenas de aficionados al ajeno jugando al billar y al dominó; las mujeres disolutas deambulando por los bulevares; y el sonido del jolgorio perturbando la calma nocturna desde los *cabinets particuliers* de los restaurantes de moda. Cualquiera pensaría que París estaba celebrando algún hecho feliz y apenas se daría cuenta de que la destrucción de muchos edificios públicos y de más de dos mil casas particulares, y los más de veinte mil franceses muertos, se consideraban perfectamente consecuentes con esta indecorosa manifestación de alegría pública.⁷²

Unas 40.000 personas de una población de dos millones fueron tomadas prisioneras durante la Semana Sangrienta y los días terribles que la sucedieron: hom-

bres y mujeres, viejos y jóvenes, parisinos, provincianos y extranjeros, todos fueron detenidos, encadenados y obligados a caminar en caravana hacia las cárceles o hacia los puertos, para ser deportados. Multitudes furiosas de burgueses o de quienes consideraban a los *communards* responsables de la miseria infligida a París durante los nueve meses anteriores, les insultaban y exigían a gritos que los prisioneros fuesen abatidos allí mismo y las mujeres marcadas como putas.⁷³ (Un periódico francés describía cómo unas mujeres elegantes golpeaban con sus sombrillas a las mujeres encadenadas.)⁷⁴ Los cálculos varían mucho, pero los cronistas de la época (y también los historiadores modernos) están de acuerdo en que unos 25.000 hombres, mujeres y niños fueron asesinados en París durante aquel breve período. Otros tres mil murieron en la cárcel, casi 14.000 fueron encarcelados de por vida, y 70.000 niños o ancianos se quedaron desamparados y teniendo que cuidar de sí mismos porque sus familiares o protectores habían muerto o estaban en la cárcel.⁷⁵

La caza de los *communards* y de sus simpatizantes no se limitó a París. Agentes gubernamentales recorrieron toda Francia e incluso fueron más allá de sus fronteras buscando a los responsables de los actos violentos. De manera cada vez más insistente, el dedo acusador apuntó a Marx y a la Internacional. Por una ironía del destino que sobreviviría a Marx durante mucho tiempo, el crédito por lo que *había* hecho se vio completamente eclipsado por relatos exagerados de lo que no había hecho. En este sentido fue representado como un demoníaco titiritero que manejaba los hilos de la revuelta de París.

La atención se centró en Marx en gran parte debido a una charla que había dado y que luego se publicó en forma de panfleto de treinta y cinco páginas titulado *La guerra civil en Francia*. Igual que todos los escritos de Marx, llegó tarde: había previsto terminarlo a finales de abril pero lo entregó al Consejo General de la Internacional en Londres el 30 de mayo, una vez que la Comuna fue declarada oficialmente derrotada. El retraso, sin embargo, no tuvo ningún impacto en el poder del panfleto ni en la reacción que provocó. En él Marx elogiaba espléndidamente a los parisinos por sus esfuerzos, pese a que criticaba sus métodos: “Cuando los trabajadores se atrevieron por vez primera a transgredir los privilegios gubernamentales de sus ‘superiores naturales’... el viejo mundo se retorció presa de convulsiones de rabia al ver la Bandera Roja, el símbolo de la república, ondeando en el Hôtel de Ville”.⁷⁷ Respecto a la Internacional, escribió:

Allí donde, en cualquier forma y bajo cualesquiera circunstancias la lucha de clases alcanza alguna consistencia, es natural que los miembros

de nuestras asociaciones se sitúen en primer plano. El suelo del que brota es la propia sociedad moderna. No puede ser erradicado por ninguna matanza, por grande que sea. Para erradicarlo, los gobiernos tendrían que erradicar el despotismo del capital sobre el trabajo, que es la condición misma de su propia existencia parasitaria.

Los trabajadores de París, con su Comuna, serán por siempre celebrados como los gloriosos precursores de una nueva sociedad. Sus mártires están en el corazón de la clase obrera. La historia de sus exterminadores ha sido ya clavada a esta picota eterna de la que todos los rezos de sus sacerdotes no conseguirán redimirla.⁷⁸

La guerra civil en Francia vendió miles de ejemplares, sacó tres ediciones en dos meses y fue traducido a todos los idiomas europeos.⁷⁹ Fue el libro de más éxito de Marx hasta la fecha, superando el de su escrito sobre la guerra franco-prusiana. Uno de los primeros biógrafos de Marx observó que antes de la Comuna, ni uno de cada cien miembros de la Internacional en Francia, y mucho menos el público en general, conocía el nombre de Marx. En Londres era casi un completo desconocido.⁸⁰ Pero después de la Comuna sus años de oscuridad habían terminado. El mundo conocía a Karl Marx: era el diabólico arquitecto de la Comuna, el padre de la revolución. El panfleto de Marx le valió amenazas de muerte por carta y denuncias en periódicos de lugares tan lejanos como Chicago:

The Pall Mall Gazette, Londres, mayo de 1871: “Tengo ante mí un completo informe de esta sociedad que según parece y aunque solamente han transcurrido nueve años desde su fundación, cuenta con más de dos millones y medio de miembros... El Comité Central de esta asociación... se encuentra en Londres y lo preside un alemán”.⁸¹

The New York World, 3 de junio: “Se ha descubierto que los verdaderos líderes de la Comuna son Karl Marx... Se han descubierto unos documentos que demuestran que estos hombres están en Londres y que actualmente están planeando convertir Lyon, Marsella, Madrid, Turín, Roma, Nápoles, Viena, Moscú y Berlín en escenarios de conflagración”.⁸²

The Chicago Tribune, 5 de junio: “Otro notable insurgente presume de que el incendio de París será considerado insignificante cuando los muelles de Londres, con toda su riqueza, se reduzcan a cenizas como una gran lección para las clases medias de Europa... Se han descubierto unos documentos que demuestran que las operaciones de los comunistas han sido dirigidas desde Londres”.⁸³

The Evening Standard, Londres, 23 de junio: “Desgraciadamente para Europa, ha nacido un nuevo partido revolucionario más terrible que ningún otro previamente existente... Una serie de deplorables circunstancias le han llevado a tomar París como su primer campo de batalla, pero es probable que en cualquier otra de las capitales del mundo podría igualmente convocar una fuerza igualmente formidable”.⁸⁴

Y por si quedaba alguna duda, Louis Blanc ofreció su opinión como conoedor de la oposición desde dentro: la Comuna estaba formada por agentes de la Internacional; el Consejo General de la AIT aportó los cañones y la munición, y controló las fuerzas materiales de la revolución.⁸⁵

En realidad había pocos miembros de la Internacional en el liderazgo de la Comuna; de los noventa y dos miembros del consejo de la Comuna solo diecisiete estaban en la AIT.⁸⁶ Pero al tratar de reparar la maltrecha sociedad francesa, era conveniente culpar del malestar a los extranjeros. El 6 de junio, el ministro de Asuntos Exteriores francés pidió a todos los gobiernos europeos que trabajasen conjuntamente para destruir a la AIT y perseguir a sus miembros, declarando a la organización “enemiga de la familia, la religión, el orden y la propiedad”.⁸⁷ Desde su estudio, Marx saboreaba el frenesí oficial, e hizo este jocoso comentario en una carta a Kugelmann: “Tengo el honor de ser en este momento el hombre más calumniado y el más amenazado de Londres. Esto realmente le sienta bien a uno después de un tedioso idilio de veinte años con el más absoluto anonimato”.⁸⁸

Con la galopante persecución de los “rojos” se hizo imprescindible que las hijas de Marx, su yerno y sus nietos abandonasen Burdeos. Paul solicitó un pasaporte español (al que tenía derecho porque había nacido en Cuba), y cuando lo recibió, el grupo se dirigió al sudoeste, llegando finalmente a Bagnères-de-Luchon, un balneario de los Pirineos franceses conocido por sus aguas minerales. Utilizaron nombres falsos, “Mora” en el caso de los Lafargue, y “Williams” en el de Jennychen y Tussy, y no alternaron con nadie. No dejaron entrar a nadie en su casa excepto a la sirvienta, a la casera y al médico. El hijo pequeño de Laura, Marc-Laurent, tenía ahora cuatro meses y seguía gravemente enfermo.⁸⁹

Pese a estas precauciones, Marx supo en junio que Paul había sido localizado y estaba a punto de ser arrestado. En lenguaje cifrado dijo a sus hijas que el grupo tenía que huir de Luchon.

Ahora bien, hablando en general, después de consultar el asunto con

unos médicos de una gran sagacidad, y *perfectamente informados*, creo que todos vosotros tendríais que salir de Francia y pasar al lado español de los Pirineos. El clima es mucho mejor allí, y el cambio que todos necesitáis mucho más marcado. En cuanto a Toole en particular, su salud se deteriorará y es incluso posible que corra un grave peligro si duda durante mucho tiempo en seguir el consejo de los médicos que lo saben todo acerca de su constitución y que además lo han consultado con sus antiguos médicos de Burdeos.⁹⁰

Pero Jennychen, sin embargo, escribió a Engels que no se irían inmediatamente. Utilizando el lenguaje cifrado de Marx, dijo: “A consecuencia de su discreta conducta la salud de Toole es tan buena que no hay ninguna necesidad de un cambio de aires”. En cualquier caso, el pequeño Marc-Laurent estaba demasiado enfermo para viajar, y pensaban quedarse donde estaban el tiempo necesario para su mejora.⁹¹ Pero no mejoró. Murió el día 26 de julio; era el segundo hijo que perdía Laura en dos años.⁹² Su entierro en Luchon fue particularmente triste, porque sabían que yacería para siempre en aquel lugar extraño.

* * *

Es posible que Lafargue pensase que estaba siendo discreto, pero el 4 de agosto un hombre llamó a la puerta y, según Engels, dijo: “Soy agente de policía pero soy republicano; se ha recibido una orden de detención contra usted; se sabe que usted era el encargado de las comunicaciones entre Burdeos y la Comuna de París. Tiene una hora para cruzar la frontera”.⁹³ Lafargue hizo caso del consejo del policía y se fue, por un camino de carro, desde Luchon hasta la ciudad española de Bosost, a unos treinta y cinco kilómetros de distancia.⁹⁴ Horas después de su partida, la policía se presentó en la casa donde todavía estaban Laura, su hijo de tres años, Schnapps, Jennychen y Tussy. Las autoridades registraron el lugar y encontraron documentos y cartas sobre el reclutamiento en la AIT que ellos relacionaron con Lafargue. No había nada que involucrase inmediatamente a las mujeres, pero su casa fue puesta bajo vigilancia.⁹⁵ Pronto las pondrían bajo arresto domiciliario.

**Bagnères-de-Luchon,
Francia, verano de 1871**

Uno podría permitirse tratar con un desprecio silencioso a un gobierno que se ha vuelto loco, y retirarse de las farsas con las que los personajes que emplea dicho gobierno desempeñan su papel de confusión e intromisión, si no fuera porque estas farsas se convierten en tragedias para miles de hombres, mujeres y niños.

Jennychen Marx¹

DOS DÍAS DESPUÉS DE QUE LAFARGUE abandonara Luchon, las hermanas Marx y Schnapps fueron a visitarle y a asegurarse de que había llegado sano y salvo a España. Laura estaba ansiosa por su esposo, destrozada por la muerte de su hijo, y asustada por el estado de su otro hijo, que empezaba a mostrar signos de estar enfermo.² Jennychen, en cambio, estuvo absorta en lo que ella misma describía como “unas escenas de una belleza incomparable...Vimos montañas cubiertas de nieve y montañas negras como la noche, prados de un color verde brillante y bosques sombríos, torrentes furiosos y riachuelos perezosos. A medida que nos acercábamos a España, las montañas se volvían más escarpadas y agrestes”. Llegaron sucias y sedientas a Bosost, un pueblo campesino de los Pirineos españoles, y en la plaza se encontraron con un grupo de niños jugando con unos cerdos. Se estaba celebrando una feria.³ Aquellas escenas de inocente jolgorio y la comprobación de que Paul estaba efectivamente cómodo y a salvo levantaron incluso el ánimo de Laura.

Pero al final del día se hizo evidente que Schnapps había contraído una enfermedad, que resultaría ser la disentería. No queriendo correr más riesgos con la vida de su hijo, Laura decidió quedarse con Paul en España mientras Jennychen y Tussy regresaban a Francia.⁴ Encontraron a un comprensivo cochero que condujo con cautela su carruaje por unos estrechos caminos de montaña hasta llegar al pueblo de Fos, al otro lado de la frontera francesa, donde se presentaron en la aduana. Las dos mujeres, sin maletas y vestidas con unas capas apro-

piadas para un viaje de un día, pasaron una inspección visual y el cochero recibió la orden de continuar. Pero antes de que pudiera hacerlo, apareció un fiscal que les dijo: “En nombre de la República, vengan conmigo”. Las dos mujeres bajaron del carruaje y siguieron al hombre hasta una pequeña habitación, donde esperaba una mujer para cachearlas. Ni Jennychen ni Tussy quisieron someterse al registro de aquella criatura de mirada adusta y ofrecieron desnudarse ellas mismas. La mujer no se lo permitió y salió en busca del fiscal.⁵ Durante ese rato Jennychen se sacó del bolsillo una vieja carta de Flourens que llevaba y la metió en un polvoriento libro de cuentas de aquella oficina. “Si hubiesen encontrado aquella carta”, comentaría Engels más tarde, “hubieran enviado con toda seguridad a las dos hermanas a [un penal francés de] Nueva Caledonia”.⁶

Al cabo de un rato la mujer de la aduana regresó con el fiscal, que le dijo a Tussy: “Si no dejan que esta mujer las registre lo haré yo”. Tal vez pensaba que podía intimidar a la más joven de las dos mujeres para que cooperase, pero Tussy le plantó cara: “No tiene usted ningún derecho a poner la mano encima de un súbdito británico. Tengo pasaporte inglés”. Impertérrito, el fiscal pareció dispuesto a cumplir su amenaza, por lo que Jennychen y Tussy permitieron a regañadientes que la mujer las registrara. El registro fue riguroso; las obligaron a quitarse hasta las medias, registraron las costuras de sus vestidos y hasta revolvieron sus cabellos. No encontraron más que un periódico que llevaba Jennychen y una carta que llevaba Tussy (y que había intentado tragarse sin éxito. Pero el fiscal no se quedó satisfecho. Despidió al cochero de las hijas de Marx y las hizo subir a un coche oficial con dos policías a cada lado. Y luego se dirigieron a Luchon; por las aldeas por donde pasaban la gente salía a mirar, creyendo que las dos mujeres que llevaban detenidas eran dos ladronas o contrabandistas. El grupo llegó finalmente a Luchon a las ocho de la tarde y el coche se detuvo ante la puerta de la casa de Émile de Kératry, el mismo funcionario que había sido advertido del sospechoso comportamiento de Lafargue meses antes en Burdeos. Estaba asistiendo a un concierto dominical y había dado instrucciones de que no le molestaran, de modo que Jennychen y Tussy fueron llevadas a su propia casa a esperar la llegada de Kératry.

Aparte del concierto, según Jennychen, ella y Tussy parecían ser la principal atracción del pueblo aquella tarde. Su casa se llenó de curiosos y de policías que querían echar un vistazo a aquellas dos peligrosas mujeres. La casa también fue registrada para comprobar si eran una incendiarias responsables de prender fuego a París. Incluso examinaron la lámpara de noche utilizada para calentar la leche del bebé “como si fuera alguna clase de máquina diabólica”, dijo Jennychen. Los hombres se acomodaron en unas sillas y en el sofá y trataron de man-

tener una conversación con Jennychen y Tussy, pero ellas permanecieron calladas. A cambio, los representantes de la autoridad local las estuvieron mirando amenazadoramente hasta las diez y media, momento en que se presentaron en la casa Kératry, el fiscal, dos jueces y los superintendentes de la policía de Toulouse y Luchon.

Tussy fue llevada a otra habitación mientras Jennychen se quedaba en la sala de estar rodeada por un jurado de inquisidores. Durante más de dos horas Kératry la interrogó sobre Lafargue, sus amigos, su familia y sobre los motivos por los que estaba en Luchon. Se negó a contestar, excepto para decir que estaba allí para hacer un tratamiento de aguas termales porque tenía pleuresía. Kératry le advirtió de que si persistía en negarse a responder, sería considerada cómplice. “Mañana”, le dijo, “la ley la obligará a declarar bajo juramento, porque, déjeme que se lo diga, Monsieur Lafargue y su esposa han sido detenidos”.

Tussy fue introducida de nuevo en la habitación y se pidió a Jennychen que diera la espalda a su hermana para no influir en sus respuestas. Un agente se colocó frente a ella para vigilar que no intentase comunicarse con ella mediante señales. Le pidieron a Tussy que respondiera sí o no a unas afirmaciones escritas en un trozo de papel que, según la policía, era la declaración de Jennychen, aunque en realidad era una simple lista de acusaciones que trataban de confirmar. No queriendo contradecir a Jennychen, Tussy dijo que sí a algunas de aquellas supuestas declaraciones.⁷ Más tarde comentó, refiriéndose al interrogatorio: “Era una trampa, ¿no? Pero el caso es que no se enteraron de nada importante”.⁸ Pero Jennychen se indignó cuando describió sus problemas en un periódico americano: “Una chica de dieciséis años, que llevaba levantada desde las cinco de la mañana, que había viajado durante nueve horas bajo un intenso calor un día de agosto y que no había comido nada desde primera hora de la mañana, ¡fue sometida a un doble interrogatorio a las dos de la madrugada!” El interrogatorio terminó por aquella noche pero el superintendente de Toulouse y varios policías permanecieron en la casa.

Pese a estar agotadas, las hermanas no pudieron dormir. Trataron de idear un plan para dejarle un mensaje a Lafargue por si no era verdad que había sido arrestado. “Miramos por la ventana”, recordó Jennychen más tarde, “y vimos a los policías paseando por el jardín. No podíamos salir de la casa. Estábamos prisioneras; ni siquiera pudimos hablar con la criada o con la casera”.

Al día siguiente repitieron el interrogatorio, pero esta vez bajo juramento, lo que significaba que si mentían podían ser procesadas. Pero la ira de Jennychen no había hecho más que aumentar durante la noche y se negó a contestar. Tussy también se negó a contestar y a responder el cuestionario,⁹ y Kératry salió de la

casa rabioso a causa de “la energía propia de las mujeres de la familia Marx”, según Engels.¹⁰ Jennychen y Tussy temían que sus padres pudiesen enterarse de su detención y pidieron permiso para escribir una carta en francés, que la policía podía leer, para asegurarles que se encontraban bien. Los policías se negaron, alegando que las mujeres podían utilizar un código secreto para transmitir un mensaje peligroso. Entre las posesiones de Paul habían descubierto unos documentos con referencias a ovejas y bueyes, y estaban seguros de que las ovejas se referían a los comunistas, y los bueyes a los miembros de la AIT.

Durante todo el lunes permanecieron bajo arresto domiciliario. El martes recibieron otra visita de Kératry, que les dijo que la policía había cometido un error y que no había base para una acusación contra Lafargue, que podía regresar a Francia cuando quisiera. Pero “contra su hermana y contra usted”, prosiguió, “hay muchas más cosas que contra Monsieur Lafargue”. ¡Lafargue era solo el yerno de Marx, pero ellas eran sus hijas! “Con toda probabilidad”, les explicó, “serán expulsadas de Francia. Sin embargo, hoy mismo llegará una orden del gobierno para que sean puestas en libertad”. Jennychen y Tussy acogieron con mucha suspicacia aquel extraño giro de los acontecimientos y aquella contradictoria información. A través de un amigo le mandaron una nota a Paul con algo de dinero y aconsejándole que viajara más hacia el interior de España.

Las hermanas esperaron durante todo el día a que llegara la orden de libertad, pero a las once de la noche se presentó en su casa el fiscal flanqueado por varios policías y les dijo que hicieran las maletas y que le acompañaran a la cárcel. Jennychen describiría más tarde la escena: “Subimos en plena noche a un carruaje ocupado por dos gendarmes, en un país extraño, para ser llevadas a un lugar desconocido. Resultó que nuestro destino eran los barracones de la gendarmería; tras llevarnos a un dormitorio y cerrar la puerta por fuera, nos dejaron solas”. Una vez más estuvieron esperando todo el día. Finalmente, a las cinco de la tarde, Jennychen pidió hablar con Kératry y le preguntó por qué las tenían encerradas en la estación de policía cuando les habían prometido dejarlas en libertad. “Gracias a mi intercesión”, les explicó Kératry, “les han permitido pasar la noche en la gendarmería. El gobierno quería enviarlas a la cárcel de St. Godins, cerca de Toulouse”. Entregó un sobre a Jennychen con dos mil francos que el banquero de Lafargue le había enviado desde Burdeos. La policía lo había interceptado y ahora Kératry le daba el dinero a Jennychen y le decía que ella y Tussy podían marcharse cuando quisieran. Pero no les devolvió los pasaportes. “Seguíamos estando prisioneras”, dijo. “Sin un pasaporte no teníamos modo de salir de Francia, y tendríamos que quedarnos por fuerza en aquel país hasta que un hecho u otro les diera el pretexto para detenernos de nuevo”.

Aquellos días de tira y afloja con la policía, y la tensión del encarcelamiento volvieron temerarias a las dos hermanas, que escribieron una carta a Laura explicándole todo lo que había sucedido, incluido lo que les habían dicho de Paul. No sabían si la carta le llegaría ni qué había sido de los Lafargue.¹¹

* * *

Cuando el cochero de Jennychen y Tussy fue despedido por la policía francesa en Fos, le pidieron que fuera a Bosost a buscar a Lafargue. La policía se lo dijo sin darle importancia, pero el cochero no lo vio claro y se negó. El fiscal y varios policías fueron a Bosost por su cuenta. Al llegar allí, no tuvieron ninguna dificultad en averiguar dónde estaban los Lafargue, porque en el pueblo solo había dos posadas. En vez de proceder subrepticamente a detenerle, los franceses irrumpieron ruidosamente en la plaza del pueblo como si la conmoción que provocaron pudiera conferir autoridad a su misión. Esto dio tiempo a los habitantes del lugar para avisar a Lafargue de que iban a detenerle, y para sacarlo por la parte trasera de la posada en que se hospedaba y llevarlo a un camino que solo conocían “los guías, las cabras y los turistas ingleses”.

La policía francesa fue finalmente a detener a Lafargue a las tres de la madrugada. Irrumpieron en su habitación acompañados de cuatro policías españoles y apuntaron con sus carabinas a la cama donde supuestamente estaba durmiendo Lafargue, pero no era Lafargue el que estaba durmiendo allí, sino su mujer y su hijo. Schnapps se puso a gritar, y lo mismo hizo una indignada Laura, alertando a toda la posada de la batida de la policía. Cuando la policía descubrió que Paul había huído, se dispusieron a arrestar a Laura. El posadero intervino, insistiendo en que la ley española no lo permitía. Tal vez intimidados por la multitud hostil que se había congregado en la entrada de la posada, la policía se retiró, pero no muy lejos. Montando su cuartel general en la misma posada, tuvieron a Laura bajo constante vigilancia. A los campesinos –no muy amigos de su propia policía– les molestaba la presencia de autoridades francesas en su territorio. Y en consecuencia actuaron como intermediarios e informadores, alertando a Laura de que el propio Kératry se dirigía a Bosost para interrogarla, y ayudándola a escapar antes de que llegara. Los campesinos también cruzaron los Pirineos por uno de los caminos que solo ellos conocían y llevaron la noticia de lo sucedido en Bosost a las hijas de Marx en Luchon.

De este modo fue como finalmente Jennychen y Tussy supieron que Laura estaba a salvo y también cómo averiguaron que Paul había sido detenido. Se había escondido en las montañas durante tres días después de salir de Bosost y

antes de ser arrestado tierra adentro, en la región pirenaica aragonesa de Huesca.¹² El gobierno español —la única administración europea que aceptaba la petición francesa de extraditar a miembros de la Internacional— acordó enseguida entregarlo a Francia.¹³

El mismo día que España accedía a la petición francesa, Jennychen y Tussy recuperaron sus pasaportes británicos. Su primer impulso fue ir a Huesca a averiguar cuál era la situación de Paul para luego buscar y rescatar a Laura. Viajaron hasta la ciudad costera de San Sebastián y descubrieron que Laura ya estaba allí y que Lafargue, haciendo honor a su increíble buena suerte y a su indomable espíritu, había sido puesto en libertad.¹⁴ Explicó que había sido llevado a lomos de mulo escoltado por una pareja de guardias civiles con los fusiles cargados. Durante su viaje atravesaron varios pueblos y aldeas, y la gente lo tomaba por un personaje importante que era custodiado por la policía.¹⁵ Por su parte, según Lafargue, “la policía estaba contenta de tener un prisionero... Todo era muy primitivo en los Pirineos españoles. El vino y la comida abundaban, y por muy poco dinero podías tomarte una comida pantagruélica”. Recibido por el gobernador de la provincia con vino y cigarros, llegó pronto a la conclusión de que el gobernador simpatizaba con sus ideas políticas. Sin duda para gran consternación de Kérartry, Paul fue puesto en libertad porque las autoridades locales españolas decidieron que los cargos contra él no estaban fundamentados. Luego fue a San Sebastián, y una vez de nuevo juntos los Lafargue decidieron quedarse en España.¹⁶ Las hijas de Marx, sin embargo, ya estaban hartas del continente y regresaron inmediatamente a Inglaterra.

Jennychen y Tussy no estaban ni mucho menos solas en su camino hacia el norte. Una vez más Inglaterra se había convertido en el destino de exiliados y de reyes y revolucionarios perseguidos. Napoleón III había estado cautivo en Prusia desde setiembre de 1870 a marzo de 1871, y cuando fue puesto en libertad se fue al sudeste de Inglaterra y se estableció en Chislehurst, Kent, donde le esperaban su mujer y su hijo.¹⁷ Pero la mayor parte de los exiliados que llegaban a Gran Bretaña se dirigían a Londres. Marx los describió como “primos del país... Les reconoces inmediatamente por su cara de desconcierto, su estupefacción ante todo lo que ven y su febril ansiedad ante el paso de caballos, coches, carruajes, ómnibus, personas, niños y perros”.¹⁸ La mayoría de los llegados no hablaban inglés y no tenían amigos ni conocidos allí. Igual que habían hecho sus predecesores en 1848, muchos de aquellos recién llegados se concentraron en el Soho, sin dinero, sin comida y sin esperanza.

En el pasado los ingleses se habían mostrado indiferentes con los inmigran-

tes, pero ahora sospechaban que los exiliados procedentes de la Comuna parisiense eran peligrosos y se preguntaban si debían permitirles la entrada en el país. Los periódicos iban llenos de historias alarmantes acerca de los planes de la Internacional de reducir Londres a una ruina calcinada.¹⁹ En realidad, los exiliados llegados a Londres (tal vez exceptuando a unos cuantos) no estaban interesados en incendiar la ciudad, aunque muchos de ellos *eran* los hombres y mujeres cuya extradición pedía el gobierno francés por su participación en la Comuna. Si Inglaterra hubiese querido identificarlos lo hubiera podido hacer fácilmente, porque se reunían casi cada noche en los lugares en los que los radicales consideraban ahora tanto su cuartel general como un lugar de peregrinación: la casa de Marx en Modenavillas.

Sexta Parte

El doctor rojo y terrorista

Londres, 1871

El retumbar de los cañones en París despertó a los grupos más atrasados del proletariado de su profundo sueño, y en todas partes dio un nuevo ímpetu al crecimiento de la propaganda socialista revolucionaria.

Vladimir Lenin¹

LAS CASAS DE MARX Y ENGELS TRABAJARON frenéticamente durante el verano de 1871 solicitando dinero y buscando refugio, escuelas y trabajo para los refugiados de la Comuna. Para los que seguían atrapados en Francia Marx utilizó una red de personas en Inglaterra y en el continente para conseguir pasaportes y sacarlos sanos y salvos del país. El tiempo tenía una importancia fundamental: las autoridades francesas habían reescrito la historia de los últimos seis meses y habían convertido a la Comuna en una insurrección criminal y a los *communards* en ladrones y gamberros que, mientras siguiesen en libertad, constituían una amenaza para todos los pueblos de Francia y del extranjero. Era un cuento que el pueblo francés parecía dispuesto a tragarse. Las actuaciones más populares en Francia aquella temporada fueron los consejos de guerra de los *communards*; dos mil personas asistieron a la apertura del proceso en agosto equipadas con abanicos, impertinentes y gemelos de teatro. Aquellos espectáculos legales se celebrarían durante tres años más, y miles de hombres y mujeres serían condenados a muerte o deportados por su supuesto papel, por tenue que hubiese sido, en la insurrección de 1871 en París.²

Lissagaray se dirigió a Inglaterra después de ser testigo de la ejecución en masa de *communards* en el cementerio del Père-Lachaise el 28 de mayo. A mediados de agosto también había llegado Longuet, tremendamente afortunado por haber podido escapar.³ No solo había estado al mando de un regimiento de *fédérés*, sino que había sido miembro del Comité Central de la Comuna, así como de la Internacional. Además, había introducido la primera nota comunista real en el levantamiento escribiendo un texto en colaboración con otro autor exhortando a los trabajadores y trabajadoras a liberarse del dominio burgués.⁴ Con la ayuda de un médico militar que, asumiendo un riesgo personal muy

grande, le había escondido en su casa, Longuet consiguió cruzar la frontera con Bélgica y viajar luego hacia Inglaterra.⁵

Como otros muchos exiliados, Lissagaray y Longuet se habían dirigido inmediatamente a Modena Villas. Liebknecht recordaba que, después de la Comuna, los Marx siempre habían tenido alojados al menos a uno, si no a varios, emigrantes franceses,⁶ y casi todas las cartas enviadas en esta época desde la casa de Marx o la de Engels describen la llamada a la puerta y el refugiado sin amigos esperando en la calle. Jennychen y Tussy aún no habían regresado de Francia, o sea que correspondía a Jenny y a Lenchen en casa de Marx, y a Lizzy Burns en casa de Engels abrir la puerta a aquellos desesperados exiliados. Jenny veía probablemente en los ojos de aquellas atribuladas familias que aparecían en su puerta y que observaban a través de los relucientes cristales de las ventanas, el suntuoso mobiliario del interior, el mismo temor que ella y sus hijas habían experimentado al llegar a Leicester Square en 1849. Y sin duda debió de aparecerles como un sueño a aquellos refugiados, un ángel de riqueza y de consuelo tendiéndoles una mano amiga. No había nada de altanero ni de condescendiente en aquella misericordia. Lafargue decía que para Jenny no existían las distinciones sociales, ella recibía a los obreros en su casa y en su mesa como si fueran condes o príncipes. “Estoy convencido de que ninguno de aquellos trabajadores sospechó nunca que aquella mujer que les recibía tan cordialmente era una descendiente del duque de Argyll”, observaba, “ni que su hermano era un ministro del rey de Prusia”.⁷

Lenchen no era tan acrítica. Había asumido el deber de proteger a Marx de visitantes no deseados, y ahora había muchos. Desde que Marx había sido identificado como el cerebro que estaba detrás de la Comuna y de la Internacional, periodistas procedentes de lugares tan lejanos como Nueva York trataban de entrevistar a aquella “personificación de la revolución” que era Marx.⁸ La revista *Vanity Fair* de Londres quiso publicar su fotografía.⁹ Uno sospecha que muchos de aquellos periodistas se marchaban de allí decepcionados porque aquel caballero de pelo canoso que vivía en aquella residencia burguesa no tenía cuernos. Un corresponsal del *New York World* pensó que el estudio de Marx, decorado con un jarrón de rosas y con un libro de fotografías de paisajes renanos, podía haber pertenecido a un corredor de bolsa.¹⁰ Otro periodista describía a Marx como una persona abierta y afable, como un hombre obviamente culto e inteligente, pero dado a ideas utópicas.¹¹ Y otros parecían más intimidados por Lenchen que por Marx.¹²

Todos aquellos invitados, toda aquella cháchara pronto se hicieron tediosos, y Marx empezó a sentirse contrariado por las intrusiones. A un periodista-

ta que le pidió que le aclarase el misterio de la Internacional, le espetó: “No hay ningún misterio que aclarar, querido señor... excepto tal vez el misterio de la estupidez humana en aquellos que ignoran perpetuamente el hecho de que nuestra asociación es una asociación pública y que los informes más completos de su actividad se publican para quien quiera molestarse en leerlos”.¹³ De todos modos, con o sin la cooperación de Marx, la cobertura de la prensa continuó. Algunos artículos decían que Marx había sido arrestado en Bélgica; otros decían que había muerto.¹⁴ Se había publicado también una historia en la prensa francesa acerca del arresto de Jennychen y de Tussy, describiéndolas estrafalariamente como hermanos de Marx.¹⁵ Finalmente, el *National-Zeitung* de Berlín desempolvó las viejas acusaciones de que Marx vivía de los trabajadores y que la AIT abusaba de manera vergonzosa de ellos: “Con sus ahorros duramente ganados, los obreros proporcionan a los miembros del consejo los medios para vivir cómodamente en Londres”.¹⁶ Este informe se divulgó mucho, lo que obligó a Marx y a Engels a organizar una agresiva defensa, al mismo tiempo que gestionaban la invasión de refugiados. Marx le escribió a Kugelmann:

Aunque el día tuviese cuarenta y ocho horas, no podría terminar mi trabajo diario durante meses. El trabajo de la Internacional es inmenso, y además Londres ha sufrido una invasión de refugiados, a los que hemos de atender. Además, también a mí me agobian otras personas —periodistas y gente de todo tipo— que quieren ver al “monstruo” con sus propios ojos. Hasta ahora se había creído que la emergencia de los mitos cristianos durante el Imperio Romano había sido posible solo porque todavía no se había inventado la imprenta. Pero es precisamente lo contrario. La prensa diaria y el telégrafo, que en un momento propaga sus inventos por toda la tierra, fabrican más mitos en un día (y la burguesía se los cree y los propaga todavía más) de los que podían haberse creado anteriormente en un siglo.¹⁷

A mediados de agosto Marx escapó a la costa de Brighton en busca de descanso, pero tampoco allí lo dejaron en paz. “Al día siguiente de mi llegada aquí, me encontré con un tipo en una esquina que evidentemente me estaba espionando”, le dijo a Jenny, describiéndole como el mismo individuo que les había seguido varias veces a él y a Engels de camino a casa. “Como sabes, hablando en general, no soy muy hábil detectando espías. Pero este individuo ha estado obvia e indudablemente siguiendo mis pasos desde que he llegado aquí. Ayer me haré; me paré, me di la vuelta de repente y le miré directamente a la cara con mi

monóculo. ¿Y qué hizo él? Se quitó el sombrero humildemente y hoy ya no me ha honrado con el placer de su compañía”.¹⁸

Desde que Marx y Jenny habían abandonado el Soho, habían estado básicamente aislados del mundo exterior y uno del otro. Compartían muchos sufrimientos y solo esporádicamente alguna alegría. Vivían juntos pero su relación se había convertido más en una relación laboral que en un amor apasionado. Parecían más felices cuando estaban fuera de Londres, por separado. De hecho, habría sido extraño si la turbulenta existencia que llevaban no hubiese afectado a su matrimonio. Pero a partir de 1871 su relación empezó a cambiar de nuevo. Había una nueva ternura y consideración, una nueva alegría en su compañía mutua. Puede que la ayuda de Engels les hubiese librado de sus desmoralizadoras preocupaciones financieras. O puede que fuese la presencia de Engels en Londres y el hecho de que estuviesen una vez más en el centro de una enorme red social. O que Marx se hubiese descargado finalmente del peso de *El Capital* acabando el primer volumen. Fuese cual fuese el motivo, aquel año Jenny y Marx parecieron empezar de nuevo su historia de amor. Marx escribió a Jenny desde Brighton. “Todo este tiempo lo que más he lamentado es que no estuvieras a mi lado”.¹⁹

A comienzos de setiembre Jennychen y Tussy regresaron de su larga ordalía en Francia y llegaron justo a tiempo de ayudar a su padre a preparar un congreso privado de la AIT en Londres. (El Congreso anual estaba previsto celebrarlo en París, pero en aquellas circunstancias resultaba imposible hacerlo, y además se pensó que debido al interés abrumadoramente negativo que había recibido últimamente la Internacional, un congreso público llamaría demasiado la atención.) El grupo tenía que decidir no solo el curso a tomar en el entorno post-Comuna, sino que Marx y Engels querían dar una respuesta a los recientes intentos de Bakunin de hacerse con el control de la organización.

Desde la última vez que había visitado a Marx en su casa en 1864, Bakunin había estado conspirando activamente para reducir el dominio de Marx sobre la AIT. Había fundado una organización anarquista en 1868 que quería aliarse con la Internacional, pero que fue rechazada. Para acatar las normas de la AIT, Bakunin afirmó haber disuelto el grupo, pero de hecho se mantenía activo como organización clandestina.²⁰ Luego empezó la acción. Tratando en parte de ampliar su círculo anarquista, aunque sobre todo debido a que no podía resistir la tentación de implicarse en la lucha, en 1870 Bakunin se echó de cabeza en el caos que se vivía entonces en Francia. La llamada a las armas del corpulento, gredudo y desdentado ruso fue recibida con alarma y desconfianza. Fue detenido y

encarcelado en un calabozo de Lyon antes de escapar a Marsella, donde vendió lo último de valor que le quedaba –su revólver–, se afeitó la barba y la cabeza y huyó a Suiza.²¹

Puede que hubiera sido fácil menospreciar a Bakunin como a un payaso impulsivo, pero su leyenda era muy poderosa y de algún modo compensaba de sobras los fallos del hombre. Marx sabía que el atractivo de su rival era tal que constituía una amenaza real para la AIT y para su liderazgo en ella. Bakunin, que había trocado su característica gorra por un sombrero de paja de ala ancha con una cinta roja,²² tenía éxito sobre todo en Italia y en España, y tenía un núcleo de fieles seguidores en Suiza. La conferencia de Londres era de una importancia fundamental para frenar su avance y también para resolver las disputas entre los delegados ingleses respecto al apoyo de Marx a la Comuna. Justo cuando el mundo veía a la Internacional en lo más alto de su traicionero poder, era cuando tenía más riesgo de sufrir una escisión.²³

Lo primero que hicieron los delegados llegados a Londres para el congreso fue pasar por casa de Marx. Muchos no le conocían, para ellos era solo un nombre en los documentos o en el periódico. Esta fue la experiencia del español Anselmo Lorenzo hasta su memorable primera reunión con Marx:

Paramos delante de una casa. Por la puerta apareció un hombre mayor con aspecto de venerable patriarca. Me acerqué a él respetuosamente y me presenté como delegado de la Federación Española de la Internacional. Me dio un abrazo, me besó en la frente y me dijo que entrara, en español y muy afectuosamente. Era Karl Marx. Su familia ya se había retirado y él mismo me sirvió un apetitoso refrigerio con una amabilidad exquisita.

Lorenzo pasó la noche en casa de Marx y al día siguiente quedó igual de encantado después de conocer a Jennychen y a Tussy. Describió a Jennychen como “una mujer de una belleza ideal, diferente de todos los tipos de belleza femenina que he conocido hasta ahora. Me pidió que le leyera algo en español para ver cómo se pronunciaba”. Después conoció a Tussy, que entonces tenía dieciséis años y que le ayudó a enviar un telegrama a España. “Me sorprendió y me agradó la prontitud con que aquella joven se dispuso a ayudar a un extranjero al que no conocía; era una forma de ser muy diferente de la típica de la burguesía española. Aquella mujer, mejor dicho, aquella chica, era hermosa, alegre y risueña: la personificación misma de la juventud y la felicidad”. Tussy, a diferencia de su

padre y de su hermana mayor, no hablaba español, por lo que tuvieron que esforzarse para comunicarse. “Cada vez que uno de los dos cometía un error nos reíamos tan efusivamente como si fuéramos amigos de toda la vida”.²⁴

La Internacional estuvo reunida durante cinco días. Friedrich Lessner recordaba que el congreso fue un caos de lenguas, de profundas diferencias de temperamento y de puntos de vista. El ambiente estaba tan cargado, dijo, que todo el mundo estaba en desacuerdo con los demás, y las reuniones eran tormentosas y frustrantes.²⁵ Pero al final la conferencia había producido diecisiete resoluciones, incluida una respuesta a la amenaza de Bakunin y una importante declaración sobre el siguiente paso que tenían que dar los miembros de la Internacional.²⁶ Pese a los informes alarmistas sobre la supuesta voluntad de la AIT de destruir las capitales del mundo, el primer congreso post-Comuna de la organización propuso un método de revuelta más legal: “La clase obrera solo puede actuar, como clase, constituyéndose en partido político”, una iniciativa descrita como “indispensable para garantizar el triunfo de la Revolución social y de su objetivo final: la abolición de las clases”.²⁷

El 24 de setiembre, el día después de la clausura del congreso, la AIT organizó un gran banquete para celebrar su séptimo aniversario.²⁸ (Engels atribuyó enteramente a Marx la improbable longevidad de la organización: las mismas características que le habían hecho objeto de crítica –su “corrosiva *dominación* y su naturaleza envidiosa”– eran el secreto que había detrás de la cohesión de la Internacional. Marx simplemente no permitiría que se desviase del rumbo marcado o que fracasase.)²⁹ Las mesas del banquete estaban llenas a rebosar de comida, vino y cerveza, y se pronunciaron discursos durante toda la noche. Marx finalmente pronunció el suyo. Comparó la persecución de la AIT con la de los cristianos primitivos, y comentó que del mismo modo que aquellos ataques no habían salvado a Roma, tampoco los ataques modernos contra el movimiento obrero conseguirían salvar al estado capitalista. La novena resolución de la Internacional había hecho un llamamiento a favor del establecimiento de partidos políticos obreros, y Marx lanzó una advertencia a los gobiernos que trataran de impedir la participación política de los trabajadores, declarando: “Hemos de responderles con todos los medios que tengamos a nuestra disposición; procederemos contra vosotros pacíficamente siempre que sea posible y con la fuerza de las armas cuando sea necesario”.³⁰

Engels y Marx describieron el congreso como más exitoso que los anteriores porque se había hecho en privado y en pequeño, por lo que los delegados habían tendido a evitar las grandilocuencias.³¹ Hecho aquel trabajo, los dos amigos hicieron lo que no habían hecho nunca antes: se fueron a la costa a pasar

cinco días con sus esposas,³² que habían ido a Ramsgate mientras los hombres hacían política.³³ Jenny no había tenido ninguna amiga en el movimiento desde que Ernestine Liebknecht había marchado de Londres para irse a Berlín en 1862, y aunque habían mantenido correspondencia por carta, también esto terminó con la muerte de Ernestine en 1867. Pero Jenny y Lizzy se habían hecho amigas rápidamente. A los cuarenta y cuatro años Lizzy era considerablemente más joven que Jenny (que ahora tenía cincuenta y siete), aunque parecía mayor, probablemente porque, como trabajadora, había comenzado la adultez prematuramente. Por su parte, Jenny se había visto privada de tantas cosas durante tanto tiempo que ahora que tenía la oportunidad de disfrutar de la vida había ganado una vitalidad que desmentía su edad.

Recién llegados de sus actividades revolucionarias, durante las cuales los informadores del gobierno constataron sin duda que habían urdido nuevos y más abyectos planes, Marx y Engels hicieron turismo con Jenny y Lizzy. Pasearon por los acantilados, se bañaron en el mar, se sentaron en la playa, vieron tragafuegos, marionetas y otros espectáculos de feria, y comieron y bebieron a placer. Engels dijo que dormía diez horas al día.³⁴ Jenny les dijo a sus hijos que Marx había claramente rejuvenecido con aquella excursión.³⁵

Si aquellos cuatro eran como una familia, otras relaciones —y relaciones de relaciones— eran menos amistosas. Engels había traducido al alemán *La guerra civil en Francia*, y cuando se publicaron fragmentos de la obra en la prensa alemana,³⁶ su madre, de setenta y cuatro años, se alarmó de ver a su hijo no solo involucrado en política radical, sino también en tan estrecha relación con Marx. Exigió respuestas. Engels no se había entendido bien con su padre, pero amaba a su madre y creía que ella era capaz de entenderle. Le dijo que no hiciera caso de los reportajes sobre lo sucedido en París, y en cuanto a él, ya sabías que yo no había cambiado de opinión; mis opiniones son las mismas desde hace treinta años, y no puede ser una sorpresa para ti que, en cuanto los acontecimientos me han impelido a ello, no solo me haya pronunciado en ese sentido, sino que también haya cumplido con mi deber en otros aspectos... Si Marx no estuviese aquí, o si ni siquiera existiese, no habría absolutamente ninguna diferencia en mi comportamiento. Es, por consiguiente, erróneo echarle a él la culpa de nada. Por cierto, todavía recuerdo la época en que los parientes de Marx sostenían que era *yo* la causa de su ruina.³⁷

Las hermanas de Marx estaban horrorizadas de que su hermano hubiese elegido un camino tan temerario. Durante una visita a Londres, su hermana de Cape Town le regañó mientras comían y le dijo que no podía tolerar que su hermano fuese el líder del socialismo porque procedía de una familia respetable y porque su padre había sido un abogado muy popular. Acostumbrado a unas críticas mucho más duras, Marx la escuchó cortésmente y luego estalló en una sonora carcajada.³⁸ Ni él ni Engels estaban dispuestos a arrepentirse de nada; de hecho, ambos parecían haber cobrado nuevas energías. Había además buenas noticias respecto a *El Capital. Volumen I*. Al cabo de cuatro años, los primeros cuatro mil ejemplares en alemán se habían agotado y el editor estaba imprimiendo una nueva edición.³⁰

Jennychen se había quedado sin trabajo. La familia que la había empleado como institutriz durante tres años la había despedido “porque han hecho el terrible descubrimiento de que soy la hija del líder *incendiario* defensor del inicu movimiento de la Comuna”.⁴⁰ En cualquier caso, es poco probable que se hubiese sentido de nuevo a gusto en el papel de institutriz; no podía ignorar a los pobres refugiados ni las muchas cartas que exigían atención al círculo íntimo de Marx. De hecho, el correo procedente de lugares como Italia, Suecia, Francia, Rusia y Hong Kong se estaba amontonando, y aunque habían pasado muchos meses desde la derrota de la Comuna, la avalancha de refugiados no había menguado. En todo caso, los que llegaron en otoño estaban todavía más necesitados, porque si hubiesen tenido algún dinero lo habrían utilizado mucho antes para salir de Francia. Jennychen se pasaba todo el día yendo de un lado a otro de Londres en nombre de ellos, y las noches –hasta altas horas de la madrugada– escribiendo cartas solicitando ayuda para pagar las ilimitadas necesidades de los exiliados. Era un trabajo agotador, y los dos años anteriores la hija de Marx, a sus veintisiete años, no se había encontrado muy bien. Los médicos le habían diagnosticado problemas respiratorios como pleuresía, y si bien tenía fases agudas y fases solamente molestas, en general nunca respiraba con facilidad. Pero Jennychen se enfrascó en su trabajo, haciendo caso omiso de lo que más necesitaba su cuerpo: descanso. En una carta a los Kugelman de diciembre de 1871, admitía que pese a sus esfuerzos, no había conseguido obtener ayuda para los refugiados: “Los patronos no quieren saber nada de ellos. Los que han conseguido obtener algo utilizando un nombre falso, son despedidos tan pronto como averiguan quiénes son en realidad... Su sufrimiento es inenarrable; están literalmente muriéndose de hambre en las calles de esta gran ciudad, la ciudad que ha llevado el lema de “sálvese quien pueda” a la perfección”.⁴¹

Los más desesperados entre los refugiados –unos 460– habían llegado en

noviembre tras pasar más de cinco meses en pontones (cárceles flotantes) frente a las costas del norte de Francia, hasta que el gobierno francés determinó que no podía procesarlos. Fueron depositados en la costa inglesa sin comida, dinero ni ropa de abrigo, bajo una fuerte lluvia y un viento cortante, y les dijeron que solicitasen ayuda en sus respectivos consulados.⁴² Los pobres miserables se dirigieron luego a pie a Londres. Algunos consiguieron llegar hasta la Internacional, cuyos fondos se vieron rápidamente menguados por el volumen de sus necesidades.⁴³

Pese a todas las dificultades y a su trabajo a menudo decepcionante, Jennychen volvía a cantar. En una carta a Lafargue, Engels decía que su voz era más fuerte y clara que nunca, y lo atribuía a que su salud había mejorado,⁴⁴ pero en realidad se debía a que estaba enamorada.

Tras volver a Londres, Charles Longuet había ingresado de nuevo inmediatamente en el Consejo General de la Internacional y había reanudado su asociación con Marx. Durante anteriores encuentros con la familia Marx se había sentido atraído por Jennychen pero no había explicitado su interés. Ahora expresó claramente sus sentimientos y ella no supo resistirse a sus halagos. Es fácil ver por qué. En primer lugar, Longuet necesitaba ser rescatado: acababa de salir de un conflicto terrible con todas las cicatrices emocionales de las duras semanas que había pasado en París y del terror de su huida. Y en segundo lugar, no era Flourens, pero a su modo era también un noble. De hecho, era más parecido a su padre de lo que lo había sido su anterior enamorado. A sus treinta y dos años Longuet era un hombre de acción solo cuando las circunstancias lo requerían; se sentía mucho más cómodo como escritor y como pensador. Su historia incluso recordaba la de Marx. Procedía de una familia burguesa de Normandía, había estudiado leyes, se había rebelado contra su casta, había editado el periódico socialista más popular en Francia, era un polemista vehemente, y había sido expulsado de más de un país por sus ideas políticas. Y lo que probablemente era lo más importante desde el punto de vista de Jennychen: Longuet reverenciaba a su padre. Ningún hombre podía sustituir a Marx en su corazón y en su mente. Un esposo tenía que entenderlo, y entender por qué. Longuet lo entendió.

La familia Marx desconocía que la relación de la pareja se había vuelto íntima hasta que, a comienzos de 1872, a Jennychen se le escapó un comentario inocuo pero revelador. Marx había anunciado que pensaba ir al apartamento de Longuet porque quería comentar con él un artículo del periódico, cuando Jennychen exclamó: “Tengo que decirte que no le encontrarás en casa porque se ha ido a casa de Jung por negocios”. Su padre, su madre y Engels se quedaron parados, le diría después a Longuet, y la miraron “muy sorprendidos al ver que

estaba tan bien informada de tu paradero”.⁴⁵ Incapaces de ocultar por más tiempo sus sentimientos, la pareja decidió que Longuet tenía que tener una “conferencia” con Marx el 19 de febrero para pedirle permiso para casarse con Jennychen. Cuando ella le sugirió que no se vieran hasta entonces, Longuet dijo que no podía esperar: “dos días pueden ser un siglo”. Le propuso que apareciera como por casualidad por casa de Engels el domingo por la noche, cuando él estaría allí. Jennychen tenía un compromiso para cantar aquel fin de semana, pero Longuet reclamó precedencia. “Sé muy bien, adorada, que quieres cantarme cosas que nunca me has dicho pero que yo he leído en tus ojos y que, sin necesidad de palabras, mis labios han recogido de tus labios”. Longuet no veía ningún riesgo en su aparentemente casual encuentro porque no podía imaginar que nadie, y mucho menos el padre de Jennychen, fuese lo suficientemente sensible como para darse cuenta de sus sentimientos a menos que ellos mismos los expresasen abiertamente. “Para imaginar que alguien es capaz de amarte como yo te amo, tendría que ser él mismo capaz de amar de este modo, y esto es, creo yo, imposible”, escribió, parafraseando a Goethe. “En cualquier caso, soñaré contigo... Quiero tus besos toda mi vida”.⁴⁶

El terror que sentía Jennychen por la reunión de Longuet con su padre, y la acuciante conciencia de que casándose tendría que abandonar su vida independiente como activista y escritora, eran evidentes en su prosaica respuesta a la pasión de su enamorado: “En la conferencia del lunes creo que deberías ponerte una corbata negra, o por lo menos una de color oscuro en vez de las rojas que sueles utilizar, y que no son armoniosas ni hacen juego con tu cara”. Jennychen confesó que al escribir estas palabras se ruborizó pensando en lo que diría si llegaba a leerlas su amiga revolucionaria rusa Elizabeth Dmitrieff. “¡Que indignada estaría, qué decepción tan grande tendría! Ella, que se había esforzado tanto en hacer de mí una heroína, una segunda Madame Roland... No te olvides de que eres tú quien ha privado al mundo de una heroína”.⁴⁷

Desgraciadamente no tenemos ninguna descripción de la reunión Marx-Longuet, pero el resultado fue el esperado: Marx dio su permiso para que se casaran. Pero Madame Marx no pareció muy entusiasmada con la idea y escribió a Liebknecht:

Longuet es un hombre de talento, bueno, honesto y respetable, y la concordancia de puntos de vista y de convicciones entre la joven pareja es seguramente una garantía de su futura felicidad. Por otro lado, no puedo pensar en su enlace sin sentir una ansiosa preocupación. Hubiera realmente deseado que (para cambiar) Jenny hubiese elegido a un

inglés o a un alemán en vez de un francés, que, por supuesto, además de ostentar todas las características amables y positivas de su nación, no deja por ello de tener sus puntos flacos y sus defectos... No puedo evitar pensar que la pérdida de Jenny como política la expondrá a todas las preocupaciones y angustias que son inseparables de ello.⁴⁸

La decisión tampoco debió de ser fácil para Marx, por los dos motivos que preocupaban a su esposa y también porque no quería separarse de su hija favorita. La valoración de Longuet, sin embargo, se vio muy favorecida por una transacción que este había hecho en nombre de Marx en París. En diciembre Lafargue, que seguía estando en España, había encontrado un editor francés para *El Capital* y se había ofrecido a pagar los dos mil francos que pedía el editor, Maurice Lachâtre, para poner el proceso en marcha.⁴⁹ En enero, Longuet encontró a un hombre en París para traducir la obra. Joseph Roy era un experto en la traducción del alemán de materiales difíciles; previamente había traducido a Feuerbach.⁵⁰ (Convenientemente, Roy había estado a punto de pedirle permiso a Marx para traducir y publicar una parte de *El Capital*.) Le prometió dedicar seis o siete horas al día al nuevo proyecto,⁵¹ una buena noticia que Longuet le envió hábilmente a Marx justo antes de su conferencia privada.

Por poco entusiasta que fuese la respuesta inicial de los Marx a la perspectiva de la unión con Longuet prevista para el mes de marzo, cuando el compromiso se hizo oficial se mostraron encantados. Engels le aseguró a Laura que se estaba burlando de Jennychen tan despiadadamente como se había burlado anteriormente de ella. Lenchen incluso permitió a Longuet que entrase en su cocina para realizar algún truco de magia culinaria francesa que no le salió del todo bien.⁵²

Mientras, desapercibida y eclipsada por el radiante romance de Jennychen, también Tussy había caído en los brazos del amor.

Eleanor Marx se había convertido en una hermosa joven. Su pelo negro le llegaba casi hasta la cintura en unos largos mechones que, según Franzisca, la hija de Kugelman, eran “realmente muy atractivos pero también algo ostentosos”.⁵³ El cutis de Tussy era tan moreno como el de su padre y su cara estaba enmarcada por un par de gruesas y oscuras cejas. Pero si en la cara de Marx le daban un aspecto severo, en la de Tussy tenían una cualidad sensual. Un ruso la describió como una mujer esbelta y seductora, una especie de heroína romántica alemana.⁵⁴ Pero su belleza no era clásica. Igual que su personalidad, era elemental, clarificada y fundamental. Era audaz y vivaracha, y sus ojos brillaban anticipada-

mente antes de soltar una ocurrencia o de tener una salida ingeniosa. Podía atravesar la distancia entre una sonrisa y una tormenta en cuestión de minutos, pero lo más característico en ella era su forma de reír.

Desde su regreso de Francia Tussy había trabajado como secretaria de correspondencia de su padre enviando cartas “de negocios” a radicales desde San Petersburgo a París, y politizándose ella misma “de pies a cabeza”, según su madre.⁵⁵ Sus cartas mostraban su soltura con los idiomas (francés, alemán e inglés) y con el conflicto social. También ponían de manifiesto una precoz madurez mezclada con una encantadora impetuosidad; lo que Marx calificaba de “feroz” personalidad saltaba de cada página. Parte de su atractivo era que no pretendía ser otra que la que era, una emisaria de dieciséis años de su padre, alternativa-mente erudita y divertida, una socialista comprometida y una chica tontita. En el entorno europeo reaccionario de la época, una carta de Karl Marx invitaba como mínimo al escrutinio del gobierno, y en el peor de los casos al arresto.⁵⁷ Las cartas de Tussy hacían que la empresa de la revolución pareciese mucho menos peligrosa o siniestra. Era un asunto familiar.

Era experta en excusas. En una carta al traductor ruso del *Capital* escribió: “Querido señor, papá tiene mucho trabajo... Me dice que le diga que se pasa la mayor parte de la noche escribiendo, y en todo el día no sale de su habitación”.⁵⁸ Y sabía mostrarse tranquilizadamente cálida. Dirigiéndose a Liebknecht como “Mi querido Library”, le hablaba de los problemas de los refugiados (añadiendo sarcásticamente “ojalá se hubiesen quedado con parte de los millones que les acusan de haber robado”) y de ella misma: “Yo debo conocerle de alguna parte, aunque estoy segura de que usted nunca me reconocería *a mí*. Las personas que solo me han visto hace dos o tres años difícilmente me reconocen... Dé besos de mi parte a toda la familia... Tengo que disculparme por mi horrible letra, pero mi pluma es un desastre y casi no tengo tinta”.⁵⁹ Tussy escribía a los revolucionarios de Europa como si fuesen los destinatarios más normales de las cartas de una adolescente.

Su mejor amigo era una de las mentes más brillantes del mundo: su padre.⁶⁰ Difícilmente iba a conformarse, por tanto, con un hombre cualquiera. Tenía innumerables pretendientes entre los refugiados,⁶¹ y aunque se sentía halagada por las atenciones que le dispensaban aquellos desesperados *communards*, no se enamoraba de ellos. Pero entre ellos había uno que destacaba: Hyppolite-Prospere-Olivier Lissagaray.

Lissagaray era ciertamente un hombre lo suficientemente bueno para Tussy. Parecía salido de las páginas de una novela de Sir Walter Scott. Había nacido en una vieja familia aristocrática del país vasco francés de la que había sido expul-

sado por sus ideas sociales radicales. Había iniciado luego una carrera como profesor en una universidad alternativa fundada por profesores que no podían acceder a un puesto oficial por razones políticas, como periodista que se pasaba el tiempo entrando y saliendo de la cárcel debido al contenido radical de los periódicos en los que trabajaba, y finalmente como soldado en el ejército de Gambetta en 1870, cuando se dejó a la nueva República Francesa que combatiese contra Prusia. Después del armisticio —que él consideraba una derrota— fue a París para publicar un periódico, y cuando esto ya no fue posible, cambió la pluma por el fusil y montó barricadas en Belleville.⁶² Tirador certero y manejador experto del sable, no rehuía los duelos y salió gravemente herido de dos de ellos.⁶³ En Londres vivió con una orden de arresto colgando sobre su cabeza, consciente de que los franceses estaban presionando a Inglaterra para que lo extraditasen.

Lissagaray visitaba frecuentemente Modena Villas y estaba bien considerado por toda la familia Marx. Jennychen reflejaba el punto de vista de su padre cuando le dijo a Kugelmann que un breve libro publicado por Lissagaray aquel otoño y titulado *Ocho días de mayo tras las barricadas*, era el único libro sobre la Comuna que valía la pena leer.⁶⁴ Pero al parecer la familia no había sabido detectar la atracción existente entre aquel noble exiliado y el miembro más joven de la familia. En marzo de 1872 Lissagaray y Tussy se comprometieron en secreto. Él tenía treinta y cuatro años y ella solo diecisiete.

Es posible que Engels, que conocía muy bien a Tussy, se hubiese dado cuenta de la más que casual amistad entre ellos. (Le dijo a Laura lo feliz que estaba Tussy por Jennychen y que “realmente da la impresión de que *no le importaría seguir su ejemplo*”).⁶⁵ Pero Marx y Jenny no lo habrían tolerado. Lo último que querían era otro exiliado francés como yerno o ver a su sociable hija ligada a un hombre que le doblaba la edad. En cualquier caso no era el momento de pensar en ellos. Toda la familia estaba preocupada por Laura.

Laura y Lafargue habían estado viviendo tranquilamente en la ciudad portuaria española de San Sebastián cuando, en setiembre de 1871, las autoridades locales le comunicaron a Paul que tenía seis horas para marcharse si no quería ser arrestado.⁶⁶ La temperatura política en España había vuelto a cambiar. Lafargue huyó, pero Laura y Schnapps no pudieron acompañarle.⁶⁷ El niño no se había llegado a recuperar de la enfermedad que había contraído el verano anterior y ahora parecía aquejado de una especie de cólera. Todas las hijas de Marx tenían facilidad para las lenguas, pero no está nada claro hasta qué punto hablaba el español Laura o si tenía una red de amigos en España que pudiesen ayudarla. Ha-

bría necesitado ambas cosas: estuvo nueve meses junto a la cabecera de Schnapps tratando de cuidar a su único hijo y esperando que recobrase la salud. En diciembre seguía estando mal, pero había mejorado lo suficiente para viajar, de modo que Laura se dirigió hacia el sur con su frágil carga para reunirse con Lafargue en Madrid.⁶⁸

Marx y Engels estaban contentos de tener a Lafargue en la capital española para contrarrestar la influencia que tenía allí Bakunin, pero Jenny temía por su nieto y estaba cada vez más preocupada por el hecho de que las cartas de Paul, llenas de informes optimistas sobre el gran éxito que tenía la Internacional en España, contenían muy pocas noticias de Schnapps. En febrero Marx instó a Paul diciéndole que proporcionaba detalles muy interesantes sobre el movimiento “pero no dices nada respecto al pequeño sufridor”.⁶⁹ Ansiosamente, en marzo Marx preguntó de nuevo por su nieto.⁷⁰ En mayo tuvo respuesta: Schnapps estaba enfermo y cada vez más débil.⁷¹

Jennychen y Longuet habían fijado la fecha de su boda para mediados de julio. La prensa parisina (o la prensa policial de París, como la llamaba Jennychen), que la consideraba a ella como la famosa hija del rebelde en jefe de la Internacional, llenó columnas y columnas de chismorreos con historias de su vida personal sin preocuparse demasiado de la veracidad de los detalles. El periódico derechista *Le Gaulois*, dijo, la había casado veinte veces. “Supongo que cuando me case de verdad esos estúpidos gacetilleros me dejarán en paz”, le dijo a Kugelmann en junio.⁷² Pero la boda de Jennychen no tuvo lugar aquel mes de julio. Ella y Longuet la postergaron por respeto a Laura y a Paul.⁷³ El 1 de julio de 1872 Lafargue escribió a Engels: “Nuestro pobre pequeño Schnapps, tras once meses de sufrimiento físico y mental, está muriendo de agotamiento”.⁷⁴ A finales de julio el niño había muerto. A sus cuatro años, Schnapps era el tercer hijo que perdía Laura en ese mismo tiempo.

Laura se había mantenido siempre algo distante, y este rasgo de su carácter se vio trágicamente exacerbado por la muerte de sus hijos. Una fotografía de ese período es muy elocuente al respecto: la que en su día había sido una joven voluptuosa se ve hundida, con la mirada exánime y el rostro demacrado y duro. Ella y su esposo habían ido a parar a España a causa de la politiquería de Lafargue y se habían quedado allí a petición del “partido” (Engels y Marx) para que Lafargue pudiera montar la AIT española. No es difícil imaginar que Laura culpaba a los tres hombres de su vida del dolor que sentía. La devoción a la política, a los obreros, le había costado a la familia Marx otra joven vida. Laura no era un viuda; era algo peor. Había cruzado los Pirineos un año antes como madre de dos hijos, y ahora no tenía ninguno. Lo que hacía su dolor todavía más inten-

so era el hecho de que aquellas pérdidas parecían haber sido inútiles.

Pese a los halagüeños informes de Lafargue sobre el progreso político en España, los socialistas estaban muy divididos, y la influencia de Bakunin era tan grande como siempre. (Bakunin menospreciaba a Lafargue y lo calificó de “montón de basura”).⁷⁵ Basándose en los informes de Lafargue, Engels había alardeado ante sus colegas de que la AIT era *el* partido de los trabajadores españoles,⁷⁶ pero de hecho Lafargue no había conseguido hacer avances realmente significativos entre los trabajadores. No era tanto necesariamente un fallo de Lafargue como una cuestión de cultura política. Los socialistas españoles veían con suspicacia el énfasis que ponía Marx en la organización y su “autoritarismo” prusiano, y preferían claramente el anarquismo de Bakunin.⁷⁷

Políticamente derrotados y personalmente desolados, los Lafargue salieron de España poco después de enterrar a Schnapps y se dirigieron a Portugal, la primera etapa del camino que les llevaría de vuelta a Londres. Paul describió el viaje como “un poco largo, un poco caluroso y un poco difícil: treinta horas de tren con un calor que habría podido servir para incubar piojos en un trozo de cristal. Por suerte teníamos una enorme sandía de casi ocho kilos de peso con la que saciamos nuestra sed en el desierto de La Mancha”.⁷⁸

El indomable Lafargue dejaría rápidamente atrás sus infortunios, pero Laura nunca se recuperaría del todo. A los veintiséis años era todavía lo bastante joven como para tener más hijos, pero no los tuvo. Era como si se hubiese enterrado ella misma, poco a poco, en las tres pequeñas tumbas que había dejado a su paso por París, Luchon y Madrid. Y no era solo el amor lo que había perdido, sino también la fe. De todas las mujeres Marx, Laura fue posiblemente la única que cuestionó fundamentalmente el futuro que su padre prometía debido al elevado precio que la familia se había visto obligada a pagar por alcanzarlo. En el futuro seguiría luchando por promover los objetivos de Marx, pero a diferencia de sus hermanas y de su madre, no lo haría por devoción a la causa. Privada de sus hijos, de la felicidad, de la vida, perdió también la religión. Lo único que quedaba en pie era el negocio familiar.

La Haya, otoño de 1872

No, no me estoy retirando de la Internacional, y el resto de mi vida lo dedicaré, como todos los esfuerzos que he hecho en el pasado, al triunfo de las ideas sociales que un día, tenedlo por seguro, traerá la regla universal del proletariado.

Karl Marx¹

EN MAYO, MARX EMPEZÓ A INSINUAR que podría renunciar a su liderazgo en la AIT aquel otoño, después del congreso anual.² Había permanecido en la organización durante ocho años, un tiempo notablemente largo teniendo en cuenta el enfrentamiento entre facciones que había en ella. Muchos miembros de la Internacional la abandonaron porque no estaban de acuerdo con Marx. Molestaba especialmente a los ingleses por su apoyo a los irlandeses, y alienaba a muchos más cuando era visto como un defensor sin reservas de los tracioneros radicales de la *Commune*. Otros estaban de acuerdo con él filosófica y políticamente, pero se sentían contrariados por su estilo autocrático y sospechaban que su verdadero objetivo era simplemente el propio engrandecimiento.

Marx había luchado con miembros de la AIT contra los gobiernos, y para que los trabajadores nutriesen una organización que él creía que daba al proletariado la conciencia de su propio poder y un fundamento desde el cual plantear un reto político a la clase capitalista gobernante. Pero estaba dispuesto a pasar la antorcha a otro líder, o más bien a muchos líderes. En los meses posteriores a la Comuna, pese a las ominosas advertencias de los gobiernos acerca de aquella malévola organización, habían brotado nuevas ramas de la AIT en Dinamarca, Nueva Zelanda, Portugal, Hungría, Irlanda, Holanda, Austria y América.³ La asociación tenía una vida propia y su mascarón de proa confiaba en que podría retirarse discretamente a un lado para verla crecer. Marx le dijo a un delegado belga: “Apenas puedo esperar al próximo Congreso. Será el final de mi esclavitud. Después de eso seré nuevamente un hombre libre; ya no aceptaré encargarme de ninguna función administrativa”.⁴

Aunque estaba innegablemente cansado, el deseo de Marx de apartarse de

la política activa era consecuencia de algo más que la mera fatiga. La Comuna había dado a conocer a Marx en el mundo como estratega revolucionario y, lo que era más importante, como teórico. Sus escritos tuvieron de repente una relativa demanda, es decir, pasaron de ser completamente ignorados a atraer un poco de atención. Meissner quería publicar una segunda edición de *El Capital. Volumen I*, pero Marx insistió en que le permitiese retocar parte del texto, retoques que le llevaron más de un año.⁵ En París Roy estaba traduciendo el primer volumen al francés, y si bien Marx estuvo inicialmente complacido con su trabajo, pronto descubrió que requería una laboriosa reescritura.⁶ Marx y Engels también elaboraron una circular sobre las escisiones dentro de la Internacional, de las que culparon a Bakunin. Y hubo peticiones para publicar el *Manifiesto Comunista* en Alemania con un nuevo prefacio, y para traducirlo al francés y al inglés.⁷ Además, Marx supervisó todo lo que pudo la traducción rusa del *Capital*.

Marx había menospreciado a menudo el compromiso con el socialismo de sus pares rusos porque la mayoría eran aristócratas o procedían de la élite social del país. Pero la nueva generación que le escribía desde San Petersburgo o desde el exilio en Ginebra, o que se presentaban en su casa, eran, según Engels, “del pueblo... Tienen un estoicismo, una fuerza de carácter y al mismo tiempo un conocimiento de la teoría que son realmente admirables”.⁸ El amigo de Marx Pyotr Lavrov, un colega de la AIT y profesor de matemáticas que vivía en París después de haber sido expulsado de San Petersburgo, había escrito una serie de cartas publicadas en las que declaraba que la intelectualidad rusa tenía una deuda enorme con las masas trabajadoras por las condiciones privilegiadas de que gozaban y que les daban la libertad de pensar y desarrollarse.⁹ Muchos de estos intelectuales reconocieron su deuda, se alinearon con los campesinos recién liberados de la servidumbre y empezaron a hacer propaganda en fábricas y aldeas de toda Rusia, en un esfuerzo al que se referían como “ir al pueblo”.¹⁰ Estos jóvenes rusos cultos querían un país que proporcionase los beneficios de la sociedad occidental a todos sus ciudadanos sin tener que adoptar un sistema capitalista. El socialismo, afirmaban, era la elección natural porque reflejaba las tradiciones comunales rusas. Pero aunque había acuerdo respecto a cómo tenía que ser en última instancia la sociedad, surgieron disputas sobre cómo llegar a ella.¹¹ Los seguidores de Bakunin —anarquistas y nihilistas— promovían la violencia. Otros, incluidos los más receptivos a Marx, abogaban por la educación política como un paso esencial hacia el cambio en Rusia.¹²

El Capital de Marx consiguió el visto bueno de los censores rusos, que consideraron que el libro era tan difícil de entender —si es que había algo que enten-

der allí— que nadie iba a comprarlo, y en todo caso sería imposible llevarlo ante los tribunales porque era demasiado matemático y científico.¹³ Lo único que los censores no permitieron fue que hubiese una fotografía de Marx en el libro. (El biógrafo de Marx David McLellan dijo que las autoridades rusas consideraban que permitirlo habría “implicado un respeto excesivo por la personalidad de Marx”).¹⁴ Una vez acordado este pequeño detalle, una primera tirada de tres mil ejemplares salió de la imprenta a finales de marzo de 1872.¹⁵ Se vendió con bastante rapidez —en menos de dos meses— y fue leído por muchos más lectores de lo que podría deducirse de las cifras de ventas.¹⁶ *El Capital* pasó de mano en mano entre los lectores rusos, a menudo oculto dentro de las cubiertas del Nuevo Testamento.¹⁷ A diferencia de la versión francesa, la versión rusa sí complació a Marx, que la calificó de “*magistral*”. Recibió un ejemplar encuadernado en mayo y pidió a Nikolai Danielson que le enviase un segundo ejemplar. Quería donarlo al Museo Británico.¹⁸

Sorprendentemente, pese a tanto trabajo y a tantos plazos de entrega, Marx no estuvo especialmente enfermo durante esta época. Por otro lado, Jenny parecía haber superado todas sus preocupaciones. Ahora que su esposo era hasta cierto punto el centro de atención —una posición que durante mucho tiempo había esperado que alcanzase y que ella consideraba que se merecía— echaba de menos los días en que trabajaba como un oscuro erudito. Le dijo a Liebknecht que mientras Marx no reclamó el mérito que le correspondía personalmente, y mientras fue un relativo desconocido fuera de los círculos de la Internacional, “la chusma había estado callada. Pero ahora que sus enemigos lo habían arrastrado hasta ponerlo bajo los focos y habían puesto su nombre en primer plano, ¡la turba está conspirando y policías y demócratas lloriquean a coro hablando de su ‘despotismo, de su adicción a la autoridad y de su ambición!’ Estaría mucho mejor si hubiese trabajado discretamente elaborando la teoría de la lucha para los que participan en ella”.

Liebknecht estaba esperando la sentencia del juicio que le habían hecho en Alemania por el cargo de alta traición, y Jenny le escribió para decirle que a menudo pensaba en su nueva esposa, Natalie:

En todas estas luchas nosotras las mujeres llevamos la peor parte, porque es la menor. Un hombre saca fuerzas de su lucha con el mundo exterior, y se siente lleno de energía por la visión del enemigo, aunque estos sean legión. Nosotras en cambio permanecemos en casa zurciendo calcetines. Esto no impide que las preocupaciones y las pequeñas miserias diarias destruyan lenta y sistemáticamente el coraje que nece-

sitamos para enfrentarnos a la vida. Hablo por treinta años de experiencia y puedo seguramente decir que no me desmoralizo fácilmente. Ahora soy demasiado vieja para confiar demasiado en nada, y los recientes y desafortunados acontecimientos [la Comuna] me han afectado mucho. Me temo que nosotros... no tendremos muchas más experiencias positivas y mi única esperanza es que nuestros hijos tengan una vida más fácil.¹⁹

Buena parte del trabajo de Marx aquella primavera (y una de las fuentes de la exasperación que describía Jenny) estuvo relacionado con una titánica batalla por el futuro del movimiento obrero entre él mismo y Bakunin. Bakunin había sido un agitador muy efectivo durante los años que había estado en Italia y en Suiza, se había asociado con algunos revolucionarios notables, había producido panfletos y había generado seguidores que a su vez habían propagado el mito del poderoso luchador ruso capaz de dirigir su ofensiva. En 1869 había conocido en Ginebra a un nihilista ruso de veintidós años llamado Sergei Nechayev, que si no era directamente un psicópata, era un individuo peligrosamente inestable. Nechayev se había inventado unas credenciales revolucionarias, incluida una supuesta huida de la Fortaleza de Pedro y Pablo donde el propio Bakunin había estado encarcelado. Afirmaba ser el líder de un grupo clandestino en Rusia con miles de miembros.²⁰ Es discutible que Bakunin le creyese, pero el hecho es que cayó bajo el influjo de aquel joven que estimuló su amor por la conspiración e hizo que se sintiera de nuevo conectado con la Rusia a la que ya nunca regresaría.

Durante su asociación con Nechayev, Bakunin escribió su *Catecismo revolucionario*, que promovió dos principios básicos: “el fin justifica los medios” y “cuanto peor, mejor”. Como ha observado un historiador, Bakunin creía que “todo lo que promovía la revolución era permisible, y que todo lo que la entorpecía era un crimen”. Pero había más. Según la forma de pensar de Bakunin, no bastaba con iluminar la noche con lámparas de gas, había que prenderle fuego a toda la metrópolis. “Para el revolucionario no hay más que una ciencia: la ciencia de la destrucción”.²¹

Bakunin pudo haber sido el improbable traductor de la obra de su gran enemigo, pero en 1869 recibió un anticipo de un editor (más de lo que Marx había ganado nunca con su libro) para colaborar en la traducción de la versión rusa del *Capital*. Solo llegó a traducir treinta y dos páginas antes de que Nechayev le convenciera de que tenía mejores cosas que hacer.²² Un joven ruso llamado Nikolai Lyubavin, que trabajaba con Danielson en el proyecto, había gestionado el trato para que Bakunin se encargase de la traducción. Nechayev puso a Lyubavin en el punto de mira de la campaña que organizó para liberar a su amigo

Bakunin de la obligación que había contraído. Nechayev envió una carta a Lyubavin, supuestamente de parte de su gran organización nihilista, acusando al estudiante de estar explotando a Bakunin y amenazándole con utilizar “medidas menos civilizadas” que una carta si no liberaba a Bakunin de su contrato.²³ La amenaza de la violencia no era vacua: Nechayev había dado una paliza, estrangulado y finalmente abatido a tiros a un estudiante en Moscú simplemente porque había cuestionado la existencia de su grupo clandestino.²⁴

Marx se enteró de estos detalles e informó al Consejo General de aquella sórdida historia. Para preparar su enfrentamiento en el congreso anual de la Internacional que iba a celebrarse en La Haya el 2 de setiembre de 1872, Marx empezó a recoger pruebas sobre la relación de Bakunin con Nechayev y la corroboración del hecho de que Bakunin había continuado dirigiendo a un grupo anarquista, contrariamente a las reglas de la AIT. Confiaba utilizar dichas pruebas para hacer que Bakunin y sus seguidores fuesen expulsados de la Internacional. De hecho, estas eran minucias morales para Marx; quería que Bakunin fuera expulsado a causa de las profundas diferencias ideológicas que les separaban.²⁵ El ruso no pensaba que los trabajadores tuviesen que involucrarse en una batalla *política* o que tuviese que existir un partido de los obreros. Creía, al contrario, que el trabajador tenía que demostrar su poder utilizando la fuerza para conquistar sus derechos.²⁶ Marx había combatido esa forma de pensar desde 1849, pero ahora, debido a que las ideas se propagaban con mayor rapidez y amplitud, era más peligrosa. Marx creía que la revolución siempre acababa en un baño de sangre, pero la violencia no tenía que ser nunca el primer método al que recurrir; lo tenía muy claro: no quería que la Internacional se convirtiese en un ejército insurgente.

Marx nunca había asistido a un congreso de la Internacional celebrado fuera de Londres, pero era tal la importancia del congreso de 1872 que él y toda su familia –incluidos los dos franceses que aspiraban a formar parte de ella, Longuet y Lissagaray– viajaron a Holanda. Y lo mismo, naturalmente, hizo Engels. El congreso iba a ser la primera reunión en público de la Internacional desde la Comuna, y la prensa hizo circular el rumor de que en aquel congreso los miembros de la Internacional iban a decidir sus próximas acciones terroristas. Periodistas de todo el mundo acudieron a La Haya para informar sobre aquel aquelarre de radicales violentos. Marx fue acosado por los periodistas. Algunos simplemente querían verle; otros querían avanzarse a la competencia y ser los primeros en revelar sus miserables planes.²⁷ La histeria era omnipresente. Un periódico local advirtió a los ciudadanos que no permitiesen a sus esposas e hijas salir a la calle mientras los miembros de la Internacional estuviesen en la ciudad,

y se aconsejó a los joyeros que cerrasen el negocio.²⁸ Pero la prensa y la policía se quedaron decepcionados: los delegados se portaron exactamente como unos congresistas comerciales, incluidas las cintas azules con la tarjeta con el nombre colgadas del cuello para ser fácilmente reconocibles.²⁹

Unos sesenta y cinco delegados de quince países llegaron para participar en el congreso, y durante los tres primeros días las discusiones se centraron en quiénes recibirían las credenciales para asistir a sus sesiones.³⁰ Finalmente, el 5 de setiembre, se inauguró el Quinto Congreso Anual de la Primera Asociación Internacional de Trabajadores en un salón de baile situado junto a una cárcel en un barrio de clase obrera de La Haya. Las mesas se dispusieron en forma de herradura y el salón disponía de una especie de platea alta desde la que los espectadores podían observar a la burocracia de la revolución en acción.³¹ Las mujeres Marx se instalaron entre quienes lo hicieron desde arriba.

Tras las traumáticas experiencias vividas en Francia y España, Laura había llegado a La Haya delgada y enferma; la familia quedó horrorizada del cambio que había experimentado. Pese a lo débil que estaba, se esforzó mucho en disimular su aspecto para que su dolor no fuera visible. Laura, heredera del orgullo de su padre, no quería dar a los “filisteos” la satisfacción de verles sufrir.³² Kugelmann, que nunca la había visto en persona, la encontró hermosa, elegante y agradable. También se encontró con Jenny por vez primera. Tras mantener correspondencia con ella durante años sobre las dificultades de la familia, es posible que esperase encontrarse con una mujer de aspecto matronil con las preocupaciones grabadas en el rostro. Pero Jenny era una mujer esbelta y no aparentaba ni mucho menos los cincuenta y ocho años que tenía en realidad. Tan concentrada estuvo Jenny en el desarrollo del congreso que Kugelmann salió de allí convencido de que había sido Jenny la que había atraído a Marx al campo de la política radical y no al revés.³³

Tussy, al lado de “Lissa”, tenía el aspecto de ser toda una mujer.³⁴ Ahora llevaba el pelo recogido, con unos cuantos rizos sobre la frente. En torno al cuello llevaba una cinta de terciopelo, y su escote tenía una profundidad considerable. El estilo no era en absoluto revelador, pero era una exhibición de carne mucho mayor de la que se había permitido nunca ninguna de las mujeres Marx. Finalmente, Jennychen: de todas las hermanas, ella era la que menos había cambiado, excepto que su silenciosa felicidad interior se había vuelto francamente pública debido a su compromiso con Longuet.

Debajo, en una de las mesas, Marx estaba sentado detrás de Engels. Pero si trataba de pasar desapercibido, había fracasado completamente: todas las miradas de los espectadores de la platea alta estaban fijadas en él, un gigante inquietan-

te con una espesa mata de pelo gris y barba canosa, fumando y escribiendo frenéticamente en un cuaderno de notas, la personificación misma de la rebelión.³⁵ Aunque el número de delegados asistentes era más bien bajo, los espectadores eran muchos —un periódico dijo que había diez veces más personas de las que cabían en la sala—³⁶ y parecía que todo el mundo tenía algo que decir. El estruendo era espantoso. Nadie hacía caso de las llamadas al orden, los gritos se volvían discusiones, y las discusiones casi acababan a puñetazos.

Desde el primer momento los aliados de Marx tuvieron ventaja. Numéricamente eran muy superiores a los seguidores de Bakunin, y Bakunin había optado por no asistir. Lo primero que se votó fue una propuesta para ratificar al Consejo General como el cerebro de la organización, y no reducir su poder, como querían los seguidores de Bakunin, a una mera dirección postal y a un centro de correspondencia. La facción de Marx se impuso y el consejo conservó el poder. El siguiente punto del orden del día fue una cuestión que uno de los delegados calificó ni más menos que de “golpe de estado”. Marx y Engels habían orquestado la cosa con antelación. Engels se levantó, cigarro en mano, y con su habitual tono coloquial, y apartándose un mechón de pelo que le había caído sobre la frente, propuso que el Consejo General se trasladase de Londres a Nueva York. Lo que no dijo fue que aquel traslado ayudaría a Marx a abandonar el liderazgo de la Internacional y garantizaría que Bakunin no se hiciese con el poder en la organización. Aunque en Estados Unidos también había anarquistas, su número era minúsculo y el horror que tenían los norteamericanos por la violencia política sería un baluarte que impediría a los anarquistas hacer avances significativos. Cuando Engels terminó de hablar, la sala entró en erupción. Los críticos protestaron, alegando que aceptar su propuesta sería igual que si el congreso se trasladara a la luna. Como buen político que era, Marx había calculado los votos con antelación para asegurarse de que la propuesta sería aprobada, como efectivamente lo fue, curiosamente con algunos votos de los seguidores de Bakunin, que creyeron que trasladar la AIT a Nueva York equivalía a despojar a Marx de toda autoridad sobre la organización, que de hecho era lo que él quería.³⁷

El último día del congreso fue el turno de Marx de dejar caer una bomba en su larga batalla contra Bakunin. Desde su llegada a La Haya había estado tan nervioso que casi no había podido dormir. En aquel estado de nervios, tras varios días de estar sentado y callado mientras todos los demás en la sala estaban de pie, Marx echó hacia atrás su silla. La sala guardó silencio. Le correspondía a él describir cómo Bakunin y un grupo de sus seguidores habían trabajado secretamente para debilitar a la Internacional, y cómo un “asunto personal” (la

amenaza de Nechayev y el asesinato) que se había discutido en un comité de investigación, pero que no sería aireado públicamente, demostraba la naturaleza irresponsable de los anarquistas de Bakunin. De hecho, Marx no tuvo que revelar la historia de Nechayev; ya había corrido por la sala. Todo el mundo sabía a qué se refería.³⁸

Marx era un orador contundente frente a un grupo pequeño, pero frente a una audiencia mayor la fuerza de su voz y su contundencia se reducían un poco. Al envejecer, se iba pareciendo cada vez más a un profesor erudito y algo excéntrico; el monóculo que llevaba en el ojo derecho le caía sistemáticamente mientras hablaba, y él interrumpía su discurso para colocárselo bien.³⁹ Pero incluso sin ponerle demasiado dramatismo, los asistentes escucharon atentamente su intervención. Y lo más importante de todo: estuvieron de acuerdo con él, Bakunin y uno de sus colegas fueron expulsados.⁴⁰ Una vez leído el resultado de la votación, un bakuninista español que llevaba una bandera roja en la cintura sacó una pistola y dirigiéndose al delegado que estaba leyendo los resultados, exclamó: “¡Un hombre como este merece que le peguen un tiro!”⁴¹ Fue rápidamente inmovilizado y desarmado. Marx no podía haber pedido una mejor ilustración de sus argumentos contra Bakunin.

De este modo terminó oficialmente el trabajo de Marx en la Internacional. Aquella noche llevó a su familia y a unos cuantos amigos al Grand Hotel, en Scheveningen. Aquel elegante hotel era exactamente el tipo de local que Marx y Jenny habían conocido en Tréveris. Mientras sus lámparas de gas se reflejaban en las aguas del Mar del Norte, la música interpretada por una orquesta de cuerda llenaba el aire. Ahora, con el final de su “esclavitud” en la AIT, Marx podía regresar a la vida privada como esposo y padre, y como teórico. Aquella noche empezó la transición, rodeado por sus hijas y sus amigos íntimos. Todos comieron, bailaron y se bañaron en el mar. De todos modos, y dado que se trataba de una reunión organizada por Marx, no podía faltar un toque dramático: un miembro del grupo se adentró demasiado en el mar y Engels, el buen soldado, tuvo que acudir a su rescate.⁴²

Al día siguiente, 8 de setiembre de 1872, Marx pronunció su último discurso público, un discurso seguramente mucho más importante que nada de lo que había dicho en el congreso recién terminado. Contribuyó a alimentar el debate entre sus seguidores del siglo XX, divididos entre quienes creían que Marx en el fondo era un pacifista, y quienes creían que era un abogado de la revolución violenta. De hecho, su discurso ante la AIT local de Amsterdam puso de manifiesto que era ambas cosas. Marx subrayó que los precedentes históricos dictarían

cómo se llevaría a cabo la revolución en cada país, y que la respuesta no sería la misma en todos los casos.

Un día el trabajador tendrá que hacerse con la supremacía política para establecer la nueva organización del trabajo; tendrá que derrocar a la vieja política que apoya a las viejas instituciones si no quiere tener el mismo destino de los cristianos primitivos, que descuidaron y despreciaron la política y nunca vieron realizado su reino en la tierra. Pero de ningún modo decimos que los medios para conseguir este objetivo sean idénticos en todas partes. Sabemos que las instituciones, las costumbres y las tradiciones de los diferentes países tienen que ser tenidas en cuenta, y no negamos la existencia de países como Estados Unidos, Inglaterra y, si conociera mejor vuestras instituciones añadiría a Holanda, donde los trabajadores pueden conseguir sus objetivos de manera pacífica. Siendo esto cierto, también hemos de admitir que, en la mayoría de países del continente, la fuerza tendrá que ser la palanca de nuestra revolución; habrá que recurrir a la fuerza durante un tiempo para poder establecer la regla de los trabajadores.

Marx prometió su fidelidad a la lucha aunque su implicación en el día a día menguase. Dos informes de prensa citaron estas palabras suyas: “No me estoy retirando de la Internacional, y el resto de mi vida lo dedicaré, como todos los esfuerzos que he hecho en el pasado, al triunfo de las ideas sociales que un día, tenedlo por seguro, traerá la regla universal del proletariado”.⁴³

La salida de Marx de la Internacional y su batalla con Bakunin habían sido, a fin de cuentas, relativamente fáciles. Marx había preparado bien su argumentación y se había asegurado que tendría una mayoría de delegados a su favor. Pero también se vio favorecido por el hecho de que Bakunin no estuviese personalmente allí. El ruso decía que no había asistido al congreso de La Haya por falta de dinero,⁴⁴ pero es posible que supiera por experiencia que no valía la pena que se esforzase, porque su rival no podía perder; al fin y al cabo, la Internacional era su criatura. En cualquier caso, Bakunin había tenido muy mala suerte aquel año y parecía carecer de energía para presentar batalla.⁴⁵ Su amigo Nechayev había sido arrestado en Suiza y sería finalmente enviado a la Fortaleza de Pedro y Pablo.⁴⁶ La joven esposa de Bakunin, Antonia, tenía un amante con el que había tenido dos hijos, y esa unión había sido finalmente aceptada por Bakunin porque no le daba, o tal vez no podía darle a su esposa las atenciones que ella requería o se merecía.⁴⁷ Finalmente, el ya de por sí enorme ruso se había vuelto aún más corpulento. (Sus amigos le describían como “mastodóntico”.) Resollaba

al menor movimiento, y cuando trataba de ponerse las botas, su cara se amarraba completamente.⁴⁸ Dos meses después del congreso Bakunin anunciaría su retirada de la vida política, declarando: “De ahora en adelante no perturbaré el reposo de nadie, y pido a cambio que me dejen en paz”.⁴⁹ Renovó su guardarropa y se equipó como un auténtico burgués suizo. Se consideraba el “último de los Mohicanos”⁵⁰ y decía que si hubiera solo tres personas en el mundo, dos de ellas tratarían de reprimir a la otra.⁵¹ Igual que su rival alemán, Bakunin se había dado cuenta de que había llegado la hora de hacerse a un lado.

El 9 de octubre de 1872, un mes después del congreso, Jennychen y Longuet se casaron finalmente en la oficina del registro de St.Pancras, donde Lafargue y Laura se habían casado cuatro años antes.⁵² Fue una boda mucho más discreta y formal que la de Lafargue y Laura, en parte porque Jennychen y Longuet tenían veintiocho y treinta y tres años respectivamente, y en parte porque su plan original de casarse había sido postergado y porque en el momento en que la ley reconoció su unión como oficial todo el mundo en la familia Marx los consideraba ya como marido y mujer.

Los Longuet dejaron Londres inmediatamente y se dirigieron a Oxford, donde Charles había encontrado empleo dando clases de francés, pero el comienzo de su vida de casados no fue muy prometedor. El nombre de Longuet había salido en la lista de miembros de la AIT que habían asistido al congreso de La Haya, y uno tras otro sus discípulos le pidieron disculpas y declinaron recibir más clases.⁵³ Él y Jennychen no habían tenido tiempo todavía de instalarse en una rutina placentera cuando se vieron sumidos en una más que familiar lucha por la supervivencia. Jennychen no mencionó su situación a su familia; era demasiado independiente para valerse de la misericordia de sus padres. Pero había un trasfondo de ansiedad en sus cartas a Marx que no era precisamente lo que uno esperaría de una recién casada. El 30 de octubre escribió: “Mi querido Nicky, no puedes imaginarte las ganas que tengo de verte. Me siento como si estuviese lejos de ti desde hace siglos. Esta mañana cuando he visto tu letra otra vez no he podido evitar echarme a llorar”.⁵⁴ En otra carta confesaba: “Tenía muchas ganas de ir a Hampstead el pasado domingo. El demonio me decía que lo hiciese, pero la conciencia que nos vuelve a todos un poco cobardes me aconsejó prudencia y me recordó que el viaje a Hampstead cuesta veinte chelines, y me quedé donde estaba”.⁵⁵ Es posible que Marx sospechase que algo andaba mal, porque en noviembre fue a Oxford. Longuet estaba revisando la traducción francesa del *Capital*, por lo que la visita de Marx no habría levantado sospechas de ser una misión para averiguar cómo estaba tratando a su hija la vida de casa-

da.⁵⁶ Pero poco después, quizás a instancias de Marx o movidos por el hecho de que simplemente no podían permitirse permanecer en Oxford sin tener trabajo, Longuet y Jenny decidieron regresar a Londres.

YX448 Los Lafargue estaban en la ciudad desde finales de octubre; habían pasado unos días de vacaciones en Holanda después del congreso y antes de dirigirse a Modena Villas. Tanto Marx como Jenny observaron que Laura tenía mejor aspecto que cuando había llegado a La Haya, pero distaba mucho de encontrarse bien. Los Lafargue se instalaron de nuevo en casa de los Marx, donde Lenchen y Jenny, particularmente adecuadas para ocuparse de una joven que había perdido a sus hijos, trataron de volverla a la vida. A mediados de noviembre se había recuperado lo suficiente como para que ella y Paul decidiesen mudarse a un apartamento cercano. Como si la puerta de la casa de los Marx fuese una puerta giratoria, cuando los Lafargue salían por un lado, los Longuet entraban por el otro.

Jennychen estaba decepcionada de que su experiencia en Oxford hubiese sido un fracaso, pero pronto admitió que no podía ser feliz lejos de Londres. “En Londres está Modena Villas”, le dijo a Kugelman, “y en la habitación delante del primer piso de Modena V. puedo siempre encontrar a mi querido Moro. No puedo expresar lo sola que me sentía estando separada de él, y él me dice que también me echaba mucho de menos, y que durante mi ausencia apenas salía de su guarida”.⁵⁷

El 7 de diciembre, un satisfecho Engels anunciaba por carta a un colega que estaba en Nueva York que por primera vez en cuatro años Marx *père* estaba una vez más rodeado de toda su familia.⁵⁸ Como afirmación era un hecho, pero deducir de ella la existencia de una armonía doméstica no habría sido exacto. Antes de que Jennychen regresase de Oxford, Tussy le había escrito una carta quejándose de la forma en que se habían portado Lafargue y Laura al encontrarse con Lissagaray en casa de Marx. Lissagaray estaba allí con un amigo, al que los Lafargue saludaron dándole la mano, pero al volverse hacia Lissagaray simplemente hicieron un gesto con la cabeza. Al día siguiente se mostraron igual de fríos. Extrañada de aquella muestra de mala educación, Tussy escribió a su hermana mayor: “O bien Lissagaray es el perfecto caballero que la carta de Paul y su propio comportamiento proclaman, y en ese caso debería ser tratado como tal, o bien no es un caballero y entonces no deberíamos recibirle; una cosa u otra, pero este comportamiento impropio de una señorita por parte de Laura es muy desagradable”.⁵⁹

Este episodio apenas merecería ser mencionado si no fuese porque la decisión de los Lafargue de hacerle el vacío a Lissagaray empañó la relación entre

Tussy y Laura durante años. De hecho, nunca recuperó del todo la naturalidad. No está claro por qué los Lafargue se comportaban de aquel modo; no hay una explicación en ninguna de las anécdotas de la vida familiar ni carta alguna que sugiera una pista. Puede simplemente que los caminos de los dos hombres se hubiesen cruzado en los círculos periodísticos de Francia y que Lissagaray hubiese ofendido a Paul de algún modo, y que este le hubiese guardado rencor. O tal vez era a Laura a quien molestaba su presencia. En su frágil estado puede que no fuera capaz de tolerar la presencia de otro francés (sin otra carta de recomendación que sus credenciales revolucionarias) seduciendo a otra hija de Marx. Contemplando su propia peripecia vital y la de Jennychen, tal vez no podía evitar ver que, lejos de escapar del destino de su madre, se habían lanzado precipitadamente al encuentro del mismo. (Jennychen incluso le dijo a Longuet que había soñado que contraía la viruela, como su madre, y que estaba tan horrorosa que él se negaba a verla.)⁶⁰

Las dos jóvenes parejas se vieron acuciadas por problemas financieros. En España Lafargue se había gastado casi toda la herencia de su padre.⁶¹ Tenía su licencia inglesa de médico, pero se negaba a ejercer una profesión que, según explicaba, había sido incapaz de salvar la vida a ninguno de sus tres hijos. Y eso les dejaba, a él y a Laura, el problema de encontrar un trabajo para ganarse la vida. Marx trató de ayudarles solicitando trabajos de colaboración periodística para Lafargue en lugares tan lejanos como Rusia, pero esa clase de trabajo era muy difícil de conseguir y estaba además muy mal pagado.⁶² En febrero Lafargue decidió probar suerte en los negocios asociándose con Eugène Dupont, un amigo de Marx del año 1848, en un taller que explotaba una patente propiedad de Dupont para fabricar instrumentos musicales de metal. Pero carecían del capital necesario para prosperar y el negocio se fue al garete.⁶³ Lo mismo sucedió con otro intento relacionado con una patente de grabador que asoció a Lafargue con los socialistas George Moore y Benjamin Le Moussu.⁶⁴ En ese caso Marx tomó brevemente cartas en el asunto y asumió la responsabilidad financiera de Lafargue, pero a finales de año Marx se había retirado y Engels se vio obligado a pagar una deuda que ascendía a unas 150 libras.⁶⁵ Lafargue podía haberse dado cuenta de que no tenía talento para los negocios, pero, optimista como era, lo intentó de nuevo, esta vez montando un taller de fotolitografía y grabado en su cocina con el objetivo de llegar a ser financieramente independiente.⁶⁶ Mientras su esposo apostaba en aquellas arriesgadas aventuras condenadas al fracaso, Laura ayudaba a pagar las facturas dando clases particulares de idiomas.⁶⁷

Longuet tampoco podía encontrar trabajo. No había tenido un empleo fijo en los dos años transcurridos desde el final de la Comuna, y Londres estaba pla-

gado de refugiados franceses que se disputaban los pocos trabajos que había de periodista o de profesor particular.⁶⁸ Igual que Laura, Jennychen compensaba la falta de ingresos de su esposo dando clases. Colgó carteles en casi todos los escaparates de los alrededores de su casa y recorrió la ciudad ofreciendo sus servicios como profesora de idiomas o de música, un empeño al que se refería con sorna como “la deliciosa batalla conocida como la lucha por la vida”. Culpándose en parte a sí misma por la incapacidad de Longuet para encontrar trabajo, Jennychen trabajaba el doble de duro. Le dijo a Kugelmann que habrían tenido más suerte en una ciudad pequeña, pero “pese a mi matrimonio, mi corazón está ligado al lugar donde se encuentra mi padre, y la vida en otra parte no sería vida para mí. Pero si todo falla, supongo que tendré que dejarle... Pero por hoy ya es suficiente con nombrar el mal; no quiero pensar en ello antes de hora”.⁶⁹

Madame Marx, sin embargo, comparaba la falta de trabajo de Longuet con una falta de laboriosidad. En un largo lamento a Liebknecht escribió: “Estamos expiando en todos los sentidos nuestro entusiasmo juvenil por la Comuna de París y sus refugiados (holgazanes políticos YX450 por excelencia). No puedo entrar en detalles aquí, porque no es apropiado hacerlo por carta”.⁷⁰ Es muy posible que estuviese pensando en Lissagaray.

En marzo, Marx y Tussy fueron a Brighton. Marx estaba agotado a causa de su trabajo en la traducción francesa del *Capital* y en la segunda edición para Meissner. La versión francesa tenía que aparecer en cuarenta y cuatro entregas, lo que implicaba alargar el ya de por sí difícil proceso de la traducción más de tres años. La segunda edición alemana también aparecería por entregas —en ese caso solo nueve, entre julio de 1872 y abril de 1873— tras lo cual sería publicada de nuevo de forma unitaria.⁷¹ Para Marx la intensidad del proyecto era la misma que si estuviese escribiendo *El Capital* por vez primera. Era un fantasma en su propio hogar. Tras levantarse cada día a las siete y tomarse varias tazas de café fuerte, se retiraba a su estudio hasta primera hora de la tarde, cuando llegaba el General⁷² para lo que Jennychen llamaba marchas forzadas por el Heath.⁷³ Luego venía la comida de las cinco (normalmente Marx tenía que ser llamado hasta tres veces para que fuera a comer), e inmediatamente después del último bocado regresaba a su estudio, donde permanecía hasta las dos o las tres de la madrugada.⁷⁴

Tussy también necesitaba un descanso; no es que trabajase demasiado, es que estaba alterada. Ahora tenía dieciocho años y estaba apasionadamente involucrada en un asunto prohibido. Su familia sabía lo de Lissagaray, pero su padre había empleado el raramente utilizado derecho de veto para bloquear su putativa felicidad. Tal vez Marx pensaba que lejos de Londres podría convencer tran-

quilamente a Tussy de que aquel matrimonio nunca funcionaría. Los poderes de persuasión de Marx fallaron en aquella ocasión, sin embargo, y una ofendida Tussy le comunicó a su padre que tenía intención de quedarse en Brighton y buscar trabajo allí dando clases particulares. Puede que Marx se extrañase de aquel giro de los acontecimientos, pero tal vez creyendo que, trasladándose, Tussy descartaría más fácilmente a Lissa, aceptó. Sin embargo, Jenny consideró la decisión de su hija menor como precipitada y potencialmente peligrosa. En mayo y junio envió a Tussy numerosas cartas llenas de nimiedades.⁷⁵ Trató de asegurar a Tussy que entendía “lo mucho que anhelas tener un trabajo y ser independiente, las únicas dos cosas que te ayudarán a superar el sufrimiento y las preocupaciones de tu situación actual”.⁷⁶ Y de nuevo, recordando su propio amor prohibido por Marx cuando era una joven, Jenny escribió: “Tienes que ser *valiente*. No dejes que esta terrible crisis te abrume. Créeme, pese a las apariencias, nadie entiende tu posición, tu conflicto, tu amargura mejor que yo”.⁷⁷ Jenny dejó muchas cosas por decir, pero la urgencia y la frecuencia de sus cartas ponían de manifiesto su comprensión de la confusión en que estaba sumida Tussy, y la conciencia del impacto que el estrés —o aún peor, la depresión— podrían tener en la salud de su hija (la depresión de la propia Jenny, por no hablar de los problemas creativos de Marx, se había manifestado a menudo en forma de dolencias físicas). También era sensible a las acciones imprudentes que podía cometer Tussy si se sentía incomprendida o poco amada.

En mayo Tussy empezó a dar clases de alemán y francés a tiempo parcial en un seminario para mujeres jóvenes.⁷⁸ En menos de un mes, sin embargo, empezó a toser y a expectorar sangre, y Jenny corrió a Brighton para estar con ella. Descubrió que su hija estaba realmente enferma pero rechazó sus súplicas de que volviera a Londres.⁷⁹ Jenny también supo por boca de la mujer que dirigía la escuela que un hombre al que se refería como “el novio de Tussy” la había visitado allí varias veces y que se lo había permitido porque estaban comprometidos. Para evitarle problemas a su hija Jenny no clarificó la relación ni le contó a Marx lo que le había averiguado. Sabía que Marx planeaba escribir a Tussy en relación a Lissagaray y la nueva información no haría más que complicar la situación.⁸⁰

De hecho Marx escribió dos cartas, una a Tussy y una a Lissagaray, pero como se han perdido no tenemos forma de saber cuál era su contenido.⁸¹ La única pista que tenemos es la descripción que hizo Marx días más tarde, en una carta a Engels, de la respuesta de Tussy. Tussy había acusado a Marx de ser injusto con ellos, pero Marx le dijo: “no le pedí nada [a Lissagaray] excepto que me diera pruebas, no solo de palabra, de que era mejor que su reputación y también que

me diese motivos para confiar en él”. “Lo más molesto”, le dijo a Engels, “es que tengo que mostrarme circunspecto e indulgente a causa de mi hija. No le constataré hasta que haya hablado contigo a mi regreso. No comentes esta carta con nadie”.⁸²

Mientras, Jenny trató de alejar a Tussy de Brighton, de Marx y Engels, y de Lissagaray sugiriéndole que acompañase a Lenchen a Alemania en junio. Tussy pareció mostrarse receptiva a la idea, aparte del impedimento que representaba su trabajo en la escuela.⁸³ En efecto, las directoras consideraron indignante que pretendiese tomarse unas vacaciones a medio curso, y enviaron una carta a Jenny declarando de manera altanera que estaban “sorprendidas y enojadas” por la noticia. Jenny, a quien no le importaba nada el programa escolar y que tenía muy poca experiencia con esa clase de convenciones, respondió: “Y yo estoy muy enojada de saber que no pueden dar un permiso a mi hija”.⁸⁴

Finalmente, Tussy no viajó a Alemania con Lenchen, pero, deprimida por el fracaso de su primer intento de independizarse, regresó a casa, donde, según informó la prensa, su padre estaba muy enfermo, y donde su hermana Jennychen trataba en vano de ocultar que se había quedado embarazada.

Desde 1844 ningún niño o niña de la familia Marx había nacido en unas condiciones de riqueza y bienestar, y Charles Félicien Marx Longuet no fue una excepción a esa regla cuando vino al mundo el 3 de setiembre de 1873. Tras vivir en Modena Villas durante ocho meses, Longuet todavía no había encontrado trabajo, “ni dando clases de literatura, ni haciendo traducciones, ni de secretario de correspondencia”, le dijo Madame Marx a Liebknecht, con un mal disimulado desagrado. “Jenny, al contrario, debido a su absoluta energía, a su actividad y a haberse pateado la ciudad con lluvia, viento o nieve, ha encontrado algunas clases, que de todos modos no son muy provechosas. Esta distinguida criatura se merece algo mejor. A Moro le pasan por alto muchas cosas debido a su fantástico amor. Desgraciadamente, yo no puedo ser tan diplomática, por lo que probablemente tendré que asumir la reputación de ser la malvada suegra”.⁸⁵ La preocupación de Jenny por su hija era comprensible, aunque no era del todo justa con Longuet. Este trató de buscar trabajo, incluso lejos de Londres, en Manchester, pero en realidad no era más que otro indigente francés, con la carga adicional de ser un *communard* y un miembro de la Internacional de Marx.⁸⁶

En cuanto a la salud de Marx, un reportaje de un periódico británico de junio de 1873 afirmaba que Marx estaba gravemente enfermo. La noticia procedía de un miembro inglés del Consejo General, y pronto se propagó por los periódicos de toda Europa. Habitados a los rumores sobre su muerte o su arres-

to, los amigos y familiares de Marx apenas hacían caso de este tipo de revelaciones. Pero tal vez porque había dejado tan abruptamente la AIT un año antes sin concretar demasiado los motivos, esta vez la noticia de la enfermedad parecía ser cierta, y Marx recibió montones de cartas de amigos que estaban realmente preocupados; también se presentaron otros muchos curiosos a la puerta de la casa de los Marx para investigar personalmente.⁸⁷ Jenny bromeó sobre ello con Liebknecht, que había leído la noticia en un periódico alemán. “*Confío* en que los periódicos estén exagerando y que el estado de mi querido esposo no sea realmente peligroso”.⁸⁸ Pero aquella frivolidad ocultaba una preocupación real: los Marx no querían que el mundo supiese que Karl estaba realmente enfermo y que su estado era más grave que las habituales dolencias ocasionadas por las preocupaciones. Durante meses había sufrido insomnio y fuertes dolores de cabeza. Probó de tomar somníferos pero no surtieron ningún efecto. En medio de todo eso se negó a dejar de trabajar en la traducción del *Capital*, y detrás de sus preocupaciones profesionales planeaba su inquietud por el giro que habían tomado las vidas de sus hijas⁸⁹ (lo que Jenny calificaba de “los pesados, importantes e inenarrables asuntos familiares”).⁹⁰ Finalmente, cuando la tensión sanguínea de Marx se disparó peligrosamente, Engels le persuadió de ir a Manchester a ver al único médico en el que ambos confiaban, un alemán de ochenta años llamado Eduard Gumpert. Gumpert le ordenó a Marx que revisase su estilo de vida: que no trabajase tanto, que hiciese dieta, y que bebiese el vino con agua de seltz. La recomendación más importante fue que dejase de escribir hasta altas horas de la noche. Eso, si continuaba, podía matarle.

Marx regresó de Manchester muy mejorado, y Jenny, Lenchen y Engels estaban convencidos de que seguiría las prescripciones de Gumpert. También estaban de acuerdo en que la única forma de asegurar que Marx no recaería en sus viejos hábitos era que abandonase Londres para pasar una buena temporada en un balneario.⁹¹ Aquel otoño se llevó a Tussy con él en el primero de lo que serían muchos viajes con el objetivo de recuperar la salud; en aquella ocasión a la ciudad inglesa de Harrogate.⁹² Llegaron una vez concluida la “temporada” y tuvieron el hotel casi a su entera disposición, excepto por la presencia de un cura de la Iglesia de Inglaterra de quien Marx —desde el punto de vista de la coherencia ideológica o desde la mera observación— dijo que lo único que le preocupaba era su barriga.⁹³

Durante sus últimos años Marx destacaría la importancia del mundo microscópico respecto al macroscópico; el microscópico era la familia y el macroscópico todo lo demás, pero sobre todo la política. Después del congreso de La Haya empezó a retirarse al pequeño mundo de las personas que le rodeaban, pero no

dejó de trabajar. Y aunque se había desvinculado de la AIT seguía siendo un objeto de peregrinación para visitantes de todo el mundo que le veneraban como el fundador. Las exigencias de tales intrusiones, sin embargo, se convirtieron gradualmente en agradables diversiones sociales; no le consumían tanto como habían hecho en otro tiempo. Incluso las conversaciones con los periodistas pesados que periódicamente le buscaban para hacerle una entrevista cuando recordaban al “terrorista” que vivía en Londres, eran tratados por Marx más como una oportunidad de divertirse que como un encuentro hostil o desafiante. Era un gato de enormes zarpas que jugueteaba gentilmente con aquellos pequeños ratones, sabiendo que podía aplastarles pero disfrutando con el juego. Le dijo a Kugelmann que “le importaba un rábano el público”. Mucho más importantes eran ahora las personas que estaban a su alcance.⁹⁴

De interés secundario respecto a esto era su salud. Gumpert llevaba años aconsejándole a Marx que fuese a Karlsbad a hacer una cura de aguas, y durante años Marx se había resistido a seguir su consejo (decía que el balneario austríaco era aburrido y caro⁹⁵). Tras una agradable estancia en Harrogate, sin embargo, llegó finalmente a planteárselo. Aunque placentero, Harrogate le había producido un alivio solo temporal. Gumpert le aseguró que una estancia en Karlsbad equivaldría a una cura. Marx empezó a contemplar la posibilidad del viaje en mayo, pero antes de poder hacerlo tenía que eliminar unos cuantos obstáculos, uno de los cuales era la vieja cuestión del pasaporte. El año que Laura se había ido a París como recién casada había considerado solicitar alguna forma de ciudadanía británica, pero nunca lo había concretado. Para poder viajar a Austria aquel mismo año, iba a necesitarla.

Los gobiernos europeos seguían considerando a la Internacional como una fuerza impulsora de la violencia social. En 1872 y 1873 la Liga de los Tres Emperadores –Austria-Hungría, Rusia y Alemania– se reunió para diseñar una estrategia de defensa y crear un frente unido contra la AIT y sus retoños.⁹⁶ Inmediatamente se puso en marcha una campaña represiva.⁹⁷ Sin embargo, la crisis económica de 1873 fue más aterradora que la amenaza de una represalia por parte del gobierno, y una vez más hombres y mujeres acudieron en tropel a las organizaciones obreras buscando protección ante las vicisitudes del mercado capitalista.⁹⁸ En la estela de esta agitación, los partidos obreros de Alemania obtuvieron buenos resultados electorales. Mientras, en Rusia se produjeron disturbios estudiantiles en 1873 y 1874, y la simultánea y muy extendida persecución de socialistas, liberales y demócratas. En una serie de batidas en varias ciudades solamente en 1874 fueron arrestados y llevados a juicio mil seiscientos socialista rusos que hacían propaganda entre los trabajadores; uno de los textos

que utilizaban para educar a los obreros era *El Capital*.⁹⁹ Finalmente, justo cuando Marx estaba considerando la posibilidad de ir a Karlsbad, empezó en la cercana Viena el juicio de un grupo de activistas socialistas. Un hombre fue acusado simplemente por enviar por correo un retrato del “socialcomunista K. M”.¹⁰⁰ En un entorno como aquel Marx necesitaba la protección de la corona británica, así que el primero de agosto solicitó la nacionalización como ciudadano británico. Tal vez de manera previsible fue rechazado. Un informe de Scotland Yard decía: “Con referencia al arriba citado, lamento informar que se trata del célebre agitador alemán, el jefe de la Sociedad Internacional y un defensor de los principios comunistas. Este hombre no ha sido leal ni a su propio rey ni a su propia patria”.¹⁰¹

En 1874 Lafargue estaba tan arruinado que quiso vender la última porción de la herencia que todavía conservaba: una casa en Nueva Orleans. Necesitaba dinero inmediatamente, por lo que Engels le prestó seiscientas libras contra la venta de su propiedad.¹⁰² Longuet, en cambio, no tenía ninguna reserva y seguía sin encontrar trabajo. Su madre le dejó algo de dinero y Jennychen trabajaba como institutriz y dando clases particulares, pero estaban extraordinariamente necesitados de dinero. De todos modos, en abril se mudaron a un apartamento cercano al hogar de los Marx. Más tarde Jenny señaló que ella y Marx habían alentado el traslado, pero que llegaron a arrepentirse mucho de haberlo hecho. La salud de Jennychen era mala –respiraba con dificultad y tenía problemas para dormir– y en verano su hijo, apodado Caro, se puso enfermo.

Más o menos por aquel entonces, Marx y Jenny hicieron un extraño viaje juntos. Marido y mujer, cincuenta y cinco y sesenta años respectivamente, viajaron a la Isla de Wight, a unos ocho kilómetros de distancia de la costa sur de Inglaterra, y alquilaron unas habitaciones en una casa situada sobre una colina en la ciudad de Ryle y que tenía unos enormes ventanales que daban al mar. El clima era casi italiano. “Esta isla es un pequeño paraíso”, le dijo Marx a Engels. Normalmente Marx se disculpaba por no escribir más a menudo porque estaba muy ocupado. En ese caso le dijo a Engels que no podía escribir porque estaba absolutamente ocioso. Él y Jenny recorrieron la isla en barca y pasaron por sus colinas, disfrutando de su mutua compañía de una forma que no habían podido hacerlo durante años, quizás décadas. Se rieron al ver un cartel electoral pidiendo lisa y llanamente el voto para un tal Stanley: “Vota a Stanley, *el hombre rico*”, y en una excursión en barco con los miembros de un grupo antialcohólico la mitad de los cuales estaban borrachos. (Marx le dijo a Engels que nunca había visto un grupo de gente tan tonta, grosera y cochina como aquel, y con

unas mujeres más feas que Picio”). En definitiva, Marx declaró que su salud había mejorado mucho, “y sobre todo no he tenido que tomar pastillas”.¹⁰³

Fue durante esta década que amigos y familiares destacaron a menudo el profundo amor que Jenny y Marx sentían el uno por el otro. No puede decirse que siempre había sido así. Hubo períodos, durante la década de 1860, en que el corazón de Jenny parecía haberse enfriado mucho respecto a Karl; por ejemplo, cuando él se divertía en la ópera de Berlín con Lassalle y la condesa mientras ella se esforzaba por encontrar carbón; o más tarde, cuando ella y sus hijas celebraban la Navidad como pobres, sin siquiera recibir una carta de Marx, mientras él era mimado por su tío Lion y su prima Nanette en Holanda. Pero en sus últimos años, los Marx fueron de nuevo una pareja en todos los sentidos. Tussy decía que eran como dos chiquillos: “Una y otra vez, especialmente cuando las circunstancias exigen decoro y compostura, les he visto reírse hasta caérseles las lágrimas por las mejillas, e incluso las personas inclinadas a sorprenderse de esas muestras de ligereza, no podían evitar reírse con ellos. Y cuántas veces no les habré visto no atreviéndose a mirarse el uno al otro y sabiendo que en cuanto intercambiasen una sola mirada no podrían evitar reírse a carcajadas de manera incontrolable”.¹⁰⁴ Un amigo ruso, Maxim Kovalevsky, comentó: “Marx, más que ninguna otra persona a la que yo haya conocido, ni siquiera excluyendo a Turgueniev, tenía derecho a decir de sí mismo que era un hombre de un único amor”.¹⁰⁵

Puede que sospechasen que su precioso tiempo juntos no duraría mucho, y no lo hizo: Marx y Jenny tuvieron que regresar a Londres a finales de julio. El hijo de once meses de Jennychen había muerto de lo que Marx calificó de “un súbito y terrible ataque de gastroenteritis”.¹⁰⁶ Una vez más el dolor invadió el hogar de los Marx. Cuatro hijos habían tenido las hijas de Marx, y los cuatro habían muerto. Marx le dijo a Engels que no podía dormir bien: “No puedo quitarme de la cabeza al pobre niño”.¹⁰⁷ Pero sin duda estaba aún más preocupado por Jennychen, que estaba anonadada por la pérdida de su hijo. Engels insistió en que Jennychen abandonase Londres inmediatamente y fuese a pasar unos días con él y Lizzy en Ramsgate. Jennychen aceptó.¹⁰⁸

Marx llegó a Londres a tiempo para acompañar a su hija a la costa el 6 de agosto. Viajaron en silencio en tren hasta la campiña del condado de Kent, una tierra tan exuberante y fértil como tristes y vacíos eran aquellos dos viajeros.¹⁰⁹ Como si el viaje hubiese sido concebido para hacer que su dolor fuese aún más intenso, Jennychen fue atormentada por la presencia en su vagón de una joven madre con un bebé sano y hermoso de unos nueve meses de edad.¹¹⁰

Marx estaba obsesionado por la muerte de su nieto y por la desesperación

de su hija. Aunque era verano en Londres, incluso al mediodía el cielo era apropiadamente gris y sombrío. Tras regresar a Modena Villas, Marx escribió a Jennychen: “Mi querida niña... la casa está tan silenciosa como una tumba ahora que nuestro pequeño ángel no está aquí para animarla. Le echo mucho de menos. Me sangra el corazón cada vez que pienso en él. ¡Y cómo voy a sacar de mi mente a esa dulce y encantadora criaturita! Pero espero, querida hija, que seas fuerte, por el bien de tu padre”.¹¹¹ Marx consideró la posibilidad de postergar el viaje a Karlsbad, pero seguramente le tranquilizaba saber que Jennychen estaba al cuidado de Engels, que había decidido viajar de Ramsgate a Jersey con Jennychen y Lizzy. También Tussy constituía otro tipo de emergencia. Llevaba meses enferma, se negaba a comer y estaba de nuevo escupiendo sangre. Estaba deprimida y melancólica; en suma, era todo lo contrario de la optimista jovencita que había cautivado a todos los que la conocían. El origen de su angustia emocional era el edicto de su padre contra su relación con Lissagaray. En marzo Tussy había escrito a Marx una carta suplicándole que le permitiese ver a su amante.

Mi querido Moro,

Voy a pedirte algo, pero antes quiero que me prometas que no te enfadarás. Quiero saber, querido Moro, cuando podré ver de nuevo a L. Me resulta muy difícil pensar que no podré verlo nunca. He hecho todo lo que he podido por ser paciente, pero es muy difícil y no creo que pueda resistirlo mucho tiempo más. ¿No podría ir de vez en cuando a dar un paseo con él? Además, nadie se extrañaría de vernos juntos, pues todo el mundo sabe que estamos comprometidos.

Tussy le dijo a su padre que cuando estaba enferma en Brighton, las visitas de Lissagaray la fortalecían y la hacían sentirse más feliz. “Hace tanto tiempo que no le veo, y estoy empezando a sentirme tan desgraciada pese a todos los esfuerzos que hago por estar animada, porque me esfuerzo mucho en estar feliz y contenta. Pero ya no puedo más... Mi querido Moro, por favor no te enfades conmigo porque te haya escrito esta carta, y perdóname por ser tan egoísta como para causarte más preocupaciones... Que esto quede entre nosotros”.¹¹²

Probablemente la familia ya tenía suficientes preocupaciones después de la muerte de Caro sin crear nuevos problemas, así que la prohibición fue revocada.¹¹³ A mediados de agosto Marx le dijo a Engels: “Tussy está mucho mejor; su apetito ha aumentado en proporción geométrica, aunque este es un rasgo característico de esas enfermedades femeninas en las que la histeria desempeña un papel; tienes que simular no darte cuenta de que la inválida está de nuevo vivien-

do gracias a un alimento terrenal. También esto deja de ser necesario una vez que la recuperación se ha completado”.¹¹⁴ Pero para asegurarse Marx decidió llevarse a Tussy a Karlsbad. Quería viajar sin pasaporte, y si se encontraba con problemas dirigirse al menos reaccionario Hamburgo. Lew dijo a Jennychen que le irritaban particularmente las intrigas políticas precisamente en aquel momento: “Tras un largo período en el que ni la ‘Internacional’ ni yo hemos llamado mucho la atención, es curioso que mi nombre haya salido de nuevo precisamente ahora en juicios celebrados en Petersburgo y en Viena, y que unos ridículos disturbios en Italia hayan sido relacionados no solo con la ‘Internacional’ sino directamente conmigo”.¹¹⁵

Karlsbad era un refugio burgués con una legendaria lista de huéspedes: Bach, Goethe, Schiller, Beethoven y Chopin.¹¹⁶ Uno de los vecinos de Marx en la Haus Germania era el novelista ruso Iván Turgueniev. Ninguno de los dos menciona al otro en su correspondencia,¹¹⁷ pero es casi seguro que habían oído hablar el uno del otro aún sin llegar a conocerse, dado que Turgueniev era una especie de pararrayos tanto para los radicales como para los conservadores en Rusia, y dado que había sido uno de los mejores amigos de Bakunin en Berlín.

Kugelman se había encargado de organizar la estancia de Marx y Tussy. Él, su esposa y su hija también estaban allí, en lo que, a juzgar por sus cartas, era una visita casi anual al famoso balneario situado en lo que hoy es la República Checa. Para evitar recelos, Marx se esforzó, en el momento de registrarse, en parecer un hombre acaudalado. Firmó como Herr Charles Marx, caballero privado, y daba muy bien el pego.¹¹⁸ Durante la estancia de Marx, también estuvo en Karlsbad un aristócrata polaco llamado conde Plater. Tan impecable era el traje de Marx que otro de los huéspedes dijo que si alguien preguntaba cuál de los dos era el conde, la respuesta sería Marx.¹¹⁹ Marx y el conde no tardaron en hacerse amigos, una relación que disparó la imaginación de un reportero local, que con la habitual facilidad para la ficción escribió que el conde Plater era el “jefe de los nihilistas” (Tussy comentó: “Ya puedes suponer lo horrorizado que estaba el pobre tipo”).¹²⁰ y que estaba conchabado con Marx, el “jefe de la Internacional”. La policía tuvo, efectivamente, a Marx bajo vigilancia, pero no le molestó ya que no parecía que estuviese organizando otro complot que el de recuperarse rápidamente de unas dolencias hepáticas. Los médicos le describieron como un huésped modelo.

Franziska Kugelman era varios años más joven que Tussy, y ni ella ni su madre, Gertruda, parecían aprobar enteramente el comportamiento de Tussy o la permisividad de su padre. Franziska describió el vestido de Tussy como ele-

gante pero demasiado llamativo. Según ella, Marx defendía a su hija diciendo que “las mujeres jóvenes tienen que intensificar su atractivo tanto como puedan”). Las Kugelmann la consideraban demasiado directa (“Decía sin rodeos a cualquiera lo que pensaba, aunque fuese algo de la persona a la que se lo decía que no le gustaba”). Y las horrorizaban sus modales (“Se sienta en el restaurante leyendo el periódico y fumando cigarrillos”). Tussy también dio que hablar enseñándole a Gertruda una carta en la que Lissagaray se dirigía a ella llamándola “Mi pequeña esposa”.¹²²

Es posible que el resentimiento que provocaba en las Kugelmann la independencia de Tussy tuviese algo que ver con la sensación de encarcelamiento de la propia Gertruda. De hecho, durante su estancia en Karlsbad Marx llegó a despreciar profundamente a Kugelmann por la forma en que trataba a su mujer. La habitación de Marx era contigua a la suite de los Kugelmann, y no pudo evitar oír lo que Tussy calificó de “abominable escena” entre marido y mujer acerca de la persistente queja de Kugelmann de que Gertruda no le agradecía las comodidades materiales que le daba. Lo que había iniciado la discusión era el hecho de que Gertruda no se había levantado el vestido para no mancharse el dobladillo con el suelo cubierto de polvo. Marx se trasladó a otra habitación y cortó toda relación con el conservador y en ocasiones benefactor Kugelmann.¹²³

Tras abandonar Karlsbad y dejar atrás el mal sabor de boca que les había provocado la forma de proceder de Kugelmann, Marx llevó a Tussy, entre otros lugares, al de su luna de miel con Jenny. También quería ver a algunos viejos amigos y conocer a nuevos miembros del partido.¹²⁴ Al parar en Leipzig para ver a Liebknecht, Marx fue informado de que un socialdemócrata de veinticinco años llamado Wilhelm Blos acababa de salir de la cárcel, donde había cumplido condena por sus opiniones políticas. Blos cruzó de una zancada la puerta de la cárcel para ser de nuevo un hombre libre, y se encontró con que fuera le esperaban Liebknecht, el hijo de este y, para asombro suyo, una hermosa joven que iba cogida del brazo de un viejo caballero de pelo canoso: “Le reconocí inmediatamente por una fotografía que había visto: era Karl Marx”.¹²⁵

Padre e hija hicieron otras dos paradas. Una fue para ir a ver al editor Meissner en Hamburgo, y la otra para ver a Edgar von Westphalen en Berlín. Tras abandonar Modena Villas, donde había pasado seis meses recuperándose de su experiencia de la Guerra Civil, Edgar se había establecido con su familia en Alemania; seguía siendo un devoto seguidor de Marx pero ahora dependía de la caridad de la parte reaccionaria de la familia. Eludiendo hábilmente a las fuerzas de seguridad, Tussy y Marx estuvieron tres días en Berlín, visitando a Edgar

y recorriendo los lugares que había frecuentado Marx en su juventud. Más tarde Edgar les dijo que la policía se había presentado preguntando por Marx justo una hora después que él y Tussy hubiesen abandonado el hotel.¹²⁶

Padre e hija regresaron a Londres más serenos en todos los sentidos que cuando habían partido. Puede que la estancia en Karlsbad no hubiese sido una cura total para sus maltrechos cuerpos, pero les proporcionó un bálsamo temporal suficiente para que los dos desearan volver al trabajo. Y lo que es más importante, se habían reconciliado después de su pelea a causa de Lissagaray. Marx parecía haber aceptado (al menos temporalmente) el hecho de que su hija de dieciocho años había conseguido lo que ni sus enemigos políticos ni sus rivales revolucionarios habían conseguido: vencerle en una batalla de voluntades. Continuó poniendo reparos a su compromiso, pero su único recurso era dejar que las cosas siguieran su curso y confiar en que Tussy tuviese la sensatez suficiente para cortar ella misma la relación. Y en vistas del sufrimiento de sus otras hijas, es posible que Marx hubiese deseado igualmente que también ellas hubiesen sido más sensatas.

Londres, 1875

En este sentido soy menos estoico que otros, y las desgracias de la familia me afectan mucho. Cuanto más vive uno, como hago yo, casi totalmente apartado del mundo exterior, más implicado está en la vida emocional de su propio círculo personal.

Karl Marx¹

EL DOLOR DE JENNYCHEN por la muerte de su primer hijo fue muy profundo. El niño fue enterrado en el cementerio de Highgate, que ella podía ver desde la ventana de su dormitorio. La última morada de Caro estaba por consiguiente lo suficientemente cerca para confortarla con el pensamiento de que su hijo seguía estando cerca de ella, pero demasiado cerca para aliviar su culpa y su tristeza. Le dijo a Longuet que se imaginaba a “nuestro dulce pajarito en la tierra fría y húmeda” y deseaba “que ambos estuviéramos con él”.² Las calles y tiendas estaban llenas de imágenes del niño, cada niño que lloraba o reía, cada niño de pelo castaño le recordaba a Jennychen en qué se podía haber convertido su Caro. Físicamente se fue haciendo más fuerte, pero esto solo la hizo sentirse peor.³ Igual que su padre, descubrió que el dolor físico la ayudaba a embotar su angustia emocional; hacía que el dolor de su corazón fuera casi soportable.

Durante las semanas posteriores a la muerte de Caro, Engels y Lizzy hicieron lo que pudieron para distraerla. Engels era consciente de que ella se pasaba las noches despierta pensando en el niño, pero a su manera enfática le aseguró a Marx que con descanso se recuperaría.⁴ Pero Jennychen le dijo a Longuet que hacía todo lo posible por disimular lo que realmente sentía: “Me pongo mi máscara habitual y de este modo trato de no estropear la estancia a mis amigos mostrándoles mi cara desesperanzada”. Contaba los momentos que faltaban para su regreso a Londres. Los días eran como semanas, las semanas como meses.⁵ Desde Jersey escribió a su esposo:

Es extraño, la calma y la belleza risueña de esta isla veraniega solo hace que me sienta más y más inquieta y desesperanzada. Ayer atravesamos

una región de lo más encantadora, por entre robles gigantescos con las ramas desplegadas como enormes tiendas, por brillantes senderos de espléndidos castaños y olmos, junto a setos de las más exuberantes plantas perennes que he visto en mi vida. Y sin embargo, querido Charles, toda esta belleza de forma y color no me produjo ningún placer... Muchas veces cerré los ojos y es como si los pusiera en los tranquilos campos de Highgate.⁶

Y añadía: “Todas mis esperanzas y alegrías están enterradas en el frío cementerio”.⁷ Semanas más tarde, con una desesperación aún mayor, añadía: “Cada día, cada hora, siento más y más lo indescribiblemente infelices que somos”.⁸

Félicitas, la madre viuda de Longuet, había ido a Londres para el nacimiento de Caro y durante los meses sucesivos había mantenido regularmente correspondencia con Charles, Jennychen y Jenny. Hizo lo que pudo para ayudar a la joven pareja económicamente, y tras la muerte de Caro escribió una carta a Jenny insinuando que ella y Marx no habían hecho lo mismo. La respuesta de Jenny fue muy franca: “Usted cree que nuestra hija no tenía que haberse ido de casa y que juntos podríamos haber vivido más económicamente que separados. Respecto a la cuestión económica estoy completamente de acuerdo con usted, y es evidente que dos familias gastan menos viviendo bajo el mismo techo”. Pero, decía, hay otras consideraciones a tener en cuenta además de la “cuestión monetaria”.

Sinceramente, mi esposo y yo (tras pasar una vida muy turbulenta llena de preocupaciones y decepciones) necesitamos –y me atrevería a decir: nos merecemos– un poco de reposo y tranquilidad, especialmente mi esposo, que ha sufrido durante años. Nos gustaría vivir con menos restricciones y sin limitaciones. Apreciamos las comodidades hogareñas, los pequeños detalles de la vida, la hora de las comidas, la hora de ir a la cama, etc., según nuestras costumbres. Y lo que digo para los mayores vale también para los jóvenes. Todo el mundo quiere vivir a su manera.

Aparte de que hay personas que nunca utilizan sus capacidades, sus talentos y su energía, si no están limitados a sus propios recursos. Es por ese motivo que yo prefiero el sistema inglés al alemán o al francés. En Inglaterra los padres dan a sus hijos una educación en función de sus medios y de su posición. Desde los dieciséis a los veinte años, los jóvenes se ven obligados generalmente a ganar algo de dinero. En mu-

chos casos, los padres (incluso entre la gente rica) dejan que sus hijos se las arreglen por su cuenta. Así es como la idea de independencia se instala en sus jóvenes almas y adquiere fortaleza.

Y además, seguía Jenny, había otras hijas a tener en cuenta. Le dijo a Madame Longuet que la justicia familiar exigía que las tres hijas fuesen tratadas equitativamente; los sacrificios hechos por una tenían que hacerse por todas. “Mis hijas, estoy segura de ello, nunca han pensado en esto, pero Tussy está ahora comprometida con el señor Lissagaray y hemos de hacer por ella lo mismo que hicimos por Jenny: recibirla en nuestra casa y acudir en su ayuda. Desgraciadamente, el señor Lafargue también ha perdido dinero por culpa de unas desafortunadas especulaciones. Puso demasiada confianza en unos amigos y fue demasiado generoso. Ha sido traicionado, robado y tratado como un maleante”.⁹⁹ (Otro de los motivos por los que Jenny y Marx alentaron a los Longuet a mudarse no lo menciona Jenny en su carta: Marx consideraba que Charles era tan discutidor que no quería comer si Longuet estaba también en la mesa.)¹⁰⁰

Poco antes, aquel mismo año, contándole las novedades de la familia a Liebknecht, Jenny le había dicho que después de treinta años de ser una esposa y una madre política había tenido que curtirse por fuerza.¹⁰¹ Habiendo perdido cuatro hijos ella misma, no quería minimizar el dolor de Jennychen o la frustración de Madame Longuet por la muerte de su nieto. Pero sabía que la vida continuaba, y por mucho que uno pensase que era imposible continuar, no solo era posible sino también necesario hacerlo. Vendrían nuevas penas y también nuevas alegrías. Mientras las había criado, Jenny no había podido dar a sus hijas ninguna de las ventajas en la vida que hubiera querido darles, pero ahora podía darles su fuerza y su sabiduría.

Sé muy bien lo difícil que es y lo mucho que se tarda en recuperar el equilibrio después de una pérdida como esta; es entonces cuando la vida viene en nuestra ayuda, con sus pequeñas alegrías y sus grandes preocupaciones, con todas esas pequeñas tareas y tribulaciones cotidianas, y las mayores penas se ven amortiguadas por unos males más pequeños y constantes, y sin que nos demos cuenta, la violencia del dolor disminuye; y no es que la herida se haya curado, y esto vale especialmente para el corazón de una madre, pero poco a poco se despierta en tu pecho una nueva sensibilidad para acoger nuevas penas y alegrías, y así es como uno sigue viviendo, con el corazón dolorido y a la vez esperanzado, hasta que al final deja de latir y da paso a la paz eterna.¹⁰²

En diciembre de 1874 la vida de Jennychen y Longuet dio un giro a mejor en uno de sus frentes: Longuet fue nombrado profesor de francés en el King's College de Londres, con un sueldo de 180 libras al año. Había trabajado ya allí como interino, y cuando apareció la posibilidad de convertirlo en permanente hizo todos los trámites requeridos para solicitarlo.¹⁰³ Victor Hugo y el miembro de la Asamblea Nacional Francesa Edgar Quinet escribieron cartas de recomendación, y Longuet consiguió la mejor puntuación de los 150 candidatos presentados.¹⁰⁴ Jennychen también encontró trabajo en la Clement Danes School para niñas cerca del Strand.¹⁰⁵ Con estos puestos y 100 libras que les prestó Engels pudieron marchar del apartamento en el que había muerto Caro y mudarse a una pequeña casa, que fueron amueblando durante los primeros meses de 1875 con objetos adquiridos en subastas.¹⁰⁶ (Longuet llenó su casa de muebles franceses o, como decía Marx, de basura).¹⁰⁷

Marx y Jenny también se mudaron. Ahora que sus hijas, con excepción de Tussy, se habían establecido, ya no necesitaban una residencia del tamaño de Modena Villas. A comienzos de 1875 se mudaron a una casa cerca de Maitland Park Crescent.¹⁰⁸ Todavía grande comparada con la casa de Grafton Terrace, esta estaba adosada a otras dos casas, una a cada lado. Pero el cambio fue meramente superficial: la laboriosidad en el interior de la nueva casa fue la misma. El primer piso también alojó el estudio de Marx, y el volumen de palabras que salían de aquellas nuevas paredes seguirían llenando muchos volúmenes.

Mientras, Lissagaray había empezado su gran obra, *Historia de la Comuna de 1871*, y él y Tussy estaban muy atareados con una revista que habían fundado titulada *Rouge et Noir*. Tussy la describía como un semanario de política escrito desde un punto de vista revolucionario, y contaban con recibir artículos de toda Europa y de América.¹⁰⁹ Ahora Tussy hacía por Lissagaray lo que Jenny Marx había hecho por su esposo en Bruselas muchos años antes, cuando él había organizado su sociedad de correspondencia: escribir a socialistas y comunistas de todas partes solicitando artículos para la revista de Lissa. Pero aunque *Rouge et Noir* empezó con mucho brío el otoño de 1874, en enero de 1875 había muerto.¹¹⁰ El movimiento socialista internacional estaba una vez más encerrado en sí mismo. Los hombres —y de manera significativa, también las mujeres— trabajaban en sus propios países tratando de organizar partidos políticos locales, y estaban menos interesados (de momento) en establecer comunicación con otros partidos más allá de sus fronteras.¹¹¹

En 1875, tras el período políticamente turbulento posterior a la Comuna, Francia tenía una nueva constitución que estipulaba una cámara de diputados y un

senado, que juntos elegían al presidente de la República. (El primer presidente fue MacMahon, el hombre cuyas tropas habían sofocado la revuelta parisina.) Aquella nueva estructura representaba que se había abierto levemente la puerta para que los problemas de los trabajadores fuesen escuchados en los salones de un gobierno elegido sobre una base más amplia.¹¹² Pero, por muy bienvenidos que fuesen aquellos cambios en Francia, los hechos más trascendentes tuvieron lugar en Alemania.

En marzo, se publicó allí un borrador de programa para la fusión de los dos partidos que representaban a los trabajadores, la Unión General de los Trabajadores Alemanes y el Partido Obrero Socialdemócrata. Los dos partidos se habían repartido previamente el apoyo de la clase obrera, lo que disminuía el poder y la efectividad de ambos. Ahora sus dirigentes, tras encontrar suficientes áreas para ponerse de acuerdo propusieron fundar un nuevo partido, el Partido Socialista Obrero de Alemania (SAPD). Ni un sorprendido Engels ni Marx habían tenido noticia de aquellos intentos de unificación, y si bien no estaban en contra de la idea, temían que Liebknecht, que junto con Bebel dirigía el Partido Obrero Socialdemócrata, hubiese cedido mucho terreno a la doctrina del otro partido (establecida por Lassalle, el fallecido rival de Marx). Aquella doctrina, según Marx y Engels, no interpretaba adecuadamente la historia, no ponía suficiente énfasis en la importancia de la solidaridad internacional entre los trabajadores, se basaba en una teoría económica pasada de moda e incluía solamente una demanda social: la ayuda del estado.¹¹³ Y aún peor, el programa no hacía absolutamente ninguna referencia a los sindicatos. Engels le dijo a Bebel: “Este es un punto de la máxima importancia, es la verdadera organización de clase del proletariado, en la que este libra sus batallas diarias con el capital, en donde se entrena y que hoy simplemente ya no puede ser aplastada, por muy dura que sea la reacción”.¹¹⁴ Pese a las reservas manifestadas en Londres, sin embargo, en mayo se celebró en Gotha, en Alemania central, un congreso para la unificación, que aprobó la fusión de los dos partidos para formar un nuevo partido obrero, que en 1890 se convertiría en el todavía existente Partido Socialdemócrata de Alemania.

Marx y Engels habían planeado callar y guardar las distancias respecto al programa del nuevo partido,¹¹⁵ pero finalmente Marx decidió que tenía que responder. Escribió un panfleto titulado *Notas al margen sobre el programa del Partido Obrero Alemán*, en el que desmenuzaba implacablemente el documento del partido casi palabra por palabra.¹¹⁶ “Es completamente evidente que, para poder luchar, la clase obrera tiene que organizarse *como clase*, y que su propio país es el marco inmediato de su lucha”, escribió Marx en respuesta a la afirmación del

nuevo partido según la cual la emancipación era básicamente una batalla nacional. Sin embargo, argumentaba Marx, era ingenuo afirmar que en una época de transacciones globales un país puede aislar su economía, y que la unidad internacional de la clase obrera era un asunto secundario.¹¹⁷

Es famosa la refutación que hizo Marx de la vaga llamada que hacía el programa de Gotha a una justa distribución del trabajo, sin explicar de qué modo esto podía conseguirse, utilizando (por primera vez por escrito) el eslogan: “¡De cada uno según sus habilidades; a cada uno según sus necesidades!”¹¹⁸ También criticó el punto de vista de Gotha sobre la relación entre el hombre y el Estado, diciendo: “La libertad consiste en transformar el estado desde un órgano superpuesto a la sociedad a uno completamente subordinado a ella”.¹¹⁹

Finalmente, Marx describía el largo camino que llevaba a una sociedad sin clases: “Entre la sociedad capitalista y la sociedad comunista se extiende el período de la transformación revolucionaria de una en otra. En correspondencia con esta transformación está también un período de transición política durante el cual el estado no puede ser otra cosa más que *la dictadura revolucionaria del proletariado*”.¹²⁰ A modo de conclusión, Marx culmina las dieciocho páginas de su refutación con una cita del profeta Ezequiel: “He hablado y he salvado mi alma”.¹²¹

Da la impresión de que al escribir sus *Notas al margen*, Marx disfrutó del retorno a la libertad de una buena polémica. Llevaba más de cinco años enfrascado reescribiendo y traduciendo sus propias obras, y en 1875 había enviado finalmente al editor francés las últimas pruebas del manuscrito reescrito y traducido de *El Capital. Volumen 1*. (Lo dedicó a Jennychen.) Los diez mil ejemplares de aquella edición se vendieron rápidamente, atrayendo a una nueva audiencia en Francia y también en Inglaterra.¹²² En marzo apareció un breve artículo en la *Fortnightly Review* de Londres titulado “Karl Marx y el socialismo alemán”, que criticaba *El Capital* como una invectiva contra la autoridad escrita en el lenguaje descortés de la calle. El autor parecía menos ofendido por lo que decía Marx que por la vehemencia con que lo decía. Si el artículo hubiese sido publicado ocho años antes, al aparecer la primera edición del *Capital*, a Marx y a Engels les hubiera emocionado la mención. Tal como estaba era meramente una divertida confirmación de que el libro de Marx era al menos lo suficientemente notable como para inspirar burlas. De todos modos, una línea de aquella reseña acabaría siendo profética: “La gente puede hacerle el honor de insultarle, pero no de leerle”.¹²³

Aquel verano la familia Marx se dispersó fuera de Londres. Marx decidió ir de

nuevo a Karlsbad, esta vez solo. Jenny aprovechó el tiempo que Marx estuvo fuera para hacer un viaje a Ginebra, donde se relacionó con amigos del partido, y luego se dirigió a Colonia a ver a unos conocidos.¹²⁴ Jennychen y Longuet pasaron parte del mes de agosto en Alemania, tal vez tratando de distraerse del doloroso primer aniversario de la muerte de su hijo. Aparte de la incomodidad de viajar con el calor veraniego (que obligaba a Jennychen a quitarse una de sus tres enaguas de franela¹²⁵) y de perderse diversos encuentros con los amigos, las visitas de las Marx fueron notables solo por su carencia de aspectos dramáticos. El viaje de Marx también pasó sin incidentes. Durante el trayecto al continente, entre sus compañeros de viaje había un cadáver que era trasladado a Mainz, y un sacerdote católico, que enseñó a Marx una botella vacía y le dijo que tenía hambre y sed. Marx le ofreció su propia botella de brandy, de la que el cura tomó varios tragos antes de contar un serie de chistes malos a expensas de los otros pasajeros.¹²⁶ En Karlsbad, Marx encontró a los residentes igual que el año anterior, o bien “redondos como un tonel” o bien “delgados como un palo de escoba”. Esta vez no se molestó en registrarse como un hombre de buena posición económica; se registró como “Charles Marx, doctor en Filosofía, Londres”, y en consecuencia la estancia le salió más barata.¹²⁷

Un capitán de policía que recibió el encargo de vigilar a Marx, dijo en su informe que “el sujeto está tranquilo, tiene pocos tratos con los demás visitantes del balneario y a menudo da largos paseos solo”.¹²⁸ Aquella valoración contrastaba con la de un periódico vienés, cuya columna de chismorreos estaba llena de elogios hacia aquel hombre encantador, “extraordinario erudito, tan profundo como divertido... siempre tiene a punto la palabra adecuada, la sonrisa atractiva, la anécdota súbitamente reveladora”. Cuando se dirigía a una mujer o a un niño se convertía en un “fascinante narrador... Es sin duda más un filósofo que un hombre de acción, y seguramente hay en él más un historiador o tal vez el estratega de un movimiento que un luchador experimentado”. Es posible que el autor de aquel elogioso reportaje fuese el médico de Marx, Ferdinand Fleckles,¹²⁹ pero fuese quien fuese el que lo escribió, lo curioso es que el periódico aceptase publicar aquel artículo sobre un hombre que solo un año antes era considerado como una amenaza.

Ciertamente, a los cincuenta y siete años Marx ya no parecía un temible revolucionario. Era un hombre grueso, de pelo y barba blanca, con la cara risueña y la mirada juguetona de un hombre que disfrutaba de la vida. Maxim Kovalevsky, que conoció a Marx en Karlsbad y luego reanudó la amistad con él en Londres, observó: “La gente todavía piensa en Marx como en un rebelde sombrío y arrogante que se enfrenta a la ciencia y a la cultura burguesas. Pero en rea-

lidad era un caballero muy culto al estilo anglo-alemán. Gracias al hecho de que las circunstancias de su vida personal eran ahora todo lo favorables que podían ser, Marx era un hombre feliz”.¹³⁰

Jenny también era una mujer feliz. Aquel otoño un periódico alemán publicó un artículo que ella había escrito acerca de un actor inglés. Al *Frankfurter Zeitung und Handelsblatt* le gustó tanto el artículo que le pidieron a Jenny si quería escribir una serie sobre el teatro y la vida cultural inglesa. El encargo no solo le permitiría pasar más tiempo en el teatro, una diversión que tanto a ella como a Marx les encantaba, sino que era un reconocimiento de su talento. Si publicaban sus escritos no era porque fuese la esposa de Karl Marx, sino por su estilo y su ingenio. Aunque aceptó la propuesta entusiasmada, en conformidad con una vida pasada a la sombra de su esposo Jenny pidió que sus artículos se publicasen de forma anónima.¹³¹

El 31 de diciembre de 1875, Marx tomó a su esposa con una mano y a Lizzy Burns con la otra y las llevó en una “marcha solemne” hacia la improvisada pista de baile en Maitland Park Crescent, donde todos los de la casa, vestidos con sus mejores galas, bailaban esperando la llegada del nuevo año. Marx y Engels y sus esposas, Lenchen, las hijas de Marx y sus esposos tenían mucho que celebrar: Jennychen estaba de nuevo embarazada,¹³² y esta vez el niño no iba a nacer en la indigencia. El niño iba a nacer en mayo y Jennychen aceptó dejar de dar clases en marzo, porque ahora su pequeña familia podía vivir del sueldo de Longuet. Incluso contratarían a una nodriza (recordando que había sido una nodriza la que había salvado la vida de Tussy cuando esta —la última persona de la familia Marx que había sobrevivido a la niñez— había nacido en 1855).¹³³ Los Longuet pensaban tomar todas las precauciones para proteger a su bebé. No podrían —la familia no podría— soportar otra pérdida.

Marx estaba exuberante. Incluso Engels observó que desde su regreso de Karlsbad parecía un hombre diferente, “fuerte, vigoroso, alegre y sano”.¹³⁴ En el balneario Marx había descubierto los filtros para cigarro y había encargado doscientos.¹³⁵ Hacía años que su médico le advertía que dejase de fumar, pero su colección de filtros le dio una excusa para continuar. Ni él ni Engels dejaron tampoco de beber, aunque Marx padecía los efectos de un consumo excesivo de alcohol. El domingo, la familia y los amigos se reunían habitualmente en casa de Engels para comer. La comida estaba anunciada para las tres, pero no empezaba hasta las siete. Mientras, los invitados bebían cerveza, clarete y champán, y luego seguían bebiendo durante la cena y después de la cena, hasta la madrugada del lunes. (Jennychen estaba preocupada de que un escuálido ruso que aca-

baba de huir de Siberia acabase literalmente ahogado gracias a la generosidad de Engels.)¹³⁵ Nadie disfrutaba de aquellas veladas tanto como su anfitrión, con la probable excepción de su amigo Karl.

Durante las semanas previas al parto de Jennychen, Longuet se fue a la Isla de Wight con su madre, y Jenny y Lenchen bajaron a la casa de los Longuet para desinfectarla completamente y prepararla para la llegada del bebé. Jennychen fue confinada en una habitación mientras ellas limpiaban paredes, suelos, muebles y cortinas. Una vez acabaron con la casa, empezaron a coser ropita de bebé. Jennychen le dijo a Longuet que no estaba interesada en aquel tipo de actividad, pero participó en ella para acompañar a las dos mujeres que revoloteaban a su alrededor como ángeles protectores.¹³⁶ Aquella actividad continuó hasta el 10 de mayo, día en que Jennychen dio a luz a su segundo hijo, Jean Laurent Frédéric Longuet. La familia le llamaría Johnny. Marx le dijo a Engels que el niño se llamaría Jean por el padre de Longuet, Laurent por Laura, y Frédéric por el propio General.¹³⁷

Tussy había celebrado su vigésimo primer aniversario aquel mes de enero. Ahora era mayor de edad y podía, si quería, decidir su destino respecto a su compromiso con Lissagaray, si estaba dispuesta a correr el riesgo de enemistarse con su padre. Para una hija de Marx, sin embargo, esto era imposible. Ningún pretendiente, por mucho que lo adorasen, podía hacer que abandonasen a su querido Moro. De todos modos, volvieron a formarse nubes de tormenta sobre sus cabezas. Aparentemente el edicto de Marx había sido que hasta que Lissagaray tuviese una posición estable, él y Tussy no podrían casarse. Y debido a que Lissagaray seguía sin tener dicha posición, la vida de la joven Tussy estaba en suspenso. Cada día iba de mala gana a cumplir con su trabajo de institutriz, confiando en que su situación cambiase pronto.¹³⁸ Pero Lissagaray no solo no había encontrado trabajo, sino que no parecía inclinado a querer quedarse en Inglaterra. (Tras cinco años viviendo allí aún no hablaba inglés.)¹³⁹ Pasaba el tiempo escribiendo su libro sobre la Comuna y haciendo presión sobre el gobierno francés para que concediese una amnistía que permitiese regresar a casa a los *communards* exiliados. Hablando de Tussy, Jenny le dijo a una amiga: “La pobre criatura todavía tendrá que pasar unas cuantas decepciones en su vida, igual que todos nosotros”.¹⁴⁰

El cuerpo de Tussy era un barómetro de su estado de ánimo, y en verano ambos estaban mal. Londres estaba en medio de una ola de calor que nadie en el hogar de Engels o de Marx podía tolerar; todos se apresuraron a abandonar la ciudad. En agosto, Tussy acompañó a su padre a Karlsbad en busca de alivio,

pero desde el primer momento el viaje fue un desastre. No pudieron encontrar hotel cuando estaban de camino y pasaron la noche en una estación de tren, y cuando llegaron a Karlsbad, el calor había sido tan severo que había escasez de agua.¹⁴¹ Lo único que tenía Marx para entretenerse era un libro sobre las funciones del estado en el futuro, e incluso él, para quien esa clase de mamotretos eran casi el equivalente de una lectura placentera, estaba tan desinflado por la temperatura que se rindió y pasó el tiempo escuchando los rumores acerca de la vida privada de Wagner, el tema favorito de los ricos ociosos que tenía a su alrededor.¹⁴²

Marx y Tussy se quedaron en Karlsbad hasta mediados de setiembre, y cuando regresaron a Londres Marx se puso a buscar un editor alemán para el libro de Lissagaray sobre la Comuna, que un editor belga había aceptado publicar en francés. Marx se refería al libro de Lissa como la verdadera historia del conflicto de 1871, y al hacer aquella gestión en nombre de Lissagaray describió al autor como un refugiado en Londres cuya vida “no es exactamente un lecho de rosas”.¹⁴³ Tal era el interés de Marx que hizo de editor del libro y revisó las pruebas; tal era la confianza de Lissagaray en Marx que le dio plenos poderes para negociar en su nombre. Una vez más el futuro de una Marx dependía del éxito de un libro. Puede que Tussy creyera que Lissa ganaría tanto dinero con aquel libro que podrían casarse. Pero justo cuando esta parecía una posibilidad le empezaron a entrar dudas.

En 1876 Tussy llevaba más de cuatro años comprometida con Lissagaray. Su inicial entusiasmo de niña por él después de la Comuna, cuando cada francés que llegaba a Londres era visto por la familia Marx como un héroe romántico, había madurado. Tal vez Marx y Jenny sabían que esto era lo que pasaría y por ese motivo habían tratado tenazmente de postergar un matrimonio entre su hija pequeña y aquel hombre mucho mayor. Ahora, los intereses de Tussy empezaban a cambiar y ya no eran los de una chica de diecisiete años que apostaba su futuro a la suerte de un conde rebelde. Tenía un pie en la política y se involucró en la elección del consejo escolar local apoyando a una candidata femenina,¹⁴⁴ y empezó a traducir la *Comuna* de Lissagaray al inglés. Pero el otro pie lo plantó firmemente en el teatro, una actividad muy alejada de cualquiera de los intereses de Lissagaray.

Tussy había entrado en la New Shakespeare Society, dirigida por Frederick James Furnivall, un socialista cristiano y ferviente feminista. También era secretario de la Philological Society, con sede en Londres, fundador de la Browning Society y de la Chaucer Society, e iniciador de la recopilación de material que acabaría siendo el *Oxford English Dictionary*. Furnival se codeaba con la elite

inglesa pero tenía muy pocos prejuicios de clase (su esposa había sido doncella de una dama).¹⁴⁵ Comprendía el interés de Tussy por las cosas del intelecto; alentó su interés por Shakespeare, y poco después de entrar en su grupo tradujo, y la compañía publicó, un artículo alemán sobre el Bardo.¹⁴⁶ (El autor del original le mandó una carta de felicitación, y Jenny pensó que aquello podía servirle a su hija para tener acceso a las revistas literarias en las que podía encontrar un trabajo pagado.)¹⁴⁷ Las reuniones de la Shakespeare Society se celebraban cada dos semanas en casa de alguno de sus miembros, pero a Marx le gustaban tanto las reuniones que muy a menudo se celebraban en Maitland Park. El círculo de amistades de Tussy creció y, de manera significativa, empezó a relacionarse con hombres y mujeres de su misma edad, la mayor parte de los cuales eran ingleses. Independientemente de que se hubiese criado en un hogar alemán, Tussy era a todos los efectos una joven inglesa, y a través de su adorado Shakespeare pronto encontró un confortable hueco entre personas de ideas afines a las suyas.

En 1876, treinta años después de la injuriosa campaña de Marx en Bruselas contra los socialistas utópicos, él y Engels se encontraron librando de nuevo la misma batalla contra una nueva generación de soñadores utópicos. Eugen Dühring, un socialista alemán ciego, filósofo y profesor de universidad, había publicado una crítica izquierdista del pensamiento de Marx (en ella trataba a Marx respetuosamente de “viejo Joven Hegeliano”¹⁴⁸) y había ganado importantes seguidores entre los dirigentes del partido obrero alemán formado en Gotha. Engels y Marx consideraron imprescindible responderle, porque después del fracaso de la Comuna y en medio de un floreciente movimiento político de la clase obrera en Europa no podían correr el riesgo de un retorno al utopismo que según ellos estaba en la base de la filosofía de Dühring.¹⁴⁹ Engels asumió la tarea (que él describía como “romper una lanza contra el tedioso Dühring”) escribiendo un libro polémico titulado *Anti-Dühring*. El libro era más que una simple invectiva; en él Engels prestaba un notable servicio a todos aquellos que trataban de comprender el pensamiento de Marx, y en particular *El Capital*. Con su estilo claro y fluido, Engels describió las teorías de Marx y su creación de un socialismo científico mediante dos grandes descubrimientos, “la concepción materialista de la historia y la revelación de la fuente de la producción capitalista mediante la plusvalía”.¹⁵⁰ El *Anti-Dühring* se convirtió en un manual fundamental en el estudio de Marx y en un clásico de la literatura marxista. No era un simple compendio de las ideas de Marx; también reflejaba el campo de experiencia del propio Engels. Allí donde Marx hablaba del dinero, la propiedad y el monopolio sobre las ideas como instrumentos capitalistas para oprimir a las masas,

Engels describía el papel del ejército en ese sistema.

Con los años, Marx y Engels habían subrayado que el derecho a votar tenía que estar respaldado –asegurado– por el derecho a llevar armas. Mientras las armas y el ejército estuviesen bajo el control de la clase dominante, las masas serían sus súbditos, tanto si la sociedad era una monarquía como si era una democracia.¹⁵¹ En el *Anti-Dühring*, Engels describió la cuestión de las armas en términos económicos, afirmando que en cuanto el hombre ya no fue capaz de crear sus propias armas a partir de la piedra, el metal o la madera, se convirtió en un súbdito de cualquiera que controlase los medios para producir armas más sofisticadas. Dicho de otro modo, fuese cual fuese la clase que representase el poder económico de una sociedad, sería también necesariamente la que tendría el poder militar. A mediados del siglo XIX, postulaba Engels, no cabía ni hablar de la habilidad de un individuo para librar algo más que una guerra de guerrillas, porque la producción de armas avanzadas no solo estaba controlada por la clase dirigente sino que era “endemoniadamente cara”.¹⁵²

Marx leyó las pruebas y el borrador del *Anti-Dühring* y aportó un capítulo de la que sería la última gran colaboración entre los dos amigos. En los años que vendrían ambos estuvieron más preocupados por cuestiones personales. Marx, Engels y Jenny tenían la sensación de que su juventud había acabado para siempre. Jenny describió esta sensación a una amiga de Ginebra: “Cuanto mayor se hace uno y peores se vuelven los tiempos, más rápido pasan y más rápidas vuelan las horas... es una auténtica desdicha no ser ya joven, enérgica y sensata”¹⁵³ Todavía quedaba trabajo por hacer, pero los tres sabían que había empezado el último acto de su gran drama.

Londres, 1880

No es por esos días en los que la compatibilidad de carácter es una necesidad fundamental, es por esa etapa de la vida en la que cada uno busca en el corazón del otro el olvido del tiempo que nos persigue y de los hombres que nos abandonan.

Madame de Staël¹

LIZZY BURNS HABÍA SIDO CONSIDERADA como la mujer de Engels durante quince años, desde la muerte de su hermana Mary, y durante más de la mitad de este tiempo su sobrina Mary Ellen (o “Pumps”, que era como la llamaban) fue considerada como “su pequeña”. De hecho Engels se consideraba a sí mismo como un esposo y como un padre, y para cuando él y Lizzy se mudaron a Londres habían adquirido todos los signos externos de una próspera familia burguesa. (Lizzy incluso tenía un caniche.)² Engels y Lizzy eran una pareja atípica. El hacía más de metro ochenta de altura, era delgado, de porte marcial y reservado en su trato con los desconocidos. Lizzy era bajita y gordita y abrazaba a cualquiera con todo el calor de su naturaleza irlandesa. Engels era un ratón de biblioteca que apenas hablaba; Lizzy era analfabeta y no paraba de hablar. Sin embargo, Engels la amaba y escribió con orgullo de ella que era su esposa irlandesa revolucionaria. Ella y Jenny Marx tampoco se parecían en nada, pero llegaron a ser buenas amigas.

A mediados de la década de 1870 Lizzy estuvo a menudo enferma. Nadie expresó una preocupación excesiva por ello porque en su círculo todo el mundo oscilaba entre la buena y la mala salud. En el verano de 1877, sin embargo, no se recuperó rápida ni completamente. Engels escribió a Marx desde Ramsgate en julio: “Desde ayer, y sin un motivo aparente, Lizzy ha empeorado mucho; los poderes mágicos de los baños de mar han fallado en su caso por primera vez y estoy empezando a sentirme muy alarmado”.³ Aparentemente Engels creía que la única forma de ayudarla a recuperarse era mantenerla lejos de Londres, así que tan pronto como llegaron a casa en setiembre, partieron enseguida hacia Escocia.⁴

Marx, Jenny, Lenchen y Tussy también estuvieron enfermos y consideraron ir a Karlsbad, pero el precio era demasiado elevado, incluso para Engels, que pagaba las facturas médicas de los Marx además de un estipendio vital. El médico de Marx sugirió un balneario menos caro en Bad Neuenahr, al oeste de Alemania.⁵ Marx dejó a Lenchen con su familia, que vivía cerca de allí, y luego él, Jenny y Tussy fueron al centro turístico del valle de Ahr, y más tarde se adentraron aún más en la Selva Negra.⁶ La familia estuvo fuera de Londres durante dos meses completos, pero Jenny y Marx regresaron no mucho mejor de salud que cuando habían partido. Karl tenía una tos crónica tan profunda que un amigo le dijo que daba la sensación de que el pecho le iba a estallar.⁷ Jenny estaba aún peor. Tenía dolores de cabeza durante meses enteros, pero el dolor más fuerte lo tenía localizado en el estómago. En noviembre fue a Manchester para ser tratada por Gumpert, que le recetó pastillas de belladona y trementina.⁸

Durante aquel difícil período Johnny Longuet fue la alegría constante de sus abuelos. Marx se refería a él como “la niña de mis ojos”.⁹ y Jenny decía que cuando llegaba en su cochecito “todos corrían alegremente hacia él con la esperanza de ser los primeros en cogerlo, sobre todo el abuelito”.¹⁰ Aquel niño que apenas podía andar era un nuevo mundo fresco e inocente para ellos, y en julio de 1878 Jennychen hizo aún más felices a Marx y a Jenny: dio a luz a otro niño, al que llamaron Henry, y que sería para siempre conocido como Harry. El estudio de Marx seguía siendo uno de los principales puntos de destino de los (cada vez más jóvenes) radicales de toda Europa, así como el de sus viejos amigos siempre que estaban en la ciudad. Pero ahora, además de refugiados y rebeldes, había un niño que gateaba acompañado de tres perros –Whiskey, Toddy* y un tercero cuyo nombre desconocemos, pero que según un visitante¹¹ también era de naturaleza alcohólica– y de los agudos llantos y risas de un bebé. En medio de todo ello, el atolondrado dueño de la casa, el azote de Europa, no podía disimular el placer que le producía hacer el papel de abuelo.

Poco después del nacimiento de Harry, Marx y Jenny planearon, pese al coste, ir a Karlsbad para seguir con su tratamiento anual, pero el viaje fue imposible. Aquel año había habido dos intentos de asesinato del emperador Guillermo, uno de ellos de un hojalatero en paro, y el otro de un anarquista. Bismarck había aprovechado los ataques para justificar la ley que ilegalizaba al Partido Socialista de los Obreros Alemanes, junto con todos los sindicatos y todas las asambleas,

* “Toddy” es una bebida hecha con whisky, coñac o ron, agua hirviendo, azúcar y limón. (*N. del T.*)

publicaciones o discursos de socialistas y comunistas. Los intentos de asesinato dieron por tanto a Bismarck la munición que necesitaba para contrarrestar la fuerza cada vez mayor del movimiento obrero.¹² Las elecciones de comienzos de 1877 habían desplazado al Reichstag hacia la izquierda; el Partido Socialista de los Obreros Alemanes había obtenido el 20 por ciento de los votos y doce escaños.¹³ Marx no podía arriesgarse a ir a Karlsbad con aquel clima. Consideró la posibilidad de enviar a Jenny sola, con el siguiente razonamiento: “Es poco probable que su ex alcurnia de baronesa von Westphalen sea considerada como una forma de contrabando”.¹⁴ De todos modos, no quiso hacer el viaje sola, y fue en cambio a un conocido balneario inglés en Malvern, donde Jennychen y Johnny se reunieron con ella.¹⁵ Longuet y Lissagaray estaban en Jersey reunidos con otros refugiados franceses haciendo presión para poder regresar a casa.¹⁶ Puede que Jenny pensase que Longuet estaba cada vez más cansado de Inglaterra, y le dijo a un amigo que su ya de por sí “excitable, vociferante y discutidor” yerno se estaba volviendo cada vez más nervioso e irritable.¹⁷

Marx estaba ansioso por hacer su estancia anual en un balneario y a comienzos de setiembre se reunió en Malvern con su esposa, su hija y su nieto. Pero apenas recién llegado, Engels le llamó de vuelta a Londres. Lizzy había muerto a la una y media de la madrugada del 12 de setiembre.¹⁸ La noche antes de su muerte, Engels, de cincuenta y siete años, y Lizzy, de cincuenta y uno, fueron casados legalmente por un párroco de la Iglesia de Inglaterra que fue a su casa. De este modo Lizzy podría ser enterrada en un cementerio católico romano, bajo una cruz celta.¹⁹ Tussy y Marx, los Lafargue y un pequeño grupo de familiares y amigos políticos asistieron al funeral en Londres, y luego Engels se fue con Pumps y un amigo a la costa, en Southampton.²⁰ Estaba inconsolable. Tras recibir una carta suya, Jennychen le dijo a Longuet: “Parece estar totalmente desesperado, y cree que ya nunca podrá volver a ser feliz”.²¹

En el pasado Engels rara vez había dado la espalda a trabajar para el partido, pero tras la muerte de Lizzy pudo haberse dado cuenta de que ya no podía posponer sus propios proyectos para contestar su aparentemente infinita correspondencia o para satisfacer el enorme número de peticiones para escribir artículos que recibía. Finalmente, una vez de vuelta a casa, rechazó los ruegos de un joven editor de Zurich llamado Eduard Bernstein, y le explicó sus motivos: “Durante los nueve años que he estado aquí en Londres he aprendido que no vale la pena tratar de llevar a cabo una obra sustancial involucrándose al mismo tiempo en la agitación práctica. Yo no rejuvenezco con el paso de los años y a fin de cuentas tengo que limitarme a hacer determinadas tareas si quiero acabar alguna cosa”.²²

¿Y qué hay de los escritos de Marx? A pesar de los constates dramas familiares y de sus muchas enfermedades, Marx *estaba* trabajando. Como siempre, sus investigaciones le obligaban a profundizar en campos oscuros y requerían familiaridad con muchos idiomas. (Un amigo le recordaba leyendo un periódico rumano.)²³ Aquel hombre que se había pasado toda la vida estudiando seguía tan intrigado por el mundo en sus últimos años como lo había estado siendo un joven periodista en Colonia y descubriendo las bases económicas de las relaciones sociales a partir de un reportaje sobre la leña muerta. Para Marx cada desarrollo —económico, social o político— en cualquier rincón del globo estaba conectado con los demás y era por consiguiente de importancia fundamental si quería cumplir con su deber con la humanidad (la misión que él mismo se había impuesto en Tréveris siendo un muchacho), que consistía en transmitir un conocimiento profundo del mundo en sus libros. El conocimiento, creía Marx, era el arma más revolucionaria de todas.

En otoño de 1878 Marx le dijo a Nikolai Danielson que no creía que el segundo volumen del *Capital* se imprimiese en Alemania antes de finales de 1879, diez años después de lo que le había prometido a Meissner en Hamburgo.²⁴ Luego, en la primavera de 1879, Marx escribió a Danielson confidencialmente que había sido informado de que el segundo volumen no podría ser publicado mientras estuviese en vigor la ley antisocialismo del gobierno alemán. Marx dijo que esto le convenía porque posiblemente no podría acabar el libro si no sabía cómo se resolvía la crisis industrial que estaba afectando entonces a Inglaterra, y de este modo tenía un “pretexto” para poder estudiar nuevos materiales que había recibido de Estados Unidos y de Rusia. Su salud, en cualquier caso, no le permitía un trabajo prolongado.²⁵

Cuando no estaba en Londres Marx iba de balneario en balneario tratando de fortalecer su salud. Sus esfuerzos se veían casi siempre perturbados por alguna crisis. En agosto de 1879 él y Tussy hicieron un viaje, que llevaban planeando desde hacía tiempo, a Jersey, pero cuando estaban allí recibieron la noticia de que Jennychen había dado a luz prematuramente el 18 de agosto, mientras ella y Longuet estaban en Ramsgate.²⁶ El bebé era otro niño, al que llamaron Edgar en recuerdo de Musch. Marx escribió rápidamente una nota a su hija: “Mi queridísima Jennychen, ¡larga vida al pequeño nuevo ciudadano del mundo!”²⁷ Jenny ya había llegado a Ramsgate, pero Marx insistía en que también él tenía que estar allí tanto para confortar a su hija como para paliar sus propias preocupaciones. Marx llegó durante una espectacular tormenta eléctrica. Informó a Engels de que Jennychen estaba bien, pero que él estaba muy nervioso y no se encontraba muy bien; la cabeza le funcionaba a toda velocidad y sus pensamien-

tos eran un auténtico revoltijo. (Había puesto a prueba su agudeza mental repasando unos cuadernos de notas de matemáticas y había descubierto que no podía descifrarlos.)²⁸ Laura y Lafargue estaban con Engels en el cercano balneario de Eastbourne cuando este recibió la carta de Marx.²⁹ Reconociendo la ansiedad de su padre, Laura se dirigió a Ramsgate para tratar de distraerle mientras su madre se encargaba de su hermana. Bajo el cuidado de Laura, Marx se encontró pronto mejor, y Jennychen también mejoró. Así, el 15 de setiembre, ella, su esposo, tres niños, sus dos abuelos y su tía tomaron el tren en dirección a Londres, como una más de las familias que volvían a casa después de pasar unas vacaciones en la costa.³⁰

A Marx le encantaba considerarse a sí mismo como un simple padre de familia, pero para los gobiernos europeos seguía siendo una fuente de preocupaciones de primer nivel. La hija de la reina Victoria, la princesa heredera Victoria, era la esposa del futuro emperador alemán, y le preguntó a un miembro del Parlamento qué sabía de Marx.³¹ Sir Mountstuart Elphinstone Grant Duff no sabía nada de él, pero se comprometió a averiguar lo que pudiese de la forma más discreta posible; le pidió a Marx que se reuniese con él en su club. Marx aceptó y los dos hombres estuvieron conversando durante más de tres horas mientras comían en Devonshire. Duff informó luego gustosamente a la princesa que Marx no parecía ser “uno de esos caballeros que tienen la costumbre de comerse crudos a los niños en sus cunas —que es, me atrevería a decir, la opinión que tiene la policía de él”. Le impresionó el dominio que tenía Marx del pasado y del presente, pero no veía tan claro sus proyecciones para el futuro, comentando, por ejemplo, que Marx esperaba que se produjese un gran crack en Rusia que sería seguido por una revolución en Alemania. Cuando Duff le preguntó a Marx cómo podía esperar que el ejército alemán se sublevase contra su gobierno, Marx le señaló el elevado índice de suicidios que había en el ejército, y le dijo que el paso entre pegarse un tiro uno mismo y pegárselo a un oficial no era muy largo. Cuando Duff sugirió que los gobiernos europeos podrían un día acordar conjuntamente reducir sus arsenales y paliar de este modo el riesgo de que estallase una guerra, Marx le contestó que aquello era imposible: la competencia y los avances científicos en el arte de la destrucción empeorarían cada vez más la situación. Cada año se dedicaría más dinero y más material a las máquinas de guerra: era un círculo vicioso inevitable.

Duff aseguró a la princesa que en general las ideas de Marx eran “demasiado fantasiosas para ser peligrosas... En resumidas cuentas, la impresión que me produjo Marx, dejando aparte que se encuentra en el polo opuesto de mi forma de pensar, no fue en absoluto desfavorable, y no me importaría reunirme de

nuevo con él. No será él quien, lo desee o no, pondrá el mundo patas arriba”.³²

Pero en cierto modo ya lo había hecho.

En 1879, los republicanos tomaron finalmente el control del gobierno en Francia, tanto a nivel nacional como local. MacMahon, el azote de la Comuna de 1871, renunció a la presidencia y el cargo fue a parar a las manos de un republicano de setenta y un años llamado Jules Grévy. Cada desarrollo, cada movimiento de la arena política era escudriñado por los refugiados franceses en Londres, que esperaban el anuncio de una amnistía general que permitiese regresar a casa a los que habían huido o habían sido forzados a exiliarse. Los tres franceses más estrechamente vinculados a la familia Marx –Lafargue, Longuet y Lissagaray– estaban entre los más atentos.

Tanto Marx como Jenny estaban enfermos, pero su dolor físico era equiparable a la ansiedad que les producía la posibilidad de que Longuet regresase a Francia y se llevase a su familia con él. Los hijos de Jennychen eran la mayor fuente de alegría en el hogar de los Marx, y lo único que hacía verdaderamente feliz a Jenny. Y lo mismo podía decirse de Marx. Su amor por los niños en general era comentado a menudo por amigos y familiares. Liebknecht recordaba que durante los años del Soho, cuando su propia familia no tenía nada, Marx a menudo se quedaba callado a media frase si veía a un niño abandonado en la calle. Y por arruinado que estuviese, si llevaba un penique o medio penique, lo deslizaba en la mano del niño. Si su bolsillo estaba vacío, trataba de consolar al niño hablándole cariñosamente y acariciándole la cabeza. En años posteriores era a menudo visto en el Heath seguido por una pandilla de niños que aparentemente veían en aquel adusto revolucionario una especie de encarnación de Papá Noel.³³

Sin embargo, pese a su consideración por los niños, Marx no hizo todo lo que podía hacer por sus propias hijas, por no mencionar a los cuatro niños que murieron jóvenes. Y luego estaba Freddy, el hijo de Lenchen, que ahora tenía veintinueve años y estaba casado. Su nombre no había sido mencionado en ninguna de las cartas conservadas que se intercambiaron los miembros de la familia entre su nacimiento y el año 1880, pero aquel año apareció en una carta que le escribió Jennychen a Longuet. Al parecer Freddy había estado siempre en la periferia de la familia y en contacto con su madre; de hecho, Jennychen le conocía lo bastante bien como para considerarle a él y a Lenchen sus “banqueros habituales” cuando necesitaba que le prestasen dinero (le dijo a Longuet que los dejaba “tan secos como la garganta de Engels un día de verano”), y estaba lo suficientemente familiarizada con la esposa de Freddy como para pedirle prestado un sombrero para una ocasión especial.³⁴ Cabe preguntarse si Marx pensó algu-

na vez en el hijo, ahora ya un hombre, al que había abandonado en manos de unos extraños. Incluso limitándonos a su familia inmediata, resulta difícil conciliar el amor de Marx por los niños con las muchas decisiones que tomó a lo largo de los años y que tuvieron unas consecuencias tan devastadoras para sus propios hijos. Algunos le acusaron de egoísmo. Él lo habría calificado de desinterés. Con sus meticulosos esfuerzos para sentar las bases del cambio y su temor a una revolución repentina, Marx había hecho menos agitación en favor de su propia generación, o incluso a favor de la de sus propios hijos, que para las generaciones del futuro. Para Marx, los sacrificios de su familia habían sido políticamente necesarios, pero tales sacrificios ya no lo eran. El movimiento que él había contribuido a generar ya tenía vida propia, y ahora también él podía tenerla. Él y Jenny tenían el tiempo y el dinero suficientes para dedicarse a sus nietos, y no los habían tenido para dedicarlos a sus propios hijos. Esto pasa en muchas familias, y esto es lo que pasó en casa de los Marx.

Así, pues, la perspectiva de una amnistía en Francia colgaba como una espada de Damocles sobre las cabezas de los abuelos, aunque aquel año la espera se hizo algo más soportable debido a la actividad que reinaba en el hogar de los Marx. El círculo de amistades de Tussy había crecido e incluía activistas políticos, actores y escritores desconocidos. Había obtenido un pase para la Sala de Lectura del Museo Británico,³⁵ y como Marx y Laura antes que ella, empezó a ir allí casi cada día. Fumar en el museo estaba prohibido, por lo que los que tenían aquel hábito –Tussy entre ellos– se tomaban un receso en un espacio habilitado a tal fin. Los ancianos sentados allí con sus pipas y cigarros contemplaban con desdén patrimonial cómo el lugar se llenaba de jóvenes bohemios cuyos temas de conversación iban del teatro a la política pasando por la religión, todo ello alarmanamente de izquierdas si no socialista.

Los amigos de Tussy la siguieron a Maitland Park, donde Marx le permitió organizar reuniones de un grupo de lectura de Shakespeare conocido como el Dogberry Club en la sala de estar que había frente a su estudio. Engels y Marx se consideraban miembros honorarios (aunque a veces perturbadores) del club. Una de las amigas de Tussy, Marian Skinner, recordó que le habían pedido que leyese el conmovedor fragmento de un joven Príncipe Arthur en *El rey Juan*, pero ella no pudo concentrarse en los versos porque había fijado su atención en Marx y Jenny. Describió a Marx como un hombre de carácter y dominante aunque algo greñudo, mientras que sentada a su lado estaba su esposa, a la que Skinner calificó de encantadora, aunque no era más que una sombra de su antiguo yo. Ni Skinner ni nadie podía dejar de ver que Jenny estaba enferma. Tenía el cutis pálido como la cera y unas bolsas violáceas debajo de los ojos, “pero se veía

que era de buena cuna y tenía una cierta distinción en sus modales”. También era evidente el amor entre esposo y esposa; incluso después de décadas de matrimonio, Jenny estaba obviamente unida a Marx.

Las noches del Club Dogberry concluían con juegos y acertijos, principalmente, según pensaba Skinner, para complacer a Marx. Engels, que a menudo se unía a la diversión, llegó al extremo de incorporar a los amigos de Tussy a su propio círculo. Invitó a Marx a una fiesta que dio para Pumps y en la que actuaron las mujeres del Dogberry, aunque Marx no asistió porque decía que no le gustaba la compañía de gente mayor que sus nietos.³⁶

Otro visitante habitual de aquella época era uno de los seguidores más antiguos de Marx, Henry Hyndman.³⁷ Aunque era la personificación misma de un caballero de clase alta, desde su sombrero de copa forrado de seda hasta su bastón con empuñadura de plata, Hyndman se consideraba un digno candidato a dirigir a los obreros: calificaba a los que conocía de “camaradas”³⁸, y decía que Marx era el Aristóteles del siglo XIX.³⁹ Pero Hyndman había leído *El Capital* y puede que esto fuera suficiente para abrirle las puertas del estudio de Marx. Hyndman estaba orgulloso de que su amistad con Marx provocase los celos de Engels, una idea que habría resultado divertidísima a Marx y a Engels si Hyndman hubiese sido lo bastante imprudente para expresarla. En cualquier caso, al cabo de un año la relación se había agriado. Hyndman publicó un libro, *England for All* en el que tomaba prestadas muchas cosas del *Capital*—a veces al pie de la letra— sin reconocer la autoría de Marx y sin siquiera mencionarlo. Esto era particularmente irritante porque el libro de Marx todavía no había aparecido en inglés, lo que significaba que esta introducción de su pensamiento para el público inglés aparecía con el nombre de otra persona.⁴⁰ Lo que indudablemente irritaba aún más a Marx era que sus ideas se mezclasen con lo que Engels calificaba de la “fraseología internacionalista y las aspiraciones patrioterías” de Hyndman.⁴¹

Pero todo esto eran meras distracciones mientras la familia esperaba ansiosamente la decisión de París. Esta llegó en julio de 1880: se concedió la amnistía; las puertas de Francia estaban abiertas para el regreso de sus exiliados.

* * *

Lissagaray dejó Londres inmediatamente para sumergirse en su trabajo como periodista en Francia. Podemos imaginar el alivio que sintieron Jenny y Marx, pero también sus temores. Los planes de boda de Tussy eran inconcluyentes en el mejor de los casos. Llevaba ocho años comprometida con Lissagaray, pero

ninguno de los dos parecía inclinado a dar el siguiente paso. Incluso Jenny había expresado sorpresa el año anterior en una carta a su hija. Tras ensalzar las alegrías de la maternidad, le preguntaba: “¿Os habéis decidido ya, vosotros dos?”⁴² Plantearle el tema demasiado agresivamente a Tussy, sin embargo, comportaba el peligro de que reaccionase mal o provocando una escena. Jennychen declaró que no se podía tratar aquel tema con Tussy.⁴³

Por su parte Lafargue no parecía tener prisa para volver a casa. De hecho, su situación financiera era tal que no podía permitírselo. Él y Laura habían vivido de lo que ganaba ella dando clases particulares y de los escasos rendimientos de su negocio de fotolitografía, pero sobre todo de lo que habían obtenido con la venta de la casa de Nueva Orleans. Cuando ese dinero se acabó, Lafargue se quedó prácticamente en bancarota.⁴⁴ La supervivencia de los Lafargue se debió probablemente a Engels. Lafargue no había tenido el más mínimo reparo en pedirle dinero a Engels mientras esperaba que le saliese bien alguno de sus muchos fantasiosos negocios. Todavía esperaba grandes cosas de sus negocios y decidió que, para poder regresar a Francia y dejarlos, necesitaba un trabajo permanente. Consultó a Engels acerca de la posibilidad de involucrarse en una empresa de París para editar guías, pero Engels vio inmediatamente que Lafargue no tenía respaldo para su inversión y que el trato que le ofrecían no tenía ninguna garantía de obtener dividendos. Frustrado ante la fe infantil de Lafargue en sus potenciales socios, Engels le dijo: “Se diría que estás pidiendo voluntariamente que te roben”.⁴⁵ Lafargue abandonó pronto aquel plan.

Era la decisión de Longuet, sin embargo, la que todo el mundo esperaba, y esta se produjo poco después del anuncio de la amnistía. Su viejo amigo, el líder radical Georges Clemenceau, le invitó a regresar a París y a encargarse de la sección de política extranjera de su periódico, *Justice*. Longuet era en el fondo un periodista, no un profesor de idiomas, y en cualquier caso no era capaz de resistir el gancho de una Francia republicana en la que radicales, socialistas y trabajadores podían asegurar sus conquistas si tenían una fuerza numérica suficiente. Aceptó el trabajo y salió inmediatamente para reunirse con Clemenceau, pero prometió regresar a Londres a mediados de agosto para reunirse con la familia en la costa.⁴⁶ Aquel verano Jenny y Marx no se tomaron sus habituales vacaciones en un balneario. Alquilaron una casa en Ramsgate y se fueron allí con sus hijas. Engels también estaba allí. Había un clima de final de etapa en aquella reunión. Jennychen no tenía planes inmediatos de irse a Francia con sus hijos, pero era solo una cuestión de tiempo que lo hiciese. Y luego estaba la salud de Jenny: aquel año Marx había empezado a utilizar la palabra “incurable” en referencia a la enfermedad de su esposa, que, aunque no había sido propiamente

diagnosticada, cada vez parecía más probable que fuese un cáncer.⁴⁷

Tussy era el único miembro de la familia que no estaba en Ramsgate aquel agosto. Las tensas relaciones entre ella y los Lafargue no habían hecho más que empeorar desde el regreso de Lissagaray a Francia, hasta el punto de que Engels no podía tener a las dos hermanas en su casa al mismo tiempo.⁴⁸ Puede que Tussy no quisiera ver la satisfacción de Laura por el aparente abandono de Tussy por parte del hombre al que ella había defendido tan enérgicamente. La familia era consciente del distanciamiento entre las dos hermanas pero no hablaba de ello abiertamente. Tussy se había torcido el tobillo aquel mes y esa era una excusa lo bastante verosímil como para justificar su ausencia y no tener que dar explicaciones más enrevesadas.⁴⁹

Sorprendentemente, Marx había invitado a un periodista de Nueva York a visitarle durante las vacaciones de la familia. John Swinton, un reformista liberal, hizo el viaje hacia el sur para conocer al hombre que según él estaba detrás de más terremotos políticos en Europa que ningún otro. Encontró a Marx en el improbable marco de una serie de casas de madera pintadas de vivos colores y encaramadas en lo alto de los acantilados, y rodeado del alegre jolgorio de un centro turístico del litoral en plena temporada. Tras una conversación privada durante la cual Marx llevó a Swinton a una vuelta al mundo desde su punto de vista, Swinton declaró que Marx era un Sócrates, y luego le preguntó: “¿Por qué no está haciendo nada ahora?” Sin contestarle directamente, Marx le propuso dar un paseo por la playa. Allí se encontraron con la familia de Marx: Jenny, Jennychen, Laura y los niños, y los dos yernos de Marx, a uno de los cuales Swinton describió como profesor del King’s College y al otro como un hombre de letras.⁵⁰ (Lafargue acababa de escribir un breve libro titulado, aparentemente sin ironía, *El derecho a la pereza*. Cuando fue publicado al año siguiente fue acusado de plagio.)⁵¹ “Era un grupo encantador —diez personas en total—, el padre de las dos jóvenes esposas, a las que se las veía felices con sus hijos, y la abuela de los pequeños, con la alegría y la serenidad propias de su naturaleza conyugal”. Marx, Swinton y los dos hombres jóvenes dejaron luego a las mujeres para ir a charlar y a tomar una copa. Swinton dijo que había esperado toda la tarde para hacerle una pregunta a Marx acerca de lo que Swinton calificó de “la ley final del ser”. Cuando finalmente se presentó la oportunidad, le preguntó: “¿Cuál es?” Marx contempló el embravecido mar y la inquieta multitud en la playa, y contestó: “¡*La lucha!*”⁵²

A mediados de agosto, Longuet dejó a Jennychen y a los niños en Ramsgate y se estableció en París. No cabía duda de que quería dejar Inglaterra por Francia,

pero no quería abandonar a su familia a la ligera. Al llegar a París, el 24 de agosto, escribió a Jennychen: “No creo poder ser optimista o feliz. Mi viaje fue demasiado triste. Primero lloré de rabia y luego de dolor... Volví a buscarte, pero en ese momento sonó la señal. Aquella confusión hizo mi travesía mucho más triste. Me parecía que no te había besado lo suficiente y que me acusarías de no tener sentimientos. Y además, no podía olvidar a mi pobre pequeño [Jean] y al buen Harry... Soy tan desgraciado estando lejos de ti. Estoy tan poco acostumbrado a ello”.⁵³

Jennychen, con tres niños a su cuidado y solo con la ayuda de una nodriza para criar a Edgar, se vio obligada a volver a dar clases en setiembre. Pero por difícil que esto fuera para ella, la perspectiva de vivir en Francia aún lo era más. Como periodista Longuet no ganaría ni lo que hubiera ganado en el King College, ni tendría un nivel de seguridad comparable en su trabajo, dado lo poco fiable que era un empleo de periodista. Se había hablado incluso de la posibilidad de que Longuet volviera al King's College, pero tras una breve visita a Inglaterra a mediados de setiembre, partió de nuevo, decidido a seguir con Clemenceau. Dada su preferencia por París sobre la seguridad de la vida que tenían en Inglaterra, Jennychen empezó a cuestionar los sentimientos de su esposo. Tras despedir a Longuet, escribió con tristeza:

Quando te dejé en el andén me sentí desconsoladamente sola, más sola de lo que me había sentido en toda mi vida, y durante el largo y aburrido viaje a casa en el ómnibus tuve que fingir que se me había metido algo en el ojo. Me dio la impresión de que no lamentabas demasiado que fuéramos a estar separados tantos meses, pues te pasaste todo el día solo en la ciudad por los asuntos más triviales... ¡Qué diferencia respecto a tu primera partida de Londres y a la de Ramsgate! París te ha atrapado de nuevo y te ha hecho suyo una vez más con exclusión de todo lo demás. Y tal vez esto sea bueno, pues tu actitud ha tenido a fin de cuentas un efecto positivo en mí... Te ruego que no pienses que me estoy consumiendo en mi soledad. Sabré tomarme las cosas buenas de la vida tal como vengan.⁵⁴

Liebknecht, como era habitual en él entre dos estancias en la cárcel, estaba en Londres en una rara visita, y Jennychen fue con los niños a Maitland Park para verle. Johnny —el favorito de Marx— saltó a los brazos de su abuelo y exigió que lo subiera a hombros. Pronto se asignaron los papeles: Marx sería el ómnibus, y Liebknecht y Engels los dos caballos que tirarían de él. De ese modo, los tres viejos radicales que habían hecho temblar a varios gobiernos se pusieron a correr

por el jardín mientras el niño montado a hombros de Marx gritaba: “¡Vamos! *Plus vite!*” Liebknecht recordaba a Marx chorreando de sudor. Él y Engels querían aflojar un poco, pero Johnny hacía restallar una imaginaria fusta y gritaba: “¡No pares, caballo malo!”, y venga dar vueltas, hasta que Marx, a la vez agotado y divertido, ya no pudo más.⁵⁵

Los niños de Marx eran también los niños de Engels. Engels se presentaba cada tarde en casa de Marx para discutir cuestiones políticas, cuestiones relacionadas con su enorme red, y asuntos familiares (él era, a fin de cuentas, el primer sostén de la familia). En 1880 las vidas de Marx y Engels estaban tan entrelazadas –y tan pautadas– que cada uno de ellos tenía un trozo particular de alfombra en el estudio de Marx por donde caminar. Aquel cruce en diagonal se había convertido en una coreografía inconsciente. Engels era consultado respecto a todas las decisiones relativas a los niños, y cuanto más enferma estaba Jenny, más evitaba Marx discutir con ella los problemas familiares, y los trataba solo con Engels. De manera interesante, en la única foto familiar existente de esta época no aparecen Marx, Jenny y sus tres hijas, sino Marx, Engels y las chicas.

Los dos hombres también eran vistos por la nueva generación de socialistas y de comunistas como los “padres espirituales” del movimiento.⁵⁶ Hombres y mujeres, la mayoría de ellos de la edad de las hijas de Marx, acudían en busca de protección o de consejo, o a pedir su bendición para un nuevo partido político o una nueva publicación. Uno de ellos era Leo Hartmann. Había escapado de Rusia en 1879 tras tratar de asesinar al zar Alejandro II. (Él y Sofía Perovskaya, simulando ser marido y mujer, habían alquilado una casa desde la cual habían excavado un túnel que llegaba hasta la vía del tren con la intención de poner una bomba al paso del tren en el que viajaba el zar. El plan fue abortado en el último minuto.)⁵⁸ Hartmann se presentó en casa de Marx el mismo día de su llegada a Londres, y Marx lo recibió inmediatamente.⁵⁹

Aquel noviembre también se presentaron dos hombres que serían fundamentales para el futuro del movimiento que Marx y Engels habían iniciado: Eduard Bernstein, conocido como Edde, el editor de un periódico de Zurich, y August Bebel, el compañero de Liebknecht en el Partido Socialista Obrero de Alemania. Por entonces muchos hombres y un puñado de mujeres estaban involucrados en el periodismo y en la política socialistas, pero Marx y Engels consideraban a aquellos dos entre los más capaces.

Su primera reunión fue con Engels, que exclamó: “¡Bebed, jóvenes!”, mientras les llenaba una y otra vez el vaso con vino de Burdeos, y participaba con ellos en una violenta discusión política. Cuando ya llevaban una hora discutiendo

do, Engels exclamó de pronto: “¡Vamos a ver a Marx!” y salió dando unas zancadas tan grandes que Bernstein y Bebel casi no pudieron seguirle el paso. A aquellas alturas Bernstein estaba más bien aterrorizado por la actitud de Engels y se temía que Marx sería aún peor. “Había esperado encontrarme con un anciano taciturno e irritable, y me encontraba en presencia de un hombre de pelo y barba blancos de mirada centelleante y que hablaba sonriendo y de una manera muy amable”.⁶⁰

Si Marx fue amable con Bernstein y Bebel durante su primer encuentro fue porque los veía como sus herederos políticos, meros adolescentes en el movimiento, que en aquel momento estaba siendo arrastrado hacia una multitud de direcciones a medida que las nuevas libertades políticas ampliaban la circulación de ideas en el gobierno y en la calle. Marx quería conducir a aquella joven generación por el camino correcto, preferiblemente durante el tiempo que le quedaba. Cada vez tenía más claro que serían ellos quienes asumirían la tarea de hacer realidad su visión de una sociedad sin clases.

Londres, 1881

*Así pues, me aferro con fuerza a la menor esperanza.
Me gustaría vivir un poco más, querido doctor. Es extraño,
cuanto más cerca está uno del final,
más fuertemente se aferra a este valle de lágrimas.*

Jenny Marx¹

EN NOVIEMBRE DE 1880 Jennychen y Longuet habían decidido que ella y los niños se mudarían a París a comienzos del nuevo año. Pero en aquel mismo momento el tono de las cartas de Jennychen varió, pasando de expresiones de añoranza por su esposo a una lista de irritaciones, personales y políticas. Le decía que le extrañaba que sus escritos en *Justice* manifestasen tanta consideración por la sensibilidad burguesa. También le decía que después de leer su último artículo, “me sentí más decepcionada, más desconsolada de lo que lo había estado en toda mi vida”.² Temía que el hombre al que había conocido y amado en Londres hubiese cambiado ahora que estaba de vuelta entre sus amigos parisinos, y le dijo a Longuet sin andarse con rodeos:

Cuando hablo contigo es como si hablase con una pared; no tengo absolutamente ninguna influencia en ti. Lo mismo pasa cuando estamos juntos: actuarías igual que lo haces ahora si yo estuviera en París contigo, esto es lo que me dice la experiencia... Me preguntas cómo me las arreglo sin ti. Sabiendo que en París no te vería mucho más de lo que te veo aquí, que nuestra casa no sería un verdadero hogar en esas circunstancias, me tomo las cosas con filosofía y disfruto de la paz y la tranquilidad de mi existencia actual.³

A Jennychen le daba pavor mudarse a París; le producía aprensión el dominio que ejercía sobre su hijo la madre de Longuet, que había elegido una casa para ellos en Aregenteuil, a veinte minutos en tren de París, pese a los expresos deseos de Jennychen de que no estuviese tan lejos de París para que Longuet pudiera estar más cerca de su familia.⁴ También estaba molesta por el hecho de

que su suegra había dejado de pasarle dinero desde que Longuet había vuelto a Francia, pese a que Jennychen lo necesitaba más que nunca. “Ya es bastante triste tener que dejar a mi pobre madre enferma”, explicaba con impaciencia, “para entrar en una nueva familia que me recibe de este modo”. Y Jennychen acusaba a Longuet de no ver la cantidad de trabajo que se le venía encima a ella para preparar el traslado. “Lo miras todo desde un punto de vista fantástico, que tú calificas de optimista. ¿Acaso no desafiaste incluso al tiempo cuando dijiste que no habría invierno cuando te sugerí que aún podría nevar?”⁵ Estos arrebatos pueden parecer una aberración, pero Jennychen estaba física y mentalmente agotada. Estaba preocupada por sus padres: su madre estaba cada día más débil y su padre volvía a escupir sangre. También le preocupaba su propia salud. A los treinta y seis años volvía a estar embarazada: era su cuarto embarazo en cinco años.⁶

Longuet había planeado regresar a Londres por Navidad. Desde el momento en que había marchado en agosto, la familia había esperado reunirse por vacaciones, pero a comienzos de diciembre le dijo a Jennychen que él no podría ir. Quería presentarse a las elecciones municipales y tras consultarlo con Lissagaray concluyó que no podía ganar si no se quedaba en París para hacer campaña.⁷ Jennychen estaba indignada de que hubiese elegido a Lissagaray y no a ella para pedir consejo en una decisión tan importante. Esperó varios días para serenarse y para hablar con su padre antes de responder.

De hecho, Marx respondió primero. Sin tratar de influir en su decisión, Marx le dijo a Longuet que la elección era tan sencilla como grave: sus hijos o el ayuntamiento. Pero Jennychen no le obligó a elegir. Hizo lo que habría hecho su madre: escribir.

Es evidente que si estás dispuesto a ir hasta el final en la contienda municipal no puedes abandonar el campo de batalla en el momento decisivo. Ahora es el momento de la acción y es mejor que dejemos a un lado nuestras alegrías hasta después de las elecciones a que fracasases por razones tan pueriles. Nunca me perdonaría que, en aras de mi placer personal, te indujese a echar a perder tus perspectivas políticas... Confío en que siempre podré, sin quejarme, agachar la cabeza ante lo inevitable, arreglármelas con lo que sea y por encima de todo no interponerme nunca entre tú y tus deberes públicos.⁸

Longuet se quedó en París y perdió las elecciones.

En febrero de 1881 Maitland Park era una auténtica barahúnda. Jennychen y los niños se habían mudado con Marx y Jenny después de mandar a Francia las

pertenencias de Longuet. Y ahora que parecía el momento para que también madre e hijos se fuesen a Francia, no parecía que nada estuviese listo, ni siquiera ellos mismos. Jenny llevaba semanas cosiendo furiosamente ropa nueva para sus nietos, trabajando como una mujer totalmente sana, haciendo abrigos y ropa interior. Jennychen le dijo a Longuet que su madre estaba tan absorta en el amor por sus nietos que su estado de ánimo no parecía negativamente afectado por su enfermedad, que el médico ya había identificado positivamente como un cáncer.⁹ Pero el hecho de verla tan activa hacía temer a los que la rodeaban por lo que pasaría cuando los niños ya no estuviesen en Londres. Marx dijo que la separación sería muy dolorosa. “Para ella y para mí”, le dijo a Nikolai Danielson, “nuestros nietos, tres niños pequeños, eran una fuente inagotable de alegría y de vitalidad”.¹⁰

Jenny también estaba preocupada por el viaje que su hija estaba a punto de emprender. El viaje de Jennychen a París le recordaba el que ella misma había hecho en 1849. También ella, a los treinta y tantos y embarazada de siete meses, había viajado por mar con tres niños pequeños para ir a reunirse con su esposo. El viaje había sido terriblemente difícil. Incluso con la ayuda de Lenchen. Teniendo en cuenta todo esto, Marx y Jenny trataron de convencer a su hija para que dejase a Harry en Londres con ellos. Creían que el niño sería una carga adicional, porque era un niño torpe y enfermizo y necesitaba tantas atenciones como el bebé.¹¹ Pero Longuet no estuvo de acuerdo, y así, cuando a mediados de marzo Jennychen salió hacia París, lo hizo con todos sus hijos.¹² Y no estaba tan preocupada como sus padres. Para entonces ya se había resignado a su suerte e incluso se permitía ser cautelosamente optimista respecto a que ella y los niños podrían incluso ser felices en Francia, y a que su esposo estaría dispuesto a regresar a la vida familiar.¹³

Efectivamente, Longuet estaba ansioso por ver a su familia. Durante las semanas anteriores a su llegada, le había asegurado a Jennychen que los niños tendrían amigos en casa de Gustave Dourden, el médico que le había ayudado a escapar de la Comuna y que vivía cerca, y también que no tenía por qué preocuparse de las interferencias de su madre.¹⁴ Pero cuando llegó a Argenteuil encontró la casa no solo cerrada, sino sin amueblar y casi inhabitable porque aún estaban haciendo obras en ella. Y durante su primera semana allí sus temores acerca de las actividades de Longuet en París se vieron confirmados. Un día había ido a trabajar y a la hora de regresar a Argenteuil había perdido el tren, y no llegó a casa hasta la mañana siguiente.¹⁵ Esta pauta se repetiría varias veces, dejando a Jennychen sola en un país que no conocía, aislada en una casa con corrientes de aire con sus tres jóvenes hijos.

A las dos semanas de estar allí Jennychen dijo que le parecía que llevaba un siglo en Francia; los días se distinguían uno del otro solo por unas dosis extra de sufrimiento. Le dijo a Laura que estaba “desconsoladamente, desesperadamente nerviosa, muy inquieta tanto física como mentalmente”. Al menos uno de los niños la mantenía invariablemente despierta toda la noche, y siempre al menos uno de ellos estaba enfermo. “La existencia libre, independiente y activa, aunque monótona, que he llevado durante unos meses en Londres me ha echado a perder y me ha vuelto incapaz de tratar con criadas y niños y esta clase de cosas. Es todo tan insoportable para mí que tengo la sensación de que si paso unos cuantos años, mejor dicho, unos cuantos meses en este país extraño, con gente extraña, me convertiré en una idiota incurable”. Y añadía: “No puedo mandarte recuerdos de Charles porque no está aquí”.¹⁶

Si Jennychen se sentía sola, Maitland Park era un lugar aún más solitario. A veces, cuando Marx oía voces infantiles procedentes de la calle, corría a la ventana pensando que eran sus nietos, hasta que recordaba que esto era imposible porque sus nietos estaban al otro lado del Canal de la Mancha. Le dijo a Jennychen que la casa era absolutamente aburrida desde que se habían ido. La única actividad había sido la llegada de un nuevo médico para Jenny, que, según dijo, dado el carácter de su enfermedad, no era mejor que el anterior, pero parecía haberse animado con la posibilidad de un cambio.¹⁷ Marx también había sido visitado por un joven de veintiséis años llamado Karl Kautsky, a quien Engels apreciaba por su considerable resistencia con la bebida. Marx, en cambio, lo tenía por “un tipo mediocre, estrecho de miras”, poco lógico y un tanto filisteo; por lo demás, “un tipo decente a su manera”. Marx se lo “endosaba” a Engels siempre que podía.¹⁸ En aquel momento Kautsky era simplemente un periodista y economista prometedor, pero un día sería el más importante teórico marxista alemán y el editor del “cuarto volumen” del *Capital*.¹⁹ Con su barba bien recortada y sus gafas de montura de alambre Kautsky daba la impresión de ser una persona meticulosa. Al dirigirse al estudio de Marx para conocerle parecía más un contable que un agitador socialista; el corazón, recordaba, le latía con fuerza en el pecho. Pero en vez de someterle a un interrogatorio teórico, Marx le preguntó por su madre.

Kautsky se quedó gratamente impresionado por la calurosa recepción de Marx pero no encontró ningún signo de frivolidad en la casa, dominada como estaba por la sombra de la enfermedad. Recordó que la única risa que escuchó procedía de la fuente menos probable: la propia Jenny.²⁰ Pese a su debilidad, según Jennychen, su madre se preocupaba de recibir a los miembros jóvenes del partido, sacando fuerzas de donde no las tenía para mostrar “la misma solidari-

dad, la misma aguda sensibilidad por los sufrimientos de la humanidad... que siempre la habían distinguido”.²¹

En un intento de restablecer parte de la vitalidad que había abandonado la casa de Marx con la partida de sus nietos, los amigos de Tussy del Club Dogberry llevaron literalmente el teatro a la sala de estar, lo que reconfortaba enormemente a Jenny, que, de todos modos, estaba menos interesada en sus lecturas de aficionados que en los romances que surgían entre los miembros del grupo, e incluso parecía haber puesto el ojo en un joven abogado británico llamado Ernest Radfor como posible pareja de Tussy, si es que Tussy decidía alguna vez dar por terminada su relación con Lissagaray.²² Pero ninguno de los invitados, por divertidos que fueran, podía actuar como un bálsamo para los solitarios abuelos. “Es extraño”, le dijo Marx a su hija mayor, “que no podamos vivir sin compañía, y que cuando la tenemos nos esforzamos todo lo que podemos por librarnos de ella”. En su larga carta llena de decepciones y quejas, lo único bueno para Marx fue el asesinato en marzo del zar Alejandro II. El juicio de sus asesinos, entre los que estaba la ex pareja de Hartmann Sofía Perovskaya, terminó con la ejecución de todos menos uno de los seis acusados. Perovskaya fue uno de los enviados a la horca. Marx calificó a los acusados de “personas excelentes de verdad, sin poses melodramáticas, sencillas, prácticas, heroicas”.²³

A finales de abril Jennychen dio a luz a otro niño. Marx la felicitó después del parto del joven Marcel diciendo: “Mi ‘lado femenino’ esperaba que el ‘recién llegado’ incrementase ‘la mitad buena’ de la población; por mi parte prefiero el ‘sexo fuerte’ para los niños nacidos en este momento decisivo de la historia. Tienen ante sí el período más revolucionario que tendrán que vivir los hombres. Lo malo en estos momentos es ser tan ‘viejos’ que solo seamos capaces de prever y no de ver”.²⁴

Engels puso inmediatamente en marcha un plan para que Marx y Jenny pudiesen ir a Francia a conocer a su nuevo nieto.²⁵ (a quien Marx llamaba “el gran desconocido”²⁶). El médico creía que Jenny estaba lo bastante fuerte como para hacer el viaje, pero su estado fluctuaba. A veces estaba postrada en cama, y a veces se sentía tan bien que incluso salía para ir al teatro. En junio, sin embargo, su salud se había deteriorado hasta el punto de que tenía problemas para vestirse sola. El médico sugirió que Marx y Jenny fuesen a la costa para comprobar cómo toleraba Jenny el viaje. Laura les acompañó a Eastbourne como enfermera de ambos, pues las dolencias de Marx se habían exacerbado a consecuencia de la inquietud que le causaba el estado de su mujer.²⁷ Tanto Marx como Jenny resistieron sorprendentemente bien, y el médico quedó lo suficientemente impresionado por la recuperación de Jenny como para autorizarla a hacer el viaje

a Francia.²⁸ Marx también recibió el visto bueno del gobierno francés: Clemenceau le aseguró a Longuet que su suegro no tenía nada que temer de la policía.²⁹

Jennychen estaba encantada ante la perspectiva de tener la compañía de sus padres y de Lenchen. Esperaba con miedo un telegrama anunciándole que sus padres no estarían en condiciones de hacer el viaje, pero recibió una buena noticia: podrían viajar. Escribió a vuelta de correo: “No sé cómo conseguiré aguantar hasta el martes... Me tiembla tanto la mano que casi no puedo sostener la pluma”.³⁰

A finales de julio, Marx, Lenchen y Jenny salieron para Francia. La Madre Naturaleza, por primera vez en sus viajes de ida y vuelta al continente cooperó; Marx dijo que el mar estuvo tranquilo y que el tiempo no pudo ser mejor. Pero el viaje en tren entre Calais y París fue agotador; Jenny sufrió calambres y diarrea, y una vez en París la logística fue bastante complicada. Fueron recibidos por Longuet en una estación pero tenían que partir hacia Argenteuil desde otra, lo que implicaba traslados y largas esperas. No llegaron a casa de Jennychen hasta las diez de la noche.³¹ El magnánimo Engels les escribió tan pronto como estuvieron instalados para decir que Jenny “no tenía que preocuparse de nada; podían contar con su ayuda para lo que fuese necesario.”³² Marx quería que Jenny se quedase en Argenteuil todo el tiempo que pudiera. Sus dolores de estómago habían sido cada vez más frecuentes en Londres pero habían remitido en cierto modo desde que estaban en Francia, tal vez debido simplemente a la distracción que le proporcionaban los niños. Aunque Marx estaba seguro de que el estado de su mujer no había mejorado, ella creía que sí, y esto de por sí ya era un cambio importante.³³

Hacía treinta y dos años que Jenny y Marx se habían visto obligados a abandonar París y la ciudad había cambiado considerablemente respecto a la que Jenny había conocido y amado. Haussman había destruido el viejo París pero había que admitir que había construido algo grande en su lugar. A primeros de agosto, Jenny le dijo a Marx que le gustaría ver cómo había cambiado la ciudad. Había adelgazado mucho y ahora sangraba de vez en cuando por unas pequeñas grietas que se le formaban en la piel. Marx quería llevarla a Londres inmediatamente, pero ella le engañó enviando su ropa a la lavandería y diciéndole que no estaría a punto hasta finales de semana. Viendo que incluso en su estado era muy difícil doblegar su voluntad, Marx transigió.

Un médico francés le dio a Jenny opio suficiente para calmarle el dolor, y Marx y Jennychen la llevaron a París a hacer un recorrido por la gran metrópolis donde en su día había sido tan feliz. Pasearon en un carruaje descapotable por

unos bulevares que no existían en 1849 y por lo que Marx llamó una feria perpetua en todo su esplendor. Comparado con el siempre gris Londres, París era un carnaval de color. Jenny estaba como flotando en su nube de opiáceos y estaba tan contenta de haber podido dar aquel paseo que quiso pararse a tomar un café. Y eso hicieron, sentándose en una pequeña mesa de una cafetería y participando una vez más de la vida en las calles de París.³⁴ Puede que por un momento Marx y Jenny se sintieran de nuevo jóvenes: él, el fogoso filósofo de pelo negro convertido en revolucionario; ella, la hermosa muchacha de Tréveris; los dos, orgullosos de plantar cara al mundo. Pero ahora eran solamente dos ancianos indistinguibles de otros miles como ellos: él, robusto y canoso; ella, delgada y frágil. Lo que no había cambiado era la pasión que habían sentido cuando eran más jóvenes. Muchos años antes se habían dicho hola el uno al otro y ya no habían podido apartar la mirada. Ahora, ambos sabían que pronto tendrían que decirse adiós para siempre. Pero de momento, al menos de momento, las cosas eran como habían sido siempre.

Jenny se sintió mal en el camino de vuelta a la estación del tren. La visita había sido demasiado para ella físicamente, pero tanto había disfrutado de la excursión que le pidió a Marx que la llevase de nuevo a París. Aunque no sería posible. A mediados de agosto Marx recibió una carta de la amiga de Tussy Dolly Maitland en la que le decía que su hija pequeña estaba gravemente enferma y que se negaba a recibir la ayuda de un médico.³⁵ El 17 de agosto Marx salió solo en dirección a Inglaterra para cuidar de su hija.³⁶

* * *

Mientras el resto de la familia había estado preocupada por la salud de Jenny y Marx y por el retorno de la familia Longuet a Francia, Tussy se había desarrollado plenamente en su nuevo círculo de amigos en Londres. Furnivall le había proporcionado un trabajo de investigación pagado en lo que acabaría siendo el diccionario Oxford,³⁷ y estaba también empezando su carrera como defensora de los derechos humanos. Un grupo conocido como la Liga de la Tierra había empezado a presionar al gobierno británico para que cambiase las leyes vigentes en Irlanda que favorecían a los grandes terratenientes; concretamente pedían el fin de los desalojos arbitrarios de los agricultores arrendatarios. El objetivo final de la Liga de la Tierra era la independencia de Irlanda, pero algunos argumentaban a favor de una fase autonómica intermedia [la “Home Rule”], durante la cual los irlandeses se gobernarían ellos mismos sin dejar de ser parte del Imperio Británico. El parlamentario irlandés Charles Stewart Parnell, que dirigía la lu-

cha, había recaudado 200.000 dólares para la campaña en Estados Unidos.³⁸ Cuando Jennychen estaba en Inglaterra, había enviado artículos a su esposo sobre los acontecimientos en Irlanda para que los publicase en su periódico. La hija pequeña de Marx, sin embargo, no se conformaba solo con palabras. Tussy se echó a la calle, uniéndose a una multitud concentrada frente a una comisaría de la policía en apoyo de un feniano fundador de la Liga que supuestamente estaba allí detenido. Pero los manifestantes habían sido engañados —el preso irlandés había sido secretamente trasladado— y Tussy, que no era ni alta ni fuerte, se enfrentó furiosamente a un fornido irlandés de la policía de Londres acusándolo (para delicia de la multitud) de hacer el trabajo sucio a los ingleses.³⁹

En la primavera de 1881 Henry Hyndman había formado una organización llamada la Federación Democrática, que preveía como una organización aglutinadora de varias organizaciones obreras. Pese a la antipatía que le producía a Marx, Tussy se apuntó a esa organización.⁴⁰ Si tenía intención de ser una activista y trabajar a favor de los oprimidos en Inglaterra e Irlanda, necesitaba formar sus propias asociaciones políticas. Esto no era típico. Las dos hijas mayores de Marx se habían contentado siempre con actuar entre bastidores como parte de la red de su padre, pero Tussy quería estar al frente de sus propias causas. Los jóvenes que la rodeaban en la Sala de Lectura, parte de una nueva conciencia política en Inglaterra, diferían de sus predecesores socialistas porque combinaban la preocupación por los temas sociales con el interés por el arte, la literatura y la música. (Uno de sus amigos era un irlandés recién llegado llamado George Bernard Shaw, que había leído *El Capital* en francés y estaba en camino de convertirse.)⁴¹ Aquel medio era perfecto para Tussy: no tenía que elegir entre el teatro y la política, podía tener las dos cosas.

En marzo había hecho una actuación en St. Pancras por el aniversario de la Comuna. La sala estaba llena en sus dos terceras partes de famosos radicales, entre los que destacaban su padre, Engels, Leo Hartmann y August Bebel. Tussy salió a escena y recitó “El flautista de Hamelin”. Ede Bernstein recordó su voz como musical y su personalidad como insólitamente vivaz. “Como mi inglés todavía no era muy bueno, no pude seguir las palabras adecuadamente. Solo percibí que la recitación de Eleanor estaba llena de vida y que su modulación al hablar era perfecta, y que fue muy aplaudida”.⁴²

En julio, cuando sus padres estaban poniendo a prueba su salud en Eastbourne antes de un posible viaje a Argenteuil, Engels había estado otra vez entre el público para ver a Tussy interpretar dos obras de un solo acto en el Club de los Diletantes. Le dijo a Marx que Tussy había dado muestras de un gran autocontrol y que había estado encantadora en escena”. Su impresión general fue que

Tussy era una buena actriz,⁴³ aunque era evidente que Marx y Engels consideraban aquella actividad como un pasatiempo. No así Tussy. El mes anterior le había confesado a Jennychen que quería dedicarse al teatro profesionalmente, y pidió consejo al mismo director teatral al que se lo había pedido Jennychen unos años antes. Tussy sabía que Marx se opondría, en parte por motivos económicos (en aquellos momentos tenía más deudas de lo habitual debido a la mala salud de Jenny y al traslado de Jennychen), pero le dijo a su hermana que Marx había gastado mucho menos dinero en su educación de lo que podría haber gastado, y que ella podía contribuir a sufragar el coste.⁴⁴ “Creo que podré hacerlo, me tranquilizaría mucho. Sea como sea lo intentaré. Si no lo consigo, pues mala suerte. Ya ves, querida hermana, que tengo muchísimas cosas entre manos, pero es que tengo la sensación de que ya he malgastado demasiado de mi vida; ya es hora de hacer algo”.⁴⁵

Desgraciadamente para Tussy, sus necesidades habían sido la última de las preocupaciones de los demás miembros de la familia aquel verano. Estaba sola en Londres. Sus padres y Lenchen estaban en Francia; también Engels estaba fuera, en Yorkshire. Y todavía no se hablaba con Laura debido al desaire que le había hecho a Lissagaray. Tussy se hundió en una depresión que derivó en anorexia. Cuando Dollie Maitland avisó a Marx y este llegó a Londres a mediados de agosto, Tussy no podía dormir y no había comido casi nada en semanas. Le temblaban las manos y tenía tics faciales. Estaba en un estado de “total abatimiento nervioso”, le dijo su padre a Engels. El médico no encontró nada mal en ella físicamente, excepto “un trastorno de la función estomacal” resultado de la falta de comida, y un “sistema nervioso peligrosamente alterado”.⁴⁶

Jenny y Lenchen regresaron a Londres dos días más tarde y encontraron a Marx y a Tussy en la sala de estar, con Tussy recostada sobre almohadones en el sofá. “Su disparatado modo de vida la ha dejado en un estado tan débil y febril que apenas puede andar mejor que yo”, le dijo Jenny a Jennychen. Y respecto a dejar Argenteuil, le dijo a su hija mayor que “tu recuerdo y el de tu amor y tu amabilidad permanecen como un tesoro en mi corazón, y me alimentaré de ellos como un avaro”.⁴⁷

* * *

En octubre Tussy estaba bien, pero la familia estaba pendiente del estado de Jenny. Raramente se levantaba de la cama y cuando lo hacía era para sentarse en una silla que tenía cerca de ella. Tras meses de preocuparse por su mujer, por sus hijas y por sus nietos, las enfermedades del propio Marx se habían intensifica-

do. Sus problemas durante ese período habían sido casi siempre respiratorios, primero bronquitis y después pleuresía. Sus pulmones se habían indudablemente debilitado después de toda una vida fumando, especialmente en su primera madurez, cuando fumaba los más horribles cigarros porque no podía permitirse otros. Pero todo el mundo estaba de acuerdo en que las dolencias físicas de Marx las empeoraba la ansiedad, y este era ciertamente el caso aquel otoño. La amiga de su juventud, su camarada, su “inolvidable y querida mujer”, se estaba muriendo, y él estaba confinado en una pequeña habitación contigua a la de Jenny, bajo las órdenes del médico de no levantarse de la cama para ir a verla.⁴⁸ Jennychen quería ir a casa de su madre para tratar de animarla llevando consigo a sus hijos, pero Laura le explicó que su madre estaba ya demasiado mal para darse cuenta de la presencia de sus nietos. Además, le dijo, ellos estaban muy vivos en sus pensamientos y se aferraba a las cartas de Jennychen.⁴⁹

Con sus últimas fuerzas, en octubre Jenny escribió a Jennychen. Le dio la carta a Tussy para que la echase al correo, pero por alguna razón desconocida nunca llegó a Francia. “Me entristeció más de lo que puedo expresar saber que la que probablemente sería su última carta no la llegaste a recibir”, le escribió Laura a Jennychen. “No podría consolarse si lo supiese. Le costó tantos esfuerzos escribirla y puso tanto en ella de lo que esperaba de una respuesta tuya que la pérdida de la carta es irremediable”. Laura insinuó que Tussy pudo no haberla echado al correo, en un acto de egoísmo y mezquindad extremos de una niña mimada que estaba celosa del amor entre su madre y su hermana mayor.⁵⁰ Esta insinuación pudo haber sido simplemente consecuencia de la animosidad existente entre Laura y Tussy; en una carta a Jennychen, Tussy describía lo doloroso que sería para su madre si creía que la carta se había perdido y le sugirió a Jenny que fingiese haberla recibido.⁵¹

A finales de octubre el médico permitió finalmente a Marx ver a su esposa. Años después Tussy escribió: “Nunca olvidaré aquella mañana en que él se sintió lo bastante fuerte como para entrar en la habitación de mamá. Los dos fueron jóvenes una vez más: ella, una muchacha radiante, y él, un joven que la adoraba... y no un viejo achacoso por la enfermedad y una anciana moribunda”.⁵² Marx dijo que había esperado siete años para casarse con Jenny, pero que le habían parecido siete días de lo mucho que la amaba. Tussy escribió que durante toda su vida Marx no solo amó a su esposa, sino que *estuvo enamorado* de ella.⁵³

Aquel mes, los socialdemócratas alemanes habían obtenido tres escaños más en el Reichstag. Si lo que pretendían las leyes antisocialistas de Bismarck era desactivar o acabar con el movimiento obrero, habían fracasado; el movimiento

simplemente pasó a la clandestinidad, y si hizo algo fue cobrar aún más fuerza.⁵⁴ Aunque tenía el cuerpo lleno de morfina, Jenny entendió el significado de la noticia y se alegró con Marx y Engels del resultado de las elecciones.⁵⁵ Los dos viejos luchadores estaban junto a su cama, maravillándose de lo lejos que habían llegado. Habían necesitado casi medio siglo, pero el rey había perdido su divinidad y los obreros —aquellas masas explotadas que en su día habían aceptado silenciosamente su suerte sin reconocer su poder— formaban ahora parte del gobierno. Pero pese a aquellos avances tan importantes, Jenny no había visto a su esposo ocupar el lugar que le correspondía en el panteón de los grandes pensadores, como había esperado que lo haría desde que eran jóvenes. Y no había visto cómo su obra maestra, *El Capital*, cambiaba el mundo tal como él le había prometido. Había sacrificado su vida y la de sus hijos al ideal que animaba a su esposo, pero al parecer no viviría para verlo convertido en realidad.

A finales de noviembre, sin embargo, aparecieron unos carteles en el West End de Londres anunciando una revista mensual titulada *Leaders of Modern Thought*, que incluía el primer artículo independiente en inglés elogiando la obra de Marx. El 30 de noviembre Marx se sentó junto a la cama de Jenny y le leyó muy excitado el artículo firmado por un joven llamado Belfort Bax,⁵⁶ que escribía que *El Capital* “contiene la elaboración de una doctrina económica comparable en su carácter revolucionario y en la importancia de su alcance al sistema copernicano en astronomía o a la ley de la gravitación universal en física”.⁵⁷ Engels no pudo haberlo dicho mejor. Jenny estaba emocionada. Aunque los filisteos se habían negado a reconocerlo, ella siempre había sabido que su esposo era un genio. Marx describió sus ojos en aquel momento como “más grandes, más encantadores y más luminosos que nunca”.⁵⁸

Jenny murió dos días más tarde, el 2 de diciembre. Tenía sesenta y siete años.

Jenny Marx fue enterrada en el cementerio de Highgate, en tierra no consagrada, junto a su nieto Caro. Marx no asistió al funeral. Nadie de la familia quiso que corriese el riesgo de resfriarse en el estado en que se encontraba. Jenny le había incluso dicho a su enfermera, con respecto a las formalidades de la muerte, “¡No somos gente tan *external*!”⁵⁹ En representación de Marx, Engels leyó un panegírico:

La contribución hecha por esta mujer, con una inteligencia crítica tan aguda, con un tacto político tan grande, con un carácter de tal energía y pasión, con tanta dedicación a sus camaradas en la lucha... su con-

tribución al movimiento durante casi cuarenta años no ha sido del conocimiento público; no está inscrito en los anales de la prensa contemporánea. Es algo que uno tiene que haber experimentado de primera mano. Pero de una cosa estoy seguro: del mismo modo que las esposas de los refugiados de la Comuna la recordarán a menudo, también tendremos los demás la ocasión de echar de menos sus sabios y audaces consejos, audaces sin ostentación, sabios sin comprometer jamás su honor en el menor grado. No hace falta que mencione sus cualidades personales; sus amigos las conocen muy bien y no las olvidarán. Si hubo alguna vez una mujer cuya mayor felicidad fue hacer felices a los demás, fue ella.⁶⁰

Al conocerse la muerte de Jenny, llegaron de todo el mundo un sinnúmero de cartas de homenaje de amigos y miembros del partido. Sibylle Hess, que no había visto a Jenny desde sus días de Bruselas, escribió: “En ella, la Naturaleza ha destruido su propia obra maestra, pues nunca en mi vida he conocido a una mujer tan ocurrente y encantadora”.⁶¹ Pero como el propio Marx había dicho en una ocasión, las palabras de consuelo, por muy bienvenidas que sean, poco hacen para mitigar el dolor de una pérdida tan profunda. Los amigos de Marx comentaron preocupados qué sería de él ahora que su esposa ya no estaba a su lado. Y Engels fue quien lo expresó de un modo más claro: “Moro también ha muerto”.⁶²

Londres, 1882

*Lear: ¿Alguien aquí me conoce? Este no es Lear. ¿Camina Lear así?
 ¿Habla así? ¿Dónde están sus ojos?
 ¿O es que su entendimiento se ha debilitado, que su discernimiento se ha aletargado?
 ¡Ja! ¿Estoy despierto? No es posible. ¿Quién puede decirme quién soy?
 Bufón: La sombra de Lear.
 William Shakespeare¹*

MARX NO ESTABA MUERTO, por supuesto, no literalmente, pero era un fantasma, una triste figura que vagaba por una casa grande sin el consuelo de la mujer que había estado a su lado durante treinta y ocho años. A veces se ponía su pesado abrigo negro y su sombrero de fieltro y salía de la casa para ir a pasear por el parque o iba hasta el Heath.² Eran andanzas sin destino; el mapa con el que se había guiado Marx durante años ya no estaba. Estaba tan miope ahora que al regresar no siempre podía distinguir su propia casa de la de los vecinos; solo estaba seguro de que no era su casa cuando la llave no encajaba en la cerradura.³ Sus hijas, igual que Engels y Lenchen, coincidían en que había que sacarlo de Londres. Maitland Park estaba ahora tan impregnado de tristeza como lo había estado Dean Street después de la muerte de Musch. Nunca recuperaría la salud allí

Pero, lejos de preocuparse por ello, Marx encontraba consuelo en su debilitado estado. Siguiendo las prescripciones de su médico, se embadurnaba el cuerpo con tintura de yodo, que le producía una dolorosa inflamación de la piel. “Dicha operación, por consiguiente, me está prestando un servicio excelente en estos momentos”, le dijo a Jennychen. “Hay solo un antídoto efectivo para el sufrimiento mental, y es el dolor físico. Pon el fin del mundo en una mano y un hombre con un fuerte dolor de muelas en la otra”.⁴ La ira también le ayudaba a enterrar su pena. Puede que Marx albergase malos sentimientos respecto a Longuet por el hecho de haberse llevado a Jennychen y a sus nietos a Francia, pero la hostilidad se convirtió en furia cuando leyó el obituario de su esposa publicado en el periódico de Longuet. En él se refería a los prejuicios que Jenny y Marx habían tenido que superar para poder casarse porque él era judío de nacimien-

to. Marx acusó a Longuet de inventarse la historia, insistiendo en que no había tal prejuicio. (Marx era probablemente culpable de reescribir él mismo la historia, porque era obvio que existía dicho prejuicio.) También le irritaron otros pequeños detalles, porque sabía que serían recogidos y magnificados por la prensa europea. Clamó contra su yerno por haber profanado la memoria de Jenny, diciéndole a Jennychen: “Longuet me hará el gran favor de no mencionar nunca más mi nombre en *sus* escritos”.⁵

Marx le dijo a Nikolai Danielson que confiaba poder ponerse a trabajar en serio en el segundo volumen del *Capital* porque quería dedicárselo a Jenny.⁶ Pero en aquel mismo momento Meissner le comunicó que pensaba publicar una tercera edición del primer volumen en alemán, lo que normalmente requería un prefacio puesto al día y otros cambios de los que tendría que ocuparse Marx.⁷ La noticia le dejó muy abatido. No tenía ningún interés en volver una vez más a revisar el volumen I. De manera nada característica, decidió hacer los menos cambios posibles y dejar el resto a Meissner.⁸ Esto, más que nada, fue un indicio para familiares y amigos de lo afectado que estaba Marx por la pérdida de Jenny. En el pasado había sido incapaz de permitir que se reimprimiese su obra sin antes revisarla prácticamente línea por línea. Ahora casi parecía no importarle.

El médico de Marx quería que se trasladase lo más al sur posible, hasta Argelia, para tratar de recuperarse de sus enfermedades, pero Marx no estaba preparado para algo tan aventurado, y se decidió en cambio por la isla de Wight, que había calificado de paraíso cuando la había visitado con Jenny siete años antes.⁹ En las familias victorianas era costumbre que una hija —normalmente la pequeña— se quedase en casa para cuidar de sus ancianos padres.¹⁰ Marx, Engels y Lenchen consideraron natural, por tanto, que Tussy se dedicase a cuidar a su padre. Pero esa llamada al sacrificio se produjo justo cuando Tussy estaba decidida a hacer algo con su vida. Por mucho que amase a su padre, lo último que quería era hacer de enfermera suya. Creía que su padre estaba exigiendo que otra Marx le entregase su vida. Y se negó. Tussy le dijo a Jennychen que se sentía egoísta porque amaba a su padre más que a nada en el mundo, y sin embargo, “todos nosotros, a fin de cuentas, hemos de vivir nuestra propia vida... Por mucho que lo he intentado no he podido sofocar mi deseo de *intentar hacer algo*. La posibilidad de la independencia es muy atractiva”.¹¹ Su rebelión tendría un precio muy elevado.

Jennychen, cuyo propio intento de independencia había sido tristemente breve, comprendía la inclinación de Tussy mejor que nadie, y trató de persuadir a su padre de que era Lenchen, y no Tussy, quien mejor podía cuidar de él.¹² Pero Marx insistió en que su hija pequeña le acompañase, y así, el 29 de diciem-

bre salieron de Londres juntos para recibir a un nuevo año que ambos temían. El tiempo reflejaba su estado de ánimo: auténticos vendavales azotaban la isla aullando toda la noche; los días eran fríos, el cielo plomizo y las lluvias torrenciales. La tos de Marx empeoró en vez de mejorar. En una carta a Laura le explicó que Tussy no comía prácticamente nada, tenía tics nerviosos y padecía insomnio. Se pasa todo el tiempo leyendo o escribiendo y “aparentemente soporta estar conmigo únicamente por una especie de sentido del deber, como una mártir que se autosacrifica”.¹³

Marx no tenía ni idea de qué era lo que le pasaba a su hija. Tussy escribió a Jennychen diciéndole que temía que estaba a punto de tener una crisis nerviosa, y le explicó que en las últimas dos semanas apenas había dormido seis horas. Confesó los mismos temores en una carta a su amiga Clementina Black, que se lo contó a Dollie Maitland y a Ernest Radford. Alertados de la posibilidad de que Tussy estuviese al borde de sufrir un ataque de nervios, los miembros del Club Dogberry le pidieron a Lenchen que fuese a verla, pero Lenchen no podía irse de Londres, así que fue Dollie la que se presentó en la isla de Wight. Su llegada fue el primer indicio que tuvo Marx de que Tussy estaba enferma, y se enfadó porque se lo hubiese dicho a sus amigos antes que a él. Tussy le dijo que no lo había hecho porque temía que la regañase por haberse abandonado a la enfermedad a expensas de la familia o por estar obsesionada por su salud, y ninguna de aquellas dos cosas les haría ningún bien.

Lo que ni papá ni los médicos ni nadie entenderá es que lo que me afecta es principalmente *de carácter mental*. Papá me dice que tengo que “descansar” y “fortalecerme” antes de intentar hacer nada y no se da cuenta de que “descanso” es lo último que necesito, y que sería más probable que me “fortaleciese” si tuviese algún plan definido de trabajo en vez de esperar y esperar... Me vuelve loca estar aquí sentada cuando tal vez mi *última* oportunidad de hacer algo está pasando.

Tussy todavía pensaba que podía dedicarse al teatro y sentía que se le estaba acabando el tiempo. Aquel mes iba a cumplir veintisiete años: “Ya no soy lo bastante joven para perder más tiempo esperando, y si no puedo hacer algo *pronto* ya no tendrá sentido que lo intente”.¹⁴ Se describía a sí misma como “no lo suficientemente inteligente como para vivir una vida puramente intelectual”, pero “no lo suficientemente tonta como para quedarme sentada sin hacer nada”.¹⁵

Tussy quería que Jennychen la rescatase, y Jennychen lo hizo. Ahora era ella la matriarca de la familia; desde su distante posición y rodeada de cuatro niños

que reclamaban su atención, encontró, no obstante, la fuerza y la gracia para dirigir pacientemente y aconsejar a su enemistada familia de Inglaterra. Primero escribió una carta a Laura explicándole la posición de Tussy. Laura y Tussy habían estado juntas al lado del lecho de muerte de Jenny en un esfuerzo por mostrar a su madre que se habían reconciliado.¹⁶ Pero la tensión continuaba, y así, desde Argenteuil, Jennychen tuvo que actuar como mediadora entre hermanas que vivían apenas a diez minutos de distancia una de otra. Le dijo a Laura que temía que Tussy estuviese muy enferma y lo atribuyó en parte a su largo compromiso, todavía sin resolver, con Lissagaray. “En muchos sentidos ha sido más ofendida que ofensora, y creo sinceramente que debemos compadecerla. Aunque creo que su mala salud será un gran impedimento para ello, estoy convencida de que, para animarla y para consolarla, lo mejor es que pruebe suerte en el mundo del teatro. Solo el trabajo duro puede devolverle el descanso y el consuelo del que su desafortunado compromiso la ha privado”.¹⁷

Luego escribió a su padre. Esa carta ya no existe, pero Marx escribió inmediatamente una nota a Engels en la que probablemente se hacía eco de lo que le había dicho Jennychen. Decía que quería liberar a Tussy de su papel de cuidadora suya. “Desea fervientemente iniciar una carrera propia, o eso cree, como artista independiente y, una vez aceptado esto, tiene todo el derecho del mundo a decir que a su edad no hay tiempo que perder. Por nada del mundo querría que pensase que ha de sacrificarse como ‘niñera’ de un viejo en el altar de la familia”.¹⁸ Tussy vio la mano de su hermana en el cambio de posición de su padre, y le agradeció encarecidamente su intervención. También le anunció que como parte de su decisión de empezar una nueva vida había roto su compromiso de nueve años con Lissagaray: “Durante mucho tiempo he tratado de decidirme a romper mi compromiso. No pude hacerlo. Él ha sido muy bueno, y afable y paciente conmigo, pero ahora ya está hecho. Al final saqué coraje en el momento decisivo”. Insinuaba que había razones para aquella decisión que no podía explicar por escrito, lo que en el código de la familia Marx probablemente significaba que había conocido a alguien. “Pero esto ha terminado. Ahora pretendo trabajar duro para hacer algo mejor con mi vida... Mañana es mi cumpleaños; si soy capaz de mantener solo la mitad de mi determinación en los próximos años, todo irá bien”.¹⁹

La crisis de Tussy fue la primera prueba de Jennychen como sucesora de su madre como administradora de los asuntos delicados de la familia, y la pasó con buena nota. A finales de enero escribió a su hermana pequeña:

Me apenan los tormentos que tu compromiso te ha costado durante

todos estos años, y te felicito por la determinación y el coraje de que has dado muestra ahora... Puedo entenderte muy bien porque estoy hecha de la misma pasta. La inacción me resulta igual de insoportable que a ti. Te reirás si te digo que a veces echo de menos la obligación de los deberes de mis días de escuela, y los ferrocarriles y las calles llenas de vida e interés que me llevaban lejos del tedio mortal de la vida de familia con sus abrumadoras tareas.²⁰

Decía que se alegraba de la liberación de Tussy y de su “intención de vivir la única vida libre que puede vivir una mujer: la artística”. Finalmente le aconsejaba que no tuviese miedo de acudir a actores veteranos en busca de ayuda. “Siempre hay algo en un apellido, y el tuyo es Marx”.²¹

Los médicos de Marx decidieron que no estaba en condiciones de aguantar un invierno en Londres, pero sus opciones en el sur estaban limitadas. No podía ir a Italia porque podían arrestarlo. No podía ir a Gibraltar en barco sin pasaporte. Su médico quería que fuese a Argelia, pero la única forma de llegar a aquel país era haciendo un largo viaje atravesando Francia. De todos modos, Marx eligió finalmente esta ruta, pensando que podría interrumpir su viaje para visitar a Jennychen. Tussy le acompañaría hasta Argenteuil y luego regresaría a Londres.²² En Argenteuil, incluso con la distracción de sus nietos, la salud de Marx no mejoró, por lo que marchó inmediatamente hacia el sur de Francia. Increíblemente, la nube negra que había colgado sobre él en la isla de Wight y que nunca le había abandonado en Londres, también le esperaba en Marsella. Llegó allí a las dos de la madrugada y tuvo que refugiarse —un viejo solitario envuelto en un gran abrigo— en una fría y ventosa estación de tren.²³ Le dijo a Engels: “Hasta cierto punto estuve más o menos congelado... El único antídoto que tenía a mano era el ‘alcohol’ y una y otra vez recurrí a él”. Pasó la noche en Marsella y luego fue en barco hasta Argel, donde tenía que encontrarse con un amigo de Longuet que había sido deportado a Argelia por Napoleón III y había ascendido al puesto de juez del tribunal de apelación.

La recepción que tuvo Marx entre sus compatriotas de allí fue muy cálida, pero una vez más un tiempo diabólico le persiguió. En el barco había pasado dos noches sin dormir por culpa del ruido de los motores y del viento, y llegó a Argelia justo cuando empezaba la fría estación de las lluvias. Para entonces estaba “helado hasta la médula”. Le explicó su dilema a Engels: “No duermo, no tengo apetito, tengo una tos horrible, estoy perplejo y de vez en cuando sufro un ataque de *profunda melancolía*, como el gran Don Quijote”. Consideró regresar inmediatamente a Europa pero no podía hacer frente a otra travesía. También

consideró ir más al interior, a Biskra, pero para ello necesitaba siete u ocho días. Finalmente salió el sol y encontró un hotel en las afueras de Argel sobre una colina que daba al Mediterráneo, y decidió quedarse. “A las ocho de la mañana no hay nada más mágico que el panorama, el aire, la vegetación, una maravillosa combinación de Europa y África. Pero fue solo un bálsamo temporal, porque había empezado una tormenta que duraría nueve días. Marx sustituyó su pesado abrigo de Londres por una versión más ligera y, agachándose, se dispuso a hacer frente a un viento implacable.”²⁴

Un médico local examinó a Marx y se quedó alarmado ante su estado. Le prohibió caminar o hablar, le reventó las ampollas con una lanceta, le recetó ungüentos y sobre todo descanso. Fue examinado a fondo y convertido en un convaleciente. En ese estado no podía hacer nada más que recordar. Le dijo a Engels: “A propósito, ya sabes que hay pocas personas que sean más reacias que yo a las efusiones de patetismo, pero te mentiría si no te dijera que mis pensamientos los ocupan en gran parte las reminiscencias de mi mujer, que es una parte tan importante de mi vida”.²⁵

Con tantas atenciones a su cuerpo, una de las mayores mentes del mundo había empezado a dar muestras de deterioro, y nadie era más consciente de ello que el propio Marx. Casi a modo de nota a pie de página observó en una carta a Engels: “*Mon cher*, como otros miembros de la familia, también tú te habrás dado cuenta de mis faltas de ortografía y de sintaxis, y mis muestras de mala gramática. Yo solo me doy cuenta de ellas a posteriori; mi despiste es muy grande”.²⁶

A mediados de abril el viento todavía no había parado, pero la lluvia había sido reemplazada por el polvo y ahora resplandecía el sol. Marx tomó la decisión radical de cortarse el pelo y afeitarse la barba, pero para que el mundo no se olvidase de su ferocidad, se hizo fotografiar antes de “ofrendar” su melena en el “altar de un barbero argelino”.²⁷ Esta fotografía, la última que se hizo Marx, muestra una versión menos dura del hombre duro que fue. En vísperas de su sesenta y cuatro aniversario Karl Marx parecía empezar a chochar.

El calor y el polvo habían hecho que Marx empezara a toser otra vez, y temió que si se quedaba podía verse atrapado en otra larga tormenta. Ya tenía bastante de África, y el 2 de mayo decidió regresar a Europa, y desembarcar en Montecarlo. Allí no había llovido en tres meses, pero el mismo día que llegó Marx, lo hizo. De todos modos se sentía feliz, aunque solo fuese porque el casino disponía de una sala de lectura con una buena selección de periódicos en alemán, francés e inglés.²⁸

Cuando no leía, Marx se divertía estudiando a los huéspedes del hotel mientras estos tiraban el dinero en las mesas de juego. Pero su diversión se trocó en

disgusto cuando vio a algunos de ellos pagando a expertos para que les explicasen la “ciencia” de ganar a la ruleta. Aquellas hordas que estaban convencidas de poder ganar se encorvaban, lápiz en mano, garabateando sistemas con los que cada día trataban de ganar y con los que perdían cada día. “Es como contemplar a un puñado de lunáticos”, dijo.²⁹ También había conocido a un médico alsaciano que pensó que el “doctor” que iba delante del nombre de Marx significaba que también él era médico. En consecuencia, el alsaciano le habló sin morderse la lengua y le dijo que su pleuresía había vuelto y que su bronquitis era crónica.³⁰

Reconociendo que no había motivos médicos para quedarse en Montecarlo (y en todo caso que no había encontrado un clima reconstituyente en ninguno de los países a los que había viajado), Marx puso rumbo a Argenteuil. Le imploró a Jennychen que no dijese a nadie que estaría allí; quería una tranquilidad absoluta. “Por ‘tranquilidad’ me refiero a vida de familia, bullicio infantil’, ese ‘mundo microscópico’ para mí mucho más interesante que el macroscópico.”³¹ Marx suspiraba por un mundo idílico que no existía, sobre todo que no existía en Argenteuil.

Antes de que Tussy marchase de Francia para ir a Londres, Lissagaray había pedido verla en París. Jennychen acompañó a su hermana a la Gare Saint-Lazare y le explicó a Marx que Lissa y Tussy se habían comportado como dos viejos amigos, sin animosidad ni dramatismo. Jennychen se mostró muy aliviada, porque “las amistades y las historias amorosas de Lissagaray solían terminar en peleas. Dijo que ella misma había sido más afable de lo habitual con Lissagaray, “porque me sentía agradecida con él por no haber llevado a cabo su plan de convertirse en el esposo de mi hermana. Los esposos franceses no son muy valiosos en el mejor de los casos, y en el peor de ellos... bueno, cuantas menos cosas diga, mejor”.³² Las observaciones de Jennychen se referían obviamente a su propia historia de infierno doméstico. Dado que Longuet estaba raramente en casa, ella hizo venir a una chica de Inglaterra para que la ayudase con los niños. Pero Emily, que así se llamaba, se fue volviendo cada vez más agresiva, hostil e irresponsable. Empezó a merodear por la estación del tren tratando de seducir a los ferroviarios, y cuando Jennychen intentó pararle los pies, empezó a propagar rumores asquerosos sobre los Longuet para asegurarse de que si perdía su empleo nadie querría trabajar para ellos. Jennychen le dijo a Tussy que Emily “no estaba en sus cabales” y que la estaba volviendo loca a ella también.³³

Carente de ayuda, por tanto, Jennychen trabajaba día y noche en la casa y cuidando de sus cuatro hijos, y sin embargo, según decía, Longuet no hacía más

que gritarle y refunfuñar siempre que estaba en casa. Jennychen se había mudado a Francia para que su esposo pudiese proseguir una carrera de la que los dos pudiesen estar orgullosos. Al principio, el periódico de Clemenceau estaba lleno de artículos de Longuet, pero a partir de 1882 empezaron a aparecer con menos frecuencia, y Jennychen dedujo que era evidente que Clemenceau ya no necesitaba, o tal vez no apreciaba, su trabajo tanto como antes.³⁴ Del periódico solo esporádicamente llegaba algo de dinero, y siempre estaban endeudados, una situación de la que la madre de Longuet culpaba a Jennychen; decía que su nuera se pasaba el día sin hacer nada y que tendría que trabajar. Sin que Longuet pareciera tener ninguna prisa por sacarla de sus apuros financieros, Jennychen le dijo a Tussy que no tenía otra opción que buscar niños del lugar para darles clases o hacer venir niños de Inglaterra como estudiantes internos.³⁵ (Entre aquellos a quienes Jennychen debía dinero estaban Lenchen y Freddy, que la perseguían como si hubiese cometido un delito.)³⁶

En una carta a Longuet sin fecha, escrita mientras estaba en la costa recuperándose de una enfermedad, manifestaba su inquietud:

Ya sabes que para ahorrarte penas y preocupaciones haría lo que fuese, pero no estoy dispuesta a sufrir deshonor ni siquiera por ti... Tu vida irregular, que te ha causado tantos sufrimientos, no ha sido evidentemente la forma de asegurarte una buena posición en tu periódico. Yo ni siquiera tengo este consuelo. Ya es hora, te lo digo una vez más, de mirar a la realidad a la cara y de que consideres si es posible que vivas como un periodista... Si estuvieras aquí conmigo no me atrevería seguramente a hablarte de esta manera; ¡eres tan violento!; sobre todo cuando no tienes razón.³⁷

Sintiéndose desesperada y frustrada, Jennychen le dijo a Laura que anhelaba “cualquier forma de liberación” de sus preocupaciones. Atrapada en Argenteuil en una vieja casa de tres pisos con corrientes de aire y cada vez más distanciada de su esposo, soñaba con la vida en Londres, con el metro, con Farringdon Street, corriendo por el enlodado Strand con sus chillones carteles anunciando obras de teatro y grandes espectáculos musicales.³⁸ “Estoy más harta de la vida de lo que puedo expresar”, le escribió a Tussy, “y si no fuera por los pobres niños sabría muy bien cómo cambiar esta existencia tan desagradable”.³⁹

Por si esto no fuera suficiente, Jennychen dijo que tenía la “incalicable mala suerte” de estar embarazada otra vez. También había empezado a temer que estuviese gravemente enferma. “Tengo un extraño dolor interior desde hace

un tiempo, como si tuviera un absceso o un tumor, pero todavía no me he decidido a consultar a un médico”. Le producía un dolor insoportable levantar a los niños o subir y bajar las escaleras, hasta el punto de caer al suelo después de tales esfuerzos. “A propósito, papá no sabe nada de esto y vale más que no lo sepa. Solo conseguiríamos inquietarle”.⁴⁰ En efecto, cuando llegó Marx en junio no tenía ni idea de cómo estaban las cosas en Argenteuil. Se iba pronto a la cama, se levantaba tarde y se pasaba todo el día dando vueltas con los niños por el bosque o por los viñedos cercanos.⁴¹ Lafargue decía que estaba en el séptimo cielo, seguido constantemente por su joven ejército.⁴² Pero Marx pronto empezó a sospechar que las cosas no iban bien. Los niños se habían vuelto díscolos desde que habían regresado a Francia, en parte porque Jennychen no podía controlarlos sola. Longuet se quedaba a menudo en París toda la noche, y cuando regresaba por la mañana se iba directamente a la cama.⁴³ Al pequeño Marcel le habían puesto el apodo de Par o Parnell, por el agitador parlamentario irlandés, a causa de sus insistentes lloros.⁴⁴ A Edgar le llamaban Wolf [Lobo], porque a los dieciocho meses le habían encontrado comiéndose un pedazo de hígado crudo que había tomado por un trozo de chocolate.⁴⁵ Y Johnny era el cabecilla, un muchacho brillante que, según Marx, se había vuelto travieso a causa del aburrimiento.⁴⁶ Harry aún no había dado muestras de tener un desarrollo normal.

En julio llegaron a Argenteuil Tussy y Lenchen, una campechana caballería llamada en parte para atender a Marx y en parte para ayudar a Jennychen. Tussy estaba prosperando intelectualmente. Aquel mes había recitado para la Robert Browning Society en el University College, y lo había hecho tan bien que la directora la había querido presentar a Browning para que le recitase sus poemas personalmente. Tussy también había sido invitada a una velada en casa de Lady Wilde. “Es la madre de Oscar Wilde”, le dijo a Jennychen, “ese joven cojo y travieso que tanto se ha hecho notar en América”. Agobiada por los problemas, Jennychen disfrutó escuchando las actividades de su hermana pequeña: “Te felicito de todo corazón y me alegro de pensar que al menos una de nosotras no se pasará la vida vigilando una olla en la cocina”.⁴⁸ Ahora que era una mujer libre, Tussy también estaba mucho mejor físicamente; no se quejaba de tener enfermedades y su sistema nervioso estaba sereno. Tan feliz como cuando era una niña llegó a Argenteuil llena de energía para ayudar a su hermana.

Ahora Marx ya sabía que Jennychen volvía a estar embarazada, y estaba preocupado por su hija. Descubrió que el casero la hostigaba para cobrar el alquiler y percibió que no estaba bien de salud. Marx quería que Tussy se llevase a Johnny a Inglaterra para liberarla de un poco de carga, pero Longuet no quiso

que su hijo se perdiese las vacaciones de verano en la costa de Normandía. “A Longuet le importa un bledo si esto sería un respiro para Jennychen o si sería bueno para Johnny”, le dijo Marx a Engels. “Monsieur Longuet no hace ‘nada’ por el niño, pero su ‘amor’ consiste en no perderle de vista durante los breves intervalos en los que él mismo está visible, pues en Argenteuil se pasa normalmente las mañanas en la cama y se va de nuevo a París hacia las cinco de la tarde”.⁴⁹

Pese a las objeciones de Longuet, Marx se impuso. En agosto Lenchen y Tussy salieron para Londres con Johnny.⁵⁰ Poco después Marx también se fue a pasar unos días en Suiza acompañado de Laura. Ella y Lafargue habían vuelto a París aquel año cuando Paul consiguió un empleo en una compañía de seguros. También estaba involucrado en política, y basaba sus posiciones en una mezcla de argumentos y análisis que él y su camarada Jules Guesde calificaban de “marxistas”. Pero Marx se desentendió de ello pronunciando la célebre frase: “Si hay algo cierto, es que yo no soy marxista”.⁵¹

Lafargue se ganó muchos enemigos tan pronto como regresó a Francia, tanto por razones políticas como por el hecho de que era visto como una persona arrogante. Algunos de sus críticos le tenían en tan poca consideración que propagaron rumores en el sentido de que en realidad era Laura la que escribía sus artículos periodísticos. Lafargue se rió de esas críticas y siguió pontificando.⁵² Se consideraba un discípulo de Marx (este le llamaba en broma “el gran oráculo”⁵³) y esto solo fue suficiente para que se ganase un lugar en las altas esferas socialistas. El problema era que aunque Marx se había asociado públicamente con la Comuna, sus ideas apenas eran conocidas en Francia. El marxismo *per se* no existía, excepto en el vocabulario de Lafargue.

De manera nada sorprendente, los negocios y las actividades políticas de Lafargue eran incompatibles. El mismo mes que Marx y Laura salieron para Suiza se quedó sin trabajo.⁵⁴ El motivo oficial fue que su compañía se había fusionado con otra, pero su jefe tampoco estaba contento con su forma de trabajar. Sin trabajo y sin dinero, Lafargue se dirigió a Engels, siguiendo una tradición muy arraigada en la familia Marx. Sus cartas al General casi siempre incluían una petición casual de dinero, porque estaba “endemoniadamente pelado”.⁵⁵

El 5 de setiembre Longuet dejó Argenteuil para irse a Normandía con Wolf y Harry, dejando a Jennychen sola con el pequeño Par. Ella se sintió aliviada. Con solo un niño la casa se quedó finalmente tranquila. Además, cuando no estaba Longuet no había peleas.⁵⁶ La calma solo duró once días. El 16 de setiembre dio a luz a una niña. (Dourden, el médico que había sido el protector de Longuet

en la Comuna la asistió en el parto.) La niña recibió el nombre de Jenny,⁵⁷ y era una auténtica Marx, con su cutis oscuro y su pelo negro.

Marx y Laura estaban todavía en Suiza cuando recibieron la noticia. Regresaron inmediatamente a París, donde encontraron el apartamento de Lafargue en un estado tan caótico que Laura escribió a Engels: “No tengo palabras para describir el estado de suciedad y desorden en que he encontrado mi casa... Nos vamos a Argenteuil esta mañana. Paul está Dios sabe dónde”.⁵⁸ Lafargue, a quien ahora Marx llamaba en broma San Pablo,⁵⁹ estaba de gira con Guesde, una gira provocada por una orden judicial emitida por los cargos de incitación al asesinato, al saqueo y a provocar incendios.⁶⁰ Marx y Laura no sabían nada de la existencia de aquella orden judicial y no esperaron que Paul regresase a París. Al llegar a Argenteuil se encontraron con que Jennychen todavía estaba sola. Longuet, el nuevo padre, no regresaría hasta octubre.

Marx parecía estar hasta la coronilla de sus dos yernos. Detestaba a Longuet personalmente y consideraba a Lafargue un sinvergüenza políticamente. Le irritaba especialmente la afición que tenía Lafargue por citarse a sí mismo, como si sus pensamientos fuesen dignos de repetirse cuando, a todas luces, eran ideas recicladas de otros pensadores. En una carta a Engels exclamó: “Longuet es el último proudhonista y Lafargue el último bakuninista. ¡Que se los lleve el diablo!”⁶¹

El primer aniversario de la muerte de Jenny Marx se encontraba otra vez en la isla de Wight, buscando de nuevo una mejoría en su salud. Había dejado a Engels a cargo no solo de su familia sino de casi toda su correspondencia. Engels, efectivamente, se había hecho cargo del negocio de la revolución. Pero ni siquiera descargado de aquella responsabilidad encontró Marx la paz: solo encontró más viento, más lluvia y más melancolía. A mediados de diciembre un médico local le había confinado en su casa, donde recibía pocas noticias del exterior, más allá de lo que le decían acerca de su familia.⁶² Le complació especialmente, por tanto, saber que incluso en aquel aislamiento seguía siendo una fuente de inspiración. Un famoso economista ruso había utilizado recientemente la frase “los socialistas de la escuela marxiana” en un libro.⁶³ Marx le dijo a Laura: “En ninguna otra parte me produce tanta satisfacción tener éxito; siento que estoy erosionando a una potencia que, junto con Inglaterra, es el verdadero baluarte de la vieja sociedad”.⁶⁴

Laura, mientras, escribía a Engels diciéndole que estaba cada vez más preocupada por la salud de Jennychen.⁶⁵ Tenía lo que ella misma describía como una inflamación de la vejiga, y aunque le quitaba importancia, Laura sospechaba que lo hacía para tranquilizar a la familia.⁶⁶ Respecto a la vida personal de Jenny-

chen, dijo Laura, “Jenny y yo no hacemos más que clamar contra *La Belle France* cada vez que nos encontramos”.⁶⁷ Días antes Laura había esperado que Paul llevase a casa una ensalada para comer, porque se había pasado el día cocinando y esperaba comer bien. Pero la ensalada la trajo en cambio un joven que le dio la noticia de que Paul había sido arrestado. “Este es un lugar horrible y un tipo de existencia horrible, porque uno nunca sabe lo que va a pasar”, le dijo a Engels.⁶⁸

A mediados de noviembre Jennychen aún estaba guardando cama. Había decidido criar ella misma al niño, pero confesó que “su vida sería un infierno”.⁶⁹ Ahora Longuet estaba todo el día en casa tratando de ayudar, pero, según dijo, no hacía más que contribuir a la confusión reinante. Llenó la casa de estufas para calentarla y a finales de diciembre empleó a tres criadas. Pero Jennychen solo podía pensar en lo que costaban, una tensión adicional que no necesitaba y que en el estado en que se encontraba no podía resistir.⁷⁰

Los informes que le pasaban a Marx de la situación de Jennychen eran invariablemente positivos, atenuados por la preocupación sobre cómo podían afectarle. Engels, Tussy, Laura y Lafargue le escribieron para decirle que simplemente necesitaba descanso y atención médica para recuperarse del todo. Pero Marx no estaba tan confundido como para no ser capaz de leer entre líneas. A primeros de enero informó estar aquejado de una tos espasmódica y de una sensación de asfixia, que atribuyó a la preocupación que le causaba Jennychen.⁷¹ “Es curioso”, le dijo a Engels, “hoy cualquier tipo de excitación nerviosa me agarra inmediatamente por la garganta”.⁷²

Finalmente la familia admitió que Jennychen estaba pasando por una fase crítica. Lafargue y Laura habían ido a Argenteuil y se quedaron atónitos por su estado. Jennychen apenas podía moverse o hablar, y parecía haberse sumido en un sopor. Tenía hemorragias, aunque los médicos dijeron no saber qué las causaba.⁷³ La primera intención de Marx fue ir a Francia, pero temió que solo conseguiría aumentar la carga de Jennychen.⁷⁴ En cualquier caso Laura estaba con ella y Marx citó a Lafargue diciendo que “parece seguro que se producirá una mejoría”. Aunque Marx había menospreciado tiempo atrás a Lafargue como un mal médico, le dijo a Engels que encontraba tranquilizador su diagnóstico, tal vez porque no podía soportar pensar de otro modo.⁷⁵ Envío su carta a Engels el 10 de enero de 1883. El 11 de enero Jennychen estaba muerta.

Londres, 1883

Quien pretenda dominar el tiempo en el que vive está autorizado a tomarlo todo y a arriesgarlo todo, pues todo lo que hay le pertenece.

Honoré de Balzac¹

EL TELEGRAMA ANUNCIANDO LA MUERTE de Jennychen había sido enviado a Maitland Park. Todavía en la isla de Wight, Marx no conocía la terrible noticia, y la tarea de dársela recayó en Tussy, que inmediatamente salió de Londres en dirección a Ventnor, en la costa sur de la isla. Durante el gélido viaje de invierno en tren y en ferry intentó decidir cuál sería la mejor forma de dar la noticia; tenía la sensación de que estaba llevando a su padre nada menos que su sentencia de muerte. Pero cuando llegó no tuvo que pronunciar ni una palabra; solo de verla, Marx supo por qué estaba allí. “Nuestra Jennychen ha muerto”, dijo. Le dijo a Tussy que se fuera inmediatamente a Francia a cuidar de los niños. Ella le dijo que era mejor que se quedara con él, pero Marx se negó en redondo. Tussy estuvo en Ventnor apenas media hora antes de partir primero hacia Londres y después hacia Argenteuil.²

Marx no asistió al funeral de Jennychen. Él, Engels y Lenchen lloraron su muerte juntos en Londres mientras su hija de treinta y ocho años era depositada en su tumba en Londres. Engels no podía ni imaginar que tendría que escribir un obituario por otra Jenny Marx tan pronto, pero le tocó a él escribir la necrológica de aquella hija de Marx que había crecido con su movimiento desde el día de su nacimiento en París, y que había sufrido a su lado durante sus épocas más oscuras. La describió como retraída casi hasta la timidez, pero subrayó que “cuando era necesario daba muestras de una presencia de ánimo que había sido la envidia de muchos hombres”. Recordó cómo había trabajado por la liberación de los irlandeses presos en Inglaterra, y también su arresto en Luchon, cuando tuvo la sangre fría de ocultar la carta de Flourens que llevaba encima metiéndola entre las páginas de un libro. “Tal vez la carta esté todavía allí”, escri-

bió Engels. “Con su muerte el proletariado ha perdido a una valiente luchadora. Pero su apenado padre tiene al menos el consuelo de que cientos de miles de trabajadores en Europa y en América comparten su dolor”.³

Marx había agradecido los muchos pésames recibidos por la muerte de su esposa, pero apenas reconoció los que le llegaron después de la muerte de su hija. Aquel golpe, siendo tan reciente la herida por la pérdida de Jenny, fue demasiado duro. Llegaron cartas de amigos de todo el mundo, pero Engels les dijo que Marx estaba demasiado enfermo para escribir y tan ronco que apenas podía hablar. Londres en invierno era el peor lugar para él, pero en el estado en que se encontraba era donde tenía que estar. Engels y Lenchen le hacían compañía pero no consiguieron reengancharlo a la vida.⁴

Engels le dijo a Laura que su padre estaba intelectualmente destrozado por las muchas noches de insomnio que había pasado y que solo era capaz de leer catálogos y novelas. Y pese a la habilidad de Lenchen como cocinera no conseguían hacerle comer fácilmente. La comida preferida de Marx era un gran vaso de leche, a veces acompañado de un poco de ron o de brandy.⁵ Después de la muerte de Jennychen, Engels le dijo a un amigo de América que a Marx se le había formado un absceso en el pulmón que hacía que su forma de respirar, ya crónicamente problemática, fuese aún más difícil.⁶

El día 14 de marzo era más gélido de lo habitual mientras Engels se dirigía a casa de Marx a primera hora de la tarde, un ritual que llevaba a cabo diariamente desde hacía más de una década. Desde la muerte de Jennychen odiaba girar en la última esquina por temor a encontrarse las cortinas de las ventanas corridas en señal de duelo.⁷ No lo estaban. Pero cuando Lenchen le abrió la puerta se puso a llorar y le dijo a Engels que Marx estaba muy débil. “Ven conmigo”, le dijo, “está medio dormido”. Engels la siguió hasta el dormitorio de Marx y lo encontraron aparentemente dormido en una silla junto al hogar, lo que durante una buena parte de su vida habría sido un lujo extraordinario. Pero Marx no estaba dormido; estaba muerto.⁸

“La humanidad es más pobre después de la muerte de este intelecto, el más importante intelecto del que hasta hoy podría haber alardeado”, escribió Engels en una carta dirigida a un viejo colega de la AIT que estaba en New Jersey. “El movimiento del proletariado continuará su curso, pero hoy ha perdido su principal punto de referencia... La victoria final está garantizada, pero las desviaciones, las aberraciones temporales y locales proliferarán más que nunca. Bien, ya veremos; ¿para qué estamos nosotros aquí, si no?”⁹

Karl Marx tenía sesenta y cuatro años.

Once personas asistieron al funeral de Marx en el cementerio de Highgate el 17 de marzo de 1883, y vieron cómo lo enterraban junto a la tumba de Jenny.¹⁰ Al morir le encontraron tres fotografías en el bolsillo de su chaqueta: la de su padre, la de Jenny y la de Jennychen. Engels puso las fotografías en el ataúd de Marx.¹¹ Luego, por tercera vez en menos de dos años, Engels asumió la triste tarea de hacer el panegírico de un miembro de la familia Marx. En un borrador de su discurso escribió: “Hace apenas quince meses nos reuníamos en torno a esta tumba, que estaba a punto de convertirse en el lugar del eterno reposo de una dama noble y de gran corazón. Hoy la hemos abierto de nuevo para que reciba lo que queda de su esposo”.¹² En el ataúd de Marx había dos coronas rojas,¹³ y mientras el pequeño grupo lo rodeaba Engels evocó la larga carrera de su amigo y su lugar en la historia del mundo.

“Era realmente lo que decía que era: un auténtico revolucionario”, dijo. “La lucha por la emancipación de la clase de los asalariados de los grilletos del actual sistema capitalista de producción económica, era su elemento. Y nunca existió un combatiente más activo que él”. El carácter trascendental de sus logros era ya evidente. “El esfuerzo culminante de esta parte de su obra fue la creación de la Asociación Internacional de los Trabajadores, de la que él fue el líder reconocido desde 1864 a 1872. La Asociación ha desaparecido, por lo menos en lo que respecta a su manifestación exterior, pero el vínculo fraternal de unión entre los trabajadores de todos los países civilizados de Europa y América ha quedado establecido de una vez y para siempre”.¹⁴

Marx era más que un mero activista, continuó Engels. Era un teórico innovador.

Así como Darwin descubrió la ley del desarrollo de la naturaleza orgánica, Marx descubrió la ley del desarrollo de la historia humana: el hecho simple, hasta entonces oculto por un exceso de ideología, de que la humanidad tiene ante todo que comer, beber, resguardarse y vestirse antes de hacer política, ciencia, arte, religión, etc.; que, en consecuencia, la producción de los medios materiales inmediatos de subsistencia y, por consiguiente, el grado de desarrollo económico alcanzado por un pueblo dado o durante una época determinada constituyen los fundamentos a partir de los cuales se han desarrollado las instituciones del estado, las concepciones legales, el arte e incluso las ideas sobre la religión del pueblo en cuestión...

Pero esto no es todo. Marx también descubrió la ley especial del movimiento que gobierna el modo de producción capitalista actual y la sociedad burguesa que ha creado este modo de producción. El descu-

brimiento de la plusvalía proyectó súbitamente luz sobre este problema, tratando de resolver el cual todas las investigaciones anteriores tanto de los economistas burgueses como de los críticos socialistas avanzaban a tientas en la oscuridad.¹⁵

Engels describió a Marx como “el hombre más odiado y más calumniado de su época”. Gobiernos absolutistas y republicanos por igual le han deportado. “Burgueses tanto conservadores como ultrademocráticos, competían para ver quién le lanzaba más calumnias. Y él hacía caso omiso de todas estas calumnias y se las quitaba de encima como si fuesen telarañas, ignorándolas y solo contestándolas cuando la extrema necesidad le impelía a hacerlo. Y sin embargo, después de tantos años de marginalidad, “murió amado, venerado y llorado por millones de obreros y camaradas revolucionarios, desde las minas de Siberia a California, en todos los rincones de Europa y de América, y me atrevo a decir que aunque pudo haber tenido muchos oponentes, casi no tuvo ningún enemigo personal”.¹⁶ Una exageración, ciertamente. Marx tuvo enemigos personales en abundancia, si bien su animosidad derivaba siempre de diferencias políticas. La escasa asistencia a su funeral no fue, superficialmente al menos, una confirmación de la existencia de aquellos “millones” de seguidores que describía Engels, pero hacia el final del panegírico, el viejo amigo de Marx, impregnado de tristeza y de fe, hizo una declaración profética: “¡Su nombre perdurará durante mucho tiempo, y también su obra!”¹⁷

La agencia Reuters fue la primera en dar la noticia de la muerte de Marx, pero la redacción inicial de la misma —como tantas otras noticias de prensa referentes a Marx— era incorrecta, y decía que había muerto en Argenteuil.¹⁸ Incluso cuando ya se sabía que la muerte de Marx había tenido lugar en Londres, la prensa británica publicó la información correcta solo después de que un corresponsal del *Times* leyó la noticia en un periódico socialista de París.¹⁹ Doce años antes Marx había sido noticia de primera página en el aluvión de historias que siguió a la Comuna de París, pero en 1883 su fallecimiento apenas mereció una simple mención.

Quedaría en manos de Engels y de las dos hijas de Marx asegurar que aunque el hombre había muerto, sus ideas no habían muerto con él.

Séptima Parte

Después de Marx

Londres, primavera de 1883

La muerte no es una desgracia para el que muere, sino para el que sobrevive.

Epicuro¹

EL 25 DE MARZO ENGELS LE DIJO a Laura que Lenchen había encontrado un manuscrito de quinientas páginas entre los papeles de Marx. Era *El Capital. Volumen II*. “Aunque todavía no sabemos en qué estado de preparación para la prensa está ni qué otras cosas podemos encontrar, será mejor mantener de momento esta buena noticia fuera del alcance de los periodistas”.² Dos semanas más tarde también se descubrió un borrador del *Volumen III*. Nadie estaba seguro de en qué estado estaba el manuscrito cuando Marx estaba vivo. Aunque él sistemáticamente decía que estaba a punto de terminar, este punto se iba postergando tanto que más parecía un espejismo. “Siempre evitaba decirnos hasta qué punto había avanzado su trabajo”, recordó Engels, “porque era consciente de que si la gente hubiese sabido que algo estaba listo no habría parado de darle la lata para que consintiera en su publicación”.³

Cuando Engels examinó el material, lo encontró pulido en sustancia, pero no en lo referente al lenguaje y al estilo. El manuscrito del *Volumen II*, por ejemplo, estaba lleno de coloquialismos, de humor grueso y de diferentes idiomas que se solapaban: “Las ideas eran anotadas en la forma en que surgían de la mente de su autor... Y finalmente estaba el conocido problema de la letra de Marx, que a veces ni siquiera él mismo era capaz de descifrar.¹⁴ Pese a las dificultades, no era cuestión de dejar que el manuscrito acumulase polvo. Tenía que ser publicado. La muerte de Marx había producido un vacío en la dirección intelectual del movimiento, pero la publicación póstuma de sus escritos, así como de los escritos de Engels, proporcionaría un plano y una brújula a los nuevos partidos socialistas que fuesen surgiendo. Los seguidores más jóvenes ya estaban interpretando mal las teorías de Marx y reescribiendo la historia del movimiento.

Entre las valoraciones estaban las que consideraban que el Marx “bueno” era llevado por el mal camino por el Engels “malo”, y las que les atribuían los pape-

les invertidos.⁵ Engels y la familia se rieron a gusto cuando un *émigré* alemán en América quiso borrar de un artículo una referencia al apodo de Marx –Moro– porque creía que mencionarlo perjudicaría al partido. (Como si hacer que el líder del movimiento fuese lo suficientemente humano como para tener un apodo le privase de la estatura requerida para una leyenda socialista.) Engels dijo que todos los que conocían a Marx lo conocían como Moro, y le habían llamado así desde sus días universitarios. “Si le hubiese llamado de cualquier otro modo él habría pensado que algo andaba mal”.⁶ En cuanto al propio Engels, corrigió de manera educada pero firme a un peticionario que insistía en llamarle Dr. Engels. “Permítame decirle que no soy un doctor, sino un hilandero de algodón jubilado”.⁷

Mientras, un policía londinense había empezado a patrullar de manera regular frente a la casa de Marx cuando Engels recibía a los amigos en los días posteriores al funeral de Marx. Engels le dijo a Laura. “Estos imbéciles creen evidentemente que estamos fabricando dinamita, cuando lo que estamos haciendo en realidad es conversar y tomarnos un whisky”.⁸

Engels y Tussy fueron designados conjuntamente albaceas testamentarios del patrimonio literario de Marx. En calidad de tales, y con la ayuda de Lenchen, se pusieron a registrar cajas llenas de notas, cuadernos, manuscritos, periódicos y libros en cuyos márgenes Marx había garabateado sus pensamientos.⁹ Marx no había dejado prácticamente nada de dinero: todo su patrimonio monetario ascendía a unas 250 libras.¹⁰ Pero en su estudio se había acumulado toda una vida de trabajo, y clasificar y ordenar todo aquel material requería mucha dedicación y devoción. Tussy estaba decidida a no dejar que Engels pudiera leer viejas cartas familiares que pudiesen contener críticas contra él o contra las hermanas Burns. “No hace falta que te diga”, le escribió a Laura, “que he tenido sumo cuidado en impedir que nuestro buen General viese nada que pudiera producirle dolor. De hecho, he separado todas las cartas privadas, que solo tienen interés para nosotros”.¹¹ Marx ya no estaba, pero sus hijas estaban decididas a preservar y a proteger su memoria.

Pero Tussy había encontrado otra vida que requería su atención. No está muy claro cuándo conoció a Edward Aveling, que en marzo de 1883 era un doctor en zoología de treinta y tres años con aspiraciones artísticas. Pudieron haberse conocido en muchos lugares: Aveling había formado parte del grupo del Salón de Lectura del Museo Británico, había intervenido en la plataforma organizada en 1880 en apoyo del líder irlandés de la Liga de la Tierra encarcelado por cuya liberación se había manifestado Tussy en la calle, y se había presenta-

do como candidato para el consejo escolar cuando Tussy hizo campaña a favor de un candidato femenino. También había dado clases en el King's College mientras Longuet tenía un puesto docente allí, y había formado parte del mundo del periodismo alternativo en Londres.¹² Aveling tenía algo que ver con todo aquello que interesaba a Tussy, desde la política a Shakespeare pasando por la educación laica. Además, y tal vez lo más importante, George Bernard Shaw observó que Aveling idolatraba a Shelley, a Darwin y a Marx.¹³

Aveling decía que había conocido a Tussy diez años antes, cuando ella asistió a una de sus conferencias en compañía de su padre y de su madre.¹⁴ Pero era difícil confiar en cualquier versión de la historia firmada por Edward Aveling, porque lo único que se sabía de él con certeza es que era un redomado embustero. También era un consumado seductor de mujeres, lo que era una fuente de fascinación para muchos de los hombres de su círculo. Shaw decía que Aveling tenía “los ojos y la cara de un lagarto”.¹⁵ Era descrito como “intimidante... feo e incluso repulsivo”. Uno de sus contemporáneos dijo: “Nadie puede ser tan malvado como parece serlo Aveling por su aspecto”.¹⁶ Y sin embargo también se decía que solo necesitaba media hora de ventaja respecto al hombre más apuesto de Londres para seducir con éxito a cualquier mujer a la que se propusiera conquistar.¹⁷ El futuro sexólogo Havelock Ellis, que era uno de los mejores amigos de Tussy, dijo de Aveling: “Desprendía una gran virilidad y energía intelectual, una franca espontaneidad que servía al principio para ocultar sus rasgos más desagradables”.¹⁸ Había sido el amante de la glamurosa secularista Annie Besant y en 1883 se había propuesto conquistar a Tussy. Esta, por su parte, se sentía fascinada por él y le confesó a una amiga que Aveling “hace evidente mi feminidad; me siento irresistiblemente atraída por él”.¹⁹ Incluso optó por ignorar un impedimento que podía haber ahuyentado a otras mujeres: Aveling estaba casado. Aparentemente sin dificultad, aquel hombre que decía ser *a la vez* irlandés y francés (doblemente víctima, por lo tanto, para una mujer al rescate como Tussy) consiguió introducirse rápidamente en el círculo interior de Marx.²⁰

Del examen de los papeles dejados por Marx había salido no solo el manuscrito del *Volumen II*, sino varios textos y miles de páginas en diversos estados de elaboración. Lejos de desanimarse, Engels se refería al trabajo de ordenar todos aquellos documentos como “un trabajo de amor”, porque haciéndolo podía sentir que estaba colaborando de nuevo con su viejo camarada. “Durante estos últimos días”, le dijo a Johann Becker, de Ginebra, el único miembro que quedaba del grupo de 1848, “he estado ordenando cartas del período 1842-1862. Y mientras las leía veía cómo cobraban vida los hechos en ellas descritos, así como

lo que solíamos divertirnos entonces a expensas de nuestros adversarios. Muchas de nuestras hazañas de entonces todavía me hacen saltar las lágrimas de risa; es evidente que no consiguieron acabar con nuestro sentido del humor”.²¹

Por mucho que disfrutase con el proyecto, sin embargo, Engels necesitaba ayuda. No solo había asumido la responsabilidad de la publicación del trabajo teórico de Marx, sino que también estaba tratando de gestionar la avalancha de nueva correspondencia que iba llegando. Llegaban cartas y más cartas solicitando traducciones de obras publicadas, interpretaciones de escritos antiguos, y consejos sobre el movimiento. Un editor británico había incluso manifestado su interés en publicar una edición inglesa de *El Capital. Volumen I*, un triunfo sin duda, pero también una carga. Día tras día, noche tras noche, Engels trabajaba de madrugada descifrando la minúscula letra de Marx, y el esfuerzo se estaba cobrando un peaje en su agudeza visual. Engels tenía a Tussy a mano, pero el tiempo de ella lo dividía entre su trabajo, sus clases y dos pequeñas publicaciones que editaba con Aveling.²² Y la balanza se inclinaba cada vez más del lado de Aveling.

La socióloga y economista Beatrice Webb había conocido a Tussy en el Museo Británico aquella primavera y la describió en su diario como “bonita, vestida de una manera descuidadamente pintoresca, con su pelo negro rizado ondeando en todas direcciones. Unos ojos bonitos llenos de vida y simpatía, unos rasgos y una expresión por lo demás poco agraciados, y un cutis que mostraba los signos de una vida poco sana, activada con estimulantes y moderada con narcóticos”. Webb no tenía en mucha estima a Tussy. Decía que era inútil discutir con ella, sobre todo de cuestiones religiosas. Tussy no simpatizaba con Jesucristo porque, antes de su crucifixión, había pedido que “apartaran de él el cáliz (del sufrimiento)”, y esto a ojos de Tussy ponía de manifiesto una actitud poco heroica. Webb le pidió a Tussy que le explicara en qué consistía el socialismo, pero Tussy rehusó hacerlo, según Webb, diciendo que “por el mismo precio yo podría pedirte que me resumieras en una breve fórmula la teoría de la mecánica en toda su amplitud”.²³ Esta arrogancia impropia de Tussy era para algunos una triste prueba de la influencia cada vez mayor que ejercía Aveling sobre ella.

No pudiendo contar ya con la ayuda de Tussy, Engels solicitó la de Laura. Argumentó que Laura disponía de mucho tiempo libre y que tenía buenos motivos para instalarse provisionalmente en Londres: Paul había sido finalmente encarcelado por una charla que había dado la primavera anterior, cuando Marx y Laura estaban en Suiza.²⁴

El camino de Lafargue a la cárcel estuvo cargado de poses. Él y Guesde habían ignorado una citación ante los tribunales en Montluçon, al sur de París,

para que diese explicaciones sobre el incendiario discurso que había pronunciado allí. Se emitió una orden de arresto contra él, pero Lafargue dijo que solo acudiría ante el tribunal si le pagaban el billete del tren y ponían a su disposición una sala grande para pronunciar un discurso. Luego publicó una carta abierta al magistrado en la que comparaba su propia sátira social con la de Jonathan Swift.²⁵ Esto le valió ser duramente criticado incluso por su suegro Marx,²⁶ que entonces todavía estaba vivo, y en diciembre fue arrestado y luego puesto en libertad hasta el momento del juicio. En marzo, mientras asistía al funeral de Marx en Londres, Lafargue fue condenado.²⁷ Regresó a Francia, presentó un recurso que fue desestimado, y en mayo de 1883 tuvo que ingresar en la famosa prisión de Sainte-Pélagie, al este del Barrio Latino de París, para cumplir una sentencia de seis meses de privación de libertad.²⁸

Una estancia en Sainte-Pélagie era casi obligatoria para cualquier revolucionario francés que se preciase. Lafargue y Guesde fueron colocados en el ala política de la cárcel —a la que Laura se refería como el “pabellón de los príncipes”— donde tenían permitido llevar sus propios muebles. Lafargue se llevó un escritorio y un sillón, y pidió que su mujer pudiera reunirse cada día con él a la hora de comer, encargándose ella misma de traer la comida preparada o haciéndosela traer de un restaurante cercano.²⁹ Laura le dijo a Engels que el apetito de los presos era “angustiosamente bueno... Voy allí cada mañana aproximadamente a las diez y media con una cesta llena de vituallas cocinadas o sin cocinar —la materia prima de las comidas— y la cena”. Introdujo a escondidas una botella de brandy, y unos “bondadosos amigos del partido” aportaron vino, cigarrillos, pipas y tabaco.³⁰

Engels interpretó esto como prueba de que Lafargue estaba en buenas manos y de que Laura podía ser mucho más útil en Londres. Pero Laura le replicó en broma alegando que tenía miedo de que si abandonaba a aquellos dos “grandes hombres” estos se empequeñecerían demasiado.³¹ Pero es posible que su aparente preocupación por los dos presos fuese simplemente la excusa para ocultar el verdadero motivo de que no quisiese ir a Londres. Estaba muy enfadada por el hecho de que Engels hubiese nombrado a Tussy co-albacea del legado literario de Marx, y aún más enfadada por su revelación de que Tussy estaba en tratos con un editor inglés acerca de una posible traducción del *Capital* de la que se ocuparía Sam Moore, un abogado amigo de Engels.³² Laura sospechaba que Tussy pretendía quedarse en exclusiva con los derechos del legado literario de su padre, aparentemente con el consentimiento de Engels.

Para Laura no era una cuestión de dinero, era una cuestión de justicia. Laura había dedicado su vida —y sacrificado a sus hijos— a la obra de su padre, y no

consideraba correcto que la apartasen de la gestión de su legado intelectual. Le envió muy enfadada una carta a Engels diciéndole que su padre le había dicho en Suiza que quería que *ella* se encargase de escribir una historia de la Internacional y de hacerse cargo de la traducción al inglés del *Capital*. Ella y Marx habían planeado ir juntos a la isla de Wight después de año nuevo para trabajar en el proyecto, pero los acontecimientos habían desbaratado el plan. “Cuando, después de la muerte de Jenny, manifesté mi deseo de ver a papá se me dijo que mi visita le alarmaría. La carta de Tussy en la que me pedía que fuese a verle me llegó un día después de su muerte”. En cuanto a la decisión de nombrar albacea del legado literario de Marx solamente a una de sus dos hijas, su indignación también quedaba muy clara: “Estando sano, papá nunca hubiera nombrado a su hija mayor y favorita como única albacea de su legado, con exclusión de sus otras hijas; tenía en demasiada estima la idea de igualdad para hacer esto... y mucho menos para hacerlo con la última de sus hijas”.³³

La respuesta de Engels no sirvió para calmar a Laura. Le explicó que había sido Tussy la que le había contado las intenciones de Marx respecto a la gestión de sus obras y que Lafargue estaba presente cuando se habló del asunto. También citó la ley inglesa como justificante de la decisión de elegir a Tussy como representante legal de Marx. Alegó que no tenía ninguna intención de provocar otra disputa entre las dos hermanas y sugirió que en vez de hablar con él se pusieran de acuerdo entre ellas. Él, por su parte, comentó la situación con Lenchen.³⁴ Así, además de heredar todo el peso de la obra política y teórica de Marx, Engels también había heredado las disputas familiares. Abrumado en los dos frentes, a aquel hombre que durante cuatro décadas raramente había sucumbido a la enfermedad le diagnosticaron una dolencia crónica y le prescribieron guardar cama durante un mes.

Durante toda su vida Marx llegó con retraso a los acontecimientos históricos. El *Manifiesto Comunista* se publicó demasiado tarde para influir en las revueltas de 1848. *La guerra civil en Francia*, que tenía que coincidir con la Comuna, apareció después de la caída de esta. El retraso más famoso de todos fue la predicción que hizo en 1851 de que acabaría el trabajo de investigación del *Capital* en cinco semanas y que daría una respuesta al triunfalismo capitalista de la primera Gran Exposición Internacional, un plazo que se retrasó nada menos que dieciséis años. Pero en otro sentido Marx también se adelantó a los acontecimientos. La publicación de la traducción francesa del *Capital* y la reseña que hizo Bax de su obra en 1881 fueron el comienzo de lo que sería un fuerte incremento de interés; a finales de 1884 existían tres organizaciones socialistas importantes en Gran

Bretaña, y al menos dos de ellas se basaban en las ideas de Marx. Tussy estaba en el centro de este nuevo movimiento. Ella y muchos de sus jóvenes seguidores se reunían junto a la Catedral de San Pablo en Paternoster Row, en un pequeño despacho que había sido la redacción de *Modern Thought*, la revista que había publicado el artículo de Bax sobre Marx. En enero de 1884 se convirtió en un periódico socialista llamado *To-Day*. Tussy escribió y solicitó colaboraciones para esa publicación, y también para *Progress*, editada por Aveling, que también se estaba transformando en una revista socialista.³⁵ Hyndman empezó a publicar su periódico socialista *Justice* aquel mismo mes.³⁶

El nacimiento de estas publicaciones se vio favorecido por un aumento del descontento en Gran Bretaña y por una espectacular oleada de atentados en Londres que empezó con un ataque con dinamita al Parlamento tres días después de la muerte de Marx (ninguna relación entre la muerte y el atentado). También en 1883 hubo otros dos atentados con bomba, y el objetivo de ambos fue el metro de Londres. El año 1884 también empezó con varias explosiones: en enero se encontró un artefacto en un túnel cerca de la estación de Euston, y en febrero explotó otro en Victoria Station. Las bombas las habían puesto supuestamente los irlandeses radicales, pero el hecho era sintomático de la tensión cada vez mayor que se vivía en la capital, y de hecho en todo el país, a causa de los problemas económicos.³⁷ El Parlamento había ampliado el voto a cinco millones de personas, o a dos de cada tres hombres, pero esto no tuvo ninguna consecuencia en la forma de vivir de las clases más desfavorecidas de la sociedad. Sus vidas no mejoraban materialmente por mucho que aumentase el número de personas que podían votar, y por ello empezaron a buscar ayuda más allá del gobierno. Muchos optaron por los sindicatos, que eran vistos con preocupación por los intereses capitalistas dentro y fuera del gobierno como el camino de los trabajadores hacia el socialismo.³⁸

Es interesante constatar que treinta años después de que Marx lanzase su prolongado ataque al capitalismo, los intelectuales del círculo de Tussy todavía tenían dificultades para entender sus ideas. William Morris, un arquitecto, artista, poeta, novelista y reformador social de cincuenta años trató de abordar *El Capital* en francés, pero se quedó atrapado en sus sutilezas económicas.³⁹ De todos modos, dijo que aunque no acababa de entender el concepto de plusvalía, sabía reconocer a un sistema podrido cuando lo veía. “No tiene la menor importancia, me parece a mí, que el robo se cometa mediante lo que se llama plusvalía, mediante la servidumbre o por medio del bandolerismo más descarado. El sistema entero es monstruoso e intolerable. La única economía política que necesito conocer es la que me dice que la clase ociosa es rica y la clase tra-

bajadora pobre. Esto lo sé porque lo veo con mis propios ojos”.⁴⁰ Morris se unió al grupo de Hyndman y pronto empezó a colaborar con Tussy. Lo mismo hizo George Bernard Shaw, que había sido ganado para la causa del socialismo leyendo *El Capital*. “Karl Marx me ha hecho un hombre”, dijo⁴¹. (El trabajo de Shaw en *To-day* era llenar páginas vacías de la revista con material procedente de sus novelas, que nadie publicaba.)⁴² Valorando a los amigos de Tussy y a los nuevos socialistas británicos, Engels los calificó de “un grupo variopinto”, pero añadió: “Bueno, esto es solo el comienzo”.⁴³

El trabajo en Maitland Park con los papeles de Marx seguía su curso, pero los dos únicos residentes que quedaban en la casa estaban a punto de mudarse. En setiembre de 1883 Tussy alquiló un apartamento en Bloomsbury, cerca del Museo Británico, y Lenchen se instaló en casa de Engels. Este estaba encantado de tenerla dirigiendo la casa. Desde la muerte de Lizzy Pumps había hecho las veces de anfitriona semioficial, pero desde entonces se había casado, había tenido dos hijos y se había mudado. Engels no tenía más mujeres en su casa que las criadas, y desde su punto de vista no había persona mejor para echarle una mano en el repaso de los recuerdos de la vida de Marx que Lenchen, la única persona que le había conocido tan bien como él mismo.

Por su parte Tussy había obtenido la independencia que durante tanto tiempo había ansiado. Decidida a no depender del dinero de Engels, aceptó trabajos dando clases, escribiendo, investigando, haciendo cualquier cosa con la que ganar unos peniques. Y en el otoño de 1883, dieciséis años después de su publicación, ella y Laura recibieron los primeros *royalties* del *Capital*. Engels se encargó de la transacción y dividió las doce libras de los derechos que había pagado Meissner en tres partes: una para Laura, una para Tussy, y una para los hijos de Longuet.⁴⁴ La suma era minúscula, pero sus destinatarios la aceptaron complacidos, tanto por su valor simbólico como por su valor real. Los herederos de Marx andaban, en palabras de Lafargue, “escasos de dinero”, especialmente él y Laura. Paul no tenía otra ocupación que la de escribir para periódicos socialistas y hacer agitación en nombre del socialismo marxista, y ninguna de estas ocupaciones le aportaba un penique.

Al menos había una audiencia creciente para sus proclamas y sus declaraciones izquierdistas. El descontento entre los trabajadores británicos era aún menor que en Francia, donde incluso el sector agrícola estaba sufriendo. Las mejoras en el comercio y en el transporte hicieron que el trigo y la carne de Rusia y Estados Unidos invadiesen los mercados franceses, provocando una caída de los precios agrícolas locales de hasta un 25 por ciento.⁴⁵ El libre comercio también se cobró

un peaje en el sector manufacturero: los juguetes alemanes inundaron Francia, y lo mismo hicieron los muebles fabricados en Alemania y en Bélgica. Incluso las flores artificiales, una industria tradicional parisina, empezaron a importarse de Alemania e Inglaterra.⁴⁶

Al mismo tiempo, una depresión industrial general afectó a Francia, y muchos obreros se quedaron sin trabajo. En marzo de 1883, el mismo mes de la muerte de Marx, las masas de desempleados se echaron a las calles de París. A ello siguió una serie de huelgas de una clase obrera irritada y embravecida. Su frustración se debía no solo a los bajos salarios y a las muchas horas de trabajo, sino a las condiciones de vida subhumanas en las minas y en las fábricas donde los pobres acudían en masa buscando trabajo. Las viviendas de madera erigidas para los trabajadores eran chabolas sin agua, ni calefacción, ni higiene. Eran buenas para animales, tal vez, pero no para familias, generaciones de las cuales se apiñaban en una estructura de aquellas porque no se podían permitir nada mejor. La comida adecuada era un lujo, la atención médica algo desconocido. Los empresarios temían que la propaganda socialista se filtrase en aquellos campamentos, y pensaron que si permitían que los trabajadores formasen sindicatos —el menor de dos males, según su punto de vista— reducirían el atractivo del socialismo. Pero exigieron que dichos sindicatos abordasen exclusivamente cuestiones económicas como horarios y sueldos, y no temas sociales como las condiciones de vida de los obreros.⁴⁷

Lafargue y Guesde estuvieron en Sainte-Pélagie desde mayo hasta octubre, y mientras las tensiones entre los trabajadores franceses y sus patronos fueron en aumento, Lafargue describió el período que había pasado entre rejas como un pasatiempo. Se emborrachó con vino chipriota, condescendió a comer langostas sin caparazón (porque hacía más proletario) y pidió a los camaradas del partido que le llevaran carne de liebre y de codorniz. Pero se aburría, y le dijo a Engels que “las paredes de la celda producen un extraño efecto enervante”.⁴⁸ Laura le comentó que Paul había empezado a sentirse desaliñado, aunque sospechaba que ello se debía a que comía demasiada carne grasa de pato y aves de corral.⁴⁹

La vida de Laura mientras Paul estaba en la cárcel fue menos divertida. Se habían mudado a un edificio de apartamentos cerca de Montparnasse, en el Boulevard de Port-Royal, que estaba lleno de lo que llegó a sospechar que, en el mejor de los casos, eran practicantes del amor libre, pero más probablemente prostitutas. El apartamento de los Lafargue solo estaba separado del de sus vecinos por un delgado tabique; no tenían privacidad ni comodidad, y muy poca tranquilidad. Tampoco tenían dinero. Laura había empezado a jugar a la lote-

ría con la esperanza de que le tocara el gordo; para las necesidades del día a día recurría a Engels.⁵⁰ Aceptaba su dinero porque tanto ella como Paul trabajaban para el partido, y porque no tenía otra opción.

Sola y distanciada de su única hermana viva, Laura había sido apartada de la única ocupación que en aquel momento habría dado sentido a su vida: traducir y editar los escritos de su padre. Ni siquiera podía encontrar consuelo, como había hecho su madre, participando en las actividades de su esposo; Laura se implicaba poco en el politiquero de Lafargue, que al ser puesto en libertad de la cárcel se lanzó en busca de audiencias desde un extremo a otro de Francia. Y por supuesto, lo más doloroso de todo era el recuerdo de sus hijos fallecidos. Aquel otoño, poco después del día de su aniversario y sintiéndose sola, escribió a Engels: “¡Hace pocos días he cumplido treinta y ocho años! ¿No es escandaloso? Nunca pensé que viviría tanto y nadie me lo reconoce. Me avergüenza decir que he manchado esta carta con unas cuantas lágrimas inútiles, pero ¿es culpa tuya!”⁵¹ Dieciséis años antes se había casado con Lafargue, asustada pero indudablemente también entusiasmada por la aventura en la que se había embarcado. Ahora, desde su miserable apartamento entre parisinos de dudosa reputación, seguramente estaba asombrada de lo mal que había ido todo.

En marzo de 1884 se programó en el cementerio de Highgate un acto conmemorativo del primer aniversario de la muerte de Marx. También era para celebrar el decimotercer aniversario de la Comuna. Durante aquel año menos de una docena de personas habían pasado por la tumba de Marx, pero aquella primavera más de seis mil personas, la mayor parte de las cuales llevaban alguna prenda de color rojo, se reunieron en Tottenham Court Road en el Soho para dirigirse en procesión a la última morada de Marx. Aunque habían acudido varios delegados de Francia y Alemania, la inmensa mayoría de los presentes eran británicos. Este era un curioso giro de los acontecimientos: en vida, Marx nunca había tenido más que un puñado de camaradas británicos. Cuando el cortejo llegó al enorme cementerio después de recorrer varios kilómetros por las principales calles y barrios de Londres, la multitud se encontró con que no podía entrar. Tussy le dijo a Laura que dentro del cementerio se habían apostado unos quinientos policías para evitar que entraran en el cementerio por la fuerza. Se acercó a un oficial de la policía y le preguntó si ella y unas cuantas mujeres podían entrar para depositar unas coronas de flores en la tumba de su padre, pero no las dejaron. La multitud mantuvo la calma y se trasladó a un parque cercano, donde continuaron su homenaje sin ser molestados pero sí vigilados de cerca.⁵²

Aquella brillante afirmación de la influencia de Marx en el nuevo movimiento socialista británico fue también una especie de presentación formal de Aveling, que se dirigió a la multitud como si fuera el heredero de Marx. Un año antes era una mera sombra política, pero maniobrando hábilmente había conseguido situarse en una posición importante en el “partido de Marx”. Engels había permitido incluso que Aveling ayudase a Sam Moore a traducir *El Capital* al inglés, pese al hecho de que no tenía demasiados conocimientos de economía y a que el trabajo de muestra que había presentado era, en palabras de Engels, “totalmente inútil”.⁵³ Había hecho, por deferencia hacia Tussy, la primera de muchas concesiones relativas a Aveling que tendrían importantes consecuencias políticas y personales. Hubo quien dijo que el aval incondicional a Aveling por parte de Engels inhibió la influencia de las ideas de Marx en Gran Bretaña justo cuando estaban maduras para explotar.

Varias semanas después de los acontecimientos de Highgate, la casa de Maitland Park fue finalmente vaciada y su contenido —libros, muebles, papeles— distribuidos por Lenchen y Engels entre los colegas, desde Moscú a Nueva York. Engels se quedó con los papeles más valiosos, que utilizaría para finalizar la obra de Marx, y parte de sus muebles, incluido el sillón en el que había muerto Marx, que colocó en su propio estudio.⁵⁴ La casa de Engels era ahora la residencia oficial de la familia, y Engels era de facto el jefe del clan Marx. Fue, pues, a él a quien Tussy acudió para que diese su bendición a su decisión de “casarse” con Aveling.⁵⁵ No podía, por supuesto, casarse legalmente con Aveling, porque este ya estaba casado, por lo que propuso violar las convenciones sociales simplemente yéndose a vivir con él. Es fácil imaginar lo difícil que le hubiera resultado a Tussy proponerle esta decisión a su padre; Marx nunca la habría aprobado. Pero Engels, que había vivido buena parte de su vida con dos mujeres que solo nominalmente eran sus esposas, no puso ningún impedimento a la decisión de Tussy.

¿Por qué estaba todavía casado Aveling? El divorcio era legal en Gran Bretaña desde 1857, y si bien la separación seguía siendo una opción arriesgada para una mujer, porque esencialmente la convertía en una marginada de la sociedad, un hombre divorciado no sufría las consecuencias de este prejuicio. Aveling ofreció varias explicaciones de sus circunstancias. Se había casado con Isabel Frank, una chica agradable y sin pretensiones, después de la muerte de su acaudalado padre.⁵⁶ (El hermano de Aveling opinaba que Edward se había casado con Bell por su dinero, y cuando este se acabó, también lo hizo el matrimonio.) Aveling dijo a algunos de sus conocidos que él y Bell se habían separado de mutuo acuerdo, o que ella le había abandonado para irse con un predicador. También hizo circular otra versión según la cual había sido embaucado por ella. La

describía como una niña rica mimada que había propagado falsos rumores acerca de sus relaciones con sus alumnas. Ella no quería vivir con él, según Aveling, pero tampoco quería concederle el divorcio. En todas estas versiones Aveling era magnánimo o había sido tratado injustamente, con lo que se merecía la lealtad de Tussy. El verdadero motivo por el que Aveling había elegido no divorciarse de Bell era muy simple: la mayor parte de la fortuna (25.000 libras) del padre de Bell todavía no se la habían gastado, y mientras ella siguiese siendo la Sra. de Edward Aveling, según la ley británica, el Sr. Edward Aveling –por mucho que estuviesen separados– recibiría, si no toda, parte de la herencia a la muerte de ella.⁵⁷ Esta parte de la historia seguramente no se la explicó ni se la dio a entender a Tussy.

Con un espíritu de honestidad Tussy escribió una serie de cartas explicando su decisión de irse a vivir con Aveling y solicitando apoyo. “Te habrás dado cuenta de que desde hace un tiempo siento mucho afecto por Edward Aveling y él dice que siente mucho afecto por mí”, le escribió a Laura. “Así que vamos a ‘establecernos’ juntos. Ya sabes cuál es mi situación y no diría que esta decisión ha sido fácil de tomar. Pero creo que es lo mejor. Estoy ansiosa por saber qué piensas de ello... no me juzgues mal. Él es una buena persona y no tienes que pensar mal de ninguno de los dos. Si supieras cuál es su posición creo que no lo harías”.⁵⁸

Tussy también informó al director de la escuela donde daba clases, consciente de que su decisión podía poner en peligro su puesto de trabajo. (Lo hizo.)⁵⁹ De hecho, era tan escrupulosa que no aceptaba invitaciones sin antes explicar cuál era su relación exacta con el hombre del que iría acompañada. A una de estas invitaciones respondió con franqueza:

Tengo que dejar muy clara mi situación actual. Estoy aquí con Edward Aveling, y de ahora en adelante estaremos juntos como si fuéramos marido y mujer... Él es, como probablemente ya sabes, un hombre casado. Yo no me he interferido entre él y su esposa. Cuando yo conocí al Dr. Aveling ya hacía muchos años que vivía solo. También puedo decirte que tanto mi hermana como los mejores amigos de mi padre aprueban completamente la decisión que he tomado. No hace falta que te diga que no la he tomado a la ligera ni sin ser consciente de las dificultades que comporta. Pero en este asunto siempre he tenido las ideas muy claras y no voy ahora a dejar de actuar de la forma que siempre he dicho que lo haría... Estoy muy convencida de que hago lo correcto.

Y firmaba la carta como “Eleanor Aveling”.⁶⁰

A Engels y Lenchen les divertían los apuros de Tussy. Engels le dijo a Laura que Tussy y Aveling llevaban meses fingiendo que no eran amantes. “Estos dos ingenuos deben pensar que no tenemos ojos en la cara”.⁶¹ De hecho, Engels se sintió aliviado cuando finalmente decidieron hacer pública su relación sentimental, porque esa clase de secretos proporcionaba munición a sus enemigos. Engels no estaba seguro de que Tussy pudiese evitar ser criticada, y trató de protegerla, al menos al principio, advirtiéndole a Karl Kautsky de los riesgos de dar publicidad a la unión. “Ya llegará el momento en que algún reaccionario se referirá seguramente a ello en los periódicos... Mi Londres es casi un París en miniatura”.⁶² Kautsky había conocido a Aveling en la fiesta de cumpleaños de Engels en noviembre de 1883 y le había parecido un tipo repulsivo.⁶³ Aparentemente solo Engels y Lenchen aprobaban aquella relación, y es posible que no quisieran darse cuenta de los defectos de Aveling por lo felices que estaban de ver a Tussy enamorada.

En julio Engels regaló a Tussy y a Aveling cincuenta libras para una luna de miel en Derbyshire.⁶⁴ (Era una cantidad sumamente generosa para una estancia allí, pero Aveling no tuvo ningún problema en aceptarla como si tal cosa.) La mejor amiga de Tussy en aquel momento era una mujer llamada Olive Schreiner, una ferviente feminista y aspirante a escritora que utilizaba el seudónimo de Ralph Iron. Olive era tan desaliñada como Tussy; mechones de su negro cabello le caían sobre el cuello y la frente. Era menuda y fuerte, con unos encantadores ojos negros. Tussy la veía casi a diario, porque Olive vivía en un apartamento muy cerca del que Tussy había alquilado con Aveling aquel verano en Great Russell Street, también muy cerca del Museo Británico. Tussy trataba a Olive como si fuera de la familia, y cuando ella y Aveling partieron para Derbyshire, le sugirió a Olive que alquilase una casita cerca de ellos.

El mejor amigo de Olive era Henry Havelock Ellis, que era físicamente su antítesis. Alto, rubio, con el pelo peinado hacia atrás y una frente muy amplia, era el vivo retrato del joven *gentleman* inglés. También era un tipo muy excéntrico. Llevaba una barba muy corta en un lado de la cara y larga y espesa en el otro lado. Su especialidad era la psicología, y dentro de ella su campo de interés el sexo. Olive le había escrito poco después de saber que Tussy iba a hacerse llamar Sra. de Aveling: “Me gustó ver su cara. La quiero mucho. Pero parece un poco triste. Henry, ¡qué cosa tan grande y solemne es el amor!”⁶⁵ Cuando Olive llegó a Derbyshire creyó entender por qué Tussy tenía un aspecto tan apesadumbrado. “El Dr. Aveling me da un poco de miedo”, le escribió a Ellis. “Decir que no me gusta no expresa muy bien la impresión que me produce. Cuando estoy

cerca de él me produce realmente miedo... Parece muy egoísta, pero eso no explica que provoque esa sensación de miedo”.⁶⁶ Ellis quería verlo personalmente. Había conocido a Tussy antes de que esta se hiciese amiga de Olive. Hablando de su primer encuentro en Islington Hall dijo: “Todavía me parece verla, con su cara radiante y su figura expansiva, sentada al borde de mi mesa de despacho, aunque no recuerdo nada de lo que dijimos entonces”.⁶⁷

En Derbyshire Olive encontró a Tussy “vigorosa y radiante”, y “en plena madurez física, mental y emocional”. Y a diferencia de Olive, Aveling le pareció un tipo bastante afable.⁶⁸ Solo más tarde supo que Aveling, a quien describió como viviendo a manos llenas en el hotel y bebiendo sin escatimar, se había ido sin pagar. También había estafado al propietario de otro hotel cercano. Después de aquello Ellis empezó a prestar más atención a los rumores acerca de Aveling que circulaban entre los miembros de la Federación Democrática de Hyndman, que aquel verano había sido rebautizada como Federación Socialdemócrata, y de la que Tussy y Aveling eran miembros.⁶⁹ Ellis le dijo a Olive que un antiguo colega había acusado a Aveling de pedir habitualmente dinero prestado y de no devolverlo nunca, y la dirección de la Federación estaba considerando la posibilidad de expulsarlo.⁷⁰ Tussy estaba enterada de aquellos rumores, pero como venían de los enemigos de Aveling decidió ignorarlos. Era una veterana respecto a las guerras de invectivas personales; su padre se había pasado media vida combatiendo las mentiras y las calumnias de sus críticos. Pero los rumores no cesaron y pronto los socialistas empezaron a decir que no podían trabajar con Aveling. Tussy acogió bien la posibilidad de defender al hombre que según creía llevaba tiempo siendo tratado injustamente. Años más tarde, después del episodio más trágico de la vida de Tussy, Liebknecht comentaría: “Cuanto peor es la reputación, más brillante es el mérito, y no es decir mucho a favor del Dr. Aveling que solo su mala reputación le valiese ganarse el mérito a los ojos de Eleanor”.⁷¹

En diciembre la acritud en la Federación Socialdemócrata era tal que el grupo se escindió. La causa de la ruptura no fue Aveling –aunque Hyndman le culpó a él y a Tussy– sino una cuestión táctica. La Federación era considerada por algunos de sus miembros como demasiado autocrática, demasiado nacionalista y demasiado propensa a aliarse con los partidos políticos existentes. Hyndman había establecido la fecha en la que iba a producirse con certeza la revolución –1889–, cosa que Marx habría criticado rotundamente, porque él consideraba que un cataclismo revolucionario no hay que forzarlo, sino que tiene que evolucionar.⁷² Algunos de los antiguos miembros de la Federación Socialdemócrata se unieron a un grupo intelectual de socialistas de la Sociedad Fabiana, cuyo

lema gradualista procedía del general romano que había derrotado a Aníbal: “Hay que tener paciencia, como la tuvo Fabio, para esperar el momento oportuno”.⁷³ Otros, incluidos Tussy, Aveling, Belfort Bax y William Morris, abandonaron el grupo para formar la Liga Socialista. Su declaración de principios identificaba su objetivo no como una aventura política sino como la enseñanza y la divulgación del socialismo: “Lo que hay que hacer en este momento en Inglaterra es educar y organizar”.⁷⁴

Engels le dijo a Laura que Bax, Aveling y Morris eran probablemente los hombres menos capaces de toda Inglaterra para dirigir una organización política, pero también dijo que había que reconocer a su favor que eran sinceros.⁷⁵ En cualquier caso no tenía ni tiempo ni paciencia para hacer de mediador entre las facciones socialistas enfrentadas que estaban surgiendo en Gran Bretaña, Francia y Alemania. En este sentido era mucho más pragmático que su viejo amigo. Marx había estado dispuesto a dejar provisionalmente de lado el trabajo teórico para imponer la disciplina política en el partido, pero Engels creía que la mejor forma de dirigir el movimiento era publicar tantos de sus escritos como fuera posible, y lo más rápidamente posible. Aquel hombre de acción estaba ahora completamente centrado en las palabras.

Londres, 1885

Representamos nuestros pequeños dramas, nuestras comedias y tragedias y farsas, y empezamos de nuevo una vez más.

Eleanor Marx¹

EL CAPITAL. VOLUMEN II fue a la imprenta en enero de 1885, dieciocho años después de que Marx hubiese prometido entregarlo a su editor. En el interín Marx había escrito dos manuscritos completos y seis textos parciales. Engels necesitó un año y medio para poner un poco de orden en aquella maraña textual.² Aunque abrumado por la tarea, Engels temía que si no se ponía inmediatamente al trabajo, el *Volumen III* se perdería para siempre, porque nadie más sería capaz de descifrar la letra de Marx o de entender su significado. Como mínimo, dijo Engels, tenía que tener un manuscrito completo y pasado en limpio antes de poder “irse al otro barrio”.³ Entre los papeles de Marx había encontrado dos manuscritos completos y un cuaderno de notas con los cálculos del *Volumen III*⁴ (parte de los cuales, según Engels, estaban tan desordenados que “habrían intimidado a alguien más capacitado que yo”⁵, y aproximadamente unos mil folios de un *Volumen IV* en un estado todavía muy poco elaborado. Aquel cuarto volumen distaba tanto de estar terminado que Engels decidió que lo abordaría solo cuando hubiese completado el resto del trabajo pendiente, y ese resto era enorme.⁶

Engels tenía entonces sesenta y cuatro años, pero su cerebro funcionaba aparentemente tan bien como el de un joven de veinte años. Además de preparar la edición de *El Capital. Volumen I* en inglés, de supervisar la publicación del *Volumen II* y de empezar a trabajar en el *Volumen III*, estaba revisando las traducciones al francés, italiano, danés e inglés de las obras que había escrito conjuntamente con Marx: *El dieciocho Brumario*, *El Origen de la familia*, y *El Manifiesto Comunista* (en francés); *Trabajo asalariado y capital* (en taliano); *El Origen de la familia*, *El Manifiesto Comunista* y *Socialismo utópico y socialismo científico* (en danés); y *Socialismo utópico y socialismo científico* (en inglés).⁷ Engels le dijo a un

colega que tenía la sensación de haberse convertido en un maestro de escuela corrigiendo ejercicios”.⁸

Lo que más le complacía, sin embargo, era trabajar en los textos no publicados de Marx. En marzo de 1885 le dijo a Laura que el *Volumen III* “se está volviendo más y más genial a medida que voy profundizando en él... Es casi inconcebible que un hombre que había hecho tantos descubrimientos, que tenía una revolución científica tan completa dentro de su cabeza, haya podido mantenerla allí durante veinte años”. Escribiendo el 8 de marzo, justo antes del aniversario de la muerte de Marx, exclamó: “¡El sábado habrán pasado ya dos años! Y sin embargo puedo decir sinceramente que mientras estoy trabajando en su libro estoy en una especie de comunicación espiritual con él”.⁹

Engels fechó el prefacio de *El Capital. Volumen II* el 5 de mayo de 1885. Ese día habría sido el sesenta y siete aniversario de Marx. Tal como Marx hubiese querido, el libro estaba dedicado a Jenny. Engels se dio cuenta de que parte del problema a la hora de editar la obra de Marx era la falta de experiencia de su amigo con la aritmética comercial. Marx era capaz de abrirse paso estudiando cálculo diferencial pero no siempre lo era tanto interpretando saldos y balances, y esa clase de transacciones eran esenciales en el *Volumen II*, que describía la circulación del capital en las empresas y en la sociedad.¹⁰ A lo largo de quinientas páginas Marx intentaba explicar en detalle un sistema que no paraba de crecer creando mercados donde antes no existían, solamente para deshacerse de unos productos vendiéndolos a unos consumidores que ni los necesitaban ni los habían pedido.

Entre dichos mercados estaba el de la industria inmobiliaria, en la que los constructores ya no edificaban sobre demanda (basándose en los pagos de los propietarios a medida que avanzaba la obra), sino de una manera meramente especulativa. Y no se limitaban a especular con una casa o con cuatro, sino con cientos de ellas. La magnitud de la construcción obligaba al constructor a sobrepasar en mucho sus propios recursos financieros y a pedir prestado dinero confiando en que podría devolverlo cuando vendiese aquellas casas que no habían sido construidas para nadie en particular. Pero esta fórmula puso a la construcción de viviendas, que en su momento había sido el fundamento de la estabilidad y del desarrollo social, en la misma posición precaria que otras inversiones del capital. Igual que el mercado financiero, el mercado inmobiliario podía ahora entrar en crisis. Si el constructor no podía devolver el dinero que le habían prestado, decía Marx, toda su empresa se venía abajo: “En el mejor de los casos, las casas quedaban sin terminar hasta que llegaban tiempos mejores, y en el peor eran subastadas a mitad del precio de coste”. De este modo la sobrepro-

ducción capitalista condenaba a una industria más al ciclo de expansión y contracción del sistema.¹¹

Los excesos del mercado, según Marx, no se aplicaban solo a los objetos inanimados. En su búsqueda de beneficios mayores y más rápidos en el sector agrícola, los grandes agricultores capitalistas desafiaban incluso a la naturaleza acelerando el crecimiento de los animales –y reduciendo de este modo el tiempo que transcurría antes de sacrificarlos– mediante nuevos métodos de cría. La aceleración de este proceso alteró el equilibrio de la agricultura y alejó a los agricultores de los cultivos tradicionales para centrarse en la cría de vacas, ovejas y cerdos, que permitía obtener mayores beneficios. Esto a su vez tuvo como consecuencia la creación de excedentes en determinadas áreas y la falta de suministros en otras, así como la subida de precios en alimentos básicos como el maíz y la avena, que habían sido sustituidos por la carne, que era más lucrativa, o que se vendían como pienso para alimentar a los rebaños.¹²

En el *Volumen II* Marx describía el impacto que el desarrollo capitalista y la inversión habían tenido en la sociedad más allá de las áreas industriales cubiertas tan microscópicamente en el *Volumen I*. El sistema social, política y comercialmente destructivo que describía como el que funcionaba en las fábricas de la Inglaterra victoriana aparecía en el *Volumen II* como un sistema cuyo alcance se extendía a todos los hogares y a la propia tierra.

Los amigos de Marx en Rusia habían estado esperando el *Volumen II* desde 1867. Engels estaba tan impaciente por poder hacerlo que envió a Nikolai Danielson las pruebas de imprenta de la edición alemana antes de que esta fuese publicada. Engels consideraba imprescindible que el libro se distribuyese rápidamente en Rusia.¹³ En 1883 exiliados rusos en Suiza habían fundado un grupo llamado la Emancipación del Trabajo, cuyo objetivo era divulgar los escritos de Marx en su patria.¹⁴ La cosa iba tomando impulso.

En febrero, Aveling, Tussy y William Morris llevaron su mensaje de la Liga Socialista a los universitarios de Oxford. El mitin fue boicoteado por el lanzamiento de bombas fétidas, pero los tres quedaron satisfechos del acto y de la creación de un incipiente Club Marx.¹⁵ Aquella incursión entre la élite británica fue seguramente un poco rara para Tussy, que se había involucrado cada vez más en el East End, donde las condiciones de vida eran incluso más aborrecibles de lo que lo habían sido en el Soho y en St. Giles cuando sus padres llegaron a Inglaterra. Aveling, por otra parte, había empezado a dar clases nocturnas sobre socialismo en el West End, pero cuando en la Liga Socialista se planteó la cuestión del paradero del dinero recaudado, cambió el tema de sus clases por la ciencia y las des-

plazó algo más al norte, a Tottenham Court Road. Ahora podía disponer de dinero de bolsillo sin tantas complicaciones.¹⁶

Es posible que Aveling fuera socialista —aunque también esto era cuestionado por algunos de sus antiguos asociados, que se extrañaron de su súbita y sonora conversión bajo la influencia de Tussy¹⁷— pero es más probable que considerase el movimiento como una nueva fase más ventajosa para él. Los socialistas habían atraído a los artistas e intelectuales londinenses de izquierdas, y sin esforzarse demasiado Aveling pudo ampliar su círculo de conocidos para acelerar su ingreso en el mundo del teatro como dramaturgo. Aveling había trabajado duro por el socialismo en algunos momentos, pero según un contemporáneo lo había hecho de forma mecánica,¹⁸ y tras solo dos años en el movimiento empezó a preocuparse más por su primer amor, el teatro, y por las atenciones de las jóvenes y guapas actrices a las que veía por los alrededores del lugar donde impartía sus clases.

En abril, Aveling desarrolló lo que un médico diagnosticó como una piedra en el riñón y se fue a la Isla de Wight solo, sin Tussy, porque no podían permitirse viajar los dos.¹⁹ La situación le resultó tranquilizadamente familiar a Tussy; al fin y al cabo su padre se había pasado la última década de su vida tratando de recobrar la salud, y como él, Tussy atribuía la enfermedad de Aveling al agotamiento. “Aparte del trabajo necesario para ganarse *de una forma u otra* la vida”, le dijo a Laura, “está la constante preocupación que le produce la Liga Socialista. Desde la infancia las dos sabemos muy bien lo que es dedicarse al ‘proletariat’. No es necesario que te lo explique”.²⁰ Aquel fue el primero de los muchos viajes que realizó Aveling en solitario, no todos ellos relacionados con la salud, y que sus asociados a menudo insinuaban que tenían que ver con mujeres distintas de su “esposa” Eleanor. No hay nada que sugiera que Tussy sospechase nada en esta ocasión, pero durante aquellos días estuvo especialmente inquieta. En junio escribió a Shaw invitándole a visitarla “Te estaría especialmente agradecida si pudieras encontrar un momento para rescatarme de un largo día de *tête à tête* conmigo misma, la persona, entre todas las que conozco, de la que más harta estoy”. Tussy y su grupo acababan de descubrir a Henrik Ibsen y estaban obsesionados por su obra. Ella se sentía particularmente atraída por la fe del noruego en lo irreparable. En su carta a Shaw escribió que consideraba absurdo que la gente se quejase de que las obras de Ibsen no tuviesen un desenlace o una solución al final: “Como si en la vida real las cosas ‘terminasen’ bien o mal. Representamos nuestros pequeños dramas, nuestras comedias y tragedias y farsas, y empezamos de nuevo una vez más. Si pudiéramos encontrar la solución a los problemas de nuestra vida las cosas estarían mejor en ese mundo cansado”.²¹

Shaw anotó en su diario que aquel año circuló el rumor de que Tussy y Aveling se habían separado,²² y aunque no tenemos constancia de que lo hiciesen, la carta de Tussy estaba llena de ansiedad respecto a la cuestión de las relaciones personales. “Desde la muerte de mis padres”, escribió en una carta a Olive Schreiner, “he tenido muy poco amor verdadero, es decir puro, desinteresado. Si hubieras estado alguna vez en nuestro hogar, si hubieras visto a mi padre y a mi madre, lo que representaba él para mí, entenderías mejor tanto mi anhelo de amor, el dado y el recibido, como mi intensa necesidad de simpatía”.²³

También estaba la cuestión de la culpabilidad. Cuatro años después de la muerte de su madre, Tussy todavía se reprochaba haber puesto su carrera y sus deseos por delante de los de su familia durante la enfermedad final de Jenny. Se suponía que una Marx no tenía que tener en cuenta nociones burguesas como la de la alegría que produce la realización personal; lo más importante eran las necesidades de los demás, aquellos con los que uno se relacionaba inmediatamente, y aquellos millones a los que nunca conocería pero que su padre consideraba como su responsabilidad. A diferencia de sus hermanas había tratado de conciliar ambos mundos, y temía que su madre no la hubiese entendido. Tal vez su padre tampoco la había entendido, pero en su necesidad de idealizar todo lo relacionado con él, Tussy se convenció de que sí lo había hecho. “De mi padre”, añadió en una carta a Schreiner, “¡estaba tan segura! Durante unos largos y espantosos años hubo algunas sombras entre nosotros –algún día te contaré toda la historia–, pero nuestro amor fue siempre el mismo, y sobre todo lo fue nuestra fe y confianza mutua”. No decía lo mismo de Jenny: “Mi madre y yo nos quisimos apasionadamente, pero ella no me conocía tan bien como mi padre. Una de las mayores amarguras de mi vida es que mi madre, pese a todo este amor, se murió pensando que yo había sido insensible y cruel. Pero respecto a mi padre, puedo decir que nuestras naturalezas eran exactamente iguales”.²⁴

Las hijas de Marx habían llegado a la mayoría de edad en un hogar excepcional. Sus padres ciertamente se amaban –de un modo casi fanático– y la dedicación de Jenny a Karl fue digna de un estudio del sacrificio noble. Cada una de sus hijas buscó un modelo de esta relación en su propio matrimonio, pero no encontró ni un amor tan profundo ni un sufrimiento tan igualmente compartido. Jennychen, Laura y Tussy habían sido persuadidas por unos hombres que ondearon la bandera de la revolución antes de alejarse de su órbita, cual cometas rojos, dejando que lucharan solas. “Edward cena esta noche con un [crítico de arte] y ha marchado muy animado porque habrá varias mujeres allí”, le dijo Tussy a Schreiner. “Yo estoy sola y si bien en cierto sentido me alegro de estar sola, también me parece terrible la soledad. ¡Qué envidiables son las naturalezas

como la de Edward (es decir, puras, irlandesas, francesas), que en una sola hora son capaces de olvidarlo todo”.²⁵

La confusión de Tussy en ese momento reflejaba su tensión interior, pero también las discusiones que había tenido con unos amigos que cuestionaban la relación entre los sexos. La suya no era una exploración en el molde del sufragio; era un examen íntimo de las vidas y de las naturalezas de hombres y mujeres, de lo público y lo privado. Para el grupo de Tussy era evidente que las mujeres estaban subordinadas a los hombres meramente debido a su sexo: no tenían ninguna carencia de fuerza, talento o inteligencia que determinase que tenían que vivir sus vidas de una forma dependiente. Había quien sostenía que las mujeres eran los últimos esclavos legales. Pero su papel en la pareja y en la sociedad ya no era indiscutible. Tras mucho tiempo de ignorar el problema, los socialistas varones habían finalmente empezado a tener en cuenta los derechos de las mujeres. En 1878 August Bebel había publicado un libro llamado *Las mujeres y el socialismo*, en el que sostenía que no podía haber liberación de la humanidad sin la independencia social y la igualdad de derechos para ambos sexos.²⁶ Y una franca exploración de los derechos de las mujeres había empezado a aflorar en las artes. La influyente obra de Ibsen *Casa de muñecas*, publicada en 1879, fue representada por vez primera en Londres a comienzos de la década de 1880. La futura esposa de Havelock Ellis, Edith Lees, dijo que ella, Schreiner y Tussy, entre otras, se habían reunido fuera del teatro al terminar la obra, muy entusiasmadas. “Estábamos inquietas e impetuosas y discutíamos de un modo casi salvaje. ¿Qué significaba aquello? ¿Era la vida o la muerte para las mujeres? ¿Era la alegría o la pena para los hombres?”²⁷

Más o menos por aquella época, un estudio realizado por el editor de la *Pall Mall Gazette* W.T. Stead, el Ejército de Salvación y otras organizaciones benéficas ofreció un cuadro gráfico y perturbador del comercio sexual en Londres. El grupo de Stead llegó a la conclusión de que los delitos sexuales podían ser más agresivamente perseguidos y controlados elevando la edad de consentimiento para las chicas de trece a dieciséis años.²⁸ Tussy estaba indignada: la edad de la mujer no tenía nada que ver; en la medida en que una clase (o un sexo) dispusiese de los medios para comprar a otra, la explotación sexual en todas sus formas —ya fuese mediante la prostitución o mediante el matrimonio— continuaría. Tussy y Aveling lanzaron un panfleto sobre los derechos de las mujeres y el comercio del sexo en respuesta al estudio de Stead (es posible que los muchos críticos de Aveling lo considerasen como una especie de experto en esas cuestiones). Su conclusión fue que las mujeres eran “las criaturas de una tiranía organizada por los hombres”, y que el matrimonio y la moral eran meras transacciones económicas.

Sin embargo, su audaz declaración terminaba con un lamento a favor de la monogamia, o como ellos decían, “la adhesión de un hombre a una mujer”.²⁹

Tussy había estado hablando con Shaw de Ibsen durante meses, y Shaw la exhortó una vez más a que se atreviese a realizar su sueño de dedicarse al teatro. Tal vez a modo de preparación, en enero de 1886 organizó una lectura de *Casa de muñecas* en su apartamento. Ella interpretaba a Nora y Shaw al chantajista Krogstad. Tussy le reservó a Aveling el papel del insensible esposo Helmer.³⁰ A finales de 1885 se comprometió a traducir un relato aún más sombrío de sufrimiento femenino, la novela de Gustave Flaubert *Madame Bovary*. De Emma Bovary escribió: “Su vida es ociosa, inútil, y ella es una mujer fuerte que cree que tiene que haber un lugar para ella en el mundo; tiene que haber algo que ella pueda hacer”.³¹ Podía haber sido una descripción de la propia Tussy, porque valoraba lo que había conseguido con su preciada independencia y se preguntaba si era aquello lo que había querido.

En otoño de 1885 el socialismo fue puesto a prueba en las urnas en Alemania, Inglaterra y Francia. La mera presencia de candidatos socialistas era interpretada por sus partidarios como una victoria, pero los resultados obtenidos fueron un recordatorio del camino que aún quedaba por recorrer. Pese a las leyes antisocialistas todavía vigentes en Alemania, que habían obligado a los líderes del partido a adoptar métodos clandestinos —recaudar dinero bajo la capa de organizaciones benéficas, comunicarse en secreto, presentar candidatos bajo la bandera de grupos ficticios— el Partido de los Obreros Socialistas aumentó su número de escaños en el Reichstag a veinticuatro, lo que daba a sus miembros el derecho a participar en comisiones legislativas.³² El momento de la victoria fue crucial para el movimiento de la clase trabajadora alemana; por vez primera había más alemanes empleados en la industria que en la agricultura, y la industria alemana la dirigían unos cárteles que concentraban el poder y el dinero en manos de unos grupos de élite.³³ Excluyendo la revolución, que el proletariado alemán no estaba en condiciones de ganar, la única forma de contrarrestar a aquella nueva fuerza era hacerlo desde el gobierno.

Las elecciones británicas de aquel año fueron las primeras desde que el derecho al voto había sido ampliado a cinco millones de personas, casi el doble de las que habían podido votar en las anteriores. La Federación Socialdemócrata de Hyndman presentó tres candidatos pero no consiguió colocar a ninguno de los tres —un contratiempo menor aunque decepcionante en el primer intento socialista de penetrar en el ámbito electoral nacional británico, excepto por el hecho de que se convirtió en un escándalo cuando se supo que Hyndman había acep-

tado dinero de los conservadores para presentar candidatos en zonas donde se esperaba que los liberales tuviesen un buen resultado, reduciendo de este modo la implantación de estos últimos. El resultado fue que en su primera salida los socialistas fueron vistos por muchos como unos practicantes del juego sucio.³⁴

Pronto también se les relacionó con la violencia. El invierno de 1885/86 fue uno de los más fríos incluso en Londres, y en el East End, donde se habían producido muchos despidos, las familias no tenían dinero para comprar carbón y calentar sus casas. Casi diariamente, en una u otra parte de la ciudad, se producían manifestaciones en contra del paro y de la falta de bienes materiales, comida y combustible.³⁵ En febrero, los vecinos del East End llevaron sus quejas a la burguesía, desfilando en una manifestación por el Pall Mall, desde Trafalgar Square a Hyde Park, organizada por los socialistas y por los sindicatos, durante la cual fueron abucheados por miembros de los clubs privados. Los enormes y relucientes ventanales que separaban a la desesperada y deprimente muchedumbre de los miembros de los clubs de clase alta, bien calentitos en sus hogares, resultaron ser una tentación demasiado grande para los manifestantes, entre los que también había tipos violentos y simples delincuentes. Empezaron a hacer añicos las imponentes cristalerías de las casas del Pall Mall y continuaron haciéndolo durante todo el recorrido hasta Oxford Street, dejando las calles literalmente cubiertas de cristales rotos.³⁶ Curiosamente, la policía desplegó muy pocos efectivos durante los disturbios, intencionadamente según Engels, para desacreditar a los socialistas y a los trabajadores asociándolos con la destrucción por la destrucción.³⁷ Las noticias de los desórdenes se divulgaron con tanta rapidez como el pánico que provocaban. Un periódico publicó que sesenta mil gamberros se disponían a marchar sobre Londres.³⁸

Pero donde la amenaza de la violencia tuvo un mayor impacto fue en Francia. La izquierda había obtenido la victoria en otoño de 1885, pero las diferencias entre sus filas eran profundas y el resultado fue una lucha obsesiva por el poder después de las elecciones, lo que Engels calificó de “enfermedad parlamentaria”.³⁹ Diputados y ministros no paraban de atacarse mes tras mes en sus dorados hemiciclos, y mientras, no se daban cuenta del temblor que sacudía a Francia. En las fábricas y minas de todo el país, los agitadores —algunos socialistas, y otros anarquistas— trataban de concienciar a los trabajadores de que, gracias a que numéricamente eran mayoría tenían el poder suficiente para paralizar al sistema capitalista que les explotaba. En 1885 Émile Zola había publicado su novela *Germinal*, que describía no solo las condiciones subhumanas en las que vivían los mineros y sus familias, sino también el asesinato del capataz de una mina a manos de unos huelguistas enloquecidos por

la miseria y los malos tratos. En enero de 1886, un grupo de mineros huelguistas en la ciudad pirenaica de Decazeville, conscientemente o no, imitaron aquel crimen asesinando a un capataz y arrojándolo por la ventana de su despacho sobre una multitud que procedió a descuartizarlo con sus manos manchadas de carbón.⁴⁰ Aquel acto de barbarie animal fue suficiente para dar qué pensar incluso a los legisladores más estridentes de París y más allá. El miedo que generó en las asambleas representativas y en los despachos de las fábricas de toda Europa centró la atención en las demandas de los trabajadores como no habían conseguido hacerlo las huelgas más pacíficas. Engels dijo que también representaban la muerte del socialismo utópico en Francia;⁴¹ las nociones ilusorias de que un día la vida sería mejor, por muy tranquilizadoras que resultasen para los intelectuales, no significaban nada para los obreros, despojados de todo, incluso de su humanidad.

Solo tres trabajadores eran miembros de la recién elegida Cámara de los Diputados de Francia, pero utilizaron su influencia para llamar la atención sobre las reivindicaciones laborales, y en marzo de 1886 la cámara aprobó una resolución sin precedentes ordenando que se mejorasen las condiciones en las minas. El entusiasmo de Engels por la “revolución” en Francia es evidente en las cartas que escribió durante este período. Por primera vez el gobierno francés había reconocido los derechos del trabajo.⁴² El Partido de los Obreros de Lafargue y Guesde (fundado por Guesde en 1880 como el primer partido marxista francés) constituyó una Federación Nacional de Sindicatos para apoyar a sus propios candidatos y a los candidatos socialistas en las elecciones locales, y para consolidar los logros obtenidos después de la acción de los mineros de Decazeville.⁴³ Engels no creía que la situación inglesa mejorase pronto, porque consideraba que los líderes socialistas británicos eran ingenuos y carecían de un plan apropiado. Pero creía que los desarrollos en Alemania eran muy positivos y los de Francia y América muy importantes. En 1886 los trabajadores de ocho ciudades norteamericanas se manifestaron exigiendo una jornada laboral de ocho horas (la media era de sesenta horas semanales). Aquella acción culminó el primero de mayo con una serie de huelgas y manifestaciones en las que participaron cientos de miles de personas. Pese a sentirse muy animado por aquellos esfuerzos, Engels creía que el movimiento obrero norteamericano carecía de una sólida base teórica.⁴⁴

La versión de Marx del socialismo (el término “comunismo” estaba en esos momentos reservado a las referencias a la futura sociedad sin clases), con su énfasis en capacitar a los obreros mediante la educación, los sindicatos y los partidos políticos para el objetivo de la propiedad colectiva de los medios de producción,

y en última instancia la destrucción del sistema capitalista, era ahora mucho más ampliamente conocida, pero seguía siendo aún poco entendida, especialmente en los países de habla inglesa. Esto, sin embargo, estaba a punto de cambiar. La traducción de *El Capital. Volumen I* estaba avanzando rápidamente (aunque la contribución de Aveling dejaba mucho que desear; en un capítulo se saltó cincuenta páginas⁴⁵), y Liebknecht, Tussy y Aveling estaban a punto de iniciar una gira por Estados Unidos para introducir el socialismo “marxiano” a aquella enorme audiencia.

Tussy y Aveling salieron de Liverpool a bordo del *City of Chicago* el 31 de agosto y llegaron a Nueva York el 10 de setiembre de 1886; Liebknecht viajó por su cuenta. Los dos hombres habían sido invitados a América por el Partido Obrero Socialista de Norteamérica, de composición básicamente alemana y con sede en Nueva York. Tussy no había sido oficialmente invitada, pero el partido aprovechó su presencia y le permitió hablar en casi todos los mítines que organizó. El momento era muy oportuno; el movimiento socialista era joven y las cuestiones relativas al trabajo y a los trabajadores eran a menudo noticia en primera página, en parte debido al juicio y posible ejecución de siete hombres acusados de un atentado con bomba durante una manifestación obrera en Chicago aquel mismo mes de mayo, el denominado atentado de Haymarket. Tussy estuvo nerviosa durante el viaje y le dijo a Laura que esperaba tener dificultades por culpa del juicio de Chicago. Aveling, en cambio, solo veía montones de oro esperándole al otro lado del Atlántico, y en una nota que escribió a Laura y a Lafargue desde Liverpool, les decía: “Si ganamos millones de dólares, nos los gastaremos antes que nada en comprar un pasaje doble para que los Lafargue puedan reunirse con nosotros en Estados Unidos”.⁴⁶

Desde el momento de su llegada a Nueva York, los Aveling fueron asaltados por la prensa. (Tussy dijo que se lanzaron sobre ellos como lobos.)⁴⁷ Un reportero destacó su aparente desorientación al desembarcar y describió a Aveling diciendo que con su traje gris y su sombrero negro de ala ancha parecía un cuáquero. Tussy, que se apoyaba en su brazo, llevaba un gran sombrero de paja con una cinta de color blanco, que contrastaba con su piel, morena por el viaje.⁴⁸ El viaje había sido difícil para ella. Uno de los pasajeros de la cubierta inferior había muerto durante la travesía, y mientras su apenada familia observaba cómo sus restos eran lanzados al mar, uno de los pasajeros de la cubierta superior se rió y tiró una piel de naranja detrás del ataúd. Tussy se indignó por aquella falta de respeto que la “clase superior” mostraba por los pobres, incluso en el momento de su muerte. Pero no tuvo que estar mucho rato con aquellos compañeros de

viaje.⁴⁹ Una vez en el muelle, unos hombres que llevaban una cinta roja rescataron rápidamente a Tussy y a Aveling. Entre ellos estaba Theodor Cuno,⁵⁰ el hombre al que Engels había salvado de asfixiarse en la cena con Marx después del último congreso de la Internacional en La Haya.

La primera charla de Tussy, Aveling y Liebknecht fue la que dieron a unos socialistas en Bridgeport, Connecticut, tras lo cual fueron a New Haven, donde se dirigieron a unos estudiantes de Yale.⁵¹ Estuvieron viajando doce semanas en total, visitando treinta y cinco pueblos y ciudades donde charlaron con izquierdistas, feministas, socialistas y líderes sindicales, en casi todos ellos, a veces hasta en cuatro actos diferentes cada uno. Tussy se pagó los gastos escribiendo artículos en los periódicos. Aveling, mientras, asistió a diez representaciones teatrales: durante su gira socialista estuvo haciendo horas extras escribiendo reseñas de teatro para periódicos y revistas de Londres.⁵²

A primeros de noviembre el grupo llegó a Chicago y salió en primera página en el *Chicago Tribune*.⁵³ Su llegada había sido precedida por unas advertencias según las cuales “Aveling y su virulenta esposa” han venido a Illinois a agitar pasiones peligrosas.⁵⁴ Esto no hizo más que aumentar el interés por su visita. Miles de personas acudieron a sus charlas. En su discurso estándar Tussy pedía a su audiencia americana que “arrojase tres bombas entre las masas: agitación, educación y organización”.⁵⁵ Les hablaba como una activista socialista, mientras que Aveling lo hacía como profesor de historia socialista, y Liebknecht, que hacía sus intervenciones en alemán, era un testigo vivo del primer medio siglo de vida del movimiento. Su espectáculo socialista itinerante, un viaje agotador que les llevó en tren y en coche hasta un lugar tan lejano como Kansas City, fue un éxito. Más o menos a mitad del viaje, el grupo recibió la noticia de una importante victoria obrera en Nueva York: Henry George, un candidato del Partido Laborista Unido, apoyado por los sindicatos, casi había sido elegido alcalde, quedando segundo en la contienda y obteniendo mejor resultado que el candidato republicano, Theodore Roosevelt.⁵⁶ Aunque el “partido” de Marx no había tenido nada que ver en ello (y aunque tampoco les gustaba demasiado George) era una prueba de que el paisaje político estaba cambiando. Con aquellas elecciones como prueba podían regresar a Inglaterra con una actitud triunfante respecto al progreso del movimiento obrero —y del socialismo— en Estados Unidos.

Sus anfitriones del Partido Laborista Socialista (SLP), sin embargo, les dieron una tibia despedida. El SLP estaba molesto por el consejo no solicitado que les había dado Aveling sobre la mejor forma de sacar provecho del creciente poder de la clase trabajadora en la política norteamericana. Aveling había sugerido que el SLP, predominantemente alemán, y que afirmaba tener unos tres mil

militantes) se aliase con otras organizaciones obreras mayores y más poderosas, incluidas aquellas cuyos miembros eran sobre todo trabajadores manuales —blancos o negros— como los Knights of Labor. Les dijo que aquella era la única forma de que el movimiento prosperase en América. Engels decía que aunque los alemanes entendían bien la teoría del movimiento, en dos décadas de intentos no habían hecho ninguna incursión entre los norteamericanos que buscaban orientación.⁵⁷ El consejo de Aveling, aunque de hecho se había limitado a repetir lo que decía Engels, les había molestado mucho, debido al mensajero (los veteranos socialistas alemanes le consideraban como un advenedizo) y debido a la crítica implícita del SLP que contenía. Desde aquel momento Aveling se convirtió en un enemigo. Él mismo se había vuelto un blanco fácil, pero ni él ni Tussy lo sabían todavía, no eran conscientes de la ferocidad del ataque que les aguardaba.

* * *

En enero Tussy regresó a Londres y se encontró con la buena noticia de que la edición inglesa de *El Capital. Volumen I* había sido finalmente publicada y que las ventas de la edición alemana del *Volumen I* y del *Volumen II* estaban aumentando.⁵⁸ No eran en absoluto éxitos de venta ni tampoco se vendían pasablemente bien; era meramente una situación que ponía de manifiesto que el interés por la obra de Marx estaba finalmente creciendo. Pero cualquier sensación de orgullo que Tussy pudiese haber experimentado por el éxito de su gira norteamericana o por los escritos de su padre se evaporó en cuanto ella y Aveling estuvieron de regreso. Un ejemplar del *New York Herald* que le entregaron a Aveling informaba que los socialistas norteamericanos le exigían explicaciones por los gastos excesivos en que había incurrido durante su gira por Estados Unidos.⁵⁹ El *Herald* se regodeaba en el escándalo, y afirmaba que Aveling, “el apóstol del trabajo mal pagado”, había presentado una nota de gastos no justificada que ascendía a 1.600 dólares.⁶⁰ Mientras que los mecánicos, los carpinteros y los peones agrícolas a los que pretendía defender ganaban apenas 2 dólares al día, Aveling, según el reportaje, había gastado \$25 en flores, \$50 en cigarrillos, \$42 en vino solo en un hotel, y \$100 en el teatro.⁶¹ El reportaje del *Herald* fue publicado también por otros periódicos londinenses, entre ellos el *Evening Standard*, que bromeaba: “Los socialistas neoyorquinos han decidido no volver a importar nunca más a un agitador profesional procedente de las decadentes monarquías de Europa; es un lujo que les sale muy caro. Es muy importante, por supuesto, poder inculcar a la gente que una parte de la riqueza que los ricos despilfarran a manos llenas, es suya; pero

a los socialistas de Nueva York no les parece necesario importar agitadores que demuestren cómo se lleva a cabo ese despilfarro”.⁶²

El SLP podría no haber hecho públicas aquellas acusaciones, que solo podrían perjudicar al partido, de no haberse producido la disputa con Aveling sobre la táctica y la organización del partido previa a su salida de Nueva York. Pero una vez aireadas, muy pocos aparte de Engels o Tussy dudaron de la verdad de las acusaciones. El despilfarro llevaba la marca de Aveling y hubo sin duda quienes se preguntaron si todas las flores y el vino los había compartido con Tussy. Muchos de sus asociados en Londres parecían haber experimentado personalmente la forma poco rigurosa con que Aveling administraba el dinero, sobre todo el que no era suyo. Henry Salt, un activista socialista, explicó que en cierta ocasión Aveling no dudó en pedirle dinero prestado a la mujer de Salt en cuanto Tussy salió de la habitación en que se encontraban los tres.⁶³ H. W. Lee, que trabajaba con Aveling en cuestiones relativas al partido, dijo que “satisfacía sus caprichos sin ningún tipo de escrúpulos”. Aveling quería lo mejor, costase lo que costase, y Lee ponía un ejemplo: “Un día encargó una chaqueta y un chaleco de terciopelo a un sastre alemán que pertenecía a la Asociación Pedagógica de los Obreros Comunistas. El sastre, que no pudo cobrar su trabajo, se sintió aún más agraviado cuando fue al teatro y vio a Aveling en la platea luciendo la chaqueta y el chaleco que no le había pagado y... acompañado de una dama”.⁶⁴

Tussy y Aveling contestaron inmediatamente a las acusaciones del SLP. Aveling alegó que no pretendía que el grupo pagase sus facturas; dijo que simplemente había presentado su nota de gastos al partido para que este decidiese qué gastos estaban justificados, y manifestó estar dispuesto a cubrir sus gastos personales.⁶⁵ Engels salió en su defensa. Durante toda su carrera pública Marx había sido acusado de vivir lujosamente a costa de los trabajadores, y Engels vio una repetición de estas acusaciones en el caso de Aveling. En respuesta a una carta de uno de los traductores norteamericanos de la obra de Engels *La situación de la clase obrera en Inglaterra* protestaba airadamente contra aquellas acusaciones y contra la petición de excluir a Aveling de las actividades y de las publicaciones del partido. Le decía que hacía cuatro años que conocía a Aveling y que sabía que había sacrificado su posición social y financiera a favor del partido. Además, decía Engels, si Aveling era culpable de haber estafado a los trabajadores no podía haberlo hecho sin que Tussy lo supiera. “Y entonces la acusación se vuelve totalmente absurda, al menos a mis ojos. A ella la conozco desde que era una niña y durante los últimos diecisiete años ha estado siempre muy cerca de mí... La hija de Marx estafando a la clase obrera. ¡A quién se le ocurre!”⁶⁶

Pero quienes conocían a Engels sabían que era incapaz de ver los defectos de una persona una vez que la había aceptado como amiga. “Ninguna prueba de los delitos de Aveling en materia de dinero o de su poca fiabilidad y de su completa irresponsabilidad en su carácter como hombre en general, haría que Engels dejase de confiar en él. Y lo que era aún peor, estaba continuamente tratando de proponerlo como líder del movimiento obrero y socialista inglés”.⁶⁷

Y en cuanto a Tussy, sus amigos encontraban admirable su incapacidad –o su falta de voluntad– para ver los defectos de Aveling. En su obra *The Doctor's Dilemma*, Shaw se inspiró en Aveling y Tussy para crear sus personajes de Dubedat y la Sra. Dubedat. Presenta a Dubedat como un sinvergüenza egoísta con dos puntos flacos: el dinero y las mujeres. Por respeto y amor sus conocidos no dejan que la Sra. Dubedat se entere de que su marido es un gorrón y un mujeriego. Ella cree que Dubedat es un genio que no se preocupa de nimiedades y elige ignorar sus defectos porque le necesita para justificar su propia existencia: necesita salvarle a él para vivir ella.⁶⁸

Tussy escribió en cierta ocasión a Ellis, cuando ya llevaba un tiempo viviendo con Aveling: “Hay personas a las que uno conoce *de inmediato*, y otras que siguen siendo extraños para uno tras pasar toda una vida junto a ellos”.⁶⁹ ¿Conocía la Sra Dubedat a su marido? ¿Conocía Tussy al suyo?

Londres, 1887

*Me encantaría tener cualquier trabajo que fuera capaz de hacer.
Necesito trabajar y me resulta muy difícil encontrar trabajo.
Las personas “respetables” no quieren contratarme.*

Eleanor Marx¹

EN LOS PRIMEROS AÑOS DE LA AGITACIÓN SOCIALISTA, cuando Marx y Engels empezaron su obra, las protestas, los disturbios y las revueltas eran raros. A mediados de la década de 1880 eran casi constantes. En cualquier país industrializado de Europa, uno podía encontrar en cualquier momento una huelga, una protesta o un estallido de violencia dirigidos contra el sistema capitalista y contra los gobiernos que a ojos de la gente lo hacían posible. Al comienzo, cuando se produjeron las primeras protestas, estas eran instigadas por radicales e intelectuales de clase alta que habían hecho suya la causa de los obreros (como Marx y Engels, por ejemplo), o artesanos, la clase más alta de los trabajadores (como los miembros del Consejo General de la AIT). Pero a mediados de la década de 1880, las manifestaciones eran a menudo estallidos espontáneos de frustración por parte de los trabajadores, para los trabajadores y por los trabajadores. También las huelgas las organizaban los líderes del movimiento obrero salidos de sus propias filas. Eran hombres nacidos en la pobreza, sin una educación formal pero con un talento natural para el liderazgo y la oratoria que exhortaban a sus compañeros a la acción mucho más de lo que pudiera hacerlo cualquier agitación intelectual. Inicialmente los gobiernos trataron de echar la culpa de las acciones de los obreros a personas ajenas al movimiento, del mismo modo que los funcionarios gubernamentales franceses habían tratado de echar la culpa de la Comuna a los extranjeros. Pero todo el mundo tenía claro, desde las fábricas a las asambleas legislativas que el descontento y quienes lo expresaban eran de cosecha propia.

Los avances hechos a consecuencia de las protestas y de las huelgas eran normalmente limitados y locales, y así, en 1886, los líderes socialistas de Francia, Alemania e Inglaterra empezaron a discutir la creación de una Segunda Inter-

nacional.² La Primera Internacional había sido disuelta en Filadelfia en 1876 tras arrastrarse inútilmente durante años en Nueva York. Algunos creían que había llegado la hora una vez más de tratar de reunir a todos los obreros bajo el paraguas de una Internacional, en parte porque el capitalismo se había convertido en un monstruo. El colonialismo estaba en su apogeo: los países europeos estaban ocupados repartiéndose el mapa del mundo, ganando territorios en los que gobernar, mercados en los que vender, y recursos naturales –incluidos pueblos– que explotar.³ Además del mercado mundial ampliado, las nuevas tecnologías y fuentes de energía, desde las turbinas de aceite al motor de combustión interna, significaban máquinas más grandes y más rápidas. Todo se estaba acelerando y ampliando, y las fortunas que podían hacerse eran inmensas.⁴

En este marco, un sindicato determinado podía conseguir salarios más altos o condiciones de trabajo mejores de determinado patrono, pero dichas mejoras no se aplicaban a la fábrica de al lado si no había una huelga también allí, y no había garantía alguna de que los logros conseguidos no se perdiesen otra vez. Un sindicato individual era como un comando de guerrilla tratando de hacer retroceder solo con armas ligeras a todo un ejército profesional. Algunos líderes socialistas creían que la única forma de enfrentarse a un rival tan poderoso era hacerlo con un ejército de fuerza y tamaño comparables al suyo, y la única forma de construirlo era mediante la solidaridad internacional.

Los socialistas franceses confiaban en poder convocar la Segunda Internacional en París en 1889, el primer centenario de la Revolución Francesa y el año que Francia planeaba albergar la Gran Exposición Industrial Universal, el festival capitalista que había empezado en Inglaterra en 1851.⁵ Naturalmente era fácil ponerse de acuerdo sobre la necesidad de una reunión, pero esto era lo único en que estaban de acuerdo al comienzo de la planificación. La idea que tenía cada país de cómo tenía que ser una nueva Internacional reflejaba sus propias inquietudes: los franceses estaban inmersos en una disputa teórica; los alemanes querían centrarse en las cuestiones políticas, y los ingleses en las económicas. Pero ahora no había un Marx para dirigir las discusiones. Engels hizo lo que pudo para imponer la cooperación enviando cartas muy vehementes, pero el proceso fue mucho menos tranquilo que el nacimiento de la Primera Internacional. Lafargue estuvo muy implicado en la organización del acontecimiento, y también Longuet había discutido con Engels sobre el mismo y sobre los muchos debates intrasocialistas que tenían lugar en Francia. Pero Longuet estaba caminando por una especie de cuerda floja política, alineándose con los moderados al tiempo que pasaba una información a Engels que podía utilizarse con-

tra ellos. Para proteger la identidad de Longuet cuando discutía con él información delicada, Engels se refería a él simplemente como “Z”.⁶

Las relaciones de Longuet con la familia Marx se habían vuelto tirantes después de la muerte de Jennychen en 1883. Lenchen y Tussy le guardaban rencor por la forma en que había tratado a Jennychen y estaban convencidas de que, como había sido un mal esposo, también tenía que ser un mal padre. Después de la muerte de Jennychen, Tussy había regresado a Londres desde Argenteuil con su sobrino Harry, que estaba enfermo y necesitaba un cuidado especial. Trágicamente, el niño murió solo tres días después de que lo hiciese Marx. (Harry fue enterrado junto con su abuela y su abuelo en Highgate.) Aquella primavera Tussy también trató de convencer a Longuet de que le permitiese traer a Johnny a Londres. Le había escrito una serie de cartas muy insistentes, preguntándole cuándo pondría a Johnny a su cargo. Longuet no las contestó, y cuando finalmente lo hizo fue solo para decir que se lo pensaría.⁷

Desde el punto de vista de Longuet es posible que no estuviese precisamente impaciente por enviar a su hijo mayor a Londres cuando hacía tan poco que otro de sus hijos había muerto estando a cargo de su tía. Pero esto habría sido tan injusto para Tussy como lo era la opinión que Tussy tenía de él. Pese a todas las quejas de Jennychen acerca de Longuet, sus cartas indicaban que quería profundamente a sus hijos, aunque su amor a veces parecía adoptar forma de abandono. En cualquier caso, la decisión sobre el futuro de los niños la tomó la madre de Longuet. No quería que fuesen víctimas del “culto” a su abuelo, y ni Laura ni Tussy le gustaban. Así pues, Longuet dejó a los niños en Caen en manos de su madre mientras él trataba de organizar su vida como viudo. Pero había seguido manteniendo correspondencia con Engels sobre política, y en 1886, en medio de los debates de la Internacional, llevó finalmente a Johnny a Londres para que se quedase con Tussy y con Aveling.

No hay indicios de que Engels ayudase a mantener a los Longuet. Los niños recibían una tercera parte de los royalties de los escritos de Marx, pero el dinero lo depositaban en un fondo al que no tenía acceso su padre, pese a su crónica falta de dinero. Cuando Longuet llegó a Londres, el hijo de Lenchen, Freddy, le recordó una vez más al francés el dinero que le debía del préstamo que había hecho a Jennychen.⁹ Esto sugiere que ahora Freddy estaba mucho más presente en los asuntos de la familia. Cuando Lenchen se fue a vivir a casa de Engels, Freddy la visitaba cada semana y según diría más tarde se pasaba las tardes con Engels hablando de Marx.¹⁰ Freddy trabajaba de mecánico y tenía una esposa y un hijo; era un trabajador londinense más apañándose a duras penas con su salario.¹¹ Como socialista consideraba que Marx y Engels habían luchado por

sus derechos, y su hijo decía que Freddy había colgado las fotografías de ambos en una pared de su casa.¹² Pero ¿lo había hecho como un homenaje a su activismo o porque uno de aquellos dos hombres era la clave de su venida al mundo?

Tanto Tussy como Laura conocían muy bien a Freddy, y uno se pregunta si cuando contemplaban su cara, una cara muy parecida a la de su padre –la frente ancha, el arco de las cejas, su característica nariz– o su compacto cuerpo y su pelo negro, estaban viendo a Marx. ¿Tenían la más leve sospecha de que estaban contemplando a su medio hermano? Tussy creía firmemente que Freddy era el hijo de Engels, pero puede que Laura no estuviese tan segura. Años más tarde no pareció inmutarse por la revelación de quién era el padre de Freddy. Para ella, aparentemente, no fue ninguna novedad.

Pero esta era la respuesta que daba Laura a casi cualquier erupción personal o política. Mientras que el resto de la familia –incluido su esposo– reaccionaba de manera dramática, ella se mantenía serena. Tras toda una vida esperando milagros, sabía perfectamente que los milagros no existen. En la primavera de 1887 recibió la derrota electoral de Paul del mismo modo. Se había presentado como candidato en las elecciones municipales de París y había obtenido un mal resultado. Laura no se hacía muchas ilusiones respecto a su marido; era tan consciente de sus defectos que podía tomárselos a broma. Tras asistir a un mitin de campaña le dijo a Engels que los asistentes habían tomado a Lafargue por un fanfarrón y un charlatán, cuando en realidad, dijo bromeando, había mejorado muchísimo respecto a anteriores intervenciones.¹³

Por su parte Laura trabajaba entre bastidores; no había sido apartada, como en su día había temido, de la gestión del legado literario de Marx. Había traducido el *Manifiesto Comunista* al francés,¹⁴ y aquella primavera Edward Stanton, el hijo de la norteamericana defensora de los derechos de las mujeres Elizabeth Cady Stanton, le pidió que escribiese un artículo sobre el socialismo en París.¹⁵ Aunque pobre, Laura parecía haber aceptado su suerte como algo permanente e inalterable. Cuando Engels le envió el dinero correspondiente a los derechos de autor del *Capital* –la primera edición inglesa se había agotado en dos meses– declaró que aquel dinero era “más bienvenido que una flor en primavera o un poco de calor en invierno... es una cosa que nunca está fuera de temporada”.¹⁶

El contingente de los Marx en Londres no estaba tan tranquilo. Tras su regreso de América, Aveling y Tussy dieron varias conferencias sobre el movimiento obrero en Estados Unidos. Pero incluso cuando subían al escenario ante unas audiencias que les vitoreaban y que estaban ansiosas por conocer cómo estaban las cosas en otros países, estaban de hecho luchando por la vida política de Aveling. En los círculos socialistas británicos las acusaciones dirigidas contra él en

América se habían reducido a la acusación de malversación.¹⁷ Y con cada acusación iban saliendo a la luz nuevos detalles de su pintoresco pasado.

Engels se acabó poniendo completamente de parte de Aveling, negando las acusaciones como las típicas habladurías y calumnias que eran habituales en el movimiento.¹⁸ Algunos de sus asociados se quejaron una vez más de que Engels era un mal juez del carácter de sus amigos, y poco a poco algunos de los que habían frecuentado su casa comenzaron a mantenerse al margen a causa de la presencia de Aveling. Pero no parecía haber manera de convencer a Engels de que el “esposo” de Tussy era un sinvergüenza.¹⁹ Tras meses de defenderle, sin embargo, Engels confió a un viejo amigo de Nueva York la frustración que le producía Aveling. “El muchacho se ha ganado lo que le está pasando por pura ignorancia de cómo es el mundo, de cómo son los hombres y a causa de su predilección por los ensueños poéticos”. Con benevolencia, Engels describía a Aveling como “un tipo con talento, práctico y perfectamente honesto, pero demasiado efusivo y con una ansia perpetua de hacer tonterías. Bueno, en realidad recuerdo perfectamente que hubo un tiempo en que yo era exactamente la misma clase de idiota”.²⁰

Las conferencias de Tussy y Aveling les aportaron un poco de dinero, pero no el suficiente. Los amigos de Tussy eran conocedores de sus apuros –personales y financieros– y ya que no podían hacer nada respecto a Aveling, trataron de ayudarla a ella a encontrar trabajo. Cuando Havelock Ellis le pidió que le ayudara a preparar la primera edición inglesa de las obras de Ibsen, Tussy se aferró a la oportunidad y empezó a estudiar noruego por su cuenta.²¹ En marzo de 1887 también comentaron la posibilidad de traducir a Zola al inglés. Sus crudas descripciones de la vida bajo Napoleón III eran muy polémicas, y Ellis y Tussy estaban seguros de que encontrarían lectores ingleses. Tussy estaba ansiosa por encargarse también ella de la traducción de Zola, y le dijo a Ellis: “Me encantaría tener cualquier trabajo que fuera capaz de hacer. Necesito trabajar y me resulta muy difícil encontrar trabajo. Las personas ‘respetables’ no quieren contratarme”.²²

Tussy comentaba a menudo que por muy alarmante que fuese su situación económica y por mucho que fuera el oprobio derivado de ello, Aveling no se daba por enterado. Ella, en cambio, lo absorbía todo. Las críticas eran implacables y crueles, y Tussy sentía que no tenía en quién confiar, y en Aveling menos que nadie. Por aquel entonces estaba dando muestras de estar cansado no solo del socialismo sino también de ella. En junio publicó un insípido poema, firmado por Lothario, que podría interpretarse como un mensaje dirigido a Tussy de que él no era hombre de una sola mujer:

*El amor puro consiste, sostienes tú,
en una devoción intensa sin objetivo,
sin esperanza, sin límite ni final,
pero no era esto lo que estaba en juego
en nuestro caso...
Estas opiniones, vida mía, son lugares comunes,
Aunque por un tiempo tus ojos me vencieron.
'O César o nada' es el lema que elegí,
¡No creo que puedas culparme por ello!²³*

El poema tenía muchos más versos, pero el mensaje era el mismo: nuestro amor estuvo bien mientras duró. Por muy tolerante que fuese Tussy en sus relaciones con Aveling, no podía dejar de sentirse humillada por la forma en que él aireaba públicamente sus sentimientos, y de una forma tan propia de un adolescente. Deprimida y angustiada, Tussy trató de quitarse la vida. “Trató de hacerlo tomando deliberadamente una sobredosis de opio”, escribiría Ellis años más tarde comentando el incidente. “Pero haciéndole tomar una gran cantidad de café y obligándola a pasear arriba y debajo de la habitación, conseguimos mitigar los efectos del veneno que había ingerido... Sus amigos se quedaron muy afectados, aunque en absoluto sorprendidos”.²⁴

Aquel mes de agosto, y tal vez tratando de salvar su relación, Tussy y Aveling alquilaron una casa de campo en Stratford-upon-Avon. “¡Imagínate, Laura, la casa de Shakespeare!” le escribió a su hermana. “Pasamos dos o tres veces por semana por su ‘lugar de nacimiento’... Edward está escribiendo mucho. ¿Sabes que una de sus obras, *Escoria* (una pieza de un solo acto) ha sido aceptada por una actriz muy popular que se llama Rose Norreys, y que pronto será puesta en escena? ¿Y que probablemente muy pronto le representarán otras dos obras, una de las cuales es una adaptación de *La letra escarlata*?”²⁵

Aunque Tussy pintaba un retrato idílico, su carta era falsa en todos los sentidos. Su tono pretendía transmitir afecto y felicidad, pero era dolorosa de leer; no era alegría lo que traslucía la página, era soledad, miedo y un desesperado intento de reconectar con su hermana, física y emocionalmente distante (Laura raramente contestaba las cartas de Tussy). Su entusiasmo por la obra de Aveling estaba teñido de malos presagios: cuanto más se adentraba él por la senda teatral, más se distanciaba de ella.

El año 1887 fue un año extraño en Londres. Por un lado fue el cincuentenario de la reina Victoria (empañado por lo que ella describió como un “ruido horro-

roso” llamado “abuqueo” durante su visita al East End²⁶). Fue también el año en que se presentó en Londres el Show del Salvaje Oeste de Buffalo Bill (Engels y los Aveling asistieron al espectáculo y Engels declaró que “estaba muy bien”²⁷). Y fue también el año del Domingo Sangriento, cuando la policía aparentemente declaró la guerra a civiles desarmados en Trafalgar Square porque se atrevían a ejercer sus derechos de libertad de expresión y de reunión.

Los motivos de la protesta fueron muchos. El desempleo –un nuevo término en el vocabulario que expresaba una realidad que no tenía nada de nueva– empujó a muchos habitantes del este de Londres hacia el West End, donde hombres y mujeres habían estado organizando casi diariamente manifestaciones para llamar la atención hacia la lamentable situación de los obreros pobres. Con el recuerdo de los disturbios en el Pall Mall todavía fresco, la presencia de los vecinos del East End en Trafalgar Square fue vista como potencialmente peligrosa, y el jefe de policía prohibió la entrada de intrusos (es decir, de manifestantes o de cualquiera que pareciese un manifestante) en la zona. Esta prohibición, que negaba a los obreros el derecho a manifestarse, no hizo sino desencadenar nuevos llamamientos a protestar.²⁸ Finalmente, la perenne cuestión irlandesa reapareció con fuerza en la agenda activista después de que el Parlamento aprobase un proyecto de ley (el Irish Coertion Bill) que daba a la policía y a los jueces de Irlanda el derecho a ilegalizar a grupos enteros y a sentenciar a civiles sin un juicio con jurado.²⁹

El domingo 13 de noviembre fue el día elegido para protestar por el desempleo, apoyar a los irlandeses y defender el derecho de los londinenses a la libertad de reunión. Unas 100.000 personas se concentraron en varios lugares, desplegándose en forma de abanico desde Trafalgar Square –Clerkenwell, Holborn, Bermondsey, Deptford, Shaftsbury Avenue, Haymarket– antes de marchar en manifestación hacia su centro.³⁰ Alertadas del plan, las autoridades estacionaron a 2.500 policías fuera de la plaza y a unos 1.500 policías más, aparte de 400 soldados, en la propia plaza. Una vez superado el primer cordón policial, los manifestantes quedaron atrapados entre los agentes armados del estado.

Tussy y Aveling marchaban en grupos separados hacia Trafalgar Square. En cuanto la estrategia policial se hizo evidente, Aveling y su contingente abandonaron la manifestación (o, como dijo Engels, “se las piraron desde el primer momento”³²), mientras que el grupo de Tussy se quedó y avanzó hacia el cordón policial. Atrapada en el centro del tumulto, con el abrigo y el sombrero rotos, fue golpeada en el brazo por la porra de un policía y en la cabeza por la de otro. Podría haber muerto pisoteada de no ser por un desconocido que, con la cara llena de sangre, la ayudó a levantarse del suelo. Su experiencia fue relativamen-

te benigna.³³ Un testigo presencial relató los hechos de este modo: “Vi cómo los policías, no por decisión propia, sino siguiendo claramente las órdenes expresas de sus superiores, golpeaban repetidamente a mujeres y niños. Mientras era alejado del centro de la manifestación, vi cómo una pobre mujer le preguntaba a un inspector o sargento de la policía si había visto a su hijo; la respuesta del policía fue decirle que era una maldita puta y golpearla con la porra”.³⁴ May Morris, la hija de William Morris, recordaba que desde lo alto de las casas y de los hoteles de la plaza, grupos de hombres y mujeres bien vestidos aplaudían y vitoreaban las acciones de la policía.³⁵

Tussy llegó finalmente, con la ropa hecha jirones, a casa de Engels, después de haber sido arrestada y puesta en libertad.³⁶ Miles de personas se encontraron en condiciones similares o peores aquella noche: sesenta personas tuvieron que ser hospitalizadas con heridas de diversa gravedad, aunque, milagrosamente, no hubo ningún muerto. Indignados y desafiantes, los manifestantes organizaron otra manifestación el domingo siguiente, y en ella hubo un muerto. La víctima, un empleado de un juzgado llamado Alfred Linnell, probablemente ni siquiera participaba en la manifestación.³⁷ El 18 de diciembre se celebró el funeral de Linnell y a él asistieron unas 120.000 personas. Tussy, después de experimentar el dolor causado por un golpe de porra, se había radicalizado completamente. Un año antes, en América, había hablado con moderación pidiendo educación y organización; ahora pedía una acción civil militante contra la policía. En Chicago, cuatro de los acusados por el atentado con bomba de Haymarket habían sido ahorcados en noviembre pese a existir pruebas de que un agente provocador había estado detrás del atentado, y ahora se producía la brutalidad de la policía en Londres. Según un periodista que la oyó manifestarse en este sentido, Tussy proclamó en un mitin: “Hay que declarar la guerra social a la policía. Si vemos a un policía entrar en una tienda, no entremos en ella... no crucemos la puerta de un edificio público donde haya un policía”. Hizo un llamamiento a la desobediencia civil el día de Navidad para que la policía tuviese que trabajar, explicando que quería arruinar la comida de Navidad a esos “rufianes asesinos”.³⁸

A consecuencia de su participación en los hechos del Domingo Sangriento y de su continua agitación, Tussy y Aveling se habían ganado una “orden judicial en blanco”, lo que significaba que la policía podía detenerles en cualquier momento y por cualquier motivo.³⁰ Tussy hablaba de ello casi con orgullo. Su compromiso con la lucha había crecido inconmensurablemente, no así el de Aveling. En noviembre, y con el seudónimo de “Alec Nelson” se había representado en Londres una segunda pieza suya, una adaptación de una obra francesa

titulada *Junto al mar*. Era la historia de una joven mujer que se debate entre la lealtad a su esposo, mayor que ella, y su amor por un joven marinero.⁴⁰ Tussy interpretaba el personaje femenino principal y Aveling el esposo. Engels, positivo como siempre, asistió a la representación como parte de su fiesta de aniversario. Declaró que Aveling y Tussy habían interpretado sus papeles muy bien y que la obra sería seguramente un éxito. Un crítico, sin embargo, se mostró más mordaz atacando a Tussy mientras que ensalzaba a Aveling. La crítica a Tussy fue tan hiriente que ella se preguntó si el crítico tenía algún problema personal con ella, y si lo tenía, cuál era el motivo.⁴¹ Tussy se desmoralizó y ya no volvió a interpretar jamás. Aveling, en cambio, estaba triunfando. En diciembre abandonó Londres para hacer una gira con sus obras, y el día de fin de año dejó en Londres a Tussy, que recibió el 1888 sola.⁴² En enero, una actriz llamada Frances Ivor interpretó el papel de Tussy en *Junto al mar*. Esta vez las críticas fueron elogiosas, y “Alec Nelson” fue descrito en una de ellas como “un periodista londinense que se está ganando una buena reputación como dramaturgo”.⁴³

Engels acogió el cambio de enfoque de Aveling posiblemente con una sensación de alivio. Aunque nunca lo expresó abiertamente, puede que reconociese que Aveling era más un problema para el movimiento que un actor digno del papel que Engels le había preparado. (Le dijo a un amigo que Aveling tenía “una capacidad de hacer caso omiso de los hechos cuando estos son contrarios a sus deseos propia de alguien mucho más joven que él”).⁴⁴ Tanto Tussy como Aveling dijeron ser boicoteados por los socialistas ingleses,⁴⁵ y la correspondencia entre sus asociados sobre el tema de Aveling es lo bastante frecuente como para sugerir que él era el motivo. Sidney Webb, un líder de la socialista Fabian Society, señaló que el problema del grupo no era con las ideas de Marx, sino con el mensajero: “Cuando criticamos al marxismo, en realidad estamos criticando a Aveling”.⁴⁶ Tussy y Engels declararon que no les importaba separarse de los polémicos socialistas ingleses, aunque Tussy sí lamentaba que con ello perdería a algunos de sus amigos. Escribió a George Bernard Shaw, que había ingresado junto con Webb y Ellis en el campo fabiano, para preguntarle dónde había estado: “Ahora nunca vienes a vernos y a veces me he preguntado si no nos estarás boicoteando tú también”.⁴⁷ (Shaw había tenido una fuerte pelea con Aveling la primavera anterior, pero Tussy o no lo sabía o pretendía haberlo olvidado.)

En cualquier caso, la incursión de Aveling en el mundo del teatro le distanció de las actividades del partido. En junio, su versión de *La letra escarlata* fue representada en sesión matinal en Londres. Las reseñas fueron variables, pero a final de mes, después de la representación de la quinta obra de Aveling, Engels

declaró, de manera tan entusiasta como prematura: “Ha encontrado ‘petróleo’, como dicen los yanquis”.⁴⁸ En julio Tussy y Aveling decidieron regresar a América para tratar de vender sus obras dramáticas. Engels le dijo a Laura que Aveling tenía que “supervisar la *mise en scène* de tres de sus obras que serían interpretadas simultáneamente en Nueva York, Chicago, y Dios sabe en qué otra ciudad”⁴⁹ Aquel viaje costó con toda seguridad mucho más de lo que el presupuesto de Aveling y Tussy podía soportar, y esta vez no habría un partido socialista que corriese con los gastos; probablemente lo pagó Engels. Tussy era reacia a aceptar dinero de Engels, pero en ese caso parece haber cedido. Aveling probablemente le dijo a Tussy que el viaje era fundamental para su carrera, y a Engels que era una buena inversión. Entusiasmado con la idea, Engels decidió acompañar a la pareja a América junto con su viejo amigo químico Carl Schorlemmer (uno de los fundadores de la química orgánica, conocido por la familia Marx como Jollymeier⁵⁰).

Engels quería que su viaje fuese un asunto privado, por lo que no se lo dijo a casi nadie, ni siquiera a los Lafargue. Laura se habría sentido profundamente disgustada de ser considerada indigna de la confianza del General, pero eso a Engels no le preocupaba; estaba seguro de que Lafargue insistiría en hacer público que Engels había ido a conquistar el Nuevo Mundo.⁵¹ En una carta escrita a bordo del *City of Berlin*, Tussy se disculpó con Laura por el secretismo: “Tenía que habértelo dicho tan pronto como lo supe yo misma, Pero el General estaba tan ansioso por mantenerlo en secreto que no me atreví. Creo que si se hubiese filtrado la noticia nos habría culpado a nosotros de ello”.⁵²

El pequeño grupo zarpó con destino a Nueva York preparados con antelación para el éxito de Aveling. En una carta anterior Tussy había mencionado que Aveling había supervisado los ensayos,⁵³ y Engels dijo que Aveling había terminado su trabajo el 31 de agosto,⁵⁴ pero aparte de esto hubo un completo silencio respecto a sus actividades teatrales. Fuera como fuese, Engels disfrutó mucho con el viaje, y uno de los momentos más impresionantes fue la visita que hizo a la prisión de Nueva Inglaterra. Quedó impresionado al ver que los presos podían leer novelas, formar clubs, hablar entre ellos sin la presencia de un celador, y comer carne y pescado dos veces al día. Tenían incluso agua corriente en las celdas y fotografías en las paredes. “Aquellos tíos... te miraban directamente a los ojos sin la típica mirada avergonzada del delincuente carcelario; esto es algo que no veremos nunca en Europa”, dijo Engels, probablemente pensando menos en el “Pabellón de los Príncipes” de Sainte-Pélagie en París que en las fortalezas de Alemania y Rusia. “En aquel lugar sentí un gran respeto por los norteamericanos”.⁵⁵

En Nueva York, en cambio, sintió que había viajado a la capital más salvaje de la producción capitalista. Todo allí era sintético, y en su opinión horroroso.

Llegamos a Nueva York cuando ya era noche cerrada y tuve la sensación de que nos metíamos en un capítulo del *Inferno* de Dante... trenes elevados retumbando encima de nuestras cabezas, cientos de tranvías haciendo sonar las campanas, ruidos horribles por todos lados, los más horribles de los cuales son las sobrenaturales sirenas que dan las señales de todos los barcos de vapor que hay en el río... arcos eléctricos desnudos encima de cada barco, no para iluminarlos, sino para llamar la atención como si fuera un anuncio, y en consecuencia cegándose y emborronando todo lo que tienes delante de tus ojos. En suma, una ciudad digna de ser habitada por la gente de aspecto más despreciable del mundo, todos los cuales parecen croupiers de Monte-carlo jubilados.

De todos modos, Engels declaró que los norteamericanos “tenían todos los ingredientes necesarios para ser una gran nación, algo que solo se encuentra en los pueblos que no han pasado por el feudalismo. Son muy sufridos por lo que respecta a los motivos de queja de los que ellos mismos son los responsables... pero cuando hacen algo lo hacen a conciencia”.⁵⁶

Cuando el grupo regresó a Inglaterra Aveling no parecía nada inquieto por su falta de reconocimiento en América, y pronto se sumergió en la vida social del West End londinense. Mientras, Tussy se consumía al otro lado de la ciudad, el propio *Inferno* de la capital. Durante la segunda mitad del siglo XIX se erigió una gran muralla de edificios que separó visualmente el lado este de Londres del lado oeste. Los edificios de oficinas fueron un fenómeno victoriano; la idea misma de que hubiese tantos oficinistas necesitados de espacio hubiese parecido absurda antes de la Gran Exposición de 1851. Pero a medida que el capitalismo se expandía, se iba formando una nueva capa social que algún día sería conocida como la de los trabajadores de cuello blanco. Las grandes estructuras de la ciudad de Londres —el centro financiero donde el dinero pasaba de una empresa a otra sin que nadie lo tocara realmente con las manos— ahondaron las diferencias entre los ricos y los pobres. Los ricos vivían en la parte oeste (los barrios de Belgravia y Mayfair estaban incluso vallados) y los pobres en la parte este.⁵⁷

El East End había estado siempre bastante peor incluso que el Soho, donde había al menos energía porque los pobres se mezclaban con los ricos y era posible encontrar color y glamur, diversión y vida. En cambio los pobres del East

End nunca se mezclaban con los ricos a menos que estos los empleasen a su servicio. El barrio era pobre y estaba abarrotado. Las casas eran bajas y lo parecían aún más debido a la presencia de las chimeneas de las fábricas, que despedían suciedad y cenizas.⁵⁸ ¿Salía allí el sol? ¿Se ponía? No era evidente que lo hiciese ni en Whitechapel, ni en Bethnal Green ni en Limehouse. En aquellos infiernos el cielo era de dos colores: marrón, por el humo del carbón, el polvo y la suciedad, o gris a primera hora de la mañana, antes de que los hogares fuesen alimentados. Existía todo un vocabulario para describir esta opacidad, expresiones que desde entonces han desaparecido: “oscuridad diurna” para aquellos días en que la niebla era tan densa que era imposible ver, y otra ligeramente mejor, “niebla alta”, para cuando la miasma no era tan densa pero el sol todavía no conseguía penetrarla.⁵⁹ Fue esta niebla la que facilitó los crímenes de Jack el Destripador en el East End en 1888; la niebla y el hecho de que a nadie le importaban un bledo los residuos humanos que vivían allí.

Durante la década anterior el barrio había crecido con la llegada de inmigrantes. Los chinos recién llegados erigieron un Chinatown en Limehouse que prosperó en parte debido al opio.⁶⁰ Pero los *émigrés* que cambiaron la cara del East End eran judíos de Rusia, Prusia, Lituania y Polonia. Algunos huían de la pobreza, otros de las persecuciones. Los asesinos que mataron al zar Alejandro II habían incluido a una mujer judía, y esto fue utilizado como excusa para organizar pogroms: el antisemitismo tradicional brotó de nuevo en toda Rusia y 5.000 judíos fueron asesinados. Los sanos y fuertes, y aquellos que tenían medios y conexiones, lograron escapar. En 1880 había unos 46.000 judíos en Londres, la mitad de los cuales eran obreros o pobres.⁶¹

Tussy empezó a visitar el East End para dar charlas, pero pronto se vio impedida a visitar los cuchitriles donde vivían sus residentes. En junio de 1888 escribió a su hermana Laura:

No puedo contarte todos los errores que he visto. Es una pesadilla de la que no puedo librarme. La veo de día y sueño con ella por las noches. A veces me siento inclinada a preguntarme cómo puede uno vivir rodeado de tanto sufrimiento. Hay una habitación especialmente que no puedo quitarme de la cabeza. ¡Una habitación! Una bodega oscura en el sótano. En ella una mujer sobre un saco y un poco de paja, el pecho medio consumido por el cáncer. Está desnuda excepto por un viejo pañuelo rojo que le cubre el pecho y por un trozo de vela que le cubre las piernas. A su lado, un niño de tres años y otros cuatro niños. El mayor, de nueve años. Pero este es solo un caso entre miles y miles.⁶²

Aquel año, las mujeres que trabajaban en la fábrica de cerillas Bryant & May del barrio este organizaron una huelga sin precedentes pidiendo mejoras en sus condiciones laborales, y consiguieron su propósito.⁶³ Tussy reconoció en aquella victoria la posibilidad de paliar algunos de los sufrimientos de los que había sido testigo, y se comprometió aún más con las acciones de agitación directa. Mirando a los ojos sin vida de los desgraciados que la rodeaban se había dado cuenta de que el tipo de socialismo de su padre, enraizado como estaba en la realidad material, era aún demasiado abstracto para los que pasaban hambre; un trabajo y un salario para poder vivir ya eran un sueño para ellos. Tussy llevaba un tiempo buscando su propia lucha, y la encontró en el este de Londres.

Más tarde Tussy le dijo a una amiga que también ella había descubierto su identidad judía entre los inmigrantes del East End y que era “la única de mi familia que se sentía parte del pueblo judío”.⁶⁴ Asumió esta herencia con orgullo, y en una carta a Ede Bernstein declaró: “Soy judía”, y en respuesta a una invitación para dar una charla a un grupo de judíos socialistas: “Querido camarada, acepto con mucho gusto hablar en el mitin del primero de noviembre, sobre todo teniendo en cuenta que mi propio padre era judío”.⁶⁵

Tussy y Aveling vivían en dos universos cada vez más diferentes. El 31 de diciembre Tussy le escribió a Laura: “Mañana Edward irá a Cornualles a visitar a unos amigos que también quieren que vaya yo. No puedo. No soporto a la gente rica”. Iría en cambio a Oxford a buscar un ejemplar de una obra isabelina, *A Warning to Fair Women*. Ellis le había pedido que la preparase para una colección que estaba editando. Ella aceptó el encargo con mucho gusto, sobre todo porque la obra trataba de una cuestión social, y esto, dijo, era lo único que le importaba.⁶⁶

Londres, 1889

*Solo los pobres se preocupan de los pobres;
los ricos no saben lo duro que es estar necesitado de alimentos y
de descanso y que te priven de ellos.*

Keir Hardie¹

AHONDAR EN LA HISTORIA DE LA FAMILIA Marx inevitablemente nos aleja de una visión de conjunto y nos da una visión distorsionada de la realidad. Mientras que su universo era —con contadísimas excepciones— enteramente socialista, el mundo en general no lo era. En 1889 no había más de 2.000 socialistas en toda Gran Bretaña. Había unos 750.000 sindicalistas, pero los socialistas del tipo de Hyndman y los fabianos no querían colaborar con los sindicatos, y estos los veían a ellos con idéntico escepticismo.² En reconocimiento a la creencia de Marx según la cual los sindicatos eran el instrumento que tenían más a mano para enfrentarse al capitalismo, Tussy y algunos de sus colegas decidieron participar en las batallas sindicales. Un socialista dijo que finalmente fueron bienvenidos “no por ser socialistas sino a pesar de ello”.³

La primera gran batalla, en marzo de 1889, fue en nombre de los trabajadores del gas, que constituyeron el primer sindicato británico de obreros no cualificados.⁴ Tussy y Aveling les ayudaron a redactar sus estatutos.⁵ En cuestión de meses el número de afiliados al Sindicato Nacional de Trabajadores del Gas y de Obreros No Cualificados de Gran Bretaña se contaba por decenas de miles. En un año alcanzó la cifra de cien mil afiliados, y reivindicaron y obtuvieron la jornada laboral de ocho horas.⁶ Los líderes de aquella batalla —Will Thorne, Tom Mann y John Burns— eran todos trabajadores (y todos ellos serían más tarde miembros del Parlamento, y uno de ellos ministro del gobierno).⁷ Thorne no sabía leer ni escribir y Tussy se propuso enseñarle.

El East End se sintió electrizado por la victoria de los trabajadores del gas. Y cuando, en el intenso calor del verano, el 13 de agosto, un grupo de estibadores decidió que no continuarían con su tedioso trabajo, Thorne, Mann, Burns y Ben Tillett, un hombre de veintisiete años que se describía a sí mismo como un

fanático, fueron llamados para que organizaran una huelga.¹⁰ El 19 de agosto formaron un sindicato de estibadores, y el 20 de agosto el puerto de Londres estuvo cerrado por primera vez en un siglo, porque sus trabajadores habían abandonado sus puestos.¹¹

El Támesis formaba una de las fronteras del East End, y desde la distancia las pintorescas banderas que ondeaban en lo alto de las embarcaciones amarradas en el gran río eran signos de esperanza, brumosas llamadas de nuevas tierras y oportunidades.¹² Pero la actividad en los muelles era tal que convertía a los hombres en animales. Thorne dijo simplemente: “Creo que en ninguna parte del mundo ningún hombre blanco ha tenido que soportar unas condiciones tan terribles como las que soportaban los estibadores aquí”.¹³

La mayoría no eran contratados por días sino solo por un par de horas, y se veían obligados a esperar todo el día la “llamada”, la oportunidad de trabajar. Ben Tillett lo explicaba:

Luchando, gritando, maldiciendo, con un bruto risueño seleccionando a los hombres entre aquellos pobres desdichados. En la jaula, así llamada debido a las sólidas barras de hierro que servían para proteger al que hacía la llamada, unos hombres hambrientos luchaban como locos por un billete, un verdadero talismán de vida. Abrigos rotos, carne desgarrada y hasta alguna oreja arrancada, hombres muertos aplastados durante la pelea... los más fuertes literalmente lanzándose sobre las cabezas de sus congéneres, dando patadas y soltando palabrotas hasta llegar a los barrotes de la jaula que los contenía como si fuesen ratas humanas locas. Las llamadas en cualquier momento del día o de la noche mantenían a los hombres durante varios días seguidos hambrientos y expectantes de una comida y un trabajo que nunca llegaban.¹⁴

Sesenta mil estibadores rechazaron este sistema y se unieron a la huelga. Sus demandas eran modestas: un salario mínimo de seis peniques por hora —un aumento de un penique— encabezaba la lista.¹⁵ Pero las compañías navieras se rieron de tan absurdas reivindicaciones. ¿Cómo podían pensar los trabajadores más degradados de Londres que serían capaces de derrotar a una fuerza tan poderosa como la de los hombres que controlaban el comercio marítimo? Las compañías no contaban, sin embargo, con la fuerza de la desesperación combinada; los huelguistas estaban dispuestos a morir antes que volver al trabajo. También subestimaron arrogantemente a los nuevos líderes sindicales.

La huelga se preparó en el *pub* Wade's Arms de Ryden Street, al norte de los muelles. Tussy y la esposa de John Burns recaudaron fondos, anunciaron el plan-

te y organizaron la distribución de la ayuda recogida entre ciudadanos que simpatizaban con la protesta, grupos políticos y filantrópicos y otros sindicatos.¹⁶ Engels comentó que Tussy estaba “metida hasta el cuello en la huelga” y trabajando “como un troyano”.¹⁷ A primeros de setiembre, habló en una concentración en Hyde Park apoyando a los huelguistas. Un corresponsal del periódico londinense *Labour Elector* comentó: “Era curioso ver a la Sra. Aveling dirigiéndose a una multitud tan grande; era curioso ver los ojos de las mujeres fijos en ella mientras hablaba del sufrimiento en casa de los estibadores; era agradable verla señalar con el dedo de una mano enfundada en un guante negro al opresor, y era agradable escuchar los calurosos gritos de ánimo con que fue recibida su elocuente charla”.¹⁸

Los estibadores ya no tenían nada al empezar, y tras dos semanas de huelga estaban casi muriéndose de hambre. Se publicaron informes del plante en la prensa, y algunos estudiantes universitarios adoptaron la causa, pero los organizadores de la huelga creían que tenían que llevar su protesta al centro de Londres —tenían que obligar a los londinenses a mirar a los hombres a los que tan fácilmente ignoraban— para poder presionar a las compañías navieras, ganar apoyos y atraer el dinero necesario para mantener vivos a los estibadores. La marcha de protesta de los huelguistas por el centro de Londres fue una procesión de casi derrotados. En su lamentable estado carecían de energía para hacer una manifestación bulliciosa, y por este motivo los londinenses los acogieron con simpatía. “Tan pronto como se supo que miles de huelguistas se habían manifestado por la ciudad sin que se hubiese producido ningún robo y sin que se hubiese roto un solo cristal”, comentó un testigo presencial, “los ciudadanos británicos sintieron que podían regresar a sus villas suburbanas y que podían permitirse seguir su tendencia natural y apoyar a aquellos pobres diablos que estaban luchando con muy pocas probabilidades de éxito”. Pero ni siquiera este apoyo era suficiente. Pronto el fondo de ayuda a los huelguistas se quedó vacío.¹⁹

Justo cuando parecía que los huelguistas tendrían que elegir entre la muerte y rendirse, llegó ayuda desde Australia en forma de una cantidad extremadamente grande: treinta mil libras. Los estibadores australianos habían hecho una colecta que había sido complementada por los grupos filantrópicos locales y habían enviado el dinero recogido a sus colegas en Londres.²⁰ Las compañías navieras vieron esta muestra de solidaridad como una señal de mal augurio. Lanzada durante la época de mayor actividad, la huelga estaba costando cara a las compañías, y si los huelguistas continuaban recibiendo ayuda podían mantener inactivos los muelles durante meses. Cabía también la posibilidad de que la huelga no quedase confinada a Londres. La balanza de la disputa se había decan-

tado.²¹ El 16 de setiembre los estibadores habían conseguido casi todas sus demandas y regresaron a sus puestos de trabajo victoriosos y tan llenos de orgullo como un ejército triunfante. Su victoria fue aclamada en las fábricas y en las granjas de todo el mundo. La más degradada e impotente clase de trabajadores había conseguido su objetivo porque se había organizado localmente y había recibido apoyo internacionalmente.²²

Su victoria fue también una victoria para los socialistas. Thorne dijo que después de la huelga los trabajadores ya no veían el socialismo como utópico sino como un sistema capaz de producir algo tangible: un camino para salir de la pobreza.²³ Engels declaró: “Es el movimiento más prometedor que hemos tenido en años, y estoy orgulloso y contento de haber vivido para verlo. ¡Ojalá Marx hubiese vivido también para verlo! Si estos pobres oprimidos, la escoria del proletariado que está luchando cada mañana en la entrada de los muelles para conseguir un compromiso, si *ellos* han podido unirse y aterrorizar con su decisión a las poderosas compañías navieras, entonces no hemos de desesperar en verdad de ninguna sección de la clase obrera”.²⁴

Engels dijo que ahora era fundamental formar un partido laborista británico para representar a aquellas masas.²⁵

Durante dos años los socialistas habían estado planeando celebrar un gran mitin en París en el verano de 1889, pero en los últimos meses, los cismas, las discusiones nacionalistas y las peleas personales amenazaban con desbaratar lo que muchos esperaban que fuese el oportuno nacimiento de la Segunda Internacional. Los anfitriones socialistas franceses estaban tan divididos que decidieron celebrar dos congresos separados. En mayo, Engels escribió a Lafargue para decirle que él y Tussy habían trabajado para que los suyos –los “llamados marxistas”– triunfaran, pero su trabajo se vio repetidamente frustrado por unas meteduras de pata diplomáticas de Paul (que provocaron el rechazo de los socialistas ingleses invitando a una facción en vez de a otra) y Liebknecht²⁶ (que parecía incapaz de decidir a qué facción francesa tenían que apoyar los alemanes²⁷). Hubo incluso una disputa acerca de la fecha. En las primeras discusiones se había acordado que el congreso se celebraría en setiembre, pero Lafargue decidió abruptamente que el 14 de julio sería mejor: era el primer centenario de la toma de la Bastilla y el día que iba a celebrarse el mitin de los socialistas rivales.²⁸ Furioso, Engels le dijo a Lafargue que se ciñese a la fecha acordada y que dejase de actuar como un niño mimado²⁹. Mientras, los socialistas rivales trataron de desacreditar el congreso de Lafargue como un asunto estrictamente de la familia Marx.³⁰

Finalmente, la opinión de Lafargue se impuso y el congreso se inauguró el 14 de julio, y a París acudieron delegados de lugares tan al oeste como Estados Unidos y tan al este como Rusia. Lafargue se encargaba de buscar alojamiento a los delegados y de contratar el local donde tenían que celebrarse los actos del congreso, pero en una muestra de dejadez no reservó alojamiento para la delegación alemana, que al llegar a París tuvo muchas dificultades para encontrarlo ya que la ciudad estaba llena debido a la celebración por aquellas mismas fechas de la Gran Exposición Industrial.³¹ Había alquilado un local en el que sabía que difícilmente cabrían todos los delegados para que el congreso pareciera un gran éxito, una decisión que no cayó nada bien a los asistentes, apiñados como en una lata de sardinas durante un caluroso verano parisino.³² También optó porque el congreso fuese un asunto privado, porque temía la reacción de la prensa si no era un éxito estruendoso. Engels estaba consternado. El congreso, en su opinión, se había convocado precisamente para llamar la atención del mundo sobre “la jornada de ocho horas, la legislación sobre el trabajo femenino e infantil, y la abolición de los ejércitos permanentes”. Se preguntaba por qué diablos Lafargue quería mantenerlo en secreto.³³

Pese a los errores cometidos durante los preparativos del congreso, el resultado fue realmente histórico. En París, aquel mes de julio la Torre Eiffel fue inaugurada en la Gran Exposición y se plantaron las semillas de la Segunda Asociación Internacional de los Trabajadores. El congreso marxista se celebró en la Salle Pétrelle, en un callejón del barrio situado entre la Gare du Nord y Pigalle. Engels decidió no asistir —ya se había irritado bastante durante la planificación— pero Tussy y Aveling estaban entre los delegados ingleses que iban a ser testigos del histórico congreso. La sala estaba engalanada con banderas rojas y pancartas que rememoraban las gloriosas batallas de 1848 y de la Comuna. Estaban representados hasta veinte países, y entre los 391 delegados apretujados en aquellas dependencias estaba un *quién es quién* internacional de líderes obreros y socialistas. De Alemania habían venido Bebel, Liebknecht, Bernstein y Clara Zetkin; de Rusia, Georgy Plejanov; de Bélgica, César de Paepe; de Gran Bretaña, Keith Hardie.³⁴ Y mientras que al congreso socialista rival acudieron unos seiscientos delegados, quinientos de ellos eran franceses. Los números pusieron de manifiesto que los socialistas rivales eran localmente fuertes, pero los marxistas eran la fuerza internacional.³⁵ Al día siguiente, el congreso marxista se trasladó a un local más amplio, adecuadamente conocido como Salon des Fantaisies.³⁶

Engels había depositado pocas esperanzas en el congreso, pero los informes que recibió del mismo le llevaron a proclamar con solo tres días que había sido un éxito brillante.³⁷ Tras seis días de reuniones, los delegados aprobaron resolu-

ciones en apoyo de la jornada laboral de ocho horas, la prohibición del trabajo infantil, y la regulación del trabajo para mujeres y adolescentes. También respaldaron la necesidad de organizaciones políticas para los trabajadores, el desmantelamiento de los ejércitos permanentes y su sustitución por las milicias populares. Finalmente, el congreso acordó celebrar la primera manifestación mundial del Primero de Mayo al año siguiente, 1890, en apoyo de la jornada de ocho horas y de las leyes que regulaban el trabajo.³⁸

Los meses que Engels había pasado haciendo de mediador entre las facciones socialistas rivales en el congreso de París le privaron del tiempo que necesitaba dedicar a *El Capital. Volumen III*.³⁹ Aquel año iba a cumplir los setenta y aunque Tussy declaró que era el hombre más joven que conocía,⁴⁰ era consciente de que tal vez no tendría tiempo para concluir todos los proyectos que se había planteado llevar a cabo. Además de supervisar la publicación de toda la obra de Marx, había querido escribir una biografía de su amigo y una historia de la Internacional, aparte de completar varios de sus propios proyectos, que se arrastraban desde hacía décadas. Llegó a la conclusión de que no podía hacerlo todo solo. Los dos hombres más jóvenes del movimiento en los que más confiaba eran Ede Bernstein y Karl Kautsky. Engels les hizo una propuesta: quería enseñarles a descifrar los “jeroglíficos” de Marx para que pudiesen ayudarlo en su trabajo y, llegado el momento, sustituirle como editores de la obra de Marx. Ambos aceptaron.⁴¹

Engels había sido siempre mucho más consciente que Marx de la importancia de los plazos temporales. Además de la certeza de que ni siquiera los generales viven eternamente, sentía que el movimiento estaba cogiendo impulso y que era más necesario que nunca divulgar los escritos de Marx para asentarlos sobre un sólido fundamento teórico. La Segunda Internacional no solo había sido un triunfo, sino que Engels creía que la huelga de los estibadores representaba un avance irreversible para sindicalistas y socialistas. También se había producido un cambio político significativo en Alemania. “El 20 de febrero de 1890 es el día de la inauguración de la revolución alemana”, declaró Engels.⁴² Aquel día los socialistas obtuvieron en las urnas 1,4 millones de votos, el doble de lo conseguido en las elecciones celebradas tres años antes. Tras una segunda ronda en marzo, los socialistas obtuvieron treinta y cinco escaños en el Reichstag. Engels dijo sentirse alborozado por aquellos resultados.⁴³

Detrás de aquellas victorias alemanas estaban las muertes de dos emperadores. Guillermo I había muerto y había sido sucedido en el trono por su hijo Federico, casado con la hija de la reina Victoria. Pero Federico tenía cáncer y sola-

mente vivió noventa y nueve días como emperador. Fue sucedido por su hijo de veintinueve años Guillermo, que se convirtió en el emperador Guillermo II.⁴⁴ El joven monarca era más liberal que su canciller Bismarck, de setenta y tres años, y al menos al principio parecía más sensible a las necesidades de los obreros. Bismarck había advertido de la inminencia de una sublevación de los “rojos” y sostenía que las leyes antisocialistas tenían que hacerse no solo permanentes, sino ampliarse para incluir la expulsión de los activistas socialistas.⁴⁵ Su intento de mano dura con los socialistas fue derrotado en el Reichstag en enero de 1890, y no hizo sino reforzar al Partido Socialdemócrata al que había querido destruir. En las elecciones celebradas un mes más tarde los votantes se decantaron a la izquierda, produciendo los “revolucionarios” resultados que Engels celebró entusiásticamente.⁴⁶ El 17 de marzo Guillermo II exigió la dimisión de Bismarck, cosa que este hizo al día siguiente.⁴⁷ El camino para una cautelosa expansión de la agitación obrera en Alemania estaba despejado.

El congreso de París había fijado el primero de mayo de 1890 como la fecha de la primera gran manifestación global a favor de los trabajadores. Engels advirtió a sus colegas alemanes que procediesen con cautela porque, pese a la aparente simpatía del emperador por los obreros, los militares tenían órdenes de detener cualquier protesta, y la policía secreta quería provocar incidentes para justificar la represión.⁴⁸

En otros sitios, sin embargo, el Primero de Mayo se celebró con alborozo, una muestra más —si es que Engels aún necesitaba alguna— de la velocidad con que se estaba politizando la clase obrera. Las calles de París se llenaron de hombres y mujeres vestidos con su ropa de trabajo que se dirigían a la Place de la Concorde, donde imperaba una atmósfera festiva. En 1870 aquella misma multitud se había congregado allí para saber si Francia iba a convertirse en una república y para saber si las tropas prusianas habían atravesado las puertas de la ciudad. Temiendo que las calles de París explotasen una vez más al ser invadidas por los trabajadores, muchos burgueses cerraron las puertas de sus establecimientos y huyeron. No tenían por qué hacerlo: los trabajadores ya no tenían que destruir nada para ser reconocidos. Los trabajadores todavía no gozaban de los mismos derechos que las clases altas de Francia, pero al menos ahora estaban organizados y representados en los alrededores del poder. Lafargue y Laura participaron en las celebraciones. Lafargue informó de que había un gran número de policías apostados alrededor de la plaza y que de vez en cuando empujaban a la multitud o hacían incursiones en ella montados a caballo. Los trabajadores les abrían paso con buen humor; era más un espectáculo que una amenaza. Lafargue calculó que había unas 100.000 personas entre hombres, mujeres y

niños, pero fuese cual fuese su número era espectacularmente impresionante.⁴⁹ Pero la manifestación del Primero de Mayo en Londres eclipsó a la de París. Engels la calificó de “abrumadora”.⁵⁰

La manifestación se celebró el 4 de mayo, domingo, por lo que muchos trabajadores pudieron asistir. Quince estrados –algunos simplemente la parte de atrás de una furgoneta de reparto– fueron montados en diferentes puntos del Hyde Park. Desde ellos, oradores de toda Europa se dirigieron a la multitud para hablarles no de política sino de temas laborales, concretamente para ganar para los obreros de todo el mundo la jornada de ocho horas y la paga por las horas extras trabajadas. Según la teología marxista, de este modo los obreros todavía estaban regalando parte de su trabajo, pero era un paso en el camino hacia la reparación de una injusticia.

La gente se dirigió a Hyde Park desde todas partes, a pie o en coche, en ómnibus y en metro. Se calcula que asistieron al acto unas 300.000 personas. Un periodista dijo que nunca había visto a tanta gente en el parque. “La mujer de la limpieza caminando con apuros detrás de la pancarta sostenida por un hombre; el muchacho que confiaba en que ganaríamos para él las Ocho Horas”.⁵¹ Los oradores eran de los sindicatos –Burns, Thorne, Hardie, Tillett– y de todas las organizaciones socialistas inglesas. Lafargue y Aveling hicieron sus comentarios desde lo alto de un estrado. Engels, que estaba en el estrado pero solo como espectador, dijo que Lafargue había hablado muy bien y que pese a su fuerte acento su intervención había provocado una salva de aplausos. Tussy y Ede Bernstein ocuparon otra tarima.⁵² Desde la huelga de los estibadores, Tussy se había convertido en una de las oradoras más populares del movimiento, y por el hecho de ser mujer provocaba un interés especial.⁵³ Entre vítores dijo a la multitud que no estaban allí para hacer el trabajo de los partidos políticos sino para presentar los argumentos del movimiento obrero. Se describió a sí misma como una sindicalista y una socialista y describió el crecimiento del movimiento desde los días en que un puñado de personas empezaron a pedir una reducción de la jornada laboral, y luego fueron cientos y después cientos de miles. Coronando su discurso con una cita de “La máscara de la anarquía”, la oda de Shelley a los obreros ingleses masacrados en 1819, Tussy gritó: “Levantaos como leones que estaban dormidos... Vosotros sois muchos y ellos pocos”. La multitud respondió, cómo no, con un enorme rugido.⁵⁴

Más tarde, Engels escribió: “¡Qué no daría yo porque Marx hubiese sido testigo de este despertar... Yo llevaba la cabeza cinco centímetros más alta mientras bajaba del viejo vagón de carga”.⁵⁵

Engels era muy consciente de que, a menos que estuviese bien dirigida, este primer contacto con el poder de la base recién ampliada del movimiento iría seguramente acompañado de una actitud temeraria. “Muchos de ellos solo tienen la buena voluntad y las buenas intenciones con las que es sabido que está empedrado el camino que lleva al infierno”, le dijo a Liebknecht. “Sería un milagro que no ardieran de fervor como todos los neófitos”.⁵⁶ Le dijo a un colega holandés que el tercer volumen de *El Capital* le pesaba mucho en la conciencia; sentía que era de una importancia fundamental para una buena comprensión de las teorías de Marx, pero requería todavía mucho trabajo. “Determinadas partes están en un estado tal que no podrán publicarse hasta que hayan sido cuidadosamente revisadas y hasta cierto punto reorganizadas, y como puedes imaginarte tratándose de una obra tan importante, no haré nada en este sentido hasta haberlo meditado a fondo”. Trabajando en nombre de Marx no podía equivocarse.⁵⁷

Después de las elecciones alemanas de febrero y del entusiasmo de mayo, Engels pudo concentrarse en su trabajo en parte gracias a Lenchen. “Si Marx pudo trabajar en paz durante un período de muchos años, como he hecho yo durante los últimos siete años”, dijo, “ha sido en buena medida gracias a ella”.⁵⁸ Lenchen y Engels habían sido amigos de confianza desde 1845. En realidad eran más que eso; eran familia. Eran muy parecidos en todo, desde su escrupulosidad hasta su afición por la bebida y la diversión, y Lenchen sabía exactamente lo que necesitaba Engels para trabajar. En 1890, con su característico gorro de lino y sus pendientes de oro en forma de aro, dirigía una casa con criados y oficiaba como matriarca de la familia Marx. Cuando Laura se mudó a una nueva casa al este de París, en el barrio residencial de Le Perreux, Lenchen fue a ayudarla.⁵⁹ Cuando Tussy y Aveling estaban en el punto culminante de su guerra en defensa del buen nombre de Aveling, ella libró una batalla igual de dura en su favor entre las mujeres del partido como la que libró Engels entre los hombres.⁶⁰ Fue ella quien gentilmente abrió las puertas de la residencia de Engels en Regent’s Park a asesinos, revolucionarios, políticos y periodistas de todos los rincones del mundo. Normalmente se hablaba de política, pero si a uno de los huéspedes le daba por cantar, se le alentaba a hacerlo, y en cualquier caso nunca faltaba una copa de vino de Burdeos.⁶¹ Bernstein comentó que lo único que se exigía a los huéspedes de Engels es que fueran “mínimamente consecuentes desde el punto de vista intelectual”.⁶² Las Navidades bajo la dirección de Lenchen eran legendarias. Las habitaciones eran decoradas con frutas y hortalizas; el muérdago se colgaba estratégicamente en diversos lugares de la casa para que nadie pudiera pasar sin recibir un beso, y todas las mesas estaban llenas a rebosar de comida.

El famoso pudding de ciruelas típico de Navidad, que enviaba a sus amigos en Alemania y Francia, ponía punto final al banquete navideño. Bernstein recordaba el placer que experimentaba Engels apagando dramáticamente la luz del comedor y dejando solamente iluminado el pudding empapado de ron, ante los aplausos de todos los comensales.⁶³

En 1890 Lenchen tenía setenta años y, como Engels, estaba menguando físicamente. En octubre enfermó, aquejada de una dolencia hepática no especificada.⁶⁴ A comienzos de noviembre, un alarmado Engels escribió a Lafargue para decirle que Lenchen parecía tener una recurrencia de la menstruación y que estaba perdiendo mucha sangre. El médico que la atendía no supo cuál era el problema y aparentemente Lenchen no le permitió que la examinara. Engels mandó llamar a otro médico, que sugirió que podía tratarse de un caso de septicemia.⁶⁵ Dos días más tarde, el 4 de noviembre, Lenchen falleció. Junto a su lecho de muerte estaban Freddy, Engels, Tussy, Aveling y dos criados. Años más tarde, en una carta a Johnny Longuet, Freddy escribió: “Casi las últimas palabras que mi madre pronunció fueron ‘Explícale a Freddy por qué se llama así’”. Mientras lo decía, con una de sus manos sostenía la mano de Tussy y con la otra la mía”. Freddy no llegó a conocer jamás el porqué de ese último deseo de su madre.⁶⁶ Engels notificó a sus amigos y familiares que la “bondadosa, querida y leal Lenchen” había muerto y, de una manera que no había hecho ni siquiera cuando murió Lizzy Burns, expresó abiertamente la sensación de pérdida que tenía. “Habíamos pasado siete felices años viviendo juntos en esta casa”, le dijo a un amigo neoyorquino. “Solo quedábamos nosotros dos de la vieja guardia anterior a 1848. Y aquí estoy ahora, solo una vez más... No sé cómo me las arreglaré”.⁶⁸

Londres, 1891

*¡Qué estúpidos son estos gobiernos!
Piensan que pueden acabar con un movimiento como este a base de represión.*

Friedrich Engels¹

LENCHEN FUE ENTERRADA EN EL CEMENTERIO de Highgate el 7 de noviembre, en la misma tumba que Marx, Jenny y que el nieto de estos, Harry. Engels le dio el último adiós² en el cementerio con lágrimas en los ojos, describiendo su vida y recordando sin duda los muchos sacrificios que había hecho por Marx y por Jenny, desde compartir su vida de pobreza hasta renunciar a su único hijo para proteger a Marx de sus enemigos y a Jenny del conocimiento de la traición de su esposo. “Solo nosotros podemos saber lo que ella representó para Marx y su familia, y ni siquiera nosotros podemos expresarlo con palabras”, dijo Engels a quienes se habían reunido en el cementerio para despedirla.³ En cuanto a él: “Hasta ahora había luz del sol en mi casa; ahora solo hay oscuridad”.⁴

Mientras vivió, Lenchen protegió a quienes la rodeaban, y a su muerte Engels mostró la misma consideración respecto a ella. Escribiendo al pariente vivo más cercano que tenía Lenchen en Alemania, su sobrino, para explicarle su última voluntad, le mintió acerca del hombre que iba a heredar sus escasos bienes materiales. El patrimonio de Lenchen se elevaba a cuarenta libras, y todas las dejaba a Freddy. Engels le dijo al sobrino de Lenchen que “Frederick Lewis” era el “hijo de un amigo ya fallecido” al que Lenchen había adoptado cuando era pequeño y al que había educado para ser “un buen mecánico”. Le explicó que, por gratitud y con el permiso de Lenchen, Freddy había adoptado el apellido Demuth como propio.⁵

Freddy había ido a casa de Engels durante años y continuó haciéndolo después de la muerte de su madre, pero Tussy observó que Engels se mostraba ahora irritable en su compañía. Lo atribuía al hecho de que Engels era el padre de Freddy aunque nunca lo había reconocido. Tussy creía que, para Engels, Freddy era el recordatorio de un error personal y una fuente permanente de culpabilidad. “Supongo que nadie debería tener presente su pasado en carne y hueso”,

escribió a Laura. Sugiriendo que también ella se sentía contaminada por lo que creía que era el abandono de su hijo por parte de Engels, Tussy añadió: “Sé que siempre que vea a Freddy tendré una sensación de culpabilidad y de haber actuado incorrectamente. ¡La vida de este hombre! Oírle hablar de ella es una fuente de sufrimiento y de vergüenza para mí”.⁶

Los colegas socialistas más jóvenes de Engels querían asegurarse de que uno de ellos ocupase el lugar de Lenchen en su hogar para hacerse cargo del legado de Marx y Engels.⁷ Victor Adler, líder de los socialdemócratas de Austria, escribió a Engels inmediatamente, sugiriéndole a la ex esposa de Kautsky, Louise, para el trabajo.⁸ Engels había calificado a Louise de “nice little body” (un bonito cuerpo) en 1885 cuando ella acababa de llegar de Viena con su esposo a la edad de veinticinco años. En la forma de hablar del siglo XIX, la frase “nice little body” significaba “nice little somebody” (un tipo agradable), pero tratándose de Engels probablemente indicaba que se había percatado de que Louise tenía un buen tipo. Louise y Karl Kautsky habían vivido en Londres y habían visitado frecuentemente a Engels hasta 1888, cuando ella regresó a Viena y él solicitó el divorcio. Este culebrón proporcionó meses de entretenimiento a los socialistas de Alemania, de Francia y de Londres. Karl Kautsky se había enamorado de una joven de Salzburgo que a los cinco días de conocerle le dejó plantado y se lió con su hermano. Engels se quedó asombrado de que Kautsky quisiese dejar a su esposa, e igualmente asombrado de la forma “heroica” en que reaccionó Louise ante la aventura de su esposo: ¡acusó a los amigos de Kautsky de ser injustos con él! Cuando la amante de Kautsky se lió con su hermano, él y Louise trataron de arreglar las cosas, pero en 1890 su intento de reconciliación había resultado vano.¹⁰

La idea de que aquella mujer (que a los ojos de Engels era una mujer excepcional) se reuniese con él en Londres pronto tomó cuerpo. Cinco días después de la muerte de Lenchen, Engels escribió a Louise pidiéndole que fuera a vivir con él.

No hace falta que te cuente lo que he pasado estos últimos días, lo terriblemente triste e inhóspita que me ha parecido y me sigue pareciendo la vida. Y luego surgió la cuestión: ¿y ahora qué? Y fue entonces, querida Louise, cuando una imagen, viva y consoladora, apareció ante mis ojos y se quedó en mi mente día y noche, y esta imagen era la tuya...

Si, como me temo, esta ensoñación mía no puede hacerse realidad, o

si piensas que, de hacerse realidad, los inconvenientes y las tribulaciones, por lo que a ti respecta, superarían las ventajas y los placeres, hazmelo saber sin rodeos. Te tengo demasiado cariño para pedirte que te sacrifiques por mí... Eres joven y tienes un espléndido futuro ante ti. Dentro de tres semanas yo tendré ya setenta años y no me quedará mucho por vivir.

Engels firmó su carta con un “Con amor eterno”.¹¹

Seis días más tarde, Louise Kautsky, de treinta años, se dirigía a Londres para convertirse en administradora del hogar de Engels.¹² Aveling tenía que haber enviado un cheque por un valor de diez libras a Victor Adler, que luego le daría el dinero a Louise para facilitarle el viaje. Pero el cheque de Aveling fue devuelto por falta de fondos; según parece, Engels le había dado a Aveling el dinero en metálico para cubrir el cheque, pero Aveling se lo había quedado.¹³ Engels le pidió disculpas a Adler y le reembolsó el dinero y los gastos ocasionados por la devolución del cheque. Respecto a Aveling escribió: “Es el chapucero bohemio literario que hay en Aveling lo que le lleva a hacer este tipo de cosas”. Y prometía darle “un buen rapapolvo”.¹⁴

Una vez resuelto el tema Louise, Engels celebró su setenta aniversario el 28 de noviembre. La cercanía de la muerte de Lenchen ensombreció un tanto la festividad, aunque Engels reconoció que con la llegada de Louise había “vuelto un poco de luz”. (A un amigo de Nueva York le dijo que Louise era “una mujer maravillosa” y que “Kautsky no debía de estar en sus cabales cuando decidió divorciarse de ella”).¹⁵ Engels se resistía a la idea de montar un gran festejo con ocasión de su aniversario, y respecto a los homenajes que le habían preparado en todo el mundo, le dijo a un amigo en París: “El destino ha decretado que, en calidad de superviviente, sea yo quien recoja los honores debidos a las obras de mis contemporáneos ya fallecidos, y por encima de todo los de Marx. Créeme, no me engaño en absoluto acerca de ello, ni acerca de la pequeña porción de todo este homenaje que pueda corresponderme por derecho propio”. Sin embargo, y pese a que Engels no tenía ganas de fiesta, como habían llegado amigos suyos de toda Europa, se sintió obligado a organizarla.¹⁶ La fiesta duró hasta las tres y media de la madrugada. Se consumieron en ella doce docenas de ostras, que fueron regadas con clarete y con dieciséis botellas de champán. Engels le dijo a Laura: “Hice todo lo que pude para demostrarles a todos que sigo vivo y coleando”.¹⁷

El congreso de París y el creciente papel del mundo laboral en el movimiento

socialista provocaron una plétora de mítines y reuniones. Una de ellas –un mitin del Partido de los Trabajadores de Lafargue, el de los llamados marxistas, tuvo lugar el otoño de 1890 en Lille, Francia, y a él asistieron Tussy y Aveling. Ante la sorpresa de Tussy, una gran pancarta en la sala donde se celebraba el mitin decía: “Bajo la presidencia de Eleanor Marx Aveling”.¹⁸ Ella esperaba ser solo una participante más, pero era tal el prestigio que había adquirido entre los obreros de Europa que le habían otorgado la presidencia del acto. Desde Lille Tussy fue con tres delegados franceses a Halle, al suroeste de Berlín, para asistir a un mitin del partido alemán, donde había surgido un conflicto entre la nueva y la vieja guardia. Tussy fue una vez más la estrella del acto, y le dijo a Aveling, que se había quedado en Francia: “Claro que me solicitan en todas partes, especialmente los berlineses”.¹⁹ Los dos mítines respaldaron la convocatoria de una segunda manifestación del primero de mayo y de otro congreso internacional de los trabajadores, este a celebrar en Bruselas en agosto de 1891. De modo seguramente previsible, las diversas organizaciones empezaron inmediatamente a disputarse el título que todas querían: ser *el* partido de *los* trabajadores de sus respectivos países.²⁰

A comienzos de abril de 1891 Lafargue (cuyo Partido de los Trabajadores estaba batallando con los socialistas más moderados con los que se había alineado Longuet) y su camarada Guesde iniciaron una gira para dar charlas por la región industrial del noreste de Francia, en los alrededores de Lille.²¹ Visitaron tres ciudades en tres días –Wignehies, Fourmies y Anor– y en cada parada contaron una historia terrible de explotación de los trabajadores por parte de la industria y de traición por parte de la burguesía. Hablaban a los que ya estaban convencidos; no hacía falta que vinieran dos hombres de París para decirle a aquella gente lo que es el sufrimiento; lo sabían muy bien, y sin embargo sus palabras tenían un efecto tranquilizador para los trabajadores de la provincia, dejados de la mano de Dios, y sus audiencias fueron creciendo.²² La retórica de Lafargue distaba mucho de ser suave: “Hoy la burguesía también está condenada; tiene que desaparecer; su tumba ya ha sido cavada; solo resta empujarla para que caiga en ella”.²³ Un periódico socialista describió el tumulto que provocaron a su paso: “En los talleres y en los cabarets se habla del socialismo. Los patronos están empezando a dar muestras de ansiedad por toda esta agitación y se preguntan qué pueden hacer para controlarla”.²⁴ Lafargue creía que el primero de mayo sería el día en que aquellos trabajadores enseñarían al mundo que estaban fuertemente unidos con sus camaradas.

Pero cuando llegó el primero de mayo, una protesta pacífica de mil quinientos trabajadores textiles de Fourmies que estaban en huelga se volvió violenta.

Los manifestantes habían ido al ayuntamiento a presentar sus demandas, estrechamente vigilados por dos compañías de infantería que montaban guardia junto a la policía. Por la noche, a la parpadeante luz de las antorchas que sostenía una multitud cada vez más nerviosa, fueron arrestados algunos de los manifestantes. Sus esposas e hijos acudieron a exigir su liberación pero fueron rechazados. Se lanzaron piedras y los soldados, armados con un nuevo modelo de rifle llamado Le Lebel, se dispusieron a proteger a la policía. En medio de la confusión del crepúsculo un comandante ordenó a sus hombres que abrieran fuego. Algunos dispararon al aire, pero no todos; el tiroteo duró más de cuatro minutos, y cuando cesó había diez personas muertas y más de sesenta heridas. Entre los muertos había cuatro adolescentes o niños.²⁵

Lafargue escribió en *Le Socialiste* que aquel episodio era una clara ilustración de que los militares franceses trabajaban para los patronos, no para el pueblo.²⁶ La huelga se extendió por el norte industrial y se enviaron más tropas; la situación se volvió peligrosamente combustible. El gobierno echó la culpa de la agitación al Partido de los Trabajadores, y acusó a Lafargue de conspirar con un líder local del partido llamado Hippolyte Culine para enardecer a la multitud.²⁷ Tras una investigación, Lafargue fue acusado en julio de incitación al asesinato.²⁸ Se le atribuyó haber dirigido estas palabras a los nuevos reclutas militares: “Si alguna vez os ordenan disparar, sean cuales sean las circunstancias, daos la vuelta y disparad contra quien os haya dado la orden”. Lafargue negó haber pronunciado nunca tales palabras, y dijo ser un teórico incapaz de propugnar tal violencia.²⁹ Pero dijese lo que dijese en su defensa, sería irrelevante; el juicio era una farsa. Los cuatro testigos de la acusación eran miembros de la dirección de la fábrica de tejidos de Fourmies, y todos ellos repitieron como papagayos las mismas palabras en su declaración. Uno de ellos incluso las leyó de un papel que llevaba oculto en el sombrero. La defensa, por su parte, presentó 210 declaraciones de personas que habían estado en la manifestación y decían que otro hombre, no Lafargue, había instado a los soldados jóvenes a amotinarse.³⁰ Sin embargo, un jurado formado por patronos, terratenientes y hombres de negocios necesitó solo cinco minutos para alcanzar un veredicto. Lafargue fue sentenciado a un año de cárcel. Tenía que presentarse en Sainte-Pélagie el 30 de julio de 1891.³¹

Durante las semanas que faltaban para su ingreso en la cárcel inició una gira de charlas a las que acudieron grandes audiencias que sabían que había sido juzgado de forma injusta. Escribió a Engels: “Las salas están llenas a rebosar... Nunca había asistido a unos mítines tan entusiastas; si ahora se celebrasen unas elecciones seríamos sin duda elegidos en el Departamento del Norte”.³² Si para

los trabajadores del Norte Lafargue era un mártir, en el momento de entrar en la cárcel en París se había convertido en una celebridad. Estaba con la moral alta: entró en Sainte-Pélagie con un baúl, un puñado de manuscritos y una bañera³³, y su estado de ánimo era todavía mejor un mes más tarde, cuando de manera imprevista murió un miembro de la Cámara de Diputados de Lille. Se programaron unas elecciones especiales y Paul puso su nombre en las papeletas. Estando preso, tenía derecho a presentarse para el cargo pero no para hacer campaña.³⁴ Aquella decisión, la de mantener a Lafargue en prisión, puede haber sido la clave de su éxito. Tenía un historial de perdedor cuando había hecho campaña, pero Guesde, que era un as de la oratoria, hizo campaña en su lugar, participando en treinta y cuatro mítines en treinta y ocho días.³⁵ El 25 de octubre, el día de las elecciones, Lafargue fue el que obtuvo más votos entre los cinco candidatos de la primera ronda, y derrotó a su rival en la segunda ronda el 8 de noviembre.³⁶ (Engels tuvo conocimiento de su victoria en el *Daily News* de Londres, que daba la información en un párrafo situado debajo de la noticia de una viuda adinerada que había sido encontrada asesinada.)³⁷

Laura se encontraba ahora en la extraña posición de sentirse orgullosa de su esposo. Le dijo a Engels que una fotografía de Paul publicada en el periódico le hacía parecer “casi joven y tímido, como cuando trataba de conquistar a Kakadou... Hay un barullo nunca visto en la prensa y en el mundo político... Nuestra propia gente está fuera de sí de alegría. No habían esperado en absoluto un resultado tan favorable, acostumbrados como estaban desde hacía tanto tiempo a las crueldades de la fortuna”.³⁸ El 10 de noviembre Lafargue fue liberado durante el tiempo que estuviese en el cargo.³⁹

Siete días más tarde Laura y Lafargue fueron agasajados en varias ciudades. Las celebraciones empezaron en París, donde sus amigos del Partido de los Trabajadores organizaron un baile en su honor que duró hasta las dos de la madrugada.⁴⁰ Al día siguiente viajaron a Lille, el nuevo distrito electoral de Lafargue, donde los electores le llevaron literalmente a hombros celebrando su triunfo. Laura le dijo a Engels: “A mí me agarraron un montón de mujeres, una a cada lado, cogiéndome y no sé cuántas más detrás de mí casi levantándome del suelo”. Llegaron a la casa que constaba como el domicilio legal de Lafargue en Lille, pero que en realidad pertenecía a un amigo, y les dijeron que varios cientos de hombres estaban aguardando en un salón cercano pidiendo a gritos oír hablar a Paul.

A las ocho en punto salimos hacia La Scala, donde iba a tener lugar la reunión. Conseguimos entrar por una puerta lateral y una vez dentro

vi algo que no había visto nunca antes. La nave de la sala estaba totalmente abarrotada, el gallinero también, y cientos de hombres y mujeres estaban haciendo esfuerzos sobrehumanos tratando de entrar. Las puertas, que habían sido cerradas, fueron abiertas a la fuerza y un segundo gallinero (cerrado por obras) fue tomado por asalto y en pocos segundos estaba tan lleno como el primero.

Laura dijo que varios bancos se rompieron bajo el peso de los cuerpos, y también algunas ventanas. Finalmente Paul pudo hablar, pero la multitud quería más y no abandonó la sala hasta que él salió. “El sudor caía a chorros por la cara de Paul, tenía un enorme ramo en una mano y daba el otro brazo a su esposa. Creo que pensaba que podía acabar aplastado porque tenía cara de preocupación mientras avanzábamos apretujados y zarandeados por sus excesivamente entusiastas electores”. La locura continuó afuera, en la calle, donde chicos, mujeres y chicas gritaban “*¡Vive Lafargue!*” Cuando la pareja llegó a “su casa”, la multitud le exigió otro discurso, y Lafargue los complació. Una mujer le dijo a Laura: “Si Lafargue pierde su escaño habrá una revolución en Lille”.⁴¹

Tras años de pasos en falso y decepciones, tras observar cómo su esposo trataba una y otra vez de montar algún negocio, de escribir o incluso de presentarse a unas elecciones, este enorme cambio de fortuna para una mujer tan centrada en la realidad como Laura tenía que parecer demasiado bueno para ser verdad. Lo era. Primero hubo un intento de descalificar la victoria de Lafargue porque había nacido en Cuba y en consecuencia no era francés.⁴² Lafargue argumentó con vehemencia su origen y nacionalidad franceses, lo que provocó una pelea con Engels. En el curso de una charla en la que trataba de probar que era un verdadero francés, Lafargue había dicho, según la agencia Reuters, que él no había luchado al lado de Francia contra los prusianos porque estaba cumpliendo con su deber patriótico transmitiendo informes secretos recibidos de los prusianos en la Internacional, incluidos los del ejército, a sus oponentes franceses.⁴³ Si aquello era cierto, Lafargue estaba admitiendo que los miembros prusianos de la Internacional habían cometido una traición. Engels temía que este tipo de afirmaciones se utilizasen como base para desencadenar otra campaña represiva contra los socialistas en Alemania. Escribió inmediatamente a Laura pidiéndole explicaciones.⁴⁴

Laura estaba completamente abatida. Engels le había dado permiso para disfrutar de la rara victoria de Paul solo durante un minuto antes de arrebatárselo con una dura regañina y una grave acusación. Replicó instantáneamente.

Tendrás que perdonarme si te doy una respuesta más en el espíritu que en la letra. Y tendrás que perdonarme por decir que considero el espíritu absolutamente injustificable. Te basas en la fuerza del telegrama de Reuters para ponerte en contra de Paul de una forma que me parece totalmente inmerecida. Creo que Paul y yo hemos hecho y sufrido bastante desde que vinimos aquí en el sentido de promover y de hecho inventar la causa del internacionalismo —que básicamente significa la unión de Francia y Alemania— para no ser objeto de este tipo de acusaciones. Si Paul no fuera el hombre de honor que es en todos los asuntos públicos y privados, yo no estaría ahora aquí viviendo con él, ¡porque ya tiene suficientes defectos propios que reparar! Permíteme que te diga que tu carta ha echado a perder el breve placer que me había producido la victoria electoral de Paul.⁴⁵

Lafargue convenció a Engels de que no había implicado a los internacionistas prusianos en actividades traicioneras, y Engels aceptó su explicación. La fisura se cerró.⁴⁶ La elección de Paul también fue aceptada tras haber sido considerado lo suficientemente francés como para ocupar el cargo. Pero no habría más celebraciones. El primer discurso pronunciado por Lafargue en la Cámara de Diputados le valió una nueva humillación.

El 8 de diciembre todas las miradas de la cámara estaban puestas en él cuando pidió la palabra. Presentó una moción a favor de la concesión de una amnistía completa para los presos políticos, e hizo una declaración general e ingenua sobre los méritos del socialismo, al tiempo que apelaba a otros miembros de la cámara dominada por los ricos para que se uniesen a él en defensa de la clase obrera. Luego provocó un tumulto entre los miembros de izquierdas que de otro modo podrían haberle apoyado cuando pareció respaldar el conservador “socialismo cristiano” de la Iglesia Católica y cuestionar la rectitud del compromiso de la izquierda respecto a la separación entre la iglesia y el estado.⁴⁷

Desde el comienzo mismo del discurso de Lafargue, sus augustos colegas murmuraron. Los murmullos aumentaron hasta convertirse en interrupciones mientras los legisladores de todo el espectro político se azuzaban unos a otros abucheando a aquel advenedizo. La cámara era un auténtico caos; Lafargue divagaba mientras trataba de hacer callar a gritos a los que le interrumpían, hasta que el presidente, el diputado radical Charles Floquet (que según Lafargue hacía comentarios a sus espaldas desde la presidencia) le pidió finalmente que se ciñese al tema. Al día siguiente Lafargue describió el discurso a Engels como “una bomba de dinamita” que había provocado una “explosión”.⁴⁹ Lo había sido, pero no de la forma en que él lo daba a entender. Incluso algunos miembros de su

propio Partido de los Trabajadores desmintieron sus afirmaciones sobre la cuestión de la Iglesia.⁵⁰ Mortificado, evitó la cámara durante meses y se lanzó a una vertiginosa gira de conferencias que le mantuvo lejos de París.

Laura no acompañó a Paul porque no tenía el dinero suficiente para pagarse el viaje. Un invierno terriblemente frío se había abatido sobre Francia, y Laura dijo que de no haber utilizado el viejo sobretodo de su padre como manta, se habría quedado congelada en la cama. En medio de toda la excitación electoral Lafargue había dejado de pagar el alquiler y había dejado a Laura sin dinero para pagarlo.⁵¹ Escribió a Engels diciéndole que la casera había hecho varias visitas a Laura y pidiéndole si podía enviarle un cheque.⁵² Engels estaba furioso por el hecho de que Lafargue hubiese dejado que la situación se pudriese hasta aquel punto: “¿Por qué exponer a Laura a esta humillación sabiendo que una palabra tuya –o de ella– habría bastado para evitarlo?”⁵³

Es posible que Engels estuviese más nervioso de lo normal porque aquel otoño había pasado semanas defendiendo a Aveling de una serie de nuevos ataques y había perdido mucho tiempo escribiendo cartas tratando de limpiar su nombre. Cabe preguntarse si llegó a considerar meter a las dos hijas de Marx en su casa y encerrarlas con llave para mantenerlas fuera del alcance de sus conflictivos (y autodestructivos) esposos. Tanto Lafargue como Aveling estaban cerca de la cuarentena pero ninguno de los dos parecía haber alcanzado la madurez que suele ser necesaria en ese momento, tanto personal como políticamente.

Londres, 1892

¿Te das cuenta de la espléndida arma que habéis tenido en Francia durante los últimos cuarenta años con el sufragio universal? Ojalá el pueblo hubiese sabido cómo utilizarla. Es un método más lento y aburrido que apelar a la revolución, pero es diez veces más seguro.

Friedrich Engels¹

LA VIDA PROFESIONAL DE TUSSY estaba enteramente centrada en el movimiento sindical, mientras que Aveling continuaba con un pie en el mundo andrajoso de la política socialista y con otro pie en el rutilante mundo del teatro. Tussy describió sus vidas en una carta a Laura diciendo que “sudaban la gota gorda a cambio de casi nada”. Aveling todavía confiaba en que sus obras se representasen pero, según Tussy, “lo malo es que la confianza no sirve para pagar facturas”. Hacia el final se dedicaba a hacer “malas traducciones” para una revista así como “mecnografiando” en una nueva y mágica máquina de escribir que había comprado. En general, su vida consistía en trabajar y trabajar: “Edward escribe toda clase de cosas, buenas, malas e indiferentes. Ambos tenemos reuniones y trabajos de este tipo a todas horas. No tenemos realmente tiempo de considerar si la vida es algo que vale la pena o si es una auténtica molestia”.² El trabajo de Tussy había aumentado mucho en 1891 a causa de los preparativos del congreso de la Internacional Socialista que iba a celebrarse en Bruselas el 30 de agosto. Más de 330 delegados de Europa y de Estados Unidos, entre ellos los enviados de la Federación Americana del Trabajo, iban a estar a tiro durante el siguiente asalto en la lucha por el control del movimiento socialista.³ Los celos entre los ingleses hicieron su aparición casi inmediatamente: los enemigos de Aveling utilizaron sus muchos errores para desacreditar a “la camarilla de los Marx”.⁴

Pese a los dramas personales el congreso de Bruselas terminó con lo que Engels calificó de “mandato socialista para la Segunda Internacional”: las ideas aceptadas por los delegados se basaban en el socialismo científico de Marx (con su énfasis en las necesidades de los trabajadores), no en el socialismo burgués de

las facciones rivales de Francia e Inglaterra. El congreso situó a la Segunda Internacional una vez más, dijo, “en el lugar exacto donde la dejaron sus predecesores”.⁵ El movimiento socialista, los sindicatos y una miríada de partidos que representaban a los trabajadores de Europa habían madurado y las conquistas que habían hecho durante décadas de trabajo duro y resistencia eran sólidas y muy amplias, hasta el punto de que no podían ser anuladas por el capricho de un rey ni desmanteladas a porrazos por un ejército. Las resoluciones aprobadas en Bruselas subrayaron la importancia de los sindicatos y la necesidad que tenían los trabajadores de unirse globalmente en contra de las fuerzas capitalistas, que habían empezado a alinearse en federaciones para contrarrestar al trabajo organizado. El congreso también instó a los trabajadores a utilizar el voto, si lo tenían, para obligar a los gobiernos a tener en cuenta sus necesidades. Y por encima de las objeciones de algunos de los delegados, se adoptó también una polémica resolución que afirmaba que la guerra era un producto del sistema capitalista y que los socialistas tenían que ser el partido de la paz.⁶

El año 1892 fue la prueba de hasta dónde habían llegado los partidos de los trabajadores. En Francia, donde Lafargue había estado ausente de la Cámara de Diputados durante más de cuatro meses, participando en mítines en cuarenta y una ciudades,⁷ su Partido de los Trabajadores había obtenido 635 escaños en concejos municipales y el control de veintidós gobiernos locales.⁸ Según Engels, las cosas iban también a las mil maravillas en Alemania. Pero fue en Inglaterra donde se escribió la historia aquel año. La manifestación del Primero de Mayo de 1892 en Londres congregó al doble de personas que la primera concentración. Seiscientas mil personas ocuparon Hyde Park. Mientras contemplaba aquella multitud Engels dijo: “Se está acercando el momento en que seremos lo suficientemente fuertes como para plantear la batalla decisiva”.⁹ El viejo soldado utilizaba el lenguaje de la guerra, pero el cambio que buscaba quería que fuese mediante unas elecciones.

En julio, tres trabajadores fueron elegidos miembros del Parlamento Británico: John Burns, el portavoz de los estibadores en huelga, ganó las elecciones en Battersea; J. Havelock Wilson, presidente del Sindicato Nacional Unido de Marineros y Bomberos de Gran Bretaña e Irlanda, ganó en Middlesbrough, Yorkshire; y Keir Hardie, un escocés de treinta y cinco años, ganó en South West Ham, en el East End de Londres. No representaban ni a los liberales ni a los *tories*; pertenecían a un tercer partido incipiente: el Partido Laborista Independiente. Su programa era por y para la clase obrera, y si bien la palabra ‘socialista’ no aparecía en el nombre del partido, sí lo hacía en su fundamentación teórica.³⁰

Había habido en el pasado candidatos que afirmaban representar a los trabajadores, pero eran enviados de las clases altas. Burns dijo que ellos, y los primeros líderes sindicales, vestían buenos abrigos, relojes de cadena y sombreros de copa de seda; era evidente que no eran trabajadores y que no podían entender las necesidades de una persona que vive al día sin saber si podrá dar de comer a sus hijos o darles un techo bajo el que vivir. Aquellos nuevos hombres que habían subido al estrado representando al pueblo *parecían* ser del pueblo, eran trabajadores.¹¹ Muchos eran autodidactas, estudiaban de noche y de día trabajaban en una fábrica o en una mina. La revolución de Marx y Engels se puso emotivamente de manifiesto cuando Keir Hardie entró en la Cámara de los Comunes no blandiendo una bandera roja, sino tocado con la gorra de un obrero.

Recién salidos de aquel éxito electoral, 120 delegados se reunieron en enero de 1893 para lanzar formalmente el Partido Laborista Independiente. Para redactar el programa se formó un comité de quince miembros en el que estaban Aveling, Hardie, Tom Mann, el de la huelga de los estibadores, y H. H. Champion, un periodista socialista inglés que había sido uno de los promotores más activos del partido.¹² Cuatro días más tarde, el programa del PLI parecía haber sido escrito por el propio Marx: “propiedad colectiva y control de los medios de producción, distribución y cambio”; jornada laboral de ocho horas; abolición del trabajo infantil; atención a los enfermos, a los ancianos, a las viudas y a los huérfanos pagada con los impuestos al rendimiento del capital. También incluía educación libre hasta la universidad, y arbitraje y desarme en vez de guerra.¹³ Hardie fue nombrado presidente del partido que un día sería una de las piedras angulares del Partido Laborista Británico.¹⁴ Engels había seguido el desarrollo de los acontecimientos con respeto y admiración. Le dijo a Bebel en Berlín: “Los trabajadores se han dado finalmente cuenta de lo que son capaces de hacer si tienen la voluntad de hacerlo”.¹⁵

En 1893 continuaron los éxitos electorales, esta vez en Alemania. Cuarenta y cuatro demócratas fueron elegidos para el Reichstag, y el partido obtuvo más de 1,7 millones de votos.¹⁶ La votación se produjo meses antes de la celebración del Tercer Congreso de la Segunda Internacional en Zurich. Engels no asistió al congreso, pero como presidente honorario se vio obligado a pronunciar el discurso de clausura. Era el primer Congreso Internacional al que había asistido en veintiún años, desde 1872, y es posible que fuera consciente de que sería su último congreso.

El hombre que entró en la sala de actos de Zurich el último día del Congreso de la Segunda Internacional no era un simple mortal; era una leyenda viva, el

cincuenta por ciento del tándem que había creado el socialismo moderno. Las caras de la multitud le resultaban mayoritariamente desconocidas, pero en cambio la suya era fácilmente reconocible para todos ellos. Cuando entró en la sala el General, cuya barba era ahora totalmente blanca y cuyos hombros estaban levemente caídos, fue recibido por un estruendoso aplauso de los cuatrocientos delegados allí reunidos en representación de dieciocho países, y que se pusieron en pie para rendirle homenaje.¹⁷ A sus espaldas había un gran retrato de Marx. Empezó su discurso señalando el retrato del mismo y diciendo que podía aceptar el aplauso del congreso solo como “colaborador del gran hombre cuyo retrato está colgado aquí”. Luego reflexionó sobre el camino recorrido: “Hace justo cincuenta años que Marx y yo entramos en el movimiento publicando nuestros primeros artículos socialistas... Desde entonces el socialismo se ha desarrollado y ha pasado de ser una serie de pequeñas sectas a ser un partido poderoso que hace temblar al mundo oficial. Marx ha muerto, pero si todavía estuviera vivo no habría ni un solo hombre en Europa o América que pudiese mirar hacia atrás con un orgullo tan justificado por la obra de su vida”.

Describió la evolución de la Internacional y declaró que en 1893 era mucho más fuerte que nunca. “De acuerdo con esto hemos de continuar trabajando en los puntos que tenemos en común. Hemos de permitir el debate para no convertirnos en una secta, pero siempre conservando el punto de vista común. La asociación libre, el vínculo voluntario reforzado en los congresos, es suficiente para darnos la victoria que ningún poder del mundo podrá volver a arrebatarnos”.¹⁸ Engels declaró clausurado el congreso, y los delegados se pusieron de nuevo en pie y lo ovacionaron con un fuerte aplauso. Una voz entre la multitud empezó a cantar la “Marsellesa”, y pronto aquel familiar himno rebelde llenó la sala.

Los partidos socialistas y obreros habían hecho realmente grandes progresos, pero no así los miembros de ellos pertenecientes a la familia Marx. Pese al éxito de los partidos socialistas franceses —treinta escaños en la Cámara de los Diputados y setecientos mil votos—, Lafargue, que se había visto perjudicado por la reorganización de su distrito, perdió su escaño en las elecciones celebradas en el otoño de 1893.¹⁹ (Engels se esperaba el resultado. Tiempo atrás ya le había dicho a Lafargue que sus electores querían verle en la cámara defendiendo sus intereses, no recorriendo el país dando mítines en nombre del Partido de los Obreros.²⁰ A modo de respuesta, Lafargue había manifestado ser “un vendedor ambulante de socialismo”).²¹

La vida política de Tussy en Londres también sufrió un revés, aunque, como

siempre, no fue por su culpa. Había luchado día y noche, desde Irlanda a Escocia, desde Alemania a Francia, para organizar a los trabajadores en contra de los esquiroleros rompehuelgas transfronterizos. Pero aunque su reputación había crecido gracias a su trabajo, se había visto empañada por su relación con Aveling. Este estaba cada vez más aislado en el Partido Laborista Independiente porque creía que Hardie estaba tratando de convertirse en el “rey” de los trabajadores. Luego se marginó aún más a causa de una disputa con Tom Mann sobre aspectos que Aveling quería añadir al programa del PLI (entre ellos la abolición de la monarquía).²² En la primavera de 1894 Aveling fue expulsado del PLI. Ede Bernstein, sin ofrecer detalles, escribió en sus memorias que los motivos de la expulsión podrían “haberle enviado a la cárcel”.²³

Aveling se había enemistado primero con los amigos literarios de Tussy del Museo Británico, luego con los socialistas británicos y finalmente con sus colegas del sindicato. Pero tenía a su favor a un hombre cuyas opiniones tenían el peso suficiente para que muchas puertas siguiesen abiertas para él: Engels todavía no le había dado la espalda. Esta lealtad era tanto más notable si tenemos en cuenta el golpe que había sufrido su relación en 1892. Engels había aceptado que Aveling se encargase de la traducción al inglés del texto alemán de su obra *Socialismo utópico, socialismo científico*.²⁴ Dicho texto, claro y elocuente, era una excelente introducción a las ideas de Marx (se basaba en el *Anti-Dühring* de Engels y se convertiría en uno de los más importantes textos de la literatura marxista). Engels era un perfeccionista, pero con este proyecto en particular quería estar absolutamente seguro de que la traducción fuese correcta. Habiendo declarado que el trabajo que había hecho Aveling en la traducción del *Capital* no era de muy buena calidad, tenía motivos para estar preocupado. Sin embargo, siguió adelante con su proyecto.

Los dos acordaron que Engels corregiría la traducción de Aveling y que haría todos los cambios que considerase conveniente hacer; también escribiría un prefacio. Pero para su consternación las páginas que recibió para corregir no fueron las del manuscrito de Aveling, sino las primeras pruebas de imprenta del editor: el libro estaba ya a un paso de la publicación y Engels aún no había visto nada. Hacer cambios a esas alturas sería más costoso. Aveling echó la culpa de la confusión al editor, pero el tono cauteloso de Engels en sus cartas a Aveling sugiere que estaba convencido de que, contraviniendo sus deseos, este se había precipitado a entregar el libro —esencialmente un borrador— al impresor.²⁵ Su comportamiento había sido claramente irresponsable dado que Engels no solo había financiado muchas de las actividades de Aveling, sino que su aprobación era lo único que evitaba que Aveling fuese condenado al ostracismo por las pocas

personas que todavía aceptaban relacionarse con él. Una vez más Engels se vio obligado a dejar a un lado sus otros trabajos para concentrarse en reparar el daño causado por Aveling.

La estrella teatral de Aveling también se había apagado. Era evidente para todos –también para él mismo– que no tenía talento como dramaturgo. En 1893 Tussy le dijo a Laura que una de sus comedias, *La rana*, había sido un fracaso a los pocos días de su estreno. “Era un resultado que yo ya me esperaba, porque *no* era una buena obra. Él también lo sabía, pero pensó que *eso* podría salvarla”.²⁶ Pero aunque sus perspectivas profesionales se iban reduciendo cada vez más, el teatro era cada vez más importante para él. Su vida social giraba en torno a los *pubs* y restaurantes del West End, y las críticas de teatro que continuaba escribiendo le ganaban acceso de vez en cuando, cuando tenía suerte, a la compañía de un productor o a los brazos de una actriz complaciente.

Tussy no se quejaba de soledad; estaba demasiado ocupada para ello. Pero la tensión de su vida con Aveling (personal y financiera) era evidente en su cada vez más intensa paranoia respecto al legado de su padre y en sus relaciones con Freddy Demuth.

Tussy veía a menudo a Freddy. Tal vez porque sentía que habían sido injustos con él o por amor a Lenchen, a quien echaba mucho de menos, tal vez porque era un trabajador del East End, o tal vez porque, sin saberlo, pudo sentirse atraída por su medio hermano mayor. En 1890, en el momento de la muerte de Lenchen, Freddy tenía treinta y nueve años y Tussy treinta y cinco. En 1892 la mujer de Freddy le había dejado a él y a su hijo, Harry, y se había largado con todo el dinero de Freddy así como con las veinticuatro libras de un fondo de beneficencia que le habían confiado sus colegas. En julio de aquel año Tussy escribió desesperadamente a Laura diciéndole que Freddy tenía que dar cuenta de aquel dinero y que no tenía adónde dirigirse para conseguirlo. Longuet no respondió a una carta de Freddy en la que pedía la devolución de un préstamo hecho a Jennychen, y Freddy no quiso pedir ayuda a Engels. Tussy le dijo a Laura, de un modo aparentemente sarcástico refiriéndose a Engels, de quien aún creía que era el padre de Freddy: “Es posible que sea una ‘sentimental’, pero no puedo dejar de pensar que la vida entera de Freddy ha sido una gran injusticia. ¿No es maravilloso, cuando miramos las cosas de frente, lo raramente que parecemos practicar aquello que predicamos a los demás?” Laura le envió cincuenta francos a Freddy.²⁷

A medida que su relación progresaba, Tussy llegó a confiar cada vez más en Freddy. Tenía pocas personas más a las que dirigirse. Se había distanciado de En-

gels debido a la presencia de Louise Kautsky, y temía que Engels hubiese caído completamente bajo su influjo y que en vez de ayudarlo a proteger el legado literario de Marx, Louise estaba intentando apropiarse de él.²⁸ Tussy no sabía que Bebel y Adler habían discutido colocar a un miembro del partido en casa de Engels para proteger —o asegurar— el material de Marx y Engels después de la muerte de Lenchen. Se habría quedado horrorizada de haber tenido conocimiento de la existencia de estos planes sin que ni ella ni Laura fuesen consultadas al respecto. En su opinión, todos los papeles de Marx pertenecían a los herederos directos de Marx, y solo había dos.

Una de las funciones de Lenchen había sido ayudar a Engels a revisar los miles de páginas de escritos y de correspondencia que había reunido Marx. Algunas de las cartas tenían que ver con temas del partido, pero muchas otras eran personales. Tussy se alarmó cuando supo que Engels consideraba perfectamente razonable que Louise las repasase todas igual que había hecho Lenchen. Su alarma aumentó cuando Louise se casó de repente con un médico vienés llamado Ludwig Freyberger, y anunció que ambos pensaban vivir con Engels en su casa.²⁹ Aquella unión parecía más un arreglo político que un matrimonio por amor. (La propia Louise le dijo a Tussy que hasta el día mismo que aceptó casarse con Freyberger habían sido “los mejores camaradas y nada más, con una intención no expresada por ambos lados de irse a vivir juntos más adelante”).³⁰ Freyberger había llegado a Londres en 1892, pero en 1893 Engels confiaba tanto en él que le permitió testificar su testamento. Freyberger actuó como médico personal de Engels, y Tussy imaginó toda clase de maquinaciones a lo Svengali de la pareja para someter a Engels a su control. Tussy se quejó a Laura de que no había podido ver ni hablar a solas con el General desde hacía meses.³¹

* * *

Durante diez años Engels había estado declarando —era casi un mantra— que tenía que completar *El Capital. Volumen III*, y en mayo de 1894 lo hizo, y envió las últimas páginas del manuscrito al editor.³² También envió inmediatamente copias de toda la obra no publicada a Danielson, en San Petersburgo, para una edición rusa.³³ Engels experimentó una increíble sensación de alivio no solo por haber terminado, sino por haberlo hecho a tiempo. Aquel mismo mes le dijo a un colega de Nueva York: “No hace mucho pillé un resfriado, lo que me dejó claro que ahora soy finalmente un viejo. En esta ocasión, lo que anteriormente había sido capaz de superar como una molestia menor, me dejó sin fuerzas durante una semana y me tuvo bajo una supervisión médica draconiana duran-

te más de quince días”. Describió la supervisión médica de Freyberger como enojosamente concienzuda, y la vigilancia de Louise como “duplicada y triplicada”.³⁴

Pero si Engels, a los setenta y cuatro años, notaba que su cuerpo se estaba deteriorando, el tercer volumen del *Capital* (y el hecho de que todavía leía periódicos en nueve idiomas) eran la prueba de que no podía decirse lo mismo de su cerebro. Había heredado de Marx un montón desordenado de textos y notas, y con ello había elaborado una obra de ochocientas páginas que examinaba de modo brillante el capital monopolista y la creación del mercado mundial. El libro describía el desarrollo de esa gran “estafa” llamada la Bolsa³⁵ y la “nueva variedad de parásitos fabulosamente poderosos” que la administraban.³⁶ El *Volumen III* examinaba el sistema crediticio y descubría que bajo el mismo, el esclavo del salario se convertía también en el esclavo del crédito, porque invariablemente consumía más de lo que podía permitirse. Y de un modo más significativo, el libro describía la muerte de todo el sistema debida a una inevitable caída de los beneficios causada por el exceso de ambición del capitalismo.³⁷

Una vez despejado el tema del *Capital*, Engels planificó por fin embarcarse en la biografía de Marx. Tras describir sus muchos compromisos y planes a Laura, dijo: “Esta es mi situación: empiezo ya a notar el peso de mis setenta y cuatro años, y tengo trabajo suficiente para dos hombres de cuarenta. Si pudiese efectivamente dividirme entre el F.E. [Friedrich Engels] de cuarenta y el F. E. de treinta y cuatro, lo que daría justo los setenta y cuatro que tengo, pronto estaría todo a punto. Pero tal como están las cosas, lo único que puedo hacer es seguir trabajando con lo que tengo ante mí y llegar hasta donde pueda y lo mejor que pueda”.³⁸

Aquel verano los Aveling y los Freyberger fueron a París a visitar a los Lafargue. Uno de los biógrafos de Tussy ha sugerido que la visita tuvo como consecuencia una pelea por culpa del rumor de que Louise había tenido un *affair* con Bebel, el líder, casado, del partido alemán.³⁹ Esto habría ciertamente explicado su súbita y más bien extraña unión con Freyberger; Louise estaba embarazada cuando se casó con Freyberger.⁴⁰ En setiembre Louise acusó a Tussy de un “abuso de confianza” por contarle los hechos a Liebknecht, que a continuación los contó a otros hasta que finalmente llegaron a Bebel. De hecho, Bernstein le dijo a Louise que había sido el propio Bebel quien le había explicado el caso a otro miembro del partido, pero esto no acabó con los rumores y los contrarumores.⁴¹

En octubre los Freyberger acompañaron a Engels a la costa inglesa de East-

bourne, donde sufrió una leve apoplejía. No quería que nadie lo supiera, pero Tussy acusó a Louise de divulgar morbosamente el rumor entre los socialistas alemanes que esperaban hacerse con el legado de Marx. Las dos mujeres estaban todavía enfrentadas cuando Louise dio a luz a una niña el 6 de noviembre. Unas semanas antes Engels y los Freyberger se habían trasladado a un nuevo hogar, también en Regent's Park Road, porque la anterior casa de Engels no era lo suficientemente grande para una familia que estaba creciendo.⁴² Estos hechos alarmaron a Tussy hasta unos extremos malsanos. Se sentía completamente abandonada por Engels, que representaba su conexión más íntima con su padre, tanto el hombre como la obra.

Tussy estaba sola en Londres porque los médicos de Edward le habían aconsejado tomarse unas vacaciones. Aparentemente aquejado de problemas renales, había ido a las islas Sorlingas, frente a la costa de Cornualles, a recuperarse. Sus artículos para una revista londinense acerca de su estancia no tenían nada de afligido. Escribía sobre paseos por la playa y los acantilados y de una “muchacha rubia y de ojos azules” que conoció en el barco que tomó en Penzance: “La había visto el día anterior en la oficina de correos de Penzance y me inventé un telegrama para poder utilizar un sello que habían tocado sus manos. Era una muchacha tan natural y sincera como bonita”.⁴³ En el delicado estado en que se encontraba Tussy las indiscretas historias de Aveling le causaron seguramente una gran pena, si no por otro motivo, porque dejaban al descubierto el abismo que separaba su vida, por extravagante que fuese, de lo que ella creía que era su sombría realidad.

Desesperada, Tussy escribió a Laura que su presencia en Londres era muy necesaria: “Es imposible explicar ni en una ni en doce cartas todas las complicaciones”. Tussy decía que Freyberger estaba propagando el rumor entre los socialistas en Londres de que ella y Aveling habían sido expulsados por el General y que *ahora* que las cosas estaban en manos de los Freyberger todo sería diferente”. Acusaba a Louise de propagar la misma historia por toda Alemania junto con calumnias personales respecto a Tussy. “No creo que el viejo General se dé siquiera cuenta de lo que están haciendo con él; ha llegado un punto en que se ha convertido en un niño en manos de esa monstruosa pareja”. Tussy decía que le intimidaban y le hacían ver que estaba viejo recordándole constantemente lo que ya no era capaz de hacer. Expresaba luego su terror ante la posibilidad de que los Freyberger pudiesen ser nombrados albaceas literarios únicos de la obra de Marx, y recordaba a Bebel diciendo que los documentos acabarían cayendo en buenas manos. “Deberíamos preguntarnos a qué manos se refería”, le dijo Tussy a Laura. “Si los extraños lo saben, deberíamos saberlo también nosotros,

porque al fin y al cabo eso es cosa *nuestra* y de nadie más”.⁴⁴

Laura no contestó esa carta, lo que no hizo sino aumentar la preocupación de Tussy. A finales de noviembre, le escribió de nuevo, esta vez junto a Aveling (que la había llevado a nuevos niveles de paranoia). Tussy decía que si los Freyberger no estaban ya en posesión de los papeles de Marx lo estarían muy pronto, y utilizaba una noticia aparecida en una publicación alemana que informaba de que *El Capital. Volumen IV* no sería publicado, como prueba de que Freyberger había persuadido a Engels de que no estaba en condiciones de hacer aquel trabajo. Una vez más le rogó a Laura que fuera a Londres. Aveling añadió su propia nota melodramática: “Ven, ven, VEN. No tienes ni idea de la *importancia* inmediata que tiene”.⁴⁵

Si Tussy se hubiese molestado en pedirle a Engels que le dejara ver su testamento, sus temores podrían haberse aplacado, porque en él se decía explícitamente que Tussy tenía que recibir las obras y las cartas de su padre.⁴⁶ Pero cabe preguntarse si esto la hubiese realmente calmado, porque parecía haber perdido completamente el juicio. Efectivamente, aquella mujer fuerte que se había enfrentado audazmente a los más duros esquiroles, que había hecho de mediadora en disputas políticas muy difíciles, que se había introducido sin miedo en los antros más peligrosos del East End, había perdido su capacidad de comunicarse con un hombre al que conocía de toda la vida y que siempre había querido lo mejor para ella. Por su parte, Engels ignoraba tan absolutamente los temores de Tussy que cuando tuvo conocimiento de ellos su primera respuesta fue decirle a Laura que naturalmente los manuscritos y la correspondencia de Marx le pertenecían a ella y a Tussy. Que no podían tener otro destinatario.⁴⁷

Aveling había planteado el tema de la herencia a Engels mostrándole una carta que Laura le había escrito a Tussy al respecto. Tussy no estaba presente cuando lo hizo, pero sí lo estaban los Freyberger, y Aveling explicó que Freyberger se llevó a Engels aparte para discutir el asunto. Desconocemos cuáles fueron las observaciones que le hizo Freyberger, pero según Aveling, tras escuchar lo que Freyberger tenía que decirle, Engels regresó muy alterado diciendo a gritos que las hijas de Marx estaban involucradas en una conspiración, aunque no llegó a describir en qué consistía dicha conspiración. Le enfurecía la idea de que Tussy y Laura desconfiasen de él. Aveling, por supuesto, solicitó inmunidad, afirmando que él era solo el mensajero.⁴⁸

Previamente, Engels había escrito una carta a “mis queridas niñas”, exponiendo en detalle sus decisiones acerca de los libros pertenecientes a Marx y a él mismo, y acerca de las disposiciones que había establecido para que no solo ellas sino también los hijos de Longuet recibiesen parte de su propio patrimonio. La

carta era afectuosamente generosa, y mostraba que el hombre que se había hecho cargo de la familia Marx durante toda su vida pensaba seguir haciéndolo después de muerto.⁴⁹ Su enojo por los temores de Tussy puede que reflejasen la sensación que tenía de que todos los que le rodeaban estaban esperando que se muriera. Resultaba mortificante para un hombre orgulloso como él, doblemente mortificante porque también él era muy consciente de que más pronto o más tarde tenía que morir. Tenía que completar el trabajo correspondiente a dos vidas, la suya propia y la de Marx, y era lo suficientemente realista como para saber que solo viviría para completar una parte del mismo.

Londres, 1895

En este duro luchador y riguroso pensador late un corazón profundamente afectuoso.

Vladimir Lenin¹

EL INVIERNO DE 1895 FUE UNO DE LOS MÁS FRÍOS registrados en Londres. De enero a marzo una capa de escarcha hizo que el suelo crepitase al ser pisado, mientras un viento que soplabá del nordeste laceraba la piel.² Las cañerías se congelaron y en algunas áreas el transporte quedó totalmente paralizado. Engels le dijo a Kugelmann que la ciudad había retrocedido a la era de la barbarie. Aquel tiempo, sin embargo, le convenía a Engels. Le recordaba Prusia y le hacía sentir dos décadas más joven de los setenta y cuatro años que tenía.³ Sin salir de casa ni apartarse del fuego del hogar, mantuvo una vigorosa correspondencia con miembros del partido y planificó la biografía de Marx que quería escribir. Pero su atención estaba también centrada en Rusia. Mantenía correspondencia con aliados en San Petersburgo y con exiliados en Suiza, y recibía en su casa constantemente a jóvenes visitantes rusos, la mayoría anarquistas. Uno de ellos, conocido simplemente como Stepniak, había huido de Rusia después de asesinar a un militar a plena luz del día en San Petersburgo en 1878.⁴ Stepniak sonreía fácilmente, hablaba suavemente y era retraído, y sin embargo, para el hombre de la calle era la personificación misma del terror: creía que si hombres y mujeres eran asesinados por razones políticas, sus camaradas tenían que responder con la misma moneda.⁵ Otro visitante frecuente era Georgy Plejanov, a quien Tussy consideraba un amigo y que había fundado la primera organización marxista rusa. Tussy tradujo la primera publicación inglesa de Plejanov, *Anarquismo y socialismo*.⁶

Pero el principal corresponsal de Engels en asuntos rusos era Nikolai Danielson. Utilizando a veces un lenguaje cifrado, Danielson informaba a Engels acerca de lo que sucedía allí, en particular de la hambruna que afectaba al campo y de la industrialización de las ciudades, que había elevado considerablemente la temperatura del descontento social. Las ideas de Marx estaban entre las que

absorbían los jóvenes que querían acabar con el régimen zarista, pero que no sabían exactamente cuál era la alternativa o cómo hacerla realidad. Había habido ya numerosos intentos de asesinato del zar, uno de los cuales, en 1887, llevó a la horca a Alexander Ulianov, hermano de Vladimir Illyich Ulianov, el futuro Vladimir Lenin.⁷

En 1894 el tiránico Alejandro III murió y fue sucedido por su hijo Nicolás II. El nuevo zar intentó modernizar la economía, pero no acabó con la represión política.⁸ Engels opinaba que “el pequeño Nicolás nos ha hecho el favor de hacer la revolución absolutamente inevitable”.⁹ Escribió a Danielson: “La producción capitalista labra su propia ruina, y puedes estar seguro de que hará lo mismo en Rusia... En cualquier caso, estoy seguro de que el pueblo conservador que ha introducido el capitalismo en Rusia se quedará un día absolutamente atónito ante las consecuencias de su acción”.¹⁰

Aquel año Vladimir Ulianov (no utilizaría el apodo de Lenin hasta 1901) ingresó en un grupo marxista de San Petersburgo. En 1895 salió de Rusia para visitar a Plejanov y a otros colegas en Europa occidental (fue uno de los pocos rusos que, de manera algo sorprendente, no llamó a la puerta de Engels).¹¹ En París conoció a Lafargue. El francés se quedó atónito al comprobar que los rusos no solo habían leído a Marx sino que habían entendido sus teorías. Le dijo a Ulianov que en Francia, tras veinte años de propaganda, nadie comprendía realmente la obra de su suegro.¹²

En mayo, Engels confió a Laura que sentía unos dolores terribles en el cuello. “El hecho es este. Hace un tiempo me salió un bulto en la parte derecha del cuello que con el tiempo se convirtió en un manojito de ganglios profundamente arraigados infiltrados por alguna u otra causa”. Quería ir a Eastbourne, tal vez confiando –aunque no realmente creyendo– que el legendario aire del mar mejoraría su estado. Los Freyberger le acompañarían, y él insistió en que Laura y Lafargue, así como Tussy y Aveling, también lo hicieran.¹³ De manera significativa, también estaría en el grupo Sam Moore, el traductor inglés de *El Capital. Volumen I* y el abogado de Engels. Moore era un oficial colonial británico en África y estaba en Inglaterra de permiso, y Engels quería que revisase su testamento para evitar toda preocupación que pudiesen tener Tussy y Laura respecto a los escritos de su padre.¹⁴

Engels era un hombre físico y conocía muy bien los signos de una muerte cercana. Apenas podía hablar y estaba tan débil que tampoco tenía fuerzas para escribir: sus cartas, normalmente de muchas páginas, habían quedado reducidas a unas pocas frases, luego a una sola frase, y finalmente, a veces, a una sola pa-

labra y su nombre. De todos modos, el 23 de julio, después de que Laura hubiese regresado a Francia, reunió fuerzas para escribir cuatro párrafos. “Mañana regresamos a Londres. Parece que finalmente se acerca un momento crítico en el campo de patatas que tengo en el cuello, de modo que es posible que se abran los bultos y experimente un alivio. ¡Por fin!”¹⁵ Se acababan de celebrar unas elecciones en Inglaterra y el resultado había sido una derrota total del Partido Laborista Independiente y de los socialistas. Incluso Keir Hardie había perdido su escaño debido al tumulto que había provocado en el Parlamento cuando se opuso a felicitar a la reina por el nacimiento de un hijo de la duquesa de York. Su motivo era muy simple: el Parlamento no había enviado sus condolencias a las familias de 260 trabajadores muertos en un desastroso accidente en una mina.¹⁶ En su carta Engels le decía a Laura que no le sorprendía aquel revés electoral. Él y Marx habían visto cómo la fortuna del socialismo subía y bajaba tan a menudo como el ciclo capitalista de crisis financieras.¹⁷

Engels se mostraba optimista acerca de todo, su salud incluida, pero Moore le confió a Tussy que su condición era grave. “Queda tanto trabajo por hacer del que solo el General podría hacerse cargo”, escribía Moore, “que su pérdida será irreparable desde un punto de vista público; para sus amigos será una calamidad”.¹⁸

Fue también Moore quien le dijo a Tussy que Freddy era su hermanastro, una revelación que haría añicos su frágil mundo.

Entre Tussy y los Freybergers habían surgido tensiones sobre quién tenía derecho no solo sobre los escritos de Marx, sino sobre el dinero de Engels. Tussy llevaba mucho tiempo creyendo que Freddy había sufrido injustamente por lo que ella creía una indiscreción de juventud de Engels y Lenchen, y puede que plantease el tema de que Freddy era el heredero legal de Engels. Freyberger había leído el testamento de Engels y sabía que Engels había designado a Louise entre aquellos que tenían que heredar una parte de la fortuna del General. Si Freddy era el hijo de Engels, la parte de la herencia que le correspondería a Louise se vería, en el mejor de los casos, reducida.

Después de la boda de Louise con Freyberger, según Freddy, sus visitas a Engels se hicieron menos frecuentes, porque había detectado lo que describió como “un gran cambio en el General”. Abreviaba las conversaciones con Freddy y se mostraba mucho más frío con él. Freddy daba a entender que Engels había caído bajo la influencia de los Freyberger y que estos estaban tratando de distanciarlo de él, creía que por motivos económicos. Tussy le había dicho otra vez a Freddy que Engels era su padre, algo, según Freddy, que había irritado profundamente

a Freyberger “porque si Tussy estaba en lo cierto era fácil imaginar lo que esto hubiese representado para ellos”.¹⁹ Desconocemos si Freddy presionó en algún momento a su madre para que le revelase la identidad de su padre, pero parece evidente que si lo hizo, ella no le contó nada. A los cuarenta y cuatro años Freddy seguía sin tener nada más sólido que rumores y directes familiares para explicar su origen paterno. Recordando la misteriosa afirmación de Lenchen en su lecho de muerte acerca de su nombre, se dispuso a descubrir la verdad.

Tussy quería no solo respuestas sino también justicia para Freddy. Habló con Sam Moore e insistió en que Engels era el padre de Freddy, tal vez con la esperanza de que Moore pudiese influir en Engels para que este cambiase su testamento. Pero cuando Moore le preguntó a Engels si era verdad, Engels lo negó con vehemencia. Según Freddy, Engels le dijo a Moore que “podía decirle a Tussy que aquella era una maldita mentira y que él mismo se lo diría también la próxima vez que la viese”. (Freddy recordó que más tarde Moore le dijo que “conociendo al General como lo conozco no creo ni por un instante que él hubiese negado ser tu padre si realmente lo era”.) Pero había más cosas: aparentemente Engels le dijo a Moore que *Marx* era el padre de Freddy, y Moore se lo dijo a Tussy.²⁰

Es fácil imaginar el terror que experimentó Tussy al escuchar estas palabras. Y no es que no se sintiese orgullosa de reconocer a Freddy como hermano, sino que el padre al que idolatraba fuese capaz de abandonar a un hijo y de traicionar a su madre y a Lenchen. El pedestal que había erigido en su corazón y en su mente en honor de su padre se desmoronó en un instante. En una vida de decepciones aquello, sin duda, había sido lo peor. Acusó a Engels de mentir.

El 4 de agosto de 1895 Tussy fue a ver a Engels para plantearle la cuestión. El hecho de que Engels no pudiese hablar hizo que su respuesta fuese aún más devastadora. Engels escribió en una pizarra las palabras que Tussy no quería ver: Marx era el padre de Freddy. Tussy salió rápidamente de la habitación y, olvidando la antipatía que sentía por Louise, se echó en sus brazos sollozando.²¹ Louise, por supuesto, ya conocía la historia. Más tarde diría a sus colegas que Engels le había concedido el derecho a desmentir los rumores de que él había renegado de un hijo, pues no quería que esa mancha en su reputación le siguiese a la tumba. Louise explicaba que mucho tiempo atrás Engels había reconocido ser el padre de Freddy para evitar un desastre en la familia Marx.²²

Al día siguiente de su encuentro con Tussy, Engels murió de un cáncer de garganta.²³

El testamento de Engels estaba en un cajón de su escritorio. Fiel a su palabra,

todos los manuscritos y las cartas de Marx tenían que entregarse a Tussy como albacea literaria. Los muebles y los objetos domésticos de Engels eran para Louise.²⁴ A los miembros del partido en Alemania les dejaba 1.000 libras, todos sus libros y sus propias cartas y manuscritos. Su dinero lo dividía entre Laura, Tussy, los hijos de Longuet y Louise.²⁵ El patrimonio de Engels ascendía a unas 30.000 libras²⁶ (unos 4,8 millones de dólares actuales), y una vez pagados honorarios y legados, cada hija de Marx recibió unas 5.000 libras.²⁷ Hasta entonces se habían habituado a vivir con unas 150 libras al año.

Tussy tenía ahora más dinero del que necesitaba pero había perdido todo lo demás. Más que las otras hijas de Marx había confiado en Engels como un padre, un refugio, un amigo y un mentor. Había sido como una roca a la que agarrarse en su turbulenta vida, pues era mucho más fiable que sus dos padres, y en este sentido solo estaba por detrás de Lenchen. Ahora ya no estaba, y por un cruel golpe del destino con él se habían ido todas las ilusiones que se había hecho respecto a su padre. También Freddy se quedó un poco desorientado. Le habían hecho creer que Engels era su padre solo para desmentírselo en el lecho de muerte de Engels. Le dijeron entonces que su padre era Marx, pero en su mente siguió pesando la incertidumbre. Escribió a Laura para decirle que él y Tussy tenían motivos para creer que él era hijo de Marx. Años más tarde Freddy le dijo a Longuet: “ Laura me escribió sin negar ni confirmar lo que yo le había dicho, pero observando que si mi madre y los demás no habían dicho nada al respecto durante todos esos años, tendrían sin duda buenos motivos para no haberlo hecho”.²⁸

La última voluntad de Engels fue que sus cenizas fuesen echadas al mar, sin funeral público. Eastbourne, cerca de Brighton, era su lugar favorito en la costa, con sus escarpados acantilados calcáreos de casi 200 metros de altura sobre las turbulentas aguas del océano. Así pues, fue a Eastbourne donde Tussy y Aveling, acompañados por el viejo socialista Lessner y el representante de la nueva generación, Bernstein, se dirigieron el 27 de agosto para alquilar un bote para despedir al General. Pese a que el mar estaba agitado, remaron unos ocho kilómetros por el Canal de la Mancha hasta que finalmente pudieron parar y vaciar la urna que contenía las cenizas de su inolvidable amigo en las oscuras aguas del Canal.²⁹

Lenin diría más tarde con toda claridad: “Los servicios que Marx y Engels han hecho a la clase obrera pueden expresarse en pocas palabras de esta manera: enseñaron a la clase obrera a conocerse a sí misma y a ser consciente de sí misma, y sustituyeron sus sueños por el conocimiento científico”.³⁰

Tussy cogió el testigo que había cogido Engels a la muerte de Marx, decidida a publicar tantas obras de su padre como fuera posible. Siempre había mantenido un ritmo frenético, pero ahora puso la directa. Daba charlas y conferencias continuamente, y cuando no las daba, escribía; y cuando no escribía acudía a mítines. Era como si no quisiera parar de moverse por temor a lo que encontraría si lo hacía. Con una vida agitada en extremo, aquel otoño tomó una decisión que podía darle un poco de estabilidad: compró una casa al sur de Londres, en Sydenham, en una calle llamada Jews Walk [el Camino de los Judíos], como subrayó con orgullo.³¹ Sydenham era un barrio no muy diferente de Maitland Park, pero más remoto y por tanto dentro de su presupuesto. Tussy era consciente, aunque Aveling no lo fuese, de lo rápidamente que podía desvanecerse el dinero de Engels, y de que una vez desvanecido no tendrían con qué sustituirlo. Se apresuró a decirle a Laura que si bien ella había pagado la casa, Aveling había pagado los muebles, comentando que unas propiedades que tenía habían aumentado de valor.³² Resulta difícil imaginar que Aveling tuviese ‘propiedades’. De hecho, puede que le contase a Tussy esa historia para justificar una súbita entrada de dinero: su esposa, Bell, había finalmente muerto, y como él esperaba y confiaba, su patrimonio (aunque muy mermado) había ido a parar a sus manos pese a que llevaban décadas separados.³³

También Tussy tenía ahora algo de su propiedad, y poco después de la muerte de Engels redactó su propio testamento. Identificándose como Eleanor Marx Aveling, esposa de Edward Aveling, legaba a este todo su patrimonio y todos sus intereses en las obras de su padre, dejando a los hijos de Longuet los *royalties* correspondientes. Un año más tarde, sin embargo, corrigió el documento para especificar que los *royalties* los cobraría Aveling mientras este estuviese vivo, y los hijos de Longuet después de su muerte.³⁴ Algunos han sugerido que Aveling presionó a Tussy para que introdujese esta enmienda en el testamento; Freddy dijo que Tussy “había sido hipnotizada por aquel bastardo”.³⁵ Era realmente extraño que demorase el beneficio para los hijos de Longuet; Tussy compartía con Laura la responsabilidad de sus sobrinos y se consideraba una segunda madre para Johnny.

Los hijos de Longuet estaban realmente necesitados de ayuda. Longuet era sumamente afectuoso con ellos, pero simplemente no podía criarlos solo.³⁶ Era en muchos sentidos igual que Marx: un bohemio y un político con problemas financieros pero sin el apoyo de una esposa o de una Lenchen, y sobre todo sin un Engels que le echase una mano en los momentos de apuro. Tras la muerte de su madre en 1891 había empezado a confiar gradualmente en Laura y en Tussy. Laura se hacía frecuentemente cargo de Jenny, conocida como Mémé, y Tussy ve-

laba por Johnny, tanto durante sus visitas a Londres como desde la distancia, una vez que Johnny regresaba a Francia para estar con su padre.³⁷ Le preocupaba que, pese a ser un chico con talento, Johnny fuese perezoso.³⁸ A los diecisiete años era consciente de que había decepcionado a su tía por no haber elegido todavía una carrera. Ella le había sugerido medicina, química o ingeniería, pero él le había dicho a Engels que no tenía interés en ninguna de estas especialidades y temía que no podría destacar en ninguna.³⁹ Dos años más tarde Johnny le envió a Tussy un artículo que había escrito, y si bien ella dijo estar “muy orgullosa de mi hombrecito”, se quedó horrorizada de las posibles consecuencias de aquella elección. “No me gustaría que fueras periodista por nada del mundo... Ganarse la vida escribiendo para un periódico es, a fin de cuentas, verse obligado a vender tu pluma y tu conciencia”.

La muerte de Engels había demostrado ser el catalizador de una reconciliación entre Laura y Tussy tras veintitrés años de tensas relaciones. Sus cartas estaban ahora libres del calor artificial que las había caracterizado durante aquel periodo. Tussy bromeaba diciendo que Laura había heredado la belleza y el talento de su madre para escribir cartas, mientras que su propia herencia se limitaba a tener la misma nariz que su padre.⁴¹ Tussy había sido conservadora en su elección de residencia comprada con el dinero de Engels, pero Laura y Lafargue no habían sido tan comedidos. Habían comprado una casa de campo a unos treinta kilómetros al sur de París, en Draveil. La casa tenía treinta habitaciones, un pabellón, una sala de billar, un estudio y un jardín de invierno, así como jardines, un huerto, cien aves de corral y docenas de conejos y ovejas.⁴² Tras años de vivir al borde de la ruina financiera, Laura y Lafargue —que entonces tenían cincuenta y cincuenta y tres años respectivamente— disfrutaban de su hogar y de la seguridad proporcionada, como siempre, por Engels.

Tan bucólica como era ahora la vida de los Lafargue, la de Tussy se había complicado un poco más. La primavera de 1895 los socialistas organizaron una jornada de entretenimiento para recaudar fondos para la preparación del Cuarto Congreso de la Segunda Internacional, que tenía que celebrarse en Londres el verano de 1896. Aveling organizó el acto y programó una de sus obras, *En el tren*.⁴³ Era una obra en un acto que requirió los servicios de una actriz llamada Lillian Richardson. Aveling interpretó el otro papel principal, y más tarde Will Thorne comentó que Aveling había establecido una relación “muy familiar” con la señorita Richardson. (Una nota en la prensa socialista la describía como el tipo de compañera de viaje de la que cualquiera podía enamorarse.)⁴⁴ De repente Aveling pareció inclinado una vez más a tratar de montar sus obras en el West

End. Y debido a que él y Tussy vivían ahora a un viaje en tren de distancia de la ciudad, Aveling estaba ausente muchas horas, a veces toda la noche.

Es posible que Tussy ni se diese cuenta. Estaba absorta en sus diversas tareas y revisando los escritos de su padre. Quería ver publicado *El Capital. Volumen IV*, y dio también a la imprenta otros escritos de Marx, incluida una colección de artículos inicialmente publicados en el *Tribune* que tituló *Revolución y contrarrevolución en Alemania en 1848*, una valiosa historia de aquel período. (Años más tarde se determinó que la mayoría de los artículos eran de Engels, no de Marx, pero en aquel momento Tussy no lo sabía y siguió adelante con el proyecto.) A los cuarenta y un años trabajaba tan febrilmente como lo había hecho Engels durante sus últimos años de vida, cuando conscientemente había emprendido una carrera contra el reloj.

Los amigos más cercanos a Tussy durante este período eran Laura, Freddy, Will Thorne y su esposa, Ede Bernstein, Karl Kautsky, y el viejo y leal amigo Liebknecht, que la había conocido desde que era una niña.⁴⁵ Es posible que ella se aferrase a Liebknecht debido a la conexión de este con su juventud, y es posible que él sintiese que había heredado el deber de protegerla ahora que Engels ya no estaba. Durante los dos primeros años desde que Tussy se mudó a Sydenham, Liebknecht viajó tres veces desde Alemania para visitarla. A sus setenta años, no debieron de ser viajes fáciles para él. La primavera de 1896 Tussy y Liebknecht dieron un paseo por el pasado. Fueron a Dean Street, que ella era demasiado joven para recordar, y a Grafton Terrace, el marco donde había transcurrido su juventud. Visitaron las tabernas favoritas de la familia cerca de Hampstead Heath, y Liebknecht le contó anécdotas que seguramente Tussy conocía de memoria pero que estuvo encantada de escuchar de nuevo,⁴⁶ anécdotas fabulosas de su infancia que ahora eran cuerdas de salvamento. Pero Tussy también estaba interesada **YX579** en las historias sin adornos de la familia. Desde la muerte de Engels, la figura de su padre se había humanizado para ella y sus puntos débiles se habían hecho evidentes, pese a que para los miembros del partido seguía siendo un gigante. Cuando Liebknecht publicó sus recuerdos de Marx aquel año, Kautsky temió que los detalles relativos a su afición a la bebida, a su pobreza y a sus hábitos personales harían un daño irreparable a su memoria. Pero Tussy le dijo a Laura que si bien el relato de Liebknecht era confuso, no estaba de acuerdo con la opinión de Kautsky según la cual humanizar a Marx equivalía a socavar sus enseñanzas. “Al fin y al cabo, el Marx ‘político’ y el Marx ‘pensador’ pueden asumir ese riesgo, mientras que Marx el hombre (el ‘mero hombre’ como dice Kautsky) es menos probable que salga bien parado”.⁴⁷ De hecho, le dijo a Kautsky en una carta, el libro de Liebknecht podía

ser muy útil, porque Marx “el *hombre* es menos conocido y mucho más incomprendido”.⁴⁸ Incluso estuvo de acuerdo con la publicación de algunas de las cartas personales de Marx, aunque ello le resultó personalmente penoso; sabía cómo odiaba su padre ver su vida privada “arrastrada por el fango de la política”.⁴⁹ Habiendo vivido una mentira durante toda su vida, Tussy parecía impaciente porque al menos parte de la verdad fuese conocida.

Aquella impaciencia se puso totalmente de manifiesto unos meses más tarde. En julio, Tussy organizó una fiesta en su casa para los delegados al Congreso de la Segunda Internacional. La socialista alemana Clara Zetkin, que se había convertido en su amiga íntima, describió la escena años más tarde al director del Instituto Marx-Engels de Moscú. Le dijo que Tussy le había anunciado una gran sorpresa, y luego la separó de los demás para presentarle a un hombre más bien joven y algo encorvado. “Querida Clara, déjame que te presente a mi hermanastro, el hijo de Nimmy [Lenchen] y del Moro”. Zetkin dijo que la presentación la dejó profundamente impresionada pero que pareció incomodar a Freddy, por lo que se pusieron a hablar de política y evitaron toda referencia a cuestiones personales. Aquella misma noche, Tussy le dijo a Clara que su padre y Engels habían mentido, pero que habían hecho lo correcto porque, pese al gran amor que sentía su madre por Marx, no podría haber soportado la traición y el escándalo. Pero Tussy también le dijo que le sabía mal que después de la muerte de su madre, Marx no hubiese contado la verdad a sus hijas. Conjeturó que en su desesperación por la muerte de su esposa y de su hija Jennychen, no había pensado en ello, aunque esta explicación le parecía muy pobre a Tussy. Le resultaba difícil imaginar que su padre no hubiese sido consciente de aquella omisión. Tussy dijo lamentar no haber tenido conocimiento antes de que Freddy era su medio hermano, porque habría tratado de relacionarse más con él, aunque, según le dijo a Clara, estaba tratando de recuperar el tiempo perdido.⁵⁰

A finales de 1896 Tussy parecía haberse reconciliado con el pasado oculto de su familia. Lamentaba algunas cosas y tenía cicatrices profundas, pero igual que su madre había aprendido a vivir con ellas. Por necesidad, Tussy había llegado a la conclusión de que un hombre puede ser a la vez grande y tener muchos defectos, y que pese a sus defectos puede ser digno de ser amado. Pensaba eso de su padre y también había llegado a pensarlo de Aveling.

Londres, 1897

No creo que ni tú ni yo hayamos sido particularmente malas personas, y sin embargo, querido Freddy, realmente parece que estemos siendo castigados.

Eleanor Marx¹

EN ENERO, AVELING PRODUJO UNA de sus obras para recaudar dinero para una serie de clases de ciencia que quería dar. La protagonizaba con él la hija de un profesor de música de veintidós años. Su nombre era Eva Frye, pero era la misma actriz que había aparecido con él un año antes con el nombre de Lillian Richardson.² Aveling, que ahora tenía 47 años, habría estado encantado de tener todavía los medios para seducir y conquistar a una mujer a la que le doblaba la edad. Su vida con Tussy se había convertido en una relación laboral, y ahora que Engels había muerto, en una relación cómoda, además. Por otra parte, Tussy ya no era la dinámica joven descrita en su día por un revolucionario ruso como “esbelta y seductora”. Con los años su cuerpo se había expandido y parecía más baja y más gruesa. También se parecía más a su padre. Si era alguna vez descrita como hermosa, sería por su belleza interior. Tussy era lo contrario de una actriz del West End, y esto último, aparentemente, era lo que perseguía Aveling.

Aveling daba clases de ciencia cerca del barrio del teatro, lo que le proporcionaba una excusa para estar en la ciudad hasta tarde y también para estar cerca de Eva. Debía de estar locamente enamorado. Durante años había tenido fama de ser muy mujeriego, y la verdad es que era muy galante con ellas. Pero en el caso de Eva, Aveling quería algo más que una aventura. Es posible que fuera por la edad; puede que temiera que ella se cansara pronto de un hombre mayor sin posibilidades reales en el teatro. O puede que se sintiese preocupado por su salud; hacía dos años que tenía un absceso en el costado y no se encontraba bien.

Fuera cual fuese el motivo, el 8 de junio Aveling se casó con Eva en Chelsea, donde residía ella. El acta matrimonial le identificaba como Alec Nelson, viudo. No hacía ninguna mención a su “esposa” Eleanor, con la que todavía vivía.³ A finales de junio fue a St. Margaret’s Bay, y le dijo a Tussy que necesitaba hacer

aquel viaje por razones médicas, aunque evidentemente era su luna de miel con Eva.⁴ Estuvo fuera unas dos semanas y cuando regresó a Londres se mudó de nuevo a Jews Walk con Tussy. Pero en agosto ya se había ido. Se llevó todo lo que podía vender y ni siquiera le dio su dirección a Tussy, diciéndole que si necesitaba contactarle podía hacerlo por medio de un actor conocido de ambos.⁵

Es lógico suponer que durante las semanas transcurridas entre la boda de Aveling con Eva y el día que dejó Sydenham hubo peleas en Jesus Walk. También es probable que durante los meses en los que la aventura de Aveling estaba alcanzando un elevado grado de apasionamiento la relación entre él y Tussy fuese como mínimo tensa. De todos modos es poco probable que nada hubiese preparado a Tussy para la partida abrupta y sin escrúpulos de Aveling. No sabía por qué se había ido, solo que se había ido. Tussy se confió a Freddy y en una intrincada carta le rogó que la acompañase a un mitin socialista al que creía que podía asistir Aveling. “Si aparece por allí podrías discutir con él la situación; no creo que se atreva a marcharse delante de tanta gente”. Le había escrito a Aveling muchas cartas a través del actor al que él había designado como intermediario, pero no había recibido respuesta. Le dijo a Freddy que sabía que escribir a Aveling era una muestra de debilidad, pero “no se pueden borrar catorce años de una vida como si no hubiesen existido”.⁶

No sabemos si Freddy llegó a contactar a Aveling, pero al día siguiente recibió una nota de Edward en la que le decía: “He regresado. Estaré en casa mañana por la mañana”. Esto fue seguido por un telegrama que decía: “Estaré en casa sin falta a la una y media”. Tussy escribió a Freddy después del regreso de Aveling diciéndole que su “esposo” pareció sorprendido de que ella no hubiera saltado a sus brazos. “No me dio ninguna excusa ni explicación... Y por tanto le dije que... teníamos que hablar de cosas prácticas y que nunca olvidaría la forma en que me había tratado. Y él no dijo nada más”. Tussy le pidió a Freddy que fuese a su casa para que Aveling pudiese hablar con ellos dos.⁷ También se mencionó al abogado Arthur Wilson Crosse, que se había encargado del reparto de los bienes de Engels y que había redactado el testamento de Tussy.⁸ Desgraciadamente es mucho lo que no se dice en estas cartas y no tenemos la respuesta de Freddy a mano, por lo que solo podemos deducir lo que sucedió realmente en Sydenham. Si en un cara a cara con Aveling tenían que estar Tussy y Freddy es que el tema a discutir era la paternidad de Freddy. Si Crosse estaba implicado puede que fuese porque Tussy quería corregir su testamento a favor de Freddy, algo que Aveling no habría tolerado. (El caso es que Aveling ya se había gastado la mitad del dinero que Tussy había heredado de Engels solo dos años antes.) Ahora que tenía que mantener dos casas, cosa que no se podía permitir,

puede que Aveling estuviese tratando de hacer chantaje a Tussy para que le diese dinero amenazándola con hacer pública la historia del nacimiento de Freddy. Una cosa era que unos cuantos miembros selectos del partido conociesen la verdad y otra muy distinta que la historia fuese ampliamente divulgada.

El 2 de setiembre Tussy escribió a Freddy: “Ven esta noche si te es posible hacerlo. Es vergonzoso ponerte esta carga, pero estoy muy sola y tengo que hacer frente a una situación terrible –la ruina total, hasta el último céntimo– o la vergüenza ante el mundo. Es terrible. Peor de lo que nunca hubiera imaginado. Sé que tengo que tomar una decisión final... Así que, mi querido Freddy, ven, estoy destrozada. Tuya, Tussy”.⁹

Freddy despreciaba a Aveling, así que tuvo que dolerle profundamente que Aveling y Tussy llegasen a alguna clase de acuerdo para seguir juntos. A finales de setiembre viajaron a Draveil para pasar unos días con Laura y Lafargue en su nueva y fastuosa casa. Laura no detectó ninguna tensión y Tussy no le dijo nada de los dolorosos episodios de aquel verano. La única persona que estaba al corriente de todo era Freddy.

De regreso a Londres Tussy se puso a trabajar inmediatamente para la Amalgamated Society of Engineers, que estaban haciendo huelga para conseguir la jornada de ocho horas. Tussy se refirió a la huelga ni más ni menos que como una “guerra civil”¹⁰; su forma de hablar se había radicalizado, lo que seguramente reflejaba la confusión de su vida personal. William Collison, fundador de la Free Labour Association, renovó su amistad con Tussy por aquella época.¹¹ Se conocían desde 1890, cuando ella estaba conspirando para organizar el primer Primero de Mayo en Londres, y enseñando a leer y a escribir a Will Thorne, “ese magnífico hombre”. Collison la describía como una mujer sin religión pero sostenía que su actitud era en todos los sentidos cristiana. Y sin embargo, desgraciadamente para ella, había encontrado un hombre que era un “haragán inmoral. Los defectos que le había perdonado con el argumento de la pobreza no hicieron sino intensificarse cuando él entró en el reino de una relativa prosperidad. Se volvió inaguantable, pero ella se lo aguantaba todo”.¹²

La asociación de Collison proporcionaba trabajadores no sindicados y era utilizada a menudo por los patronos como fuente de esquirols para romper huelgas, pero por consideración a Tussy procuró que sus trabajadores no interviniesen en contra de la huelga de los maquinistas.¹³ Durante ese período Collison recordaba haberse encontrado con Tussy en la calle, cerca de Chancery Lane, donde ella guardaba algunos de los papeles de su padre: “En verdad, creo que ya estaba muerta entonces. Muerta por dentro y muerta de toda esperanza

como mujer. Apenas dije nada cuando nos encontramos a la puesta del sol y bajo un fuerte viento... pero sí me di cuenta de cómo se había marchitado su belleza, de su mirada desesperada y de la pena inscrita en las profundas arrugas que surcaban su boca. Me pareció que estaba muy nerviosa. Llevaba una especie de boa o un largo pañuelo de encaje alrededor del cuello y no dejaba de tocarlo nerviosamente".¹⁴

En enero, pese a haber recibido fondos del exterior en apoyo de la huelga, los maquinistas pusieron fin a su protesta sin haber conseguido nada.¹⁵ Aquella fue la última batalla profesional de Tussy; todas las demás serían personales.

En aquel momento la preocupación principal de Tussy era Aveling, que además del absceso en el costado también había desarrollado una congestión pulmonar y una pulmonía. Tussy le dijo a Laura que era un esqueleto y que los médicos le habían advertido que un simple resfriado podía ser fatal. Ella quería que fuese a la costa para respirar aire puro y tomar baños de sol, pero no podía permitirse ir con él, ya que los cuidados médicos recibidos durante las semanas transcurridas desde su regreso de Francia habían reducido considerablemente sus escasos ahorros.¹⁶ George Bernard Shaw describió a Aveling como de regreso a su vieja costumbre de pedir dinero sin la menor intención de devolverlo. Pero había demasiadas personas escarmentadas por su actitud y recibió más encogimientos de hombros que ayudas.¹⁷

El 13 de enero Aveling fue a la costa solo, y el mismo día Tussy escribió a Freddy:

A veces tengo la misma sensación que tú, Freddy, de que nada nos saldrá bien. Me refiero a ti y a mí. Naturalmente, la pobre Jenny tiene su parte de problemas y de dolor, y Laura ha perdido a sus hijos. Pero Jenny se alegró de morir, y su muerte fue muy triste para sus hijos, pero a veces pienso que fue lo mejor para ella. No desearía que Jenny hubiese vivido una vida como la que he tenido que vivir yo.¹⁸

A su regreso, la salud de Aveling no había mejorado mucho. Viajaba a menudo a Londres para ir al médico, pero no dejaba que Tussy le acompañase. (Sin duda también utilizaba sus viajes para ver a Eva.) Tussy estaba muy preocupada, por su salud y por su situación económica. "A veces me pregunto cómo consigo resistir", le dijo a Natalie Liebknecht".¹⁹

Tussy se había hecho amiga de una socialista llamada Edith Lancaster cuya familia la había encerrado en un psiquiátrico porque los había avergonzado teniendo una aventura extramarital.²⁰ (En el siglo XIX una mujer era esencial-

mente propiedad de su padre o de su esposo, y en casi todos los procedimientos legales su palabra tenía muy poco peso frente a la de ellos.) En una carta de 1898 a Lancaster, Tussy decía: “A veces me pregunto por qué tenemos que aguantar todos estos terribles sufrimientos. No le diría esto a mi pobre Edward, por supuesto, pero a menudo pienso que sería mucho más fácil acabar con todo. Sobre todo yo que no tengo niños pequeños como tú”.²¹

La situación empeoró aún más en febrero. Los médicos de Aveling decidieron que era necesario extraer quirúrgicamente los purulentos abscesos que hacían imposible la mejora de su salud. No cabía duda de su importancia, pero Tussy temía no poder asumir el coste y tenía la vaga sensación de que a Aveling le pasaba algo más. Le confió a Freddy que estaba segura de que había cosas que Aveling no le contaba. “Ya sé que es muy egoísta por mi parte, pero, querido Freddy, tú eres la única persona con la que puedo ser completamente sincera... tú ya sabes lo que pasa y lo que te digo a ti no podría decírselo a nadie más”.²² Tussy quería que Freddy fuese a Jews Walk pero él se negaba: no podía soportar la presencia de Aveling. Comprendía su reticencia, pero le explicó:

Hay personas que carecen de un mínimo sentido moral, del mismo modo que hay personas sordas o cortas de vista o con otros defectos. Y empiezo a darme cuenta de que es igual de injusto culpar a unas personas que a otras por estas carencias. Hemos de esforzarnos en curarlas, y si no es posible hacerlo, hemos de hacer lo que podamos. He aprendido esto a base de sufrimientos... y me estoy esforzando en sobrellevar estas pruebas de la mejor manera posible.²³

Dos días más tarde añadió: “Hay una máxima francesa que dice: ‘comprender es perdonar.’ El sufrimiento, a mí, me ha enseñado a comprender, y por eso no tengo necesidad de perdonar. Solo puedo amar”.²⁴

Aveling ingresó en el University College Hospital el 8 de febrero y fue operado el día 9. Tussy alquiló una habitación cerca del hospital para poder estar de guardia noche y día.²⁵ Nueve días más tarde los médicos le dieron de alta y le sugirieron que fuese a Margate, en la costa, a recuperarse. Era un gasto que Tussy no podía asumir ni rechazar. Esta vez acompañó a Aveling.²⁶

Basándose en las cartas de este período, muchos de los corresponsales de Tussy habrían pensado que era la misma enérgica mujer que había sido siempre, que discutía sobre la política del partido, sobre la historia del movimiento, sobre su propia obra. Pero ante sus amigos íntimos, especialmente para Freddy y para Natalie Liebknecht, expresaba abiertamente su desesperación.²⁷ El 1 de marzo escribió a su medio hermano:

Queridísimo Freddy,

Tè ruego que no consideres como una negligencia que no te haya escrito. El caso es que estoy agotada y a menudo no tengo fuerzas para escribir... Estoy pasando una mala época. Me temo que no me queda esperanza, y el dolor y el sufrimiento son muy grandes... Estoy dispuesta a irme y a hacerlo contenta. Pero mientras él me necesite estoy obligada a quedarme. Lo único que me ha ayudado es la amistad que me habéis mostrado desde diversos frentes. No tengo palabras **YX585** para decirte lo buenas que han sido conmigo varias personas. Y el caso es que no sé por qué.²⁸

Tussy y Aveling regresaron a Londres el 27 de marzo. Cuatro días más tarde Tussy se quitó la vida.²⁹

La rendición de Tussy fue el resultado final de una poderosa cascada, una inundación. Pero la razón inmediata más probable de su suicidio fue una carta que había recibido la mañana del 31 de marzo. Un compañero socialista dijo que la nota proyectaba “una luz muy negativa” sobre una determinada persona –sin lugar a dudas, Aveling– y es probable que la carta informase a Tussy del matrimonio de Aveling con Eva.³⁰ En su declaración ante el juez de instrucción, Aveling dijo que no habían discutido aquella mañana, y la doncella no mencionó ninguna pelea.³¹ Es muy posible que no hubiese necesidad de lágrimas ni de ira porque Tussy supo inmediatamente qué medida iba a tomar. Le había dicho a Freddy que lo único que la mantenía viva era su obligación de cuidar de Aveling. Dijera lo que dijese la carta, la liberaba de aquella obligación.

A las diez de la mañana Tussy envió a su doncella, Gertrude Gentry, a una farmacia local con una nota y una de las tarjetas de Aveling que le identificaba como Dr. Edward Aveling. La nota solicitaba cloroformo y ácido prúsico (hoy conocido normalmente como cianuro) y añadía que era para sacrificar a un perro. Gentry regresó con aquellas sustancias químicas y un libro para que Tussy firmase en él, porque la venta de aquellas sustancias estaba restringida. Tussy firmó en el registro “EM Aveling”.

Aveling estaba en casa cuando Tussy solicitó el veneno, pero se marchó antes de que Gentry regresase con el paquete. Dijo que se iba a Londres, aunque el día anterior había estado tan débil que no podía sostenerse en pie. Tussy le pidió que no se marchara pero Aveling ignoró su petición, dejándola sola y a la espera del veneno, perfectamente consciente del alcance de su engaño. Luego subió a su habitación y escribió tres cartas, una a su abogado, Crosse, en la que incluyó la carta que había recibido aquella mañana.³² Otra era para Aveling:

“Querido. Pronto todo habrá terminado. Mi última palabra es la misma que he pronunciado durante todos estos largos y tristes años: amor”. Finalmente escribió a su sobrino: “Mi querido Johnny. Mi última palabra te la dirijo a ti. Procura ser digno de tu abuelo. Tu tía Tussy”.³³

Cuando Gentry regresó de la farmacia fue a la habitación de Tussy y la encontró tumbada en la cama, desnuda. Respiraba pero no tenía buen aspecto. Gentry le preguntó si se encontraba bien y al no obtener respuesta decidió avisar a un vecino. Cuando este llegó Tussy ya estaba muerta.³⁴

Mientras, Aveling había tomado el tren a Londres y había ido directamente a la sede de la Federación Socialdemócrata. Allí habló con uno de los miembros de la Federación y se aseguró de que este comprobase la hora exacta que era.³⁵ Ede Bernstein dijo que Aveling sabía que Tussy planeaba suicidarse, y sus amigos dedujeron que quería que quedase clara la hora para exculparse de la muerte de Tussy.³⁶ Adónde fue después de abandonar la sede de la Federación es un misterio, pero no regresó a Sydenham hasta las cinco de la tarde. Cuando llegó, con el cuerpo de Tussy todavía en la cama, buscó inmediatamente y encontró las cartas que Tussy le había escrito a él y a Crosse. Trató de destruirlas pero el agente judicial que estaba presente se lo impidió.³⁷

Muchos años antes, cuando Tussy había tratado de quitarse la vida con una sobredosis de opio, Havelock Ellis había comentado que sus amigos quedaron consternados pero no sorprendidos. En 1898 sus amigos todavía se sorprendieron menos. Su suicidio solo pilló desprevenidas a dos personas: Liebknecht (que acababa de salir de la cárcel a mediados de marzo tras cumplir una condena de cuatro meses, no pudo comprenderlo; no creía que Tussy fuera una suicida ni que Aveling la hubiese impulsado a quitarse la vida³⁸), y Laura (pese a que sus relaciones se habían normalizado Tussy no confió en ella. Laura estaba convencida de que la vida en Jews Walk era una vida feliz. Cuando supo que Tussy había muerto estuvo inconsolable.³⁹ Su reacción fue sin duda de sorpresa y de dolor, pero también de culpabilidad por el hecho de haber estado tantos años distanciadas a causa de Lissagaray, un hombre que últimamente había desempeñado un papel muy poco importante en sus vidas.)

El 5 de abril Tussy fue incinerada en la Necropolis Station de Waterloo. Llegaron coronas de los partidos obreros y socialistas de toda Europa. Los dolientes que se habían reunido dos años antes en aquel mismo lugar para los ritos fúnebres de Engels habían lamentado su pérdida pero también habían señalado que había tenido una vida plena y gratificante. El funeral de Tussy fue muy diferente. Las personas que asistieron al mismo estaban realmente apenadas, no solo

por su muerte en lo que podían haber sido los mejores años de su vida, a los cuarenta y tres años, sino por lo mucho que había sufrido. Lafargue estaba allí, y también Johnny Longuet, Hyndman, Bernstein, Will Thorne y otros muchos amigos del partido y del movimiento. Aquellos cuya pena era demasiado grande para airearla en público, Freddy y Laura, no asistieron al funeral.⁴⁰

Varias personas hablaron en el funeral, Aveling entre ellas. El reportaje de un periódico obrero lo describió como “frío y teatral en su forma de hablar y en sus modales”. Bernstein comentó: “Si no hubiera tenido en cuenta el interés del partido, la gente habría descuartizado a Aveling”.⁴¹ Bernstein habló en nombre de los socialistas alemanes. Él y su esposa se habían hecho muy amigos de Tussy después de la muerte de Engels, y más tarde escribió que había pasado muchas noches insomne después del suicidio de Tussy, culpándose por no haber sabido apartarla de la funesta influencia de Aveling. Finalmente habló Thorne. Un informe de prensa dijo que las palabras de aquel gigantesco trabajador resultaron apenas audibles a causa de sus sollozos.⁴²

* * *

Después del suicidio de Tussy y antes de su incineración, la oficina del juez de Sydenham ordenó la apertura de una investigación sobre su muerte. El caso generó una atención considerable en la prensa local, que cubrió la historia con el titular “Trágico suicidio en Sydenham”. Aveling fue llamado a testificar y lejos de parecer afligido dio muestras de fanfarronería. A la pregunta: “¿Era su esposa, la fallecida?”, contestó con descaro: “¿Se refiere a si lo era legalmente o no?” (Finalmente se decidió por esto último). Aveling dijo no estar seguro de la edad de Tussy y manifestó que gozaba de buena salud, aunque había amenazado varias veces con quitarse la vida. También declaró que Tussy había dicho varias veces: “Juntos podemos acabar de una vez por todas con estas dificultades”. Luego subió Gentry al estrado y explicó la cronología de los hechos la mañana del 31 de marzo. Finalmente se llamó a declarar al farmacéutico, George Edgar Dale. Este podía tener problemas con la justicia porque había dado veneno a una persona que no estaba autorizada a recibirlo: “Yo pensé que el Dr. Aveling era un hombre cualificado. Pensé que estaba autorizado a enviárselo”. Había creído que Aveling era médico y que la nota la había escrito de su puño y letra.⁴³

El 4 de abril el jurado emitió un veredicto de suicidio en estado de enajenación mental temporal. El juez de instrucción devolvió a Aveling las cartas que Tussy le había escrito a él y a su abogado el día de su muerte. Aveling las destruyó.⁴⁴ Paul Lafargue y Charles Longuet habían asistido a la investigación, y al ter-

minar esta fueron con Aveling a un *pub* cercano. No sabemos si se compadecían de Aveling por la muerte de Tussy o si le despreciaban por su comportamiento altanero ante el juez de instrucción. Lo único que sabemos es que Longuet y Lafargue querían que Aveling fuese con ellos a ver al abogado de Tussy. Aveling se negó.⁴⁵ Al día siguiente asistió a un partido de fútbol,⁴⁶ y al parecer sus problemas, de momento, se habían resuelto. Con la muerte de Tussy había heredado casi 2.000 libras en metálico y 1.400 libras en propiedades⁴⁷ y podía irse a vivir a tiempo completo con su encantadora y joven esposa, Eva.

Desde que le conocían, los amigos de Tussy habían despreciado a Aveling, pero después del suicidio de Tussy, su odio no conoció límites. Bernstein había tenido conocimiento de su boda secreta y creía que Aveling era directamente responsable de la muerte de Tussy, si no culpable de ella. Quería que fuese procesado por ello.⁴⁸ Para llamar la atención sobre el caso publicó las últimas cartas de Tussy a Freddy en la revista socialista de Kautsky, *Die Neue Zeit*, junto con un artículo muy crítico con Aveling. El reportaje fue comprado y publicado por la prensa socialista de Londres, pero no había base suficiente para una acusación formal, y a finales de verano los amigos de Tussy se vieron obligados a dejarlo correr. Lo único que pudieron hacer fue evitar a Aveling (que muy pronto fue visto en un elegante restaurante de Londres acompañado de una jovencita).⁴⁹

De acuerdo con el testamento de Tussy, Aveling recibió todos los intereses y derechos de la obra de Marx, y no tardó nada en publicar otra traducción de una obra –*Valor, precio y beneficio*, de Marx– que Tussy y él habían estado editando. En la introducción decía que, si bien él había colaborado, “la parte más importante del trabajo la ha hecho aquella cuyo nombre aparece en la portada”, o sea, Tussy. A continuación se dedicaba a ensalzar su propio trabajo: “A menudo me preguntan cuál es la mejor serie de libros para que un estudiante aprenda los principios fundamentales del socialismo... A modo de sugerencia, yo diría que en primer lugar el libro de Engels *Socialismo utópico y socialismo científico*, luego la presente obra, el primer volumen del *Capital* y el libro *El Marx del estudiante*”.⁵⁰ Aveling había tenido alguna participación en la traducción de los tres primeros y había escrito el cuarto.

Pero Aveling tampoco vivió mucho tiempo más. El 2 de agosto murió mientras estaba sentado en el sillón en el que solía leer en el apartamento de Battersea que compartía con Eva.⁵¹ Su enfermedad, que tanto había atormentado a Tussy a comienzos de aquel mismo año, le había finalmente matado. Eva heredó lo que quedaba de la fortuna de Engels, 852 libras.⁵²

Finalmente convencido de que Aveling era un granuja, Liebknecht declaró

que desde aquel momento Tussy tenía que ser conocida por su propio nombre. Ya había muerto, pero de nuevo, y después de mucho tiempo, volvería a ser conocida como Eleanor Marx.

Draveil, Francia, 1910

*Los hombres luchan y pierden la batalla y aquello por lo que habían luchado
acaba haciéndose realidad pese a su derrota, y
entonces resulta que no es como pensaban que sería*

William Morris¹

UN DOMINGO POR LA TARDE DEL VERANO de 1910, dos rusos fueron en bicicleta a la casa de los Lafargue en Draveil. Eran Vladimir Lenin y su esposa, Nadia Krupskaya. Lenin estaba en el exilio en París tras liderar la facción bolchevique del Partido Laborista Socialdemócrata de Rusia en la revuelta de 1905.² En enero de aquel año, la rebelión que Engels había pronosticado mucho tiempo antes estalló en San Petersburgo cuando el ejército abrió fuego contra una manifestación de trabajadores. La chispa del incidente se extendió de ciudad en ciudad y por todo el campo, donde el resentimiento había ido creciendo durante el último medio siglo debido a que el fin de la servidumbre no había mejorado en absoluto las vidas de los siervos que habían sido emancipados. El blanco de dicho resentimiento no eran solo el zar y su gobierno, sino también los patronos que estaban tratando de que la economía rusa imitase la de los estados capitalistas occidentales. Fue un nuevo 1848, pero esta vez el cataclismo estuvo confinado en un solo país. Cuando Lenin llegó a París, se habían hecho algunas concesiones. Se había establecido una Duma legislativa y era normal el manejo de expresiones como “constitución”, “partidos políticos”, y “sindicatos”. Pero igual que había sucedido en Europa occidental al comienzo del gran cambio que acabaría con las monarquías absolutistas, la Duma carecía de autoridad real. Las reformas eran simples concesiones sin sustancia, y la mecha siguió encendida.

Lenin estaba indignado por las intrigas mezquinas que dividían a los emigrados rusos en París y se retiró a estudiar y escribir. Había conocido a Paul Lafargue en 1895, cuando el francés había manifestado su sorpresa de que los rusos leyesen y entendiesen a Marx, y en 1910 decidió hacer otra visita a aquel venerable veterano del partido. Lafargue tenía entonces sesenta y ocho años y era un marxista a ultranza. Rechazaba todo gesto conciliador con los gobiernos no socia-

listas; los socialistas tenían que formar parte del gobierno o quedarse en la oposición (postura que también era la de Marx durante sus primeros días en Londres).³

Persona de trato fácil e imperturbable en su juventud, Lafargue había endurecido tanto sus puntos de vista al final de la cincuentena que había llegado a agredir físicamente a un orador en un congreso socialista, y tuvo que ser sacado a la fuerza del estrado.⁴ Él y Lenin eran igualmente intransigentes, y el joven ruso se quedó agradablemente sorprendido al encontrar en Lafargue unos puntos de vista revolucionarios tan firmes.⁵

Krupskaya describió su visita: Lenin habló con Lafargue de su obra teórica mientras ella y Laura paseaban por el jardín de los Lafargue. Krupskaya estaba maravillada: “¡Estoy aquí, con la hija de Marx!” Observó de cerca a Laura pero no reconoció en ella ninguno de los rasgos físicos de Marx.⁶ Efectivamente, había más de Jenny von Westphalen que de Karl Marx en Laura. En sus últimos años Laura estaba realmente encantadora; había envejecido bien, aunque sus amigos opinaban que parecía mayor que Lafargue, que tenía tres años más que ella.⁷ Igual que su madre, había trabajado sin hacer ruido, en la sombra, para el partido. Un incidente ocurrido en 1893 lo había dejado muy claro. Laura había traducido al francés la obra de Engels *El origen de la familia* después de que otro traductor hubiese hecho una chapuza.⁸ Cuando el libro fue publicado, Engels se sorprendió de ver que el nombre de Laura no aparecía en la página de títulos.⁹ Ella se lo explicó: “He eliminado mi nombre yo misma; no me parecía necesario que por una vez que puedo hacerte un servicio tan modesto tuviese que proclamarlo desde los tejados; me siento más que recompensada por el hecho de que tú estés medianamente satisfecho con mi trabajo”.¹⁰

Engels apreciaba realmente el talento de Laura como escritora y traductora¹¹ (había manifestado repetidamente que ella era quien mejor había traducido la obra de su padre en París), y llegó a confiar todavía más en ella durante los días muy ajetreados posteriores a la muerte de Marx. Laura le dijo en cierta ocasión: “Tengo que agradecerte en primer lugar que hayas pensado en mí. Como tengo la costumbre de mantenerme en un segundo plano es fácil que no me tengan en cuenta y que me olviden. Pero tú has aplicado en todas las ocasiones a sus hijas la misma noble amistad que te unía, y te une, al Moro”.¹² En los años posteriores a la muerte de Engels y al suicidio de Tussy, Laura siguió trabajando discretamente en los escritos de la familia, medio oculta en su finca en Draveil.

También Lafargue estaba en buena medida fuera de circulación, políticamente hablando.¹³ Él era quien había introducido el marxismo en Francia y en España, y esta sería su contribución más importante y duradera al movimiento.

Recargado por la revuelta en Rusia, hizo un breve retorno a la política electoral en 1905, pero su campaña en contra del líder socialista Etienne Millerand estaba condenada **YX591** al fracaso desde el principio. Lafargue ni siquiera pasó a la segunda vuelta de las elecciones.¹⁴ Su imagen era la de un vestigio de la política radical del pasado. Su melena era tan tupida como cuando había cortejado a Laura por primera vez, pero ahora era completamente blanca, igual que su gran bigote. Su rostro era tenso y bien esculpido, su porte erecto. Tenía aspecto de terrateniente acaudalado, de la clase que él se había pasado la vida ridiculizando. De hecho, Lafargue era tan convincente en este papel que algunos de sus camaradas socialistas le denunciaron como “un millonario que vivía en un castillo” y que evitaba a sus viejos amigos porque no quería darles dinero.¹⁵ Esa crítica no era totalmente justa. Lafargue y Laura eran bien conocidos por su hospitalidad e invitaban a muchos de los que trabajaban en París a fiestas y fines de semana en el campo. A Lafargue le gustaban las largas sobremesas con conversaciones políticas que a menudo derivaban en discusiones. El hijo de Johnny, Robert-Jean Longuet, recordó sorprenderse de lo enérgicamente que Laura criticaba a Lafargue durante aquellas discusiones políticas: “En cuanto a él, concluía cada réplica con voz profunda y con la fórmula: ‘Las mujeres tienen los cabellos largos y las ideas cortas’, lo que hacía que Laura se le lanzase al cuello”.¹⁶

Los hijos y nietos de Jennychen estaban a menudo con los Lafargue, especialmente después de la muerte de Charles Longuet en 1903. Pero incluso en vida de Longuet, Laura había contribuido a criarlos. Pese a un breve romance que había ofendido a Tussy y a Laura después de la muerte de su esposa, Longuet no se había vuelto a casar. Trabajaba en nombre del socialismo como escritor y durante un tiempo formó parte del concejo municipal parisino.¹⁷ Johnny continuó la carrera política de su padre y de su abuelo; fue un miembro destacado del Partido Socialista Francés. Mémé hizo realidad los sueños dramáticos de la madre que nunca conoció y se convirtió en una cantante de ópera. No se casó.¹⁸ Laura estaba muy orgullosa de sus sobrinos y de su sobrina, pero nunca había perdido el aura de tristeza de los años en los Pirineos cuando sus propios hijos habían muerto. Tras toda una vida de dolor y decepciones, se había retirado a una especie de nube privada. En muchas ocasiones sus vecinos constataron que Laura estaba borracha.¹⁹

El 25 de noviembre de 1911, los Lafargue fueron de compras a París, y después de comer fueron al cine. Laura se compró un sombrero. El jardinero, cuando les vio regresar, comentó lo felices que parecían. Al salir del cine habían tomado un té y un trozo de pastel²⁰ El 26 de noviembre por la mañana la doncella oyó cómo

Lafargue abría las persianas de la ventana como cada día, pero después no oyó nada más. A las diez, extrañada de que Laura no hubiese pedido el desayuno y sintiendo que pasaba algo raro, llamó al jardinero, Ernest Doucet, y le pidió que comprobase si Lafargue estaba bien. Doucet llamó a la puerta pero no hubo respuesta. Entró en la habitación y encontró a Lafargue muerto en la cama, vestido con el mismo traje que había llevado la noche anterior. Luego Doucet fue a la habitación de Laura. También ella estaba muerta, tendida en camisón en la puerta de su vestidor.

Doucet envió a su joven hijo Roger, bajo una fría lluvia, a buscar al alcalde, que avisó al doctor. La policía se estacionó frente a la casa de Lafargue mientras la investigación procedía en el interior. El médico que examinó los cadáveres de la pareja dijo que al parecer Lafargue había inyectado a Laura una solución de cianuro potásico la noche antes y que se había inyectado él mismo por la mañana. Lafargue había dejado el cuerpo de Laura tendido en el suelo toda la noche.²¹ Durante las horas transcurridas entre la muerte de su esposa y su propia muerte, Lafargue había contestado metódicamente por escrito todas las preguntas que inevitablemente se plantearían al día siguiente y había depositado varios documentos en su mesilla de noche. Había escrito el texto de un telegrama para que fuese enviado a su sobrino Edgar Longuet: “Monsieur y Madame Lafargue han muerto. Venga enseguida. Doucet, jardinero”. Dejó una copia de su testamento y una carta a Doucet dándole instrucciones sobre cómo distribuir los animales y las aves de su finca.²² También dejó una nota explicando su suicidio:

Sano de mente y espíritu, me quito la vida antes de llegar a la despiadada vejez que me arrebataría uno por uno todos los placeres y alegrías de la existencia y me despojaría de mi fuerza física e intelectual y paralizaría mi energía... Hace muchos años, me prometí no vivir más allá de los setenta; he elegido este año para mi salida de la vida y he preparado la forma de ejecutar esta resolución: una inyección de cianuro potásico. Muero con la alegría suprema de tener la certeza de que, en un futuro no muy lejano, la causa a la que he dedicado unos cuarenta y cinco años triunfará. ¡Larga vida al comunismo! ¡Larga vida al socialismo internacional!

Paul Lafargue.²³

En su mesilla de noche Lafargue también había dejado un ejemplar de las *Vidas* de Plutarco. El libro estaba abierto por la página que describe la muerte de Catón el Joven, que se abrió él mismo el vientre con su espada y, para impedir que un médico le salvase la vida, se arrancó él mismo las entrañas.²⁴

Lafargue había contestado muchas preguntas excepto una muy importante: ¿se sometió Laura voluntariamente a la inyección de cianuro? La esposa de Doucet dijo estar segura de que ambos querían morir, que Lafargue no hubiese ejecutado su plan sin la conformidad de Laura.²⁵ No hubo ninguna investigación sobre si la muerte de Laura había sido un asesinato o un suicidio, pero esta duda quedó sin resolver, y también la pregunta sobre el motivo. Algunos dijeron que Lafargue estaba enfermo. Normalmente visitaba al médico dos veces al año, pero entre julio de 1911 y la noche de su muerte había ido al médico una vez por semana.²⁶ Hubo también quien dijo que los Lafargue se habían gastado todo el dinero de Engels y todo el dinero que Lafargue había heredado tras la muerte de su madre en 1899 y no podían soportar la idea de volver a ser pobres.²⁷

Lafargue tenía sesenta y nueve años en el momento de su muerte; faltaban dos meses para su septuagésimo aniversario. Laura acababa de cumplir los sesenta y seis.

* * *

Johnny Longuet —Jean para sus conocidos— recibió homenajes y condolencias para los Lafargue de todo el mundo. A sus treinta y cinco años era el patriarca de la familia Marx. Sin embargo había otro miembro de la familia que nunca llegó a asumir la responsabilidad. Freddy Demuth se apresuró a enviar una nota a Jean diciendo: Acabo de tener conocimiento de la triste noticia de la muerte de Lafargue y de mi querida Laura y me apresuro a mandarte mis condolencias por tan dolorosa pérdida. Todos los periódicos de aquí se hacen eco de su triste fallecimiento pero difieren mucho en su relato. ¿Puedo pedirte que seas tan amable de enviarme los detalles?, porque todavía no me parece posible que haya sucedido... Mi querida Laura parecía muy contenta la última vez que tuve noticias tuyas”.²⁸

A sus sesenta años Freddy no había dejado de plantearse el problema de su origen. El año anterior había escrito a Jean desde el hospital donde se había sometido a una operación de la que no estaba seguro que pudiese salir con vida. “Sea quien sea yo, creo que lo mejor es que lo sepas por mí y no por otros. Quiero contarte la historia de mi padre en la medida en que esté en posición de hacerlo”. Freddy explicaba lo sucedido en casa del General después de la muerte de Marx, y la revelación de Engels a Tussy en su lecho de muerte. “No he perdido la esperanza de conocer la verdad y todavía estoy tratando de hacerlo porque estoy absolutamente cierto de que Marx era mi padre. Debido a esta operación y a que seguramente mi fin está muy cerca... creo que es mucho

mejor que comparta contigo todo lo que sé antes de que esta información te llegue a través de otras personas”.²⁹

Freddie no murió. De hecho, vivió hasta 1929, y cuando lo hizo seguía buscando la verdad.

El 30 de noviembre de 1911 se celebró un funeral por Lafargue y Laura en Draveil, y pocos días después, el 3 de diciembre, sus féretros fueron llevados en una gran procesión por las calles de París hasta el cementerio del Père-Lachaise.³⁰ Las calles estaban llenas de banderas rojas, que parecían aún más brillantes debido al atuendo negro que llevaba la mayoría de la multitud. La procesión, encabezada por una banda de música que interpretaba la “Marcha fúnebre” de Chopin, empezó a las doce y media y tardó dos horas en llegar al cementerio. Pese a que estuvo lloviendo de forma persistente, la reunión, que había empezado siendo de unos miles de personas, fue congregando cada vez más gente durante el recorrido.³¹ La policía estimó que había unas 8.500 personas; los socialistas calcularon que fueron unas 200.000.³²

Franceses, polacos, alemanes, ingleses, italianos, españoles, belgas, holandeses y rusos, muchos rusos, desfilaron solemnemente por las húmedas calles de la ciudad en dirección al cementerio, que parecía realmente la ciudad de los muertos. Laura y Lafargue fueron incinerados allí, y en la escalera del columbario, cuando el humo gris de sus cadáveres empezaba a ascender, comenzaron los discursos. Era como si no fuera el entierro de dos personas, sino el entierro de toda una era, la era de Marx y Engels, los años de la fundación. La nueva generación de líderes subió las escaleras del columbario uno por uno para hablar del hombre y la mujer que eran recordados aquel día y del movimiento al que representaban. Karl Kautsky estaba allí en representación de Alemania, Keir Hardie de Inglaterra, y Jean Jaurès de Francia.³³ Un informe de la policía constató que uno de los oradores, “un ruso cuya identidad no era conocida”, rogó a la multitud: “Luchad, luchad para conseguir el objetivo previsto por los fallecidos: la victoria del proletariado”.³⁴

Aquel orador era Vladimir Lenin. Dijo a los allí reunidos que Lafargue simbolizaba dos eras: la de la juventud revolucionaria francesa que marchó codo con codo con los trabajadores para atacar a un imperio, y otra era, cuando el proletariado francés, bajo el liderazgo marxista, declaró la guerra a la burguesía en preparación para el triunfo final del socialismo: “Podemos ver ahora con especial claridad lo rápidamente que nos estamos aproximando al triunfo de la causa a la que Lafargue dedicó toda su vida”. Los que habían sido educados en el espíritu de Marx, dijo, estaban preparados para establecer un sistema comunista.³⁵ Y

eso fue lo que hicieron seis años más tarde en Rusia, cuando Lenin y sus camaradas bolcheviques se hicieron con el poder (aunque es discutible que Marx hubiese reconocido sus ideas en el estado comunista). Freddy Demuth fue el único de los hijos de Marx que vivió para verlo.

Realizó la mayor proeza literaria que puede hacer un hombre.

Marx cambió la mente del mundo.

George Bernard Shaw

Agradecimientos

No podría haber escrito la historia de la familia Marx si no hubiese tenido acceso a sus cartas. Tengo una deuda enorme con dos personas en Moscú que lo hicieron posible: Andrei Shukshin, un ex colega de Reuters, y Valerij Fomičev, un experto marxiano conservador de los archivos del RGASPI [Archivo Estatal Ruso de Historia Política y Social]. Andrei me proporcionó la llave que abre muchas puertas en Moscú, pero la más importante fue la del RGASPI, donde me puso en contacto con el Dr. Fomičev. Posteriormente, este aceptó generosamente proporcionarme el acceso a cientos de páginas de cartas de la familia Marx y el permiso de utilizarlas para escribir este libro. También me regaló el lujo de dejarme contemplar los documentos originales de Marx que se guardan en una cámara a prueba de bombas en los sótanos del archivo. Ambos dedicaron un tiempo muy valioso a este proyecto, y me temo que pudiesen dejar de lado su trabajo para ayudarme. Además de las cartas, me dieron sus consejos durante varios años, y el Dr. Fomičev me dio su experta opinión acerca de algunas preguntas que surgieron durante mi investigación. Les agradezco enormemente su amabilidad y su paciencia. También quiero dar las gracias a Nora Mogilevskaya y al personal de la Biblioteca Estatal Social y Política, de Moscú, por preparar generosamente los materiales de modo que cuando Andrei y yo la visitamos pudimos ponernos inmediatamente a trabajar. En dicha biblioteca encontramos un material extraordinariamente importante, que dio un gran impulso al proyecto.

La otra colección importante de cartas de la familia Marx se encuentra en Amsterdam, en el Instituto Internacional de Historia Social. Todo el personal de esa excelente institución es digno de elogio. Durante varias visitas fueron sistemáticamente profesionales, informados y agradables. Hicieron que la investigación de enormes cantidades de material resultase relativamente sencilla. Tengo que mencionar, sin embargo, a una persona en particular, que desgraciadamen-

te ya no trabaja en el instituto. Mieke Ijzermans no solo me proporcionó un lugar donde dormir durante mis estancias en Amsterdam –igual que hizo con otros muchos investigadores–, sino que fue una verdadera amiga. Mieke actuó repetidamente en mi nombre en el instituto cuando yo estaba en Londres, preparándome el acceso a material escrito y a fotografías, y en general respondiendo a preguntas y resolviendo problemas a su manera, tranquila y encantadora. También me dio muchos consejos en el transcurso de mi investigación sin los cuales me habría perdido seguramente muchos elementos importantes de la historia. No puedo agradecerérselo lo suficiente y estoy segura de que no estoy sola en mi gratitud por el calor y la ayuda que proporcionó a los investigadores durante sus años de trabajo en el instituto.

Otras instituciones me proporcionaron también una ayuda inestimable. Elisabeth Neu y el personal del Centro de Estudios Friedrich-Ebert-Stiftung, en la Karl-Marx-Haus en Tréveris, Alemania, me dieron acceso a archivos que me permitieron sacar a la luz algunos errores en previos escritos sobre Marx, especialmente algunos errores relativos a fotografías y fechas. Elisabeth también me contestó pacientemente algunas preguntas que surgieron durante mi investigación. Su información me ayudó a evitar errores que habían ido reapareciendo en una biografía de Marx tras otra. También utilizó amablemente su red de contactos de expertos en Marx para que trataran de responder aquellas preguntas que yo no sabía cómo responder. También quiero dar las gracias a los Archivos Estatales de la Ciudad Libre y Hanseática de Hamburgo y al Archivo Nacional Principal de Sajonia-Anhalt, Dessau, por darme acceso a la correspondencia de la familia Westphalen, lo que ayudó a describir un cuadro más nítido de las relaciones entre Jenny y sus hermanos. Agradezco a ambas instituciones que me hayan dado permiso para utilizar fragmentos de sus cartas en este libro.

En Londres, no puedo dejar de mencionar a la Marx Memorial Library, que es un centro de intercambio de información de todo lo relacionado con Marx, y a la British Newspaper Library, que tiene una extraordinaria colección internacional de periódicos. Finalmente, doy las gracias al personal de la British Library. Aunque la biblioteca ya no está situada en el Museo Británico donde trabajó Marx, sigue siendo un sueño para todo investigador. Aparentemente no había nada que no tuvieran o que no pudieran encontrar. En Kent, Michael Hunt, del Ramsgate Maritime Museum me ayudó a entender mejor cómo funcionaba esta ciudad-balneario durante el siglo XIX, para poder situar a la familia Marx en su lugar favorito de la costa.

Diversas personas también han contribuido al libro con sus críticas. Tuve el privilegio de discutir por teléfono desde París sobre la familia Marx con uno de

sus descendientes, Frédérique Longuet-Marx, que junto con su madre Simone, y su hermana Anne, me contaron cosas de la familia que solo sus miembros podrían conocer. Les agradezco a las tres su tiempo y sus ideas. Igualmente, dos estudiosos en Inglaterra, cuyas obras han sido durante mucho tiempo las biografías de referencia sobre sus biografiados –David McLellan y Terrell Carver– contestaron generosamente algunas preguntas que se me plantearon mientras escribía. Tras haberme basado en sus escritos, fue un auténtico alivio poder contactar por e-mail con el profesor McLellan sobre Marx y con el profesor Carver sobre Engels para pedirles ayuda sobre ciertos puntos seguramente menores para ellos pero importantes para mí. David King, en Londres, me dio acceso a su excelente colección de fotografías y me aconsejó pacientemente sobre cómo buscar algunas de las más difíciles de localizar. Le agradezco a David el permiso que me dio para utilizar algunas imágenes. Finalmente, hay un hombre en Londres que me facilitó la entrada en el mundo de Marx, literalmente. Sam Hart, el actual propietario del 28 de Dean Street, me permitió gentilmente visitar el que fuera apartamento de los Marx y me hizo sentir cómo hubo de ser para la familia vivir en aquella casa.

Juliane Matz fue mi ayudante a distancia en este proyecto. No solo se encargó del grueso de las traducciones del alemán, sino que descubrió material de archivo en Alemania del que yo no tenía conocimiento. Gracias a su talento, su aplicación y su generosidad, no abandonó nunca el proyecto pese a los giros que dio su vida y que la llevaron, en el tiempo que duró nuestra colaboración, de Gran Bretaña a Alemania, y de allí a Francia y a Irlanda. Fue un placer trabajar con ella. Thorsten Schülke me ayudó a traducir algunas de las cartas manuscritas más difíciles, no solo por la dificultad del idioma del siglo XIX, sino porque algunas de ellas eran prácticamente ilegibles. Se mostró meticuloso en su enfoque y excelente como traductor. También colaboré estrechamente con Jan Vermeiren, que tradujo diligentemente docenas de cartas manuscritas y que me ilustró sobre algunos matices del idioma alemán, por no hablar de la historia de Austria y Alemania. También me ayudaron con las traducciones Ingrid Montbazet, Julia Riddiford, Charlotte Ryland y Louise Miller. También quiero dar las gracias a Nicolas Deakin por permitirme utilizar material de los archivos de Havelock Ellis que se conservan en la British Library.

Finalmente, quiero decir que este libro no habría sido posible sin el interés de tres personas: Jill Kneerim y Brettne Bloom, de Kneerim & Williams, y Geoff Shandler, de Little, Brown. El mundo era un lugar diferente cuando Jill aceptó la posibilidad de representar un libro sobre la familia Marx. Marx había sido declarado muerto –literaria y teóricamente– pero ella tuvo la previsión de

pensar que la historia de su familia podía tener interés. Brettne, que asumió el proyecto, no solo me ayudó a afinar mis ideas, sino que me proporcionó consejos excelentes para preparar una propuesta y siguió dándome orientaciones muy útiles durante todo el proyecto. Su ayuda fue más allá de lo que cabe esperar de un agente; fue inestimable. Geoff Shandler simplemente hizo que este libro naciese. Con sus sugerencias y preguntas me ayudó a ver la historia de la familia Marx con mayor claridad y a describir mejor los turbulentos tiempos en que vivió. El libro era una tarea enorme, pero Geoff supo ser paciente, cortés y –lo que tal vez es más importante para un escritor– alentador en todo momento. He sido muy afortunada de tener a mi lado a un editor de tanto talento, y le agradezco que me haya ayudado a convertir el producto acabado en el libro que yo había querido escribir. Doy también las gracias a Liese Mayer, de Little, Brown, por ayudarme a hacer que este proyecto avanzase desde la distancia, y a Chris Jerome por su meticuloso trabajo de edición.

Personalmente, quiero dar las gracias a mi madre por haber aguantado ocho años de abandono sin quejarse mientras yo estaba con otra familia y por permitirme utilizar la mesa de su cocina cuando me presentaba en su casa con el ordenador bajo el brazo. Gracias a Lizzy, Mon y Mark por su apoyo y amistad. A John le digo: gracias por ayudarme a escribir, editar e investigar el tema de este libro, por venir conmigo a conocer a la familia Marx. No podría haber pasado tanto tiempo con ellos sin tu compañía.

Reconocimiento de derechos

Las citas procedentes de los siguientes libros se han utilizado con el permiso de sus editores:

Leslie Derfler, *Paul Lafargue and the Flowering of French Socialism, 1882-1911*, Cambridge, Mass.: reprinted by permission of Harvard University Press, Copyright © 1998 by the President and Fellows of Harvard College; Leslie Derfler, *Paul Lafargue and the Founding of French Marxism, 1842-1882*, Cambridge, Mass.: Harvard University Press, Copyright © 1991 by the President and Fellows of Harvard College.

Karl Marx & Friedrich Engels, *The Cologne Communist Trial*, reprinted by permission of Lawrence & Wishart, London, 1971; *Karl Marx / Frederick Engels Collected Works*, Volumes 1-50, reprinted by permission of Lawrence & Wishart, London, 1975-2004.

Friedrich Engels, *The Condition of the Working Class in England* (1999), reprinted by permission of Oxford University Press; Chushichi Tsuzuki, *The Life of Eleanor Marx, 1855-1898: A Socialist Tragedy* (1967), reprinted by permission of Oxford University Press; R.J.W.Evans & Hartmut Pogge von Strandmann (eds.), *The Revolutions in Europe, 1848-1849: From Reform to Reaction* (2002), reprinted by permission of Oxford University Press.

Yvonne Kapp, *Eleanor Marx, Volume One*, copyright © 1972 by Yvonne Kapp. Used by permission of Pantheon Books, a division of Random House, Inc.; Yvonne Kapp, *Eleanor Marx, Volume Two*, copyright © 1976 by Yvonne Kapp. Used by permission of Pantheon Books, a division of Random House, Inc.

Olga Meier, Michèle Perrot & Michel Trebitsch (eds.), *The Daughters of Karl Marx: Family Correspondence 1866-1898* (Les Filles de Karl Marx. Lettres Inedites), copyright © Editions Albin Michel, S.A., Paris, 1979. Reprinted by permission of Editions Albin Michel.

Terrell Carver, *Friedrich Engels, His Life and Thought*. Copyright © 1990 by Terrell Carver. St. Martin's Press. Reprinted by permission of Palgrave Macmillan.

David McLellan, *Karl Marx: A Biography*, 4th edition. Copyright © by David McLellan, 2006. Reprinted by permission of Palgrave Macmillan; David McLellan (ed.), *Karl Marx: Interviews & Recollections*, Copyright © by David McLellan, 1981. Reprinted by permission of Palgrave Macmillan; H. F. Peters, *A Life with Karl Marx*. Copyright © by H. F. Peters 1986. St. Martin's Press. Reprinted by permission of Palgrave Macmillan.

Luc Somerhausen, *L'Humanisme Agissant de Karl Marx* 1946. Reprinted by permission of Editions Hermann.

Robert-Jean Longuet, *Karl Marx, Mon Arrière-Grand-Père*, 1977. Reprinted by permission of Editions Stock.

Notas

En las obras aquí citadas, se utilizan títulos abreviados; los títulos completos y los detalles de la edición se dan en la Bibliografía. Las obras o las instituciones citadas con más frecuencia han sido abreviadas del siguiente modo:

1. Dessau – Landeshauptarchiv Sachsen-Anhalt Abteilung Dessau.
2. FE-PL – Friedrich Engels-Paul Lafargue and Laura Lafargue, *Correspondence, Volumes I-III*. Moscow: Foreign Languages Publishing House, 1959, 1960.
3. Hamburg – Freie und Hansestadt Hamburg Kulturbehörde Staatsarchiv.
4. IISG – International Institute voor Sociale Geschiedenis, Amsterdam.
5. KMIR – McLellan, David (ed.), *Karl Marx, Interviews & Recollections*. London: Macmillan, 1981.
6. MECW – *Karl Marx and Frederick Engels. Collected Works, Volumes 1-50*. Moscow, London, New York: Progress Publishers, International Publishers, and Lawrence & Wishart, 1975-2004.
7. MEGA – Karl Marx y Friedrich Engels. *Historisch-kritische Gesamtausgabe. Werke, Schriften, Briefe*. Berlín: Akademie Verlag, 1927 –en curso.
8. Moscow – Rossiiskii gosudarstvennyi arkhiv sotsial'no-politicheskoi istorii, Moscow.
9. REM – *Reminiscences of Marx and Engels*. Moscow: Foreign Language Publishing House, 1970.

Prefacio

1. Valerij Formi ev, “Helene Demuth Without Brethren”, 970.

Prólogo: Londres, 1851

1. MECW, volumen 16, 489.
2. Henry Mayhew, *London Labour and the London Poor*, 167.
3. MECW, volumen 38, 325; MEGA, III, Band 4, 85-86.

Primera parte: Marx y la hija del barón

Capítulo Uno: Tréveris, Alemania, 1835

1. Honoré de Balzac, *Gambara*, 84.
2. Robert Payne, *Marx: A Biography*, 25.
3. H. F. Peters, *Red Jenny*, 5.
4. Un historiador, David Cargill, remonta la familia de Jenny a Colin, Lord Campbell, primer conde de Argyll. Archibald Argyll no era, según Cargill, un pariente directo, pero Jenny y su familia creían que lo era. Robert Payne, *Marx*, 26-27, 557.
5. Peter Stearns, *1848: The Revolutionary Tide in Europe*, 232-233.
6. Jürgen Reetz (ed.), *Vier Briefe von Jenny Marx aus den Jahren, 1856-1860*, Ferdinand von

- Westphalen a Ludwig y Carolina von Westphalen, 10 de abril de 1831.
7. Peters, *Red Jenny*, 16; Louise von Westphalen a sus padres, 15 de diciembre de 1831, Hamburgo.
 8. Louise von Westphalen a sus padres, 20-22 de diciembre de 1831, Hamburgo.
 9. Louise von Westphalen a sus padres, 4 de enero de 1832, Hamburgo.
 10. Peters, *Red Jenny*, 15-18; Ferdinand von Westphalen a Wilhelm von Flourencourt, 26 de noviembre de 1830, Dessau.
 11. Isaiah Berlin, *The Roots of Romanticism*, 8-9, 13.
 12. E. H. Carr, *Michael Bakunin*, 14.
 13. Berlin, *Roots of Romanticism*, 70-71.
 14. Peters, *Red Jenny*, 15.
 15. Steven Ozment, *A Mighty Fortress*, 157, 159.
 16. Isaiah Berlin, *Karl Marx: His Life and Environment*, 20-32; Isaiah Berlin, *Political Ideas in the Romantic Age*, 80.
 17. Eric Hobsbawm, *The Age of Revolution, 1789-1848*, 35.
 18. Peters, *Red Jenny*, 1, 8; Robert Payne, *Marx*, 28.
 19. R. J. W. Evans y Hartmut Pogge von Strandmann (eds.), *The Revolutions in Europe, 1848-49*, 14; Paul Lafargue, *The Right to Be Lazy*, 77-78; Hobsbawm, *Age of Revolution*, 139-140.
 20. Alexis de Tocqueville, *The Recollections of Alexis de Tocqueville*, 66-67.
 21. Hobsbawm, *Age of Revolution*, 140; Tocqueville, *Recollections*, 2-3.
 22. Hobsbawm, *Age of Revolution*, 146.
 23. Ozment, *Mighty Fortress*, 169; Carl Schurz, *The Reminiscences of Carl Schurz, Volume I, 1829-1852*, 104-105.
 24. MECW, volumen 6, 21-22.
 25. John Breuilly (ed.), *19th-Century Germany*, 113.
 26. John Breuilly, *Austria, Prussia and Germany, 1806-1871*, 30.
 27. Theodore S. Hamerow, *Restoration, Revolution, Reaction*, 34.
 28. Jerrold Seigel, *Marx's Fate*, 40-41.
 29. Peters, *Red Jenny*, 15.
 30. Robert Payne, *Marx*, 23-24.
 31. Wilhelm Liebknecht, *Karl Marx: Biographical Memoirs*, 65.
 32. Oscar J. Hammen, *The Red 48ers*, 9.
 33. Werner Blumenberg, *Karl Marx: An Illustrated History*, 6.
 34. *Ibid.*, 6-7; David McLellan, *Karl Marx: A Biography*, 2-3; Saul K. Padover, *Karl Marx: An Intimate Biography*, 2-3.
 35. Blumenberg, *Illustrated*, 7; Jonathan Sperber (ed.), *Germany, 1800-1870*, 183.
 36. No tenemos detalles sobre la formación legal de Heinrich Marx y sobre el año en que se convirtió en abogado. McLellan, *Karl Marx*, 4; Berlin, *Karl Marx*, 23; Padover, *Karl Marx*, 4.
 37. Eleanor Marx a "Camarada", 1 de octubre de 1893, Moscú; Liebknecht, *Karl Marx*, 163.
 38. Boris Nicolaievsky y Otto Maenchen-Helfen, *Karl Marx: Man and Fighter*, 4.
 39. McLellan, *Karl Marx*, 4; Blumenberg, *Illustrated*, 9; Berlin, *Karl Marx*, 17-20; Nicolaievsky y Maenchen-Helfen, *Karl Marx*, 4.
 40. Padover, *Karl Marx*, 5-6.
 41. McLellan, *Karl Marx*, 5; Blumenberg, *Illustrated*, 10; Padover, *Karl Marx*, 18.
 42. Padover, *Karl Marx*, 17.
 43. McLellan, *Karl Marx*, 1.
 44. Berlin, *Karl Marx*, 23.

45. Ibid., 21; Padover, *Karl Marx*, 7; S.L. Gilman, “Karl Marx and the Secret Language of Jews”, 31.
46. McLellan, *Karl Marx*, 4.
47. Blumenberg, *Illustrated*, 13.
48. Hammen, *Red 48ers*, 16.
49. Sperber (ed.), *Germany, 1800-1870*, 150.
50. Fritz J. Raddatz, *Karl Marx: A Political Biography*, 11; Nicolaievsky y Maenchen-Helfen, *Karl Marx*, 13.
51. McLellan, *Karl Marx*, 6; Blumenberg, *Illustrated*, 10; Nicolaievsky y Maenchen-Helfen, *Karl Marx*, 9; James M. Brophy, *Popular Culture and the Public Sphere in the Rhineland, 1800-1850*, 100-101.
52. Hal Draper y E. Haberkern, *Karl Marx's Theory of Revolution, Volume V: War & Revolution*, 20.
53. Nicolaievsky y Maenchen-Helfen, *Karl Marx*, 8.
54. Ernst Pawel, *The Poet Dying*, 8.
55. MECW, volumen 1, 4-9.

Capítulo Dos: Berlín, 1838

1. Friedrich von Schiller, *The Robbers*, 14.
2. McLellan, *Karl Marx*, 13-14; Padover, *Karl Marx*, 23, 28; Robert Payne, *Karl Marx*, 42, 44; MECW, volumen 1, 689.
3. MECW, volumen 1, 646.
4. Ibid., 651.
5. Ibid., 648.
6. Ibid., 653.
7. Robert Payne, *Karl Marx*, 45.
8. MECW, volumen 1, 657-658.
9. Françoise Giroud, *Jenny Marx ou la femme du diable*, 33.
10. MECW, volumen 1, 698.
11. Brophy, *Popular Culture and the Public Sphere*, 271.
12. Giroud, *Femme du diable*, 24; Hobsbawm, *Age of Revolution*, 283.
13. MECW, volumen 1, 689.
14. Padover, *Karl Marx*, 31.
15. McLellan, *Karl Marx*, 15, 19; Nicolaievsky y Maenchen-Helfen, *Karl Marx*, 29; Padover, *Karl Marx*, 32; Robert Payne, *Karl Marx*, 47.
16. Sperber (ed.), *Germany, 1800-1870*, 150.
17. MECW, volumen 1, 688.
18. Ibid., 11-21.
19. Robert Payne, *Karl Marx*, 49.
20. MECW, volumen 1, 18-19.
21. MECW, volumen 1, 25, 24.
22. Eric Hobsbawm, *The Age of Capital, 1848-1875*, 48, 75; J.M. Roberts, *A History of Europe*, 327-328; Hobsbawm, *Age of Revolution*, 46, 61, 340.
23. Hobsbawm, *Age of Revolution*, 304; Hammen, *Red 48ers*, 18; Nicolaievsky y Maenchen-Helfen, *Karl Marx*, 33; McLellan, *Karl Marx*, 26.
24. MECW, volumen 1, 664-665.
25. Ibid., 517-528.
26. Ibid., 666-667.

27. Ibid., 670-671.
28. Franz Mehring, *Karl Marx: The Story of His Life*, 9.
29. Hammen, *Red 48ers*, 19-20; Robert Payne, *Karl Marx*, 79.
30. Ozment, *Mighty Fortress*, 187; Leszek Kolakowski, *Main Currents of Marxism, Volume 1, The Founders*, 88; Seigel, *Marx's Fate*, 77.
31. KMIR, 3.
32. MECW, volumen 1, 674-675.
33. Ibid., 686-688.
34. Ibid., 691-692.
35. Jenny von Westphalen a Karl Marx, después del 10 de mayo de 1838, Moscú.
36. Friedrich-Ebert-Stiftung Studienzentrums, Karl-Marx-Haus, Tréveris.
37. McLellan, *Karl Marx*, 27-28.

Capítulo Tres: Colonia, 1842

1. MECW, volumen 1, 707.
2. Ibid., 704.
3. Giroud, *Femme du diable*, 38; Peters, *Red Jenny*, 26; Robert Payne, *Karl Marx*, 89.
4. MECW, volumen 1, 696-697.
5. Ibid., 698.
6. Schurz, *Reminiscences*, 106-107; Hammen, *Red 48ers*, 23; Breuilley, *Austria, Prussia and Germany*, 29, 33.
7. Schurz, *Reminiscences*, 106-107.
8. Berlin, *Karl Marx*, 47.
9. Nicolaievsky y Maenchen-Helfen, *Karl Marx*, 41.
10. MECW, volumen 1, 379; McLellan, *Karl Marx*, 33; Francis Wheen, *Karl Marx: A Life*, 33.
11. MECW, volumen 1, 27-28.
12. Nicolaievsky y Maenchen-Helfen, *Karl Marx*, 41, 47; Mehring, *Karl Marx*, 32; Hammen, *Red 48ers*, 27; McLellan, , 42.
13. John Breuilley (ed.), *19th-Century Germany*, 99.
14. Lenore O'Boyle, "The Democratic Left in Germany, 1848", 379-380.
15. Ibid., 379.
16. McLellan, *Karl Marx*, 32; Luc Somerhausen, *L'Humanisme Agissant de Karl Marx*, 10.
17. Robert-Jean Longuet, *Karl Marx: Mon Arrière-Grand-Père*, 70.
18. Padover, *Karl Marx*, 19.
19. Brophy, *Popular Culture and the Public Sphere*, 125.
20. Karl Marx a Arnold Ruge, mayo de 1843, MEGA, III, Band 1, 48-53.
21. Sperber (ed.) *Germany, 1800-1870*, 53.
22. McLellan, *Karl Marx*, 34.
23. MECW, volumen 1, 707.
24. Ibid., 709.
25. Ibid., 707.
26. Giroud, *Femme du diable*, 39-40.
27. Peters, *Red Jenny*, 28.
28. Jenny von Westphalen a Karl Marx, 13 de setiembre de 1841, MEGA, III, Band 1, 366-368.
29. Longuet, *Karl Marx*, 74; McLellan, *Karl Marx*, 35.
30. Padover, *Karl Marx*, 60-61; MECW, volumen 1, 109.

31. La ley también otorgaba a los censores el derecho de obligar a los propietarios a despedir a los editores considerados de poca confianza, o a ofrecer garantías contra la infracción de las normas por parte de esta persona si deseaban mantenerlo en su puesto. MECW, volumen 1, 116, 119, 120, 123, 125, 131.
32. McLellan, *Karl Marx*, 35; Hammen, *Red 48ers*, 19-20; Sperber (ed.), *Germany, 1800-1870*, 103.
33. McLellan, *Karl Marx*, 61; Giroud, *Femme du diable*, 45; Peters, *Red Jenny*, 30; Padover, *Karl Marx*, 73; Robert Payne, *Karl Marx*, 89.
34. McLellan, *Karl Marx*, 37-38.
35. *Ibid.*, 38; Berlin, *Karl Marx*, 54.
36. McLellan, *Karl Marx*, 38; Stearns, *1848*, 56; Nicolaievsky y Maenchen-Helfen, *Karl Marx*, 47, 48, 50.
37. MECW, volumen 11, 8-9; Hamerow, *Restoration, Revolution, Reaction*, 7, 61-62.
38. Padover, *Karl Marx*, 65.
39. Brophy, *Popular Culture and the Public Sphere*, 49, 162.
40. MECW, volumen 1, 155, 162.
41. KMIR, 2.
42. McLellan, *Karl Marx*, 41.
43. MECW, volumen 1, 389.
44. McLellan, *Karl Marx*, 42-43.
45. MECW, volumen 1, 392.
46. *Ibid.*, 220.
47. KMIR, 3.
48. *Ibid.*, 5.
49. McLellan, *Karl Marx*, 44.
50. Hammen, *Red 48ers*, 28.
51. MECW, volumen 1, 394.
52. *Ibid.*, 395.
53. Izumi Omura, Valerij Fomi ev, Rolf Hecker, y Shun-ichi Kubo (eds.), *Familie Marx privat*, 416; Padover, *Karl Marx*, 72.
54. MECW, volumen 50, 497.
55. McLellan, *Karl Marx*, 46; Hobsbawm, *Age of Capital*, 51; Hamerow, *Restoration, Revolution, Reaction*, 17, 19, 47, 52.
56. MECW, volumen 1, 234, 254.
57. *Ibid.*, 340, 342.
58. McLellan, *Karl Marx*, 48-50.
59. Peters, *Red Jenny*, 36.
60. MECW, volumen 1, 396-398; McLellan, *Karl Marx*, 47.
61. McLellan, *Karl Marx*, 50; Peters, *Red Jenny*, 38; Berlin, *Karl Marx*, 56; Wheen, *Karl Marx*, 12.
62. Padover, *Karl Marx*, 69; McLellan, *Karl Marx*, 50.
63. MECW, volumen 1, 397-398.

Capítulo Cuatro: Kreuznach, 1843

1. Pawel, *Poet Dying*, 271.
2. MECW, volumen 3, 572.
3. *Ibid.*, 134; Longuet, *Karl Marx*, 82.
4. MECW, volumen 1, 728.

5. Longuet, *Karl Marx*, 85; Maenchen-Helfen y Nicolaievsky, *Karl und Jenny Marx: Ein Lebensweg*.
6. Arnold Ruge a Karl Marx, 10 de agosto de 1843, MEGA, III, Band I, 409-410.
7. McLellan, *Karl Marx*, 61.
8. MECW, volumen 1, 399.
9. *Ibid.*, 728.
10. Berlin, *Roots of Romanticism*, 94.
11. MECW, volumen 3, 573-574.
12. Giroud, *Femme du diable*, 52-53; Robert Payne, *Karl Marx*, 92.
13. MECW, volumen 1, 729.
14. REM, 279; Padover, *Karl Marx*, 76; McLellan, *Karl Marx*, 62.
15. Raddatz, *Karl Marx*, 77; Peters, *Red Jenny*, 41.
16. MECW, volumen 3, 175, 187; Padover, *Karl Marx*, 79; Seigel, *Marx's Fate*, 106-107.
17. Giroud, *Femme du diable*, 53-54.
18. Berlin, *Karl Marx*, 59.
19. Hammen, *Red 48ers*, 24; McLellan, *Karl Marx*, 63-64.
20. McLellan, *Karl Marx*, 64-65; Breuilly (ed.), *19th-Century Germany*, 46.
21. Padover, *Karl Marx*, 79.
22. Karl Marx a Arnold Ruge, setiembre de 1843, MEGA, III, Band I, 54-57.

Segunda parte: La familia fugitiva

Capítulo Cinco: París, 1843

1. Karl Marx a Arnold Ruge, setiembre de 1843, MEGA, III, Band 1, 54-57.
2. François Fetjö (ed.), *The Opening of an Era: 1848*, 72-75; Somerhausen, *L'Humanisme*, 51-52, 54.
3. Edith Thomas, *The Women Incendiaries*, 3; Hammeb, *Red 48ers*, 80. Nicolaievsky and Maenchen-Helfen, *Karl Marx*, 66; Pavel Annenkov, *The Extraordinary Decade*, 63.
4. Fetjö (ed.), *Opening of an Era*, 75.
5. KMIR, 7; McLellan, *Karl Marx*, 73.
6. KMIR, 6-7.
7. REM, 82.
8. KMIR, 12.
9. Peters, *Red Jenny*, 44-45; Hammen, *Red48ers*, 64.
10. El padre de Emma Herwegh también ha sido descrito como un banquero berlinés. Carr, *Michael Bakunin*, 117; Peters, *Red Jenny*, 45.
11. Padover, *Karl Marx*, 88; Peters, *Red Jenny*, 45-46; Giroud, *Femme du diable*, 65-66.
12. Hobsbawm, *Age of Revolution*, 316-317; Hal Draper, *Karl Marx's Theory of Revolution, Volume 1, State and Bureaucracy*, 136-137.
13. Hobsbawm, *Age of Revolution*, 151, 324.
14. Eleanor Marx Aveling a Karl Kautsky, 7 de setiembre de 1895, Moscú; Nicolaievsky and Maenchen-Helfen, *Karl Marx*, 72.
15. Robert Payne, *The Unknown Karl Marx*, 97-100.
16. Pawel, *Poet Dying*, 5-7, 13, 68; Robert Payne, *Unknown Marx*, 97-100.
17. Eleanor Marx Aveling a Karl Kautsky, 7 de setiembre de 1895, Moscú.

18. Pawel, *Poet Dying*, 16, 190.
19. Hammen, *Red 48ers*, 70-71; McLellan, *Karl Marx*, 73.
20. McLellan, *Karl Marx*, 88-89; Nicolaievsky and Maenchen-Helfen, *Karl Marx*, 69; Padover, *Karl Marx*, 87.
21. Estos comentarios de Jenny procedían de un libro de memorias inacabado escrito en 1865 y que permaneció como una serie de notas hasta que fue finalmente publicado en 1965, KMIR, 19.
22. Hammen, *Red 48ers*, 79; McLellan, *Karl Marx*, 89; Somerhausen, *L'Humanisme*, 26; Nicolaievsky and Maenchen-Helfen, *Karl Marx*, 70; Mehring, *Karl Marx*, 62.
23. McLellan, *Karl Marx*, 88; Mehring, *Karl Marx*, 67.
24. McLellan, *Karl Marx*, 80.
25. MECW, volume 3, 187.
26. McLellan, *Karl Marx*, 77; MECW, volumen 3, 147-148, 173-174.
27. Hammen, *Red 48ers*, 79; McLellan, *Karl Marx*, 90; Raddatz, *Karl Marx*, 47.
28. McLellan, *Karl Marx*, 89; Hammen, *Red 48ers*, 79; Padover, *Karl Marx*, 87; Nicolaievsky and Maenchen-Helfen, *Karl Marx*, 70.
29. McLellan, *Karl Marx*, 89; Padover, *Karl Marx*, 87.
30. Raddatz, *Karl Marx*, 47.
31. KMIR, 8-9.
32. MECW, volumen 11, 264-266.
33. A todas las hijas de Marx les pusieron Jenny de primer nombre en honor a su madre –Jenny Julia Eleanor y Jenny Laura, por ejemplo– pero solo Jennychen lo utilizó como nombre propio. Las otras hijas fueron conocidas formalmente como Eleanor y Laura. Omura, Fomičev, Hecker, y Kubo (eds.), *Familie Marx privat*, 447.
34. Eleanor Marx Aveling a Karl Kautsky, 7 de setiembre de 1895, Moscú.
35. MECW, volumen 1, 581-584, y volumen 3, 581.

Capítulo Seis: París, 1844

1. Carr, *Michael Bakunin*, 137.
2. Nicolaievsky and Maenchen-Helfen, *Karl Marx*, 82.
3. Asistieron al banquete: Mijaíl Bakunin, el conde Grigori Tolstoy, y el médico Sergei Botkin representando a Rusia. Entre los franceses estaban los periodistas socialistas Louis Blanc y Pierre Leroux, y el futuro bonapartista Felix Pyat. Por los alemanes, Ruge, Bernays y Marx. Raddatz, *Karl Marx*, 53; Somerhausen, *L'Humanisme*, 26; Carr, *Michael Bakunin*, 126.
4. K. F. Kenafick, *Michael Bakunin and Karl Marx*, 15; Carr, *Michael Bakunin*, 3, 5, 18, 86, 90, 94.
5. Nicolaievsky and Maenchen-Helfen, *Karl Marx*, 54.
6. Carr, *Michael Bakunin*, 24, 110; Annenkov, *Extraordinary Decade*, 178.
7. Carr, *Michael Bakunin*, 167.
8. Ibif, 129.
9. KMIR, 11.
10. Stearns, *1848*, 27, 50, 60-61; Arnold Whitridge, *Men in Crisis*, 50-51.
11. Stearns, *1848*, 27, 50.
12. Hammen, *Red 48ers*, 90; Stearns, *1848*, 46-47; Roberts, *History of Europe*, 338-339; Evans & von Strandman (eds.), *Revolutions in Europe, 1848-49*, 10.
13. Berlin, *Karl Marx*, 9-10.
14. McLellan, *Karl Marx*, 79-80; Padover, *Karl Marx*, 91; Nicolaievsky and Maenchen-Helfen, *Karl Marx*, 79.

15. Engels describió la Liga como estrechamente vinculada a una organización francesa saecreta llamada la Sociedad de las Estaciones, dirigida por los veteranos revolucionarios Auguste Blanqui y Armand Barbes. Karl Marx & Friedrich Engels, *The Cologne Communist Trial*, 39-40.
16. MECW, volumen 3, 313.
17. Entre los economistas estudiados por Marx estaban David Ricardo, Adam Smith y Jean Baptiste Say. Los *Manuscritos de 1844* se convirtieron para Marx en la base del trabajo de toda una vida y fueron completados en *El Capital*. MECW, volumen 3, xvi-xvii, 270-273; McLellan, *Karl Marx*, 94-98.
18. MECW, volumen 3, 324,
19. *Ibid.*, 273.
20. Hobsbawm, *Age of Revolution*, 212; Fetjö (ed.), *Opening of an Era*, 68-69.
21. Fetjö (ed.), *Opening of an Era*, 75.
22. McLellan, *Karl Marx*, 103-104.
23. Pawel, *Poet Dying*, 126.
24. MECW, volumen 3, 313.
25. Draper, *Karl Marx's Theory of Revolution*, 174-175, 177; Hamerow, *Restoration, Revolution, Reaction*, 35.
26. Longuet, *Karl Marx*, 107; Hammen, *Red 48ers*, 82; McLellan, *Karl Marx*, 103-104; Brophy, *Popular Culture and the Public Sphere*, 87.
27. MECW, volumen 38, 64; Raddatz, *Karl Marx*, 53; Carr, *Michael Bakunin*, 125.
28. MECW, volumen 20, 28; McLellan, *Karl Marx*, 103-104; Nicolaievsky and Maenchen-Helfen, *Karl Marx*, 81; Hammen, *Red 48ers*, 82; Whitridge, *Men in Crisis*, 196-197.
29. MECW, volumen 4, 24, y volume 20, 28; McLellan, *Karl Marx*, 117.
30. Wheen, *Karl Marx*, 67.
31. Los monarcas de los países vecinos veían el ejemplo de París como terriblemente democrático (o como dijo un escritor de la época “sin principios y revolucionario”) e inundaron la ciudad de espías para garantizar que el contagio no se extendiese. Annenkov, *The Extraordinary Decade*, 63; Robert Payne, *Karl Marx*, 106.
32. Nicolaievsky and Maenchen-Helfen, *Karl Marx*, 81-82.
33. MECW, volumen 3, 576-579.
34. *Ibid.*, 580. (Otros han dicho que el motivo del potencial asesino era la frustración que le producía el hecho de que el rey no escuchase sus quejas acerca de la corrupción. El pistolero, Heinrich Ludwig Tschsch, era un ex cartero de pueblo y ex funcionario. Fue ejecutado. Brophy, *Popular Culture and the Public Sphere*, 85.)
35. MEGA, I, Band 2, 501.
36. Nicolaievsky and Maenchen-Helfen, *Karl Marx*, 82-83.
37. Somerhausen, *L'Humanisme*, 69.
38. MECW, volumen 3, 582-583.

Capítulo Siete: París, 1845

1. Wheen, *Karl Marx*.
2. McLellan, *Karl Marx*, 95, 115.
3. *Ibid.*, 116; Seigel, *Marx's Fate*, 147.
4. KMIR, 5.
5. Marx & Engels, *Cologne Communist Trial*, 44.
6. Gustav Mayer, *Friedrich Engels: A Biography*, 3-4; Terrell Carver, *Engels: A Very Short Introduction*, 5; Carver, *Friedrich Engels: His Life and Thought*, 3.

7. MECW, volumen 2, 582.
8. Carver, *Engels, Short Introduction*, 3; Seigel, *Marx's Fate*, 148.
9. Mayer, *Friedrich Engels*, 9-10; Engels, *The Condition of the Working Class in England*, x; Hammen, *Red 48ers*, 30.
10. MECW, volumen 2, 511-512.
11. *Ibid.*, 525.
12. Carver, *Friedrich Engels*, 31; Carver, *Engels, Short Introduction*, 3; Yelena Stepanova, *Friedrich Engels*, 22.
13. MECW, volumen 2, 9.
14. *Ibid.*, 10.
15. Carver, *Friedrich Engels*, 146.
16. MECW, volumen 2, 493.
17. Stepanova, *Frederick Engels*, 17.
18. *Ibid.*, 19; Hammen, *Red 48ers*, 35-36; Mayer, *Friedrich Engels*, 19; Carver, *Friedrich Engels*, 64; Hammen, *Red 48ers*, 36.
19. Mayer, *Friedrich Engels*, 26; Hammen, *Red 48ers*, 39.
20. Mayer, *Friedrich Engels*, 4.
21. *Ibid.*, 30; Carver, *Friedrich Engels*, 96-97.
22. John Smethurst, Edmund Frow, y Ruth Frow, "Frederik Engels and the English Working Class Movement in Manchester, 1842-1844", 340-341.
23. *Ibid.*, 341.
24. *Ibid.*, 342.
25. Edmund Frow & Ruth Frow, *Frederik Engels in Manchester*, 9, 11; Eleanor Marx Aveling a Karl Kautsky, 15 de marzo de 1898, Moscú.
26. Engels, *Conditions of the Working Class*, 61, 63, 65, 66.
27. *Ibid.*, 91.
28. *Ibid.*, 148.
29. Smethurst, Frow y Frow, "Frederik Engels and the English Working Class Movement", 342.
30. Mayer, *Friedrich Engels*, 44; Mick Jenkins, *Frederik Engels in Manchester*, 16.
31. Smethurst, Frow y Frow, "Frederik Engels and the English Working Class Movement", 343-344.
32. Carver, *Friedrich Engels*, 110-111; Hammen, *Red 48ers*, 77.
33. MECW, volumen 4, 8.
34. McLellan, *Karl Marx*, 118.
35. Giroud, *Femme du diable*, 62.
36. McLellan, *Karl Marx*, 116-117.
37. MECW, volumen 4, 55-76.
38. MECW, volumen 38, 9-10.
39. *Ibid.*, 4 17-18.
40. Nicolaievsky and Maenchen-Helfen, *Karl Marx*, 83-84.
41. REM, 222.
42. Nicolaievsky and Maenchen-Helfen, *Karl Marx*, 84.
43. *Ibid.*, 84-85.
44. REM, 222.
45. MECW, volumen 38, 525-526.
46. REM, 222.

Capítulo Ocho: Bruselas, primavera de 1845

1. McLellan, *Karl Marx*, 143.
2. Fetjö (ed.), *Opening of an era*, 161; Robert Payne, *Karl Marx*, 118.
3. MECW, volumen 4, 675.
4. Ibid., 676-677.
5. Somerhausen, *L'Humanisme*, 76.
6. Ibid., 75; Raddatz, *Karl Marx*, 284.
7. Longuet, *Karl Marx*, 114.
8. Ibid., 118.
9. McLellan, *Karl Marx*, 141; Nicolaievsky and Maenchen-Helfen, *Karl Marx*, 99-100.
10. Nicolaievsky and Maenchen-Helfen, *Karl Marx*, 100; Peters, *Red Jenny*, 62-63.
11. Nicolaievsky and Maenchen-Helfen, *Karl Marx*, 100.
12. McLellan, *Karl Marx*, 129; Fetjö (ed.), *Opening of an era*, 57; KMIR, 20; Robert Payne, *Karl Marx*, 118-119.
13. MECW, volumen 38, 21-22; McLellan, *Karl Marx*, 130; Longuet, *Karl Marx*, 118.
14. KMIR, 20; McLellan, *Karl Marx*, 130; Longuet, *Karl Marx*, 118.
15. KMIR, 5-6.
16. Hess no se casó con Sibylle hasta 1852, tras la muerte de su padre. Shlomo Avineri, *Moses Hess*, 16; Longuet, *Karl Marx*, 118.
17. KMIR, 20.
18. Peters, *Red Jenny*, 60; Longuet, *Karl Marx*, 129-130; Edna Healey, *Wives of Fame*, 78.
19. KMIR, 20; Peters, *Red Jenny*, 60.
20. KMIR, 60; Valerij Fomi ev, "Helene Demuth Without Brethren", 970; Peters, *Red Jenny*, 61.
21. McLellan, *Karl Marx*, 130; Longuet, *Karl Marx*, 119; Mayer, *Friedrich Engels*, 66.
22. MECW, volumen 38, 9-10.
23. Ibid., 19-20.
24. Ibid., 10-11, 28-29.
25. Ibid. 572(n).
26. Mayer, *Friedrich Engels*, 65.
27. MECW, volumen 38, 13.
28. McLellan, *Karl Marx*, 130.
29. MECW, volumen 38, 19.
30. McLellan, *Karl Marx*, 143; Nicolaievsky and Maenchen-Helfen, *Karl Marx*, 133.
31. Longuet, *Karl Marx*, 120.
32. Whitridge, *Men in Crisis*, 293.
33. Stearns, *1848*, 31-32; Hobsbawm, *Age of Revolution*, 64; Roberts, *History of Europe*, 14.
34. Hamerow, *Restoration, Revolution, Reaction*, 81.
35. Stearns, *1848*, 28; Roberts, *History of Europe*, 221, 913.
36. Hobsbawm, *Age of Revolution*, 169; Fetjö (ed.), *Opening of an era*, 24.
37. Evans and von Strandmann (eds.), *Revolutions in Europe, 1848-49*, 3; Derek Offord, *Nineteenth-Century Russia*, 20.
38. Annenkov, *Extraordinary Decade*, 62.
39. Offord, *Nineteenth-Century Russia*, 10; Hobsbawm, *Age of Revolution*, 160, 162.
40. Fetjö (ed.), *Opening of an era*, 60.

Capítulo Nueve: Londres, 1845

1. Mayhew, *London Labour and the London Poor*, 296.

2. MECW, volumen 5, 3; McLellan, *Karl Marx*, 131-132.
3. MECW, volumen 5, 5.
4. McLellan, *Karl Marx*, 130.
5. MECW, volumen 3, 576, 578.
6. G. D. H. Cole & Raymond Postgate, *The British Common People 1746-1946*, 302, 305; Stearns, 1848, 22.
7. McLellan, *Karl Marx*, 133; "On Your Marx", *The Guardian*, Londres, 4 de febrero de 2006, 31; MECW, volumen 38, 574.
8. Mayhew, *London Labour and the London Poor*, 12-13, 15; Engels, *Condition of the Working Class*, 80, 84.
9. Engels, *Condition of the Working Class*, 61, 72-73.
10. Ibid., 78-80.
11. Ibid., 153; Stephen Halliday, *The Great Filth*, 43.
12. Al describir el viaje a Manchester de Marx y Engels en 1845, los biógrafos de Marx mencionan normalmente el tiempo que pasaron los dos en la biblioteca estudiando economía, pero no el impacto que la visión de primera mano de la vida en Manchester había tenido en Marx. Esto se debe en parte a que la única descripción real del viaje es la que dio Engels años más tarde al discutir los días que pasaron en la Chetham Library. No hay cartas que describan sus viajes con Mary Burns, pero es impensable que no la hubiesen utilizado a ella como guía por los barrios obreros de Manchester durante el primer viaje de Marx al corazón del mundo industrial. Ya había leído a los economistas, pero nunca había sido realmente testigo de los problemas sociales resultantes del sistema que propugnaban, y constituye un desafío a la lógica pensar que habría pasado por alto la oportunidad de hacerlo. Su impaciencia con la teoría y su actitud radical respecto a los socialistas cuando regresó a Bruselas después de su viaje apuntan a una experiencia más profunda en Manchester que la derivada meramente de los libros leídos en una acogedora biblioteca.
13. Engels, *Condition of the Working Class*, 36-37, 40.
14. Ibid., 58-59.
15. Mayhew, *London Labour and the London Poor*, 57-58.
16. Robert Winder, *Bloody Foreigners*, 196-197.
17. Engels, *Condition of the Working Class*, 40.
18. Mayhew, *London Labour and the London Poor*, 111, 118.
19. Ibid., 167, 476.
20. McLellan, *Karl Marx*, 133; Hammen, *Red 48ers*, 119.
21. Marx & Engels, *Cologne Communist Trial*, 40-41.
22. Ibid., 41.
23. MECW, volumen 26, 315-317; Marx & Engels, *Cologne Communist Trial*, 42-43.
24. E. P. Thompson, *The Making of the English Working Class*, 17-19.
25. Cole & Postgate, *British Common People*, 196.
26. Ibid., 202-203, 214.
27. Ibid., 249, 258; Francis Sheppard, *London 1808-1870*, 320-321.
28. Cole & Postgate, *British Common People*, 261-262.
29. Thompson, *English Working Class*, 194, 822.
30. A. N. Wilson, *The Victorians*, 43; Kenneth Morgan, *The Birth of Industrial Britain*, 84; Cole & Postgate, *British Common People*, 280.
31. Cole & Postgate, *British Common People*, 286; Sheppard, *London 1808-1870*, 327.
32. McLellan, *Karl Marx*, 133.

33. Marx & Engels, *Cologne Communist Trial*, 44; McLellan, *Karl Marx*, 133; Hammen, *Red 48ers*, 120.

Capítulo Diez: Bruselas, 1846

1. MECW, volumen 5, 41.
2. MECW, volumen 38, 527-528.
3. Ibid.
4. Ibid., 528.
5. REM, 223; Longuet, *Karl Marx*, 121.
6. MECW, volumen 38, 528-529.
7. McLellan, *Karl Marx*, 133-134.
8. MECW, volumen 5, xvi, 24; McLellan, *Karl Marx*, 135; Nicolaievsky and Maenchen-Helfen, *Karl Marx*, 103; Draper, *Karl Marx's Theory of Revolution*, 189.
9. MECW, volumen 5, 31.
10. MECW, volumen 26, 173, y volumen 5, 44; Carver, *Engels, Short Introduction*, 72.
11. MECW, volumen 5, 50.
12. Ibid., 52.
13. Ibid., 52, 74-75.
14. Ibid., 59.
15. MECW, volumen 47, 31.
16. *La Ideología Alemana* completa no se publicó hasta 1932 en Moscú. McLellan, *Karl Marx*, 140-141.
17. MECW, volumen 4, 678-679, 721(n); Longuet, *Karl Marx*, 122-123; Nicolaievsky and Maenchen-Helfen, *Karl Marx*, 101.
18. McLellan, *Karl Marx*, 143; MECW, volumen 38, 39.
19. MECW, volumen 38, 573(n).
20. Longuet, *Karl Marx*, 124.
21. MECW, volumen 38, 533.
22. McLellan, *Karl Marx*, 143-144; Nicolaievsky and Maenchen-Helfen, *Karl Marx*, 108-109.
23. Marx & Engels, *Cologne Communist Trial*, 46.
24. Nicolaievsky and Maenchen-Helfen, *Karl Marx*, 109.
25. Marx & Engels, *Cologne Communist Trial*, 46.
26. McLellan, *Karl Marx*, 130.
27. Annenkov, *Extraordinary Decade*, 168-170; KMIR, 12-14; Nicolaievsky and Maenchen-Helfen, *Karl Marx*, 117-118.
28. McLellan, *Karl Marx*, 159.
29. MECW, volumen 6, 35-41; McLellan, *Karl Marx*, 146.
30. Annenkov, *Extraordinary Decade*, 171.
31. Fetjö, *Opening of an Era*, 362-365, 367.
32. MECW, volumen 38, 39; Nicolaievsky and Maenchen-Helfen, *Karl Marx*, 116-117.
33. McLellan, *Karl Marx*, 147.
34. MECW, volumen 38, 530-531; Carver, *Friedrich Engels*, 150-151.
35. Blumenberg, *Illustrated*, 65; Hammen, *Red 48ers*, 140-141.
36. MECW, volumen 38, 576(n).
37. Ibid., 522.
38. Ibid., 36-37.
39. Ibid., 42-43.

40. MECW, volumen 24, 131; McLellan, *Karl Marx*, 142; REM, 223.
41. KMIR, 20; McLellan, *Karl Marx*, 142.
42. Mayer, *Friedrich Engels*, 76.
43. MECW, volumen 38, 82, 89.
44. *Ibid.*, 92.
45. Longuet, *Karl Marx*, 125-126; McLellan, *Karl Marx*, 142; Peters, *Red Jenny*, 69.
46. MECW, volumen 38, 51.
47. *Ibid.*, 105.
48. MECW, volumen 38, 95-97; Annenkov, *Extraordinary Decade*, 171-172.
49. MECW, volumen 38, 101-102.
50. Hammen, *Red 48ers*, 145.
51. MECW, volumen 6, 176.
52. McLellan, *Karl Marx*, 148.
53. MECW, volumen 38, 591(n); McLellan, *Karl Marx*, 152.
54. McLellan, *Karl Marx*, 157; Robert Payne, *Karl Marx*, 131.

Capítulo Once: Bruselas, 1847

1. MECW, volumen 38, 149.
2. Marx & Engels, *Cologne Communist Trial*, 39-41; McLellan, *Karl Marx*, 154-157.
3. Marx & Engels, *Cologne Communist Trial*, 40-47; McLellan, *Karl Marx*, 156-157; Nicolaievsky and Maenchen-Helfen, *Karl Marx*, 111, 122-124.
4. Stearns, *1848*, 33.
5. MECW, volumen 10, 495.
6. Whitridge, *Men in Crisis*, 26; Stearns, *1848*, 34; Hamerow, *Restoration, Revolution, Reaction*, 76-77.
7. Hobsbawm, *Age of Capital*, 43-44.
8. La fecha de nacimiento de Edgar Marx varía según la biografía de Marx que consultemos. El Centro de Estudios Friedrich-Ebert-Stiftung de Tréveris concluye que nació el 3 de febrero de 1847. El nombre que aparece en el certificado de nacimiento es el de Charles Louis Henri Edgar Marx, pero le llamaban Edgar o Musch. *Genealogy Marx*, Friedrich.Ebert-Stiftung Museum/Studienzentrum, Tréveris; Omura, Fomičev, Hecker & Kubo, *Familie Marx privat*, 447.
9. Padover, *Karl Marx*, 128; MECW, volumen 38, 121.
10. MECW, volumen 38, 154.
11. *Ibid.*, 158.
12. *Ibid.*, 576(n).
13. *Ibid.*, 108.
14. *Ibid.*, 55, 90.
15. *Ibid.*, 153.
16. *Ibid.*, 154.
17. *Ibid.*, 115, 587 (n).
18. *Ibid.*, 117.
19. *Ibid.*, 120, 588(n).
20. *Ibid.*, 117.
21. MECW, volumen 6, 585, y volumen 38, 587-588(n); Carr, *Michael Bakunin*, 139; McLellan, *Karl Marx*, 156-157.
22. MECW, volumen 6, 96-103, 341-357.
23. *Ibid.*, 600.

24. Boris Nicolaievsky, "Toward a History of the Communist League, 1847-1852", 241.
25. Robert Payne, *Unknown Marx*, 18; Padover, *Karl Marx*, 115; Robert Payne, *Karl Marx*; McLellan, *Karl Marx*, 142-143.
26. Nicolaievsky and Maenchen-Helfen, *Karl Marx*, 133.
27. MECW, volumen 38, 588(n).
28. Nicolaievsky and Maenchen-Helfen, *Karl Marx*, 128-129; Hammen, *Red 48ers*, 163; Longuet, *Karl Marx*, 127-128. (Hoy el Café au Cygne es conocido como la Maison du Cygne.)
29. Nicolaievsky and Maenchen-Helfen, *Karl Marx*, 131-132; MECW, volumen 38, 122-130.
30. Nicolaievsky and Maenchen-Helfen, *Karl Marx*, 129.
31. MECW, volumen 38, 141.
32. Longuet, *Karl Marx*, 18; Hammen, *Red 48ers*, 190.
33. MECW, volumen 38, 122, 143.
34. McLellan, *Karl Marx*, 163; Carr, *Michael Bakunin*, 123, 131.
35. Carr, *Michael Bakunin*, 146.
36. Kenafick, *Bakunin and Marx*, 41-42.
37. Carr, *Michael Bakunin*, 146.
38. MECW, volumen 38, 150-151.
39. McLellan, *Karl Marx*, 160-161.
40. MECW, volumen 6, 388-389.
41. REM, 153.
42. Marx tenía de hecho veintinueve años durante la reunión de la Liga aquel otoño. KMIR, 14.
43. MECW, volumen 38, 592; McLellan, *Karl Marx*, 154-155; Nicolaievsky and Maenchen-Helfen, *Karl Marx*, 110-111.
44. MECW, volumen 6, 633-638.
45. *Ibid.*, 585.
46. *Ibid.*, 633.
47. MECW, volumen 38, 149.

Capítulo Doce: Bruselas, 1848

1. Tocqueville, *Recollections*, 11-12.
2. Giroud, *Femme du diable*, 92-93; Peters, *Red Jenny*, 73.
3. Jenny Marx a Lina Schöler, 17 de diciembre de 1847, Moscú.
4. Jenny Marx a Lina Schöler, mediados de enero de 1848, Moscú.
5. Giroud, *Femme du diable*, 92-93.
6. MECW, volumen 6, 639.
7. Giroud, *Femme du diable*, 92-93.
8. Jenny Marx a Lina Schöler, mediados de enero de 1848, Moscú.
9. McLellan, *Karl Marx*, 163.
10. Peters, *Red Jenny*, 65.
11. MECW, volumen 38, 153; Carver, *Friedrich Engels*, 152.
12. McLellan, *Karl Marx*, 162; MECW, volumen 26, 523-524, y volumen 6, 695-696(n).
13. Roberts, *History of Europe*, 336.
14. MECW, volumen 6, 463-465 y volumen 26, 523-524.
15. MECW, volumen 26, 523.
16. MECW, volumen 38, 152-154.
17. Nicolaievsky and Maenchen-Helfen, *Karl Marx*, 136; Raddatz, *Karl Marx*, 80.

18. MECW, volumen 6, 698.
19. Ibid., 698(n); Padover, *Karl Marx*, 129.
20. MECW, volumen 39, 60; Padover, *Karl Marx*, 129.
21. MECW, volumen 6, 481.
22. Ibid., 487-488.
23. Ibid., 489.
24. Ibid., 496.
25. Ibid., 500.
26. Ibid., 502.
27. Ibid., 506.
28. Ibid., 519.

Capítulo 13: París, 1848

1. Hamerow, *Restoration, Revolution, Reaction*, 87.
2. MECW, volumen 6, 559; Nicolaievsky and Maenchen-Helfen, *Karl Marx*, 141-142.
3. Wilson, *Victorians*, 127.
4. Hobsbawm, *Age of Capital*, 14.
5. Fetjö (ed.), *Opening of an Era*, 60-63, 65-66; Whitridge, *Men in Crisis*, 246-247.
6. Fetjö (ed.), *Opening of an Era*, 66.
7. Whitridge, *Men in Crisis*, 115-116; Stearns, *1848*, 123; Evans and von Strandmann (eds.), *Revolutions in Europe*, 55.
8. Stearns, *1848*, 53; Evans and von Strandmann (eds.), *Revolutions in Europe*, 56.
9. Fetjö (ed.), *Opening of an Era*, 116-118; Whitridge, *Men in Crisis*, 140-141, 146-147; Stearns, *1848*, 123, 125; Evans and von Strandmann (eds.), *Revolutions in Europe*, 57, 60.
10. Stearns, *1848*, 57, 124; Whitridge, *Men in Crisis*, 147.
11. Nicolaievsky and Maenchen-Helfen, *Karl Marx*, 141.
12. John J. Baughman, "The French Banquet Campaign of 1847-48", 1; MECW, volumen 6, 375; Stearns, *1848*, 6; Evans and von Strandmann (eds.), *Revolutions in Europe*, 32.
13. Pawel, *Poet Dying*, 17.
14. Stearns, *1848*, 71; Evans and von Strandmann (eds.), *Revolutions in Europe*, 32.
15. Baughman, "The French Banquet Campaign of 1847-48", 2-3, 6-9; MECW, volumen 6, 393.
16. MECW, volumen 6, 375.
17. Baughman, "The French Banquet Campaign of 1847-48", 32; Whitridge, *Men in Crisis*, 29.
18. Baughman, "The French Banquet Campaign of 1847-48", 14; Stearns, *1848*, 72.
19. Stearns, *1848*, 73; Whitridge, *Men in Crisis*, 27, 31, 32.
20. Stearns, *1848*, 73.
21. Ibid., 73-74; Hamerow, *Restoration, Revolution, Reaction*, 97; Whitridge, *Men in Crisis*, 36.
22. Tocqueville, *Recollections*, 11-12.
23. Evans and von Strandmann (eds.), *Revolutions in Europe*, 164.
24. A. J. P. Taylor, *The Struggle for Mastery of Europe, 1848-1918*, 6; Andrew Jackson Donelson, "The American Minister in Berlin on the Revolution of March, 1848", 357; Hamerow, *Restoration, Revolution, Reaction*, 98.
25. Longuet, *Karl Marx*, 131; Somerhausen, *L'Humanisme*, 236.
26. Hammen, *Red 48ers*, 193.
27. MECW, volumen 38, 82.
28. Hammen, *Red 48ers*, 193 (Eleanor Marx Aveling escribió a Karl Kautsky el 15 de marzo de

- 1898 [Moscú], que era consciente desde hacía tiempo de un “desagradable misterio” relacionado con la expulsión de Engels de París. Lo único que había con certeza era que había una mujer implicada, y “según los rumores que me han llegado, de reputación más que dudosa, además”.)
29. MECW, volumen 6, 643.
 30. Nicolaievsky and Maenchen-Helfen, *Karl Marx*, 138-139.
 31. Fetjö (ed.), *Opening of an Era*, 163.
 32. Nicolaievsky and Maenchen-Helfen, *Karl Marx*, 143.
 33. MECW, volumen 6, 567; Nicolaievsky and Maenchen-Helfen, *Karl Marx*, 143.
 34. Hammen, *Red 48ers*, 196.
 35. MECW, volumen 6, 559 y volumen 24, 136-137; Hammen, *Red 48ers*, 196-197.
 36. Nicolaievsky and Maenchen-Helfen, *Karl Marx*, 143; MECW, volumen 24, 137.
 37. MECW, volumen 6, 568, 581.
 38. Ibid., 560 y volumen 24, 137.
 39. MECW, volumen 6, 560.
 40. KMIR, 20.
 41. Nicolaievsky and Maenchen-Helfen, *Karl Marx*, 143; McLellan, *Karl Marx*, 177; Somerhausen, *L'Humanisme*, 217.
 42. KMIR, 20.
 43. Somerhausen, *L'Humanisme*, 237, 245.
 44. Peters, *Red Jenny*, 74.
 45. McLellan, *Karl Marx*, 177-178; Somerhausen, *L'Humanisme*, 245.
 46. MECW, volumen 6, 651-652.
 47. Ibid., 649.
 48. Ibid., 650.
 49. Hammen, *Red 48ers*, 198.
 50. Marx & Engels, *Cologne Communist Trial*, 49; Nicolaievsky and Maenchen-Helfen, *Karl Marx*, 144.
 51. Somerhausen, *L'Humanisme*, 239.
 52. MECW, volumen 6, 561-562, 565; Somerhausen, *L'Humanisme*, 239-240; Nicolaievsky and Maenchen-Helfen, *Karl Marx*, 144.
 53. Somerhausen, *L'Humanisme*, 240; KMIR, 20-21; MECW, volumen 6, 561, 565.
 54. KMIR, 21; Somerhausen, *L'Humanisme*, 240-241.
 55. KMIR, 21; Somerhausen, *L'Humanisme*, 241.
 56. KMIR, 21.
 57. MECW, volumen 6, 565; Somerhausen, *L'Humanisme*, 242.
 58. KMIR, 21.
 59. MECW, volumen 6, 565.
 60. Ibid., 562.
 61. Somerhausen, *L'Humanisme*, 242.
 62. KMIR, 21.
 63. Peters, *Red Jenny*, 76.
 64. Nicolaievsky and Maenchen-Helfen, *Karl Marx*, 146.
 65. KMIR, 21.

Capítulo Catorce: París, primavera de 1848

1. MECW, volumen 4, 82.

2. KMIR, 21.
3. Peter Amann, "The Changing Outlines of 1848", 941; Nicolaievsky and Maenchen-Helfen, *Karl Marx*, 146; Padover, *Karl Marx*, 133.
4. Nicolaievsky and Maenchen-Helfen, *Karl Marx*, 147; Carr, *Michael Bakunin*, 149.
5. MECW, volumen 38, 169.
6. Raddatz, *Karl Marx*, 86.
7. Stearns, *1848*, 77.
8. MECW, volumen 7, 513.
9. Longuet, *Karl Marx*, 136.
10. Ibid., 135; McLellan, *Karl Marx*, 179.
11. Carr, *Michael Bakunin*, 149.
12. Hobsbawm, *Age of Capital*, 26.
13. Amann, "The Changing Outlines of 1848", 942.
14. Stearns, *1848*, 80.
15. Ibid., 179-180.
16. Thomas, *Women Incendiaries*, 21, 23.
17. Stearns, *1848*, 83.
18. Giroud, *Femme du diable*, 98.
19. MECW, volumen 21, 61.
20. Fetjö (ed.), *Opening of an Era*, 7; Hamerow, *Restoration, Revolution, Reaction*, 76-79, 84.
21. Sperber (ed.), *Germany, 1800-1870*, 54; MECW, volumen 11, 19-20.
22. Sperber (ed.), *Germany, 1800-1870*, 54-57.
23. Schurz, *Reminiscences*, 108-109.
24. Stearns, *1848*, 64; Evans and von Strandmann (eds.), *Revolutions in Europe*, 29.
25. Priscilla Robertson, "Students on the Barricades: Germany and Austria, 1848", 375-376; Stearns, *1848*, 95-96.
26. Hamerow, *Restoration, Revolution, Reaction*, 99; Stearns, *1848*, 96; Evans and von Strandmann (eds.), *Revolutions in Europe*, 181.
27. Evans and von Strandmann (eds.), *Revolutions in Europe*, 186; Robertson, "Students on the Barricades: Germany and Austria, 1848", 376; Fetjö (ed.), *Opening of an Era*, 255.
28. Evans and von Strandmann (eds.), *Revolutions in Europe*, 62-63; Stearns, *1848*, 129-130.
29. Evans and von Strandmann (eds.), *Revolutions in Europe*, 106.
30. Schurz, *Reminiscences*, 119; Donelson, "The American Minister in Berlin", 358; Stearns, *1848*, 146; Whitridge, *Men in Crisis*, 218.
31. Schurz, *Reminiscences*, 119; Sperber (ed.), *Germany, 1800-1870*, 59.
32. Schurz, *Reminiscences*, 119.
33. Whitridge, *Men in Crisis*, 218.
34. Donelson, "The American Minister in Berlin", 358; Stearns, *1848*, 147.
35. Donelson, "The American Minister in Berlin", 360-361.
36. Ibid., 360.
37. Ibid., 360-361.
38. Ibid.
39. Schurz, *Reminiscences*, 120-121; Donelson, "The American Minister in Berlin", 363.
40. Schurz, *Reminiscences*, 121.
41. Donelson, "The American Minister in Berlin", 362.
42. Ibid., 370-371.
43. Offord, *Nineteenth-Century Russia*, 39-40.

44. Carr, *Michael Bakunin*, 150.
45. Liebknecht, *Karl Marx*, 63.
46. Marx and Engels, *Cologne Communist Trial*, 50; Amann, "Changing Outlines of 1848", 940.
47. Carr, *Michael Bakunin*, 151-152.
48. REM, 19; Nicolaievsky and Maenchen-Helfen, *Karl Marx*, 150-151; MECW, volumen 26, 324.
49. MECW, volumen 6, 657.
50. Karl Marx and Friedrich Engels, *Letters to Americans, 1848-1895*, 15.
51. Stearns, *1848*, 142; McLellan, *Karl Marx*, 180; Nicolaievsky and Maenchen-Helfen, *Karl Marx*, 152-153.
52. MECW, volumen 26, 324; Nicolaievsky and Maenchen-Helfen, *Karl Marx*, 152-155; Hammen, *Red 48ers*, 214.
53. Renania era el lugar lógico para que fuera Marx. Todavía tenía las leyes de prensa más libres y se regía por la ley napoleónica, lo que significaba juicio con jurado si se consideraba necesario. También era el lugar donde vivían los hombres de negocios que le habían financiado anteriormente y era posible que lo hiciesen de nuevo. Y había sido el lugar donde se había producido el primer levantamiento comunista en Alemania. McLellan, *Karl Marx*, 181.
54. MECW, volumen 7, 3-7.
55. McLellan, *Karl Marx*, 181.
56. MECW, volumen 6, 558.

Capítulo Quince: Colonia, 1848

1. Seigel, *Marx's Fate*, 173.
2. Nicolaievsky and Maenchen-Helfen, *Karl Marx*, 165; Sperber (ed.), *Germany, 1800-1870*, 60.
3. McLellan, *Karl Marx*, 182; Stearns, *1848*, 145; Donelson, "The American Minister in Berlin", 365.
4. La pelea final entre Marx y Gottschalk fue por la financiación de los restos de la Legión de Herwegh, que Gottschalk favorecía pero Marx no. McLellan, *Karl Marx*, 164, 166-167; Nicolaievsky and Maenchen-Helfen, *Karl Marx*, 165; Hammen, *Red 48ers*, 222.
5. MECW, volumen 6, 122.
6. En su solicitud de ciudadanía, Marx escribió primero que tenía intención de editar un periódico, pero en el redactado final de su solicitud eliminó esta referencia y decía simplemente: "Después de los acontecimientos que han tenido lugar recientemente regresé a mi país y ahora tengo la intención de establecerme con mi familia en Colonia". Seis días más tarde, un informe de la policía decía que Marx había dicho a las autoridades que estaba escribiendo un libro de economía y que pensaba vivir de los ingresos que le proporcionasen sus escritos y del patrimonio personal de su esposa. El inspector de policía se refería a Marx como "políticamente poco de fiar" pero no influyó inmediatamente en su solicitud. MECW, volumen 7, 537-538.
7. Peters, *Red Jenny*, 82-83; McLellan, *Karl Marx*, 181.
8. Hammen, *Red 48ers*, 222.
9. Luise Dornemann, *Jenny Marx: Der Lebensweg einer Sozialistin*, 103.
10. MECW, volumen 26, 127.
11. MECW, volumen 7, 69-70.
12. MECW, volumen 26, 127.
13. MECW, volumen 7, 15.
14. Whitridge, *Men in Crisis*, 47, 50; Stearns, *1848*, 76.

15. Whitridge, *Men in Crisis*, 50; Evans and von Strandmann (eds.), *Revolutions in Europe*, 35.
16. Evans and von Strandmann (eds.), *Revolutions in Europe*, 35; Whitridge, *Men in Crisis*, 51.
17. Whitridge, *Men in Crisis*, 52-53, 71; Evans and von Strandmann (eds.), *Revolutions in Europe*, 36.
18. Tocqueville, *Recollections*, 95, 102; Amann, "Changing Outlines of 1848", 946; Stearns, *1848*, 79; Whitridge, *Men in Crisis*, 66-67.
19. Whitridge, *Men in Crisis*, 66-67.
20. Evans and von Strandmann (eds.), *Revolutions in Europe*, 39; Stearns, *1848*, 85.
21. Tocqueville, *Recollections*, 107.
22. Ibid., 130-132; Taylor, *Struggle for Mastery in Europe*, 11; Amann, "A Journée in the Making: May 15, 1848", 44, 63-64; Stearns, *1848*, 86.
23. Whitridge, *Men in Crisis*, 66-67; Tocqueville, *Recollections*, 130.
24. Tocqueville, *Recollections*, 133-134.
25. Schurz, *Reminiscences*, 129.
26. Hamerow, *Restoration, Revolution, Reaction*, 102-104, 107; Stearns, *1848*, 41.
27. Hobsbawm, *Age of Capital*, 33.
28. Fetjö (ed.), *Opening of an Era*, 231.
29. Hamerow, *Restoration, Revolution, Reaction*, 114.
30. Ibid., 120-122; Breuilly, *Austria, Prussia and Germany*, 42-43.
31. Hamerow, *Restoration, Revolution, Reaction*, 123-124.
32. MECW, volumen 7, 72.
33. MECW, volumen 11, 41-42; Breuilly, *Austria, Prussia and Germany*, 42-43.
34. Hammen, *Red 48ers*, 223-224.
35. Nicolaievsky and Maenchen-Helfen, *Karl Marx*, 168.
36. MECW, volumen 26, 123.
37. Blumenberg, *Illustrated*, 86.
38. Schurz, *Reminiscences*, 139-140; KMIR, 15.
39. MECW, volumen 7, 45 y volumen 26, 126.

Capítulo Dieciséis: París, junio de 1848

1. Tocqueville, *Recollections*, 156.
2. Ibid., 146.
3. Stearns, *1848*, 88.
4. Fetjö (ed.), *Opening of an Era*, 90.
5. Whitridge, *Men in Crisis*, 99.
6. MECW, volumen 7, 124-127; Stearns, *1848*, 89; Whitridge, *Men in Crisis*, 98.
7. MECW, volumen 7, 128; *Men in Crisis*, 98.
8. Tocqueville, *Recollections*, 154, 175; MECW, volumen 7, 138.
9. Tocqueville, *Recollections*, 162; Whitridge, *Men in Crisis*, 100.
10. Tocqueville, *Recollections*, 150-151.
11. Stearns, *1848*, 92; Evans and von Strandmann (eds.), *Revolutions in Europe*, 41; Whitridge, *Men in Crisis*, 101-102.
12. Stearns, *1848*, 93; Evans and von Strandmann (eds.), *Revolutions in Europe*, 43; Pawel, *Poet Dying*, 53; Whitridge, *Men in Crisis*, 103.
13. Evans and von Strandmann (eds.), *Revolutions in Europe*, 43; Whitridge, *Men in Crisis*, 103.
14. MECW, volumen 7, 128.
15. Ibid., 130.

16. Ibid., 144.
17. Ibid., 146-147.
18. Ibid., 147 y volume 10, 68.
19. MECW, volumen 7, 143.
20. Ibid., 478 y volume 26, 126.
21. MECW, volumen 26, 126.
22. McLellan, *Karl Marx*, 183; Seigel, *Marx's Fate*, 199; REM, 156.
23. MECW, volumen 7, 74, 170, 194, y volume 11, 36.
24. MECW, volumen 7, 176-179.
25. Ibid., 180.
26. Ibid., 554.
27. Ibid., 208.
28. Ibid., 383-384, 407-408, 581.
29. Ibid., 448, 452, y volumen 38, 182.
30. MECW, volumen 7, 653(n); Hammen, *Red 48ers*, 296; Nicolaievsky and Maenchen-Helfen, *Karl Marx*, 173.
31. Hammen, *Red 48ers*, 296.
32. Brophy, *Popular Culture and the Public Sphere*, 216-217, 224.
33. MECW, volumen 7, 582-583.
34. Hammen, *Red 48ers*, 297.
35. MECW, volumen 7, 574; Hammen, *Red 48ers*, 298.
36. Hammen, *Red 48ers*, 299-300.
37. MECW, volumen 7, 584.
38. Ibid., 442-443.
39. Hammen, *Red 48ers*, 287-289.
40. Ibid., 304.
41. Ibid., 304; Hamerow, *Restoration, Revolution, Reaction*, 181.
42. MECW, volumen 7, 444, 589.
43. Ibid., 452.
44. Ibid., 452-453.
45. Hammen, *Red 48ers*, 307.
46. MECW, volumen 7, 463; Hammen, *Red 48ers*, 307-309; Nicolaievsky and Maenchen-Helfen, *Karl Marx*, 175.
47. MECW, volumen 7, 455, 642(n); Hammen, *Red 48ers*, 310; Nicolaievsky and Maenchen-Helfen, *Karl Marx*, 175.
48. MECW, volumen 7, 455-456, 590.
49. Ibid., 593.
50. MECW, volumen 24, 140.
51. MECW, volumen 38, 540-541.
52. MECW, volumen 7, 459-460, 594.
53. Ibid., 513-514.
54. Ibid., 511.
55. Ibid., 526, 528-539.
56. Ibid., 515.
57. Ibid., 456.
58. Hammen, *Red 48ers*, 316.
59. Brophy, *Popular Culture and the Public Sphere*, 59.

60. MECW, volumen 38, 178.
61. Dornemann, *Jenny Marx*, 103-139.
62. KMIR, 16.
63. Los biógrafos de Marx y de Jenny han puesto de relieve los antagonismos existentes entre ellos y Ferdinand von Westphalen, que eran reales y muchos, tanto políticos como personales. Pero durante toda su vida y pese a las dificultades, Jenny no abandonó a su hermano mayor ni a su esposa, Louise; les escribió regularmente, intercambió con ellos noticias familiares y con frecuencia firmaba sus cartas con “un beso de tu querida hermana”. Su correspondencia estaba llena del lenguaje extraordinariamente cortés utilizado por los de su clase cuando saludaban a otro aristócrata, por lo que a veces resulta difícil determinar si sus palabras eran algo más que un mero artificio social. Pero yo creo que en muchos casos lo eran: estas cartas eran expresiones de afecto por la vida y la familia que había abandonado al casarse con Marx, y no es que lo hubiera cambiado por ellos, pero ellos seguramente le proporcionaban un respiro, aunque breve, en su lucha.
64. Ferdinand von Westphalen a Louise von Westphalen, 10 de junio de 1847, Hamburgo.
65. Ferdinand von Westphalen a Louise von Westphalen, 23 de octubre de 1848, Hamburgo.

Capítulo Diecisiete: Colonia, 1849

1. MECW, volumen 10, 70.
2. Stearns, *1848*, 119-121; Hammen, *Red 48ers*, 327-328, 330; MECW, volumen 11, 67; McLellan, *Karl Marx*, 193.
3. Stearns, *1848*, 119-121; Hemman, *Red 48ers*, 329-331; Breuilly, *Austria, Prussia and Germany*, 49.
4. MECW, volumen 9, 453.
5. La decisión de la Asamblea prusiana de adoptar el mantra de los no impuestos tan pronto después de que apareciera el artículo de Marx puede haber sido una coincidencia, aunque es posible que los miembros de la Asamblea leyesen su artículo y se inspirasen en su argumentación. MECW, volumen 7, 477.
6. MECW, volumen 11, 67; Hammen, *Red 48ers*, 340.
7. MECW, volumen 8, 36; Hammen, *Red 48ers*, 342, 345.
8. MECW, volumen 8, 36, 41.
9. *Ibid.*, 46.
10. Hammen, *Red 48ers*, 347.
11. Marx fue convocado en el despacho del magistrado en un caso que llevaba un antiguo fiscal, que ahora era el fiscal general Hecker. El tema era una carta publicada en la *Neue Rheinische Zeitung* firmada por un tal “Hecker”, identificado como un republicano que había huido a Nueva York. La carta fue publicada en varios periódicos prusianos y el fiscal acusó a Marx de haberse inventado la carta y de haberla firmado maliciosamente con su nombre para dar a entender que el fiscal tenía inclinaciones republicanas. Cuando Marx se presentó ante el tribunal el 14 de noviembre para una audiencia sobre el caso, estaba convencido de que sería arrestado. Una multitud de varios cientos de personas se había congregado a las puertas del juzgado para apoyarle y es posible que no fuera encarcelado por temor a que su detención provocase disturbios civiles. MECW, volumen 7, 485-487; volumen 8, 495-496, 501, 503; volumen 38, 180; McLellan, *Karl Marx*, 195.
12. MECW, volumen 8, 504.
13. *Ibid.*, 82.
14. MECW, volumen 38, 179.

15. MECW, volumen 8, 135, 588(n).
16. MECW, volumen 38, 190.
17. MECW, volumen 8, 312.
18. *Ibid.*, 314.
19. *Ibid.*, 316-317.
20. *Ibid.*, 320, 322, 517-518.
21. *Ibid.*, 323, 335, 338.
22. *Ibid.*, 338-339.
23. *Ibid.*, 520-521; McLellan, *Karl Marx*, 199; Nicolaievsky and Maenchen-Helfen, *Karl Marx*, 192; Stearns, *1848*, 183.
24. MECW, volumen 8, 527-528.
25. MECW, volumen 9, 487, 492-493, 496-497.
26. Ferdinand von Westphalen a Louise von Westphalen, 10 de febrero de 1849, Hamburgo.
27. Nicolaievsky and Maenchen-Helfen, *Karl Marx*, 191.
28. MECW, volumen 38, 192-193 y volumen 47, 613(n); McLellan, *Karl Marx*, 201-202; Nicolaievsky and Maenchen-Helfen, *Karl Marx*, 191.
29. MECW, volumen 38, 193.
30. MECW, volumen 11, 80, 83-85.
31. McLellan, *Karl Marx*, 203; Nicolaievsky and Maenchen-Helfen, *Karl Marx*, 195.
32. MECW, volumen 38, 196.
33. McLellan, *Karl Marx*, 202; Nicolaievsky and Maenchen-Helfen, *Karl Marx*, 181, 193-194.
34. Nicolaievsky and Maenchen-Helfen, *Karl Marx*, 194.
35. McLellan, *Karl Marx*, 203.
36. Hammen, *Red 48ers*, 386.
37. MECW, volumen 9, 451, 509; McLellan, *Karl Marx*, 203.
38. Carr, *Michael Bakunin*, 186, 190, 193; McLellan, *Karl Marx*, 195; Sperber (ed.) *Germany, 1800-1870*, 65.
39. Carr, *Michael Bakunin*, 166, 194.
40. MECW, volumen 9, 447; Hammen, *Red 48ers*, 391-392.
41. Mayer, *Friedrich Engels*, 13; Hammen, *Red 48ers*, 393. Una biografía reciente de Engels escrita por Tristram Hunt discute la historia del encuentro de Engels con su padre diciendo que parece demasiado “patética” para ser verdad. Se basa en el relato de un testigo presencial y se conserva en los archivos de Wuppertal. Tristram Hunt, *The Frock-Coated Communist*, 175.
42. MECW, volumen 9, 449, 508; Stearns, *1848*, 191; Carver, *Friedrich Engels*, 204; Hammen, *Red 48ers*, 392-393.
43. En un relato de los acontecimientos escrito muchos años después, Engels decía que, para su consternación, muchos de los “lumpenproletarios de la ginebra” vendieron sus rifles aquella misma noche a la burguesía. MECW, volumen 9, 449 y volumen 10, 168, 602-603; Carver, *Friedrich Engels*, 204.
44. MECW, volumen 9, 514, 524 y volumen 10, 602-604.
45. MECW, volumen 9, 417.
46. MECW, volumen 11, 68.
47. Nicolaievsky and Maenchen-Helfen, *Karl Marx*, 197.
48. McLellan, *Karl Marx*, 203.
49. MECW, volumen 9, 418.
50. *Ibid.*, 453-454, 467.

51. McLellan, *Karl Marx*, 204; Nicolaievsky and Maenchen-Helfen, *Karl Marx*, 197.
52. MECW, volumen 26, 128.
53. Nicolaievsky and Maenchen-Helfen, *Karl Marx*, 197.
54. Giroud, *Femme du diable*, 106.
55. MECW, volumen 9, 509; McLellan, *Karl Marx*, 204.
56. MECW, volumen 24, 164.
57. MECW, volumen 9, 515; McLellan, *Karl Marx*, 204.
58. KMIR, 21.
59. McLellan, *Karl Marx*, 205.
60. KMIR, 21; McLellan, *Karl Marx*, 205; Carver, *Friedrich Engels*, 205.
61. MECW, volumen 11, 86.

Capítulo Dieciocho: París 1849

1. MECW, volumen 11, 103.
2. Whitridge, *Men in Crisis*, 92.
3. W. H. C. Smith, *Second Empire and Commune*, 2.
4. Whitridge, *Men in Crisis*, 88.
5. W. H. C. Smith, *Second Empire and Commune*, 2, 7; Whitridge, *Men in Crisis*, 90.
6. Whitridge, *Men in Crisis*, 93; Stearns, *1848*, 216.
7. Whitridge, *Men in Crisis*, 91, 94.
8. *Ibid.*, 84, 104, 106.
9. *Ibid.*, 108.
10. MECW, volumen 9, 525, y volumen 38, 200; McLellan, *Karl Marx*, 205.
11. MECW, volumen 7, 150, y volumen 38, 209.
12. MECW, volumen 38, 199.
13. Stearns, *1848*, 217.
14. Whitridge, *Men in Crisis*, 179, 181-182.
15. Taylor, *Struggle for Mastery of Europe*, 30.
16. Stearns, *1848*, 217.
17. MECW, volumen 9, 478.
18. Tocqueville, *Recollections*, 245-246, 272-274.
19. Nicolaievsky and Maenchen-Helfen, *Karl Marx*, 203.
20. MECW, volumen 38, 546.
21. *Ibid.*, 546-548; Pawel, *Poet Dying*, 46.
22. MECW, volumen 38, 202.
23. *Ibid.*, 201.
24. *Ibid.*, 200, 207.
25. KMIR, 22.
26. MECW, volumen 9, 480-481.
27. MECW, volumen 38, 211.
28. *Ibid.*, 210-211, 605(n) y volumen 9, 526.
29. MECW, volumen 38, 208.
30. *Ibid.*, 209-210.
31. Berlin, *Karl Marx*, 119.
32. MECW, volumen 38, 205.
33. *Ibid.*, 209.
34. *Ibid.*, 207-208.

35. McLellan, *Karl Marx*, 206.
36. MECW, volumen 38, 204-205.
37. Ibid., 212 y volumen 9, 527.
38. MECW, volumen 38, 212-213, 606.
39. Ibid., 212.
40. Ibid., 213.
41. Ibid., 606(n).
42. Ibid., 216.
43. Pawel, *Poet Dying*, 6-7, 71-72.
44. MECW, volumen 38, 216.
45. REM, 225.

Tercera Parte: Exilio en la Inglaterra victoriana

Capítulo Diecinueve: Londres, 1849

1. Percy Bysshe Shelley, "Peter Bell the Third", *The Daemon of the World*, 39.
2. KMIR, 22; MECW, volumen 38, 607; Padover, *Karl Marx*, 151; Gustav Mayer, "Letters of Karl Marx to Karl Blind", 154-155.
3. Bernard Porter, *The Refugee Question in Mid-Victorian Politics*, 2-3.
4. Ibid., 22.
5. Daniel Pool, *What Jane Austen Ate and Charles Dickens Knew*, 30.
6. Ibid., 30; Halliday, *Great Filth*, 79.
7. Halliday, *Great Filth*, 133.
8. Ibid., 135, 204; Gilda O'Neill, *The Good Old Days*, 10.
9. Halliday, *Great Filth*, 77.
10. Porter, *Refugee Question*, 20, 25; Jenny Marx a Louise von Westphalen, 29 de enero de 1858, Moscú.
11. William C. Preston, *The Bitter Cry of Outcast London*, 8; Donald J. Olsen, *The Growth of Victorian London*, 12.
12. Mayhew, *London Labour and the London Poor*, 68-69, 104.
13. MECW, volumen 10, 280-282.
14. Ibid., 605-606.
15. MECW, volumen 38, 216.
16. Liebknecht, *Karl Marx*, 65, 68-69.
17. KMIR, 44-46; Liebknecht, *Karl Marx*, 69; McLellan, *Karl Marx*, 214.
18. Porter, *Refugee Question*, 28; Berlin, *Karl Marx*, 137.
19. Porter, *Refugee Question*, 25-26.
20. Liebknecht, *Karl Marx*, 82.
21. Berlin, *Karl Marx*, 13.
22. MECW, volumen 10, 596.
23. Ibid., 599 y volumen 38, 231; McLellan, *Karl Marx*, 214.
24. MECW, volumen 10, 623; McLellan, *Karl Marx*, 214.
25. MECW, volumen 38, 213; Hammen, *Red 48ers*, 403.
26. REM, 141.
27. MECW, volumen 38, 202-203.
28. REM, 142.
29. Ibid., 143-144; Carver, *Friedrich Engels*, 206; Hammen, *Red 48ers*, 403.

30. MECW, volumen 38, 217, 607(n); Tocqueville, *Recollections*, 272-273.
31. Winder, *Bloody Foreigners*, 179-181; KMIR, 22; Olsen, *The Growth of Victorian London*, 150.
32. KMIR, 22; Robert Payne, *Karl Marx*, 227-228; Wilson, *Victorians*, 141.
33. KMIR, 22.
34. MECW, volumen 38, 557-558.
35. *Ibid.*, 549-550.
36. *Ibid.*, 607(n).
37. MECW, volumen 10, 606.
38. *New York Daily Tribune*, 1 de diciembre de 1852.
39. MECW, volumen 38, 219.
40. MECW, volumen 38, 224-225, 609(n).
41. Evans and von Strandmann (eds.), *Revolutions in Europe*, 166.
42. MECW, volumen 38, 226-227.
43. *Ibid.*, 608(n).
44. MECW, volumen 10, 69, 127, 135.
45. Mehring, *Karl Marx*, 194.
46. MECW, volumen 38, 605(n); McLellan, *Karl Marx*, 219.
47. MECW, volumen 38, 605(n).
48. *Ibid.*, 234.
49. *Ibid.*, 555.
50. *Ibid.*, 556-558.
51. KMIR, 23.
52. MECW, volumen 10, 281-285.
53. *Ibid.*, 375.
54. MECW, volumen 38, 610(n).
55. MECW, volumen 10, 370, 681(n).
56. Robert Payne, *Unknown Marx*, 103, 107, 109.
57. MECW, volumen 38, 237.
58. MECW, volumen 10, 378-386.
59. *Ibid.*, 381.
60. Porter, *Refugee Question*, 76, 81.
61. Berlin, *Karl Marx*, 134.
62. Liebknecht, *Karl Marx*, 81.
63. Berlin, *Karl Marx*, 143.
64. KMIR, 17-18.
65. MECW, volumen 38, 607(n); McLellan, *Karl Marx*, 213.
66. MECW, volumen 1, 674.
67. MECW, volumen 38, 557-558.

Capítulo Veinte: Zaltbommel, Holanda, Agosto de 1850

1. Jenny Marx a Karl Marx, agosto de 1850, Moscú.
2. Marjorie Caygill, *The British Museum Reading Room*, 29; Asa Briggs & John Callow, *Marx in London*, 50.
3. Caygill, 5-6.
4. MECW, volumen 38, 239-240.
5. Mayer, *Friedrich Engels*, 136; Raddatz, *Karl Marx*, 139.
6. Mayer, *Friedrich Engels*, 137.

7. Carver, *Friedrich Engels*, 139.
8. Mayer, *Friedrich Engels*, 138; Carver, *Friedrich Engels*, 139.
9. KMIR, xvii.
10. MECW, volumen 38, 274.
11. Jenny Marx a Karl Marx, agosto de 1850, Moscú; KMIR, 24.
12. KMIR, 59-60.
13. *Ibid.*, 24.
14. McLellan, *Karl Marx*, 228.
15. Nicolaievsky and Maenchen-Helfen, *Karl Marx*, 156, 205.
16. KMIR, 22.
17. McLellan, *Karl Marx*, 228.
18. Marx & Engels, *Cologne Communist Trial*, 23.
19. Durante toda su vida y hasta después de su muerte, bien entrado el siglo XX, Marx fue acusado de vivir una existencia burguesa mientras pretendía ser un defensor del trabajador. Esta acusación surgió, como vemos, muy pronto durante su vida en Londres, pero con más frecuencia a partir de 1864, cuando los periodistas descubrieron que vivía en una casa grande aparentemente con toda clase de comodidades. No sabían, sin embargo, que aquella fachada de riqueza era una ilusión. Esta crítica la recuperaron los biógrafos de la Guerra Fría tratando de desacreditar a Marx calificándole de hipócrita. De hecho, la vida de Marx era “burguesa” en el sentido de que él fue un prusiano culto de clase media y de talante familiar. Todas las comodidades de que disfrutó eran cortesía de Engels. Nicolaievsky and Maenchen-Helfen, *Karl Marx*, 217; McLellan, *Karl Marx*, 228.
20. MECW, volumen 20, 614-615.
21. REM, 292.
22. Liebknecht, *Karl Marx*, 106-107.
23. REM, 112; Liebknecht, *Karl Marx*, 104-105.
24. Liebknecht, *Karl Marx*, 104.
25. *Ibid.*, 106-107.
26. McLellan, *Karl Marx*, 229.
27. Liebknecht, *Karl Marx*, 106-107; MECW, volumen 38, 618.
28. McLellan, *Karl Marx*, 229.
29. Liebknecht, *Karl Marx*, 106-107.
30. MECW, volumen 10, 625-626.
31. *Ibid.*, 626-627.
32. *Ibid.*, 628.
33. *Ibid.*, 629.
34. *Ibid.*, 483-484.
35. *Ibid.*, 625, 633; Marx & Engels, *Cologne Communist Trial*, 62-63.
36. MECW, volumen 39, 60 y volumen 10, 627; Porter, *Refugee Question*, 41.
37. MECW, volumen 38, 240-241.
38. *Ibid.*, 558-559.
39. *Ibid.*, 241.
40. *Ibid.*, 242.
41. *Ibid.*, 250.

Capítulo Veintiuno: Londres, invierno de 1851

1. Marx & Engels, *Cologne Communist Trial*, 53.

2. Wilson, *Victorians*, 137-138, 144; Cole & Postgate, *British Common People*, 328-366; Judith Flanders, *The Victorian House*, 290.
3. La palabra “capitalismo” la acuñó Proudhon y fue utilizada en la década de 1840 por otros escritores socialistas y comunistas, pero no fue de uso general hasta comienzos de la década de 1850. El propio Marx no la utiliza todavía en el *Manifiesto Comunista*. Hobsbawm, *Age of Capital*, 13; Roberts, *History of Europe*, 376.
4. Hobsbawm, *Age of Capital*, 44-45; Sperber (ed.), *Germany, 1800-1870*, 73.
5. Sheppard, *London 1808-1870*, 98, 101.
6. Hobsbawm, *Age of Capital*, 13; Hammen, *The Red 48ers*, 90.
7. Hobsbawm, *Age of Capital*, 49-50; Sheppard, *London 1808-1870*, 71-72.
8. Hobsbawm, *Age of Capital*, 51.
9. Roberts, *History of Europe*, 329.
10. MECW, volumen 39, 21 y volumen 10, 500-502.
11. MECW, volumen 39, 96 y volumen 10, 502.
12. REM, 98; Liebknecht, *Karl Marx*, 57.
13. Berlín, *Karl Marx*, 13.
14. MECW, volumen 38, 270.
15. REM, 185; Flanders, *Victorian House*, 105-105; MECW, volumen 38, 251.
16. Mayer, *Friedrich Engels*, 143, 155, 157; Grenfell Morton, *Home Rule and the Irish Question*, 10; Wilson, *Victorians*, 76; MECW, volumen 41, 634(n); Carver, *Friedrich Engels*, 149.
17. MECW, volumen 38, 250.
18. *Ibid.*, 252.
19. *Ibid.*, 257.
20. *Ibid.*, 297, 561.
21. MECW, volumen 10, 535.
22. MECW, volumen 38, 257.
23. El apartamento de Marx es descrito a menudo por sus biógrafos como situado en el segundo piso de la casa, y allí es donde el Greater London Council puso un marcador histórico azul. La familia vivía en el piso superior. También está en discusión cuándo se mudó la familia al 28 de Dean Street. Algunos biógrafos dicen que el traslado se produjo el 2 de diciembre de 1850, pero Marx escribió una carta a Engels fechada este día desde el 64 de Dean Street. Asimismo, el 6 de enero de 1851, Marx le dijo a Engels que necesitaba dinero para su casera, que era “muy pobre”. En el 64 de Dean Street los Marx alquilaron el apartamento a una mujer, y en el 28 de Dean Street a un hombre. La primera referencia de Marx a esta nueva dirección la hace en una carta a Engels fechada el 27 de enero de 1851. Briggs & Callow, *Marx in London*, 43; Robert Payne, *Karl Marx*, 289; MECW, volumen 38, 251, 257, 269.
24. Liebknecht, *Karl Marx*, 94.
25. Briggs & Callow, *Marx in London*, 43.
26. Liebknecht, *Karl Marx*, 6.
27. MECW, volumen 38, 361.
28. Liebknecht, *Karl Marx*, 85.
29. *Ibid.*, 54.
30. REM, 163-164.
31. Liebknecht, *Karl Marx*, 116.
32. *Ibid.*, 117-118.
33. Gustave Mayer, “Neue Beitrage zur Biographie von Karl Marx”, 54-56.
34. Paul Lafargue, *Karl Marx*, 26.

35. Liebknecht, *Karl Marx*, 115.
36. Algunos de ellos –el italiano Giuseppe Mazzini, el francés Ledru-Rollin, el polaco Albert Darasz y el antiguo enemigo de Marx, Arnold Ruge– formaron un grupo llamado el Comité Central de la Democracia Europea. Declararon que el nacionalismo estaba muerto y que la oposición tenía que darse la mano por encima de fronteras. MECW, volumen 38, 615(n) y volumen 39, 158.
37. Marx & Engels, *Cologne Communist Trial*, 168.
38. Liebknecht, *Karl Marx*, 94.
39. Marx & Engels, *Cologne Communist Trial*, 190.
40. MECW, volumen 38, 286.
41. *Ibid.*, 287, 289-291.
42. *Ibid.*, 323-324.
43. *Ibid.*, 325; MEGA, III, Band 4, 85-86. (Eleanor Marx Aveling le dijo a Karl Kautsky en una carta fechada el 15 de marzo de 1898 [Moscú], que después de la muerte de Marx Engels había quemado muchas cartas entre los papeles de Marx que se referían a él. Engels también destruyó documentos y cartas en la primavera de 1851 siguiendo el consejo del Dr. Roland Daniels en Colonia, que le dijo que las autoridades de Inglaterra se estaban preparando para hacer una redada en las casas de los miembros del círculo de Marx. Si Marx había escrito a Engels contándole el embarazo de Lenchen, su carta puede haber desaparecido entonces.)
44. Marx & Engels, *Cologne Communist Trial*, 209; MECW, volumen 11, 304-305.
45. Porter, *Refugee Question*, 33.
46. *Ibid.*, 86-87.
47. *Ibid.*, 48, 57.
48. MECW, volumen 38, 355; Hamerow, *Restoration, Revolution, Reaction*, 206; Sperber (ed.), *Germany, 1800-1870*, 205; Marx & Engels, *Cologne Communist Trial*, 19.
49. MECW, volumen 38, 338.
50. Sperber (ed.), *Germany, 1800-1870*, 70.
51. Marx & Engels, *Cologne Communist Trial*, 20.
52. *Ibid.*, 272.
53. *Ibid.*, 19; MECW, volumen 38, 626-627(n).
54. Stieber fue más tarde el jefe de la policía política prusiana. No era la primera vez que Marx se topaba con un agente de policía que operaba con el nombre de Schmidt: en 1848, en un reportaje en su periódico, Marx había acusado al propio Stieber de hacerse pasar por un artista de nombre Schmidt mientras espía en Silesia. Schmidt, según Marx y Engels, era el nombre utilizado por los espías de la policía prusiana. Peters, *Red Jenny*, 98; MECW, volumen 11, 410 y volumen 38, 183-184.
55. Peters, *Red Jenny*, 115.
56. KMIR, 24.
57. Jenny Marx (hija) a Laura Lafargue, 24 de diciembre de 1868, Moscú.
58. Quién fue el padre de Freddy sigue siendo una cuestión debatida por algunos estudiosos marxianos. Algunos sostienen que Jenny no se habría quedado con Marx de haber sabido que Freddy era hijo suyo. Pero este es un argumento formulado desde la perspectiva del siglo XX; una mujer del siglo XIX no habría tenido alternativa en una situación como aquella. Las opciones de Jenny habrían sido regresar a Prusia y esencialmente convertirse en una humillada pupila de su familia con el futuro de sus hijos ensombrecido por el escándalo, o aceptar la infidelidad de su esposo. Teniendo en cuenta que Jenny era muy orgullosa, la elección habría sido clara. Otros argumentan que alguien no identificado del círculo de Marx fue el

- padre, pero en este caso, ¿por qué no se había casado con Lenchen? ¿Por qué no había mencionado Marx la situación a Engels? No habría tenido nada que ocultar a su amigo ni a personas indiscretas. Es totalmente consistente con la personalidad de Marx que tratase de eludir su responsabilidad, y totalmente inconsistente que si Engels había sido el padre hubiese abandonado a su hijo. La decisión de Engels de reconocer ser el padre de Freddy habría sido la solución políticamente más conveniente. Personalmente, fue solamente un caso más en el que Engels rescató a Marx del desastre. A comienzos del siglo XX aparecieron unas cartas conteniendo pruebas de que Marx fue el padre de Freddy. Stalin, advertido de la existencia de dichas cartas por David Ryazanov, el director del Instituto Marx-Engels, le dio al parecer instrucciones de enterrar lo que calificó de “asunto insignificante”. Dado que las cartas (Freddy Demuth a Jean Longuet, 10 de setiembre de 1910, Moscú; August Bebel a Ede Bernstein, 8 de setiembre de 1898, Moscú; Clara Zetkin a David Borisovich Ryazanov, 27 de febrero de 1929, Moscú) han vuelto a aparecer, los expertos más recientes tienden a creer que Freddy Demuth era hijo de Marx. Considerando las personalidades involucradas, los relatos contemporáneos, la lógica y los descubrimientos de los expertos marxianos en Rusia, Alemania y Japón, también yo he llegado a esta conclusión. Valerij Fomičev, “Helene Demuth Without Brethren”, 971-972; McLellan, *Karl Marx*, 249-250; MECW, volumen 38, 338.
59. KMIR, 24.
 60. Marx & Engels, *Cologne Communist Trial*, 54-55, 59; MECW, volumen 38, 365 y volumen 11, 399.
 61. MECW, volumen 38, 355, 359, 366.
 62. Más tarde, Marx y Engels dijeron que las imaginarias conspiraciones de los exiliados “proporcionaron a los gobiernos el pretexto que necesitaban para detener a toda clase de gente en Alemania, para reprimir a los movimientos autóctonos y para utilizar a aquellos desdichados hombres de paja en Londres como espantajos con los que asustar a las clases medias alemanas”. MECW, volumen 38, 366, 375; *Cologne Communist Trial*, 215.
 63. MECW, volumen 38, 369.
 64. *Ibid.*, 623(n).
 65. Fomičev, “Helene Demuth Without Brethren”, 970; Wheen, *KLarl Marx*, 170.
 66. Raddatz, *Karl Marx*, 160.
 67. MECW, volumen 38, 398.
 68. McLellan, *Karl Marx*, 250; Robert Payne, *Karl Marx*, 267.
 69. Peters, *Red Jenny*, 61, 104-105.
 70. MECW, volumen 38, 402-403.
 71. Fomičev, “Helene Demuth Without Brethren”, 970.
 72. MECW, volumen 40, 66.
 73. MECW, volumen 38, 432, 629(n); Nicolaievsky y Maenchen-Helfen, *Karl Marx*, 225.
 74. MECW, volumen 38, 431-432, 628-629(n).
 75. *Ibid.*, 629(n); Nicolaievsky y Maenchen-Helfen, *Karl Marx*, 225.
 76. MECW, volumen 38, 409, 627(n); Berlin, *Karl Marx*, 145.
 77. Nicolaievsky y Maenchen-Helfen, *Karl Marx*, 236.
 78. MECW, volumen 38, 380; Berlín, *Karl Marx*, 146, 204; Nicolaievsky y Maenchen-Helfen, *Karl Marx*, 244.
 79. MECW, volumen 38, 409.
 80. *Ibid.*, 425.

Capítulo Veintidós: Londres, 1852

1. MECW, volumen 11, 103-104.
2. MECW, volumen 38, 489.
3. Ibid., 494.
4. MECW, volumen 39, 569.
5. MECW, volumen 38, 499-501.
6. Schurz, *Reminiscences*, 384-386; Porter, *Refugee Question*, 108-109; Whitridge, *Men in Crisis*, 280.
7. MECW, volumen 38, 488, 502, 508.
8. Ibid., 635(n); Stearns, *1848*, 221.
9. E. B. Washburne, *Recollections of a Minister to France, Part I*, 35.
10. MECW, volumen 38, 635-636(n).
11. Schurz, *Reminiscences*, 398-400.
12. MECW, volumen 38, 508.
13. Ibid., 519, 636(n).
14. Ibid., 635-636(n); Stearns, *1848*, 222.
15. Draper, *Karl Marx's Theory of Revolution*, 409.
16. MECW, volumen 38, 563.
17. KMIR, 24.
18. McLellan, *Karl Marx*, 233.
19. MECW, volumen 39, 3.
20. Ibid., 16.
21. Ibid., 6.
22. Ibid., 567.
23. Ibid., 20-21.
24. Ibid., 9.
25. Ibid., 570.
26. Ibid., 28.
27. Draper, *Karl Marx's Theory of Revolution*, 386.
28. REM, 250-251; KMIR, 24-25, 99-100.
29. Liebknecht, *Karl Marx*, 97, 151-152.
30. Flanders, *Victorian House*, 170-172; W.L. Burn, *The Age of Equipoise*, 17.
31. MECW, volumen 38, 637(n) y volumen 39, 71, 603(n).
32. MECW, volumen 39, 33.
33. MECW, volumen 11, 103-104, 106.
34. MECW, volumen 38, 475, 490-491.
35. MECW, volumen 39, 50.
36. Ibid., 59, 606(n).
37. Ibid., 59; Marx & Engels, *Cologne Communist Trial*, 86.
38. MECW, volumen 11, 426-427 y volumen 39, 59, 624-625(n).
39. MECW, volumen 39, 78-79, 81; KMIR, 25.
40. Halliday, *Great Filth*, 20.
41. KMIR, 25.
42. MECW, volumen 39, 85.
43. Ibid., 84-85.
44. Ibid., 85.
45. Ibid., 216.

46. Ibid., 93, 101, 611(n).
47. Ibid., 98.
48. Marx & Engels, *Cologne Communist Trial*, 276.
49. Laura Marx, escribiendo en nombre de Edgar Marx, a Karl Marx, 19 de mayo de 1852, IISG.
50. Esta carta ha sido situada en la historia de Marx por otros autores en diversos momentos dramáticos en la historia de la familia. Pero basándome en los hechos, en la correspondencia correspondiente a otros episodios traumáticos, y a la respuesta de Marx, creo que Jenny la escribió en ese momento. Jenny Marx a Karl Marx, sin fecha, IISG.
51. MECW, volumen 39, 116-117.
52. Ibid., 124.
53. Ibid., 208.
54. Ibid., 148.
55. Ibid., 594(n), 610(n).
56. Ibid., 175.
57. Ibid., 182.
58. Ibid., 148-149.
59. MECW, volumen 39, 149; volume 38, 323, y volumen 11, 254.
60. MECW, volumen 39, 181-182.
61. Liebknecht, *Karl Marx*, 164; Raddatz, *Karl Marx*, 176; Mayhew, *London Labour and the London Poor*, 495.
62. MECW, volumen 39, 576-578.
63. Marx & Engels, *Cologne Communist Trial*, 60.
64. MECW, volumen 39, 144-145.
65. Ibid., 134.
66. Marx & Engels, *Cologne Communist Trial*, 26.
67. MECW, volumen 39, 142.
68. Marx & Engels, *Cologne Communist Trial*, 60, 114.
69. Ibid., 25, 66.
70. Ibid., 25.
71. MECW, volumen 38, 521 y volumen 39, 222-223, 226, 229-230, 240, 576-577, 624-625(n); Marx & Engels, *Cologne Communist Trial*, 87-88.
72. Marx & Engels, *Cologne Communist Trial*, 132.
73. Ibid., 105; MECW, volumen 39, 236.
74. MECW, volumen 39, 325, 247; Marx & Engels, *Cologne Communist Trial*, 106.
75. Marx & Engels, *Cologne Communist Trial*, 80-95, 265-266.
76. MECW, volumen 39, 215, 219.
77. Raddatz, *Karl Marx*, 114.
78. MECW, volumen 39, 241.
79. Ibid., 221.
80. Ibid., 216.
81. Marx & Engels, *Cologne Communist Trial*, 112.
82. Marx & Engels, *Cologne Communist Trial*, 29, 55, 112.
83. MECW, volumen 39, 577.
84. Ibid., 247.
85. Ibid., 232-233, 242, 255-256; Nicolaievsky y Maenchen-Helfen, *Karl Marx*, 222.
86. MECW, volumen 39, 386.

87. Ibid., 281.
88. Ibid., 264; Mehring, *Karl Marx*, 222.
89. MECW, volumen 39, 579.
90. Ibid., 259.
91. Ibid., 287, 580, 625(n).
92. Ibid., 288.
93. Mehring, *Karl Marx*, 223.

Capítulo Veintitrés: London, 1853

1. Seigel, *Marx's Fate*, 274.
2. MECW, volumen 39, 386.
3. MECW, volumen 11, 621-625.
4. MECW, volumen 39, 272.
5. Ibid., 283.
6. Ibid., 273, 275.
7. KMIR, 25; REN, 230.
8. Mayhew, *London Labour and the London Poor*, 57, 195-196, 284.
9. Liebknecht, *Karl Marx*, 116-118.
10. Mayhew, *London Labour and the London Poor*, 478.
11. Derek Hudson, *Munby, Man of Two Worlds*, 22.
12. Liebknecht, *Karl Marx*, 131, 139.
13. Jenny Marx a Wilhelm von Florencourt, 10 de agosto de 1855, Moscú.
14. MECW, volumen 39, 581.
15. Preston, *The Bitter Cry of Outcast London*, 8.
16. Liebknecht, *Karl Marx*, 52.
17. Mayer, "Letters of Karl Marx to Karl Blind", 155.
18. REM, 251; Lafargue, *Karl Marx*, 26.
19. KMIR, 60-61; Liebknecht, *Karl Marx*, 126, 128-129.
20. KMIR, 61-62.
21. Ibid., 56-57.
22. REM, 251.
23. Francis Wheen, *Marx's Das Kapital*, 8.
24. Mayer, "Neue Beiträge zur Biographie von Karl Marx", 54-66; KMIR, 34-36.
25. MECW, volumen 39, 315.
26. Ibid., 293, 309.
27. Ibid., 308-309.
28. "Aleph", *London Scenes and London People*, 153-154.
29. KMIR, 101-102.
30. Jenny Marx (hija) a Laura Lafargue, 24 de diciembre de 1868, Moscú.
31. KMIR, 25-26.
32. MECW, volumen 39, 406.
33. Ibid., 406, 453, 454, 458.
34. Ibid., 453.
35. Ibid., 589.
36. Ibid., 405, 646(n).
37. Ibid., 502, 506, 511.
38. Ibid., 481.

39. Halliday, *Great Filth*, 73, 143.
40. MECW, volumen 39, 483.
41. Halliday, *Great Filth*, 77-78.
42. MECW, volumen 39, 457, 462-463, 465.
43. *Ibid.*, 464-465.
44. *Ibid.*, 408, 423-426.
45. *Ibid.*, 427-428.
46. *Ibid.*, 434-436.
47. *Ibid.*, 443.
48. *Ibid.*, 436.
49. *Ibid.*, 448-449.
50. *Ibid.*, 421, 472, 477.
51. *Ibid.*, 455.
52. *Ibid.*, 485-486.
53. *Ibid.*, 428.
54. *Ibid.*, 421.
55. Edgar Marx a Karl Marx, 27 de marzo de 1854, IISG.
56. MECW, volumen 39, 467, 469.
57. *Ibid.*, 483-484.
58. Liebknecht, *Karl Marx*, 145.
59. KMIR, 63-65.
60. Laura Marx a Jenny Marx, agosto de 1854, IISG.
61. Jenny Marx (hija) a Jenny Marx, 10 de julio de 1854, Moscú; Olsen, *Growth of Victorian London*, 191.
62. Jenny Marx (hija) a Jenny Marx, 24 de julio de 1854, Moscú.

Capítulo Veinticuatro: Londres, 1855

1. MECW, volumen 39, 544.
2. *Ibid.*, 509.
3. *Ibid.*, 505, 658(n).
4. Schurz, *Reminiscences*, 393-395.
5. MECW, volumen 39, 296, 299; Porter, *Refugee Question*, 30.
6. Liebknecht, *Karl Marx*, 106-107.
7. MECW, volumen 39, 658; Liebknecht, *Karl Marx*, 109.
8. "Aleph", *London Streets*, 271.
9. MECW, volumen 39, 505.
10. *Ibid.*, 524.
11. *Ibid.*, 522, 524-525.
12. *Ibid.*, 526.
13. *Ibid.*, 528.
14. *Ibid.*
15. Jenny Marx a Wilhelm von Florencourt, 10 de agosto de 1855, Moscú.
16. *Ibid.*
17. MECW, volumen 39, 529.
18. *Ibid.*, 530.
19. KMIR, 63.
20. Halliday, *Great Filth*, 86.

21. Jenny Marx a Wilhelm von Florencourt, 10 de agosto de 1855, Moscú.
22. KMIR, 85.
23. Liebknecht, *Karl Marx*, 133-134, 179.
24. Ibid., 133-134.
25. MECW, volumen 39, 533.

Cuarta Parte: El fin de *La Vie Bohème*

Capítulo Veinticinco: Londres, otoño de 1855

1. William Shakespeare, *Richard III*, 109.
2. MECW, volumen 39, 534, 613(n).
3. Ibid., 533, 534, 544.
4. Gosudarstvennaia Obschestvenno-Politicheskaiia Biblioteka, Moscú.
5. Jenny Marx a Ferdinand Lassalle, 5 de mayo de 1861, Moscú.
6. MECW, volumen 39, 536.
7. Ibid., 535.
8. Ibid., 526.
9. Ibid., 541.
10. Ibid., 543; Briggs & Callow, *Marx in London*, 46.
11. MECW, volumen 39, 550; Briggs & Callow, *Marx in London*, 46.
12. Jenny Marx a Wilhelm von Florencourt, 10 de agosto de 1855, Moscú.
13. Jenny Marx a Louise von Westphalen, 29 de enero de 1858, Moscú.
14. MECW, volumen 39, 546.
15. MECW, volumen 41, 454.
16. MECW, volumen 39, 545.
17. Jenny Marx a Wilhelm von Florencourt, 22 de setiembre de 1855, Moscú.
18. Hobsbawm, *Age of Capital*, 99; Wilson, *Victorians*, 186, 199.
19. Wilson, *Victorians*, 178-179, 183.
20. Ibid., 173; Taylor, *Struggle for Mastery of Europe*, 49, 52.
21. Draper & Haberkern, *Karl Marx's Theory of Revolution, volume V*, 82.
22. Offord, *Nineteenth-Century Russia*, 45.
23. En un incidente posterior a 1848, el zar hizo arrestar a cuarenta y nueve miembros de un club literario. La organización, entre cuyos miembros estaba Fiodor Dostoyevski, que entonces tenía veintisiete años, estudiaba autores extranjeros, pero también era la tapadera de una organización socialista. Los detenidos fueron condenados a muerte en mayo de 1849, y el día programado fueron al lugar donde tenían que ser fusilados. Allí, Dostoyevski y sus compañeros esperaron, paralizados por el miedo, hasta que se les anunció por sorpresa que su condena había sido conmutada y que serían enviados a Siberia. Nicolás se había burlado cruelmente de aquellos intelectuales. Otros fueron deportados, azotados o ahorcados. Fetjő (ed.), *Opening of an Era*, 397.
24. Ibid., 395.
25. MECW, volumen 39, 534.
26. Wilson, *Victorians*, 179-180, 193.
27. Ibid., 181, 183, 186.
28. August Ludwig von Rochau acuñó el término "realpolitik" en 1853. Sperber (ed.), *Germany, 1800-1870*, 22; MECW, volumen 39, 663-664; Porter, *Refugee Question*, 122, 165.
29. Taylor, *Struggle for Mastery of Europe*, 81.

30. MECW, volumen 39, 548-549.
31. Ibid., 550.
32. Ibid., 562.
33. Ibid., 557, 559-560.
34. KMIR, 26.
35. Wilson, *Victorians*, 411.
36. MECW, volumen 40, 8.
37. Ibid., 14.
38. Jenny Marx a Ernestine Liebknecht, mediados de Julio de 1856, Moscú.
39. MECW, volumen 40, 33.
40. Ibid., 41.
41. Ibid., 33.
42. MECW, volumen 40, 33, 44.
43. Ibid., 45.
44. Ibid., 46.
45. Ibid.
46. Ibid., 54.
47. Ibid., 49-50. Tradicionalmente los ingleses solían ir rasurados, pero después de la guerra empezaron a dejarse barba en honor a los combatientes de Crimea.
48. Ibid., 54-56.
49. Jenny Marx a Ernestine Liebknecht, mediados de Julio de 1856, Moscú.
50. El origen del apodo de Eleanor ha sido motivo de especulación entre los biógrafos. Yo descubrí la respuesta en una carta escrita por Jennychen a su esposo. Jenny Longuet a Charles Longuet, 31 de marzo de 1876, Moscú.
51. Jenny Marx a Ernestine Liebknecht, mediados de Julio de 1856, Moscú.
52. MECW, volumen 40, 59, 63, 588(n).
53. Ibid., 63.
54. Ibid., 61.
55. Ibid., 66.
56. Ibid., 64.
57. Ibid., 67.
58. Ibid., 67, 71.
59. Olsen, *Growth of Victorian London*, 238.
60. MECW, volumen 40, 67, 71.
61. Briggs & Callow, *Marx in London*, 58, 60; Jenny Marx a Wilhelm von Florencourt, 4 de octubre de 1856, Moscú.
62. Edgar von Westphalen a Ferdinand von Westphalen, 22 de agosto de 1856, Dessau.
63. MECW, volumen 40, 68.
64. Jenny Marx (hija) a Karl Marx, 28 de setiembre de 1856, IISG.
65. MECW, volumen 40, 68.
66. Sheppard, *London 1808-1870*, 71-72; Hobsbawm, *Age of Capital*, 49.
67. Cole & Postgate, *British Common People*, 348; Hobsbawm, *Age of Capital*, 85.
68. MECW, volumen 40, 191.
69. Ibid., 74.
70. Ibid., 72.
71. Jenny Marx a Wilhelm von Florencourt, 4 de octubre de 1856, Moscú.
72. Ibid.; KMIR, 26.

73. Jenny Marx a Wilhelm von Florencourt, 4 de octubre de 1856, Moscú.
74. KMIR, 26.
75. Flanders, *Victorian House*, lii.
76. Jenny Marx a Wilhelm von Florencourt, 4 de octubre de 1856, Moscú.
77. Briggs & Callow, *Marx in London*, 60.
78. Jenny Marx a Wilhelm von Florencourt, 4 de octubre de 1856, Moscú.
79. Ibid.
80. Ibid.
81. KMIR, 26.
82. Raddatz, *Karl Marx*, 115.
83. MECW, volumen 40, 48.
84. Ibid., 68, 590(n).
85. MECW, volumen 40, 69; Pawel, *Poet Dying*, 181.
86. KMIR, 26.
87. MECW, volumen 40, 87.
88. Marx y Engels habían tratado de establecer una relación como la del *Tribune* con la revista norteamericana *Putnam's*, que pagaba muy bien. En 1856 Marx cenó en Londres con Freiligrath, el “hombre de *Putnam's*” Frederick Law Olmsted, y otro norteamericano. Olmsted le pareció “un tipo tranquilo, simpático” y se fue con varias propuestas de artículo. MECW, volumen 40, 68, 71, 88, 111.
89. Peters, *Red Jenny*, 118.

Capítulo Veintiséis: Londres, 1857

1. MECW, volumen 41, 575.
2. MECW, volumen 40, 93-94.
3. MECW, volumen 41, 216.
4. Carver, *Friedrich Engels*, 140.
5. MECW, volumen 40, 96-97.
6. Ibid., 132, 563.
7. Ibid., 111.
8. Ibid., 564.
9. Ibid., 122, 125, 599-600(n). La enciclopedia se publicó en dieciséis volúmenes en Nueva York entre 1858 y 1863. Los autores de las entradas eran generalmente anónimos.
10. Ibid., 124-125.
11. Ibid., 565.
12. Caygill, *British Museum*, 12, 15, 29.
13. Jenny Marx a Louise von Westphalen, 19 de enero de 1858, Moscú; KMIR, 27.
14. MECW, volumen 40, 143, 146.
15. Ibid., 148.
16. Jenny Marx a Louise von Westphalen, 19 de enero de 1858, Moscú.
17. MECW, volumen 40, 191.
18. Ibid., 197.
19. Ibid.
20. Ibid., 199.
21. Ibid., 566.
22. Ibid., 224, 226, 249.
23. Ibid., 238.

24. Ibid., 202, 213.
25. Ibid., 203-204.
26. Ibid., 236.
27. Ibid., 215.
28. Ibid., 220.
29. Finalmente se concedió el divorcio, pero la disputa económica continuó hasta que Lassalle consiguió, de una forma no enteramente legal, pruebas de los crímenes cometidos por el conde Edmund Hatzfeldt-Wildenburg. Lassalle amenazó con hacerlas públicas a menos que el conde cediese a su ex esposa parte de sus bienes. El conde comprendió dónde estaban sus intereses y cedió, convirtiendo a la condesa y a Lassalle en ricos de por vida. Raddatz, *Karl Marx*, 167, 171-172; Norman Davies, *Europe: A History*, 837; MECW, volumen 40, 23, 583-584(n).
30. MECW, volumen 40, 23.
31. Ibid., 270, 286.
32. Ibid., 255.
33. Ibid.
34. Ibid., 273.
35. Jenny Marx a Louise von Westphalen, 29 de enero de 1858, Moscú.
36. Wilson, *Victorians*, 260, 263.
37. Jenny Marx a Louise von Westphalen, 29 de enero de 1858, Moscú.
38. MECW, volumen 41, 571; Longuet, *Karl Marx*, 201, 204.
39. Jenny Marx (hija), 1 de mayo de 1857, IISG.
40. Jenny Marx a Berthe Markheim, 6 de julio de 1863, Moscú.
41. MECW, volumen 40, 295.
42. McLellan, *Karl Marx*, 293.
43. MECW, volumen 40, 286.
44. Ibid., 295.
45. Ibid., 295, 297.
46. Ibid., 304.
47. Ibid., 569.
48. Ibid., 374.
49. Ibid., 309-310, 312.
50. Ibid., 311.
51. Ibid., 312.
52. Ibid., 313.
53. Ibid., 315-316.
54. Ibid., 318.
55. O'Neill, *Good Old Days*, 10.
56. MECW, volumen 40, 328.
57. Ibid., 328-331.
58. Ibid., 332.
59. Ibid., 333-334, 347, 350.
60. Ibid., 335.
61. Pamela Horn, *Pleasures & Pastimes in Victorian Britain*, 125.
62. MECW, volumen 40, 339.
63. Yvonne Kapp, *Eleanor Marx, Volume I*, 32; MECW, volumen 40, 337.
64. MECW, volumen 40, 340.

65. Ibid., 341.
66. Ibid., 351.
67. Ibid., 353-354.
68. Ibid., 358.
69. Ibid., 364.
70. Ibid., 368.
71. Ibid., 369.
72. Ibid., 371.
73. Ibid., 369.

Capítulo Veintisiete: Londres, 1859

1. MECW, volumen 40, 397.
2. Ibid., 620(n).
3. Breuilly, *Austria, Prusia and Germany*, 63; MECW, volumen 40, 620(n).
4. Hamerow, *Restoration, Revolution, Reaction*, 240.
5. Taylor, *Struggle for the Mastery of Europe*, 58.
6. Breuilly, *Austria, Prusia and Germany*, 63; MECW, volumen 41, 617.
7. Jenny Marx a Louise von Westphalen, 10 de febrero de 1859, Moscú.
8. MECW, volumen 40, 389-390.
9. Ibid., 400.
10. MECW, volumen 40, 547; KMIR, 27.
11. MECW, volumen 40, 402, 415.
12. Ibid., 406-408.
13. Ibid., 404.
14. Ibid., 408.
15. Ibid., 416.
16. Ibid., 455.
17. Ibid., 435.
18. Ibid., 547.
19. Ibid., 446-447, 452.
20. Ibid., 454.
21. Ibid., 632-633(n).
22. Ibid., 520.
23. Ibid., 439.
24. Ibid.
25. Ibid., 462-463.
26. Padover, *Karl Marx*, 180; MECW, volumen 40, 635(n).
27. MECW, volumen 40, 457.
28. Ibid., 473.
29. McLellan, *Karl Marx*, 282, 286-288.
30. MECW, volumen 40, 471, 478.
31. McLellan, *Karl Marx*, 288.
32. MECW, volumen 40, 518.
33. Ibid., 473.
34. Ibid.
35. Ibid., 479.
36. Ibid., 572.

37. Ibid., 472.
38. Ibid., 484.
39. Ibid., 501.
40. Ibid., 489.
41. Ibid., 490.
42. Ibid., 491.
43. Ibid., 493.
44. Ibid., 575.
45. Ibid., 498-499.
46. Ibid., 511.
47. Ibid., 532-533.
48. Ibid., 496, 508, 548.
49. Ibid., 548.
50. Jenny Marx a Louise von Westphalen, 10 de febrero de 1859, Moscú.
51. MECW, volumen 40, 569.
52. Ibid., 466.
53. Ibid., 572-573 y volumen 41, 571.
54. MECW, volumen 40, 573-576.
55. Ibid., 574.
56. Wilson, *Victorians*, 225-226.
57. MECW, volumen 40, 551.
58. MECW, volumen 41, 232, 246.
59. Liebknecht, *Karl Marx*, 91.
60. MECW, volumen 40, 631; McLellan, *Karl Marx*, 289.
61. MECW, volumen 40, 434.
62. McLellan, *Karl Marx*, 289.
63. Ibid., 290; MECW, volumen 40, 521.
64. McLellan, *Karl Marx*, 290.
65. MECW, volumen 40, 514, 637-638(n); MECW, volumen 17, 10-11.
66. MECW, volumen 40, 515.
67. McLellan, *Karl Marx*, 290.
68. Ibid., 291.
69. MECW, volumen 41, 80-83.
70. Ibid., 188, 576.
71. Ibid., 6.
72. Ibid., 43, y volumen 17, 28-29, 41-43, 46-48; McLellan, *Karl Marx*, 290.
73. McLellan, *Karl Marx*, 290.
74. MECW, volumen 41, 6, 69, 261; Mehring, *Karl Marx*, 288.
75. MECW, volumen 41, 9.
76. Ibid., 13-14.
77. Ibid., 22-23.
78. Ibid., 24.
79. Ibid., 572.
80. Ibid., 114.
81. Ibid., 28.
82. MECW, volumen 17, 12-13.
83. MECW, volumen 41, 29.

84. MECW, volumen 17, 14-15.
85. MECW, volumen 41, 75.
86. MECW, volumen 17, 259, 279.
87. MECW, volumen 41, 33.
88. Ibid., 94.
89. Ibid., 56.
90. Ibid., 114.
91. Ibid., 34, 77.
92. Ibid., 567.
93. Ibid., 157; Offord, *Nineteenth-Century Russia*, 50; Hobswam, *Age of Rewvolution*, 200.
94. MECW, volumen 41, 567.
95. Cuando los padres de Jenny estaban vivos, los Westphalen habían dado algo de dinero a otra familia como forma de inversión segura. (Parte de este dinero lo había ganado Jenny trabajando como secretaria de su padre.) Pero la familia entró en bancarrota y los Westphalen no recuperaron su dinero hasta 1860, cuatro años después de que la familia Marx se hubiese mudado a Grafton Terrace. Jenny recibió dieciséis libras. MECW, volumen 39, 526; Jenny Marx a Ferdinand y Louise von Westphalen, 4 de junio de 1860, Moscú.
96. Jenny Marx a Ernestine Liebknecht, 13 de octubre de 1863.
97. Jenny Marx a Ferdinand y Louise von Westphalen, 4 de junio de 1860, Moscú.
98. En su carta a Olive Schreiner (16 de junio de 1885), Tussy escribió que recordaba a su padre diciendo “Jenny se parece más a mí, pero Tussy soy yo”. Havelock Ellis; “Havelock Ellis on Eleanor Marx”, *Adelphi*, Londres, set-oct de 1935.
99. Nicolaievsky y Maenchen-Helfen, *Karl Marx*, 244.
100. MECW, volume 41, 116.
101. Ibid., 120-121.
102. Ibid., 121.
103. Ibid., 129, 609(n).
104. Ibid., 167.
105. Ibid., 175-176.
106. Ibid., 177.
107. Ibid., 568.
108. Ibid., 179.
109. Ibid., 190.
110. Ibid., 191, 198-199.
111. Ibid., 193.
112. Ibid., 195.
113. Jenny Marx (hija) a Karl Marx, 17 de setiembre de 1862, Moscú.
114. MECW, volume 41, 197-198.
115. Ibid., 202.
116. Ibid., 198, 205.
117. Ibid., 212.
118. Ibid., 207.
119. Ibid., 208, 211.
120. Ibid., 214.
121. Ibid., 216-217, 573.
122. MECW, volume 41, 216; Halliday, *Great Filth*, 8, 9, 14, 16.
123. MECW, volume 41, 573.

124. Halliday, *Great Filth*, 8-9, 58.
125. MECW, volume 41, 216.
126. Ibid., 573.
127. Ibid., 220-221, 224; Liebknecht, *Karl Marx*, 180.
128. MECW, volume 41, 222, 231.
129. MECW, volume 17, 26, 50, 69.
130. MECW, volume 41, 227, 234, 239, 327; McLellan, *Karl Marx*, 292.
131. MECW, volume 41, 327-328; McLellan, *Karl Marx*, 292.
132. MECW, volume 17, 26.
133. REM, 20; MECW, volume 44, 130.

Capítulo Veintiocho: Londres, 1861

1. MECW, volume 41, 114.
2. Ibid., 573; Jenny Marx a Antoinette Philips, primeros de mayo de 1861, Moscú.
3. MECW, volume 41, 574.
4. "Aleph", *London Scenes*, 156.
5. MECW, volumen 41, 574.
6. Ibid., 231, 262.
7. Ibid., 231.
8. Ibid., 230, 232.
9. Ibid., 243.
10. Ibid., 252, 257.
11. Ibid., 263.
12. Ibid., 247.
13. Ibid., 617(n).
14. Ibid., 252.
15. Ibid., 261.
16. Ibid., 264-265.
17. REM, 252-253; Chushichi Tsuzuki, *Eleanor Marx, 1855-1898*, 12.
18. Eleanor Marx Aveling a Karl Kautsky, 1 de enero de 1898, Moscú; Jenny Marx a Louise von Westphalen, 10 de febrero de 1859, Moscú.
19. Eleanor Marx Aveling a Karl Kautsky, 1 de enero de 1898, Moscú.
20. Jenny Marx a Louise von Westphalen, 10 de febrero de 1859, Moscú; MECW, volumen 41, 582.
21. REM, 252-253.
22. MECW, volumen 41, 572.
23. Ibid., 258-261.
24. Ibid., 264; Padover, *Karl Marx*, 185.
25. MECW, volumen 41, 264.
26. Ibid., 266.
27. Ibid., 268.
28. Ibid., 268-269.
29. Padover, *Karl Marx*, 185.
30. MECW, volumen 41, 503.
31. Ibid., 576-578.
32. Ibid., 576.
33. Ibid., 577-578.

34. Ibid., 269-271.
35. Ozment, *Mighty Fortress*, 165.
36. MECW, volumen 41, 269-271.
37. Ibid., 273.
38. Ibid., 578-579.
39. Ibid., 278.
40. Ibid., 274-276.
41. Giroud, *Femme du diuable*, 157.
42. Jenny Marx a Ferdinand Lassalle, primera mitad de abril de 1861, Moscú.
43. Jenny Marx a Ferdinand Lassalle, 5 de mayo de 1861, Moscú.
44. MECW, volumen 41, 275.
45. Ibid., 289.
46. Ibid., 279.
47. Ibid., 283.
48. Ibid., 279.
49. Ibid., 277.
50. Jenny Marx a Ferdinand Lassalle, 5 de mayo de 1861, Moscú.
51. Ibid., MECW, volumen 41, 277.
52. MECW, volumen 41, 283.
53. Jenny Marx a Ferdinand Lassalle, 5 de mayo de 1861, Moscú; Giroud, *Femme du diable*, 164.
54. MECW, volumen 41, 337-338.

Capítulo Veintinueve: Londres, 1862

1. MECW, volumen 41, 411.
2. Wilson, *Victorians*, 243-244; "Aleph", *London Scenes*, 162; Hudson, *Munby*, 111.
3. "Aleph", *London Scenes*, 162.
4. Edward Royle, *Radical Politics, 1790-1900*, 67.
5. MECW, volumen 41, 335-336; Hudson, *Munby*, 111-113.
6. MECW, volumen 19, 109.
7. MECW, volumen 41, 291.
8. Ibid., 335-336.
9. MECW, volumen 19, 137-138; D.G. Wright, *Democracy and Reform, 1815-1885*, 64.
10. MECW, volumen 19, 137-138.
11. Hudson, *Munby*, 90, 113.
12. MECW, volumen 41, 376, 416.
13. Ibid., 4 y volumen 19, 10.
14. MECW, volumen 41, 414.
15. Ibid., 633(n).
16. Ibid., 344-347.
17. Ibid., 402.
18. Ibid., 341; Kapp, *Eleanor Marx, Volume I*, 44.
19. MECW, volumen 41, 341.
20. Ibid., 340-341.
21. Ibid., 343-344.
22. Ibid., 344, 354.
23. Ibid., 344, 369, 376, 388.

24. Ibid., 354.
25. Ibid., 365.
26. Ibid., 379.
27. Jenny Marx a Ferdinand Lassalle, 5 de mayo de 1861, Moscú.
28. MECW, volumen 41, 380.
29. Ibid., 383.
30. Ibid., 389-390.
31. Robert Payne, *Karl Marx*, 334.
32. MECW, volumen 41, 389.
33. Ibid., 390; Eduard Bernstein, *My Years of Exile*, 158.
34. MECW, volumen 41, 389, 399.
35. Ibid., 389.
36. Ibid., 390.
37. Robert Payne, *Karl Marx*, 335.
38. MECW, volumen 41, 399, 403.
39. Ibid., 392.
40. Ibid., 401.
41. Ibid., 402.
42. Ibid., 401, 406.
43. Ibid., 405-406, 409.
44. Ibid., 411, 419.
45. Ibid., 411.
46. Ibid., 415-416.
47. Ibid., 417, 425.
48. Ibid., 414.
49. Ibid., 427.
50. Ibid., 582.
51. Ibid., 429.
52. MECW, volumen 19, 250.
53. MECW, volumen 41, 421.
54. Ibid., 436.
55. Ibid., 433; Jenny Marx a Ernestine Liebknecht, 16 de enero de 1863, Moscú.
56. Jenny Marx a Ernestine Liebknecht, 16 de enero de 1863, Moscú.
57. MECW, volumen 41, 433.
58. Jenny Marx a Ernestine Liebknecht, 16 de enero de 1863, Moscú.
59. MECW, volumen 41, 441.
60. Ibid., 442.
61. Ibid., 443.
62. Ibid., 444-445.
63. Ibid., 446-448, 455.
64. Ibid., 468.
65. Ibid., 474, 481.
66. Ibid., 488.
67. Ibid., 481.
68. Ibid., 482, 582.
69. Ibid., 488; Jenny Marx a Ernestine Liebknecht, 13 de octubre de 1863, Moscú.
70. Jenny Marx a Karl Marx, primeros de abril de 1862, Moscú.

71. MECW, volumen 41, 571.
72. Jenny Marx a Karl Marx, agosto de 1863, Moscú.
73. REM, 272; Longuet, *Karl Marx*, 204.
74. MECW, volumen 41, 571.
75. Jenny Marx a Karl Marx, primeros de abril de 1862, Moscú.
76. MECW, volumen 41, 583; Jenny Marx a Karl Marx, agosto de 1863, Moscú.
77. MECW, volumen 41, 581.
78. Ibid., 584-585, 587.
79. Ibid., 585.
80. Ibid., 497, 587.
81. Ibid., 495.
82. Ibid., 500.
83. Ibid., 495.
84. Ibid., 499.
85. Ibid., 503.
86. Jenny Marx a Karl Marx, enero de 1864, Moscú.
87. Ibid.
88. Jenny Marx a Ernestine Liebknecht, 10 de diciembre de 1864, Moscú.
89. Hudson, *Munby*, 173.
90. MECW, volumen 41, 507-510.
91. Ibid., 508, 511.
92. McLellan, *Karl Marx*, 304; Padover, *Karl Marx*, 192.
93. Briggs & Callow, *Marx in London*, 62; Sheppard, *London 1808-1870*, 156. (La dirección es ahora el 1 de Maitland Park Road. El lugar lo ocupa un bloque de apartamentos.)
94. Padover, *Karl Marx*, 193.
95. McLellan, *Karl Marx*, 325.
96. Kapp, *Eleanor Marx, Volume I*, 57; Briggs & Callow, *Marx in London*, 63.
97. MECW, volumen 41, 518, 520, 521, 522.
98. Ibid., 523.
99. Ibid., 524.
100. Ibid., 525.
101. Ibid., 170-171.

Quinta Parte: Del *Capital* a la Comuna

Capítulo Treinta: Londres, 1864

1. MECW, volumen 20, 12.
2. MECW, volume 25, 266.
3. Sheppard, *London 1808-1870*, 118.
4. La esclavitud no fue prohibida en Estados Unidos hasta 1865, con la ratificación de la Decimotercera Enmienda a la Constitución.
5. Offord, *Nineteenth-Century Russia*, 57-59; Hobsbawm, *Age of Capital*, 223.
6. Empresas y gobiernos habían abierto ligeramente la puerta a las organizaciones obreras. Se cambiaron las leyes para hacer posible la existencia de los sindicatos y permitir la convocatoria de algunas huelgas. Pero para muchos trabajadores esto distaba mucho de ser suficiente. Sheppard, *London 1808-1870*, 118.
7. MECW, volumen 41, 534.

8. La violencia incluía intentos de asesinato contra funcionarios nombrados por los rusos, y en tales casos los trabajadores eran culpados y ejecutados. Los polacos habían confiado en la ayuda de los gobiernos relativamente liberales de Francia e Inglaterra, pero dicha ayuda no llegó. Davies, *Europe*, 828.
9. McLellan, *Karl Marx*, 340.
MECW, volumen 41, 546-547.
10. Los escarceos de Marx en la bolsa han sido cuestionados por algunos biógrafos, que opinan que Marx simplemente quiso hacer creer a su tío que estaba implicado en transacciones de “capital” y no en la redacción de *El Capital*. MECW, volumen 41, 543.
11. Jenny Marx a Ernestine Liebknecht, 10 de diciembre de 1864, Moscú.
12. MECW, volumen 41, 546.
13. Jenny Marx a Ernestine Liebknecht, 16 de julio de 1864, Moscú.
14. Jenny Marx a Ferdinand von Westphalen, antes del 29 de mayo de 1865, Moscú.
15. Jenny Marx a Karl Marx y a sus hijas, 1864, Moscú.
16. MECW, volumen 41, 552.
17. *Ibid.*, 556.
18. Jenny Marx a Ernestine Liebknecht, primavera de 1866, Moscú.
19. MECW, volumen 41, 553-554.
20. Jenkins, *Engels in Manchester*, 18.
21. MECW, volumen 41, 555, 558; McLellan, *Karl Marx*, 327.
22. MECW, volumen 43, 88.
23. En 1862 y 1863, en calidad de ministro-presidente, Bismarck había tratado de debilitar a la oposición liberal sobornando o intimidando a periodistas y tratando de atraer a algunos liberales para que cooperasen con él. Sperber (ed.), *Germany, 1800-1870*, 73; Breuilly (ed.), *19th-Century Germany*, 144, 151.
24. MECW, volumen 41, 556.
25. *Ibid.*, 560.
26. MECW, volumen 42, 15-16.
27. Hobsbawm, *Age of Capital*, 49.
28. McLellan, *Karl Marx*, 341-342; Padover, *Karl Marx*, 223; Hobsbawm, *Age of Capital*, 136; Sheppard, *London 1808-1870*, 336-337.
29. Padover, *Karl Marx*, 223.
30. MECW, volumen 42, 3-4, 587-588(n).
31. *Ibid.*, 3-4.
32. *Ibid.*, 17-18.
33. MECW, volumen 20, 9-11.
34. MECW, volumen 42, 43-44.
35. Raddatz, *Karl Marx*, 123.
36. Carr, Michael Bakunin, 197, 201.
37. *Ibid.*, 205, 207, 210.
38. *Ibid.*, 220.
39. *Ibid.*, 223.
40. *Ibid.*, 227.
41. *Ibid.*, 232-235.
42. *Ibid.*, 242.
43. MECW, volumen 41, 492.
44. Carr, Michael Bakunin, 305.

45. Ibid., 308.
46. Ibid., 287, 295, 299, 301.
47. MECW, volumen 42, 18-19.
48. Nicolaievsky y Maenchen-Helfen, *Karl Marx*, 281.
49. Jenny Marx a Ernestine Liebknecht, 10 de diciembre de 1864, Moscú.
50. Pool, *What Jane Austen Ate*, 53, 78.
51. Giroud, *Femme du diable*, 177.
52. Jenny Marx a Ernestine Liebknecht, 10 de diciembre de 1864, Moscú.
53. MECW, volumen 20, 19-20.
54. MECW, volumen 42, 86, 161.
55. *The Times*, Londres, 6 de febrero de 1865.
56. MECW, volumen 41, 582.
57. Eleanor Marx a Laura Marx, 29 de diciembre de 1868, Moscú.
58. Ernestine Liebknecht a Jenny Marx (hija), finales de diciembre de 1865, IISG.
59. Leslie Derfler, *Paul Lafargue and the Founding of French Marxism*, 49.
60. Longuet, *Karl Marx*, 217-218.
61. Clemenceau llegó a primer ministro de Francia en 1906. Longuet, *Karl Marx*, 218.
62. Jacques Macé, *Paul et Laura Lafargue*, 25.
63. Derfler, *Paul Lafargue and the Flowering of French Socialism*, 2.
64. Lafargue dijo haber sido enviado a Londres en 1865 con un mensaje de la AIT en París. Pero el biógrafo Leslie Derfler ha cuestionado que apareciese en Londres en 1866 y también que la AIT hubiese confiado a un recién llegado un mensaje importante para el Comité Central en Londres. Derfler, *Founding of French Marxism* 33; Lafargue, *Karl Marx*, 11; Macé, *Paul et Laura Lafargue*, 14-17.
65. Macé, *Paul et Laura Lafargue*, 16.
66. Lafargue, *Karl Marx*, 41.
67. MECW, volumen 42, 106.
68. Lafargue, *Karl Marx*, 11.
69. Ibid., 13-14.
70. Derfler, *Founding of French Marxism* 34.
71. Eleanor Marx a Friedrich Engels, 13 de febrero de 1865, Moscú.
72. Eleanor Marx a Friedrich Engels, febrero de 1865, Moscú.
73. MECW, volumen 42, 129-130.
74. El comité central de la Internacional fue conocido como el Consejo Central hasta 1866, año en que se convirtió en el Consejo General. MECW, volumen 42, 140, y volumen 43, 545.
75. MECW, volumen 42, 144.
76. Ibid., 597(n).
77. Ibid., 527.
78. Ibid., 78.
79. MECW, volumen 20, 362.
80. Longuet, *Karl Marx*, 201.
81. MECW, volumen 42, 155.
82. *The Times*, Londres, 27 de abril de 1865.
83. MECW, volumen 42, 150.
84. MECW, volumen 20, 99-100.
85. MECW, volumen 42, 414.
86. Ibid., 150.

87. Ibid.
88. Jenny Marx a Ernestine Liebknecht, antes del 27 de mayo de 1865, Moscú.
89. Jenny Marx a Ferdinand von Westphalen, antes del 29 de mayo de 1865, Moscú; Jenny Marx a Ernestine Liebknecht, antes del 27 de mayo de 1865, Moscú.
90. Jenny Marx a Ferdinand von Westphalen, antes del 29 de mayo de 1865, Moscú; Edgar von Westphalen a Ferdinand von Westphalen, 26 de mayo de 1865, Dessau; Jenny Marx (hija) a Ernestine Liebknecht, 10 de noviembre de 1865, Moscú.
91. Edgar von Westphalen a Ferdinand von Westphalen, 26 de mayo de 1865, Dessau.
92. Ferdinand von Westphalen a Edgar von Westphalen, 9 de abril de 1859, Dessau.
93. Jenny Marx a Ferdinand von Westphalen, antes del 29 de mayo de 1865, Moscú.
94. MECW, volumen 42, 160.
95. Ibid., 159.
96. Jenny Marx a Friedrich Engels, 20 de mayo de 1865, Moscú.
97. MECW, volumen 42, 172-174.
98. Ibid., 177.
99. Ibid., 175.
100. Ibid., 178.
101. Ibid., 180.
102. Ibid., 183-184.
103. Ibid., 180, 184, 193, 196.
104. Ibid., 187-188.
105. Ibid., 213-221.
106. Hudson, *Munby*, 216.
107. MECW, volumen 42, 228.
108. Ibid., 223-224, 228.
109. Ibid., 227.
110. Ibid., 249, 573-574.
111. Ibid., 225-226, 233.
112. Ibid., 233-234.
113. Ibid., 236, 250.
114. Ibid., 238.

Capítulo Treinta y uno: Londres, 1866

1. Germaine de Staël, *Delphine*, 371.
2. Los tres amigos de la familia eran el francés del 48 Eugene Dupont, el relojero suizo Hermann Jung, y Konstanty Bobczynski, un hombre de cuarenta y nueve años que acababa de llegar a Londres desde el levantamiento polaco de 1863. MECW, volumen 42, 250; Longuet, *Karl Marx*, 211.
3. Pawel, *Poet Dying*, 117-119.
4. Macé, *Paul et Laura Lafargue*, 21; Derfler, *Founding of French Marxism*, 25.
5. Derfler, *Founding of French Marxism*, 26.
6. Macé, *Paul et Laura Lafargue*, 25.
7. Ibid., 26; Derfler, *Founding of French Marxism*, 27.
8. Derfler, *Founding of French Marxism*, 29.
9. Macé, *Paul et Laura Lafargue*, 27-28; Derfler, *Founding of French Marxism*, 30-31.
10. Jenny Marx a Ernestine Liebknecht, 14 de octubre de 1867, Moscú; Macé, *Paul et Laura Lafargue*, 28; Derfler, *Founding of French Marxism*, 32; Porter, *Refugee Question*, 35;

- Taylor, *Struggle for Mastery of Europe*, 101.
11. Derfler, *Founding of French Marxism*, 34.
 12. Longuet, *Karl Marx*, 220.
 13. MECW, volumen 20, 339.
 14. MECW, volumen 42, 243.
 15. *Ibid.*, 243-250.
 16. Raddatz, *Karl Marx*, 66.
 17. MECW, volumen 42, 250-251.
 18. *Ibid.*, 240; Olga Meier, Michèle Perrot & Michel Trebitsch (eds.), *The Daughters of Karl Marx*, 5.
 19. MECW, volumen 42, 241.
 20. *Ibid.*, 245-246.
 21. Meier, Perrot & Trebitsch (eds.), *Daughters*, 5.
 22. MECW, volumen 42, 246.
 23. Longuet, *Karl Marx*, 220.
 24. REM, 82.
 25. Macé, *Paul et Laura Lafargue*, 33.
 26. MECW, volume 42, 249.
 27. Jenny Marx a Ernestine Liebknecht, primavera de 1866, Moscú.
 28. Jenny Marx a Ferdinand von Westphalen, 8 de agosto de 1865, Moscú.
 29. Meier, Perrot & Trebitsch (eds.), *Daughters*, 6-7.
 30. *Ibid.*, 8.
 31. MECW, volumen 42, 254.
 32. *Ibid.*, 262.
 33. *Ibid.*, 268; Jenny Marx a Ernestine Liebknecht, primavera de 1866, Moscú.
 34. D. G. Williamson, *Bismarck and Germany*, 10, 22-23; Breuilly, *Austria, Prussia and Germany*, 7; Sperber (ed.), *Germany, 1800-1870*, 85; MECW, volumen 42, 288.
 35. Robert Payne, *Karl Marx*, 390; Mayer, "Letters of Karl Marx to Karl Blind", 155 (Algunos informes dicen que Cohen se colgó de una soga, otros que se cortó la yugular. En 1866 Bismarck dijo en una sesión del Reichstag que Cohen, a quien identificó como Ferdinand Blind, era uno de los "discípulos" de Marx y acusó póstumamente a Marx de criar asesinos. Tussy escribió una carta de protesta en la prensa alemana en su nombre y en el de Laura.)
 36. MECW, volumen 42, 272-273.
 37. *Ibid.*, 273-274.
 38. *Ibid.*, 274.
 39. *Ibid.*, 287.
 40. MECW, volumen 20, 411.
 41. MECW, volumen 42, 303-304.
 42. Jenny Marx a Ernestine Liebknecht, 14 de octubre de 1867, Moscú.
 43. MECW, volumen 42, 306.
 44. *Ibid.*, 307-308.
 45. *Ibid.*, 308.
 46. *Ibid.*, 308-309.
 47. *Ibid.*, 309-310.
 48. *Ibid.*, 310.
 49. *Ibid.*, 313; Emile Bottigelli (ed.), *Lettres et documents de Karl Marx*, Karl Marx a Laura y Eleanor Marx, 28 de agosto de 1866.

50. MECW, volumen 42, 313.
51. Jenny Marx (hija) a Jenny Marx, 2 de setiembre de 1866, Moscú.
52. Jenny Marx (hija) a Eleanor y Laura Marx, 6 de setiembre de 1866, Moscú; Eleanor Marx a Alice Liebknecht, 14 de octubre de 1866, Moscú.
53. Meier, Perrot & Trebitsch (eds.), *Daughters*, 9.
54. Jenny Marx a Ernestine Liebknecht, 14 de octubre de 1867, Moscú.
55. MECW, volumen 42, 328.
56. *Ibid.*, 321.
57. *Ibid.*, 398.
58. *Ibid.*, 331.
59. *Ibid.*, 332.
60. *Ibid.*, *Ibid.*
61. *Ibid.*, 576.
62. *Ibid.*, 343-344.
63. *Ibid.*, 383.
64. *Ibid.*, 350-351.
65. Meier, Perrot & Trebitsch (eds.), *Daughters*, 16; MECW, volumen 42, 352.
66. MECW, volumen 3, 248.

Capítulo Treinta y dos: Londres, 1867

1. Honoré de Balzac, *The Unknown Masterpiece*, 40.
2. MECW, volumen 42, 362-364.
3. *Ibid.*, 357.
4. *Ibid.*, 358.
5. *Ibid.*, 366.
6. *Ibid.*, 371.
7. *Ibid.*, 369.
8. *Ibid.*, 360-361.
9. Padover, *Karl Marx*, 203.
10. En esta carta Marx se dirige a Jennychen como “Joe”, lo que ha sido incorrectamente interpretado en varios libros como una referencia al personaje Jo de la obra *Mujercitas* de Louisa May Alcott. Pero el libro de Alcott no se publicó hasta 1868 y la carta de Marx está escrita en 1867. MECW, volumen 42, 369.
11. *Ibid.*, 375.
12. *Ibid.*
13. Meier, Perrot & Trebitsch (eds.), *Daughters*, 24-25.
14. En una nota preparada para el libro de visitas de Tenge, Marx escribió acerca del “encanto de la noble armonía femenina” que dominaba “el frenesí salvaje de la vida”. Meier, Perrot & Trebitsch (eds.), *Daughters*, 27; Padover, *Karl Marx*, 204-205.
15. MECW, volumen 42, 371-372.
16. *Ibid.*, 379-380.
17. *Ibid.*, 361.
18. *Ibid.*, 347-348.
19. *Ibid.*, 381-382.
20. *Ibid.*, 383, 394.
21. Meier, Perrot & Trebitsch (eds.), *Daughters*, 17, 19.
22. *Ibid.*, 16.

23. Jenny Marx (hija), sin fecha, Maitland Park, IISG.
24. Jenny Marx (hija) cuaderno de notas, IISG; Meier, Perrot & Trebitsch (eds.), *Daughters*, 16-17; MECW, volumen 42, 396-397.
25. MECW, volumen 42, 396-397.
26. Jenny Marx a Ernestine Liebknecht, 14 de octubre de 1867, Moscú.
27. Jenny Marx (hija) a Jenny Marx, 1867, Moscú.
28. Ibid.
29. REM, 185.
30. MECW, volumen 42, 400.
31. Ibid., 402-405.
32. Ibid., 405.
33. REM, 26-27.
34. MECW, volumen 42,, 405-406.
35. Ibid., 431; Padover, *Karl Marx*, 208.
36. MECW, volumen 42, 428.
37. Ibid., 451, 462; Carver, *Engels, Short Introduction*, 49-50.
38. MECW, volumen 42,, 512.
39. Ibid., 444, 467.
40. Ibid., 443.
41. Ibid., 490.
42. McLellan, *Karl Marx*, 325.
43. MECW, volumen 42, 549.
44. Ibid., 453.
45. Ibid., 453-454.
46. Ibid., 458.
47. Ibid., 507.
48. Davies dijo que Marx tomó su historia material de Feuerbach, la lucha de clases de Saint-Simon, la dictadura del proletariado de Babeuf, la teoría del trabajo de Adam Smith, la plusvalía de Bray y Thompson, y la dialéctica de Hegel. Davies, *Europe*, 837.
49. Berlin, *Karl Marx*, 15.
50. KMIR, 145.
51. MECW, volumen 42, 739.
52. Ibid., 748.
53. Ibid., 47-48.
54. Ibid., 181-182.
55. MECW, volumen 42, 514.
56. MECW, volumen 35, 195.
57. Ibid., 195.
58. Ibid., 510.
59. Marx discrepaba del economista Adam Smith, que decía que el capital comandaba, o controlaba, el trabajo. Marx creía que el capital comandaba el trabajo *no pagado*. MECW, volumen 35, 219, 534.
60. Ibid., 158-159.
61. Ibid., 162-164.
62. Ibid., 534.
63. Ibid., 570-571.
64. Ibid., 531.

65. Ibid., 202.
66. Ibid., 626.
67. Berlin, *Karl Marx*, 176.
68. MECW, volumen 35, 471, 87, 183.
69. Ibid., 241.
70. Ibid., 271.
71. Ibid., 336.
72. Ibid., 306-307.
73. Ibid., 750.
74. Ibid., 751.
75. MECW, volumen 42, 578-579.

Capítulo Treinta y tres: Londres, 1868

1. Lafargue, *Karl Marx*, 14.
2. MECW, volumen 42, 519.
3. Ibid., 535.
4. Ibid., 538.
5. Ibid., 517.
6. MECW, volumen 43, 25. (A modo de comparación, Charles Dickens ganó 33.000 libras solo en 1868. Hobsbawm, *Age of Capital*, 332.)
7. MECW, volumen 42, 579.
8. Jenny Marx a Ernestine Liebknecht, 14 de octubre de 1867, Moscú.
9. MECW, volumen 42, 529.
10. Padover, *Karl Marx*, 195.
11. Morton, *Home Rule*, 1, 3, 5; Wilson, *Victorians*, 77, 79, 80, 83; Hobsbawm, *Age of Revolution*, 201-202.
12. MECW, volumen 21, 190, 192 y volumen 42, 486.
13. Paul Rose, *The Manchester Martyrs*, 16.
14. Ibid., 13.
15. Ibid., 17-19.
16. Jenkins, *Engels in Manchester*, 18; REM, 88.
17. Rose, *Manchester Martyrs*, 28; Annie Besant, *An Autobiography*, 73-74.
18. Mayer, *Friedrich Engels*, 202; REM, 88; Rose, *Manchester Martyrs*, 75.
19. Rose, *Manchester Martyrs*, 38, 42; Besant, *Autobiography*, 75.
20. MECW, volumen 42, 501.
21. Ibid., 483.
22. Ibid., 431.
23. Ibid., 444.
24. Rose, *Manchester Martyrs*, 462; Besant, *Autobiography*, 75-76.
25. Rose, *Manchester Martyrs*, 67.
26. MECW, volumen 42, 460 y volumen 21, 121.
27. Rose, *Manchester Martyrs*, 70.
28. Ibid., 11; MECW, volumen 42, 484; Morton, *Home Rule*, 19.
29. Morton, *Home Rule*, 19.
30. MECW, volumen 42, 474.
31. O'Neill, *Good Old Days*, 225; Winder, *Bloody Foreigners*, 205.
32. MECW, volumen 42, 505-506.

33. Ibid., 479.
34. Meier, Perrot & Trebitsch (eds.), *Daughters*, 42-43.
35. MECW, volumen 42, 483, 492, 666(n).
36. Ibid., 501-502.
37. Ibid., 503.
38. Ibid., 542, 553.
39. Flanders, *Victorian House*, 197; MECW, volumen 42, 72.
40. MECW, volumen 42, 538.
41. Ibid., 542, 548. (Eleanor Marx escribió en una carta a un “camarada” sin identificar que después de la muerte de Lion Philips “los primos se habían vuelto demasiado respetables, demasiado temerosos” para continuar su relación con los Marx. 1 de octubre de 1893, Moscú.)
42. MECW, volumen 42, 551.
43. Ibid., 554.
44. FE-PL, volumen I, 20.
45. Ibid., 22-23.
46. MECW, volumen 42, 316.
47. Ibid., 547, 556, 557.
48. Padover, *Karl Marx*, 284.
49. Derfler, *Founding of French Marxism*, 58.
50. Meier, Perrot & Trebitsch (eds.), *Daughters*, 32.
51. Jenny Marx (hija) a Laura Lafargue, 7 de abril de 1868, Moscú.
52. MECW, volumen 43, 9-10.
53. Ibid., 25.
54. Ibid., 28.
55. Eleanor Marx, cuaderno, IISG.
56. Eleanor Marx a Lion Philips, sin fecha (1863), Moscú.
57. MECW, volumen 42, 513-525.
58. Lafargue, *Karl Marx*, 29.
59. O’Neill, *Good Old Days*, 225; Wilson, *Victorians*, 338.
60. Eleanor Marx a Lizzy Burns, 14 de febrero de 1868, Moscú.
61. Jenny Marx (hija) a Eleanor Marx, junio de 1868, Moscú.
62. MECW, volumen 43, 44.
63. Ibid., 50.
64. Ibid., 75.
65. Ibid., 72.
66. Jenny Marx (hija) a Laura Lafargue, 24 de diciembre de 1868; MECW, volumen 43, 171. (Ser una institutriz en la Inglaterra del siglo XIX era considerado una ocupación respetable para una mujer de clase media necesitada de unos ingresos independientes, pero era tratada por sus empleadores como una criada. Pool, *What Jane Austen Ate*, 224.)
67. MECW, volumen 43, 171.
68. Ibid., 213.
69. Ibid., 199.
70. Jenny Marx (hija) a Laura Lafargue, 7 de enero de 1869, Moscú.
71. Ibid.
72. MECW, volumen 43, 594(n).
73. Ibid., 130-131.
74. Ibid., 169-170.

75. Ibid., 214.
76. Olsen, *Growth of Victorian London*, 237; Cole and Postgate, *British Common People*, 354.
77. MECW, volumen 43, 171-172.

Capítulo Treinta y cuatro: Londres, 1869

1. Charles Prolès, *Gustave Flourens*, 92.
2. MECW, volumen 20, 478 (n); Nicolaievsky y Maenchen-Helfen, *Karl Marx*, 283-284.
3. Nicolaievsky y Maenchen-Helfen, *Karl Marx*, 285.
4. Ibid., 286.
5. Mehring, *Karl Marx*, 394.
6. McLellan, *Karl Marx*, 360; MECW, volumen 44, 291.
7. MECW, volumen 43, 8.
8. Mehring, *Karl Marx*, 392.
9. MECW, volumen 42, 515, 520, 669(n); Mehring, *Karl Marx*, 393.
10. MECW, volumen 42, 520.
11. MECW, volumen 43, 173-174.
12. Derfler, *Founding of French Marxism*, 61.
13. MECW, volumen 43, 155.
14. Meier, Perrot & Trebitsch (eds.), *Daughters*, 33-34.
15. Laura Lafargue a Karl Marx, 2 de noviembre de 1868, Moscú.
16. MECW, volumen 42, 178.
17. Derfler, *Founding of French Marxism*, 61.
18. Meier, Perrot & Trebitsch (eds.), *Daughters*, 38.
19. MECW, volumen 43, 216.
20. Ibid., 243.
21. Ibid., 216.
22. Ibid., 225.
23. Ibid., 229.
24. Ibid., 214.
25. Meier, Perrot & Trebitsch (eds.), *Daughters*, 37.
26. MECW, volumen 43, 217, 608(n).
27. Ibid., 287-288.
28. Ibid., 290.
29. Derfler, *Founding of French Marxism*, 66.
30. MECW, volumen 43, 243.
31. Ibid.
32. Thomas, *Women Incendiaries*, 34.
33. Meier, Perrot & Trebitsch (eds.), *Daughters*, 63; Thomas, *Women Incendiaries*, 28.
34. Meier, Perrot & Trebitsch (eds.), *Daughters*, 70.
35. Thomas, *Women Incendiaries*, 27.
36. Meier, Perrot & Trebitsch (eds.), *Daughters*, 37.
37. Ibid., 46.
38. MECW, volumen 43, 262.
39. Meier, Perrot & Trebitsch (eds.), *Daughters*, 38.
40. *Contemporary Review*, Londres, nº 6, junio de 1868, 317.
41. Karl Marx, Jenny Marx, & Friedrich Engels, *Lettres à Kugelmann*, 186-187.
42. MECW, volumen 43, 410, 528.

43. Meier, Perrot & Trebitsch (eds.), *Daughters*, 40.
44. MECW, volumen 43, 270.
45. *Ibid.*, 275.
46. Jenny Marx (hija) a Jenny Marx, mayo de 1869, Moscú; MECW, volumen 21, 48, 466(n).
47. MECW, volumen 43, 297, 618-619(n). (Se refiere a la aristocracia y a las clases literaria y política. Wilson, *Victorians*, 274.)
48. MECW, volumen 43, 310, 623(n).
49. *Ibid.*, 620(n).
50. Marx y Jenny viajaron a Alemania juntos en setiembre y regresaron antes del 12 de octubre. Estuvieron en casa de los Kugelmann en Hanover y luego Marx se reunió con algunos de sus asociados políticos. MECW, volumen 43, 353.
51. Meier, Perrot & Trebitsch (eds.), *Daughters*, 49; Eleanor Marx Aveling a Karl Kautsky, 15 de marzo de 1898, Moscú.
52. MECW, volumen 43, 295, 308.
53. *Ibid.*, 303.
54. Jenkins, *Engels in Manchester*, 10; REM, 186.
55. MECW, volumen 43, 295, 308.
56. Carver, *Friedrich Engels*, 141; Hunt, *Frock-Coated Communist*, 240.
57. MECW, volumen 43, 302-303.
58. MECW, volumen 43, 311; Mayer, *Friedrich Engels*, 253.
59. Meier, Perrot & Trebitsch (eds.), *Daughters*, 51-52; Eleanor Marx a Jenny Marx (hija), julio de 1869, Moscú.
60. MECW, volumen 43, 356-357.
61. Jeremiah O'Donovan Rossa, *My Years in English Jails*, 8-9, 30.
62. MECW, volumen 21, 101.
63. Bert Andreas (ed.), *Briefe und Dokumente de Familie Marx*, 131.
64. MECW, volumen 43, 546.
65. *Ibid.*, 366.
66. *Ibid.*, 365.
67. Norton, *Home Rule*, 13.
68. O'Donovan Rossa, *My Years*, 214.
69. MECW, volumen 43, 387.
70. Andreas, *Briefe und Dokumente*, 205.
71. MECW, volumen 43, 449.
72. *Ibid.*, 640(n); Meier, Perrot & Trebitsch (eds.), *Daughters*, 64(n).
73. Derfler, *Founding of French Marxism*, 65; David Wetzel, *A Duel of Giants*, 44.
74. Washburne, *Recollections*, 3.
75. Derfler, *Founding of French Marxism*, 75.
76. Washburne, *Recollections*, 7.
77. MECW, volumen 43, 419; Thomas, *Women Incendiaries*, 34.
78. Thomas, *Women Incendiaries*, 34.
79. Meier, Perrot & Trebitsch (eds.), *Daughters*, 60-61.
80. MECW, volumen 43, 314-316.
81. *Ibid.*, 644(n).
82. *Ibid.*, 431.
83. Prolès, *Gustave Flourens*, 51.
84. Meier, Perrot & Trebitsch (eds.), *Daughters*, 65-66.

85. MECW, volumen 43, 430.
86. Ibid., 646(n).
87. MECW, volumen 21, 101-102.
88. MECW, volumen 43, 444-445.
89. Charles Habeneck a Jenny Marx (hija), 1870, Moscú.
90. Jennynchen publicó ocho artículos en *La Marseillaise* desde el 1 de marzo al 24 de abril de 1870. MECW, volumen 21, 414-416, y volumen 43, 646(n).
91. O'Donovan Rossa, *My Years*, 98; MECW, volumen 21, 417-418.
92. MECW, volumen 43, 497; Marx, Marx, & Engels, *Lettres à Kugelmann*, 192.
93. O'Donovan Rossa, *My Years*, 198; MECW, volumen 21, 417-418.
94. MECW, volumen 43, 454-455.
95. MECW, volumen 21, 420.
96. MECW, volumen 43, 458.
97. Ibid., 461, 469(n); O'Donovan Rossa, *My Years*, 218.
98. MECW, volumen 43, 461.
99. Ibid., 458.
100. Ibid., 466.
101. Ibid., 423, 559.
102. Ibid., 559.
103. Debido a la formulación de la pregunta, un voto contra la ampliación de los poderes de Napoleón III como emperador era también un voto contra las reformas democráticas apoyadas por los legisladores, mientras que un voto a favor de garantizarle a Napoleón nuevos poderes sería como una vindicación de su gobierno y una forma de apuntalar el apoyo cada vez menor con el que contaba. Washburne, *Recollections*, 26; MECW, volumen 43, 653(n), 656(n).
104. MECW, volumen 22, 3 y volumen 43, 522.
105. MECW, volumen 43, 656(n).
106. Ibid., 444.
107. Meier, Perrot & Trebitsch (eds.), *Daughters*, 65.
108. MECW, volumen 43, 446.
109. Meier, Perrot & Trebitsch (eds.), *Daughters*, 66.
110. MECW, volumen 43, 486.
111. Ibid., 556-557.
112. Derfler, *Founding of French Marxism*, 62.
113. MECW, volumen 43, 497.
114. Andreas, *Briefe und Dokumente*, 217.
115. MECW, volumen 43, 504-505.
116. Prolès, *Gustave Flourens*, 52.
117. MECW, volumen 44, 558.
118. MECW, volumen 43, 495.
119. Ibid., 442, 514.
120. Jenny Marx a Friedrich Engels, 12 de Julio de 1870, Moscú.

Capítulo Treinta y cinco: París, otoño de 1870

1. MECW, volumen 49, 35.
2. Washburne, *Recollections*, 26; Wetzel, *Duel of Giants*, 31, 37-38, 96, 110; Taylor, *Struggle for Mastery of Europe*, 203-204; Ozment, *Mighty Fortress*, 210.

3. Washburne, *Recollections*, 33-34.
4. *Ibid.*, 55.
5. Andreas, *Briefe und Dokumente*, 224.
6. MECW, volumen 44, 591(n).
7. El Partido Obrero Socialdemócrata se formó en agosto de 1869 tras escindirse de la Unión General. Williamson, *Bismarck and Germany*, 48.
8. MECW, volumen 44, 3.4.
9. MECW, volumen 22, 4.
10. *Ibid.*, 6.
11. *Ibid.*, 3-7.
12. MECW, volumen 44, 40, 598(n).
13. *Ibid.*, 7, 35, 593(n).
14. *Ibid.*, 32, 58.
15. Jennychen dijo que le puso a Engels el apodo de general Staff debido a sus escritos militares y porque *Le Figaro* se refería erróneamente al “general staff” como si la frase describiese a un individuo. Andreas, *Briefe und Dokumente*, 229.
16. Washburne, *Recollections*, 54-55.
17. *Ibid.*, 59-60.
18. MECW, volumen 44, 64-65, 71.
19. Prosper Lissagaray, *History of the Commune of 1871*, 1.
20. Washburne, *Recollections*, 65.
21. Meier, Perrot & Trebitsch (eds.), *Daughters*, 69, 72, 74-75. 77.
22. MECW, volumen 44, 59.
23. *Ibid.*, 65.
24. Washburne, *Recollections*, 100.
25. *Ibid.*, 105-106; W.H.C. Smith, *Second Empire*, 56-57.
26. Washburne, *Recollections*, 108.
27. *Ibid.*, 111.
28. *Ibid.*, 126.
29. *Ibid.*, 131.
30. *Ibid.*, 109.
31. *Ibid.*, 131.
32. Charles Longuet a Karl Marx, 5 de setiembre de 1870, Moscú.
33. MECW, volumen 44, 64-65.
34. Meier, Perrot & Trebitsch (eds.), *Daughters*, 78-79.
35. Washburne, *Recollections*, 140-141.
36. *Ibid.*, 133.
37. MECW, volumen 44, 560.
38. Robert Gildea, *The Third Republic*, 3.
39. Lissagaray, *History of the Commune*, 20; W.H.C. Smith, *Second Empire*, 57.
40. Lissagaray, *History of the Commune*, 21.
41. Washburne, *Recollections*, 208-209; Lissagaray, *History of the Commune*, 22.
42. Washburne, *Recollections*, 210; Lissagaray, *History of the Commune*, 23.
43. Washburne, *Recollections*, 212; Lissagaray, *History of the Commune*, 25.
44. Lissagaray, *History of the Commune*, 32.
45. Washburne, *Recollections*, 201.
46. REM, 186.

47. Entre los jóvenes rusos que llegaron a Modena Villas estaba Herman Lopatin, el hijo de veinticinco años de edad de un noble empobrecido que había huido a Francia y luego a Inglaterra tras escapar de una cárcel del Cáucaso. Buscó a Marx para transmitirle un mensaje de admiración de la juventud rusa. Luego vino Elizabeth Dmitrieff, de diecinueve años, que había dejado Rusia para instalarse en Suiza. Tras casarse pasó a llamarse Elizabeth Tomanovskaya y formó parte de la AIT en Ginebra; los miembros de esta la enviaron a Londres el verano de 1870 para entregar un mensaje a Marx. Fue adoptada por la familia y se convirtió en parte de la red de corresponsales de Marx en Francia. MECW, volumen 42, 530; Thomas, *Women Incendiaries*, 72-74; Carr, *Michael Bakunin*, 446.
48. Lafargue, *Karl Marx*, 17.
49. MECW, volumen 44, 105.
50. Marx, Marx & Engels, *Lettres à Kugelmann*, 171; MECW, volumen 43, 548.
51. MECW, volumen 44, 81, 102.
52. REM, 90; Lafargue, *Karl Marx*, 31.
53. Andreas, *Briefe und Dokumente*, 229.
54. Paul Lafargue a Karl Marx, finales de 1870, IISG.
55. Meier, Perrot & Trebitsch (eds.), *Daughters*, 80-82.
56. Washburne, *Recollections*, 175, 267.
57. Meier, Perrot & Trebitsch (eds.), *Daughters*, 82.
58. Washburne, *Recollections*, 235, 244, 271, 274.
59. Lissagaray, *History of the Commune*, 31.
60. Washburne, *Recollections*, 271.
61. MECW, volumen 44, 108.
62. MECW, volumen 22, 274, y volumen 44, 595(n), 606(n).
63. MECW, volumen 44, 97.
64. *Ibid.*, 95-96.
65. O'Donovan Rossa, *My Years*, 227; Jenny Marx (hija) a Kugelmann, 27 de enero de 1871, Moscú.
66. O'Donovan Rossa, *My Years*, 227.
67. *Ibid.*, 237-238.
68. Washburne, *Recollections*, 290.
69. Alistair Horne, *The Terrible Year*, 53.
70. Lissagaray, *History of the Commune*, 33.
71. Parte del objetivo de Bismarck para ir a la Guerra con Francia fue demostrar la superioridad militar prusiana y por extensión su dominio natural entre los estados de la Confederación alemana. Sus tropas tuvieron una actuación brillante. Su armamento avanzado y su magnífica organización acabó rápidamente con el ejército francés. La mayoría de parlamentos de los estados alemanes del norte y del sur aceptaron que el rey de Prusia se convirtiese en el emperador del Segundo Reich. Respecto al lugar de Prusia en Europa, la derrota de Francia y el ascenso de Guillermo como emperador alteró el equilibrio del poder militar y político en el continente, desde París a Berlín. Prusia podía exigirle a Francia lo que quisiera. Williamson, *Bismarck and Germany*, 41, 65; Taylor, *Struggle for Mastery of Europe*, 210.
72. Horne, *Terrible Year*, 59; Lissagaray, *History of the Commune*, 34-35.
73. Horne, *Terrible Year*, 60; Washburne, *Recollections*, 320-321.
74. Lissagaray, *History of the Commune*, 26, 36.
75. *Ibid.*, 36.
76. Washburne, *Recollections*, 323.

77. Horne, *Terrible Year*, 61; Washburne, *Recollections*, 324; Lissagaray, *History of the Commune*, 37.
78. Lissagaray, *History of the Commune*, 38-39.
79. Horne, *Terrible Year*, 61; Washburne, *Recollections*, 325.
80. Washburne, *Recollections*, 327-328; Lissagaray, *History of the Commune*, 41..
81. Thomas, *Women Incendiaries*, 50.
82. Horne, *Terrible Year*, 66; Lissagaray, *History of the Commune*, 56-57.

Capítulo Treinta y seis: París, 1871

1. Thomas, *Women Incendiaries*, 50
2. *Ibid.*, 51; Lissagaray, *History of the Commune*, 66.
3. Lissagaray, *History of the Commune*, 70, 77; Horne, *Terrible Year*, 72.
4. Lissagaray, *History of the Commune*, 207-209.
5. *Ibid.*, 72.
6. *Ibid.*, 72-73.
7. *Ibid.*, 74.
8. Prolès, *Gustave Flourens*, 81.
9. Lissagaray, *History of the Commune*, 74.
10. Thomas, *Women Incendiaries*, 52; Lissagaray, *History of the Commune*, 78-79.
11. MECW, volumen 22, 323; Lissagaray, *History of the Commune*, 80.
12. Thomas, *Women Incendiaries*, 54.
13. Lissagaray, *History of the Commune*, 81.
14. *Ibid.*, 84.
15. *Ibid.*, 128-129.
16. W. H. C. Smith, *Second Empire*, 63.
17. MECW, volumen 22, 157, 288.
18. *Ibid.*, 289.
19. MECW, volumen 44, 130-131.
20. Lissagaray, *History of the Commune*, 164.
21. Prolès, *Gustave Flourens*, 85-87; Lissagaray, *History of the Commune*, 166.
22. Prolès, *Gustave Flourens*, 87-90.
23. *Ibid.*, 90; MECW, volumen 22, 326; Lissagaray, *History of the Commune*, 166.
24. Lissagaray, *History of the Commune*, 166; Horne, *Terrible Year*, 95.
25. Lissagaray, *History of the Commune*, 169.
26. *Ibid.*, 185.
27. *Ibid.*, 191.
28. Prolès, *Gustave Flourens*, 91.
29. *The Daily Telegraph*, Londres, 5 de abril de 1871, 4.
30. Jenny Marx a Kugelmann, 12 de mayo de 1871, Moscú; MECW, volumen 22, 326.
31. Marx, Marx & Engels, *Lettres à Kugelmann*, 192; Andreas, *Briefe und Dokumente*, xvii.
32. MECW, volumen 44, 129.
33. Meier, Perrot & Trebitsch (eds.), *Daughters*, 91-92.
34. *Ibid.*, 87.
35. *Ibid.*, 99.
36. *Ibid.*, 98-99.
37. Marx, Marx & Engels, *Lettres à Kugelmann*, 192.
38. Jenny Marx (hija) a Laura Lafargue, 18 de abril de 1871, Moscú; Marx, Marx & Engels, *Lettres à Kugelmann*, 192.

39. Derfler, *Founding of French Marxism*, 99; Marx, Marx & Engels, *Lettres à Kugelmann*, 192.
40. Lissagaray, *History of the Commune*, 273.
41. Derfler, *Founding of French Marxism*, 103-106; Macé, *Paul et Laura Lafargue*, 56-57.
42. Jenny Marx (hija) a Karl y Jenny Marx, 4 de mayo de 1871, Moscú; Jenny Marx a Kugelmann, 12 de mayo de 1871, Moscú; Jenny Marx (hija) a Friedrich Engels, 9 de mayo de 1871, Moscú.
43. Marx, Marx & Engels, *Lettres à Kugelmann*, 173.
44. Pese a sus elogios, Marx vio desde el principio que los *communards* habían cometido un error retrasando el ataque a Versalles y no pudiendo hacerse con el tesoro. MECW, volumen 44, 131-132.
45. Lissagaray, *History of the Commune*, 295.
46. Horne, *Terrible Year*, 114-115; Lissagaray, *History of the Commune*, 290-291; *The Times*, Londres, 17 de mayo de 1871, 5.
47. Lissagaray, *History of the Commune*, 306.
48. Horne, *Terrible Year*, 121; Thomas, *Women Incendiaries*, 151; Lissagaray, *History of the Commune*, 312, 314.
49. Horne, *Terrible Year*, 121.
50. *Ibid.*, 112; Lissagaray, *History of the Commune*, 298, 314.
51. Lissagaray, *History of the Commune*, 300, 324; Thomas, *Women Incendiaries*, x.
52. Después de la Comuna se construyó en Montmartre la basílica del Sacré-Coeur como símbolo de “esperanza” y “arrepentimiento”. Horne, *Terrible Year*, 139; Lissagaray, *History of the Commune*, 329.
53. Horne, *Terrible Year*, 133; *The Times*, Londres, 31 de mayo de 1871, 9.
54. *The Eastern Post*, Londres, 20 de abril de 1872, 20.
55. Horne, *Terrible Year*, 129, 131; *The Evening Standard*, Londres, 25 de mayo de 1871, 1; *The Evening Standard*, Londres, 26 de mayo de 1871, 1; *The Standard*, Londres, 29 de mayo de 1871, 5.
56. Thomas, *Women Incendiaries*, 166.
57. Lissagaray, *History of the Commune*, 366.
58. *Ibid.*, 383.
59. MECW, volumen 44, 143.
60. *Ibid.*, 151.
61. Horne, *Terrible Year*, 126.
62. MECW, volumen 44, 151.
63. *Ibid.*, 153.
64. Jenny Marx a Karl Marx, sin fecha (primavera de 1871), Moscú.
65. *Ibid.*
66. Horne, *Terrible Year*, 137; Lissagaray, *History of the Commune*, 384-385, 489.
67. Lissagaray, *History of the Commune*, 484.
68. *Ibid.*, 491.
69. *The Evening Standard*, Londres, 31 de mayo de 1871, 1.
70. *Ibid.*
71. Lissagaray, *History of the Commune*, 390-391.
72. *The Standard*, Londres, 2 de junio de 1871, 5.
73. Horne, *Terrible Year*, 139; W. H. C. Smith, *Second Empire*, 65; Lissagaray, *History of the Commune*, 395.
74. Lissagaray, *History of the Commune*, 397.

75. Horne, *Terrible Year*, 139; Lissagaray, *History of the Commune*, 458-459.
76. MECW, volumen 44, 159; McLellan, *Karl Marx*, 368; Berlín, *Karl Marx*, 189.
77. MECW, volumen 12, 336.
78. *Ibid.*, 355.
79. McLellan, *Karl Marx*, 372.
80. Nicolaievsky y Maenchen-Helfen, *Karl Marx*, 333.
81. *Pall Mall Gazette*, Londres, mayo de 1871, 2065.
82. *The New York World*, 3 de junio de 1871, 1.
83. *Chicago Tribune*, 5 de junio de 1871, 1.
84. *The Evening Standard*, Londres, 23 de junio de 1871, 5.
85. Lissagaray, *History of the Commune*, 465.
86. McLellan, *Karl Marx*, 366.
87. MECW, volumen 23, 223.
88. MECW, volumen 44, 158, 680(n).
89. *Ibid.*, 564; Derfler, *Founding of French Marxism*, 108.
90. Los archivos de la policía francesa indican que algunas de las cartas de Lafargue a Marx desde Luchon fueron interceptadas por las autoridades francesas y que contenían suficiente información para provocar alarma y cursar una orden de arresto. No está claro qué cartas fueron estas o si todavía existen, por lo que resulta imposible decir cuál pudo haber sido su contenido. En todo caso, puede que no se necesitase una excusa para detener a Lafargue más allá de sus actividades en Burdeos. MECW, volumen 44, 153-154, 617(n); Derfler, *Founding of French Marxism*, 108.
91. Jenny Marx (hija) a Friedrich Engels, 5 de Julio de 1871, IISG.
92. Jenny Marx (hija) al “doctor” [Ludwig Kugelmann], 3 de octubre de 1871, Moscú.
93. MECW, volumen 24, 460-461; Derfler, *Founding of French Marxism*, 109.
94. George Eckert (ed.), *Wilhelm Liebknecht Briefwechsel*, 478.
95. Derfler, *Founding of French Marxism*, 109.

Capítulo Treinta y siete: Bagnères-de-Luchon, Francia, verano de 1871

1. MECW, volumen 22, 632.
2. Eckert (ed.) *Wilhelm Liebknecht Briefwechsel*, 478; MECW, volumen 22, 623.
3. Jenny Marx (hija) a Friedrich Engels, 5 de Julio de 1871, IISG.
4. Eckert (ed.), *Wilhelm Liebknecht Briefwechsel*, 478; MECW, volumen 22, 623.
5. *Ibid.*
6. MECW, volumen 22, 460-461.
7. No tenemos indicios de a quién iba dirigida la carta de Tussy. En una carta escrita a Kugelmann después de describir su terrible experiencia en *Woodhull & Claflin's Weekly*, Jennychen dijo que se encontró en Fos llevando una carta a O'Donovan Rossa, no un periódico. Eckert (ed.), *Wilhelm Liebknecht Briefwechsel*, 478-479; MECW, volumen 22, 623-625 y volumen 44, 564.
8. Eckert (ed.) , *Wilhelm Liebknecht Briefwechsel*, 414.
9. *Ibid.*, 479-480; MECW, volumen 22, 625.
10. MECW, volumen 22, 460-461.
11. Eckert (ed.), *Wilhelm Liebknecht Briefwechsel*, 480-482; MECW, volumen 22, 625-627.
12. Eckert (ed.), *Wilhelm Liebknecht Briefwechsel*, 482-483; MECW, volumen 22, 628-629.
13. McLellan, *Karl Marx*, 373; Derfler, *Founding of French Marxism*, 113.
14. Eckert (ed.), *Wilhelm Liebknecht Briefwechsel*, 483; MECW, volumen 22, 630.

15. Paul Lafargue a Karl Marx, 16 de abril de 1871, IISG.
16. Derfler, *Founding of French Marxism*, 113.
17. W. H. C. Smith, *Second Empire*, 70; *The Standard*, Londres, 3 de junio de 1871, 5.
18. MECW, volumen 44, 154.
19. Porter, *Refugee Question*, 217.

Sexta parte: El doctor rojo y terrorista

Capítulo Treinta y ocho: Londres, 1871

1. Vladimir Lenin, *Collected Works, Volume 17*, 143.
2. Lissagaray, *History of the Commune*, 413-414, 420-421; Horne, *Terrible Year*, 139.
3. Derfler, *Founding of French Marxism*, 157-158; REM, 29.
4. El 21 de marzo Longuet y un amigo escribieron: “Los trabajadores, los que lo producen todo y no disfrutan de nada, ¿han de estar sometidos para siempre a este ultraje? La burguesía, que ya ha conseguido su emancipación, ¿no entiende que ahora ha llegado la hora de la emancipación del proletariado? ¿Por qué, pues, persiste en negarle al proletariado su legítima parte?” Lissagaray, *History of the Commune*, 109.
5. Dourlen, el medico amigo de Longuet le llevó a la ciudad de Saint-Jean de Dieu, y desde allí, con la ayuda de un sacerdote, Longuet pudo entrar en Bélgica. Longuet, *Karl Marx*, 221.
6. REM, 162.
7. *Ibid.*, 82.
8. KMIR, 106.
9. Jenny Marx (hija) a Kugelmann, 6 de octubre de 1871.
10. KMIR, 107.
11. *New York Herald*, 30 de agosto de 1871.
12. *Chicago Tribune*, 18 de diciembre de 1871.
13. MECW, volumen 22, 600.
14. KMIR, 11; MECW, volumen 44, 213.
15. MECW, volumen 22, 398.
16. *Public Opinion*, Londres, 19 de agosto de 1871, 229, y 26 de agosto de 1871, 262; MECW, volumen 22, 393.
17. MECW, volumen 44, 176-177.
18. *Ibid.*, 206-207.
19. *Ibid.*, 207.
20. El grupo de Bakunin se llamaba la Alianza Internacional de la Democracia Socialista. Carr, *Michael Bakunin*, 345, 352.
21. *Ibid.*, 396, 404-407.
22. *Ibid.*, 446.
23. Berlin, *Karl Marx*, 190.
24. REM, 290; KMIR, 103-105.
25. REM, 170-171.
26. MECW, volumen 22, 423, 431.
27. *Ibid.*, 426-427.
28. Jenny Marx (hija) al “doctor” [Ludwig Kugelmann], 3 de octubre de 1871, Moscú; Robert Payne, *Karl Marx*, 429.
29. MECW, volumen 44, 186.
30. MECW, volumen 22, 633-634; McLellan, *Karl Marx*, 377.

31. MECW, volumen 44, 220.
32. Ibid., 229.
33. Ibid., 216.
34. Ibid., 229.
35. Jenny Marx (hija) al “doctor” [Ludwig Kugelmann], 3 de octubre de 1871, Moscú.
36. MECW, volumen 44, 617(n).
37. Ibid., 228-229.
38. REM, 299.
39. Hobsbawm, *Age of Capital*, 308.
40. Jenny Marx (hija) a los Kugelmann, 21 de diciembre de 1871, Moscú.
41. MECW, volumen 44, 562.
42. MECW, volumen 23, 635.
43. Mientras la familia trabajaba a favor de los refugiados, Marx supo que su propio estatus en Inglaterra estaba en peligro. Un contacto que tenía en el ministerio británico del Interior le dijo que el gobierno estaba preparando un proyecto de ley para expulsar a los comunistas y a los miembros de la Internacional. El informe de Marx sobre lo que le habían dicho apareció en un periódico inglés. Jennychen observó que si la familia era expulsada, su única opción sería trasladarse a la tierra del “Yankee Doodle Dandy”. Jenny Marx (hija) a los Kugelmann, 21 de diciembre de 1871, Moscú.
44. FE-PL, volumen I, 32.
45. Jenny Marx (hija) a Charles Longuet, 17 de febrero de 1872, Moscú.
46. Charles Longuet a Jenny Marx (hija), antes del 15 de febrero de 1872, Moscú.
47. Jenny Marx (hija) a Charles Longuet, 17 de febrero de 1872, Moscú.
48. Jenny Marx a Wilhelm Liebknecht, 26 de mayo de 1872, Moscú.
49. FE-PL, volumen III, 403-405; MECW, volumen 44, 283; Derfler, *Founding of French Marxism*, 114-115.
50. MECW, volumen 44, 574.
51. J. Roy a Charles Longuet, 19 de enero de 1872, Moscú.
52. FE-PL, volumen I, 46.
53. KMIR, 91.
54. Longuet, *Karl Marx*, 207.
55. Jenny Marx a Wilhelm Liebknecht, 26 de mayo de 1872, Moscú.
56. MECW, volumen 44, 32.
57. Jenny Marx (hija) a los Kugelmann, 3 de mayo de 1872, Moscú.
58. MECW, volumen 44, 575.
59. Eckert (ed.), *Wilhelm Liebknecht Briefwechsel*, 413-415.
60. REM, 250.
61. El joyero húngaro Leo Frankel, un ex *communard*, la colmó de atenciones, igual que el litógrafo francés Jules Johannard, otro *communard* y miembro del Consejo General. Los dos eran por lo menos diez años mayores que ella. Kapp, *Eleanor Marx, Volume I*, 145.
62. Ibid., 155-156.
63. Ibid., 160.
64. Jenny Marx (hija) a los Kugelmann, 21 de diciembre de 1871, Moscú.
65. FE-PL, volumen 1, 46.
66. Jenny Marx (hija) a Kugelmann, 22 de enero de 1872, IISG; Derfler, *Founding of French Marxism*, 119.
67. Macé, *Paul et Laura Lafargue*, 63.

68. MECW, volumen 44, 581.
69. Ibid., 327.
70. Ibid., 347.
71. Marx, Marx & Engels, *Lettres à Kugelmann*, 214-215.
72. Ibid., 216-217.
73. Derfler, *Founding of French Marxism*, 142.
74. FE-PL, volumen III, 463.
75. Derfler, *Founding of French Marxism*, 138.
76. FE-PL, volumen III, 428-429.
77. De todos modos, Lafargue dejó su marca en España: en julio, él y un colega fundaron la nueva Federación Madrileña, el primer partido marxista en España, antecesor directo del actual Partido Socialista español. Derfler, *Founding of French Marxism*, 138-141.
78. FE-PL, volumen III, 471.

Capítulo Treinta y nueve: La Haya, otoño de 1872

1. MECW, volumen 23, 256.
2. MECW, volumen 44, 386, 387.
3. Ibid., 345-347.
4. Ibid., 387.
5. Ibid., 100, 283, 607(n).
6. Ibid., 385.
7. Ibid., 390.
8. Ibid., 396.
9. Offord, *Nineteenth-Century Russia*, 68; Carr, *Michael Bakunin*, 453.
10. Offord, *Nineteenth-Century Russia*, 76.
11. Hobsbawm, *Age of Revolution*, 197.
12. Ibid., 198.
13. MECW, volumen 44, 399.
14. McLellan, *Karl Marx*, 395.
15. MECW, volumen 44, 400.
16. Hobsbawm, *Age of Capital*, 308; MECW, volumen 44, 438.
17. McLellan, *Karl Marx*, 394.
18. MECW, volumen 44, 385.
19. Jenny Marx a Wilhelm Liebknecht, 26 de mayo de 1872, Moscú.
20. Carr, *Michael Bakunin*, 375-376; Offord, *Nineteenth-Century Russia*, 64.
21. Nicolaievsky y Maenchen-Helfen, *Karl Marx*, 347.
22. Ibid., 349; MECW, volumen 43, 595(n). Bakunin tenía aparentemente que haberse visto involucrado en la traducción del *Capital* realizada por Nikolai Danielson, Nikolai Lyubavin y Hermann Lopatin.
23. Nicolaievsky y Maenchen-Helfen, *Karl Marx*, 350-351.
24. Fiodor Dostoyevski incorporó este crimen en su novela *Los endemoniados*. Offord, Offord, *Nineteenth-Century Russia*, 64.
25. MECW, volumen 44, 398.
26. Nicolaievsky y Maenchen-Helfen, *Karl Marx*, 294.
27. REM, 163.
28. Nicolaievsky y Maenchen-Helfen, *Karl Marx*, 358.
29. MECW, volumen 44, 426.

30. Nicolaievsky y Maenchen-Helfen, *Karl Marx*, 359.
31. Nicolaievsky y Maenchen-Helfen, *Karl Marx*, 360; Padover, *Karl Marx*, 244; REM, 208.
32. MECW, volumen 44, 438-439.
33. KMIR, 90.
34. Ibid., 91.
35. Ibid., 113; FE-PL, volumen III, 473.
36. Nicolaievsky y Maenchen-Helfen, *Karl Marx*, 360-361.
37. Ibid., 361; KMIR, 159.
38. MECW, volumen 44, 516.
39. REM, 210.
40. El seguidor más notable de Bakunin en la Internacional, James Guillaume, también fue expulsado. MECW, volumen 23, 249.
41. Padover, *Karl Marx*, 245.
42. Ibid., 246; REN, 212.
43. Los comentarios de Marx se basan en tres informes de prensa, de *La Liberté*, *Der Volksstaat* y *L'Emancipation*, que los editores de MECW contrastaron para una mayor exactitud y coherencia. MECW, volumen 23, 254-256.
44. Carr, *Michael Bakunin*, 430.
45. Ibid., 418.
46. Offord, *Nineteenth-Century Russia*, 65.
47. Carr, *Michael Bakunin*, 325, 353-354, 372.
48. Ibid., 456-457.
49. Ibid., 459, 461.
50. Ibid., 408.
51. No parece que el retiro le sentase bien a Bakunin. En 1874 había ido a Bolonia para participar en un atentado con bomba fallido. Con gafas de sol y disfrazado de sacerdote, pudo escapar. Esta sería la última aventura de rebelde del gigante ruso. Bakunin murió en 1876. Carr, *Michael Bakunin*, 461, 478.
52. Certificado de matrimonio Jenny Marx-Charles Longuet, Moscú.
53. Jenny Longuet a los Kugelmann, 23 de diciembre de 1872, Moscú.
54. Jenny Longuet a Karl Marx, 30 de octubre de 1872, Moscú.
55. Jenny Longuet a Karl Marx, sin fecha (probablemente otoño de 1872), Moscú.
56. MECW, volumen 44, 450.
57. Jenny Longuet a los Kugelmann, 23 de diciembre de 1872, Moscú; Jenny Marx a Johann Philip Becker, 7 de noviembre de 1872, Moscú.
58. MECW, volumen 44, 455.
59. Meier, Perrot & Trebitsch (eds.), *Daughters*, 113-114.
60. Jenny Longuet a Charles Longuet, marzo de 1873, Moscú.
61. Macé, *Paul et Laura Lafargue*, 68.
62. MECW, volumen 44, 457.
63. Ibid., 472, 517; Derfler, *Founding of French Marxism*, 153.
64. MECW, volumen 44, 527.
65. Ibid., 544, 676(n) y volumen 45, 456; Jenny Marx a Madame Longuet, octubre de 1874, Moscú; McLellan, *Karl Marx*, 389.
66. MECW, volumen 44, 468.
67. Derfler, *Founding of French Marxism*, 154.
68. Jenny Marx a Wilhelm Liebknecht, julio de 1873, Moscú.

69. Jenny Marx a Eleanor Marx, mayo de 1873, Moscú; Marx, Marx & Engels, *Lettres à Kugelmann*, 224-225.
70. Jenny Marx a Wilhelm Liebknecht, julio de 1873, Moscú.
71. MECW, volumen 45, 457(n), 460(n) y volumen 44, 607(n).
72. REM, 76; Berlin, *Karl Marx*, 213.
73. Jenny Longuet a Karl Marx, 24 de abril de 1874, Moscú.
74. REM, 76.
75. Jenny Marx a Eleanor Marx, mayo de 1873, Moscú; Jenny Marx a Eleanor Marx, junio de 1873, Moscú.
76. Jenny Marx a Eleanor Marx, mayo de 1873, Moscú.
77. Kapp, *Eleanor Marx, Volume I*, 146.
78. Eleanor Marx a Karl Marx, 3 de mayo de 1873, Moscú.
79. Jenny Marx a Wilhelm Liebknecht, julio de 1873, Moscú.
80. Kapp, *Eleanor Marx, Volume I*, 150.
81. MECW, volumen 44, 496. (Una de las grandes tragedias de la historia de Marx es que después de su muerte, Tussy y Laura quemaron cartas que creían que podían ofender a un amigo –Engels en particular– o que por otras razones no querían que se convirtiesen en parte del registro documental de la familia Marx. Eleanor Marx a Laura Lafargue, 26 de marzo de 1883, Moscú; B. Nicolaievsky, “Toward a History of the Communist League”, 239.)
82. MECW, volumen 44, 506.
83. Jenny Marx a Eleanor Marx, junio de 1873, Moscú.
84. Kapp, *Eleanor Marx, Volume I*, 152.
85. Jenny Marx a Wilhelm Liebknecht, julio de 1873, Moscú.
86. Charles Longuet a Jenny Longuet, viernes por la mañana, sin fecha, Moscú.
87. Jenny Marx a Eleanor Marx, junio de 1873, Moscú.
88. Jenny Marx a Wilhelm Liebknecht, julio de 1873, Moscú.
89. MECW, volumen 44, 516.
90. Jenny Marx a Wilhelm Liebknecht, julio de 1873, Moscú.
91. MECW, volumen 44, 516.
92. *Ibid.*, 538.
93. *Ibid.*, 560.
94. MECW, volumen 45, 3.
95. Walt Contreras Sheasby, “Marx at Karksbad”, 91-97.
96. Taylor, *Struggle for Mastery of Europe*, 219; Hobsbawm, *Age of Capital*, 201.
97. En Alemania, por ejemplo, Liebknecht y Bebel fueron condenados a dos años de cárcel en 1871 por su activismo político y por pertenecer a la AIT. MECW, volumen 45, 466(n).
98. Williamson, *Bismarck and Germany*, 48; Hobsbawm, *Age of Capital*, 62.
99. Offord, *Nineteenth-Century Russia*, 77; MECW, volumen 45, 461(n).
100. MECW, volumen 45, 33, 35.
101. MECW, volumen 24, 564.
102. Paul Lafargue a Karl Marx, 26 de julio de 1874, IISG; Derfler, *Founding of French Marxism*, 155; FE-PL, volume I, 48-49. (Entre 1874 y 1878 Lafargue escribió al menos veintiocho cartas a Engels pidiéndole dinero.)
103. MECW, volumen 45, 21-22; Briggs & Callow, *Marx in London*, 71; A.E. Laurence & A.N. Insole, *Prometheus Bound*, 4.
104. REM, 254.
105. KMIR, 130.

106. MECW, volumen 45, 26, 29.
107. Ibid., 28.
108. Ibid., 27.
109. Ibid.
110. Jenny Longuet a Charles Longuet, agosto de 1874, Moscú.
111. MECW, volumen 45, 36.
112. Kapp, *Eleanor Marx, Volume I*, 153-154.
113. Jenny Marx a Madame Longuet, octubre de 1874, Moscú.
114. MECW, volumen 45, 34.
115. Ibid., 35.
116. Sheasby, "Marx at Karlsbad", 91-97.
117. Egon Erwin Kisch, *Karl Marx at Karlsbad*, 5-46.
118. MECW, volumen 45, 37.
119. KMIR, 93.
120. Meier, Perrot & Trebitsch (eds.), *Daughters*, 118.
121. El informe sobre el conde puede haberle confundido a él con Turgueniev, que también estaba en Karlsbad. Turgueniev no era el "jefe de los nihilistas", pero se creía que había acuñado la frase durante sus días en Berlín, en 1a década de 1840. MECW, volumen 45, 37.
122. REM, 284-285; KMIR, 91.
123. Eleanor Marx a Jenny Longuet, 5 de setiembre de 1874, Moscú; MECW, volumen 45, 46.
124. MECW, volumen 45, 52-53.
125. KMIR, 121.
126. Ibid., 165.

Capítulo 40: Londres, 1875

1. MECW, volumen 45, 31.
2. Jenny Longuet a Charles Longuet, mediados de agosto de 1874, Moscú; Jenny Longuet a Charles Longuet, agosto de 1874, Moscú; Jenny Longuet a Charles Longuet, 28 de agosto de 1874, Moscú.
3. Jenny Longuet a Charles Longuet, agosto de 1874, Moscú.
4. MECW, volumen 45, 38.
5. Jenny Longuet a Charles Longuet, 10 de agosto de 1874, Moscú; Jenny Longuet a Charles Longuet, mediados de agosto de 1874, Moscú.
6. Jenny Longuet a Charles Longuet, 28 de agosto de 1874, Moscú.
7. Jenny Longuet a Charles Longuet, mediados de agosto de 1874, Moscú.
8. Jenny Longuet a Charles Longuet, 1 de setiembre de 1874, Moscú.
9. Jenny Longuet a Madame Longuet, octubre de 1874, Moscú.
10. KMIR, 130.
11. Jenny Marx a Wilhelm Liebknecht, 26 de mayo de 1872, Moscú.
12. MECW, volumen 45, 446.
13. Jenny Longuet a Madame Longuet, 25 de diciembre de 1874, Moscú.
14. Longuet, *Karl Marx*, 224.
15. Jenny Longuet a Madame Longuet, octubre de 1874, Moscú.
16. Jenny Longuet a Madame Longuet, 27 de julio [de 1875], Moscú.
17. MECW, volumen 45, 75; Jenny Longuet a Madame Longuet, junio de 1875, Moscú.
18. Jenny Marx a Madame Longuet, junio de 1875, Moscú; MECW, volumen 45, 66.
19. Eckert (ed.), *Wilhelm Liebknecht Briefwechsel*, 414.

20. Ibid., 421.
21. Ralph Miliband & John Saville (eds.), *The Socialist Register*, 183-184.
22. Gildea, *Third Republic*, 7-8.
23. MECW, volumen 45, 60-66.
24. Ibid., 63.
25. Ibid., 69.
26. Ibid., 476(n).
27. MECW, volumen 24, 89-90.
28. Ibid., 87.
29. Ibid., 94-95.
30. Ibid., 95.
31. Ibid., 99.
32. Padover, *Karl Marx*, 219.
33. “Aunque Marx había vivido mucho tiempo en Inglaterra y aunque había escrito amplísimamente y convincentemente en nuestra lengua –si bien las ilustraciones y las pruebas principales de su obra maestra están sacados de la experiencia inglesa– aquí es casi la sombra de un nombre. La gente puede hacerle el honor de insultarle; pero no leerle... Tiene un estilo propio... Una palabra lo describe: insulta a todo el mundo, o por lo menos a todo aquel que es considerado una autoridad; insulta de un modo absolutamente inflexible. Encuentras en él expresiones oídas más a menudo en una discusión callejera que en un debate filosófico”. John Macdonnell, “Karl Marx and German Socialism”, 384.
34. Jenny Marx a Eleanor Marx, setiembre de 1875, Moscú.
35. Jenny Longuet a Eleanor Marx, agosto de 1875, Moscú.
36. MECW, volumen 45, 84-85.
37. Ibid., 82.
38. Kisch, *Karl Marx at Karlsbad*, 20.
39. KMIR, 124-125.
40. Blumenberg, *Illustrated*, 152.
41. MECW, volumen 45, 518.
42. REM, 298-299.
43. Jenny Marx a Natalie Liebknecht, 18 de enero de 1876, Moscú.
44. Jenny Longuet a Madame Longuet, 31 de diciembre de 1875, Moscú.
45. MECW, volumen 45, 96.
46. Ibid., 56.
47. REM, 217; Jenny Longuet a Eleanor Marx, 28 de noviembre de 1873, Moscú.
48. Jenny Longuet a Charles Longuet, 5 de abril de 1876, Moscú.
49. MECW, volumen 45, 120-121.
50. Jenny Marx a Madame Longuet, junio de 1875, Moscú.
51. Jenny Longuet a Madame Longuet, 31 de diciembre de 1875, Moscú.
52. Jenny Marx a Natalie Liebknecht, 18 de enero de 1876, Moscú.
53. MECW, volumen 45, 135-137.
54. Le dijo a Jennychen que la pregunta que estaba en boca de todos era: “¿Qué opina usted de Wagner?” Es muy propio de este músico de corte imperial prusiano-alemán que él, más su mujer (la que se divorció de Bülow), más el cornudo Bülow, más su mutuo suegro Liszt, vivan los cuatro juntos y en armonía en Bayreuth, abrazándose, besándose y adorándose mutuamente, y generalmente disfrutando”. MECW, volumen 45, 143.
55. MECW, volumen 45, 149-150, 152.

56. Ibid., 444.
57. Tsuzuki, *Eleanor Marx*, 57; MECW, volumen 45, 191, 446; Hudson, *Munby*, 123.
58. MECW, volumen 45, 191.
59. Ibid., 446.
60. McLellan, *Karl Marx*, 407.
61. MECW, volumen 45, 122-123.
62. MECW, volumen 25, 27, y volumen 24, 295.
63. Draper & Haberkern, *Karl Marx's Theory of Revolution*, volumen V, 115.
64. MECW, volumen 25, 154.
65. MECW, volumen 45, 442.

Capítulo Cuarenta y uno: Londres, 1880

1. Madame de Stäel, *Delphine*, 304.
2. Del mismo modo que Marx se había preocupado por sus propias hijas, Engels tenía que preparar a Pumps para algo más que la vida proletaria en la que había nacido. En 1875 Engels y Lizzy la habían llevado a Alemania, donde la confiaron a un químico y a su esposa durante un año y medio para que “finalizase” la escuela. Jenny Longuet a Eleanor Marx, 1 de setiembre de 1874, Moscú; MECW, volumen 45, 104, 106.
3. MECW, volumen 45, 244.
4. Ibid., 274.
5. Ibid., 245.
6. Ibid., 267-268.
7. KMIR, 98.
8. Jenny Marx a Eleanor Marx, 20 de noviembre de 1877, Moscú.
9. MECW, volumen 45, 320.
10. Ibid., 447.
11. KMIR, 162.
12. Williamson, *Bismarck and Germany*, 55; Ozment, *Mighty Fortress*, 219.
13. Williamson, *Bismarck and Germany*, 58.
14. MECW, volumen 45, 312.
15. Jenny Longuet a Charles Longuet, setiembre de 1878, Moscú; Jenny Marx a Eleanor Marx, agosto de 1878, Moscú.
16. Jenny Longuet a Charles Longuet, 14 de setiembre de 1878, Moscú.
17. MECW, volumen 45, 447.
18. Jenny Longuet a Charles Longuet, 14 de setiembre de 1878, Moscú.
19. MECW, volumen 45, 320; Hunt, *Frock-Coated Communist*, 271.
20. Jenny Longuet a Charles Longuet, mediados de setiembre de 1878, Moscú.
21. Jenny Longuet a Charles Longuet, 19 de setiembre de 1878, Moscú.
22. MECW, volumen 45, 361-362.
23. KMIR, 28.
24. MECW, volumen 45, 343.
25. Ibid., 354-356.
26. Ibid., 369.
27. Ibid., 371-372.
28. Ibid., 376.
29. Ibid., 373.
30. Ibid., 388.

31. MECW, volumen 24, 669(n); KMIR, 140.
32. MECW, volumen 24, 580-582; KMIR, 140-142.
33. Liebknecht, *Karl Marx*, 110; KMIR, 97.
34. Los biógrafos de Marx generalmente dicen que el nombre de Freddy no apareció en la correspondencia familiar hasta 1882, pero una carta descubierta en los archivos de Moscú lo menciona dos años antes. La importancia de la primera fecha es que Jenny Marx todavía estaba viva y que era consciente de la presencia de Freddy en la vida de sus hijas. La razón de que en años posteriores Freddy pidiese repetidamente a Longuet que le devolviera un dinero también ha provocado muchas especulaciones. Esta carta explica las circunstancias: Jennychen tenía la costumbre de pedir dinero prestado a Lenchen y a Freddy. Jenny Longuet a Charles Longuet, 24 de octubre de 1880, Moscú; Jenny Longuet a Charles Longuet, 17 de noviembre de 1880, Moscú.
35. Ernest Belfort Bax, *Reminiscences and Reflections of a Mild and Late Victorian*, 70-71.
36. KMIR, 158-159.
37. *Ibid.*, 151.
38. Wilson, *Victorians*, 444.
39. KMIR, 144, 150.
40. MECW, volumen 46, 102-103.
41. Kapp, *Eleanor Marx*, volumen I, 211.
42. Jenny Marx a Eleanor Marx, agosto de 1878, Moscú.
43. Jenny Longuet a Charles Longuet, finales de setiembre de 1880, Moscú.
44. FE-PL., volumen I, 63-64.
45. MECW, volumen 46, 32; Derfler, *Founding of French Marxism*, 154.
46. Longuet, *Karl Marx*, 228.
47. MECW, volumen 46, 95, 101.
48. MECW, volumen 45, 390.
49. Jenny Longuet a Charles Longuet, 1 de agosto de 1880, Moscú.
50. MECW, volumen 46, 22-23 y volumen 24, 584-585.
51. Derfler, *Founding of French Marxism*, 177, 183.
52. MECW, volumen 24, 585.
53. Charles Longuet a Jenny Longuet, 24 de agosto de 1880, Moscú.
54. Jenny Longuet a Charles Longuet, 29 de setiembre de 1880, Moscú.
55. Liebknecht, *Karl Marx*, 114; Jenny Longuet a Charles Longuet, 29 de setiembre de 1880, Moscú.
56. Bernstein, *My Years of Exile*, 150.
57. Bax, *Reminiscences*, 48.
58. Offord, *Nineteenth-Century Russia*, 81-82; MECW, volumen 46, 495(n).
59. Hartmann se enamoró varias veces, y propuso matrimonio primero a Tussy y después a Pumps. Marx y Engels, mientras, lo mantuvieron ocupado con tareas políticas, y sin duda Engels le prestó el dinero que necesitaba para sobrevivir. KMIR, 150, 160; MECW, volumen 46, 95-96.
60. Bernstein, *My Years of Exile*, 152-153, 156-157.

Capítulo 42: Londres, 1881

1. Dornemann, *Jenny Marx*, 318-326.
2. Jenny Longuet a Charles Longuet, 22 de noviembre de 1880, Moscú.
3. Jenny Longuet a Charles Longuet, 10 de noviembre de 1880, Moscú.

4. Jenny Longuet a Charles Longuet, sin fecha, Moscú; Jenny Longuet a Charles Longuet, noviembre de 1880, Moscú.
5. Jenny Longuet a Charles Longuet, noviembre de 1880, Moscú.
6. Jenny Longuet a Charles Longuet, sin fecha, Moscú.
7. Charles Longuet a Jenny Longuet, noviembre de 1880, Moscú.
8. Jenny Longuet a Charles Longuet, domingo por la mañana, diciembre de 1880, Moscú.
9. Jenny Longuet a Charles Longuet, 10 de noviembre de 1880, Moscú.
10. MECW, volumen 46, 61.
11. Jenny Longuet a Charles Longuet, enero de 1881, Moscú.
12. Jenny Longuet a Charles Longuet, febrero de 1881, Moscú.
13. Jenny Longuet a Charles Longuet, 13 de enero de 1881, Moscú.
14. La casa de los Longuet en Argenteuil estaba en el Boulevard Thiers, que años más tarde sería rebautizado como Boulevard Marx. Longuet, *Karl Marx*, 230.
15. Jenny Longuet a Laura Lafargue, abril de 1881, Moscú.
16. Jenny Longuet a Laura Lafargue, 22 de abril de 1882, Moscú.
17. MECW, volumen 46, 81.
18. *Ibid.*, 81-82.
19. Las *Teorías de la plusvalía* de Kautsky se basaba en su edición de material de Marx de *El Capital. Volumen IV*. Blumenberg, *Illustrated*, 159.
20. KMIR, 154-155.
21. Jenny Longuet a Charles Longuet, 10 de noviembre de 1880, Moscú; Bernstein, *My Years of Exile*, 158.
22. MECW, volumen 46, 82.
23. *Ibid.*, 83.
24. *Ibid.*, 89.
25. *Ibid.*, 91.
26. *Ibid.*, 96.
27. *Ibid.*, 97.
28. *Ibid.*, 106.
29. *Ibid.*, 108.
30. Jenny Longuet a Jenny Marx, julio de 1881, Moscú.
31. MECW, volumen 46, 107.
32. *Ibid.*, 109.
33. *Ibid.*, 110.
34. *Ibid.*, 116; Giroud, *Femme du diable*, 224.
35. MECW, volumen 46, 124.
36. *Ibid.*, 124, 132.
37. Kapp, *Eleanor Marx*, volumen I, 187.
38. Morton, *Home Rule*, 23.
39. Eckert (ed.), *Eilhelm Liebknecht Briefwechsel*, 427-429; Morton, *Home Rule*, 25.
40. Bax, *Reminiscences*, 73-74; Joseph Clayton, *The Rise and Decline of Socialism in Great Britain*, 9.
41. Más tarde Shaw abandonó el marxismo. James W. Hulse, *Revolutionists in London*, 111.
42. Bernstein, *My Years of Exile*, 159-160.
43. MECW, volumen 46, 104.
44. Meier, Perrot & Trebitsch (eds.), *Daughters*, 134-135.
45. *Ibid.*, 133.
46. MECW, volumen 46, 133, 134-135.

47. Ibid., 475.
48. MECW, volumen 46, 161; Liebknecht, *Karl Marx*, 43-44.
49. Meier, Perrot & Trebitsch (eds.), *Daughters*, 138-139.
50. Ibid., 139.
51. Eleanor Marx a Jenny Longuet, 31 de octubre de 1881, Moscú.
52. Liebknecht, *Karl Marx*, 158.
53. KMIR, 1.
54. Williamson, *Bismarck and Germany*, 58.
55. Eleanor Marx a Pytor Lavrov, 3 de diciembre de 1881, Moscú; Eleanor Marx a Jenny Longuet, 31 de octubre de 1881, IISG; Jenny Longuet a Laura Lafargue, 2 de diciembre de 1881, Moscú.
56. MECW, volumen 46, 163; Bax, *Reminiscences*, 45.
57. Wheen, *Marx's Das Kapital*, 89.
58. MECW, volumen 46, 157, 165.
59. Ibid., 156.
60. MECW, volumen 24, 423-424; REM, 90.
61. MECW, volumen 46, 164.
62. Liebknecht, *Karl Marx*, 159.

Capítulo Cuarenta y tres: Londres, 1882

1. William Shakespeare, *King Lear*, 30.
2. KMIR, 159.
3. Bernstein, *My Years of Exile*, 155.
4. MECW, volumen 46, 156.
5. Ibid., 157-158.
6. Ibid., 161.
7. Ibid., 158.
8. Ibid., 161.
9. Ibid., 164.
10. Flanders, *Victorian House*, 182.
11. Eleanor Marx a Jenny Longuet, 16 de enero de 1881, Moscú.
12. Jenny Longuet a Karl Marx, 3 de diciembre de 1881, Moscú.
13. MECW, volumen 46, 169.
14. Eleanor Marx a Jenny Longuet, 8 de enero de 1882, Moscú.
15. Jenny Longuet a Laura Lafargue, diciembre de 1881, Moscú.
16. Jenny Longuet a Laura Lafargue, 2 de diciembre de 1881, Moscú.
17. Jenny Longuet a Laura Lafargue, diciembre de 1881, Moscú.
18. MECW, volumen 46, 176-177.
19. Eleanor Marx a Jenny Longuet, 15 de enero de 1882, Moscú.
20. Jenny Longuet a Eleanor Marx, 23 de enero de 1882, Moscú.
21. Jenny Longuet a Eleanor Marx, jueves, abril de de 1882, Moscú.
22. MECW, volumen 46, 184.
23. Ibid., 199.
24. Ibid., 213-215.
25. Ibid., 218.
26. Ibid., 227.
27. Ibid., 249.

28. Ibid., 253-254.
29. Ibid., 269.
30. Ibid., 262.
31. Ibid., 271-272.
32. Jenny Longuet a Karl Marx, 24 de febrero de 1882, Moscú.
33. Jenny Longuet a Eleanor Marx, 23 de marzo de 1882, Moscú.
34. Jenny Longuet a Eleanor Marx, 23 de enero de 1882, Moscú; Jenny Longuet a Eleanor Marx, 10 de junio de 1882, Moscú; Jenny Longuet a Eleanor Marx, 3 de mayo de 1882, Moscú.
35. Jenny Longuet a Eleanor Marx, 3 de mayo de 1882, Moscú.
36. Jenny Longuet a Eleanor Marx, 17 de mayo de 1882, Moscú.
37. Jenny Longuet a Charles Longuet, sin fecha, Moscú.
38. Jenny Longuet a Laura Lafargue, marzo de 1882, Moscú.
39. Jenny Longuet a Eleanor Marx, 10 de junio de 1882, Moscú.
40. Jenny Longuet a Eleanor Marx, mayo de 1882, Moscú.
41. MECW, volumen 46, 276; Longuet, *Karl Marx*, 234.
42. FE-PL, volumen I, 82-83.
43. MECW, volumen 46, 303.
44. Jenny Longuet a Laura Lafargue, julio de 1881, Moscú.
45. REM, 258.
46. MECW, volumen 46, 303.
47. Meier, Perrot & Trebitsch (eds.), *Daughters*, 154-155.
48. Tsuzuki, *Eleanor Marx*, 66-67.
49. MECW, volumen 46, 303.
50. Ibid., 308.
51. Ibid., 356.
52. FE-PL, volumen I, 88-89.
53. MECW, volumen 46, 291.
54. FE-PL, volumen I, 101; Derfler, *Flowering of French Socialism*, 4.
55. FE-PL, volumen III, 479-480.
56. Jenny Longuet a Eleanor Marx, 5 de setiembre de 1882, Moscú.
57. Jenny Longuet a Eleanor Marx, 23 de setiembre de 1882, Moscú.
58. FE-PL, volumen I, 100-101.
59. MECW, volumen 46, 221; Derfler, *Founding of French Marxism*, 167.
60. Derfler, *Flowering of French Socialism*, 5.
61. MECW, volumen 46, 375.
62. Ibid., 394.
63. Ibid., 529(n)
64. Ibid., 399.
65. FE-PL, volumen I, 119.
66. Jenny Longuet a Eleanor Marx, 8 de noviembre de 1882, Moscú.
67. FE-PL, volumen I, 119.
68. Ibid., 117.
69. Jenny Longuet a Eleanor Marx, 5 de setiembre de 1882, Moscú.
70. Jenny Longuet a Eleanor Marx, 8 de noviembre de 1882, Moscú; Jenny Longuet a Eleanor Marx, 30 de diciembre de 1882, Moscú.
71. MECW, volumen 46, 419, 420.
72. Ibid., 425.

73. FE-PL, volumen III, 479-480.
74. MECW, volumen 46, 420-421.
75. Ibid., 421, 424.

Capítulo Cuarenta y cuatro: Londres, 1883

1. Honoré de Balzac, *Lost Illusions*, 60.
2. Liebknecht, *Karl Marx*, 160.
3. MECW, volumen 24, 460-461.
4. MECW, volumen 46, 434.
5. Ibid., 440-441.
6. MECW, volumen 46, 456; REM, 346.
7. Friedrich Engels, *The Fourteenth of March 1883*, 21; FE-PL, volumen I, 121. (En la Gran Bretaña del siglo XIX los cadáveres eran amortajados en casa y se corrían las cortinas para indicar la presencia de un muerto. No se descorrían de nuevo hasta después del funeral. Flanders, *Victorian House*, 32.)
8. MECW, volumen 24, 476.
9. MECW, volumen 46, 462-463.
10. Wheen, *Karl Marx*, 382; Robert Payne, *Karl Marx*, 500. (La lápida de la tumba que contenía a Marx, a Jenny y a su nieto Harry era una simple losa sin adorno alguno. Engels y la familia consideraron que la obra de Marx ya era un monumento conmemorativo suficiente que no necesitaba ningún otro indicador. MECW, volumen 47, 17. La enorme lápida que hay actualmente en el cementerio de Highgate la colocó el Partido Comunista en 1956.)
11. REM, 256-257.
12. MECW, volumen 24, 463.
13. REM, 348.
14. MECW, volumen 24, 464.
15. Engels, *The Fourteenth of March 1883*, 11-13; REM, 348.
16. MECW, volumen 24, 469; REM, 350.
17. MECW, volumen 24, 469.
18. *The Coming Nation*, 18 de marzo de 1911, Greensburg, Indiana, 8; Raddatz, *Karl Marx*, 272.
19. Berlin, *Karl Marx*, 206.

Parte Séptima: Después de Marx

Capítulo Cuarenta y cinco: Londres, primavera de 1883

1. MECW, volumen 46, 462.
2. Ibid., 465.
3. MECW, volumen 47, 3.
4. MECW, volumen 36, 5.
5. MECW, volumen 47, 13.
6. MECW, volumen 46, 466; 533(n).
7. MECW, volumen 47, 12.
8. FE-PL, volumen I, 124-125.
9. MECW, volumen 47, 3, 26, 561(n).
10. Tsuzuki, *Eleanor Marx*, 71.
11. Eleanor Marx a Laura Lafargue, 26 de marzo de 1883, IISG. (Tussy dijo que también Engels

- quemó muchas cartas que contenían referencias a él entre los papeles de Marx. Eleanor Marx Aveling a Karl Kautsky, 15 de marzo de 1898, Moscú.)
11. Warren Sylvester Smith, *The London Heretics*, 74; Tsuzuki, *Eleanor Marx*, 83.
 12. Ellis es quien cita las palabras de Shaw sobre Aveling. Ellis, "Havelock Ellis on Eleanor Marx", *Adelphi*, Londres, setiembre/octubre de 1935.
 13. KMIR, 120.
 14. Warren Sylvester Smith, *London Heretics*, 74.
 15. Tsuzuki, *Eleanor Marx*, 91-92.
 16. Ibid., 91-92; Robert Payne, *Karl Marx*, 513. (Esta frase la utilizó en el siglo XVIII John Wilkes, el alcalde de Londres, que dijo: "Yo soy el tipo más feo de Inglaterra, pero dadme media hora de ventaja sobre el más apuesto hombre de Gran Bretaña y os garantizo que me haré con los favores de la mujer más hermosa del país". "Aleph", *London Scenes*, 31.)
 17. Ellis, "Havelock Ellis on Eleanor Marx", *Adelphi*, Londres, setiembre/octubre 1935; Warren Sylvester Smith, *London Heretics*, 74.
 18. Kapp, *Eleanor Marx, Volume II*, 204.
 19. Menos de un mes después de la muerte de Marx, Engels escribió a Eduard Bernstein, el editor del periódico de Zurich de parte de Aveling. MECW, volumen 47, 7.
 20. Ibid., 26.
 21. Aveling editaba los periódicos *Progress* y *Freethinker*. Warren Sylvester Smith, *London Heretics*, 63-65; Besant, *Autobiography*, 288.
 22. Beatrice Webb, *My Apprenticeship*, 301-302.
 23. MECW, volumen 47, 28-29.
 24. Derfler, *Flowering of French Socialism*, 6-7.
 25. MECW, volumen 46, 375.
 26. Derfler, *Flowering of French Socialism*, 8.
 27. Ibid., 11.
 28. Derfler, *Flowering of French Socialism*, 12; FE-PL, volumen I, 132.
 29. FE-PL, volumen I, 138-139.
 30. Ibid., 140.
 31. Ibid., 139.
 32. Ibid., 141-142,
 33. MECW, volumen 47, 39-40.
 34. Ellis, "Havelock Ellis on Eleanor Marx", *Adelphi*, Londres, setiembre/octubre de 1935.
 35. Bax, *Reminiscences*, 75.
 36. O'Neill, *Good Old Days*, 226; MECW, volumen 47, 583(n).
 37. Wright, *Democracy and Reform*, 98.
 38. Hulse, *Revolutionists in London*, 79.
 39. J. Bruce Glasier, *William Morris and the Early Days of the Socialist Movement*, 32.
 40. Hulse, *Revolutionists in London*, 226.
 41. May Morris, *William Morris: Artist, Writer, Socialist, Volume II*, xii.
 42. MECW, volumen 47, 78.
 43. Ibid., 60-61.
 44. Gildea, *Third Republic*, 25.
 45. FE-PL, Volumen I, 162-163.
 46. Gildea, *Third Republic*, 34.
 47. Ibid., 35; FE-PL, Volumen I, 148-150.
 48. FE-PL, Volumen I, 151.

49. Ibid.
50. Ibid.
51. Meier, Perrot, & Trebitsch (eds.), *Daughters*, 175-176.
52. FE-PL, Volumen I, 194-196.
53. MECW, volumen 47, 118, 122, 551(n).
54. FE-PL, Volumen I, 217-219.
55. Al casarse, Bell recibió 1.000 libras y esperaba heredar posteriormente parte del patrimonio de su padre, que ascendía a 25.000 libras. Kapp, *Eleanor Marx*, Volumen I, 257-258.
56. Ibid., 257.
57. Eleanor Marx a Laura Lafargue, 18 de junio de 1884.
58. Bernstein, *My Years of Exile*, 161.
59. Eleanor Marx Aveling a Mrs. Bland, 15 de Julio de 1884.
60. FE-PL, Volumen I, 217-219.
61. MECW, volumen 47, 177.
62. Tsuzuki, *Eleanor Marx*, 99.
63. MECW, volumen 47, 167; Tsuzuki, *Eleanor Marx*, 107.
64. Michael Rive (ed.), *Olive Schreiner Letters, Volume I*, 48.
65. Ibid., 49.
66. A través de Olive, Ellis llegó a conocer mejor a Tussy, incluida su historia sexual. Ellis mencionó una misteriosa, aunque desgraciadamente imprecisa, “iniciación sexual repentina” que Tussy había experimentado tendida en un sofá en casa de sus padres y a manos de un “prominente discípulo extranjero de su padre”. Ellis escribió más tarde que había olvidado el nombre de aquel individuo. Ellis, “Havelock Ellis on Eleanor Marx”, *Adelphi*, Londres, setiembre/octubre de 1935.
67. Ibid.
68. Yaffa Claire Draznin (ed.), *My Othrew Self*, 140; Ellis, “Havelock Ellis on Eleanor Marx”, *Adelphi*, Londres, setiembre/octubre de 1935.
69. Draznin, *My Other Self*, 141.
70. Tsuzuki, *Eleanor Marx*, 99.
71. Cole & Postgate, *British Common People*, 415-416, 421; Clayton, *Rise and Decline of Socialism*, 20-21; Bax, *Reminiscences*, 80.
72. Clayton, *Rise and Decline of Socialism*, 42.
73. Declaración de miembros de la Federación Socialdemócrata anunciando la formación de la Liga Socialista, 10 de enero de 1885, firmada por Edward Aveling, Eleanor Marx Aveling, Robert Banner, E.B. Bax, William Morris, John Mann, y otros, IISG.
74. MECW, volumen 47, 248.

Capítulo Cuarenta y seis: Londres, 1885

1. Eleanor Marx Aveling a George Bernard Shaw, 2 de junio de 1885, Catalog of George Bernard Shaw Papers, British Library, Londres.
2. MECW, volumen 47, 244.
3. Ibid., 316.
4. Ibid., 244.
5. Ibid., 290.
6. Ibid., 244.
7. Ibid., 245, 249, 394.
8. Ibid., 394.

9. FE-PL, Volumen I, 270-271.
10. MECW, volumen 36, 283.
11. Ibid., 235-236.
12. Ibid., 238-239.
13. MECW, volumen 47, 289, 296.
14. Engels mantuvo correspondencia con miembros de la Emancipación del Trabajo, incluida Vera Zasúlich. Vera también pertenecía a Narodnaya Volya (la Voluntad del Pueblo), que había practicado tácticas terroristas contra Alejandro II y contra su ultrarreaccionario hijo Alejandro III, acciones que comportaron más represión y ni un solo beneficio para los trabajadores. Zasúlich había huido de Rusia tras atentar contra el gobernador de San Petersburgo y ser absuelta –curiosamente– por un jurado. Offord, *Nineteenth-Century Russia*, 80, 88; Hulse, *Revolutionists in London*, 32-33.
15. Tsuzuki, *Eleanor Marx*, 121.
16. MECW, volumen 47, 405; Tsuzuki, *Eleanor Marx*, 122.
17. *The National Reformer*, Londres, 4 de mayo de 1884, 310.
18. Bax, *Reminiscences*, 109.
19. MECW, volumen 47, 274.
20. Eleanor Marx Aveling a Laura Lafargue, 12 de abril de 1885, Moscú.
21. Eleanor Marx Aveling a George Bernard Shaw, 2 de junio de 1885, Londres, British Library, GBS Papers.
22. Tsuzuki, *Eleanor Marx*, 127.
23. Ellis, “Havelock Ellis on Eleanor Marx”, *Adelphi*, Londres, setiembre/octubre de 1935.
24. Ibid.
25. Ibid.
26. Miliband and Saville (eds.), *The Socialist Register*, 183-184, 187.
27. Vera Buchanan-Gould, *Not Without Honor: The Life and Writings of Olive Schreiner*, 221.
28. Tsuzuki, *Eleanor Marx*, 123-124.
29. Edward Aveling and Eleanor Marx Aveling, *The Woman Question*, 6, 8, 13, 16.
30. Eleanor Marx Aveling a George Bernard Shaw, 2 de junio de 1885, Londres, British Library, GBS Papers; Tsuzuki, *Eleanor Marx*, 165.
31. Gustave Flaubert, *Madame Bovary*, trad. Eleanor Marx-Aveling, xx.
32. Williamson, *Bismarck and Germany*, 58-61.
33. Ibid., 46.
34. Clayton, *Rise and Decline of Socialism*, 26; MECW, volumen 47, 366.
35. O’Neill, *Good Old Days*, 156; Wilson, *Victorians*, 508.
36. Clayton, *Rise and Decline of Socialism*, 27.
37. MECW, volumen 47, 404-408.
38. Clayton, *Rise and Decline of Socialism*, 27.
39. MECW, volumen 47, 413.
40. Derfler, *Flowering of French Socialism*, 48.
41. MECW, volumen 47, 413.
42. Ibid., 428.
43. Gildea, *Third Republic*, 35.
44. MECW, volumen 47, 441, 452, 470.
45. Ibid., 436.
46. Meier, Perrot, & Trebitsch (eds.), *Daughters*, 193-194.
47. Ibid., 194.

48. Tsuzuki, *Eleanor Marx*, 135.
49. *Chicago Tribune*, 6 de noviembre de 1886, 9.
50. Meier, Perrot, & Trebitsch (eds.), *Daughters*, 194.
51. Tsuzuki, *Eleanor Marx*, 136.
52. Edward Aveling and Eleanor Marx Aveling, *The Working Class Movement in America*, 8.
53. *Chicago Tribune*, 6 de noviembre de 1886, 1.
54. Kapp, *Eleanor Marx, Volume II*, 158.
55. *Ibid.*, 153.
56. MECW, volumen 47, 525.
57. *Ibid.*, 530-532, 628(n); Tsuzuki, *Eleanor Marx*, 140.
58. MECW, volumen 47, 494, y volumen 48, 3.
59. *New York Herald*, 8 de enero de 1887, 5.
60. *Evening Standard*, Londres, 13 de enero de 1887, 4.
61. *New York Herald*, 14 de enero de 1887, 5.
62. *Evening Standard*, Londres, 13 de enero de 1887, 4.
63. Warren Sylvester Smith, *London Heretics*, 79.
64. Tsuzuki, *Eleanor Marx*, 117.
65. MECW, volumen 26, 617; *New York Herald*, 14 de enero de 1887, 5.
66. MECW, volumen 48, 16-17.
67. Bax, *Reminiscences*, 52, 55.
68. George Bernard Shaw, *The Doctor's Dilemma*.
69. Tsuzuki, *Eleanor Marx*, 165.

Capítulo Cuarenta y siete: Londres, 1887

1. Tsuzuki, *Eleanor Marx*, 168.
2. Derfler, *Flowering of French Socialism*, 69.
3. Durante las dos décadas que se inician en 1875, más de una cuarta parte del globo estuvo en manos de media docena de potencias europeas. Davies, *Europe, A History*, 848.
4. Hobsbawm, *Age of Capital*, 354-355.
5. Derfler, *Flowering of French Socialism*, 70.
6. MECW, volumen 47, 413.
7. *Ibid.*, 5.
8. Macé, *Paul et Laura Lafargue*, 90.
9. FE-PL, Volumen II, 19.
10. Fomi ev, “Helene Demuth Without Brethren”, 972.
11. En su testament Freddy se refería a Harry como “Mr. Harry Demuth, mi sobrino, conocido como mi hijo”. Kapp, *Eleanor Marx*, Volumen I, 294.
12. *Ibid.*, Volumen II, 437.
13. FE-PL, Volumen II, 40.
14. MECW, volumen 48, 542(n).
15. FE-PL, Volumen II, 34-36.
16. *Ibid.*, 28.
17. Tsuzuki, *Eleanor Marx*, 79, 115; Morris, *William Morris*, 226.
18. MECW, volumen 48, 73-74, 83, 105.
19. Bernstein, *My Years of Exile*, 202.
20. MECW, volumen 48, 91.
21. Ellis, “Havelock Ellis on Eleanor Marx”, *Adelphi*, Londres, setiembre/octubre de 1935-

22. Tsuzuki, *Eleanor Marx*, 168.
23. *To-Day*, Londres, junio de 1887, nº 43.
24. Ellis, "Havelock Ellis on Eleanor Marx", *Adelphi*, Londres, setiembre/octubre de 1935.
25. Meier, Perrot, & Trebitsch (eds.), *Daughters*, 197-198.
26. Wilson, *Victorians*, 508.
27. MECW, volumen 48, 57.
28. Wilson, *Victorians*, 508.
29. MECW, volumen 48, 79, 536-537(n).
30. Wilson, *Victorians*, 509.
31. *Pall Mall Gazette*, Londres, 14 de noviembre de 1887, 1.
32. MECW, volumen 48, 113.
33. *Pall Mall Gazette*, Londres, 14 de noviembre de 1887, 1.
34. Morris, *William Morris*, 263.
35. *Ibid.*, 252.
36. MECW, volumen 48, 113.
37. Wilson, *Victorians*, 510; Warren Sylvester Smith, *London Heretics*, 22.
38. Tsuzuki, *Eleanor Marx*, 155.
39. Meier, Perrot, & Trebitsch (eds.), *Daughters*, 202.
40. MECW, volumen 48, 119.
41. Tsuzuki, *Eleanor Marx*, 169-170.
42. Eleanor Marx Aveling a Laura Lafargue, 31 de diciembre de 1887, IISG.
43. Tsuzuki, *Eleanor Marx*, 173.
44. MECW, volumen 48, 198.
45. *Ibid.*, 183.
46. Mayer, *Friedrich Engels*, 294.
47. Eleanor Marx Aveling a George Bernard Shaw, 16 de diciembre de 1887, GBS Papers. (Shaw dijo que su discusión con Aveling tuvo lugar en mayo de 1887 sobre si la nueva generación de socialistas en Inglaterra tenía que ser considerada marxista. Shaw decía que no, y Aveling le atacó en una serie de cartas, Londres, British Library, GBS Papers.)
48. MECW, volumen 48, 184, 192.
49. *Ibid.*, 194.
50. Mayer, *Friedrich Engels*, 253.
51. MECW, volumen 48, 195, 202, 203.
52. Meier, Perrot, & Trebitsch (eds.), *Daughters*, 204-205.
53. *Ibid.*, 207.
54. MECW, volumen 48, 208.
55. *Ibid.*, 207.
56. *Ibid.*, 211.
57. Olsen, *Growth of Victorian London*, 122; Wilson, *Victorians*, 521.
58. Will Thorne, *My Life's Battles*, 13.
59. Flanders, *Victorian House*, 370.
60. Winder, *Bloody Foreigners*, 215.
61. O'Neill, *Good Old Days*, 46; Anne Cowen & Roger Cowen, *Victorian Jews Through British Eyes*, xiv-xv.
62. Eleanor Marx Aveling a Laura Lafargue, 24 dxe junio de 1888, IISG.
63. Paul Adelman, *The Rise of the Labour Party*, 12.
64. Kapp, *Eleanor Marx, Volume II*, 260.

65. Ibid., 510.

66. Eleanor Marx Aveling a Laura Lafargue, 31 de diciembre de 1888, IISG.

Capítulo Cuarenta y ocho: Londres, 1889

1. William Stewart, *J. Keir Hardie: A Biography*, 38.
2. Adelman, *Rise of the Labour Party*, 10.
3. Clayton, *Rise and Decline of Socialism*, 56.
4. Thorne, *My Life's Battles*, 67.
5. Clayton, *Rise and Decline of Socialism*, 62.
6. MECW, volumen 48, 601(n); Adelman, *Rise of the Labour Party*, 12-13.
7. Thorne y Mann llegarían a ser miembros del parlamento; Burns sería parlamentario y ministro en un gobierno liberal. Cole & Postgate, *British Common People*, 427.
8. William Collison, *The Apostle of Free Labour*, 81.
9. Clayton, *Rise and Decline of Socialism*, 55.
10. Cole & Postgate, *British Common People*, 427-428.
11. Ibid., 427.
12. Thorne, *My Life's Battles*, 13.
13. Ibid., 80-81.
14. Ibid., 81.
15. MECW, volumen 48, 591(n); Cole & Postgate, *British Common People*, 428; Thorne, *My Life's Battles*, 80.
16. Thorne, *My Life's Battles*, 86.
17. MECW, volumen 48, 373, 379.
18. Tsuzuki, *Eleanor Marx*, 197.
19. Clayton, *Rise and Decline of Socialism*, 59.
20. Cole & Postgate, *British Common People*, 429.
21. MECW, volumen 48, 373.
22. Cole & Postgate, *British Common People*, 430.
23. Clayton, *Rise and Decline of Socialism*, 64.
24. MECW, volumen 26, 545.
25. MECW, volumen 48, 377, 487, y volume 49, 479-480.
26. MECW, volumen 48, 312-313.
27. Ibid., 313.
28. Ibid., 286.
29. Ibid., 286-287.
30. Ibid., 316; Meier, Perrot, & Trebitsch (eds.), *Daughters*, 210.
31. Derfler, *Flowering of French Socialism*, 75.
32. FE-PL, volumen II, 285; Derfler, *Flowering of French Socialism*, 75.
33. MECW, volumen 48, 348.
34. Ibid., 352; Derfler, *Flowering of French Socialism*, 74-75.
35. MECW, volumen 48, 353.
36. Derfler, *Flowering of French Socialism*, 76.
37. MECW, volumen 48, 352.
38. Ibid., 589(n); Derfler, *Flowering of French Socialism*, 77.
39. MECW, volumen 48, 392.
40. REM, 187.
41. MECW, volumen 48, 257-258.

42. FE-PL, volumen II, 363.
43. MECW, volumen 48, 605(n), 607(n).
44. Ozment, *Mighty Fortress*, 222; Williamson, *Bismarck and Germany*, 62.
45. Williamson, *Bismarck and Germany*, 62-63; Ozment, *Mighty Fortress*, 222.
46. Ozment, *Mighty Fortress*, 222-223.
47. Williamson, *Bismarck and Germany*, 64.
48. MECW, volumen 48, 481.
49. FE-PL, volumen II, 374.
50. MECW, volumen 48, 493.
51. *People's Press*, Londres, 10 de mayo de 1890, 5.
52. MECW, volumen 48, 493-494.
53. *Ibid.*, 409.
54. *People's Press*, Londres, 10 de mayo de 1890, 7.
55. MECW, volumen 48, 494-495, 496-
56. MECW, volumen 49, 14-
57. MECW, volumen 48, 470.
58. MECW, volumen 49, 67.
59. MECW, volumen 48, 200.
60. *Ibid.*, 84.
61. Bernstein, *My Years of Exile*, 169.
62. *Ibid.*, 192-196.
63. *Ibid.*, 197.
64. MECW, volumen 49, 53.
65. *Ibid.* 65-66.
66. MECW, volumen 49, 67; Formi ev, "Helene Demuth Without Brethren", *Motherland*, 972.
67. MECW, volumen 49, 67.
68. *Ibid.*, 67.

Capítulo Cuarenta y nueve: Londres, 1891

1. MECW, volumen 49, 215
2. Mayer, *Friedrich Engels*, 196.
3. REM, 191.
4. Mayer, *Friedrich Engels*, 196.
5. MECW, volumen 49, 69-71.
6. Eleanor Marx Aveling a Laura Lafargue, 19 de diciembre de 1890, Moscú.
7. Tsuzuki, *Eleanor Marx*, 247.
8. MECW, volumen 49, 88.
9. MECW, volumen 47, 265.
10. MECW, volumen 48, 224-225, 235.
11. MECW, volumen 49, 68-69.
12. *Ibid.*, 72.
13. *Ibid.*, 71.
14. *Ibid.*, 87.
15. *Ibid.*, 73.
16. *Ibid.*, 82.
17. *Ibid.*, 76.
18. Eleanor Marx Aveling a Friedrich Engels, 14 de octubre de 1890, Moscú.

19. Eleanor Marx Aveling a Edward Aveling,, 16 de octubre de 1890, Moscú.
20. En Gran Bretaña, la lucha entre los socialistas era despiadada, y en Francia los dos principales partidos socialistas se asestaban zarpazos mutuamente para ampliar sus bases. Los denominados posibilistas –los socialistas más moderados con los que se había aliado Longuet– concentraban su poder en París. Pero el Partido de los Trabajadores de Lafargue tenía más seguidores en las provincias, habitualmente más conservadoras, donde la industrialización estaba avanzando y donde los trabajadores se encontraban en una situación más precaria. *Justice*, Londres, 21 de febrero de 1891, 1; MECW, volumen 49, 127.
21. Derfler, *Flowering of French Socialism*, 85, 87-88.
22. FE-PL, volumen III, 88.
23. Derfler, *Flowering of French Socialism*, 88.
24. *Ibid.*, 89.
25. Derfler, *Flowering of French Socialism*, 89-90; Macé, *Paul et Laura Lafargue*, 110-111.
26. Derfler, *Flowering of French Socialism*, 90.
27. *Ibid.*, 91.
28. FE-PL, volumen III, 79(n).
29. Derfler, *Flowering of French Socialism*, 91-92.
30. *Ibid.*, 93-94.
31. Macé, *Paul et Laura Lafargue*, 113; Derfler, *Flowering of French Socialism*, 94.
32. FE-PL, volumen III, 88.
33. Derfler, *Flowering of French Socialism*, 95.
34. FE-PL, volumen III, 106, 110-111.
35. *Ibid.*, 112-113.
36. MECW, volumen 49, 269; Derfler, *Flowering of French Socialism*, 98.
37. *Ibid.*, 288, 290.
38. FE-PL, volumen III, 127.
39. MECW, volumen 49, 293; FE-PL, volumen III, 131(n).
40. FE-PL, volumen III, 133.
41. *Ibid.*, 134-135.
42. *Ibid.*, 134(n).
43. FE-PL, volumen III, 13(n); MECW, volumen 49,301-302.
44. MECW, volumen 49, 305.
45. FE-PL, volumen III, 137.
46. *Ibid.*, 138, 144; MECW, volumen 49, 306-307.
47. FE-PL, volumen III, 146(n).
48. Derfler, *Flowering of French Socialism*, 104-106.
49. FE-PL, volumen III, 145-146, 148.
50. Derfler, *Flowering of French Socialism*, 105.
51. FE-PL, volumen III, 150-151.
52. *Ibid.*, 112-113.
53. *Ibid.*, 114.

Capítulo Cincuenta: Londres, 1892

1. Derfler, *Flowering of French Socialism*, 110.
2. Eleanor Marx Aveling a Laura Lafargue, 19 de diciembre de 1895, Moscú.
3. MECW, volumen 49, 225, 584(n).
4. Clayton, *Rise and Decline of Socialism*, 37; MECW, volumen 49, 237, 238; Ferdinand Gilles,

- “Is He the Son-in-Law of Karl Marx?”, Londres, 10 de noviembre de 1891.
5. MECW, volumen 49, 238.
 6. *Ibid.*, 584(n).
 7. Derfler, *Flowering of French Socialism*, 108.
 8. MECW, volumen 49, 621, 622(n); Derfler, *Flowering of French Socialism*, 110.
 9. MECW, volumen 49, 409.
 10. Cole & Postgate, *British Common People*, 434; MECW, volumen 49, 468; Clayton, *Rise and Decline of Socialism*, 61; Stewart, *J. Keir Hardie*, 6-7, 68.
 11. Adelman, *Rise of the Labour Party*, 17.
 12. *Ibid.*, 22.
 13. Cole & Postgate, *British Common People*, 435; Clayton, *Rise and Decline of Socialism*, 75.
 14. Clayton, *Rise and Decline of Socialism*, 72.
 15. MECW, volumen 49, 479.
 16. MECW, volumen 50, 154, 569(n).
 17. Adelman, *Rise of the Labour Party*, 19-20; MECW, volumen 50, 574(n).
 18. MECW, volumen 27, 404-405; Stepanova, *Frederick Engels*, 229.
 19. Derfler, *Flowering of French Socialism*, 143; FE-PL, Volumen III, 290; Gildea, *Third Republic*, 37.
 20. MECW, volumen 50, 10, 113.
 21. Derfler, *Flowering of French Socialism*, 140.
 22. Tsuzuki, *Eleanor Marx*, 233, 237.
 23. *Ibid.*, 239.
 24. MECW, volumen 49, 357-358, 359, y volume 46, xvii.
 25. MECW, volumen 49, 357-358.
 26. Meier, Perrot & Trebitsch (eds.), *Daughters*, 246.
 27. Eleanor Marx Aveling a Laura Lafargue, 26 de Julio de 1892, Moscú.
 28. Eleanor Marx Aveling a Laura Lafargue, 22 de marzo de 1894, Moscú.
 29. Meier, Perrot & Trebitsch (eds.), *Daughters*, 247, 248, 250; Eleanor Marx Aveling a Laura Lafargue, 22 de marzo de 1894, Moscú.
 30. Kapp, *Eleanor Marx, Volume II*, 560.
 31. Meier, Perrot & Trebitsch (eds.), *Daughters*, 248.
 32. MECW, volumen 50, 299.
 33. *Ibid.*, 308.
 34. *Ibid.*, 300.
 35. MECW, volume 37, 436.
 36. *Ibid.*, 541-542.
 37. *Ibid.*, 590.
 38. MECW, volumen 50, 386-387.
 39. Kapp, *Eleanor Marx, Volume II*, 566.
 40. La socialista alemana Clara Zetkin diría más tarde que la especulación entre los miembros del partido era que o bien Victor Adler, o bien Engels o Bebel era el padre del hijo de Louise, pero que lo más probable es que fuese Bebel. Terrell Carver, en su biografía de Engels, dijo que había tratado el embarazo de Pumps fuera del matrimonio de una manera similar, arreglando precipitadamente una boda con un contable llamado Percy Rosler. Formičev, “Helene Demuth Without Brethren”, 971-72; Carver, *Friedrich Engels*, 161.
 41. Kapp, *Eleanor Marx, Volume II*, 566-67.
 42. Eleanor Marx Aveling a Laura Lafargue, 5 de noviembre de 1894, Moscú.

43. Tsuzuki, *Eleanor Marx*, 252-253.
44. Eleanor Marx Aveling a Laura Lafargue, 5 de noviembre de 1894, Moscú.
45. Meier, Perrot & Trebitsch (eds.), *Daughters*, 258, 260.
46. MECW, volumen 50, 537.
47. *Ibid.*, 395, 424-25.
48. Meier, Perrot & Trebitsch (eds.), *Daughters*, 263; MECW, volumen 50, 425.
49. MECW, volumen 50, 364.

Capítulo Cincuenta y uno: Londres, 1895

1. REM, 65.
2. Halliday, *Great Filth*, 195; MECW, volumen 50, 441.
3. MECW, volumen 50, 477.
4. El verdadero nombre de Stepniak era Sergey Mikhaylovich Kravchinsky. Bernstein, *My Years of Exile*, 214; Hulse, *Revolutionists in London*, 8.
5. Stepniak murió en 1895 atropellado por un tren en Londres. Hulse, *Revolutionists in London*, 28, 30-31.
6. Bernstein, *My Years of Exile*, 219; MECW, volumen 50, 611(n); Georgy Plejanov, *Anarchism and Socialism*.
7. Offord, *Nineteenth-Century Russia*, 94.
8. *Ibid.*, 97.
9. MECW, volumen 50, 455.
10. MECW, volumen 49, 538.
11. Offord, *Nineteenth-Century Russia*, 99.
12. Longuet, *Karl Marx*, 239.
13. MECW, volumen 50, 507.
14. *Ibid.*, 395.
15. *Ibid.*, 526.
16. Cole & Postgate, *British Common People*, 436-37; Adelman, *Rise of the Labour Party*, 23.
17. MECW, volumen 50, 526.
18. *Ibid.*, 535.
19. Fomičev, “Helene Demuth Without Brethren”, 972.
20. *Ibid.*, 971.
21. Algunos estudiosos que niegan que Marx fuese el padre de Freddy disputan la veracidad de la confesión de Engels a Tussy en su lecho de muerte, en parte debido a que consideran que se trata de una escena demasiado “victoriana” para ser cierta, y porque los detalles de la misma se basan en un relato hecho por Louise Kautsky años más tarde. También cuestionan que Engels hubiese confiado una información tan importante a Louise. Independientemente de Louise Kautsky, Freddy Demuth contó la misma historia. Yo creo que es cierta en sus principales detalles, que el episodio es perfectamente coherente con las personalidades involucradas y que los acontecimientos subsiguientes indican que se produjo una revelación que cambió la vida de Tussy. Fomičev, “Helene Demuth Without Brethren”, 971; REM, 385; Blumenberg, *Illustrated*, 112.
22. Fomičev, “Helene Demuth Without Brethren”, 971.
23. Liebknecht dijo que aunque Engels tenía cáncer de garganta, de hecho murió de una apoplejía. REM, 148.
24. MECW, volumen 50, 612(n); Carver, *Friedrich Engels*, 253. (Ludwig Freyberger pidió a Tussy poco después de la muerte de Engels que retirase el sillón y la librería de Marx. Ludwig

- Freyberger a Eleanor Marx, 4 de octubre de 1895, IISG.)
25. MECW, volumen 50, 537-38, 541-42.
 26. Carver, *Friedrich Engels*, 253.
 27. Kapp, *Eleanor Marx, Volumen II*, 611.
 28. Fomičev, “Helene Demuth Without Brethren”, 972.
 29. Eleanor Marx Aveling a Karl Kautsky, 29 de setiembre de 1895, Moscú; Bernstein, *My Years of Exile*, 187, 191-92; Mayer, *Friedrich Engels*, 327; REM, 180. (Las incineraciones empezaron a hacerse en Inglaterra solo en 1885 y eran todavía raras en la década de 1890. Wilson, *Victorians*, 544.)
 30. REM, 59.
 31. *Justice*, Londres, 30 de julio de 1898, 2.
 32. Meier, Perrot & Trebitsch (eds.), *Daughters*, 285.
 33. Kapp, *Eleanor Marx, Volumen I*, 258.
 34. Última voluntad y testamento de Eleanor Marx Aveling, 16 de octubre de 1895, Londres, IISG; Codicilo, 28 de noviembre de 1896, IISG.
 35. Fomičev, “Helene Demuth Without Brethren”, 972.
 36. Frédérique Longuet-Marx, entrevista de la autora; Kapp, *Eleanor Marx, Volumen II*, 505(n).
 37. FE-PL, Volumen III, 26-27; MECW, volumen 49, 203.
 38. Eckert (ed.), *Wilhelm Liebknecht Briefwechsel*, 453.
 39. Jean Longuet a Friedrich Engels, 31 de diciembre de 1893, IISG.
 40. Eleanor Marx Aveling a Jean Longuet, 14 de julio de 1895, Moscú.
 41. Eleanor Marx Aveling a Karl Kautsky, 28 de febrero de 1896, Moscú.
 42. Eleanor Marx Aveling a Karl Kautsky, 28 de setiembre de 1897, Moscú.
 43. Tsuzuki, *Eleanor Marx*, 279-79.
 44. Thorne, *My Life's Battles*, 148.
 45. Kapp, *Eleanor Marx, Volumen II*, 632.
 46. *Ibid.*, 630.
 47. Eleanor Marx Aveling a Laura Lafargue, 24 de diciembre de 1896, Moscú.
 48. Kapp, *Eleanor Marx, Volumen II*, 631.
 49. Eleanor Marx Aveling a Karl Kautsky, 19 de julio de 1897, Moscú.
 50. Fomičev, “Helene Demuth Without Brethren”, 971-72.

Capítulo Cincuenta y dos: Londres, 1897

1. *Justice*, Londres, 30 de julio de 1898, 2.
2. Tsuzuki, *Eleanor Marx*, 296.
3. *Ibid.*, 299.
4. Eckert (ed.), *Wilhelm Liebknecht Briefwechsel*, 453; Tsuzuki, *Eleanor Marx*, 300.
5. Freddy Demuth y Eduard Bernstein publicaron las cartas que Tussy le envió a Freddy escritas en los meses previos a su muerte. *Justice*, Londres, 30 de julio de 1898, 2.
6. Eleanor Marx Aveling a Freddy Demuth, 30 de agosto de 1897, *Justice*, Londres, 30 de Julio de 1898, 2.
7. Eleanor Marx Aveling a Freddy Demuth, 1 de setiembre de 1897, *Justice*, Londres, 30 de Julio de 1898, 2.
8. Eleanor Marx Aveling a Freddy Demuth, 30 de agosto de 1897, *Justice*, Londres, 30 de Julio de 1898, 2.
9. Eleanor Marx Aveling a Freddy Demuth, 2 de setiembre de 1897, *Justice*, Londres, 30 de Julio de 1898, 2. (Algunos biógrafos han sugerido que el secreto que Aveling amenazaba con reve-

- lar era el hecho de que él y Tussy no estaban casados. Pero esto es muy improbable porque ella admitía sin reparos su estatus matrimonial a cualquiera que se lo preguntase, como queda claro en sus cartas tan pronto como empezó a utilizar el nombre de Aveling.)
10. Tsuzuki, *Eleanor Marx*, 305.
 11. *Ibid.*, 306.
 12. Collison, *Apostle of Free Labour*, 81-83.
 13. Tsuzuki, *Eleanor Marx*, 306.
 14. Collison, *Apostle of Free Labour*, 84; Tsuzuki, *Eleanor Marx*, 303.
 15. Tsuzuki, *Eleanor Marx*, 307.
 16. Meier, Perrot & Trebitsch (eds.), *Daughters*, 299; Tsuzuki, *Eleanor Marx*, 310.
 17. Tsuzuki, *Eleanor Marx*, 308-9.
 18. Eleanor Marx Aveling a Freddy Demuth, 18 de enero de 1898, *Justice*, Londres, 30 de julio de 1898, 2.
 19. Eleanor Marx Aveling a Natalie Liebknecht, 1 de febrero de 1898, Moscú.
 20. Tsuzuki, *Eleanor Marx*, 297.
 21. Eleanor Marx Aveling a Edith (sin apellido), 29 de [mes ilegible] 1898, Moscú.
 22. Eleanor Marx Aveling a Freddy Demuth, 3 de febrero de 1898, *Justice*, Londres, 30 de julio de 1898, 2.
 23. Eleanor Marx Aveling a Freddy Demuth, 5 de febrero de 1898, *Justice*, Londres, 30 de julio de 1898, 2.
 24. Eleanor Marx Aveling a Freddy Demuth, 7 de febrero de 1898, *Justice*, Londres, 30 de julio de 1898, 2.
 25. Eleanor Marx Aveling a Jean Longuet, 9 de febrero de 1898, Moscú.
 26. Eckert (ed.) *Wilhelm Liebknecht Briefwechsel*, 463.
 27. Eleanor Marx Aveling a Karl Kautsky, 15 de marzo de 1898, Moscú.
 28. Eleanor Marx Aveling a Freddy Demuth, 1 de marzo de 1898, *Justice*, Londres, 30 de julio de 1898, 3.
 29. Tsuzuki, *Eleanor Marx*, 316.
 30. El compañero socialista Robert Banner declaró que había visto la carta y que describía muy negativamente “a una cierta persona”, indudablemente Aveling. *Justice*, Londres, 30 de julio de 1898, 3.
 31. El periódico local, *The Sydenham Examiner*, publicó una transcripción completa de la investigación del juez de instrucción sobre la muerte de Tussy. *Sydenham Examiner*, Londres, 8 de abril de 1898, 5.
 32. Tsuzuki, *Eleanor Marx*, 318-19.
 33. Kapp, *Eleanor Marx, Volume II*, 697.
 34. *Sydenham Examiner*, Londres, 8 de abril de 1898, 5.
 35. Tsuzuki, *Eleanor Marx*, 319; *Justice*, Londres, 30 de julio de 1893, 3.
 36. *Justice*, Londres, 30 de julio de 1893, 3.
 37. *Ibid.*; Bernstein, *My Years of Exile*, 163; Tsuzuki, *Eleanor Marx*, 319.
 38. Meier, Perrot & Trebitsch (eds.), *Daughters*, 311.
 39. Macé, *Paul et Laura Lafargue*, 149; *Justice*, Londres, 9 de abril de 1898, 2.
 40. *Justice*, Londres, 9 de abril de 1898, 2. (Las cenizas de Tussy fueron reclamadas por Aveling y guardadas en la sede de la Federación Socialdemócrata. Más tarde fueron transferidas al Urn Park de Gran Bretaña hasta 1921, año en que la policía hizo una batida en el lugar. Finalmente fueron entregadas a la Marx Memorial Library de Londres. En 1975, la urna con las cenizas de Tussy fue enterrada en la tumba familiar del cementerio de Highgate. Tsuzuki, *Eleanor Marx*, 337.)

41. Tsuzuki, *Eleanor Marx*, 321.
42. *Justice*, Londres, 9 de abril de 1898, 2; Bernstein, *My Years of Exile*, 210.
43. *Sydenham Examiner*, Londres, 8 de abril de 1898, 5.
44. Bebel dijo que era obvio por la estrecha relación de Tussy con Freddy que ella quería tenerlo en cuenta en su testamento y que así lo manifestó por carta a Crosse, pero que Aveling destruyó la carta. Formičev, “Helene Demuth Without Brethren”, 971.
45. Tsuzuki, *Eleanor Marx*, 321; *Justice*, Londres, 30 de julio de 1898, 2.
46. *Justice*, Londres, 30 de julio de 1898, 2.
47. Copia autenticada del Testamento y Última Voluntad de Eleanor Marx Aveling, 16 de abril de 1898, Londres, IISG; Tsuzuki, *Eleanor Marx*, 324.
48. *Justice*, Londres, 30 de julio de 1898, 2; Meier, Perrot & Trebitsch (eds.), *Daughters*, 311, 312.
49. *Justice*, Londres, 30 de julio de 1898, 2.
50. Karl Marx (Eleanor Marx Marx Aveling, ed.), *Value, Price and Profit*, introduction.
51. Tsuzuki, *Eleanor Marx*, 325.
52. Última Voluntad y Testamento de Edward Aveling, 21 de julio de 1898, Londres, IISG; Copia autenticada del testamento de Aveling, 17 de agosto de 1898, IISG.
53. Tsuzuki, *Eleanor Marx*, 325.

Capítulo Cincuenta y tres: Draveil, Francia, 1910

1. Whitridge, *Men in Crisis*, 331.
2. Macé, *Paul et Laura Lafargue*, 172; Derfler, *Flowering of French Socialism*, 277.
3. Derfler, *Flowering of French Socialism*, 222.
4. *Ibid.*, 225.
5. *Ibid.*, 278
6. Macé, *Paul et Laura Lafargue*, 172-173.
7. *Ibid.*, 194.
8. MECW, volumen 50, 567(n).
9. *Ibid.*, 216.
10. FE-PL, volumen III, 304-305.
11. MECW, volumen 47, 333.
12. FE-PL, volumen III, 304-305.
13. Derfler, *Flowering of French Socialism*, 158.
14. *Ibid.*, 270-271.
15. *Ibid.*, 158.
16. Longuet, *Karl Marx*, 243.
17. Clemenceau escribió un obituario a Longuet después de su muerte en París el 6 de agosto de 1903. Longuet tenía sesenta y cuatro años. *L'Action Régionaliste*, París, sin fecha, 235-239.
18. Frédérique Longuet-Marx, entrevista con la autora.
19. Macé, *Paul et Laura Lafargue*, 160.
20. Derfler, *Flowering of French Socialism*, 288; Macé, *Paul et Laura Lafargue*, 8, 179.
21. Después de la muerte de los Lafargue la familia cambió la descripción del estado de Laura al ser descubierto su cadáver, afirmando que Doucet la había encontrado sentada en su vestidor, muerta. Pero Macé sostiene que el primer testimonio del descubrimiento del cadáver dijo que estaba tendida en el suelo. Macé, *Paul et Laura Lafargue*, 7-9.
22. *Ibid.*, 9-10.
23. *Ibid.*, 11-12.

24. Derfler, *Flowering of French Socialism*, 290; *Plutarch's Lives, Volume II*, 316.
25. Macé, *Paul et Laura Lafargue*, 9.
26. *Ibid.*, 178.
27. Derfler, *Flowering of French Socialism*, 295.
28. Freddy Demuth a Jean Longuet, 29 de noviembre de 1911, Moscú.
29. Fomi ev, "Helene Demuth Without Brethren", 972. (Los biógrafos de Marx que discuten que Marx fuese el padre de Freddy sostienen que Freddy escribió esta carta a Jean con la intención de pedirle dinero. Pero esto es improbable, porque Freddy pensaba que no iba a sobrevivir a la operación, por lo que no tenía necesidad de dinero. La biógrafa de Tussy, Yvonne Kapp, sin embargo, señala que en su propio testamento años más tarde, Freddy legó más de 1.971 libras a su "hijo". Es posible que algún miembro de la familia Marx-Longuet se asegurase de que Freddy recibía una parte del dinero de los derechos de Marx, porque es casi imposible que Freddy hubiera podido ahorrar esa cantidad con su salario. Kapp, *Eleanor Marx*, volumen 1, 294.)
30. Macé, *Paul et Laura Lafargue*, 183.
31. *Ibid.*, 185; Louis Aragon, *The Bells of Basel*, 247.
32. Macé, *Paul et Laura Lafargue*, 184.
33. Derfler, *Flowering of French Socialism*, 300; Aragon, *Bells of Basel*, 248.
34. Macé, *Paul et Laura Lafargue*, 188.
35. Lenin, *Collected Works, Volume 17*, 304-305.

Bibliografía

Bibliotecas de investigación

British Library, Londres. *Documentos de George Bernard Shaw, Documentos de Havelock Ellis.*

British Newspaper Library, Londres.

Freie und Hansestadt Hamburg Kulturbehörde Staatsarchiv (Archivos estatales de la Ciudad Libre y Hanseática de Hamburgo), Hamburgo, Alemania. *Colección Hugo Friedrich Beneke.*

Friedrich-Ebert-Stiftung Museum/Studienzentrum, Karl-Marx-Haus, Tréveris, Alemania.

Gosudarstvennaia Obshchestvenno-Politicheskaiia Biblioteka, Moscú.

Internationaal Instituut voor Sociale Geschiedenis, Amsterdam. *Documentos de Marx/Engels, Documentos de Eleanor Marx Aveling, Documentos de Jenny Marx, Documentos de Laura Lafargue, Documentos de Paul Lafargue, Documentos de Jenny Longuet, Documentos de Charles Longuet, y los documentos relacionados con la familia Marx.*

Landeshauptarchiv Sachsen-Anhalt Abteilung Dessau, Dessau, Alemania.

Library of Congress, Washington, DC.

Marx Memorial Library, Londres.

Rossiiskii gosudarstvennyi arkhiv sotsial'no-politicheskoi istorii, Moscú. *Documentos de Marx/Engels, Documentos de Jenny Marx, Documentos de Eleanor Marx Aveling, Documentos de Laura Marx Lafargue, Documentos de Paul Lafargue, Documentos de Charles Longuet, Documentos de Jenny Marx Longuet, y los documentos relacionados con la familia Marx.*

Obras escogidas

Karl Marx & Frederick Engels. *Collected Works, Volumes 1-50*, Moscú, Londres, Nueva York: Progress Publishers, International Publishers Co Inc., and Lawrence & Wishart. La serie en lengua inglesa empezó a publicarse con el volumen 1 en 1975 y terminó con el volumen 50 en 2004. Incluye todos los textos publicados de Marx y Engels, entre ellos los tres primeros volúmenes del *Capital*, el *Manifiesto Comunista*, *El dieciocho Brumario de Luis Bonaparte*, *La Guerra Civil en Francia*, *Socialismo utópico y socialismo científico*. También incluye trece volúmenes de correspondencia entre ellos dos, sus asociados y sus familiares.

Karl Marx & Friedrich Engels. *Historisch-kritische Gesamtausgabe. Werke, Schriftene, Briefe* (conocido como MEGA), Frankfurt, Berlín, Moscú. La publicación de esta colección de escritos de Marx y Engels empezó en 1927 en Moscú bajo la dirección del fundador del Instituto Marx-Engels, David Ryazanov. MEGA es un proyecto en curso en el que participan expertos internacionales y que publica Akademie Verlag en Berlín. Hasta el 2008 se habían publicado 55 volúmenes. Una vez publicados los 114 volúmenes proyectados, MEGA contendrá toda la obra y la correspondencia de Marx y Engels.

Periódicos

The Chicago Tribune
The Coming Nation, Greensburg, Indiana
The Daily Chronicle, Londres
The Daily Telegraph, Londres
The Eastern Post, Londres
The Evening Standard, Londres
The Guardian, Londres
Justice, Londres
The National Reformer, Londres
The New York Daily Tribune
The New York Herald
The New York World
Pall Mall Gazette, Londres
People's Press, Londres
Public Opinion, Londres
The Standard, Londres
The Sydenham Examiner, Londres
The Times, Londres

Libros y revistas

- Ackroyd, Peter. *London: The Biography*. Londres: Vintage, 2001.
- Adelman, Paul, *Gladstone, Disraeli and Later Victorian Politics*. Essex, UK: Longman Group, 1983.
- . *The Rise of the Labour Party, 1880-1945*. Londres y Nueva York: Longman Group, 1986.
- “Aleph” (seudónimo de William Harvey). *London Scenes and London People*. Londres: W. H. Collingridge, City Press, 1863.
- Amann, Peter, “The Changing Outlines of 1848”, *American Historical Review*, 68, nº 4 (Julio de 1963): 938-953.
- . “A Journée in the Making: May 15, 1848”. *Journal of Modern History* 42, nº 1 (marzo de 1970): 42-70.
- Andreas, Bert (ed.) *Briefe und dokumente de Familie Marx aus der Jahren 1862-1873*, Hannover: Archiv für Sozialgeschichte, 2 Band, 1962.
- Annenkov, Pavel. *The Extraordinary Decade: Literary Memoirs*. Ann Arbor: University of Michigan Press, 1968.
- Aragon, Louis. *The Bells of Basel*, Nueva York: Harcourt, Brace, 1936.
- Aveling, Edward. *The Student's Marx*. Londres: Swan Sonnenschein, 1892.
- Aveling, Edward & Eleanor Marx Aveling. *Shelley's Socialism*. Londres y West Nyack, NY: Journeyman Press, 1975.
- . *The Woman Question*. Londres: Swan Sonnenschein, Le Bas & Lowrey, 1886.
- . *The Working Class Movement in America*. Londres: Swan Sonnenschein, Lowrey, 1888.
- Avineri, Shlomo, *Moses Hess: Prophet of Communism and Zionism*. Nueva York y Londres: New York University Press, 1985.
- Bakunin, Michael, *Marxism, Freedom & the State*. Londres: Freedom Press, 1998.
- Balzac, Honoré de. *Lost Illusions*. Londres. Penguin, 1971.
- . *Old Goriot*. Londres: Penguin, 2006.
- . *The Unknown Masterpiece*. Nueva York: New York Review Books, 2001.

- Baughman, John J. "The French Banquet Campaign of 1847-48". *Journal of Modern History* 31, n° 1 (marzo de 1959): 1-15.
- Bax, Ernest Belfort, *Reminiscences and Reflections of a Mid and Late Victorian*. Nueva York: Augustus M. Kelley, 1967.
- Berlin, Isaiah, *Karl Marx: His Life and Environment*. Nueva York y Oxford: Oxford University Press, 1996.
- . *Political Ideas in the Romantic Age*. Princeton, NJ. y Oxford: Princeton University Press, 2008.
- . *The Roots of Romanticism*. Princeton, NJ: Princeton University Press, 2001.
- Bernstein, Eduard. *My Years of Exile: Reminiscences of a Socialist*. Londres: Leonard Parsons, 1921.
- Besant, Annie. *Annie Besant: An Autobiography*. Londres: T. Fischer Unwin, ca. 1893.
- Best, Geoffrey. *Mid-Victorian Britain 1851-75*. Londres: Fontana Press, HarperCollins, 1985.
- Black, Clementina. *An Agitator*. Nueva York: Harper & Brothers, 1895.
- Blumenberg, Werner. *Karl Marx: An Illustrated History*. Londres y Nueva York: Verso, 1998.
- Bottigelli, Emile (ed.). *Lettres et documents de Karl Marx*. Milán: Annali, Istituto Giangiacomo Feltrinelli, 1958.
- Breuilly, John. *Austria, Prussia and Germany, 1806-1871*. Londres y Nueva York: Longman, 2002.
- . (ed.) *19th-Century Germany: Politics, Culture and Society, 1780-1918*. Londres: Edward Arnold, 2001.
- Briggs, Asa & John Callow. *Marx in London*. Londres: Lawrence and Wishart, 2008.
- Brophy, James M. *Popular Culture and the Public Sphere in the Rhineland, 1800-1850*. Cambridge: Cambridge University Press, 2007.
- Buchanan-Gould, Vera. *Not Without Honor: The Life and Writings of Olive Schreiner*. Londres: Gould Hutchinson, 1949.
- Burn, W.L. *The Age of Equipoise*. Nueva York: Norton, 1965.
- Carr, E.H. *Michael Bakunin*. Londres: Macmillan, 1937.
- Carver, Terrell. *Engels: A Very Short Introduction*. Oxford: Oxford University Press, 1981.
- . *Friedrich Engels: His Life and Thought*. Nueva York: St. Martin's, 1990.
- Caygill, Marjorie. *The British Museum Reading Room*. Londres: Trustees of the British Museum, 2000.
- Chancellor, E. Beresford. *The West End of Yesterday & Today*. Londres: Architectural Press, 1926.
- Chernaik, Judith. *The Daughter: A Novel Based on the Life of Eleanor Marx*. Nueva York: Harper & Row, 1979.
- Clark, T.J. *The Absolute Bourgeois: Artists and Politics in France 1848-1851*. Berkeley y Los Angeles: University of California Press, 1973.
- Clayton, Joseph. *The Rise and Decline of Socialism in Great Britain, 1884-1924*. Londres: Faber & Gwyer, 1926.
- Clough, Arthur Hugh (ed.). *Plutarch's Lives*, vol. 2. Nueva York: Modern Library, 2001.
- Cole, G.D.H. & Raymond Postgate. *The British Common People 1746-1946*. Londres: University Paperbacks, Methuen, 1961.
- Collison, William. *The Apostle of Free Labour: The Life Story of William Collison*. Londres: Hurst and Blackett, Paternoster House, 1913.
- Cowen, Anne & Roger Cowen. *Victorian Jews Through British Eyes*. Oxford: The Littman Library, Oxford University Press, 1986.

- Davies, Norman. *Europe: A History*. Londres: Pimlico, Random House, 1997.
- Derfler, Leslie. *Paul Lafargue and the Flowering of French Socialism, 1882-1911*. Cambridge, MA, y Londres: Harvard University Press, 1998.
- . *Paul Lafargue and the Founding of French Marxism, 1842-1882*. Cambridge, MA y Londres: Harvard University Press, 1991.
- Donelson, Andrew Jackson. "The American Minister in Berlin on the Revolution of March, 1848". *American Historical Review* 23 (octubre de 1917-julio de 1918): 355-371.
- Dornemann, Louise. *Jenny Marx: Der Lebensweg einer Sozialistin*. Berlín: Dietz, 1971.
- Draper, Hal. *Karl Marx's Theory of Revolution. Vol. I. State and Bureaucracy*. Nueva York y Londres: Monthly Review Press, 1977.
- Draper, Hal & E. Haberkern. *Karl Marx's Theory of Revolution. Vol. 5. War & Revolution*. AlamEDA, ca: Center for Socialist History, 2005.
- Draznin, Yaffa Claire (ed.) *My Other Self: The Letters of Olive Schreiner and Havelock Ellis, 1884-1920*. Nueva York: Peter Lang, 1992.
- Eckert, George (ed.) *Wilhelm Liebknecht Briefwechsel mit Karl Marx und Friedrich Engels*. La Haya: Monitor, 1963.
- Ellis, Havelock. "Havelock Ellis on Eleanor Marx". *Adelphi*, Londres: setiembre/octubre de 1935.
- . *My Life: Autobiography of Havelock Ellis*. Boston: Houghton Mifflin, 1939.
- Engels, Friedrich, *The Condition of the Working Class in England*. Oxford: Oxford University Press, 1999.
- . *The Fourteenth of March 1883: Friedrich Engels on the Death of Karl Marx*. Londres: Martin Lawrence, 1933.
- Engels, Friedrich, Paul Lafargue & Laura Lafargue. *Correspondence*. 3 vols. Moscú: Foreign Language Publishing House, 1959-1960.
- Evans, R.J.W. & Hartmut Pogge von Strandmann (eds.) *The Revolutions in Europe 1848-49: From Reforms to Reaction*. Oxford: Oxford University Press, 2002.
- Fejtő, François (ed.) *The Opening of an Era: 1848*. Nueva York: University Library, Grosset & Dunlap, 1973.
- Flanders, Judith. *The Victorian House*. London: HarperPerennial, 2003.
- Flaubert, Gustave. *Madame Bovary: Provincial Manners*, trad. Eleanor Marx Aveling. Londres: Vizetelly, 1886.
- Flourens, Gustave. *Ce qui est possible*. París: Garnier Frères, 1864.
- Fomičev, Valerij. "Helene Demuth Without Brethren". *Motherland*. Moscú: 9 de agosto de 1992, 970-72.
- Frow, Edmund & Ruth Frow, *Frederik Engels in Manchester*. Manchester: Working Class Movement Library, 1995.
- Gildea, Robert. *The Third Republic from 1870-1914*. Londres y Nueva York: Longman Group, 1988.
- Gilman, S. L. "Karl Marx and the Secret Language of Jews". Vol. 5, *Marx's Life and Theoretical Development*. Londres: Routledge, 1999.
- Giroud, Françoise. *Jenny Marx ou la femme du diable*. París: Robert Laffont, 1992.
- Glazier, J. Bruce. *William Morris and the Early Days of the Socialist Movement*. Londres: Thoemmes Press, 1994.
- Goethe, Johann Wolfgang von. *The Sorrows of Young Werther*. Nueva York: Modern Library, 2005.
- Halliday, Stephen. *The Great Filth: The War Against Disease in Victorian England*. Stroud, UK: Sutton, 2007.

- Hamerow, Theodore S. *Restoration, Revolution, Reaction: Economics and Politics in Germany, 1815-1871*. Princeton, NJ: Princeton University Press, 1972.
- Hammen, Oscar J. *The Red 48ers: Karl Marx and Friedrich Engels*. Nueva York: Charles Scribner's Sons, 1969.
- Healey, Edna. *Wives of Fame: Mary Livingstone, Jenny Marx, Emma Darwin*. Londres: Sidgwick & Jackson, 1986.
- Hobsbawm, Eric. *The Age of Capital, 1848-1875*. Londres: Abacus, 2004.
- . *The Age of Revolution, 1789-1848*. Londres: Abacus, 2005.
- . *Revolutionaries*. Londres: Abacus, 2007.
- Hoffman, Leni (ed.) *Mohr und General: Erinnerungen and Marx und Engels*. Berlín: Dietz, 1983.
- Horn, Pamela. *Pleasures & Pastimes in Victorian Britain*. Stroud, K: Sutton Publishing, 1999.
- Horne, Alistair. *The Terrible Years: The Paris Commune, 1871*. Londres: Phoenix, 2004.
- Hudson, Derek. *Munby, Man of Two Worlds: The Life and Diaries of Arthur J. Munby, 1828-1920*. Boston: Gambit, 1972.
- Hulse, James, W. *Revolutionists in London: A Study of Five Unorthodox Socialists*. Oxford: Oxford University Press, 1970.
- Hunt, Tristram. *The Frock-Coated Communist: The Revolutionary Life of Friedrich Engels*. Londres: Allen Lane, Penguin, 2009.
- Jenkins, Mick. *Frederick Engels in Manchester*. Manchester: Lancashire and Cheshire Communist Party, 1951.
- Jones, Peter. *The 1848 Revolutions*. Londres y Nueva York: Longman Group, 1992.
- Kapp, Yvonne. *Eleanor Marx*. Vol. I. Nueva York: Pantheon, 1972.
- . *Eleanor Marx*. Vol. 2. Nueva York: Pantheon, 1976.
- Kenafick, K. J. *Michael Bakunin and Karl Marx*. Melbourne, Australia: A. Maller, Excelsior, 1948.
- Kisch, Egon Erwin. *Karl Marx in Karlsbad*. Berlín: Aufbau, 1953.
- Kolakowski, Leszek. *Main Currents of Marxism*. Vol. 1, *The Founders*. Oxford: Oxford University Press, 1978.
- Krosigk, Lutz Graf Schwerin von. *Jenny Marx: Liebe und Lei dim Schattenvon Karl Marx*. Wuppertal: Verlag Fr. Staats, 1975.
- Lafargue, Paul. *Karl Marx*. Nueva York: Labor News, 1947.
- . *The Right to Be Lazy*. Chicago: Charles H. Kerr, 1989.
- Lanjalley, Paul & Paul Corriez. *Histoire de la Révolution du 18 Mars*. Boston: Adamant Media, 2006.
- Laurence, A.D. & A.N. Isole. *Prometheus Bounds: Karl Marx on the Isle of Wight*. Isle of Wight, UK: Crossprint, 1981.
- Lea, F.A. *Shelley and the Romantic Revolution*. Londres: Routledge, 1945.
- Lenin, Vladimir: *Collected Works*, vol. 17. Moscú: Progress Publishers, 1974.
- Liebknecht, Wilhelm. *Karl Marx: Biographical Memoirs*. Londres: Journeyman Press, 1975.
- Lissagaray, Prosper. *History of the Commune of 1871*. Trad. de Eleanor Marx Aveling. Londres: Reeves & Turner, 1886.
- Longuet, Robert-Jean. *Karl Marx: Mon Arrière-Grand-Père* París: Editions Stock, 1977.
- Macdonnell, John. "Karl Marx and German Socialism". *Fortknighly Review*, Londres, 1 de marzo de 1875.
- Macé, Jacques. *Paul et Laura Lafargue: Du droit à la paresse au droit de choisir sa mort*. París: LHarmattan, 2001.

- Maenchen-Helfen, J. Otto & B.I. Nicolaievsky, *Karl Und Jenny Marx: Ein Lebensweg*. Berlín: Verlag der Bücherkreis, 1933.
- Marx, Karl. *Value, Price and Profit*. Eleanor Marx Aveling (ed.) Londres: Swan Sonnenschein, 1898.
- Marx, Karl & Friedrich Engels. *The Cologne Communist Trial*. Nueva York: International Publishers, Lawrence & Wishart, 1971.
- . *Letters to Americans, 1848-1895*. Nueva York: International Publishers, 1953.
- Marx, Karl, Jenny Marx & Friedrich Engels. *Lettres à Kugelmann*. París: Editions Sociales, 1971.
- Mayer, Gustav. *Friedrich Engels. A Biography*. Nueva York: Alfred A. Knopf, 1936.
- . “Letters of Karl Marx to Karl Blind”. *International Review for Social History* 4 (1939): 154-155.
- . “Neue Beiträge zur Biographie von Karl Marx”. *Archiv für Geschichte des Sozialismus* 10 (1922): 54-66.
- Mayhew, Henry. *London Labour and the London Poor*. Londres: Penguin, 1985.
- McLellan, David. *Karl Marx: A Biography*. Nueva York: Palgrave Macmillan, 2006.
- . (ed.) *Karl Marx: Interviews & Recollections*. Londres: Macmillan, 1981.
- Mehring, Franz. *Karl Marx: The Story of His Life*. Ann Arbor: University of Michigan Press, 1962.
- Meier, Olga, Michèle Parro & Michael Trebitsch (eds.) *The Daughters of Karl Marx: Family Correspondence 1866-1898*. Nueva York y Londres: Harcourt Brace Jovanovich, 1982.
- Miliband, Ralph & John Saville (eds.) *The Socialist Register*, Londres: Merlin Press, 1976.
- Morgan, Kenneth. *The Birth of Industrial Britain: Social Change 1750-1850*. Harlow, UK: Pearson Longman, 2004.
- Morris, May. *William Morris: Artist, Writer, Socialist*. Vol. 2. Oxford, UK: Basil Blackwell, 1936.
- Morton, Grenfell. *Home Rule and the Irish Question*. Essex, UK: Longman Group, 1980.
- Murger, Henry. *Bohemians of the Latin Quarter*. Charleston, SC: BiblioBazaar, 2007.
- Nicolaievsky, Boris. “Toward a History of the Communist League, 1847-1852”. *International Review of Social History*, vol. 1, pt. 2, 1956.
- Nicolaievsky, Boris & Otto Maenchen-Helfen. *Karl Marx: Man and Fighter*. Philadelphia y Londres: J.B. Lippincott, 1936.
- O’Boyle, Lenore. “The Democratic Left in Germany, 1848”. *Journal of Modern History* 33, n° 4 (1961): 379-380.
- . “The Problem of an Excess of Educated Men in Western Europe, 1800-1850”. *Journal of Modern History* 42, n° 4 (diciembre de 1970): 476-77.
- O’Donovan Rossa, Jeremiah. *My Years in English Jails: The Brutal Facts*. Tralee, Irlanda: Anvil Books, 1967.
- Offord, Derek. *Nineteenth-Century Russia: Opposition to Autocracy*. Essex, UK: Longman, 1999.
- Olsen, Donald J. *The Growth of Victorian London*. Londres: Peregrine Books, 1979.
- Omura, Izumi, Valerij Fomi ev, Rold Hecker y Shun-ichi Kubo (eds.) *Familie Marx privat: Die Foto- und Fragebogen-Alben von Marx’ Töchtern Laura und Jenny*. Berlín: Akademie, 2005.
- O’Neill, Gilda. *The Good Old Days: Poverty, Crime and Terror in Victorian London*. Londres: Penguin, 2007.
- Ozment, Steven. *A Mighty Fortress: A New History of the German People*. Londres: Granta, 2006.
- Padover, Saul K. *Karl Marx: An Intimate Biography*. Nueva York: New American library, 1980.

- Pawel, Ernst. *The Poet Dying: Heinrich Heine's Last Years in Paris*. Nueva York: Farrar, Strauss & Giroux, 1995.
- Payne, Howard & Henry Grosshans. "The Exiled Revolutionaries and the French Political Police in the 1850s". *American Historical Review* 68, n° 4 (Julio de 1963): 945-973.
- Payne, Robert. *Marx: A Biography*. Nueva York: Simon & Schuster, 1968.
- . (ed.) *The Unknown Karl Marx*. Nueva York: New York University Press, 1971.
- Peters, H.F. *Red Jenny: A Life with Karl Marx*. Nueva York: St. Martin's, 1986.
- Pike, E. Royston. *"Hard Times": Human Documents of the Industrial Revolution*. Nueva York y Washington: Frederick A. Praeger, 1966.
- Plekhanov, Georgy. *Anarchism and Socialism*. Londres: Twentieth Century Press, 1906.
- Pool, Daniel. *What Jane Austen Ate and Charles Dickens Knew: From Fox Hunting to Whist_The Facts of Daily Life in Nineteenth-Century England*. Nueva York: Simon & Schuster, 1993.
- Porter, Bernard. *The Refugee Question in Mid-Victorian Politics*. Cambridge, Londres y Nueva York: Cambridge University Press, 1979.
- Preston, William C. *The Bitter Cry of Outcast London*. Bath, UK: Cedric Chivers, 1969.
- Prolès, Charles. *Les homes de la revolution de 1871: Gustave Flourens, Insurrection Crétois, 1867-1868, Siège de Paris 1870-1871*. París: Chamuel, 1898.
- Raddatz, Fritz J. *Karl Marx: A Political Biography*. Boston y Toronto: Little, Brown, 1978.
- Reetz, Jürgen (ed.) *Vier Briefe von jenny Marx aus den Jahren, 1856-1860*. Tréveris, Alemania: Karl-Marx-Haus, 1970.
- Reminiscences of Marx and Engels*. Moscú: Foreign Language Publishing House, 1970.
- Rive, Michael (ed.) *Olive Schreiner Letters*. Vol. 1. 1871-1899. Oxford: Oxford University Press, 1988.
- Roberts, J.M. *A History of Europe*. Nueva York: Penguin, 1997.
- Robertson, Priscilla. "Students on the Barricades: Germany and Austria, 1848". *Political Science Quarterly* 84, n° 2 (junio de 1969): 375-376.
- Rose, Paul. *The Manchester Martyrs: The Story of a Fenian Tragedy*. Londres: Lawrence & Wishart, 1970.
- Royle, Edward. *Radical politics, 1790-1900: Religion and Unbelief*. Londres: Longman Group, 1971.
- Salt, Henry S. *Company I have Kept*. Londres: George Allen & Unwin, 1930.
- Schiller, Friedrich von. *The Robbers*. Londres: Dodo Press, sin fecha; publicado por vez primera en 1871.
- Schröder, Wolfgang (ed.) *Sie können sich denken, wie mir oft zu Muthe war: Jenny Marx in Briefen an eine vertraute Freundin*. Leipzig: Verlag für die Frau, 1989.
- Schurz, Carl. *The Reminiscences of Carl Schurz*. Vol. 1, 1829-1852. Boston: Adamant Media, 2006.
- Seigel, Jerrold. *Marx's Fate: The Shape of a Life*. University Park: Penn Sylvania State University Press, 1993.
- Shakespeare, William. *King Lear*. Londres: Penguin, 2005.
- . *Richard III*. Londres: Penguin, 2005.
- Shaw, George Bernard. *The Doctor's Dilemma*. Teddington, UK: Echo Library, 2006.
- Sheasby, Walt Contreras. "Marx at Karlsbad". *Capitalism Nature Socialism*, 12, n° 3 (setiembre de 2001).
- Shelley, Percy Bysshe. *The Daemon of the World and Peter Bell the Third*. Londres: Dodo Press, sin fecha.
- . *The Mask of Anarchy*. Londres: Reeves and Turner, 1887; Nueva York: AMS Press, 1975.

- . *Prometheus Unbound*. Los Ángeles: Black Box Press, 2007.
- Sheppard, Francis. *Londres 1808-1870: The Infernal Wen*. Berkeley y Los Ángeles: University of California Press, 1971.
- Smethurst, John, Edmund Frow & Ruth Frow. "Frederick Engels and the English Working Class Movement in Manchester, 1842-1844". *Marxism Today*, noviembre de 1970, 340-341.
- Smith, Warren Sylvester. *The London Heretics, 1870-1914*. Londres: Constable, 1967.
- Smith, W. H. C. *Second Empire and Commune: France 1848-1871*. Londres y Nueva York: Longman Group, 1985.
- Somerhausen, Luc. *L'Humanisme Agissant de Karl Marx*. París: Richard Masse, 1946.
- Sperber, Jonathan (ed.) *Germany 1800-1870*. Oxford: Oxford University Press, 2004.
- Staël, Germaine de. *Delphine*. De Kalb: Northern Illinois University Press, 1995.
- Stearns, Peter. *1848: The Revolutionary Tide in Europe*. Nueva York: Norton, 1974.
- Stepanova, Yelena. *Frederick Engels*. Moscú: Foreign Language Publishing House, 1958.
- Stewart, William. J. *Keir Hardie: A Biography*. Londres: Independent Labour Part, 1921.
- Taylor, A. J-P- *The Struggle for Mastery of Europe, 1848-1918*. Oxford: Oxford University Press, 1971.
- Thomas, Edith. *The Women Incewndiaris*. Chicago: Haymarket Books, 2007.
- Thompson, E.P. *The Making of the English Working Class*. Nueva York: Vintage, 1966.
- Thompson, David. *Democracy in France Since 1870*. Londres, Oxford y Nueva York: Oxford University Press, 1969.
- Thorne, Will. *My Life's Battles*. Londres: George Newens, 1925.
- Tocqueville, Alexis de, *The Recollections of Alexis de Tocqueville*. Nueva York: Meridian Books, 1959.
- Tzusuki, Chushichi. *The Life of Eleanor Marx, 1855-1898: A Socialist Tragedy*. Oxford: Clarendon Press, 1967.
- Washburne, E.B. *Recollections of a Minister to France, Part I*. Nueva York: Charles Scribner's Sons, 1887.
- Webb, Beatrice. *My Apprenticeship*. Cambridge: Cambridge University Press, 1979.
- Weissweiler, Eva. *Tussy Marx: Das Drama der Vatertochter. Eine Biographie*. Colonia: Kiepenheuer & Witsch, 2002.
- Wetyzel, David. *A Duel of Giants: Bismarck, Napoleon III and the Origins of the Franco-Prussian War*. Madison: University of Wisconsin Press, 2001.
- Wheen, Francis. *Karl Marx. A Life*. Nueva York y Londres: Norton, 1999.
- . *Marx's Das Kapital: A Biography*. Londres: Atlantic Books, 2006.
- Whitridge, Arnold. *Men in Crisis: The Revolutions of 1848*. Nueva York: Charles Scribner's Sons, 1949.
- Williamson, D.G. *Bismarck and Germany, 1862-1890*. Londres y Nueva York: Longman Group, 1986.
- Wilson, A.N. *The Victorians*. Londres: Arrow Books, 2003.
- Winder, Robert. *Bloody Foreigners: The Story of Immigration to Britain*. Londres: Abacus, 2005.
- Wright, D. G. *Democracy and Reform, 1815-1885*. Essex, UK: Longman Group, 1970.
- . *Revolution and Terror in France, 1789-1795*. Essex, UK: Longman ghroup, 1974,
- Zola, Emile. *Germinal*. Londres: Penguin, 2004.

Índice

Nota: la abreviatura KM en las subentradas se refiere a Karl Marx

- Adler, Victor 676, 677, 689
Alberto (príncipe) 280, 387
Alejandro II (zar de Rusia), 336, 370, 405, 596, 663
Alemania: clase obrera en 644-5, 115; Partido Socialista de los Obreros de 570-1; radicalismo en 162; sistema capitalista en 405; socialismo en 160, 577, 580, 601-2, 636, 644, 645, 652-3, 670; y el desarrollo industrial 77, 645; y la filosofía 135, 150, 160; y la Liga de los Tres Emperadores 560;
Anneke, Fritze 209, 221, 232
Annenkov, Pavel 148, 164, 169, 178
Argyll, Archibald Campbell, conde de 67, 106, 199, 308, 530
artesanos: como refugiados 255; impuesto sobre el voto a los 191; organización de los 154; y el desarrollo industrial 77, 148, 151, 202; y las mercancías 450; y las revueltas 203, 214-5, 652
Asamblea Nacional Alemana 215, 223
Asociación Democrática Internacional 177, 178, 185, 193, 194, 206
Asociación Internacional de los Trabajadores (AIT): asaltos a locales de la 487; boicot a la guerra 492; congreso de Ginebra 434-5; congreso de La Haya 547-52, 460, 647; congreso de Londres 532-3, 534; Consejo Central 418, 426, 432; Consejo General 470, 477, 488, 516-7, 537, 547, 549, 559, 652; crecimiento de la 470, 471, 544-5; detención de miembros 488-9; disolución de 653; formación de la 409-10; KM como líder de la 418, 422, 343, 424, 427, 431, 435, 470, 471, 472, 475, 498, 500, 506-7, 514, 530-1, 534, 544, 549; y Bakunin 414, 471, 532-3, 545, 547-8, 549; y el "Discurso a la Clase Obrera" de KM; 412, 416; y el legado de KM 618; y Engels 514, 534, 545, 548, 459; y Francia como república 494; y la carta de KM a Andrew Johnson 418-20; y la carta de KM a Lincoln 415; y la Comuna de París 513, 516, 517-8, 533, 537, 548; y la Liga de los Tres Emperadores 560; y la neutralidad 431-2; y los fenianos 459, 461, 471; y los partidos políticos obreros 533, 534; y Paul Lafargue 432, 434, 472, 510, 541-4, 680-2
Asociación Pedagógica de los Trabajadores Alemanes 154
Asociación Pedagógica de los Trabajadores Comunistas 154, 649
Austria 70, 189, 203, 229-30, 335-6, 366, 431-2
Austria-Hungría 560
Aveling, Edward: enfermedad de 641, 691, 704, 707-8, 712; falta de decoro de 625, 633, 635, 640, 649-51, 655, 660, 677, 688, 707; muerte de 712; orden de arresto en blanco 769-60; papel en el movimiento socialista 640-1; y derechos iguales para las mujeres 644; y el movimiento sindical 665; y el Partido Laborista Independiente 686; y el teatro 640, 641, 657, 660-2, 684, 688, 701, 704; y Engels 677, 682, 687-8; y Helene Demuth 673; y la gira por EEUU 647-51; y la manifestación del primero de Mayo 672; y la Segunda Internacional 669; y la traducción de *El Capital* 647, 688; y *Progress* 628
Aveling, Isabel 633, 700
Bakunin, Antonia 413, 414, 552
Bakunin, Mijaíl: en Polonia 206; encarcelamiento de 413; relación con KM 116, 122, 123, 127, 177-8, 412-4, 471, 532-3, 541, 545, 546-51, 552; y Engels 157, 414, 532; y Herwegh 114, 178; y la Liga de la Paz y la Libertad 471; y la revuelta de París 201; y la traducción del *Capital* 547; y Paul Lafargue 542; y Turgueniev 564; y *Vowarts!* 128, 138, 140; y Wagner 236
Balzac, Honoré de 148, 317, 441
Bangya, Janos 305, 306-7, 312
Barbes, Armand 201
Barthélemy, Emmanuel 274-5, 327-8
Bauer, Bruno 86, 90, 92-5, 101, 107, 137, 206, 325
Bauer, Heinrich 154, 257, 263
Bax, Belfort 602, 628, 636, 651
Bebel, August: arresto de 500; y el Partido Obrero Socialdemócrata 491, 571; y Engels 590, 686,

- 689; y la igualdad de derechos para las mujeres 642; y la Segunda Internacional 669; y Louise Kautsky 690-1; y Tussy Marx Aveling 598
- Becker, Hermann 292, 309, 312
- Bélgica 70, 83, 141, 162, 175, 194-6
- Berlín, Isaiah 266, 452
- Bernays, F. C. 116, 128, 131, 138, 174
- Bernstein, Eduard: relación de K. M. con 590; y Aveling 619; y Engels 581, 590, 669, 673, 699; y la Segunda Internacional 669; y las manifestaciones del primero de mayo 672; y los manuscritos de K.M., 111; y Louise Kautsky, 691; y Tussy Marx Aveling 601, 663, 701, 709-11
- Biskamp, Elard 458, 461, 464
- Bismark, Otto von: como primer ministro 535, 704; propuesta a KM 441; y España 490; y Guillermo II 670; y la guerra con Austria 431-2; y la guerra franco-prusiana 496, 501, 502; y Lassalle 409; y los intentos de asesinato de Guillermo 580
- Blanc, Louis: huida a Gran Bretaña 220; relación de KM con 122, 123, 398; rumores de rebelión 289-90; sobre la Comuna de París 517; y el gobierno provisional 212, 213; y la Liga de la Paz y la Libertad 470
- Blanqui, Auguste: como héroe de los jóvenes franceses 416, 425; seguidores de 274, 277; y la Asamblea Nacional 213, 274; y la Comuna de París 505; y las organizaciones obreras 410; y Paul Lafargue 425-6, 472-4; y Tussy Marx Aveling 464
- Blind, Karl 251, 257, 270, 316, 366, 368, 431
- Bonaparte, Pierre Napoleon 482, 483
- Born, Stephan 145, 176, 184, 189, 193-4, 196, 199, 227, 293
- Brandemburgo, Federico Guillermo de 231, 234
- Browning, Robert 611-2
- Bürgers, Heinrich 140, 143, 209, 292, 312
- burguesía: debate político sobre la 121; en París 112; Engels sobre la 191-2, 343; gran burguesía 70, 124-5, 254; KM sobre la 124-7, 178-81, 185-6, 235, 242, 259, 261, 439; pequeño burgués 254, 259, 274, 275, 508; reacción a la revolución 214, 220-1; temor al desorden 672; trabajadores traicionados por la 678; y el Credo Comunista 176; y el sistema capitalista 405; y el socialismo 237; y Federico Guillermo IV 92
- Burns, John 665, 672, 685-6
- Burns, Lydia (Lizzy): enfermedad de 579-80; muerte de 581; relación con Jenny Marx 489, 534, 579; relación con Engels 408, 441, 459, 477-8, 489, 534, 579-80; relación de KM con 574, 624; viviendo con Engels y Mary Burns 136, 283, 305, 389, 394; y el trabajo con los refugiados 530; y Jennychen Longuet 567; y los fenianos 408, 459, 477-8; y Tussy Marx Aveling 477-8
- Burns, Mary: relación de KM con 166, 184, 624; y relación con Engels 135-6, 153, 157, 166, 184, 283, 293, 340, 389, 394-5, 489
- Burns, Mary Ellen 465, 478, 579, 581, 585, 630,
- Campamento Pedagógico de los Trabajadores Comunistas 316
- Camphausen, Ludolf 97, 214, 215, 216, 221
- cartismo 156, 172, 186, 406
- Cavaignac, Louis Eugène 219-20, 225, 241
- clases: antagonismo de 179, 220, 254; sociedad sin 62, 254, 260-1, 274, 533, 571, 645; véase también burguesía; clase media; clase obrera; proletariado
- Clemenceau, Georges 416, 587, 589, 596, 610
- Cletham Library 151
- Club Marx 640
- Cluss, Adolf 308, 312
- Código Napoleónico 69, 232
- Cohen, Ferdinand 316, 431
- colonialismo 280, 653
- Comité de Correspondencia Comunista 162-9, 172
- comunismo: esfuerzos de propaganda de KM en Alemania 206, 221, 301; y Engels 145, 174, 319, 388-9; y Hess 135, 145; y la propiedad privada 100, 125-6; y la teoría económica de KM 126-7, 172, 186, 119, 261, 362; y Lenin 719; y sociedad sin clases 645
- Confederación Alemana 70, 92, 97, 117, 202, 214, 235
- Congreso de Bruselas 684-5
- Congreso de Viena (1815) 189, 203
- Consejo Sindical de Londres 406, 409
- credo comunista 175-6, 186
- Crosse, Arthur Wilson 704-6, 709, 710, 711
- d'Agoult, condesa 114, 118, 128
- Daily News* 323, 484, 679
- Daily Telegraph* 369, 484, 508
- Dana, Charles 295, 348-9
- Daniel, Roland 211, 237, 292-3, 309, 312, 336-7

- Danielson, Nikolai: relación con KM 594; traducción de *El Capital* 467, 546, 547, 582, 605, 640, 690; y Engels 695
- Dante Alighieri 73, 317
- Darwin, Charles 62, 365-6, 618, 625
- Das Volk* 361-2, 363, 364, 366
- Deasy, Michael 458-9, 478
- Defoe, Daniel 420, 452
- democracia: represión prusiana de la 76, 92; y clase media 210, 214; y debates políticos 149, 182; y liberalismo 123; y Federico Guillermo IV 92, 94; y la estrategia de KM 210-1; y Revolución Francesa 72, 149
- Demuth, Harry 654, 689
- Demuth, Helene “Lenchen”: afición a la bebida de 272, 673; como gobernanta del hogar de los Marx 144-5, 159, 162-3, 173, 272, 284-7, 294, 316, 371, 673; embarazo de 272, 289, 290-4; enfermedad de 381-2, 398, 557, 674; entierro de 675; muerte de 674; muerte de Jennychen Longuet 616; muerte de una hermana 394; relación con Engels 630, 673-5, 689; relación con KM 272, 289, 291, 294, 322, 617, 630; y Charles Longuet 539; y el nacimiento de su hijo 293-4; y el legado literario de KM 624, 628, 633, 689; y el trabajo con los refugiados 530; y Jennychen Longuet 610, 611-2; y la enfermedad de KM 559; y la expulsión de la familia Marx de Bélgica 196-9; y la expulsión de la familia Marx de París 245, 246; y la expulsión de la familia Marx de Prusia 239; y la muerte de Edgar Marx 329, 333; y la viruela de Jenny Marx 376; y la visita con la familia Longuet 596; y Laura Lafargue 554, 623; y los viajes de la familia Marx a Tréveris 207, 338; y Tussy Marx Aveling 634
- Demuth, Henry Frederick Lewis “Freddy” (hijo): familia de 654, 689; KM como padre de 318, 718; muerte de la madre 674, 675, 698; nacimiento de 293-4, 318; y el comunismo de Lenin 719; y Engels 654, 675-6, 689, 697-9; y Jennychen Longuet 584, 610, 689; y Laura Lafargue 654, 676, 689, 699, 718; y Tussy Marx Aveling 654, 687-9, 697-8, 700, 702, 704-6, 708-11
- Deutsche-Brüsseler-Zeitung* 175-7, 182, 185, 193
- Deutsche-Französische Jahrbücher* 104, 113-4, 116-7, 127
- Deutsche Jahrbücher* 96
- Días de Junio 218-20, 222, 242, 274
- Dickens, Charles 62, 148, 452
- Die Neue Zeit* 711
- Die Revolution* 299-300, 307
- Dmitrieff Tomanovskaya, Elizabeth 514
- Dogberry Club 585, 595, 606
- Domingo Sangriento 657
- Donelson, Andrew Jackson 205-6
- Doucet, Ernest 716-7
- Dourlen, Gustave 594, 613
- Dronke, Ernst 207, 225, 306-7
- Duff, Mountstuart Elphinstone Grant 582-3
- Duncker, Franz Gustav 353, 354, 357-8, 360-4, 467
- Dupont, Eugène 555
- Eichmann, Franz August 222, 233-4
- El Capital* (Marx): estilo de 446, 454-5; ingresos procedentes de 63, 468; manuscritos de KM para 623, 625, 638, 669, 673; publicación de 436, 438-9, 443-4, 539, 545; *royalties* de 630, 654, 655; traducciones de 444, 467, 475, 539-40, 545-7, 553, 556, 559, 572, 582, 605, 627-8, 632, 638, 640, 647, 649, 690, 695; ventas de 468, 535, 546, 649, 655; *Volumen* I 282, 436, 439, 444-5, 457, 475, 532, 535, 545, 556, 572, 605, 626, 638, 640, 647, 649, 698, 712; *Volumen* II 440, 445, 457, 461-4, 475, 623, 625, 638-40, 649; *Volumen* III 623, 638, 669, 673, 690; *Volumen* IV 639, 693, 701; y Hyndman 585; y Kautsky 595; y las lecturas económicas de KM 255
- Ellis, Henry Havelock 625, 635, 651, 656, 660, 664, 710
- Emancipación del Trabajo 640
- Engels, Friedrich: afición a la bebida de 132, 157, 300, 478, 575, 673; aspecto de 132, 179, 340; como coejecutor del legado literario de KM 624, 627-8, 633; como revolucionario 133-5, 225; detención en Irlanda 340, 480; educación de 133-4; formación empresarial de 134-6, 144-5; empresa familiar en Manchester 270-1, 288, 323, 347-8, 353, 363, 372, 389, 407-8, 438-9, 467-8, 478; en Suiza 225, 231, 246; enfermedad de 628, 695; entorno familiar de 132-4, 270, 283-4, 535; expulsión de París 193; expulsión de Prusia 239; juicio por difamación 232-3; muerte de Jennychen Longuet 616; muerte del padre 372; orden de arresto para 224-5, 232; respuesta al *Capital* 441, 444, 455; sentido del humor de 132, 157, 162; reseñas del *Capital* 445; sobre Darwin 366; sobre Hegel

- 83; sobre la Asamblea Nacional Alemana 215; sobre la Gran Exposición 282; sobre la huelga de los estibadores 667-8; sobre las acusaciones de asesinato 265; sobre los “días de Junio” 220; sobre París 112; sobre Weitling 163-4; sobre Willich 272-3; testamento de 693, 695, 698; viaje a EEUU 661-2; y Bakunin 157, 414, 532; y Bismarck 431; y Edward Aveling 632-3, 651, 655, 660, 661, 587-8; y el Comité de Correspondencia Comunista 162-3, 167; y el *Deutsche-Französische Jahrbücher* 116; y el embarazo de Helene Demuth 292-4; y el panegírico en el funeral de KM 618-9; y el Partido de los Obreros Socialistas de Alemania 570-1; y el trabajo con los refugiados en Londres 257, 273, 275, 529-31; y el viaje a Londres con KM 89-92; y Freddy Demuth 654, 675-6, 689, 697-9; y Hartmann 590; y Karl Kautsky 595, 676, 690-1, 697; y KM sobre el socialismo 101; y KM sobre la redacción del *Capital* 63, 418, 422, 423, 436, 475; y la biografía de KM 690, 695; y las colaboraciones de KM en el *New York Daily Tribune* 295-7, 329, 348, 351, 372; y la Guerra Civil norteamericana 388-9, 392; y la Guerra de Crimea 335-6; y la Asociación Democrática Internacional 177; y la Asociación Internacional de Trabajadores (AIT) 514, 534, 545, 548-9; y la Comuna de París 510-2; y la guerra rancio-prusiana 492; y la insurrección de Elberfeld 236; y la Legión Alemana 206, 207; y la Liga Comunista 175-6, 181, 185-6, 196, 202, 267, 278, 314; y la Liga de los Justos 172-3, 175; y la muerte de KM 89, 617; y la *New American Encyclopedia* 348, 379; y la Segunda Internacional 653, 668, 670; y la Sociedad Universal de los Comunistas Revolucionarios 274; y la teoría económica de KM 281; y la Unión de Trabajadores Alemanes 207; y las manifestaciones del Primero de Mayo 672-3, 685; y Lassalle 351; y los fenianos 408, 459-60; y los manuscritos de KM para *El Capital* 623, 625, 638, 669, 673, 690; y los nietos de KM 589-90, 596; y los socialistas británicos 630, 645; y Louise Kautsky 676-7, 697-8; y Paul Lafargue 444, 459, 463, 473, 687; y Vogt 369-70, 372-3; y Weydeme-
yer 319
- Engels, Friedrich, obras de: “Cartas desde Wuppertal”, 134; *Anti-Dühring* 577-8, 688; *La situación de la clase obrera en Inglaterra* 137, 138, 144-5, 174, 651; “Notas sobre la guerra”, 492; *El origen de la familia* 638, 715; “Esbozo de una Crítica de la Economía Política”, 136; *Po y Rin* 360; *Revolución y contrarrevolución en Alemania en 1848* 701; *Socialismo* 638, 688, 712
- Engels, Friedrich, obras de, en colaboración con KM: *Manifiesto Comunista* 142, 181, 184-6, 187, 189, 207, 278, 353, 406, 448, 475, 545, 628, 638, 655; “Las demandas del Partido Comunista en Alemania”, 138; *La ideología alemana* 160-2, 167-9; *Los grandes hombres del exilio* 306-7, 312; *La Sagrada Familia o Crítica de la Crítica Crítica* 137-8, 162, 325, 373, 439
- esclavitud: abolición de la 212; comparado con el trabajo en las fábricas 136; KM sobre la 170, 318, 388, 415, 420; y Estados Unidos 387-8, 405-6, 415, 420
- Estados Pontificios 189-91, 242
- Estados Unidos: atentado en Haymarket 647, 659; Guerra Civil 379, 387-8, 392, 412, 458; mercados financieros de 342-3, 349-50; movimiento obrero en 645-7; socialismo en 647-8, 684; y el capitalismo 281; y el gobierno francés 193; y la esclavitud 387-8, 405-6, 415, 420
- Europa: contrarrevolución en 229-30, 239, 254, 281, 295; escasez de comida en 146, 165, 173-4, 194, 202; organizaciones obreras en 309; sistema capitalista en 281, 343, 405; y la tolerancia gubernamental de la AIT 471; y los debates políticos 148-9, 100; y los intentos de recaudación de KM 260;
- Evening Standard* 515, 517, 649
- Ewerbeck, August Hermann 124, 128
- familia Marx: actos sociales de la 414-5, 428; apoyo de Caroline Von Westphalen a la 169, 182; apoyo de los amigos a la 167, 177, 178, 246, 461-3; casa en Camberwell 446-9; celebración de aniversarios 371, 385, 400, 417-20, 464, 488; correspondencia de la 624; en Colonia 210-1; Edgar von Westphalen viviendo con la 422; expulsión de Bélgica 196-9, 200; expulsión de París 244-6; expulsión de Prusia 237-9, 251; hogar en Bruselas de la 140, 141-4; hogar en Grafton Terrace 342, 343-5, 351-2, 364-5, 371, 390, 399, 570; hogar en King’s Road, Londres 257-9, 262-3, 273; hogar en Maitland Park Crescent 570,

- 574, 577, 584-5, 593-4, 595, 604, 616, 633; hogar en Modena Villas 400, 407-8, 414-5, 428-9, 496-8, 530, 541, 570; hogares en Dean Street 263, 284-7, 291, 308, 313-21, 327, 330, 337-8, 341, 344-5; hogares en Leicester Square, Londres 251-4, 257, 263; KM como padre 287, 301, 316-8, 234-5, 338-41, 466-7; rumores de vida burguesa de la 274; viajes a Ramsgate 357, 391, 407-8, 534, 562, 587; y la boda de Laura Lafargue 463-4; y la viruela de Jenny Marx 375-9. *Véase también* Lafargue, Jenny Laura “Laura” (hija); Longuet, Jenny Caroline “Jennychen” (hija); Marx, Charles Louis Henri Edgar “Musch” (hijo); Marx, Franzisca (hija); Marx, Heinrich Guido (hijo); Marx Aveling, Jenny Julia Eleanor “Tussy” (hija)
- Federación Democrática 598, 635
 Federación Nacional de Sindicatos 645
 Federación Socialdemócrata 635-6, 645, 709
 Federico Guillermo II (rey de Prusia) 231
 Federico Guillermo III (rey de Prusia) 70, 91-2, 134-5
 Federico Guillermo IV (rey de Prusia): disolución de la Asamblea Nacional 231; gabinete liberal de 214; ideales de 91-2; intento de asesinato de 130, 263-5; KM sobre 164; locura de 359; muerte de 379; rechazo de una Alemania unida 235-6; respuesta a la revuelta 204-5, 235; y Herweg 114; y la amnistía general 209; y la constitución 202-3; y las reformas democráticas 92, 94; y los periódicos de KM 102, 128
 fenianos 408, 458-60, 461, 465, 471, 484, 598
 Feuerbach, Ludwig 107, 116, 539
 Fichte, Johann Gottlieb 104-6
 Flaubert, Gustave 201, 644
 Flocon, Ferdinand 196, 202, 206, 212
 Florencourt, Wilhelm von 343-4
 Flourens, Gustave: muerte de 507-8; y el complot ficticio contra Napoleón III 488-9, 491, 495; y Jennychen Longuet 484, 485, 488, 495, 508, 521, 537, 617; y la Guerra franco-prusiana 495, 496, 502; y la sentencia de muerte 505; y O’Donovan Rossa 484, 500; y Rochefort 481-3
- Fox, Peter 429, 445
- Francia: Asamblea Nacional 212-3, 218-9, 241; ayuda a la Legión Alemana 206; como república 189, 494, 570, 583, 587; contrarrevolución en 168; debate político en 135, 191; Gobierno de Defensa Nacional 493, 494, 496, 499, 500, 501, 504-5, 506; gobierno provisional en 212-4; levantamientos en 156, 191-4, 200, 203; mercados financieros de 349; movimiento sindical en 406-7; plebiscito sobre las enmiendas constitucionales 485-7; Prusia en guerra con 490-6; tradición revolucionaria en 416; y Austria 366; y la burguesía 127; y la Comuna de París 501-2, 505-18, 525, 529, 544-5, 575, 577, 601, 612, 628, 632, 669; y la Gran Exposición Universal 653; y la Guerra de Crimea 335; y la industrialización 631; y los derechos laborales 645.
- Freiligrath, Ferdinand: evitando el arresto 292; relación de KM con 245-6, 295, 310, 345; y las finanzas de la familia Marx 357; y los periódicos de KM 143, 227, 255; y Vogt 368
- Freyberger, Ludwig 682-93, 695-7
 Fröbel, Julius 104, 107, 116, 118
 Frye, Eva 704, 707, 711-2
 Furnivall, Frederick James 576-7, 598
- Gambetta, Léon 494, 499, 540-1
 Gentry, Gertrude 709, 711
 Gigot, Philippe 162, 165, 196, 198, 199
 Gladstone, William 480, 484, 485
 Goethe, Johann Wolfgang von 71, 77, 478, 538
 Gottschalk, Andreas 209-10, 214, 221, 273
 Gran Exposición en Londres (1851) 280-2, 289, 290, 298, 350, 628, 662
 Gran Exposición en Londres (1862) 390
 guerra 583, 685, 686
 Guerra de Crimea 335-6
 Guesde, Jules 612, 613, 626-7, 631, 645, 678-9
 Guillermo I (rey de Prusia) 234, 359, 379, 382, 501, 521, 670
 Guillermo II (emperador de Alemania) 670
 Gumpert, Eduard 559, 580
- Hansemann, David Justus 98, 214
 Hardie, Keir 669, 672, 685-7, 697, 719
 Harney, George Julian 136, 156, 163, 165, 186, 225, 252, 278
 Hartmann, Leo 590, 596, 598
 Hatzfeldt, Sophie von 351, 361, 379, 382, 383
 Haussmann, Georges-Eugène 424-5, 513, 597
 Hecker (fiscal public) 221, 224
 Hegel, George: crítica de KM a 116-7, 125, 160-1, 170; dialéctica de 83, 86, 107; influencia en KM 106-7; salud de 120, 174, 245, 345; teoría del cambio de 18; teoría del conflicto de 83-4; y Jenny Marx 95

- Heine, Heinrich: exilio en París 76, 115, 244-5; influencia sobre KM 86; muerte de 345; sobre el comunismo 126; sobre la conversión judía 81; y el levantamiento de los tejedores en Silesia 127; y los periódicos 116, 128, 138
- Heine, Mathilde 115
- Heinzen, Karl 143-4
- Herwegh, Emma 113, 114, 140, 206
- Herwegh, Georg: poesía de 116, 143; relación con KM 113-5, 118, 127; y Bakunin 114, 178; y Engels 157, 174; y la expulsión de KM de París 140; y la Legión Alemana 206-7; y la situación política de KM en Bruselas 175; y la Unión de Trabajadores Comunistas 177; y *Vówarts!* 128
- Herzen, Alexander 206, 413
- Hess, Moses: relación con KM 166-7; y el Credo Comunista 175; y el hogar de la familia Marx 144; y Engels 135, 145, 174, 184; y los periódicos 97, 99, 116, 209-10
- Hess, Sibylle 144, 166, 184, 603
- Hirsch, Wilhelm 303-4, 309-10
- Hugo, Victor 148, 201, 218, 299, 470, 487, 569
- Hyndman, Henry 448, 585, 598, 628-30, 635-6, 645, 665, 710
- Ibsen, Henrik 641-2, 656
- Imandt, Peter 325, 334, 337
- Imbert, Jacques 193, 201
- Irlanda 457-60, 465, 471, 479-81, 483, 544, 598, 657
- Johnson, Andrew 418-20
- Jones, Ernest 156, 459, 461
- Jottrand, Lucien 167, 198
- Joven Alemania 70
- Jóvenes Hegelianos: implicación de KM en 84, 86, 90, 160, 267; y Bakunin 122; y Engels 135; y los periódicos 97, 101; y Metternich 92
- Judíos: de Prusia 72; identificación de Tussy Marx Aveling como judía 663; KM sobre los 116-7, 605
- Jung, Georg 96-9, 118, 137, 143
- Justice* 587, 592, 628
- Kautsky, Karl: y Edward Aveling 634; y el funeral de Paul y Laura Lafargue 719; y Engels 595, 669, 676, 690-1, 697; y Tussy Marx Aveling 701-2
- Kautsky, Louise 676, 689, 690
- Kelly, Thomas 458-9, 477
- Kératry, Émile de 510, 521, 522-4
- Kinkel, Gottfried 307, 361
- Kossuth, Joseph 266, 298, 318
- Kovalevsky, Maxim 562, 574
- Kreuz, Marianne 341, 344, 357, 371, 389, 394, 396
- Krupskaia, Nadia 714-5
- Kugelmann, Franzisca 537, 564
- Kugelmann, Gertruda 445, 564-5
- Kugelmann, Ludwig: apoyo monetario a KM 450; correspondencia con Jenny Marx 457; correspondencia con Jennychen Longuet 475, 480, 491, 498, 509, 537, 541, 542, 554, 555; correspondencia con KM 467, 518, 531, 560; y *El Capital* 455; y el viaje de KM a Hanover 439-41; y el viaje de KM a Karlsbad 564-5; y Engels 445, 459, 513, 695
- La Défense Nationale* 495
- La Marseillaise* 481-4
- La Reforme* 123, 196
- La Renaissance* 473-4
- La Rive Gauche* 416, 417, 426
- Lafargue, Charles Etienne 467, 475-7, 493, 499, 519-21, 524, 541-2
- Lafargue, François: muerte de 498; herencia dejada a Paul Lafargue 509, 555; y el matrimonio de Paul Lafargue con Laura 434, 435, 442, 461; y los estudios de Paul Lafargue 426, 473-4, 481, 487, 494-5
- Lafargue, Jenny 482, 487
- Lafargue, Jenny Laura "Laura" (hija): aspecto de 396-7, 416, 442, 548, 554, 700, 715; boda de 461-3, 553; como ayudante de KM 348, 392, 415-6, 418-20, 427, 464; como intelectual 365, 396-7; depresión de 498; educación de 352, 357, 364, 365, 395-6, 428, 434; empleo de 555, 587; en España 541-3; enfermedad de 422, 548, 717; funeral de 718-9; nacimiento de 159; herencia de Engels 698, 701, 717; personalidad de 278, 316, 543; suicidio de 716-7; traducción de *El Capital* al francés 444; vida de casada en París 472, 475; y el manuscrito del segundo volumen de *El Capital* 623; y el patrimonio literario de KM 627, 632, 655, 689; y Freddy Ddemuth 654, 676, 689, 699, 718; y Helene Demuth 673; y la Asociación Internacional de los Trabajadores 548-9; y la Guerra franco-prusiana 493; y la muerte de Edgar Marx 333, 334; y

- la Navidad 321, 399; y las finanzas de la familia Marx 262, 306, 352, 364-5; y las manifestaciones del Primero de Mayo 672; y Lissagaray 554-5, 588, 710; y Nadia Krupskaya 715; y Pieper 338
- Lafargue, Marc-Laurent 508, 418
- Lafargue, Paul "Tooley": amenaza de arresto en España 541-2; arrestos de 519, 552-3, 524, 717; aspecto de 472; como escritor 487-8, 494-5, 555, 588, 630; educación de 466; elecciones a la Cámara de Diputados de Lille 679-82, 685, 687; empleo de 555, 587, 612-3, 630; encarcelamiento de 626-7, 631-2, 679; funeral de 718-9; herencia de 509, 555, 561; identidad étnica de 427; relación con KM 424, 326-7, 432-6, 441, 473-4, 518, 611, 613, 626; sobre Jenny Marx 530; suicidio de 716-7; traducción de *El Capital* al francés 444; Blanqui 425-6, 472-4; y Edward Aveling 711; y el editor francés de *El Capital* 539; y Engels 444, 459, 463, 555, 561, 587, 613, 631, 674, 679-82; y la Asociación Internacional de los Trabajadores 432, 434, 472, 510, 541-2, 680-2; y la Guerra franco-prusiana 493, 499, 500; y la Segunda Internacional 653, 668; y las manifestaciones del Primero de Mayo 672; y Lenin 695, 714-5, 719; y los *communards* 510; y regreso a Francia 583, 587; y Tussy Marx Aveling 434, 552-4, 588, 677
- Lamartine, Alphonse Marie Louise de 212, 218
- Lancaster, Edith 707-8
- Lassalle, Ferdinand: correspondencia con Jenny Marx 383-5; correspondencia con KM 351, 354; muerte de 408-10, 489; regalos a la familia Marx 385; relación con KM 562; y el editor de KM 351, 353, 357-8, 360-2, 364, 373; y Hatzfeldt 351, 361; y la *Neue Rheinische Zeitung* 379; y las finanzas de la familia Marx 245, 390; y los trabajadores alemanes en los movimientos socialistas 406, 409, 571
- Lecomte, Claude 505-6, 513
- Ledru-Rollin, Alexandre 191, 212, 225, 242-3, 289-90
- Lees, Edith 642-4
- Legión Alemana 206-7
- Lenin, Vladimir 260, 695, 699, 714-5, 719
- Leopoldo I (rey de Bélgica) 141, 195-6
- Leske, Karl 160, 177, 245
- Lessner, Friedrich 179, 287, 292, 312, 413, 423, 699
- liberalismo 123, 406
- Liebknecht, Ernestine 341, 414, 416, 428, 434, 457, 500, 534
- Liebknecht, Natalie 546, 707, 708
- Liebknecht, Wilhelm: afición a la bebida de 325; colaboración con KM 361-2; correspondencia con Jenny Marx 538-9, 546, 555-6, 559, 569; correspondencia con Tussy Marx Aveling 540; detención de 457, 500; estancia de la familia Marx con 375-6; gira por EEUU 647-8; matrimonio de 324; relación con Tussy Marx Aveling 701-2, 710; sobre Jenny Marx 287; sobre la casa de la familia Marx en Dean Street 284-7; sobre la muerte de Edgar Marx 329-30; visita de KM a 565; y el trabajo con los refugiados de KM 530; y Engels 673; y el Congreso de la Segunda Internacional 668, 669; y el Partido Obrero Socialdemócrata 491; y el Partido Socialista Obrero de Alemania 570-1; y Jennychen Longuet 589; y la Liga Comunista 309; y la relación de Tussy Marx Aveling con Aveling 635-6, 712; y la Unión General de los Trabajadores Alemanes 410; y Louise Kautsky 690-1; y Schramm 275-7; y Vogt 366-8
- Liga Comunista: Autoridad Central de la 196-8, 262-3, 275-8; congreso de Londres 179-81, 185-6; desmantelamiento por parte de KM 312; detenciones y juicio en Prusia 292-3, 303, 308-12, 314; disidencias en 206, 270; formación de la 176, 178, 309; periódicos de KM 211, 221, 161, 301; y Edgar von Westphalen 176, 420; y Engels 175-6, 181, 185-6, 196, 202, 267, 278, 314; y la obra con los refugiados de KM 254; y la revuelta de París 202; y Techow 267; y Willich 273, 275, 277-8, 293
- Liga de la Paz y la Libertad 470-1
- Liga de la tierra 598, 624
- Liga de los Justos 124, 154, 163, 170-3, 175
- Liga Socialista 636, 640
- Lincoln, Abraham 379-80, 392, 405-6, 415, 418
- Lissagaray, Hyppolite-Prosper-Olivier: escritos de 570, 575-6, 587; relación con KM 557, 575, 576; y Charles Longuet 593; y el hogar de la familia Marx 530, 541; y el regreso a Francia 583, 587, 588; y la Asociación Internacional de los Trabajadores 548-9; y la Comuna de París 501, 508, 512, 515, 529, 540-1; y Tussy Marx Aveling 540-1, 554, 556-7, 563-4, 565, 570, 575-6, 587, 495, 599, 607, 610, 710
- Longuet, Charles: boda con Jennychen 553;

- como escritor 537, 587, 589, 610, 716; cuidado de sus hijos 700; empleo de 553, 555-6, 559, 561, 569; muerte de 716; relación con KM 416, 424, 494, 537-9, 553, 569, 605, 613; relación con Tussy Marx Aveling 653-4; sentencia de prisión 426, 429, 472; y Edward Aveling 711; y Freddy Demuth 689; y Jenny Marx 581; y la Asociación Internacional de los Trabajadores 548; y la Comuna de París 529-30, 537, 559; y las organizaciones socialistas 678; y regreso a Francia 583, 587-8; y Rochefort 483
- Longuet, Charles Félicien Marx 557-9, 561-2, 567-9, 572, 602
- Longuet, Edgar 582, 589, 611, 613, 630, 693, 698, 700, 717
- Longuet, Félicitas 568-9, 575, 592-4, 610, 654, 700
- Longuet, Henry 580, 589, 594, 611, 613, 630, 654
- Longuet, Jean Laurent Frédéric "Johnny": como nieto 580-1, 589, 611-2; nacimiento de 575; y el Partido Socialista Francés 716; y Engels 693, 698; y Freddy Demuth 674, 718; y los *royalties* de Capital 630, 700; y Paul y Laura Lafargue 718; y Tussy Marx Aveling 653, 700, 709-10
- Longuet, Jenny Caroline "Jennychen" (hija): afición al canto de 537-8; ambiciones de una carrera teatral 371-2, 389, 429, 442, 485, 599; aspecto de 397, 549; como ayudante de KM 348, 365, 418-20; boda con Charles Longuet 553; como gobernanta 466, 475, 484, 535, 561; como intelectual 352, 365, 371, 397, 442; detención en Francia 519, 521-3, 531, 617; educación de 352, 357, 364-5, 395-6, 428, 434; embarazos y nacimientos de hijos 557-9, 574-5, 580, 582, 593, 596, 611, 612-3; empleo de 555, 559, 561, 569, 610; en Bruselas 142, 159; en Colonia 210; enfermedad de 120, 130, 389, 391-2 396-7, 407, 422, 442, 527, 561, 611, 615; hogar en Argenteuil, Francia 594, 596-7, 608, 611; muerte de 615, 516; muerte de su hijo Charles 562-3, 567-9, 572; nacimiento de 118; personalidad de 278, 316; relación con Engels 445, 460, 485, 492, 510, 537, 562, 567; sobre la publicación de *El Capital* 443; traslado a París 593-4; y el nacionalismo irlandés 560, 465, 480, 484-5, 500, 598; y el trabajo con los refugiados 535-7; y Flourens 484-5, 489, 495, 508, 521, 537, 617; y Freddy Demuth 584, 610, 689; y la expulsión de la familia Marx de Bélgica 200; y la expulsión de la familia Marx de París 140; y la Guerra franco-prusiana 491, 498; y la muerte de Edgar Marx 333-4; y la Navidad 321, 399; y las finanzas de la familia Marx 262, 306, 342, 352, 364-5, 392; y las recitaciones 485; y las tareas domésticas 352, 396, 407; y las tensiones en la familia Marx 291, 371; y Paul Lafargue 442-3; y Pieper 338
- Longuet, Jenny "Mémé" 613-5, 630, 693, 698, 700, 716
- Longuet, Marcel 596, 611, 613, 630, 693, 698, 700
- Longuet, Robert-Jean 716
- Los libres 101, 135, 210
- Luis Felipe (rey de Francia) 70, 111-2, 123, 138, 189, 191-3, 203, 213
- Lyubavin, Nikolai 547
- MacMahon, Marshal 513-4, 570, 583
- Maitland, Dolly 597, 599, 606
- manifestaciones del Primero de Mayo 669, 670-2, 678, 685
- Mann, Tom 665, 686-7
- Manteuffel, Otto von 227, 234
- Marx, Charles Louis Henri Edgar "Muschi" (hijo): en Colonia 210; enfermedad de 328-9, 337; muerte de 329-30, 333-4, 337, 340, 350, 431; nacimiento de 173; personalidad de 182, 278, 316; relación con su madre 272, 328; Tussy Marx Aveling comparada con 465; y Engels 300; y la expulsión de Bélgica 200; y la Navidad 321; y las finanzas de la familia Marx 63, 306
- Marx, Eduard 87
- Marx, Franzisca (hija) 288-9, 291, 304-5 318, 322, 330
- Marx, Heinrich (padre) 72-6, 79-82, 84-5, 87-90, 267
- Marx, Heinrich Guido (hijo): enfermedad de 262, 263, 327; muerte de 278-9, 284, 305, 318, 330; nacimiento de 259, 260; relación con su madre 272
- Marx, Henrietta (madre): correspondencia con KM 89; entorno familiar de 72-3; muerte de 398; y la herencia de KM 182, 385, 400, 420; relación con KM 75, 80, 90; solicitud de dinero por parte de KM a 99, 104, 195, 288, 392
- Marx, Hermann 101

- Marx, Jenny: aspecto de 63, 67, 80, 85, 93-4, 113, 128, 145, 183, 287, 316-29, 378-9, 385, 408, 548-9; correspondencia de KM 300-1; depresión de 333-4, 345, 556-7; educación de 68-9, 77; enfermedad de 182, 321, 322-3, 329, 356-7, 375-6, 396, 427, 580, 583, 585-7, 590, 593; escritos de 574; herencia de 335-8, 341-3, 345; muerte de 602; recitaciones de 183, 317; relación con Engels 145, 283, 300, 353, 372-3, 381-2, 436, 489, 602-3; relación con Helene Demuth 291, 292-4; relación con Jennychen Longuet 489, 559, 561, 580-1, 593, 596, 599-601; relación con Laura Lafargue 596, 601; relación con Mary Burns 166, 305; relación con su madre 96, 150-1, 158, 163, 243, 263, 338, 344; relación con Tussy Marx Aveling 341, 556-7, 569, 575-6, 587, 601, 641-2; representando a KM en funciones públicas 310-2; sobre el envejecimiento 578; viaje a Holanda para recaudar fondos 271-2; viaje a París en nombre de KM 394; y Charles Longuet 538-9, 555-6, 559; y el compromiso de su hija Laura 434-5, 442; y el trabajo con los refugiados 530; y Felicitas Longuet 568-9; y la financiación de periódicos 262; y la insurrección en Bélgica 195-9; y la inversión familiar 371; y la Liga Comunista 176; y la muerte de Edgar Marx 329, 333, 341; y la respuesta al Capital 455-7; y la viruela 375-6, 378; y los nietos 580, 583-4, 594, 596-7; y Paul Lafargue 541-2; véase también Marx, Karl; boda de Jenny Marx; familia de Marx
- Marx, Karl: aniversarios de la muerte de 632; aspecto de 86, 93-4, 100; ciudadanía de 162, 210, 382, 385, 410, 560-1; como abuelo 580, 582-4, 589, 594, 608, 611; discurso a la AIT en Amsterdam 552; empleo de 92-3, 128-30, 392; entorno familiar de 71-5, 81, 443, 446, 605; expulsión de Bélgica 196; expulsión de Prusia 116, 236-7; fuerza intelectual de 267, 299; funeral y entierro de 617-8; herencia de 385, 400, 407, 420; juicio por difamación 232; juicio por traición 233; Moro (apodo) 86-7, 287, 624; muerte de 617; mundo microscópico y mundo macroscópico 560, 610; poesías de 80, 82, 84, 93, 133; reputación como dictador 101, 166, 256, 288, 423, 470, 534, 544; y el trabajo con los refugiados 255-9, 261, 267, 270, 273, 275, 287, 529-31, 535-7, 540, 556; y la bolsa 407; y la muerte de Edgar Marx 329-30, 333, 340, 350, 431; y la muerte de Jenny Marx 604-5, 617; y la muerte de Jennychen Longuet 616-7; y los duelos 79, 234, 275, 295; véase también teoría de Marx
- Marx, Karl, boda con Jenny Marx: cortejo y compromiso 78, 80-2, 84-6, 87, 91, 93-5, 102-4, 433; traslado a Bruselas 140, 141-3; traslado a París 112-3; y el baile 182-3, 415, 574; y el compromiso con el comunismo 176, 227, 300, 602-3; y el KM público/privado 114; y el viaje a la isla de Wight 561-2; y la orden de expulsión de París 138-40, 124; y la posición de KM en el centro de atención 546; y la relación laboral 531-2; y la traición 63; y los viajes de Jenny a Tréveris 112, 120, 150-1, 163-4, 207, 210, 227, 239, 243, 324-5, 338, 340-2
- Marx, Karl, obras de: “Discurso a la clase obrera”, 412, 416; *El dieciocho Brumario de Luis Bonaparte* 301-4, 307, 473, 638; *Herr Vogt* 375-7; *La Guerra Civil en Francia* 516-7, 534-5, 628; “La lucha de clases en Francia”, 260; *La miseria de la filosofía* 170, 175; “Manuscritos económicos y filosóficos”, 124-5; *Notas al margen sobre el programa del Partido de los Obreros Alemanes* 571-2; “Primer Discurso sobre la Guerra franco-prusiana”, 492, 517; *Revelaciones relativas al juicio a los comunistas de Colonia* 312; *Revolución y contrarrevolución en Alemania en 1848* 701; “Sobre la cuestión judía”, 116-7; *Tesis sobre Feuerbach* 150, 160; *Trabajo asalariado y capital* 638; *Una contribución a la crítica de la economía política* 358, 362, 368, 370, 410, 441; *Valor, precio y beneficio* 712
- Marx, Karl; obras en colaboración con Engels: “Las demandas del Partido Comunista en Alemania”, 207; *La ideología alemana* 160-2, 167, 169; *Los grandes hombres del exilio* 306-7, 312; *La Sagrada Familia o Crítica de la Crítica Crítica* 137-8, 162, 325, 373, 439
- Marx, Samuel 72
- Marx, Sophie (hermana) 75, 80, 84, 89, 99
- Marx Aveling, Jenny Julia Eleanor “Tussy” (hija): arresto en Francia 519, 521-3, 531; aspecto de 539-40, 549, 626, 700, 704; cartas quemadas por 660n81; como ayudante de KM 540; como coejecutora del legado literario de KM 624, 627, 689, 698, 699, 701; como defensora de derechos 598-9; como gobernanta 575;

- como intelectual 380, 464, 465, 478, 540, 577, 606; conferencias de 655-6, 699; educación de 434, 599; empleo de 556-7, 630, 634, 656, 684; enfermedad de 327-9, 334, 422, 557, 563, 576, 580, 597, 599, 606, 612; herencia de Engels 698-9, 706; imaginación de 464-5; intento de suicidio de 656, 710; nacimiento de 327; orden de arresto en blanco 659-60; personalidad de 540, 626; ropa 352, 396; sobre la publicación de *El Capital* 443-4; sobrenombre de 341; suicidio de 709-11, 715; testamento de 700, 704-6, 711; viajes a Karlsbad 563-5, 576; y el Congreso de la Segunda Internacional 668-9; y el East End de Londres 662-3; y el nacionalismo irlandés 465, 479, 480, 598; y Freddy Demuth 654, 676, 688-9, 597-8, 700, 702, 704-6, 708-9; y Helene Demuth 673, 688; y KM sobre los poetas 115; y la casa de Grafton Terrace 344; y la expulsión de Bélgica 200; y la gira de conferencias por EEUU 647-8; y la igualdad de derechos para las mujeres 642-4; y la Liga Socialista 640; y la muerte de su hermana Jennychen 616; y la Navidad 399; y la relación de KM con su madre 357; y las finanzas de la familia Marx 277-78; y las manifestaciones del Primero de mayo 552; y las organizaciones socialistas 528, 677-8; y los movimientos sindicales 665, 665-7, 672, 684, 687, 706-7; y los partidos 415; y los refugiados de la Guerra franco-prusiana 499; y los *royalties* del *Capital* 519; y Louise Kautsky 690-1, 698; y Paul Lafargue 434, 442-4, 588, 677
- Mazzini, Giuseppe 189-91, 266, 287-8, 318, 410-3, 424, 427
- Meissner, Otto: visita de KM con 565; y *El Capital. Volumen I* 418, 422-3, 436, 439-40, 444, 545, 556, 605; y *El Capital. Volumen II* 435, 436, 457, 582, 605; y los *royalties* de *El Capital* 630
- Metternich, Clemens von 92, 189, 203, 230
- Michel, Louise 474, 482
- Mill, John Stuart 470, 492
- Millerand, Etienne 715-6
- Millière, Jean-Baptiste 514-5
- Moll, Joseph 154, 172-3, 206, 257
- Moore, Sam 628, 632, 695-8
- Morris, William 630, 636, 640, 659
- movimiento sindical: en Francia 631; en Gran Bretaña 156, 406; maduración del 685; y Tussy Marx Aveling 665-7; 672, 684, 687, 706-7
- movimiento Joven Italia 189
- Mulcahy, Dennis Dowling 483
- nacionalismo 123 432. *Véase también:* nacionalistas irlandeses.
- nacionalistas irlandeses 408, 410, 458-61, 500
- National-Zeitung* 368-70, 372, 375, 531
- Napoleón I (emperador francés) 69-72, 92, 135, 189
- Napoleón III (emperador de los franceses): campaña política de 240-1; como presidente de Francia 241-3, 287; complots de asesinato contra 327-8, 426, 487-8, 491; declaración como emperador 312; en Gran Bretaña 525; golpe como presidente vitalicio 298-9, 301-3, 307; proyecto de renovación de 424; reformas liberales de 481; rendición de 493-5; y el plebiscito 485-7; y la Asociación Internacional de los Trabajadores 471-2; y la guerra de Crimea 335-6; y Prusia 490-1, 493; y Vogt 366, 368, 377; y Zola 656
- Nechayev, Sergei 547, 551, 552
- Neue Kölnische Zeitung* (Nueva Gaceta de Colonia) 239
- Neue Rheinische Zeitung* (Nueva Gaceta Renana) 209, 211, 215-6, 220-4, 227-32, 236-9, 259, 295, 366, 379
- Neue Rheinische Zeitung; Politisch-ökonomische Revue* (Nueva Gaceta Renana: Revista Político-económica) 260-3, 284, 297
- New American Encyclopedia* 348, 350, 379
- New Shakespeare Society 576-7
- Nicolás I (zar de Rusia) 102, 148, 336
- Noir, Victor 481-3
- O'Donovan Rossa, Jeremiah 480, 483-4, 500
- Pall Mall Gazette* 492, 517, 644
- París, Francia: Primero de Mayo en 670-2; radicales en 111-3, 122-4, 219; refugiados alemanes en 124; revueltas en 200-1, 203-4, 218-20, 240, 425; Semana Sangrienta 513-6; y el proyecto renovador de Napoleón III 424-5; y la Guerra franco-prusiana 499-501, 502, 504
- Parnell, Charles Stewart 460, 598
- Partido de los Obreros 644, 677-80, 682, 685, 687
- Partido de los Socialistas Obreros de Alemania (SAPD) 570-1, 580-1, 590, 644
- Partido Laborista Independiente 685-7, 697

- Partido Laborista Socialdemócrata 714
- Partido Obrero Socialdemócrata 491, 570
- Partido Socialdemócrata 571, 601-2, 670, 686
- Partido Socialista Obrero de Norteamérica 647-9
- Philips, Antoinette 381-5, 392, 399, 418, 562
- Philips, Lion: ayuda a KM 169, 385, 428; herencia de KM de 104; muerte de 461; relación con KM 177, 380-2, 389, 562; visita de Jenny Marx a 271-2; y la muerte de la madre de KM 398; y Tussy Marx Aveling 464
- Pieper, Wilhelm 283-4, 307, 324, 337-40, 342, 345, 348
- Plejanov, Georgy 669, 695
- poder militar 577-8, 583, 669-70
- Polonia: Bakunin en 206; debate francés sobre 213; división de 203; levantamientos en 70, 156, 165, 178-9; y Tussy Marx Aveling 464
- prensa: culpable de las revueltas según el gobierno 266; restricciones sobre 92, 95-6, 102, 148; y el viaje de KM a Karlsbad 564, 572-4; y Jennychen Longuet 542; y la asociación de KM con la Comuna de París 530-1; y la Asociación Internacional de los Trabajadores 548-9; y la muerte de KM 557-9; y la gira de charlas de Tussy Marx Aveling por EEUU 647, 649
- Primavera del Pueblo 189, 202
- Proclamación de la Emancipación 392, 405-6
- proletariado: debates sobre 148, 156; escritos de KM sobre 116-7, 187, 260-1, 449, 571; reconocimiento de 70; y el Credo Comunista 176; y Engels 154-6, 220-1; y la Liga de la Paz y la Libertad 471. *Véase también:* clase obrera.
- propiedad privada 100, 125-6, 254, 454
- Proudhon, Pierre-Joseph: Bauer sobre 137; como héroe de los franceses jóvenes 416; crítica de Napoleón III 307; KM sobre 169-70, 244, 303, 465; sobre la propiedad privada 127; y Bakunin 178; y el Comité de Correspondencia Comunista 165-6, 169-70; y el socialismo 491; y las organizaciones obreras 410; y Weitling 163
- Prusia: armisticio con Dinamarca 223; arresto y juicios de miembros de la Liga Comunista 292-3, 303, 308-12, 314; Asamblea Nacional 231, 233; censura en 92, 95-6, 209; constitución de 205, 221, 231; década de reacción 290; derrota de Napoleón 70-1; e intentos de asesinato 130-1; enfrentamientos católicos/protestantes 222; escasez de alimentos en 202; Francia en guerra con 490-5; influencia francesa en 69-70; levantamiento de los tejedores en Silesia 126-7, 130, 149, 214; ocupación francesa de 72; peticiones de deportación de KM 265-6; represión en 70, 73-6, 83, 92-6, 112, 138, 162, 181; y Austria 431-2; y la ciudadanía de KM 162, 210, 382, 385, 410; y la recogida de leña muerta 101; y la Santa Alianza 203
- Putnam's* 345
- Puttkamer, Elisabeth von 441
- Radford, Ernest 595, 606
- Rheinische Zeitung* (Gaceta Renana) 97-102, 118, 132, 135-6, 143, 210, 214
- Richardson, Lillian 701, 704
- Rochefort, Henri de 482-3
- romanticismo: y derechos iguales para las mujeres 69, 77-8, 158; y Fichte 104-6; y Hegel 83; y Jenny Marx 68-9, 77, 268, 344; y la poesía de Karl Marx 93; y los jóvenes hegelianos 86; y Willich 273
- Rousseau, Jean-Jacques 72, 86, 106
- Roy, Joseph 539, 545
- Ruge, Arnold: sobre el estilo como escritor de KM 99, 116-8; y Engels 132, 136
- Rusia: apoyos a KM en 370; interés de Engels en 695, 714; refugiados de 496-8; represión en 84; sistema capitalista en 405-6, 545, 695; y el socialismo 545, 561; y la Guerra de Crimea 335-6; y la Liga de los Tres Emperadores 560; y la Santa Alianza 203; y la traducción del *Capital* 467, 475, 545-7, 640 y los mercados franceses 631; y Polonia 407
- Rutenberg, Adolf 86, 99-100
- Saint-Simon, Claude Henri 69
- Schapper, Karl: cargos por traición contra 231, 233; expulsión de Prusia 222; muerte de 489; traducción del discurso de KM 179; y el Credo Comunista 175; y la Asociación Pedagógica de Trabajadores Alemanes 154; y la Liga Comunista 277, 489; y la Unión de Trabajadores Alemanes 206-7
- Schiller, Friedrich von 71, 77, 86, 359
- Schneider, Karl 231, 233
- Schöler, Lina 243-4, 464
- Schorlemmer, Karl 661
- Schramm, Conrad 262, 375-7, 284, 323-4
- Schreiner, Olive 634-5, 641-4
- Schurz, Carl 216, 299
- Scott, Walter 317, 540

- Segunda Asociación Internacional de los Trabajadores 653, 668-70, 686-7, 701-2
- Shakespeare, William: pasión de KM por 71, 295, 338; y Jenny Marx 73; y Jennychen Longuet 338, 407, 442, 484-5; y la familia Marx 317, 371-2, 383; y Tussy Marx Aveling 380, 576-7, 585, 625, 656
- Shaw, George Bernard: reacción ante *El Capital* 598, 630 y Edward Aveling 625, 707; y Tussy Marx Aveling 641, 644, 651, 660
- Shelley, Percy Bysshe 77, 106, 625, 672
- Sindicato Nacional de Trabajadores del Gas y de Obreros No Cualificados de Gran Bretaña 665
- sistema capitalista: bases del 281, 343; dominación del 186; y aristocracia 405-6; explotación del 177; KM sobre el 448-54, 618, 630; relación con el trabajo 125, 220, 449-52, 645; y el libre comercio 185; y Engels 136-7, 343, 347, 350-1, 359, 405, 577; y la crisis económica de la década de 1850 342-3, 349-51, 359; y la crisis económica de 1873 560; y la esclavitud 388; y la Gran Exposición de Londres 280-2, 350, 628; y la plusvalía 450-1, 577, 618, 630; y los trabajadores de cuello blanco 662
- Smith, Adam 151
- sociedad fabiana 636, 660, 665
- Sociedad Pedagógica de los Trabajadores Alemanes 255, 269, 277, 361, 407
- Sociedad Universal de los Comunistas Revolucionarios 274, 277-8
- Stieber, Wilhelm 290, 304, 309-10
- sufragio masculino universal 156, 201, 207, 212, 427
- Tedesco, Victor 167, 178, 194
- Tenge, Therese 439-40
- The Irish People* 479-80, 483
- The Times* 336, 418, 484, 619
- Thomas, Clément 506, 513
- Thorne, Will 665-8, 672, 701, 706, 710
- Tillet, Ben 665, 672
- Tocqueville, Alexis de 70, 193, 213, 219
- Trochu, Louis Jules 495-6, 501-2
- Turgueniev, Ivan 562, 564
- Unión de Trabajadores Alemanes 176-7, 182-4, 185, 206-7
- Unión General de Trabajadores Alemanes 406, 410, 491, 570
- utopismo 62, 68-9, 71, 86, 181, 577, 645
- Verlaine, Paul 512-3
- Victoria (princesa heredera de Gran Bretaña) 582-3
- Victoria (reina de Inglaterra) 252, 265, 280, 387, 460, 657
- violencia: KM sobre la 234, 273, 299, 459, 548, 552; y Bakunin 547, 549-51; y las huelgas 678; y los socialistas británicos 645; y los socialistas franceses 645; y Nechayev 547, 551; y Willich 273, 274-7, 309
- Vogler, Carl 175, 199
- Vogt, Carl 366-77, 379, 410
- Voltaire 72, 86
- Vowarts!* 127-31, 137-8
- Wagner, Richard 236, 337, 576
- Washburne, E. B. 494, 495, 499-500
- Weerth, Georg: en Estados Unidos 324; en Londres 251; muerte de 345, 489; relación con KM 167; y el trabajo de los refugiados en Londres 257; y la revuelta polaca 178; y los periódicos 128, 209, 227
- Weitling, Wilhelm 163-5, 166, 174, 177-8.
- Westphalen, Caroline von: ayuda a la familia Marx por 169, 182; muerte de 341-4; regalo de boda de 106; relación de Jenny Marx con 96, 150-1, 158, 163, 243, 263, 338, 344; y el cortejo de Jenny por parte de KM 95
- Westphalen, Edgar von: amistad con KM 71, 75, 95; como carabina de KM y Jenny 95; educación de 77, 150-1; empleo de 150-1, 158; en América, 243; en Bruselas 151, 164, 173, 420; relación con Jenny Marx 420; sobre los extremistas de Londres 290; viviendo con la familia Marx 422; y Helene Demuth 144; y la boda de KM con Jenny 106; y la Guerra Civil norteamericana 388, 420; y la Liga Comunista 176, 420; y la muerte de su madre 342
- Westphalen, Ferdinand von: como conservador 71; desaprobación de KM 90-1, 95-6, 266, 290, 360; relación con Edgar von Westphalen 420; relación con Jenny Marx 227, 234, 291, 341, 343-4, 363, 428; represión ordenada por 292, 300-1; rumor de KM como espía de 294-5; y el socialismo francés 68-70; y Guillermo I 359; y la muerte de su madre 341-3; y las acusaciones de Vogt contra KM 368
- Westphalen, Heinrich George von 96

- Westphalen, Lisette von 71
- Westphalen, Louise von 68, 349, 364-5
- Westphalen, Ludwig von: como consejero del gobierno de Tréveris 67; consentimiento con la boda de KM y Jenny 87, 90; enfermedad de 95; muerte de 96; relación con KM 171-3, 86-7, 92, 95; y el socialismo francés 68-9, 71-2, 86
- Weydemeyer, Joseph: como editor 297, 299-301, 304-5, 307; correspondencia con Jenny Marx 206-7, 261, 268, 300, 301; correspondencia con KM 260, 294, 354; muerte de 489; y el hogar de la familia Marx 144, 164; y Engels 319; y la Guerra Civil norteamericana 388, 412; y las finanzas de la familia Marx 167, 244, 278
- Willich, August: entorno familiar de 272-3; y el levantamiento comunista 209, 273; y el trabajo de los refugiados 257, 265; y la Guerra Civil norteamericana 388; y la Liga Comunista 273, 275-8, 69; y la violencia 273, 274-7, 309; y Schramm 275-7, 284, 324
- Wolff, Ferdinand "Red Wolff": como maestro de escuela 345; escritos de 300; relación con KM 167; y el hogar de la familia Marx 244; y el trabajo con los refugiados 257; y expulsión de Bruselas 199; y expulsión de Prusia 239; y Jenny Marx 315; y la Unión de Trabajadores Alemanes 184; y Willich 284
- Wolff, Wilhelm "Lupus": afición a la bebida de 324; arresto de 194-5, 196; dedicación de KM al *Capital* 444; escritos de 300; muerte de 401, 420, 489; orden de arresto para 224; relación con KM 167, 295-7; y Engels 345, 348, 400-1; y la correspondencia de KM 307; y la Liga Comunista 175; y la Unión de Trabajadores Alemanes 207; y Vogt 370
- Zetkin, Clara 669, 702
- Zola, Emile 645, 656